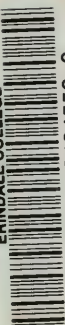


ERINDALE COLLEGE



3 1761 02434553 0









OBRAS  
DE  
LOPE DE VEGA





OBRAS  
DE  
LOPE DE VEGA

PUBLICADAS  
POR LA  
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICIÓN)  
OBRAS DRAMATICAS

TOMO V



MADRID  
TIP. DE LA «REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»  
*Olózaga, 1.—Teléfono S. 1.385.*  
1918



## PRÓLOGO

**P**ARTICIPAN las comedias de este volumen del carácter de las contenidas en los anteriores, en cuanto a su gran rareza como piezas bibliográficas, por no haber sido reimpresas desde el siglo xvii. Además, dos de ellas eran inéditas. Algunas son muy extensas y otras han exigido mayor número de notas para exponer sus variantes; por esta razón el tomo, con ser de los más voluminosos entre los hasta ahora publicados, no lleva más que 19 comedias. Daremos una breve noticia de cada una.

*Donde no está su dueño está su duelo.*—Aparece impresa en un tomo hasta hoy no identificado exactamente, pero muy anterior a la primera mitad del siglo xvii (1). Ocupaba en dicho tomo el tercer lugar en el orden del texto, como lo demuestra la paginación de la comedia, que va

---

(1) Es un volumen facticio, compuesto de varias comedias sueltas y dos que pertenecieron a una *Parte* hoy desconocida, pero al cual se ha puesto una falsa portada que dice:

*Doze | Comedias | de Lope de Vega | Carpio | Parte veynte y nueue |* (Diez floroncillos.)  
*Con licencia. | En Guesca, por Pedro Luson. Año de 1634. En 4.º*

En la hoja segunda lleva los "Títvlos de las Comedias", sin nombre de autor, por este orden: 1, *La Paloma de Toledo*; 2, *Donde no está su dueño está su duelo*; 3, *Querer más y sufrir menos*; 4, *Los Mártires de Madrid*; 5, *La Prospera fortuna de don Bernardo de Cabrera*; 6, *La Aduersa fortuna de don Bernardo de Cabrera*; 7, *Las Mocedades de Bernardo del Carpio*; 8, *Pusoseme el Sol, salíome la Luna*; 9, *El Cerco del Peñon de Velez*; 10, *El Cautivo venturoso*; 11, *Un gusto trac mil disgustos*; 12, *El Hombre de mayor fama*.

A la vuelta dice: "Licencia. Tiene Pedro Luson (no Bluson) licencia para que por una vez pueda imprimir doze Comedias, que intitula parte veynte y nueue, de Lope de Vega Carpio. Dada en Guesca, a 10 de Marco de 1634. Doctor Martin Damasceno."

No me esforzaré en probar que esta licencia es apócrifa, como los demás preliminares, porque lo demuestran la falta de privilegio, aprobaciones, tasa y erratas; el nombre de Pedro Luson (que no ha existido), el modo de escribir *Huesca* y otras circunstancias que irán saliendo, ya que este tomo, uno de los más importantes de la bibliografía dramática española, y además único, no es todavía bien conocido.

La primera comedia lleva la numeración desde el folio 121 y termina en el recto del 140, con la vuelta en blanco. La segunda va del folio 58 al recto del 81 y la vuelta en blanco, sin reclamo. Pero así esta comedia como la anterior formaron parte de un mismo tomo, a juzgar por la clase del papel, los tipos y adornos.

Las demás comedias son sueltas y pertenecen a familias diversas algunas; pero las 4.<sup>a</sup>, 6.<sup>a</sup>, 8.<sup>a</sup>, 10, 11 y 12 parecen de la misma imprenta por los adornos, en especial el de las cabeceras. Las 3.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup> son semejantes entre sí; la 9.<sup>a</sup> difiere algo de las anteriores.

En el texto cada comedia lleva el nombre de su autor. La segunda dice: *Donde no esta*

del folio 58 hasta el 81 y lleva el título que le hemos puesto y expreso el nombre de su autor: «De Lope de Vega Carpio.»

Su composición y estreno son de dicha época; por cuanto en las notas de representaciones dramáticas verificadas en el Palacio Real de Madrid figura la de *Donde no está su dueño*, hecha por la compañía de Hernán Sánchez de Vargas el 3 de septiembre de 1623 (1).

Posteriormente se imprimió suelta, sin indicación de lugar ni de año, pero atribuyéndola a don Guillén de Castro (2), razón por la que algunos

*su dueño, esta su duelo. | Comedia | famosa. | De Lope de Vega Carpio. | Representola Prado. | Hablan en ella las personas siguientes.*

La letra gruesa y tosca de la portada de este tomo es por completo distinta de la empleada en la *Parte | vcynte y ocho, | de comedias de | Varios avtores.* | 63 | (Escudo de armas del Mecenas, Conde de Morata.) *Con licencia. | En Huesca, por Pedro Bluson Impressor de la | Vniuersidad, Año 1634. | Acosta de Pedro Escuer Mercader de Libros.* En 4.º; foliación seguida hasta el 250, en cuyo vuelto dice: *Con licencia. | En Huesca, por Pedro Bluson, impressor | de la Vniuersidad, Año 1634 | A costa de Pedro Esquer, Mercader de Libros.*

Este tomo, legítimo, lleva en la hoja segunda una licencia del doctor Melchor Alayeto, extensa y firmada en "Huesca a 6 de abril del año 1633"; una aprobación del consejero don Diego Amigo, en nombre del virrey de Aragón don Fernando de Borja, fechada en "Zaragoza a 27 de octubre de 1633", y una dedicatoria a don Antonio Manrique de Luna y Lara, conde de Morata, firmada por Escuer.

La letra de la portada de este tomo es menor y más fina que la de la *Parte XXIX*, y el aspecto también distinto, siendo así que aparecen impresos ambos libros en el mismo año, en el mismo lugar y al parecer en la misma imprenta.

Sin embargo, el papel de la *XXIX* es de la época que dice, por todas sus condiciones de pasta, satinado, color, etc. Pero la filigrana es muy distinta la de las comedias primera y segunda que la que se ve en las otras. La filigrana del papel de la *Parte XXVIII* es también muy diferente de la que llevan las de la *XXIX*. En resumen, este tomo, aunque apócrifo, puede muy bien ser del año 1634 o poco posterior. La encuadernación y portada debieron de haberse hecho en Zaragoza y no en Huesca, pues allí se cometían falsificaciones como la presente.

Hay, además, otra razón para presumir que la de este tomo no es muy posterior a 1634, y es que la *Parte XXIX* verdadera se imprimió en Valencia en 1636; y como la supuesta de Huesca no era tal parte, no la tuvieron en cuenta los editores; pero sí la tuvo el falsificador en cuanto a la legítima *XXVIII* de Huesca.

(1) *El Averiguador. Segunda época.* Madrid, 1871, 4.º; I, 9.

(2) El señor A. L. Stiefel, en un artículo publicado en la revista *Zeitschrift für rom. Phil.*, tomo XXX (1906), pág. 540, describe un tomo coleccionado de comedias sueltas propio de la Biblioteca de Munich, en el cual se halla una con este encabezado: *Comedia | famosa | Donde no esta su | dueño esta su duelo. | De Don Guillen de Castro.* Sin lugar, ni año, ni imprenta, en 16 hojas en 4.º sin foliar, signaturas A-D<sup>4</sup>. Por los fragmentos que transcribió se ve que es la misma obra que, atribuida a LOPE, figura en la *Parte XXIX*.

El señor E. Merimée, en su magistral estudio sobre *L'art dramatique à Valencia. Toulouse, 1913*, pág. 703, menciona como existente en la Biblioteca Nacional de Lisboa otro ejemplar suelto de dicha comedia, que probablemente será de la misma tirada que la anterior, aunque quizá por inexactitudes ortográficas parezca distinta. El título es, según monsieur Merimée: *Donde no está su dueño, está su duelo | Comedia famosa | de don Guillen*



bibliógrafos e historiadores la creen obra del célebre poeta valenciano (1). Hoy, con presencia del texto más antiguo, pueden los inteligentes juzgar y resolver. Su estructura interna, su estilo y versificación no se diferencian cosa apreciable de otras semejantes de LOPE DE VEGA; pero como tampoco se aparta del sistema dramático de Castro, que procuró seguir en todas las huellas del Maestro, bien pudiera ser suya. En esta incertidumbre creemos que por hoy las presunciones deben estar a favor de LOPE, puesto que en época en que acaso aún vivía se le atribuye de un modo tan público y expreso.

El desarrollo de la comedia es bueno, lógico y progresivo. Los dos caracteres principales, Aurelia y don Diego, dignos de LOPE, seguros, claros y fieles a sí mismos. Pero hay cambios poco felices en los de doña Juana de Vargas y el Conde. La primera, que tiene palabra de matrimonio de don Diego en el caso de que su mujer Aurelia falte a su honra y busca la muerte de su rival, la vemos al mismo tiempo salvando al Conde la vida porque también espera casarse con él. Y el Conde, después de asegurar que ama a doña Juana, se presta voluntario a la infame y peligrosa burla para el mismo que la quiere hacer a la esposa de don Diego. Por último, la indigna fazaña de este personaje, al final, tan inútil como poco artística, más que de LOPE es propia de Guillén de Castro, a quien no detenían situaciones ni escenas semejantes.

La obra parece de invención del poeta, y el enredo, urdido para justificar el refrán que le sirve de título.

*Ello dirá.*—Es comedia indubitada, así por hallarse citada por el autor en su lista segunda de *El Peregrino* (1618) como por haberse impreso en la *Parte XII* de sus comedias en el siguiente año (2). Está correctamente escrita y versificada. Pero el interés es poco, a causa de lo débil del enredo. No se explica el empeño del Emperador en ocultar el origen de

---

de Castro. | Tampoco tiene señas de impresión ni foliatura, y consta de 16 hojas, signaturas A-D, todas de a 4 hojas, lo mismo que la alemana.

Esta edición suelta es de seguro posterior a la de la *Parte XXIX*; quizá sea sevillana y de fines del siglo XVII; su aspecto, papel, tipos y adornos lo revelarán acaso de un modo cierto.

(1) Medel del Castillo, en su *Indice de comedias* (Madrid, 1735, pág. 34); Barrera, en su *Catálogo del teatro antiguo español*, pág. 83; Adolfo Schaeffer, en su *Gesch. des Spanis. Nationaldr.* (I, 230), y Merimée, que extracta su argumento en la pág. 573 de su obra citada.

(2) *Dozena | Parte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio. | A Don Lorenzo de Cardenas, Conde de la Puebla, quarto nieto de don Alonso de | Cardenas, Gran Maestre de Santiago. | Año* (Esc. de arm. de Cár.) 1619. *| Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Alonso Martín. | A costa de Alonso Perez, mercader de libros.* 4.º; 4 hojas prels. y 280 foliadas.

Tabla, erratas (ninguna): Madrid, 14 de diciembre de 1618.—Tassa: Madrid, 22 de diciembre de 1618.—Aprobación de Vicente Espinel: Madrid, 15 de agosto de 1618.—Suma del

Marcela hasta a su marido, dando lugar a que Teodoro, sospechoso de que Otón le ha dado por mujer a su propia amiga, disponga y trate de ejecutar la muerte de la inocente Marcela. Es cierto que en cuanto declarase el Monarca que era su hija se acababa el drama, y por eso decimos que el enredo es poco hábil. En cambio los caracteres de los dos jóvenes aldeanos son muy bellos, y sus palabras y escenas en que intervienen llevan el sello de gracia y frescura que LOPE sabía dar a estas figuras, tan ingenuas y maliciosas a la par, y nos revelan una vez más su portentoso don de observar y asimilarse un medio social que no era el suyo.

*Los embustes de Fabia.*—Predilección especial parece haber tenido LOPE a esta comedia, que recuerda en ambas ediciones de *El Peregrino en su patria*, hechas en 1603 y en 1618. Es, por tanto, obra de su primera época; pero tuvo la negra fortuna de quedar inédita a su muerte y caer en manos del poco escrupuloso editor de la *Parte XXV* y última de LOPE DE VEGA, impresa en 1647 en Zaragoza, y de una manera incorrectísima (1). No sólo faltan en esta comedia gran número de versos aislados, sino que un largo pasaje del acto segundo fué llevado al tercero y, en cambio,

---

privilegio al autor por diez años: San Lorenzo, 6 de octubre de 1618.—Dedicatoria de LOPE. Cuatro sextinas del mismo.—“El Teatro” es un prólogo contra los impugnadores de sus obras.—Texto. *Ello dirá* es la primera comedia del tomo.

Este mismo año se hizo otra tirada, a lo menos, de los preliminares con la portada, que son diferentes en la forma y carece del escudo de armas de los Cárdenas, reemplazado por la marca tipográfica del Sagitario.

(1) *Parte veintecinco*, (sic) | *perfecta, y verdadera, | de las comedias del Fenix | de España Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de Sã Iuan, | Familiar que fue del Santo Oficio de la Inquisicion, Pro | curador Fiscal de la Camara | Apostolica. | Sacadas de sus verdaderos originales, | no adulteradas como las que hasta aquí se han publicado. | A Don Francisco Antonio Gonzalez Xi- | menez de Vrrca, Señor de Berbedel, antes de Tiçeni- que. | 71. |* (Escudo del Mecenaz.) *Con licencia. | En Çaragoça, Por la Viuda de Pedro Verges. Año 1647. | A costa de Roberto Devport. 4.º y 556 págs.* Al fin repite las señas de la imprenta.

Censura del doctor Juan Francisco Andrés: Zaragoza, 29 de marzo de 1647.—Licencia del doctor Sala: Zaragoza, 8 de abril de 1647.—*Imprimatur* del regente Miguel Marta.—Títulos de las comedias.—Dedicatoria de Devport: Zaragoza, 15 de noviembre de 1647.

La comedia de *Los Embustes de Fabia* es la última del tomo. Hemos dicho que es texto único el de esta *Parte XXV* de Zaragoza, porque no merece tenerse en cuenta la afirmación del Quadrio, en una nota de su conocida obra *Della Storia e della Ragione d'ogni Poesia*, tomo V, pág. 340, que cita una impresión de la *Parte XXV*, hecha en Madrid, en 1640, por la viuda de Juan González. Tal edición no pudo haber existido, a lo menos con las comedias de la parte de Zaragoza, porque el editor dice que las ha sacado de los manuscritos que se guardaban en la biblioteca del señor de Berbedel; y las fechas de las aprobaciones, licencia y dedicatoria prueban que en 1647 se imprimieron por primera vez.

El tomo que cita Quadrio será alguno de comedias sueltas, superchería frecuente en el extranjero, que las bautizaban con los títulos de *Laurel*, *Pensil*, *Jardín* y otros nombres vegetales. El que describe el señor Stiefel, antes citado, se titula *Flor de Comedias*. Yo tengo uno con portada impresa “por Juane (sic) González” que es de esta laya.

puesto allí el que era casi del final de la comedia. Los hemos restituído a su lugar y hecho al pie la advertencia consiguiente; pero aun así se observa la falta de muchos versos. Desgracia irremediable porque no se conoce otro texto.

Pero la obra es ciertamente de LOPE y de su primera manera de hacer, en que se preocupaba menos de la acción, que es no poco desarreglada, ni de la moderación en los caracteres y mucho de las escenas concebidas al gusto de la comedia italiana del siglo XVI. Por eso el lenguaje tiene una vivacidad y gracia encantadoras, sazonado de malicias y agudezas llenas de ingenio que sorprenden y cautivan.

El carácter de Fabia es delicioso, aunque no recomendable en lo moral, por su ligereza y aun contradicciones; pero siempre apasionado y amable. En el de Brisena hay también maestría en hacerle, en medio de cierta sencillez, tan dulce, tierno y abnegado. También el del senador Catulo es de sorprendente verdad, según eran en los primeros tiempos del Imperio romano aquellos patricios, tan amantes del placer y, sin embargo, aparejados siempre a dejar sin pesar la vida cuando el tirano lo exigía.

Riéndose el mismo LOPE de los frecuentes cambios de lugar, de situaciones dramáticas y de personajes que hay en esta comedia, dice uno de éstos (página 99):

Cerca llegué por aquí;  
éste es Palacio; acá sale  
Nerón, nuestro emperador,  
que lo permite el autor,  
que de esta industria se vale;

porque si acá no saliera,  
fuera aquí la relación  
tan mala y tan sin razón  
que ninguno la entendiera.

En efecto, este episodio del Emperador romano y su enamoramiento de Fabia son por completo redundantes en el curso de la obra; pero da margen a varias lindas escenas y facilita el desenlace, que también podía ser de otro modo.

*El enemigo engañado.*—Es obra también de los primeros tiempos del autor, pues aparece ya citada en el primer *Peregrino* (1603) y se ha impreso en una *Parte XXXII* de la colección que los bibliógrafos llaman de *Diferentes autores*, en Zaragoza, en 1640 (1). Para el cotejo hemos uti-

(1) *Parte treinta y dos, con doce Comedias de diferentes Autores. Al ilustrísimo señor don Juan Martín de Villanueva, conde de San Clemente, señor de las villas de Asso, Bisinbre y el lugar de Sanol. Con licencia, en Zaragoza, por Diego Dormer. Año M.DC.XL. A costa de Giuseppe Ginobart, mercader de libros. 4.º; 442 págs.*

Aprobación: Zaragoza, 12 de mayo de 1640.—Licencia: 13 de junio de 1640.—Tabla de las comedias.

Describo este tomo según Barrera, que parece no lo ha visto. Salvá no logró verlo y se atiene a lo que dice Barrera (*Catál.* de la bibl. de Salvá: I, 414). Tampoco lo hay en la Biblioteca Nacional. Yo tengo un largo fragmento de este rarísimo tomo que comprende desde



lizado algunas discretas correcciones hechas por don Agustín Durán en una copia que hizo de esta comedia, según el texto de 1640, y se halla hoy en nuestra Biblioteca Nacional. (Ms. 17410.)

Es pieza ingeniosa por el recurso de que un hermano de la dama tenga al galán en la casa, al mismo tiempo que otro hermano le busca para matarle. Y a pesar de lo ceñido del tema y las pocas facilidades que permite el continuo y falso carácter que Pinabelo y su amigo Lavinio tienen que sostener, la obra es cada vez más interesante y se desenlaza con arte y con fortuna. El carácter de Gerardo, violento, rencoroso, pero franco y caballeresco, no es malo. Más débil es el de las mujeres, salvo algunos arrestos de la apasionada Laurencia. El asunto pasa en Barcelona y parece obra de invención de LOPE.

*Los enemigos en casa.*—Comedia citada por el autor en su *Peregrino* de 1618, siendo, por tanto, obra de su edad madura. Se imprimió en 1619 en la *Parte XII* de sus comedias, anteriormente citada.

Aunque escrita con buen lenguaje y estilo, la invención y el asunto son muy medianos. Parten de un poder innecesario que da el novio a un tío suyo para casarse con doña Isabel, a la vez que se impide al galán, que no se ausenta, penetrar en su casa y hacer efectivo el matrimonio: todo para devolver al día siguiente, intacta y menospreciada, la novia a sus padres. Los demás actos son menos absurdos, pero no menos inverosímiles, como verá el que lea. Los caracteres tampoco se recomiendan, exceptó los de los novios, que son como de quien sabía pintarlos diestramente.

En el acto tercero, página 172, habla LOPE de sí mismo, disfrazado con el usual seudónimo de *Belardo*, aunque en términos sumamente oscuros, si no es que el texto vaya equivocado, lo que parece muy posible:

¿Ella no es traza? Pues calla,  
que bien sabré ejecutalla  
con un poco de cuidado.  
Aunque un cierto sacristán  
dicen que me da las trazas  
de aquestas nuevas trapazas  
que en verso cantando van,  
ni pienso que estoy tan flaco

de invención, pues hombre soy  
que cuanto en público doy  
de mi caletre lo saco.  
Pardiez que son embaidores,  
y que hasta el nombre lo niega;  
mas no es bien que siendo *vega*  
sus trazas me diesen flores.  
Para mí me las querría;

la pág. 129 a la 330, última de la comedia de LOPE, *El Sufrimiento de honor*. Por el texto mío se ha hecho la impresión que va más adelante, cotejado con la copia manuscrita existente en la Biblioteca Nacional (18 hojas en 4.º) hecha por don Agustín Durán de un texto impreso que le facilitó don Manuel Casal, bibliófilo y naturalista madrileño de fines del siglo XVIII y primeros años del XIX. Pero Durán no dice que el impreso de Casal fuese una comedia suelta; y como su copia es exactamente la misma que el texto de la *Parte XXXII*, salvo las erratas y algunas correcciones hechas por el mismo Durán, fuerza será convenir en que se trata de una sola versión de esta comedia. El encabezado de la contenida en la *Parte XXXII* dice:

*Comedia famosa, | El enemigo engañado | De Lope de Vega Carpio. | Hablan en ella las personas siguientes, y ocupa desde la pág. 164 a la 208 inclusive.*



madre mía, digo yo:  
¿quién al sacristán metió  
en dejar su sacristía?  
Cuando con lances diversos  
no me pueden ofender,  
taujía quieren hacer  
de mis trazas y mis versos.  
Quien no acierta para sí

ni aun se acierta a conocer,  
bien ves que no puede ser  
que acertase para mí.  
Trazas dice que me dió:  
advierta, señor compadre,  
que esto me enseñó mi madre  
y esotro me supe yo.

*Engañar a quien engaña.*—Para esta comedia nos hemos valido de dos manuscritos: uno, existente en la Biblioteca Nacional (número 15.443) y otro en el Museo Británico de Londres. Ambos parecen ser copia de un impreso suelto que se hallaba en el tomo 132 de la Biblioteca de Osuna, y que, como hemos dicho en el prólogo del tomo III, existió, pero no se halla hoy en la Biblioteca Nacional. Otro ejemplar tuvo Salvá (*Catálogo*, I, 597) también a nombre de LOPE. Igualmente se ignora su paradero. La pérdida no es muy grande; porque esta comedia, además de ser muy mala, no tiene trazas de ser de LOPE.

Empieza con un enredo enteramente pueril; como si al Rey le faltasen medios de ver a Laura sin traerla al jardín de su propio palacio y ausentarse él, sin causa que lo justifique, sólo para dar lugar a que la lleve don Lope y este episodio complique algo acción tan pobre y transparente. Añádase a esto un estilo, lenguaje y versificación más que enfáticos y gongorinos disparatados, y se comprenderá que sólo por ser pieza tan sumamente rara se imprime en este lugar, para que los críticos puedan juzgar fácilmente sobre lo dicho, que aparece confirmado por otros inteligentes aficionados a LOPE DE VEGA. (1)

*El engaño en la verdad.*—Que LOPE compuso en sus primeros tiempos una comedia de este título es evidente, pues él mismo la nombra en la primera lista de su *Peregrino*, que es de 1603; pero que esta comedia sea la que reimprimimos, tomándola de un ejemplar suelto, sin lugar, año ni imprenta, aunque de fijo correspondiente a la primera mitad del siglo XVII (2), es lo que pudiera dudarse después de advertir lo que sigue.

(1) El ejemplar manuscrito del Museo Británico, que fué de J. R. Chorley, lleva al final esta nota suya, escrita en castellano: "Según v. Schach (Anhang 43 y 44), hállanse impresiones sueltas de esta comedia en la biblioteca de Osuna y en la de Durán. La copia manuscrita que aquí tenemos es más que ordinariamente defectuosa, estando llena de erratas, de que no pocas se encuentran tan incorregibles, que ni aun conjeturalmente se puede restituír el texto verdadero. Sin embargo, de lo que se puede leer y entender hay bastante para formar un juicio sobre el carácter y estilo de la pieza, afirmando que, advertidas sus extravagancias hiperbólicas, sus retruécanos y frialdades, la hinchazón y afectada obscuridad de los discursos (véase especialmente, por exemplo, el de Carlos en la escena postrera), de ninguna manera puede ser obra de LOPE."

(2) Consta de 20 hojas en 4.º foliadas. La impresión no parece madrileña; pero no podemos identificarla. El título está en esta forma. Después de una linda cabecera formada con diez floroncillos graciosos y el "Fol. I" encima, sigue en letra pequeña el primer ren-

En 1629 publicó en Jaén el novelista y autor dramático madrileño Matías de los Reyes un tomo de comedias que tenía compuestas ocho o diez años antes (1) y entre ellas hállase la titulada *Di mentira y sacarás verdad*, dedicada a un don Pedro María Passano, con fecha en Villanueva de la Serena, a 8 de septiembre de 1622 (2). En la *Parte XXII* de LOPE DE VEGA y otros autores, impresa en Zaragoza en 1630, una de las llamadas *Partes extravagantes*, en cuanto al orden de tomos de la colección especial del autor, pero, en general, auténticas en cuanto a los textos, se halla, ocupando el número dos entre las del volumen, la titulada *Di mentira, sacarás verdad*, como «de Lope de Vega Carpio», pero que es, con ligerísimas variantes, la misma impresa el año antes en Jaén (3). Hasta aquí no hay dificultad: todo se reduce a sustituir el nombre de LOPE por el de Matías de los Reyes, que es su verdadero autor.

glón: “*El Engaño en la verdad. | Comedia | famosa. | De Lope de Vega Carpio. | Representa Vallejo. | Hablan en ella las personas siguientes.*” Las signaturas son A-C<sup>2</sup>; las dos primeras, no de cuatro hojas, como años adelante, sino de ocho; la C tiene cuatro. Termina ocupando todo el vuelto de la hoja 20, con sólo la palabra “Fin”.

(1) Aunque estas piezas se publicaron formando un tomo, lleva cada una de ellas su portada y foliación particular, siendo la primera *Los Enredos del diablo... Impresa en Jaén por Pedro de la Cuesta, año de MDCXXIX*. 4.º: 1 hoja de portada y 28 de texto. La segunda, titulada *El qué dirán, y donaires de Pedro Corchuelo*, va dedicada a Lope Félix de Vega Carpio, con fecha de Villanueva de la Serena a 11 de agosto de 1622. La tercera es la titulada *Di mentira y sacarás verdad*. La cuarta, *Dar al tiempo lo que es suyo*. La quinta, *El Agravio agradecido*, y la sexta, *La Vida y rapto de Elias*. Todas llevan el mismo pie de imprenta y el mismo número de hojas que la primera, excepto la quinta, que no tiene más de 24 y la portada.

(2) Su encabezado es éste: *Di mentira | y sacarás verdad. | Por Matías de los Reyes, | natural de Madrid. | Dirigida a Pedro María Passano, Contador de la Mesa magistral | del partido de la Serena... Con privilegio. | Impresa en Jaén, por Pedro de la Cuesta, año de 1629*. Consta de 28 hojas de texto y una más de portada. Firma la dedicatoria en Villanueva a 8 de septiembre de 1622. Son “Figuras de la comedia”: Felisardo, rey de Ungria; Clorinarda, reina; Federico, duque; Rosarda, dama, su hija; Justino, alcaide; Octavio, secretario; Arnesto, galán; Mauricio, su criado; Valerio, viejo; Batilo y Ardenio, labradores.

(3) *Parte | veynte y dos | de las Comedias | del Fenix de España | Lope de Vega Carpio | y las mejores que hasta | aora han salido. | A la ilustrissima señora | D. Ana Martínez de Luna, Condesa de Morata, Mar | quesa de la Bilucña | ... Año* (Escudo de esta señora.) 1630. | *Con licencia, y privilegio. | En Çaragoça: | por Pedro Verges. | A costa de Iusepe Ginobart, Mercader de Libros*. 4.º; 4 hojas prels., 255 foliadas y una para repetir las señas.

Títulos de las comedias.—Aprobaciones del racionero Andrés Omella y de Diego de Morlanes: Zaragoza, 1629.—Privilegio por diez años a Ginobart: Zaragoza, 20 de diciembre de 1629.—Dedicatoria de éste: Zaragoza, 16 de abril de 1630.—“Un amigo de LOPE al lector.”—Texto.

La segunda comedia lleva este encabezado: *Comedia famosa. | Di mentira, sacarás verdad. | De Lope de Vega Carpio*.

“Hablan en ella las personas siguientes: Eduardo, rey; Clorinarda, Arnesto, Mauricio, Federico, Rosarda, Octavio, Valerio, Ardenio, Batillo, Cazadores.”

Pero lo singular y aun extraordinario es que la comedia suelta, *El engaño en la verdad*, a nombre de LOPE, es ni más ni menos que la de Reyes, en cuanto al argumento; pero con palabras diferentes. Acto por acto, escena por escena, episodio por episodio, se van plagiando ambos poetas; y, salvo alguno secundario, hasta los personajes son los mismos, aunque con otros nombres. En resolución: es un mismo asunto, con todos sus pormenores; versificado por dos poetas distintos. ¿Quién fué el imitador? Todas las circunstancias conocidas se inclinan en contra de Reyes. LOPE tenía escrita su comedia en 1603: la de Reyes fué dedicada y acaso compuesta o retocada en 1622. Reyes, que era mucho más joven que LOPE, quizás en 1603 no escribiese aún nada; LOPE ni en su edad madura, ni nunca, tuvo fama de plagiario, pues daba él asuntos a otros por centenares.

Y leyendo atentamente ambas comedias y comparándolas se llega al mismo resultado. En la de Reyes hay cierta mayor perfección en los episodios; se tratan de justificar con más cuidado los cambios de situación moral y material de los personajes; se dan ligeros antecedentes o explicaciones consiguientes a los hechos; todo lo cual o se omite o es más rápido en la obra de LOPE, llevándonos a presumir que el segundo poeta vió la confusión que tal vez podría resultar de la falta de aquellas glosas, y procuró evitarla.

Sería preciso copiar toda la comedia de Reyes para juzgar con exactitud de cuán servilmente siguió las huellas de su antecesor hasta en las ideas y modo de exponerlas. Bastarán, sin embargo, los pasajes bien característicos que hemos puesto por nota en las páginas 213, 219, 227, 231, 240 y 242 del texto.

El último de ellos, en que LOPE se imita a sí mismo (véase el tomo I de esta colección, comedia de *El ganso de oro*), es el que en el presente volumen ocupa las páginas 248 a 250. En él la dama perseguida, disfrazada de labradora, trata de deslumbrar al Duque (Rey en la comedia posterior), herido por la semejanza con la supuesta difunta, empleando su lenguaje rústico y con su ingenuidad aldeana. Compárese dicho pasaje con los trozos de la comedia de Reyes puestos al pie.

Este episodio de la aldeana, tan parecido al citado de *El ganso de oro*, casi declara que la comedia suelta no pudo ser escrita más que por LOPE DE VEGA. Hay, además, la circunstancia de hacer intervenir en la comedia al labrador *Belardo*, en que, como de costumbre, LOPE se introduce a sí mismo, según acabamos de ver más atrás, y hasta con su alusión satírica a cosas de su teatro:

DANTEO. Escoged las fiestas vos  
porque no os cuesten de balde,  
y convidad los amigos,  
que vendrá a ser todo el valle.  
BELARDO. Correránse dos novillos.  
DANTEO. Ese parecer borralde;

que en bodas no es buen agüero  
animal con armas tales.  
BELARDO. Haráse un baile.  
DANTEO. No es bien  
que en las mudanzas del baile  
aprendan los que se casan



a divertirse y mudarse.  
 BELARDO. Gansos quiero que se corran.  
 DANTEO. Cabezas que por el aire  
 se cortan, en los casados  
 azar viene a ser muy grande.  
 BELARDO. Pues hágase una comedia.  
 DANTEO. Ese es mayor disparate;  
 porque hay legos en el pueblo  
 y cuatro o cinco escolares

que burlan lo que no entienden  
 y dicen lo que no saben  
 por que los tengan por sabios  
 quien los conoce ignorantes.  
 BELARDO. Pues ¿qué se ha de hacer?  
 DANTEO. Oídme:  
 una danza de salvajes.  
 BELARDO. Y danzarán más de ciento.  
 DANTEO. Pocos habrá que se escapen.

Pero esta comedia, tal como aparece en la impresión suelta que reproducimos, no es enteramente de LOPE: ha sido retocada y mejor diremos refundida, rehecha por otro poeta muy inferior al Fénix de los ingenios, que ha enmendado los pasajes más interesantes de la obra substituyendo los versos de LOPE por los suyos enrevesados, pobres de rima y de estilo encrespado y falso. Pudiera creerse que fuese andaluz, a juzgar por el sistema de aspirar la *h*, aun sin necesidad, por ser fácil hacer bien el verso sin echar mano de aquel recurso (1). Los pasajes añadidos son varios de los romances, no todos, y las décimas que, cuando LOPE escribió la comedia, apenas se usaban, a lo menos en la forma espinela.

En las notas al texto hemos señalado, así las numerosas incorrecciones de la obra, como algunos de los pasajes que, a nuestro juicio, pertenecen al anónimo refundidor. En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito, número 15443, que es copia de este raro impreso hecha por don Agustín Durán.

A complicar este ya embrollado asunto viene, por último, el manuscrito antiguo, número 15637 de la Biblioteca Nacional, titulado *El engaño*

(1) En los pasajes que juzgamos sospechosos es donde abunda más este defecto. Véanse los siguientes:

Queriendo yo hija tuya  
 Nadie le hable ni vea  
 Eso se podrá hacer  
 No me haré de rogar  
 El preso —¡Oh, hideputa!  
 Vengo a hallar más cuidados

Nunca le hicieron salva  
 con un hombre habla; espera  
 que le hallamos herido  
 porque le hallé llorando  
 Alberto, ¿qué he de hacer?  
 ¿Qué hemos de hacer, Lisarda?

En cambio es casi constante la no aspiración en los pasajes más seguros:

que si engaña la hermosura  
 este de quien no hacen cuenta  
 hoy la razón ha de hacer  
 tú has de hacer que el pensamiento  
 han de hablar siempre las piedras  
 todas las culpas que hallé  
 Esta herida os ataré  
 si yo trujera harta gente  
 No hallé de quien. Mas si están

¡Ay, quién te pudiera hablar!  
 nada fea y nada hermosa  
 A la labor de la hacienda  
 No hallaré bien que pretenda  
 ni mal que darme hallarás  
 remediarlo. —Harelo así  
 que he hallado una joya vuestra  
 pues a mi hace señora

Y otros muchos que omitimos por innecesarios.



*en la verdad* y también atribuido a LOPE DE VEGA, si bien el nombre del autor es de letra más moderna (1).

Además, a la primera ojeada se echa de ver que este texto no es el primitivo, sino refundición hecha de uno anterior, que en el acto primero no se advierte fácilmente porque fué escrito y en gran parte versificado de nuevo. No así en los otros dos, que están arreglados sobre el propio texto antiguo, con muchas tachaduras y adiciones marginales.

El asunto es muy diverso de las anteriores comedias. Un caballero sevillano que va al socorro de la Mamora, en Africa, puesta en peligro por los moros, llega a Córdoba, con el objeto de ver, antes de partirse, a una doña Beatriz de Contreras, de quien estaba enamorado sin conocerla más que por la fama de su hermosura. Y llega con tan buena suerte que es la primera dama tapada a quien pregunta por ella, la cual a su vez estaba también curiosa por conocer al don Francisco, sevillano de cuya gentileza tenía harta noticia. Hállale mucho mejor que lo que el vulgo pregonaba, y llevada del amor se presta, en la segunda entrevista, a descubrir el rostro, que deslumbra y seduce al galán, ya bien dispuesto a este resultado. Como la jornada apremia, acuerdan que don Francisco pida la mano de la dama a su hermano don Luis de Contreras; y como se la niega, por ser el novio pobre, resuelven los amantes pasarse sin el permiso, casándose de secreto. En el acto segundo están ante la Mamora el recién casado y su cuñado don Luis, ya grandes amigos. Llegan a Córdoba malas noticias para la dama, así relativas a su esposo como a su hermano y aventúrase a pasar ella misma al Africa, en compañía de una hermosa esclava, en hábito varonil ambas, y salir de las dudas que la afligen. No tardan en hallar a los caballeros y doña Beatriz en descubrirse a su marido, aunque no a su hermano. Este averigua que el otro mozo es mujer, la esclava Leonor, y se enamora de ella violentamente. Las circunstancias fuerzan a don Luis a otorgar a don Francisco la mano de su hermana para cuando regresen a España, si ha de lograr él la de la linda esclava (que luego resulta que no lo es en realidad, sino una gran dama) y entonces se reconocen todos y acaba felizmente la comedia.

Del estudio interno de la obra resulta, a nuestro juicio, que el primer acto fué renovado casi todo por un mal poeta, que convirtió en pedestres romances las redondillas y quintillas que tendría. Además debió de alterar los episodios para que tan rápidamente se vean y se casen doña Beatriz y don Francisco, antes de que éste vaya al socorro de la Mamora, suceso que nos da la fecha en que su primer autor hubo de componer esta comedia, que fué en 1614.

---

(1) Consta de 59 hojas en 4.º; letra del siglo XVII y procede de la biblioteca ducal de Osuna. Tiene dos diferentes letras y muchas tachaduras y enmiendas que demuestran que sobre un texto más antiguo trabajó un refundidor, que, sin embargo, dejó hartos pasajes sin la corrección necesaria.

En los demás actos, si bien hubo grandes alteraciones, parece fueron solamente de pasajes cortos (aparte de unas supresiones del acto segundo), versos aislados y palabras sueltas. Pero como quedaron también otros que era necesario reformar, si el nuevo texto había de tener sentido, aparecen duplicados varios trozos y hasta el nombre de algún personaje, como Leonor, que otras veces es Clara y todo ello produce gran confusión y dificulta la inteligencia total de la obra.

Ahora bien; ¿es de LOPE esta comedia o, a lo menos, la parte antigua de ella? Desde luego no puede ser la misma que tenía compuesta en 1603; porque todo el argumento de esta otra se basa en la expedición a la Mamorra, suceso, como va dicho, ocurrido en 1614. Pudo, sin embargo, olvidado de la antigua, que aún no estaba impresa, borrajear otra del mismo título y con nueva fábula. Muchos pasajes de los actos segundo y tercero no parecen indignos de su pluma; pero no es razón bastante para atribuirle una obra, por otra parte tan alterada.

*En los indicios la culpa.*—Esta pieza se imprimió en la *Parte XXII* de las comedias de LOPE DE VEGA, dada a luz en Zaragoza en 1630, a expensas de un librero llamado José Ginobart, el cual dice muy orondo que “con no poca suerte” llegaron a sus manos dichas comedias de LOPE, siendo así que hay en el tomo tres que no son suyas (1).

En la Biblioteca ducal de Osuna hubo un manuscrito antiguo de esta obra, que, según don Cayetano A. de la Barrera (2), parecía autógrafo y llevaba la fecha de 1620. Pero este manuscrito no pasó, con los demás de aquella colección, a la Biblioteca Nacional y aun parece que no constaba allí en 1882, cuando don José María Rocamora hizo el catálogo de ellos. Afortunadamente, por los años de 1860, o poco después, cuando la Academia Española pensó la primera vez en publicar las obras de LOPE DE VEGA, hizo sacar una copia de *En los indicios la culpa*, que es la que nos ha servido para las variantes y corrección del texto impreso. Pero el copiante omitió la fecha, que quizás estaría en la cubierta, pues su encabezado no dice más que “Com.<sup>a</sup> famosa de en los yndizios | La culpa | Las personas q tiene | D. Luis...” etc., como los hemos puesto en la página 255 de este tomo. Al final termina así: “Laus deo | La birgen fue conçevida | sin pecado original.”

Este manuscrito no puede ser original autógrafo, como sospechó Barrera, por las groseras erratas y aun errores que contiene y se habrá visto en las notas, pero sí copia muy antigua y probablemente de 1620, juzgando por la ortografía, que el copista de la Academia respetó escrupulosamente, según se observa en los fragmentos que acabamos de transcribir.

(1) Prólogo de la edición descrita en la nota 3 de la pág. XII.

(2) *Catálogo del teatro antiguo español*. Madrid, 1860; pág. 435.

Así, pues, hemos adoptado como base el texto impreso, que designamos con la letra A, si bien, como menos correcto, en general, que el manuscrito, hemos enmendado su lección en los casos de error evidente, indicando al pie la forma primitiva, para que así haya los dos textos.

Como puede notarse por los pasajes que hay en uno y faltan en otro, fueron diferentes los originales que sirvieron para cada cual. Hoy no es fácil discernir si son efectivamente de LOPE los versos que no son comunes a las dos versiones, si bien nos inclinamos a creer que los pasajes que hay en el manuscrito y no en el impreso son auténticos, y los del impreso no conservados en el manuscrito, sospechosos. El lector inteligente resolverá, pues van incluídos ambos.

La pieza es de costumbres de la clase media. Está escrita y versificada con la maestría propia de las obras de la madurez de su autor. No hay un solo verso de arte mayor, ni más que un romance en la relación que hace don Felipe de sus desgraciados amores y algunas quintillas: lo demás está en redondillas. Las peripecias son las corrientes en otras comedias, y los caracteres tampoco sobresalen de los comunes, siendo crédulo en demasía el de don Juan y bien poco digno el de don Luís, personaje o tipo de mal caballero que no abunda mucho en nuestro teatro de aquel tiempo y prueba cuán grande es la variedad que LOPE supo ofrecer en el suyo.

*Enmendar un daño a otro.*—Esta comedia se imprimió suelta en el siglo XVII, sin año, lugar ni imprenta, pero atribuída a LOPE DE VEGA (1). Esto último parece algo dudoso si se atiende al enredo, que semeja a los de Calderón o de su época y al sistema de componer de entonces, repitiendo una misma idea a manera de coros alternados; por ejemplo en la página 305:

DON DIEGO. Partamos, doña Inés.  
 DOÑA INÉS. ¡Ay, dueño amado!  
 ¿Que ya no he de verte ya?  
 DON JUAN. ¿Que no he de hablarte?  
 DOÑA INÉS. ¡Y que te he de adorar!  
 DON JUAN. ¡Y que he de amarte!  
 DOÑA INÉS. ¡Qué pena!  
 DON JUAN. ¡Qué desdicha!  
 DOÑA INÉS. ¡Qué tormento!  
 DON JUAN. ¡Qué triste vivo!  
 DOÑA INÉS. ¡Qué afligida siento!  
 DON JUAN. ¡Qué larga vida goza un desdichado!

(1) "Enmendar vn daño a otro | Comedia | famosa. | De Lope de Vega Carpio. | Hablan en ella las personas siguientes." Sin señales de impresión; 17 hojas numeradas, en 4.º, a dos columnas, signaturas A-D<sup>2</sup> de a 4 hojas y una más para la conclusión. Acaba en el recto de la hoja 17 sin más que con la palabra "Fin". En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito moderno copia de este impreso; carece de valor bibliográfico.



Doña INÉS. ¡Qué de vidas le sobran a un enfado!

Don JUAN. Mas no te aflijas.

Doña INÉS. Pero no te alteres;  
que yo haré que me veas si quisieres.

Don JUAN. Mi amor trazará modo de buscarte, etc.

Y a renglón seguido, al principio de la jornada segunda, hallamos estos otros:

D. FERN. (Pienso que no llego tarde.)

D. DIEGO. (Pienso que tarde no llego.)

D. FERN. (No es bien que aguarde don Diego.)

D. DIEGO. (No es bien que Fernando aguarde.)

D. FERN. (Pero ¿no es el que está allí?)

D. DIEGO. (Pero el que está allí ¿no es?)

D. FERN. (Llegar quiero.)

D. DIEGO. (Llego, pues.)

D. FERN. ¿Sois a quien aguardo?

D. DIEGO. Sí.

Esto, en verdad, tiene poco de LOPE DE VEGA. Agréguese a ello la pobreza y monotonía de los metros poéticos, reducidos, casi por completo, al romance octosílabo y a unos pareados endecasílabos en combinación con heptasílabos y la ausencia completa de quintillas y casi de redondillas y la duda adquirirá mayor fuerza. Ciertamente que en el acto tercero la acción adquiere mayor interés dramático, aumenta la viveza de expresión y hasta se hallan unas regulares décimas; cierto que el desenlace es bien traído y artístico en grado sumo, al descubrirse don Juan para salvar la reputación de doña Ana; pero a todo más podrán estas circunstancias conducirnos a sospechar que LOPE pudo escribir una comedia con este argumento, refundida luego por algún discípulo o imitador de Calderón de la Barca. Hoy por hoy, no tenemos datos para hacer afirmación más concreta.

*El esclavo de Venecia*.—Comedia inédita. Reproduce el texto un antiguo manuscrito existente en la Biblioteca ducal de Parma, cuya exacta copia debemos o debe la Academia a la incansable bondad de su ilustre Correspondiente el profesor de la Universidad de Génova don Antonio Restori.

Hállase la obra en un precioso códice, que además contiene otras comedias de LOPE DE VEGA, alguna de las cuales (*La divina vencedora*) figura ya en esta colección y entrarán, a lo menos en parte, para el cotejo y notas las demás (1). *El esclavo de Venecia* es la primera del tomo y está escrita toda de mano de un gran devoto de LOPE y coetáneo suyo, como

(1) Pertenece el tomo a una colección de comedias de LOPE que el señor Restori había descrito hace años (Véase: *Una collezione di commedie di Lope de Vega Carpio. In Livorno, 1891*; págs. 24 y siguientes.) y ahora nos ha completado. Lleva el núm. XXXVII y contiene seis comedias por este orden: *El Esclavo de Venecia*, *El Antecristo*, *El Negro del mejor amo*, comedia de la Noche Toledana, *La Corona derribada*, *La Divina vencedora*. *El Esclavo de Venecia* ocupa las primeras 61 hojas, y el título se da en esta forma: "La gran comedia del esclavo de Venecia y amante de su hermana. De lope felix bega carpio." La ortografía del texto es por el mismo estilo. Cada acto va, como queda notado en su lugar, firmado por el copiante Martínez de Mora.

fué el librero madrileño don Juan Martínez de Mora, de quien hemos dado ya noticia en prólogos anteriores, y la copia adquiere por dicha razón valor inestimable y autenticidad casi completa.

Menciona esta comedia, pero como anónima, el *Indice* de Medel del Castillo (1), a quien siguió Barrera (2), que no tuvo más noticia de esta obra ni sospechó que pudiese ser de LOPE. Esto último es para nosotros indiscutible y creemos lo será también para todo el que la lea y medite sobre todas las circunstancias que acompañan a esta pieza. Pero igualmente creemos que el texto ha sido retocado, quizá por el clérigo don Francisco de Rojas, a fin de darle el carácter que tiene, en parte, de comedia devota. El pobre e innecesario recurso de sacar de la prisión de Constantinopla al viejo Astor Balón, a costa de un milagro, no es del ingenio de LOPE, que habrá empleado otro medio más natural e ingenioso para el objeto, si en su plan estuvo el llevar a Turquía al padre de Camila. Serán, pues, del licenciado Rojas (que como queda advertido retocó aún la copia de Mora) (3) los romances de la obra que se refieren a religión y que, según se observará, fácilmente se pueden separar de ella sin que padezca la integridad de su argumento, aunque, naturalmente, sería preciso soldar los puntos extremos de lo desprendido.

De todos modos, la comedia es en su casi totalidad de la pluma de LOPE, y no de las malas, por la excelente versificación; por el estilo animado y el lenguaje tan rápido como expresivo; por los bellos caracteres de los personajes y hasta por el tal cual atrevimiento del asunto.

La gran riqueza de metros que hay en la comedia, denotan la experta mano de LOPE, y varios entre ellos, como las rotundas octavas de la página 333, las redondillas de la escena entre Gandalín y su amo (págs. 340 y 341), las liras de la pág. 343, las endechas de las 354 y siguientes, la relación de la batalla de Lepanto (págs. 358 a 360) y otros semejantes, nadie más que LOPE pudo escribirlos.

*El esclavo fingido.*—De esta comedia existe una impresión que, según el erudito don Juan Isidro Fajardo, en su *Indice de comedias* impresas hasta 1716 (4), pertenece a un tomo o *Parte de las de Lope de Vega* impreso en Sevilla, en época que no determina. Un fragmento de este tomo o de otro semejante que contenía dicha comedia, llegó o debió llegar, pro-

(1) *Indice general de comedias*. Madrid, 1735; pág. 40.

(2) *Catál. bibliogr. y biogr. del teat. esp.* Madrid, 1860; pág. 547.

(3) Véanse las notas de las págs. 337<sup>1</sup>, 353<sup>1</sup>, 358<sup>2</sup>, 362<sup>2</sup> y 363<sup>2</sup>. Como es sabido, el licenciado Francisco de Rojas (distinto de Rojas Zorrilla) fué capellán de la capilla de la Cofradía de Nuestra Señora de la Novena, propia de los cómicos españoles, sita en la iglesia de San Sebastián de esta corte, y compuso una comedia sobre el milagro llamado “de la Novena” que dió origen a dicha Cofradía. Escribió también autos sacramentales.

(4) Ms. núm. 14706 de la Biblioteca Nacional.

cedente de la Biblioteca de Osuna (1) a la nuestra Nacional, pero hoy no existe en ella. Probablemente conoció también dicho tomo Medel del Castillo, pues cita la comedia en la pág. 40 de su *Índice* en esta forma: "El esclavo fingido. De Lope."

Como no hemos podido haber a las manos la obra impresa hemos reproducido, como se advierte en su lugar, un manuscrito antiguo que, procedente de la biblioteca de don Cayetano Alberto de la Barrera, pasó a la Biblioteca Nacional, donde se halla registrado con el número 16.024 (2). No lleva nombre de autor; pero, según Barrera, que vió el impreso de Osuna, es la misma obra. Y como LOPE no citó comedia ninguna con aquel título, pensó Barrera que pudiese ser la recordada en *El Peregrino* de 1603 con el título de *El esclavo por su gusto*. Pero la andariega de Fénix se disfraza de esclavo, más que "por su gusto", por seguir a su traidor amante Marcelo. Y aunque en la pág. 371, al comprar Marcelo al fingido Justo y decir al vendedor:

Agora resta saber  
si el esclavo gusta de ello,

conteste el falso esclavo:

Yo recibo gloria en ello,  
pues soy de quien he de ser,

no creemos sea bastante razón para fundar aquella hipótesis.

Hay, sobre todo, en contra de ella el poderoso argumento de la escasa o ninguna autenticidad de la comedia (3). No por el asunto, que no es indigno de LOPE y se parece a otros suyos, como, por ejemplo, *La esclava de*

(1) Era, como hemos dicho en el prólogo del volumen III de esta colección, pág. xiv, un tomo facticio, con el núm. 132, y contenía 12 comedias, algunas sueltas, y un trozo, desde el folio 171 al 270, de un volumen en que se hallaban las tituladas *Nuestra Señora de la Peña de Francia*, *El León apostólico*, *El Esclavo fingido* y *Don Manuel de Sousa*.

(2) Consta de 19 hojas en 4.º, letra de principios del siglo xvii. Pero no sólo no es autógrafa en parte, como creyó un tiempo Barrera, sino que tampoco es de dos letras diferentes, como afirmó más tarde en la nota y encabezado de la comedia, según reproducimos en la pág. 364 por consideración a tan eminente bibliógrafo. Pero la verdad es que todo él fué escrito por la misma mano, que en las tres primeras hojas hizo la letra algo más tendida y ligada que en las sucesivas, aunque siempre clara y hermosa.

Copia de este manuscrito es otra moderna (de hacia 1860) que hay en la misma Biblioteca Nacional en un tomo encuadernado con dos comedias más de LOPE tituladas *El Maestro de danzar* y *Hechos de Garcilaso*, también de la misma época y mano. Lleva la signatura y número Ms. 14836.

(3) Quizá nació la idea de atribuir a LOPE esta pieza el saber que había otra suya en que una dama se reducía a situación semejante como se ve en *La Esclava de su galán*. Esta comedia no se imprimió hasta 1647 en Zaragoza, formando parte de la XXV de su autor. Anterior será *El Esclavo fingido*, impreso, como anterior en muchos años es el texto manuscrito, y de ahí la confusión entre una y otra comedia.



*su galán*, en que doña Elena se vende por esclava al padre de su amante y luego lo es de éste mismo y lucha por apartarle de otra dama con quien está a punto de casarse, sino por otras circunstancias externas, pero a nuestro ver, decisivas, creemos no sea de LOPE esta comedia, si no es que se quiera suponer en ella un gran trabajo de refundición y arreglo en la forma.

Consideramos como tales la aspiración sistemática de la letra *h* en los casos en que suelen hacerlo los andaluces, pero no los castellanos y ni aun los poetas, no siendo forzados por la falta de sílabas en el verso (1). Un caso bien característico de esta aspiración es igualmente el nombre de Huberto, que hasta en la comedia se escribe "Juberto". Y es lo raro que en el último acto, como si fuese indicio revelador de refundición, se abandona en seis u ocho casos la aspiración, debiendo pronunciarse el nombre cual si se escribiese "Uberto" (2). Ciertas voces, como la de *albañí*, en lu-

(1) Pondremos varios casos en que con escaso trabajo pudiera haberse evitado tan poco agradable sonido.

Los cuales me hacen fuerza (pág. 365<sup>1</sup>).  
Ambos de hablar con ella (367<sup>1</sup>).  
Porque habló como quien (*ídem*).  
Buscaron para hablarse (367<sup>2</sup>).  
Para poderse hablar (*ídem*).  
Que hiciérades tal cosa (368<sup>1</sup>).  
Porque ésta hará según le ama (*verso endeca-*  
Sí hará; más yo nací (369<sup>1</sup>) [*sílabo*] (368<sup>2</sup>).  
¿No nos hiciera huir? (369<sup>2</sup>).  
Una sobrina hermosa (370<sup>1</sup>).  
Eso no haré; mas quiero (371<sup>2</sup>).  
Y estuve harto afligido (372<sup>1</sup>).  
Y ansina lo has de hacer (372<sup>2</sup>).  
Tiene hacienda de su patrimonio (373<sup>1</sup>).

Que Lucinda me hacía (374<sup>1</sup>).  
Un rostro tiene hermoso (377<sup>2</sup>).  
Y tan justo le hallé (378<sup>2</sup>).  
Lucinda, has (haz) regalalle (*ídem*).  
Por do hablarme solía (379<sup>2</sup>).  
Y escritos le hallaron mil billetes (382<sup>2</sup>).  
Al esclavo se hacía (385<sup>2</sup>).  
Cuanto tienes de hermosa (387<sup>2</sup>).  
¿Qué piensas tú hacer y qué es tu intento? (390<sup>2</sup>).  
Lucinda ha hará, Lisardo amigo (391<sup>2</sup>).  
Que este negocio hagamos (392<sup>1</sup>).  
Cuando te halles burlada (392<sup>2</sup>).  
Y como yo me hallé (*ídem*).

Hasta hay un caso en que la aspiración se hace a la antigua usanza, escribiendo:

De aquesa misma suerte lo *ficiera* (390<sup>2</sup>).

Hemos puesto los ejemplos abundantes para que se vea que no era imposición del metro el dar sonido a la *h* y que en muchos casos era defecto muy remediable.

(2) En el nombre de Huberto se aspira la *h* en estos casos:

Hazlo, Juberto, pedazos (377<sup>2</sup>).  
Como lo vido Juberto (384<sup>2</sup>).  
Ponte, Juberto, a este lado (*ídem*).

Dime, Juberto, en qué día (*ídem*).  
¿Halo dicho ya Juberto? (385<sup>1</sup>).  
Según aquéllo, Juberto (388<sup>1</sup>).

Deja de ser aspirada en estos pasajes:

Y si no, ¿no está ahí Juberto? (385<sup>2</sup>).  
Con oílo tan bien sospecho, Juberto (389<sup>2</sup>).  
¿Y de qué suerte, Juberto? ¿De qué suerte? (*Id.*)  
Escucha, Uberto, ¿no ves (393<sup>1</sup>).

Hola, Uberto; un hombre veo (*ídem*).  
Esa es otra: escucha, Uberto (*ídem*).  
¿No ves que la noche, Huberto (393<sup>2</sup>).

Como se ve, hasta la pág. 385 se aspira la letra; de la 385 a la 388 fluctúa la prosodia; pero desde la 389 ya no hay aspiración. ¿No es evidente que hubo dos manos en esta obra?

gar de *albañil* (1); metáforas y comparaciones propias de Andalucía (2), y, sobre todo, las falsas rimas, comunes a los hijos de esta región, que hacen consonantes las palabras *esposo* y *gozo*, *esa* y *firmeza*, *vejes* e *interés*, *casa* y *caza*, *ves* y *vejes*, con alguna otra (3), demuestran que la comedia, tal cual hoy la conocemos, fué escrita o reescrita por otro que LOPE DE VEGA.

En cuanto a la fecha, suponemos con Barrera que se compuso a fines del siglo XVI, por el empleo de ciertas formas verbales arcaicas o ya poco usadas en el siguiente, como las de *dejá*, por *dejad*; *terná*, por *tendrá*; *contá*, por *contad*; *entreterné*, por *entretendré*; *tené*, por *tened*; *ponné*, por *pondré*; *mirá*, por *mirad*; *sabé*, por *sabed*; *levantá*, por *levantad*; *ficiera*, por *hiciera*; *hacé*, por *haced* (4). Y no se crea que pudo ser capricho del escribiente o copista de la comedia; porque en ciertos casos el verso resultaría largo si no se pronunciase la voz tal como aparece escrita, según se observa en éstos:

*olvidá* aquese cuidado... (pág. 365<sup>1</sup>).  
*esperá*; emprendéis el fuego... (pág. 366<sup>2</sup>).  
*padecé* en oílo vos... (pág. 367<sup>1</sup>).

(1) No es errata de imprenta, porque la redondilla dice:

RUFINO. ¿Quién me trujo a andar a <i>mí</i> por terrado y por terrada,	jurisdicción aplicada a un gato y a un <i>albañil</i> ?
---	--

(2) En la pág. 393, columna primera, se dice:

JUBERTO. Digo que la traza es brava. Encomendémoslo a Dios.	RUFINO. ¿No parecemos los dos atalayas de almadraba?
--	---

(3) Hallamos las siguientes:

UBERTO. Grande regocijo y gozo sin duda en casa hoy se tenga de que a mi sobrina venga tan honrado y noble esposo (370 <sup>2</sup> )	y vivo a las de interés. (378 <sup>2</sup> )
MARCELO. Si no te cumplieron ésa, estotra he yo de cumplir.	RUFINO. ¿Eres, galguillo, de casa?
FENIS. Pues yo te pienso servir a tu gusto y con firmeza. (372 <sup>2</sup> )	FENIS. Sí, señor.
MARCELO. ¿Su casa aquésta no es? Sí. Pues no tiene otra hermana; que en esta misma ventana me lo dijo ella una vez. (375 <sup>1</sup> )	RUFINO. Por vida mía, mi amo lo compraría para ir las tardes a caza. (380 <sup>2</sup> )
LUCIANO. Y cuando, por la vejez, eras, con tanto concierto, a las cosas de amor muerto	LISARDO. Fortuna, dame favor; que si de Lucinda gozo, soy el hombre más dichoso que ha habido en suertes de amor (393 <sup>2</sup> )
	JUBERTO. ¿Cómo el viejo? Espera un poco. ¿Veslo? Viene. ¿No lo ves? ¡Mal empleada vejez!
	RUFINO. ¡Viejo torpe! ¡Viejo loco! (394 <sup>2</sup> ).

(4) Véanse las págs. 364<sup>1</sup>, 365<sup>2</sup>, 366<sup>1</sup>, 367<sup>1</sup>, 368<sup>2</sup>, 375<sup>1</sup>, 381<sup>1</sup>, 385<sup>2</sup>, 395<sup>2</sup>, etc.

Y esta redondilla, en que el consonante también lo exige:

Pero ciego de afición  
por Lucinda vine acá:  
no fué razón; mas *mirá*  
que amor no guarda razón. (1)

*Los esclavos libres.*—Esta comedia, que LOPE tenía ya escrita en 1603, pues figura en la primera lista de su *Peregrino* y se deduce por ciertos pasajes de la obra (2) la imprimió en la *Parte XII* de su colección especial, en Madrid y Barcelona en 1618, que igualmente contiene otras comedias suyas reimpresas en el presente volumen. Es pieza ingeniosa e interesante, salvo en el tercer acto, que peca de inverosímil, ya que con sólo declarar Leonardo, como lo hace al final, que era cristiano y no renegado, e hijo del Conde, se hubiera hecho antes el reconocimiento y llegado al desenlace. Pero entonces la comedia no tendría más que dos actos.

Presumimos que llevó el desenlace a Nápoles, en lugar de Perpiñán u otro lugar de España, como pedía el comienzo de la fábula, sólo por tener ocasión de ensartar los repetidos y grandes elogios que dedica al virrey don Pedro Téllez Girón, duque de Osuna. Y esto nos induce a sospechar que LOPE retocó su obra poco antes de darla a la imprenta. Porque, aun cuando, según la cronología de la comedia, pudiera referirse al virreinato del primer Duque de Osuna, que corrió entre 1582 y 1586, estaba ya un poco lejos para que el poeta le ofrendase el exagerado panegírico que rebosa en este último acto:

Ve a servir al gran Virrey;  
pon en un Duque de Osuna  
la carga de la fortuna  
que tiene sangre de rey.

En él mi esperanza fundo;  
mira que el menor *girón*  
de aquel divino blasón  
puede ser capa del mundo. (3)

(1) Pág. 395<sup>2</sup> del presente volumen.

(2) Por ejemplo, el denominar Lucinda Luján a la heroína de la comedia, siendo así que LOPE designó con el nombre de *Lucinda* en muchos de sus versos a su amada la actriz Micaela de Luján, en cuya amistad estuvo desde 1600 a 1605 o algo más. Pero esta comedia hubo de ser retocada poco antes de imprimirse, según indicamos arriba, por los pasajes de lisonja que LOPE dedica al Duque de Osuna, que pueden verse en las págs. 426<sup>1</sup>, 428<sup>2</sup>, en que llega a decir:

LEONARDO.

Humillóme el tiempo,  
que sube las privanzas a las nubes  
y da con las ciudades por la tierra;  
mas no quiero pensar que me derriba;  
que, cuando fuera rey de toda el Africa,  
tuviera por más próspera fortuna  
servir al gran virrey, Duque de Osuna.

Véanse también las págs. 429<sup>2</sup> y 433<sup>1</sup>.

Nótese que en el último verso de la comedia se da LOPE a sí mismo el nombre de *Belardo*.

(3) Página 426<sup>2</sup>.

Este y los demás pasajes van encaminados a una persona viva; y como el tercer duque de Osuna don Pedro Téllez Girón fué nombrado virrey de Nápoles en 1616, parece indudable que de él y no de su abuelo se trata. Pero como la comedia estaba ya escrita en 1603, es evidente que fué retocada en 1616, quizás antes de salir para su destino el Duque y representada por entonces. El hecho, según se ha visto en otros casos, no es infrecuente en LOPE, quien, además, confesó haber rehecho o remozado otras obras, por ejemplo, la *Dorotea*, *El Verdadero amante* y *La pastoral de Jacinto*.

*La escolástica celosa*.—Título singular e incomprensible a primera vista, puesto que la escolástica no es más que la doctrina filosófica de Aristóteles adaptada a las creencias de la Edad Media, especialmente a la católica, o bien el espíritu de esa misma doctrina; pero que LOPE aplica aquí a un cursante de la Universidad de Alcalá de Henares, como simbolizando en él todo el escolasticismo de aquellas célebres aulas. Sin duda le pareció vulgar y pobre el título de *El escolar celoso* u otro semejante y prefirió el sonoro y enfático de *La escolástica*, aunque menos exacto y claro.

Imprimióse esta comedia en la *Primera parte* de las de su autor en Zaragoza, en 1604, y después otras muchas veces (1). Hay, además, un manuscrito antiguo, núm. 17.178, en la Biblioteca Nacional (2); es una mera copia de alguna de las ediciones posteriores a 1604 y no sirve para corregir los errores de los textos conocidos ni colma las lagunas que en ellos se deploran.

Pero tal cual ha llegado a nosotros ofrece los caracteres de las obras de la juventud de su autor, hecho que acredita igualmente el de recordarla en su primer *Peregrino*, de 1603. Grandes incongruencias y falta de conexión íntima entre los innumerables episodios; tres acciones paralelas

(1) *Las comedias del famoso poeta Lope de Vega, Carpio, Recopiladas por Bernardo Grassa, Dirigidas al Illustrissimo señor Don Grabiél (sic) Blasco de Alagon Conde de Sastago, señor de las Baronías de Espes y Escuer, Camarlengo del Rey nuestro Señor. Las que en este Libro se contienen, van a la buelta desta hoja. Año* (Escudo del Mecenas.) *M.DCIII. (1604) Con licencia de los Superiores. En Çaragoça. Por Angelo Tauanno.*

A la vuelta la lista de comedias "Primera parte" y "Segvnda parte". Aprobación del doctor Juan Briz Martínez: Zaragoza, 4 de noviembre de 1603. Licencia del Vicario: Zaragoza, 12 de noviembre de 1603. Privilegio: Zaragoza, 15 de octubre de 1603 (a Tavano). Dedicatoria firmada por Tavano. "Prólogo al Lector." Siguen once loas en nueve hojas sin numerar. Texto con foliación hasta el 176. Sigue otra foliación hasta el 191. En otra hoja suelta dice: "Impressas, con licencia | en Çaragoça. | Por Angelo Tauanno. Año, | M.CDIII." (sic). 4.º; 12 hojas prels. y 176 + 191 + 1 de texto. La comedia *La Escolástica celosa* es la novena del tomo.

Esta primera edición se reimprimió hasta 1626 lo menos otras quince veces, añadiéndole en algunas ediciones 12 entremeses.

(2) Ms. en 19 hojas en 4.º, letra de principios del siglo XVII.



y casi iguales; caracteres poco definidos e inconsecuentes y desenlace previsto, aunque no muy propio en cuanto a lo principal son sus capitales defectos. Pero en cambio hallamos un estilo y lenguaje llenos de vigor y de gracia, una versificación riquísima, de conceptos y frases poéticas felices y en todo una viveza juvenil que, en parte, a lo menos para la lectura, reemplazan la corrección y habilidad técnica de las obras que LOPE compuso entre 1610 y 1632.

*El favor agradecido*.—De esta comedia, impresa por el autor, en 1621, en la *Parte XV* de su colección particular (1), hay, además, un manuscrito autógrafo, sólo comprensivo, por desgracia, del primer acto, en la Biblioteca Nacional, y fechado en Alba el 19 de diciembre de 1593. Lleva el título de *El favor agradecido. Tragicomedia* (2). La fecha confirma el ver- le citado algo después, en el primer *Peregrino*, como obra de la juventud de LOPE. Hemos aprovechado sus pocas pero útiles variantes.

El argumento quizás explique el hecho de haberle atribuído la comedia *Burlas y enredos de Benito*, pues, como puede verse, ambas son iguales en el fondo y en muchos episodios.

Esta de *El favor agradecido*, no obstante su fecha, está escrita y versificada con esmero. Los sucesos se precipitan y van encaminados al favorable desarrollo de la acción; pero no hay contrastes pasionales ni caracteres verdaderos: la pobre princesa Rosaura es juguete de los acontecimientos, y el duque Astolfo no se rehabilita suficientemente. En suma: no

(1) *Decima Quinta | Parte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio, Procu- | rador Fiscal de la Camara Apostolica, y | Familiar del Santo Oficio de | la Inquisicion. | Dirigidas a diver- | sas Personas. | Año* (Escudo tipográfico.) *1621. | Con privilegio. | En Madrid. Por Fernando Correa | de Montenegro. | A costa de Alonso Perez, mercader de libros. 4.º; 4 hojas prels. y 304 foliadas.*

Tabla de las comedias.—Tasa: Madrid, 17 de diciembre de 1620.—Fe de erratas (ninguna): Madrid, 15 de diciembre de 1620.—Aprobación del maestro Espinel: Madrid, 24 de septiembre de 1620.—Suma del privilegio al autor por diez años: San Lorenzo, 24 de octubre de 1620.—“El Teatro.”—Texto.—*El Favor agradecido* es la sexta comedia.

Segunda edición: *Decima Quinta | ...* (Lo mismo que la anterior.) *Dirigidas a diversas | personas. | Año* (Escudo del Sagitario con la leyenda “*A Deo missa salubris Sagitta.*”) *| Con privilegio. | En Madrid. Por la viuda de Alon- | so Martin. | A costa de Alonso Perez Mercader de libros. 4.º; 4 hojas prels. y 296 foliadas.*

Los preliminares como la anterior, excepto que en la tabla de las comedias no dice quiénes las estrenaron. La *Tassa* va fechada a 17 de diciembre “de mil y seyscientos y veynte y vn años”, por errata acaso. Lleva las mismas comedias y por el mismo orden, pero con foliación diferente.

(2) Hállase en un tomo en 4.º con la signatura R-1-52, que contiene las siguientes obras autógrafas de LOPE: 1.ª, *Amor, pleito y desafio*, fechada en Madrid a 23 de noviembre de 1621; 2.ª, *La Doncella Teodor*; 3.ª, *El Favor | agrade | çido. | Tragicomedia | en Alba 19 de x.bre 1593.* (A la vuelta:) “Los que hablan en este p.º Acto.” Tiene bastantes tachaduras y la letra es confusa y descuidada; 4.ª, *Más pueden zelos que amor*. Sólo el acto segundo.

obstante su estrépito de soldados, corsarios, moros y caballeros de San Juan, hay poca acción intensamente dramática.

*La Felisarda*.—Se imprimió esta comedia en la *Parte XVI* de su autor y de ella se hicieron dos ediciones en 1621 y en 1622, ambas en Madrid (1). Las dos hemos tenido presentes.

En la dedicatoria a don Juan Antonio de Vera y Zúñiga, después Conde de la Roca, a quien poco antes había también ofrecido la comedia de *Los esclavos libres*, dice LOPE que la traza, o sea el argumento de *La Felisarda*, “es de la ilustrísima señora madama Capela, cuando asistió en Palacio a la Reina nuestra Señora que Dios tiene”; es decir, a la reina doña Margarita de Austria, mujer de Felipe III.

Y bien se echa de ver el ingenio de la dama italiana en el extraño y complicadísimo enredo de esta novela dramática, en que entran seres humanos, dioses y encantadores en absurda mezcolanza. Pero en medio de esto, ¡qué fresca y opulenta poesía lírica reina en toda la obra! Véanse las octavas reales de Lelio en la pág. 513; las estancias de la 515, que empiezan

Verdes prados floridos;

las octavas de las págs. 529 y 530 y otros en que no solamente las imágenes y otros adornos poéticos se compiten y aventajan unos a otros, sino que el idioma se desliza con igual suavidad, sin tropiezos ni asperezas y casi, puede decirse, sin consonantes ingratas al oído (2).

La reina Felisarda, que da nombre a la comedia, es uno de los personajes que menos intervienen en ella.

*La fe rompida*.—Comedia bien de la juventud de su autor, no tanto por verla ya citada en la lista del *Peregrino* de 1603, como por su desafo-

(1) *Decima sexta* | *Parte de* | *las Comedias de* | *Lope de Vega Carpio, procv-* | *rador Fiscal de la Camara Apostolica.* | *Qvibzdam enim canibes* | *sic imatum est, vt non pro feritate, sed pro consuetu-* | *dine latrent.* SENECA de Rem. Fort. | Año (Escudo del Sagitario.) 1621. | *Con privilegio.* | *En Madrid. Por la viuda de Alonso* | *Martin.* | *A costa de Alonso Perez Mercader de libros.* 4.º; 6 hojas prels. y 284 foliadas.

Títulos de las comedias.—Suma del privilegio al autor por diez años: San Lorenzo, 24 de octubre de 1620.—Suma de la Tassa: Madrid, 27 de septiembre de 1621.—Erratas (ninguna): Madrid, 15 de diciembre de 1621.—Aprobación del maestro Espinel: Madrid, 24 de septiembre de 1620.—Prólogo en diálogo.—Texto.—*La Felisarda* es la décima comedia del tomo.

Segunda edición. La misma portada, sin más diferencia que la fecha: 1622. El mismo número de folios, así de los preliminares como del texto. En todo lo demás exactamente igual.

(2) El mismo LOPE estaba contento de su obra, pues decía en el prólogo del tomo que la contiene: “FOR. ¿Son buenas estas comedias? TEAT. *Mirad a quién alabáis, El Perseo, El Laberinto y Los Prados, El Adonis y Felisarda*, están de suerte escritas, que parece que [el autor] se detuvo en ellas.”



rado argumento. Se estampó en la *Parte IV* de la colección de LOPE, primero en Madrid, en 1614, y después en Barcelona y Pamplona. (1)

Supuesta la enorme inverosimilitud del tema, no aparece mal tramado y tiene escenas muy lindas, como las primeras entre Lucinda y el Rey; las del acto segundo, en que la dama encubierta y disfrazada de hombre conduce y maneja toda la intriga y desconcierta al Monarca con sus palabras equívocas e intencionadas. Es de notar este procedimiento que luego llevó a su perfección el maestro Tirso de Molina, en muchas de sus obras, como *El vergonzoso en Palacio*, *Don Gil de las Calzas verdes*, *La venganza de Tamar*, etc.

Quizá LOPE exageró el carácter de la serrana Lucinda para mayor lucimiento de la otra *Lucinda*, de carne y hueso que tan briosamente representaba estos personajes varoniles.

(1) *Doze | Comedias de | Lope de Vega | Carpio familiar del | Santo Oficio. | Sacadas de sus originales. | Qvarta parte. | Dirigidas a Don Luys Fernandez | de Cordoua, Cardona, y Aragõ, Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque de | Vaena, Marqués de Poza, Conde de Cabra, Conde de Palamos, | Conde de Oliuito, Vizconde de Iznajar, Señor de las | Baronias de Velpuchte, Liñola, y Calonge, | gran Almirante de Napoles. | Año (Escudo del impresor.) 1614. | Con privilegio. | En Madrid, Por Miguel Serrano de Vargas. | A costa de Miguel de Siles librero. | Vendese en su casa en la calle Real de las Descalças. 4.º; 4 hojas prels. y 296 foliadas. La Fe rompida es la undécima comedia del tomo.*

Títulos de las comedias.—Tasa: Madrid, 14 de marzo de 1614.—Erratas (ninguna): Madrid, 11 de marzo de 1614.—Aprobación de Tomás Gracián Dantisco: Madrid, 11 de enero de 1614.—Aprobación de fray Juan Bautista (trinitario): Madrid, 20 de diciembre de 1613.—Suma del privilegio por diez años a Gaspar de Porres: Madrid, 5 de febrero de 1614.—Dedicatoria de Gaspar de Porres al Duque de Sessa.—A los lectores.—Texto.

El hecho de ser Gaspar de Porres cómico grande amigo de LOPE, el colector de este tomo y el de ofrecerlo al Duque de Sessa, que ya en este tiempo era protector y muy íntimo del poeta, demuestran que nadie más que éste fué el verdadero editor de esta parte cuarta, aunque LOPE, por su nuevo estado de sacerdote, quisiese aparecer ajeno a ello. La dedicatoria y prólogo no dejan duda de la intervención directa del autor en la publicación de estas doce comedias que Porres dice que tuvo originales, quizá porque las habrá estrenado.

Segunda edición. *Doze comedias de Lope de Vega Carpio... Qvarta parte. Pamplona, Nicolas Assiayn, 1614. 4.º; 4 hojas prels. y 296 foliadas. (Salvá.)*

Tercera edición. *Doze | comedias de | ... Año (Escudo.) 1614. | Con licencia del Ordinario. | En Barcelona, en casa Sebastián de Cormellas, a1 Call | Acosta de Juan de Bonilla, Mercader de libros. 4.º; 3 hojas prels. y 312 foliadas.*

Cuarta edición. Porque Barrera puso en duda su existencia repetidamente (*Catálogo*, pág. 440 y *Nueva biografía de Lope*, pág. 214) y porque no la hallo citada en los bibliógrafos, describiré otra edición de que poseo un hermoso ejemplar: *Doze | comedias de | Lope de Vega Carpio. | Familiar del Santo Oficio. | Sacadas de sus originales. | Qvarta parte. | Dirigidas... (como en la primera). | Año (Escudo del impresor.) 1624. | Con licencia. | En Pamplona, por Iuan de Oteyza, Impressor del | Reyno de Navarra. 4.º; 4 hojas preliminares y 296 foliadas.*

En la segunda hoja hay los *Títulos de las Comedias* y a continuación las *Erratas* (muchas): Pamplona, 16 de agosto de 1624.—Licencia: Pamplona, 16 de agosto de 1624.—Dedicatoria y prólogo "A los Lectores", los de la edición de Madrid.

*Las ferias de Madrid.*—Otra comedia de la juventud de LOPE, citada en *El Peregrino* de 1603, e impresa en la *Parte II* de las suyas en Madrid, 1609 y después otras 12 veces (1) lo menos.

No atinamos cómo esta incomparable comedia pudo no hallar gracia a los ojos de don Juan Eugenio Hartzenbusch, que la omitió en su colección para la Biblioteca de Autores Españoles. Ciertamente que no hay en ella una acción regular y seguida con su desarrollo más o menos complicado e interesante. Pero hay otras muchas cosas, que sólo en ella se encuentran, más importantes aún; hay un cuadro de costumbres madrileñas de fines del siglo XVI que podría dar materia a mucho estudio, así desde el punto de vista ético, como el político y social y aun de otros menos graves, pero no menos curiosos. Ya la primera jornada es una acabada revista satírica de tipos y costumbres, por el estilo de las que después hicieron Quiñones de Benavente, Moreto, Zamora y don Pedro Lanini y, en el siglo XVIII, don Ramón de la Cruz; y todo ello con tal gracejo picaresco y tan aguda sátira, que en nada fué superado por aquellos otros autores. En el segundo hallamos unos jóvenes calaveras que nos dicen cómo era la murmuración cortesana de entonces, cómo era su adorno y vestido y cómo divertían las horas cuando trasnochaban. Y en medio de esta caprichosa variedad, un episodio, al comienzo insignificante, va ganando importancia hasta convertirse en principal y acabar en tragedia. El desenlace es inesperado, por inmoral y casi absurdo, como es que el suegro mate a su yerno, inocente, en tanto que su hija, adúltera, tiene al galán consigo en la casa.

*La firmeza en la desdicha.*—Es obra de la mayor edad de LOPE; así, no aparece citada hasta la segunda lista del *Peregrino*, correspondiente a 1618,

(1) *Segunda parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio*. Madrid, Alonso Martín, 1609. 4.º; 4 hojas prels. y 372 foliadas.

De esta primera edición hay ejemplar, según Rennert, en el Museo Británico. Fué costeada por Alonso Pérez y dedicada a doña Casilda Gauna Varona. La fe de erratas lleva la fecha de Madrid, 18 de noviembre de 1609. La aprobación, del doctor Cetina, es de Madrid, 1.º de agosto de 1609, y otra de fray Alonso Gómez de Encinas, mercenario, de Madrid, a 30 de julio del mismo año.

Se reimprimió en Valladolid y Pamplona el propio año de 1609, ediciones que son raras. He visto las de Madrid, 1610, y Barcelona, 1611. Tengo un ejemplar de la de Bruselas, 1611, y parte de otro que no conozco. Y más corrientes son otras cuatro o cinco que mencionan los bibliógrafos.

La edición de Madrid, 1610, que ha servido de texto y probablemente será igual a la de 1609, dice: *Segunda parte | de las Co | medias de Lope | de Vega Carpio, | que contiene otras doze cuyos nombres | van en la hoja segunda. | Dirigidas a Doña Casilda de Gauna Varona, muger de | don Alonso Velez de Guevara, Alcalde ma | yor de la ciudad de Burgos. |* (Un grabado.) *Con licencia. | En Madrid, por Alonso Martín. | Año 1610. | A costa de Alonso Perez mercader de libros. 4.º; 3 hojas prels. y 372 foliadas.*

La comedia de *Las Ferias de Madrid* es la última del tomo. Se ha copiado de la edición de Madrid, 1610, y cotejado con las de Barcelona, 1611, Bruselas, 1611, y Madrid, 1618.

é impresa al año siguiente (1). No muy anterior será esta noble y hermosa comedia, en la que sobresale el carácter firme y virtuoso de Teodora, en medio de las borrascas que el autor crea para someterla a duras pruebas. Con habilidad supo LOPE no extremar el aspecto tiránico y vicioso del rey Rogerio, para que sin mengua de la verosimilitud obrasen como obran los dignos caballeros y la heroica dama que son víctimas de su injusta cólera.

Aunque hemos utilizado las tres ediciones de la *Parte XII* de LOPE en que la comedia fué estampada, como estas obras, publicadas por el mismo poeta, lo fueron con bastante esmero, sólo se han corregido algunas erratas que se deslizaron en la primera impresión madrileña.

*La Francesilla*.—Mencionada en el *Peregrino* de 1603; pero no fué impresa hasta 1620 en la *Parte XIII* del autor (2).

Debe de ser de las más antiguas obras de LOPE porque, en la dedicatoria al doctor Juan Pérez de Montalbán, afirma ser la primera comedia en que introdujo la “figura del donaire”, es decir, el *gracioso*, que ya vemos en piezas correspondientes al siglo XVI. Pero no creemos que porque falte el gracioso en otras muchas hayan de llevarse a época anterior a *La Francesilla*, tanto porque quizás el tema no lo requiera en unas como porque el autor pudo voluntariamente omitirlo en otras.

El asunto de *La Francesilla*, algo atrevido y no muy verosímil, como sucede en casi todas estas obras primitivas de LOPE DE VEGA, está, en cambio, desenvuelto con aquella facilidad y alegría poética que campea en las similares que llevamos ya reseñadas en este prólogo.

Habiendo examinado con algún mayor detenimiento la abundante colección de novelas de Mateo Bandello, hemos hallado en la *Parte primera*, novela XLIX, la que ha servido de base a la comedia de LOPE DE VEGA impresa en el tomo III de esta colección con el título de *Los bandos de Sena*

(1) En la *Parte XII* de LOPE, ya descrita al tratar de la comedia *Ello dirá*. *La Firmeza en la desdicha* es la décima comedia del tomo.

(2) *Trezena | parte de las | Comedias de Lope | de Vega Carpio, Procurador | Fiscal de la Camara Apostolica en el Arçobispado de Toledo. | Dirigidas, cada vna de | por sí, a diferentes personas. | Año (Escudo del Sagitario.) 1620. | Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Alonso | Martin. | A costa de Alonso Perez mercader de libros. 4.º; 152 más 151 hojas foliadas y con varios errores en su numeración, La Francesilla es la décima comedia de este tomo.*

Títulos de las comedias.—Tasa: Madrid, 18 de enero de 1620.—Erratas: Madrid, 18 de enero de 1620.—Privilegio al autor por diez años: Lisboa, 7 de octubre de 1619.—Aprobación del doctor Juan de Gómara: Madrid, 18 de septiembre de 1619.—Prólogo.—Texto.

La segunda edición de este tomo se hizo en el mismo año en Barcelona por Sebastián de Cormellas, en 200 hojas foliadas, en 4.º Ambas hemos utilizado en la impresión que sigue en este volumen.



(págs. 535 y sigts.). Pero, como allí hemos advertido, lo esencial del enredo que son los fingidos amores de la encubierta Teodora con Angélica Montano, para lograr los verdaderos con Pompeyo, hermano de Angélica, faltan en la obra italiana. Van además, añadidos un sinnúmero de episodios que no se hallan en la novela, reducida al acto de generosidad de uno de los banderizos, en favor de su enemigo, suceso que también utiliza y esfuerza nuestro LOPE.

También hemos logrado ver el original autógrafo de la comedia *El cuerdo loco*, que poseen en Londres los herederos de lord Holland y se ha impreso en el tomo IV de esta colección. Después de la minuciosa lista de variantes que ofrece según la copia del archivero don Miguel Sanz de Pliegos, que hemos dado en las págs. 727 y siguientes del referido tomo, poco de interés podrá recogerse en el nuevo texto. Pero el señor Sanz ha suprimido algunas cosas en los encabezados de las jornadas o actos, tales como el reparto fragmentario del acto primero (I) y añadido palabras que no

---

(I) En el folio 1 dice este manuscrito: “*El cuerdo | loco | Comedia | Passa en Albania | ML (rúbrica de LOPE) 1602.*”

La hoja 2 principia así: “Los que hablan en este prim.<sup>o</sup> Acto. | El principe Ant.<sup>o</sup>—Antonio [*Granados*] | El Conde Prospero—Velasco. | El duque Dinardo—Çamora (*tachado*) S.<sup>n</sup> Tiago. | Rosania, princesa, madrastra de Antonio—Francisca ✱ | Luzinda, hermana del Conde—Luciana [de] Castro. | La guarda. | Seys soldados. | dos pajes. | Vn Maestresala—Fernando. | Vn cabo de esquadra—Rivadeneyra. | Leonido—Santoyo. | Tancredo, caballeros (*illegible el nombre*). | Tebandro, criado. | Roberto, cozinero—[Jaime] Salvador. | ML (*rúbrica de LOPE*).”

Después ya sigue el texto con las variantes anotadas y acaba el acto así: “qualque giorno, qualque giorno | sera la nostra patron. | Fin del prim.<sup>o</sup> Acto (*rúbrica de LOPE*)”, en el recto del folio 19. En el siguiente, de otra letra, con rúbrica artística, hay este nombre: “Alfonso Melendez de prado.” En el 21, sólo estas palabras: “2 | Acto (*rúbrica de LOPE*).” El 22 dice: “Los que hablan en el 2<sup>o</sup> Acto. | Leonido | Aristeo | Filipino | Rosania | el duq.<sup>e</sup> Dinardo | el Conde Prospero | Sultan baxa—S.<sup>n</sup> Tiago Çamora | Antonio | Belardo | Santos | Tirseo | Guardas de Alabarderos. | ML (*rúbrica de LOPE*).”

Acaba el acto II en el vuelto del folio 38 con estas palabras: “Fin del 2<sup>o</sup> acto. | ML (*rúbrica de LOPE*).” Sigue una hoja en blanco, y en el 40 se lee: “3. | ML (*rúbrica de LOPE*).” El 41 dice: “Los q.<sup>e</sup> hablan en este Acto 3.<sup>o</sup>” La lista copiada en el texto del tomo IV y la rúbrica con la M y la L ya indicadas.

Y termina la comedia, después del último verso, con estas palabras: “En Madrid, a 11 de | Nouiembre de 1602 | M<sup>o</sup> Lope de Vega Carpio (*rúbrica*).” En M antepuesta aquí claramente al nombre y unida con él y en las demás rúbricas, según dejamos advertido, veremos nosotros ver la inicial de Micaela. LOPE, a imitación de los caballeros de su tiempo, que solían anteponer a su nombre de pila la inicial del de su mujer o dama, quiso estampar el de la que lo era suya a la sazón, pues el nombre de su mujer era Juana. Todo en esta comedia recuerda a la célebre actriz Micaela de Luján, que, sin embargo, no trabajó en ella: el nombre de Lucinda que lleva la protagonista, la evidente alusión a ella que hemos señalado en la pág. 399 del tomo IV, puesta en labios del *Belardo* de la comedia, que,

hay en el original, como las finales que dicen: “Fin del acto tercero y de toda la comedia”, y, sobre todo, ha omitido varias de las curiosas censuras que van al final del autógrafo (1) y transcrito mal las demás, sin duda por

como hemos visto multitud de veces, es el nombre poético del mismo LOPE, lo acreditan. Así no es de extrañar que hasta al firmar tuviese presente nombre para él tan caro. En varios lugares de este manuscrito la rúbrica no lleva la M; solamente en los expresamente indicados.

Muchas de las *Lucindas* que hay en las comedias de LOPE son recuerdos de esta mujer tan querida, a la que apenas disfracó en sus versos líricos y otras obras con el anagramático nombre de Camila (*Mica[c]la*) Lucinda (*de Luján*), dando a la *j* el sonido de *i*, que también tenía en tiempo de LOPE, y convirtiendo la *c* en *c*; o bien llevando la *c* al nombre de *Micaela* y añadiendo para *Lusinda* una *s* libre, que era como LOPE solía escribir este nombre.

(1) Aunque haya que repetir algunas, copiaremos las repetidas censuras lo más fielmente que podamos:

(Fol. 57.) “Examine esta Comedia, entremeses y cantares della el Secret.º Thomas Gracian Dantisco y dé su censura. Vallid a 27 de abril de 1604. (Rúbr.)

”Esta comedia intitulada *El veneno saludable* se podrá representar mudado el nombre en Filipo, reservando a la vista lo que fuera de la lectura se ofreciere y lo mismo en el entremes y cantares en Vallid a 5 de Julio de 1604.—El Secret.º Thomas Gracian Dantisco. (Rúbrica.)

”Podrase representar esta Comedia Guardando la censura En ella dada y Vallid a 5 de Julio 1604. (Rúbr.)

(Fol. 58.) ”Por mandado de los señores inquisidores juezes Apostolicos de Vallid vi esta comedia *veneno saludable* y no ai en ella cosa contra nuestra S.ª fe catolica ni contra buenas costumbres yasi me parece q̄ se puede dar Licencia para representarse. Fecha 9 de maio 1607.—Frai greg.º Ruiz.

”Visto por los ss Inquisres de Vallid el parecer de arriba de fray Gregorio Ruiz lector de Theulugia del conv.to de sn Fran.co desta ciudad dieron Lisencia para que se pueda Representar la comedia de atras llamada *Veneno saludable*. Fho (fecho) en Vallid a 9 de mayo de 1607 a.s.—D. Juan Martinez de la Vega. (Rúbr.)

”Por mandamiêto del Arçobo mi señor he visto esta Comedia del *Veno* (sic) *saludable* y digo qe se puede representar reseruando para la vista lo que es fuera de la lectura asi lo firmo en Caragoça a 27 octubre año 1608.—El dor domingo Villalua. (Rúbr.)

”Por mandado del señor licen.do Gonzaloguerrero Provisor deste Obispado de Jaen e visto esta comedia intitulada *el cuerdo loco o veneno saludable* excepto algunas planas y partes q̄ estan borradas y dicen q̄ no se representan y como toda ella es humana no e hallado palabra ni sentencia q̄ offenda las xpianas y piadosas orejas, por lo qual me parece se le puede dar licenª al autor para representarlo que en este cuaderno ay. no he visto los cantos y entremeses q̄ se suelen entremeter. En Jaen diez de Julio del año de 1610.—El Doctor Salzedo. (Rúbr.)

”En la ciudad de jaen a diez dias del mes de Jullio de myll y seiscies y diez a.s su md el lido g.o guerrero can.º dotoral de la sta yg.a de Jaen provisor della y su obpdo auiendo uisto el testim.º (Fol. 59.) y visita desta comedia que se yntitula *El loco cuerdo* hecha por el D.or Salzedo prior de la yga de sn ylefonso desta dha ciudad por mandado de su md dijo que daua y dio liza y facultad a Antonio granados autor de comedias para que la pueda rrepresentar [en] esta ciud y obpado y lo firmó de su nombre.—El lido Goncalo guerre-ro (Rúbr.).—Ante mi Joan de matam.s (Rúbr.).

”Representese en Ma 22 de 9bre de 1620.—El Dor Fran.co del Pozo. (Rúbr.) (Esta licencia, que, como se ve, es posterior a la que sigue, fué intercalada después entre ella y la que

no conceder importancia a esta clase de documentos. Ilustran, sin embargo, grandemente la historia de nuestra cultura y acreditan la enorme difusión de nuestro teatro durante la primera mitad del siglo XVII.

Esta comedia de *El Cuervo loco*, con ser de las menos notables de LOPE DE VEGA, se representó multitud de veces, desde su estreno en Madrid, por los años de 1602; en Valladolid, por los meses de abril y julio de 1604 y en mayo de 1607; en Zaragoza, en octubre de 1608; en Jaén, en julio de 1610; en Murcia, en junio de 1611; en Granada, en diciembre de 1615, y hasta en Lisboa, en septiembre de 1617. Es decir, que durante quince años por lo menos fué pieza oída en los más apartados lugares de la península, adonde la vida azarosa y aventurera llevaban al "autor de compañías" Antonio Granados que, según dice la misma comedia, fué quien hubo de estrenarla.

EMILIO COTARELO Y MORI.

---

antecede, como lo prueban los rasgos de la rúbrica, que bajan y cruzan el texto de la siguiente censura. La ciudad designada con la abreviatura M.<sup>a</sup> debe de ser Málaga, pues la de Murcia se indica, como hemos visto, Mr.<sup>a</sup>)

"Por mandado de los señores ynquisidores juezes Apostolicos de esta ynqon de Murcia, vi esta Comedia llamada *El Cuervo loco, o veneno saludable* y no e hallado cosa alguna q̄ sea contra n̄ra sta fee Catholica ni contra las buenas Costumbres, y assi mi parecer [es] q̄ se puede dar licencia para Representarse fecha en s. Fran.co de Murçia a cinco de Junio de 1611.—Fray P.<sup>o</sup> Galán. (*Rúbr.*)

"Visto por los ss. Inquires Appcos de la ciud y Reino de mr.<sup>a</sup> el parecer y calificación del padre frai p.<sup>o</sup> galan calificador del sr Obpo dixerón que dauan y dieron liçen<sup>a</sup> para q̄ se pueda Representar esta Comedia llamada *El Cuervo loco, o Veneno saludable*. En mra y quatro de junio 1611.—Andres de çisneros. (*Rúbr.*)

"Por mandamiēto del Arçobo mi señor don Pedro manrique he visto esta Comedia del *Beneno saludable* y digo q̄ se puede representar reservando para la vista lo q̄ es fuera de la lectura a 25 Otub año 1611.—El Dor Villalus (?).

(Fol. 6o.) "Esta comedia se puede representar. En grda 3 de dize de 1615.—El Dor Francisco Martínez de Rueda. (*Rúbr.*)

"Podese representar Esta Comedia yntitulada *el Cuervo loco* com entremezes i bailes onestos Lx.<sup>a</sup> 9 de Setenbro de 1617.—Paul Fco."



## ÍNDICE DEL TOMO V

---

	P Á G S.
81.—Donde no está su dueño, está su duelo. . . . .	1
82.—Ello dirá. . . . .	38
83.—Los embustes de Fabia. . . . .	75
84.—El enemigo engañado. . . . .	111
85.—Los enemigos en casa. . . . .	145
86.—Engañar a quien engaña. . . . .	181
87.—El engaño en la verdad. . . . .	213
88.—En los indicios la culpa. . . . .	255
89.—Enmendar un daño a otro. . . . .	296
90.—El esclavo de Venecia. . . . .	325
91.—El esclavo fingido. . . . .	364
92.—Los esclavos libres. . . . .	397
93.—La escolástica celosa. . . . .	440
94.—El favor agradecido. . . . .	472
95.—La Felisarda. . . . .	510
96.—La fe rompida. . . . .	540
97.—Las ferias de Madrid. . . . .	582
98.—La firmeza en la desdicha. . . . .	624
99.—La francesilla. . . . .	664



# DONDE NO ESTÁ SU DUEÑO, ESTÁ SU DUELO

## COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA PRADO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

El CONDE.

DON DIEGO.

Un PAJE.

BANQUETE, *gracioso*.

AURELIA.

Doña JUANA.

SABINA.

DON PEDRO.

ZAMUDIO.

VILLALTA.

El DUQUE DE TERRA-

NOVA.

DON JUAN DE ICUNZA,

*l'cedor*.

El DUQUE DE PARMA.

Un MAESTRE DE CAMPO.

Un CRIADO.

CRIADOS.

### ACTO PRIMERO

(*Salen el CONDE y DON DIEGO.*)

CONDE. Extremadamente os veo,  
con vuestra suerte dichosa,  
contento.

D. DIEGO. Tengo una esposa  
a medida del deseo.

La dicha que yo he tenido  
ni se escribe ni se sabe.

CONDE. Plegue a Dios que no se acabe,  
que ha poco que sois marido.

D. DIEGO. No puede ser, si segura  
tengo la dicha y el seso,  
porque tengo a un mismo peso  
la discreción y hermosura.  
Y hermosura y discreción,  
la vez que vienen a ser  
iguales en la mujer,  
en el hombre eternas son.

Junto al gusto vive asida,  
que pienso, al consideralla,  
que hay en mí, para adoralla,  
en el alma poca vida.

CONDE. El mayor bien viene a ser,  
de la tierra, haber llegado  
a estar siempre enamorado  
un hombre de su mujer.  
Y vos viviréis de modo,  
pasen los años de ciento,

; plegue a Dios!, el más contento  
del mundo.

D. DIEGO. Estarélo en todo;  
ofreciéndose ocasiones  
de servirte por pagarte  
alguna pequeña parte  
de tantas obligaciones.

CONDE. Cuando es tanta la amistad  
como en nosotros lo es,  
no topa en otro interés  
que de sólo voluntad.  
Esta es igual en los dos:  
ya he hecho común mi hacienda.

D. DIEGO. Y mi vida, aunque se venda  
por ello, sábelo Dios.

CONDE. Yo bien lo creo. Mas deja  
los cumplimientos conmigo,  
que dan al mayor amigo  
alguna ocasión de queja.

(*Sale un PAJE.*)

PAJE. Aquel español soldado  
que asentó en tu compañía  
su plaza, hablarte quería.

D. DIEGO. Entre al momento.—Extremado  
humor gasta; es excelente,  
y con estilo galán;  
por lo que ha visto en Milán,  
discurre graciosamente.

(Sale BANQUETE, soldado gracioso.)

BANQUETE. Señor, en mi boca emplea tu mano.

D. DIEGO. Huelgo de veros donde pueda conoceros el Conde, que lo desea.

BANQUETE. ¿Es Conde?—A su señoría quiero pedille la mano, aunque no tan casquivano como otras veces solía; porque hay tantos condes donde a pie por las calles van, que, tropezando en Milán, pienso que es canto y es conde. No hay sino conde Condumio, conde César, conde Octavio, conde Ortensio, (1) conde Fabio, conde Gomio, conde Gumio, y no se me encaja dónde estos condados estén, aunque de tierra le den dos palmos a cada conde. Esta enfermedad traidora que ambiciosamente mata, por el mundo se dilata; y así los condes de agora ya como esmeraldas son, que, aunque estimadas han sido, por ser tantas han perdido el precio y la estimación. A casa en Milán llegué que, sobre flacos cimientos, vi en ella seis aposentos y doce condes conté.

CONDE. Llámanse condes también los hijos y decendientes de los condes; mas no cuentan ni una almena que les den.

BANQUETE. En menos tiempo que aquél, siendo así, a que harán me obligo, estos doce que yo digo, otro pueblo de Israel.

CONDE. ¡Por Dios, que viene extremado! Mayores gracias promete.) ¿Cómo te llamas?

BANQUETE. Banquete.

CONDE. Hasta el nombre me ha cuadrado.

BANQUETE. A ser misteriosa pasa en mí, pues con él podría

decir yo que cada día tengo un banquete en mi casa.

CONDE. Y ¿de dónde eres?

BANQUETE. Famosa es mi tierra.

CONDE. Y tú excelente.

BANQUETE. Es Málaga, antiguamente llamada Villaviciosa.

D. DIEGO. Y tú la habrás imitado en eso.

BANQUETE. Estrella he tenido; pues, aunque pobre, he vivido tan vicioso y regalado como el Rey.

CONDE. ¿Cómo, si apenas vive el rico sin dolor?

BANQUETE. Habiendo sido señor de muchas bolsas ajenas, no como dice el refrán que el buen pagador lo es, que es mentira.

CONDE. ¿Cómo, pues?

BANQUETE. Con estilo más galán.

D. DIEGO. Sin duda las hurtarás.

BANQUETE. No, ¡por Dios!, que soy honrado, sino pidiendo prestado y no pagando jamás. Así en España vivía. Oíd los sutiles modos con que sacaba de todos el granillo que podía. Junto a las casas llegaba de las comedias, y allí, lo que pagaba por mí cualquier amigo que entraba, lo cobraba yo después; y así, me entraba y salía hasta tener en un día con que gastar otros tres, o esperaba de ordinario que pasase algún amigo por la botica, y, conmigo concertado el boticario, que estaba enfermo fingía, por que el verlo le obligase a que una purga pagase para curarme otro día. Caían muchos, y así, cobrando yo por entero, tantas purgas en dinero, eran dulces para mí. Pero en siendo conocido

(1) El original dice "Ortenso".

por mis modos de antuviar,  
me trasplanto a otro lugar;  
y, a lo gallardo vestido,  
encájome luego un don,  
recibo alquilado un paje,  
sobrepóngome un linaje  
de Castilla o de Aragón,  
y atisbando una mujer  
que rabie por un marido,  
porque lo mismo que ha sido  
a su sombra quiere ser,  
creyéndole que es doncella,  
remilgado y amoroso  
le doy palabra de esposo,  
y aun me desposó con ella;  
pero en viéndola quedar  
sin basquiñas y sin manto,  
me escurro, y hago otro tanto  
con otra en otro lugar.  
Y así, de varios jüeces  
perseguido y no alcanzado,  
debo de haberme casado  
cosa de trecientas veces.  
Y tanto he sabido hacer,  
que alguna vez, ¡cosa brava!,  
he vendido por esclava  
la que tuve por mujer;  
y ahora estoy en Milán  
con bravo intento, ¡por Dios!,  
amparándome en los dos,  
de un Conde y de un Capitán.  
¡Bravo discurso!

CONDE.

D. DIEGO. ¡Extremado!  
No hay hombre como Banquete.

CONDE. Pero porque se promete  
a otra vida otro cuidado.

D. DIEGO. Hará muy mal en mudar  
estilo.

CONDE. Para seguir  
es mejor.

BANQUETE. Sólo el pedir  
será imposible olvidar.

D. DIEGO. En cuanto se ofrezca no  
faltaré.

CONDE. A mi cargo tomo  
favorecelle.

BANQUETE. (Del cómo  
tendré más cuidado yo.)  
Mi señora Aurelia viene.

D. DIEGO. Mi esposa.

CONDE. (Y el alma mía.)

D. DIEGO. El sol que comienza el día  
menos hermosura tiene.

(Salen AURELIA, y DOÑA JUANA, como que finge a  
LEONOR criada, y SABINA con tocas de viuda  
largas.)

AURELIA. Quedarte puedes, Leonor.—  
Sabina, viuda, conmigo.

D.<sup>a</sup> JUANA. (De las desdichas que sigo  
se lastima el mismo amor.)

AURELIA. Mas primero me verás  
echar un lazo en el cuello  
de mi esposo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Podrá, el vello,  
ahogarme.

SABINA. Alegre vas;  
esto es el pan de la boda;  
pasará el año y el día,  
y hablaremos.

D. DIEGO. ¡Gloria mía,  
con serlo del Cielo toda!

AURELIA. Dueño mío, salgo fuera,  
y vengo a pedir tu mano  
y bendición.

D. DIEGO. Soberano  
favor la del Cielo espera,  
y en mis brazos ha de ser.

(Abrázanse.)

SABINA. (¡Dichosos recién casados!)

CONDE. (¡Ay, atrevidos cuidados!)

D.<sup>a</sup> JUANA. (¡Ay, infelice mujer!)

BANQUETE. (Hagamos tú y yo otro tanto.)

SABINA. Quita; a risa me provocas.

BANQUETE. Querría, sobre las tocas,  
hurtar el oficio al manto.)

D. DIEGO. (¿Qué estoy viendo? ¿Es ilusión?)  
(Ve a DOÑA JUANA.)

AURELIA. Perdone vueseñoría;  
pero en la disculpa mía  
pienso que viene el perdón.

CONDE. Con qué licencia me des  
de acompañarte.

AURELIA. Señor...

D. DIEGO. Quedaros, Conde, es mejor.

CONDE. No es posible.

D. DIEGO. Vamos, pues.

AURELIA. No pasaré.

CONDE. Haced dichosa  
esta ocasión a que llego,  
que bien confiará don Diego  
de mí el brazo de su esposa.

D. DIEGO. Para que de mí fiéis



lo que a los dos obligó,  
ya quiero quedarme yo  
y que vos la acompañéis.

CONDE. Dejaréla en su carroza.

AURELIA. Acetaré esa merced.

BANQUETE. A mí, señora, os tened.

SABINA. ¡Bravo galán!

BANQUETE. ¡Buena moza!

CONDE. Llegad, si os queréis tener.

AURELIA. Aún no, es llano este lugar.

CONDE. (Si yo os viera tropezar,  
yo os ayudara a caer.)

(*Vanse; queda DON DIEGO y DOÑA JUANA.*)

D. DIEGO. Doña Juana, ¿sombra ha sido,  
o eres tú?

D.<sup>a</sup> JUANA. Mi sombra soy.

D. DIEGO. ¿Tú en Milán?

D.<sup>a</sup> JUANA. Adonde estoy  
tus engaños me han traído.  
Como tú tan vanamente  
pretensor fuiste en la corte,  
en palacio, de mercedes,  
y en mi casa de favores;  
como el alma me mudaron,  
a mi corazón conformes,  
lo vistoso de tus galas,  
lo tierno de tus razones;  
como el tiempo ingrato, ahora  
para mí también, que entonces  
al gusto de una esperanza  
redujo dos corazones;  
como palabra me diste  
de esposo, y aquella noche,  
para lograr los deseos  
faltaron las ocasiones;  
pasaron después tres días,  
y para mí los peores  
que dieron a las mujeres  
las mudanzas de los hombres.  
Como en los aires anduve,  
haciendo todas las noches  
centinela a mis ventanas,  
colgada de sus balcones;  
de los ojos de mis padres  
me escondía a los rincones  
de mi casa, y daba humilde  
sordo llanto y mudas voces,  
con la industria en el cuidado,  
con el alma en los temores  
y en el corazón las alas,  
siempre a los daños veloces.

Yo misma fuí a tu aposento,  
y la huésped informé,  
sin dar causa a tu partida,  
del cómo, cuándo y adónde.  
Halléme desesperada,  
ciega, loca, muerta, y díome  
el deseo de alcanzarte  
para seguirte invenciones.  
Con un escudero mío  
lo consulté; aconsejéme  
lo más justo; porfiéle,  
y a mi voluntad rindióse.  
A Génova se partía  
su Embajador; parecióme  
que hablase con su mujer;  
mi viejo escudero hablóle,  
y, con nombre de hija suya,  
la Embajatriz recibíome  
por su criada, dejando  
sin alma a mis padres nobles.  
Como si soñado hubiera  
halléme en Génova, adonde  
supe como eras casado.  
¿Quién vió desdichas mayores?  
Llegó a extremo mi locura,  
mis ansias y mis dolores,  
que, con mi padre fingiendo,  
me salí huyendo una noche;  
y él, en llegando a Milán,  
hallando medios conformes  
a las locuras que sigo,  
a ser criada me pone  
de tu mujer, en tu casa,  
donde, si a tu cuello pone  
segunda vez aquel lazo,  
no dudaré que me ahogue.

D. DIEGO. ¡Desdichado soy, señora!  
Que pretendí tus amores,  
que dispuse tus entrañas,  
que te debo obligaciones,  
que ofrecí de ser tu esposo,  
no te lo niego, y que entonces  
todas las palabras mías  
llegaran a ejecuciones;  
mas por las nuevas de Flandes  
los soldados pretensores  
mandó el Consejo de Guerra  
que salieran de la corte,  
pena de no ser honrados;  
y a mí, que lo soy, tocóme  
el partir sin despedirme;  
que si viera tus dos soles

llorar, pusiera en peligro  
los heredados blasones  
de mi padre y mis abuelos.  
Este pensamiento noble  
me trujo sin mí y contigo,  
donde varias ocasiones  
mudarán (1) mis esperanzas,  
que, en efeto, somos hombres.  
Pues que no te debo honor,  
no habrán llegado a traiciones  
mudanzas de mis deseos  
para que los tuyos logre.  
Ya me ves que estoy casado  
con mujer cuyos favores  
estoy adorando yo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Mil años su sombra adores.  
Pero pudieras ahora  
dejar sus adoraciones  
y consolar mis cuidados.  
¡Ah, mudables! ¡Ah, traidores!

D. DIEGO. Calla, porque pasos siento;  
después hablaremos. Voime.

(*Vase, y sale BANQUETE.*)

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Qué corrida me has dejado!

BANQUETE. ¿Dónde vas? No te acongojes.  
Del Capitán las espaldas,  
de tu cara los colores,  
me advierten que con el tiempo  
serán magnas conjunciones;  
grandes cosas pronostican.

D.<sup>a</sup> JUANA. Déjame.

(*Vase.*)

BANQUETE. ¿De eso te corres,  
siendo razón tan de estado  
que por que a la casa cobre  
amor la criada, el dueño  
la zabuque y la retoce?

(*Vase, y salen tres CAPITANES, DON PEDRO, ZAMUDIO y VILLALTA.*)

DON PEDRO.

Duque, Gobernador y gran soldado  
es el de Terranova,

ZAMUDIO.

A Milán tiene  
con gran satisfacción.

VILLALTA.

Milán y el mundo  
él puede celebrar; es de la casa  
de Aragón, y lo muestran sus acciones.

DON PEDRO.

¿Qué tenemos de Flandes?

VILLALTA.

Que el de Parma,  
con gran reputación de España y suya,  
prosigue aquella guerra.

ZAMUDIO.

Es venturoso  
en tener famosísimos soldados  
debajo de su mano.

DON PEDRO.

El Duque viene.  
Algunos le acompañan, y a su lado  
el veedor general don Juan de Icuza.

VILLALTA.

Ese decid que es bravo caballero.

ZAMUDIO.

A España honran, ¡por Dios!, él con la pluma  
y su hijo don Diego con la espada.

(*Salen el DUQUE DE TERRANOVA, y el veedor DON JUAN DE ICUNZA y otros.*)

DUQUE DE TERRANOVA.

Igualen con el tercio esos soldados  
que de España vinieron a su costa  
y traen cartas en abono suyo.  
Con gusto extraordinario he recibido  
este pliego.

DON JUAN.

De cosas importantes  
las órdenes serán, pues que lo envía  
su majestad a toda diligencia.

(*Sale DON DIEGO.*)

DON DIEGO.

¿Qué hay de nuevo, señores?

ZAMUDIO.

A buen tiempo  
vienes para sabello, si es que el Duque  
dice lo que contiene aquella carta,  
del Rey, nuestro señor, a quien Dios guarde.

(*Acaba de leer el DUQUE la carta.*)

(1) Parece que debe ser "mudaron".

DUQUE DE TERRANOVA.

Su tercio don Francisco Bobadilla tiene en Saona, y al pasarle a Flandes manda su majestad que de este Estado se le añadan seiscientos españoles, los cuales lleven cuatro capitanes de lo mejor y más lucido. Ahora veremos quién se ofrece a esta jornada con ánimo español, pues que no sólo en estas ocasiones lo procuran, pero suelen algunos excusarse por indirectos (1) siempre conocidos, indignación de pechos valerosos.

DON PEDRO.

Suplico a vuexcelencia que no sea yo de los que se quedan.

ZAMUDIO.

Yo suplico que a mí de los primeros me señale.

VILLALTA.

Premio será, señor, de mis servicios hallarme en la ocasión de esta jornada.

DON DIEGO.

(¡Perdido soy! Perdona, esposa mía, que tengo honor.) Suplico a vuexcelencia no quede yo en Milán.

DUQUE DE TERRANOVA.

Estimo en tanto esos ofrecimientos, que os ofrezco, con la licencia que me habéis pedido, de que su majestad, por cartas mías, sepa vuestro valor. Preveníros luego, que ha de ser por momentos la partida.

DON JUAN.

Obligóse mi hijo sin pensallo.

DON DIEGO.

Ocasión fué precisa y causa honrosa. Mas ¿qué será el ausencia (2) de mi esposa?

(*Vanse, y quedan DON JUAN y DON DIEGO.*)

D. JUAN. Hijo, ¿qué has hecho? ¿No ves el disparate en que das?  
¿Haste olvidado que estás recién casado de un mes?

D. DIEGO. No, padre, desdicha ha sido; que cuanto obligado estoy, ni desmiento lo que soy ni de lo que soy me olvido. Mas vi la ocasión y halléme entre tantos obligado a mostrar que soy honrado; quise hacello, y arrojéme con el varonil furor de mi juventud viciosa.

D. JUAN. Y el dejar mujer hermosa sin marido, ¿no es honor? Si tu General quisiera valerse en esta jornada de tu persona y tu espada, el no hacello afrenta fuera, porque fuera el recelallo no ser bueno para hacello; mas sin convidarte a ello bien pudieras excusallo; por mirar en lo de acá aún más honra se aventura, pues nunca está tan segura la que en mano ajena está. Pues Flandes sabe, y Bretaña, que tú sabes pelear, acometer y esperar al enemigo en campaña, ¿no fuera más acertado que en tu casa, en quien te empleas, supieran cómo peleas con un enemigo al lado? Porque el hombre que se casa con mujer que no conviene con su honor, no menos tiene que un enemigo en su casa. Y hasta saber si honrada es, debe seguir sus antojos con el recato en los ojos, con el silencio en los pies. Y aun después de asegurado, en su valor conocido, si deja el ser advertido dejará de ser honrado. Bien se descubre en el ser de tu esposa que es tu esposa tan honrada como hermosa; mas es hermosa y mujer. Y aunque sea más honrada, siempre a mí me ha parecido una mujer sin marido como un hombre sin espada;

(1) Acaso en vez de "indirectos" deba leerse "sus defectos".

(2) Más claro estaría diciendo "en mi ausencia".

que aunque le sobre valor  
tal vez le falta, ofendida,  
la defensa de la vida  
o el respeto del honor.

D. DIEGO. Padre, no me aflijas más.  
Con mi parecer convienes;  
ya veo que razón tienes;  
veo que en lo cierto estás.  
¡Muerto estoy! Estoy furioso  
de lo que me ha sucedido:  
como honrado, por marido;  
como amante, por celoso.  
Pues que sabes cómo estoy,  
¿cómo que consolarme puedas  
con decirme que te quedas  
cuando miras que me voy.  
Dime que serás, señor,  
en público o en secreto,  
de mi mujer el respeto  
y el escudo (1) de mi honor;  
que mientras yo peleando  
honra envíe a tu nobleza,  
tu serás la fortaleza  
que me la esté conservando.

D. JUAN. Hijo, por tu causa haré  
cuanto pueda, por ser mía,  
y tu consuelo sería;  
pero yo ¿cómo podré  
preservarte de unos daños  
tan temidos y crueles  
tratando de mis papeles  
y entreteniendo mis años?  
Fuera de esto cuando fuera,  
que yo tanto me esforzara,  
que por tu casa mirara,  
sin tus ojos, no pudiera;  
porque en su casa asistiendo,  
ve más, sin andar mirando,  
un marido adivinando  
que un lince mirando y viendo.  
Y así, con gran propiedad,  
habló claramente, hijo,  
quien por estas cosas dijo:  
"A lo tuyo, tú."

D. DIEGO. Es verdad.

D. JUAN. Cuando yo, por regalar  
a tu esposa por momentos,  
aves les pida a los vientos  
y peces le pida al mar,  
a la luz astros visibles,

a la tierra variedades,  
a los hombres amistades,  
a los cielos imposibles  
y consejos a la fama,  
ocuparé en esta empresa  
una parte de su mesa,  
no la mitad de su cama.  
Sobrará la mitad;  
y en la mujer, con razón,  
estas sobras faltas son,  
y bien grandes.

D. DIEGO. Es verdad.

El alma tengo confusa.  
¿Podréme ahora eximir  
de esta jornada?

D. JUAN. Morir  
primero. Ya no se excusa,  
que una palabra rompida  
infama, y menos dañosa  
es la honra peligrosa  
que la afrenta conocida.

D. DIEGO. Pues ¿qué será lo mejor?

D. JUAN. Irte a casa, prevenirte,  
obligar, sentir, partirte  
y encomendallo al Señor;  
que yo voy, y brevemente,  
porque ya el tiempo se acorta,  
a prevenir lo que importa  
al despacho de esta gente.  
Adiós.

(Vase.)

D. DIEGO. Tráguese la tierra  
un hombre tan desechado.  
Cuando se casa un soldado  
mezcla la paz con la guerra.

(Vase. Sale BANQUETE y SABINA.)

BANQUETE. Por tus amores me pierdo.

SABINA. De tus locuras me río.

BANQUETE. ¡Bravo talle! ¡Bravo brío!  
¡Toda brava!

SABINA. ¿Amurco o muerdo?  
¿Soy yo jarameño toro,  
o soy perro mallorquín?

BANQUETE. No, mas, siendo serafín,  
picas con un pico de oro.

SABINA. Nombre de predicador  
me has dado. Estoy por decirte  
que querría convertirte.

BANQUETE. Comerme fuera mejor,  
pues que me tienes picado;

(1) En el original dice "eracio" por errata.



tanto, que a saber me aplico  
si es de Toledo ese pico  
y esas tocas de qué estado.  
Digo sobre cuál hicieron  
de ti una dueña extremada;  
el de viuda, o de casada,  
o el que tan pocas tuvieron,  
o el de esposo forajido.  
Mas yo pienso que será  
esotro de más allá.

SABINA. Y ¿cuál es?

BANQUETE. ¿No está entendido?

Pues que beata no eres,  
ni monja, siendo mujer,  
mira tú qué puedes ser  
más común en las mujeres.

SABINA. ¿A eso llamas, picarón,  
estado? ¿Cosa notable!

BANQUETE. Siendo ahora el más estable,  
mira si tengo razón.

SABINA. Pierde en mí tales antojos,  
que honesta casada he sido.

BANQUETE. ¿Cómo mataste el marido,  
con veneno o con enojos?  
Con la condición sería,  
que la tenéis infernal  
las mujeres.

SABINA. ¿Vióse tal?

Pues apacible es la mía.

BANQUETE. Esa enfermedad cruel  
le mataría.

SABINA. ¿En qué modos?

BANQUETE. Siendo apacible con todos  
y no lo siendo con él;  
y saldríale a la frente  
esta manera de agravios,  
como se sale a los labios  
una calentura ardiente.

SABINA. ¡Qué extremada picardía!

BANQUETE. Burlas son todas. ¿Qué quieres?  
Tanto quiero a (1) las mujeres,  
que ojalá lo fueses mía.

SABINA. Luego ¿tú no eres casado?

BANQUETE. Muchas veces; pero digo  
que me casaré contigo.

SABINA. Pues ¿cómo—risa me has dado—  
tuvieran lugar mis bodas?

BANQUETE. Ya que no dispensación,

tengo yo resolución  
para casarme con todas.  
El marido general  
me llamaban en España,  
como gallo.

SABINA. Digna hazaña,

o por lo menos cabal,  
para merecer después  
lo que a la justicia plugo  
por las manos de un verdugo.

BANQUETE. Tuve yo mejores pies.

SABINA. Señor viene, vete.

BANQUETE. Ahora  
verás si digo verdad.

SABINA. La atrevida libertad  
mientras deleita enamora.

(Vase BANQUETE, y sale DON DIEGO.)

D. DIEGO. Ciego vengo. Loco estoy.

¡Ah, fortuna rigurosa!

¿Cómo le diré a mi esposa  
que la adoro y que me voy?

¿Qué le diré? ¿Qué dirá  
de mí?

SABINA. (Suspenso imagina.)

D. DIEGO. ¿Qué es de mi Aurelia, Sabina?

SABINA. En el oratorio está.

¿Avisaréla que vienes?

D. DIEGO. No, Sabina; no tan presto.

¡Ay, desdichado!

SABINA. ¿Qué es esto?

D. DIEGO. Espera un poco.

SABINA. ¿Qué tienes?

D. DIEGO. Una desventura. Ten...

(¡Que me voy, esposa amada!) (Ap.)

Toma esta capa, esta espada.

(¡Que he de dejarte mi bien!) (Ap.)

Quita el sombrero de ahí.

(Todo me cansa, me enoja, (Ap.)

que al peso de mi congoja  
pesa todo sobre mí.)

Llega una silla. (Mas ¿cómo (Ap.)

a sosiego me convida  
siendo de azogue la vida,  
aunque es el alma de plomo?)

SABINA. Señor, ¡por Dios!, que me cuentes  
qué tienes.

D. DIEGO. Partirme a Flandes,

Sabina.

SABINA. ¡Desdichas grandes!  
Con mucha razón las sientes

(1) En el texto, "a todas"; pero el verso resulta largo, como el siguiente, que dice:

"que ojalá tú lo fueses mía".

y con harta más razón  
 las pudieras excusar;  
 tan libre te quiero hablar,  
 que no merezco perdón.  
 Recién casado de ayer  
 ¿dejas, señor, a tu esposa,  
 rapaza, alegre y hermosa,  
 ausente, sola y mujer?  
 ¿Qué has hecho? Emprendido has  
 el mayor atrevimiento,  
 teniendo por fundamento  
 de su amor un mes no más.  
 De su valor conocido  
 bien se advierte que es honrada;  
 pero vive la casada  
 en la ausencia del marido,  
 y más si es larga y se sabe,  
 como pájaro sin redes,  
 como huerta sin paredes  
 y cerradura sin llave.  
 Y así, la que más señala  
 que es buena, si a quedar viene  
 sola, por lo menos tiene  
 ocasiones de ser mala.  
 Éstas las suele mudar,  
 y tiene mucho que hacer  
 la que es honesta mujer  
 que sola se ha de guardar.  
 Porque emprenden sus quimeras  
 sin respeto, sin temores,  
 en su calle los señores  
 y en su casa las terceras.  
 Hasta su mismo retrete  
 entra, por hacelle tiro,  
 por la ventana el suspiro  
 y por la puerta el billete.  
 Y está con tanta ocasión  
 de suerte, que, aun yendo a misa,  
 va siempre como quien pisa  
 suelo untado con jabón.  
 Porque su seso rematen  
 y su honor desautoricen,  
 las razones que la dicen  
 son vientos que la combaten.  
 Mira con tales cimientos  
 cómo seguro estará  
 árbol que de suyo da  
 las raíces a los vientos.  
 Yo lo sé bien, ¡ay de mí!  
 por experiencia lo sé;  
 que alguna vez resbalé  
 (y aun sabe Dios si caí). *(Aparte.)*

D. DIEGO. No digas más, que diciendo  
 verdades me estás matando.  
 Escuché considerando  
 y hasme dejado muriendo.  
 Obligaciones de honor  
 me han causado estos enojos.

SABINA. Y esto que sale a los ojos,  
 ¿es barro y honra, señor?  
 Míralo con más sosiego,  
 y piénsalo poco a poco.

D. DIEGO. Ya de pensallo estoy loco;  
 ya de mirallo estoy ciego.

SABINA. Si mi señora creyese  
 que en esta triste ocasión  
 lo que en ti es obligación  
 aborrecimiento fuese,  
 ¿no se podría esperar  
 que, aborrecida y mujer,  
 pasase al aborrecer  
 los efectos del amar?

Pues mira cuán desechado  
 serías siendo sabido  
 que el esposo aborrecido  
 pocas veces queda honrado.

D. DIEGO. Sabina, no me atormentes.  
 Ve a mi esposa, ve al momento;  
 pero no con poco tiento  
 esta desdicha le cuentes.  
 Ve y díselo poco a poco,  
 y en sabiéndolo vendrás,  
 que donde estoy me hallarás,  
 si acaso no muerto, loco.

SABINA. Yo voy.—Quien a la fortuna  
 fía ausente mujer bella,  
 lo infelice de su estrella  
 algo tiene de la luna.

*(Vase.)*

D. DIEGO. Tantas verdades me dicen  
 para confusiones tantas,  
 que moriré si el valor  
 no previene a la esperanza.  
 ¡Qué de discursos que hago!  
 ¡Qué de quimeras me pasan  
 por el pensamiento loco,  
 que me aprietan y me acaban!

*(Sale BANQUETE.)*

BANQUETE. ¿Es cierto, señor, (1)

(1) En el texto dice: "¿Es cierto, señor, etc.",  
 que pudiera interpretarse: "¿Es cierto, señor, es  
 cierto?"

¿Es posible que te apartas  
a Flandes? Para el casado  
¿hay más Flandes que su casa?  
¿A tu mujer dejas sola,  
hermosa y recién casada,  
después que probó la miel  
y la ha picado la salsa?  
¡Mucho te atreves, por Dios!

D. DIEGO. ¿El ser mía no le basta?  
(Todos culpan mi partida; *(Aparte.)*  
todos mi paciencia gastan.)

BANQUETE. Mal conoces las mujeres.  
¡Pesía a tal! Las más honradas  
—yo lo sé por experiencia,  
como marido de tantas—  
han de estar perpetuamente,  
como el órgano, templadas;  
que si una vez se destemplan,  
el diablo que las taña.  
Son los fuelles los alientos  
de los maridos; si faltan,  
¡por Dios! que queden sus teclas,  
si no tañidas, tocadas.  
Como un reloj han de estar,  
porque así, con vigilancia,  
en llegándoles la hora  
les da el mazo en la campana.  
Es la mujer sin marido  
sin trastes una guitarra,  
que en las cuerdas queda el són,  
pero no la consonancia.  
Y a la puerta del barbero  
es un espejo sin tapa,  
que sólo por la ocasión  
se mira en él el que pasa.  
Aunque es ejemplar la tuya,  
es mujer cuerda de lana.  
Escúchame, advierte, mira  
una arquitectura extraña.  
Amor, dinero y mujer,  
mujer, ausencia y mudanza,  
una escalera que sube  
y otra escalera que baja.  
Después que subió la una,  
por la otra la casada,  
si es que se muda, rodando  
la decidiendo, donde pára.  
Señor, señor, muda intento;  
ojo al broquel, no te vayas,  
que en la corte hay pretendientes  
y casadas en sus casas.  
Quien no parece, perece.

D. DIEGO. Calla, necio; vete y calla,  
porque incluyen esas burlas  
unas veras que me matan.  
Vete luego.

BANQUETE. Yo me voy.  
Írme, pues tú lo mandas;  
pero no a Flandes contigo,  
donde son rayos las balas.

*(Vase.)*

D. DIEGO. ¡Grandes son mis confusiones,  
notables son mis desgracias,  
pues, lo que me dicen todos,  
me está repitiendo el alma!  
¡Mal haya mi pensamiento  
y mi corazón mal haya,  
pues turbaron mis sentidos  
habiendo en mi sangre hidalga!

*(Sale DOÑA JUANA.)*

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué pudo ser tal desdicha?

D. DIEGO. ¡Esto ahora me faltaba!

D.<sup>a</sup> JUANA. Don Diego: ¿es posible, es cierto  
lo que, a costa de mis ansias,  
escucharon mis oídos  
de la boca de la fama?  
¿A Flandes te vas, señor,  
cuando, por ser desdichada,  
pues ser tuya no podía,  
con verte me contentaba?  
Si es que huyes de mis ojos,  
mal lo haces, mal me pagas,  
que yo, de lo que te quiero,  
sólo quererte esperaba.  
Pero si fuerza es partirme  
por otra diversa causa,  
deja que vaya contigo  
como paje, como esclava:  
te serviré en lo que gustes,  
te seguiré donde vayas.

D. DIEGO. Igualmente siento ahora  
mis desdichas, doña Juana,  
y las tuyas, aunque son  
tan diferentes las causas.  
Pero yo a Flandes me voy,  
y no es honrosa la carga  
de una mujer en la guerra:  
demás de que fuera infamia,  
siendo tú tan bien nacida, (1)  
llevarte yo deshonrada,

(1) El original dice "siendo tú también nacida".

en mis manos mal segura,  
por caminos y posadas,  
y cuando yo, por tu honor,  
a no hacello me obligara,  
no lo hiciera, porque quiero  
a mi esposa como el alma.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues si la quieres. ¿por qué,  
atrevido, te abalanzas,  
y, hermosa, moza y ausente,  
la dejas y no la guardas?  
¿Qué haces? Mira, don Diego,  
que, en la mucha confianza,  
se despeñan muchas honras,  
y aunque ella la tiene, y tanta  
que podría competir  
con griegas y con romanas,  
ni es ella más bien nacida  
ni era yo menos honrada,  
y, deslumbrada en tus ojos  
y perdida en tus palabras,  
tras ti dos veces ligera  
vine a Milán desde España,  
y, ciega con mis pasiones,  
ha poco que te rogaba  
que me llevaras contigo  
como mujer ordinaria.

D. DIEGO. ¡Míralo mejor, don Diego!  
Sólo ejemplos me faltaban  
para apurar mi paciencia  
y para crecer mis llamas,  
que de quimeras fabrico,  
diferentemente, varias.  
Una traza se me ofrece,  
si no me engaño, extremada,  
porque el pobre y el celoso  
trazan mal y siempre trazan.—  
Doña Juana, pues me quieres,  
¿quieres quedarte en mi casa,  
y siendo en ella mis ojos,  
cuerdamente desvelada,  
sí, por desdicha, viéres  
en mi esposa alguna falta,  
como a mi vista la ofrezcas,  
visible, patente y clara,  
tú serás esposa mía,  
siendo tercero una daga,  
y después, cerca está Roma,  
la dispensación del Papa?

D.<sup>a</sup> JUANA. Harélo así; ve seguro,  
dejando en mi confianza  
el servirte con lealtad.  
¡Quien más teme, más se engaña!

D. DIEGO. Pues sucediendo mi afrenta,  
toma de mí la palabra  
de tu esposo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Yo la tomo.

D. DIEGO. Y yo la doy; vete y calla.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Adiós, que tu esposa viene!

D. DIEGO. Su luz, para mí, eclipsada.

D.<sup>a</sup> JUANA. (Pues me va en ello el ser buena,  
yo haré poco, o la haré mala,  
pues mi caudal ha de hacerse  
cuando el suyo se deshaga.)

(Vase DOÑA JUANA, y sale AURELIA)

AURELIA.

(¡Toda de hielo soy, toda de fuego!  
¡Como una tigre llevo!)

DON DIEGO.

(Cual mármol me ha dejado  
semblante tan hermoso como airado.)

AURELIA.

(¡Estoy para volverme!)

DON DIEGO.

(¡Estoy por retirarme y esconderme!)

AURELIA.

(¿Cómo comenzaré, de quien me deja,  
la venganza o la queja?)

DON DIEGO.

(Quedarán por despojos  
tan enojados y tan bellos ojos;  
pero ya, ¡ay, Cielo santo,  
toda su furia se convierte en llanto!)

AURELIA.

Amante, lastimada y ofendida,  
vine airada y perdida;  
tan loca de esta suerte,  
que no sé si a obligarte o a ofenderte;  
pero vi tu tristeza,  
ya vencido, alevoso, la terneza,  
y así, a tus ojos y a tus brazos llevo.  
¿Que te vas, mi don Diego?

DON DIEGO.

Sí, gloria mía.

AURELIA.

¡Tente,  
que me ha muerto ese "sí" tan diferente,  
del que, engañada y loca,  
ha pocos días que adoré en tu boca!



Es la ofensa de un "sí" más poderosa,  
 por ser el "sí" una cosa  
 de todos procurada,  
 de todos admitida y adorada;  
 pero, con varios modos,  
 en mí es desdicha lo que agrado en todos.  
 ¡Ah, cruel, inhumano! ¡Ah, fementido,  
 de ti engañada he sido!  
 ¿Para qué te has casado?  
 ¿Es discreto el marido, ni es honrado  
 de su mujer ausente?  
 ¡No es tal, por cierto! ¡Quien lo dice, miente!  
 Pero, señor, mi libertad es mucha:  
 perdóname y escucha,  
 pues todo es adorarte:  
 mira bien de qué forma, y en qué parte,  
 tan sola y desdichada,  
 quedaré viuda hoy, de ayer casada.

DON DIEGO.

¡No me aflijas, por Dios, llorando ahora!  
 Que quedarás, señora,  
 viuda de hoy, es cierto,  
 no de marido ausente, sino muerto,  
 si es que te afliges tanto  
 y no me das consuelo en vez de llanto.  
 Obligación forzosa y conocida  
 dió causa a mi partida.  
 Atrévime fundado  
 en que no ha de querer tu celo honrado,  
 siendo cosa tan suya,  
 que en mi honor mi opinión le desminuya;  
 si después en los aires he quedado,  
 quejas y llantos dado  
 a la tierra y al viento  
 si revienta en el alma el sentimiento.  
 Mira bien mis enojos,  
 pues presentan testigos en mis ojos;  
 pero si el llanto tuyo lo consiente,  
 podrás, más fácilmente  
 de que siento enojarte,  
 en tu misma hermosura asegurarte,  
 si ya no es tal mi suerte  
 que mi pena acredite con mi muerte.

AURELIA.

Ya estoy más satisfecha que ofendida,  
 más loca y más perdida.  
 ¡Ay, don Diego! ¡Ay, esposo!  
 Más cruel te quisiera que piadoso,  
 y no tan mal quedara  
 si alguna ingratitud me consolara.  
 A la guerra te vas, sin paz me dejas:

¡oiga el Cielo mis quejas,  
 pues matando y muriendo,  
 tú peleando allí, yo acá temiendo,  
 tendremos de este modo  
 todo el ánimo tuyo, el miedo todo!  
 Considera mis ojos de esta suerte,  
 en que estará mi muerte,  
 cómo estará mi vida  
 viendo la tuya del peligro asida;  
 siendo el rigor del hado  
 tan desdichada yo, tú tan honrado.  
 Cuando advirtiendo estoy que te señalas  
 contrapuesto a las balas,  
 temo que el hado injusto,  
 como tuerce las cosas de mi gusto,  
 no quiera, siendo extraño,  
 encaminar las causas de mi daño.  
 ¡Dios te guarde de él! ¡Ay de mí! ¡Ay des-  
 Tu muerte, ¿qué sería [dicha mía! (1)  
 sucedida y llorada,  
 si me quita la vida imaginada?  
 ¡Ay, que en esto pensando,  
 temiendo estaré, siempre agonizando!  
 Mi bien, mi esposo, ¡llévame contigo!  
 A seguirte me obligo,  
 que, aunque es daño tan fuerte  
 verte en peligro, y peleando verte,  
 haciéndome estos bienes,  
 veré, a lo menos, cuándo no lo tienes.  
 Pero ausente de ti, sin saber cuándo  
 estarás peleando,  
 acá, entre mis ideas,  
 siempre estaré mirando que peleas;  
 y así, con temor ciego,  
 nunca tendré un momento de sosiego.  
 ¡Ay, Dios! ¿Qué haré sin ti, de asombros llena?  
 ¿Quién sentirá mi pena,  
 quién en tales enojos  
 acallará las niñas de mis ojos,  
 mi bien, si tú no eres?

DON DIEGO.

Pienso, mi vida, que matarme quieres.  
 Acabarásme si me afliges tanto;  
 ya es agüero ese llanto  
 que ofende mi esperanza;  
 pero ten en los Cielos confianza,  
 con cuya providencia  
 pienso alargar la vida y no la ausencia.

(1) Así en el texto. El verso deberá ser:

"¡Dios te guarde de él, desdicha mía!"

Entre tanto, mi gloria, casa tienes  
abundante de bienes:  
en tus manos los veo;  
medirán te con gustos el deseo,  
sirviéndote sin tasa,  
hasta las mismas piedras de tu casa,  
tu oculto pensamiento adivinando;  
siempre estará mirando  
tus luces soberanas  
mi padre, y, con la plata de sus canas,  
honrará tu decoro,  
haciendo para ti potable el oro.

AURELIA.

¡Ay, don Diego, esta casa será buena  
para esconder mi pena!  
Entretendré la vida  
siempre a las canas de tu padre asida.  
Mas todos los regalos,  
aunque sean tan buenos, serán malos;  
porque tendrá el ausencia tanto brío,  
que sin ti, dueño mío,  
siempre estarán mis ojos  
llorando duelos y creciendo enojos,  
porque, en efecto, ¡ay Cielo!,  
*donde no está su dueño, está su duelo.*

DON DIEGO.

¿Qué me dijiste? ¡Ay, Dios, hasme ofendido,  
que, con otro sentido,  
entre tormenta y calma,  
esa saeta me ha llegado al alma!  
Tras el fiero rigor de esta partida,  
mira por mí en tu vida;  
en mi honor no te digo  
pues con tal calidad queda contigo  
y corre por tu cuenta,  
que pienso que decillo fuera afrenta;  
y disimula ahora cuerdate  
tu extremo, que entra gente.

AURELIA.

(¡Ay, que muero de enojos  
consultados primero con mis ojos!)

DON DIEGO.

(Mis varoniles bríos  
apenas pueden enjugar los míos.)

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. Procurad, por vida mía,  
sentir con menos extremos,  
que señalan vuestros ojos  
la partida de don Diego.

AURELIA. ¿Y cuándo será?

D. DIEGO. (¡Ay, de mí!)

D. JUAN. Luego, ahora.

AURELIA. ¿Ahora, luego?

D. JUAN. Pártese como soldado.

AURELIA. Como desdichada quedo. [zos!]

¡Ay, Dios, que muero en tus bra-

D. DIEGO. (¡Ay, Dios, que en los aires mue-

D. JUAN. ¡Hija! ¡Señora! ¡Por Dios, [ro!]

que admitáis algún consuelo!

No aflijáis a vuestro esposo,  
que yo, en su ausencia, os prometo-  
teneros siempre en mis ojos  
como en mis brazos os tengo.

(Sale el CONDE y BANQUETE.)

CONDE. ¡Amor, victoria, victoria!

Ya por segura la tengo,  
pues mujer de ausente esposo,  
mil portillos deja abiertos.

BANQUETE. Yo, señor, no voy a Flandes;  
contigo quedarme quiero,  
alcanzándome licencia  
de mi Capitán.

CONDE. Harélo.—

En este punto he sabido  
que os partís.

D. DIEGO. Y en este mismo  
me hallaréis muriendo, Conde. .

D. JUAN. Con más paciencia y más pecho  
sufre esta pena.

AURELIA. He perdido  
el caudal del sufrimiento.

CONDE. No hay sino sólo valor  
en las cosas sin remedio.  
(Más me enamoraís llorando, (Ap.)  
¡ay, divinos ojos bellos!)

(Sale SABINA y DOÑA JUANA.)

SABINA. Ya han tocado a recoger;  
ya afuera aguarda el sargento.

D.<sup>a</sup> JUANA. A marchar tocan las cajas;  
pero al arma, los deseos.

BANQUETE. (Fues veo que lloran todos, (Ap.)  
quiero ponerme de entierro.)

D. DIEGO. ¡Padre, padre! ¡Amigo, amigo!  
¡Criados, casa, tierra, cielo!  
¡De mi lástima movidos,  
a mi esposa os encomiendo,  
y ella me dé estos abrazos,  
para que, con más aliento,  
pueda matarme y morir!

AURELIA. ¡De congoja se han hecho  
mil nudos en la garganta!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Lo que me afligen los celos  
me consuela la esperanza!

D. DIEGO. ¡Adiós!

AURELIA. ¡Adiós!

D. DIEGO. ¡Cielo!

AURELIA. ¡Cielo!

D. DIEGO. ¡Dejad que le dé otro abrazo!

AURELIA. ¡Y quizá será el postrero,  
que soy desdichada yo!

D. DIEGO. ¡No aumentes mis sentimientos  
pronosticando desdichas!

D. JUAN. ¡Ea, mis hijos! ¿Qué es esto?  
¡Dividildos, apartaldos,  
si no las almas, los cuerpos,  
que se quitarán las vidas!  
Ven, señora.

CONDE. Ven, don Diego.

D. DIEGO. ¡Arrastrando me llevad!

AURELIA. ¡Llevadme por los cabellos  
donde me resuelva en llanto!

D.<sup>a</sup> JUANA. Todo lo mejora el tiempo.

BANQUETE. (¡Por sí o por no, esconderéme!)

CONDE. ¿Los hombres lloran? ¿Qué es esto?

D. DIEGO. Luego, ¿son piedras los hombres?

CONDE. (Porque se parta me muero.) (Ap.)

D. DIEGO. ¡Ay, esposa! ¡Ay, honra mía!

CONDE. ¡Ven, por Dios!

D. DIEGO. Iré muriendo:  
que estos refranes antiguos  
son evangelios pequeños,  
y atravesado en el alma,  
el que me dijo, me llevo;  
sentencia es de muerte, ¡ay, cielo!

*Donde no está su dueño, está su duelo.*

## ACTO SEGUNDO

(Sale el CONDE y BANQUETE.)

CONDE. ¿Avisaste?

BANQUETE. Señor, sí.  
Sabina me dijo agora  
que tú esperases aquí  
que saliese su señora.

CONDE. A que amaneciese, di.  
En todo me has obligado,  
cuidadoso y vigilante,  
Banquete.

BANQUETE. El haber hallado

de mi nombre el consonante,  
me lisonjea el cuidado.

CONDE. Causa y causas hallé en ti  
que anuncian buenos efetos,  
si ya no pierden por mí,  
que es oficio de discretos.

BANQUETE. ¿El ser alcahuete?

CONDE. Sí.

BANQUETE. Por ti, en el examinado  
de discreto alegre estoy;  
pero seré desdichado  
alcahuete, pues lo soy  
de tan necio enamorado;  
porque ha que falta don Diego  
más de un año, no lo dudo,  
y tú, de su esposa al fuego,  
te querellas como mudo  
y te abrasas como ciego.  
¿Qué esperas a declararte  
y a estar tan cobarde vienes,  
cuando pudiera animarte  
aquel metal por quien tienes  
en su casa, de tu parte,  
desde la dueña de honor,  
que es siempre la que le quita,  
hasta el esclavo menor,  
que tu gusto solicita,  
puesto que ignora tu amor?  
¡Pese a tal! Hate ofrecido  
tu fortuna en tus cuidados,  
para arrojarte, atrevido,  
una casa con criados  
y una mujer sin marido.  
Visítasla cada día  
recibiéndote en su casa  
más clara la luz del día,  
porque entre la suya pasa  
la que su belleza envía.  
Y tú, tan tibio la quieres,  
que estás, cuando entre los dos  
se hacen sordas sus mujeres,  
hecho un bamba. ¡Pues no eres  
tan boquirrubio, por Dios!

CONDE. Dices bien, y a mí, en su ausencia,  
me riñe mi pensamiento  
cuando apura mi paciencia  
este injusto encogimiento  
y esta corta diligencia.  
Mil ánimos me prometo  
para esforzar mi ventura;  
pero en llegando el efeto,  
puede siempre en su hermosura,

más que el ánimo, el respeto;  
aunque mi alma, abrasada,  
bien pudo ser conocida,  
por mis ojos arrojada.

BANQUETE. Daráse por no entendida,  
que es discreta y es honrada.

(Sale SABINA.)

CONDE. ¿Sale mi vida y tu ama,  
Sabina?

SABINA. Mucho me pesa  
que no digas que te ama.  
Levantóse de la mesa  
y recostóse en la cama,  
donde la siesta durmió,  
con tal belleza, ¡ay, Jesús!,  
tan linda me pareció,  
que, como si fueras tú,  
la estaba mirando yo.  
Medio vuelta de este lado,  
con este brazo tendido,  
hasta el codo arremangado,  
y sobre el rostro encendido,  
el cabello marañado,  
el sol claro obscurecía,  
haciendo a sus rayos raya.  
Pues ¿qué será lo que había,  
mal cubierto con la saya,  
tanto pie que descubría?  
Con esta belleza estaba  
cuando a recordarla (1) entré,  
y al decille que esperaba  
el Conde, se puso en pie  
menos compuesta que brava.  
Pidió la ropa y aquello  
con que se compuso ya,  
y para acabar de hacello  
y salir agora, está  
componiéndose el cabello.

CONDE. ¡Ay, Sabina; quién la viera  
como aquí me la has pintado!

BANQUETE. Pienso que lo mismo fuera.

SABINA. Más resuelto te quisiera  
y menos enamorado.  
¿Por qué acobardas tu amor?  
No sé a qué me lo atribuya,  
teniéndome a mí, señor,  
y siendo cosa tan tuya  
su privanza, que es Leonor.  
Ya sé que la debes tanto,

que siente tu sentimiento;  
de suerte que yo me espanto,  
y tu corto atrevimiento  
celebro con tierno llanto.

¡Anímate poco a poco,  
que muy helado te veo.

CONDE. El temor me tiene loco,  
pues no me falta el deseo,  
ni aun el ánimo tampoco.

Mas si se enojase, di,  
el serafín que me abrasa,  
¿qué sería, siendo así,  
ver las puertas de su casa  
tan cerradas para mí?

SABINA. Pues ¿de eso agora te afanas?  
¿Eso recelas?

CONDE. Pues ¿no?

SABINA. Si sus manos inhumanas  
te cierran las puertas, yo  
te entraré por las ventanas.  
Donde no hay dueño no hay muro,  
o a lo menos nunca en él  
habrá portillo seguro.

BANQUETE. Y más si los lienzos de él  
son de Holanda, yo lo juro.

SABINA. ¡Animo!

CONDE. Atreverme quiero;  
tanto esfuerzo me habéis dado;  
sólo la ocasión espero.

BANQUETE. Nunca el firme enamorado  
teme el tiempo venidero.

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. (¿Qué es esto? ¿Perdidas van  
ya las cosas de mi honor?)  
¡Oh, Conde!

CONDE. ¡Oh, señor don Juan!

D. JUAN. (Disimular es mejor.) (Aparte.)

BANQUETE. (Turbados los dos están.)

D. JUAN. ¿Qué mandáis?

CONDE. A mi señora  
Aurelia besar quería  
las manos.

D. JUAN. Erráisle ahora.

SABINA. Dijo que ahora saldría.

D. JUAN. Yo la vi ocuparse ahora.  
Las señoras de Milán,  
ausentes de sus velados,  
todas las horas no están  
para ocupar los estrados,  
porque llorando estarán.  
¿Venís en carroza?

(1) En e texto, "recostarla", por errata.



CONDE. Sí.  
D. JUAN. (1) Vamos en ella los dos;  
hacia palacio vení.

CONDE. Iré a servirlos. (¡Ay, Dios,  
todo es fuego para mí!)

D. JUAN. ¡Ven tú!

(*Vase.*)

BANQUETE. Temerario ven.

SABINA. En vuelve le trocaría.

BANQUETE. Para que me vaya bien,  
reverenda amante mía,  
mirad con quién y sin quién.

CONDE. ¡Loco voy; estoy furioso!  
Será este pesar, sin duda,  
a matarme poderoso.

BANQUETE. Mira en cuánto eres dichoso,  
que hasta su suegro te ayuda.

CONDE. ¿Cómo, si está en centinela  
de ordinario, y me acobarda  
cuando en esto se desvela?

BANQUETE. Porque a lo viejo la guarda  
y a lo imprudente la cела.  
Y tanto puede ofender  
este celar imprudente,  
que en la más cuerda mujer  
tercero del pretendiente  
el celoso (2) suele ser.

SABINA. Si se declara este viejo,  
temo algún inconveniente.

(*Vanse. Sale AURELIA y DOÑA JUANA.*)

AURELIA. Quien llora marido ausente,  
poco se engaña al espejo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Cuando el ausencia no es corta,  
desengañarse es mejor.

SABINA. Ya con don Juan, mi señor,  
se fue el Conde.

AURELIA. Poco importa,  
pues sus visitas consiento  
por no obligarme a la ofensa,  
mientras, engañado, piensa  
que ignora el atrevimiento.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿El Conde? Pues ¿cuándo ha sido  
sino cuerdo y reportado?

SABINA. Conocéle enamorado,  
mas nunca le vi atrevido;  
en tu presencia le veo  
un ángel en compostura.

D.<sup>a</sup> JUANA. Si es que pone tu hermosura  
antojos en su deseo,  
sclamente los antojos  
no pueden llamarse agravios,  
si cuerdamente los labios  
los remiten a los ojos;  
y aun esto el Conde limita  
cuando adorándote está,  
pues ni a los ojos les da  
lo que a los labios les quita.  
Si advirtieras que retira  
muchas razones que entabla,  
cuando temiendo te habla,  
cuando temblando te mira,  
este humilde proceder  
le hubieras agradecido,  
pues para ser atrevido  
soberbio pudiera ser.  
Porque es noble, es principal,  
es entendido, es brioso,  
es galán y es generoso,  
es rico y es liberal;  
es ejemplo de valor,  
es del mundo conocido,  
es honrado, bien nacido  
y es bien criado señor;  
es grande su señorío,  
es eminente su estado.

SABINA. Y es un azúcar rosado  
en lo dulce y en lo frío;  
que, a fe, si no fuera así  
y mi consejo tomara,  
más adelante pasara  
en tu amor.

AURELIA. ¿Estás en tí?  
¡Loca, insolente!

SABINA. Señora,  
burlando estoy, ¡por tu vida!

AURELIA. Para burla es atrevida;  
pero dejémoslo ahora.

SABINA. Ya te irías enojando.  
Eres brava.

AURELIA. Soy quien soy.

D.<sup>a</sup> JUANA. Yo también temblando estoy.

AURELIA. Pero advertid lo que os mando,  
y no sólo os mando, os ruego:  
pues me veis su amante esposa,  
que no me habléis de otra cosa  
sino es sólo de don Diego.  
Junto a mí os podéis sentar...

D.<sup>a</sup> JUANA. Él es mil veces dichoso.

AURELIA. Que en las cosas de mi esposo

(1) En el texto, "DON DIEGO".

(2) En el texto, "tercero", por errata.

muy de asiento os quiero hablar.  
¿Qué hará ahora? ¡Ay, desdichada!  
Pues a la guerra se aplica,  
terciando estará la pica,  
sacando estará la espada.  
En algún peligro está.  
¡Dios le anime, Dios le guarde!  
El alma tengo cobarde.

D.<sup>a</sup> JUANA. Quizá sin él estará.

AURELIA. Siempre recelo su daño.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿De qué te afliges [ahora?]  
¿Piensas que en Flandes, señora,  
se pelea todo el año?

SABINA. Eso fuera desvarío.

AURELIA. Yo, que mi esposo no veo,  
todos los puntos peleo  
con el pensamiento mío.

SABINA. Las veces que da la paz  
ociosidad al valor,  
también es guerra el Amor,  
sus flechas tira el rapaz.  
Tú temes que peleando  
está tu marido allá,  
y él por ventura estará  
sirviendo y enamorando,  
que me dicen que es usanza  
entre aquellas damiselas.

D.<sup>a</sup> JUANA. Mal haces, pues no consuelas  
muchos ratos tu esperanza.  
¿Qué mal en lo cierto estás  
de lo que es hombres ausentes!  
De las mujeres presentes  
tienen memoria no más.  
Tú estás acá muriendo  
mil veces, y así lo entiendo. (1)

SABINA. Yo lo estoy considerando  
mil veces, y así lo entiendo.  
Pues sabes que cual los vientos  
suelen pasarse los años,  
no tengas en tus engaños  
cautivos tus pensamientos.  
Dales licencia que vuelen  
más ligeros y te adviertan  
mil cosas que te diviertan  
y otras mil que te consuelen.  
Logra mejor tu belleza  
y de afligirte no trates.

D.<sup>a</sup> JUANA. (Fuertes son estos combates;

rendirán la fortaleza.)

AURELIA. Si yo ausente y congojada  
me doy tan estéril vida,  
es parte por ser querida  
y parte por ser honrada;  
y así, cuando quiera Dios  
que haya olvido en mi fortuna,  
méritos doy a la una  
de lo que hago con las dos.  
Dejadme, pues, cuérda o loca,  
con olvido o sin olvido,  
tener siempre a mi marido  
en el alma y en la boca.

SABINA. El Conde viene.

AURELIA. Excusara  
las visitas de este loco.

D.<sup>a</sup> JUANA. Podrá divertirte un poco.

SABINA. Quita el luto de la cara,  
veráte el Conde más bella.

AURELIA. Sillas. ¿Hola? Pajes llama.

SABINA. (Bien hecha tiene la cama,  
si sabe extenderse en ella.)

(Sale el CONDE y BANQUETE.)

BANQUETE. (Buena excusa te buscaste  
para escaparte del viejo.

CONDE. Bien ocupado le dejo.

BANQUETE. Y bien ligero tornaste.)

D.<sup>a</sup> JUANA. (Disimula.

AURELIA. No podré  
de ofendida y de enfadada.)

CONDE. Pues la licencia pasada  
todavía queda en pie,  
vueseñoría, señora,  
bien me puede perdonar  
el tenella para entrar  
sin revalidalla ahora.

AURELIA. El tardar cuando la di  
perdone vueseñoría.

BANQUETE. (Mezcla con la cortesía  
el ánimo, ¡pese a mí!)

CONDE. El señor don Juan gustó  
de que yo le acompañara,  
que de esperar, cosa es clara,  
que no me cansara yo.  
¿Cómo vueseñoría ha estado  
de salud?

AURELIA. De acero soy.  
¿Y vueseñoría?

CONDE. Estoy  
en un infelice estado.

AURELIA. Pues la ausencia de mi esposo

(1) Este verso, que se repite en el subsiguiente, no es el que corresponde a este lugar, que debe ser consonante en "ando".

no me mata, decir quiero  
que soy de piedra o de acero.  
CONDE. Yo pudiera ser dichoso  
si fuera...

AURELIA. ¿No has recibido  
sus cartas?

CONDE. Señora, sí.

AURELIA. Lo que me escribe de ti  
no se ha visto ni se ha oído.  
; Lo que estima tu amistad!  
; Lo que la suya te ofrece!  
; Lo que tu trato encarece!  
; Lo que fía en tu lealtad!  
Mucho le debes.

BANQUETE. (Por dónde  
se le escapa la traidora.)

CONDE. Y así le pago, señora.

BANQUETE. (Gran mentecato es el Conde.—  
; Ah, señor! ¿Así la dejas?  
Si del camino se sale,  
a ella vuelve; dale, dale  
con la voz en las orejas.  
Acaba ; cuerpo de Dios! *(Al oído.)*  
¿Qué te suspende y encanta?)

CONDE. Dile que si...

BANQUETE. Cosa es santa.  
Dice que os veréis los dos;  
de una monja es el recado.)

AURELIA. Banquete, ¿y no es prohibido  
llegar a hablarle el oído?

BANQUETE. En mí el Papa ha dispensado,  
con tal que diga verdades.

CONDE. Banquete tiene razón,  
porque en él donaires son  
lo que en otros necedades.

BANQUETE. (Dejallos será mejor,  
porque da la soledad  
ocasión y libertad.  
Ya me ha entendido Leonor.)

*(Hace seña a las criadas, y vase.)*

D.<sup>a</sup> JUANA. (Pensamientos adivina  
el bellaco, y por los vientos  
me llevan los pensamientos.—  
Déjalos solos, Sabina.)

*(Vase.)*

AURELIA. Pesada viene la tarde.

CONDE. Abrasa el calor sobrado.

AURELIA. (Medroso tengo el cuidado.)

CONDE. (El alma tengo cobarde.)

SABINA. (Lugar dará a sus enojos  
si me voy; así lo haré.

Mucho mira; no podré  
escaparme de sus ojos.)  
CONDE. ¿En qué diviertes los días,  
señora?

AURELIA. Mi bien ausente,  
cu estar eternamente  
llorando desdichas mías.—  
(Sabina, escucha.

SABINA. ¿Señora?

AURELIA. No me dejes un momento.)

SABINA. (Entendíome el pensamiento.)

CONDE. Eso es vengarse ahora  
de lo que a Banquete oí.

AURELIA. No tratan mis esperanzas  
de ofensas ni de venganzas,  
ni las empleara en ti.

CONDE. Cuando te hubiera ofendido,  
que nunca tal he pensado,  
pudiera haberte vengado  
con el haberme perdido  
una leona, una fiera  
en quien tengo el pensamiento  
empleado.

AURELIA. ¿Es casamiento?

CONDE. ; Pluguiera a Dios que lo fuera!  
Ya es casada.

AURELIA. ¿Qué fortuna  
te arroja a tal pretensión?  
¿Dió esa señora ocasión  
para atreverte?

CONDE. Ninguna.

AURELIA. Pues ¿qué causas te habrán dado  
la que tienes de atrevido?

CONDE. Tener ausente el marido.

AURELIA. ¿Sólo en eso te has fiado?  
Mal debiste de entenderlo.  
¿No adviertes que la casada,  
cuando es de veras honrada,  
por sí sola debe serlo?  
No decilla tu intención  
será prudente consejo.

CONDE. Mil días ha que lo dejo  
cobarde en esta razón:  
mas con todo eso la digo  
con el alma...

AURELIA. Un pecho sabio  
finge que ignora el agravio  
por no obligarse al castigo.  
Así lo hará esa señora,  
y debes agradecer  
ese cuerdo proceder,  
que no es poco usarle ahora.

Si se le quieres pagar,  
pon el pie en esa centella  
de deshonra para ella  
y para ti de pesar,  
y advierte que, si es honrada,  
no ha menester, ofendida,  
para vengarse en tu vida  
de su marido la espada;  
pues si ve que en tus antojos  
desesperada la dejas,  
balas hará de las quejas,  
rayos hará de los ojos.  
Míralo mejor.

CONDE. ¡Ay, cielo!

¿Y qué haré de mi cuidado?

SABINA. (Acabóse. Él ha quedado  
hecho un pedazo de hielo.  
¿Cuándo no fué temerario  
cuaquier hombre de experiencia,  
pues la mayor resistencia  
esfuerza más al contrario?  
¡Ay, bobillo, cómo enseñas  
que entre pañales estás!  
No se atreverá, por más  
que yo le anime con señas.)

CONDE. Después de habello pensado,  
tan a costa de mi pecho,  
las mercedes que me has hecho,  
los consejos que me has dado  
tanto en mi amor han podido,  
que quedo, por culpa ajena,  
si no acabado en mi pena,  
en mis temores rendido;  
y así un papel que traía  
para ponello en la mano  
de aquel ángel soberano,  
que es dueño del alma mía,  
quiero romper al momento.

(Saca un papel del pecho, y al romperle cae un  
retrato de AURELIA en el suelo.)

SABINA. ¿Qué es esto que se ha caído?

CONDE. Su retrato, que ha querido  
disculpar mi atrevimiento.

SABINA. (Sin duda es suyo; eso, sí, (Aparte.)  
ya se atreve y se aventura.)  
¡Válgame Dios, qué hermosura!

CONDE. Su extremo vuelve por mí.

AURELIA. (Este es mío, y que es extraño  
me importa fingir ahora.)

CONDE. Mi bien, si ya ser, señora, (1)

con la pasión no me engaño,  
esos ojos dulces, bellos,  
boca, mejillas y frente,  
donde están naturalmente  
enrizados los cabellos;  
esa hermosa compostura  
de extremadas perfecciones  
y un alma cuyas acciones  
compiten con su hermosura,  
fueron las causas bastantes,  
entre atrevidos empleos,  
para disculpar deseos  
y para labrar diamantes.

¿No conoces a esa estrella,  
aunque desmiente al pincel,  
con menos belleza en él  
la que yo contemplo en ella?

AURELIA. No; y quizá por ser mujer  
a quien no he visto en mi vida  
es de mí desconocida.

[CONDE.] Sola tú lo debes ser  
de cruel y de inhumana,  
que este bien del alma mía  
ú le tratas cada día  
y le ves cada mañana;  
en tus ojos amanece  
siempre el sol de esa hermosura.

SABINA. (Bien va: la descompostura  
en los hombres bien parece.)

AURELIA. (¿Adónde, pues conocella  
no he podido, (1) este traidor  
se atreve?)

CONDE. Ahora mejor  
que al espejo puedes vella  
en las fuentes de mis ojos,  
en los ríos de mi llanto,  
si ya no te anegan tanto  
mi desdicha y tus enojos.  
Todo el color has perdido,  
señora.

AURELIA. Cierra ese labio,  
porque declarado agravio  
es grande para sufrido.  
Tan fuertes señas me das  
que esta mujer conocí,  
que confieso que la vi,  
pero no la verás más.  
De no mirarte prometo  
tan infelice mujer,  
avergonzada de ver

(1) Este verso parece errado.

(1) Acaso "querido".



que la perdiste el respeto.  
Yo huiré de la luz clara  
por que no se acuerde el sol  
del vergonzoso arrebol  
que me ha salido a la cara.  
Y porque el hablarte dejo  
entre sombras escondida,  
digo, Conde, que en mi vida  
he de mirarme al espejo,  
por excusar, como digo,  
esta vergüenza cruel,  
y porque si a verme en él  
llegase el mayor amigo,  
dos caras no vea en mí,  
al reflejo del cristal,  
que le parezcan tan mal  
como las que miro en ti.  
Toma el retrato, advertido  
de que el tiempo ni la muerte  
verán sino de esta suerte  
el original rendido. (*Kómpete.*)  
Y agradéceme que en pago  
de tu atrevimiento, aquí  
no he mandado hacer en ti  
lo que en el retrato hago.

CONDE. Señora, de hielo soy.

AURELIA. ¡No llegues!

SABINA. (Estoy temblando.)

Mira que vas tropezando.

AURELIA. No es mucho, pues ciega voy.

(*Vase a entrar, y sale Doña Juana.*)

D.<sup>a</sup> JUANA. Señora, tu suegro viene.

Ahora en la sala entraba. (1)

AURELIA. ¿Qué haré, pues que me arrojaba  
lo mismo que me detiene?

CONDE. Señora, no escandalices.  
Sé piadosa.

AURELIA. ¡Eres traidor!

Quiero hacello por mi honor,  
mas no porque tú lo dices.

(*Vuelve a sentarse y sale DON JUAN y BANQUETE.*)

D. JUAN. ¿Ha mucho que estáis acá,  
Banquete?

BANQUETE. (Soy divertido;  
y no advierto cuánto ha sido.  
¿Qué le diré?) Rato ha.

D. JUAN. (Esto corre por mi cuenta. (2))

(1) En el original, "ha entrado": es errata.

(2) "Cuenta" no es consonante de "vuelta". Quizá se escribiría este verso así:

"Esto corre a rienda suelta."

En fin, casa sin marido.)

Señor Conde...

CONDE. (Estoy perdido.)

D. JUAN. Volando distes la vuelta.

CONDE. No muy volando, pues no  
ha un Credo que aquí llegué.

BANQUETE. (¡Bien, por Dios!)

D. JUAN. No estéis en pie;  
sentaréme también yo.

(*Siéntase.*)

AURELIA. Junto a mí.

D. JUAN. (De enojo rabio.) (*Ap.*)

Deshacerse no es razón  
por mí la conversación.

(¡Cómo se hace el agravio!) (*Ap.*)

AURELIA. ¿Cómo vienes! Trabajoso  
es tu oficio.

D. JUAN. Alegre vengo,  
hija, porque cartas tengo  
de mi hijo y vuestro esposo.

AURELIA. ¿Cómo está? ¿Guárdele Dios!

D. JUAN. Allá hartó bien se entretiene;  
lo que de mal sólo tiene  
es no teneros a vos.

Mas veldo en este papel.

(*Una carta da.*)

AURELIA. Será, mientras no le veo,  
un azogue mi deseo  
y estaré adorando en él.

CONDE. (Mil veces soy desdichado,  
aborrecido y celoso.)

D. JUAN. Tomad.

(*Dale un papel.*)

CONDE. Ya estaba quejoso  
de que me hubiese olvidado.

D. JUAN. A mí me escribe don Diego  
una cosa hartó excelente;  
pero como vive ausente,  
oye sordo y mira ciego.  
Quéjase, extremada cosa  
si bien la consideráis,  
de que vos le visitáis  
pocas veces a su esposa;  
y el primero viene a ser  
que en el mundo se ha quejado  
de que no le han visitado  
sus amigos su mujer.

BANQUETE. (No está mala la ironía.)

AURELIA. (A mí me mira y al Conde.  
¿Qué es esto?)

D.<sup>a</sup> JUANA. (¿No ves por dónde  
el viejo sus quejas guía?)

CONDE. Pues sabiendo mi amistad,  
¿cómo piensa que la dejó?

SABINA. (El diablo, por ser viejo,  
sabe tanto.

D.<sup>a</sup> JUANA. Así es verdad.)

BANQUETE. Pues tú sabes lo que pasa,  
que le escribas es mejor  
como el Conde, mi señor,  
cada día está en su casa.

D. JUAN. Harélo así.—Y es tu esposo  
de suerte, que apostaré  
que, como a mí, sin porqué,  
te escribe también quejoso  
de que tú recibes mal  
al Conde, que no le admities  
sus visitas y permites  
que se queje.

AURELIA. No haré tal,  
pues sabes que soy mujer  
de pensamientos tan buenos,  
que no hago más ni menos  
de aquello que debo hacer.  
Y así me voy, porque es irme  
lo que debo hacer ahora.

D. JUAN. ¿Dónde vas, hija, señora?

AURELIA. A quejarme y a morirme.

(*l'asc.*)

D. JUAN. Es mujer, presto se enfada;  
desenojalla es razón:  
aunque con poca ocasión  
va ofendida y va enojada.  
Voy a hacello. Conde, adiós.

(*l'asc.*)

CONDE. ¿Quién resiste esta inclemencia?

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Paciencia, Conde!

SABINA. ¡Paciencia!

BANQUETE. ¡Buenos quedamos los dos!

CONDE. Yo, al menos, quedo sin mí.

BANQUETE. ¿No ves esto? Todo es miel  
sobre hojuelas para ti.

CONDE. ¿Cómo, si me abraza el pecho?

BANQUETE. Porque va Aurelia enojada,  
y es la mujer apretada  
como anguilla en puño estrecho.  
¿No la ves una mujer  
tan honrada como bella?  
Pues por lo que hacen con ella  
ha de dejallo de ser.

CONDE. Eso hiciera mis cuidados  
de desdichados, dichosos.

BANQUETE. Suegras y suegros celosos  
hacen yernos desdichados.

(*Vanse. Sale el DUQUE DE PARMA, un MAESTRE DE CAMPO, con barba; DON PEDRO ZAMUDIO, DON DIEGO y VILLALTA.*)

MAESTRE. Presto Amberes será tuya;  
rendiráse.

D. DE PAR. Así lo espero,  
si no espera que primero  
la dé asalto y la destruya.

D. PEDRO. Los rebeldes obstinados  
casi rendidos están.

D. DE PAR. ¿Qué fuerzas no rendirán  
tan valerosos soldados!

VILLALTA. Por último desengaño,  
el contradique querían (1)  
cortar.

ZAMUDIO. Y así prevenían  
su remedio y nuestro daño.

D. DE PAR. Bien le dejó guarnecido  
de soldados que lo son,  
y si le ofrece ocasión,  
al Capitán le he advertido  
de que acometa aunque no  
vea causa bien dispuesta  
de aquella parte, pues de ésta  
iré a socorrerle yo;  
y así la gente estará,  
pues la ocasión nos convida,  
tan dispuesta y prevenida  
como suele.

MAESTRE. Ya lo está.—  
Este pliego es de Milán.

D. DIEGO. ¡Cielo, de mi amada esposa!

D. DE PAR. Abrilde.

D. DIEGO. (El alma, medrosa,  
mil sobresaltos le dan.)

MAESTRE. Esta es del Duque a don Diego  
de Icunza.

D. DIEGO. Beso tus pies.  
(Letra de mi padre es,  
y es mi cuidado de fuego,  
que adivina mi dolor.)

D. DE PAR. ¿Don Diego?

D. DIEGO. ¿Señor? (¿Qué siento?)

D. DE PAR. Con mucho encarecimiento  
el Duque, gobernador  
en Milán, me dice aquí  
que allá daña vuestra ausencia,

(1) En el original, "quisieran".

y si me pedís licencia  
que os la conceda.

D. DIEGO. (1) (¡Ay de mí!)

D. DE PAR. Paréceme cosa extraña  
que ofreciendo estas facciones  
tan honradas ocasiones,  
un ejército en campaña  
y estando Amberes sitiado,  
casi en el trance postrero,  
tan honrado caballero  
y tan valiente soldado  
procure licencia en Flandes  
para partirse a Milán.  
Quizá allá le correrán  
obligaciones más grandes.

D. DIEGO. Ninguna, señor.

D. DE PAR. Don Diego,  
en esa carta sabed;  
leed la carta, leed.

D. DIEGO. (¿Cómo podré, si estoy ciego?)

D. DE PAR. Y si por cosas pasadas  
asistiendo vos acá  
veréis que os llaman de allá  
ocasiones más honradas,  
al momento llevaréis  
la licencia que pedís.

D. DIEGO. (¡Ay, corazón!, ¿qué sentís?  
¡Ay, ojos!, ¿qué veis, qué veis?  
¿Qué haré, Cielo soberano?  
¿Qué le diré? ¿Qué leí,  
pues sólo me escribe aquí  
mi padre de propia mano:

*"Donde no está su dueño, está su duelo"?)*

D. DE PAR. Pues ¿don Diego?

D. DIEGO. (¡Ay, desdichado!)

D. DE PAR. El color habéis perdido.

D. DIEGO. Señor, mi padre...

D. DE PAR. ¿Qué ha sido,  
que respondéis tan turbado?

D. DIEGO. En la carta... no la hacienda...  
mi padre, viejo... por mí...  
Si vuestra alteza...

D. DE PAR. Decí,  
que no hay cosa que os entienda.  
Hacienda no os obligara  
a dejar cosas de honor,  
cosa es cierta.

D. DIEGO. Sí, señor;  
mas no, señor.

D. DE PAR. ¡Cosa rara!

¿Qué dice la carta?

D. DIEGO. No  
importa cuanto hay en ella.

D. DE PAR. No quiero vella, no.  
D. DIEGO. (A vella, (Ap.)

¡qué honrado quedara yo!)

D. DE PAR. Pero que os ofenda temo  
en cosa tan importante,  
pues en hombre semejante  
hace semejante extremo.  
¿Sois casado?

D. DIEGO. Señor, sí;  
mas no el serlo me ha ofendido.

D. DE PAR. No digo tal; pero ha sido  
lo mismo que presumí.  
Vuestra mujer alcanzó  
esta carta en vuestra ausencia,  
y si es que pedís licencia  
haré despachalla yo,  
y vos partiréis llamado  
del llanto de una mujer,  
porque es imposible ser  
buen marido y buen soldado.

(*Íanse, y queda DON DIEGO.*)

DON DIEGO.

¿Qué tierra me sustenta?

¿Qué cielo se oscurece en mis enojos?  
Mas, pues veo mi afrenta,  
en mi honor está el daño, y no en mis ojos.  
¿Qué haré? Que aunque me agravia, bien me  
el de Parma que suerte [advierte  
es aquella razón: "Nunca el casado  
puede ser buen marido y buen soldado."

De mi padre he tenido,  
en tiempo limitado, estos papeles;  
siguiendo se han venido,  
tan ligeros, pesados y crueles,  
que pudiera matarme el menos fiero.  
Así dice el primero:

"Con honesta ocasión, pide licencia,  
para librar tu casa de tu ausencia."

En éste el desengaño  
comienza de mi suerte rigurosa;  
dice, terrible daño:  
"Tu mujer vive ausente y es hermosa";  
y en éste: "Ricas veo a tus criadas."  
¡Mis menguas declaradas!  
En el último dice, ¡ay, Cielo!: (1)  
*"Donde no está su dueño, está su duelo."*

(1) En el original dice "AN".

(1) Faltan dos sílabas a este verso.

Pero ¿qué ley consiente  
que cuando yo, esgrimiendo el limpio acero,  
con el pecho valiente,  
me contrapongo al plomo venidero,  
siendo, ya en baterías, ya en escalas,  
terrero de las balas,  
y, después de quitar ajenas vidas,  
brotan hidalga sangre mis heridas;  
y cuando honrados bríos  
tanta opinión me dan, que honrar podría  
los decendientes míos,  
ausente una mujer, sin culpa mía,  
me afrente? ¡Extraña ley, rigor terrible!  
¡Y que sea posible  
que al mundo infame los cristianos reyes  
no le deroguen tan injustas leyes!  
¡Ello está introducido!  
¿Qué haré? Si de aquí voy, mi honor se infama,  
y si quedo ofendido,  
no vengo, allá, el agravio que me llama:  
precisas son las dos obligaciones.  
¡Todo soy confusiones!  
Mas ¡ay! que es imposible en mi cuidado  
el ser yo buen marido y buen soldado.  
¡Ay, inhumana esposa!  
¿Cómo es posible? ¿Puede ser que sea  
que mujer tan hermosa  
hiciese contra mí hazaña tan fea?  
¡Pero tú esta desdicha me anunciaste!  
¡Tú la profetizaste  
cuando me dijo por tu boca el Cielo:  
"Donde no está su dueño, está su duelo!"  
¡Iré a Milán, traidora!  
Pero ¿cómo podré, porque la espada  
está desnuda ahora  
para ocasión tan cierta y tan honrada?  
¡Llevadme el alma, que me abrasa el pecho,  
pues no son de provecho,  
cielos, el ser valiente y ser honrado  
para ser buen marido y buen soldado!

(Dentro:)

¡Al arma, al arma, al arma!

DON DIEGO.

¡Qué a tiempo llega el esperado efeto!  
¡Hoy mostraré al de Parma  
que le soy buen soldado!

(Sale un CRIADO con un peto y un morrión.)

CRIADO.

Ponte el peto.

DON DIEGO.

¡Quita, quítale allá! No está mi vida  
para ser defendida.  
¡Hoy ha de vella el mundo más honrada,  
descompuesta, atrevida y arrojada!

CRIADO.

¡Señor!

DON DIEGO.

¡No me consumas!

Quita allá el morrión; dame un sombrero  
con un monte de plumas,  
que ellas serán el blanco y yo el terrero  
de tiros a la inmensa muchedumbre,  
y con su misma cumbre  
verá el mundo que soy, si lo ha dudado,  
ya que no buen marido, buen soldado.

¡Esta espada, este brio,  
bastan por armas! ¡Hoy ningunas quiero!  
Al triste pecho mío  
sin armas halle el penetrante acero.  
¡Salga bramando el derretido plomo,  
pues ya señalo el cómo,  
con la bala mayor, la mayor pieza,  
de mis hombros divida la cabeza!

¡El dolor de mi afrenta  
y lo que debo a la opinión de España,  
me encamina y me alienta  
a morir peleando en la campaña!  
Y así, por valerme y por honrarme,  
se juntan a matarme:  
de acá las armas y de allá el cuidado.  
¡Podré ser buen marido y buen soldado!

(Tocan, y sale BANQUETE y DOÑA JUANA.)

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué es del Conde?

BANQUETE. Entra, señor;  
seré desde aquí adelante  
de esta portada gigante  
y mula de este doctor,  
y así, segura estará.

(Sale el CONDE.)

CONDE. No del fuego que me abrasa.

D.<sup>a</sup> JUANA. En no estando el viejo en casa,  
lo demás seguro está;  
y como acude a su oficio,  
pocas veces está en ella. (1)

CONDE. ¿Qué hace mi enemiga bella?

(1) En el texto, "casa".



D.<sup>a</sup> JUANA. Su deleite y su ejercicio  
es aumentar su belleza  
con el llanto de sus ojos,  
enfurecer sus enojos  
y eucarecer su tristeza.

CONDE. Y yo, Leonor, estaré,  
con tan extraños rigores,  
abrasando los temores,  
purificando la fe,  
previniendo la partida,  
perdiendo la confianza,  
condenando la esperanza  
y feneciendo la vida.

D.<sup>a</sup> JUANA. Si me pesa sabe el Cielo  
de que no estés ya, señor,  
aunque abrasado en su amor,  
animoso en su recelo,  
gozando de su hermosura,  
previniendo tus deseos,  
celebrando tus empleos  
y alabando tu ventura.  
Mas de que pierdas los bríos  
tan presto, también me pesa,  
pues los fines de esta empresa  
no son más tuyos que míos,  
y con el alma me aplico  
a sacarte de esta calma.

CONDE. ¡Pagarélo con el alma,  
por vida de Federico!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Ese es tu nombre?

CONDE. Y mi nombre  
parece que te ha perdido  
el color.

D.<sup>a</sup> JUANA. Señor, ha sido  
recelar, que no te asombre  
el ver que no le sabía  
con tan poca providencia;  
mas, como por excelencia,  
sólo el Conde te decía,  
no es mucho habello ignorado.  
Pero para en adelante  
no parecer ignorante,  
saber quiero el de tu Estado;  
dímelo, señor.

CONDE. El Conde  
Ponciano es el primero  
de mis títulos.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Yo muero!

CONDE. Tu terneza me suspende. (1) (Ap.)  
¿Por qué humedeces los ojos

con tan extraña ocasión?

D.<sup>a</sup> JUANA. Soy tierna de corazón  
y me obligan tus enojos,  
cuanto más te considero,  
más nobleza, más valor,  
más príncipe y más señor,  
más grande y más caballero.

CONDE. Perdóname; no, señora,  
diversa la causa és.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pregúntamela después,  
que voy a servirte ahora.

(Vase.)

BANQUETE. ¿De qué lloraba Leonor?

CONDE. Atónito me ha dejado.

BANQUETE. Adivino su cuidado:  
sin duda te tiene amor;  
porque el haberte servido  
sin género de interés,  
pues, aunque tú se le des,  
ni por pienso le ha querido,  
y tener con tal pasión,  
cuando escucha tus agravios,  
de miel y azúcar los labios,  
de alfeñique el corazón,  
algo es en ella, sin duda.  
Ha mezclado, a lo que creo,  
la compasión y el deseo,  
y te apetece y te ayuda;  
y así, con tan varios duelos,  
en esta conformidad,  
te sirve con voluntad  
cuando te llora con celos.

CONDE. Con extremo me obligó.

BANQUETE. Pues no es, por Dios, poco bella.

CONDE. Más enamorado de ella  
que de su ama estoy yo;  
mas la tema del salir  
un hombre con su intención  
es fuego en su corazón.

BANQUETE. Morir quieres o partir.  
¿Sabes que pensaba ahora  
una cosa harto extremada?  
Que alcanzaras la criada,  
no pudiendo a la señora,  
como criado novel  
que el hojaldre apetecié  
y a la fin se contentó  
con el suelo del pastel.

(Sale SABINA.)

CONDE. ¡Oh, Sabina!

(1) No es "suspende" consonante de "Conde".

SABINA. Con Leonor  
sale luego mi señora.  
Conde mío: ¡agora, agora  
importa tener valor  
por último desengaño!  
Pues ya está probado todo,  
procuremos de este modo  
o tu remedio o tu daño.  
La ocasión ha de obligalla  
a quedar sola contigo,  
si es posible.

BANQUETE. Yo me obligo,  
para dártela, a buscalla.

SABINA. Sola contigo estará:  
anima tu pensamiento,  
pues es toda atrevimiento,  
casa que sin dueño está.  
Para el ímpetu primero  
de sus honestas acciones,  
pídele muchos perdones,  
dale del lado el acero.  
Ruégale que venga en ti  
el agravio que le has hecho,  
muéstrale desnudo el pecho,  
tiernas disculpas le di;  
haz extremos que la asombres,  
haz que matarte querrias  
y otras mil bellaquerías  
que sabéis hacer los hombres.  
Mas si con todo se aína,  
aunque diga: “¡Ah de mí guarda!”  
no por eso te acobarda,  
ni por eso te retira:  
que las mujeres usamos  
en semejantes extremos  
rehusar lo que queremos  
y pedir lo que olvidamos;  
y así, harás más atrevido  
y más seguro que el sol  
lo que añade el español  
a su famoso apellido.  
“Cierra España”; al arma toca  
y ponle menos cruel,  
como a los niños la miel,  
con un dedal en la boca.  
Tendrá dulce fin tu historia  
si tu valor persevera.

BANQUETE. Y tendrás, de esa manera,  
en un punto, gracia y gloria.—  
Un Séneca, un Cicerón  
y un Chantre me has parecido  
en lo grave del vestido

y en lo docto del sermón.  
Para amorosos enredos  
de damas cuerdas o locas,  
hace el lienzo de unas tocas  
más sombra que muchos dedos.

SABINA. Aurelia viene: primero  
te retira, y sal después.  
¿Ya tiembles?

CONDE. No es mucho, pues  
el mayor contrario espero.

SABINA. ¡Valor, buen Conde, valor!

BANQUETE. Tu salvación encamina  
con la admirable dotrina  
del padre predicador.

(Retíranse el CONDE y BANQUETE, sale AURELIA y  
DOÑA JUANA.)

D.<sup>a</sup> JUANA. Ya eso pasa de tristeza.

AURELIA. Procuraré divertilla.  
Dame, dame una almohadilla.

CONDE. (¡Qué soberana belleza!)

BANQUETE. (¿Oyes lo que digo?)

SABINA. Sí.

BANQUETE. Pues ponlo en ejecución.)

(Vase.)

AURELIA. Espera. ¡Extraña traición!

CONDE. No te ofenda el verme aquí;  
que te traigo una embajada,  
y con carta de creencia  
de tu esposo.

AURELIA. ¿Y sin licencia?

CONDE. De su mano está firmada,  
y así, no esperé la tuya,  
de lo que pido perdón.

AURELIA. De que es grande tu traición  
en eso mismo se arguya,  
y él la ignora, porque ha sido  
de tu amistad engañado,  
y fíate confiado  
lo que emprendes atrevido.  
¡Vete, Conde, pues me toca  
no querer, aun siendo de él,  
la embajada ni el papel  
de tu mano y de tu boca!

Dentro. ¡Ten, fuera, aparta!

SABINA. Leonor,  
ruido es aquél de espadas.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡En el zaguán cuchilladas?  
¡Salgamos al corredor!

(Vanse las dos.)

AURELIA. ¿Dónde vais?

CONDE. Señora mía,  
¡espera un poco!

AURELIA. ¿Qué emprendes?

CONDE. Suplicarte.

AURELIA. ¿Qué pretendes?

CONDE. Que fueses mujer quería,  
y no tigre ni leona,  
sin piedad y con belleza.

AURELIA. ¿Atrévete a mi nobleza?  
¿No respetas mi persona?  
Mira, Conde...

CONDE. Tus enojos  
veo y ciegos mis sentidos,  
las paredes sin oídos  
y a mí sin alma y sin ojos.

AURELIA. ¿No ves quién soy? ¿Y no ves  
que si me ofendes, villano,  
será acero de mi mano  
hasta el corcho de mis pies?  
¡Déjame! ¡Al Cielo prometo  
de castigar tu locura!

CONDE. ¡Abrásame tu hermosura!  
¡Espera!

AURELIA. ¡Tenme respeto!

CONDE. Sí haré.

AURELIA. ¡Suelta!

CONDE. ¡Ay, Cielo santo!  
Pero no le has de emplear  
en puente para pasar  
por el río de mi llanto.

AURELIA. ¡Traidor! ¿Estás loco?

CONDE. ¡Y ciego!  
¡Perdido y furioso estoy!

AURELIA. ¿No te acuerdas de quién soy?

CONDE. ¿No miras que soy de fuego?

AURELIA. ¿Hola? ¿Criados, criadas?

CONDE. ¡Señora...!

AURELIA. ¡Traición, traición!

CONDE. ¡No des voces!

AURELIA. ¡Esas son  
las armas de las-honradas!

(Sale BANQUETE con la espada desnuda.)

BANQUETE. ¿Señor?

AURELIA. ¿Qué es esto? ¡Ay, de mí!  
¡No sé a qué me determine!

CONDE. Banquete, todos los males  
en mi desdicha consisten.

(Sale SABINA, y DOÑA JUANA.)

SABINA. ¡Más blanco trae el semblante  
que las canas! ¡Dios nos libre!

CONDE. ¿Qué fué?

BANQUETE. Buscando ocasión  
de obligarte y de servirte,  
con dársela a estas criadas  
de dejaros y salirse,  
por fingir una pendencia  
con más propiedad, rompíle  
el colodrillo a un lacayo,  
él sacó la espada, y vime  
entre un millón de almohazas,  
criminales y civiles.  
Valiérame de los pies  
para escaparme y salirme,  
mas viendo a don Juan que entraba,  
para deslumbrale vine,  
donde impidas el alcance  
del contrario que me sigue.

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. Ya en esta casa, estas cosas,  
sin duda son insufribles.

CONDE. ¡Señor don Juan!

AURELIA. ¡Señor mío!

LOS DOS. ¡Señor!

D. JUAN. Reportaos, oídme;  
con más flema quiero hablarlos:  
Aquí de Flandes me escriben  
que el de Parma ganó a Amberes  
y los rebeldes se rinden,  
y que mi hijo don Diego,  
defendiendo el contradique,  
fué otro Pirro, otro Alejandro,  
otro Héctor y otro Aquiles,  
en siete horas que duró  
la refriega más terrible  
que jamás vieron de España  
los aceros invencibles.  
Murió allí el Maestre de Campo  
de su tercio, y también dicen  
que ha de heredalle el bastón:  
los parabienes recibe.  
Esto ahora os he contado  
por que entendáis que me dice  
esta honra que me envía  
a que yo la deposite,  
de la boca de la fama,  
en lo antiguo de mi origen,  
que no consienta en su casa,  
donde mi presencia asiste,  
que un hombre se la pretenda

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Corre, porque viene el viejo  
como un león, como un tigre!

AURELIA. y una mujer se la quite.  
Señor don Juan, oye, calla.  
Mucho siento que encamines  
esas sospechas a mí,  
y desconfianzas viles,  
que una mujer como yo...  
Mira mejor lo que dices,  
que la honra de don Diego,  
aunque allá la califiquen  
con valor y con hazañas,  
armas, blasones y timbres;  
a tu amparo la encomiende  
y de tus canas la fie,  
la defiendas con tu espada,  
con tu lengua la acredites,  
harto más segura crece  
y harto más segura vive  
en mi honesta compostura  
y en mi confianza firme.  
Vuelve en ti si no lo estás,  
y daréte, si me sigues,  
satisfacción, si primero  
no muerdo de pena. ¡Ay, triste!

(Vase.)

D. JUAN. ¿Quién me ha puesto en estas cosas?  
Soy en extremo infelice!  
SABINA. (¡Si puedo, del mal que teme  
este viejo ha de morirse!)

(Vanse las dos.)

CONDE. Pienso que caducas ya,  
pues desengaños no admities  
en la amistad que a tu hijo  
con tantas veras le hice  
y en que soy yo tan honrado;  
pero en que puedo sufrirte  
sin descomponerme ahora,  
será justo que averigües  
que deseo conservalla.

D. JUAN. Muchos engaños recibes  
si, previniendo mis años,  
imaginas que me impiden  
la agilidad de las fuerzas  
para que en ti la ejercite.  
No quiero pensar que sea,  
y te engañas si lo dices,  
amigo del todo fiel,  
amigo del todo firme,  
quien la mujer de su amigo  
tan a menudo visite.  
Vete, y hablemos después,

donde diré lo que dije,  
que, porque oyendo la causa,  
Milán no se escandalice,  
no saco la espada ahora  
en quien mis ofensas miren,  
pues mis canas, a mi enojo,  
mayor cordura le piden.  
CONDE. Iréme, y, más reportado,  
cuando gustares de oírme,  
te daré satisfacciones  
que mi inocencia averigüen.

(Vase.)

BANQUETE. Y yo y todo, aunque enojado,  
pues ellos también lo miden,  
tan cuerdamente lo hacen,  
tan blandamente lo dicen.

(Vase BANQUETE.)

D. JUAN. ¡Ay, hijo mal advertido!  
¡Ay, caso poco felice!  
¡Que "donde no está su dueño,  
está su duelo" bien dicen;  
pues en monte, en campo, en casa  
donde su dueño no asiste,  
ni el fruto colmado nace,  
ni el honor seguro vive!

## ACTO TERCERO

(Sale Doña JUANA y DON DIEGO.)

D.<sup>a</sup> JUANA. Sígueme quedito y pon  
cuerdo ser al dolor fiero:  
trata con manos de acero,  
pisa con pies de algodón.  
D. DIEGO. ¡Ay, Cielo, desdicha es  
tan terrible cuanto impropia  
que un hombre, en su casa propia,  
éntre con fingidos pies!  
Pero no es mucho si, en pena  
de lo que en su ausencia pasa  
porque ha dejado su casa,  
cuando vuelve, la halla ajena.  
En efeto, ¿vendrá el Conde,  
como dices?  
D.<sup>a</sup> JUANA. Como digo,  
vendrá el Conde.  
D. DIEGO. ¡Ay, falso amigo!  
¿Qué bien trata y corresponde!  
D.<sup>a</sup> JUANA. Con mil razones te quejas,



mas déjalas al cuidado  
de vengarte.

D. DIEGO. Ya he dejado  
entre las dudas las quejas,  
pues en tan cierta mudanza  
de agravios, sólo consiento  
en la ira el sentimiento  
y en el valor la venganza.

D.<sup>a</sup> JUANA. Aquí te tendré escondido,  
y cuando ya el Conde esté  
con tu esposa, te pondré  
en su tálamo ofendido,  
adonde, sin que él lo sienta,  
el acero de tu hoja,  
cubra con su sangre roja  
la vil mancha de tu afrenta.

D. DIEGO. Bien dices. Mas, oye, di,  
(¡ah, cruel; ah, falsa; ah, fiera!)  
¿es ésta la vez primera  
que aquí viene el Conde?

D.<sup>a</sup> JUANA. Sí.

D. DIEGO. Pues ¿no será más razón,  
averiguado su intento,  
castigar el pensamiento  
y estorbar la ejecución?  
¿Quién lo duda? Porque aumenta  
el honor que se abalanza  
a excusar, con la venganza,  
la mancilla de la afrenta.  
Quien la mano levantada  
ve al contrario, con razón  
no esperará el bofetón  
pudiendo sacar la espada;  
que fuera desdicha inmensa  
en cualquier honrado el ver  
que le quieren ofender  
y consentir en la ofensa.  
Bien, me resuelvo, y he sido  
dichoso, aunque desdichado,  
pues podré quedar vengado  
antes de verme ofendido,  
doña Juana, y si ha de ser,  
a mí me lleva primero  
donde, en mi mano este acero,  
deje muerta a mi mujer.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Y si al quitalle la vida  
con voces al Cielo toca?

D. DIEGO. Primero que abra la boca,  
saldrá el alma por la herida,  
y después al Conde dale  
camino por donde éntre,  
con su cadáver encuentre

y con su sangre resbale:  
que así, cuando infames bríos  
le pongan en tales lazos,  
pensando estar en sus brazos,  
quedará muerto en los míos.  
Ayúdame, que si doy  
fin al intento que sigo,  
otras mil veces me obligo  
a ser tuyo.

D.<sup>a</sup> JUANA. (¡ Muerta soy! ) (*Aparte.*)  
¡ Señor...! ¡ Ay, Cielo divino!

D. DIEGO. No tienes que replicar.

D.<sup>a</sup> JUANA. Entra, pues.

D. DIEGO. ¡ Bien podrá entrar  
quien tan bien sabe el camino!

(*Vase.*)

D.<sup>a</sup> JUANA. Casi quedo sin sentido:  
tal es la desdicha mía;  
pensando que redimía  
con esto mi honor perdido,  
compuse tales enredos,  
enredé tales marañas;  
mas ya ofenden mis entrañas  
las lástimas y los miedos.  
Ya el alma afligida (1) siente  
los errores de la vida;  
muerta estoy y arrepentida  
de que mato a una inocente.  
¡ Ah, pobre Conde! ¡ Mejor  
trato debo al tuyo honrado,  
tantas veces disculpado  
con los yerros de tu amor!  
¡ Ellos son!

(*Sale SABINA, el CONDE y BANQUETE.*)

SABINA. Venid con tiento.

BANQUETE. Guarda el broquel.

CONDE. Voy con él.

BANQUETE. Que puede ser un broquel  
despertador de un convento.

SABINA. Pisad con plantas de lana.

BANQUETE. Pasito, quedito, Amor,  
no nos sienta el ruiseñor.

SABINA. ¡ Ríome de mala gana!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿ Conde?

CONDE. ¿ Leonor?

SABINA. Pues promete  
mucho mal lo que emprendemos,  
¿ quieres tú que lo acértemos?

(1) En el texto, "fingida".

BANQUETE. Sí, Sabina.

SABINA. Pues, Banquete,  
retírate a mi aposento  
y abrásele todo acá.

BANQUETE. Divina cosa será  
que estuve en tu pensamiento.

(*Vanse los dos.*)

CONDE. En efeto, no he tardado.

D.<sup>a</sup> JUANA. Con el tiempo te has medido.

CONDE. A ser dichoso he venido.

D.<sup>a</sup> JUANA. (¡Antes a ser desdichado!) (*Ap.*)

CONDE. ¿Está ya en el Occidente  
aquel sol? ¿Púsose ya?

D.<sup>a</sup> JUANA. Sí, Conde. (¡Tan puesto está,  
que lo estará eternamente!) (*Ap.*)

CONDE. ¡Estoy de contento loco!  
Pues ¿qué esperamos, Leonor?

D.<sup>a</sup> JUANA. (¿Qué haré? ¡Ay, triste!) Ven, se-

CONDE. Ya te sigo. [ñor.

D.<sup>a</sup> JUANA. Espera un poco.

(¿Yo he de llevar donde muera  
con tanta crueldad a quien  
confieso que quiero bien? [ra.  
Mas ¿qué he de hacer? Ven, espe-

CONDE. ¿Qué temes, Leonor? No impidas  
contento tan deseado.

D.<sup>a</sup> JUANA. (Mi honor, mal asegurado,  
¿ha de costar tantas vidas?  
¿Soy tigre?) (*Aparte.*)

CONDE. En ti, semejantes  
dudas, parecen extrañas.  
¿Lloras?

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Tengo las entrañas  
empedradas de diamantes!

CONDE. (¿Si son causadas por celos (*Ap.*)  
estas dudas? Sí, esto ha sido,  
porque en ella he conocido  
que me tiene amor.)

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Ay, Cielos!

CONDE. ¿Qué esperas? ¡No me destruyas!  
¿Por qué el temor no desechas?  
Ya me causaron sospechas  
otra vez lágrimas tuyas,  
y tú has ido dilatando  
el decirme la ocasión.

D.<sup>a</sup> JUANA. (Rendida a la compasión,  
me voy ya determinando.  
Basta la sangre vertida  
de aquella honrada inocente.  
Probaré si cautamente  
puedo salvar esta vida,

y quede mi honor perdido,  
como yo también lo estoy,  
pues tan desdichada soy  
porque tan liviana he sido.)

CONDE. ¿De qué tratas? ¿Por qué mucho  
has dado ahora en recatarte?

D.<sup>a</sup> JUANA. Conde, escúchame a esta parte  
más segura.

CONDE. Ya te escucho.

D.<sup>a</sup> JUANA. Tú en la Corte, ¿no has tratado  
de casarte? (¡Ah, desventura!) (1)

CONDE. Y estuve de una hermosura,  
por la fama, enamorado.  
Un tío que tengo allá  
mi casamiento trató;  
pero sus padres dejó,  
y no saben dónde está.  
Es doña Juana de Vargas:  
de lo muy granado es;  
mas sucedieron después  
de este caso historias largas.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues, Conde, escucha: yo soy  
esa infelice mujer.

CONDE. ¿Es posible? ¿Puede ser?  
¡Pienso que soñando estoy!

D.<sup>a</sup> JUANA. Y como tu nombre oí,  
siendo por él conocido,  
mi corazón, afligido  
de verte y de verme así,  
viéndome a mí causadora  
de tu pena y tus enojos,  
dió lágrimas a los ojos,  
que ya son de sangre ahora.  
Pues, lastimada en tu vida,  
procuro, si es tal mi suerte,  
escaparte de la muerte  
que te estaba apercibida.  
El cómo he sido tan loca  
y en este peligro estás,  
más despacio lo sabrás  
de mi pena y de mi boca.  
Baste decirte que ha muerto  
ya don Diego a su mujer,  
y lo mismo quiere hacer  
de ti.

CONDE. ¡Jesús! Dime, ¿es cierto  
que una inocente ha pagado  
mis culpas?

D.<sup>a</sup> JUANA. No hay que matarte:

(1) En el texto, "¡Ay, desdichada!".

sólo ahora en escaparte  
pon solamente el cuidado.

CONDE. Pues ¿qué haré? Quiérome ir.

D.<sup>a</sup> JUANA. En eso no hay que pensar,  
que quien te ha dejado entrar,  
no te dejará salir.

Don Diego tiene tomados  
ya los pasos, y aunque abiertas  
de su casa las dos puertas,  
hay prevenidos soldados.

CONDE. Pues ¿qué haremos?

D.<sup>a</sup> JUANA. Esconderte  
en buena parte querría,  
hasta ver si con el día  
lo hiciese mejor la suerte.  
Ven conmigo, que por puntos  
corre dilación; ven presto.

CONDE. ¡En tus manos estoy puesto!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Los dos moriremos juntos!

(Vase el Conde y sale SABINA.)

SABINA. ¿Es Leonor?

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Sabina?

SABINA. ¿No  
salió el Conde? Ya a esperalle  
salió Banquete a la calle;  
por la otra parte salió.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Ya salió? ¡Pena terrible!  
¡Mataránle, no hay dudar!

SABINA. ¿Qué es aqueso de matar?

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Ve a llamarle, si es posible!

(Vase.)

SABINA. No lo fuera a salir antes;  
pero mis propias pisadas  
me dan las penas dobladas,  
¡ya las sombras son gigantes!

BANQUETE. ¡Perdido soy!

SABINA. Pasos siento.—  
¿Quién es?—¡Ay, triste! ¿Qué ha-

BANQUETE. ¿Con qué tiento volveré, [ré?  
di, Sabina, al aposento?

SABINA. ¡Ay, huye!

(Tópanse.)

BANQUETE. ¡Válgame Dios!

SABINA. ¡Jesús mil veces!

BANQUETE. ¿Qué hiciste,  
Sabina?

SABINA. Banquete, ¡ay, triste!,  
muerto nos hemos los dos.  
Tan sin acuerdo venía  
de miedo, que fué bastante

para arrojarme delante,  
pensando que atrás volvía.

BANQUETE. Tú has tenido más ventura  
para pasallo mejor,  
pues el encuentro mayor  
llevó la parte más dura.

SABINA. ¿Qué tienes?

BANQUETE. Dientes escupo  
hechos pedazos por ti,  
y no se dirá por mí  
que el beso a la miel me supo.  
Yo he sido, al fin, castigado  
cual por la Cava Rodrigo,  
que le dieron el castigo  
por donde hizo el pecado.

¿Que tan duras son las frentes?  
SABINA. ¿Y el daño tan grande ha sido?

BANQUETE. Debo de haber escupido  
cosa de trecientos dientes.

SABINA. ¿Cómo volviste?

BANQUETE. Esa historia  
aún más peligrosa es.  
Con los ojos en los pies  
dando vueltas a la noria,  
junto a los mismos umbrales,  
vi tres o cuatro embozados,  
que, en viéndome, alborotados,  
pronosticaron mis males.  
Levantaron los gatillos  
de otros tantos pistoletes,  
y a ser yo cuatro Banquetes  
me atreviera a resistillos;  
pero viéndome uno solo,  
sin pistolas y escopetas  
y, cual dicen los poetas,  
estando durmiendo Apolo,  
he hecho una retirada  
como el de Pescara bella,  
no tan limpia como aquélla,  
pero tan bien acertada.

SABINA. Grandes dudas se me ofrecen.  
¿Qué haremos?

BANQUETE. Tú lo has de ver;  
resuelve lo que has de hacer,  
que los cielos ya amanecen.

SABINA. Ven conmigo, esconderéte. (1)

BANQUETE. Acuerdos son extremados,  
sin dientes y con cuidados.  
¡Ay, infelice Banquete!

SABINA. Ven quedito.

(1) En el texto, "escondete".

BANQUETE. Y más te toca,  
para que no me conderie:  
darme algo con que llene  
los vacíos de la boca.

*(Vanse, y sale AURELIA, mal vestida y destocada, con una ropa de levantar.)*

AURELIA. ¿Por dónde el pesar me guía?  
¿Hola? ¿Hola? ¡Ay, desdichada!  
¿Si es mi desdicha soñada?  
Mas no puede ser, que es mía.  
¿Leonor?

*(Sale Doña JUANA.)*

D.<sup>a</sup> JUANA. (¿Que está viva? ¡Ay, Cielo!)  
Señora, ¿es pena, es dolor  
lo que sientes?

AURELIA. Sí, Leonor,  
que es muy grande el desconsuelo.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Tan descuidado el vestido,  
tan descompuesto el tocado!  
¿Cómo a mí no me has llamado?

AURELIA. ¿Cómo? ¿Tú no me has oído,  
tan cerca de mi aposento?  
Muy bien pudiera obligarte.

D.<sup>a</sup> JUANA. Estaría en otra parte,  
que algo indispuesta me siento.

AURELIA. ¿Oíste algunas pisadas  
esta noche por allí?

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Pisadas, señora? En ti  
habrán sido imaginadas.  
Compón cabello y volante  
y eso deja.

AURELIA. ¡Quitá allá,  
Leonor; así se estará,  
pues que lo más importante  
en mí descompuesto está!

D.<sup>a</sup> JUANA. No te aflijas, ¡por tu vida!

AURELIA. Quisiera verla perdida  
por dejar de penar ya.  
¿Qué es de Sabina?

D.<sup>a</sup> JUANA. Ya sale.

*(Sale SABINA.)*

SABINA. (¿Quién en esto me metió?  
Ahora perezco yo  
si un milagro no me vale.)

AURELIA. Oye: ¿esta noche has oído  
como pasos de ladrón?

SABINA. No, señora; sueños son  
que turbaron tu sentido.

AURELIA. Decidme: y aquella puerta  
que estar cerrada solía,  
¿cómo la veo con el día  
tan de par en par abierta?

D.<sup>a</sup> JUANA. Descuido fué.

AURELIA. Y a esas horas  
¿peligro no habrá corrido  
en mi honra?

SABINA. (Poco ha sido.)

AURELIA. ¿Qué os turbáis? Mas ¿sois traido-

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Señora! [ras?

AURELIA. ¿Que tal consienta!

SABINA. ¡Señora!

AURELIA. ¡Ay, Cielo! Callad;  
pasaré por su maldad  
por no publicar mi afrenta.  
Dejadme, andad, salios fuera,  
como yo de mí lo estoy.  
¡Ay, Cielos!

SABINA. (¡Temblando voy!)

D.<sup>a</sup> JUANA. (¡Voy muriendo!)

*(Vanse.)*

AURELIA. ¡Oh, quién muriera!

¿He soñado? ¿Estoy en mí?  
¿Fué sombra lo que toqué?  
¿Por qué desdicha pasé?  
¿Por qué borrasca corrí?  
¿No fué un hombre a quien en vano  
resistí distancia poca,  
quien me tapaba la boca  
con su rigurosa mano?  
¿No hicieron ajenos labios  
en mí las penas mortales,  
y después no vi señales  
que declaran mis agravios?  
Pues afrenta tan impía  
¿qué remedio ha de tener?  
Mas ¿qué afrenta puede haber  
en mí sin la culpa mía?  
Mas es tan corta mi dicha,  
que en cosas tan de importancia  
no me excusa la ignorancia  
y me culpa la desdicha.  
Pues ¿qué espero a castigarme,  
si es mi delito tan cierto?  
Sin duda me hubiera muerto  
a tener con qué matarme,  
porque la vida me enoja.  
Mas ¿qué acero podrá tanto  
en la ocasión de mi llanto  
como puede la congoja?



(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. ¿Ahora lágrimas, hija?  
 AURELIA. ¡Ay, infelice mujer!  
 D. JUAN. Ya de hoy no puede haber  
 cosa alguna que os aflija,  
 pues don Diego está a la puerta.  
 AURELIA. ¡A qué tiempo! ¡Ay, desdichada!  
 D. JUAN. ¿Qué es aquesto? ¿Tan turbada  
 me respondéis?

AURELIA. ¡Estoy muerta!

D. JUAN. Lloráis, y no de alegría.  
 ¿Por qué me tenéis dudoso?  
 ¿Qué tenéis?

AURELIA. Ver en mi esposo  
 mi afrenta sin culpa mía.

D. JUAN. Hija, ¿qué tenéis?

AURELIA. Señor...

D. JUAN. ¿No me respondéis?

AURELIA. No puedo.

(Vase.)

D. JUAN. Lleno de espanto y de miedo  
 tocan al arma en mi honor.  
 No vi tan notable extremo.  
 ¡Con cuántas causas me aflijo!  
 No sé lo que haga. ¡Ay, hijo,  
 mucho tu deshonra temo!

(Sale DON DIEGO.)

D. DIEGO. Señor, cuando vengo a darte  
 el alma entre las razones,  
 ¿en los más hondos rincones  
 de la casa he de buscarte?

D. JUAN. ¡Hijo, abrázame!

D. DIEGO. Inhumanas  
 ternezas das por despojos  
 con el llanto de tus ojos,  
 pues ponen luto en tus canas.  
 Por mi honor debe de ser,  
 que sin duda que murió.  
 Bien lo recelaba yo  
 de mi desdicha, ¡ah, mujer!  
 Pero pues tan solo estás,  
 oye, y, con entrañas pías,  
 si sé las desdichas mías,  
 de mis menguas hoy verás.  
 Después de tenerme en Flandes  
 pendiente el alma de un hilo (1)  
 mis conocidos agravios  
 en tus papeles escritos,

y después que puse el pecho  
 desesperado al peligro  
 del acero penetrante  
 y del plomo arrojadizo,  
 aumenté mi sentimiento,  
 porque el Cielo añade y quiso,  
 con tanta opinión ganada,  
 mancilla a mi honor perdido:  
 y así, tomando ocasión  
 conveniente a mi designio,  
 pude partir, deseando  
 que fueran por el camino  
 lasostas mis pensamientos,  
 que poco menos han sido.  
 Llegué a Milán, donde estoy  
 ha tres días escondido,  
 y en ellos, secretamente,  
 comunicase conmigo  
 esta a quien llaman Leonor;  
 cierto caso peregrino  
 te diré después, que ahora  
 es muy largo para dicho.  
 En fin, la noche del día  
 de ayer pasado, me dijo  
 —¡con qué congoja lo siento!  
 ¡con qué vergüenza lo digo!—  
 que aquí esperase ocasión  
 para ver agravios míos,  
 y en mi enemiga mujer  
 y el Conde, mi falso amigo,  
 los vengase. Preguntéle  
 si fué tan vil desatino  
 otra vez ejecutado;  
 que nunca lo fué, me dijo;  
 y entonces, más reportado,  
 que es más valor imagino,  
 para excusar las ofensas,  
 anticipar los castigos,  
 entro a matar a mi esposa,  
 dejando ya prevenido  
 cómo partir mis venganzas  
 entre mis dos enemigos;  
 y empleando mis dos manos  
 en tan honrado ejercicio,  
 en ésta una luz conservo  
 y en ésta una daga animo.  
 Así llego blandamente  
 a mi tálamo ofendido,  
 y veo, cuando el cuidado  
 para el efeto apercibo,  
 a mi esposa, a mi enemiga,  
 oye el cómo... ¡Ay, padre mío!

(1) En el original, "hielo".

Si fuera visible el alma,  
 como yo la hubieras visto.  
 Pidiendo silencio al sueño,  
 rindiendo al descanso el brio,  
 dando al descuido el cuidado  
 y la memoria al olvido,  
 hallé aquel mundo pequeño  
 con el calor excesivo  
 por sus cuatro partes todo  
 tan bello como diviso,  
 en las unas dilatado  
 y en las otras encogido.  
 Entre delgados cambrayes  
 parece el marfil bruñado,  
 leche clara en plata pura,  
 nieve intacta en limpio armiño;  
 como en las aguas las flores  
 hacen celajes y visos,  
 tan claro el rostro descubre  
 en su arrebol encendido,  
 que, aunque por tener cerrados  
 sus dos luceros divinos,  
 parece día sin sol,  
 es más bella que el sol mismo;  
 los dilatados cabellos,  
 de hombro a hombro esparcidos,  
 sus mismos rayos parecen  
 que, arrogantes y atrevidos,  
 derriten la blanca nieve,  
 cuyo cristal, derretido,  
 a trechos deja mojados  
 en las mejillas los rizos.  
 La primer madre no estuvo  
 alegrando el Paraíso  
 con cuidado tan honesto  
 y descuido tan lascivo.  
 Suspéndeme aquel encanto,  
 detiéneme aquel prodigio;  
 mas luego, con más enojo  
 me atrevo, y me encolerizo  
 de pensar que una mujer  
 a quien tan hermosa hizo  
 el Cielo, en cosa tan fea  
 emplease el apetito.  
 Tres veces levanto el brazo  
 y otras tantas me retiro,  
 temblando en la mano airada  
 el acero vengativo,  
 diciendo entre mí: ¿Qué hago?  
 Algún impulso divino  
 vuelve por ella en mi pecho.  
 Si es verdad lo que me han dicho,

si es para ciertos empleos,  
 si emplea gustos lascivos,  
 ¿cómo amorosos cuidados  
 consienten ojos dormidos,  
 si es esta la vez primera  
 que se atreve? ¿Qué juicio  
 descuidada la dispuso,  
 descompuesta la previno?  
 ¿Y si es testimonio? ¡Ay, Cielo!  
 ¿Qué sería habiendo sido  
 si ofendido en un engaño  
 una inocente castigo  
 a quien quise como el alma  
 y a quien como el Cielo miro?  
 Entre ciegas confusiones  
 a probar me determino  
 si me ofende; manso llego;  
 la luz mato, el tiempo aplico  
 y entre sus brazos me arrojo;  
 despertéla, y, dando un grito,  
 retiróse, y yo, mudando  
 la voz, humilde la digo:  
 “Vuestro Conde soy, señora”,  
 y todo en un punto mismo,  
 cayóse en mi cuello el brazo  
 ¡ojalá fuera cuchillo!;  
 junté mi boca a la suya,  
 toquéle los labios fríos  
 y el corazón, que a la puerta  
 del pecho hermoso y esquivo,  
 descompasado le daba  
 aldadadas y latidos.  
 Así estuvimos gran rato,  
 y aun pienso que sin sentido  
 ella, y yo mostrélo bien,  
 pues hice un gran desvarío;  
 mas viendo que con la voz  
 ya más fuerte gritar quiso,  
 puse mi mano en su boca,  
 y, entre mortales gemidos,  
 la dejé y muriendo fuíme  
 más dudoso y más perdido,  
 porque advirtiéndome que el Conde,  
 como esperaba, no vino  
 a pagarme la venganza  
 y a confirmarme el delito,  
 considero si aquel brazo  
 sobre mi cuello caído  
 fué favor o fué desmayo  
 o si fué algún parasismo;  
 si fué la causa el hablalle  
 el haberme conocido,

y con la misma también  
fueron los últimos gritos  
por disimular con ellos  
las ofensas que me hizo.  
En fin, entre tantas dudas  
a venir me determino,  
donde me des tus consejos;  
pero ya en tu llanto he visto  
que para apurar mi agravio  
injustamente los pido;  
para vengalle los quiero;  
alumbra mis desatinos,  
pues en tus manos estoy,  
pues a tu amor los remito.  
Dame el ser segunda vez,  
que es tan tuyo como mío,  
pues te ha tocado el ser padre  
de tan desdichado hijo.

D. JUAN. Hijo, con el alma toco  
tu desdicha; y, como es justo,  
para emplealla en tu gusto  
pienso que la vida es poco.  
Mas si a Flandes te escribí  
fué, hijo, porque en tu ausencia  
con piadosa providencia  
estas desventuras vi.  
Vi las visitas sobradas  
que el Conde hacía a tu esposa;  
vila a ella tan hermosa  
como ricas sus criadas  
en espacio no pequeño,  
con el gusto tan perdido;  
vi una mujer sin marido  
y vi una casa sin dueño;  
y así, al verse los concetos  
de estas memorias despojos,  
dan lágrimas a mis ojos,  
de esta edad propios efetos.  
Mas no quiera el Cielo santo,  
si mi crédito aprovecha,  
que acredite mi sospecha  
la terneza de mi llanto.  
Pues ¡por vida de los dos!  
que no sé más, y si fuera  
que otras certezas tuviera,  
te las dijera, ¡por Dios!  
pues sé que sospechas tales  
dañan más, y siempre han sido  
en un honrado marido  
el mayor mal de los males;  
y así, en tan triste ocasión,  
entre los deudos mayores,

como ciegos los temores,  
mudos los consejos son.  
Fuera de que ya los viejos,  
temerosos de la muerte,  
para cosas de esta suerte  
siempre erramos los consejos,  
cuanto más que para ver  
tu honor en qué punto está,  
ninguno te los dará  
mejores que tu mujer.  
Disimulando apercibe,  
cuando la tengas delante,  
con qué amor, con qué semblante  
te regala y te recibe;  
que pues su misma conciencia  
es mil testigos, y aun más,  
en los ojos le verás  
la malicia o la inocencia;  
con poca cautela tuya,  
si lo miras cuerdamente,  
verás escrito en su frente  
los agravios de la tuya.

D. DIEGO. Ya no tengo que dudar;  
mucho en poco me dijiste;  
buenos consejos me diste,  
y así los quiero tomar.  
Escóndete ahí. Estoy loco.  
Aurelia viene. ¡Ah, traidora!  
Y si disímulo ahora  
podrás ver que no haré poco.

(*Escóndese DON JUAN, y sale AURELIA.*)

AURELIA. (Ahora, el ser desdichada,  
he de pagar con la vida.)  
D. DIEGO. La postrera bienvenida  
es la vuestra, esposa amada.  
¿Cómo ya de alegre loca  
no estáis colgada en mi cuello,  
sobre la espalda el cabello,  
sobre los ojos la toca?  
¿Cómo así me recibís?  
¿Qué tenéis? ¿De qué lloráis?  
¿Cómo apenas me miráis  
cuando los ojos abríis?  
Y aunque os miro, ¿cómo no  
os doy mis brazos?

AURELIA. Tened;  
oíd, mirad y sabed  
que no los merezco yo.  
Don Diego, que así te llamo,  
pues no me puedo atrever  
a llamarte esposo mío,

tanta mi desdicha fué.  
Yo, señor, he procedido  
como debe una mujer  
que de su marido ausente  
es honrada y quiere bien.  
Desde el día que sin alma  
pude dejarte de ver,  
para sólo ver la mía  
saqué de mi casa el pie.  
En mi compuesto semblante,  
en el cuerdo componer  
de mis honestos vestidos,  
mis sentimientos mostré.  
Ni un momento, ni un minuto  
dejé sin ti de tener  
en mi memoria la tuya,  
siempre firme y siempre fiel.  
Con el amor sólo tuyo  
en un punto y en un ser,  
siempre tus daños temí,  
siempre los míos lloré.  
Las piedras de estas paredes,  
si hablaran, dijeran bien,  
que tal vez, enternecidas,  
casi quisieron caer.  
¡Qué de veces con la pena  
y con el llanto quedé  
tan sin mí, que por mí misma  
les preguntaba después  
a los aires, a los Cielos,  
(que todas las causas ven),  
suspirando ¡qué de veces  
por mi esposo pregunté,  
en todas las ocasiones  
que les suele suceder  
a una mujer sin marido,  
siendo paloma sin hiel!  
Con la mayor fortaleza  
que en un pecho pudo haber,  
conservé con el recato  
en la cordura la fe,  
y ésta en mí jamás rompida,  
como católica, fué  
con la boca confesada  
y con el alma también.  
Mas todo quedó rendido;  
que de un engaño al poder  
ni le resisten las manos  
ni se le escapan los pies;  
pues esta noche pasada,  
para mí la más cruel  
que dió tinieblas al mundo

por quien tantos males ve,  
en mi lecho, ya no tuyo,  
descuidada me acosté,  
y, cansada de llorar  
que tú faltases en él,  
me dormí. ¡Pluguiera a Dios  
que aquel sueño, como fué  
desdichado, fuera eterno,  
como mi pena lo es!  
Pues me hallé...—para decillo  
la vergüenza he de vencer—  
me hallé en los brazos de un hombre  
y desmayada quedé  
en ellos. ¿Por qué desdichas  
pudiera pasar después?  
Pienso que al volver en mí  
quise gritar, y grité;  
mas con su mano en mi boca  
perdí el sentido otra vez.  
Cuando le volví a cobrar,  
del día al amanecer,  
penas de infierno sentí,  
gotas de sangre lloré;  
y al saber que tú venías  
a mi aposento torné,  
y hallé esta daga en el suelo,  
que allí debió de caer  
del Cielo; y cayendo yo  
en la cuenta, la tomé  
para ponella en tus manos,  
y en haciéndote saber  
mi desdicha, suplicarte,  
como víctima a tus pies,  
que tú castigues en mí,  
más piadoso que cruel,  
la culpa de mi fortuna,  
que mía no pudo ser;  
mas debe serlo la pena,  
porque no es justo que estés  
en la mesa y en la cama  
con harpías que te den  
en tus regalos hastío;  
y cuando el mundo te ve  
en tantos reinos famoso  
y tan honrado de un Rey,  
no es justo, señor, tampoco  
que entre tus glorias estén  
manchando tu limpio acero  
flaquezas de una mujer;  
que aunque yo no soy culpada,  
Dios lo sabe y yo lo sé,  
un brazo suelen cortar



porque perdido le ven,  
y su dueño no ha encendido  
el fuego que tiene en él;  
y al árbol que se marchita  
por la inclemencia del mes,  
hasta la raíz le arrancan,  
y no tiene culpa él.

De estos ejemplos te obliga;  
toma, toma, matamé;  
saca un tierno corazón  
infelice, si no infiel.

Castiga en mí la inocencia,  
pues mi ofensor, como ves,  
quizá porque fué tu amigo,  
te ha prevenido con qué.

D. DIEGO. Levanta (¡tierno he quedado!),  
y mira con atención  
si con esa guarnición  
dice la que traigo al lado.

Retírate y, escondida  
(si es que puedo con mi honor),  
tú misma verás mejor  
lo que hago por tu vida.

AURELIA. Conformes son. (¿Qué mudanza  
veo en mis cosas? ¡Ay, Cielo!  
Confuso tengo el consuelo  
y dudosa la esperanza!)

(Escóndese.)

D. DIEGO. Con menos pena he quedado  
y con más seguridad.  
¡Ay, Dios! ¿Si dice verdad?  
¡Ay, Cielos! ¿Si me ha engañado?  
¡Oh, lágrimas, en fortuna  
de mujer! ¡Hechizo extraño!  
Pero si en ésta hay engaño  
no hay que fiar en ninguna.

(Sale DON JUAN, SABINA y DOÑA JUANA.)

D. JUAN. Don Diego, ya no hay quien pueda  
poner dolo en tu mujer;  
mas de éstas lo has de saber  
si alguna cosa te queda;  
éstas te fueron traidoras.

D.<sup>a</sup> JUANA. (Estas son desdichas mías.)

SABINA. (Aquí fenecen mis días.)

D. DIEGO. ¿De qué temes? ¿De qué lloras?  
La verdad he de sacaros  
del pecho con esta daga;  
si la decís, viviréis,  
de esto os doy firme palabra.  
¿Qué sabéis de mi mujer?

SABINA. Que es virtuosa, que es santa,  
que es ejemplo del valor.

D. DIEGO. ¿Qué más sabes?

SABINA. No sé nada.

D. DIEGO. Acaba.

SABINA. Tente, señor.

Sé que las dos, concertadas,  
intentamos esta noche,  
sin su culpa, su desgracia.

D. DIEGO. ¡Válgame Dios!

D. JUAN. ¡Jesús mío!

AURELIA. (¡Oh, traidoras! ¡Oh, villanas!)

D. DIEGO. Y tú ¿qué dices?

D.<sup>a</sup> JUANA. Señor,  
que la mujer más honrada  
que tiene el mundo es la tuya;  
y que yo, por ser tan mala,  
procuraba agravios suyos  
por lograr mis esperanzas;  
y que conociendo al Conde,  
con quien ya casi casada  
estuve, y a quien dejé  
por tu gusto y por tu causa,  
quise excusalle la muerte  
y no le dejé que entrara  
donde tú, con tu mujer,  
para matarle esperabas.

(Sale AURELIA.)

AURELIA. Esposo, si fuiste tú  
el que yo me hallé en mi cama,  
los demás recelos tuyos  
ni me culpan ni me espantan.

D. DIEGO. Y ¿dónde están los traidores  
que entraron ahora? Salgan,  
que yo sé que no han salido;  
testigo, mi vigilancia.  
¿Hola, criados?

(Salen los CRIADOS.)

CRIADO I.<sup>o</sup> ¿Señor?

D. DIEGO. Sacad todos las espadas;  
la casa reconoced.  
¡Vive Dios que he de abrasalla  
por que salga quien la ofende  
y salir con la venganza!  
Buscad esos aposentos.

(Sale BANQUETE.)

BANQUETE. Señor, señor, si me matas,  
poco harás, que ya estoy muerto.

D. DIEGO. Asilde bien, no se os vaya.

(Sale el CONDE.)

CONDE. ¡ Señor !

D. JUAN. ¡ Válgame los Cielos !

De esta suerte están las casas  
que no tienen dueño, hijo.

CONDE. Don Diego, si entré en tu casa,  
no ha sido a fin de ofenderte,  
porque entré por doña Juana.

Pero acuérdate, don Diego,  
que en nuestra amistad pasada  
dos veces te di la vida  
y que mi hacienda gastabas  
como pudieras la tuya ;  
después, si ocasiones tantas  
me hicieron traidor amante,  
perdona de amor las faltas.

D. DIEGO. No son dignas de perdón  
ofensas tan declaradas.

D. JUAN. Tente, hijo, que sí son :  
que para hidalgas entrañas,  
a ofensas de pensamientos  
estas sumisiones bastan.

D. DIEGO. Con tal que se case el Conde  
con doña Juana de Vargas,  
pues sabrá disculpas tuyas,  
y yo le doy mi palabra  
que aunque fué por mí atrevida

no dejó de ser honrada,  
o espere de mí la muerte  
si es que por esto no pasa.  
Cuando no porque la debo  
yo la vida y tú lo mandas,  
lo hiciera por verme ahora  
el cuchillo a la garganta.  
Su esposo soy.

CONDE.

D.ª JUANA. Yo soy tuya.

AURELIA. ¿ Quién vió cosas tan extrañas ?

BANQUETE. Señor, perdóname a mí.

SABINA. Si conmigo no se casa,  
no lo hagas.

BANQUETE. ¿ Eso dudas ?  
He aquí mi mano.

SABINA. Eso basta.

AURELIA. Ahora dame los brazos.

D. DIEGO. Toma los brazos y el alma,  
y acabe aquí la comedia,  
pues estos ejemplos bastan  
para que sirva a mi esposa,  
para que asista en mi casa,  
porque me diga siempre mi recelo  
*donde no está su dueño, está su duelo.*

FIN

# COMEDIA FAMOSA

## DE

# ELLO DIRÁ

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

OTÓN, <i>emperador.</i>	FILENO.	CELÍN.	SALICIO, <i>labrador.</i>
TEODORO.	OTAVIA.	ALBERTO.	CRIADOS.
FEDERICO.	MARCELA.	SELÍN, <i>turco.</i>	SOLDADOS.
AURELIO.	AUDALLA, <i>turco.</i>	LAURA.	TURCOS.]
FABIO.	ALÍ.	ELPINO.	
ROSELO.	FÁTIMA.	CLARIDANO.	

### ACTO PRIMERO

(*Salgan cajas, banderas, SOLDADOS, TEODORO, general, FABIO, soldado y criado suyo.*)

TEODORO. Haced alto en esta parte.

FABIO. Pára la caja, atambor.

TEODORO. Caja y trompeta se aparte, por que no se espante Amor de la confusión de Marte.

FABIO. ¡Oh, cuánto contento encierra el pisar la propia tierra!

TEODORO. No hay pena que no reporte.

FABIO. Bien pareces en la Corte.

TEODORO. Bien pareciera en la guerra.

FABIO. ¿Conoces este balcón?

TEODORO. Que él me conociera a mí quisiera en esta ocasión.

FABIO. El dueño dirás, que aquí, de hierro sus ojos son; si no es que al mármol apeles, donde ver a Otavia sueles, y claveles cubren ya. Mas ya sale.

TEODORO. Pues habrá más mármol y más claveles; que, con más alta belleza y condición más avara, ha puesto naturaleza los claveles en su cara y el mármol en su dureza.

FABIO. No creo que puede haber mujer de mármol, que hacer bien puede el arte claveles, pues ya se han vuelto pinces los dedos de la mujer;

que, como en sus caras ves, aunque la verdad se queje por hacer lo que no es, quieren que el Cielo bosqueje lo que ellas pintan después.

TEODORO. Mujer como mármol dura ¿no puede haber?

FABIO. Retrutada en fuente, sí.

TEODORO. ¡Qué locura!

FABIO. No es locura, que, aun pintada, no está del nombre segura. Dígalo el mozo de Atenas, que sus amorosas penas a una estatua persuadió.

TEODORO. De las buenas hablo yo.

FABIO. No son mujeres las buenas.

TEODORO. Pues ¿qué son?

FABIO. Angeles son.

TEODORO. Bien dices.

FABIO. Es la hermosura blandura, y es la razón, de que no dura en ser dura, su hermosura y condición.

TEODORO. Yo he visto muchas bellezas como un mármol.

FABIO. El decoró tal vez causa sus finezas; mas ya los emplastos de oro resuelven esas durezas.

TEODORO. ¡Ay, Fabio, adoro en Otavia! Dijísteme que salía, y mentiste.

FABIO. No me agravia un General; mas sería

de engañar prevención sabia,  
que las más mienten saliendo.

TEODORO. ¿Cómo?

FABIO. ¿No mienten diciendo:  
“A esto voy”, y es otra cosa?

TEODORO. Ya sale el aurora hermosa,  
que el campo se está riendo.

FABIO. Ya he visto sus dos macetas  
de claveles en la cara.  
¡Oh, amantes, todos poetas!

TEODORO. Esos tafetanes pára  
que por el aire inquietas,  
alférez, y rinde aquí  
esa bandera por salva  
de un ángel que reina en mí.

(OTAVIA, en ato.)

OTAVIA. Bien venga el sol.

TEODORO. Salió el alba,  
y en ella dos soles vi.

OTAVIA. ¡Bravo soldado!

TEODORO. Si fuera  
Alejandro, aquí rindiera  
el mundo que él conquistó.

OTAVIA. ¿Cómo venís?

TEODORO. Como yo,  
si alguien tan firme me espera.

OTAVIA. Sin razón os acobarda  
ese temor de quien guarda  
más fe que podéis pedirme,  
pues no os querrá menos firme  
la que tan firme os aguarda.  
¡Qué bizarro Capitán!

TEODORO. Señora, ese nombre dan  
a los que tan bien se emplean,  
que, rostro a rostro, pelean;  
pero no a los que se van.  
Si yo la espalda volví,  
¿qué mucho que esté cobarde  
más que bizarro?

OTAVIA. Es así,  
porque el ausencia acobarde;  
pero no a vos, sino a mí.  
Y si la espalda volvistes,  
Teodoro, no fué conmigo,  
porque al enemigo vistes;  
que no he visto yo enemigo  
que llore de ver que huístes.  
¡Muy amiga vuestra soy!

TEODORO. ¿Qué me traéis de esta guerra?  
Estos despojos, que os doy,  
y cuanto cifra y encierra

la obligación en que estoy.  
Una cautiva os presento,  
con tres esclavos, que son  
voluntad, entendimiento  
y memoria, obligación  
de mi honesto pensamiento.

OTAVIA. ¿Es el alma esa cautiva?

TEODORO. ¿Eso dudáis?

OTAVIA. Luego ¿allá  
la llevastes?

TEODORO. Que aperciba  
disculpa, tarde será;  
de todas mi error me priva;  
digo que aquí la dejé.

OTAVIA. Pues ¿qué me traéis?

TEODORO. No sé:  
el cuerpo en que la tenía.

¡Ved qué vitoria la mía,  
sin traer cosa que os dé!

FABIO. El Emperador, señor.

TEODORO. Otavia, adiós.

OTAVIA. Él os guarde.

FABIO. ¿Es mármol con tanto amor?

TEODORO. Soy el primero cobarde  
después de ser vencedor.

(Sale acompañamiento, AURELIO y el EMPERADOR  
OTÓN.)

OTÓN. Bien creerás el gran deseo  
con que te aguardo, Teodoro.

TEODORO. En los pies, César, que adoro,  
todas mis vitorias veo.  
Llanas quedan las ciudades  
y sus tiranos sin brío.

OTÓN. Al nombre de amigo mío  
el de vencedor añades.

TEODORO. Vuelvo a besarte los pies.

OTÓN. Para levantarte Conde  
de Rusia.

TEODORO. Corresponde  
a tu grandeza; pues  
tan justo que se levante  
de vuestros pies, gran señor,  
el humilde con valor  
y el más pequeño gigante.  
No tengo qué os ofrecer  
más que el dejar bien domados  
los soberbios rebelados  
a vuestro augusto poder;  
y esto no es obligación,  
aunque la queráis premiar,  
pues para hacellos temblar



bastaba el nombre de Otón,  
al cual se ha de atribuir,  
después del Cielo, la gloria.

OTÓN. Tu humildad y tu vitoria  
hoy vienen a competir  
con mi pecho generoso.  
Pues no me podrán vencer,  
que se correrá el poder  
de tu valor envidioso;  
y así, te doy la Alcaldía  
de Buda y Alba Real.

TEODORO. No osaré, por merced tal,  
alargar la humildad mía;  
que si al paso me ensalzáis  
que me humillo, no tenéis  
premios, señor, que me deis  
si el agradecer premiáis.

OTÓN. Antes fué justa igualdad  
dar dos premios a tu gloria:  
el uno, por tu vitoria,  
y el otro, por tu humildad.  
Cuando más de espacio estés,  
me contarás el suceso.

TEODORO. Vencedor vengo, aunque preso  
de tu valor a esos pies.

OTÓN. Descansa.

TEODORO. El Cielo te guarde.

OTÓN. Conde, muy bien me parces.

TEODORO. Tu misma hechura ennobleces.

FABIO. (¿Verás a Otavia?)

TEODORO. Ya es tarde.

FABIO. ¿Qué me darás de barato  
del Condado de Rusia?

TEODORO. Mil escudos.

FABIO. Este día  
doy librea y hago plato.)

(Váyase el alarde; queden OTÓN y AURELIO.)

OTÓN.

¿Qué te parece del valor del Conde?

AURELIO.

Que fué dichoso.

OTÓN.

¿En el valor hay dicha?

AURELIO.

Pues ¿qué mayor que hallar el que le tiene  
Príncipe que conozca lo que vale,  
para que tenga el premio que merece?  
Porque toda la dicha de quien sirve  
está en que tenga entendimiento el dueño.

OTÓN.

¿No más de entendimiento?

AURELIO.

Y, juntamente,  
condición generosa.

OTÓN.

El que no premia  
los servicios, Aurelio, por su mano,  
más parece que Príncipe, tirano.  
Tres virtudes le dan suprema gloria  
a un Príncipe.

AURELIO.

¿Que son?

OTÓN.

Las dos, contrarias,  
que a castigar y perdonar se oponen;  
mas son en Dios iguales; la tercera  
es premiar los servicios, que no es trato  
del más bárbaro pecho el ser ingrato.

AURELIO.

Blasón fué de los Césares antiguos  
castigar los rebeldes y dar premio  
a los humildes que ya están suietos.  
Príncipes generosos y discretos  
hacen vasallos firmes y leales.  
y tú, claro señor, los tienes tales.  
que ofrecen reinos a tus pies.

OTÓN.

Tú eres  
discreto en alabarme lo que estimo.

AURELIO.

Quien murmura a Teodoro, envidia tiene  
cuando gallardo y vitorioso viene.

(Sale FILENO, labrador.)

FILENO. Si a la presencia de un Rev  
y Emperador soberano  
puede llegar un villano,  
a tus pies estoy.

OTÓN.

No hay lev,  
si no le ponen cautela  
en derecho natural,  
que impida entrar el sayal  
por antepuertas de tela.  
¿Qué quieres?

FILENO.

¿Tienes memoria  
de Laurencio, un labrador  
vecino de Monteflor?

OTÓN. Y de toda aquella historia,  
que los dos solos sabemos.

FILENO. Pues ya, generoso Otón,  
juntó de la condición  
humana los dos extremos.

OTÓN. ¿Cómo?

FILENO. El nacer, al morir.

OTÓN. Notable pesar me has dado.

FILENO. Si yo lo hubiera pensado,  
no lo viniera a decir.  
Pidióme tinta y papel  
antes de expirar un hora;  
dísele, y díjome: "Agora  
me deja solo con él."  
Como vi que en escribir  
tardaba, entré, pregunté  
qué hacía, calló; llegué,  
y, acabado de morir,  
la carta, que había cerrado,  
bien apretada tenía;  
toméla, y vi que decía  
en un renglón apartado:  
"Darás ésta a Otón, Fileno,  
y llévale, te suplico,  
a Marcela y Federico,  
mis hijos." Yo, entonces, lleno  
de un nuevo temor, hablé  
a los dos, que obedecieron  
su intento, y juntos vinieron,  
aunque no muy fácil fué.

OTÓN. Y ¿están en Alba Real?

FILENO. Sí, señor, y aun a la puerta  
de tu casa.

OTÓN. Mal concierta  
tanto bien con tanto mal.  
Di que entren mientras que leo.

FILENO. Voy.

AURELIO. (1) (Algún notable caso  
encubre, pues que tan paso  
le lee, y guardarse veo  
el Emperador de mí  
carta y villanos secretos;  
pero los que son discretos  
no se desvelan así.  
La grandeza del señor  
no está en que mil reinos junte:  
que ninguno le pregunte

es la grandeza mayor;  
que no hay dicha en el poder  
como no estar obligado  
a ser jamás preguntado  
ni tener que responder.)

(Salen MARCELA y FEDERICO, villanos, y FILENO.)

FILENO. Entrad, y sus pies besad.

FEDERICO. ¡Tiemblo, Fileno, por Dios!—  
Dad vuestros pies a los dos,  
cabremos a la mitad.  
Tome el izquierdo mi hermana;  
yo, por varón, el derecho.

OTÓN. (Bajar a los pies el pecho,  
y de vuestra humilde y llana  
rustiqueza levantados,  
a mis brazos subiréis.)  
¿Quién sois?

MARCELA. ¿Ya no lo sabéis  
por más de cien mil recados?  
Hijos de Laurencio, a quien  
visitastes algún día.

OTÓN. Ah... sí; ya no os conocía.

FEDERICO. Como por acá se ven  
tantas figuras de tela,  
desconocéis el picote.  
Pues oye: no se alborote  
del cuidado de Marcela;  
que de mí, no digo nada,  
que no falta un labrador  
con quien, a querer, señor,  
ya la tuviera casada.  
¡Pardiez, que, de voto mío,  
más me quisiera mi aldea  
que esta máquina, aunque sea  
defensa al calor y al frío!  
Mucho me enfada, ¡por Dios!,  
el ver tantos corredores,  
puertas, porteros, señores,  
antes de llegar a vos.  
Tanta guarda de soizos  
vuesa persona acompaña,  
que vos parecéis castaña  
y ellos parecen erizos.  
Si no es abriendo por ellos,  
no hay quien os pueda sacar.

MARCELA. Éste, aunque no sabe hablar,  
bien supiera hablar con ellos;  
que os juro que se subía  
a la tribuna el disanto,  
y que los libros del canto  
como el cura los sabía.

(1) En el original los versos desde "Voy" los dice OTÓN. Quizá diría el original "Lee OTÓN" y por error se suprimió el nombre de AURELIO, que es quien permanece en escena, ido ya FILENO, con el EMPERADOR.

No está hecho a la grandeza  
que usáis, señor, por acá;  
mas creed que mudará  
su ruda naturaleza.  
Ponelde en cosas de guerra,  
que los osos, que los lobos,  
no se alaban de los robos  
que han hecho por nuesa tierra;  
porque, a la fe, que solía  
pegarlos de tal manera,  
que, nuesa puerta, espetera  
de cabezas parecía.

OTÓN. Así parece en el talle  
Federico, y así, quiero  
hoy hacelle caballero  
y con mi persona honralle.  
Al Conde este cargo doy,  
y es justo, porque tenía  
Laurencio mucha hidalguía,  
y, muerto, obligado estoy  
a sus hijos, que no es bien  
que se queden labradores.

FEDERICO. Para allá somos mejores.

OTÓN. Para acá lo sois también.—  
Llamad a Otavia, y tendrá  
maestra en ella Marcela.

FEDERICO. (Hoy nos ponen a la escuela.  
;El diablo nos trujo acá!

MARCELA. Calla, que bien se te alcanza  
lo que podríamos ser.

FEDERICO. Este volver a nacer  
me marchita la esperanza.  
Si me hace el Rey cortesano  
y me da un oficio honroso,  
mañana algún envidioso  
me dirá que soy villano.  
Como si el mejor nacer  
no fuese, Marcela, aquí,  
de sí mismo.

MARCELA. ;Cómo así?

FEDERICO. Porque no hay que agradecer  
al que grande se nació,  
sino al que de humilde padre,  
en su valor, como en madre  
a sí mismo se engendró.  
;Qué ingenio hallaste, qué gala,  
en que un hombre de linaje  
se deje vestir de un paje  
y servir de un maestresala?  
Pon los ojos en su abuelo,  
y verás que lo ganó  
por valor que Dios le dió.

MARCELA. La nobleza es dón del Cielo;  
no la desprecies, que, en fin,  
en las cosas de valor,  
muestra el señor ser señor  
y el ruin hace como ruin.)

(Sale OTAVIA.)

OTAVIA. ;Qué me manda Vuestra Alteza?  
OTÓN. Seas bien venida, Otavia.

Hoy, como maestra tan sabia,  
mudarás naturaleza.

Quiero, Otavia, que Marcela,  
hija de un amigo mío,  
ya muerto, aprenda en tu brío  
como en la mejor escuela  
cuanto conviene a una dama  
que ha de nacer desde hoy  
en mi casa.

OTAVIA. Cierta estoy  
de lo que la estima y ama  
Vuestra Alteza, pues intenta  
que nazca de nuevo aquí.

OTÓN. Corre obligación en mí,  
que mi honor pone a su cuenta.  
Sea el traje lo primero;  
las costumbres, lo demás.

MARCELA. Triste parece que estás;  
pues asegurarte quiero  
que tendrás poco que hacer  
aunque te parezca ruda.

OTAVIA. No, a lo menos en ser muda,  
que no lo debes de ser.  
;Tu nombre?

MARCELA. El medio se lleva  
la mar, y la otra mitad,  
quien ama, pues es verdad  
que cела; con que se prueba  
que es Marcela el nombre mío.

FEDERICO. No tengáis, hermosa dama,  
a disgusto el ver que os llama  
su merced del Rey, mi tío,  
para enseñar a Marcela,  
que, aunque en un monte criada,  
es imagen desbastada;  
que, con la primera azuela,  
dejó la naturaleza,  
para que vuestro primor,  
con más perfeta labor,  
le diese vida y belleza.  
Enseñalda, y no os canséis,  
que no la hallaréis ingrata.

OTAVIA. ;Sois su hermano?

FEDERICO. ¿No retrata  
mi estilo el que en ella veis?  
OTAVIA. Si ya vienen enseñados,  
¿para qué busca maestros  
Vuestra Alteza?  
FEDERICO. Estamos diestros  
en lo que es montes y prados;  
que en los palacios reales,  
ya veis que no puede ser,  
y así, es forzoso tener  
maestros al tiempo iguales.  
(Quiere su merced de Otón  
mudar nuestro antiguo ser,  
luego será menester  
vuestra rara discreción.  
OTÓN. ¡Cuánto el oírlos me agrada!  
¡Gran esperanza me dan!)

(Salen FABIO y el Conde TEODORO.)

FABIO. (Aquí, con Su Alteza, están.  
TEODORO. ¡Buen talle!  
FABIO. ¡Presencia honrada!)  
TEODORO. ¿Qué me manda Vuestra Alteza?  
OTÓN. Conde, en mi primera edad  
hice en un monte amistad,  
no indigna de mi grandeza,  
con Fulgencio, (1) un labrador,  
mi huésped, tan entendido,  
que hasta su fin ha sabido  
conservar vivo mi amor;  
que del Príncipe el más fuerte,  
es cosa tan delicada,  
que es discreción extremada  
conservalle hasta la muerte.  
Murió Fulgencio, y dejó  
dos hijos, que están presentes;  
téngolos, muertos y ausentes,  
vivos y presentes yo,  
y más también retratados.  
Otavia a Marcela enseñe,  
para que desde hoy se empeñe  
en más altivos cuidados;  
y vos, Conde, a Federico,  
letras y armas, que después  
sabréis la causa.

TEODORO. No es  
decente el tosco pellico,  
gran señor, a quien desde hoy  
nombre de tu hechura tiene,  
y pues de la mina viene,

y yo el artífice soy,  
confíele Vuestra Alteza  
de mi cuidado, y verá  
como mi labor le da  
segunda naturaleza;  
que Otavia bien sabrá dar  
cuenta de Marcela.

OTAVIA. Creo,  
por las señas que ya veo,  
que nos podrán enseñar.  
OTÓN. No tengo más que advertiros,  
ni tengo más que fiaros.

(Vase.)

TEODORO. Yo tengo, en fin, de enseñaros.

FEDERICO. Y yo tengo de servirlos.  
Pero el Rey más acertara,  
si desea vernos diestros,  
trocándonos de maestros.

TEODORO. ¿Cómo?

FEDERICO. Pues ¿no es cosa clara  
que aprendiéramos mejor?  
Porque ¿quién con más destreza  
muda la naturaleza  
que Amor?

TEODORO. Mucho puede Amor.

FABIO. (¿Este es villano?)

FEDERICO. Si aquí  
de vos Marcela aprendiera  
y sus liciones me diera  
la divina Otavia a mí,  
¿no era más llano aprender?  
¿Quién en el mundo enseñó,  
sino Amor?

OTAVIA. (Bien digo yo  
que los dos podemos ser  
discipulos suyos, Conde.)

FEDERICO. Amor enseñó las aves  
a cantar versos suaves;  
por Amor se corresponde  
la tierra al agua, y el agua  
al aire, y el aire al fuego,  
y aun esa máquina, luego  
que el mundo celeste fragua.  
Amor fué el primer maestro  
que la Retórica tuvo;  
nunca el universo estuvo  
en hablar y en vestir diestro  
hasta que Amor le enseñó,  
que esto y mil cosas leí  
en un librito, y así,  
tengo por más cierto yo,

(1) Antes le llamó LAURENCIO.



Otavia, que me enseñéis,  
 porque, trocando las manos,  
 de dos maderos villanos  
 dos amantes sacaréis;  
 de dos amantes, dos reyes;  
 de dos reyes...

OTAVIA. No prosigas,  
 que a presumir nos obligas  
 que no entre cabras y bueyes,  
 sino entre doseles de oro  
 se aprenden esas razones;  
 pero admite las liciones,  
 Federico, de Teodoro,  
 mientras que voy a vestir  
 a Marcela.

TEODORO. (En fin, mi bien,  
 tienes en la Corte quien  
 te quiera y sepa decir  
 los amores que escuchaste.

OTAVIA. ¿Tú sabes quién éstos son?

TEODORO. No más de que dijo Otón  
 que son villanos.

OTAVIA. Pues baste.  
 Trátalos en esa fe  
 y deja tan locos celos.)

(Vase OTAVIA.)

TEODORO. Guarden tu vida los Cielos.

FEDERICO. Marcela, ya el sol se fué;  
 y pues que con él te vas,  
 dile que sin luz me deja,  
 dile que su indio soy  
 hasta que de Europa vuelva;  
 dile que ya dejo el ser  
 del monte de nuestra aldea  
 y que ya soy de su cielo.

MARCELA. Haré lo que me encomiendas,  
 por si acaso se ofreciere,  
 que no ofrecerá, en que puedas  
 pagarme en el mismo oficio.

(Vase MARCELA.)

TEODORO. ¿Qué tierno amador te muestras!  
 ¿Tan presto Otavia te agrada?

FEDERICO. ¿No has visto, Conde, el que llega  
 cansado, que le parece  
 cama regalada y fresca  
 cualquiera sitio en que pára,  
 cualquier silla en que se asienta?  
 ¿No has visto al que tiene sed  
 que al arroyuelo, que apenas  
 cubre la arena con agua

y las márgenes con hierba,  
 arroja el pecho abrasado?  
 Y ¿no has visto al que desea  
 el puerto, cuando camina  
 en el mar, y al que en la tierra,  
 la ciudad, que se le antojan  
 celajes, casas y peñas  
 las más apartadas nubes?  
 Pues eso mismo a mi aldea  
 se le antoja la ciudad,  
 y a quien viene de la sierra,  
 la belleza y compostura  
 de la hermosura primera.

TEODORO. Si tú sabes de esa suerte,  
 Federico, no pretendas  
 maestro; mas, pues el Rey  
 ya por enigma encubierta  
 a Otavia entrega tu hermana  
 y a mí tu persona entrega,  
 sea primera lición,  
 antes que de armas y letras,  
 la tomes, y el lado izquierdo,  
 con la debida nobleza,  
 ciña la bélica espada,  
 y el pie la dorada espuela,  
 no poner en dama alguna  
 los ojos.

FEDERICO. Que te obedezca  
 es justo, Conde, y te doy  
 palabra, como no sea  
 en Octavia, porque ya  
 los ha puesto el alma en ella.  
 Mira si soy obediente,  
 mira si es justo que tengas  
 esperanzas de mi ingenio.

TEODORO. (¡Qué bien mezclada inocencia  
 con tan aguda malicia!)  
 Ahora bien: yo haré que sepas  
 qué estilo se ha de guardar.  
 Vístete, que cuando veas  
 tu persona en otro traje,  
 con gusto de galas nuevas,  
 tendrás pensamientos nuevos.

FEDERICO. Yo te digo que no sean  
 diferentes del que tengo  
 si es mayor la diferencia [sabio,  
 que hay de un necio a un hombre  
 que es como el cielo y la tierra.

TEODORO. ¿Nunca has tomado en las manos  
 espada?

FEDERICO. Ni aun la quisiera.

TEODORO. ¿Qué armas usáis allá?

FEDERICO. Hondas, que, con una vuelta,  
en la cabeza de un lobo  
saben poner una piedra,  
con tanto aplauso del valle,  
que, al restallar de la seda,  
parece, en lo que responde,  
que tienen alma las peñas.

TEODORO. Ésas no son, Federico,  
las armas de la nobleza,  
de los caballeros dignas.

FEDERICO. Por lo menos, son aquellas  
que ha tomado la humildad  
para rendir la soberbia.  
Tres armas, dijo una vez  
el Cura de nuestra aldea,  
que en las Escrituras santas  
eran de grande excelencia:  
los muros de Hiericó  
los derribaron trompetas,  
porque el aire, por el bronce,  
acuchillaba las piedras;  
la quijada de un jumento  
tuvo tan valientes muelas,  
que comió más filisteos  
que el acero en muchas guerras;  
pues la honda del pastor,  
que cogió las cinco piedras,  
¡ya veis si sobraron cuatro!

FABIO. Mucho de sabio te precias;  
no en balde el Emperador  
con tu padre, en esa sierra  
donde iba a caza y venía,  
tuvo amistad tan estrecha;  
mas ya que por ser tan cuerdo  
el Conde correr te deja,  
como por proverbio dicen,  
por el libro de tu aldea,  
arguye connigo.

FEDERICO. Yo,  
de cortesanas escuelas,  
tengo sólo este principio;  
mas vaya.

FABIO. Escucha.

FEDERICO. Comienza.

FABIO. ¿Cuándo, Federico, está  
más contento un hombre?

FEDERICO. Espera.  
Está más contento cuando  
tiene y no tiene.

FABIO. Respuesta  
notable.

FEDERICO. ¿Entiéndesla tú?

FABIO. Yo no.

FEDERICO. Pues, por que lo sepas,  
es cuando tiene salud  
y no tiene que le pueda  
dar cuidado, como son  
alma, enemigos y deudas.

TEODORO. No sé qué piense de ti,  
Federico.

FEDERICO. No hay qué puedas  
pensar: yo soy un villano.

TEODORO. Pareciérasme de perlas  
si no fueras tierno de ojos;  
porque ver la vez primera  
una mujer y adorarla,  
¿de qué bárbaro se cuenta?

FEDERICO. También me acuerdo otra vez  
que dijo el Cura una fiesta  
que la primera que vió  
Jacob a Raquel la bella,  
las santas letras decían  
que lloró. ¡Mirad si es nueva,  
con la ternura de amor,  
la fuerza de la belleza!

TEODORO. ¿Y cuál sería la causa?

FABIO. Saber que era su parienta  
pudo enternecerla el alma;  
mas para mí, yo dijera  
que el alma que adivinaba  
los catorce años de penas  
que por los montes había  
Jacob de pasar por ella,  
avisó luego a los ojos  
por que tuviesen paciencia,  
y ellos lloraron o hablaron,  
que no tienen otra lengua.

TEODORO. (Fabio: no me agrada nada  
el villano.

FABIO. Tú ¿qué piensas  
que sucede a este ignorante?

TEODORO. Temor tengo.

FABIO. Pues no temas:  
andan en la Corte así  
muchos que la vez primera  
dicen todo lo que saben,  
y si mañana los tientas,  
dicen lo mismo, y a éstos  
una persona discreta  
llama cajas de botica,  
una cara y cuatro letras,  
que, todo el año que pases  
y a la tienda el rostro vuelvas  
dice lo que dijo ayer,

si no se muda la tienda  
o se muere el boticario.)  
FEDERICO. Soldado: de mi inocencia  
vos tenéis harta noticia;  
pero, con licencia vuestra,  
también sois vos como algunos  
que de ser sabios se precian,  
porque saben preguntar  
y no saben dar respuesta.  
Preguntastes, respondí.  
¿No es verdad?

FABIO. ¿Quién os lo niega?

FEDERICO. Pues, ¿no es bien que yo os pregunte  
y que sepa vuestra ciencia?:  
que si no pareceréis  
unos maestros que enseñan  
siempre subidos en alto,  
que, aunque yerren, por decencia  
del lugar, nadie replica.  
Pues sabed que en la presencia  
de Júpiter una vez  
se quejó de la ballesta  
el blanco, que cada día  
daba en él con varias flechas,  
unas altas y otras bajas,  
y que él jamás daba en ella.  
Júpiter dijo: "Tu oficio  
es estar firme; paciencia,  
que la ballesta hace el suyo."  
Pero a la fe que una fiesta  
era de una piedra el blanco  
y, al dar una flecha en ella,  
al rostro del tirador  
la volvió con tanta fuerza,  
que se la quebró en los ojos.  
Fué a Júpiter esta queja,  
y dijo: "Mire el que tira  
si el blanco es piedra o es tierra,  
que basta que el blanco sufra  
tantos tiros con paciencia."

FABIO. Preguntad, pues, que aquí estoy.

FEDERICO. ¿En qué es fuerza que parezca  
la tristeza al alegría,  
la alegría a la tristeza?

FABIO. Siendo contrarios, no pueden.

FEDERICO. Sí pueden.

FABIO. ¿Cómo?

FEDERICO. Y es fuerza.

Si el alegría se acaba,  
¿qué comienza?

FABIO. La tristeza.

FEDERICO. Luego el fin de la alegría

ya es tristeza, cosa es cierta;  
si la tristeza se acaba  
el alegría comienza;  
luego la tristeza tiene  
de alegría el fin. Aprenda  
vuestro soldado, o si no  
vaya a guardar mis ovejas.  
FABIO. (No creo en este villano.)

(Sale OTAVIA y MARCELA de dama bizarra.)

OTAVIA. Bien el traje te parece.

FEDERICO. Conde, mi sol amanece.

TEODORO. Pon a los ojos la mano,  
que te turbará la vista,  
y vente a vestir, no venga  
el Rey.

FEDERICO. Basta que yo tenga  
alma que su luz resista.

TEODORO. Agora no hay que mirar,  
sino sólo obedecer.

FEDERICO. Acabe de amanecer  
por que me pueda abrasar.

(Vanse TEODORO, FEDERICO y FABIO.)

MARCELA. ¿Quién era aquel caballero?

OTAVIA. Era el Conde de Rusia,  
hombre a quien Otón confía,  
por leal, por verdadero  
y valiente capitán,  
su Imperio.

MARCELA. Gentil persona.  
¿Qué bien en su talle abona  
las partes que en él están  
de nobleza y de valor!

OTAVIA. Quedo, Marcela; reporta  
la lengua.

MARCELA. Pues ¿esto importa?

OTAVIA. Sí, que desdice al honor.  
La primera lición sea  
no alabar hombre en palacio.

MARCELA. Por mi fe que estás de espacio.  
¿También querrás que no vea?  
Ley será bien que me den  
tus consejos más igual,  
para que no diga mal,  
que no ofende el decir bien.

OTAVIA. Sí ofende.

MARCELA. ¿A quién?

OTAVIA. A ti propia.

MARCELA. Pues yo me perdono a mí.  
Hablar bien reñirme así  
es, Otavia, cosa impropia;

pero palabra te doy  
de no alabar otro alguno  
si no es al Conde.

OTAVIA. A ninguno  
licencia jamás te doy.

MARCELA. Pues yo me la tomaré.

OTAVIA. Diré yo tu libertad  
al Rey.

MARCELA. Yo tu necesidad,  
y pediré que me dé  
a quien me enseñe mejor,  
pues me quitas hablar bien.

OTAVIA. (Ya las malicias se ven  
del hábito labrador.)  
Alabar de gentilhombre  
a un hombre desdice el ser  
de una principal mujer.

MARCELA. Si yo alabo sólo un hombre,  
¿en qué soy desobediente?  
¿No podría ser mujer  
de este hombre?

OTAVIA. Bien puede ser;  
pero hay un inconveniente.

MARCELA. ¿Cómo?

OTAVIA. Que ya está casado.

MARCELA. ¿Así?

OTAVIA. Sí.

MARCELA. Pues desde aquí  
me desalabo, y en mí  
queda corrido el cuidado  
y burlado el pensamiento,  
y así, te pido perdón.

(Sale OTÓN y AURELIO.)

OTÓN. ¡Bella, por vida de Otón!

AURELIO. Bien sale a tu justo intento.

OTÓN. Quiero abrazarte, Marcela.

MARCELA. Con el nuevo traje estoy  
más digna, aunque siempre fuí  
tu esclava.

OTÓN. Ya se recela  
el alma de algún agravio.  
Poco durará mi dicha,  
que prevenir la desdicha  
fué siempre consejo sabio.—  
Aurelio, el traje es, sin duda,  
quien da perfección al ser.

AURELIO. Aquí bien se echa de ver.

OTÓN. Todo lo deshace y muda,  
y con nueva vista pone  
en diferencia tan clara.

AURELIO. No hay hermosura tan rara

que no adorne y perfeccione.

OTÓN. No he tenido mejor día;  
Aurelio, contento estoy,  
pues a mí mismo me doy  
parabién de mi alegría.  
Bien merece ya lugar  
Marcela en nuestra corona.

AURELIO. Dignamente su persona,  
señor, merece reinar.

(Sale TEODORO con FEDERICO vestido de galán, sin  
espada.)

TEODORO.

Llega a besar sus pies.

FEDERICO.

Deme Tu Alteza  
los pies.

OTÓN.

¡Oh, generoso Federico!

FEDERICO.

Dejando la pasada rustiqueza,  
a tu sagrado pie mi boca aplico.

OTÓN.

Levanta tu persona a la grandeza  
de mis brazos.

FEDERICO.

En ellos te suplico  
me des aquel honor que darme puedes  
para perficionar tantas mercedes.  
Que ya que en traje estoy de caballero,

(Salen ROSELO y FABIO, criados.)

no puedo serlo sin las armas.

OTÓN.

Parte,  
Roselo, por un limpio y blanco acero.

FEDERICO.

Pues hoy verás resplandeciendo a Marte.

OTÓN.

Ya con tanto valor te considero  
levantar el católico estandarte,  
que tiemble el fiero Turco de tu nombre  
y de los ecos de tu voz se asombre.

TEODORO.

(¿Qué honras son éstas a un villano, Otavia?)



OTAVIA.

Suspensa estoy, Teodoro, y sospechosa;  
que las grandezas de su nombre agravia  
amando el César la villana hermosa.  
El verla presumir de altiva y sabia  
me hace pensar, y no es injusta cosa,  
que es dama suya, que ocultar quería  
mientras la muerta Emperatriz vivía.

TEODORO.

Sin duda en ese monte, Otavia, adonde  
iba Otón tantas veces de secreto  
la tuvo oculta; pero ya que esconde  
la tierra el fénix del valor perfecto,  
a su casa la trae.

OTAVIA.

Corresponde  
a la causa que dices el efeto.  
Mirando se está en ella y en su hermano.

TEODORO.

Pues da en quererte el bárbaro villano.

OTAVIA.

Y la villana a ti.

TEODORO.

¿Qué dices?

OTAVIA.

Digo

que me ha dicho en los ojos que le agradas.

TEODORO.

Buen camino de ser de Otón amigo.

OTAVIA.

¿De dar celos a un rey, Conde, te enfadas?

TEODORO.

Si el más amigo vuelven enemigo,  
truecan las amistades en espadas  
y el amor en venganza, no los nombres.

OTAVIA.

Nunca sin celos quieren bien los hombres.)

(En una fuente saquen una espada y espuelas y en  
otra un laurel.)

ROSELO.

Ya para armar a Federico, tienes  
lo necesario aquí.

OTÓN.

Ponle esa espuela,

Conde.

TEODORO.

Muy justas honras le previenes,  
pues basta ser hermano de Marcela.

FEDERICO.

Maestro mío, ya que a honrarme vienes,  
no llegues, por tu vida, con cautela;  
que agora que a mis pies estás, bien puedo  
pensar que tengo al mundo y darte miedo.

Tomo aqueste laurel, y en mi cabeza  
le pongo por vitoria igual.

ROSELO.

Detente.

AURELIO.

Mira que ese laurel es de Su Alteza,  
y sólo digno de su invicta frente.

FEDERICO.

Perdone, gran señor, vuestra grandeza  
mis ignorancias; que como esta gente  
espada, espuelas y laurel traía,  
pude pensar que para mí sería.

OTÓN.

¿De qué os maravilláis? ¿Está obligado  
Federico a saber que de mi frente  
es sólo digno este laurel sagrado?

TEODORO.

(¡Terrible agüero!

OTAVIA.

Otón ni ve ni siente.)

OTÓN.

El blanco acero que te ciño al lado  
¡oh, Federico! en esa mano intente  
ganar la piedra que guardó escondida  
la muerta vida que nos dió la vida.

FEDERICO.

Yo os prometo, señor, de conquistalla  
si Dios me pone donde pueda vella.

ROSELO.

Aquí ha llegado el capitán Audalla,  
gran bajá de Selín.

FEDERICO.

¡Qué buena estrella!

Espada, ya podéis darle batalla;  
mostrad el corazón del dueño en ella.

OTÓN.

Dadme el laurel. Vosotros, entre tanto,  
id al jardín, que quiero darle espanto.

(Sale AUDALLA, turco.)

AUDALLA. Generoso, invicto Otón,  
César de Alemania y Roma,  
cuyas águilas partidas  
sustentan la bella Europa,  
tan digno del sacro Imperio  
y del laurel que te adorna,  
que el más apartado Egipto  
tu glorioso nombre adora:  
Selín, gran señor del Asia,  
el rey de Constantinopla  
y Jerusalén, adonde  
tenéis tan divina joya;  
el Emperador del mundo  
dice que por muchas cosas  
que importaron a la paz  
la firmó con las personas  
que enviaste a los confines  
cuando sus lunas dichas  
daban molestia a tus cruces,  
y que la guardó en la forma  
de aquellas constituciones:  
pero sabiendo que toman  
tus soldados tal licencia  
que sus lugares le roban  
sus palandrias en la mar  
y por las seguras costas  
a sus caramuzalies,  
especies, sedas y ropas,  
rompe la paz y no quiere  
treguas, pues por ellas osan  
tus Capitanes llegar  
adonde tiemblan agora.  
Bien pudiera castigarlos  
Selín con su poderosa  
mano; pero no ha querido  
por respetar tu corona,  
sin justificar la causa,  
y así te advierte que pongas  
cuidado por los confines,  
porque algunas turcas tropas,  
genízaros, albaneses,  
para entrallos se conforman,  
con deseo de vengar  
tantas muertes y deshonoras,  
tantos robos y insolencias.

Otón. Audalla, mi vitoriosa  
gente sufre mal el ocio.  
Pésame que se disponga  
Selín a romper la paz.  
Causas busca; mas no importa.

Dile que estimo su noble  
cortesía; que éntre y rompa  
lo que hallare mal guardado,  
que yo enviaré quien conozca  
de esos agravios muy presto.

AUDALLA. El hará lo que le toca  
y tú lo que te conviene.  
Alá prospere tus glorias  
y tus hazañas dilate  
adonde la blanca aurora  
mueve la cuna del sol  
entre azucenas y rosas.

(Váyase, y levántese Otón.)

Otón. ¿Conde?

TEODORO. ¿Señor?

Otón. Esto pide  
diligencia tan forzosa  
como veis.

TEODORO. Partiré luego;  
que el arrogancia que cobra  
Selín de mi ausencia nace.

FEDERICO. Invicto señor, perdona  
que a suplicarte me atreva...

Otón. Detente, que es peligrosa,  
sin experiencia, la guerra.

FEDERICO. Esa verdad me reporta.

Otón. Agora quiero que estés  
al lado de mi persona,  
que Aurelio tendrá cuidado  
de la tuya mientras corta  
el Conde los cuellos turcos  
que en nuestra ausencia blasonan.

(Váyanse Otón, FEDERICO y AURELIO.)

TEODORO. En fin, Fabio, que otra vez  
vuelvo a la guerra.

FABIO. ¿Qué cosa  
para ti de mayor gusto?

TEODORO. No agora, Fabio, no agora;  
que quien se ausenta con celos  
inquietamente negocia,  
lugar deja a los agravios.

FABIO. No será Otavia tan loca.

TEODORO. ¿No es mujer?

FABIO. Sí que es mujer.

TEODORO. ¿No ha de hablar?

FABIO. Hablar ¿qué importa?

TEODORO. Librete Dios de que hable,  
que pregunte y que responda,  
que la jornada que hay  
de las manos a la boca,

esa misma suele haber  
desde palabras a obras.

FABIO. ¿Tan vidrio son las mujeres?

TEODORO. Amor, cristalina copa,  
para que se haga pedazos  
cualquiera golpe le sobra,  
y esos pedazos son celos,  
que al mismo fuego se tornan  
para volverla a forjar.

FABIO. ¡Oh, fuego de Dios! No en todas.

TEODORO. Bien dices, pues le merecen  
las que son mudables solas.

FABIO. Pues si ésas ha de quemar,  
vive Dios que queden pocas.

## ACTO SEGUNDO

DE *Ello dirá*.

(Sale OTAVIA y MARCELA.)

OTAVIA. Por el amor con que sabes  
que te sirvo y que te enseño,  
te pido este dón pequeño.

MARCELA. A tus palabras süaves  
hubiera abierto mi pecho  
cuando fuera de diamante;  
y no te siendo importante,  
Otavia, como sospecho,  
me admiro que me conjures.

OTAVIA. En saber esta verdad  
he puesto curiosidad.

MARCELA. Nunca, Otavia, la procures;  
que de ser una mujer  
curiosa en cosas ajenas,  
las tuyas no son tan buenas  
como lo pudieran ser.

OTAVIA. ¿Qué mujer, dime, Marcela,  
no tiene mi condición?

MARCELA. Con amorosa afición  
la más cuerda se desvela.  
Pero yo sé que no quieres  
a Otón; luego estos no son celos.

OTAVIA. Es la condición  
curiosa de las mujeres.

MARCELA. El Emperador, Otavia,  
me quiere bien; tan honesto  
y casto, que aun sólo en esto  
pienso que su honor se agravia.  
¿Estás contenta?

OTAVIA. Pues di:

¿qué hace lo más del día  
contigo?

MARCELA. Extraña porfía.  
¿No hay amor honesto?

OTAVIA. Sí.

MARCELA. ¿No se puede entretener  
un señor con un privado?

OTAVIA. Sí puede.

MARCELA. ¿Y está mandado  
que no pueda ser mujer?

OTAVIA. No, Marcela.

MARCELA. Pues yo soy  
con quien Otón se entretiene  
de los cuidados que tiene;  
que por ventura le doy  
más gusto con mi ignorancia  
que los sabios con su ciencia;  
la celestial influencia  
hace aquesta consonancia.  
Pregunta por qué me tiene  
este amor a las estrellas,  
que a fe que lo saben ellas.

OTAVIA. ¿Un Príncipe se entretiene  
con una mujer así  
en los jardines y fuentes?

MARCELA. ¿Pues síguense inconvenientes  
de que hable conmigo?

OTAVIA. [Sí.]

Aquesta murmuración...

MARCELA. Pues no murmures, Otavia,  
que no es condición de sabia  
la envidiosa condición.  
Otón me toma las manos  
y me regala el cabello  
de la frente, cuando en ello  
no hay ricos favores llanos  
de un hombre que honestamente  
quiere a mujer de mis años.  
Otón, entrando en los baños,  
quiere que yo esté presente  
para darle una camisa.  
Otón, como a labradora  
que los palacios ignora,  
celebra con gusto y risa  
cualquier donaire que digo  
de las cosas de mi tierra.  
Nunca conmigo se encierra,  
en público está conmigo;  
cuando más solos estamos,  
es que abriendo se entretiene  
los escritores que tiene  
y algunas joyas miramos.

Dame un diamante o cadena,  
y él propio me la acomoda  
al pecho. La historia toda  
que te ha dado tanta pena  
se encierra en estas verdades.  
¿Quieres más?

OTAVIA. ¡Con qué mentiras!  
¡Cómo, curiosa, me miras!  
La verdad me persuades.  
Yo sé lo que he de creer.

MARCELA. Si con el Conde, que adoras,  
pasara yo tantas horas,  
celos pudieras tener;  
¿pero del Emperador?

OTAVIA. ¿Agora sabes, Marcela,  
que la privanza desvela  
más la envidia que el amor?

MARCELA. Pues troquemos desde aquí;  
dame al Conde y yo te doy  
a Otón.

[(Sale FEDERICO.)]

FEDERICO. A buscarme voy,  
que dicen que vivo en ti.  
Pero das, Otavia hermosa,  
en huír como si fueras  
Dafne y en laurel volvieras  
las plantas de nieve y rosa.  
Si de la sierra fragosa  
aún me presumes pastor,  
detén el paso al rigor;  
que no por seguirte sólo  
merezco nombre de Apolo,  
mas por que me abraza amor.

Pero dejando escondida  
tal dureza en un laurel,  
¿a qué mujer tan cruel  
le pesó de ser querida?  
Si te muestras ofendida  
de mi amor, dime también  
qué dejas para el desdén,  
si querer es fuerza igual,  
bien a quien te quiera mal,  
mal a quien te quiera bien.

¡Ay, Otavia! Nunca yo  
mudara de traje y cielo,  
pues desde sierras de hielo  
tanto fuego amor me dió.  
Otón el cuerpo mudó;  
tú el alma; el tiempo, el sosiego,  
y si mis estrellas luego  
dieron causa a mis enojos,

apelo a las de tus ojos;  
mas son estrellas de fuego.

OTAVIA. Federico, en tu valor  
no pongo duda ninguna;  
pero es diversa fortuna  
la que corre el mar de amor.  
No culpes a mi rigor;  
tarde llegaste, y que aguarde  
a mudanzas... Soy cobarde,  
y son conciertos inciertos;  
que de amor muchos conciertos  
se pierden por llegar tarde.

No es justo culpar de ingrata  
mujer que sabe querer.  
Si al que después viene a ser  
con asperezas maltrata;  
si amor al segundo mata,  
no ha de dejarse el primero.  
Mas darte esperanzas quiero;  
que si el Conde me olvidare  
te amaré, si me dejare  
vida, porque no la espero.

FEDERICO. Aceto, Otavia, el concierto.  
Digo que contento estoy,  
y te querré desde hoy  
con este amor encubierto;  
mas mira que ha de ser cierto  
quererme si te olvidare.

OTAVIA. Digo que si me dejare  
el Conde, te querré bien.

FEDERICO. Cielos, corred, que también  
no es bien que el tiempo se pare.

Mudad vuestras influencias,  
planetas y estrellas varias;  
las que sois de amor contrarias  
sembrad iras, diferencias,  
cnemistades y ausencias.  
Ea, celos, favor pido  
a vuestro fuego, que ha sido  
causa de tantos desvelos;  
que más han muerto de celos  
que de ausencia ni de olvido.

Ea, Conde; plega a Dios  
que correspondas ingrato;  
que uses de tan mal trato  
que os aborrezcáis los dos.  
Ea, mudanzas; y vos,  
envidia, ¿en qué os detenéis?  
Mas mucho tardado habéis.  
Mil años ha que estoy muerto;  
mas ahora fué el concierto;  
perdonad, no os enojéis.



(*Salen OTÓN y AURELIO. OTÓN con una carta.*)

AURELIO.

Advierta Vuestra Alteza  
que es afrenta de tantos caballeros.

OTÓN.

Conviene a la grandeza  
del Imperio que vamos los primeros.

MARCELA.

¿Qué es esto, señor mío?

OTÓN.

Fuiste para mí ansias, cristal frío.

Templaste, como espejo,  
el rostro a mi furor, Marcela hermosa.  
Dejo el furor y dejo  
la pena; no el cuidado, aunque reposa  
en ti todo cuidado.

FEDERICO.

¿No nos dirás, señor, quién te le ha dado?

OTÓN.

Esta carta que miras,  
no es papel, es veneno; queda preso  
el Conde.

FEDERICO.

No te admiras  
sin causa.

OTAVIA.

(¡El Conde, ay Dios! ¡Triste suceso!)

OTÓN.

Alí y Audalla han sido  
los que, con emboscada, le han rotpido.

¡Bien supo el Turco fiero  
deshacer nuestras paces con cautela!  
Mas remediarlo espero.  
¡Yo iré en persona!

AURELIO.

(Ruégale, Marcela,  
que a mí me dé este cargo  
por premio justo a mi servicio largo.

FEDERICO.

Aunque no lo es el mío,  
ninguno como yo saldrá a la empresa.)  
César, sólo confío  
en ser tu hechura: ¡quitaré la presa  
al bárbaro Arsacida,  
o a Alba Real no volveré con vida!

Manda darme la gente  
que para esta empresa te parezca  
más fuerte y conveniente.

OTÓN.

Puesto que tu persona la merezca,  
al águila conviene  
que sepa el Asia que volando viene.

FEDERICO.

No me alzaré del suelo  
si no me otorgas este don.

OTÓN.

Camina,  
Federico, y el Cielo  
te dé vitoria de tus brazos digna.

(*Vase.*)

FEDERICO.

¡Dame esos pies mil veces!

AURELIO.

¡Justamente le animas y engrandeces!

FEDERICO.

Otavia, por ti sola,  
sin experiencia, aunque animosamente,  
la bandera enarbola,  
más que la mano, el corazón valiente,  
que algún secreto esconde;  
¡no volveré si no te traigo al Conde!

Puesto que mejor fuera  
que el Conde en cautiverio se quedara,  
y que nunca volviera

donde las esperanzas me quitara,  
que Amor bien sabe adónde,  
¡no volveré si no te traigo al Conde!

Que puesto que parezca  
locura dar la vida a quien me mata,  
porque ocasión te ofrezca  
de parecer a tanto amor ingrata  
quien tan mal corresponde,  
¡no volveré si no te traigo al Conde!

(*Vase.*)

OTAVIA.

Advierte si estas quejas,  
Marcela, son por ti, qué culpa tengo.

MARCELA.

En fin, ¿partir le dejas  
sin un favor?

OTAVIA.

A persuadirme vengo  
que no hay amor tan loco  
como el que obliga a quien le tiene en poco.

(Salen TEODORO y FABIO; ALÍ y AUDALLA, *generales turcos*.)

ALÍ. Con más ánimo pensé  
que sufrieras la fortuna.

TEODORO. No por sus mudanzas fué  
mi queja, que vez alguna  
en su rueda puse el pie.  
Ya conozco su mudanza:  
sé que la vitoria alcanza  
y que la pierde también;  
pésame que no me den  
sus mudanzas esperanza.

FABIO. ¿No veis al Conde vencido,  
cómo, Capitanes fuertes,  
industria y no fuerza ha sido?

AUDALLA. Por las industrias que adviertes  
se han ganado y se han perdido  
en el mundo mil historias:  
Italia y Grecia, en sus glorias,  
dan voces con el ejemplo.

ALÍ. A la industria hicieron templo  
las militares memorias.  
¿No siempre se ha de vencer  
con sangre!

TEODORO. De mi prisión,  
¿qué es lo que pensáis hacer?

AUDALLA. Si tiene ALÍ mi opinión,  
quitar a Otón el poder,  
cortándote la cabeza  
y enviándola a Selín.

TEODORO. ¿Y esa es gloria y fortaleza?

FABIO. Muestras del bárbaro, al fin,  
tu fiera naturaleza,  
y es indigno a tu decoro  
y al nombre del vencedor  
matar al conde Teodoro.

ALÍ. ¡No han de presumir temor,  
por el Profeta que adoro!  
Si Roma en pie conservaba  
a Cartago, porque daba  
causa de mayor virtud  
su gloria, y la juventud  
su enulación animaba,  
consérvese, que es razón,  
la vida del Conde, Audalla,  
porque no presuma Otón

que fué temor el quitalla  
de su valiente opinión.  
Con Fátima, que venía  
a ser de Selín esposa,  
irá Teodoro este día  
a su mano poderosa  
por gusto y opinión mía.  
Aumentará su contento,  
ella, con su gran belleza,  
y él, con su rendido intento.

AUDALLA. La romana fortaleza  
fué soberbio pensamiento;  
pues fuera mejor quitar  
la ocasión de que Cartago  
se les pudiera igualar  
dando con su eterno estrago  
un escarmiento ejemplar.  
Y así, tengo por mejor  
enviar al Gran Señor  
de Teodoro la cabeza.

TEODORO. Yo tengo más fortaleza  
que Audalla tiene temor.  
Haced, turcos, vuestro gusto,  
que el emperador Otón,  
César de Alemania augusto,  
sabrás con esta ocasión  
satisfacer su disgusto.  
Que, con quitarme la vida,  
no le quitáis el poder;  
que, como la sierpe herida,  
de Hércules han de nacer  
mil, donde una se divide.  
¡Ea, pues! ¿Qué os detenéis?

FABIO. Turcos, ejemplo daréis  
de tanta crueldad a Otón,  
que llore vuestra nación  
la que con Teodoro hacéis.  
No tendrá el César vitoria  
en que no os pase a cuchillo  
para vengar su memoria.

ALÍ. Yo tengo de resistillo.

AUDALLA. Yo dar este lauro y gloria  
a la pasada batalla.

ALÍ. Y yo defender, Audalla,  
ese loco pensamiento.

AUDALLA. General, habla con tiento,  
y si no lo entiendes, calla,  
que Teodoro ha de morir.

ALÍ. ¡Por Alá que ha de vivir,  
si pesa al mundo, Teodoro!

AUDALLA. Eres un bárbaro moro,  
que pretendes impedir

que Selín me dé el laurel  
de esta vitoria.

ALÍ. ¡Tú mientes  
como infame! Y aunque en él  
hallar galardón intentes  
con hazaña tan cruel,  
¡no te pienso dar lugar!

AUDALLA. ¿A Audalla mientes? ¡Oh, perro!  
(*Metén mano.*)

ALÍ. ¡Hoy te tengo de matar!  
¡Tú verás si ha sido yerro  
esta locura intentar!

(*Sale FÁTIMA, turca.*)

FÁTIMA. ¡Gentil valor, por mi vida,  
de gallardos Generales  
celebrar tan gran vitoria  
con desnudar los alfanjes!  
¿Vosotros tenéis valor?  
¿Vosotros sois Capitanes?  
¿Vosotros del gran Selín  
levantáis los estandartes  
contra las águilas negras  
de los bravos alemanes?  
¿Vosotros dais este ejemplo  
a los soldados que trae  
vuestro campo vitorioso?  
Haced que el acero envaine  
la ira o la envidia luego,  
o vuestros bastones dadme,  
que yo regiré la gente,  
y volved como cobardes  
donde priven los enojos  
más que la importancia grande  
del servicio de Selín.

ALÍ. Fátima, no siempre valen  
para con bárbaros hombres  
palabras justas y graves.  
Audalla pretende ser  
quien este ejército mande,  
y el Imperio dividido,  
¿cómo puede conservarse?  
Yo digo que si él te informa,  
que no has de estar de su parte;  
pero que si lo estuvieres  
me rindo a lo que mandares,  
sin replicar a tu gusto.

AUDALLA. Yo he permitido que hable  
Alí por guardar respeto  
a la merced que nos haces.  
Fátima, tú vas a ser,  
por méritos bien iguales

a los de Selín, su esposa.  
Ya mueves a respetarte;  
por lo que fuere tu gusto  
quiero que mi gusto pase:  
inórmate del suceso.

FÁTIMA. Tú puedes luego informarme.

AUDALLA. ¿Ya la vitoria has sabido?

FÁTIMA. Y tuve a dicha notable  
llegar a tal ocasión.

AUDALLA. El hombre que ves delante  
es Teodoro, el general  
de Otón; quisiera alabarte  
su valor, y es imposible,  
porque es, sin duda, agravialle.  
Cinco veces me ha vencido:  
como de aquí vivo escape,  
no está seguro Selín  
en Persia; quiero cortarle  
la cabeza y que la lleves  
en dote, que los diamantes  
de las dos Indias no son  
con este presente iguales.  
Dice Alí que vaya vivo  
para que Otón le rescate,  
con que después tenga el Asia  
ocasión de lamentarse.  
Tú juzga cuál de los dos  
acierta más.

FÁTIMA. Quiero hablarle.—  
¿Eres tú el Conde?

TEODORO. Yo soy.

FÁTIMA. Apacible rostro y talle  
te dió la naturaleza.

TEODORO. Los más de los alemanes  
tenemos este decoro.

FÁTIMA. Riñen estos dos Bajaes  
sobre tu vida y tu muerte:  
quiere Audalla que te maten  
y Alí que te lleven preso.

TEODORO. Por mejor tengo matarme;  
que yo he de servir a Otón  
lo que mi vida durare,  
y muerto, estaréis seguros  
de que os ofenda.

FÁTIMA. ¡Notables  
debéis de ser los cristianos!

TEODORO. Los que en nuestra tierra nacen  
tienen aqueste valor.

FÁTIMA. ¡Que tengas por bien matarte  
y que no estimes vivir!

TEODORO. Sí estimo, y, porque lo trates,  
te prometo libertad;

que puede ser cautivarte  
si vuelvo a tomar las armas.

FÁTIMA. ¿Hay locura semejante?  
¿Estás cautivo y prometes  
libertad?

TEODORO. Hora bien, parte  
y solicita mi vida,  
que bien puede ser mudarse  
la fortuna.

FÁTIMA. ¿Alí?

ALÍ. ¿Señora?

FÁTIMA. Viva Teodoro.

ALÍ. Tú haces  
lo que es digno de quien eres.

FÁTIMA. Conmigo quiero llevarle  
a Selín.

AUDALLA. En fin, ¿tú quieres  
que viva?

FÁTIMA. Audalla, no trates  
de la muerte de Teodoro.

AUDALLA. Basta ser tu gusto.

FÁTIMA. Y baste  
ser yo mujer.

TEODORO. Esos pies  
te pido.

FABIO. Que los estampes  
en mi boca te suplico;  
ponlos de margen a margen,  
que si hay ángeles turquescos  
digo que pareces ángel.

(Toquen.)

ALÍ. ¿Qué caja es aquélla?

AUDALLA. Escucha...

ALÍ. Cajas son.

ALÍ. De la otra parte  
de ese arroyo suenan.

AUDALLA. ¿Hola?

¿Qué gente deciende al valle?

¿Qué caballería es ésta?

(Sale CELÍN, turco.)

CELÍN. La fama, que por los aires  
siempre anticipa las nuevas,  
dice que los alemanes,  
con un nuevo general,  
vienen, Audalla, en tu alcance.  
Tantas lanzas vienen juntas,  
que, con rojos tafetanes,  
parecen como a la vista  
campos de espigas iguales  
que amapolas carmesíes  
tienen a manchas de sangre.

Forman las blancas celadas  
una selva de plumajes,  
y los lustrosos escudos  
que al cuello pendientes traen  
tantos espejos al sol,  
que, con ser el sol, no sabe  
si podrá mirarse en todos  
porque juntos no le abrasen  
volviéndole los reflejos  
que del mismo acero salen.  
Pensamos a los principios  
que era Otón para vengarse;  
mas luego la fama dijo,  
por los que vienen delante,  
que era Federico, un hombre  
sin experiencia y sin partes  
de soldado.

TEODORO. ¿Federico?

CELÍN. El mismo.

TEODORO. Fabio, descansen  
mis celos.

FABIO. ¿Ya está en estado  
Federico que fiarle  
pueda su ejército Otón?

AUDALLA. Ahora bien; la gente marche  
a tomar aquel collado  
que las espaldas nos guarde.

ALÍ. Quien ha vencido a Teodoro,  
¿qué teme?

FÁTIMA. No seáis cobardes,  
que yo sola he de vencerle.—  
Cristiano, si se mudase  
la fortuna, no procedas  
como ingrato.

TEODORO. Quiero darte  
palabra como quien soy.

FABIO. ¡Oh, si Federico entrase  
con buena dicha en la guerra!

TEODORO. ¿Qué más dicha que librarme?

(Entrense, y salgan OTÓN y MARCELA.)

MARCELA. Al paso de tus favores  
va creciendo mi humildad.

OTÓN. No tiene la libertad  
otros contrarios mayores.  
Hasta el Cielo nunca estuvo  
seguro, con ser el Cielo,  
de la humildad.

MARCELA. Con recelo  
vuestra grandeza me tuvo  
favoreciéndome tanto;  
pero ya segura estoy.



OTÓN. Galán tan seguro soy,  
que de tus dudas me espanto.  
Siéntate.

MARCELA. ¿Yo, gran señor?

OTÓN. Siéntate, Marcela.

MARCELA. Fuera  
necia si no obedeciera  
vuestro gusto.

OTÓN. Esto es amor.  
(Sale OTAVIA.)

OTAVIA. (Con cuidado de saber  
si fué mi sospecha cierta,  
de aqueste paño cubierta  
a los dos tengo de ver;  
que en palacio se murmura  
que adora a Marcela Otón.)

OTÓN. Débesme tanta afición,  
tan honesta y tan segura,  
que no puedo encarecella.

MARCELA. Corrida estoy de tener  
tales principios.

OTÓN. Ayer,  
Marcela, estabas tan bella,  
que, a no ser pública parte,  
celebrara tu belleza.

MARCELA. ¿Quiere dormir Vuestra Alteza?

OTÓN. Suelo procurar con arte  
dar al sueño mis cuidados,  
y desvelánme, y aquí  
me duermo.

MARCELA. Duérmete así,  
que tal vez ricos estrados  
y camas de oro bordadas  
niegan el sueño y descanso;  
y una silla, un viento manso,  
suelen servir de almohadas:  
reclina en mí la cabeza.

OTÓN. La mano me pon en ella,  
que podrá ser que con ella  
me duerma.

MARCELA. Duerma Tu Alteza.  
(Mucho mi mano se atreve.)

OTAVIA. (¡Que aquesto pueda con él!)

OTÓN. Antes, en vez de laurel,  
será corona de nieve.

OTAVIA. (¿A qué más puede llegar  
privanza de una mujer?  
Si no es amor, ¿qué ha de ser?)  
(Salga.)

¿Puedes agora negar,

Marcela, el amor de Otón?

MARCELA. ¿Cuándo el amor he negado,  
sino aquello que ha tocado  
a mi honor y su opinión?

OTAVIA. ¿La mano pones adonde  
está la sacra corona  
del Imperio?

MARCELA. ¿No me abona  
mi virtud?

OTAVIA. No sé si esconde  
engaño tanta llaneza;  
por lo menos, el de Otón  
puede ser el de Sansón,  
ñandote la cabeza.

MARCELA. No hayas miedo que le quite  
la fuerza.

OTAVIA. Dirás que ha sido  
envidia el haber querido  
verte.

MARCELA. Si amor la permite,  
bien me la puedes tener.

OTAVIA. Amo al Conde, ya lo sabes,  
aunque sucesos tan graves  
me han dado bien que temer;  
y como tú le pretendes,  
huelgo de verte empleada.

MARCELA. Pues ¿estoy enamorada  
de Otón?

OTAVIA. ¿Pues no?

MARCELA. Bien lo entiendes.  
Vete con Dios; no despierte  
y se enoje.

OTAVIA. Voy contenta  
de lo que he visto.  
(Vase OTAVIA.)

OTÓN. ¿Qué intenta  
esta necia de esta suerte?

MARCELA. ¿No dormía Vuestra Alteza?

OTÓN. No, Marcela, no he dormido;  
todo lo que pasa ha sido  
para mí nueva extrañeza.  
¿Cómo, Marcela, en Palacio  
nos murmuran a los dos?  
¡No lo he pensado, por Dios!

MARCELA. Como te ven tan de espacio  
hablando siempre conmigo,  
de eso toman ocasión.

OTÓN. ¿Y tú pierdes opinión,  
Marcela, hablando conmigo?

MARCELA. En leyes del mundo, sí.

OTÓN. ¿Por qué no me has avisado?

Hubiérame reportado  
de hablarte.

MARCELA. No me atreví;  
aunque eran más justas leyes,  
de muy pocos son, señor,  
los que dicen con valor  
desengaños a los Reyes.

OTÓN. Palabra te doy de dar  
remedio en esta ocasión;  
porque, ¡por vida de Otón  
que no te han de murmurar!

MARCELA. No se enoje Vuestra Alteza.

OTÓN. No tengo enojo, ¡por Dios!  
¿Que así hablaban de los dos?

MARCELA. Si ven sobre tu cabeza,  
donde está el laurel sagrado,  
mi mano, ¿de qué te admiras?

OTÓN. De ver que funden mentiras  
sobre tan justo cuidado.

(Sale FABIO.)

FABIO. Bien puedes darme los pies,  
que pienso que los merezco  
por la priesa que he traído.

OTÓN. ¿Quién eres?

FABIO. Un escudero  
del conde Teodoro soy,  
que, en guerras y paces, tengo  
cuidado de armas y galas.

OTÓN. ¿Queda preso?

FABIO. Estaba preso  
entre los dos Generales  
del Turco feroz, y al tiempo  
que querían enviarle  
su cabeza, presumiendo  
quitar el temor al Asia  
con que este fuerte mancebo  
la oprime, llegó el socorro  
que tu generoso pecho  
envió con Federico,  
y en los primeros encuentros  
fué dudosa la vitoria;  
pero entre el confuso estruendo  
de las armas pudo el Conde  
romper la guarda, y saliendo  
en un caballo a la vista  
de los alemanes, luego  
que le vieron dieron voces:  
“¡A ellos, San Jorge, a ellos!”  
Y rompiendo y derribando,  
cual suele el airado cierzo

esparcir las secas hojas  
de los álamos y fresnos,  
llegaron a la batalla  
del bravo Ali, donde, asiendo  
el Conde a su alférez Zayde,  
el guión de lunas lleno:  
“¡Vitoria!”, dijo, y tras él,  
“¡Vitoria!” todos diciendo,  
se hizo el mayor estrago  
que de romanos y griegos  
éstos vieron en Cartago,  
y en Troya vieron aquéllos.  
El valor de Federico  
fué tan grande, que sospecho  
que de Pirro y Alejandro  
queda el valor por el suelo.  
La presa ha sido notable  
de oro y esclavos, y entre ellos,  
Fátima, que de Corón  
iba a Persia, con intento  
de ser mujer de Selín.

OTÓN. No digas más, que no puedo  
sufrir tan alegres nuevas.  
Vuélveme a ver, que te quiero  
honrar de lo que mereces.  
¿Vienen cerca?

FABIO. No están lejos.

OTÓN. Ven, Marcela, a recibirlos.

MARCELA. ¿Viene bueno el Conde?

FABIO. Bueno.

MARCELA. Este anillo es tuyo.

FABIO. Logre  
tus verdes años el Cielo.

(Vanse OTÓN y MARCELA; éntre OTAVIA.)

OTAVIA. Cierta es mi dicha, pues ya,  
Fabio, mis ojos te ven.

FABIO. Y la de Fabio también,  
pues en tu presencia está.

OTAVIA. En fin, ¿viene mi Teodoro?

FABIO. Viene, y vitorioso viene.

OTAVIA. Fabio, mi alma no tiene  
para estas nuevas tesoro.  
Sírvete de esta cadena  
y cuéntame cómo está.

FABIO. Las cajas lo dicen ya;  
que, tras una grande pena,  
luce más el alegría.

OTAVIA. Si alegría puede dar  
la muerte como el pesar,  
hoy me ha de matar la mía.

(*Salen CELÍN, AUDALLA, ALÍ, SOLDADOS, FEDERICO, TEODORO, con bastones; FÁTIMA, MARCELA y OTÓN.*)

FEDERICO.

Llegad, turcos, al pie del César nuestro.

TEODORO.

Hasta agora habéis sido desdichados.

AUDALLA.

¡Dadnos, señor, los pies!

ALÍ.

El valor vuestro,  
con ser vencidos, nos levanta honrados.

OTÓN.

¡Oh, Federico! ¡Oh, Capitán más diestro  
que cuantos tiene el mundo celebrados,  
que es corto espacio del distrito iberio:  
Príncipe os hago del sagrado Imperio!

Y a vos, Teodoro, os premiaré muy presto  
del bien que a este servicio corresponde.

FEDERICO.

Bien veis, Otavia, si he cumplido en esto  
la palabra que di, pues traigo al Conde.

OTAVIA.

Mi pecho en justa obligación has puesto.

FEDERICO.

Remite el premio, pues que sabes dónde,  
si fuere tan dichoso que te olvide.

OTAVIA.

Bien sabes tú lo que el servirte impide.

FEDERICO.

Esta famosa turca te presento,  
reina del Asia, porque es justa cosa  
rendirla a tu mayor merecimiento.

OTAVIA.

Es prenda de tu mano belicosa.

OTÓN.

Venid donde celebre mi contento  
la Corte, que os espera tan gozosa  
como merece tan feliz suceso.

(*Todos se vayan y queden OTAVIA y TEODORO.*)

TEODORO.

¿No hay quien le dé su libertad a un preso?

OTAVIA.

Ya esperaba, Teodoro de mi vida,  
verme sola por verme en esos brazos.

TEODORO.

Descanse en ellos alma tan rendida,  
que no hay [otra] prisión sino sus lazos.  
¿Cómo has estado?

OTAVIA.

Como está ofendida  
de la frígida noche en los abrazos  
la blanca aurora, que vencer porfía,  
en tanto que a las flores vuelve el día.

TEODORO.

Tú no de otra manera, sol hermoso,  
amaneces en mí, desenvolviendo  
del encendido rostro luminoso  
túnicas de arrebol; risas vertiendo,  
levántase el jacinto perezoso,  
la rosa carmesí se viene abriendo:  
tales mis pensamientos, del desmayo  
de tu ausencia, renacen a su rayo.

Cautivo estuve yo, sin alma, un día;  
ya dije al dueño injusto: "Advierte, moro,  
que soy de Otavia."

OTAVIA.

Y yo ¿qué le diría  
desde esta noche en que tu ausencia adoro?  
"Advierte, moro, que esa prenda es mía  
y que es Otavia del galán Teodoro."  
A entrambos cautivó, los dos lo fuimos:  
¡gracias a Amor, que libertad tuvimos!

TEODORO.

¿Qué hay nuevo por acá?

OTAVIA.

Que Otón se pierde  
por Marcela, la bella labradora.  
Ni hay Imperio o laurel de que se acuerde;  
y ella también, como es razón, le adora;  
ni hay bordado jardín, no hay campo verde,  
ni llorando cristal fuente sonora  
que juntos no visiten y frecuenten,  
ni pie de sauce donde no se asienten.  
Quien quiere ver a Otón, halla a Marcela;  
quien a Marcela, a Otón.

TEODORO.

¿Y llega a fuego  
ese amor que los junta y los desvela?

OTAVIA.

Pues ¿qué ha de hacer un poderoso ciego?  
Amor nunca a los términos apela

si por sí mismo puede hallar sosiego.  
Yo los he visto juntos.

TEODORO.

¡Por mil años!

OTAVIA.

En los ojos, Teodoro, no hay engaños.

(Salen CÉSAR OTÓN y AURELIO.)

AURELIO. Aquí está el Conde, señor.

OTÓN. Ya, Conde, que he despachado  
con cargos de tanto honor  
al uno y otro soldado  
del bárbaro vencedor,  
resta premiaros a vos.

TEODORO. Donde es el premio el servir,  
ya le tenemos los dos:  
sólo puedo yo pedir  
que os guarde mil años Dios.

OTÓN. Conde, yo tengo que daros  
una joya del mayor  
valor que puedo entregaros:  
que, a ser de menos valor,  
no pudiera de ella honraros.  
Es joya de mi corona,  
con que honrara mi persona  
como posible me fuera.

TEODORO. No poco, de esa manera,  
Vuestra Majestad la abona.

OTÓN. Creedme que todo el oro  
y los índicos diamantes,  
no igualan su gran tesoro.

TEODORO. Pues con joyas semejantes  
¿queréis honrar a Teodoro?

OTÓN. Sí, Teodoro; vos tenéis  
méritos al precio iguales:  
vos la joya merecéis.

TEODORO. Beso vuestros pies reales  
por la merced que me hacéis.

OTÓN. ¿Aurelio?

AURELIO. ¿Señor?

OTÓN. Traed  
la joya.

AURELIO. Por ella voy.

OTÓN. Veréis su valor.

TEODORO. Creed,  
señor, que confuso estoy  
de que me hagáis tal merced.

OTAVIA. (Nueva confusión me ofrece  
aquesta joya de Otón,  
pues que tanto la encarece;  
que premio con invención

más encubre que parece.  
¡Algún peligro me espera!  
Con mil temores encuentro  
que cualquiera el alma altera,  
y, en temiendo el alma adentro,  
no hay buen suceso de fuera.)

(Salen AURELIO y MARCELA vestida ricamente.)

AURELIO. Aquí está Marcela bella.

OTÓN. Esta es, Teodoro, la joya.

AURELIO. No hay qué ver después de vella.

OTÓN. Disculpa tuviera Troya  
si se perdiera por ella.  
Pues, Conde, ¿suspense estás,  
o es que su luz te desvela?

TEODORO. Miro el premio que me das.

OTÓN. Después de darte a Marcela,  
no tengo que darte más.

MARCELA. ¿Qué es, señor, lo que me quieres?

OTÓN. Que des la mano a Teodoro;  
fuera de que digna eres,  
es justo que este decoro  
se guarde a tales mujeres.

MARCELA. Obedecerte es muy justo.

OTAVIA. (¿Qué es lo que mirando estoy?)

OTÓN. General, dé aqueste gusto.

TEODORO. La mano, señor, le doy.  
(Mas con notable disgusto.) (Ap.)

OTÓN. No puedo yo agradeceros  
los servicios de otro modo.  
Esto, Teodoro, es quereros;  
esto es, con dároslo todo,  
honraros y ennobleceros.  
No os suspendáis; mirad bien  
que os doy más que pensé daros.

TEODORO. Señor...

OTÓN. Advertid también  
que aquí los ojos más claros  
menos que imaginan ven.  
Fiad de mí, que os está  
muy bien, y que el tiempo esconde  
lo que después se sabrá.  
¡Buena mujer lleváis, Conde!

TEODORO. Sí, señor. *Ella dirá.*

OTÓN. No hay más que decir que ser  
digna la honesta Marcela  
de ser de un César mujer.

TEODORO. (¿Hay más extraña cautela  
del amor y del poder? (Aparte.)  
Su amiga me ha dado Otón  
para premio y galardón  
de tantos servicios hechos.



¡Que así los ingratos pechos  
cumplen con su obligación!)

OTÓN. ¿No mostráis más alegría  
de este honor, conde Teodoro?

MARCELA. Como imitara la mía  
el Conde, señor, que adoro,  
alegre tuviera el día.  
(Triste parece que está.)

OTÓN. (Grande este bien le vendrá.)

AURELIO. (Parece que el rostro esconde.)

OTÓN. ¡Buena mujer lleváis, Conde!

TEODORO. Sí, señor. *Ello dirá.*

OTÓN. Es una prenda tan cara,  
digna de hombre tan fiel;  
porque menos os honrara  
si de mi frente el laurel  
a la vuestra trasladara.  
Vamos juntos donde os case  
el Arzobispo.

TEODORO. (¡Que pase  
esta desdicha por mí!  
¡Un rayo del Cielo aquí  
mis pensamientos abraze!  
¡Nunca de esclavo saliera!  
¡Nunca el bravo Federico  
con el socorro viniera!)

OTÓN. El desposorio más rico  
pienso hacer que si en su esfera  
casara el cielo a la luna  
con el sol.

OTAVIA. (¿Qué puedo hacer  
en tan contraria fortuna?)

TEODORO. (No hay resistencia al poder  
si no hay en la muerte alguna.)

OTÓN. Conde, lo que pena os da,  
sin que vos sepáis de dónde,  
mayor contento os dará.  
¡Buena mujer lleváis, Conde!

TEODORO. Sí, señor. *Ello dirá.*

(Todos se vayan y queden OTAVIA y FABIO.)

OTAVIA. ¡Fabio, Fabio! ¿Así te vas?

FABIO. No ha sido sin artificio  
elirme de esta manera.

OTAVIA. ¡Ay, Fabio querido! ¿Has visto  
mayor desdicha en el mundo?

FABIO. Dios sabe que no he sentido  
mayor tormento en mi vida.

OTAVIA. Todo lo que pudo hizo  
mi amor; pero mi fortuna  
ha hecho lo que ha querido.  
¿Qué es del poder de los tiempos?,

Fabio. ¿De qué me ha servido  
esperar horas cansadas,  
meses largos y prolijos,  
años que siglos parecen,  
siglos que son infinitos?  
¡Mal hayan las esperanzas,  
pues ocasiones han sido  
de las iras de este amor  
que me ha quitado el juicio!  
Rabias me abrasan, Fabio,  
y peligros, a quien rindo  
el sufrimiento del alma  
deshecho con tantos tiros,  
desdichas, fortunas, tiempos,  
horas, meses, años, siglos,  
esperanzas, ocasiones,  
iras, rabias y peligros.  
¡Ay de los bienes míos,  
que sólo me han dejado desvarios!  
¡El Conde casado, Fabio,  
y con Marcela! Maldigo  
las firmezas de su amor.

FABIO. Señora, humilde te pido  
tengas lástima de ti,  
pues el Conde no ha tenido  
la culpa de esta desdicha.

OTAVIA. ¡Ay, engaños atrevidos  
de un necio amor, que ha parado  
en celos!

FABIO. Hizo su oficio,  
que, como la nieve en agua  
y el fuego en humo, en olvido  
amor, la esperanza en aire.

OTAVIA. ¡Suspiros, haced camino  
al fuego de tanto amor!  
¡Pensamientos, yo os suplico  
que, pues ya las confianzas  
tan bajamente han mentido,  
no penséis en mi remedio,  
pues está el remedio mío  
en no pensar en los bienes,  
pues ya son bienes perdidos!  
Envidia de los ajenos  
me mata, bastante indicio  
de que los perdí.

FABIO. Señora,  
vuelve en ti, que el dolor mismo  
se incita y mueve en las quejas.

OTAVIA. ¿Quién eres, sombra?

FABIO. ¡Oh, qué lindo!

¿No me conoces? Yo soy.

OTAVIA. ¡Oh, falso amigo!

FABIO. Tan limpio  
pecho, ¿merece ese nombre?

OTAVIA. Sí, que todos me han vendido:  
Conde, Marcela, firmezas,  
engaños, celos, suspiros,  
pensamientos, confianzas,  
envidias, falsos amigos.  
¡Ay de los bienes míos,  
que sólo me han dejado desvaríos!

FABIO. Señora, ya está casado  
el Conde.

OTAVIA. ¡Oh, fiero enemigo!  
¡Quitaréte yo mil vidas!

FABIO. ¡Mentí, señora! ¡No digo  
que está casado!

OTAVIA. Sí, Otón  
esas palabras le dijo.  
¿Cómo puede Otón quitarme  
lo que claramente es mío?  
¡Haz cuenta que eres Otón!

FABIO. ¡Suéltame, que es gran delito  
prender a un Emperador!

OTAVIA. Puesto en tu libre albedrío,  
¿casarás al Conde luego?

FABIO. ¡No haré, por Dios!

OTAVIA. Los servicios  
de Teodoro, ingrato, ¿pagas  
con darle tu amiga?

FABIO. Ha sido  
muy grande bellaquería.  
(¡Vive Dios, si me deslizo!)

OTAVIA. ¿Los Capitanes se pagan  
con premios, Rey, tan indignos?  
¡Mal hayan los fieros turcos  
y los soldados amigos!  
Éstos, porque no le dieron  
la muerte entre aquellos ríos,  
y los otros, porque fueron  
leales en los peligros.  
¡Mal hayan, amén, las armas  
que los genízaros bríos  
quebrantaron!

FABIO. Mira, Otavia,  
que ofendes el nombre antiguo  
de tus clarísimos padres.

OTAVIA. ¡Quedaran en aquel sitio  
cautivos, pues tantas guerras  
los hicieron tan altivos!  
Si las paces traen las penas  
y las glorias he perdido,  
contra mí fué la vitoria,  
¿no es verdad?

FABIO. Yo soy testigo.

OTAVIA. ¡A mí me han quitado el alma!  
Marcela de un monte vino  
a ser amiga de Otón.

FABIO. Señora, no es ese estilo  
digno de quien eres. Mira...

OTAVIA. ¡Oh, perro, mis celos miro!  
¿Ves que me abrasan serpientes  
y hasme dado por arbitrio  
que calle? ¡A puros bocados  
te haré...

FABIO. ¡Tente!

OTAVIA. ¡Un áspid libio  
son mis celos, y mi amor,  
un scítico basilisco!

FABIO. ¡Ay, que me mata!

OTAVIA. ¿Huyes, perro?

FABIO. (El pescuezo me ha mordido.)

OTAVIA. ¡Otón, capitanes, turcos,  
soldados, armas, cautivos,  
guerras, paces, penas, glorias,  
serpientes y basiliscos!  
¡Ay de los males míos! [do!]  
¡Casóse el Conde, perderé el senti-

ACTO TERCERO

DE Ello dirá.

(Sale OTÓN y AURELIO.)

AURELIO.

Conozco que notables me parecen  
los méritos, señor, de Federico,  
pues tu gusto y favor los encarecen;  
mas que mires, primero, te suplico  
que ayer vivía un monte para dalle  
hija de Rey tan poderoso y rico.

OTÓN.

Casé a Marcela, y tengo de casalle  
igual, si no mejor, aunque una aldea  
tenga por patria y por linaje un valle.

La causa yo la sé; ninguno crea  
que me falta ocasión. La bella Antonia  
quiere que su mujer, Aurelio, sea.

AURELIO.

No pienso yo que ha de tomar Polonia  
con gusto el dar su Infanta, y que parece  
este tu amor confusa Babilonia.

Diste a Marcela al Conde: bien merece

por su virtud y su hermosura al Conde,  
casamiento que tanto la engrandece;  
Mas Federico con Antonia...

OTÓN.

Esconde  
algún secreto, Aurelio, Federico,  
que con esa grandeza corresponde.

Que bien merece, pues que yo le aplico,  
tan noble casamiento.

AURELIO.

Vuestra Alteza  
se entiende.

OTÓN.

En el favor lo significo,  
y aun le diera el laurel de mi cabeza.

(Sale MARCELA.)

MARCELA. Por última vez, señor,  
vengo a besarte las manos.

OTÓN. No hay en los males humanos  
otro de mayor rigor.

En fin, Marcela, ¿te vas?

MARCELA. Quiere el Conde, mi marido,  
llevarme a su tierra.

OTÓN. Ha sido  
lo que no pensé jamás;  
que si perdiste pensara  
de mis ojos, no te diera  
al Conde.

MARCELA. Yo bien quisiera  
que esta partida excusara;  
pero debe de ser justo  
ver su tierra.

OTÓN. La razón  
es cumplir tu obligación  
y dar a tu esposo gusto.  
¿Vate bien con él?

MARCELA. Muy bien.

OTÓN. Parece que triste estás.  
¿Qué es esto? Indicios me das  
Marcela, de algún desdén.  
Retírate un poco aquí.  
(¿Qué tienes? ¿No estás contenta?)  
¿O es porque Teodoro intenta  
hoy apartarte de mí?  
Dime toda la verdad.  
¿No te agrada tu marido?  
¿No tiene buen talle?

MARCELA. Ha sido  
ponerme tu majestad

entre dos montes de hielo  
el entregarme a sus brazos;  
no porque en mejores lazos  
pudiera ponerme el Cielo,  
pues me casé enamorada;  
mas porque debe de ser  
la falta mía, o tener  
el Conde el alma ocupada.  
Mándasme decir verdad:  
no soy, señor a su gusto,  
pues no se le doy.

OTÓN. ¡Qué injusto  
premio a tanta voluntad!

MARCELA. No me ha tomado una mano  
cuanto ha que soy su mujer,  
y tenerla y no tener  
gusto en un campo tan llano  
como es el de un aposento  
de dos casados, señor,  
o al Conde le falta amor  
o a mí su merecimiento.

OTÓN. Dado me has la mayor pena  
que pensé tener jamás.  
Agora a su tierra vas,  
donde, por ventura, ordena  
el Conde con más espacio  
tratar de cosas de amor,  
que debe de hacer valor  
el respeto de Palacio.  
Y, fuera de esto, la guerra  
divertido le traerá;  
yo pienso que te querrá  
con mucho gusto en su tierra.  
Vete, Marcela, en buen hora  
con él y mi bendición,  
que mal reconoce a Otón  
quien no te estima y adora.  
No llores; vete con Dios.

MARCELA. No me deja hablarte el llanto.

OTÓN. Ni yo pensé sentir tanto  
el dividirnos los dos.)

(Váyase MARCELA y entre el Conde con FABIO.)

TEODORO. Ya vengo a besar tus pies  
y a que me des tu licencia.

OTÓN. Siento, Teodoro, tu ausencia;  
y así, quiero que me des  
los brazos una y mil veces.  
Marcela se va de aquí,  
donde me ha dicho de ti  
que estimas lo que mereces.  
Estoy muy agradecido,

Conde, a que la quieres bien;  
que aunque ella por sí también  
lo tiene tan merecido,  
quiero yo reconocer  
esta misma obligación,  
que no hay más vida en Otón,  
Conde, que vuestra mujer.  
¿Está con sospechas ya  
de algún hijo? ¿Estáis contento?

TEODORO. Mucho, señor.

OTÓN. Lo que siento  
veros partir, claro está.  
En fin, ¿ya tenéis sospecha  
de que tendréis sucesión?

TEODORO. Sí, señor. (¡ Con qué pasión *(Ap.)*  
habla en cosa tan mal hecha!  
Hijo debe de tener  
en Marcela el Rey, y aquí  
por él me pregunta a mí;  
pues poco sabe el poder.  
¡ Pues, vive Dios, que si es suyo  
que no corra por mi cuenta,  
y que he de vengar mi afrenta,  
y que ha de saberse cuyo!  
¿ Hay cosa tan mal pensada  
con un hombre como yo?  
¿ Este premio mereció  
mi voluntad y mi espada?  
¿ Para aquesto le serví?)

OTÓN. Conde, a vuestra tierra vais;  
en la mujer que lleváis  
lleváis gran parte de mí.  
Dalde, en señal de mi amor,  
este diamante; estimalda,  
Conde, en mucho y respetalda,  
haciéndole más favor,  
que nos importa a los dos  
que os honréis de merecella,  
porque hay un secreto en ella  
por donde es mejor que vos.

(*Vase OTÓN con AURELIO.*)

TEODORO. ¿Qué sientes de esto?

FABIO. No sé;  
todo es confusión y pena.

TEODORO. Si lo entiendo como suena,  
bien mi deshonra se ve.  
¿Parte en Marcela mejor  
que yo es llevarla preñada  
de Otón?

FABIO. Mal interpretada  
razón, y es notable error;

que Otón es príncipe honesto  
y de costumbres reales.

TEODORO. Amor, en sucesos tales,  
es muy necio y descompuesto.  
Tiénele tanto, que aquí  
sólo, Fabio, le faltó  
decirme que advierta yo  
que su sustituto fui.

¿Qué atrevido es el poder!

¿No oíste aquella razón  
“que no hay más vida en Otón,  
Conde, que vuestra mujer”?

Pues calle Otón y verá  
lo que le dura la vida,  
que mi paciencia ofendida  
tomar venganza sabrá.

¿A mí su amiga, y preñada?

FABIO. Loco estás, y ese furor  
más nace de ajeno amor  
que de ofensa imaginada.  
Pero si preñada está  
y tan desdichado fueses,  
antes de los nueve meses  
cabales *ello dirá*.

TEODORO. Está tan ciego y perdido,  
que me dice claramente  
a mí mismo lo que siente.

(*Sale OTAVIA.*)

OTAVIA. ¿Aquí estás? ¿Aún no eres ido?

TEODORO. ¿Tanto deseo has tenido  
de verme lejos de ti?

OTAVIA. Pues ya ¿qué me importa a mí  
que estés más cerca o más lejos,  
si has quebrado los espejos  
donde me viste y te vi?

Antes, cuanto más estás  
adonde yo pueda verte,  
tanto para aborrecerte  
más ocasiones me das.

TEODORO. Por lo menos, no dirás  
que tuve culpa en casarme.

OTAVIA. Sí; mas no podrás negarme  
que estás casado.

TEODORO. Es verdad;  
mas no con mi voluntad,  
que pudo el poder forzarme.

OTAVIA. Fuerza o no fuerza, tú tienes  
mujer y yo te perdí,  
y en no siendo para mí  
tarde disculpas previenes.

TEODORO. No pierdes mucho, pues vienes



a ganar a Federico.  
 OTAVIA. ¡Qué necios celos!  
 TEODORO. Aplico  
 remedios a un loco amor.  
 OTAVIA. El de Marcela es mejor.  
 Que la quieras te suplico.  
 TEODORO. No la he tomado una mano,  
 ¡por el cielo que nos viste  
 de luz!  
 OTAVIA. ¿Por qué?  
 TEODORO. Porque fuiste  
 quien me dijo que el tirano  
 Otón, tenías por llano,  
 que era dueño de Marcela.  
 OTAVIA. Yo no te hablé con cautela.  
 TEODORO. Comoquiera que haya sido,  
 mi honor, Otavia, ofendido,  
 a justa venganza apela.  
 Quédate adiós, que muy presto  
 sabrás si el Emperador  
 se ha de burlar de mi honor,  
 atrevido y descompuesto.  
 OTAVIA. Espera.  
 TEODORO. Ya voy dispuesto  
 a darle a entender que está  
 el agravio en quien le da,  
 no en quien ninguno recela.  
 OTAVIA. Pues ¿qué has de hacer de Marcela?  
 TEODORO. ¿Qué he de hacer? *Ello dirá.*

(Váyase el CONDE y FABIO, y éntre FEDERICO.)

FEDERICO. ¿Ha sido la despedida  
 muy llorada de los dos?  
 OTAVIA. ¿Haslo escuchado?  
 FEDERICO. ¡Por Dios,  
 que me quitara la vida!  
 Pero sí es bien que te pida  
 la palabra que me has dado.  
 A tiempo habemos llegado  
 que te la puedo pedir  
 y que la puedes cumplir,  
 pues ya está el Conde casado.  
 Bien sabes mi sufrimiento;  
 que amando todo lo alcanza,  
 y que puse mi esperanza  
 poco menos que en el viento.  
 La fe de mi pensamiento  
 bien merece esta vitoria,  
 pues, ignorando la historia  
 de tantos sucesos llena,  
 puse el alma en tanta pena  
 sin esperanza de gloria.

Amar con satisfacción  
 de que es un hombre querido  
 no es mucho; mas mucho ha sido  
 sin esperar galardón.  
 Si las esperanzas son  
 las que entretienen amando,  
 yo, que amé desesperando,  
 ¿qué no merezco de ti,  
 y más la vez que te vi  
 por otro amor suspirando?

El Conde es ido; ya estás  
 en tu libertad, ni creo  
 que le disculpes, pues veo  
 que pudo quererte más.  
 En obligación me estás,  
 pues me mandó Amor que espere  
 fe de quien por otro muere;  
 pues no hay más notable amor  
 que el que, sin mirar su honor,  
 donde le aborrecen quiere.

OTAVIA. No dudo que agradeciera  
 tu amor si en esta jornada  
 no fuera tan desdichada  
 que al mismo paso perdiera  
 la esperanza que pusiera  
 en tu amor si has de casarte.  
 Por eso no quiero amarte,  
 que sé que te casa Otón,  
 y fuera injusta razón  
 para perderte estimarte.

Bien pensaba yo tener  
 en tu esperanza sagrado  
 donde escoger mi cuidado;  
 pero ya tienes mujer.  
 A nadie quiero querer;  
 que si Amor a amar forzó  
 para perderle, eso no;  
 y, pues es con tanto azar,  
 quien se quisiere casar  
 diga que le quiera yo.

FEDERICO. Otavia, dicen verdad.  
 Casarme pretende el Rey;  
 pero no hay tan fuerte ley  
 que obligue la voluntad.  
 No menos que majestad  
 me ofrece Otón; mas en ti  
 hay mayor bien para mí.  
 No creas que pueda ser  
 tener ajena mujer.

OTAVIA. El Conde lo dijo así.  
 No más amor, Federico.  
 Vete con Dios; libre estoy.

FEDERICO. Si esta palabra te doy,  
¿tan poco amor signífico?  
OTAVIA. Polonia es dote más rico.  
No quiero engaño segundo.  
En mis desdichas me fundo;  
que como mío le nombre  
perderéle; que hombre a hombre  
casará Otón todo el mundo.

(Vase.)

FEDERICO.

¿Estáis contentos de mi engaño, engaños?  
¿Hay más en que os engañe el pensamiento?  
No lo estamos, Amor, que no hay contento  
adonde viven tantos desengaños.

Pensé que mis temores a mis daños  
pusieran fin con tanto sufrimiento:  
como esas esperanzas lleva el viento  
y en flores suelen mal lograr los años.

Diréis que en pretender no he sido cuerdo,  
pues engañaba la esperanza mía,  
que de solo un favor jamás me acuerdo.

Pero ¿qué mayor dicha ser podía,  
pues por lo menos la esperanza pierdo,  
que es el mayor contrario que tenía?

(Música de labradores y baile; SALICIO, LAURA,  
CLARIDANO, ELPINO, el CONDE, MARCELA y FA-  
BIO.)

“Viva el mayo y los amores  
y viva el Conde;  
viva el mayo que florece,  
y viva el Conde;  
los montes con los laureles,  
y viva el Conde;  
los jardines con claveles,  
y viva el Conde.  
Viva el Capitán valiente,  
y viva el Conde;  
para que los turcos tiemblen,  
y viva el Conde.  
Su esposa, que con él viene,  
por muchos años le goce,  
y viva el Conde.  
Viva el mayo y los amores,  
y viva el Conde;  
viva el Conde vitorioso,  
y viva el Conde;  
que mata turcos y moros,  
y viva el Conde.  
En estos prados y sotos,  
y viva el Conde,

salten venados y corzos,  
y viva el Conde;  
sus frutos le rindan todos,  
y viva el Conde;  
y por mil años dichosos  
Marcela y él se desposen,  
y viva el Conde;  
viva el mayo con sus flores,  
y viva el Conde.”

LAURA. Mil años vivan, amén,  
el señor Conde y la Conda.  
Dalde todos parabién  
por que a los ecos responda  
alegre la mar también.  
No quede un ave en el valle  
que el pico amoroso calle;  
canten las fuentes y el viento;  
que, si da envidia el contento,  
todos pueden murmuralle.

ELPINO. Para bien seáis venido,  
matador de turcos fieros;  
ni olmo en prado, ni ave en nido,  
deja de inclinarse a veros,  
de vuestra ausencia ofendido;  
y enojárale ¡por Dios!  
vuestro discurso importuno,  
a no ser disculpa en vos  
que a la corte fuisteis uno  
y a la villa volvéis dos.

SALICIO. Yo, que con años mayores  
más contento tengo en veros,  
quisiera ¡oh, claros señores!  
de nuestro monte ofreceros  
todas las frutas y flores.  
Mas pues tan estéril suelo  
sólo produce lealtad,  
entre montañas de hielo  
recebid la voluntad  
y pareceréis al cielo.

TEODORO. Estoy muy agradecido  
de la que me habéis mostrado.

CLARIDANO. Por todos la mano os pido.

TEODORO. Llevad a mi esposa al prado,  
con vuestras almas florido;  
entretenedla esta tarde  
con vuestro rústico alarde.

MARCELA. Mucho me he holgado de veros.

LAURA. Y nosotros de teneros  
por señora.

MARCELA. Dios os guarde.

ELPINO. Venid al prado y veréis  
los mancebos con mil juegos

y bailes, con que os holguéis;  
que para la noche hay fuegos  
que arderse el monte diréis.  
Correr quieren dos novillos  
ensortijados y hosquillos,  
que tan mal la furia aplacan,  
que con los bufidos sacan  
de los rastros los grillos.  
Ea, venid, que también  
correrán sortija, adonde  
las yeguas más gusto os den.

MARCELA. Con vuestra licencia, Conde.

TEODORO. Después iré yo también.—

*(Váyanse todos y quede el CONDE y FABIO.)*

FABIO, ya el tiempo llegó  
en que conocer pretendo  
lo que tengo en tu lealtad.

FABIO. Ya temo tu pensamiento,  
porque se anticipa el mío  
al más extraño suceso  
que ha producido el agravio  
desde que vieron los tiempos  
la venganza de los hombres.

TEODORO. Marcela...

FABIO. Mira primero  
lo que intentas.

TEODORO. No te pido  
para estas cosas consejo;  
remedio te pido, Fabio.  
Marcela, por justo acuerdo,  
ha de morir.

FABIO. No sin causa  
temiendo estaba el decreto  
de tu intento vengativo,  
de tu acelerado pecho.

TEODORO. No tanto como tú piensas,  
pues ha días que lo pienso  
y lo tengo bien mirado.

FABIO. En efeto, ¿no hay remedio?

TEODORO. Fuera de matarme yo,  
otro ninguno le siento.  
¿No dije que ello diría  
a Otón? Pues dirá muy presto,  
con la muerte de Marcela,  
lo que responderle tengo.  
¿En mi casa sucesión  
de otra sangre, de hombre ajeno?  
No, Fabio; no eres honrado  
si me das tan vil consejo.

FABIO. Señor, no sé qué te diga;  
en todo peligros veo:

en que viva, pues infama  
tu sangre y tus claros hechos;  
en que muera, pues Otón,  
cuando viniese a entendello,  
ha de vengarse en tu vida.

TEODORO. No importa, Fabio. Más quiero  
de mi opinión la inmortal,  
que dura siglos eternos,  
que la que tan presto acaba,  
pues todos morir tenemos.  
Ve al campo, saca a Marcela  
de entre sus vasallos luego;  
di que en la orilla del mar  
con una barca la espero,  
y, en teniéndola a la orilla,  
arrójala al mar soberbio,  
donde, en círculos de espuma,  
dé sepultura a su cuerpo.

FABIO. ¿No podría ser que el mar  
dijese nuestro secreto  
y la volviese a la orilla?

TEODORO. Entonces decir podremos  
que ella propia se echó en él  
de amores de Otón.

FABIO. El Cielo  
nos favorezca, que voy  
temblando.

TEODORO. Fabio, no tengo  
hombre en mi casa, en mi tierra,  
en mi ejército, en mi pecho,  
más confidente que tú.

FABIO. ¿Con qué dolor te obedezco!

*(Vase FABIO.)*

TEODORO.

Dichosa la nación, pues la ha tenido  
el mundo alguna vez, y aun tiene ahora,  
que no sabe qué es honra ni atesora  
campos de viento que sepulta olvido.

Muy noble es el honor cuando, adquirido  
de armas o letras, los blasones dora,  
y más aquel que la virtud decora;  
mas no el que en la mujer fundado ha sido.

No blasones, honor, de tus guirnaldas  
ni te coronas más la indigna frente  
de zafiros, diamantes y esmeraldas;  
pues eres una cosa, finalmente,  
que puede una mujer, a las espaldas  
de un hombre, deshacer tan fácilmente.

*(Sale ROSELO.)*

ROSELO. ¿Aquí está el Conde?

TEODORO. ¿Quién es?  
ROSELO. ¿No conoces a Roselo?  
TEODORO. Roselo amigo, ¿en mi tierra?  
¿Tú en mis lugares? ¿Qué es esto?

ROSELO. A llamarte Otón me envía;  
Teodoro, a llamarte vengo,  
que no se atreve a fiar  
de ningún hombre su ejército.  
Selín ha entrado en persona  
por Alemania soberbio,  
de genizaros de Albania,  
de persas, turcos y griegos.  
Ama a Fátima Selín,  
y jura que a sangre y fuego  
ha de abrasar esta vez  
las águilas del Imperio.  
Ya le pidió Federico  
la gente; mas su deseo  
no fué de Otón admitido,  
que dice que los ejemplos  
de tu valor no permiten  
fiar de otro brazo el reino.  
Hoy has de dejar tu esposa.

TEODORO. ¿Y cómo si será cierto,  
Roselo, el dejarla aquí!

ROSELO. Con suspiros no lo entiendo.

TEODORO. Por el camino sabrás  
mi desventura, Roselo.

ROSELO. ¿Desventura, Conde?

TEODORO. Sí,  
que los bienes que tenemos  
en la tierra son prestados,  
porque no hay, fuera del Cielo,  
cosa firme, y es engaño  
poner confianza en ellos.

(Vanse. Salen FEDERICO y OTAVIA.)

OTAVIA.

¿Quién quieres que resista,  
Federico, la fuerza de tus tiros?

FEDERICO.

Otavia, mi conquista  
no tiene más valor que mis suspiros;  
con ellos te pretende  
el alma, que tu injusto hielo enciende.

Diez años estuvieron  
los griegos sobre Troya; al fin los años  
la vitoria les dieron,  
ya fuese por valor, ya por engaños,  
que aquel caballo griego  
llevaba el alma de armas y de fuego.

No se apartó el Romano  
del muro de Numancia hasta ponelle  
como la tierra llano,  
ni al gallardo Jasón pudo vencelle  
el mar jamás rompido,  
que le espantaba con feroz bramido.

Ulises no volviera  
a su amada Penélope gozoso  
si astuto no venciera  
con el tostado leño el riguroso  
gigante y las sirenas,  
de dulces voces y de engaños llenas.

OTAVIA.

El tiempo, Federico,  
puso por tierra la feroz Cartago,  
y el Imperio más rico  
en más humilde y miserable estrago.  
mira el tiempo pasado y el que viene.

La antigua Monarquía  
de Jerjes, cuyo ejército una puente  
Con dos caras que tiene,  
sufrir al mar hacía,  
cesó de la memoria de la gente,  
y en bárbaro distrito  
cayeron las pirámides de Egipto.

No soy fiera Numancia,  
ni Troya soy; rendíme a tanto ruego;  
mas será de importancia,  
ya que mi hielo derribó tu fuego,  
que Otón dé su licencia.

FEDERICO.

Nunca amor, para amar, tuvo obediencia.

Mas pues así lo quieres,  
yo le daré de mis intentos parte.

OTAVIA.

Amando las mujeres  
no hay respeto de honor que nos aparte;  
pero en siendo rogadas,  
miramos mucho en no quedar culpadas.

(Salen AURELIO y OTÓN.)

AURELIO.

Tendidas las banderas  
marcha el Turco feroz, y del Danubio  
espanta las riberas,  
y como suele rápido diluvio  
llevarse las aldeas,  
que cubre de algas y de secas neas,  
así de sangre y fuego  
las heredades y lugares cubre.



FEDERICO.

Si admitieras mi ruego,  
que tal parte del alma te descubre,  
yo hubiera castigado  
al fiero Turco de soberbia armado.

Ejemplo en mí tenías  
para fiarme, gran señor, tu gente.

OTÓN.

Conozco que podías,  
Federico, con ánimo valiente  
volver al Turco airado  
al Asia fugitivo y castigado;  
mas dicha y experiencia  
de Teodoro me han dado confianza  
que le harán resistencia.

FEDERICO.

No te engaña del Conde la esperanza;  
y pues en él la tienes,  
algo has de hacer por mí.

OTÓN.

Seguro vienes.

FEDERICO.

Dame, señor, a Otavia.

OTÓN.

¿A Otavia?

FEDERICO.

Esta te pido en casamiento.

OTÓN.

Mi amor tu engaño agravia.  
Levanta, Federico, el pensamiento  
para cosas mayores.

FEDERICO.

¿Mayores?

OTÓN.

Basta que la causa ignores.  
Yo te tengo casado  
con la gallarda Infanta de Polonia.

(Sale un CRIADO.)

CRIADO.

Ya Teodoro ha llegado.

OTÓN.

Perdona, Otavia, que el valor de Antonia  
es célebre en el mundo.

OTAVIA.

Merced me has hecho.

OTÓN.

Otros intentos fundo.

(Salen ROSELO y el CONDE, vestido de luto.)

TEODORO. Dame, invictísimo Otón,  
tus pies a besar.

OTÓN. ¿Qué es esto?  
¿Quién de luto te ha compuesto,  
Conde, en aquesta ocasión?  
¿Recién casado te vistes  
de ese color?

TEODORO. No podía  
durar en mí la alegría,  
porque es violenta en los tristes.

OTÓN. ¿Buen agüero de vitoria  
es venir un General  
vestido de luto!

TEODORO. Es tal  
la pena cual fué la gloria.—  
Dile, Roselo, a su alteza  
mi desdicha.

ROSELO. No me espanto,  
Conde, que te oprima el llanto  
y enmudezca la tristeza.—  
Sepa Vuestra Majestad  
que es muerta Marcela.

OTÓN. ¿Quién?

ROSELO. Marcela.

OTÓN. (Cumpliósese bien  
mi recelo. ¿Hay tal crueldad?)  
¿Marcela es muerta?

ROSELO. Señor,  
a la voluntad del Cielo  
¿quién resiste?

OTÓN. ¿Qué consuelo  
me sabrá dar mi valor?  
Rasgue mi frente el laurel  
que vió en esfera tan alta,  
pues la mejor piedra falta  
que resplandeciera en él.  
Entre en mis tierras Selín,  
y en una jaula mi altivo  
pecho le sirva de estribo  
o ponga a mi vida fin.  
Muerta Marcela no habrá  
para mí jamás contento.  
¡Ah, Conde, tal tratamiento  
el vuestro habrá sido allá!

¡Ah, Conde, que no sabéis  
lo que en ella habéis perdido!  
Yo espero que arrepentido  
antes de mucho os halléis.  
Salid de la corte luego,  
y agradeced que no hago  
en vos un eterno estrago  
poniendo, villano, en fuego  
vuestra persona y la tierra  
vil que no la mereció,  
**que basta que sepa yo  
qué valor Marcela encierra.**  
No entréis en la corte más,  
que no os quiero ver ni oír,  
pues no me podréis servir,  
si no es de dolor, jamás.

(Váyase OTÓN, AURELIO y ROSELO.)

FEDERICO. Quisiera hablarte, y no puedo;  
pero si como villano  
ensangrentaste la mano,  
de que con sospechas quedo,  
yo tomaré la venganza  
a que vuelve el rostro Otón.

(Vase FEDERICO, OTAVIA y TEODORO quedan.)

TEODORO. Todas estas cosas son  
mi desdicha y tu mudanza.  
A ti te doy la respuesta,  
Otavia, que aquí negué,  
como a quien la causa fué  
de lo que tu amor me cuesta.  
¡Ay, Otavia! Yo he librado  
de tanta infamia mi honor;  
mas debo a solo tu amor  
el haberlo ejecutado.

OTAVIA. Marcela es muerta por ti.  
Pésame más, mucho más,  
de ver que culpa me das,  
pues no está la culpa en mí.  
Que si tu honor te obligó,  
como causa que es tan fuerte,  
y por él la has dado muerte,  
no tengo la culpa yo.

TEODORO. ¡Mi honor! Ya confieso, Otavia,  
que me ha dado la ocasión  
con sospechas de que Otón  
injustamente le agravia.  
Pero no hubiera tenido  
fuerzas, ánimo y valor  
si no me las diera Amor

y el cobrar mi bien perdido.  
Yo voy por ti desterrado;  
pero no será castigo,  
si quieres venir conmigo,  
satisfacción del cuidado  
que justamente me debes,  
a la tierra en que serás  
señora, y donde tendrás,  
puesto que en lugares breves,  
la corte de mis sentidos,  
la grandeza de mi amor.

OTAVIA. No reparara el honor,  
tras tantos bienes perdidos,  
en ir a ser tu mujer  
como no temiera a Otón.

TEODORO. Otón está en ocasión  
que me ha de haber menester;  
y aunque de esto agravio infieres,  
no le temas enojado,  
que más le importa un soldado  
que mil hermosas mujeres.  
Ven, señora de mi vida,  
a una tierra que te adora,  
y a ser de un alma señora,  
de quien has de ser servida.  
Prados, montes, verdes selvas,  
todos te están esperando,  
y, como a su sol, rogando  
que amanecer te resuelvas.  
No hay fruta en ramo, no hay flor  
en cogollo que no aguarde  
tu mano; no estés cobarde  
en pagarles tanto amor.  
Por ti preguntan las fuentes  
y, con labios de cristal,  
repiten tu celestial  
nombre en sus claras corrientes.  
Por ti despiertan las aves  
al aurora; mas agora  
no es de aquel monte la aurora,  
sino del cielo que sabes.  
Vamos, que amor que repara  
no es amor.

OTAVIA. Tienes razón;  
cuanto puede hacer Otón  
en darme la muerte pára.  
Pues vamos, que ya querida  
de ti y Marcela acabada,  
la muerte, Conde, me agrada,  
que tú me bastas por vida;  
porque vivir de otra suerte  
es mentira y es rigor.

TEODORO. Pagaste, Otavia, mi amor.  
Agora venga la muerte.

(Vase. Salen turcos, CELÍN y SELÍN.)

SELÍN.

El mismo Otón, Celín, contra mí viene.

CELÍN.

Dicen que dijo, gran señor, sabiendo  
que del Asia bajabas en persona,  
que fuera hacer agravio a tu corona  
si menos que la suya te buscara.

SELÍN.

Fátima pienso que le cueste cara.

CELÍN.

Bien te la volverá si tú la quieres.

SELÍN.

¿Dónde la tiene allá?

CELÍN.

Con sus mujeres,  
aunque sospecho que la dió en presente  
el General a cierta dama suya.  
Alí y Audalla viven en la corte  
sin más prisión que sola su palabra.

SELÍN.

De que los trate bien envidia tengo,  
y con deseos desde Persia vengo  
de ver el mayor Rey de los cristianos.

(Sale MARCELA en hábito de pastorcilla.)

MARCELA.

Ya no tengo remedio; di en sus manos  
del bárbaro cruel, si alguno puede  
serlo mayor que el Conde, pues excede  
los del Asia en crueldad.

SELÍN.

¿Qué gente es ésa?

CELÍN.

Tente, mujer.

MARCELA.

¿Qué resistencia temes  
de lo que miras?

CELÍN.

Una pastorcilla  
de aqueste monte, orilla el mar huyendo,  
dió en nuestras manos.

SELÍN.

Di, mujer, ¿quién eres?

MARCELA.

La más dichosa fui de las mujeres  
de aqueste monte ¡oh, Príncipe del Asia!  
mientras que un bien, aunque prestado, tuve.  
Pasó como en verano presta nube,  
y voy sin él por estas asperezas.

SELÍN.

¿Qué tierra es ésta?

MARCELA.

Montes y malezas,  
con cuatro labradores que las viven.

SELÍN.

¿Qué se dice de Otón?

MARCELA.

Dicen que viene  
contra tu gran poder con cien mil hombres.

SELÍN.

¿Cien mil?

MARCELA.

Y no son muchos; no te asombres,  
que Alemania es poblado por extremo,  
y no hay hombre que en viendo una bandera  
no salga con las armas.

SELÍN.

Celín, temo  
la soberbia de Otón.

CELÍN.

Al mar te vuelve  
contento del estrago de esta tierra,  
que amenaza el invierno las montañas  
y es más para temer que cien mil hombres.

SELÍN.

Llama a consejo esos Bajas.

CELÍN.

¿Mandas  
llevar esta mujer?

SELÍN.

Por estas nuevas  
la dejad libre.

MARCELA.

Tu grandeza pruebas,  
aunque, según me trata mi desdicha,  
esconderme en la mar tuviera dicha.

(*Todos se vayan. Sale FABIO en hábito de villano.*)

FABIO. Desde esos pelados riscos  
y peñas de arroyos llenas,  
que para cubrirme apenas  
daban humildes lentiscos,  
mirando estuve, Marcela,  
tu atrevimiento en llegar  
tan a la margen del mar.

MARCELA. Ninguna cosa recela  
quien no tiene que perder,  
y el no huir de la ocasión  
es más desesperación  
que atrevimiento en mujer.

FABIO. Desde que el conde Teodoro  
me mandó darte la muerte  
y te traje de esta suerte,  
ya con respeto al decoro  
debido al príncipe Otón,  
ya con piedad de tus años,  
donde por montes extraños  
hacemos habitación  
en hábito tan diverso,  
he deseado saber  
qué fin podremos tener,  
que me le promete adverso  
el ver al Conde ofendido  
en esto de mi lealtad,  
aunque, si digo verdad,  
voluntad del Cielo ha sido  
que te defienda y te guarde,  
más que lisonja de Otón.

MARCELA. No estés en esta ocasión  
¡oh, Fabio amigo!, cobarde,  
que grande premio te espera.

FABIO. Tu inocencia y tu valor  
me animan; pero es rigor  
vivir en esta ribera,  
donde el Turco cada día,  
como ya lo viste agora,  
puede llevarnos, señora,  
a Corón o a Alejandría;  
y así tengo por mejor  
que hacia la corte nos vamos,  
pues el traje que llevamos  
nos puede encubrir mejor;  
tras esto, estamos seguros  
del Conde.

MARCELA. El amor ¡oh, Fabio!  
me hace olvidar el agravio,  
y entre estos peñascos duros  
vivir contenta de ver

desde lejos esta tierra  
que mi amado Conde encierra.  
Tú eres valiente mujer.

MARCELA. No me querría apartar  
de mi adorado enemigo.

FABIO. Si él sabe que estoy contigo,  
tarde me ha de perdonar.

(*Sale ALBERTO.*)

ALBERTO. Estos lo dirán mejor,  
que es gente de aqueste monte,  
que pienso que voy perdido.—  
¿Hola? ¿Qué digo, pastores?

FABIO. ¿Quién llama?

ALBERTO. ¿Voy bien a Estelia?

FABIO. Detrás de ese verde bosque  
está una fuente de mármol;  
dejad aparte los robles  
y echad a la mano izquierda.  
Mas si venís de la corte,  
¿qué hay de Otón?

ALBERTO. Que ya camina  
contra los turcos feroces  
con la gente de Alemania  
más belicosa y más noble.

FABIO. ¿Al Conde iréis a buscar?

ALBERTO. Cásase el Conde esta noche,  
y llevo ciertos recados.

MARCELA. ¿El Conde?

FABIO. ¿El Conde? Responde.

MARCELA. ¿Pues no era el Conde casado?

ALBERTO. Mucho me espanto que ignores,  
siendo del monte, que es muerta  
Marcela.

MARCELA. (¡Y muerta de amores!

FABIO. Mejor dirás de desdenes.)

MARCELA. Y ¿con quién se casa el Conde?

ALBERTO. Con Otavía, la más bella  
mujer que el mundo conoce  
desde el oriente del sol  
al ocaso en que se pone.  
¿Mandáis otra cosa?

FABIO. No.

ALBERTO. Adiós.

(*Vase.*)

MARCELA. ¡Muerta soy!

FABIO. ¿Qué bronce  
sufriera tanta crueldad?

MARCELA. Fabio, el peligro perdone:  
yo los he de ver casar.

FABIO. Yo acompañarte, aunque tome



venganza el Conde, si pueden  
ser las lealtades traiciones.

MARCELA. Morir quiero, Fabio amigo.

FABIO. ¡Oh, qué ingrato corresponde  
el Conde a quien es!

MARCELA. Camina  
sin vida, sin luz, sin orden,  
que un amor desatinado  
por mil imposibles rompe.

(Salen LAURA, ELPINO y CLARIDANO.)

LAURA. Prevenid los instrumentos  
y celebremos, pastores,  
el fin de sus pensamientos.

ELPINO. Dichoso el de los amores  
que paran en casamientos.

CLARID. ¡Qué contento el Conde está!

LAURA. A la fe, poco quería  
a Marcela.

ELPINO. ¿Quién dirá  
que es amor el que en un día  
como se viene se va?

LAURA. El viudo que es de un año  
aún puede decir que amor  
no fué en sus bodas engaño;  
el de dos años, mejor,  
y el de tres, gran desengaño;  
pero viudas que un día  
entierran lo que encarecen  
y casados amanecen,  
de esos tales yo diría  
que, más que aman, aborrecen.  
Poco a Marcela estimó  
el Conde, pues la olvidó  
tan presto.

CLARID. Laura, no seas  
adivina, aunque lo veas.

LAURA. Pues ¿qué he de hacer?

CLARID. Lo que yo,  
que es comer en cualquier boda  
y llorar en cualquier muerte.

(Salen FABIO y MARCELA.)

FABIO. Tal está la casa toda  
que nadie en vernos advierte.

MARCELA. Aquí, Fabio, te acomoda,  
que espero en Dios que del Conde  
no será Otavia mujer.

FABIO. Aquí, Marcela, te esconde.

(Salen de las manos el CONDE y OTAVIA.)

TEODORO. Todo el valle, de placer,

a nuestros ecos responde.

MARCELA. (¿Son éstos?)

FABIO. Pues ¿no los ves?

MARCELA. ¡Ay de mí!

FABIO. Ten sufrimiento.)

OTAVIA. ¿Qué puede haber que me des,  
Fortuna, de más contento?

TEODORO. Llegad a besar sus pies,  
coronados de mil flores,  
venturosos labradores

de Estelia, pues por señora  
os da vuestro Conde agora

la diosa de los amores.—

Siéntate en aqueste estrado  
y dame esa mano hermosa.

MARCELA. (¿Qué haré, Fabio, que ha llegado  
mi resistencia amorosa

al más peligroso estado?

¡Sentados, ay, Fabio, están!

¡Las manos se dan! ¿Qué harán  
mis celos? ¡Morir!

FABIO. Detente,  
que al Cielo, aunque lo consiente,  
voces tus agravios dan.)

(Los músicos.)

“No hay placer

como, querido, querer;

no hay pesar

como, aborrecido, amar.”

(Una caja dentro.)

TEODORO. ¡Hola, Alberto! ¡Hola, criados!  
¿Agora cajas de guerra?

¡En fiestas de labradores

no me deis armas por fiestas!

OTAVIA. Otra vez vuelve a tocar.

(Sale ALBERTO.)

ALBERTO. Dando, señor, sus banderas  
al viento, viene gallardo

Otón de Alemania, César,

de haber retirado al mar,

con pérdida y con afrenta

de su gente y su valor,

la fiera turca, soberbia;

y discurriendo la fama

por estos montes y aldeas

de tu nuevo casamiento,

lleno de congoja y pena,

mandó marchar a tu casa

de su campo la nobleza.

TEODORO. ¿Qué haremos, hermosa Otavia?

OTAVIA. Esperar, porque no entienda  
que esto ha sido a su disgusto.

TEODORO. ¡Gran peligro me aconsejas!

FABIO. (Marcela, el Cielo te mira  
con piedad.

MARCELA. Si mi inocencia  
le obliga, venganza espero  
del Conde.

FABIO. Ya el César llega.)

(Salen OTÓN, FEDERICO y AURELIO, ROSELO, SOLDADOS, y cajas.)

OTÓN. ¿Dónde está el Conde traidor?

TEODORO. Traidor, no, que en paz y en guerra,  
César, te he sido leal;  
pues toda Alemania, César,  
sabe que esta espada ha sido  
por quien el Asia respeta  
las águilas del Imperio.

OTÓN. ¿Qué importa, Conde, que seas  
valiente defensor mío,  
y yo temido por ella,  
si por casar con Otavia  
has dado muerte a Marcela?

FEDERICO. Bien dice el César, Teodoro,  
y yo tengo justa queja  
de ti, pues que, ya casado  
con mi hermana, loco intentas  
quitarme a Otavia.

TEODORO. No ha sido  
Marcela a mis manos muerta,  
Federico.

OTÓN. Pues si estás  
sin culpa de aquesta ofensa,  
dame de Marcela el cuerpo.

TEODORO. El mar entre sus arenas  
le sepulta.

OTÓN. Eso es maldad.  
¡Viven los Cielos, que vea  
el mundo un ejemplo en ti  
que exceda cuantas tragedias  
desde su principio ha visto!  
Y porque de su inocencia  
conste mejor la verdad,  
di la causa de tus quejas  
y sabrás que eres traidor.

TEODORO. Ya que me obligas y apremias  
a confesar que la he muerto,  
quiero que Alemania entienda  
que ha sido con mucha causa,  
pues después de tantas guerras,  
tantos servicios, Otón,

y obligaciones diversas,  
me diste tu misma amiga  
por mujer.

OTÓN. ¿De qué manera  
lo sabes?

TEODORO. Dígalo Otavia.

OTÓN. ¿Qué viste?

OTAVIA. Vi tu cabeza  
de Marcela en el regazo,  
y vi no apartarte de ella  
ni las noches ni los días.  
Aunque he tenido secretos  
por peligros de mi vida  
la causa, quiero que sepa  
toda Alemania este caso  
y volver por su inocencia,  
mientras Otavia y Teodoro  
mienten; que Marcela bella  
y Federico no son  
los labradores que piensa  
Alba Real, porque son  
mis hijos, y de Lisena,  
del mismo Teodoro hermana,  
que crió en aquella aldea  
Laurencio, a quien visitaba  
por esta causa.

TEODORO. La pena  
que me dió mi deshonor  
de haber muerto a mi sobrina,  
a quien, si tú me dijeras  
quién era, diera mil almas.

FEDERICO. Dame, generoso César,  
tus pies hoy que sé que soy  
tu hijo.

OTÓN. Este Imperio heredas,  
Federico.

FEDERICO. Más estimo  
tu sangre; mas si deseas  
mi vida, porque en tus glorias,  
que no en la tuya suceda,  
hónrame con darme a Otavia.

OTÓN. Luego que Teodoro muera,  
porque no he de perdonarle  
si no es que salga Marcela  
del mar a pedir su vida.

MARCELA. Pues por que el Conde me deba  
la vida, a tus pies estoy.

OTÓN. ¿Quién es?

MARCELA. Tu hija, que ruega  
por Teodoro.

FABIO. Y yo soy Fabio,  
que, mandándome ponerla

en el sepulcro del mar,  
la he guardado entre estas sierras  
en el hábito que veis.  
OTÓN. Pues todo mi enojo cesa  
en tus brazos.  
TEODORO. Y los míos  
te piden perdón.  
MARCELA. Que seas  
mío te pido, no más.  
OTÓN. Nobles, la verdad es ésta,  
y que Federico es rey  
de romanos, porque hereda

el Imperio de Alemania.  
AURELIO. Aurelio sus manos besa.  
OTÓN. Otavia goce su dicha,  
y Fabio Mariscal sea  
de Buda y Alba Real.  
TEODORO. Tú, como César, le premias,  
y yo con darle mis brazos.  
FEDERICO. Aquí acaba la comedia  
de *Ello dirá*, y si volvéis  
a oírla, dirá que es buena.

FIN DE LA COMEDIA DE *Ello dirá*.

# LA GRAN COMEDIA

## LOS EMBUSTES DE FABIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

CAMILA.  
FABRICIO.  
CATULO.  
AURELIO.  
ERITREO.  
CRIADOS.

FABIA, *dama*.  
CELIO, *capitán*.  
BELARDO.  
SOLDADOS.  
MARANDRO.  
*Un PAJE*.

LELIO.  
VITELIO.  
ALBERTO.  
ATILIO.  
NERÓN, *emperador*.  
BRISENA, *dama*.

HEBRANDO, *paje*.  
[BELARISO.  
*Un NIÑO*.  
DABO.  
PAJES.]

### JORNADA PRIMERA

(*Salen CAMILA y FABRICIO.*)

CAMILA. Bien te descuidas en verme,  
Fabricio.

FABRICIO. ¿Quieres dejarme?

CAMILA. Basta, que das en helarme  
para de nuevo encenderme.  
Pues ya me dejas, Fabricio,  
con la boca a la pared,  
señal es que tu merced  
se enfada de mi servicio.  
¡Vete con Dios!

FABRICIO. Calla, loca.

CAMILA. ¿Que calle? ¡Gentil razón!  
Tiene puerta el corazón  
cuando le cierran la boca.  
¿Podrá decir sus enojos  
si aquella puerta le vedan?  
Sí podrá, pues que le quedan  
las ventanas de los ojos.  
Lloren mis ojos, ¡ay, ay!  
pues sólo hablar no me dejas.

FABRICIO. Tanto más siempre te quejas  
cuanto menos razón hay.  
No me maltrates las niñas,  
donde tan niño me veo:  
cúmpleme aqueste deseo  
y sufriré que me riñas.

CAMILA. ¿Que no las maltrate, dices,  
y que el triste llanto aplaquen?  
¡Plega a Dios que me las saquen  
cuervos, grajos y perdices!

FABRICIO. Así las aves le toman.

CAMILA. A cazar con ellas vienes,  
pues como buho las tienes,  
para que otros me las coman.  
Deja mis niñas, Fabricio,  
que de ellas será mejor  
que, llorando al niño Amor,  
haga injusto sacrificio.  
¡Ay, ay!

FABRICIO. Iréme, por Dios,  
por no ver cómo padeces  
lo que más bien me parece.

CAMILA. ¡Vete! ¡Adiós!

FABRICIO. ¡Adiós!

CAMILA. ¡Adiós!

Adonde mueve la planta  
Bracamana, helado Scita,  
Abarimo, Troglodita,  
Indio, Alarbe, Garamanta...  
¡Vuelve, no me hagas fieros!

FABRICIO. ¡No volveré!

CAMILA. ¡Venga acá!

FABRICIO. ¿Lloras?

CAMILA. No me quedan ya  
sino tanticos pucheros.

FABRICIO. Pues es hacerme pedazos.

CAMILA. Pues llégate acá, león;  
sosiégame el corazón.

FABRICIO. ¿Con qué, tigre?

CAMILA. Con tus brazos.

FABRICIO. Agora me manda y pisa  
aqueste cuello cien veces,  
pues tanta gloria me ofreces



con esa boca de risa.

CAMILA. ¿Hablará más a la tuerta?

FABRICIO. ¡Vive Júpiter, que ha un mes que no han tocado mis pies los umbrales de su puerta!

CAMILA. ¿Ni en casa de Teodoreta, la quebrada de color?

FABRICIO. No, por tus ojos, amor, que es ciega y es alcagüeta; y ya la he dado de mano.

CAMILA. ¡Perro!, si quebradas quieres, hallarás en mil mujeres este barro zamorano.

FABRICIO. La comparación no entiendo, que nunca en España estuve.

CAMILA. Yo sí, que la flor que tuve allí la gasté sirviendo; que fui con el Senador cuando le hicieron Tribuno.

FABRICIO. ¡Que siempre, en nombrando alguno le llaman con atambor! [no, Toma ese papel, y adiós.

CAMILA. ¿Cuyo?

FABRICIO. De Vitelio es: cobra respuesta, y después nos hablaremos los dos.

(Vase FABRICIO, y entra CATULO, viejo, Senador, y ERITREO, AURELIO y CRIADOS.)

CATULO. ¡Por Júpiter, que se huyó el inozalbillo, Eritreo.

ERITREO. Que te has engañado creo, que ni huye ni te vió.

CATULO. Mis ojos ¿engañarélos?

ERITREO. Puedes engañar tus ojos, pues los cubres con anteojos.

SENADOR. ¿De qué anteojos?

ERITREO. De tus celos, que hacen la letra grande, como se suele decir.

SENADOR. ¿En qué entiendes?

CAMILA. En servir. ¿Mandas algo?

SENADOR. ¿Que te mande?  
¡Oh, Camila! ¿Pudo ser que contra aquella esperanza hicieses tanta mudanza? Pudiste como mujer, como materia imperfecta; mas presto dispuesta al mal, que esta regla general pocas o ninguna excepta.

ERITREO. ¿Cómo a todas las iguales?

SENADOR. ¡Necio! ¿Por qué me condenas? Digo que hay muchas muy buenas, pero que hay muchas muy malas. No siguen el medio igual, y claramente se ven: la buena, extremo del bien; la mala, extremo del mal.

ERITREO. Por cierto, en balde te quejas.

AURELIO. Señor, en balde te matas.

CAMILA. Mal nos quieres, mal nos tratas: debe de ser que nos dejas. ¿Mudaste la condición como mudaste la edad?

SENADOR. Mudéla con la maldad de vuestra infame traición. No estoy en la senetud, que os tengo de aborrecer, porque no puedo tener lo que da la juventud; otra cosa me atormenta.

CAMILA. Esta, mi señor, te aqueja. ¿No has oído la conseja que de la zorra se cuenta? en dos jarras enramadas, vió sacudir de los vientos los racimos y sarmientos y las uvas sazonadas; alcanzarlas pretendía; pero fué gran desatino, porque un alto, antiguo espino, en sus brazos las tenía, y, viendo que era imposible, dicen que dijo a la gente: "De aquella fruta presente, os guardaréis lo posible, que es aceda y venenosa y gran daño os puede hacer." Como tú de la mujer sabía, cuerda, honesta, hermosa; que, ya que la edad te doma y de sus gustos excedes, cuando comella no puedes, quieres que nadie la coma.

SENADOR. ¡Hasme indignado, hasme muerto! No pensé llegar a tal, y aunque escarbe por mi mal, se ha mi mal descubierto.— Aurelio, tenle estos brazos, y tú también, Eritreo.

CAMILA. ¡Cielos! ¿Qué es esto que veo? ¿Queréis hacerme pedazos?

Si me quieres castigar,  
dime primero el porqué.

SENADOR. Tú lo sabrás, que bien sé  
que me queréis acabar.

CAMILA. ¿Tal se sufre y se consiente?  
Que no quieras, señor, no,  
que carnes que Dios me dió  
me las vea tanta gente.  
¿Qué me buscas en los pechos?

SENADOR. La ponzoña injusta o fuerte  
donde me tratas la muerte.

CAMILA. Pedazos los tienes hechos.  
Bien medro. ¡Ay, pobre doncella!  
Y ¿adónde las manos mete?

SENADOR. Ya ha parecido el billete,  
podéis dejar de tenella:  
ahora veréis las pruebas  
de mi verdad.

CAMILA. No hay que hablar.  
Dime: ¿quién ha de pagar  
la castidad que me llevas?

SENADOR. Veréis si mis quejas fueron  
tan sólo para quejarme,  
y veréis si puedo honrarme  
de la mujer que me dieron.  
¡Ah, papel, que en Corte rabio,  
escrito por mi deshonra  
en el papel de mi honra,  
con la tinta de mi agravio!

CAMILA. Mucho mejor es que sea  
escrito discretamente  
en el papel de su frente  
con el cuerno de Amaltea.

AURELIO. (¿Oíste tal desvergüenza?)

ERITREO. ¡Calla! ¿No tienes temor?

CAMILA. No, porque su mucho amor  
me ha quitado la vergüenza;  
quiere bien a mi señora:  
sufrirá que le azotemos.

AURELIO. ¿Que hace de hacer extremos!  
¡Sin duda, mueres ahora!

CAMILA. ¿De aquesto te maravillas?  
¡Déjale, Aurelio, enojarse,  
que ella le sabe ablandar  
con dos falsas lagrimillas!)

(Sale FABIA, dama.)

FABIA. ¿Qué alboroto es éste? Pues  
¿qué estás leyendo, señor?  
Dadme el papel, por mi amor,  
que de alguna dama es.

SENADOR. ¡Suelta, infamia de las buenas;

suelta, no rompas! ¡Quisiera  
que un dardo, un rayo, rompiera  
la ponzoña de tus venas!  
Y ya que quiera rompellas,  
un rayo que las quemara.  
Mas yerro, porque sacara  
sangre que bebiera de ellas.  
Haslo rotpido y deshecho,  
y aunque lo deshagas más,  
la traición no desharás  
que en escribirle me has hecho.  
Mira en aqueste pedazo  
como dice de esta suerte:  
que me desees la muerte  
y que ya se llega el plazo.  
¡Oh, Fabia, al fin, mal nacida,  
llena de infamia y deshonra!  
Basta quitarme la honra,  
¿por qué me quitas la vida?  
Mas bien haces: de esa suerte  
el yerro en fuego apercibe,  
que aquel que sin honra vive  
dichoso acaba en la muerte.

FABIA. ¡Señor!

SENADOR. ¡No muevas la lengua,  
sierpe, víbora!

FABIA. ¡Señor!

SENADOR. ¡Calla, que harás al dolor  
que dé voces en tu mengua!  
Mas, pues de ella y de su pena  
la mayor parte me alcanza,  
yo tomaré la venganza  
por propia o por mano ajena.  
¡Verteré tu sangre, infame!  
¡Manchará el vestido en ella,  
lavaré mi honor con ella  
al tiempo que se derrame!  
Este es el medio mejor,  
pues entre tu sangre luego,  
como el fénix en su fuego,  
ha de renacer mi honor.  
Y ese Vitelio que adoras,  
ese Vitelio, tu cielo,  
ese lascivo mozuelo,  
por quien suspiras y lloras;  
ese, ¡oh Fabia!... Pero basta.—  
Venid conmigo los dos.

FABIA. ¡Oh, Senador, sabe Dios  
que te sirvo humilde y casta!

(Vanse CATULO y los CRIADOS.)

CAMILA. ¡Y cómo si le servimos!

¡Mal año para Lucrecia!  
Es tan casta, que es muy necia.  
¡Dios sabe lo que sufrimos!—  
Mi señora, vuelve en ti,  
que ya veo en su locura  
abierta tu sepultura  
y una horca para mí.  
¡Que he de morir ahorcada!  
FABIA. ¿Haces donaire medrosa?  
CAMILA. ¿Piensas que soy mentirosa?  
Ahorcada o despenada,  
que un zahorí me lo dijo  
por las rayas de una pierna.  
FABIA. Por haber sido tan tierna,  
ahora, ¡oh Cielos!, me aflijo.  
Mii veces a este enemigo  
le hubiera dado la muerte  
quien tuviera a buena suerte  
poderse casar conmigo.  
Detuve el cuchillo fiero  
que agora habré de buscar,  
y si él me quiere matar,  
adelantarme primero.  
CAMILA. Eso sí, llega temprano,  
pues tienes a quien lo pidas;  
y pues que jugáis las vidas,  
gánale tú por la mano.  
Determina luego a quién.  
FABIA. ¿Quién? Vitelio.  
CAMILA. Agora creo  
que tienes sólo un deseo;  
en llegando a querer bien,  
ya debe de estar cumplido,  
pues a Vitelio aborreces.  
FABIA. ¡Ay, Dios, qué pena me ofreces!  
¿Mi Vitelio aborrecido?  
Imagina el monte Celio  
tan llano como la palma,  
y no que pueda mi alma  
aborrecer a Vitelio.  
CAMILA. Pues ¿por qué quieres hacer  
que Vitelio haga este insulto,  
pues, si acaso no es oculto,  
por fuerza le has de perder?  
Hágalo otro enemigo  
que aborrezcas y que pueda,  
pues libre Vitelio queda  
para casarse contigo.  
FABIA. Bien dices, razón te sobra,  
adivínasme el deseo:  
no sea Vitelio el reo;  
Lelio le ponga por obra,

que es fanfarrón y gallardo  
y se pica de valiente.  
CAMILA. Has dicho discretamente.  
FABIA. ¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo?  
¡Muera el Senador! ¡No viva  
tal pestilencia en el suelo!  
¡Rescate el piadoso Cielo  
esta su hechura cautiva!  
¿Dudas de Lelio?  
CAMILA. ¡Oh, qué bien!  
¿De un joven fuerte y soldado  
y muerto de enamorado  
a manos de tu desdén?  
El negocio se le pinta,  
que así desea agradarte,  
que no está seguro (1) Marte  
dentro de su esfera quinta.  
¡Bonito es el hablador!  
FABIA. ¡Paso, Camila, que viene!  
(LELIO, capitán, y dos soldados. MARANDRO y BELARDO.)  
LELIO. Grande es la fuerza que tiene  
en mis entrañas Amor.  
¿Fabia?  
FABIA. ¿Capitán?  
LELIO. ¿Qué hace  
esa divina aspereza?  
FABIA. Miro aquesa gentileza,  
que tanto me satisface.  
¡Bueno vienes, y galán!  
LELIO. ¿Hay bien que con éste venga?  
¡Soldados, nadie me tenga!  
BELARDO. ¿Adónde vas, Capitán?  
LELIO. Voime los sentidos llenos  
de dulcísimo furor,  
que tan divino favor  
no se ha de tener en menos.  
¡A volverme loco voy!  
MARANDRO. Sospecho que fueras tarde.  
LELIO. Con el fuego que me arde,  
tan cerca de vos estoy.  
Fabia, tan supremo bien  
besar vuestros pies provoca:  
hacedme digna la boca,  
llegará el alma también.  
¿Qué queréis que por vos haga,  
¡oh Fabia!, vuestro cautivo,  
que, del favor excesivo,  
sea humildísima paga?

(1) En el original, "Segenio".

Mandadme entrar en batalla  
con un Hércules famoso;  
haced que este brazo ocioso  
a Héctor siente la malla;  
hacer una hazaña sólo  
que os pueda agradar con ella.  
Mandad que alcance una estrella,  
mandad que detenga a Apolo;  
pedid de aquella agua un vaso  
que corre el negro (1) Aqueronte;  
pedid que en un alto monte  
os haga anchuroso paso,  
y pedid, si se os antoja,  
aquel rayo tan furioso  
que Júpiter poderoso  
desde las nubes arroja,  
que no hay extraño imposible  
que no facilite Amor.  
(¡ Bueno viene el hablador!)

CAMILA. ¿Al amor todo es posible?  
FABIA. Eso tengo por donaire,  
de que me puedo reír,  
aunque he oído decir  
que un rayo rompe en el aire.  
Pero, mi Lelio, bien puedes  
contentarme con bien poco.

LELIO. Andan por volverme loco,  
Fabia, tan grandes mercedes.  
¿En qué te sirvo?

FABIA. Podrás,  
Lelio, por una encomienda,  
sacándome de una tienda  
tres o cuatro niñerías.  
Mira qué fácil ensayo  
de aquesas promesas bellas,  
sin Hércules, sin estrellas,  
agua, sol, montes y rayo.

LELIO. ¿Burlas, señora?

FABIA. ¿Te espantas?

LELIO. Me espanto. Esa mano toma, (2)  
que no tiene erario Roma  
que yo no vierta a tus plantas,  
y lo tengo a suma gloria.

FABIA. ¡Hola!—Dame tinta y pluma,  
que quiero hacer una suma  
que lleve para memoria.

LELIO. Di lo que piensas a bulto  
y traeráse en mayor copia.

FABIA. Escribirélo yo propia,  
por que lo lleves oculto.

CAMILA. Ya está aquí el recado.

FABIA. Muestra.

LELIO. Escribe cosas muy grandes,  
que, en ver que tú me lo mandes,  
lo tengo a fortuna diestra.  
Escribe un sumo tesoro;  
pon la púrpura de Tiro,  
pon el diamante, el zafiro,  
el rubí, la perla, el oro.  
Para todo me apercibe,  
ya que a servir me señalo,  
y si es cosa de regalo,  
la misma Fénix escribe.  
Haré lo que nadie pueda,  
y a las obras me remito.

FABIA. Capitán, ya queda escrito;  
toma y con Júpiter queda.

LELIO. Id en buen hora, y veréis  
que a serviros voy dispuesto.

FABIA. Si vos, mi Lelio, hacéis esto,  
veré lo que me queréis.

(Vanse los dos.)

LELIO. Este dichoso papel,  
que, como en obligación,  
va firmado el galardón,  
¿qué se me ofrece por él?  
¡Qué dulce cosa es el dar,  
que, en llegando a recibir,  
puedo a mi dama pedir  
lo que no puede negar!  
Aqueste papel me esfuerza,  
con que será executada;  
que, al fin, mujer obligada,  
paga de grado o por fuerza.

(Lea:)

“Mi Lelio (¡ah, dichosa palma!):  
si tú quieres ser mi dueño...  
(¡ Desde aquí mi dueño, ¡ oh sueño!,  
vos sois dueño de mi alma.)  
“Mataréis a mi marido,  
y seré vuestra mujer.”  
¡ Cielos! ¿ Puede aquesto ser?  
¿ Tengo perfeto sentido?  
Sí tengo. Ya entiendo el caso.  
¡ Venciste, Lelio, venciste,  
que al monte de Amor subiste  
con seguro y cierto paso!  
¡Cuál tiene a Fabia mi honor,  
pues, por casarse conmigo,  
manda que aqueste enemigo

(1) En el original, “nerbio”.

(2) En ídem, “toca”.



muera! ¡Oh, supremo favor!—  
 ¡Hola, Marandro, Belardo!

BELARDO. ¿Qué mandas?

LELIO. ¿Habéis sabido  
 lo que Fabia me ha pedido? (1)

MARANDRO. Que te declares aguardo.

BELARDO. ¿Habemos de ir a robar?  
 ¡Ya conoces los aceros!

LELIO. No, mas a buscar dineros  
 para poderlo pagar,  
 que gran riqueza atropella.

BELARDO. ¿Con qué dineros se paga?

LELIO. Con la punta de esa daga  
 y un poco de sangre en ella.

MARANDRO. ¿Quieres abrir algún techo  
 de alguna tienda famosa,  
 muro, (2) pared o otra cosa?

LELIO. No, sino de un pecho; (3)  
 luego le quiero mostrar,  
 amigos, que ha de ser hoy,  
 y en viendo que yo le doy,  
 los dos le habéis de acabar.

MARANDRO. ¡Haz cuenta que ya la dió!

BELARDO. ¡Júpiter se duela de él!

MARANDRO. Capitán: ¡ponme con él,  
 que ha tres días que murió!

(Entra VITELIO y FABRICIO.)

LELIO. Gente suena. ¡Paso, amigos!

FABRICIO. (Del modo que te lo cuento.

VITELIO. ¡Es extraño pensamiento!  
 ¡Los cielos me son testigos!  
 El Capitán es aquél.)  
 ¡Oh, señor Lelio!

LELIO. ¡Oh, señor!

VITELIO. Creo que este mirador  
 os hace guerra cruel.

LELIO. Antes procuro la paz.

VITELIO. Con Amor es excusado,  
 siendo vos tan gran soldado  
 y él tan pequeño rapaz.

LELIO. Verdad es que en esta tierra  
 poco su guerra me daña;  
 más me ofende la de España,  
 de Marte espantosa guerra.

VITELIO. Pues cómo, ¿hase rebelado?

LELIO. Es indomable furor:  
 no quiere extraño señor  
 ni obedecer al Senado.

(1) En el original, "me mandó?".

(2) En ídem, "meno".

(3) Verso incompleto.

Allá envían dos tribunos:  
 yo pienso que voy con ellos.

VITELIO. ¡Y mejor que todos ellos!

LELIO. Tan bien, señor, como algunos.

VITELIO. ¡Plega a Dios que con más gloria,  
 Lelio, de España volváis!

LELIO. Por que vos de mí tengáis  
 gran parte de la vitoria.  
 ¡Quedad con Dios!

VITELIO. El os guarde.

(Vanse LELIO y los SOLDADOS.)

¡Bravato (1) es el fanfarrón!  
 ¿Quién duda que en la ocasión  
 el primero se acobarde?—  
 Fabricio, dime: ¿es posible  
 que Fabia ha perdido el seso?

FABRICIO. Colígelo del exceso  
 de su amor incomprensible:  
 matar quiere a su marido  
 porque con ella te cases.

VITELIO. ¡Paso!, adelante no pases;  
 ¡las piedras tienen oído.  
 ¡Oh, Fabia, y cuánto te debo!  
 Mi solo bien, ¿quién te agravia,  
 que pruebe lo que yo pruebo?  
 Quien dice que no hay firmeza  
 en el pecho de mujer,  
 aquí puede conocer  
 su reprobada torpeza.  
 ¡Divina y fuerte constancia,  
 es bien que de hoy más te nom-  
 [bres, (2)

por tu hazaña, su inconstancia!—  
 Dime: ¿qué parecería  
 ya con mi Fabia casado?

FABRICIO. Sol que, después de nublado,  
 muestra la luz que encubría.

VITELIO. ¿Quién es aqueste que hace  
 niebla, que mi luz agravia?

FABRICIO. El Senador, a quien Fabia  
 con viva lumbre deshace.  
 Porque entre la suya envuelve  
 con más fuerza la de amor,  
 ¡la niebla del Senador  
 hoy en sangre la resuelve.

VITELIO. ¡Plega a Dios que este nublado  
 no llueva sobre la nuestra! .

(1) Así en el original. Quizá deba leerse "Bravate".

(2) Falta un verso a la redondilla. Pudiera ser:  
 "y que afrentes de los hombres", ó cosa semejante.

(Sale CAMILA.)

CAMILA. ¡Oh, mi Vitelio, hoy te muestra liberal enamorado!  
 Dame albricias, que ya queda hecho de Fabia concierto para que, Catulo muerto, casarse contigo pueda.

VITELIO. ¡Buenas nuevas! ¿Y es sin duda que ha de ser hoy?

CAMILA. Hoy será,  
 que ya el homicida va la media espada desnuda.

VITELIO. Dime quién es.

CAMILA. No te importa.

VITELIO. Acaba.

CAMILA. Yo no lo sé;  
 sólo decirte podré que ya su vida se acorta, y que le van a matar.

VITELIO. Vitelio, ¿de qué te encoges?

VITELIO. El corazón me recoges al más estrecho lugar.  
 ¿Dónde?

CAMILA. Donde [le] topare el resolutivo agresor.

VITELIO. Esto es hecho. ¡Ah, fiero amor!, ¿quién habrá que te repare? Por mi seguro me voy, Camila, al templo de Marte; estaré en aquella parte que algunas fiestas estoy. Envíame con la nueva algún paje, en siendo muerto.

CAMILA. Irá, Vitelio, el más cierto.

VITELIO. Pues, alto; tú me la lleva; no perderás las albricias.

CAMILA. ¿Ansí se va? Venga acá.

FABRICIO. ¿Ves que mi amo se va y detenerme codicias?

CAMILA. Diga: ¿y él no me promete que se casará conmigo?

FABRICIO. Digo que lo estoy contigo.

CAMILA. Ea, pues, cachorro, vete; y, por los ojos que tienes, de esta pendencia te guardes.

FABRICIO. Mis brazos tienen cobardes tus enojos y desdenes. Al templo me voy también.

CAMILA. Bien haces; sigue tú igual.

FABRICIO. Recelo que pare en mal.

(Queda CAMILA sola.)

CAMILA. Júpiter lo vuelva en bien.  
 ¡Oh, bellaco rapacillo, hijo de aquella ramera que te dió la flecha fiera y no de padre el martillo, tuyas son estas proezas! Amor falso, pierdesesos, hechizo quebrantahuesos, quiebrapiernas y cabezas: ¡Miren por qué laberinto nos va llevando a la muerte!

(LELIO, MARANDRO y BELARDO.)

LELIO. Fiado en tu brazo fuerte, el aviso fué sucinto. No es menester alargarme.

CAMILA. Pues, Capitán, ¿queda hecho?

LELIO. Camila, asegura el pecho.

CAMILA. ¿De qué puedo asegurarme?

LELIO. De que viene al mismo punto, que Lelio le espera ya, pues desde el Senado acá le acompaña el pueblo junto. Agora trae dos criados; y aunque seis, Camila, fueran, he concertado que mueran a manos de estos soldados.

CAMILA. Señor, allí viene. Adiós. (1)

LELIO. Di, pues nos ves a los dos, la brevedad de sus días. Asegúrale su muerte; mirad que hasta que le dé no se mueva mano o pie, que podéis errar la suerte.

(Sale el SENADOR y CRIADOS.)

SENADOR.

¡Cuánto escándalo queda en el Senado, viéndome de sus cosas tan remoto, que, siendo su decreto confirmado, negóse a Marco el merecido voto! Tanto puede el enojo que me ha dado de aquella mi enemiga el alboroto, con que quiere, sin Dios, sin alma y honra, mi indigna muerte y su inmortal deshonra.

(Agora estará LELIO sacada la daga, haciendo que acomete a darle, y lo mismo los SOLDADOS a los CRIADOS, cada uno el suyo.)

¿Cómo es posible que a Vitelio escriba que ha mandado a un soldado que me mate

(1) Falta un verso antes de éste.

para que, muerto yo, la vengativa  
su casamiento injustamente trate?  
Que si a Vitelio adoras, di, lasciva...

LELIO.

(Compraste con la lengua tu rescate;  
que si un momento sólo te detienes,  
dejas la vida y a la muerte vienes.  
Oigamos lo que dice.)

SENADOR.

Di, Eritreo:

¿conoces a Vitelio?

ERITREO.

Nada, o poco;  
de vista le conozco, que le veo  
mil veces por aquí gallardo y loco.

SENADOR.

Ya de su muerte la ocasión deseo.

LELIO.

(Con un furor tan fiero me provocho,  
y así la injuria me ha encendido en rabia,  
que a ver a Fabia aquí, matara a Fabia.

¡Falsa mujer! Mandabas que matase  
a tu marido por casar conmigo,  
y era porque yo solo peligrase  
a manos del Senado y del castigo  
para que libre y salvo te quedase  
ese tu amigo infame y mi enemigo.

¡Ah, cómo he sido loco; pues, en suma,  
creí dos rasgos de una falsa pluma!

Dos falsos rasgos que escribió la mano  
de una mujer de loco pensamiento;  
que ella y su intento malicioso y vano,  
como la pluma, se los lleva el viento.)

SENADOR.

Paréceme que el Cielo soberano  
quiere favorecer mi atrevimiento.  
¿Lelio es aquéste?

LELIO.

(Catulo me ha visto.

¡Fabia cruel, de la intención desisto!)

SENADOR.

(¿Tan presto te has creído?...)

LELIO.

(Pues no fuera

furor de la pasión que me entretiene  
que una maldad tan clara no entendiera:  
si el amor que a Vitelio Fabia tiene

a Lelio en este punto le tuviera,  
este negocio que encomienda a Lelio  
pusiérale en las manos de Vitelio.)

SENADOR.

(Quiero llegarle a hablar.) La fuerte mano,  
Lelio, te ayude de él furiosamente.

LELIO.

¡Oh, Senador; tu paz prospere Jano,  
y tu silencio (1) de la guerra aparte!

SENADOR.

Lelio, no he visto yo joven romano  
que pueda en noble término igualarte.  
¿Eres muy noble?

LELIO.

(Agora lo creyeras  
si un poco en el hablar te detuvieras.)

Siempre entendí, señor, que de tu oficio,  
y de ese gran valor que te acompaña,  
me resultara aqueste beneficio  
y honroso cargo que me lleva a España.  
¿Qué decreta el Senado?

SENADOR.

Tiene indicio  
que aquella tierra que humedece y baña  
el claro Betis se rebela a Roma  
y que por libertad las armas toma.

Entiendo que provee Celibio Craso  
que el rebelión castigue y que reduzga  
la gente amotinada.

LELIO.

¡Bravo caso!

¿Está bien dado el cargo?

SENADOR.

Tú lo juzga.

LELIO.

Señales voy notando a cada paso  
que algún dolor te oprime y te sojuzga;  
si tienes algún mal, dame licencia,  
no te fastidie y canse mi presencia.

SENADOR.

¡Ay, Lelio, Lelio! No es la pena mía  
tal que se ofenda de tu brazo fuerte;  
que, por ventura, Lelio ser podría  
quien me librase de afrentosa muerte.

(1) Así en el original. Quizá deba leerse "persona" u otra parecida, pero no "silencio".

LELIO.

(¿Si supo como dársela quería?  
¡Oh, Cielos rigurosos! De esta suerte  
por un engaño de mujer me (1) veo.)

SENADOR.

Comunicarte quiero mi deseo.

¡Ay, triste! No me atrevo, que es muy grave  
y peligroso si lo digo en duda.

LELIO.

(Apostaré que mi negocio sabe.  
Falta de sangre, la color me muda.)

SENADOR.

(Bravo rigor entre soldados cabe.  
En éste pienso hallar dichosa ayuda.  
Este, por poco precio, de esta suerte  
a mi mujer dará violenta muerte.

Quiero decirle el caso y ofrecelle  
gran suma de dinero.)

LELIO.

(¡Soy perdido!  
Quiérome disculpar y deshacelle  
todo lo que de mí tiene entendido.)

SENADOR.

(Aquéste el interés ha de movelle;  
y como, al fin, es hombre forajido,  
no dejará de hacello. Al fin, pretendo  
que aquéste mate a Fabia.)

LELIO.

(No le entiendo.  
Quiero esperar a ver lo que me dice;  
que está sin armas y sin guarda alguna.)

SENADOR.

Agora quiero ver si contradice  
¡oh, Lelio! a tu nobleza mi fortuna.  
Ya, pues que de tus prendas satisface  
el crédito que debo y la oportuna  
ocasión me ha mostrado los cabellos,  
quiero cogerla, quiero asirla de ellos.

Lelio, tu gran nobleza me provoca  
a que con voz dispuesta y resoluta  
con gran furor reviente por la boca  
del corazón enfermo la cicuta. (2)  
A ti mi honor y mi defensa toca;  
tú la sentencia firma y ejecuta,

pues mi falsa mujer, mi mujer, Lelio,  
ha sido... ha sido incasta con Vitelio.

LELIO.

(Aquesto es hecho.) ¡Oh, Catulo benigno,  
yo me humillo a tus pies! Mas oye: advierte  
que si de tu mujer el desatino  
quiso obligarme a que te diese muerte,  
no lo dije ¡por Júpiter divino!;  
que yo lo haría con rigor tan fuerte  
si no tuviera intento de avisarte,  
cual ya me has visto en una y otra parte.

Desenajarte puedes y premiarme,  
que yo te he sido amigo verdadero.

SENADOR.

¿Que te mandaba la cruel matarme?  
(Peor está el negocio que primero,  
bastante causa tengo de vengarme.  
Y pues que Fabia con intento fiero  
de éste se quiso aprovechar, la suerte  
le ha de trocar, pues le dará la muerte.)

Lelio, bien conozco... Lelio, basta  
que de tu voluntad así me avises.  
No en balde tus abuelos de la casta  
decenden del famoso hijo de Anquises.  
Si acabas el dolor que me contrasta,  
haré que el suelo de tu patria pises  
sin que te agravie nadie, y también sabes  
que del Erario tengo yo las llaves.

Mira, Lelio: los hombres bien nacidos  
han de perder el gusto por la honra;  
reniega tú de aquellos atrevidos  
que le quieren tener con su deshonra.  
Yo en Fabia tengo el alma y los sentidos;  
mas ¿qué aprovecha? Fabia no me honra;  
pues muera el gusto y el honor, que estriba  
en la muerte de Fabia, ¡oh, Lelio!, viva.

Quisiera yo poder matar a Fabia;  
mas tanto a Fabia, mi enemiga, adoro,  
que cuanto me encendiere enojo y rabia  
me puede helar su rostro, y tierno lloro.  
Es, como sabes, elocuente y sabia,  
y de su ingenio y celestial tesoro  
sacara tales cosas que decirme,  
que al lince ablande cuando esté más firme.

Por eso quiero que tu brazo airado  
le dé la muerte, ¡oh, Lelio!, de secreto,  
porque mi corazón, enamorado,  
me privará las fuerzas al efeto;  
y, pues que sé que vives de soldado,  
veinticinco sestercios te prometo.

(1) En el texto, "te".

(2) En el original, "sicuta".



Responde agora si te viene al justo  
mirar por tu provecho y darme gusto.

LELIO.

Cuando de tu amistad no resultara  
darme ocasión que a todos me aventaje,  
por tan buen interés me aventurara, (1)  
a darte la mitad de mi linaje,  
y creo que sin él la ejecutara,  
por lo que siento el afrentoso ultraje  
que de Fabia recibo con su engaño.

SENADOR.

Tú solo puedes remediar mi daño.

LELIO.

¿Cómo me piensas dar tanta moneda?

SENADOR.

Aquesta noche al punto necesario  
iremos con mi gente por que puedas  
sacarlo libremente del Erario.

LELIO.

(De aquesa suerte, mi dinero, quedas  
mejor que entre las manos del contrario.)  
Vamos, que por vengarte estoy ardiendo.

SENADOR.

Con un engaño sosegarla entiendo.—

Aurelio, mientras vamos a la plaza  
del Capitolio a hacer nuestro concierto,  
con buena industria, disimulo y traza  
a Fabia le dirás que quedo muerto;  
y, si pudieres, júntame la caza,  
que voy de hallarla temeroso y muerto.

AURELIO.

Fía de mí con justa confianza,  
que el Cielo favorece tu venganza.

(*Vanse todos, y queda AURELIO solo.*)

AURELIO. Juntos la piedad y amor  
que a Fabia avise me dicen  
lo que intenta el Senador,  
y tantos me contradicen  
mi obligación y su honor.  
Cuanto la piedad enciende  
la razón me reprehende;

(1) Con poco se contentaba el asesino. El poeta ignoraba, por lo visto, el escaso valor del sextercio, o quizá escribiría "talento", aunque entonces la cantidad parece crecida. El talento, en tiempo de Nerón, valía más de 15.000 pesetas. En efecto, más adelante dice que eran 25 talentos.

que entiendo que el Cielo gusta  
que muera la vida injusta  
que darle muerte pretende.

(*Salen FABIA y CAMILA.*)

FABIA. ¿Juntos dices que quedaban?

CAMILA. Juntos, mi señora; y vilos  
que ya por detrás llegaban  
y que, desnudos los filos,  
sus cuellos amenazaban.

AURELIO. (Mi rabia (1) mi lengua toque  
y a comenzar me provoque.)

CAMILA. Aurelio es éste que viene.

FABIA. ¡Santos dioses! ¿Cómo tiene  
todo desnudo el estoque?

AURELIO.

¡Oh, Fabia! Agora es tiempo que te valgas  
de aquesa gran valor y entendimiento  
para que libre de escucharme salgas.

Hiera (2) tu alma mi lloroso acento  
con tal blandura, que lugar te quede  
para vivir después del sentimiento.

FABIA.

Aurelio, ¿qué es aquesto?

AURELIO.

¿Cómo puede  
mover mi helada lengua el mudo labio  
sin que pegada al paladar se quede?

Aquel humilde, aquel famoso y sabio,  
del repúblico bien coluna fuerte,  
piadoso, amparo del común agravio;

el que los Cielos por contraria suerte  
dieron por hijo a Roma, a mí por dueño  
y por marido a ti...

FABIA.

Prosigue.

AURELIO.

Advierte.

Saliendo, que parece que lo sueño,  
agora del Senado bien seguro,  
que nuestra vida humana es sombra, es sueño,  
un soldado feroz, un hombre oscuro,  
un bajo maltrapillo, por el pecho  
seis veces le ha pasado el hierro duro.

Mataron a Eritreo, y sin provecho

(1) En el original, "Miraua".

(2) En ídem, "Fué".

me dejaron, señora, con la vida,  
pues vengo huyendo, huyendo a mi despecho.

FABIA.

Ningún consuelo ni remedio impida  
mi justa muerte. ¡Yo soy muerta!

CAMILA.

¡Ay, triste!

Con gran desmayo.

AURELIO.

(¡Oh, Fabia fementida!

No importa, Fabia, no; que si fingiste  
ese desmayo, yo también el cuento.)

CAMILA.

¡Ah, mi señora, tu dolor resiste!—

Aurelio, ten el cuerpo, que yo siento  
que le ha faltado el alma a la cuitada,  
que amaba mucho.

AURELIO.

(Extraño fingimiento.

De eso puedes estar bien descuidada,  
que voy a ver a mi señor al templo,  
adonde queda Roma alborotada.

CAMILA.

Pues mira, si allá vas, aqueste ejemplo  
de mujeres casadas le publica.

AURELIO.

Orando como un Tulio me contemplo.

CAMILA.

Aqueste grande amor le significa;  
cuenta aqueste desmayo, y por extenso  
el buen ingenio al buen sujeto aplica.

AURELIO.

Pagarle en esto lo que debo pienso.

[(Vase.)]

CAMILA. ¡Alma y vida de Vitelio!

¡Viuda mía, recuerda!...

FABIA. Cumplió su palabra Lelio.

CAMILA. Has sido en extremo cuerda.

FABIA. ¡Qué engañado parte Aurelio!  
Agora es cuando en el templo  
aqueste necio contemplo  
que dice con muchas voces:  
“¡Oh, Roma, que no conoces  
de Penélope el ejemplo!”  
¿Quién duda que no me llame  
uno Evadne, otro Artemisa,

pues mi engaño les avisa  
que la muerte del infame  
me tiene muerta... ¿de risa?  
¿Has enviado a llamar  
a Vitelio?

Ya envié.

CAMILA.

FABIA. Pues puedesle asegurar  
que en el punto que enviudé,  
en ése me he de casar.

(Sale un PAJE.)

PAJE. Como mandaste, he traído  
a Vitelio.

FABIA. Mi marido,  
dirás bien, y a tu señor.

(Salen VITELIO y FABRICIO.)

VITELIO. Los dioses te den favor.

FABIA. Harto me han favorecido.  
Pues ya, mi marido muerto,  
es bien que te restituya  
la prenda que, al fin, es tuya:  
cumple, Vitelio, el concierto  
y entre los dos se concluya.  
Toma esta mano dichosa,  
que soy y seré tu esposa.

VITELIO. Espera, mi Fabia, espera.

FABIA. ¿Déjame de esta manera?  
De tu valor recelosa,  
aquesa mano te pido,  
y la palabra también  
de que serás mi marido.  
VITELIO. Lo menos de tanto bien  
me dejará enriquecido;  
pero, mi Fabia, perdona,  
que sólo un miedo apasiona  
mi alma con tanta fuerza,  
que a no te la dar me fuerza;  
y a su disculpa me abona.

FABIA. ¿Cómo? ¿La mano me niegas?  
¡Por Júpiter, que me obligas  
a creer...!

VITELIO. ¡Paso! No digas  
que tan de balde te entregas,  
pues en balde te fatigas.  
Ya, Fabia, todo el amor  
se ha trocado en desamor.  
Lo que has hecho te agradezco  
con decir que te aborrezco  
con otro tanto rigor.  
Vete, mujer inhumana,  
donde no te vea más,

y aquesa mano tirana  
que por esposa me das  
cortara de buena gana.  
¿Cómo pretendes, cruel,  
ser a Vitelio fiel,  
puesto que bien me has querido,  
habiendo muerto un marido  
tan honrado como aquél?  
Que habiéndole muerto así,  
ya que a ser tuyo me ofrezca  
por el primero que a ti  
mejor que yo te parezca,  
me darás la muerte a mí.  
Bueno es que me deslumbres  
tan patentes pesadumbres,  
si en la muerte de aquel viejo  
tengo, Fabia, un claro espejo  
de tus infames costumbres.  
No más, que no habrá disculpa  
con que ya me satisfagas.  
Ya, quien te adora, te culpa. (1)

(Vase VITELIO y FABRICIO.)

CAMILA. Y también se va el amigo.

Luego de esa condición,  
ya no se casa conmigo.

FABIA. ¡Vete con la maldición!  
¡Cien mil veces te maldigo!

CAMILA. ¿Hay traición que llegue a aquésta?  
¿Qué te parece la fiesta?  
¡Buenas quedamos las dos!

FABIA. No sé, Camila, cuál dios  
así me aflige y molesta.  
¡Ah, tirano, engañador,  
injusto, aleve y traidor!

CAMILA. Bien es que traidor le nombres.  
Fíad, fíad en los hombres.  
Maldiga Dios el mejor.

¡Ah, perros! ¿Quién os entrega  
su alma y su libertad?

¡Mal haya tu liviandad  
y la mujer que se ciega  
y rinde su voluntad!

FABIA. ¡Bien se ha cumplido el concierto!

CAMILA. Cese tu llanto excesivo,  
pues es un remedio incierto.

FABIA. No lloro al amigo vivo;  
ya lloro al marido muerto.  
¡Oh, Camila! Porque fiera  
tan grande hazaña se hiciera,

que, aun fingida, no mostrara  
alegre el alma o la cara  
con las palabras siquiera.

(Sale un PAJE.)

PAJE. Lelio quiere entrar a verte.

FABIA. Pues no le niegues la puerta;  
que pues lo quiere mi suerte  
o la suya lo concierta,  
pagarle quiero la muerte.  
Este, pues, que tuvo amor  
y mostró tanto valor,  
quiero, Camila, escoger  
para más aborrecer  
las prendas de aquel traidor.

CAMILA. Bien haces. Prueba ventura,  
que, al fin, aquéste te adora.

FABIA. De su amor estoy segura.

(Sale LELIO.)

LELIO. Los Cielos, dulce señora,  
Logren tu edad y hermosura.  
He cumplido lo que debo.

FABIA. Tan bien, que apenas me atrevo  
a darte mi vida en pago.

LELIO. Con menos me satisfago.

(Sale el SENADOR tras de ellos.)

SENADOR. (¿Adónde los pasos nuevo?  
Posible es que llega el punto  
en que mirar determino  
sangriento, helado y defunto  
de Fabia el rostro divino.)

LELIO. Al fin, queda el pueblo junto.

(Va sacando la daga LELIO, y en volviendo la cabeza FABIA tórñala a esconder, algunas veces el SENADOR hará extremos.)

(Con grandes contrarios lucho,  
y la razón puede mucho.)

FABIA. ¿Qué dices?

LELIO. Que mucho puede  
amor, que todo lo excede.

FABIA. Dulces palabras escucho.  
¡Qué cerca estoy de abrazarte!

LELIO. Ninguna cosa es razón  
que del intento me aparte.

FABIA. ¿Tiénesme mucha afición?

LELIO. Fabia, soy testigo y parte.  
Al alma se lo pregunta.

SENADOR. ¡Ay, triste, que ya la punta  
el bello pecho amenaza!

(1) Faltan dos versos a esta quintilla.

LELIO. Y, al fin, quedaba en la plaza la piedad del pueblo junta.

FABIA. No me trates de su muerte, sino ordena de la suerte que me has de poner en cobro.

SENADOR. (Todo el ánimo que cobro, Fabia, me afemina el verte. ¡Ay, honra, seas maldita, que sufres tanto rigor!

[FABIA.] ¿Qué piensas?

LELIO. (Cuanto me incita el enojo, un tierno amor el brazo me debilita.)

SENADOR. (¡Oh, triste! ¿En qué se detiene?)

LELIO. Pienso, Fabia, que conviene finjas que mucho te pesa, porque el pueblo muy apriesa a darte el pésame viene, y traerán a tu marido.

FABIA. Bien has dicho; pues yo quiero ponerme un luto fingido.

LELIO. Sí; mas recibe primero el galardón merecido.

(*Llega el SENADOR y tiénele el brazo.*)

SENADOR. Tente, Lelio; el brazo ten.

FABIA. ¡Ay, triste! ¿Cómo o por quién me das la muerte, traidor?

(*Huyan las dos.*)

CAMILA. ¡Ay, señora, mi señor!

LELIO. ¿Parécete aquesto bien? ¿Es este el fingido hablar del honor que publicabas?

SENADOR. Amor me fuerza a callar.

LELIO. Si no lo había de matar, ¿para qué me lo mandabas? ¡Por Dios, gentil embarazo!

SENADOR. ¡Oh, Lelio, con la pasión vine a detenerte el brazo! Hasta allí pudo el honor traer mi ardiente furor, que casi muerta la vi; mas ¡ay! que pasar de allí no lo consiente el amor. Grande fué el atrevimiento y grande en el punto fué el justo arrepentimiento. Basta que a Fabia maté dentro de mi pensamiento. Si tuve falso concepto de Fabia, como discreto

he vengado el corazón, si es que la imaginación basta para hacer efeto. Y nadie me reprehenda, que a mi dulce amada prenda yo la he castigado bien, y será loca también si no propone la enmienda. De esto quedo satisfecho.

LELIO. Digo que lo has acertado y que miras tu provecho; tu mujer has castigado bien a costa de mi pecho. Podrá ser que satisfaga en parte la pena mía.

SENADOR. ¿Qué paga?

LELIO. ¡Bueno sería que me negases la paga!

SENADOR. Si tú la muerte le dieras, cumpliera lo concertado.

LELIO. Y yo, si tú no vinieras a tenerme el brazo airado. Pagarás, aunque no quieras.

SENADOR. ¿Cómo, si no la mataste?

LELIO. Sí maté.

SENADOR. Bien te engañaste.

LELIO. Probaréte cómo.

SENADOR. Dilo.

LELIO. Juzga tú por el estilo que en estas causas juzgaste. Si entrara en tu Tribunal un hombre a quien se probara que fué a matar otro igual y que hasta su cama entrara alzado el brazo y puñal, ¿condenárasle a la muerte?

SENADOR. Sí, porque ya es hecho fuerte consentida voluntad.

LELIO. Tú juzgaste la verdad y aseguraste mi suerte. Yo he sido el que aquesta daga alzó con brazo robusto para ejecutar la llaga. Jüez, pues eres tan justo, lo que me debes me paga.

SENADOR. Vete, que burlas.

LELIO. Bien dices; y tu avaricia notoria permitiré que autorices con la ropa senatoria, de cuyas prendas desdices. ¿Parécote muy grosero?



¿Piensas, infame sin honra,  
que no entiendo, o que no quiero,  
que por no darme el dinero  
quieres vivir en deshonra?  
Bien conozco, avaro triste,  
que el brazo me detuviste  
sólo por no me pagar;  
mas yo te haré tresdoblar  
lo que allí me prometiste.

SENADOR. ¿Fieros me haces?

LELIO. Mirame  
a esta cara, que algún día...

(Vase.)

SENADOR. ¿Quieres que mi gente llame?  
Haré que tu valentía  
tu propia sangre derrame.—  
¿Aurelio? ¿Eritreo?

(Salen AURELIO y ERITREO.)

AURELIO. ¿Señor?

SENADOR. Pero váyase esta vez  
¡por vida del Senador!,  
que le he de ser un juez  
que no consienta favor.  
¿Dónde está Fabia?

ERITREO. En la torre  
se ha subido y encerrado.

SENADOR. A buena defensa corre.  
Sosiegue el pecho alterado,  
que otra mayor la socorre.  
Apárese los abrazos;  
que, como vid en sus lazos,  
mil veces suelen tenerme,  
que ya me muero por verme  
hecho Narciso en sus brazos.

## JORNADA SEGUNDA

(VITELIO, LELIO, BELARDO, MARANDRO y FABRICIO.)

VITELIO. Muy espantado me tienes  
de aquese exíraño suceso.

LELIO. Toda verdad te confieso.

VITELIO. Prosigue. ¿En qué te detienes?

LELIO. Pues viendo que el Senador  
me daba claro a entender  
que matarle su mujer  
era por tenerte amor;  
y como claro entendí  
que era segunda traición

la nefanda ejecución  
encomendármela a mí,  
envaino la daga y llego  
a hablar al viejo enemigo,  
cuyas palabras no digo,  
que estoy de coraje ciego.  
El cual, con fingida labia  
y varios ofrecimientos,  
los veinticinco talentos  
me dió por matar a Fabia,  
quiero decir prometió.  
Fuíla a matar por vengarme,  
y, cuando llego a arrojarle,  
a detenerme llegó.

Huyó Fabia, y yo quedé  
lleno de cólera el pecho  
y el avaro satisfecho.  
Grande enojo le mostré;  
dijo que estaba vengado  
con sólo intentar su muerte.  
Respondíle: "De esa suerte,  
basta el haberlo intentado.  
Lo que me debes me paga."  
Burlóse, fuése, dejóme.  
¡Permita Dios que la tome  
con la punta de la daga!  
Mas no importa lo que hizo.  
Remedio pienso poner.

VITELIO. ¿Tanto quiere a su mujer?

LELIO. Parece cosa de hechizo.  
¿Sabes que quiero intentar  
querellar del Senador?

VITELIO. ¿A quién?

LELIO. Al Emperador,  
que me mandará pagar.

VITELIO. ¿Y dónde tienes testigos?

LELIO. Los dos conmigo vinieron,  
que jurarán lo que oyeron.

VITELIO. ¿Quién son?

LELIO. Soldados y amigos.

VITELIO. ¿Y de qué puedes decir  
que es la deuda?

LELIO. Fingiré  
que el dinero le presté.

VITELIO. Será gracioso fingir.

Callará por que se encubra  
su falso trato y enredo.

LELIO. Pues ¿no ha de callar de miedo  
que el negocio se descubra?  
Pero ya, dejando aparte  
sus infamias y sus menguas,  
quisiera tener mil lenguas,

Vitelio, para loarte;  
 porque en negarla tu mano,  
 teniéndole tanto amor,  
 mostraste el mayor valor  
 que cupo en pecho romano.  
 Hiciste una hazaña grande,  
 hiciste una honrada cosa,  
 digna, por ser tan famosa,  
 que por varias lenguas ande;  
 venciste un mundo, un abismo  
 de amor, perdiendo su gloria;  
 ganaste grande vitoria,  
 que te venciste a ti mismo.  
 ¿Quedóse muy admirada?  
 ¿Mostróse muy desdñosa?  
 Y tan soberbia y furiosa  
 como víbora pisada.

VITELIO.

LELIO. ¿Y podrás pasar sin ella?

VITELIO. Sí podré.

LELIO. Mucho resistes.

VITELIO. Mucho, que memorias tristes  
 apenas me apartan de ella.LELIO. Que morirás averiguo  
 a manos de ese cuidado.VITELIO. Heme acogido al sagrado  
 de un amor que tuve antiguo,  
 por quien su furia sosiega  
 cuando de seso me saca,  
 que fácilmente se aplaca  
 un fuego con otro fuego.

LELIO. ¿Es, por ventura, Brisena?

VITELIO. Fué la mesma, por ventura.

LELIO. Lo que falta de hermosura  
 tiene a lo menos de buena.VITELIO. Ha hecho varias finezas  
 después que me tiene amor.LELIO. Ha sido el competidor  
 la cifra de las bellezas;  
 y entonces amor se enciende  
 cuando los celos son justos.VITELIO. Hela dado mil disgustos,  
 lo que en el alma me ofende,  
 todo por aquesta ingrata.

LELIO. ¿Vivese donde solía?

VITELIO. Sí; por ver de noche y día  
 los enemigos que trata,  
 ni se ha querido mudar,  
 que no sabe hacer mudanza.LELIO. Creo que tiene esperanza  
 que te ha de ver enmendar.  
 La casa te viene bien  
 para amartelar a Fabia.

VITELIO. Muy poco, Lelio, se agravia  
 de mi martelo y desdén.  
 Es Fabia, Lelio, una garza  
 que siguen muchos halcones,  
 y, en doradas ocasiones,  
 muy de ordinario se enzarza.

LELIO. ¿Como tantos la combaten?

VITELIO. Cuántos no sabré decir.

LELIO. Pues si [se] deja servir.

VITELIO. Lelio, ¡por Dios!, que la maten.

(Sale BRISENA, dama, a la ventana.)

BRISENA. “Lelio, ¡por Dios!, que la maten”;  
 a fe que es lance de amores.  
 ¿Quién es la garza, señores,  
 a quien las alas abaten?  
 Sospecho que la espanté.

VITELIO. No espantáis, porque sois vos  
 de quien tratamos los dos,  
 que ya la garza se fué;  
 a vos sube el pensamiento,  
 que va volando en el aire.

BRISENA. Tan alto como el donaire.

VITELIO. Y más ligero que el viento.

BRISENA. No le he visto, así me goce.

VITELIO. Si no os fué de provecho,  
 dejad que vuelva a mi pecho,  
 que es señuelo que conoce.

BRISENA. ¿Y sin acabar la empresa?

VITELIO. Ese fuera intento loco.

BRISENA. Dejadle en mi pecho un poco  
 y bajará con la presa.

VITELIO. ¿Por dónde?

BRISENA. Por la ventana,  
 si no queréis por la puerta.

LELIO. Halcón que tan bien acierta,  
 que coma de lo que gana.BRISENA. Bien dice Lelio, señor;  
 daréle sangre a comer.VITELIO. Esa me manda ofrecer  
 a vuestro servicio Amor.

LELIO. Señora, a tan buen halcón,  
 que con la suya os convida,  
 ya que le dais su comida,  
 dadle a comer corazón.

BRISENA. Declaradme aquea historia.

LELIO. Todos los enamorados  
 dan sus pechos lastimados  
 por el trueco de su gloria;  
 y en esta necesidad,  
 como se suele ofrecer,  
 corazón dan a comer

para cazar voluntad;  
y otras veces, en rigor,  
dineros suelen mostrar,  
que es señuelo singular  
para las aves de amor.  
Dineros y corazón  
se ha de mostrar a la dama,  
porque lo hace el que bien ama (1)  
con interés o afición.  
Pero en los lances primeros  
hay mujer de condición  
que le enfada el corazón  
y muere de los dineros.

BRISENA. Por cierto, donosa traza;  
basta, que Lelio es discreto.

LELIO. Hame hecho muy discreto  
lo que me cuesta la traza;  
he sido perro de muestra.

VITELIO. Entraos y mandar podéis  
que subamos.

BRISENA. Bien podéis,  
que toda la casa es vuestra.

(*Quítese.*)

VITELIO. ¿Qué os parece?

LELIO. Muy discreta,  
y que es muy justa razón  
que la deis el corazón  
a quien el alma os sujeta.

VITELIO. No, más de discreta es;  
¿no veis que es de noble casta?

LELIO. Es una mujer, y basta  
que os quiera sin interés,  
sea de cualquier manera;  
sabadla vos conservar,  
que a fe que no es poco hallar  
mujer que de balde quiera.—  
Aurelio es éste, que encierra... (2)  
¿Dónde llevas las escalas?

(*Salc AURELIO.*)

AURELIO. ¡Oh, Lelio! Andamos de guerra.

LELIO. Muy bien la vida se pasa.  
¿Agora andáis de pelea?

AURELIO. ¿Hay guerra que guerra sea  
como la guerra de casa?  
El doméstico enemigo  
es muy malo de vencer.

LELIO. Y tan malo de entender  
y más que el fingido amigo.

AURELIO. Ese enemigo se llama.

LELIO. ¿Adónde vas?

AURELIO. Yo te juro  
que voy a escalar un muro  
para gozar una dama.

LELIO. Llevarás mi compañía.

AURELIO. Yo te agradezco el favor;  
mas llévame el Senador,  
que no voy a cosa mía.

LELIO. Hasme dado gran placer  
y a risa me has provocado.  
Pues cómo, ¿hase enamorado?

AURELIO. Sí.

LELIO. ¿De quién?

AURELIO. De su mujer.

LELIO. ¿Y lleva para alcanzalla  
esa escala que te da?

AURELIO. Sí, Lelio.

LELIO. Pues ¿dónde está?

AURELIO. Detrás de aquesta muralla.  
Hase encerrado en la torre  
con el miedo que le tiene;  
piensa que a matarla viene  
y del muro se socorre.

El viejo pierde el juicio;  
como, al fin, la quiere tanto,  
ña hecho con tierno llanto  
de sus ojos sacrificio,  
rogándola que se abaje,  
mas no lo quiere hacer.

LELIO. Bueno es que por su mujer  
así se mueva y trabaje.

¡Ah, lo que puedes, Amor!

AURELIO. Ciertamente te reirías  
si vieses las niñerías  
que está haciendo el Senador.  
Mas vete con Dios, que él sale.

LELIO. ¡Hola! Vámonos, Vitelio.

VITELIO. Voy muerto de risa, Lelio.

LELIO. No hay donaire que le iguale.

(*Vanse, y queda AURELIO; entra CATULO con ERITREO, y otros CRIADOS traen unas ropas y joyas, y el SENADOR.*)

SENADOR. ¿Que al fin no ha de aprovechar  
que quiera bajar aquí?

¿Que no se duele de mí?

¿Que no la puedo ablandar?

Pues vamos a lo seguro  
si tan fuerte se señala.

(1) Este verso dice en el original:  
"porque el haze el bien ama".

(2) Falta un verso a esta redondilla.

¡Hola, Aurelio! Pon la escala por esta parte del muro.

AURELIO. Espera un poco, señor, que se asoma en él tu Fabia.

SENADOR. Su sol divino se agravía; cegaráme el resplandor; todos debéis de mentirme.

ERITREO. A mostrártela me ofrezco.

SENADOR. ¿Es posible que merezco miraros con vista firme, puro sol, divina lumbre, que casi en el Cielo estáis y de ese muro doráis la más que dichosa cumbre? ¡Tened lástima de mí, que, por ofensa tan poca, vuestro rayo no me toca y de helado muero aquí!

(En lo alto estará desde que se advierte FABIA, CAMILA y un NIÑO.)

FABIA. ¿Que tanto me aborrecéis?

FABIA. No os aborrezco, señor; pero tengo gran temor de que matarme queréis.

SENADOR. ¿Estas lágrimas vertidas no te aseguran mi pecho?

FABIA. Son de muy poco provecho, porque las viertes fingidas. Es agua que agora viertes para verter de mi sangre.

SENADOR. Pues ¿quieres que me desangre con mil géneros de muertes? Si he mojado el suelo enjuto, que me creas te aconsejo, que es mucho que un árbol viejo se entenezca a darte el fruto. ¡No quieras mayor abono que estas lágrimas que vierto, que son un testigo cierto de que te adoro y perdono! ¡Muévate el verme llorando, muévate el ver cómo vengo!

FABIA. ¡Mira qué de joyas tengo, que te pondrás en bajando! Estas ropas he comprado que adorne tu cuerpo bello, esta cadena tu cuello y este abrazo regalado. Cómo, ¿no quieres bajar? No, que me finges amor y es verdadero el temor

de que me quieres matar.

SENADOR. Pues ¡sus!, poned las escalas.

FABIA. ¡Paso, que, si tal hicieres, esta prenda que más quieres haré que baje sin alas!

(Toma el NIÑO para echarle.)

NIÑO. ¡Señor padre! ¡Ah, señor padre, recójame, que allá voy!

SENADOR. ¡No, hijo, lejos estoy! Bien estarás con tu madre. ¡Ay, no me mates con él! ¡Tenle, tenle, que no quiero que venga tal mensajero a decir que eres cruel! Ven acá: ¿si yo quisiera ya Lelio no te matara, si esta mano no llegara y la suya detuviera?

Pues si entonces te libré, ¿por qué no te fías de mí?

¿Por qué te temes así que agora te mataré?

CAMILA. Señora, tiene razón; que su intento ejecutara si mi señor no llegara movido de compasión. El te quiere y te perdona. Baja, no estés encogida.

FABIA. Con fianza de la vida y de segura persona.

SENADOR. ¡Oh, basto bien! ¡Fabia mía! Si no basta el fiador que tienes en este amor, de Marco Atilio confía: ¿bastará que venga aquí?

FABIA. Él me puede asegurar.

SENADOR. Váyanle luego a llamar, pues no te fías de mí.

FABIA. Él quiero que me asegure y las amistades haga.

(Vanse los CRIADOS.)

SENADOR. Cuanto a ti te satisfaga, se determine y procure.

CAMILA. (Como te ama, te entonas; creo te ha de obedecer si le mandarás hacer lo que mandan a las monas. ¡Mucho le debes al Cielo!) (1)

(1) En el original se omiten aquí los pasajes.



(*Vanse. FABIA en lo alto de la torre con el Niño.*)

FABIA. Si aquesto no fuera así,  
de mi desdicha y de mi  
quedara ejemplo en el suelo.  
SENADOR. Hijo, ¿no me habláis de amor?  
NIÑO. Estoy agora muy alto,  
y, pensando en aquel salto,  
sin lengua estoy de temor.  
Abajo nos hablaremos  
y haré lo que me mande.  
con un abrazo muy grande.  
SENADOR. ¡Oh, medio en tales extremos!  
Ya retratas, hijo mío,  
de Fabia el ingenio raro,  
que me ha costado tan caro  
cuando mostrarte confío.

(*Entran los CRIADOS con MARCO ATILIO y BELARISO, su hijo.*)

ATILIO. Extrañeza tiene el cuento. (1)  
ERITREO. Y pasa como te digo.  
ATILIO. ¡Oh, Catulo!  
SENADOR. ¡Oh, Atilio amigo!  
ATILIO. ¿En qué os sirvo?  
SENADOR. Estadme atento.  
De miedo de haberme visto  
con enojo violento,  
porque el primer movimiento  
muy pocas veces resisto,  
mi mujer, mi Fabia bella,  
allí se quiere encerrar,  
y ha jurado no bajar  
si tú no juras por ella  
que has de hacer las amistades.  
ATILIO. Buenos andan los señores.  
BELARISO. Ellos son finos amores,  
si va a decir las verdades,  
y aunque soy mozo, te envidio.  
ATILIO. Calla, Belariso, calla,  
que del amor la batalla  
muy tarde causa fastidio.  
SENADOR. Basta, que ya vuestro hijo  
hace burla de los viejos.  
ATILIO. Con hartos buenos consejos  
su libertad le corrijo.  
Ahora ¡sus! quiérole hablar.—  
¿Señora Fabia?  
FABIA. ¿Señor?

ATILIO. ¿Basto yo por fiador?  
FABIA. Siempre bastó porfiar.  
Como vos vengáis, subí.  
ATILIO. ¿Y abriréisnos a los dos?  
FABIA. Sí, como venga con vos.  
SENADOR. ¿Que mandas que suba?  
FABIA. Si.  
ATILIO. Quédate aquí, Belariso.  
SENADOR. Hijo, esperáanos aquí.  
BELARISO. Y que te guardes de mí  
de hoy más, Senador, te aviso.  
¡Ah, Fabia mala, y aquel  
que a tal hombre te entregó,  
o el tirano que causó  
la envidia que tengo de él!  
¡Oh, como es justo suspires  
y eclipses los ojos bellos  
cuando tus rubios cabellos  
y sus blancas canas mires!  
No bajes, Fabia, a morir,  
o allá mejor te sería  
que con esta compañía  
sólo un minuto vivir.  
Si bajas hecha pedazos  
no temas, pobre mujer,  
que te pueda suceder  
como entregarte en sus brazos.  
Pero ¿cómo tengo en poco  
la honra de un hombre tal?  
Accidentes son del mal,  
del mal que me tiene loco.  
¡Ay, adorado imposible!  
¡Oh, fuego nacido en nieve!  
¿Cómo en un tiempo tan breve  
eres un tiempo insufrible?  
¿Qué me quieres, vano amor,  
nacido de cuatro días?  
¿Qué buscas en casas mías  
tan a costa de mi honor?  
Mira que es grande tración  
siendo Catulo mi amigo.  
Mas ¿quién se pone contigo  
a persuadirte razón?

(*Entran ATILIO, CATULO, FABIA y CAMILA.*)

ATILIO. Huélgome que en paz estéis,  
y por ese abrazo estrecho  
me habéis, Fabia, satisfecho  
lo mucho que me debéis.—  
Haz, Catulo, que te apriete,  
y abrázala tú también.  
BELARISO. Basta, padre, que estáis bien

que, por error de ajuste, se hallan de la página 552 al fin de la primera columna de la 555.

(1) En el original, "viento".

en lo que toca [a] alcagüete.  
 ATILIO. Pues tórname a dar sus brazos.  
 BELARISO. ¿Cómo no te satisfaces,  
 sino que a todos nos haces  
 testigos de sus abrazos?  
 ATILIO. Eres un desvergonzado.  
 ¿Quién te mete en esto a ti?  
 BELARISO. Más tengo, pobre de mí,  
 de envidioso enamorado.  
 SENADOR. Atilio, mucho me obligas  
 con este bien que me das;  
 siempre acudes, siempre estás  
 a remediar mis fatigas.  
 Este sol de que me adornas  
 ya no lo agradezco yo  
 al Cielo, que me le dió,  
 sino a ti, que me le tornas,  
 que le gané por tu auxilio.  
 ATILIO. Bien me sabes obligar.  
 SENADOR. Hoy os quiero convidar  
 a ti y a tu hijo, Atilio.  
 ATILIO. No, no, por vida de aquéste.  
 SENADOR. Fabia os lo puede mandar.  
 FABIA. Yo, mi señor, suplicar,  
 y que muy mucho me cueste;  
 no hay réplica a tal merced.  
 Ea, a comer nos entremos.  
 SENADOR. ¿Hola? Haced que no esperemos.  
 Lo necesario traed.  
 ATILIO. ¿Vienes, Belariso?  
 BELARISO. Voy.—  
 Aurelio, venme a llamar  
 cuando quieran comenzar.  
 AURELIO. Ya sabes que tuyo soy.

*(Vanse todos, y queda BELARISO.)*

BELARISO. Y yo de aquella hermosura  
 que llevarme el alma prueba,  
 que es piedra imán que se lleva  
 el hierro de mi ventura.  
 Que si la tuve contigo  
 en merecerte querer,  
 fué gran yerro pretender  
 prendas que son de [un] amigo.  
 Mas esta culpa es ajena;  
 pues, triste, ¿qué me molesta  
 si buena ocasión es ésta  
 para decirle mi pena?  
 Que en la mesa mis enojos  
 a Fabia publicaré,  
 y a falta de voz haré  
 que le den voces mis ojos.

Tendrélos en una calma  
 que ella me entienda sin duda,  
 pues son una lengua muda  
 de las razones del alma.  
 Y más que el paso me allana  
 decirse por cierta cosa  
 que Fabia es alma piadosa  
 y por extremo liviana.  
 ¡Oh, pesada necedad,  
 digna que en mí mal redunde,  
 que mi esperanza se funde  
 en su mucha liviandad!  
 Esto los hombres tenemos;  
 que si de una dama el lance  
 seguimos, por darla alcance  
 que fuese mala queremos;  
 y en alcanzando su vuelo  
 todos queremos, en fin,  
 que, habiéndola hecho ruin,  
 fuese la mejor del suelo.  
 ¡Oh, Fabia, yo te suplico  
 seas mala!—Gente viene.

*(Salen LELIO, VITELIO y CRIADOS.)*

LELIO. ¡Por Dios, Vitelio, que tiene  
 Brisena salado pico!  
 ¿Resistir puede el encuentro  
 de la dama que os abrasa?  
 BELARISO. (Gente sale de la casa  
 de mi vecina; yo me entro.  
 Mis ojos, Amor permita  
 sepáis hablar de mi mal.)

*(Vase.)*

VITELIO. Yo os digo, Lelio, que es tal,  
 que su memoria me quita.  
 LELIO. Si de aquella hermosa mano  
 estábades tan herido,  
 por Dios que habéis acudido  
 al más cierto cirujano.  
 VITELIO. En la amorosa dolencia,  
 aunque trata con rigor,  
 oigo decir que es mejor  
 el cirujano de ausencia.  
 LELIO. Muy engañado estuvistes;  
 que es a costa de más daño,  
 y si no pasa de un año  
 os volveréis como fuistes.  
 No os andéis a padecer  
 larga ausencia y desventura,  
 que amor de mujer se cura  
 con amor de otra mujer.

Dejad de ausencia los celos  
y Brisena cure a Fabia,  
que es mordedura que rabia  
y sanará con los pelos.  
Tenéis bastante experiencia;  
porque, para concluir,  
por el dolor del partir  
se ha de excusar el ausencia.

VITELIO. Según eso, yo me alegro,  
que mi salud cierta es.

LELIO. Yo os fío que antes de un mes  
desechéis el luto negro.

(Entra AURELIO.)

AURELIO. ¿A cuándo, señor, aguardas?  
Entra, que están en la mesa.  
Ya debe de haber entrado.

LELIO. ¿Hola? Espera un poco, Aurelio.

AURELIO. ¿Quién es? ¡Oh, mi señor Lelio!  
¿Qué mandas a tu criado?

LELIO. Mucho regalo me haces.

AURELIO. Merécelo tu presencia.

LELIO. ¿En qué paró la pendencia?

AURELIO. Confirmáronse las paces.

LELIO. Fué muy necia confianza.

AURELIO. De otra mejor se socorre.

LELIO. Pues ¿no bajó de la torre?

AURELIO. Bajó con una fianza.

LELIO. ¡Por Dios, que fué desatino!

AURELIO. De los daños, fué el menor.

LELIO. ¿Quién salió por fiador?

AURELIO. Atilio, nuestro vecino.

LELIO. ¿Y él no pidió que señale  
fiador que será buena?

AURELIO. Fiad de puño de arena,  
que por los dedos se sale.  
¿Quién la había de fiar?

LELIO. Nadie con tanta deshonra,  
porque no es deuda la honra  
que el fiador puede pagar.

AURELIO. Ahora quedan haciendo,  
entre sus conciertos, uno  
que no ha tenido ninguno  
mayores voces ni estruendo.  
El pide, y tiene por bueno,  
que, cuando con ella coma,  
porque se teme que en Roma  
se suele usar el veneno,  
lo pruebe primero Fabia,  
y teme algún mal suceso.

LELIO. Y ella ¿qué responde a eso?

AURELIO. Que sí responde.

LELIO. Es muy sabia;  
y así quiere prevenir  
de algún cauteloso engaño,  
como puede, a vuestro daño,  
con el remedio acudir.

AURELIO. Al fin, Lelio, desde agora  
Fabia la comida prueba  
cuando a la mesa se lleva.

LELIO. ¡Qué señas de hombre que adora!  
Mucho la teme perder:  
no lo hace por la vida.

AURELIO. Esa la tiene perdida.

VITELIO. Lelio, ¿es hora de comer?

LELIO. Ya se hace. Aurelio, adiós.

AURELIO. Él te guarde, señor Lelio.

(Vanse todos, y quedan FABRICIO y AURELIO.)

FABRICIO. Oyes, no te entres, Aurelio.  
¡Pesiatal, hablemonós!

AURELIO. ¿Qué me manda el buen Fabricio?

FABRICIO. ¿Qué hace Camila? ¿Está  
comiendo?

AURELIO. No; fregará,  
como tiene por oficio.  
¿Qué la querías ahora?

FABRICIO. Que me la echaras aquí.

AURELIO. Más que esto hiciera por ti;  
pero está con su señora.  
Si pudiese, llamaréla.

FABRICIO. Vete.

AURELIO. Haré lo que me mandes,  
que somos amigos grandes  
desde muchachos de escuela.

(Vase AURELIO.)

FABRICIO. Nuevamente me apasiona.  
Basta que quiere el amor  
que pierda por mi señor  
la cara de esta fregona,  
que es la limpieza y asco  
de toda Roma, y por quien,  
con el regalo también,  
limpio de cuellos me veo.  
Contribuye lo que sisa,  
y en casa, por más favor,  
de las ollas al hervor  
me zahuma la camisa.  
Mucho pierdo si mi amo  
no vuelve a Fabia a querer.

(CAMILA entre.)

CAMILA. ¿Quién me pudiera traer  
sino tu dulce reclamo?

FABRICIO. ¡Echate en aquestos brazos,  
mi vida, cariaguileña!

CAMILA. Echaréme de una peña  
aunque me hiciera pedazos.

FABRICIO. Buena estás.

CAMILA. Daré la vuelta.

FABRICIO. Y hermosa.

CAMILA. No lo pensara;  
que no me lavo la cara  
en esta negra revuelta.  
¡Guayas de tal hermosura!  
¡Ya se pasó el tiempo bueno!

FABRICIO. Mira, amores, lo moreno  
no quiere más compostura.  
Una morena afeitada  
parece mal, y es muy necia,  
porque la color desprecia  
que más a la vista agrada.

CAMILA. No des palabras al aire.  
¡Lisonjeas, por ventura?  
Bien parece la blancura  
si le acompaña el donaire;  
mas ningún escrupuloso  
en ajenos gustos ande;  
blanco o negro, chico o grande,  
lo que agrada fué lo hermoso.  
Mas dime: ¿qué te parece  
del bellaco de tu amo,  
a quien ya tanto desamo  
como él a Fabia aborrece?

FABRICIO. ¿Que aborrece, dice, a Fabia?  
Asegurarte podría  
que suspira noche y día  
y que algunas veces rabia.  
En cualquiera pasatiempo  
fingirse alegre procura:  
¿piensas que asína se cura  
un trato de largo tiempo?  
Mil que se adoran verás  
decir que ya no parecen,  
y cuando más aborrecen,  
entonces se quieren más.  
Vitelio es hombre discreto  
y disimula su pena.

CAMILA. Pregúntaselo a Brisena.

FABRICIO. Que te engañaste prometo,  
que a fe que, estando con ella,  
por tu señora suspira.

CAMILA. Pues mi señora ya mira  
otro que la mira a ella.  
Esta flaqueza tenemos:  
muy presto nos consolamos,

porque mil hombres hallamos  
por uno que aborrecemos,  
y Fabia principalmente,  
que, aunque la vida le importe,  
tan presto como está el Norte,  
tiene la vela al Poniente.

FABRICIO. ¿Quién es el nuevo galán?

CAMILA. El hijo de Atilio es.

FABRICIO. Poco la mueve interés.

CAMILA. ¡Anda, que los hombres dan,  
porque dais lo que tenéis  
y como esclavos servís  
y poca cuenta podéis!

FABRICIO. De las maldades que hacéis.

CAMILA. Es verdad; al fin entiendo  
que, por desapasionarse,  
Fabia pretende humillarse.

FABRICIO. ¿Qué hacen?

CAMILA. Están comiendo.

FABRICIO. ¿Convidáronle a comer?

CAMILA. Sí, y a fe que se convidan  
y que los restos envidan  
y están cerca de querer;  
que se regalan y brindan  
de las almas por los ojos:  
beben y comen antojos.

FABRICIO. Bien es que a Fabia se rindan  
tan fáciles.

CAMILA. Es un viento.

FABRICIO. Pues no es muy cuerda.

CAMILA. Es de lana  
y hace la empresa [más] llana  
de tu amo el pensamiento.

FABRICIO. ¿Tan poco los años valen  
de este amor?

CAMILA. Pasó. ¿Qué quieres?  
¡Así somos las mujeres!—  
Vete, Fabricio, que salen.

FABRICIO. ¡Adiós, perla!

CAMILA. ¡Adiós, mi vida!—  
Vengado me he del traidor.

(Húyese, y salen BELARISO, CATULO, y ATILIO, FABIA  
y CRIADOS, FABIA traerá una guirnalda de rosas.)

ATILIO. ¡Por vida del Senador,  
que me he holgado en la comida!  
Y luego no repliquéis,  
que es de mucho amor que os tiene.  
¿Qué daño, señora, os viene  
que la comida probéis?  
Probadla, que en cuatro días  
que estéis en buena amistad,



- haréis vuestra voluntad  
y cesarán niñerías.
- FABIA. Señor, no replico en nada;  
yo probaré la comida,  
haré salva en la bebida,  
pues de mi salva se agrada.
- SENADOR. Fuera de que, si la toca,  
asegura su temor,  
tendrá divino favor  
de haber tocado a su boca.  
¡Bien es que este bien me haga!
- FABIA. Digo que soy venturosa,  
en que ya me mandas cosa  
que te sirva y satisfaga;  
y porque quiero agradarte,  
por principio determino,  
de aquel oloroso vino  
que trujo Atilio, brindarte.
- ATILIO. Mejor de aquello del Rin.
- SENADOR. El de Candía es más suave.—  
Aurelio, toma esta llave.
- FABIA. Que no te fíes; al fin,  
lo de Salerno es mejor.
- SENADOR. Pues traigan el de Salerno,  
que, aunque sea más moderno,  
me agrada el gusto y olor.
- ATILIO. Tiene muy bonita punta  
y un dejo que es un milagro;  
lo del Rin tengo por agro  
y a la cabeza se junta.
- BELARISO. Sola tu vista no abrasa.
- SENADOR. Dulce será tu venida.
- ATILIO. Bien sabe sobre comida  
probar los vinos de casa;  
y más sobre estos enojos  
comer y dejar rodeos.
- BELARISO. ¡Que he comido de deseos  
con la salsa de tus ojos!

(*Entran CRIADOS con taza, toballa y vino.*)

- AURELIO. Este es el vino.
- SENADOR. Es perfeto.
- ATILIO. Lo de Salerno es muy lindo.
- FABIA. Con estas rosas te brindo.
- SENADOR. Con esas rosas lo acepto;  
que a más gloria me provoca,  
pues tendrá para bebello  
las rosas de tu cabello  
y el buen gusto de tu boca.

(*Echado el vino, tomará FABIA dos rosas de la guirnalda, y echarálas en la taza, y beberá primero.*)

- FABIA. Las rosas echo, y ya bebo.
- ATILIO. ¡Así la viña lo lleve!  
(¡Oh, qué borrico, que bebe!)
- BELARISO. A fe que el brindis es nuevo.
- FABIA. Pues he bebido primero,  
echen de lo que he probado,  
si es seguro.
- SENADOR. Ya han echado;  
que echas las rosas espero.
- (*Toma dos rosas y échalas; el SENADOR va a beber.*)
- FABIA. Echo las rosas.
- SENADOR. Pues bebo.  
(*Tiénele el brazo.*)
- FABIA. ¡Tente, Catulo, no bebas,  
que el vino y la muerte pruebas!
- SENADOR. ¡El vino y la muerte pruebo?  
¿Cómo puede aquesto ser?
- FABIA. ¡Hola! Traedme aquel Dabo.  
¿No se llama así el esclavo  
que condenabas ayer?
- SENADOR. Sí llama; traedle luego.  
¿Qué quieres hacer con él?
- (*Vanse los CRIADOS.*)
- FABIA. Mostrarte que soy fiel,  
y que eres un hombre ciego.  
¡Oh, Catulo, poco sabes!  
Ahora echarás de ver  
lo que sabe una mujer,  
porque de entenderlo acabes.  
Mira, no hay hombre perfeto  
que con muchas letras venza  
una mujer si comienza  
a dar lugar al sujeto;  
que puede nuestra blandura  
y el agudo entendimiento  
haceros montes del viento  
y día la noche oscura.  
Pues ya tomaste el estado  
que pudieras escoger,  
fiate de la mujer  
enemigo no excusado;  
llévale su condición  
y el pecho no la declares,  
que mientras menos fiases,  
la das mayor ocasión.
- SENADOR. ¡Oh, qué admirado me dejas!
- ATILIO. ¡Cuáles sentencias dijera  
Tulio, si agora viviera,  
como tú nos aconsejas!

(*Entran los CRIADOS, y traen el ESCLAVO.*)

AURELIO. Éste es, señora, aquel Dabo:  
de la cárcel le saqué.

DABO. ¿Qué mandas?

FABIA. Escuchamé:  
bebe aquella taza, esclavo.

DABO. ¿Para qué mandas que beba?

FABIA. Porque, en cierta diferencia,  
es menester tu sentencia,  
este vino y esta prueba.

(*Bebe el ESCLAVO, y luego comenzará a hacer visajes  
hasta que caerá muerto.*)

DABO. ¡Ay, ay! ¿Qué es esto, señora?  
¿Qué me has dado? ¡Yo soy muer-

FABIA. ¿Tendráslo agora por cierto? [to!]

SENADOR. Tendrélo por cierto agora.  
¡El es muerto!

ATILIO. ¡Ay, compasión;  
murió con veneno fino!

FABIA. En tocándole aquel vino  
la tela del corazón.

SENADOR. Llévadle adentro.—Y tú dime:  
¿este caso, cómo fué?,  
que harta razón hay por qué  
por mujer fiel te estime.

FABIA. Esta guirnalda que viene, (1)  
mi cabello, un prado ameno,  
la mitad tiene veneno  
y la mitad no le tiene.  
Eché rosas para mí  
de las que no le traían,  
y de las que le traían  
ecné rosas para ti:  
de donde es bien entender  
que es muy vana confianza  
guardarte de la asechanza  
del pecho de una mujer.

SENADOR. ¡Ah, cómo tienes razón!  
Echarme quiero a tus pies  
para que en ellos me des  
de mis locuras perdón.  
Comeré cuanto me dieres,  
pues veo tan claro aquí  
que no hay guardarme de ti  
cuando tú mal me quisieres.

ATILIO. (Digo que estoy espantado.

BELARISO. Y yo, señor, casi muerto.)

AURELIO. Aquí, señor, está Alberto,  
el alguacil del Senado.

(*Sale ALBERTO.*)

ALBERTO. Mi venida no te enoje,  
que soy mandado, señor.

SENADOR. Habla, ¿qué tienes temor?

ALBERTO. El mismo la lengua encoge.  
A pedimiento de Lelio,  
por el Senado te emplazo.

SENADOR. ¿Bastará que vaya al plazo  
ese, mi criado Aurelio?

ALBERTO. No creo baste, señor;  
antes agora te digo  
que te has de venir conmigo.

SENADOR. ¿Adónde?

ALBERTO. Al Emperador;  
él mismo el caso ha entendido.

SENADOR. Y yo entiendo la malicia.  
Vamos, que tengo justicia.

ATILIO. ¿En qué le habéis ofendido?

SENADOR. Venid conmigo y sabréis  
por el camino este enredo.

ATILIO. Vamos, que aguardando quedo  
que vos me le declaréis.—  
Quédate aquí, Belariso.

SENADOR. Venid vosotros conmigo.

BELARISO. Señor, llévame contigo;  
que no me dejes te aviso.

(*Vanse todos, y quedan FABIA, CAMILA y BELARISO.*)

(¡ Bueno quedo! Casi a punto  
de que a morir me resuelva;  
puede ser que cuando vuelva  
esté del todo difunto.  
¡ Ah, desventurada suerte!)

FABIA. ¿De qué tienes confusión,  
Belariso?

BELARISO. ¿No es razón,  
Fabia, que tema la muerte?

FABIA. ¿La muerte? ¡ Suceso extraño!  
[¿ De] quién o por quién se trata?

BELARISO. Quién me da vida y me mata,  
y todo para mi daño.

FABIA. ¿Cómo te mata y da vida?

BELARISO. Porque vivo en su favor  
y muero con su temor.

FABIA. ¿Qué venturosa homicida!  
No pienses que estoy tan loca  
que no entienda tu cuidado.  
¿ Mas que estás enamorado?

BELARISO. No lo sabes de mi boca;  
apostaré que lo sabes  
de los ojos, de amor llenos,  
y del alma, por lo menos,

(1) Así en el texto.

- de quien te ha dado las llaves.  
Téngome por muy dichoso  
que entiendas mi pensamiento.
- FABIA. Confesaste en el tormento.
- BELARISO. Eres jüez riguroso.
- FABIA. ¿Yo tu jüez? Más quisiera  
serlo de aquella homicida  
que te ha quitado la vida,  
porque castigo la diera.
- BELARISO. Agradézcote el favor;  
pero dime: si juzgaras,  
señora, ¿qué le mandarás  
a quien me mata de amor?
- FABIA. Cuando probaras allí  
estar muerto de afición,  
a la pena del Talión,  
que se muriera por ti.
- BELARISO. Tu misma causa juzgaste;  
tu misma suerte quisiste,  
pues tú, mi señora, fuiste  
la misma que me mataste.  
Y aunque seas la homicida,  
yo tengo a dichosa suerte,  
porque no me den la muerte,  
que me rescates la vida,  
y perdona el atreverme,  
que amor me fuerza.
- FABIA. No más;  
basta, que ocasión me das;  
mas si mi amor te maltrata,  
ya que me has hecho jüez,  
no vivirá de esta vez  
la homicida que te mata.  
Ofrézcome agradecerte,  
como procedas muy bien,  
aquesa muerte, y también  
por ti me ofrezco a la muerte.
- CAMILA. ¿Para qué son embarazos  
de “yo os quiero más a vos”?  
Si os parecéis bien los dos,  
¿que os deis quinientos abrazos!  
Mi señora es un cordero:  
tiene aquesta condición.
- BELARDO. Yo la juzgaba león  
de mi sangre hambriento y fiero.  
Darásme tanta licencia,  
que ya me atrevo a llegar.
- CAMILA. ¿Eso vas a preguntar,  
majadero de conciencia?  
¡Cierra, cierra, y no repliques!
- FABIA. ¡Paso, paso!

(*Llega y abrázala.*)

- CAMILA. ¡No te asombres!  
¡Ofrezco al diablo estos hombres  
que piden por alambiques!  
“Si osaré, no osaré hacello”;  
que hay alfeñique tan dama  
que no se llega a la llama  
por no deshacerse el cuello!—  
Aurelio torna: entrad dentro,  
adonde podréis hablar,  
que yo le sabré esperar  
y detenelle el encuentro.
- BELARISO. Vamos, mi Fabia.
- FABIA. Ya voy  
muy contenta en que soy vuestra.
- BELARISO. Ese yo soy; bien lo muestra  
el alma y vida que os doy.
- (*Entranse los dos, y sale AURELIO.*)
- AURELIO. ¿Aquí te estás a la puerta,  
buena pieza?
- CAMILA. ¿A qué volvías?
- AURELIO. A lo que tú no sabías.
- CAMILA. Sepa que hay perro a la puerta;  
vuelva por sus ojos bellos,  
que de este umbral no se pasa;  
está ocupada la casa,  
que es hoy día de cabellos.
- (*Entrase, y queda AURELIO.*)
- AURELIO. ¡Por Dios, que se entró y cerró!  
Debe de haber qué hacer;  
sin llevar he de volver  
lo que mi señor mandó.  
Quiero echar por esta calle,  
que va más cerca a Palacio,  
y dense muy buen espacio,  
pues tienen muy bien quien calle.  
¡Oh, senador, loco estás!  
Pues, en fin, te obliga amor  
que quites prenda al honor  
que no se cobra jamás.  
¡Que no he de ser poderoso  
de callar por ningún precio!  
yo debo de ser gran necio,  
porque soy gran malicioso.  
Por ventura, ¿es buena y casta?  
Contentos están los dos;  
más es muy libre, ¡por Dios!,  
y aquesto sólo la basta.  
Por una cosa creo yo  
que él la consiente perder,  
pues la permite tracr

galas que nunca le dió.  
Yo me vuelvo a ser bellaco;  
que, ¿quién está satisfecho  
que la honra y el provecho  
pueden caber en un saco?  
Mozo, ¿quién te mete a ti  
ahora en vidas ajenas?  
Por una mala hay mil buenas.  
Cerca llegué por aquí;  
éste es Palacio; acá sale  
Nerón, nuestro emperador,  
que lo permite el autor  
que de esta industria se vale;  
porque si acá no saliera,  
fuera aquí la relación  
tan mala y tan sin razón,  
que ninguno la entendiera.

(*Salen NERÓN, emperador; LELIO, capitán; CATULO, ATILIO, VITELIO y CRIADOS.*)

NERÓN.

¡Gentil negocio, por mi vida, es éste!  
¿Cuál hombre puede ya tener de este hombre  
la confianza justa que se debe  
a las fingidas muestras exteriores?  
Bien dicen que la edad pasó dorada  
y que, de verse la Verdad corrida,  
al Cielo se volvió, de donde vino.  
Mas no permitiré que mientras viva  
se diga que con ella juntamente  
la Justicia se fué, que pienso ahora  
hacerla muy de veras, y que vean  
que no estimo el valor del reo Catulo.—  
¿Es posible que niegues lo que debes,  
habiendo dos testigos que lo juren?  
Paga, Catulo, paga, o te prometo  
de hacer que pagues cuando tú no quieras.

SENADOR.

Tu Majestad, ¡oh César invictísimo!,  
bien puede castigarme; mas yo juro  
por las deidades altas de los dioses  
que no le debo a aquéste lo que dice.

LELIO.

Sí debes, muy debido y muy probado,  
y porque estás en la real presencia  
de las deidades altas, Catulo, hablar tan libremente.

NERÓN.

¿En qué te fundas, Senador? ¿No sabes  
que si esa dignidad con otras tienes,  
no debe nada Lelio a tu nobleza?

Si tú, por conservar nuestra República,  
has estudiado letras, también éste  
por defenderla ejercitó las armas;  
si a ti te cuesta aceite, a aquéste, sangre.

SENADOR.

La gravedad del caso me obligaba  
a encubrirte, señor, la verdad; esto  
escucha, pues, y contaréla toda,  
fiado en la justicia que yo tengo,  
por la cual me darás por justo y libre.  
Yo, señor, me casé con Julia Fabia,  
hija de Eraso Albino, mujer moza  
y desigual en años y costumbres;  
con celos que yo tuve de este joven,  
hijo de Eraclio, decreté matalla:  
busqué por mis dineros quien lo hiciese,  
porque el amor me afeminaba el ánimo,  
y aquéste se ofreció dalle la muerte  
por esa cantidad que ahora pide.  
Alzada ya la daga, entré corriendo,  
de mi casta mujer bien informado,  
y el brazo le detuve. Ahora advierte  
si es justo que le pague, o si es más justo  
que, como a matador, tú le castigues.

NERÓN.

¡Extraño caso!

LELIO.

Escucha, invicto César,  
que no quiero negalle lo que dice;  
mas, pues descubre el caso, advierte ahora  
lo que te queda de saber del caso:  
la prometida paga por la muerte,  
¿de dónde piensas prometió sacalla?  
De los erarios públicos, diciendo  
que juntos, de secreto, en el silencio  
de la callada noche, con sus llaves  
podríamos sacar. ¡Mira si es justo  
que muera el robador de la República!

NERÓN.

¡Caso notable, por el alto Júpiter!  
¡Oh providencia de los altos dioses!  
Muera con justa causa, o, por lo menos,  
sea llevado Catulo a la cárcel  
hasta que por el Senado se provea  
la pena que merece tanta culpa.  
¿Así cumpliste aquella confianza  
que se tuvo de ti, villano, indigno  
de aquesa toga que tu cuerpo adorna?

SENADOR.

¡Señor!



NERÓN.

¡ Tirad con él ! ¡ No me replique una sola palabra !

SENADOR.

¡ Señor !

NERÓN.

¡ Calla,  
que haré sacarte la maldita lengua !

(Llevan al SENADOR.)

¿ Cómo es aquesto ? ¿ Tal maldad se sufre ?  
¡ Mal haya la cabeza que os consiente tener a vuestro mando las riquezas para los bienes del común y pueblo, pues las tenéis a efecto solamente de haceros ricos, de roballas todas !  
Mas yo pienso tomaros residencia, que cuesta cara.—Ven acá, mancebo :  
¿ Es verdad que quisiste a aquella Fabia ?  
¡ Guarda, te aviso, guarda, no lo niegues !

VITELIO.

Verdad es que la quise ; mas no ha sido de amor incasto, sino justo y santo ; porque yo pretendí que fuera mía antes que suya, en dulce matrimonio.  
¡ Era yo pobre, y pudo más el rico !

NERÓN.

Ven acá, Lelio ; tú no te alborotes, que no pienso que debes justamente castigo del delito cometido ; eres soldado, y vives de tus armas ; pero ¿ por qué razón, sin los dineros, a dar la muerte injusta te atrevías ?

LELIO.

Porque la falsa, aleve, me engañaba, que me mandó matar a su marido para poder casarse con Vitelio.  
Supe el enredo, y quise la venganza ; mas yo sospecho que imposible fuera, porque la adoro, si verdad te digo.

NERÓN.

Que todos la queréis es argumento que lo merece.

LELIO.

Gran señor, bien puedes estar de su hermosura satisfecho.  
Es una Venus y un retrato vivo de Cleopatra, o la robada Elena ;

gallarda en todo, Fabia, por extremo, cuyo donaire es tal, que yo no puedo encarecer, ni en mi sentido cabe.

NERÓN.

Hasme movido, Lelio, a mil deseos ; dentro del alma, Lelio, me la pintas con el vivo pincel de tus razones.  
¡ Oh, lo que diera por gozar un rato de esa beldad tan rara y peregrina !  
Mas ¿ qué no puede la potencia mía y este ceptro absoluto ? Lelio, parte, y parte tú con él, Vitelio, y juntos, traedme a Fabia, y no volváis sin ella, que por el alma de mi padre juro haceros dar aborrecida muerte.

LELIO.

Iremos cual lo mandas.

NERÓN.

Partid luego.

LELIO.

(¡ Oh, nunca yo naciera !)

VITELIO.

(¡ Oh, Cielo santo ;  
maldiga Dios tu lengua !)

(Vanse los dos.)

NERÓN.

¡ Bueno quedo !

Enamorado de palabras vanas, que [es] esto que me ha entrado en los oídos, si suele Amor entrarse por los ojos.  
Venid vosotros, tañeréis un rato, mientras se pasa el tiempo, que a mi alma tan largo me parece que se espera.  
Amor, ¿ qué has hecho, cómo te has errado ?  
Las flechas que en el blanco de los ojos sueles clavar, has hecho nuevamente herir al corazón por los oídos.  
¡ Debes de haber perdido los sentidos !

### JORNADA TERCERA

(Salen LELIO, VITELIO y FABRICIO.)

VITELIO. Bien estarás satisfecho de lo que has hecho conmigo.  
LELIO. No tengo, el Cielo es testigo, culpa del mal que sospecho.

Ya mi inocencia se sabe,  
y la culpa considera,  
que cuando yo la tuviera,  
muy buena parte me cabe.  
Buena parte del dolor  
me cabe de este suceso,  
y tanto, que pierdo el seso  
entre el honor y el amor.  
¡Bueno es que sea tercero  
de aquella prenda que adoro!

VITELIO. Mi suerte y la tuya lloro; (1)  
si desesperas, yo muero.  
¡Ah, Lelio, mal haya el día  
que a Fabia mis ojos vieron!

LELIO. Y aquel que los suyos fueron  
cárcel del ánima mía:  
que tú tienes cirujano.

VITELIO. Con buen lance me convidas,  
si de las viejas heridas  
aún no estoy del todo sano,  
que en memorias me deshago.  
Pero temo justamente  
que la sangre me reviente  
con esta fuerza que hago.

LELIO. Yo sólo estimo la honra,  
y no sé cómo me atreva  
a darle tan mala nueva  
a costa de mi deshonra.  
¿Cómo yo tengo de hablar  
a Fabia de ajeno amor?

VITELIO. ¿Cómo que al Emperador  
a Fabia le he de llevar?

LELIO. ¡Que he de llevar, por lo menos,  
a Fabia a tales abrazos!

VITELIO. ¡Que la prenda de mis brazos  
lleve a los brazos ajenos!

LELIO. De Roma quiero ausentarme  
si tan de veras lo toma.

VITELIO. Quiero ausentarme de Roma  
y no a su gusto obligarme.

LELIO. Vitelio, yo determino  
salirme de Roma al punto.

VITELIO. Yo, Lelio, contigo junto,  
quiero tomar el camino.

LELIO. ¡Ah, qué industria imaginaba  
si tú la hicieras posible!

VITELIO. Di, Lelio, aqúese imposible,  
que si en mi mano la pones,  
no dudo en la propia vida.

LELIO. Si fuera industria perdida,

(1) En el texto, "adoro".

piérdanse cuatro razones,  
y tú responde a una sola:  
¿quieres a Brisena?

VITELIO. Tanto  
como el áspid al encanto  
y la abeja a la amapola;  
tanto me espanta su habla  
como el favor de su gusto.

LELIO. La sospecha viene al justo,  
y nuestro enredo se entabla;  
al fin, nunca te dió pena.

VITELIO. Ni me la da ni la quita.

LELIO. Pues, Vitelio, solicita  
que llevemos a Brisena;  
que Nerón no la conoce,  
y podrá pensar que es ella,  
y no la viendo tan bella,  
podrá ser que no la goce.  
¿Qué te parece?

VITELIO. Un enredo  
de tu raro ingenio digno;  
y veremos, de camino,  
lo que con Brisena puedo,  
que será suma fineza;  
mas yo lo sabré trazar;  
no me acabo de espantar  
de tu aguda sutileza.

LELIO. A propósito sucede:  
Brisena la calle pasa.

VITELIO. Sin falta viene a su casa.

LELIO. Hagamos que fuera quede.

VITELIO. Háblala luego.

LELIO. Yo voy.

(BRISENA, con un PAJE.)

BRISENA. ¿Qué tarde a casa llegamos!

PAJE. Tarde, pero cerca estamos.

VITELIO. Y yo de mi bien lo estoy.  
¿De dónde bueno?

BRISENA. De ver  
a Flavia, mi hermana.

VITELIO. Basta,  
que el amor de vuestra casta  
me quiere echar a perder;  
ha dos horas que os aguardo.

BRISENA. ¿Por una vez tantos fieros?

VITELIO. Son del deseo de veros,  
que, en mirándoos, me acobardo.  
Haced que el paje se aparte,  
que me importa hablar con vos.

BRISENA. Evandro, vete con Dios.

PAJE. ¿Aguardo en alguna parte?

BRISENA. No; bien te puedes volver y a mi hermana me encomienda.— ¿Queréis que Lelio lo entienda?

VITELIO. Sí, bien lo puede entender. Brisena, ya de mi amor, como yo de la fe vuestra, tenéis conocida muestra.

BRISENA. Antes muy poco, señor; que me habéis sido del alma un dulce verdugo.

VITELIO. Entiendo que ya os burláis, conociendo que de ésta os rindo la palma. Sabéis cómo os he querido, sabéis que (1) os tengo en mis ojos, porque, si os he dado enojos, por ajena culpa ha sido. Mas ya ninguna ocasión ha de ser, Brisena, parte para que de vos me aparte, sin la muerte, el corazón.

BRISENA. Dejemos cosas pasadas.

VITELIO. Ahora te doy mil vidas; que bellas prendas perdidas fueron, por mi bien, halladas.

BRISENA. ¡Oh, señor, cuánto me debes! ¡Cuánta lágrima y suspiro, cuando tus maldades miro, esta helada sangre mueves! ¡Cuántos desprecios me has hecho, a cuánta rabia me obliga ver tan loca a mi enemiga de las prendas de mi pecho! Mas ninguna cosa es fuerte de cuantas la razón pide a que las tuyas olvide en la vida ni en la muerte.

LELIO. (Bien se funda lo que intenta.

VITELIO. ¡Oh, Lelio, y cuánto me adora!

LELIO. Pues alto, díselo ahora; no aguardes que se arrepienta, que es palabra de mujer, y averiguado argumento que en este mismo momento mudará de parecer.)

VITELIO. ¡Ah, quién pudiera, Brisena, tras toda aquea esperanza, con segura confianza darte cuenta de mi pena! ¡Triste de mí, cuál estoy!

BRISENA. ¿Qué novedad es aquésta, Vitelio, que te molesta?

VITELIO. El ver que tan pobre soy.

BRISENA. Desecha aquea tristeza, que si lo dices por mí, no quiero, después de ti, Vitelio, mayor riqueza; galas tengo que traer, y hacienda con que vivir; bien te puedes persuadir que no te puedo ofender; si te da mala señal que se acabarán, sin duda, si por ti quedo desnuda, no he de parecerte mal. ¿No es esto lo que decías?

VITELIO. No.

BRISENA. Pues declara tu intento.

VITELIO. Es la pobreza que siento, Brisena, de cosas mías. Triste, mi padre está preso por deudas, y, al fin, no sale; que a lo que su hacienda vale, le hacen notable exceso.

LELIO. (Pues ¿qué tiene eso que ver con el concierto, Vitelio?

VITELIO. ¡Calla, no me impidas, Lelio!

LELIO. No te acabo de entender.)

BRISENA. Quisiérate remediar; mas daréte lo que tengo.

VITELIO. No, Brisena, yo no vengo...

BRISENA. ¡Paso, no has de replicar! Toma aquestas pocas prendas.— Y entra conmigo, Fabricio, y la plata de servicio te daré para que vendas.

LELIO. (¡Qué mujer ésta, ¡oh mujeres!, para las que ahora se usan!)

VITELIO. Dos mil razones me excusan; conozco lo que me quieres; es grande la cantidad: esto no basta, Brisena. Toma tu anillo y cadena; recibo la voluntad. De otra manera podrías remediarme.

BRISENA. ¿De qué suerte?

Dilo, y importe la muerte.

¿Cómo de mí desconfías?

¿Quieres que me venda?

VITELIO. Espera; no me obligues tanto, no;

(1) En el texto, "como".

que el ver, mi bien, que soy yo,  
me avergüenza y desespera,  
y más puede avergonzarme  
lo que me mandas que diga;  
mas no quiera Dios prosiga  
en ofenderte y matarme.

BRISENA. Acaba, que eres extraño.

VITELIO. No se determina el pecho  
a decirte su provecho  
con el miedo de su daño;  
mas vaya aparte el temor.  
Sabrás, Brisena, que ayer...  
¡ay!

BRISENA. Dilo.

VITELIO. Te pudo ver  
este nuestro Emperador.  
Informóse de quién eras,  
y dijéronle que mía,  
que eso es hoy cortesanía,  
entre las lenguas parleras;  
que esto en la Corte se halla,  
de ordinario, al maldiciente;  
¡mal haya quien lo consiente  
y la justicia que calla!  
Al fin, me envió a llamar,  
y quiere que yo te lleve,  
porque mayor muerte pruebe  
de cuantas me pudo dar.  
Fuera de que es imposible  
excusarte de este mal,  
porque a un rey, a un hombre tal,  
Brisena, todo es posible.  
Con la mucha paga puedes  
excusar mi desventura.

LELIO. ¡Buena excusa y muy segura!  
Digo que a Sinón excedes.)

BRISENA. ¡Ah, Vitelio, hombre sin honra!  
¡Cuando tú amor me tuvieras,  
por ninguno permitieras  
tal maldad y mi deshonra!  
Haste afrentado y causado  
en mi alma tal rigor,  
que todo el pasado amor  
en desamor se ha trocado.  
¡Vete, infamia de los hombres,  
con Fabia, a quien tú desear!  
¡Ni me busques ni me veas,  
ni solamente me nombres;  
y no me toque a la puerta,  
que haré a la puerta matalle!

(Vase.)

LELIO. Helo aquí echado en la calle;  
¡qué bonico se conierta!  
¡Ah, Vitelio, razón tiene!  
¡Tú lo has echado a perder!

VITELIO. Di, ¿qué más se puede hacer?

LELIO. Que no te alargues conviene,  
no hay disculpa que te cuadre.

VITELIO. Que me des la razón quiero.

LELIO. Dijiste que era el dinero  
para soltar a tu padre;  
que a fe que si la dijeras  
que fuera para sus galas,  
que los pies tuvieran alas  
más que los vientos ligeras.

Esto es hecho; de aquí vamos,  
que a Fabia hablar nos importa,  
porque ya el día se acorta  
y este negocio alargamos.

VITELIO. ¿Qué dudas, pues ha de ser?

VITELIO. No dudo en nada; antes quiero  
ser muy honrado tercero  
de tan honrada mujer.

LELIO. Yo fío que no lo dude.

VITELIO. Fabricio, quédate ahí,  
y miraré por aquí  
si alguno a la calle acude,  
que esta nueva libertad  
tendrá su dime y direte.

LELIO. Vamos, señor alcagüete  
de su real majestad.

(Váyanse, y queda FABRICIO.)

FABRICIO. ¡Por Dios, extremados van  
los dos señores terceros,  
en figuras de romeros,  
no los conozca Galván!  
¿Cuánto les dan por la presa?  
Es de buen precio la moza;  
guárdense de la coraza, (1)  
que es la justicia traviesa.  
Debo de estar olvidado,  
pues de esta vez no me asombro.  
¡Pesia tal!, ¿la sogá nombro  
en casa del ahorcado?  
¡Huélguense vuestas mercedes,  
que no es mi vidrio tan fino  
que tire piedra al vecino  
y le rompa las paredes!  
¡Oh, cómo está el mundo lleno  
de este ordinario cuidado!

(1) En el texto, "conça".



¡Debe mirar su pecado  
quien reprehende el ajeno!

(BRISENA, con manto.)

BRISENA. Huélgome, que se han partido.  
Fabricio, ¡hola! ¡Oh, Fabricio!

FABRICIO. ¿En qué te hago servicio?

BRISENA. ¿Fuése tu señor?

FABRICIO. Ya es ido.

BRISENA. ¿Quieres tenerme un secreto?

FABRICIO. Si a ti no, señora, ¿a quién?

BRISENA. Pues, como le guardes bien,  
el galardón te prometo.

Vente a Palacio conmigo.

FABRICIO. ¿Qué quieres hacer en él?

BRISENA. Ser honrada y ser fiel  
a tu señor, mi enemigo;  
remediar su pena quiero  
sin que lo entienda, y diré  
que en otra parte busqué  
la cantidad del dinero.  
La mujer noble y discreta,  
Fabricio, cuando resbala  
y ha de ser por fuerza mala,  
procura serlo secreta.

FABRICIO. ¡Ah, Brisena!, ¿quién podría  
encarecer tu valor  
y ese ingenio, a quien Amor  
enseña filosofía?  
Cúbrete, ¡pobre de mí!,  
que sale de aquella casa  
una mujer.

(Entra CAMILA.)

CAMILA. ¿Esto pasa?

¿Cómo delante de mí?

¡No en mis días, Fabricio! (1)

¡Bellacona, desatátese!

FABRICIO. (Vuesa merced calle y tápese,  
que tiene endiablado pico.)

¡Déjame pasar, maldita! (2)

CAMILA. ¿Qué pasa? ¡Mal haya yo  
si no se le quite yo  
si el rebozo no se quita!

FABRICIO. (Vamos, y déjala hablar.)  
¡Calla, por tu vida, amor,  
que es dama de mi señor!  
Malo estaba de juzgar;  
a su casa se la llevo.

CAMILA. Pues, si no se me declara,  
él y ella ¿tuvieran cara?  
¡No, por la muerte que debo!

(Vanse los dos, y queda CAMILA.)

Ya Vitelio tiene dama;  
¡por Dios, pagado se han!  
que tiene nuevo galán,  
pudéolo decir, mi ama:  
a fe que no están contentos,  
aunque disimulen más,  
que a este amor es por demás  
aplicar medicamentos.

(Entran FABIA y BELARISO.)

BELARISO. Si permites que le alabe,  
advierte que me diviertes  
con las dulzuras que viertes  
de aquesa boca süave.  
Fabia, de perderme temo;  
manda que de ti me aparte,  
que he llegado en adorarte  
desde el principio al extremo,  
por fuerza me he de perder.

FABIA. Antes engañado vas,  
que si en el extremo estás,  
no te queda que temer  
ni pasarás adelante.

BELARISO. Como tu fe lo consienta,  
pasaré por más tormenta  
que la fortuna levante.  
Que tienes mil cosas nuevas  
estudiadas en amor,  
con que al oyente amador  
atraes, rindes y elevas.  
Eres divino maestro;  
premio y laurel se te dé.

FABIA. A lo menos, en la fe  
que a mi discípulo muestro,  
gran caudal he descubierto  
de tu peregrino trato.

BELARISO. Y yo en el tuyo un retrato,  
de glorias seguro puerto.

CAMILA. ¿Para qué es tanto (1) almacén  
con tanto dime y direte?  
¡No sé para qué se mete  
tan hondo el que quiere bien!  
Las razones estudiadas  
tienen mucho de fingidas,  
y son más presto creídas

(1) En el texto, "Fabricio".

(2) En ídem, "marcica".

(1) En el original, "estando".

las que se dicen turbadas.  
: Bien haya yo, que no digo  
más de un "sí" medio entre dientes!

BELARISO. Hay pasiones diferentes.

CAMILA. Y él, ¿es diferente amigo?  
Pues digo, ¿puede él mirar  
el pie de aquel Fabricillo,  
la cara de Cupidillo,  
acabado de azotar,  
los vivos ojos y lengua,  
la voz graciosa y sñave?

BELARISO. Eso y más, Camila, cabe  
en cosa de tanta mengua.

FABIA. ¡No haya más, por vida mía!

(*Entran LELIO y VITELIO.*)

LELIO. (Temblando llevo.

VITELIO. Y yo y todo.)

LELIO. Fabia: a los dos, de este modo,  
el Emperador envía.  
Negocios pienso que son  
de tu marido.

VITELIO. Así es:  
manda que vamos los tres  
a averiguar la traición.

FABIA. Mas no sea que intentéis  
alguna para mi daño.

LELIO. Segura vive de engaño.

FABIA. ¿Tan segura me tenéis?  
Belariso irá conmigo.

Alto: yo me entro a cubrir;  
adelante podéis ir.

LELIO. Irnos queremos contigo;  
basta que vayas con él;  
aunque, si ésta traición fuera,  
claro está que no viniera  
Vitelio, ni yo con él;  
lleva también tus criados.

BELARISO. Yo basto, no hayas temor.

LELIO. A fe que tiene el señor  
parte de nuestros cuidados.

FABIA. Vamos, y tú mira bien  
si alguno en la calle está.

LELIO. Así, señora, se hará;  
manda que el manto te den.

(*Entranse todos. Sale NERÓN y CRIADOS.*)

NERÓN.

Váseme haciendo cada punto y hora  
un año desigual, un siglo eterno;  
tanto mi alma aquella Fabia adora,  
que de mi libertad tiene el gobierno;

en ella vive, en mis sentidos mora,  
que en fuego me consume el pecho tierno;  
si imaginada no hay quien la resista,  
ceniza quedará después de vista.

De suerte, Amor, me pintas y figuras  
dentro en la idea tu divina imagen,  
que mil perfectas vivas hermosuras  
no quieren que a la muerte se aventajen,  
y tanta gloria en ella me aseguras,  
que, por más que se cansen y trabajen  
sus invidiosas manos a bordalla,  
con más paciencia vuelves a pintalla.

(*Entre un PAJE.*)

PAJE.

Un criado está aquí de aquel soldado  
que fué por la mujer.

NERÓN.

(*Mi gloria es cierta.*)

¿Y viene solo?

PAJE.

Viene acompañado.

NERÓN.

¿De quién?

PAJE.

De una mujer cubierta.

NERÓN.

Entren.

(*Entran FABRICIO y BRISENA.*)

FABRICIO.

Aquí, señor, por tu mandato,  
viene Fabia.

NERÓN.

No tengas encubierta  
la gloria que me das, ni eclipse tanto,  
mi sol divino, tan nublado manto.

BRISENA. Cual mandas, vengo, señor,  
y, humilde, a tus pies me postro.

NERÓN. No tienes, Fabia, buen rostro;  
quitado se me ha el amor.  
(¡Por Dios, engañado estaba!  
Sin cumplir muere el deseo.

Muy diferente la veo  
de como la imaginaba.)  
No verte fuera ocasión  
de mayor gloria y ventura,

por no perder la dulzura  
de aquella imaginación.  
¡Oh, locos desvanecidos,  
al fin, como amantes ciegos,  
por quien publican sus fuegos  
y se precian de perdidos!—  
Traedme aquí el Senador;  
quitadle aquellas prisiones:  
hablaréle dos razones.  
¿Entendéislo?

PAJE. Sí, señor.

NERÓN. ¡Por Dios, Fabia, que le estás  
obligada a la Fortuna!

BRISENA. Mas no habrá mujer alguna  
que de ella se queje más.

NERÓN. ¿Por qué, pues, de tantos modos  
tantos te quieren así?

BRISENA. Porque no te agrado a ti,  
que eres mejor que no todos.

NERÓN. Ya, Fabia, como hablas bien,  
no me pareces tan mal.

BRISENA. Por favor y merced tal,  
muchas gracias se te den.  
La hermosura en breve rato  
se goza cuanto más es;  
lo que enamora después  
es el ingenio y el trato.

NERÓN. Aciertas en las dos cosas,  
aunque tu causa rodeas;  
yo he visto mujeres feas  
que, tratadas, son hermosas.  
La hermosura desvanece  
con la edad o enfermedad;  
pero el ingenio es verdad  
que el tiempo no le envejece.  
Mas no disputemos, Fabia;  
de las dos, sea cualquiera:  
más hermosa te quisiera,  
aunque fueras menos sabia;  
no es cuerdo el hombre, antes loco,  
que lúscas mujer discreta.

BRISENA. ¿Por qué?

NERÓN. Porque se sujeta  
a quien ya le tenga en poco.  
Entenderá su flaqueza,  
y con su bachillería  
le ofenderá noche y día  
a costa de su cabeza.  
La mujer ha de tener  
un ingenio moderado,  
no agudo, libre, alterado,  
atrevido y bachiller;

que, en siendo por este modo,  
no se puede tolerar;  
que quieren luego mandar  
y ser cabeza de todo.

(Sale un PAJE.)

PAJE. El preso queda a la puerta.

NERÓN. Fabia, cubrirte podrás,  
que menos daño harás  
cubierta que descubierta.

(El SENADOR y gente.)

SENADOR. ¿Qué manda tu Majestad?

NERÓN. Mandé desaprisionarte,  
Catulo, por sentenciarte.

SENADOR. Cúmplase tu voluntad.  
Sentenciame; sin embargo,  
yo cedo mis diligencias.  
¡Hoy me prendes y sentencias  
sin admitirme el descargo!  
¿Qué mandas hacer de mí?

NERÓN. Un gran castigo te doy;  
y por la fe de quien soy  
que lo fuera para mí.  
Tu mujer mirando estás:  
vete con Dios y con ella,  
que yo te condeno a ella  
por cuatro meses no más;  
esto lleva por sentencia.

SENADOR. ¿Tan mala te ha parecido?  
Yo la consiento, y te pido  
que me alargues la licencia.—

(Descúbrela.)

¡Mi Fabia!—Cielos, ¿qué es esto?

¡Aquesta no es mi mujer!

NERÓN. ¿Cómo, cómo puede ser  
que me haya engañado en esto?  
¿No es tu mujer?

SENADOR. No, señor.

NERÓN. Ya tengo el caso entendido:  
¡muy buena disculpa ha sido!—  
Prendedme aquel embaidor.

(Asen a FABRICIO.)

¡Hola! Vosotros, ¿qué hacéis?

Al que así engañarme quiso,  
por toda Roma os aviso  
que en el punto me busquéis,  
o juro por mi corona  
que, si no parece luego,  
de cordel, cuchillo o fuego,  
no se me libre persona.

SENADOR. ¿A qué propósito has hecho que salga de la prisión?

NERÓN. Engañóme la traición de aqueste fingido pecho.— Y tú, mujer, di quién eres. ¡Habla! ¿Por qué enmudeciste? (1)

BRISENA. La afrenta de las mujeres. Mas yo he venido engañada por aquel falso Vitelio y por el capitán Lelio, de quien he sido burlada. Dijéronme que me amabas, y agora por cierto tengo que en lugar de Fabia vengo, pues a Fabia deseabas.

NERÓN. ¿A mí se me sufre hacer tal burla? ¡Ah, Lelio traidor!— ¡Hola! Dime, Senador: ¿adónde está tu mujer? ¿Hallaránla donde vives?

SENADOR. Señor, vuelve por mi honra; según eso, a mi deshonra pensaré que te apercibes. Tú que eres suma defensa no me maltrates mi honor.

NERÓN. No, que de un Emperador honra se llama la ofensa. Por las mujeres lo advierte; que ya tienen por disculpa cualquiera maldad y culpa que cometen de esta suerte. Son yerros muy bien pagados, y aunque tan públicos son, tienen por satisfacción que son yerros aceitados. (2)

Y no te fatigue, no, juzgarme por atrevido, que alguno la habrá servido no tan bueno como yo.

SENADOR. Ya, señor, que tanta mengua de hacerme esta afrenta cobras, pues me deshonoran tus obras, no me deshonne tu lengua; que si yo hubiera sabido de mi mujer cosa incasta, yo la acabara, y bien basta lo que tienes entendido. Yo la he tenido por buena; y, pues te tengo por bueno,

no hagas con nombre ajeno tuya la mujer ajena. Diga toda la ciudad si tiene contrario indicio; mira, señor, mi servicio o mira tu gran bondad. Eres de virtud el templo, y así, considerarás que más obligado estás a dar a todos ejemplo; que si tu sumo poder me deja así deshonorado, no tendrá el pueblo a pecado quitar la ajena mujer.

NERÓN. No me pienses tú enseñar; ¿no sabes que soy tu Rey?

SENADOR. Sí.

NERÓN. Pues quien hace la ley, ese la puede quitar.

SENADOR. A su fuerza nadie iguala; es cosa del Rey ajena que quite la ley que es buena y ponga la ley que es mala. Y si es que al Rey no resiste quitar ley que pudo dar, ésta no la has de quitar, pues que tú no la pusiste; que no es dado a tu grandeza, puesto que gobierna el suelo, quebrantar la ley del Cielo, razón y naturaleza.

NERÓN. No más, que mucho te alargas.

SENADOR. Es mucho el daño que veo.

NERÓN. Y colérico el deseo para razones tan largas. Allí en las aulas podrás, en estudios y academias, mostrar cuánto al bueno premias y el castigo que me das, y si pretendes enmienda, compón un libro de aquí y dirígemele a mí, que yo haré que se te venda.

SENADOR. Aun eso pudiera ser; pero tengo más temor.

(*Entran* LELIO, VITELIO, FABIA y BELARISO.)

LELIO. Aquí está Fabia, señor, la que mandaste traer.

NERÓN. ¡Extraño enredo, por Dios! La palabra habéis cumplido; sin duda que habéis temido

(1) Falta un verso a esta redondilla.

(2) Así en el texto. Quizás "afeitados".



perder la vida los dos.  
Yo os perdono lo pasado  
por el regalo presente.—  
¡Oh, Fabia, bien diferente  
original del traslado!  
¡Gentil y perfecta unión  
de miembros y compostura,  
que dan a la hermosura  
el nombre de perfección!  
Tienes un divino agrado;  
has confirmado mi amor,  
que aún me pareces mejor  
que te había imaginado,  
porque entonces se le aplica  
la perfección o la forma  
cuando a la idea conforma  
del autor que la fabrica;  
y pues sales tan perfecta  
como yo te imaginé,  
mi alma, mi amor y fe  
se rinde, humilla y sujeta.

BELARISO. (Cegaran antes mis ojos  
que a ver su muerte vinieran.

LELIO. Y los míos, que pudieran  
excusar tantos enojos.)

FABIA. Señor, si a aqueso me llamas,  
¿por qué causa has permitido  
que nos vea mi marido,  
cuya nobleza disfamás?  
Muy grande agravio recibo  
del bien que quieres hacerme.

SENADOR. No, Fabia; no ha de ofenderme  
mientras estuviere vivo.  
Pues pretende mi deshonra,  
vea en este caso tal  
lo que un hombre principal  
sabe volver por su honra.  
¡Oh, Roma! escucha el agüero  
de esta víctima ofrecida,  
que ya te ofrezco la vida  
y alegre y contento muero.  
El Cielo forma sentencia  
contra ti, pues en rigor  
te ha dado un Emperador  
tu cuchillo y pestilencia,  
y que te ha de hacer infame  
su tirana monarquía. (1)  
Veráste con sus hazañas

abatida y infeliz,  
y tu indomable cerviz  
pisarán plantas extrañas.  
Faltarán en ti la justicia,  
será el malo engrandecido,  
veráse el bueno abatido  
por envidia o por malicia.  
Tendrá perpetuo destierro  
de tus hijos la verdad,  
será muy peor edad  
que la de alambre y de hierro.—  
Al fin reinarás tirano.

NERÓN. ¡Hola! Quitadle la vida.

SENADOR. No es tan baja y abatida  
que ha de acabar de tu mano.  
Mi muerte traigo en la mía.—(1)  
¡Adiós, Fabia! ¡Fabia, adiós!

(Queriéndole asir dos CRIADOS, hará que chupa la  
piedra de una sortija y caerá muerto.)

NERÓN. Ved que se acuerda de vos,  
Fabia, en el postrero día.

FABIA. Tiene mucha obligación;  
yo se la pienso pagar.

NERÓN. Deja, Fabia, de llorar  
y muestra buen corazón;  
que si pierdes buen marido  
bueno le cobras en mí.—  
Llevad ese hombre de ahí,  
y paso, sin hacer ruido.

FABIA. Señor, gran crueldad es ésta,  
que a mi marido me quitas;  
aunque más lo facilitas,  
al cielo y tierra molesta.  
¿Qué puedo fiar de un hombre

que así finge que me ama  
en los ojos de una dama?

NERÓN. Eres tú; vino en tu nombre;  
díjome que Fabia era.  
Mira el rostro.

VITELIO. ¡Por Dios, bien!

LELIO. Brisena, Brisena, ¿quién  
te trujo de esta manera?

NERÓN. ¿Conocéísla?

LELIO. Sí, señor.

VITELIO. Dime quién te trujo aquí.

BRISENA. Traidor, remediarte a ti  
tan a costa de mi honor.

NERÓN. ¿Lloras, mi Fabia? Advierte  
que te quiero mucho.

(1) Faltan dos versos para la redondilla, o, lo  
que es más probable, sobran los dos que hay, pues  
no afectan al sentido.

(1) En el original "mano".

FABIA. ¡Ay, triste,  
que aquel daño que me hiciste  
pide lágrimas y muerte!  
Bien viste que a mi marido  
dió muerte por causa mía  
el veneno que traía  
en la sortija metido.  
Pues ¿qué piensas que he de hacer?

NERÓN. No me digas lo que harás,  
Fabia; detente no más;  
convierte el llanto en placer  
y ven conmigo, que quiero  
que deseches los enojos.

FABIA. No lo verán esos ojos,  
romano cruel y fiero,  
que en esta sortija está  
el fin de todos mis llantos.

*(Pone la piedra en la boca y cae en el suelo.)*

NERÓN. ¡Paso, por los dioses santos!  
Que se mató! ¡Muerto se ha!  
¡Ah, Júpiter enemigo!  
¿Cómo quisiste poner  
tal furia en una mujer?  
¡Dos mil veces te maldigo!  
¡Hermosa Fabia! ¡Ah, mi Fabia!  
El alma salir porfía  
¡ah, señora! ¡ah, gloria mía!  
y el hermoso cuerpo agravia.  
Ved vueltos los bellos ojos  
y ved el sol ya vengado  
de aquellos que le han quitado  
sus altares y despojos.  
Ved muerta la viva grana  
y ved la nieve amarilla,  
y en una y otra mejilla  
la de la muerte inhumana.  
Mirad cádeno el rubí,  
la mano ya helada y floja  
y, entre esta pena y congoja,  
miradme, miradme a mí.  
¿Quién creyera tal suceso?  
¡Oh, romana ilustre y bella!  
Irme quiero por no vella,  
que habré de perder el seso.

*(Vase NERÓN.)*

VITELIO. ¡Gloria de mi pensamiento,  
dulce prenda de mi pecho,  
tú, que muriendo me has hecho  
morir viviendo en tormento!  
Si hasta ahora he yo callado

tu amor poderoso y fuerte,  
agora, agora en la muerte  
quede al mundo declarado;  
que quiero tanto llorar  
que la propia sangre acabe.

BRISENA. Mirad lo que en hombres cabe;  
aprended a confiar.  
¿Quién le vió fingir conmigo  
tan locas hazañerías?  
Entonces muy bien fingías;  
pero no agora, enemigo.  
Quisiera con una lanza  
pasarle el pecho traidor;  
aunque ésta ha sido mayor  
y más alegre venganza.  
Pues yo, ¿qué le pido al Cielo?  
¡Llora, llora, muere, rabia  
y pide que te dé Fabia  
a tus lágrimas consuelo!  
¿Qué mujer se ha de fiar  
de pecho de hombre, aunque vea  
que ya su muerte desea  
y queda para expirar?  
Créanme a mí, si me entienden;  
que, cuando piensan que adoran,  
si en su presencia las lloran  
en otra parte las venden.—  
Lelio, ¿qué dices de aquesto?

LELIO. Ha sido la confusión  
tan grande, que en suspensión  
alma y sentidos me ha puesto.—  
¡Oh, Fabia!

BRISENA. Todos lloráis,  
y yo, que más causa tengo,  
¿a tanta desdicha vengo  
que mi muerte celebráis?  
Causa tengo principal  
de dar lágrimas también,  
que apenas supe del bien  
cuando ya me busca el mal.

LELIO. Brisena, yo estoy de suerte  
que, si de aquí no me voy,  
te juro, a fe de quien soy,  
que me procure la muerte.  
Vamos si quierdes.

BRISENA. ¡Ay, Lelio! (1)  
Desde hoy no receles más,  
que es el temor sin provecho.

(1) Aquí faltan versos: pues este es el primero de una redondilla que no sigue. Además el sentido queda cortado.

VITELIO. ; Con cuánta fuerza en el pecho  
de tu firme amante estás!  
que si mi vida te agravia,  
la muerte, la muerte pido.

(Sale FABIA.)

FABIA. No, no, Vitelio querido,  
que está viva vuestra Fabia.

VITELIO. Santos dioses, ¿qué es aquesto?  
¿Ha vuelto de la otra vida?

Detente, Fabia querida;  
vuelve allá, vuélvete presto,  
que todo temblando estoy,  
o, aguarda, juntos iremos.

FABIA. No hagas tales extremos.  
Vida tengo, viva estoy;  
que aquella muerte fingí  
por que el traidor me dejase.

VITELIO. Aunque tus brazos tocase,  
no estoy seguro de ti.

FABIA. Sosiega, Vitelio, el pecho.

VITELIO. Fabia, es gran temeridad.

FABIA. En prueba de que es verdad  
recibe este abrazo estrecho.

VITELIO. Señora, el temor me asombra.

FABIA. Extiende, Vitelio, el brazo.

VITELIO. Sin duda que a Fabia abrazo.  
¡Vivo cuerpo o muerta sombra,  
gloria de mi vida y alma!

FABIA. ; Dulce Vitelio, mi bien!

VITELIO. Gracias al Cielo se den  
y a vos la vitoria y palma.  
Otra vez, Fabia querida,  
me dad un abrazo fuerte,  
que no pensé de la muerte  
sacar tan alegre vida.

FABIA. Ya como el fénix me mira.

VITELIO. Y cómo si lo eres, cierta,  
que de la ceniza muerta  
a nueva vida respira.

FABIA. En esa muerte perdí  
la vida que ya pasé,  
y en la nueva que saqué  
otra salgo para ti.

Ya murieron mis costumbres;  
otra soy, y siempre tuya.

VITELIO. Aquí, mi Fabia, concluya. (1)  
Dame, señora, tu mano,  
y atadas recibe aquéstras.

FABIA. Vitelio, mucho me cuestas;  
mas ya de nuevo te gano.

VITELIO. Eres en extremo sabia.

FABIA. Esta mano me remedia.

VITELIO. Aquí acaba la comedia  
de *Los Embustes de Fabia*.

FIN

---

(1) Falta un verso

COMEDIA FAMOSA

# EL ENEMIGO ENGAÑADO

DE  
LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

LAURENCIA.  
PINABELO.  
LAVINIO.  
ARDENIO.

DURANTE.  
GERARDO.  
CLEARCO.  
FELICIANA.

CINTIA.  
GOBERNADOR.  
BASILIO.  
FINEO.

RUFINO.  
DORISTO.  
ALGUACIL.  
ESCRIBANO.

[ACTO PRIMERO]

*(Salen LAURENCIA y PINABELO, alterados; él queriendo meter mano, y ella teniéndole de la guardación.)*

LAURENC. ¡Pinabelo! ¡yo soy muerta!:  
aquí mejor es callar.

PINABELO. Que no le quiero matar,  
sino ganalle la puerta.

LAURENC. Y si mi hermano, por dicha,  
nos ha visto, ¿no es hacer  
que esto se venga a entender  
para mi afrenta y desdicha  
y quizá para mi muerte?

PINABELO. Pues vesle allí donde sale.

*(Sale GERARDO, hermano de ella.)*

GERARDO. Para mí, infame, no vale  
ni ascondello ni asconderte.

LAURENC. ¡Huye!

PINABELO. Por tu gusto, al fin.)

*(Vase, y deja la capa.)*

GERARDO. Pagado me ha con la capa;  
al fin, huyendo se escapa:  
debe de ser hombre ruín.  
No le sigo por temor  
de que no me esperará;  
que quien en cuerpo se va  
tiene sin alma el honor;  
y por el mío también,  
que aunque no le he conocido,  
presto sabré quién ha sido,  
que hay quien lo sepa muy bien.  
Dos testigos me han quedado:  
la infame hermana cruel

y el ferreruelo de aquel  
que al honor me lo ha trocado.  
La capa es testigo mudo,  
aunque hablar podrá en mi mengua,  
porque no hay cosa sin lengua  
para el mal que temo y dudo;  
mas de ella es bien que lo dude,  
que quien su dueño se nombra  
quiere que venga en la sombra  
lo que en el cuerpo no pude.  
Pero vamos a quien tiene  
lengua, y lengua bien bastante,  
pues a estado semejante  
por lengua siempre se viene.—  
¡Vil, insolente, atrevida,  
digna de afrentosa muerte;  
que de honor tan vivo y fuerte  
fuiste tan flaca homicida;  
tú, que has puesto por tus manos,  
aquel de quien no me quejo,  
en casa de un padre viejo  
y dos honrados hermanos,  
escoge: o decir quién es,  
o que esta daga te pase;  
porque si es tu igual, te case,  
o mate si no lo es.  
¿Qué miras? ¡Habla! ¿Es tu igual?  
¿Callas? Pues lengua te sobra,  
habla, que quien tan mal obra  
no es mucho que hable tan mal.  
¿Qué aguardas de mi paciencia?  
LAURENC. ¡Paso! Menos atrevido,  
que no eres tú mi marido  
para tan larga licencia;  
y si callo es porque escucho



tu cólera tan prudente,  
que para andar tan valiente  
has filosofado mucho.  
Mete esa daga y abone  
tu honor, que marido no. eras,  
que, a serlo, mi pecho hicieras  
la vaina donde se pone.  
Intentar su casamiento  
una mujer, ¿es delito  
para su hermano?

GERARDO. Ya imito  
tu afrentoso pensamiento;  
pero di, ya que has querido  
fundar tu razón en vano:  
¿no es tu honor el de tu hermano  
mientras no tienes marido?  
Si tú estuvieras casada  
tu honor no estaba a mi cuenta,  
que del marido la (1) afrenta  
no ofende al hermano en nada;  
esto es, cuando se llame  
el marido hombre de bien,  
que si él lo sufre, también  
el hermano queda infame;  
que entonces está obligado  
a suplir por el marido,  
pues ya, de vil y abatido,  
vuelve el honor que le han dado.  
Mas, ¿qué estoy en argumentos?  
Di el nombre de este enemigo.

LAURENC. Es eso, Dios es testigo,  
querer encerrar los vientos,  
o de ellos mismos coger  
aves con la propia mano.  
GERARDO. ¡Mataréte!

LAURENC. Paso, hermano,  
que no soy vuestra mujer.  
Vete a jugar, por tu vida,  
esta joya a la pelota,  
que esa cólera remota  
es de un buen gusto homicida.  
Quítate allá con tu hermano,  
que en esto haré tal enmienda,  
que no...

GERARDO. ¡Que esta vil pretenda  
sobornar mi honrada mano!  
¡Ved la infame en lo que apoya  
su intento y mi honor estraga!  
¿En puño donde está daga  
puede también caer joya?

¿En esa opinión me tienes?  
¡Fuera!...

LAURENC. ¡Ay, Dios!  
GERARDO. ¡Hoy morirás!  
LAURENC. Tente, hermano.  
GERARDO. Aquí verás

(Sale BASILIO.)

la joya que a darme vienes;  
que yo haré un rubí esta daga  
de tu sangre. ¡Aguarda un poco!  
BASILIO. [Detente, hijo.] (1) ¿Estás loco?  
¿Hay loco que aquesto haga?  
¡Vive Dios, que si trujera  
mi espada, loco de atar,  
que te había de matar  
como si enemigo fuera!  
¿Tu hermana te dió ocasión  
a un hecho tan impensado?  
GERARDO. Si no me la hubiera dado...  
BASILIO. ¿Tu hermana? ¿Por qué razón?  
De reñirla, norabuena;  
pero ¿de matarla?

GERARDO. Es cosa  
muy grave y dificultosa.  
BASILIO. ¿Que aún hablas por darme pena?  
¿Con qué amigos has andado  
esta mañana? ¿Está bueno!  
GERARDO. Uno que me dió veneno  
tuve en casa convidado,  
y a todos alcanza parte.  
BASILIO. ¿Que también yo le bebí?  
¡Mirad si me afrenta a mí!  
GERARDO. Pues es, sin duda, afrentarte:  
ni pienses tan atrevido  
que llevas tu honor en popa,  
que no está lejos la copa  
en que tu afrenta has bebido;  
y es de vidrio, aunque dorada,  
que por eso se quebró;  
mas quien afrenta bebió  
siempre fué en copa quebrada.  
BASILIO. ¿Hay tan grande desatino?  
LAURENC. La cólera le hace hablar.  
BASILIO. ¡A la fe del buen brindar,  
que es bravo poeta el vino!  
¡Ved las quimeras y historias!  
LAURENC. Yo te diré lo que es esto.  
GERARDO. Que esta villana me ha puesto  
en dos afrentas notorias.

(1) En el original, "es la".

(1) Estas dos palabras no están en el original.  
Son del manuscrito de don Agustín Durán.

LAURENC. Véndese aquel ferrerucllo  
y él la color cudició  
y el dinero me pidió.

BASILIO. ¿Dinero a ti? ¡Hidalgo celo!

LAURENC. Juré que no le tenía  
y esta joya me quitaba.

GERARDO. ¡Sólo estafador faltaba!

BASILIO. ¿Hay mayor bellaquería?  
¡Infamar hombres de bien!  
¡A su hermana hacer ramera!

LAURENC. ¡Quién esperalle pudiera!

BASILIO. ¿Y con la daga también?  
¡Ved la razón que tenía  
bastante para matalla!

GERARDO. Mi honor para el tuyo calla.

BASILIO. ¿Hay mayor bellaquería?  
¡Ved qué linda inclinación  
de mayorazgo y honrado  
en vísperas de casado!

GERARDO. Borracho, infame, ladrón.  
¿Hay más?

BASILIO. Que andan por ahí  
mil mozos que es un contento,  
con tan lindo entendimiento  
que me dan envidia a mí.  
Unos hablan en caballos;  
otros, en armas y espadas;  
éstas para ejercitadas  
**y éstos para ejercitados;**  
otros aspiran a oficios  
de república y honor,  
que del honibre de valor  
son estos los ejercicios.  
¡Y que éste se incline así!  
¡Ved, quien en su hermana empieza,  
si hará luego otra bajeza,  
quizá por matarme a mí!  
Pero no, perro, villano;  
venga tu hermano el menor,  
que si el menor es mejor,  
ése es el mayor hermano.  
Deje Lavinio el manto,  
deje el estudio y herede  
mi hacienda, que se lo puede  
satisfacer mi deseo.  
¡Sálteme luego de aquí!

GERARDO. ¿Que aun mi disculpa no oírás?

BASILIO. ¿Qué puedes decirme más?

GERARDO. Oyeme por loco.

BASILIO. Di.

GERARDO. Pensarás que desvarío,  
pues hago testigo al Cielo,

señor, que aquel ferrerucllo  
era más suyo que mío,  
y que a un hombre lo compraba  
dando una joya por él;  
sin hacienda te dejaba,  
y creo que le quería,  
según tuvo mal deseo,  
para hacer de él un manto.

BASILIO. ¿Hay mayor bellaquería?  
¿Hay mentira semejante?

GERARDO. ¿Ya soy también el que miente,  
que bebe, estafa y consiente?

BASILIO. Quitáteme de delante,  
y si es suyo el ferrerucllo  
dásele luego.

GERARDO. Eso no;  
que hasta que hable él o yo  
hemos de quedar sin pelo.

LAURENC. Señor, que es mío.

GERARDO. ¡Ah, villana!

BASILIO. Dásele allí.

LAURENC. Ya se fué.

BASILIO. ¿Que quiso matarte?

LAURENC. ¡A fe  
que honra Gerardo a su hermana!  
Ya se le antoja que aquí  
hay hombres y ya que no,  
y todo, al fin, lo causó  
la joya que no le di.

BASILIO. Si eso dijese, del Cielo  
lloverán rayos sobre él.

LAURENC. (A lo menos llueva en él *(Aparte.)*  
la capa de Pinabelo.)

(*Vanse. Salen DURANTE, CLEARCO y FINEO.*)

DURANTE.

¡Con bravo viento parte!

FINEO.

Dios la guíe.

CLEARCO.

Y la desvíe de encallar la barra.

DURANTE.

¿Que es [de] ver la mar suelta y dar al viento  
tal fundamento y edificio grave?

FINEO.

Es una nave imagen de la vida:  
sale florida de su patrio puerto,  
llena de tal concierto y compostura,  
que va con hermosura sujetando  
el agua que cortando va su punta.

Ver la música junta y armonía  
de cuerdas que en un día sirven todas.  
¡Qué cosas acomodas, ciencia humana!  
Ver trinquete y mesana entre mil lazos  
como piernas y brazos, y que empieza  
la gavia a ser cabeza, cuyo seso  
está puesto en el peso del que rige,  
porque así la corrige, como el freno  
al caballo más lleno de arrogancia.  
Luego, a poca distancia, y tan iguales,  
maestros y oficiales advertidos,  
son como los sentidos en el hombre.  
Caso para que asombre que en un punto  
lo sorbe todo junto al mar airado.  
Así al hombre, engañado, mozo y fuerte,  
le arrebató la muerte.

CLEARCO.

Ya se eleva.

Dejalde o preguntalde cuándo acaba.

DURANTE. No está malo el sermón.

(Sale GERARDO, puesto el ferreruelo de PINABELO.)

GERARDO. Jurara yo que en la playa  
era la conversación.

DURANTE. En tiempo de embarcación,  
¿dónde queréis que la haya?  
No hay un hombre en Barcelona  
que no frecuente la mar.

FINEO. Vos no tenéis que cuidar  
de los golfos de Narbona;  
¿qué se os da que se le pierda  
a nuestro padre una nave?

CLEARCO. Nave es su dama süave;  
de ella no más se le acuerda;  
más le pesa de un desdén  
que de que mil naves juntas  
de Marsella en esas puntas  
a fondo batidas den;  
y recibe más contento  
del "sí" que le suele dar,  
que no de vellas llegar  
sin peligro a salvamento.

DURANTE. Es rico y con padre vivo.

GERARDO. Ese es el mal. ¿No valiera  
más para mí que ya fuera  
como escritura de archivo?

CLEARCO. El hijo que de eso escapa,  
santo le cuento, por Dios.

FINEO. ¿Dónde habéis hurtado vos  
a Pinabelo esa capa?

GERARDO. ¿Qué Pinabelo?

FINEO. Un mozuelo  
que suele andar por ahí.

GERARDO. No le conozco.

FINEO. Yo sí,  
a la capa y Pinabelo.

DURANTE. Puede ser, como es galán  
y sin dinero bastante,  
que la encaje a algún ropante.

FINEO. Pues ¿y en qué precio os la dan?

GERARDO. ¿Quiés hacer burla de mí?  
¿Yo capa al galán comprada?

FINEO. A él no, si no es prestada.

GERARDO. Digo que jamás le vi.

FINEO. Bien, no le conoceréis;  
mas la capa suya es propia.

GERARDO. De ellas tengo alguna copia,  
y que vos visto me habéis;  
pero si me han engañado  
decidme qué hombre es ése,  
por que después no me pese  
de haberla puesto y comprado;  
que sería caso feo  
traer cosa conocida  
y de hombre tal.

FINEO. ¡Por mi vida!

GERARDO. Decid la verdad, Fineo,  
que no hay burla en el honor;  
no me hagáis ese pesar.

FINEO. De otro os podéis informar.

GERARDO. Y de vos mucho mejor.

FINEO. Digo que sois importuno.  
Va de hombre. Es un mozuelo  
este dicho Pinabelo  
sin renta ni oficio alguno.  
Tiene buen talle y pasea  
a sus mismos pensamientos;  
dicen que le da alimentos  
alguna fulana fea.  
Es versista hasta cansar;  
canta entonado y sin voz;  
hace a veces del feroz  
y está virgen del matar.  
Galas suyas, o prestadas,  
no las hay en Barcelona  
como adornan su persona,  
cola y clines alheñadas.  
Muy humilde y aun discreto,  
porque entre valientes calla,  
y si entre damas se halla  
todo es dulzura y concepto.  
Sabe granjear amigos,  
y a fe que le quieren bien.

GERARDO. No es menester que me den  
de su vida más testigos.  
¡Oh, mal haya el ferreruero!

FINEO. ¿Dónde vais?

GERARDO. A casa.

FINEO. ¿A qué?

GERARDO. A quitarle.

FINEO. ¡Bien, a fe!

GERARDO. Esta es permisión del Cielo.

(*Vase.*)

CLEARCO. Mucho le habéis apretado,  
para como él venía,  
con la gala que traía  
del ferreruero comprado.

DURANTE. La color le aficionó.

CLEARCO. Vamos a ver si ha partido  
la nave *Marfisa*.

DURANTE. Ha sido  
la que más tarde embarcó.

FINEO. ¿Cuya es?

CLEARCO. Del padre de éste.

DURANTE. ¡Brava hacienda he de heredar!  
Aunque suele hacer la mar  
que un hombre a obscuras se acueste.

CLEARCO. La buena dicha la doma.  
Vaya y vuelva salva y sana.

FINEO. Dios dé ventura a *Diana*,  
que va como una paloma.

(*Vanse, y entra GERARDO y LAVINIO, su hermano, en hábito de estudiante.*)

GERARDO.

Pues fué tanta ventura hallarte, hermano,  
deja el libro, ¡por Dios!; óyeme atento.

LAVINIO.

¡Qué altamente discurre aquí Aristóteles,  
Gerardo hermano, rastreando el ánima  
con la divina luz de aquel ingenio!

GERARDO.

Déjale. ¡Dale a Dios, que rabio y bramo!

LAVINIO.

¡Qué cosa, pues, es ver las opiniones  
de los graves filósofos antiguos!  
Oye, por vida tuya, la de Thales,  
que casi llama piedra imán el alma.

GERARDO.

¡Arda la suya en el infierno siempre!  
¿Qué me va en eso a mí, Lavinio?

LAVINIO.

Escucha.

Tú que poco latín, hermano, sabes,  
habías de leer lo que Aristóteles  
escribe de diversos animales,  
y aun pienso que entendiera lo de *Coclo*.

GERARDO.

¡Oh, pese al libro y al bellaco intérprete!  
En la mar hallará (1) dificultades.

(*Asele el libro.*)

LAVINIO.

Suelta. ¿Arrojarle quieres?

GERARDO.

¿Soy, por dicha,  
algún loco? Tú estáslo con tus libros.  
Pero yo ¡vive Dios!, si no le tienes, (2)  
que había de haber peces filósofos.

LAVINIO.

Sepamos qué pasión es esta tuya  
que tan lejos te lleva de ti mismo. [viado?  
¿Qué traes? ¿Qué te han hecho? ¿Hante agra-  
¿Has perdido? ¿Has sacado alguna gala  
y fáltate dinero para ella?  
¿Hate hallado mi padre, por ventura,  
haciendo en cera alguna llave falsa?  
¿Hallóte algún marido en su aposento  
y escapaste, matándole, por dicha?  
¿Qué doncella sacaste de su casa?  
¿Qué justicia te busca?

GERARDO.

Oye, ¡mal haya  
tu retórica inútil!, que no es eso.

LAVINIO.

Pues si esto no es, será que estás sin seso.

GERARDO. Estoilo, y con gran razón,  
pues nos dió el Cielo una hermana  
que hoy ha puesto en condición,  
con ser infame y liviana,  
nuestra adquirida opinión.  
¡Ah, Lavinio! ¡Quién creyera  
que Laurencia tal hiciera!  
Hoy en nuestra case hallé  
un hombre, que se me fué  
quizá porque no lo era.

(1) En el texto, "hablará". La corrección del manuscrito.

(2) Así en el manuscrito. El impreso dice: "Pero yo te vive Dios, si no le tienes", que no aclara el sentido.



LAVINIO. ¡Hombre!

GERARDO. Esto no te asombre,  
pues sabes lo que es mujer.

LAVINIO. Sé bien sus obras y nombre.  
Pero ¿en casa pudo ser  
que hombre entrase?

GERARDO. Hombre.

LAVINIO. ¿Hombre?

GERARDO. Hombre o diablo, yo le vi.

LAVINIO. ¿Desnudo?

GERARDO. No, que no fuí  
tan desdichado y dichoso.

LAVINIO. A título de su esposo  
pudo ser que entrase allí.

GERARDO. De ella, aunque es tan mala, creo,  
porque en extremo es discreta,  
que no tuvo otro deseo.

LAVINIO. ¡A cuánto el amor sujeta!

GERARDO. ¡Qué flemático te veo!  
No estás un dedo de hacer  
un soneto o componer  
en latín un epigrama  
a este amante y a esta dama  
que vino su hermano a ver.  
Cuando pensé que arrojaras  
la sotana y el bonete,  
y lo que es libros dejaras,  
y de un fuerte coselete  
el hidalgo pecho armaras,  
¿sales con que amor sujeta?

LAVINIO. Pues ¿qué he de hacer si te hizo  
un hombre a tus ojos treta?  
Quien allí no satisfizo  
su honor, ¿por qué honor le inquie-

GERARDO. A quien me dejó la capa [ta?  
y huyendo de mí se escapa,  
¿qué le pude yo hacer  
si con infame poder  
se puso en tierra del Papa?

LAVINIO. Y ahora ¿qué es tu intención?

GERARDO. Que le matemos.

LAVINIO. Y luego,  
¿cómo queda tu opinión?

GERARDO. ¡A qué linda espada llego!  
¡Mi agravio pone en razón!  
¡Oh, reniego de estudiantes!  
Descalzaráse los guantes  
y verá lo que sobre esto  
dice Aristóteles.

LAVINIO. Presto  
verás que son arrogantes;  
que de este guante al de malla

sin consultar pasará  
lo que Aristóteles halla.

GERARDO. Pues quien eso hace, ¿por qué  
sufre, disimula y calla?

LAVINIO. ¿Era darte mal consejo,  
sin otros muchos que dejo,  
que siendo iguales los cases  
sin que tu casa afrentases  
dando pena a un padre viejo?

GERARDO. ¿Cómo? ¿Igual es un mozuelo  
de trabajo, trato y suelo  
que no merece una esclava?

LAVINIO. ¿Tan bajo?

GERARDO. Sí.

LAVINIO. ¿Cosa brava!

¿Y llámase?

GERARDO. Pinabelo.

LAVINIO. Ya le conozco, y no es  
tan grosero ni villano.  
Vele y háblale, y después,  
si no te agradase, hermano,  
que cien mil muertes me des.  
¡Vive Dios! que es un espejo,  
si aparte el agravio dejo,  
de gala y de bazarria,  
y en edad como la mía (1)  
puede a un cónsul dar consejo.  
Lindo entendimiento y talle,  
no hay falta que en él se halle,  
si no es con envidia y celos,  
porque bendicen los Cielos  
los que le ven por la calle.  
Tañe, canta, escribe bien  
y aun es poeta.

GERARDO. Ahí llegamos.

LAVINIO. Y aun ha estudiado también  
su buena parte.

GERARDO. ¿Ahí llegamos?  
¿Tienes honra? Tras mí ven.

(Vase.)

LAVINIO. ¿Pudo darme más castigo  
mi hado, fiero enemigo,  
como que ya a serlo vengo  
del alma, donde le tengo,  
al más regalado amigo?  
Que yo he sido culpa, ¡ah, Cielo!,  
por llevar a Pinabelo  
a mi casa, que mi hermana  
viniese a ser tan liviana!

(1) El impreso dice: "y en piedad como la mía". La corrección es del manuscrito.

Si yo lo fuí, pagarélo;  
 mas ella tiene disculpa,  
 porque si lo hermoso agrada  
 a una mujer, ¿quién la culpa?  
 La causa ha de ser culpada,  
 y así yo tengo la culpa.  
 Mas ¿en Laurencia hay mal celo  
 puesto que ame a Pinabelo?  
 No lo he de creer ¡por Dios!,  
 sino que es casto en los dos  
 este amor que ordena el Cielo.  
 Sino que aqueste mi hermano  
 presume de espadachín,  
 y es muy loquillo y liviano.  
 Por mí cayeron, al fin,  
 y yo les daré la mano.  
 Ya, pues, obligado quedo  
 a hacer por él cuanto puedo;  
 Pinabelo vivirá,  
 o en estudiantes no habrá  
 esto que llaman enredo.  
 Pero el lobo al cuento viene,  
 no sé si a tratar verdades.

(Entra PINABELO.)

PINABELO. Ya que os busque le conviene  
 entre aquestas soledades,  
 Lavinio, al que hablaros tiene;  
 todo es cielo y todo es mar.

LAVINIO. Aqueste fantasear  
 y discurrir la memoria  
 me han traído en esta escoria  
 que el flujo suele arrojar.  
 ¿Qué os dice tanta conchuela  
 dorada, azul, parda y blanca?

PINABELO. ¡Ved en lo que se desvela!

LAVINIO. ¡Oh, naturaleza franca,  
 mas no de lo que revela!

PINABELO. Dejad eso, ¡pese a mí!

LAVINIO. Creo que llegáis aquí,  
 según estáis de alterado,  
 con negocio más pesado  
 que imaginé cuando os vi.  
 ¿Qué ha sucedido?

PINABELO. A vos solo,  
 en amistad y valor  
 único de polo a polo,  
 que en el campo de mi amor  
 soy como en el cielo Apolo,  
 diré lo que no pensaba.  
 No ha tres horas que pasaba  
 por donde amo una doncella

tan honesta como bella,  
 y supe que sola estaba.  
 Atrevíme ¡oh, Cielo! a entrar  
 so color de preguntar  
 por un mi amigo, y al punto  
 veo todo el mundo junto  
 y que me quieren matar.

LAVINIO. ¿De veras?

PINABELO. Como lo cuento.

Dejé la capa al contrario,  
 y escapé del aposento.

LAVINIO. Si ella es noble, es necesario  
 ponerlos en salvamento.

PINABELO. No es lo que os dije flaqueza;  
 mas tiene tanta nobleza,  
 que hablando con vos estoy  
 y pienso que muerto soy.

LAVINIO. Causado me habéis tristeza;  
 porque no haberla ofendido,  
 como decís, en un pelo  
 y no poder ser creído,  
 es terrible desconsuelo.

PINABELO. ¡Terrible desdicha ha sido!  
 ¿Qué haré? ¿Qué me aconsejáis?

LAVINIO. Que de la ciudad salgáis  
 y que a Italia os embarquéis.

PINABELO. Bien decís; pero ¿no veis  
 de los tres que me apartáis?  
 De vos, a quien tanto os ama  
 mi alma, Lavinio, y luego  
 de aquesta ciudad de fama,  
 y, abrasado en vivo fuego,  
 de los ojos de mi dama.  
 Antes a la misma muerte  
 me pienso, humano, hacer fuerte  
 que dejar aquestos tres,  
 que cualquiera de ellos es  
 la vida que tengo en suerte.

LAVINIO. Luego ¿aquí pensáis estaros?

PINABELO. Aquese es mi pensamiento.

LAVINIO. Yo no tengo otros reparos,  
 si no es un triste aposento,  
 buen Pinabelo, que daros,  
 cual el de un pobre estudiante;  
 pero tendríisle bastante  
 a vuestro sustento allí.

PINABELO. ¡Ah, Lavinio; nunca vi  
 un Niso a vos semejante!

A vuestros pies me he de echar.

LAVINIO. Dejad ceremonias tales.  
 Esto os doy que os puedo dar,  
 porque entre amigos leales

la alma no se ha de negar.  
 Vos podéis, como sabéis,  
 decir que pasar queréis  
 a Italia diversa gente,  
 y vender públicamente  
 los vestidos que tenéis.  
 Vendréis a mi aposento,  
 donde, al cabo de algún año  
 que dure este fingimiento,  
 con nombre y hábito extraño  
 saldréis.

PINABELO. ¡Lindo pensamiento!  
 Estaréme un año y dos.

LAVINIO. Eso creo yo de vos.  
 ¡Bien hecha la junta queda!

PINABELO. Pártome a hacer almoneda.  
 Adiós, mi Lavinio.

LAVINIO. Adiós.

(*Vanse, y sale LAURENCIA y FELICIANA.*)

LAURENC. Y le ha de matar, sin duda.

FELICIANA. ¿No te digo cómo va?

LAURENC. ¿Y piensas (1) que el otro está  
 su persona tan desnuda?  
 Hombre es Pinabelo, y hombre  
 que se sabrá defender,  
 y que debe de tener  
 en la ciudad este nombre.

FELICIANA. Todo, señora, lo creo,  
 y de eso tiene testigos;  
 pero con muchos amigos  
 tu agraviado hermano veo.  
 Y en los negocios de agravio  
 que no admiten desafío  
 siempre intenta un desvarío  
 el hombre más noble y sabio.  
 Matará en esa calle,  
 o pondrá tales espías  
 que no dure muchos días  
 ni se logre tan buen talle.

LAURENC. Calla ya, y no me lo cuentes,  
 que muerto ¡ay, Dios! me lo pintas.

FELICIANA. No vi cosas más distintas  
 que lo que hablas y sientes.  
 Finges ánimo y valor  
 en las palabras, señora,  
 y dentro del alma agora  
 todo es congoja y temor.  
 Piensa remedio y no quieras,  
 por hacer de la animosa,

que suceda alguna cosa  
 que después llores de veras.

LAURENC. Dame luego tinta y pluma.  
 Pero ¿no es Gerardo aquél?

(*Entra GERARDO, con armas y broquel.*)

GERARDO. Tales hombres como él  
 agua infame los consume.  
 Mas bien hizo de buscar  
 ese bastardo remedio;  
 y no puso tierra en medio,  
 que puso en medio la mar.  
 ¡Ah, dama de aquel señor  
 como quien de ella es honrado!  
 sepa que se me ha embarcado  
 a Génova de temor.  
 Pública almoneda ha hecho  
 de sus negros vestidillos,  
 instrumentos y librillos  
 y otras gracias sin provecho.  
 Llore por su ausencia un poco;  
 que yo estoy tal, que llorara  
 si acompañar no pensara  
 sus lágrimas como loco,  
 y por ver mi padre viejo  
 no le sigo a mi pesar.  
 ¡Sabe el Cielo si en la mar  
 buenos pensamientos dejo!  
 ¡Ah, mal haya el día primero  
 que esta espada me ceñí!—  
 Lleva estas armas de aquí,  
 Felicia, que rabio y muero,  
 que no me han aprovechado.

LAURENC. ¿Qué arrojas cascos y cotas  
 y una mujer alborotas  
 con tanto hierro arrojado?  
 ¿Conmigo sueñas las armas?  
 ¿Conmigo satisfacciones?  
 ¿Luego para mí te pones  
 todas las armas que te armas?  
 Allí, con el enemigo,  
 se han de mostrar los aceros,  
 o con los soldados fieros  
 que suelen andar contigo.  
 Yo de mi almohadilla entiendo;  
 que por esto no daré  
 lo que piso con el pie;  
 antes de vello me ofendo.  
 ¡No ha sido mala la entrada!

(*Entra BASILIO, su padre.*)

BASILIO. Pues, loco, ¿así se remedia  
 la desventura pasada?

(1) En el impreso, "Ya sabes"; la corrección es del manuscrito.

¿Qué armas son éstas del suelo?  
¿De qué o cuándo enloqueciste?  
¿A qué efecto las trujiste?

GERARDO. Pues ¿han de estar en el cielo?

¿Son acaso las de Marte?

BASILIO. ¡Mirad lo que me responde!

GERARDO. Pues ¿dónde han de estar, di, dónde  
no mereciendo otra parte? [de,  
Allá, lo que es honra y guerra,  
más alto lugar les da;  
mas honra que en tierra está  
tenga las armas en tierra.

BASILIO. ¿Hay tal locura? ¡Oh, traidor,  
quítalas!

GERARDO. No me las pidas,  
que son banderas vencidas  
que hoy arrastra el vencedor.

BASILIO. Todo es decir disparates.  
Sacaréte aquesa espada...

GERARDO. ¡Guarda, que corta engañada  
y puede ser que me mates!

(*Entranse.*)

FELICIANA. ¡Buenos van!

LAURENC. ¡Triste de mí!  
¡Ajeno ya, Pinabelo  
dará mil voces al cielo!  
Lleva estas armas de aquí.

FELICIANA. A tu llanto doy lugar  
de lástima que te tengo.

(*Vase.*)

LAURENC. Hoy todo mi fuego vengo,  
Amor, a entregar al mar.  
No hay más; si se junta el cielo  
con la tierra, he de seguir,  
hasta acabar y morir,  
al cobarde Pinabelo.  
¡Ah, traidor, miedoso y vario!  
¿Así el dejarme te pesa?  
Para tan feliz empresa  
¿era Aquiles necesario?  
¡Bien la fe guardar se sabe!  
¡No me llevaras contigo!  
¿Tanto pesara, enemigo,  
que no cupiera en tu nave?  
Pero ya de lo que has hecho  
veo que engañada soy;  
pues en tu nave no voy  
no debo ir en tu pecho;  
aunque después me entregaras  
como tu esclava a vender,

ya que no como mujer,  
como hacienda me embarcaras.  
¡Ved si quiso más su vida  
quien tantas veces decía  
que otra vida no tenía!  
¡Ah, pasión de hombres fingida!  
Todo es encarecimientos;  
que, llegados a apurar,  
no tienen bien que llevar  
sobre sus alas los vientos.

(*Entra PINABELO, y hace señas.*)

PINABELO. ¡Ce, ce!

LAURENC. ¿Qué haré sin ti?  
cruel enemigo mío,  
si escapo del desvarío  
que estoy ya trazando aquí?

PINABELO. ¿Ah, señora? ¿He de dar voces?

LAURENC. ¡Jesús! ¿Eres Pinabelo?

PINABELO. Soy quien adora ese cielo.  
Laurencia, ¿no me conoces?

LAURENC. ¿Eres sombra (1) que ha engendra-  
mi fuerte imaginación, [do  
que tales efectos son  
del habello imaginado?

PINABELO. No soy sombra, que yo soy.

LAURENC. Pues, ¿tú en mi casa? ¿Qué es es-  
Si en tal peligro te has puesto, [tú?  
vete, o por muerto te doy.  
¿Por dónde entraste?

PINABELO. No creas  
que sin fundamento ha sido.

LAURENC. El que puede haber habido  
es que la muerte deseas.  
¡Salte luego, temerario!

PINABELO. Calla, que me trujo aquí  
tu hermano.

LAURENC. ¿Mi hermano?  
Pinabelo. Sí.

LAURENC. ¿A casa de tu contrario?

PINABELO. Conté a Lavinio el suceso,  
sin nombrarle dónde fué,  
de cuya amistad y fe  
sabes, Laurencia, el exceso;  
ofreciéndme su aposento,  
y aceptéle.

LAURENC. ¿Que él ha sido  
el que a casa te ha traído?  
¡Temerario atrevimiento!

PINABELO. Pues si él, Laurencia, no fuera,

(1) En el impreso y el manuscrito, "hombre".



¿quién hiciera tal locura?

LAURENC. ¿Y no lo fué, por ventura,  
salir de la puerta afuera?  
¿No te puede ver aquí  
algún criado?...

PINABELO. ¿En qué modo?  
¡Si yo lo aseguré todo,  
mi gloria, cuando te vi!  
Lavinio tiene trazado,  
con sus pensamientos buenos,  
que esté un año, por lo menos,  
en su aposento encerrado;  
porque, viendo la nobleza  
de la parte que ofendí,  
dice que me importa así  
para guardar la cabeza.  
Resta que, pues tanto bien  
hoy el Cielo me concede,  
que por tu parte no quede,  
sino que ayudes también.  
Hagamos, Laurencia mía,  
pues que tan segura puedes,  
las quiebras en las paredes  
que a Piramo Tisbe hacía.  
Brame afuera la leona,  
deja a tu hermano indignado,  
pues ya piensa que he dejado  
para siempre a Barcelona.  
Busca por dónde me hablar  
y poder darme un papel,  
porque sin esto y sin él,  
¿qué vida puedo pasar?  
Yo estoy libre de Gerardo,  
y donde gozarte puedo,  
si acaso, amiga, tu miedo  
no me quita el bien que aguardo.  
¿Hasme de hablar y escribir?

LAURENC. Quien tan bien te sabe amar,  
¿no te ha de escribir y hablar?  
¿Afrentas me has de decir?  
¿Cuándo me vistes con miedo?  
No puede en mí haber temor,  
que soy mujer con amor,  
y, al fin, tenelle no puedo.  
Yo haré, mi bien, para hablarte,  
aunque lugar no le siento,  
que es fuerte aqueste aposento  
y no hay resquicio ni parte;  
pero sobre él cae el mío,  
y es más fácil por el techo.

PINABELO. ¡Oh, qué lindo cielo has hecho,  
de quien espero rocío!

Serás el alba y seré  
la hierba y plantas dichosas,  
y de tus perlas hermosas  
vida y virtud cobraré.  
Por aqueste techo abierto  
pienso ver el sol que adoro  
bordado de rayos de oro,  
aunque de nubes cubierto.  
Y de la desdicha mía  
tendrá su efecto el agujero,  
porque entonces ver espero  
estrellas a mediodía.  
¡Hazle, por tu vida, grande,  
que mucho por él se vea!

LAURENC. Lo justo es mejor que sea,  
que no es bien que me desmande;  
basta que quepa un papel,  
y que, por el mismo estilo  
que baje, atado en un hilo,  
ates la respuesta en él.  
Esto basta, Pinabelo.

PINABELO. ¿Hay enigma tan subida  
que con un hilo se mida  
lo que hay desde el suelo al cielo?  
Rayo será que me abrase  
cayendo de donde viene;  
pero si tal papel tiene,  
¡deje el cuerpo, al alma pase!  
Advierte que ningún día  
deje el hilo de bajar,  
que es comida que he de dar,  
como preso, al alma mía.  
¿No has visto unos pajarillos  
que ellos se suben y bajan  
el sustento, y que trabajan  
en dos hilos por asillos?  
Pues así tengo de ser  
en la jaula que he de estar:  
subir el hilo y bajar  
y dar al alma a comer.  
Aquel hilo que tejiendo  
está la Parca será  
éste en cuya falta irá  
la vida que ves muriendo.  
Mira qué quiero decirte;  
no temas, seguro soy.

LAURENC. De mi casa no lo estoy,  
que no de hablarte ni oírte.

(Entra LAVINIO, su hermano.)

LAVINIO. (¿Hay cosa que igualar pueda (Ap.)  
con tan grave atrevimiento?)

¿No le dejé en mi aposento?  
Pésame que tanto exceda.  
Si esto hace el primer día,  
¿qué puedo de él esperar?  
¡Si el otro acertara a entrar,  
gentil peligro corría!  
¿Qué haré para que me vean,  
que viene mi padre a casa?  
¡Que ya de locura pasa  
que tan atrevidos sean!  
Haré que leyendo entré  
y que esto me ha divertido.  
¡Grande enojo he recibido,  
mas yo lo remediaré!)

(*Lee, fingiendo no verlos.*)

“Ut igitur ortus animalibus communi omnibus est, ita mors sermo die ejus specie discrepant.”

PINABELO. (Quiero huír, pues no me ha visto, según divertido viene.)

(*Vase.*)

LAVINIO. (¡Qué necios discursos tiene!  
Harto haré si lo resisto.)

LAURENC. ¿Hermano? ¿Qué digo? ¿Hermano Lavinio?

LAVINIO. ¡Oh, Laurencia mía!  
Perdona a la fantasía  
o al librito de la mano,  
que leyendo voy así.

(*Vuelve a entrar PINABELO con BASILIO, el padre.*)

BASILIO. Digo que volváis a entrar.

LAVINIO. (¡Que le ha venido a encontrar mi padre!)

LAURENC. (¡Ay, triste de mí!)

BASILIO. ¿Sale de aquí este buen hombre?

LAVINIO. Sí, señor, que es sastre mío.

BASILIO. Pues para sastre, yo os fío que es galán y gentil hombre.

LAVINIO. Quien se quiere vestir bien a éstos ha de acudir, que no puede bien vestir el que no se viste bien.—  
Id, Liranio, a mi aposento y ved aquella lanilla.

PINABELO. Yo le haré una sotanilla que le dé mucho contento.

BASILIO. En viniendo vuestro hermano entraremos a comer.

LAVINIO. De aquí adelante ha de ser, aunque tarde, más temprano.

LAURENC. ¡Qué confusa me has dejado con este enredo que has hecho!

LAVINIO. No me he visto en poco estrecho; pero bien se ha remediado.

LAURENC. Este ¿no es aquel tu amigo a quien llaman Pinabelo?

LAVINIO. Sí es; pero dióle el Cielo, Laurencia, un grande enemigo, porque creo que le hallaron con una doncella noble; aunque los culpan al doble de lo que los dos pecaron, y yo, porque no le maten, adonde ves le he escondido.

LAURENC. Pocos amigos he oído que aquí tanta verdad traten. Haces como honrado en eso; que este mancebo, en verdad, tiene fama en la ciudad de hombre noble y de buen seso. ¡Qué buenas entrañas tienes! ¡Qué hidalgo trato! ¡Qué humano! Dios te ha de hacer, hermano, por tu condición, mil bienes. Guárdale bien, que sería que le maten compasión.

LAVINIO. Asegura el corazón, que es el hombre cosa mía; aquí ha de estar y comer como un Rey seguramente.

LAURENC. ¡El Cielo tu vida aumente! ¿Soy en algo menester? Porque joyas y dinero no he de reparar en darte.

LAVINIO. Cuando falte, vendré a hablarte.

LAURENC. ¿Eso esperas?

LAVINIO. Eso espero.

LAURENC. No, no; luego lo daré.

LAVINIO. Basta cuando te lo pida.

LAURENC. ¡Guárdale bien, por tu vida!

LAVINIO. Digo que le guardaré.

## ACTO SEGUNDO

(*Empieza PINABELO, en hábito de estudiante, de camino, y LAVINIO.*)

LAVINIO.

Tienes para estudiante de camino lo que se puede descar.

PINABELO.

No acierto

a dar un paso.

LAVINIO.

Todo lo imagino,  
que ha un año que no ves el cielo abierto;  
no vinieras del mundo peregrino  
viendo a tu Patria como al fin de un año  
estás de ver a Barcelona extraño.

PINABELO.

No te espante, que al fin, aunque de gusto,  
por gozar de tu rico entendimiento,  
tríaca en mis tristezas y disgusto,  
cárcel de un año ha sido tu aposento;  
pero, ya que salir parece justo,  
siguiendo en esto y lo demás tu intento,  
mira cómo ha de ser el visitarte.

LAVINIO.

Todo se acaba con industria y arte.

Has de informar muy bien a aquel criado,  
y, además, en mi casa, llanamente,  
di que de Salamanca eres llegado,  
en que hablaré contigo largamente;  
a mi hermano, que al fin está heredado,  
harás caricias, porque si él no siente  
gusto de que me tengas compañía,  
habremos de apartarnos ese día,

aunque cierto que está ya más humano,  
muerto mi padre, Dios le dé su gloria.

PINABELO.

¿Qué nombre he de llamarme?

LAVINIO.

Feliciano.

PINABELO.

Todo lo tengo impreso en la memoria.

LAVINIO.

Pues vete y vuelve luego, que es muy llano  
dar fin alegre a vuestra larga historia  
si, como te conviene, disimulas.

PINABELO.

Hasta la puerta llevo con las mulas.

(Vase.)

LAVINIO.

Bien puede, entre las muchas amistades  
que se celebran en la edad pasada,  
si todas se conocen por verdades,  
ser la de Pinabelo celebrada,

y para exagerar dos voluntades  
regidas por un alma enamorada,  
en la grande paciencia, ejemplo extraño,  
con que en un aposento ha estado un año.

Y es, sin duda, su amor casto y discreto,  
pues no ha tenido más de solo un hilo  
que ha bajado y subido con secreto  
sus pensamientos por discreto estilo.  
Esta ha sido la lámpara, en efeto;  
y aunque secreto piensan que fué, vilo,  
y vi tal vez que de improviso entraba  
por el lugar que la invención bajaba;

Que, como el arquitecto el plomo suelta  
para que salga justo el edificio,  
así la voluntad de éstos resuelta,  
bajaba plomo por el mismo oficio.  
¡No des, Fortuna, en este amor la vuelta;  
ten el pie firme y de tu rueda el quicio,  
que, aunque soy alcahuete, soy amigo,  
y no merezco culpa ni castigo!

Hermano soy; pero no soy de algunos  
que reciben dineros ni vestidos,  
y siendo a los galanes importunos,  
desnudos de opinión, andan vestidos.  
Bien sabe Dios que no me dan ningunos,  
que antes ahora tiene recibidos  
el galán de mi hermana cuantos tengo,  
pues hasta [a] darle la camisa vengo.

Si esto es pura amistad, disculpa tiene;  
si esto es amor y fe, tendrá disculpa.—  
Pero Gerardo a tiempo feliz viene.

(Entra GERARDO.)

GERARDO.

Ya de que me tardé me pondrás culpa.

LAVINIO.

Hablar contigo en cosa me conviene,  
en que ya el tiempo y la razón te culpa,  
porque están a tu cuenta y cargo todas.

GERARDO.

¿En qué tan grandes culpas me acomodas?

LAVINIO.

Después que tiene a nuestro padre el Cielo,  
no sólo hacienda, hermano, has heredado,  
que eso fuera mostrar contrario celo  
de aquel a que un hidalgo está obligado.  
Heredaste el gobierno y el recelo  
que es justo que se dé a nuestro cuidado;  
no lo digo por mí, mientras no llevo  
con mi estudio a aquel fin a que navego.

Dígoles por Laurencia, nuestra hermana, que es ya mujer y pide su remedio.

GERARDO.

Ya sabes tú la causa cierta y llana por donde, con razón, no la remedio.

LAVINIO.

¿Es porque está la mar incierta y cana entre los dos amantes de por medio? Si es por eso, la mar no nos detenga, que, a su pesar, yo haré que el hombre venga.

Y a fe que Pinabelo es hombre honrado, y que, dejando aparte pesadumbres, le puedes estimar para cuñado, sin que tanto le humilles y te encumbres.

GERARDO.

¿Es esto lo que tienes estudiado? ¿Son estas tus palabras y costumbres? ¿Aquel infame mozo aquí me nombras, que cada día veo muerto en sombras?

¿A ese enemigo mío, que bebiera su sangre, ¡vive Dios!, de mejor gana que comer un faisán, quieres que diera esa mujer, que, al fin, ya fué mi hermana? No se me trate de esto, y considera que no tenemos sangre más cercana, y que es bien que se junte donde pueda decir que igual o mejorada queda.

¿Es éste el gran negocio que traías?

LAVINIO.

Los hombres como tú tan arrogantes, que así se ríen de palabras mías, vienen a dar en cosas semejantes. Tú la darás, tras infinitos días, a alguno de estos viejos mercaderes, muy cargado de usuras y mohatras, que es lo que tú codicias e idolatras.

Será, pues, su hidalguía muy notoria, más famosa que fué Diana Efesia, que quizá colgará su ejecutoria, sin ser paño francés, alguna iglesia. Tráigate a Pinabelo a la memoria, blasfemarás diciendo muera, ¡oh, pesia!, y tendrá ese mozuelo que aquí estuvo mejor sangre que el rey don Jaime tuvo.

Calla ya, que es vergüenza estar tan loco; que si es pobre, cual dices, el mozuelo, hacienda tiene, y aun caudal no poco en muchas partes, que le ha dado el Cielo.

GERARDO.

Hermano, a tanta rabia me provoco sólo en oír nombrar a Pinabelo, que de otra boca que de propio hermano no lo sufriera mi alterada mano.

Si en esto me has de hablar, tus libros toma, toma tu ropa, y a otra casa vete, que hay de Jerusalén voto y de Roma sobre este caso, no una vez, mas siete. Tu criado tendrá aparte que coma sin tu plato, que honrado te promete mi mano liberal, porque, en efeto, hasta a tu mula regalar prometo.

Nadie quiero que de él hablarme pueda en cosa que me da tantos enojos; y si quieres la parte que te queda, pártase hasta los últimos despojos.

LAVINIO.

El Cielo larga vida te conceda, y antes me saquen otra vez los ojos que a mi hermano mayor ofenda y canse: tu cólera mi poco seso amanse.

Ponme las manos, dame de uno a ciento golpes, como a una bestia, con un palo, que yo no he de dejar tu acogimiento, ni salir de tu amparo y tu regalo; tú eres mi padre, a quien servir intento, y por el mismo que perdí señalo: yo soy tu hechura.

GERARDO.

Paso, no me obligues...

LAVINIO.

Yo quiero, mi señor, que me castigues.

GERARDO.

Alza, ¡Jesús!, del suelo, que estás loco.

LAVINIO.

¡Castígame!

GERARDO.

Echaréme por el suelo. Mi Lavinio, ¡ni tanto ni tan poco, que esa humildad es buena para el Cielo! No quiero que te tengas en tan poco, que eres mi hermano y respetarte suelo por tus letras, que fuera causa sola.— ¿Qué grita es ésta? ¿No hay criados? ¿Hola?

(Entra RUFINO.)

RUFINO. ¿Vive aquí el señor...?

GERARDO. ¿Quién?



RUFINO. Creo  
que no he de acertar su nombre.  
LAVINIO. ¿Qué es lo que quiere, buen hom-  
RUFINO. Decirlo, en verdad, deseo: [bre?  
el señor...  
LAVINIO. (El no lo acierta.)  
RUFINO. *Escolasticus non est?*  
LAVINIO. *Máxime, Dómine.*  
RUFINO. Pues,  
*quid stamos in relictis?*  
¿A Virgilio no ha leído?  
LAVINIO. Sí leí.  
RUFINO. Bien vió al piadoso  
Eneas, del mar furioso,  
salir roto y destruído. (1)  
LAVINIO. Muy bien.  
RUFINO. ¿Y lo de Cartago?  
LAVINIO. Todo lo sé.  
RUFINO. ¿Y que de Elisa  
trocó en congoja la risa?  
LAVINIO. Ya sé que la dió mal pago,  
y como a Italia se fué  
y con Turno peleó.  
RUFINO. Así, ¡por Dios!, acertó.  
GERARDO. ¿Si busca a Turno?  
LAVINIO. Yo, ¿en qué?  
RUFINO. ¿Quién era aquella señora  
por quien hicieron batalla?  
LAVINIO. Lavinia.  
RUFINO. Ved si se halla  
todo por ingenio. Agora  
a Lavinio busco.  
GERARDO. ¡Amén!  
¡Que es el hombre de oro fino!  
RUFINO. Así me llaman Rufino.  
GERARDO. Sois, Rufino, hombre de bien.  
¿Qué queréis?  
RUFINO. Está aquí la mula.  
Mi señor, el licenciado...  
LAVINIO. (El corazón me lo ha dado,  
que con saltos me atribula.)  
¿Es Feliciano?  
RUFINO. *Idem est.*  
LAVINIO. ¡Oh, pesía quien me vistió,  
que tan despacio estoy yo!  
(Entra PINABELO, vestido de camino.)  
PINABELO. Ya, señor, llegáis después. (2)  
Dadme esos brazos que aguardo.

LAVINIO. Que habléis a mi hermano os pido.  
GERARDO. Vos seáis muy bien venido.  
PINABELO. Las manos, señor Gerardo,  
que ha días que las deseo  
y que hagamos amistad.  
GERARDO. Yo las vuestras, en verdad.  
PINABELO. ¡Jesús, Lavinio! ¡Que os veo!  
¡Qué hombre que estáis!  
LAVINIO. ¿Pues qué? ¿he barbado  
más que estaba cuando fui  
vuestro camarada?  
PINABELO. Sí.  
LAVINIO. El no verme os ha engañado.—  
¿Qué hay de nuevo allá?  
PINABELO. Mil cosas,  
que despacio os contaré.  
LAVINIO. No ha mucho que en vos hablé,  
y de algunas amorosas,  
que de remedio carecen;  
mas, al fin, lo han de tener.  
PINABELO. ¿Qué le podemos hacer?  
Mis partes lo desmerecen.—  
Pues, Gerardo, mi señor,  
¿hay salud?  
GERARDO. Para servirlos.  
PINABELO. ¿Qué puede un hombre deciros  
que adora en vuestro valor?  
Que la fama y la opinión,  
tan liberal, noble y franca,  
que llevan a Salamanca  
los que van de esta nación,  
de manera han obligado  
mi voluntad a quereros,  
que desde entonces, sin veros,  
os he visto ir retratado.  
De este amor he dado muestras,  
Gerardo, a muchos amigos,  
y aun sospecho que hay testigos  
de que adoro cosas vuestras.  
Si luego no os escribí,  
es porque tiempo aguardé,  
y así, un año os engañé,  
que de enfiadaros hui.  
Suplícoos me deis perdón,  
que es lo que de vos deseo,  
porque imposible me veo  
de daros satisfacción.—  
(A RUFINO.)  
Oyes, que se me olvidaba:  
maletas y mulas lleva  
al mesón.  
GERARDO. Cosa bien nueva

(1) En los textos, "destraído".

(2) Parece que este verso debe decirlo RUFINO.

contra lo que yo pensaba.  
 No os lo sufrirá mi hermano.  
 Su huésped habéis de ser,  
 y que a mí se me ha de hacer  
 aquesta merced, es llano.  
 Decid que les den recado  
 y esas maletas subid  
 a mi aposento. ¡Hola! Oíd,  
 y llamadme algún criado.

PINABELO. ¿Que, en efecto, esto ha de ser?

LAVINIO. No venís de Salamanca;  
 más necio.

PINABELO. En casa tan franca  
 más que esto se puede hacer;  
 por no causar pesadumbre,  
 más de la que un tiempo os di,  
 rehusaba estar aquí.

LAVINIO. Dios, por quien es, os alumbre;  
 no hablaréis sin disparate.  
 ¿Sabéis la casa en que estáis?

PINABELO. Sélo, porque vos gustáis  
 que en ella mis cosas trate;  
 y conozco su valor  
 de más de un año de trato.

LAVINIO. Pues, ¿para qué sois ingrato  
 a mis entrañas y amor?  
 ¿Qué hay por allá?

PINABELO. Lo que suele:  
 amigos, jugar, reír,  
 salir de noche, esgrimir,  
 y esto que nos cansa y muele:  
 pasiones de opositor.

LAVINIO. Y rotular. Mas se olvida. (1)

PINABELO. Guardo la que le es debida  
 a vuestro hermano mayor.

LAVINIO. Las damas faltan ahí,  
 castañas y tabladillo.

PINABELO. ¿Tenéislo por mal ratillo?

LAVINIO. ¿Malo decís, pese a mí?  
 Pues, ¿qué tal es ir tras eso  
 y dar, si son arrogantes,  
 vaya a los representantes?  
 Que estoy en ello os confieso.

GERARDO. Como en Salamanca habláis,  
 todo es para mí latín.

PINABELO. Vos nos reprehendéis, al fin,  
 de que ha rato que escucháis,  
 y cosas que no entendéis.

GERARDO. ¡Tengo ya celos, por Dios!

PINABELO. ¿De cuál será de los dos?

LAVINIO. De vos es; ¿no lo entendéis?

PINABELO. Siempre de mí tenéis celos,  
 como aun agora se muestra,  
 por amar yo cosa vuestra.

GERARDO. Vos me los dais, y tendrélos.

PINABELO. Las manos, Gerardo, os beso  
 por la merced.

LAVINIO. ¡Hola, hermano!  
 que ha de ver mi hermana es llano.

GERARDO. ¿Vos no veis que esto es exceso  
 siendo Laurencia, cual es,  
 por casar?

LAVINIO. Allá se usa,  
 y de verla no se excusa,  
 si es que la ha de ver después;  
 porque es mala cortesía.

GERARDO. Mira que el hombre es galán.

LAVINIO. ¿Tan presto celos te dan?

GERARDO. No son, por tu vida y mía,  
 sino quitar la ocasión;  
 que me han dicho que tú fuiste  
 quien a casa me trujiste  
 el autor de la traición.

LAVINIO. Una vez que Pinabelo  
 vino a hablarme, y aun a hablarte,  
 ¿qué pudiera asegurarte  
 que aquel tu engañado celo  
 fué causa de tanto mal  
 como allí se te antojó?  
 Mas ¿tengo la culpa yo?

GERARDO. Yo, hermano, no digo tal.  
 Hable a mi hermana mil veces.  
 Aquí está Ardenio.—Camina,  
 llama a Laurencia.

LAVINIO. Imagina  
 que cortesano pareces,  
 y oye, que la ha de abrazar.

GERARDO. ¿También eso es de la Corte?

LAVINIO. No hablo cosa que no importe.

GERARDO. Todo se debe de usar.

LAVINIO. Es en Castilla la Vieja  
 la gente llana y segura.

GERARDO. (Mucho el honralle procura;  
 pero, al fin, bien me aconseja.)

(*Entran LAURENCIA y ARDENIO.*)

ARDENIO. Laurencia está aquí.

LAVINIO. Llegad  
 y hablad, señor Feliciano.—  
 Porque lo manda mi hermano  
 que le abracéis, caminad.

(1) En el impreso está este verso así: "Mas se olvida, y rotular", que no rima. Durán enmendó: "Alguna cosa se olvida".

LAURENC. Bien sea vuesa merced  
a hacernos merced venido.

PINABELO. Yo soy quien la ha recibido  
y espero mejor merced;  
no entendí que mereciera  
la de vuestros brazos.

LAURENC. Creo  
que debéis a mi deseo  
otro que más tierno fuera,  
y también me lo ha mandado  
mi hermano.

PINABELO. ¡Gracias a Dios (*Ap.*)  
que así tenemos los dos  
nuestro enemigo engañado!

GERARDO. Sacad sillas.

LAURENC. ¿Cómo estáis?

PINABELO. Loco de tanto contento.  
¿Cómo os diré lo que siento  
del favor que me mostráis?

LAVINIO. Tomad silla.

PINABELO. Aquí estoy bien.

GERARDO. Tú, aquí.

LAVINIO. Bien estoy así.

LAURENC. ¿Tan bien os halláis aquí?

PINABELO. Aquí está todo mi bien,  
que Lavinio es mi pasión.

LAVINIO. Creédselo, que es sin duda.

PINABELO. Quien lo que vos sabéis duda  
tendrâme en mala opinión.  
Haced cuenta que algún preso,  
a quien por cordel han dado  
la comida, han sentenciado  
hoy su delito y proceso  
y le han dado libertad,  
que tal estoy; pero quiero  
dar de ella albricias primero  
y prendas de voluntad.  
Una pieza os he traído  
de Holanda rica, extremada,  
dentro en Portugal comprada.

LAURENC. ¡Jesús! ¡Gran merced ha sido!

GERARDO. ¡Qué hidalgo es el castellano!  
¡Aficionándome voy!

LAVINIO. Cuando yo tanto lo estoy,  
bien podéis estarlo, hermano.)

PINABELO. Flores de Ciudad Rodrigo,  
que es lo que se estima allí,  
dos cajas vienen ahí  
y otras cosas que no digo,  
porque todo es niñería.

LAURENC. ¡Gran merced! ¡Béseos las manos!

GERARDO. ¿Son así los castellanos?

¡Qué buen modo y cortesía!)

PINABELO. Cuando por Madrid pasé,  
hallé y vi ciertos tocados,  
que, por nuevos y no usados,  
por serviros, los compré.  
Esto os ofrezco también,  
y mejor el pecho sano.

GERARDO. ¡Qué hidalgo es el castellano!

LAVINIO. Digoos que es hombre de bien.)

PINABELO. También al señor Gerardo  
truje un broquel y rodela,  
que, aunque poco se desvela,  
hay allí maestro gallardo,  
y sé que son extremados  
de piezas y clavazón.

GERARDO. Por ser, señor, cuyos son,  
de mí serán estimados:  
que en lo demás soy bienquisto.

PINABELO. Traigo una hoja extremada,  
que yo sé que tal espada  
hasta agora no se ha visto;  
ésta y seis medias de seda  
os traigo, y a vuestro hermano...

GERARDO. ¡Qué hidalgo es el castellano!

PINABELO. Que olvidado no me queda,  
traigo libros exquisitos  
de Humanidad, extremados  
y no mal encuadernados.

GERARDO. Daisle sesos de mosquitos.  
Es para él cosa rara.  
Pero aquí, señor, ¿qué haréis?

PINABELO. Estaré hasta que mostréis  
al huésped torcida cara.

LAVINIO. Estaréis toda la vida.

GERARDO. El, al fin, está cansado;  
mal rato le habemos dado,  
démosle buena comida.—  
Id, señor, a desnudaros  
y un poco descansaréis.—  
Y vos, Laurencia, ¿entendéis?,  
hoy no haya vidros avaros;  
salgan las conservas todas.

LAURENC. Digo que todas saldrán;  
hasta las mismas que están  
guardadas para tus bodas.

(*Vase.*)

PINABELO. Pues yo voy a desnudarme,  
si me dais los dos licencia.

GERARDO. Comienzo a sentir la ausencia.

PINABELO. ¡Qué bravo lisonjearme!

GERARDO. ¿Lisonjear? Así Dios

me venga de un enemigo  
como es verdad lo que digo.

LAVINIO. (Bien: y están juntos los dos.)

PINABELO. Yo lo creo. Adiós, que os guarde.

(Vase PINABELO.)

GERARDO. Adiós.

LAVINIO. Luego, Feliciano,  
entro allá.

GERARDO. ¿Qué haré yo, hermano,  
para un regalo, que es tarde?  
Que el hombre me ha aficionado;  
y no es bien que el primer día  
de Cataluña se ría.

LAVINIO. ¡Cómo estás apasionado!  
Después de faisán por hombre,  
perdiz y una ginebrada,  
buena vitela empanada  
y algún guisado sin nombre;  
después de gentil capón,  
pastel, torta y manjar blanco,  
vino del santo más franco  
con anchovas y jamón;  
después de alguna saboga  
de Tortosa o verderol,  
malvasía como un sol,  
¿buscar regalo te ahoga?  
Estó yo te lo daré  
sin las conservas de casa,  
y el hipocrás.

GERARDO. ¿Eso pasa?

¿Por dónde te abrazaré?

LAVINIO. Abrazame como hermano,  
que sería bravo incesto.

GERARDO. Ven.

LAVINIO. ¡Ah, Dios! ¡En qué me has puesto,  
Pinabelo o Feliciano!

(Vanse, y salen FINEO y CINTIA.)

FINEO. No porque veáis el mar  
como una selva cubierto  
de naves que toman puerto,  
Cintia, os habéis de espantar;  
ni el ver arrojar en tierra  
los fardeles embreados  
por pilotos y criados  
que una y otra nave encierra,  
os hagan creer que vienen  
a Gerardo Indias rendidas;  
que son cosas que, entendidas,  
algunos misterios tienen.  
Soñaréisos que casada

con él sois una princesa;  
pues creed que, si se pesa,  
toda su grandeza es nada;  
que debe más que heredó,  
como quien su hacienda entiende.

CINTIA. ¿Quién le compra ni le vende?

¿Helo puesto en precio yo?  
La entrada que vos tenéis  
por mi padre en esta casa  
es la novedad que pasa  
de lo que en Gerardo veis.  
Que él sea pobre ni rico,  
¿qué le va a mi pensamiento,  
ni al vuestro en darme tormento,  
con que a sus cosas me aplico?  
Si a su casa voy, no ha sido  
para visitalle a él,  
aunque me dijeron de él  
que estaba a la muerte herido.  
Tengo a su hermana Laurencia  
por parte del alma mía,  
y no me amanece día  
que no me aflija su ausencia.  
Quisiera estar siempre allá  
para no apartarme de ella.

FINEO. Por cierto, es discreta y bella,  
y en tal opinión está,  
y no poco en la ciudad  
se murmura de Gerardo  
que esté tan reniso y tardo  
y falto de voluntad  
en casarla.

CINTIA. ¿Eso os da pena?

FINEO. Vase en eso poco a poco.

CINTIA. Más sabe en su casa el loco  
que el más cuerdo en casa ajena.

FINEO. Es esto cosa muy llana  
y que se deja entender:  
mas quien no toma mujer,  
¿cómo casará a su hermana?  
CINTIA. Qué, ¿también a él le queréis  
casar por fuerza?

FINEO. Importara  
que Gerardo se casara  
por las cosas que sabéis.

CINTIA. ¿Yo? ¿Qué sé?

FINEO. Su perdición,  
sus mujeres y su juego.

CINTIA. No pase adelante, os ruego,  
su ausencia y vuestra pasión;  
que es cosa tan entendida  
que la envidia os hace hablar,



y de véroslo infamar  
estoy cansada y corrida.  
Gerardo es hidalgo honrado,  
y yo sé más bienes de él  
que ponéis faltas en él  
para darme a mí cuidado.  
Y creed que a la mujer  
de alto o de bajo nombre,  
desalabar tanto a un hombre  
es obligalla a querer.  
Al fin, tenéis por oficio  
cansarme. Pues perdonad  
si con esta libertad  
os doy sospechoso indicio,  
que tengo que hacer un poco.

(*Vase.*)

FINEO. ¿No me basta aborrecido,  
sino infamado y tenido,  
Cintia, por Gerardo en poco?  
Descubierta es la pasión  
y la celada entendida,  
todo en daño de mi vida  
y afrenta de mi opinión.  
Mas vendrás a mi poder,  
que el tiempo hará por mí  
que pueda vengarme en ti  
como de propia mujer.

(*Entra DORISTO, padre de CINTIA.*)

DORISTO.

No había sabido que en mi casa estabas.  
Entra si algún regalo tomar quieres.

FINEO.

¿Cuál, mi señor, se iguala al que recibo  
con la merced de verte? Que dejando  
mil partes que te hacen todo amable,  
siempre, señor, he puesto en ti los ojos  
para tenerte en el lugar de padre.

DORISTO.

¿Llevan algún secreto esas razones  
más de lo que se muestra en su apariencia?

FINEO.

Deseo yo he tenido con extremo...  
¿qué digo con extremo?, con más fuerza  
que se desean la materia y forma,  
que en esto me salieses al camino  
y alguna vez en ello reparases.  
Si mereciese yo, si yo tuviese  
méritos que me diesen tantas alas

que te dijese el pensamiento mío  
de la manera que le engendra el alma  
y de la edad que ya le tiene el tiempo,  
dichoso, y muchas veces, lo sería.  
Porque cuando, señor, me desechases  
como cosa que indigna se te atreve,  
declarado, en efeto, moriría,  
que es de los desdichados gran consuelo.

DORISTO.

Gran fuerza tiene en ti, por lo que he visto,  
esta imaginación o pensamiento.  
Pues como quien de sí desconfiado  
en alguna ocasión se arroja presto,  
así me acometiste luego en viéndome.  
No soy nacido en tan remoto clima,  
tan bárbaro no soy ni tan agreste  
que no conozca que es tu pensamiento  
querer gozar en matrimonio a Cintia;  
y aunque agora yo estaba descuidado  
de deshacerme de tan buena hija  
y no pequeña parte de mi hacienda,  
te doy palabra, por tus muchos méritos  
y el amistad que con tu padre tuve,  
que, habiendo de casarla, será tuya,  
y que ninguno en esto te prefiera.

FINEO.

Mil veces a tus pies quiero arrojarme,  
y sin besarlos no me alzar del suelo.

DORISTO.

No hagas eso.

FINEO.

¡Oh, padre de mi vida,  
que nuevamente me la das y engendras!  
¡Oh, Atlante, en quien se afirma mi ventura  
y que mi cielo tiene agora en hombros!  
¡Oh, esperanza de todo mi remedio!  
Si acaso por la hacienda me dilatas  
ese infinito bien, yo estoy tan lejos  
de querer más que a Cintia, que este día  
entrará en tu poder cuanto yo tengo.  
Yo te daré las llaves de mi casa,  
mis libros te daré; tú me gobierna,  
tú me rige, señor, y no permitas  
que viva yo sin Cintia tanto tiempo.

DORISTO.

Si tú quisieses serme tan buen hijo  
que, como si te hubiese yo engendrado,  
vivieses en mi casa, a mi gobierno,  
no dudes de que a Cintia gozarías.

FINEO.

Señor, no habrá criado, no habrá esclavo,  
no habrá animal tan vil en tu servicio  
que con más sumisiones se te humille.  
No me hace hablar amor en esto sólo,  
tu valor me hace hablar; no me dilates  
lo que ya me prometes, si es posible.

DORISTO.

Digo que será tuya, no lo dudes;  
y pues con tanta priesa la deseas,  
ya voy a dar principio a tu remedio,  
que es justo que la parte esté avisada.

(*Vase.*)

FINEO.

Vaya, señor, en tan dichoso punto  
que a tu gusto no ponga inconveniente  
aquella matadora de mi alma.  
¡Oh, cómo entiendo que se queda al aire  
Gerardo, confiado en su lindeza!  
La diligencia es madre de la dicha.  
Esto es llegar con sol a la posada,  
y el que viene después, que duerma al fresco.  
Mas ¿este no es Ardenio?—¿Dónde bueno?

(*Sale ARDENIO.*)

ARDENIO.

Vengo de hablar a Cintia.

FINEO.

¿De qué parte?

ARDENIO.

De parte de Laurencia, mi señora;  
que hemos hoy tenido en casa un huésped,  
y le he traído no sé qué regalo.

FINEO.

¿Ordenólo Gerardo, por tu vida?

ARDENIO.

Si va a decir verdad, él se lo envía,  
aunque el recado es cierto de su hermana.

FINEO.

Ya, Ardenio, se acabaron esas cosas,  
ya cesaron recados y presentes,  
ya es Cintia mi mujer; dílo a Gerardo.

ARDENIO.

¿Cómo, señor? ¿Casado estás con Cintia?

FINEO.

Hámela prometido ya su padre,  
y hoy pienso que se harán las escrituras.

ARDENIO.

Mil años os gocéis.

FINEO.

Así que, Ardenio,  
excusaréis de hoy más estos recados,  
que me daría el veros pesadumbre.

ARDENIO.

Por mí, señor, aquéste será el último.  
Quédate adiós.

FINEO.

Lo mismo di a Gerardo.

(*Vase ARDENIO, y sale DORISTO, el padre.*)

DORISTO.

O que haya sido virginal vergüenza,  
o ser como es de condición tan áspera,  
o tu desdicha, si es que no la agradas,  
Cintia responde que de ningún modo  
ha de ser tu mujer; y como en esto  
el "sí" del hijo vence y es más fuerte  
que el mandamiento y voluntad del padre,  
de la palabra dada libre quedo.

FINEO.

¡Maldiga el Cielo el punto en que mis ojos  
tan de veras el alma le entregaron,  
pues tal efeto mi esperanza tuvo!  
¡Tan presto bajo desde el cielo al suelo  
por una voz, sin manos, despeñado!  
No importa; que a tan grande desventura  
en la desesperación habrá remedio.

DORISTO.

¿Dónde vas de esa suerte?

FINEO.

¿Dónde, dices?

DORISTO.

¿Ya por aquesto pierdes la esperanza?  
¿Yo no soy padre? Si hoy no la he vencido,  
mañana podrá ser. No desconfíes,  
que no será de otro, sino tuya.

FINEO.

Dime, señor, palabras de consuelo;  
háblame de esa suerte, y no me mates  
con la resolución que me trujiste;  
que el tiempo humilla los soberbios montes,  
y yo entiendo que hará lo mismo de éste.

DORISTO.

Entra conmigo a mi escritorio un poco  
por que valido y familiar te vea.

FINEO.

¿Qué importa, si la muerte me desea?

(*Vanse, y salen* LAVINIO y PINABELO.)

LAVINIO. No dirás que no se ha hecho como tú lo deseabas.

PINABELO. Bien se ve que todo estabas, Lavinio, dentro en mi pecho. Como eres el alma propia, o a la que tengo conforme, no haces cosa disforme ni a mis discursos impropia.

LAVINIO. Ya podrás por la ciudad saber de tus enemigos.

PINABELO. Siendo yo y Lavinio amigos, ¿qué importa su enemistad?

LAVINIO. Con todo, aqueso te importa. Infórmate en qué ha parado, porque espada de agraviado mucho aguarda y tarde corta. Sabrás también si casaron esa mujer que servías.

PINABELO. Yo entiendo que ha muchos días que mi suceso olvidaron.

LAVINIO. No hay en eso que fiar, que el que a otro hace agravio no puede ser, siendo sabio, que pueda seguro estar. Pero, dejando estas cosas, ¡bueno tienes a mi hermano!

PINABELO. ¿Qué dice del castellano?

LAVINIO. Deja palabras ociosas, pues su amor has conocido, que darte su hacienda es poco. Mas ¿dónde hallaste este loco que tan bien hace el fingido?

PINABELO. ¿No es extremado?

LAVINIO. Eslo tanto, que te desconocí a ti en viéndole hablar así.

(*Entran* GERARDO y ARDENIO.)

GERARDO. Presto al placer sigue el llanto. ¿Qué mala sobrecomida, amigo Ardenio, me has dado!

ARDENIO. Si esto hubiera imaginado, antes perdiera la vida.

LAVINIO. ¿Qué es esto, hermano?

GERARDO. Es mi muerte, es mi fin, mi sepultura.

LAVINIO. ¿Por qué extraña desventura te lamentas de esa suerte?

GERARDO. Peor estoy que aquel día que del falso Pinabelo me quitó el castigo el Cielo...

PINABELO. ¡Bueno estoy, por vida mía!) (*Ap.*)

GERARDO. Y pues que ya Feliciano —dejo aparte su valor, por lo que es prendas de amor— es nuestro tercero hermano, delante de él lo diré. Hoy Fineo se ha alabado que está con Cintia casado.

PINABELO. ¿Que a tan mal punto llegué? ¿Es dama que tú servías?

GERARDO. Era, Feliciano, aquella que haber de vivir sin ella como sin alma podrías. ¡Pluguiera a Dios que yo fuera en busca de un Pinabelo al más extranjero suelo de la Citia o Libia fiera y que no quedara aquí para ver este suceso!

PINABELO. (Nunca agravio tan impreso a hombre en el alma vi.)

LAVINIO. Y puede ser que se alabe de lo que verdad no sea.

GERARDO. ¿Y es discreción que no crea lo que en mi desgracia cabe?

ARDENIO. Es tan cierto, que se firman esta noche los conciertos.

LAVINIO. ¿Cómo sabes que son ciertos?

ARDENIO. Porque en su casa lo afirman; y porque él me dijo a mí que a mi señor le dijese, que cuando verdad no fuese él no se atreviera así.

GERARDO. Dice bien. Yo soy perdido.

¿Oh, hermano! ¿qué puedo hacer?

PINABELO. ¡Vive Dios, que no ha de ser ese hablador su marido! Que de algo ha de servir llegaros al castellano.

GERARDO. ¿Darme queréis, Feliciano, esperanzas de vivir?

PINABELO. Sí que te doy esperanza, solamente con saber si te quiere esa mujer.

GERARDO. Dicen que es mujer mudanza; y si desde anoche acá, Feliciano, no la ha hecho, yo sé que estoy en su pecho, y aun adonde el alma está.

PINABELO. ¿Desde anoche? ¿Tú eres sabio,  
siendo principal mujer?  
;Vive el Cielo, que es hacer  
a cuantas lo son agravio!  
Si una mujer libre fuera  
de las que quieren a dos,  
no dudara yo, ¡por Dios!,  
que aquesta mudanza hiciera;  
que, aunque de aquesto te asombres,  
en menos que desde ayer  
yo he conocido mujer  
que quiso ciento y tres hombres.

LAVINIO. ;Bendígala Dios, amén!

PINABELO. Ansí, que si amor te tiene,  
en él a fundarse viene  
que esto se negocie bien;  
porque el padre es muy forzoso  
que a dar el "sí" la ha forzado,  
y que tiene al desposado  
por más tirano (1) que esposo.  
Escríbele con Ardenio  
que esta noche, al dar el "sí",  
tú la sacarás de allí.

GERARDO. Eso es más fuerza que ingenio.

PINABELO. Oye hasta el fin, que no es justo  
procures su vituperio.  
Llevarla has a un monasterio,  
el que te diere más gusto,  
y ande el pleito, que si quiere  
la mujer decir que es tuya,  
aunque él alegue que es suya,  
cualquiera ley te prefiere.

LAVINIO. A mí me parece bien;  
porque, fuera de este medio,  
no encuentro yo otro remedio.

GERARDO. Y a mí, Lavinio, también.  
Pero, ¿dónde hemos de hallar  
gente honrada y de secreto  
que nos ayude al efeto?

LAVINIO. No la has menester buscar.  
Vaya Feliciano allá,  
que él solo, hermano, es bastante  
con espada o con montante,  
que bien diestro en todo está,  
y en Salamanca no tiene  
hombre tan grande opinión.

GERARDO. ¿Eso más?

LAVINIO. ;Es un león!

GERARDO. Pues alto: el salir se ordene.—

Feliciano, en tu consejo  
me resuelvo.

PINABELO. Y aun aciertas;  
déjame a mí con las puertas.

GERARDO. En todo mi honor te dejo;  
armarémonos los tres,  
que bastamos.

PINABELO. Y sobramos.

GERARDO. Pues, hermano, los dos vamos  
a saber si verdad es.—  
Y agárdenos Feliciano.

LAVINIO. Entreténgale Laurencia,  
por que tenga más paciencia.

GERARDO. ¿Es uso de allá?

LAVINIO. Es muy llano.

GERARDO. Di, Ardenio, que baje luego,  
y partámonos los dos.—  
;Adiós, Feliciano!

PINABELO. ;Adiós!

LAVINIO. (¡Qué bien los junto y allego!)

(*Vanse, y queda PINABELO, y entra LAURENCIA.*)

LAURENC. A entreteneros me envían;  
¿cómo os he de entretener?

PINABELO. Con sólo dejaros ver  
mil pensamientos podrían.  
;Gracias a Dios que ha venido  
nuestro enemigo engañado  
a vivir tan sin cuidado  
del que de vos he tenido!  
Ved si con los Cielos privo,  
ya que tuve estrella ingrata,  
que él por Italia me mata  
y dentro en su casa vivo.  
Toda su imaginación  
es matar a Pinabelo,  
y permite agora el Cielo  
que al mismo tenga afición.  
Mirad, pues, Laurencia mía,  
si es bien que me la tengáis  
y a entretenerme vengáis,  
ya que no la noche, el día:  
que yo no sé cuándo Amor  
darme el galardón presume  
de este ardor que me consume:  
y ha de ser siempre mayor;  
que con ver en lo que paso,  
que ya infinito parece,  
cuanto más sufro, más crece,  
y es más cuanto más me abraso.

LAURENC. Si os entretenéis con penas,  
volveránse a entrar las glorias,

(1) Así en los textos; pero estaría mejor "más por tirano".



y más si tocáis historias  
de tantos discursos llenas;  
que bien veis que culpas mías  
no os tienen a vos así,  
pues también pasan por mí  
los años de aqueos días.

¡Hablad en darme las manos  
antes que testigos vengan!

PINABELO. Será, cuando así me tengan,  
quejas y dolores vanos.  
Dadme, que con este lazo  
como estoy siempre me hallara,  
que a fe que no me quejara.  
Pero...

LAURENC. ¿Qué?

PINABELO. ¡Dadme un abrazo!  
que, ¡vive Dios!, que estoy tal,  
que ya me salen colores  
para pedirlos favores.

(Salen RUFINO y FELICIANA.)

FELICIANA. ¡Ay, Dios!

RUFINO. ¡Que no haré mal!

PINABELO. (¡Noramala acá salieron!)

LAURENC. ¿Qué es eso?

FELICIANA. ¡Si me ha mordido!

LAURENC. ¿No me dirás lo que ha sido?

PINABELO. (¡Ved a qué punto vinieron!)

RUFINO. Traía yo de Madrid,  
en una caja metida,  
una culebra fingida...

LAURENC. ¿Qué fué lo demás, decid?

FELICIANA. ¿Cómo fingida?—El me dió  
una caja presentada,  
de estas de Flandes, pintada,  
de donde, abierta, salió  
una enroscada culebra,  
que la cara me ha mordido.

RUFINO. Era de arambre torcido,  
que, puesto al fuego, no quiebra,  
y hace melindres la boba.

LAURENC. Pues yo confieso de mí  
que, el temor de oírlo aquí,  
del rostro el color me roba;  
pero váyanse a encender  
velas, que vendrá mi hermano.

FELICIANA. ¿No es temprano?

LAURENC. No es temprano,  
que acaba de anochecer.

RUFINO. Ven y encenderemos.

FELICIANA. Ven.

PINABELO. ¡Que nos junte el enemigo

y nos persiga el amigo!

¿Qué suerte es ésta, mi bien?

LAURENC. Yo espero tiempo tras éste  
en que, con mucha bonanza,  
logremos nuestra esperanza  
sin que este temor nos cueste.  
¡Bien dicen que nunca amor  
se goza a puertas abiertas!

PINABELO. ¿Cuándo cerraré esas puertas  
a la gente y al temor?  
Mas ya están entrecerradas,  
y yo a tus brazos me inclino.

(Sale ARDENIO.)

ARDENIO. Manda, señora, a Rufino  
que no burle a las criadas.

PINABELO. (¡Oh, noramala vengáis!)

LAURENC. (O son celos o malicia.)  
¿Fué la burla con Felicia,  
o de qué los agraviáis?

ARDENIO. No sale jamás de entre ellas,  
contra el orden de esta casa,  
con juegos de pasa pasa  
y otras invenciones bellas;  
que trae lagartos, ardillas  
y otras sabandijas mil,  
con que piensa, muy sutil,  
derribándolas, rendillas.  
Tras esto, se hace gitano,  
y que es astrólogo jura,  
diciéndoles la ventura  
por las rayas de la mano.

LAURENC. ¿Hay más?

ARDENIO. ¿Aquesto no basta?

LAURENC. Por cierto, ¡gran vituperio!  
¿Qué palacio o monasterio!  
¿La cocina queréis casta?  
Andad, no salgáis aquí.

ARDENIO. (No importa, que yo haré luego  
de las manos otro juego.)

PINABELO. ¿Quién no me persigue a mí?

LAURENC. No es esto persecución  
siendo al tiempo semejante;  
¡no seáis, por Dios, amante,  
melancólico y llorón,  
sino los brazos me dad,  
que nadie lo estorba ahora!

PINABELO. ¡Quién viviera a mi señora!

(Abrázanse, y salen LAVINIO y GERARDO.)

LAVINIO. (¡Tened, hermano, esperad!

GERARDO.

¿Por qué, Lavinio?

LAVINIO.

Estase despidiendo

Laurencia del amigo Feliciano,  
y es sin duda mejor que no nos vea,  
porque si sabe acaso a lo que vamos,  
como hermana y mujer, tendremos lágrimas.)

LAURENCIA.

(¡ Mis hermanos son éstos ! ¡ Gran desdicha,  
si nos han visto, corre por nosotros !

PINABELO.

¡ Todo es paz de Castilla; no los temas !  
Recógete.

LAURENCIA.

¡ Oh, si el Cielo los cegase !)

(*Vase LAURENCIA.*)

LAVINIO.

¿Qué hay, Feliciano?

PINABELO.

He estado entreteniéndome  
mientras habéis estado en la visita.

LAVINIO.

¡ Y aun te entretienes más de lo que es justo !

PINABELO.

¿De qué manera?

LAVINIO.

Somos descortesés  
en hacerte esperar.

PINABELO.

¿Qué hay de las bodas?

GERARDO.

Bien nos pueden dar armas.—¡ Hola, Ardenio !

ARDENIO.

¿ Señor ?

GERARDO.

Danos tres jacos y rodela,  
y baja dos espadas, las mejores.

PINABELO.

Ya yo tengo quitada la sotana.

LAVINIO.

Pues yo no soy en esto perezoso.

PINABELO.

(¡ Oh, corazón, mirad que hoy es el día !) (*Ap.*)  
Esa señora, ¿ está avisada ?

GERARDO.

Agora

le di el recado a una criada suya,  
y dice que a la puerta nos aguarda.

PINABELO.

Pues ¿ qué hacemos aquí ? Que me revienen  
mil corazones dentro de las carnes.

(*Sale ARDENIO con armas.*)

ARDENIO.

Armas tenéis aquí.

GERARDO.

Vístete.

PINABELO.

Vístome,  
aunque fuera mejor desnudo el pecho.

LAVINIO.

Siempre a una prisa hizo una cinta falta.  
¡ Mal haya quien te tiene de esta suerte !

PINABELO.

Remediallo y callemos.

LAVINIO.

Esta hoja  
lleva a mi cuenta.

PINABELO.

¿ Es tiesa ?

LAVINIO.

Es de Toledo.

PINABELO.

Dígoles porque siempre, donde hay chusma,  
todo lo más es fino espaldarazo.

GERARDO.

¿ Estamos ya bien puestos ?

LAVINIO.

Por mí, vamos.

GERARDO.

Lleva esta ropa arriba.

PINABELO.

Caminemos.

ARDENIO.

¡ Dios os traiga con bien !

GERARDO.

No hables tanto,  
que de cualquiera cosa tomo agüero.

LAVINIO.

¡Agüero! ¿Eres Mendoza?

PINABELO.

¡Nunca creas  
si no es el daño que por ojos veas!

(*Vanse, y salen* DORISTO, CLEARCO y DURANTE.)

DORISTO.

Aunque para hacer las escrituras gusto  
de convidaros como a deudos tales.

CLEARCO.

Has hecho en avisarnos lo que es justo  
y en negocios que son tan principales.

DURANTE.

¿Muestra Cintia en casarse algún disgusto?

DORISTO.

De ello ha dado con lágrimas señales;  
pero ha podido más mi mandamiento.

CLEARCO.

Nunca forzado es bueno el casamiento.

DURANTE.

Muy honrado es Fineo.

DORISTO.

Al otro día,  
después del desposorio están contentas  
la más helada y la que no quería.

DURANTE.

Justamente del yerno te contentas!

DORISTO.

Ya está vestida, ya tiene alegría.

CLEARCO.

Pues ¿qué dilatas lo que hacer intentas?

DORISTO.

Ando como arrojado de un trabuco.

LAVINIO.

Ya se entraron los viejos y el caduco.

PINABELO.

Pues que es menester, haz la seña luego.

GERARDO.

¡Ce! ¡Ce!

CINTIA.

Ya te aguardaba, señor mío.

(*Llévansela.*)

GERARDO.

Elena en brazos, a pesar del Griego.

DENTRO dicen:

¡Que la llevan! ¡Qué extraño desvarío!

FINEO.

Saldré arrojando por los ojos fuego.

PINABELO.

Habrá a la puerta quien te quite el brío.

FINEO.

¿Tú, robador cruel?—¡Prendedlo o muera!

PINABELO.

No puedo agora, hasta que Dios lo quiera.

### ACTO TERCERO

(*Salen el* GOBERNADOR, GERARDO, ALGUACIL y ESCRIBANO.)

GOBERNAD. Los indicios son bastantes  
de que la robastes vos,  
y pruébase que los dos,  
Gerardo, fuisteis amantes.  
Hay criado que ha jurado  
que mil papeles os dió.

GERARDO. Confieso quererla yo  
y que fuí de Cintia amado.  
Mas por solo este deseo  
no me ha de ser demandada,  
si se fué desesperada  
por no casar con Fineo.

GOBERNAD. No me está bien argüir  
con vos si es bien hecho o no,  
ni a cualquiera reo yo  
las leyes le he de decir;  
todas ellas os condenan.  
Con paciencia y discreción  
la verdad y la razón  
los enemigos refrenan.  
Si éstos han falso jurado,  
¿qué daño os puede venir?

GERARDO. La molestia de sufrir  
testimonio tan pesado,  
y que no quisiera andar  
del necio vulgo en la boca.

GOBERNAD. Yo he de hacer lo que me toca,  
habéisme de perdonar.  
¿Qué gente hay en casa, fuera  
de la señora Laurencia?

GERARDO. Saldrán a vuestra presencia  
si mandáis.

GOBERNAD. Eso se espera.  
Hacedles venir aquí.

GERARDO. Voy.

GOBERNAD. Está ya casi probado  
haberla él mismo robado.  
¡Y está quejoso de mí!

ALGUACIL. El la debe de tener  
en alguna casa oculta.

GOBERNAD. No sé yo qué dificulta  
si la tiene en su poder:  
que mejor le está a Doristo  
casarla con él.

ESCRIBANO. Ya viene  
la gente.

GOBERNAD. ¿Esta sola tiene?

LAVINIO. ¿Hay quien jure que te ha visto?

GERARDO. Pues era venir en vano  
sin bastante información.  
Estos mis criados son  
y este Lavinio, mi hermano.  
Si alguien queda en casa es gente  
que no puede hacer el caso,  
que es dueñas y esclavas.

GOBERNAD. Paso,  
que lo mejor está ausente.  
¿Adónde habéis escondido  
un herido que lo fué  
aquella noche?

GERARDO. No sé  
que tal noche fuese herido.—  
¿Hola? Llama a Feliciano.

GOBERNAD. Este es el más importante.

GERARDO. Sabed que es un estudiante  
grande amigo de mi hermano.  
Es de Castilla y no entiende  
el uso de aquesta tierra,  
y así, por momentos yerra  
y a los más que trata ofende.  
Embistiéronle a la puerta  
cuatro o cinco de cuadrilla,  
que fué grande maravilla  
librarse no estando abierta;  
y de esto son las heridas,  
de que ya está sano.

GOBERNAD. ¡Ah! ¿Sí?

PINABELO. ¿El Gobernador a mí?  
¿Hay que me quieras o pidas?

GOBERNAD. Dicen que tú defendiste  
de que Cintia se cobrase,  
castellano.

PINABELO. ¿Es burla? Pase.

GOBERNAD. Y que en esto herido fuiste.

PINABELO. Ni a Cintia en mi vida vi  
ni en tal robo soy culpado:

villanos me han maltratado,  
a quien menos conocí,  
de quien venganza deseo.

GOBERNAD. ¡Id escribiendo.

ESCRIBANO. Eso hago.

GOBERNAD. Poco en eso satisfago  
a Doristo y a Fineo.—  
Y vos, Lavinio, ¿no fuisteis  
con ellos?

LAVINIO. Digo que no.

GOBERNAD. Pues en verdad que sé yo  
dónde el sombrero perdisteis.

LAVINIO. Mal se puede eso probar,  
porque un sombrero no es prenda.  
tan conocida que ofenda  
a quien no lo suele usar.  
Mi ordinario es el bonete.

GOBERNAD. Está bien.—Y éste ¿quién es?

ARDENIO. Ardenio soy.

GOBERNAD. No me des  
más señas. ¡Rico alcahuete!

ARDENIO. ¿Yo, señor?

GOBERNAD. Tú, que has llevado  
a Cintia recados.

ARDENIO. ¿Yo?

GOBERNAD. ¿Qué importa que digas no  
si este es negocio probado?  
¿De dónde eres?

ARDENIO. Soy, señor,  
de Perpiñán.

GOBERNAD. ¿Cuánto va  
que antes de mil días está  
sirviendo al Rey de pintor?

ARDENIO. Yo no lo supe en mi vida.

GOBERNAD. Pues aprenderálo, hermano,  
cuando el pincel en la mano  
pinte en la mar extendida.—  
Y tú, moza, ¿por ventura  
viste armarse de concierto  
estos hidalgos?

FELICIANA. Por cierto,  
que yo no he de ser perjura,  
porque no vengo de gente  
que negará la verdad  
por interés ni amistad.

GOBERNAD. Hablas bien y honradamente.

FELICIANA. Estaba yo en mi aposento  
y sentí tanto ruido,  
como de hierro caído,  
que me asombro si lo cuento;  
mas luego perdí el temor  
que me tuvo entonces muda,



y dije entre mí: "Sin duda  
que se arma mi señor."

Fuí a la cocina en un vuelo  
por ver desde allí lo que era,  
y vi que era la espetera  
que estaba toda en el suelo:  
que como cayó de alto  
y sobre los platos dió,  
desmayada me dejó  
del ruido y del sobresalto.

GOBERNAD. Si acaso no te tuviese  
por mujer flaca, ignorante,  
sin duda que aquí delante  
cien azotes darte hiciera.  
¡Hermosas armas han sido!

FELICIANA. ¿No he de jurar la verdad?

GOBERNAD. ¿Desvergonzada, callad!

FELICIANA. Pues callo, y estoy corrida.  
GOBERNAD. Vos ¿qué hacéis allá detrás?

RUFINO. Adonde me toca estoy.

GOBERNAD. ¿Sois criado?

RUFINO. Siervo soy.

GOBERNAD. ¿Y estudiante?

RUFINO. Y eso más.

GOBERNAD. ¿De dónde sois?

RUFINO. De Castilla.

GOBERNAD. ¿De qué lugar? Hablad, pues.

RUFINO. Soy, señor, de Leganés.

GOBERNAD. Por cierto, una hermosa villa.

RUFINO. ¿No? Pues en verdad que en ella  
hombres famosos ha habido.

GOBERNAD. ¿Quién?

RUFINO. Un contador, que ha sido  
famoso y de mala estrella,  
y yo, que en todas las ciencias  
soy maestro universal.

GOBERNAD. Eres necio general  
en muchas impertinencias.  
De este negocio ¿qué sabes?

RUFINO. *Latet omnino* ¡por Dios!,  
que a esas horas bien veis vos  
que hay silencio entre hombres gra-  
Yo *super* libros estoy [ves,  
y no me curo de cuentos.

GOBERNAD. ¡Qué graciosos juramentos!  
Probando la causa voy.  
¿Cómo te llamas?

RUFINO. Mi nombre  
tiene mucho que entender.

GOBERNAD. ¿Qué nombre puedes tener  
que no entienda cualquier hombre?

RUFINO. Es peregrino vocablo.

ALGUACIL. ¿Qué hace de meter ripio?

RUFINO. Porque tiene su principio  
de despedida del diablo,  
y el fin del nombre más raro  
que al oro le suelen dar.

GOBERNAD. Ya te puedes declarar.

RUFINO. Oye, que así me declaro.  
Cuando algún diablo se va  
¿no va haciendo ¡ru!?

GOBERNAD. Sí hace.

RUFINO. Si el principio satisface,  
el fin se satisfará.  
¿Cuál epíteto más dino  
al oro le darás tú?

GOBERNAD. ¿Yo? Fino.

RUFINO. Pues "fino" y "ru",  
¿qué dirá?

GOBERNAD. Dirá Rufino.

RUFINO. Pues ese es mi nombre.

GOBERNAD. Basta,  
que tiene el hombre primor;  
mas es un poco hablador,  
y que le viene de casta.  
Feliciano y la criada  
solos en casa se queden;  
los demás conmigo pueden  
venir.

GERARDO. Serviros me agrada.—  
Entrate tú, amigo, allá,  
y esto a Laurencia le di.

GOBERNAD. Ea, pues, vamos de aquí,  
que Cintia segura está.  
Yo aseguro no se pierda.

GERARDO. Feliciano, oye.

GOBERNAD. ¿Es secreto?

GERARDO. (Si éste me prende, en efeto,  
que es peligro se me acuerda  
llevar conmigo estas prendas.

PINABELO. Andas tan bien como sueles.

GERARDO. Dale a Cintia estos papeles.

PINABELO. Haré lo que me encomiendas.

GERARDO. Y ese cordón de cabellos  
con este verde listón,  
que si no hubiese prisión  
volveré a vella y por ellos.

PINABELO. Vete y déjame hacer;  
que aventuraré mil vidas.

GERARDO. Bien lo han dicho estas heridas,  
no es más prueba menester.)  
Vuesa merced me perdone.  
Ya podemos ir de aquí.

GOBERNAD. No llevéis, Gerardo, así  
testigo que no os abone.

(*Íanse. Queda PINABELO solo.*)

PINABELO. ¡Raros y extraños excesos!  
Yo no puedo imaginar  
en qué tengo de parar  
según andan mis sucesos.  
Este, enemigo me llama  
y jura quitar mil vidas,  
cuando me dan mil heridas  
por defender a su dama.  
El está bien obligado:  
creo que ha de haber concierto  
entre el amigo encubierto  
y el enemigo engañado.  
Porque ya el no perdonarme  
brava ingratitud sería.  
Creo que se acerca el día  
de probarle y declararme.  
Pero Cintia viene aquí.—  
Mal sufrís el esconderos.

(*Sale CINTIA.*)

CINTIA. Salgo, Feliciano, a veros  
por saber nuevas de mí.  
Mi Gerardo ¿qué se ha hecho?

PINABELO. Llevóle el Gobernador.

CINTIA. ¡Bien me lo dijo el temor  
y el alma dentro del pecho!  
¿Preso irá?

PINABELO. Presunción es,  
porque hay brava información.  
Terniendo, pues, su prisión  
me habló en secreto después  
y estos papeles me dió,  
por lo que resultar puede  
cuando agora preso quede.

CINTIA. Querrá que los guarde yo.

(*Se asoma LAURENCIA.*)

LAURENC. (Siempre tuve estos recelos;  
que Pinabelo es galán.  
Hablando a solas están.  
Declarados son mis celos.  
Desde que a Cintia escondida  
tiene mi hermano en su casa,  
de este mal que el alma abrasa,  
se me consume la vida.)

PINABELO. Méte los dentro del pecho,  
porque es sagrado lugar  
donde no te han de mirar.

CINTIA. Bien has dicho.

PINABELO. Bien has hecho. (1)

CINTIA. Ayúdame, por que estén  
bien escondidos.

PINABELO. Están  
(*Ayudándola a ponerlos en el pecho.*)

tan bien, que no los verán  
los lince, que tanto ven.

CINTIA. ¡Cuál vienen al pecho estrechos!

LAURENC. (¿Qué he visto? ¿Hay mayor mal-  
¿Que con tanta libertad [dad?  
osó tocarle los pechos?

¿Qué hago que no deshago  
los pechos y el falso dueño?  
¡Ah, fe de los hombres: sueño,  
siempre nos dais este pago!)

PINABELO. Este cordón de cabellos  
me dió con este listón.

CINTIA. Aunque conozco el cordón,  
los cabellos no son ellos.  
Sin duda a alguna mujer  
de celos se los quitó,  
y él en su lugar buscó  
otros que poder poner.

¿Hay semejante maldad?

PINABELO. Bien dicen que la mujer  
es de ordinario, en creer,  
la misma facilidad.

Espera, cotejaré  
con los tuyos los cabellos,  
que si no son como ellos,  
digo que en hombres no hay fe.

CINTIA. Puede ser que mis recelos  
fabriquen esta montaña.

¡Hasta en cabellos engaña  
esta ceguedad de celos!  
Por mi fe, los mismos son.

LAURENC. (¡Los cabellos la ha cortado!)

CINTIA. De haberme desengañado  
te quedo en obligación.

LAURENC. (¡Que los pechos le tocase  
y los cabellos le diese!)

CINTIA. Quien a los celos creyese  
ni un cabello le fiase.

PINABELO. Gerardo tarda; no aguardo  
que venga, ni tú le esperes.

CINTIA. Pues si tú a la cárcel fueres  
dale este abrazo a Gerardo,  
y quédate adiós...

(*Abrazanse.*)

(1) En los textos, "dicho", que no rima.

PINABELO. Adiós.  
 [CINTIA.] Que yo me vuelvo a esconder.  
 LAURENC. Holgádome he de saber  
 que estéis tan tiernos los dos.  
 ¡Bravo favor y regalo  
 para ser negocio ajeno!  
 PINABELO. ¡Por Dios, que es eso muy bueno!  
 LAURENC. ¡Por Dios, que ha de ser muy malo!  
 Pues ¿cómo que en ocho días,  
 herido y muerto en la cama,  
 has conquistado esta dama?  
 ¿Es ciencia o hechicería?  
 Aunque mejor lo atribuyo  
 a su mucha liviandad,  
 si va a decir la verdad,  
 que no al lindo talle tuyo,  
 que no eres lindo, por cierto.  
 PINABELO. Si son burlas, ya son muchas.  
 LAURENC. Puras verdades me escuchas,  
 aunque mentiras me han muerto.  
 PINABELO. ¿Verdades? ¡Tú vienes loca!  
 LAURENC. No vine aquí sino cuerda;  
 mas para que el seso pierda  
 harta razón me provoca.  
 Dame luego los cabellos  
 que la cortaste.  
 PINABELO. ¿Yo? ¿A quién?  
 LAURENC. A los ojos que lo ven  
 ¿lo niegas por no perdellos?  
 Dámelos al punto aquí,  
 o daré voces al Cielo  
 que digan que Pinabelo  
 está en mi casa.  
 PINABELO. Eso, sí;  
 da con el secreto en tierra  
 por tus quimeras y antojos.  
 LAURENC. Todo lo han visto mis ojos.  
 PINABELO. La vista mil veces yerra.  
 Mira que te has engañado.  
 LAURENC. ¿Luego también negarás  
 que al pecho tocado la has  
 y que un abrazo te ha dado?  
 PINABELO. Hasta saber lo que es eso,  
 no has andado bien compuesta.  
 LAURENC. Por lo que tanto me cuesta  
 ¿no quieres que pierda el seso?  
 ¿Esa es, traidor, la amistad  
 que le debes a mi hermano?  
 PINABELO. Escúchame.  
 LAURENC. Todo es llano  
 y publica tu maldad.  
 PINABELO. Si te digo lo que ha sido

y quedas bien satisfecha,  
 ¿no perderás la sospecha?  
 LAURENC. Yo lo he visto, fermentido;  
 yo te la echaré de aquí,  
 y a mi hermano le diré  
 lo que he visto y lo que sé  
 para vengarme de ti.  
 PINABELO. ¡Laurencia!  
 LAURENC. Que no hay Laurencia.

(Vase.)

PINABELO. ¡Laurencia, señora mía!  
 ¿Con cuál desdicha podría  
 dejar de haber competencia?  
 Ahora, al fin, vil fortuna,  
 ¿me guardaste este pesar?  
 ¡Bien te suelen comparar  
 con los cuartos de la luna!  
 Agua me diste al postrero  
 por que mis ojos la viertan.  
 Bien con éste se conciertan  
 el segundo y el primero,  
 que bello sol he gozado  
 sin agua o mal tiempo alguno.  
 Pero este fin importuno  
 fué del principio pasado.  
 ¿Qué haré para remediar  
 tan gran locura de celos?  
 ¡Ah, Cintia! Nunca los Cielos  
 te me dejaran hablar,  
 o, al tiempo que te cobré,  
 los contrarios me mataran.

(Entran GERARDO y LAVINIO, y dice:)

GERARDO. Todos lo mismo declaran.  
 Pleito seguro tendré.  
 LAVINIO. Mejor sería decir  
 la verdad, si ha de parar  
 en que te quierès casar.  
 PINABELO. Huelgo de verte venir,  
 y en eso yerra tu hermano;  
 hasta saber lo que pasa,  
 no pida el romper la casa  
 ese viejo; pues es llano  
 lo que el Código declara  
*De raptu virginum.*  
 LAVINIO. Todo  
 lo he mirado.  
 PINABELO. Y ¿en qué modo  
 con la verdad se repara?  
 LAVINIO. Porque le está bien al viejo  
 mejorarse con mi hermano.

PINABELO. Agora digo que es sano  
el admitir tu consejo.  
GERARDO. Mientras eso averiguáis  
a mi Cintia voy a ver,  
que no hay ley donde hay querer,  
y aquí de leyes tratáis.

PINABELO. Ve en buen hora, que ya hice  
lo que quedó concertado.

GERARDO. Siempre tú me has obligado.

PINABELO. Mi voluntad satisface.

LAVINIO. ¿Cómo va de las heridas?

PINABELO. Ya veo que están curadas,  
que fueron de mujer dadas  
y de hombre recibidas.

LAVINIO. De eso estoy bien satisfecho;  
y estalo tanto Gerardo,  
que antes de mañana aguardo  
que resulte en tu provecho.

PINABELO. ¿De qué suerte, mi Lavinio?

LAVINIO. Que te pese puede ser,  
que mal puedo yo saber  
tu voluntad y desinio,  
aunque no es cosa posible.

PINABELO. Dímelo, que es claro y llano.

LAVINIO. Viendo Gerardo, mi hermano,  
que pagarte es imposible  
las muchas obligaciones  
y esas heridas también,  
y porque te quiere bien,  
que esto es abreviar razones,  
te quiere dar a Laurencia,  
para paga, en matrimonio  
y en dote su patrimonio,  
que a fe que no es mala herencia.

PINABELO. ¿Estás burlando conmigo?

LAVINIO. Hoy quedó determinado;  
llamarme puedes cuñado.

PINABELO. Cuñado, señor y amigo,  
y besarte dos mil veces  
esos pies.

LAVINIO. Alza del suelo.  
¿Eso has de hacer, Pinabelo?

PINABELO. Eso y mucho más mereces.  
Estoy loco, estoy de modo  
que el corazón me revienta.

LAVINIO. Cuando caigas en la cuenta  
podrás pagármelo todo.  
Y quédate agora adiós,  
que voy a dar otro aviso.

PINABELO. ¿Qué Eurialo ni qué Niso  
ha de igualarse con vos?

(Vase LAVINIO.)

PINABELO.

Ya no eres vil, espléndida fortuna,  
ni madre de cruel desconfianza;  
ya no tienes infame semejanza  
con los nublados cuartos de la luna.

Ya no eres a los fines importuna  
del que principio favorable alcanza,  
pues que das posesión a mi esperanza  
cuando me vi sin esperanza alguna.

Hoy sale de mi pleito la sentencia  
última y en favor; hoy me conceden  
la fortuna y el tiempo a mi Laurencia,  
para que los que penan ciertos queden  
que el tiempo, la esperanza y la paciencia,  
aunque se tardan, cuanto quieren pueden.

(Entra GERARDO.)

GERARDO.

Si al cielo viese en el templado mayo  
bordado el manto azul de estrellas puras,  
de tempestad seguro no estaría.  
Si viese el mar tranquilo como el cielo,  
sin delfín que sus aguas remolcase,  
sino con un combate sosegado,  
de tormenta seguro no estaría.  
Si de un príncipe fuese tan privado  
que jamás me negase afable el rostro  
y mandase su hacienda y sus entrañas,  
de mudanza seguro no estaría.  
¡Oh, falso amigo! ¡Oh, falso castellano!  
Tú eras el sereno y claro cielo,  
tú el mar tranquilo, tú el afable príncipe.—  
Mas, hele aquí... No importa que me escuche.

PINABELO.

De Lavinio he sabido que ha llegado  
a su punto el amor que me tenías,  
y que este grande mío y el deseo  
que tuve de servirte y agradarte  
hoy con inmensa paga remuneras.  
Indigno soy de emparentar contigo;  
de las virtudes, méritos y partes  
de tu hermana Laurencia soy indigno;  
pero si ya tu amor llegó a este punto  
cuando del mío vienes satisfecho.  
en Feliciano tienes un esclavo,  
y a tus pies.

GERARDO.

No te humilles, que esas cosas  
me han hecho a mí fiar de algún mal pecho.

PINABELO.

¿Cómo me hablas con torcido rostro?



¿Qué color es aquése y qué semblante?  
¿Hete ofendido en algo, por ventura?

GERARDO.

Hasme ofendido, ingrato Feliciano,  
no menos que en el alma y en la vida.

PINABELO.

¿Yo a ti, Gerardo, ofensa en honra y alma?

GERARDO.

Tú a mí.

PINABELO.

Pues yo las pierda entrambas juntas,  
porque no hay maldición que se le iguale,  
si aun con el pensamiento te he ofendido.

GERARDO.

¡Ah, Feliciano! ¡Quién pensara aquesto!  
¡Qué triste fin has dado a tal principio!  
¡Qué amigo en mí has perdido! Estoy que ra-  
pensando que traidor tal hombre sea. [bio  
Apenas de vergüenza no te miro;  
tanto, que te sacara esa vil sangre  
si no se hubiera en mi favor vertido,  
por cuya falta de la mía pensaba  
darte en Laurencia la que más podía;  
mas ya ni aun verte ni escuchar tu nombre.

PINABELO.

Si no supiera ser condición tuya,  
con voz más alterada respondiera.  
No tienes otra falta, ¡vive el Cielo!,  
sino esa fiera cólera insufrible  
y ese espíritu bajo de venganza.  
Bien (1) sé lo que buscaste a un Pinabelo  
para matarle porque agravio te hizo,  
y hiciste temerarias diligencias,  
y que no puede el curso de los años  
hacer que tan pequeña ofensa olvides.  
Sepamos qué es la mía.

GERARDO.

Dime: ¿es justo [hermano.  
que un hombre que es mi huésped, que es mi  
y que vierte su sangre en mi defensa  
trate de amores con mi esposa Cintia?  
¿Que el pecho toque y el cabello corte?  
Y aquí no hay que negar. Laurencia propia  
me dice que lo vió, y aun en decillo  
me aseguró que tú no la mirabas,  
cosa que alguna vez me dió sospecha.

Pasóme las entrañas, y no pienso  
que Cintia de aquí salga como debe  
y quede el falso amigo, mas que entrambos  
se junten y se vayan donde quieran...  
¿De qué te ries? ¿Por ventura burlas  
de cosas que me llegan a la honra?

PINABELO.

Río de ver por qué camino extraño  
en lo que dice se engañó Laurencia.  
Y por que sepas la verdad de todo,  
yo la hablé para darle tus papeles;  
llegué para ayudarla, y, con respeto,  
toqué a su pecho y no de otra manera.  
Diciéndome después que los cabellos  
no eran los suyos, por disculpa tuya  
llegué al cabello para cotejarlos;  
el abrazo después por despedida  
fué para que a la cárcel lo llevasé;  
y si llegó conmigo a tal llaneza,  
fué porque le es notoria la de entrambos.  
Esto es verdad, y nunca, por tu vida,  
pues eres cuerdo, afrentes tus amigos,  
ni menos a tus cosas, hasta tanto  
que sepas la verdad.

GERARDO.

¡Válgame el Cielo!

¡Qué extraño enredo y qué notorio engaño!  
Por vida de la cosa que más quiero,  
y luego tuya, si no son iguales,  
que si Laurencia ya no fuera tuya,  
que había de encerrarla en monasterio  
para siempre jamás a vida o muerte,  
o hacer en ella algún cruel castigo.  
¡Que me haya hecho afrentar a las personas  
que en esta vida más respeto y quiero!  
¿Tú piensas que eres solo el castigado  
de mi maldita cólera y mi lengua?  
¡Vive Dios, que le he dicho a Cintia cosas  
que le costaron infinitas lágrimas!  
Desmayada en su aposento queda;  
mas, ¡ay de mí!, ¿no es ésta?—¿Dónde bueno,  
esposa mía, con aqueste manto?  
Sin duda, apostaré, que se os olvida  
que os he robado y tengo aquí escondida.

CINTIA. Voy adonde pueda hallar  
el crédito que perdí  
cuando, perdiéndome a mí,  
deshonra vine a ganar.  
Voy a llorar, que mi honor  
por un hombre aventuré,

(1) En el impreso falta el "Bien", necesario para el verso. Está en el manuscrito.

que le vino a faltar fe  
cuando tuvo más amor.  
Voy huyendo un mercader  
que, sin haberle faltado,  
a la cárcel me ha llevado  
soñando que pudo ser.  
Voy huyendo un pecho honrado,  
si este honrado no es incierto,  
que le di crédito abierto  
y él me le dió limitado,  
y voy huyendo del nombre  
de un hombre que en el creer  
ha tenido de mujer  
más parte que no de hombre.  
Al fin, salí por Gerardo  
y a Feliciano he querido.  
¡Qué dos honras he perdido,  
sin la tercera que aguardo!  
Una en salir de mi casa  
y otra en dejar por quien fué,  
y la que esperar podré  
ya creo que por mí pasa.  
Pues desesperada voy  
donde vean que salí,  
para que vuelva, ¡ay de mí!,  
de la manera que estoy.

GERARDO. No llores, Cintia querida,  
que ya estoy desengañado,  
y yo haré de este pecado  
la penitencia debida.  
De Feliciano he sabido  
todo lo que allí pasó:  
si Laurencia se engañó,  
¿qué culpa habré yo tenido?  
No os parezca liviandad  
el darle crédito así,  
que es mi hermana, y yo creí  
que me dijera verdad;  
que si otro me lo contara  
que menos mi sangre fuera,  
no sólo no lo creyera,  
pero sé que le matara.  
De los disgustos pasados  
podéis darme penitencia,  
que yo haré que de Laurencia  
quedemos los dos vengados.

CINTIA. Ya tarde perdón alcanzas,  
que no he de tener amor  
a un hombre que de mí honor  
no tiene dadas fianzas.  
No quedaré si hasta el cielo  
la voz te viese poner.

PINABELO. (Todo aquesto ha de llover  
sobre el pobre Pinabelo.  
¡Por qué extraño pensamiento  
de una loca y otra ingrata  
la suerte me desbarata  
mi deseado casamiento!)

CINTIA. Que no hay decirme ternezas;  
que no hay abrazarme ya.

GERARDO. Pertinaz tu pecho está.

¡Qué presto a matarme empiezas!

CINTIA. Si de algún hombre deseo  
de mi casa imaginaste  
que me sacó, saber baste  
que dejé por ti a Fineo.  
No me abrases.

(Sale LAURENCIA.)

LAURENC. ¡Bien están  
la dama y el desposado,  
uno con otro abrazado,  
dando celos al galán!

¿Es eso echar de la casa  
quien tu amigo solicita?

GERARDO. ¡Fiera, que a Medea imita  
y que donde llega abraza;  
lince de vista engañada  
que vió lo que no entendió;  
falso antojo que engañó  
y al tocar fué poco o nada;  
enfermo con calenturas  
que despierto ve quimeras;  
necio amigo, que por veras  
mintiendo matar procura;  
araña vil, que acostumbra  
ponzoña hacer la flor tierna;  
luz encerrada en linterna  
que a mil ciega y a uno alumbra;  
hombre en cariños inciertos,  
que de mil sombras se duele;  
león de Albania, que suele  
dormir con ojos abiertos;  
pájaro que hasta la red  
trae mil de su nación;  
letra escrita con carbón  
que hace burla en la pared...  
vete delante de mí,  
o verás como en ti hago,  
por ventura, el mismo estrago  
que en mí has hecho!

LAURENC. Vuelve en ti,  
que si engañado te han  
de nuevo te desengaña;

que Cintia busca tu daño  
y es tu amigo su galán.

GERARDO. ¡Perra, pasaréte el pecho!

(Saca la daga.)

LAURENC. ¿Daga, traidor?

(Sale LAVINIO.)

LAVINIO. ¿Qué ruido  
es éste?

LAURENC. ¡Hermano querido!

LAVINIO. ¿Daga para ti? ¿Qué has hecho?

GERARDO. ¿Qué quieres mayor maldad  
que de Cintia y Feliciano  
dice...?

LAURENC. Repórtate, hermano.

GERARDO. Y se afirma que es verdad.

LAVINIO. ¿Qué puede de ellos decir?

GERARDO. Dice que se quieren bien.

LAVINIO. ¿Hay más?

GERARDO. Y dice también...

LAVINIO. Ahora no quiero oír,  
porque yo sé la ocasión;  
y culpo en esto a mi hermana,  
que puede, como liviana,  
pedirte humilde perdón.

PINABELO. De vos, señora Laurencia,  
formo queja en que digáis  
lo que no veis y ofendáis  
la de Cintia y mi inocencia.  
Que unos papeles le daba  
de Gerardo, que en el pecho  
le pusiese satisfecho,  
que esto de mí se fiaba,  
y el llegar de los cabellos  
fué cotejar el cordón,  
por darle satisfacción,  
que dijo que no era de ellos.  
El abrazo que me dió  
a la cárcel le llevaba,  
porque ni a mí se me daba  
ni le recibiera yo.  
Y pues soy tan desdichado,  
hoy a Castilla me iré,  
donde escarmentar podré  
en el ejemplo pasado;  
y así, a Lavinio y su hermano  
pido licencia.

GERARDO. ¿Licencia?

LAVINIO. ¡Qué aquesto ordene, Laurencia,  
tu pensamiento liviano!  
Llégate, deténle allí,  
y pedirásle perdón.

LAURENC. Si no sabéis lo que son  
mujeres, sabedlo en mí.  
No pudiera merecer,  
señor, el perdón que os pido  
a no haberle merecido  
por errar como mujer.  
Confieso, y por grande error,  
que vi aqueso desde lejos  
y de donde los espejos  
hacen el rostro mayor.  
No deis pena a mis hermanos,  
ni os vais a Castilla así,  
que se vengarán de mí  
y pondrán en mí las manos.

PINABELO. Si vos me pedís perdón  
con lágrimas, yo ¿qué haré?  
Digo que me quedaré,  
aunque esté sin ocasión,  
o con ella, hasta el día  
del juicio por la tarde.

LAURENC. ¡Mil años el Cielo os guarde!  
¿Qué decís vos, Cintia mía?  
¿No me habéis de perdonar?

CINTIA. Con que estéis desengañada,  
os tengo ya perdonada.

LAURENC. También me habéis de abrazar.

(Entran el GOBERNADOR, DORISTO, FINEO, el ALGUACIL [y] RUFINO y ARDENIO, atados juntos.)

GOBERNADOR.

No hay que llamar; entrad, que yo lo mando.

GERARDO.

¡Justicia es ésta!—Cintia, arriba presto.

CINTIA.

¡La voz he conocido de mi padre!

(Vase.)

GOBERNADOR.

Todos juntos están aquí; no falta,  
señor Doristo, más que vuestra hija.

DORISTO.

Podrá Gerardo dárme la.

FINEO.

Eso creo.

GERARDO.

Mirad, Fineo, bien lo que habéis dicho.

FINEO.

Yo digo la verdad, y si formara  
agravio en esto, como no lo formo,

por no ser Cintia mi mujer, os juro  
que os hubiera quitado treinta vidas.

GERARDO.

Sois un necio, y delante...

PINABELO.

¡No hay delante!

¡Miente quien no dijere que es un necio!

GERARDO.

Necio será Fineo.

DORISTO.

¿Quién lo dice?

FINEO.

¡Por vida de un villano, estudiantejo,  
que yo os coja más lejos de justicia  
y a puros palos...!

PINABELO.

*Satis est jam bestia.*

FINEO.

¡Yo os haré hablar romance!

PINABELO.

*Jam est satis,*

¡que a bestias como tú, yo sé enfrenallas!

GOBERNADOR.

¡Bien se guarda respeto a mi persona!  
Cese esto, no haya más: dense las manos.

FINEO.

¿Yo manos?

GOBERNADOR.

O ponerlos en la cárcel.

¡Lindo término es ése!

FINEO.

Yo me rindo,

y desde aquí la doy.

GOBERNADOR.

Y los dos juntos.

PINABELO.

¡No le está mal que yo le dé al mancebo!

GOBERNADOR.

Id, alguacil, y buscaréis la casa.

GERARDO.

¿Mi casa ha de buscar?

GOBERNADOR.

Los dos atados

han confesado la verdad de plano,  
con sola media vuelta de una cuerda.

GERARDO.

¿Tú has dicho tal, Ardenio?

PINABELO.

¿Y tú, Rufino?

RUFINO.

¡Pesia a mi abuela! *Quid volebas, Domine?*

¡Yo soy hombre de letras delicado!

Confesando el que viene a mis espaldas,

¿había de negar?

GERARDO.

Pues, ¿cómo, Ardenio,  
tú has hecho tal baja?

ARDENIO.

Si sabía

que la verdad es fin de tu negocio,  
sufrir tormento en balde, ¿no es locura?

GOBERNADOR.

El ha dicho muy bien.

ALGUACIL.

Aquí está Cintia.

DORISTO.

¡Hija cruel, nacida en dura estrella,  
y más en la de Venus que de Cintia,  
aunque de Cintia te ha cabido el nombre!  
¿Parécete que es justo lo que has hecho?  
¿Parécete que has dado buena cuenta  
del honor heredado de tu madre,  
y que a tu padre has puesto en buena infamia,  
llevado por las bocas de la gente  
con nombre de culpado e inocente?

CINTIA. Bien es que me culpe yo;  
pero poco os ofendí,  
pues que, pidiéndome el "sí",  
os dije siempre de no.  
Por fuerza, padre, intentaste  
el casarme con Fineo,  
y sabiendo mi deseo  
a aqueste error me obligaste.  
Que no ha sido más error  
que el dejaros, pues aguardo  
desposarme con Gerardo,  
a quien tuve y tengo amor;  
y así, a Fineo suplico  
que tenga aquesto por bien.

FINEO. Vos escogistes muy bien  
marido galán y rico,  
y yo no quiero mujer,  
aunque el pleito me la diera,



- que a otro hombre amor tuviera  
ni se hallara en su poder.
- GOBERNAD. Discreto ha andado Fineo,  
y vos lo andaréis, Doristo,  
si, viendo lo que habéis visto,  
cumplís a Cintia el deseo.  
Dádsela luego a Gerardo;  
pues Fineo el pleito deja.
- DORISTO. No haya de Gerardo queja,  
que ya en mis brazos le aguardo  
y por mi yerno le acepto.
- GERARDO. ¡Dadme esas manos, señor!  
Perdona a Cintia el error,  
que ha sido un error discreto.—  
Y agora, por alegría,  
Laurencia le dé la mano  
al amigo Feliciano.
- LAURENC. Yo soy más vuestra que mía.
- LAVINIO. Para que esto quede en paz,  
el señor Gobernador  
quite a Gerardo un error  
en que ha estado pertinaz:  
que por agravio bien poco,  
en Barcelona no quiere  
que éntre Pinabelo, y muere  
el pobre por ella loco.  
Yo sé que es vuestro sobrino  
y gustaréis del perdón.
- GOBERNAD. Huélgome que esta ocasión  
a tal coyuntura vino,  
que por mí lo habéis de hacer.
- GERARDO. No me lo habéis de nombrar,  
que no le he de perdonar,  
o vuestra amistad perder.
- DORISTO. (Mucho ha de poder un suegro.)  
Hijo, ¡ved que os lo suplico!
- GERARDO. Sólo con su muerte aplico  
a mis bodas luto negro.  
También vos me perdonad.
- LAVINIO. Herimano, ¿y si yo lo pido?
- GERARDO. Serás un necio.
- LAVINIO. Ya ha sido  
la tercera necesidad.
- (Se le acerca LAURENCIA.)
- LAURENC. Yo llego, aunque temerosa.
- GERARDO. Pues desecha esos cuidados.
- RUFINO. Todos estáis engañados;  
haced que llegue su esposa.
- GOBERNAD. ¡Yo muera si no se aparta  
del enojo!
- DORISTO. ¡Buen consejo!
- RUFINO. ¡Sí, señor, que es San Alejo,  
que a todos negó la carta!
- CINTIA. Esposo mío, esta es  
la primer cosa que os pido:  
sea mi amor preferido  
a vuestro ciego interés.
- LAVINIO. ¿De rodillas le consientes  
estar, Gerardo, a tu esposa?
- GERARDO. (¿Hay cosa más enfadosa?)  
¡Déjame, no me le mientes,  
que un hombre hay sólo en el suelo  
por quien a todo me allano!
- LAVINIO. ¿Y quién es?
- GERARDO. Es Feliciano.
- LAVINIO. Ruégale por Pinabelo.
- PINABELO. Por Dios te ruego, Gerardo,  
que a Pinabelo perdones.
- GERARDO. Bastan aquesas razones,  
con que mi enojo acobardo:  
yo perdono a Pinabelo.
- PINABELO. Pues sábetе que yo soy,  
que ha un año que en casa estoy.
- GERARDO. ¡Jesús vivo!
- GOBERNAD. ¡Santo Cielo!
- RUFINO. Tampoco vo soy Rufino,  
sino su lacayo Orfeo.
- GERARDO. ¿Que tal oigo? ¿Que tal veo?  
De más perdón eres digno.  
De nuevo te doy los brazos  
y nuestra amistad confirmo.
- PINABELO. Firma paces.
- GERARDO. Pacés firmo  
en el papel de tus brazos.
- GOBERNAD. Contadme lo que ha pasado.
- LAVINIO. Hay de fiesta y de tragedia.
- PINABELO. Aquí acaba la comedia  
del *Enemigo engañado*.

# COMEDIA FAMOSA

## DE

# LOS ENEMIGOS EN CASA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DOÑA ISABEL.  
DON VASCO.  
*Un PORTERO de cabildo.*  
HONORIO.  
DON PEDRO.  
DON FERNANDO.  
CELIO,  
OTÁÑEZ, } *pajes.*  
MENDO, }

*El* MARQUÉS DE CÁDIZ.  
DON RODRIGO.  
LA MARQUESA.  
*El* ASISTENTE DE SEVILLA.  
CARRILLO, *criado.*  
*Un* ESCUDERO.  
DOÑA LEONOR.  
DON LUIS.  
FINARDO.

DON FÉLIX.  
ELVIRA, *esclavilla*  
*Un* CAPITÁN.  
*Un* VALENTÓN.  
BELARDO.  
[CRIADOS.  
SOLDADOS.  
UN NIÑO.]

### ACTO PRIMERO

(*Salen DON VASCO, HONORIO y un PORTERO de cabildo.*)

HONORIO. ¿Está don Fernando aquí?  
PORTERO. Agora en la sala entró.  
HONORIO. No hay cosa que tiemble yo,  
ni de más disgusto en mí.  
VASCO. Ten paciencia, que no es justo  
que aquí entiendan tu pesar.  
HONORIO. Creo que me ha de causar  
el verlos tanto disgusto,  
que el oficio he de vender  
y salir de este cuidado.  
VASCO. En eso vas engañado;  
porque en dejando de ser  
Veinticuatro en la ciudad,  
tus enemigos esfuerzas;  
y dar al contrario fuerzas,  
amigos y autoridad,  
¿quién lo tendrá por cordura?  
HONORIO. Tomad, portero, la espada.  
VASCO. Tomad ésta.  
HONORIO. Si envainada  
la viera en él, por ventura  
que la ciñera mejor.  
VASCO. Quien no disimula y sabe  
cerrar su enojo con llave  
para la ocasión mejor,  
perderáse de ignorante.  
HONORIO. Estos bandos heredé.  
VASCO. El vuestro mi padre fué,  
y tengo siempre delante

el odio y enemistad  
que a este linaje tenía;  
pero, sin perder la mía,  
quitarle la autoridad  
tuve siempre a discreción.  
Entrad y disimulemos,  
que antes de mucho tendremos  
tiempo, lugar y ocasión.

(*Váyanse, y salgan DON FÉLIX y CARRILLO, su criado.*)

FÉLIX. ¿Entró mi padre, portero,  
en el Cabildo?  
PORTERO. Ya entró.  
FÉLIX. No saldrán tan presto.  
PORTERO. No.  
FÉLIX. Pierdo la ocasión si espero.  
CARRILLO. Después le podrás hablar;  
mira que salir quería  
doña Isabel.  
FÉLIX. ¿Qué porfía  
de amor, que me ha de matar!  
Amo, Carrillo, la hija  
de un hombre que, por ultraje  
del honor de mi linaje,  
no hay cosa que más le aflija  
que verme lucir a mí;  
tanto a mi padre aborrece.  
Mira tú que le merece  
quererla y amarla (1) así,  
o como, cuando beber

(1) En el original, "quererle y amarle".

mi propia sangre quisiera,  
me dará la suya.

CARRILLO. Espera  
milagros que suele hacer  
el tiempo en desconfianzas,  
que dicen que la fortuna  
nunca miente en cosa alguna  
mejor que en las esperanzas.

FÉLIX. Pues ¿puede ser que éstos bandos  
del padre de mi Isabel,  
tan ciego, airado y cruel,  
y los Atienzas y Ovandos  
puedan cesar algún día?

CARRILLO. ¿Son piedras los hombres?

FÉLIX. No;

pero conózcome yo  
y amor la desdicha mía;  
que entre un millón de mujeres  
que en esta ciudad miré,  
de esta sola me agradé.

CARRILLO. Si fué tu estrella, ¿qué quieres?  
Ya sabes tú que el amor  
no es elección ni consiente  
fuerza, porque es accidente.

FÉLIX. Mi muerte fuera mejor.  
Pero retírate aquí,  
que del Cabildo ha salido  
don Fernando.

(Salen DON FERNANDO y DON PEDRO, Veinticuatro.)

CARRILLO. ¿Y qué perdido  
de color!

FÉLIX. ¿De color?

CARRILLO. Sí.  
Y con él viene también  
el Veinticuatro, su hermano.

FÉLIX. ¿Si han reñido?

CARRILLO. Ten por llano  
que no han salido por bien.

FERNANDO.

Dadme esa espada, Ojeda, que os prometo  
que el que mandó que aquí sin ella entrasen  
no era poco repúblico y discreto.

PEDRO.

Dadme la mía a mí.

FÉLIX.

(Que éstos dejasen  
el Cabildo a tal hora...

CARRILLO.

No es sin causa.)

FERNANDO.

¡Que tales cosas a mis ojos pasen!

PEDRO.

La necedad su atrevimiento causa;  
que ¡vive Dios!...

FERNANDO.

¡Espada no tuviera!

PEDRO.

Con qué fingida risa, con qué pausa  
el sombrero os quitó.

FERNANDO.

No se pudiera  
juzgar si le quitó, pues sólo un dedo  
le levantó, cual si celada fuera.

No me pude sufrir ni estarme quedo;  
los guantes me quité de las airadas  
manos, que detener apenas puedo.

Echélos en el suelo y dos patadas  
les di con tal furor, que vi en algunos

(Salen HONORIO y DON VASCO.)

mudar color.

HONORIO.

Pidamos las espadas.

VASCO.

Estuvieron los Cerdas importunos  
en no dejarnos ir.

FÉLIX.

(Mi padre es éste.)

HONORIO.

Cuidado ha sido no salir ningunos.

PEDRO.

Las espadas se ciñen.

FERNANDO.

Aunque cueste  
mil vidas, he de hablarlos. Llega, hermano,  
y mi casa y quietud paciencia preste.

PEDRO.

¿Es término, señores, cortesano  
no levantar dos dedos el sombrero?  
¿Pone la voluntad plomo en la mano?  
¿Habemos de buscar un relojero  
que levante esas pesas que ha bajado  
la calidad, que no subió el dinero?

HONORIO.

(¿Ha hablado con nosotros, o pensado que habla con los necios sus iguales?)

VASCO.

¿Cuándo este necio fué más bien hablado?)

HONORIO.

¿Sabéis que con los hombres principales se ha de hablar con respeto, mayormente los que con ellos son tan desiguales?

VASCO.

Quitar la gorra a tan humilde gente no conviene a tan nobles caballeros.

FERNANDO.

El que dijere que me iguala, miente.

VASCO.

Responden al agravio los aceros.

CARRILLO.

(Saca la espada.

FÉLIX.

No podré, Carrillo, que es padre de mi bien, si éste es mi padre.)

(En comenzando a reñir, dos a dos, salga el MARQUÉS DE CÁDIZ y el ASISTENTE, y gente.)

MARQUÉS.

Ténganse, caballeros.

ASISTENTE.

¡Fuera! ¡Ténganse!

MARQUÉS.

¡Ténganse, digo!

HONORIO.

Cuando no bastara la del Marqués, tu autoridad sobrara.

ASISTENTE.

Muestren las armas.

FERNANDO.

Estas son las mías.

ASISTENTE.

Si no bastare para dar remedio a tanta enemistad a tales bandos que tiene la ciudad para perderse el castigo que hiciere de mi parte, al Rey escribiré que lo remedie.

MARQUÉS.

Por vida mía, que pues ha llegado ocasión en que yo, si yo merezco que me hagan merced estos señores, esté presente a sus enojos y iras, que el señor Asistente por bien tenga que trate de las paces y interponga mi autoridad para que todo cese y se trate de tales amistades, que duren desde aquí por mil edades.

ASISTENTE.

Si a vuestra señoría le parece que los podrá quietar y ellos conocen la merced que les hace, con deseo de su quietud remitiré la causa a su juicio y dejaré en sus manos lo que me toca a mí.

MARQUÉS.

Pues yo os suplico no haya prisión aquí ni se dé cuenta al Rey de ningún modo, que yo quiero que corra por la mía.

HONORIO.

Cualquier cosa que a mi hermano y a mí sobre este caso mande el señor Marqués, obedecemos.

FERNANDO.

Y nosotros lo mismo respondemos.

MARQUÉS.

Pues denme la palabra, caballeros, de ser amigos y dejar los bandos, casando, para ser todos parientes, las hijas y los hijos del linaje en llegando ocasión, que esto es servicio de Dios, a que vivimos obligados; al Rey, que estos oficios les confía de la ciudad cuyo gobierno tienen, siendo cual es, cualquiera de los cuatro, en su noble Cabildo Veinticuatro.

PEDRO.

Yo digo que la doy.

FERNANDO.

Y yo lo mismo.

HONORIO.

Yo también por los dos.

MARQUÉS.

Dense los brazos.



ASISTENTE.

Dad a estos caballeros las espadas,  
y adviertan que me han dado esta palabra,  
y que la pediré como soldado  
y Capitán del Rey en campo armado.

MARQUÉS. (1)

Vénganse con nosotros don Fernando  
y don Pedro.

FERNANDO.

Verá el Marqués que he sido  
el mayor servidor de su apellido.

MARQUÉS.

Todos son caballeros principales,  
y harán como quien son.

VASCO.

¡Buenos quedamos!

HONORIO.

Pues ¿qué habemos perdido?

VASCO.

Y ¿qué ganamos  
quedando, por lo menos, desmentidos?

HONORIO.

Miraras eso tú cuando prendernos  
el Asistente quiso.

VASCO.

Mejor fuera  
que en una torre presos nos pusiera.

HONORIO.

Ya es hecho; ya hemos dado la palabra.

VASCO.

Que no hay palabra si hay agravio.

CARRILLO.

(Llega,  
que yo sé que tu padre te había visto  
antes de la pendencia.

FÉLIX.

Voy contento  
a darle el parabién de ser amigos,  
que era mi muerte el verlos enemigos.)

El contento que me ha dado  
ver que de tantos enojos  
haya la causa cesado,

remite el alma a los ojos,  
donde le traigo cifrado.  
Quiero dar el parabién,  
después de vos, padre mío,  
a mi buen tío también.

VASCO. A ser padre, como tío,  
yo te respondiera bien.

FÉLIX. Pues ¿de qué estáis ofendido?

VASCO. ¿Tan pequeña ofensa ha sido  
ver a tu padre en la mano  
la espada contra un villano,  
afrentado y desmentido,  
y hallándote en la quistión  
tener la tuya envainada?

FÉLIX. No tenéis, señor, razón;  
que no estuviera mi espada  
cobarde en esta ocasión  
si desiguales os viera;  
pero estando dos a dos,  
pienso que agravio os hiciera.

HONORIO. ¡Buena disculpa, por Dios,  
si yo su lacayo fuera!  
Cuando de un padre la vida  
a peligro suele estar  
y la honra está ofendida,  
el que es hijo ¿ha de mirar  
con cuál espada se mida?  
Si se hallare alguna historia  
desde el principio del mundo  
que de esto deje memoria,  
yo seré el padre segundo  
de un hijo de tanta gloria.  
¡Con qué cortés invención  
disfraza la cobardía!  
Pienso que en esta ocasión  
dudosa hacerme quería  
de su madre la opinión;  
que hijo que con la espada  
mira riñendo a su padre  
y se la tiene envainada,  
sospechas pone en su madre.  
¡Señor!...

FÉLIX.

HONORIO. No respondas nada.

Si tú mi sangre tuvieras,  
¿no se te alterara allí?

FÉLIX. No pienso que hablas de veras.

VASCO. Pues ¿qué ha de decir de ti?  
¿Por qué no te vas? ¿Qué esperas?  
¿Disculpa le quieres dar?

HONORIO. Vete, cobarde, y no sólo  
de este famoso lugar;  
destiértrate al otro polo,

(1) En la 1.<sup>a</sup> edición de Madrid, es el mismo ASISTENTE quien dice este verso y el siguiente.

infama el agua del mar,  
 pues, cuando montes excede,  
 no cubre infamia tan vil.

VASCO. Bien habéis dicho; no quede  
 un mancebo tan gentil  
 adonde afrentarnos puede,  
 pues lo ha de hacer otro día  
 con otra igual valentía.

HONORIO. Si a mi casa vuelves más,  
 en este acero verás  
 que no es tu sangre la mía.  
 Enviárate a Granada;  
 pero no es para la guerra  
 quien en la defensa honrada  
 de su padre, y en su tierra,  
 no sabe sacar la espada.  
 Vete en casa de un amigo,  
 y este tu criado, igual  
 en pensamientos contigo,  
 pues también, como leal,  
 me dejó con mi enemigo,  
 te llevará, con que luego  
 te vayas donde quisieres.

FÉLIX. Señor, que me oigas te ruego.

VASCO. ¿Que te escuche un padre quieres  
 de tan justo enojo ciego?  
 ¡Vete de aquí!

FÉLIX. Pues no puedo  
 daros disculpa, yo voy  
 donde mandáis.

HONORIO. ¡Lindo miedo!—  
 ¿Carrillo?

CARRILLO. ¿Señor?

HONORIO. Estoy...

CARRILLO. (Para mi muerte me quedo.)

HONORIO. Estoy de suerte...

CARRILLO. No sé  
 cómo disculpa te dé...

HONORIO. Ven acá, así Dios te guarde.  
 ¿Es este mozo cobarde?

CARRILLO. Cobarde, si el Cid lo fué.

HONORIO. ¿Ha tenido por ahí  
 alguna quistión?

CARRILLO. Señor,  
 no ha tres noches que le vi  
 con tan gallardo valor,  
 si tengo crédito en ti,  
 que con espada y broquel,  
 con lindo despejo y talle,  
 como otro don Manuel,  
 echó de toda una calle  
 seis hombres.

VASCO. Y diez con él.

CARRILLO. No estaba sino a su lado  
 un buen hijo, un hombre honrado,  
 que por su parte ayudó.

HONORIO. Y ¿quién era ese hombre?

CARRILLO. Yo.

VASCO. ¡Qué buen testigo!

HONORIO. ¡Extremado!

VASCO. Ellos debieron de huir.

CARRILLO. Eso no puedo sufrir,  
 señor don Vasco, y ¡por Dios!  
 que los dos con otros dos,  
 y aun dos mil, pueden reñir.

VASCO. Pues ¿cómo en esta ocasión,  
 la más justa y más honrada,  
 don Félix vió la quistión  
 puesta en la vaina la espada?

CARRILLO. Por una negra afición.  
 Bien sé que en esto hago mal  
 y que callar es mejor;  
 pero no es ser desleal  
 recuperar el honor  
 de un hombre tan principal.  
 Don Félix, señor, adora  
 la hija de tu enemigo,  
 que es una hermosa señora;  
 helóse en verle contigo  
 sacada la espada agora.  
 Verdad es que si durara  
 la pendencia la sacara;  
 mas como el Marqués llegó,  
 a su suegro le guardó,  
 como a su padre, la cara.

HONORIO. ¿Cómo a su suegro? ¿Es casado?

CARRILLO. No, señor.

VASCO. ¿Halo tratado?

CARRILLO. Tampoco.

HONORIO. Pues ¿qué pretende?

CARRILLO. Tratarlo, si no te ofende,  
 y amigos habéis quedado.

VASCO. Déjame hacer esto a mí.

HONORIO. Pues en esto ¿qué has de hacer?

VASCO. Oyeme en secreto.

HONORIO. Di.

CARRILLO. Poco se puede perder  
 en haberlo dicho aquí;  
 que las amistades hechas  
 de enojos y pesadumbres  
 cesan todas las sospechas  
 y las difíciles cumbres  
 de este imposible deshechas.  
 Cesen bandos, haya paz;

Amor, amistades haz;  
 parará la guerra en bodas  
 si a parentesco acomodas  
 un odio tan pertinaz.  
 Sin duda que esta quistión  
 ha sido para más bien.

HONORIO. ¡Extraña resolución!

VASCO. No hay en el mundo quien  
 pueda ofender tu opinión  
 haciendo lo que te digo.

HONORIO. ¿Carrillo?

CARRILLO. ¿Señor?

HONORIO. Escucha.  
 ¿Cuál es el mayor amigo  
 de Félix?

CARRILLO. O es grande o mucha  
 la amistad de don Rodrigo.  
 Si es para buscallo, allí  
 sé yo, sin duda, que está.

HONORIO. Estas palabras le di:  
 “Tu padre hizo paces ya  
 con los contrarios aquí;  
 y para fortalecer  
 el concierto, por mujer  
 a doña Isabel te dan,  
 que sólo aguardando están  
 a que firmes un poder;  
 que no quiere que al efeto  
 del desposorio secreto  
 estés presente.”

CARRILLO. Yo iré,  
 y albricias le pediré.

HONORIO. Carrillo, tú eres discreto;  
 no tengo que te advertir.  
 Dado el poder, irse puede;  
 que cuando haya de venir  
 haré que avisado quede  
 para que pueda partir  
 con galas de desposado  
 como hijo de quien es.

(Váyase.)

CARRILLO. Hoy a tu linaje has dado  
 nuevo valor.

VASCO. Esto es  
 venganza de un pecho honrado.

HONORIO. ¿Quién se casará con ella?

VASCO. Yo; y, llevándola a mi casa,  
 verás cómo vengo en ella  
 la cólera que me abrasa,  
 y que es de Troya centella.  
 No se habrán hombres vengado

por tan estrecho camino.  
 A eso voy determinado.

HONORIO. Es el honor desatino  
 en el corazón airado.

(Salen DOÑA ISABEL y LEONOR, en una huerta.)

ISABEL. ¿Hay alguno que nos vea?

LEONOR. Las yedras y los jazmines  
 con que estos frescos jardines  
 la primavera hermosea.

ISABEL. ¿Podré sacar el papel?

LEONOR. Aquí segura podrás,  
 que hay una mujer no más,  
 pero está vuelta en laurel.

ISABEL. De eso estoy segura yo;  
 que en mi vida he sido ingrata  
 a quien de quererme trata,  
 y con saber que nació  
 obligado a aborrecerme  
 por odio de su linaje.

LEONOR. Adviérte que aguarda el paje.

ISABEL. Será responder perderme.  
 Leo, en fin.

LEONOR. Y yo te escucho.

ISABEL. “Belisa, un padre cruel...”

LEONOR. ¿Qué es Belisa?

ISABEL. Es Isabel;  
 y no se disfraza mucho,  
 porque es el nombre a la letra  
 comenzando por el fin.  
 Mira otra vez el jardín.

LEONOR. Si algún lince no penetra  
 las paredes, yo no veo  
 ojos, sino solas hojas.

ISABEL. “Me pone en tantas congojas,  
 que traigo loco el deseo;  
 pues si considero el tuyo  
 lleno de tanto rigor,  
 trágico fin de mi amor  
 en sus crueldades arguyo.”

LEONOR. ¡Ay, Dios! ¿Si quiere dejarme?

ISABEL. No es eso sino sentir  
 lo que os han de hacer sufrir.

ISABEL. Es imposible casarme,  
 Leonor, por su voluntad;  
 que de tales enemigos  
 no son los libros testigos  
 ni de esta ni de otra edad.  
 Aborrécense en extremo  
 y persíguense envidiosos.

LEONOR. Pasos siento.

ISABEL. Los celosos

de mi padre, Leonor, temo.  
Toma, y esconde el papel.  
LEONOR. Si es él, me le trago entero.

(Salen DON FÉLIX y DON RODRIGO.)

FÉLIX. En fin, despedirme quiero  
de mi querida Isabel,  
y a la guerra que en Granada  
tiene el Rey irme a probar  
si sé, por dicha, sacar  
entre enemigos la espada.

RODRIGO. No os espantéis de que esté  
vuestro padre tan airado.

FÉLIX. Este mi sujeto amado  
causa, don Rodrigo, fué  
de no acertar a sacar  
contra su padre la espada.

RODRIGO. La mano está disculpada.

FÉLIX. No me dejó disculpar.  
Mil veces la fuí a poner  
en el puño, y otras tantas  
me tuvo Amor; ni aun las plantas  
quiso dejarme mover.  
Mas pienso que si pensara  
que mi padre me había visto,  
que, aunque quedara malquisto,  
contra los dos la sacara.  
Del águila, don Rodrigo,  
dicen que sus hijos prueba  
al sol, y esta misma prueba  
hizo mi padre conmigo.  
Que el águila, a quien enoja  
el no tener certidumbre  
si los ofende su lumbré,  
de su nido los arroja.  
Aguila mi padre ha sido;  
sacó la espada, sol fué,  
y, como no la miré,  
hame arrojado del nido.  
Dice que no he de volver  
a su casa eternamente.

RODRIGO. Junto aquella hermosa fuente  
he visto...

FÉLIX. No hay más que ver.  
Esta es mi Isabel, Rodrigo.  
Aquí habemos concertado  
vernos.

ISABEL. ¿Quién viene a su lado?

LEONOR. Aquel su gallardo amigo,  
que no me parece mal.

FÉLIX. ¿Puedo llegar, mi Belisa?

ISABEL. ¿No te lo dice esta risa?

FÉLIX. Dice, aurora celestial,  
que sale el sol de tu cielo,  
y en su risa y arrebol  
veo que trae agua el sol  
y mi tempestad recelo.  
Pensé venir a tus ojos  
para descansar contigo  
de lo que pasó conmigo,  
y fué para darte enojos,  
pues vengo a notificarte  
mi ausencia.

ISABEL. Pues ¿vaste?

FÉLIX. Si,  
aunque no me voy de ti,  
que sólo el cuerpo se parte.

ISABEL. ¿Burlaste?

FÉLIX. Pesadas son  
burlas de ausencia entre amantes.

ISABEL. Pues ¿qué causas hay bastantes?

FÉLIX. Oye, mi bien, la ocasión.  
A la puerta del Cabildo  
llegué a buscar a mi padre,  
cuando vi salir el tuyo,  
que Dios muchos años guarde.  
Salió don Pedro, tu tío,  
con él; retiréme aparte;  
ciñéronse las espadas  
sin advertir en mirarme.  
Mi padre y su hermano luego  
salieron por otra parte;  
las tuyas también se ciñen,  
mirándome sin hablarme.  
Los cuatro, en fin, hablan, riñen,  
porque no quiero cansarte  
en decirte las palabras,  
pues que ya sus bandos sabes.  
No puse mano a la espada  
por respeto de tu padre,  
o por amor que te tengo,  
que hace el amor respetarse.  
Salió presto el Asistente,  
y, con el Marqués de Cádiz,  
los cuatro hicieron amigos,  
digo, firmaron las paces:  
que tengo por más posible,  
que hacer estas amistades,  
los lobos y los corderos  
en un redil albergarse;  
vivir en un nido juntos  
los pescados y las aves,  
y en un álamo, de noche,  
las alondras y alcotanes;



dos soberbios o envidiosos,  
 dos profesores de un arte,  
 un necio con un discreto,  
 que es imposible juntarse.  
 Fuéronse todos, y, en fin,  
 quedando, sólo a matarme,  
 don Vasco y mi padre fiero;  
 pues apenas quise hablalle  
 cuando me dijo: "¿Aquí vienes,  
 villano, cruel, infame;  
 hombre que pone sospecha  
 en la lealtad de tu madre,  
 pues sacando yo la espada  
 no se te alteró la sangre?  
 Vete de mi casa luego;  
 no entres en ella, cobarde."  
 Fuíme por no le decir  
 una disculpa tan grande  
 como era tenerte yo  
 por alma, y que el alma hace  
 oficio de presidente,  
 que los oficios reparte  
 a potencias y sentidos,  
 y que, queriendo arrojar-me,  
 me llegó un recado tuyo  
 que me dijo que templase  
 las leyes del nacimiento  
 con las del amor, que trae  
 desde el principio del mundo  
 origen tan admirable,  
 que dijo Dios que podía  
 dejar su padre y su madre  
 el hombre por la mujer,  
 porque es carne de su carne.  
 Dejé a mi padre por ti,  
 y agora es fuerza dejarte  
 por mí, que, yendo a Granada,  
 satisfacción quiero darles  
 de que soy hombre que puedo  
 sacar la espada y matarme,  
 porque sólo para eso  
 será mi ausencia bastante.

ISABEL. ¿Cómo podré responder  
 a tan grande sinrazón,  
 pues no hay en el corazón  
 las fuerzas que he menester?—  
 ¡Ah, mi señor don Rodrigo,

llegaos acá, que bien puedo  
 atropellar cualquier miedo!

RODRIGO. Soy de don Félix amigo  
 y muy vuestro servidor.

ISABEL. Don Félix se va a Granada

porque quiere más su espada  
 que cuanto vale mi honor.  
 ¿Paréceos que puede ser  
 amor este desatino?

RODRIGO. Ya le digo que es camino  
 en que más puede perder  
 que aventurar a ganar.  
 Que si es dar satisfacción  
 a su padre, no es razón,  
 pues él no puede agraviar,  
 ni el juez con lengua o vara,  
 ni con jineta el soldado,  
 ni con la lengua el airado  
 padre, porque todo pára  
 en debida autoridad  
 y en propia naturaleza.

FÉLIX. Cuando por vuestra nobleza  
 disculpáis mi necedad,  
 ¿dónde tengo de vivir?

RODRIGO. En mi casa retirado,  
 que soy un amigo honrado  
 que en ella os sabré servir,  
 y que pretendo la gracia  
 de Leonor, que guarde Dios,  
 si emparentamos los dos  
 por fin de tanta desgracia.

LEONOR. ¡Ay, don Félix! ¿Dónde os vais?  
 Si por dar satisfacción  
 de valiente, no es razón;  
 mirad que en Sevilla estáis;  
 matad dos hombres o tres;  
 no busquéis moros allá.

(Sale CARRILLO.)

CARRILLO. ¿Y don Félix?

ISABEL. Aquí está.

CARRILLO. ¿Señor del alma!

FÉLIX. ¿Quién es?

CARRILLO. Carrillo soy, pesia a mí,  
 que puedo serlo en la cara  
 de la hermosura más rara.  
 ¡Albricias!

FÉLIX. La causa di.

CARRILLO. Las paces se han confirmado  
 con casaros a los dos.

FÉLIX. ¿A quién?

CARRILLO. ¡Qué lindo, por Dios!  
 A Isabel con un letrado  
 y a ti con una irlandesa.

RODRIGO. Mira que con Isabel  
 te casan.

FÉLIX. ¿Tan de tropel

mi airada fortuna cesa?

Carrillo, ¿es esto verdad?

CARRILLO. Y que vengo a que me des un poder, porque a las tres, tú ausente, y en la ciudad, (1) han de quedar desposados don Vasco y este ángel bello.

FÉLIX. ¿Ella con él?

RODRIGO. De un cabello cuelgan de amor los cuidados: don Vasco, con tu poder, se ha de desposar por ti.

FÉLIX. ¿Queda concertado así?

CARRILLO. Acaba ya de temer, que es vergüenza tanto miedo.

LEONOR. Mi padre y don Pedro.

ISABEL. ¡Ay, Dios!

CARRILLO. Por aquí salid los dos.

FÉLIX. ¡Que aun despedirme no puedo! Doite el alma desde aquí.

ISABEL. ¿Luego nunca me la has dado?

FÉLIX. Es otra alma que he engendrado después de la que te di.

(*Vanse. Salen DON FERNANDO y DON PEDRO.*)

FERNANDO.

Aquí pienso que están.

PEDRO.

Sobrina mía, yo he de ganar albricias; pero quiero que no disimuléis, porque sería dilataros el bien.

ISABEL.

La causa espero.

PEDRO.

De nuestras amistades llegó el día. Vuestro padre, Isabel, es caballero; dió la palabra a un príncipe, ya es hecho; limpiado habemos de pasión el pecho.

Vos sois la oliva de estas paces; tanto, que hoy con don Félix quedaréis casada.

ISABEL.

Sólo, señor, respondo que me espanto de ver paz tan dudosa confirmada.

FERNANDO.

Porque después se regocije cuanto

es digno a nuestras prendas, hija amada, hoy por poder os desposáis.

ISABEL.

Mi celo miró en tus paces el Autor del Cielo.

FERNANDO.

Sólo falta, Leonor, tu casamiento.

LEONOR.

Aun agora, señor, es muy temprano.

FERNANDO.

No faltará ocasión si el fundamento son estas paces, en que tanto gano.

PEDRO.

Pide el coche, sobrina, y al momento vuelve a tu casa.

ISABEL.

¡El Cielo soberano os confirme en las paces comenzadas!

FERNANDO.

¡Hoy envainan tus bodas mil espadas!

(*Váyanse, y salgan el MARQUÉS DE CÁDIZ y la MARQUESA DOÑA JUANA y CRIADOS.*)

MARQUÉS. Fueron, Marquesa, tan fuertes los bandos que os he contado, que en la ciudad han causado mil escándalos y muertes. Dicen que origen tuvieron, para que durasen tanto, de unos hidalgos que al santo Fernando entonces sirvieron conquistando esta ciudad, y que, haciéndoles favor sobre ambiciones de honor y oficios de autoridad, hicieron mil desafíos, en que murieron algunos, cuyos hijos importunos heredando sangre y bríos, han continuado de suerte que apenas se pasa el mes sin heridos dos o tres, y, por dicha, alguna muerte. Fuí a Cabildo, y quiso Dios que en el mismo se apuntasen y que, en saliendo, sacasen las espadas, dos a dos, los que las cabezas son

(1) Este verso y el anterior parecen equivocados, pues no forman claro sentido.

y más ricos y enemigos.  
 Al fin, yo los hice amigos,  
 con que estorbé su prisión;  
 quedaron apaciguados,  
 y, a lo que se vió, contentos,  
 y para hacer casamientos  
 y emparentar concertados,  
 que en esto la paz estriba;  
 y hase trazado de modo,  
 que hoy queda en silencio todo,  
 si no es que cubierta viva  
 alguna oculta centella  
 en las cenizas del pecho.  
 El casamiento se ha hecho  
 de una gallarda doncella,  
 hija de aquel don Fernando,  
 y don Félix, un mancebo  
 que fuera Narciso nuevo  
 si se estuviera mirando.  
 Este es el hijo de Honorio;  
 pienso que le conocéis.

JUANA. Servicio a Dios habéis hecho  
 y a la ciudad muy notorio,  
 a quien estos bandos tienen  
 en tal peligro.

MARQUÉS. He sabido  
 que está todo apercibido,  
 y el desposorio previenen  
 para esta noche, que ha dado  
 el don Félix su poder  
 para que se pueda hacer  
 presto y con menos cuidado.  
 Desposaráse con ella  
 don Vasco, del Félix tío,  
 y porque es amigo mío  
 el padre de la doncella,  
 vos y yo somos padrinos;  
 hacedme gusto que vais.

JUANA. Si vos de por medio estáis,  
 cesarán los desatinos,  
 y más ya tan confirmadas  
 las paces con casamiento.

MARQUÉS. El bien de esta gente intento,  
 y que las cosas pasadas  
 en silencio se sepulten.

JUANA. ¡Quiera Dios que sea bastante  
 para que de aquí adelante  
 secretos odios se oculten!

MARQUÉS. Toda su quietud y honor  
 consiste en el casamiento.

JUANA. De grande aborrecimiento  
 suele nacer grande amor.

(Salen DON VASCO y DON FÉLIX.)

VASCO.

Esto pasaba entre esta infame gente.

FÉLIX.

Pues vuélveme el poder si no aprovecha.

VASCO.

Tu padre le tomó, y allá le tiene,  
 y aun pienso que le ha dado a tu enemigo.

FÉLIX.

¿Que se volviese atrás de su palabra?

VASCO.

Dicen que te casaba con Teodora,  
 hija suya bastarda, y que no era  
 doña Isabel.

FÉLIX.

¡Extraña desventura!

¡Cuán poco el bien en desdichados dura!

VASCO.

Helado me quedé cuando me dijo  
 que tomase la mano de Teodora,  
 y desde aquí me está temblando agora.

FÉLIX.

¿La mano de Teodora? ¿Estaba loco?  
 ¿Mi amor y calidad tiene en tan poco?

VASCO.

En tan poco los tiene, como digo.

FÉLIX.

¡Qué poco hay que fiar del enemigo!

VASCO.

Por lo que sucediere, Félix mío,  
 revoca aquel poder.

FÉLIX.

¡Yo le revoco

de mi desdicha muerto, de amor loco!  
 Tan enseñado a males he vivido  
 que no pensé jamás que me quedara  
 alguno que sentir.

(Sale CARRILLO.)

CARRILLO.

Un escribano  
 me pregunta por ti.

VASCO.

Parte, don Félix,  
 y revoca el poder.

FÉLIX.

Voy de tal suerte,  
que revocara el ser, si ser pudiera,  
y el autor de mí ser no se ofendiera.

CARRILLO.

¿Qué tenemos?

FÉLIX.

Ya es nada el casamiento.

CARRILLO.

¿De qué manera?

FÉLIX.

Dícenme que agora  
me daba don Fernando una Teodora.

CARRILLO.

¿Quién es Teodora?

FÉLIX.

Cierta bastardilla  
de una mujer que es fábula en Sevilla.

VASCO.

(¡Qué bien se va trazando mi venganza!)

(Sale DON FERNANDO.)

FERNANDO.

¿Adónde está don Félix?

VASCO.

¿No le viste?

Ya revoca el poder.

FERNANDO.

¿Qué bien hiciste!

VASCO.

Revocado el poder, haré esta noche  
el desposorio, y llevaré en un coche  
la novia, con gran fiesta, a mi posada,  
donde hasta la mañana esté guardada.  
Por la mañana, dos caballos toma  
y a don Félix a Córdoba te lleva,  
para que yo le vuelva a don Fernando  
su hija y revocado el poder.

FERNANDO.

Creo  
que no se ha imaginado tal venganza.

VASCO.

Si culpan a don Félix decir puedes  
que supo que era gente mal nacida.  
Daré al Marqués esta disculpa y luego

correrá por Sevilla su bajeza,  
y tú, satisfaciendo a tanto agravio,  
te vengarás sin sangre, como sabio.

FERNANDO.

Vamos a ver si el escribano acaba,  
que pienso que la novia te esperaba.

VASCO.

Con la revocación dentro del pecho  
que hace, sin pensar en este engaño,  
creyendo que a Teodora darle quiso,  
con Isabel me casaré esta noche,  
y no de otra manera.

FERNANDO.

Bien has dicho.

VASCO.

Yo quiero caminar a lo seguro.

FERNANDO.

Y yo vengarme hasta morir procuro.

(Salen LEONOR y DOÑA ISABEL.)

ISABEL. ¿Vengo buena?

LEONOR. A mi contento,  
así lo viniera yo,  
pues que don Rodrigo habló  
contigo en mi casamiento.

ISABEL. Déjame tú desposar  
con don Félix de mis ojos,  
que le daré mil enojos  
hasta venirme a casar;  
que él, como su grande amigo,  
solicitará el deseo  
de tu Rodrigo, que creo  
que mueres por don Rodrigo.

LEONOR. Si una vez te ves allá  
en el reino de tu amor,  
sin memoria del temor  
con que me dejás acá,  
segura estoy que mi nombre  
aun apenas se te acuerde.

(Sale un ESCUDERO.)

ESCUDERO. Puesto que estoy algo verde,  
no tan mozo y gentil hombre  
como me quisiera hallar  
para alegrar esta boda...

ISABEL. ¿Qué hay, Trigueros?

ESCUDERO. Que ya toda  
viertes oloroso azahar,



y que estás hecha una tienda  
de guantes de ámbar y flores.

ISABEL. ¿Ya vos me decís amores?

ESCUADERO. Mientras que viene tu prenda.

ISABEL. ¿No veis que el señor don Vasco  
se desposa por poder?

ESCUADERO. En mi vida pude ver  
este don Vasco y don asco.  
Pues don Félix, ¿dónde está,  
que me daba lindo escudo?

ISABEL. Venir agora no pudo;  
pero mañana vendrá.

LEONOR. Los Marqueses han venido;  
tu padre viene con ellos.

ISABEL. ¿Están bien estos cabellos?

LEONOR. Como un sol.

ISABEL. ¿Y este vestido?

LEONOR. No tienes que preguntar.

*(Salen con acompañamiento los MARQUESSES y DON  
FERNANDO y DON PEDRO.)*

FERNANDO. Era, aunque fuera muy rica,  
a tales huéspedes chica.

ISABEL. Dadme esos pies a besar.

MARQUÉS. Alzaos, señora, del suelo,  
pues sois la paz de esta guerra,  
que no ha de estar en la tierra  
prenda que viene del Cielo.

ISABEL. ¡Al Cielo me levantáis,  
señor, con tanto favor!

JUANA. Celos tengo del amor  
que a doña Isabel mostráis;  
mas no dejaré por eso  
de darle un gran parabién.

ISABEL. Con vuestro amparo mi bien  
se aumenta con mucho exceso.

ESCUADERO. Don Vasco ha llegado ya.

PEDRO. Haced plaza al desposado.

*(Salen DON VASCO y HONORIO.)*

MARQUÉS. Vos seáis muy bien llegado.

VASCO. ¿Tanto bien estaba acá?  
Parece que me turbé  
no siendo yo el desposado;  
mas del poder que me han dado  
la necesidad heredé.

HONORIO. La novia es tal, que podría  
hacer mayores efetos.

ISABEL. Padre y tío tan discretos  
suplen la ignorancia mía.

FERNANDO. Por muchos años y buenos  
vengáis, Honorio, a mi casa,

ya vuestra, pues hoy se pasa  
tan buen dueño, por lo menos,  
a ella para mi bien.

HONORIO. Del que yo gano, Fernando,  
cuantos me ven me están dando  
con envidia el parabién.

ESCUADERO. El Cura aguarda, señor.

MARQUÉS. Pues, señores, ¿qué aguardamos?

JUANA. Dadme vos la mano, y vamos.

ISABEL. Para besarla es favor.

*(Fanse, y salen en hábito de noche DON RODRIGO y DON FÉLIX y CARRILLO.)*

RODRIGO. Nunca con tanta razón  
broqueles hemos traído.

FÉLIX. De miedo y armas cargados  
a ver un ángel venimos.

RODRIGO. ¿Piensas que podrás hablar  
si aquesta noche ha sabido  
que te engañaba su padre  
y no la casa contigo?

CARRILLO. Antes, por esa razón,  
no habrá ventana o resquicio  
por donde no intente hablarte,  
para saber lo que ha sido  
y para tener consuelo.

FÉLIX. Dice la verdad Carrillo.

¡Oh, fementido Fernando!,  
¿tú eres hombre bien nacido?

¿Ansí cumples la palabra  
dada a mi padre, a mi tío,  
al Asistente, al Marqués,  
a Sevilla, a su Cabildo,  
a doña Isabel, a mí,  
a tu amor, al Cielo mismo?  
¡No puedo disimular!

¿Qué haremos, que estoy perdido?

RODRIGO. No sé lo que te aconseje.

FÉLIX. ¡Por vida de don Rodrigo  
que lleguemos a la puerta!

RODRIGO. Si éstos están prevenidos  
no excusamos pesadumbre.

CARRILLO. ¿Pesadumbre? ¡Oh, qué lindico!  
¿No ven que vengo aquí yo  
con cuatro dedos de vino?  
Déjenme reconocer.

FÉLIX. Llega a este muro divino,  
llega a estas almenas de oro.

CARRILLO. ¡Qué temerario ruido!

FÉLIX. ¿Es de armas?

CARRILLO. Antes parece  
de fiesta y de regocijo.

RODRIGO. ¿Fiesta y regocijo?

CARRILLO. Sí.

FÉLIX. Este borracho ha bebido  
algún vino glorioso.

RODRIGO. Dice verdad, ¡por Dios vivo!

FÉLIX. Cantando están. No lo entiendo.

RODRIGO. Gente sale.

FÉLIX. ¿Qué habrá sido?

(*Salen el ESCUDERO, que ha bebido, y unos pajes, CELIO, MENDO, OTÁÑEZ.*)

ESCUDERO. ¡Fuera, pícaros! ¿Qué es esto?

OTÁÑEZ. Trigueros se fué a los trigos.

ESCUDERO. ¿Connmigo burlas? ¡Afuera!

CELIO. Dale, Mendo.

ESCUDERO. ¡Ah, picarillos!

MENDO. Juguemos al abejón.

ESCUDERO. Sí; pero esténse queditos.

CELIO. Ea, pues, póngase en medio.

ESCUDERO. Miren, señores, que aviso.

OTÁÑEZ. Ponle el pie por esa parte  
yo por esta...

ESCUDERO. Ya les digo  
que doy a todo cristiano  
y que con todos me tiro.

CELIO. Cayó en tierra.

ESCUDERO. Muerto soy.

FÉLIX. ¡Ah, hidalgos! ¡Ah, reyes míos!  
¿Qué fiestas hacen en casa?  
¿Es por dicha algún bautismo?

OTÁÑEZ. Sábelo todo Sevilla,  
y vos solo, peregrino,  
¿no sabéis que han hecho paces  
aquellos bandos antiguos  
de los Atienzas y Ovandos  
y que es don Félix marido  
de doña Isabel, mi ama?

FÉLIX. Don Félix, señores, quiso;  
pero don Fernando, no.

OTÁÑEZ. ¿Cómo no, si habemos visto  
los desposorios agora?

FÉLIX. ¿De quién?

OTÁÑEZ. Don Vasco, su tío,  
con ella se ha desposado,  
y han sido sus dos padrinos  
los dos Marqueses de Cádiz.  
CELIO. ¡Hola! ¡Aho! ¿Estáis dormido?  
Asele tú de esa pierna,  
que, si yo de ésta le tiro,  
le hemos de hacer carretón  
de los que amuelan cuchillos.

ESCUDERO. ¡Ah, traidores! En cangrejo

un hombre habéis convertido.

OTÁÑEZ. ¿Hay cuchillos a amolar?

ESCUDERO. El braguero me han rompido.

FÉLIX. Don Rodrigo, ¿qué es aquesto?

RODRIGO. Que tu tío te ha mentido,  
o, revocado el poder,  
volvieron a ser amigos  
y se ha vuelto a desposar.

FÉLIX. ¿Son los que salen los mismos?

(*Toda la boda salga, y los MARQUESSES.*)

JUANA. No os habemos de dejar  
la novia, que concluído  
ha de quedar esta noche.

FERNANDO. Yo he cumplido lo que he dicho.

MARQUÉS. Doña Isabel ha de ser  
de don Félix su marido  
por nuestra mano esta noche.

FERNANDO. Yo obedezco y no replico.

JUANA. A su casa se la llevo,  
que es de la madrina oficio,  
y dure un siglo la paz.

FÉLIX. (¿No escuchastes lo que dijo?)

RODRIGO. ¿Qué hay que escuchar? A tu casa,  
y desposada contigo,  
llevan a doña Isabel.

FÉLIX. Yo he de perder el sentido.  
¿Están en el coche ya?  
Mírale presto, Carrillo.

CARRILLO. Ya suben. ¿De qué te espantas?

FÉLIX. De que no pierdo el juicio.  
Echemos por esta calle.

RODRIGO. ¿Aún temes?

FÉLIX. Pues ¿no hay peligro?

RODRIGO. Sin enemigos, ¿adónde?

FÉLIX. Desdichas son enemigos.

## ACTO SEGUNDO

DE *Los cnemigos en casa.*

(*Salc DOÑA ISABEL.*)

ISABEL. ¿A quién habrá sucedido  
la desventura que a mí,  
pues con tal dicha nació  
¡oh, nunca hubiera nacido!  
anoche, o perdí el sentido?  
Con don Vasco desposada  
aquí vine acompañada,  
donde don Félix, mi esposo,

me aguardaba cauteloso  
y yo le amaba engañada.

Llegué, diéronme aposento,  
no me quise desnudar  
por más honesta esperar  
la luz de mi pensamiento.  
Turbóse mi entendimiento,  
dando las diez y las doce,  
porque quien amor conoce  
ya sabe qué es esperar,  
y más cuando ha de llegar  
la ocasión en que le goce.

Cuando ya sentí la una  
dióme en la imaginación  
una triste prevención  
de mi presente fortuna.  
Quedé sin fuerza ninguna  
dando las dos y las tres,  
y tan sin alma después  
que, cuando el alba salía,  
de loca, me parecía  
que andaba el mundo al revés.

¡Qué de veces acechando  
por la llave de la puerta  
miraba mi gloria incierta,  
ya creyendo, ya dudando!  
Tal vez el aire, sonando,  
a su voz me parecía;  
tal vez sus pasos sentía,  
hasta que, por desengaño,  
por las puertas de mi engaño  
se entró de repente el día.

¡Oh, cruel esposo mío!  
¿Estos eran tus deseos?  
¿Connmigo tratos tan feos?  
¿Con mi amor tanto desvío?  
¿Tan presto en hielo tan frío  
tu fuego se convirtió?  
Si otra mujer te agradó,  
¿de qué ha servido engañarme?  
Pero quiero reportarme;  
él viene, la puerta abrió.

(Sale DON VASCO.)

VASCO.

Estarás muy admirada  
de que tu ingrato marido  
no haya esta noche venido,  
y de esperarle, cansada.  
La primera desposada  
sin esposo en ti contemplo.

ISABEL.

¡Qué bien mis desdichas templo!

Mas desde que vine aquí  
que sería conocí  
de desdichadas ejemplo.

A don Félix esperé  
hasta que sentí tus pasos,  
revolviendo varios casos  
con que el deseo engañé.  
Hasta agora no acabé  
de desengañar mi engaño;  
pero, en viéndote, mi daño  
es tan cierto, que te nombra  
de mi tragedia la sombra  
y de mi amor desengaño.

A desposadas dichosas  
despiertan música y fiestas,  
y, para salir compuestas,  
las criadas, codiciosas,  
galas ricas y olorosas;  
cuadras cubiertas de estrados,  
y a mí, en tus pasos airados,  
quiere Amor que me despierte  
el verdugo de mi muerte  
con los cordeles doblados.

¿Qué tienes que me decir,  
que revientas por hablar?  
Si me vienes a matar,  
no me puedo resistir:  
supe amar, sabré sufrir;  
mas quien amó su enemigo  
bien merece este castigo,  
porque quien de ellos se fía,  
¿qué bien esperar podría  
sino el que usasteis connmigo?

VASCO.

De mí no debes quejarte,  
sino de tu esposo.

ISABEL.

Yo

VASCO.

aún no sé quién me ofendió.  
El es el todo y la parte.  
Las nuevas que puedo darte  
es que cuando supo ayer  
que eras para ser mujer  
de un caballero tan cierto,  
desigual, mudó el concierto  
y, al fin, revocó el poder.

Yo, como no lo sabía,  
contigo me desposé;  
trájeteme aquí, que pensé  
que tu marido sería;  
no quiso porque tenía  
el poder ya revocado,  
por ser, como fué avisado,  
que eras, hermosa Isabel,

mal nacida, ¡hecho cruel!,  
pero sumamente honrado.

No pudo todo el amor  
hacer que se case mal  
un hombre tan principal;  
venció, en efeto, el honor.  
Tú no eres limpia, en rigor.

Anoche quise enviarte  
a tu padre, y por no darte  
tan presto tal pesadumbre,  
aguardé del sol la lumbre.  
ISABEL. No puedo, infame, escucharte.  
¿Para qué al sol aguardabas  
si no ser limpia sabías,  
pues con la noche cubrías  
lo que en la luz declarabas?  
Pero como imaginabas  
la invención que habías de hacer,  
tiempo hubiste menester,  
y toda la noche ha sido,  
en que ese mozo perdido  
ha revocado el poder.

¡Abreme la puerta luego,  
abre, que me muero aquí!  
¡Abre de presto, ¡ay de ti!,  
que te abrasará mi fuego!

VASCO. Que aguardes tanto te ruego  
cuanto el coche pongan.

ISABEL. Mira  
que me provocas a ira.  
Déjame, que daré voces.

VASCO. Mal, Isabel, me conoces.

ISABEL. ¿Hay tal enredo y mentira?

¿Hay tan extraña invención  
como la que habéis pensado?  
¡Qué bien os habéis vengado  
dando mi amor ocasión!

Trazas de villanos son,  
fingida fué el amistad,  
todo ha sido falsedad,  
todo ha sido trato doble;  
mirad si mi padre es noble  
en que ha tratado verdad.

¡Abre presto!

VASCO. Este poder  
puedes contigo llevar.

ISABEL. Allá sé yo que he de hallar  
el poder que he menester.  
Burlasteis (1) una mujer,  
que en efeto sois mujeres.

VASCO. Muy libre doncella eres.

ISABEL. Porque me casé contigo;  
que a ser verdad, enemigo,  
yo te hiciera tal afrenta,  
que a la que tu sangre intenta  
fuera notable castigo.

(Vanse, y salen HONORIO y DON FÉLIX.)

FÉLIX. ¿Esto se podía usar  
con tan nobles caballeros?

HONORIO. ¿Pues a mí me haces fieros?

FÉLIX. Y te quisiera matar.

HONORIO. ¡Villano!

FÉLIX. Nací de ti,  
¿cómo no seré villano?

HONORIO. Pienso que afrento la mano  
si llevo a ponerla en ti.

FÉLIX. Más lo quedará mi cara.

HONORIO. ¿Vienes loco?

FÉLIX. Loco estoy  
Je ver que sin culpa soy  
culpado en maldad tan clara.  
Con engaño me habéis hecho  
que revocase el poder,  
como si en una mujer  
fuese un mentís satisfecho.  
Mi tío se desposó  
habiéndole revocado,  
sólo por haber pensado  
que así su afrenta vengó.  
Encerrada la ha tenido  
donde, por voces que he dado,  
ni del traidor fuí escuchado  
ni de mi mujer oído.  
Toda la noche pasé  
enterneciendo sus rejas,  
que, con lágrimas y quejas,  
su hierro y piedra ablandé.  
Las estrellas celestiales  
sus rayos escurecer  
vi mil veces, por no ver  
un hombre entre tantos males.  
Romper intenté las puertas;  
mas sosegóme el traidor  
con decir que era mi honor  
que no estuviesen abiertas.  
Con esto la luz del día  
de su puerta me quitó;  
tardó el sol, mas no tardó  
si encerrado le tenía.  
Fuíme, y véngote a buscar  
para que me des consuelo,

(1) En el texto, "Burlastes".



y en tus entrañas de hielo  
no das a mi amor lugar.  
Que en vez de venir conmigo  
para que me den mi esposa,  
dices que es más justa cosa  
vengarte de tu enemigo.  
¿Véngaste de él o de mí?  
Di, ¿con quién eres cruel?  
¿Por qué, si te ofendes de él,  
haces la venganza en mí?  
Pues, desengáñate, padre,  
si padre llamarte debo,  
nombre que por fuerza apruebo  
por la virtud de mi madre,  
que si no me mandas dar  
hoy mi querida Isabel,  
y más que Nerón cruel  
quieres tu hacienda abrasar,  
que he de matar a mi tío  
y luego matarme a mí.

HONORIO. Nunca pensé que de ti  
oyera igual desvario.  
Revocas, muy necio, ayer  
el poder que a Vasco diste,  
y luego a voces quisiste  
que te diese tu mujer.

FÉLIX. El me engañó, que a Teodora  
dijo que darme quería.

HONORIO. A Isabel le volvería  
Vasco a su padre al aurora;  
que el no abrirte fué muy justo,  
para no darte ocasión  
a que perdiese opinión  
una mujer por tu gusto.  
Salte de Sevilla luego,  
que sé que te han de buscar  
para matarte, y es dar  
viento al mar y leña al fuego.  
Vete a Córdoba o Granada;  
yo iré contigo si quieres.

FÉLIX. Para cobardes mujeres  
tuvistes anoche espada,  
no para los hombres, no;  
que os desmintieron como hombres,  
y así merecéis los nombres  
que esta vil hazaña os dió.  
Mujeres sois, en efeto,  
pues os vengáis en mujer,  
que aun no supistes tener  
tan vil agravio en secreto.  
El alma me habéis quitado,  
que el sentido es lo de menos.

Túveos hasta ayer por buenos,  
de ser vuestra sangre honrado;  
pero ya serán mejores  
vuestros propios enemigos,  
porque yo no quiero amigos  
desmentidos y traidores.

HONORIO. Si a mis enemigos vas  
llévate ese bofetón;  
tendrás conmigo opinión  
si en llegando se le das.  
Y vete luego de aquí,  
porque si saco la espada...

FÉLIX. La mía tendré envainada  
porque he nacido de ti;  
pero quisiera poder  
deshacerme y engendrarme  
en mí mismo, por quitarme  
este ser, si es tuyo el ser.  
No es el dar un bofetón  
un padre a un hijo deshonra,  
y más si en consejos de honra  
el hijo tiene razón;  
que es darme en la cara a mí  
que tu mano llama y toca  
a la puerta de la boca  
al alma que vive aquí,  
por que la sangre le vuelva  
de este cuerpo que me diste,  
que el agravio que me hiciste  
no hay sangre que no revuelva.  
Tómala, pues tu traición  
que es tan mala me declara;  
vesla aquí, toda en la cara,  
al golpe del bofetón;  
que como la sangre suele  
al corazón acudir,  
quiere a la cara venir,  
que es donde la afrenta duele.

HONORIO. Yo sé que no merecías  
mi sangre.

FÉLIX. ¡Sángrame, pues;  
armas tienes con que des  
fin a tu rabia y mis días!

HONORIO. Salte de Sevilla, digo.

FÉLIX. Presto verás lo que hago.  
Yo seré, para tu estrago,  
capitán de tu enemigo.

HONORIO. Quiérome quitar de aquí,  
que me va el furor cegando.

FÉLIX. Ya es mi padre don Fernando.

HONORIO. ¡Si vuelvo, infame, ay de ti!

(Vase el padre.)

FÉLIX.

Mató, para vengar a Filomena,  
Progne su hijo, y la homicida espada  
al padre, que comió su carne airada,  
mostró, por postre, en la sangrienta cena.

Agora, huyendo por la tierra ajena,  
se queja arrepentida, aunque vengada,  
y en ruiseñor su hermana transformada,  
canta en los bosques su tragedia y pena.

Así mi padre, por venganza suya,  
hace en su sangre tan cruel matanza,  
que no hay Medea de quien tal se arguya.

Mas llegará del Cielo la venganza,  
pues no hay lugar donde de Dios se huya,  
que desde el Cielo hasta el Infierno alcanza.

(*Vase, y sale Doña ISABEL con manto.*)

ISABEL. Sola cual mujer ninguna  
desposada amanecié,  
que sola pudiera yo  
correr tan cruel fortuna.  
Vengo adonde ayer salí  
acompañada y honrada;  
pero más acompañada,  
si lo son penas, volví.  
Porque de esas traigo tantas,  
que de honor parece exceso  
que puedan tan grave peso  
sustentar tan flacas plantas.  
¿Ha vuelto jamás mujer  
de diez horas desposada,  
por más que fuese engañada,  
como yo? No puede ser.  
Ahora bien, quiero llamar  
antes que más entre el día.  
No hay una piedra; aún podría  
piedra a mis dichas faltar.  
¡Mas, ay, Cielos, quién pudiera  
llamar con el corazón,  
que es piedra en esta ocasión  
con que mi padre me oyera!  
¡Ay, puertas, por quien salí!  
¿cómo no os enternecéis?  
Pero por no abrir lo haréis  
a mujer que vuelve así.  
¡Ah de casa! Están dormidos.  
Es de mañana. ¡Ah, dichosos,  
que mis males rigurosos  
no han tocado sus sentidos!  
¡Ah de casa!

(*El ESCUDERO en alto.*)

ESCUDERO. ¿Quién vocea?  
¡Mala Pascua le dé Dios!  
ISABEL. Trigueros, hola, ¿sois vos?  
ESCUDERO. Pues ¿quién queréis vos que sea?  
ISABEL. Abrid a doña Isabel.  
ESCUDERO. Ya el vino se me pasó.  
ISABEL. Abrid, mirad que soy yo.  
ESCUDERO. ¡Qué necedad tan cruel!  
Doña Isabel, mi señora,  
con su marido acostada,  
¿andaba desesperada  
por esta calle a tal hora?  
¡Vaya en mal hora quien es!  
ISABEL. Fuése. ¡Ah, Cielos! ¿Esto más?  
Trigueros, hola, Trigueros.  
ESCUDERO. Mas ¿cuánto va que he de haceros  
que os volváis con Barrabás?

(*ELVIRA, esclava, en lo alto.*)

ELVIRA. ¿Con quién es tan de mañana,  
Trigueros, la pesadumbre?  
ESCUDERO. Más quisiera media azumbre  
de mi santo, Elvira hermana.  
La puerta nos apedrea  
una mujer o demonio,  
que basta por testimonio  
que a tales horas lo sea.  
ELVIRA. ¿Mujer?  
ESCUDERO. Mujer. ¿No la ves?  
ELVIRA. ¿Qué busca? ¿Quién es, señora?  
¿Qué es lo que quiere a tal hora?  
ESCUDERO. Doña Isabel dice que es.  
ISABEL. Tu señora soy, Elvira.  
ELVIRA. En la voz ella parece.  
ISABEL. Sí, que yo soy quien padece.  
Abre. Este es mi rostro, mira.  
ELVIRA. ¡Ay, Trigueros; mi señora!  
ESCUDERO. ¿Estás borracha?  
ELVIRA. Ella es.—  
¿Doña Leonor? ¿Doña Inés?  
¿Julia? ¿Casilda? ¿Teodora?—  
Espera, señora mía,  
que señor se ha levantado.  
ESCUDERO. ¡Vive Dios, que me he turbado!  
No la vi, no es bien de día.  
Algo le habrá sucedido.  
Voy a señor como un rayo.  
ISABEL. Toda en pensar me desmayo  
tu rostro, padre ofendido.

(Sale DON FERNANDO.)

FERNANDO.

¿Qué es esto?

ISABEL.

¿Con qué cara podré hablarte,  
padre mío y señor?

FERNANDO.

Pues, hija mía,  
¿tú sola y en mi puerta antes del día?

ISABEL.

¿Quién, si no yo, tan desdichada fuera,  
que a tus años tan triste amaneciera?

FERNANDO.

Bien dices, que el postrero de mis años  
será este día. ¿Cómo así tan sola?  
Pero ¿qué te pregunto, pues que vienes  
de en casa de unos bárbaros villanos?

ISABEL.

Harto ha sido venir libre a tus manos.  
Lleváronme, cual viste, acompañada  
de los Marqueses y de deudos tuyos,  
a casa de don Vasco; despidiéronse,  
y yo estuve sentada en un estrado  
casi hasta media noche, con cuidado  
de mi traidor marido fementido,  
mas mintiendo en la fe no es mi marido.  
Vino don Vasco, y, con fingida risa,  
me asió la mano y me llevó a una cuadra  
donde estaba una cama, que vacía  
la vimos yo y la noche, amor y el día.  
Cerróme por de fuera, y en voz baja  
me dijo que en aquélla me acostase.  
Fuése, quedé llorando vergonzosa  
por engañada más que por esposa.  
Así pasé bañada en amoroso  
llanto hasta el alba, que salió a reírse  
de quien a su enemigo quiso tanto;  
dióme su risa y yo le di mi llanto.  
Decirte mis cuidados y congojas;  
pintarte el levantarme y el sentarme,  
el ir a las ventanas por momentos,  
el escuchar poniendo los oídos  
en los resquicios de la puerta, es cosa  
más para imaginada que contada,  
aunque de nadie fuera imaginada.  
Vino don Vasco tras del alba. ¡Mira  
qué sol me amaneció! Pero ¿qué menos  
tan negra y triste noche merecía?

Al fin, como la noche trajo el día.  
Díjome que don Félix, avisado  
de que éramos nosotros mal nacidos  
mientras vino a tu casa a desposarse,  
el poder revocó que le había dado;  
y, ausente de Sevilla, me dejaba  
para que me casases con quien fuese  
de mi bajeza igual, y a que saliese  
de su casa, cual ves, me dió licencia.  
Venganza me dé Dios y a ti paciencia.

FERNANDO.

Quisiera a voces, hija, lamentarme  
de la mala fortuna tuya y mía;  
mas la culpa que tuve en confiarme  
aun de quejarme al Cielo me desvía.  
Tus lágrimas pudieran obligarme  
y de este hombre sin Dios la tiranía  
a salir por Sevilla y poner luego  
con mis parientes a sus casas fuego;  
pero considerando que esta afrenta  
requiere más acuerdo en la venganza,  
demo lugar al alma que lo sienta  
mientras que de estos bárbaros la alcanza.  
No ha corrido en la mar tanta tormenta,  
cuando por las estrellas se abalanza  
poniendo escalas de agua al cielo mismo,  
nave ya estrella y ya profundo abismo,  
como esta noche triste habrás pasado.  
Entrate a desnudar.—¿Hola?

(Sale LEONOR, ELVIRA y el ESCUDERO.)

LEONOR.

¿Qué es esto?

FERNANDO.

Una hazaña que ha hecho el desposado,  
con que su nombre con los nueve ha puesto.  
Así a doña Isabel nos ha enviado.

LEONOR.

Hermana mía, ¿tanto mal tan presto?

ELVIRA.

¡Señora de mis ojos!

ESCUDERO.

Hija mía,  
ni creí vuestra voz, ni al sol, ni al día.

LEONOR.

¿Esto ha usado contigo aquel villano?

FERNANDO.

Lleva, Leonor, de aquí tu hermana triste,  
porque mirar rigor tan inhumano  
de nueva furia el corazón me viste.

LEONOR.

Dame esos brazos y esa blanca mano,  
que a aquel traidor con tanto amor le diste.

ISABEL.

Vamos, hermana, que me faltan fuerzas.

LEONOR.

Las mismas piedras a venganza esfuerzas.

(*Llévanla, y salen DON PEDRO, DON LUIS y FERNANDO.*)

PEDRO.

¿Qué es esto, hermano? ¿Qué notable llanto  
es éste de tu casa? ¿Quién se ha muerto?

FERNANDO.

Ya les suplico que no lloren tanto;  
mas como yo lo soy, el llanto es cierto.

PEDRO.

¿Tú? Dios te guarde.

FERNANDO.

Sí, que el Cielo santo,  
ofendido, por dicha, del concierto  
de aquellos mal nacidos enemigos,  
me ha dado con razón tantos castigos.

LUIS.

¿Han hecho alguna cosa como suya?  
¿Han tomado venganza en vuestra prenda?

FERNANDO.

De que en mi casa está, su mal se arguya.

PEDRO.

¿En vuestra casa?

FERNANDO.

Quedo, no se entienda.

PEDRO.

Pues ¿cómo, hermano? ¿En una hija tuya  
toman venganza, y quieres que no encienda  
nuestra razón el Cielo con suspiros  
y la ciudad con armas y con tiros?—

Parientes: convocad vuestros amigos;  
ármense todos, demos en la casa  
de estos bárbaros fieros enemigos.

LUIS.

Presto verás con qué furor se abrasa.

FERNANDO.

No es justo de la afrenta hacer testigos  
ni que sepa Sevilla lo que pasa.  
Más agraviado soy y soy más viejo.  
Mi consejo tomad.

PEDRO.

Que no hay consejo.

(*Sale DON FÉLIX y CARRILLO.*)

FÉLIX.

Para mostrar mi inocencia,  
generosos caballeros,  
y que no he sido culpado  
en la traición que os han hecho,  
a Dios remito el juicio  
y por vuestras puertas entro  
a dar a vuestra justicia  
sin resistencia mi cuello.  
¿Qué miráis? Don Félix soy;  
yo soy, que a mostraros vengo  
la verdad del amor mío  
con la sangre de mi pecho.  
Don Vasco me dijo ayer  
que don Fernando, en desprecio  
de mi honor, como a Jacob  
Labán su idólatra suegro,  
por Raquel me daba a Lía;  
y a Teodora, que aborrezco,  
por doña Isabel, mi esposa,  
que es mi esposa cuanto al Cielo.  
Hízome por este engaño  
revocar el poder luego,  
y vino a desposar  
para engañaros, diciendo  
que yo la culpa tenía  
porque muchos me dijeron  
que no érades bien nacidos  
y que era afrentar mis deudos.  
Aquí estoy, señores míos;  
si queréis creerme, os ruego  
que me deis mi amada esposa,  
a quien tanto adoro y quiero,  
que yo viviré con ella  
en vuestra casa, contento  
de mejorarme de padre,  
que la ventaja os confieso,  
tanto, que porque hoy al mío  
dije los méritos vuestros,  
con un bofetón me puso  
las armas de vuestro sello.  
Si no me queréis creer,  
y acaso entendéis que vengo



de cobarde arrepentido  
o por la fuerza del miedo,  
sacad las espadas todos;  
sangre en estas venas tengo  
de Honorio, vuestro enemigo;  
no penséis que me defiendo.  
Matadme. ¿Qué me miráis?  
Manos y espada os ofrezco;  
mas solamente os suplico  
que, en fe de mi amor eterno,  
al umbral de vuestra casa  
deis sepultura a mi cuerpo.

FERNANDO.

¿Qué os parece de cosa tan extraña?

PEDRO.

Que juntos le pasemos aquel pecho.

FERNANDO.

Tened, por Dios, que no es honrada hazaña.

CARRILLO.

(Aquí te han de matar, señor, ¿qué has hecho?)

FÉLIX.

Vete, Carrillo.

CARRILLO.

Un hombre te acompaña  
que morirá contigo satisfecho  
de que emplea la vida justamente.)

PEDRO.

Pues ¿quieres tú que el mundo nos afrente?

LUIS.

Déjamele matar.

FERNANDO.

Don Luis, ¿qué es esto?

FINARDO.

Pues ¿qué piensas hacer?

FERNANDO.

Tente, Finardo.

CARRILLO.

(¡ En qué peligro tu persona has puesto!

FÉLIX.

A morir vine aquí, la muerte aguardo.)

PEDRO.

Si el Cielo a tu venganza está dispuesto,  
no te acobardes tú.

FERNANDO.

No me acobardo;  
pero bien puedo yo, sin afrentarme,  
de este linaje bárbaro vengarme.

LUIS.

Pues ¿qué llamas afrenta, si la muerte  
de este mancebo recupera el daño?

FERNANDO.

Tracemos la venganza de otra suerte,  
y dure aquesta muerte todo un año.

FINARDO.

¿De qué manera?

FERNANDO.

Una cadena fuerte,  
con un candado que no sufra engaño,  
le pongamos al pie y en prisión viva,  
donde mil muertes sin morir reciba.

Yo le pondré con este su criado  
donde nadie de casa sepa de ellos  
hasta que muera a mi placer vengado,  
asiendo la ocasión por los cabellos;  
que, en fin, con Isabel está casado,  
aunque lo niegan y revocan ellos;  
y como el tiempo tantas cosas muda,  
parece que es bien que viva en duda.

LUIS.

Bien dice don Fernando.

PEDRO.

Plega al Cielo,  
don Luis, que alguna vez no se arrepienta.

FINARDO.

Ama a su hija, y es piadoso celo,  
pues con esta prisión cubre su afrenta.

FERNANDO.

Muestra esas manos, mísero mozuco.

FÉLIX.

Y el corazón en ellas os presenta  
el amor que a Isabel siempre he tenido;  
desde que se las di las he rendido.

PEDRO.

Con esta liga atarle puedes.

FÉLIX.

Ata,  
que más fuerte prisión amor me puso.

FERNANDO.

Ata ese mozo tú.

CARRILLO.

Fortuna ingrata  
su desventura y mi prisión dispuso.

PEDRO.

Agradeced, villanos, que no os mata.

FÉLIX.

De que vida me deis estoy confuso.

FERNANDO.

Entrad, que tiempo habrá.

FÉLIX.

Por amor muero.

CARRILLO.

Tú por amor, y yo por majadero.

(*Métenlos atados, y salen DON VASCO, DON RODRIGO y HONORIO.*)

VASCO. ¿Que de Félix no sabéis  
ni a vuestra casa ha venido?

RODRIGO. Si vosotros le ponéis  
adonde pierda el sentido,  
¿qué le buscáis, qué queréis?  
Pienso que desesperado  
habrá el camino tomado  
de Córdoba o de Granada.

HONORIO. ¿Que no os dió parte de nada,  
ni os ha visto ni buscado?

RODRIGO. Ni me ha buscado ni visto.  
¿Qué había de hacer aquí,  
odioso al mundo y malquisto,  
que apenas de verlo así  
el justo llanto resisto?  
Hace Vasco por engaño  
que, revocando el poder,  
se ponga a tan grande daño,  
dando a tan noble mujer  
tan infame desengaño.  
Llévala a su casa luego,  
y a Félix no deja entrar,  
de venganza injusta ciego;  
vuélvela sin dar lugar  
a ella al dolor, de él al ruego,  
y búscale por Sevilla.  
¿Cuándo será maravilla,  
aunque a cielo y tierra enoje,  
que en el Betis no se arroje  
desde la puente o la orilla?  
¡Ah, señores, qué mal hecho  
ha sido y qué mal pensado!

HONORIO. Ya nos reñís sin provecho.

VASCO. Mal nos culpáis si ha quedado  
hoy nuestro honor satisfecho,  
y mirad qué gente ha sido,  
pues han callado su afrenta.

RODRIGO. No la pondrán en olvido,  
que en mármol dicen que asienta  
el agravio el ofendido  
y en el agua el que ofendió,  
y así, el uno se borró,  
y el otro, quedando vivo,  
acordóse el vengativo  
y al descuidado mató.

VASCO. Mucho volvéis, don Rodrigo,  
por esa gente.

RODRIGO. No soy  
más que de Félix amigo.  
Siento que sin él estoy,  
como él el no estar conmigo.  
Lo mal hecho vitupero,  
que en una mujer no fué  
venganza de caballero.

VASCO. Hombre soy yo.

RODRIGO. No se ve  
en un ejemplo tan fiero.

VASCO. Hablad bien.

RODRIGO. Haced vos bien  
y ninguno hablará mal.

VASCO. Yo hablo y hago también.

RODRIGO. No temáis que por igual  
ejemplo crédito os den.

VASCO. Muy descompuesto me habláis.

RODRIGO. ¿Qué otra cosa merecís,  
si a vuestra sangre matáis,  
traidora amistad hacéis  
y una mujer deshonoráis?

VASCO. ¡Quien eso dijere, miente!

RODRIGO. Así respondo a traidores.

HONORIO. Tente, don Rodrigo, tente.

RODRIGO. ¡Oh, si fuérades mejores!  
Pero aunque la espada afrente,  
¡tíñase en sangre tan baja!

VASCO. ¡Muerto soy!

RODRIGO. ¡Huíd, villanos,  
que a correr os doy ventaja!  
¡Siempre descansan las manos  
donde la lengua trabaja!—  
Herido pienso que fué.

(*Salen DON FERNANDO y DON PEDRO.*)

PEDRO. ¿Qué es aquesto, caballero?

RODRIGO. Para dos liebres saqué

la espada; no soy ligero,  
y atrás, cual veis, me quedé.

PEDRO. Mirad que dicen allí  
que está muerto el uno de ellos.

RODRIGO. Pues por vos muerte le di,  
que de vuestro honor con ellos  
don Fernando hablaba aquí;  
y el muerto don Vasco es,  
si es que de mi espada es muerto.

FERNANDO. ¿Don Vasco?

RODRIGO. Culpad sus pies;  
vuestro peligro os advierto  
y que hablar podéis después.

FERNANDO. A mi casa he de llevaros,  
donde estaréis con secreto,  
que bien sabré regalaros.

RODRIGO. Que la acetara os prometo;  
pero no quiero obligaros  
a cuidar en mi persona;  
iglesias hay.

FERNANDO. Mi opinión  
pienso que en esto me abona;  
yo os he cobrado afición,  
la buena ausencia aficiona.  
Por mí la quistión ha sido,  
mi casa os ha de esconder;  
que la honréis, señor, os pido.

RODRIGO. Mientras que pueda saber  
lo que hay de don Vasco herido,  
iré a recibir favor.

FERNANDO. Ese me hacéis vos mayor  
por honrarme y defenderme.

RODRIGO. Basta, que voy a esconderme  
en los ojos de Leonor.  
Muestra ocasión los cabellos,  
pues la puedo hablar y ver.  
¡Guardadme bien, ojos bellos!  
¡Mas no me podrán prender  
si tengo sagrado en ellos!

(Sale DOÑA ISABEL y ELVIRA.)

ISABEL. ¿Qué me cuentas?

ELVIRA. Esto pasa.

ISABEL. ¿Esclavos mi padre aquí?

ELVIRA. Digo que meterlos vi  
con grande secreto en casa,  
y que mientras fuiste a ver  
la huerta los han herrado.

ISABEL. ¿Para qué los ha comprado  
si los procura esconder?  
No es eso sin ocasión;  
todo pienso que amenaza

venganza, y para la traza  
esos dos esclavos son.

ELVIRA. Pues ¿qué han de hacer?

ISABEL. Algún día  
matarán quien me mató.

ELVIRA. ¿Dices a don Félix?

ISABEL. No,  
que aún vive en el alma mía.  
Mira cuál era mi amor,  
pues siendo tal su crueldad,  
tengo a su vida piedad  
y no la tengo a mi honor.

ELVIRA. ¿A don Félix quieres bien  
después de crueldad tan fiera?

ISABEL. No te espantes que le quiera,  
pues le aborrezco también.  
Que querer y aborrecer  
puedan en un alma estar  
es lo que te ha de espantar.

ELVIRA. Los esclavos quiero ver.

ISABEL. ¿Y si mi padre se enoja?

ELVIRA. No lo sabrá.

ISABEL. Aquéstos son.

ELVIRA. La tahona es su prisión.

ISABEL. Toda prisión me congoja.

(Salgan DON FÉLIX y CARRILLO con unas cadenas.)

CARRILLO. Pues ¿atrévete a salir?

FÉLIX. ¿Qué mal me pueden hacer?

CARRILLO. Que nos pongan a moler.

FÉLIX. Aquí habemos de morir.

CARRILLO. Tú que estás enamorado,  
no sentirás la tahona,  
porque el amor galardona  
con el trabajo el cuidado;  
pero yo, que sin amor  
ando la rueda, estoy loco.

FÉLIX. Y yo por Belisa en poco  
tengo el trabajo mayor.

ISABEL. Elvira, qué es lo que veo?  
¿No es éste don Félix?

ELVIRA. Yo  
digo a los ojos que no  
y que sí digo al deseo.

ISABEL. ¡Ay, Dios, que sin duda es él!  
¡Temblando estoy de miralle!

ELVIRA. Mira que te engaña el talle.

FÉLIX. ¡Cielos! ¿No es ésta Isabel?

ISABEL. ¿Quién le trajo preso aquí?

FÉLIX. ¡Señora del alma mía!

ISABEL. ¡Desvía, infame, desvía!  
¿Pues tú te llegas a mí?

FÉLIX. Pues, esposa, si el traidor de don Vasco te ha cerrado toda la noche que he estado con mil lágrimas de amor enterneciendo las puertas, y al alba te envía así, sin querer que para mí se viesen jamás abiertas; si en sabiendo que aquí estás vengo a que me den la muerte, y me ponen de esta suerte, ¿qué quieres, mis ojos, más? ¿Cuál mujer a un hombre debe tales finezas de amor?

ISABEL. Entre el amor y el temor, el alma apenas se atreve. ¿Luego tú no eres culpado?

FÉLIX. Pues si yo culpado fuera, ¿por dicha, a morir viniera? ¡Ay, Dios, qué noche he pasado! Mira mi rostro, ofendido de mi padre, que las manos puso en mí, y de mil tiranos parientes mírame herido. ¡Mira con cuánta lealtad vine a morir a tu casa, mira la crueldad que pasa, aunque por ti no es crueldad! Yo estoy en una tahona.

CARRILLO. ¿Y yo, ensarto aljófár?

FÉLIX. ¡Mira que estoy expuesto a la ira de quien a nadie perdona! ¡Tu esposo soy, firme, fuerte en la muerte y en la vida! ¡Déjame que me despida de tus brazos en la muerte!

ISABEL. ¿Que todo ha pasado así?

CARRILLO. ¡No, que a jugar a los cientos venimos los dos!

FÉLIX. ¿Qué intentos más firmes quieres de mí? ¿Debo más que haber venido a morir, pues mil espadas he visto desenvainadas, no habiéndolas ofendido, de tus deudos a mi pecho, incitando su crueldad, que, por tenerme piedad, bestia en tu casa me han hecho? ¿Qué dudas? ¡Tu esposo soy!

ISABEL. ¡Ay, mi don Félix!

CARRILLO. Elvira, que han hecho amistades mira, y que yo sin dueño estoy; a su ejemplo, has de abrazarme.

ELVIRA. Ya te abrazo.

CARRILLO. Si hoy pudieres, de lo que arriba comieres, alguna cosa bajarme... ¡duélete, Elvira, de mí, que rabio de hambre!

ELVIRA. Sí haré; de comer te bajaré.

CARRILLO. Y yo comeré por ti.

ELVIRA. Yo andaré por ti la rueda de la tahona importuna.

CARRILLO. Y yo a la de la Fortuna tendré con tu mano queda.

ISABEL. Vete, que viene mi hermana.

FÉLIX. ¿Verásme esta noche?

ISABEL. Sí.

ELVIRA. ¡Huye!

CARRILLO. ¡Acuérdate de mí cuando comieres sin gana!

(Sale DOÑA LEONOR.)

LEONOR. Toda la casa he buscado por hallarte.

ISABEL. ¿Qué alegría es ésta en tan triste día?

LEONOR. Pierde, Isabel, el cuidado de vengarte.

ISABEL. ¿Cómo así?

LEONOR. Don Vasco es muerto.

ISABEL. ¿Matóle don Pedro?

LEONOR. No; pero vióle matar.

ISABEL. ¿A quién?

LEONOR. Oye.

ISABEL. Di.

LEONOR. Dióle muerte don Rodrigo de nuestro padre en defensa; y aunque mi padre no piensa por la causa que es su amigo, le ha traído a retraer a nuestra casa.

ISABEL. Es la cosa más alegre y más dichosa que nos pudo suceder.

LEONOR. Ha de estar con gran secreto.

ISABEL. Otro secreto hay, Leonor, dentro de casa mayor.



LEONOR. De guardalle te prometo.  
ISABEL. Más despacio le sabrás.  
LEONOR. Ya traen a don Rodrigo.  
¡La Fortuna fué conmigo  
piadosa!

ISABEL. Y conmigo más.  
LEONOR. Yo tengo a Rodrigo aquí.  
ISABEL. Y yo a don Félix, mi bien.  
ELVIRA. Y yo a Carrillo también.  
LEONOR. ¿En casa?  
ISABEL. Sí.  
LEONOR. ¿Cómo así?

(Salen DON RODRIGO, DON FERNANDO y DON PEDRO.)

FERNANDO. Por la pared de esta puerta  
a San Salvador se pasa;  
si llamare el Asistente,  
que aquí no llega otra vara,  
fácilmente pasaréis.

LEONOR. ¡Qué contenta voy, hermana,  
que viva aquí don Rodrigo!

ISABEL. De esta vez con él te casan.

LEONOR. No hay mal que por bien no venga.

ELVIRA. Comida a los presos falta.  
Voy, porque quiere Carrillo  
ocupar los de su cara.)

RODRIGO. La merced que he recibido,  
señor don Fernando, es tanta,  
que la agravio si la quiero  
satisfacer con palabras.

PEDRO. Mi hermano os quiere en extremo.  
Dad lugar para que vaya  
a saber qué hay del herido.

RODRIGO. La puerta tened cerrada.

FERNANDO. Eso dejadme el cuidado,  
que pondré portero y guarda.

(Váyanse los dos.)

RODRIGO. ¿Por qué notables caminos  
me trajo la suerte varia  
a obligar a don Fernando  
y él a meterme en su casa?  
¡Aquí sí que sin papeles,  
sin balcones, sin ventanas,  
veré y hablaré a Leonor!

(CARRILLO se asome.)

CARRILLO. ¡Elvira, Elvira!

RODRIGO. ¿Quién llama?

CARRILLO. ¿No traes algo que coma?

RODRIGO. ¡Ce, ce! Esclavo, dos palabras.

CARRILLO. Libre solía yo ser;

mas como las ruedas andan  
del reloj de la Fortuna,  
ella las sube y las baja.

RODRIGO. ¿Es Carrillo?

CARRILLO. ¿Es don Rodrigo?

RODRIGO. ¿Tú en esta casa?

CARRILLO. No para  
nuestra desdicha en mí solo.

RODRIGO. ¿Cómo ha sido esta desgracia?

CARRILLO. En esta tahona queda  
don Félix, que a las espadas  
de sus enemigos puso  
su vida.

RODRIGO. Dile que salga.

CARRILLO. El te ha oído, y sale ya.—  
¡Señor, señor!

FÉLIX. ¿Con quién hablas?

CARRILLO. Con don Rodrigo, tu amigo.

(Sale DON FÉLIX)

FÉLIX. ¡Don Rodrigo de mi alma!

RODRIGO. ¿Qué es esto, amigo don Félix?

FÉLIX. Un alma desesperada  
en un abrasado pecho;  
pero mi inocencia es tanta,  
que me reserva la vida,  
aunque en lo que ves trabaja.  
Aquí ha bajado Isabel,  
y estando certificada  
de que no he tenido culpa  
en aquella infame hazaña,  
\* promete verme esta noche.

CARRILLO. Y a mí Elvirilla, su esclava,  
traer algo de comer,  
que ayuno desde hoy al alba. (1)

FÉLIX. ¿Cómo te han dejado entrar  
estos hombres en su casa?

RODRIGO. He muerto un hombre por ellos,  
y no permiten que vaya  
a otra parte a retraerme.

FÉLIX. ¿Cuándo, quién y por qué causa?

RODRIGO. La causa ya queda dicha;  
el cuándo, fué esta mañana;  
el quién, no puedo decir.

FÉLIX. ¿Es mi padre?

RODRIGO. No.

FÉLIX. Pues basta,  
como de él abajo sea.

RODRIGO. El vive, Félix.

(1) Así en el texto; quizá diría mejor, "que ayuno estoy desde el alba".

FÉLIX. ¡Abraza,  
Rodrigo, otra vez mi pecho!

(En alto DOÑA ISABEL, DOÑA LEONOR y ELVIRA.)

ISABEL. ¡Ah, caballeros!

RODRIGO. ¿Quién llama?

CARRILLO. Tres mujeres de los tres.

FÉLIX. Y las tres tienen tres almas.

ISABEL. ¡Félix mío!

FÉLIX. ¡Isabel mía!

LEONOR. ¡Rodrigo!

RODRIGO. ¡Leonor amada!

CARRILLO. ¡Elvira!

ELVIRA. ¡Carrillo mío!

CARRILLO. Seis, dos a dos, linda danza.

ISABEL. Gran ventura ha sido aquésta.

FÉLIX. Bien la merecen mis ansias.

LEONOR. ¿Que sois mi huésped, Rodrigo?

RODRIGO. Al Amor debo las gracias.

ELVIRA. Carrillo, tu pozo soy.

CARRILLO. Alta estás y sogas faltan.

Dale, por Dios, a Carrillo  
que ejerciten sus quijadas.

ISABEL. (A peligro nos ponemos,  
hermana: di que se vayan.)

LEONOR. Que se vayan, caballeros,  
aunque nos lleven las almas,  
que esta noche nos veremos.

RODRIGO. Vamos, que temo que salga  
quien nos vea.

FÉLIX. ¡Adiós, señoras!

ISABEL. ¡Adiós!

CARRILLO. Oye una palabra.

FÉLIX. ¿Qué quieres?

CARRILLO. Antes de un mes  
verán éstos lo que gana  
quien mete sin discreción  
los enemigos en casa.

### ACTO TERCERO

DE *Los enemigos en casa.*

(Salen el MARQUÉS DE CÁDIZ y SOLDADOS y un CAPITÁN.)

MARQUÉS. Puesto que pasar quisiera  
a Cádiz, y era razón,  
sin que en aquesta ocasión  
Sevilla me detuviera,

pues ha tres años y medio,  
como la guerra no cesa,  
que no he visto a la Marquesa,  
por dar, si puedo, remedio  
a estos bandos, en que ya  
mi persona está empeñada,  
quiero que también la espada  
ejercitemos acá,  
pues el ruego no aprovecha,  
fuera de que el Rey me ha escrito  
que cómo lo solicito,  
si está el amistad deshecha.  
¿Llamastes al Veinticuatro?

CAPITÁN. A don Fernando llamé,  
y de tu parte avisé  
que a verte venga a las cuatro.

MARQUÉS. Con notable enojo estoy.

CAPITÁN. Ya don Fernando ha venido.

(Sale DON FERNANDO.)

FERNANDO. El que más culpado ha sido  
dirás, gran señor, que soy;  
pero en dándome tus pies,  
quedarás bien informado.

MARQUÉS. Tres años habrán pasado,  
y aun pienso que más de tres,  
que hice entre vos y Honorio  
paces para mil edades.  
Que hice estas amistades  
fué al rey Alfonso notorio,  
y se mostró agradecido  
por carta que me escribió;  
partíme a Granada yo,  
y en la guerra le he servido,  
adonde he sido informado...

FERNANDO. Antes que vuseñoría  
prosiga, darle querría  
disculpa.

MARQUÉS. Estoy enojado,  
Veinticuatro, con razón,  
que el Rey me ha vuelto a escribir,  
pues que a Sevilla venir  
me es fuerza en esta ocasión,  
castigase a los culpados  
de estos linajes, y quiero  
no ser letrado severo,  
porque tienen los soldados  
escritas todas sus leyes  
en la vaina de la espada.  
Máquina en esto cifrada,  
servís a Dios y a sus Reyes;  
yo os pienso pedir con ella

la palabra que me distes  
cuando estas paces hicistes.

FERNANDO. Y yo pondré el cuello en ella  
si a ejecutar os provocó  
el golpe con mi inocencia.  
Oíd.

MARQUÉS. No tendré paciencia.

FERNANDO. Si tendréis; oíd un poco:  
Tres años habrá, señor,  
que estos bandos sosegastes  
y que, dándoos la palabra,  
se confirmaron las paces,  
Honorio y yo, porque somos  
cabezas de estos linajes,  
de casar a nuestros hijos;  
yo, de que tendréis bastante  
información en Sevilla,  
pretendí que se casasen  
doña Isabel y don Félix,  
y con diligencias tales  
llegó el día en que esta gente,  
para ofenderme y vengarse  
de palabras que no obligan  
como las armas se saquen,  
quisieron que por poder  
mi hija se desposase;  
dióle a don Vasco don Félix...  
Pero no hay para qué os canse,  
pues visteis el desposorio  
y a doña Isabel honrasteis. (1)  
La mañana de aquel día,  
que luego os fuistes a Cádiz,  
antes que el alba saliese  
me enviaron los cobardes  
mi hija, que aun no traía  
un escudero ni un paje,  
diciendo lo que sabéis,  
y que no era bien casarse  
con mujer tan mal nacida  
un mozo de aquellas partes.  
Callé mi afrenta, y el mozo  
es ido donde no saben  
más ha de tres años de él;  
pero aquella misma tarde  
hirió de muerte a don Vasco,  
por defenderme y honrarme  
don Rodrigo, un caballero  
de Félix amigo grande.  
Llévele a mi casa, y esto

fué causa que murmurasen  
que le mandé a don Rodrigo  
que le hiriese o le matase.  
En sanar tardó dos meses  
don Vasco, al fin de los cuales  
se les antojó prender,  
aunque ellos no lo mandasen,  
a don Rodrigo en mi casa,  
al Asistente o Alcaldes.  
El huyó, fuése a la guerra;  
lleváronme a mí a la cárcel,  
donde estuve quince meses  
por esto y porque buscase  
a don Félix, que decían  
que le maté por vengarme,  
porque ni vivo ni muerto  
pueden hallarle sus padres.  
Juzgad vos quién tiene culpa:  
yo, que la inocente sangre  
de mi hija di a un traidor  
que pretendió deshonrarme,  
o ellos, que dicen que he muerto  
a su hijo, sin que hallen  
testigos, señal ni indicio  
por donde puedan culparme.  
Si con aquesto os parece  
que he faltado por mi parte,  
juez sois, la espada es vara;  
mi cuello es éste: cortalde.

MARQUÉS. Huelgo de haberos oído.  
Y algo de aquesto sabía  
de quien en mi compañía  
hoy a Sevilla ha venido,  
que es don Rodrigo, que ha hecho,  
como quien es, en Granada,  
lo que un Héctor con la espada;  
y aunque vos tengáis derecho  
a mayor satisfacción,  
hemos de dar remedio:  
mirad que estoy de por medio.

FERNANDO. No perdiendo mi opinión  
ni el honor que he profesado,  
aquí, señor, me tenéis.

MARQUÉS. Fiarme el honor podéis  
por amigo y por soldado.  
¿Don Vasco no fué por quien  
está Isabel afrentada?  
Pues escuchad, si os agrada,  
que por aquí se hará bien:  
las paces de don Rodrigo  
también quiero hacer con él:  
démosle a doña Isabel.

(1) En el texto, "honrastes", y en el verso anterior, "viste".

FERNANDO. ¿A don Vasco?

MARQUÉS. Al mismo os digo.

FERNANDO. ¿Pues es posible, señor,  
que así por mi honor volvéis?

MARQUÉS. Pues ¿cómo mejor podéis  
recuperar vuestro honor?  
Esto se ha de hacer así,  
y mirad que yo os lo pido  
y el Rey lo manda.

FERNANDO. ¡Esto ha sido  
vengaros también de mí!

MARQUÉS. Ahora bien: yo voy a hablar  
a los dos.

FERNANDO. Id en buen hora.

MARQUÉS. Prevenid esa señora,  
que hoy los tengo de casar.

*(Váyase el MARQUÉS y su gente.)*

FERNANDO. ¿Adónde habrá sufrimiento  
para desdichas iguales?  
Muerte, si aquí no me vales,  
¿cuál otro remedio intento?  
¡Haz que el alma que tal ve  
esta cárcel desocupe!

*(Sale DON PEDRO.)*

PEDRO. En este momento supe  
que te ha llamado el Marqués.  
¿Qué habéis hablado los dos?

FERNANDO. Quejas, palabras rompidas  
que se han de pagar con vidas,  
y aun esto pluguiera a Dios.  
Al fin se ha determinado,  
por hacer también amigo  
con don Vasco a don Rodrigo,  
que ha sido con él soldado,  
que viene en su compañía,  
que le dé a Isabel.

PEDRO. ¿A quién?

FERNANDO. A don Vasco.

PEDRO. ¿Y que también  
la vuelva al siguiente día?

FERNANDO. Sí hará, que sabe el camino.

PEDRO. Antes con un lazo al cuello,  
y de su mismo cabello,  
que la mates determino.  
¡Pesia al Marqués, no pudiera  
hallar remedio mejor!

FERNANDO. ¡Ay de mi perdido honor!

PEDRO. ¿Otra vez das a una fiera  
una cordera inocente?

FERNANDO. Pues ¿qué remedio tendré?

PEDRO. Escucha y te le diré,  
aprendido de esa gente.  
Di que supiste de mí  
que estoy con ella casado,  
que en secreto lo he tratado.

FERNANDO. ¿Tú con tu sobrina?

PEDRO. Sí.

FERNANDO. ¿Y ha de ser verdad?

PEDRO. Pues ¿no?

Dar luego quiero en doblones  
para las dispensaciones  
todo lo que cuestan, yo.

FERNANDO. Bien; pero ¿cómo ha de ser  
estar don Félix aquí?  
¿Hase de quedar así?

PEDRO. Todo lo puedes hacer  
de una vez con discreción;  
que, de lo que te ha ofendido,  
tres años que le has tenido  
preso no es satisfacción.

FERNANDO. Pues ¿qué he de hacer?

PEDRO. Darle muerte.

FERNANDO. ¿Cómo?

PEDRO. ¿En tu casa no está?

FERNANDO. Sí. Mas ¿quién se la dará?

PEDRO. Yo le traeré.

FERNANDO. ¿De qué suerte?

PEDRO. Con dinero conducido.

FERNANDO. ¿Y si lo dice?

PEDRO. A él le va.

FERNANDO. Don Félix contento está,  
aunque preso le he tenido,  
con esperanza de ser  
de Isabel marido.

PEDRO. Advierte  
que si no es dándole muerte  
no puede ser mi mujer.

FERNANDO. ¿Por qué?

PEDRO. Porque tiene duda  
si aquel poder revocó  
don Félix en tiempo o no.

FERNANDO. Dame, como hermano, ayuda  
para salir de cuidado.  
¡Muera don Félix!

PEDRO. En él  
el deshonor de Isabel  
queda en secreto vengado;  
que ha tanto que no parece,  
que no se ha de echar de ver.

FERNANDO. Hoy ha de ser tu mujer.

PEDRO. Mi voluntad la merece.



(Salen DOÑA LEONOR y ELVIRA.)

LEONOR. Sin albricias me dijiste  
que don Rodrigo ha venido.

ELVIRA. No es tarde, aunque te las pido  
después que ya lo supiste.

Con el favor del Marqués  
ha osado entrar en Sevilla.

LEONOR. Aunque será maravilla  
que el amor ni el interés  
de mí le acuerden, Elvira,  
de su venida y salud  
me huelgo.

ELVIRA. De tu inquietud,  
quien sabe amar no se admira.  
Mas ¡ay, señora! ¿Si es él  
este gallardo soldado?

(Sale DON RODRIGO, muy bizarro de plumas y galas.)

RODRIGO. ¿Puede entrar un olvidado  
donde no hay memoria de él?

LEONOR. Olvidado por su parte,  
no a lo menos por la mía,  
y dígallo el alegría  
del alma, que sale a hablarte.  
¡Gran soldado! ¡Bravas plumas!

RODRIGO. El Amor me las prestó,  
porque no pudiera yo,  
si más que la mar espumas  
me diera plumas Orán,  
venir sin las de mi amor  
donde con tanto furor  
mis enemigos están.

LEONOR. Antes no pienso, Rodrigo,  
que aquesta venida os debo,  
ni que fué peligro apruebo  
el temor del enemigo,  
pues a sombra del Marqués  
os tenemos en Sevilla.

RODRIGO. Desdenes no es maravilla  
después de tres años.

LEONOR. ¿Tres?  
Tres mil diréis.

RODRIGO. Es verdad.  
Pero sintiéndolos yo,  
mas vos no.

LEONOR. ¿Cómo que no?  
Agravias mi voluntad.

RODRIGO. ¿Qué hay de Isabel? ¿Está buena?

LEONOR. En una heredad está,  
y sospecho que hoy vendrá.

RODRIGO. ¿En qué paró la cadena  
de Félix, mi buen amigo?  
¿Dónde es ido?

LEONOR. ¡Bien, por Dios!  
A proceder como vos,  
supiéramos, don Rodrigo,  
de tres a tres años de él.  
En casa está de la suerte  
que le dejastes.

RODRIGO. ¿Qué suerte  
tan lastimosa y cruel!

LEONOR. No le tengáis, os suplico,  
en opinión de ignorante,  
ni su prisión os espante.

RODRIGO. ¿Mozo tan gallardo y rico  
sufre tres años, Leonor,  
de prisión en una casa?

ELVIRA. Bien decís. Muy mal lo pasa.  
¡Es lástima! ¡Qué dolor!  
El y su paje de espada  
comen mejor que el Marqués,  
y no les falta después  
su poquito de posada.  
Si ellos estuvieran presos  
como en Argel, fuera cosa  
cruel, fiera y lastimosa;  
mas con tan altos sucesos  
no se ha tenido prisión.  
Después se lo contarás,  
que viene Isabel.

(Salen DOÑA ISABEL, con capotillo y sombrero, y  
BELARDO, villano, con una cesta.)

ISABEL. Harás,  
Belardo, con discreción  
lo que habemos concertado.

BELARDO. ¿Ella no es traza? Pues calla,  
que bien sabré ejecutalla  
con un poco de cuidado.  
Aunque un cierto sacristán  
dicen que me da las trazas  
de aquestas nuevas trapazas  
que en verso cantando van,  
ni pienso que estoy tan flaco  
de invención, pues pobre soy,  
que cuanto en público doy  
de mi caletre lo saco.  
Pardiez que son embaidores  
y que hasta el nombre lo niega;  
mas no es bien que siendo vega (1)

(1) Como se ve, una vez más habla de sí Lope.

sus trazas me diese flores;  
para mí me las querría.  
Madre mía, digo yo:  
¿quién al sacristán metió  
en dejar su sacristía?  
Cuando con lances diversos  
no me pueden ofender,  
taujía quieren hacer  
de mis trazas y mis versos.  
Quien no acierta para sí  
ni aun se acierta a conocer,  
bien ves que no puede ser  
que acertase para mí.  
¡Trazas dice que me dió!  
Advierta, señor compadre,  
que esto me enseñó mi madre  
y estotro me supe yo.

ISABEL. ¿Luego esta traza no es mía?

BELARDO. Del niño digo que sí,  
porque yo no le parí,  
que es traza que no sabía;  
pero del traerle a casa,  
pardiez, de Belardo es.

ISABEL. Calla, que hay gente.

BELARDO. Después  
sabréis todo lo que pasa.

ISABEL. ¡Hermana!

LEONOR. ¡Señora mía!

RODRIGO. ¿Isabel?

ISABEL. ¿Es don Rodrigo?

RODRIGO. El mismo.

ISABEL. Para conmigo  
bien entra, Leonor, el día,  
que he menester buen agüero.  
Mi padre, Elvira, ¿está aquí?  
ELVIRA. No, señora.

ISABEL. Pues de mí  
sabéis lo que a Félix quiero  
y que ha dos meses que estoy  
ausente en una heredad,  
que le vea me dejad.

RODRIGO. Con vos, mi señora, voy,  
que es mucho mayor mi ausencia,  
pues que es de tres años.

ISABEL. Vamos,  
que si a mi padre aguardamos  
perderé la diligencia.—  
(Belardo, cuenta en la traza.

BELARDO. Como de esas tengo escritas.

ISABEL. ¿Son muchas?

BELARDO. Son infinitas,  
y ninguno me las traza.) (1)

Halló la flauta Pan, Palas la oliva,  
Tritolemo el arado y Aristeo  
la miel, y la trompeta halló Piseo,  
Ceres cómo la tierra se cultiva.

Zoroastes el arte encantativa,  
el conservar el fuego Prometeo,  
el eclipse de sol el sabio Atreo  
y Endimión el de la luna altiva.

Venus halló el amor, Dafne el desprecio,  
Trejilo el carro en Grecia y otras partes  
y a Dédalo la sierra le dió precio.

La escultura de piedra halló Anaxartes;  
pero traza de hacer discreto a un necio,  
ni el tiempo, ni los hombres, ni las artes.

Mas gente siento venir.  
Poner quiero en el umbral  
la cesta y en el portal  
persona y traza encubrir  
por si no topan con ella;  
mas imposible será,  
que Amor de su parte está  
y le ayuda buena estrella.

(Salen DON FERNANDO y DON PEDRO.)

FERNANDO.

Y en viendo que la aparto para hablalla  
solos nos dejaréis.

PEDRO.

Iréme al punto,  
que delante de mí no es bien tratarlo.

FERNANDO.

Entremos, pues, que dicen que ha venido,  
con que me excusa de enviar por ella.

PEDRO.

¿Qué es esto que al umbral de vuestra casa  
os han echado?

FERNANDO.

Cesta y paños veo.

PEDRO.

¡Por Dios, que pienso!...

encubierto con el nombre de Belardo. ¿Quién sería el sacristán envidioso y maldiciente? ¿Sería Gón-gora? ¿Sería Armendáriz?

(1) Así en el texto. Quizá diría en el original. "chaza".

FERNANDO.

No penséis, que creo  
que es criatura también, como otras veces.

PEDRO.

¿Es criatura?

FERNANDO.

Pues ¿no?

PEDRO.

Tú lo mereces,  
que crías las demás que te han echado,  
y con eso se atreven cada día.

FERNANDO.

Pues ésta no será de esa manera.  
Llamar quiero.—¿Criados? ¿Hola, gente?

(Salen un ESCUDERO y ELVIRA.)

ESCUDERO.

¿Qué mandas?

FERNANDO.

¿Qué criatura es ésta?

ESCUDERO.

¿Cómo?

FERNANDO.

¿Qué criatura es aquesta de esta cesta?

ESCUDERO.

Mis años puedo darte por respuesta,  
y si ésta no bastare, enfermedades,  
que impiden mucho más que las edades.

FERNANDO.

¿Qué es esto, Elvira?

ELVIRA.

Yo, señor, ¿qué entiendo?  
Tú lo sabrás mejor.

FERNANDO.

Luego ¿son mías?

Eso es muy bueno al cabo de mis días.

(Salen DOÑA ISABEL y DOÑA LEONOR.)

ISABEL.

¿Qué es esto, señor mío?

FERNANDO.

Isabel mía,  
seas bien venida; estoy con pesadumbre.—  
¿Hola?

ESCUDERO.

¿Señor?

FERNANDO.

Tomad ese muchacho  
y llevádsele a Honorio o a don Vasco,  
que entiendo que por sólo darme pena  
no hay cosa que no inventen. Id volando.

ISABEL.

¿Qué muchacho, señor?

FERNANDO.

Al tiempo cuando  
entraba de la puerta los umbrales,  
le hallé pobre de dicha y de pañales. —  
Llévenle luego.

ISABEL.

Espera, por tu vida.  
Señor, hazme placer; pues ha venido  
Belardo del aldea, que le lleve  
y allá le dé a criar.

FERNANDO.

Pues ¿qué te mueve?

ISABEL.

No más de que al miralle se ha reído.  
Hazme aquesta merced, pues yo la pido.

FERNANDO.

Sea en buen hora.—Tú, Leonor, al punto  
le da a Belardo, y críenle en la huerta.

LEONOR.

Yo voy, señor.—¿Qué lindo! Dios le guarde.

ISABEL.

Yo voy también a dárselo.

FERNANDO.

Detente,  
que tengo que te hablar.

PEDRO.

Y yo, Fernando,  
tengo que hacer.

FERNANDO.

Pues id con Dios, don Pedro,  
y buscad aquel hombre brevemente.

PEDRO.

Dejadme a mí, pues basta que lo intente  
para nuestro remedio.

FERNANDO.

Isabel, oye;  
óyeme como a padre, estáme atenta.

ISABEL.

(Temblando estoy. ¿Si sabe mi secreto?)

FERNANDO.

¿Qué dices?

ISABEL.

Que silencio te prometo.

FERNANDO. Hija, las cosas se han puesto en estado que me importa, con la prevención más corta, decirte que estoy dispuesto a darte...

ISABEL. Prosigue presto.

FERNANDO. A tu tío por mujer.

ISABEL. Dispuesto no puede ser, pues vienes determinado.

FERNANDO. Harto mejor has hablado que supe darme a entender. No repliques a mi gusto, así Dios tu vida aumente, que te hará bien obediente.

ISABEL. Obediente en lo que es justo.

FERNANDO. No respondas con disgusto en lo que me va el honor.

ISABEL. Digo que envíes, señor, por esas dispensaciones.

FERNANDO. En nuevas obligaciones pones, Isabel, mi amor.

ISABEL. Y de don Félix, ¿qué harás?

FERNANDO. Mira qué en breve lo digo. Matarle como a enemigo, y menos después tendrás.

ISABEL. En eso no acertarás; que tres años de prisión bastantes castigos son.

FERNANDO. Ya no lo puedo excusar, ni tú debes replicar sabiendo mi condición. A Félix y su criado un hombre robusto y fuerte dará esta noche la muerte violentamente, pagado. No te desvele el cuidado, si de mi sangre te abrasa tanto agravio como pasa.

ISABEL. Oye.

FERNANDO. Después lo dirás, que no quiero que estén más los enemigos en casa.

(Vase.)

ISABEL.

Cuando pensé que estaba la fortuna de hacerme mal tan sin razón cansada, apercibe otra vez la fiera espada como si hallase resistencia alguna.

Estrellas, cielo, sol, planetas, luna, ¿cómo no detenéis su mano airada si la inocencia dicen que os agrada y la malicia os cansa y importuna?

En mi vida, de Félix tan querida, está su vida, porque vive en ella; por mí se mueve, de mí vive asida.

Matad mi vida y quedará sin ella; que si a Félix queréis quitar la vida, no puede ser si me dejáis con ella.

(Salen DON FÉLIX y CARRILLO.)

FÉLIX. A tus lastimosas quejas salgo, querida Isabel, rota la prisión cruel donde tan presto me dejas. Dos meses de ausencia son los que he vivido sin ti, que he estado fuera de mí para romper la prisión. Tan presto cuando te veo de mi presencia te vas, que aun pienso que aquí no estás y que me engaña el deseo. Haz, pues eres el sol mío, lo que el sol; estate un día, que en la abrasada alma mía no reina clima tan frío. Allá cuentan de la tierra sujeta al Setentrión, que enteros seis meses son por los que el sol se destierra. Y si yo he de ser así, está seis meses de día, que después, Isabel mía, harás esta noche en mí. Si yo con la libertad que tienen otros viviera; si libremente anduviera por el campo y la ciudad, divirtiera los sentidos de tu amorosa afición; pero en aquesta prisión, ¿qué importan ojos ni oídos? No veo si no te veo, no oigo si no te escucho, y esto, mi Isabel, no es mucho.



Ciego soy de tu deseo;  
que un ciego, dentro de sí,  
forma en la imaginación  
las cosas, no como son,  
mas como él las pinta allí.  
¿Lloras? ¿Qué es esto? ¿Qué tie-  
Háblala, Carrillo, llega. [nes?—

CARRILLO. ¿Agora de llanto ciega  
después de dos meses vienes?  
¡Ah, señora, vuelve en ti!  
Esta vida, y aun la mía,  
nos viene de tu alegría.

ISABEL. ¿Qué quieres, triste de mí?  
Mi padre, determinado  
a tan grave desvarío,  
me ha dicho que con mi tío  
me ha casado.

CARRILLO. ¿Qué es casado?  
Pues ¿puédeste tú casar?

FÉLIX. ¿Y de eso son los enojos?  
¿Por eso pueden tus ojos  
tales eclipses pasar?  
¿Hay más de salir de aquí  
buscando alguna ocasión,  
y este amor, pues es razón,  
y cuanto hay de ti y de mí,  
decírselo al Asistente  
o al Marqués, pues ha venido?

ISABEL. Mayor mal ha sucedido.  
No quiera Dios que lo intente.

FÉLIX. ¿Es matarme?

ISABEL. Concertado  
para esta noche quedó.

CARRILLO. ¿Entro en esa danza yo?

ISABEL. Así está determinado.

CARRILLO. Saltemos estas paredes;  
rompe esas puertas, salgamos;  
¿en ese peligro estamos?

FÉLIX. Tú, amigo, romperlas puedes,  
que yo aquí quiero morir.

CARRILLO. Como a lechones nos tratan,  
que nos engordan y matan.

ISABEL. ¿No será mejor decir  
a mi padre la verdad?

FÉLIX. Tienes, señora, razón;  
porque romper la prisión  
y alborotar la ciudad  
no me parece cordura.  
Búscame alguna pistola.

CARRILLO. Eso, sí; busca una sola,  
ansí Dios te dé ventura,  
y el pobre Carrillo muera.

FÉLIX. De tu flaqueza me admiro.

CARRILLO. Búscame, señora, un tiro  
que arroje de un golpe fuera  
dos quintales, por lo menos,  
de plomo o hierro colado.

ISABEL. Pienso que mi padre ha entrado.

FÉLIX. Vete tú, y Elvira denos  
las armas que tú quisieres.

ISABEL. Primero me han de matar  
que te ofendan.

(Vase DOÑA ISABEL.)

CARRILLO. No hay que dar  
mucho crédito a mujeres.

FÉLIX. Cuando yo amaba a Isabel  
mis locuras perdonabas,  
que, amando, me disculpabas  
de ser conmigo cruel.  
De los peligros huías  
porque estabas sin amor,  
que de su loco rigor  
poca experiencia tenías.  
Mas ahora que adorando  
estás a Elvira, Carrillo,  
amando, me maravillo  
que estés de morir temblando.

CARRILLO. Señor, decir el que ama  
moriré, mataré, haré,  
es bueno para el que esté  
solicitando a su dama;  
pero pasados tres años  
de conjunción cada mes,  
fuerte capítulo es  
hacer a la vida engaños.  
Búrlase con el dinero  
una mujer, y aun con otro,  
porque, en fin, eso y esotro  
es del amor lo postrero;  
pero cosa del gazarate  
y esto de *requiem* es cosa  
de sufrir dificultosa;  
ni lo digas ni se trate.  
¿Haste muerto alguna vez  
que tan animoso estás?

FÉLIX. Si quieres bien, tú serás  
de mi corazón juez.  
Ven, que nos defenderemos.

CARRILLO. ¿Y a no poder más?

FÉLIX. Morir.

CARRILLO. ¿Qué fácil es de decir  
después *cerotem faciemus*!

(*Vanse, y salen el MARQUÉS y HONORIO y DON Vasco y gente.*)

MARQUÉS.

No la quiero pedir de otra manera,  
aunque sé que pedíros la pudiera,  
pues que por vuestra parte se ha quebrado.

VASCO.

Vos venís, gran señor, mal informado.

HONORIO.

Yo he sido siempre amigo de aquel hombre.

MARQUÉS.

No se conoce, pues calláis el nombre.

HONORIO.

¿Es amistad haberme muerto a Félix?

MARQUÉS.

El jura, y juramentos tan extraños,  
que en ellos no podrán caber engaños.

HONORIO.

Pues ¿qué se ha hecho?

MARQUÉS.

Habrà pasado a Italia  
desesperado, y él vendrà algún día,  
pues no fué parte en el engaño vuestro,  
de que corrido, y con razón, me muestro.  
Mas no es tiempo de andar averiguando  
si es culpado Honorio o don Fernando.  
Yo he concertado aqueste casamiento,  
y quiera Dios que sea con más dicha.

VASCO.

Yo, señor, no te digo lo que siento;  
mas pues doña Isabel ya es mujer mía,  
y Amor con todos cuantos son discretos,  
o que a lo menos saben sus efetos,  
está tan disculpado, agora digo  
que venganza no fué de mi enemigo,  
sino amor de Isabel y envidia mía  
de ver que ya don Félix la tenía.

MARQUÉS.

Según eso, pues vos estáis contento,  
confírmese esta paz con casamiento.

VASCO.

Digo, señor, que vamos a su casa,  
donde veréis con cuántas humildades  
se firman de esta vez las amistades,  
que mi hermano querrá lo que yo quiero,  
y lo que vos mandáis, que es lo primero.

HONORIO.

Ya deseo que estéis, pues es tan justo,  
de mi justa obediencia satisfecho.

MARQUÉS.

Servid a Dios y al Rey con limpio pecho  
y no tengáis suspensa con enojos  
esta ciudad, de quien los dos sois ojos.

HONORIO.

Vamos, y lo veréis.

MARQUÉS.

Venid conmigo.

VASCO.

Sólo me hiciera de Fernando amigo  
el amor de Isabel. ¿Hay tal ventura,  
que vengo yo a gozar de su hermosura?

(*Vanse, y salen DON FERNANDO y DOÑA ISABEL.*)

FERNANDO. La escritura has de firmar  
ya que el notario ha venido,  
o he de quitarte la vida.

ISABEL. Riguroso estás conmigo.  
Sospecho que has de obligarme  
a hacer algún desatino.

FERNANDO. ¿Que desatino es matarme? (1)  
¿Tan desigual es tu tío  
a tus años y a tu talle,  
que en calidad es lo mismo?

ISABEL. Matarte, no; pero darte  
ocasión que por castigo  
me des tú la muerte a mí.

FERNANDO. Si la hubieres merecido.

ISABEL. Espera, así Dios te guarde;  
y pues darte el Cielo quiso  
entendimiento y edad,  
oye sin pasión.

FERNANDO. Replico  
que no te quiero escuchar.

ISABEL. Pues no harás en eso oficio  
de padre ni de hombre cuerdo.

FERNANDO. ¿Y si te escucho?

ISABEL. Eso pido.

FERNANDO. Di.

ISABEL. ¿Casásteme con Félix,  
de tus enemigos hijo?

FERNANDO. Casé, que no te casara.

ISABEL. Fué, cuanto a Dios, mi marido.

FERNANDO. ¿Fué?

(1) Parece equivocado este versc.

ISABEL. ¿No le engañó don Vasco?

FERNANDO. Sí que le engañó.

ISABEL. ¿No vino  
a darte satisfacción  
para morir atrevido?

FERNANDO. Vino.

ISABEL. ¿No le echaste preso  
sin culpa?

FERNANDO. Estaba ofendido  
de su padre.

ISABEL. Pues yo no  
de mi esposo; que a su tío  
ni a su padre no miré,  
autores de aquel delito,  
y así, desde aquella noche...

FERNANDO. ¿Qué dices?

ISABEL. Que le he tenido  
por mi esposo.

FERNANDO. Norabuena.

ISABEL. Y así, como a esposo mío...

FERNANDO. ¿Cosa de veras?

ISABEL. Señor,  
cuando hallaste a Fernandico,  
éste que crías en casa,  
a tu puerta...

FERNANDO. ¡Tente!

ISABEL. Digo  
que era hijo de los dos,  
que, con aquel artificio,  
quisimos que le criases.

FERNANDO. ¿Fernandico es vuestro hijo?  
¿Este que anda por aquí?

ISABEL. Sí, señor; y Felicicos,  
el que está en brazos del ama.

FERNANDO. ¿Otro niño?

ISABEL. Y el más lindo  
es éste que hallaste hoy,  
que en la huerta le he parido  
ñngiendo que estaba enferma.

FERNANDO. ¡Tres niños!

ISABEL. Hemos tenido  
poco lugar.

FERNANDO. ¡Bien, por Dios!  
En tres años hay tres niños,  
¿y os ha faltado lugar?  
Estoy que pierdo el juicio.  
Infame, ¿no los pudieras  
matar?

ISABEL. ¡Son tus nietecicos!

FERNANDO. No son. ¡Ah, Dios! ¡Cuánto yerra  
quien mete sus enemigos  
en casa, pues traje dos

y a tres años tengo cinco!

ISABEL. Pues si enemigos sembraste,  
¿qué pensabas coger, higos?

FERNANDO. ¡Desvergonzada!

ISABEL. ¡Ay de mí!

FERNANDO. ¡Si no huyera!...

(Vase, y sale ELVIRA.)

ELVIRA. Don Rodrigo  
te espera.

FERNANDO. No estoy agora  
para hablarle.

ELVIRA. Iré a decirlo.

FERNANDO. Vuelve.

ELVIRA. ¿Qué es lo que me mandas?

FERNANDO. ¿Qué sabes tú de estos hijos?

ELVIRA. ¡Ay, señor; si ya lo sabes,  
misericordia te pido!  
Palabra y firma me ha dado  
de ser mi esposo Carrillo.

FERNANDO. Que no te pregunto eso.

ELVIRA. ¿Qué, señor? ¿Lo de los niños?  
Tres son, como mi señora:  
Francisquito, un morenillo  
que suele andar con Fernando,  
y el otro, aunque no le has visto,  
es Antoñico, señor,  
y el otro llaman Francisco.

FERNANDO. ¿Que tú has parido también?

ELVIRA. Aconsejéme Carrillo  
que pariese, si pudiese,  
en todo caso en domingo,  
y he tenido mucha cuenta  
que no fuese en martes.

FERNANDO. Digo  
que los enemigos hacen  
en casa lindo ejercicio.

Ya eran cinco, y ya son ocho.  
¡Vive Dios, que no examino  
a Leonor por que no añada  
otros tres de don Rodrigo!

ELVIRA. Don Rodrigo ha estado ausente,  
que si aquí hubiera asistido  
a los nueve de la fama  
llegaran tus enemigos.

FERNANDO. ¡Vete con la maldición!

ELVIRA. ¡Señor, señor!

FERNANDO. ¿Que he tenido  
esta cosecha en mi casa?  
Yo los traje, yo castigo  
mis enemigos así,  
pues quéjeme de mí mismo.

(Sale DON PEDRO con un VALENTÓN.)

VALENTÓN. ¿Es esta la casa?

PEDRO. Sí;  
pero conviene callar.

VALENTÓN. ¿Dónde se han de trabajar  
aquestas muertes?

PEDRO. Aquí.

VALENTÓN. Sepa qué tengo que hacer,  
cuántos son, y vengan luego.

PEDRO. No habéis de venir tan ciego.

VALENTÓN. Aguárdame una mujer  
por quien tengo que matar  
su marido y tres cuñados,  
que pienso que son honrados  
y tendrán que negociar.

PEDRO. Yo os pondré con esta gente.

VALENTÓN. ¿Es éste?

PEDRO. Tened la mano.

VALENTÓN. A no me hablar...

FERNANDO. ¿Qué hay, hermano?

PEDRO. Aquí viene aquel valiente.

VALENTÓN. ¿Es vuesa merced alguno  
de aquestos que han de morir?

FERNANDO. Bien pudiera no vivir.

VALENTÓN. Pues no se queje a ninguno,  
que en dándole dos mojadas  
no habrá menester doctor.

FERNANDO. Ya, hermano, de nuestro honor  
son las cosas acabadas.  
Echad este hombre de aquí.

PEDRO. ¿Luego ya no es menester?

FERNANDO. No, que otro yerro ha de ser,  
y ése ha de ser para mí.

PEDRO. Gentilhombre, aquesto es hecho.

VALENTÓN. Luego ¿doile?

PEDRO. Estaos quedito.

VALENTÓN. De ésta la nariz le quito.

PEDRO. Antes no sois de provecho,  
porque se ha determinado  
mirar mejor la razón.  
Servíos de este doblón.

VALENTÓN. ¿Un doblón a un hombre honrado  
por dos muertes?

PEDRO. Si se hicieran  
os valieran cien ducados.

VALENTÓN. Pues muertos o perdonados  
los dos, que nunca lo fueran,  
¿qué más costa me tenían,  
si cuando los concerté  
para mí ya los maté?

PEDRO. Cóleras son que se enfrían.  
Veis aquí un escudo más.

VALENTÓN. No lo puedo hacer, por Dios.  
Eche siquiera otros dos.

FERNANDO. Pues, don Pedro, ¿qué le das?

PEDRO. Deseo echarle de aquí.

FERNANDO. Id en buen hora.

VALENTÓN. Sí haré;  
pero otra vez yo sabré  
dónde tengo de venir.  
¿Trae hombre dos muertes hechas  
y vase a quién le vendrán?

FERNANDO. Idos con Dios.

VALENTÓN. Ya se irán.

FERNANDO. Ciertas fueron mis sospechas.

VALENTÓN. Pues por el agua de Dios...

FERNANDO. ¿Hola? Llama un alguacil.

VALENTÓN. Yo os cogeré, viejo vil.

FERNANDO. ¿Matalde!

VALENTÓN. Salgan los dos.

PEDRO. Acábame de contar  
qué es esto.

(Sale un ESCUDERO.)

ESCUDERO. Aquí está el Marqués.

FERNANDO. Yo te lo diré después,  
y después no habrá lugar.

(Salen el MARQUÉS y HONORIO y DON VASCO y DON  
RODRIGO.)

MARQUÉS. Hoy es, señores, el día  
que han de quedar confirmadas  
estas paces para siempre.  
Denme todos la palabra.

FERNANDO. Yo la doy de parte mía.

PEDRO. Yo, señor, la tengo dada.

HONORIO. Yo vengo a ser vuestro amigo.

FERNANDO. Estos brazos os aguardan.

VASCO. Yo, como hijo, señor,  
que el señor Marqués me casa  
con doña Isabel, os pido  
las manos.

FERNANDO. Verdad es llana  
que la palabra le di;  
pero fué con ignorancia,  
porque ya doña Isabel  
de secreto está casada.

VASCO. ¿Casada?

MARQUÉS. Mirad, Fernando,  
que los que con nobles tratan  
han de proceder...

FERNANDO. Señor,  
no sé si a Vasco le agrada  
llevar a doña Isabel  
con tres hijos.



MARQUÉS.                    ¡ Cosa extraña !  
 ¿ Tres hijos ? ¿ De quién o cómo ?  
 Mirad que queda tratada  
 la paz con este concierto,  
 y, para más abundancia,  
 a don Rodrigo he traído,  
 que de perdonarle es causa  
 casar a Isabel con Vasco.

RODRIGO. Señor, mirad que no salga  
 más guerra esta paz de aquí.

FERNANDO. Llama a Isabel y a su hermana,  
 a Elvira y a sus maridos.

ESCUDERO. Yo voy.

FERNANDO.            En mi propia casa  
 metí el fuego en que se quema.

VASCO.            El alma tengo turbada.

FERNANDO. Salgan los hijos también.

VASCO.            ¿ Hijos también ?

FERNANDO.            Si no bastan  
 los padres, puedan los hijos  
 desempeñar mi palabra.

*(Salen LEONOR y DOÑA ISABEL con DON FÉLIX de la mano, ELVIRA con CARRILLO, y venga un NIÑO con ellos, y BELARDO con los dos empañados en los dos brazos.)*

HONORIO.    ¿ Qué es esto ?

FERNANDO.            Los desposados,  
 que ha tres años que se hablan,  
 pensando yo, como necio,  
 que en prisiones los guardaba.

HONORIO.    ¿ Es don Félix ?

FÉLIX.            Sí, señor.

HONORIO.    Puesto que de paces trata,  
 señor, vuestra señoría,  
 ¿ cómo quiere que se hagan,  
 si me ha tenido a don Félix  
 tres años preso en su casa,  
 don Fernando, de esta suerte ?

FERNANDO. Juzgad, señor, esta causa  
 cuando un censo o una hacienda  
 tiene un hombre a quien engaña  
 si al dueño del principal  
 justos réditos le pagan.  
 Tres años tuve a don Félix;  
 ¿ de qué se queja y se agravia ?  
 Hijo por año le vuelvo.  
 ¿ No pago bien ?

MARQUÉS.            Lo que basta.

FERNANDO. Pues si me pide a Carrillo,  
 otros tres, si no me engaña,  
 tiene de Elvira.

CARRILLO.            Y aun pienso  
 que anda en cuatro la potranca,  
 que allá los tiene Belardo.

BELARDO.            Allá he criado, a Dios gracias,  
 una colmena de hijos  
 de la enjambre de esta casta.

VASCO.            Señor, pues que ya Isabel  
 con Félix está casada,  
 no me nieguen a Leonor.

RODRIGO.            Sí negarán.

VASCO.            ¿ Por qué causa ?

RODRIGO.    Porque es mi mujer.

PEDRO.            Callad,  
 y no repliquéis palabra,  
 que os sacarán cuatro niños.

MARQUÉS.            Del Cielo es esta venganza;  
 él lo ha permitido así;  
 las sangres están mezcladas,  
 y con tan hermosos nietos;  
 fiestas y paces se hagan  
 a los nuevos desposorios.

FÉLIX.            Aquí la comedia acaba.

FERNANDO. Guardaos de tener, señores,  
 los enemigos en casa.

FIN DE LA COMEDIA DE *Los enemigos en casa.*

# ENGAÑAR A QUIEN ENGAÑA

COMEDIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

El REY DE NAVARRA.  
El PRÍNCIPE DE NAVARRA.  
El ALMIRANTE DE ARAGÓN

DON CARLOS, su hijo.  
DON LOPE.  
DON FERNANDO.  
ALBA, infanta de Aragón.

LAURA, dama.  
CLARA, criada.  
TACÓN, gracioso, criado.  
Un CRIADO.  
ACOMPAÑAMIENTO.

## ACTO PRIMERO

(Salen DON CARLOS y TACÓN.)

CARLOS. No es buen remedio, Tacón.  
TACÓN. Para el mal que tú padeces, no hay cosa como olvidar.  
CARLOS. ¿Y si no puedo?  
TACÓN. Excelente remedio para ese efecto; y sanarás, si tú quieres, que es dueño la voluntad de amorosos accidentes. Lo primero es conferir que sin prolijos ungüentos (1) de distintas confituras, digo, de aquestos afeites, no hay mujer que se asegure al dejar hablar ni verse. Considera su hermosura, con las faltas que le advierte el matiz de aquel engaño que te encanta y desvanece, y vendrás a sanar luego si el tiempo memorias vence. Con ser Alba la que adoras, si al alba, señor, la vieses, ¿qué de nublados verías con vislumbres diferentes! Antojos en la color, eclipses en el deleite, menos majestad de rostro,

con términos más corteses. Y, en fin, humano el imperio que de allá a dos horas puede, colocado el artificio, ser aviso a los pinceles. CARLOS. Prolijo de disparates has de estar continuamente. ¿No ves que aquel alba hermosa, fábrica en copia tan breve, es forma de altiva mano, donde la elección de Apeles, turbado el conocimiento, sus retratos duda y teme? ¿No ves que, envidioso el sol, cuando en sus rayos se atreve, desvanecido permite que su deidad la venere? ¿Viste el alba?

TACÓN. No, señor.  
CARLOS. Ya me enfadas.  
TACÓN. Pues qué, ¿quieres que responda que la he visto cuando en la rosa amanece? CARLOS. Si en aquel botón que apenas el aliento del sol bebe, y que después, dando al viento sus matices diferentes, lo que era globo o bosquejo a ser estrella se atreve, así el alba, al mismo tiempo que la aurora verla quiere, y su majestad descubre los celajes que previene, y a competir con el sol

(1) En los textos, "urgentes", que no hace sentido.

TACÓN. sale después, donde infiere  
mi amor que una misma cosa  
es al salir que al ponerse.  
Finísimo enamorado.  
Fallo, como juez, que puedes  
quedar condenado a engaños  
y a penar eternamente.  
Fallo que sufras deseos,  
desengaños y desdenes,  
pechugueras para el pecho  
de esquinada escarcha o nieve;  
dolores en la cabeza,  
romadizos suspirantes  
y, aguardando a ver tu dama,  
un "¡agua va!" cuando viene.  
CARLOS. Ya me cansas.

TACÓN. Yo lo creo;  
que es cosa muy corriente,  
cuando se ofrece el remedio,  
por no pagarle, ofenderse.  
Pero aquí viene la luz  
que te alegra y te divierte.  
CARLOS. Mejor dirás, ¡ay, desvelos!,  
quien me ocasiona la muerte.

(Sale ALBA, infanta.)

ALBA. ¡Cielos, al paso primero,  
la causa de mi dolor!)  
¿Carlos?

CARLOS. Sólo tu favor  
es por quien vivo y por quien mue-  
y cuando tan rigurosa... [ro (1)  
(Desvelos, ¿adónde vais?  
¿Qué rigores animáis?)  
efetos, al fin, de hermosa, (2)  
tentáis una fe rendida,  
que imaginó su desvelo  
ser robador de ese cielo,  
sombra fué desvanecida.  
En vos, en mi tierna edad,  
puse firmeza, esperanza,  
y hoy munda mi confianza  
vuestra misma voluntad.  
El alma y la vida os di  
en llegando a contemplar  
que fué imposible no amar  
desde el instante que os vi.  
Si fué desvanecimiento

(1) Así en los textos; pero sobra una sílaba. Sobrará el segundo "por".

(2) Este verso dice en los textos "efecto, al fin, de hermosura", que no rima con "rigurosa".

la culpa tuvisteis vos,  
Amor, pues pudo en los dos  
alimentar un tormento.  
Hoy a manos de rigores,  
hecho el corazón pedazos,  
vuestro sol en otros brazos,  
como dueño los favores. (1)  
Mañana el Príncipe llega,  
tu esposo amante, ¡ay, rigor!;  
hoy crece más mi dolor  
viviendo esta pasión ciega.  
Y tan firme llega a ser  
esta pena en mis enojos,  
que el alma dice en los ojos  
lo que sabe padecer.

ALBA. Carlos, yo os miré, y quereros  
fué en mí posible, y quisiera  
ser mía para que fuera  
eterno el logro de veros.  
Consagrara en esos ojos  
la fe que les ofrecí,  
a ser justa acción en mí  
tan liberales despojos.  
Pero el dominio mayor  
de mi libre voluntad,  
imperando majestad,  
sujetan a su rigor.  
Si finge el entendimiento  
no amarte, imposible ha sido  
acreditar el olvido  
cuando es verdad el tormento.

CARLOS. Cielos, ¿por qué tantos rayos,  
si la resistencia es tal  
al más débil animal  
causáis tan fieros desmayos?  
Tres veces vi el sol dorado  
con harpón, cometa de oro,  
lamer la guedeja al toro,  
y otras tres vestir al prado  
de diferentes colores,  
cuando yo amante fiel  
fui yedra a tanto laurel  
entre ejércitos de flores.  
Exhalación soy nacida,  
que en un punto nace y muere,  
flor a quien el rayo hiere  
y pierde al punto la vida.  
¡Quién te vió, ay, cielos airados!  
decir: "Carlos, yo he de ser..."  
Mas es más dolor traer

(1) Así en los textos; pero el sentido es obscuro.

tu favor a mis cuidados:  
que es rigor tan advertido;  
que si el que ama no se muere,  
finge la acción, o no quiere,  
o le ha faltado el sentido.  
Y así yo, con tu licencia,  
el remedio he de elegir,  
que si es forzoso el morir,  
quiero que sea en tu ausencia.

ALBA. Carlos, el valor que siente  
se acredita en el rigor;  
mas ¿cuál es pena mayor,  
la ausencia o el mal presente?

Yo juzgo, a mi parecer,  
que el ausencia es mayor mal,  
y que en el curso mortal  
mayor no le puede haber,  
fundada en que el padecer  
viene a estribar en ausencia  
del bien, en cuya violencia  
sus pesares solicita:  
ser infierno se acredita  
en no ver de Dios la esencia.

Porque si posible fuera  
que un alma ya destinada  
para la infernal morada  
a Dios en su pena viera,  
de su dolor careciera  
contenta, alegre y gozosa.  
Luego la que está celosa,  
viendo lo que amando está,  
menores penas tendrá  
y será, al fin, más dichosa.

CARLOS. Digo que es pena mayor  
tener delante los ojos  
el bien cuando causa enojos  
acreditando el dolor;  
porque el más constante amor,  
no viendo nada ha sentido  
y viendo el dolor ha sido  
rayo que el sentido abrasa,  
éste a ser infierno pasa  
y aquél acaba en olvido.

Que el daño que no alcanzó  
la memoria no atormenta,  
ni el dolor mortal violenta  
cuando oculto se miró.  
Mas ¡pobre del que se halló  
presente a rigor tan fuerte,  
porque muere con advierte, (1)

vive como desdichado,  
ama como no estimado  
y, en fin, el vivir es muerte!

ALBA. Pues si eso es así, elegir,  
Carlos, el medio mejor;  
mi hermano es sólo señor  
que os puede dejar partir.  
Partid, tratad de vivir  
si el remedio halláis así,  
dejad la memoria en mí.  
(¡ Oh, qué amante acomodado!) (Ap.)  
Carlos, Carlos, buen cuidado,  
y mirad que soy quien fuí.

(Vase.)

CARLOS. Nace una palma vistosa  
y, trepando el muro fuerte,  
escalar el cielo advierte  
cuando, soberbia de hermosa,  
menospreciando la rosa,  
sube con ligero vuelo;  
y hollando el ardiente velo  
parte, acreditada yedra,  
dejando la última piedra,  
a ser narciso del cielo. (1)

Cuando osada y atrevida,  
al mismo tiempo que sube,  
si fué perfume a una nube  
descendió desvanecida  
cuando del planeta herida,  
que antes fué su propio autor,  
fatigada de su ardor,  
cosa casi no pensada,  
de donde salió formada  
baja desmentida flor.

De mi voluntad mi fe  
así el principio se mira,  
pues en su afecto conspira  
la gloria que acreditó.  
Mi esperanza la flor fué,  
que a una condición tirana  
rendí, y esperando humana  
su voluntad impedida,  
soy flor que dura mi vida  
de la noche a la mañana.

TACÓN. ¿Das lugar a la pasión  
cuando ves que está la Infanta  
tan firme, que se adelanta  
a más justa estimación?

(1) Así en los textos. No sabemos enmendarlo.

(1) Realmente, sólo delirando podría Lope escribir versos como los de esta escena.



¿Pareció de cara hermosa  
al decir afectos tales  
cuando entre rojos corales  
bebe cristales la rosa?  
¿Has visto el alba al nacer  
que suda el diáfano humor  
para que salga mejor  
su esposa al amanecer?  
Pues así me ha parecido  
casi que lloraba, ¡ay, Cielos!  
Mas ¡qué bien bordan desvelos  
de lágrimas un vestido!  
Pero el Rey sale, señor.  
CARLOS. ¡Ah, tirano de mis glorias,  
verdugo de mis memorias  
y, en fin, muerte de mi amor!

*(Sale el REY y DON LOPE, hablando los dos.)*

REY. Laura es Fénix de Aragón  
y no admite competencia.  
LOPE. No castigues mi inocencia.  
REY. Conociendo mi pasión,  
don Lope, es justo saber  
que sólo muy bellos ojos  
quiere el alma por despojos,  
siendo ilusión el poder.  
LOPE. Carlos está aquí, señor.  
TACÓN. ¿No llegas a hablar al Rey?  
CARLOS. ¡Ay, de honor precisa ley! *(Ap.)*  
¡ay, justa pensión de amor!)  
REY. Carlos, ¿sin haberme visto  
tanto tiempo?  
CARLOS. Lo ha causado  
de la salud el cuidado;  
(¡qué mal mi pasión resisto!) *(Ap.)*  
que jamás la voluntad  
está empleada más bien  
que en el servicio de quien  
es dueño de mi humildad.  
REY. (Don Lope, yo te prometo *(Aparte.)*  
que, a no ser tanto mi amor,  
de Carlos, el justo honor  
atropellara el respeto  
de mi voluntad, que es tal,  
tan firme y tantos enojos  
me dan de Laura los ojos,  
que hallan competencia igual  
la inclinación de los dos.  
LOPE. Carlos todo lo merece.  
REY. En fin, ¿esta noche ofrece  
la victoria Leonor?  
LOPE. Vos

seréis, señor, dichoso  
gozando tanta hermosura.  
REY. Mi amor llega a ser locura.  
LOPE. El lance es dificultoso,  
por ser Carlos caballero  
tan de tu sangre y tu casa.  
REY. Amor que a locura pasa,  
todo lo atropella.  
LOPE. Espero  
algún daño.  
REY. Yo daré  
el remedio.  
LOPE. ¿Qué ha pensado  
vuestra alteza?) (1)  
CARLOS. (Tacón, yo he determinado  
pedir licencia.  
TACÓN. ¿Por qué?  
CARLOS. Por ausentarme y estar  
donde no vea el suplicio  
de mi injusto sacrificio.  
TACÓN. El Rey no te la ha de dar,  
y así, excusa de pedir.)  
LOPE. (Siempre a los Reyes, señor,  
les dió el Cielo más favor  
para saber discernir.  
El acuerdo es extremado:  
que menos que a tal grandeza  
no rindiera su cabeza  
Laura.  
REY. Yo, enamorado,  
logre esta vez el deseo,  
y después, lo soberano  
se acreditará en mi mano.  
LOPE. Digna es Laura del empleo  
que tú le has dedicado.)  
REY. Carlos, vuestra persona,  
viendo lo que en vos se abona  
mi gusto, he determinado  
que vos conozcáis en él  
la parte mayor, y así,  
habéis de acudir por mí,  
por noble, bizarro y fiel,  
a lo que Lope os dirá.  
El cuidado importa, Carlos.

*(Vase.)*

CARLOS. Tus preceptos, en guardarlos,  
nadie me aventajará.  
LOPE. Esta noche han de venir

(1) Estas dos palabras sobran para el verso y no hacen falta para el sentido.

dos damas a este palacio,  
y en este primer espacio  
las tenéis de recibir.  
El Rey manda las llevéis  
al jardín, sin preguntar  
quién son, y allí aguardar  
hasta que él vaya podéis.  
Esto importa a la obediencia.  
Avisar voy.

CARLOS. Es forzoso.

(*Vase.*)

TACÓN. ¡ Buen lance para un celoso!  
Pide ahora la licencia.

(*Asómese ALBA al paño, escuchando.*)

ALBA. ¡ Engaños de la paciencia,  
pensiones de la afición,  
sosegad! ¡ Aquí está Carlos!

TACÓN. El Alba otra vez, señor;  
amor la alienta; hazte grave.  
Habla con resolución,  
que amagos de la altivez  
son espuela del Amor.

(*Sale ALBA.*)

CARLOS. ¡ Señora!

ALBA. ¿ Carlos aquí?  
¿ Os dió ya el Rey, mi señor,  
licencia? Que oí le hablasteis.  
¿ Cuándo es la partida?

TACÓN. Hoy.

CARLOS. Calla, ignorante.

TACÓN. Yo digo  
la verdad.

ALBA. Pues di, Tacón,  
¿ pidió Carlos [la] licencia?

TACÓN. Sí, señora, y respondió  
el Rey...

ALBA. Dilo, acaba.

TACÓN. Escucha.  
Al cabo de un gran sermón  
de aquello "A mi hacienda importa  
ausentarme..."

CARLOS. ¿ No es error  
que escuche tu alteza un necio,  
cuando es tal mi confusión,  
el riesgo tan conocido,  
tan gran pérdida tu honor,  
tu majestad conocida,  
noble tu resolución,  
tus finezas ya lisonjas,

firme mi amante valor,  
tu empleo y mi muerte cerca,  
¿ duda en la resolución?  
Advertido está el acierto,  
pues de ausentarme cobró  
la vida entre los peligros  
un desahogo interior,  
una excusa de los riesgos,  
aunque dudosa la voz;  
pronunciando estos avisos,  
dudo si fuí lo que soy. (1)

ALCA. Carlos, si me escucha alguno...

TACÓN. Aquí no más de Tacón,  
y soy tan sordo que apenas  
oigo la pronunciación,  
que las palabras se pierden.  
ALBA. No he de ser la misma yo  
que ocasione aquesta ausencia.  
Pues ¡ ay, incapaz amor,  
que imposibles atropellas!  
Ten confianza mayor,  
que vivo en la fe que ofreces;  
pero dime la ocasión  
que siendo constante y firme  
te anima y te da valor.

CARLOS. ¿ No es bastante causa triste  
el articular la voz  
con un nudo a la garganta,  
susto mortal de esta acción,  
al pronunciar este afecto,  
al distinguirle ¡ ay rigor!  
queda vivo la alteza arroyo (2)  
que lisonja de la flor,  
murmura con las arenas,  
que al prado límites dió,  
y que ofendidos los Cielos  
de ver su demostración,  
como ingrato del paraje  
con acelerado horror  
convierte su cristal puro  
hielo y que el curso paró?  
Así, al decirte la causa  
que promueve esta pasión,  
murmura mi misma pena  
a espaldas de su rigor.  
Y el discurso que se esconde  
de ver su demostración,  
hace que turbe la lengua

(1) En los textos, "duda si fuí aquello que soy",  
que, sin mejorar el sentido, es verso largo.

(2) Así en los textos.

las palabras, porque son  
 áspides de mis deseos,  
 siendo hielo de la voz,  
 quedan suspensas y mudas,  
 siendo muerte de esta acción.

ALBA. Eso, Carlos, me contenta.  
 Tema el daño, que es Amor,  
 que a riesgos tan evidentes  
 jamás el premio faltó.

CARLOS. ¡Vivas más que el tiempo mismo!

ALBA. Adiós, Carlos.

CARLOS. Alba, adiós.—  
 Tacón, ¿qué dices?

TACÓN. Licencia,  
 que un adagio me enseñó:  
 "Quien se muda, Dios le ayuda."

CARLOS. No en aquesta confusión.

TACÓN. Pues ¿qué intentas?

CARLOS. Ser constante  
 y vuelva a vivir amor.

(*Vanse. Salen LAURA y CLARA con mantos.*)

LAURA. Clara, no hay que persuadirme.  
 Mujer soy; sólo quisiera  
 ser deidad, por que no fuera  
 capaz para arrepentirme.  
 Si aquesta resolución  
 te parece liviandad,  
 aspira a la majestad  
 de ser reina de Aragón.  
 Mientras la causa experimenta (1)  
 el daño mortal criatura,  
 en su misma pasión dura  
 porque la hiere y violenta.  
 Si el fuego a un leño se aplica  
 siempre el fuego está abrasando,  
 y, naturalmente hablando,  
 su mismo ser multiplica.  
 Pues si entre (2) amor inmortal  
 de día y de noche veo  
 enajenado el deseo,  
 ¿cómo ha de cesar el mal?

CLARA. Pues ¿qué intenta el Rey hacer,  
 ya que en su palacio estamos,  
 si a mi señor encontramos?

LAURA. Mi hermano mismo ha de ser  
 el que nos ha de llevar  
 adonde el Rey ordenare.

CLARA. Grande atrevimiento; pare

esta ignorancia en lograr  
 la gloria de tus deseos...

LAURA. El cochero y los criados,  
 ¿los dejaste ya avisados?

CLARA. Sí, señora. Los trofeos  
 de este amor ruego a los Cielos  
 sean tan a tu elección,  
 que el ser reina de Aragón  
 sea eclipse a tus desvelos.

LAURA. A esta parte te retira,  
 que aquí habemos de aguardar.

CLARA. Oír y ver y callar.  
 Gente viene.

LAURA. Quién son mira.

CLARA. Tu hermano, señora. Encubre  
 bien el rostro con el manto.

(*Sale CARLOS y TACÓN, de noche.*)

CARLOS. Cuando me abraza el encanto  
 que el alma mi fe descubre,  
 me entretiene el Rey así.

TACÓN. Si es forzoso obedecer,  
 no hay, señor, sino hacer  
 lo que te tocare a ti.  
 Si no miro mal, ya están  
 las dos que buscáis tapadas  
 prevenidas y avisadas.

CARLOS. Ellas, sin duda, serán.

TACÓN. Llega, pues; habla con ellas.

CARLOS. Licencia el Rey no me dió  
 para hablarlas.

TACÓN. Y yo,  
 ¿no puedo, sin conocellas,  
 decir a la compañera  
 un millón de disparates?

CARLOS. De obedecer sólo trates,  
 que es la profesión primera  
 de honor.

TACÓN. Yo no he tratado  
 jamás de caballerías.  
 Mis humanas correrías  
 estimo y he profesado,  
 y así de la obligación  
 en que me pones salí,  
 que no ha de culparme a mí  
 la falta de la opinión.

CARLOS. De una obligación prendado  
 vengo, señora, a serviros,  
 y si sois vos, advertiros  
 que el Rey me tiene mandado  
 que sirva, acompañe y lleve  
 al jardín; y por la parte

(1) Sobra una sílaba.

(2) Quizá "en mí" y no "entre".

donde estáis, el talle, el arte  
que la nube obscura embebe,  
juzgo que sois vos, y así  
seguid mis pasos, que yo  
hago lo que me mandó  
quien puede.

LAURA. (Ya vi (1)  
el riesgo en que estoy metida.  
CLARA. Pues ahora ten valor.  
LAURA. ¡Ay, lo que cuesta el amor!  
¡Si el menor riesgo es la vida!)  
CARLOS. ¿Qué decís, señora?  
LAURA. Nada.  
CARLOS. Aquí, señora, entraréis  
mientras que el dueño tenéis  
de Aragón.  
TACÓN. Señora tapada, (2)  
si de sobra acaso viene,  
quédese un poco atrás.  
¿Es muda?  
CLARA. Pienso que más.  
TACÓN. ¡Bizarro tallazo tiene!  
CARLOS. Ya cumplí lo que me toca.

(*Entranse las dos.*)

TACÓN. Y ahora, ¿qué hemos de hacer?  
CARLOS. Aguardar al Rey, por ver  
lo que manda.  
TACÓN. Punto en boca;  
que parece que midió  
los pasos, tiempo y lugar,  
y ya viene por lograr  
la gloria que te encargó.

(*Sale el REY y LOPE, de noche.*)

REY. Tiempo, si valor tuvieras,  
mi pensamiento igualaras;  
pero no atrás te quedaras  
por más priesa que te dieras.—  
Don Lope, ¿si habrá venido  
el encanto que deseo?  
LOPE. Ya juzgo que a Carlos veo.  
CARLOS. (Si él es, efecto ha tenido.  
TACÓN. Gente, señor, aparece.  
CARLOS. ¿Será el Rey?  
TACÓN. No me parece  
que tiene talle de rey.) (3)  
REY. (¿Si es aqueste Carlos?

LOPE. Será fácil cosa, (1)  
llegando a reconocerle,  
[el] saber quién es.) ¿Quién va?

(*Llega LOPE embozado.*)

CARLOS. El que saberlo pretende,  
¿quién es?  
REY. El Rey.  
CARLOS. ¡Gran señor!  
REY. ¿Carlos?  
CARLOS. El que apetece  
sólo las glorias (2)  
de servirte eternamente.  
LOPE. (Celosas desconfianzas (*Aparte.*)  
donde el ánimo se atreve  
a contrastar imposibles  
siendo plumas de amor leve.)  
REY. ¿Lope?  
LOPE. Señor, ¿qué intentas?  
REY. Llegar adonde amanece  
el sol en púrpura rosa  
cuando sus rayos alegres,  
siendo anuncio para el día,  
cándidos celajes vierte.  
LOPE. Muy enamorado estás.  
Ya juzgo que Aragón tiene  
reina.  
REY. Así lo entiendo.  
LOPE. En fin, ¿a Carlos pretendes  
dejar por custodia tuyo?  
REY. ¿Quién hacerlo como él puede?  
Que así aseguro de Laura  
los ciertos inconvenientes.  
Su padre está recogido.  
Hasta aquí feliz la suerte  
se muestra a mis pretensiones.  
LOPE. Ruego al Cielo que lo aciertes.  
Yo me voy, con tu licencia.  
REY. Lope, entretenerte puedes;  
que quedando yo con Carlos  
seguro estoy.

(*Habla el REY y CARLOS; LOPE, como que se va.  
vaya diciendo hasta esconderse en la otra puerta:*)

LOPE. (Ya me advierten  
los Cielos el desengaño  
de tan infelice suerte.  
El Rey, amoroso amante,

(1) Verso corto.

(2) Verso largo. Quizá diría Tacón: "Señá tapada".

(3) Falta el primer verso de esta redondilla.

(1) Pasaje defectuoso por el metro y la rima.

(2) Verso corto. Pudiera leerse: "tan solamente las glorias".



el imposible promete  
 en palabras que, dudosas,  
 verdaderas se desmienten.  
 Si Laura ha de ser mi esposa,  
 si así tratado lo tiene  
 su padre... ¿Qué es esto, Cielos?  
 ¿A quién tal lance sucede?  
 ¿Si conseguirá el ser reina?  
 Padeciendo eternamente  
 la pérdida de sus ojos,  
 ¿viviera en la pena alegre?  
 Pero en duda, la elección...)

CARLOS.

El servirte eternamente  
 glorioso blasón es mío.

REY.

En esta puerta entretiene  
 hasta que yo salga.

(Vase.)

TACÓN.

Hombre

a la mar. He aquí vienen  
 dos hombres. Di, ¿qué has de hacer?

CARLOS.

Defender briosamente  
 la puerta. Pero al jardín  
 del Rey ¿quién intentar puede  
 tal acción? ¿Tú no sabrás  
 pelear con uno?

TACÓN.

Mienten, sí,  
 cuantas imaginaciones  
 han podido convencerte  
 a que yo he de pelear.  
 Tú reñir con ellos puedes,  
 que yo ni lo he imaginado.  
 (Ya el Rey del jardín parece  
 que eclipsa pintadas flores,  
 ya que entre lazos alevés  
 a la voluntad del alma  
 en Laura a la gloria advierten.  
 ¡Paciencia, o matadme, Cielos!)

LOPE.

(Ya el Rey del jardín parece  
 que eclipsa pintadas flores,  
 ya que entre lazos alevés  
 a la voluntad del alma  
 en Laura a la gloria advierten.  
 ¡Paciencia, o matadme, Cielos!)

TACÓN.

Aquí algún rumor se advierte.  
 Esto es lo que yo temo.

CARLOS.

Cuando mi brazo valiente  
 tienes a tu lado, ¿tiemblos?

TACÓN.

Pues pregunto: ¿es contingente  
 que el golpe que a mí me tiren,  
 si hay dos para el ofenderte,  
 que tú lo excuses, señor?

CARLOS.

Sé que la destreza puede  
 con una mano librarte  
 y con otra defenderte.

TACÓN.

¿Y si el otro también sabe  
 esas tretas y apetece  
 con ambas manos el daño?

CARLOS.

¡Por Dios, que me desvaneces!

LOPE.

(Ya no hay resistencia, Cielos.  
 La llave maestra puede  
 abrir [la] puerta al jardín;  
 la industria todo lo vence.  
 A Carlos he de embestir,  
 y el valor con celos puede  
 atropellar imposibles;  
 que no hay, Amor, que vence (1)  
 soberanas atenciones  
 cuando los celos encienden  
 volcanes de confusión.

Al ruido ha de oponerse  
 el Rey, y podré, entre tanto,  
 pues la obscuridad promete  
 confusas, lóbregas sombras,  
 hacer que Laura se ausente  
 fingiendo que el Rey lo manda.  
 Esto importa. Amor, valedme.)

TACÓN.

Señor, que se llega un bulto.  
 Un gigante me parece.

CARLOS.

¡Quién fuera David ahora!

TACÓN.

Necio, estás impertinente.  
 Es uno, y a ti te toca;  
 que vino cómodamente  
 sin Cirineo en su ayuda.

(Llega LOPE con la espada en la mano.)

LOPE.

Antes que a enojarme llegue,  
 aquea puerta me importa  
 que dejéis.

CARLOS.

¿Quién lo pretende?

LOPE.

Ahora lo echaréis de ver,  
 y que pude resolverme  
 cuando ya de los peligros  
 tuve los riesgos presentes.

TACÓN.

Vusted no tiene conmigo  
 qué pedir ni en qué meterse,  
 que yo vengo con quien vengo.

CARLOS.

A un imposible te atreves.

LOPE.

Como yo soy imposible,  
 sólo imposibles pretende  
 vencer este altivo brazo.

CARLOS.

Hombre o demonio, ¿quién eres?  
 ¿qué solicitas?

LOPE.

Mataros,  
 si la entrada se defiende.

TACÓN.

Señor, ya digo que yo  
 soy neutral y que no tiene  
 en qué meterse conmigo.

(1) Así en el original. Quizá "respete".

REY (*dentro*). ¿Quién es el traidor alevé

(*Entranse CARLOS y LOPE acuchillándose y TACÓN sin sacar la espada.*)

que este reino oculto inquieta?  
¿Cómo inadvertidamente  
este venerado imperio  
profanas?

(*Sale el REY y TACÓN.*)

TACÓN. El que se atreve  
no he conocido quién es.  
Soy Tacón, que, al responderte,  
desconocílo yo mismo.

REY. ¿Tacón es?

TACÓN. Apenas puede  
confesar sus movimientos,  
pues la turbación pretende  
que, olvidado de mí mismo,  
sólo tu piedad espere.

CARLOS (*dentro*). Aunque sean tan veloces  
tus pies que a las plumas dejen  
atrás, te he de conocer;  
mas la obscuridad desvanece (1)  
el pensamiento, y perdido  
estoy de su vista ausente.  
Mas aquí pienso que está.—  
Di quién eres, o la muerte  
será el fatal precipicio  
de tu presunción alevé.

REY. ¿Carlos?

CARLOS. Pues ¿tu alteza aquí?  
En los ojos de esta fuente  
que adornan jazmín y yedra,  
cinamomos y laureles,  
se escondió. ¿Quién fué la causa  
que tu clausura se inquiete?  
REY. (¿Dónde camináis, desvelos?  
Mas no, que si Carlos fuese,  
con menos justa modestia  
cobrara su honor.) No quede  
retiro en todo el jardín  
que no se busque. (¿Quién puede  
creer lo que ha sucedido?)

(*Vanse. Queda TACÓN escondido y sale LAURA y LOPE.*)

LOPE. Por aquesta parte llegue,  
que está más oculto el coche.

LAURA. ¿Que el Rey manda que me ausente,  
don Lope?

LOPE. Sí, [mi] señora.

TACÓN. (Parece que vuelve gente;  
y es un ejército entero.)

LOPE. Un hombre, si no desmiente  
la obscuridad de la noche,  
hacia esta parte parece,  
y es fuerza que se desvíe.

TACÓN. (¡Que se llegan! ¿Quién me mete  
en usar galanterías?

¿No era mejor esconderme?)

LOPE. Déjeme usted la calle.

TACÓN. La calle tenerla puede  
vuesa merced cuanto guste,  
que a intentar no se atreve  
mi pecho tan grande carga.

LOPE. No es tiempo de que graceje,  
sino, pues le doy que escoja,  
irse o pagar con la muerte.

TACÓN. ¡Jesús, de muy buena gana,  
pues no hay cólera que anime  
lo contrario! Ya me voy.

LOPE. Eso es lo que le conviene.

LAURA. (¡Qué confuso barbarismo  
Amor a mi engaño ofrece!  
¡Porfiar hasta ser reina!)

LOPE. (Amor, tú me favoreces.)

(*Vanse.*)

TACÓN. Yo salí bien de este engaño.  
¿A quién sino a mí suceden  
lances tan dignos de esfuerzo?

(*Sale ALBA al balcón.*)

ALBA. En aquesta parte hay gente.  
El ruido del terrero  
ha sido grande, y pretende  
el deseo ver si es Carlos.

TACÓN. En aquel balcón parece  
que tenemos otro empleo.  
Paséome a lo valiente,  
despojo todo temor,  
y venga lo que viniere.

ALBA. ¿Ce?

TACÓN. ¿Quién pretende ahora,  
cuando la noche promete  
tal obscuridad, ser día?

ALBA. ¿Es Tacón?

TACÓN. (¡Que luego fuese  
conocido cuando quise  
ser un gran señor!) ¿Quién puede  
ser si no yo quien aguarde  
a que esos rayos alegres  
me manden en qué les sirva?

(1) Verso largo.

ALBA. ¿Tu señor?  
 TACÓN. El Rey y él pretenden (1)  
 examinar el jardín  
 porque dentro de él ver quieren  
 un hombre, rayo o demonio  
 de estos de brazo valiente,  
 acero a lo matador,  
 que a ellos dos siendo ellos veinte...  
 ALBA. ¡Qué ensarta de disparates!  
 TACÓN. No te espantes, que aquí vienen  
 otros bultos. (Y yo tiemblo.)  
 ALBA. Si es Carlos, dile que espere,  
 que le quiero hablar; y adiós.  
 (Vase. Sale el REY y CARLOS.)  
 REY. El imperio de los reyes,  
 la majestad de su nombre  
 a semejantes vaivenes  
 los sujeta la fortuna.  
 CARLOS. Pues que las damas se fuesen,  
 ¿qué fué la causa, señor,  
 el temor de conocerlas?—  
 ¿Quién está aquí?  
 TACÓN. Yo, señor.  
 REY. ¿Viste salir dos mujeres  
 por aquí, Tacón?  
 TACÓN. Sí vi.  
 (Gracias doy al Rey de reyes  
 que una vez se vió en comedia  
 “viste” a que [se] respondiese  
 con propiedad, sin buscar  
 a Plinio que lo sentencie.)  
 Yo las vi entrambas, señor,  
 y un hombre impertinente,  
 por que le diese lugar...  
 REY. ¿Qué  
 te hizo?  
 TACÓN. ¿Qué había de hacerme  
 estando de esta manera?  
 REY. ¿Llevóselas?  
 TACÓN. No hay quien pueda  
 confesarte lo contrario.  
 REY. ¡Gallardo brío!  
 TACÓN. ¡Excelente!  
 REY. Ya se abrasa el alma en celos.  
 CARLOS. Tu majestad recogerse  
 puede, porque ya es muy tarde.  
 REY. ¡Qué mal puede recogerse  
 quien tiene un volcán de celos  
 en el alma!

CARLOS. Lo prudente  
 tiene en ti más propiedad.  
 REY. Carlos, cuando el harpón hiere  
 de Amor, sujeta al cuidado  
 y la majestad de reyes,  
 y si a amor se añaden celos,  
 no hay sujeto que veneren.  
 Carlos, vos mirad si vuelve.  
 TACÓN. ¿A qué tiene de volver  
 si se llevó las mujeres?  
 REY. Dices la verdad, Tacón.  
 (Amor, ¿qué género es éste (Aparte.)  
 de tormento y confusión?  
 Siendo Laura la que puede  
 prestar al sol hermosura  
 y es quien es, ¿cómo se atreven?  
 Desvanecidos engaños,  
 ¿lo que se ve ha de creerse?  
 Sí; confuso y triste estoy,  
 paciencia. ¡Cielos, valedme!)

(Vase.)

TACÓN. Albricias, señor, albricias...  
 CARLOS. (Pues ¿ofrecértelas puede  
 un pensamiento que vive  
 con amagos de la muerte?)  
 TACÓN. Porque la Infanta...  
 CARLOS. ¿Qué dices?  
 TACÓN. Que la Infanta verte quiere,  
 que así me lo mandó a mí.  
 CARLOS. ¿Intentas desvanecerme?  
 TACÓN. No, que ya está a la ventana. (1)

(ALBA a la ventana.)

ALBA. ¿Ce? ¿Es Tacón?  
 TACÓN. Tacón es,  
 que sólo a serviros viene.  
 ALBA. (Cuidadosa vengo, Amor,  
 por ver lo que ha sucedido;  
 ¡qué imperio tan atrevido  
 consuela tu loco ardor!)

TACÓN. Animo; llega, señor.  
 ¿Fáltate el atrevimiento?  
 El celestial firmamento  
 ¿no miras claro, brillante?  
 Llega con quejas de amante  
 y avisos de sentimiento.

CARLOS. Las aves reconocidas  
 ya a vuestros ojos están,

(1) Verso largo. Pudiera leerse: “Y el rey pretenden”.

(1) Falta un verso después de éste para la regularidad del romance.

diciendo a voces que os dan  
en sacrificio las vidas.

Gloria es el verse vencidas  
cuando su canto escucháis,  
porque las lisonjeáis  
en el atención, señora,  
y así a un alma que os adora  
vida con la muerte dais.

Yo, que de razón soy parte,  
vuestros ojos sigo ahora,  
y si os examino aurora  
vence este crédito el arte.  
Deidad del cielo os reparte  
para poder celebraros,  
si estuvo el ver en amaros,  
los desaires en perderos.  
¡Dichoso el que ha de teneros  
sin llegar a enamoraros!

¡Dichoso el que ha de llegar  
a ser de tan bellos ojos  
lazo, venciendo despojos  
que amor no pudo alcanzar!  
¡Dichoso el que ha de lograr,  
en tan apacible suerte,  
la gloria que en vos se advierte  
con una afición rendida,  
pues dándole a Enrique vida  
le dais a Carlos la muerte.

ALBA. Carlos, siempre agradecida  
de vuestra fineza estoy,  
aquella que vistes soy  
constante y reconocida.  
Estimad más vuestra vida,  
que os prometo que ha costado  
más de un amante cuidado.  
¿Os hirieron?

CARLOS. Sólo Amor.  
ALBA. Yo os agradezco el favor.

(Vase.)

CARLOS. Yo a vuestra alteza el cuidado.  
¿Qué importa que su favor  
dé a mis deseos aliento,  
si la presencia del viento  
aún tiene imperio mayor?  
¿Qué importa que tenga amor  
si, abrasado en mis desvelos,  
muero a manos de mis celos  
viendo que es fuerza el vencer  
del Príncipe su poder?  
¡Paciencia, o matadme, Cielos!

## ACTO SEGUNDO

(Sale el PRÍNCIPE DE NAVARRA y DON FERNANDO,  
de camino.)

PRÍNCIPE.

Al margen de ese arroyo,  
en el blando regazo de esas ondas,  
a quien abril compuso  
de hermosura y agrado  
lo que negó a la selva y quitó el prado,  
con tanta variedad en los colores  
que, bordando lisonjas a porfía,  
cada mancha que el suelo recibía  
tan diversos lograba los matices,  
que viven ramilletes  
sirviendo al sol de alfombras y tapetes  
a quien florido prado  
marciten (1) en arneses y bridones  
tan hijos ya del noto,  
que, igualando su ser en la carrera,  
poco estrecho parece larga esfera,  
pues lisonja del viento,  
fueron emulación de su elemento,  
sosegad, don Fernando,  
en tanto que, celoso del deseo,  
doy pena al cuidado,  
tan hijo de mi empleo,  
que en justa duración del mal usado  
vive tan a mi costa en sus enojos,  
que infierno es ya lo que esperé despojos.  
Mis infantes valientes,  
en quien mi enojo y mi poder se fía,  
del sol rayos ardientes,  
cubran la linfa de esta fuente fría;  
serán dibujo hermoso  
a la ciudad, a nuestro ejército brioso.

FERNANDO.

Cuando de paz dichosa  
con Aragón convocas el deseo,  
en una edad hermosa  
das lugar a la gloria de Himeneo,  
¿armado te previenes,  
jinetes juntas y recelos tienes?  
Y ya que Zaragoza  
ves coronar la frente de rubies,  
y vestido de rosa y alhelis  
parece el rojo dios en su carroza,  
y a ver tu esposa vienes,  
¿gimes la ausencia de perdidos bienes?

(1) Así en los textos.



PRÍNCIPE.

Sí, que Amor pudo errante  
no consentir lo que padezco amante,  
y así mi confianza  
es tanta, don Fernando, que el ausencia  
ha de dudar, aunque presente asisto,  
que mal mi amor a mi pesar resisto.  
No determino la prisión del alma  
sin que primero la amorosa calma  
de Lisi, en quien adoro,  
vea si priva su mayor tesoro.  
Dadme paciencia, Cielo.  
Viva el amor y dé muerte al desvelo,  
en tanto que yo veo  
si de la Infanta de Aragón mi empleo  
divierte mi cuidado.  
En tanto, disfrazado,  
asistiré a su lado cuidadoso,  
mi embajador serás; lance forzoso,  
de un accidente fiero,  
que siento amante y que constante espero.  
¡Esta resolución vive en el alma!  
Logre mi amor su enamorada palma,  
si no de Alba los ojos  
privan la fe y excluyen los enojos.  
Permite este recato  
no conocerme en [no] tener retrato.  
Con segura licencia  
entra mi Infantería  
a ser un sol antípoda del día  
en Aragón, en tan seguro engaño,  
que no habrá quien prevenga el desengaño,  
pues finge mi decoro  
guerra a Castilla cuando freno al moro.  
El Rey concede mi aprobado intento  
y su ejército da plumas al viento  
cuando yo, en nuevo abismo,  
no conozco mi ciego barbarismo.  
¡Aléjense apacibles,  
venciendo mi rigor los imposibles,  
mis valientes soldados,  
de Júpiter afectos animados,  
en cuyos tornasoles  
arneses lucen y eclipsando soles!

FERNANDO.

¡Dura acción acredita a vuestra alteza!  
Alba es eclipse a la mayor belleza;  
el mismo sol lo diga,  
pues de su luz la misma luz mendiga.  
Pero si obedecerte  
hoy mi lealtad me advierte,

acredito su invento.

¡Que tanto pueda este interior tormento!

PRÍNCIPE.

Ya ves que mi deseo  
duda el afecto de tan alto empleo,  
que intento, disfrazado,  
dar alivio al cuidado;  
que si Alba es premio hermoso  
que divierta el incendio riguroso.  
Y puede ser, Fernando,  
que algún aleve, cuando  
estoy a tu servicio conducido,  
diga quién soy. Presume que he venido  
con alguna cautela  
a ser de aleve trato centinela,  
no te admires que quiera  
tener con mi valor esta frontera;  
que es asegurar el daño  
prevenir el futuro desengaño.

FERNANDO.

Tu valor a tu ingenio no prefiere.

PRÍNCIPE.

Todo lo mira quien errar no quiere.  
Odios al de Aragón tiene Navarra;  
quiere que esté mi prevención bizarra  
tan cerca a Zaragoza, tan unida,  
que, al primer movimiento de mi furia,  
ejecute el rigor logros de injuria.  
Pues el Rey lo consiente,  
¡viva el valor y el atrevido intento!—  
Claudio, dame un caballo;  
en Zaragoza entremos  
a ver la vida en variedad (1) de extremos.

FERNANDO.

Ya el sol ardiente tira  
por sus rayos la eclíptica que mira;  
llega a ver tu esperanza  
en más seguro fin.

PRÍNCIPE.

La confianza

no excluye mis enojos.—

¡Amor, déjame ver con libres ojos!

*(Vanse. Sale el REY y DON LOPE.)*

REY. De la suerte que te digo  
mi pena se ha acreditado,

(1) En los textos, "vanidad", que no hace sentido

dando cuidado a cuidado  
sin conocer mi enemigo.  
Desvelado en mi temor  
y apacible en el tormento,  
doy lugar al pensamiento  
que acredita este rigor.  
Si de Carlos no tuviera  
tan justa satisfacción,  
muriera de confusión  
y más el dolor sintiera.  
Salir Laura del jardín  
con un hombre acompañada...

LOPE.

Parece ilusión soñada.

REY.

Ella es la verdad, al fin.  
Celoso desasosiego  
atormenta el pensamiento,  
siendo Laura el alimento  
de tan amoroso fuego.  
Si acaso sube el recelo  
a imaginación de ofensa,  
no hay segura recompensa  
para tan hermoso cielo.  
¡Cielos, no aumentéis desvelos  
cuando es preciso el cuidado,  
que es menor el mal dudado  
que examinados los celos!—

Don Lope, a Laura verás  
y de parte de mi amor  
cuenta la pena y dolor  
y el sentimiento dirás,  
y, en fin, que esta noche espero  
verla en su casa o vencer  
de este desvelo el poder,  
si no es que primero muero.

LOPE.

Tanto amor parece en ti  
des crédito de valor.

REY.

No hay poder contra el Amor,  
que tiene su imperio en mí.

LOPE.

Pues de Carlos, ¿qué has de hacer?  
Él te sirve de tercero.

REY.

Ocuparle en el terrero,  
que es lo más que puede ser.  
Esto le importa a mi gusto.

LOPE.

A mí, sólo obedecerle.  
(¡Cielos, qué infelice suerte!) (Ap.)

REY.

Sea justo o no sea justo,  
esto elige mi deseo.

LOPE.

(Amor, ¡qué nuevo cuidado  
al pensamiento le has dado!)

REY.

¿Qué dices?

LOPE.

Que de tu empleo  
nadie goza mayor parte.

REY.

Esto importa; parte luego.

(Vase.)

LOPE.

Ya todo un volcán de fuego  
por las venas se reparte.  
¡Amor, tu rigor detén;  
ver quiero mi desengaño,  
porque no es tan grande el daño  
cuando no se espera el bien!  
Vencer en Laura el desdén  
fuera enamorar la arena  
y esperar su luz serena  
ver sosiego en mi memoria,  
pues si no espero su gloria,  
menos sentiré mi pena.

Válgame industria y porfía  
hasta vencer su rigor,  
que el no emprender con amor  
indicio es de cobardía.  
Mas ¿qué importa mi osadía  
cuando tan seguro indicio  
de mi muerte está propicio,  
que, si le alcanzo, recelo  
que será verme en su cielo  
para mayor precipicio?

(Vase. Sale LAURA y CLARA.)

CLARA.

¿Por qué tan triste, señora?

LAURA.

No sé, Clara, lo que tengo.

GLARA.

Amor será.

LAURA.

No lo dudo.

CLARA.

Amor que apetece efectos.

LAURA.

No sé, Clara; sólo sé  
que, apeteciendo el empleo,  
muero a manos de un cuidado,  
dudando lo que apetezco.  
Yo ayer mañana imperioso  
imposible en este efecto,  
animé resoluciones,  
dando el honor escarmentos.  
Fuí anoche, como tú sabes,  
atropellando el deseo  
tanto imposible gigante,  
tanto inconveniente cierto,  
guiada de una majestad,  
de mi amor dichoso empeño,  
que, a no ser de aquesta suerte,  
no animara el libre exceso.  
Cuando a lograr la esperanza,  
entre temores resuelto  
mi valor, las diversiones  
que viste, Clara, padezco,

llegar don Lope y decirme  
que el Rey manda que al momento  
a mi casa me retire;  
yo, confusa, obedecerlo.  
Don Lope hallarme turbada;  
lo que pasó en el terrero  
y lo demás que tú sabes,  
me tienen en un aprieto,  
que, animando mi valor  
y asegurando remedios,  
muriendo del bien que vivo,  
no vivo del mal que muero.  
¿Y qué imaginas?

CLARA.

LAURA.

Ser firme;  
que a la causa el duelo  
permite aqueste decoro  
es forzoso mejor medio.  
Sólo en lances tan notables  
se ha de atropellar el riesgo;  
por sólo reinar se excluyen  
los más seguros respetos.  
Julio César, por reinar,  
perdió al decoro el acierto.  
Yo, en mi propia obligación,  
animo el brioso empeño,  
y así, guiada del amor,  
Clara, ambiciosa peleó,  
por ser tan dueño de mí,  
que ningún peligro temo.  
Señora, tu padre viene.  
Que me cansa te prometo.  
Divierte ahora tus penas.  
¿No ves que su pensamiento  
ofreciéndome a don Lope,  
hace mayor mi desvelo?

CLARA.

LAURA.

CLARA.

LAURA.

(Sale el ALMIRANTE.)

ALMIR.

Mi Laura, sólo un cuidado  
me ha traído a tu aposento,  
tan lleno de confusiones,  
que apenas los pasos nuevo,  
solicito y cuidadoso,  
sin el juvenil aliento,  
ya cadáver más que forma  
que ofrece triunfos el tiempo.  
Antes que holocausto sea  
del último fin, pretendo  
ver, Laura, tus bellos ojos  
en el lazo de Himeneo.  
Ya otra vez te he tratado  
de tu primo el casamiento:  
hoy tiene más pronto el fin;

hoy, con más seguro acierto,  
veré el triunfo que me anima  
y el mayor bien que deseo.  
Ya ves lo bien que te está,  
por bizarro, por discreto,  
el valimiento del Rey  
por tan noble caballero.  
No sé que tenga respuesta,  
que, pendiente de tu acento,  
fluctúa el alma. ¿Qué dices? (1)  
Que tu elección obedezco.  
¿Dame mil veces tus brazos,  
que hoy he visto en el tormento  
de mis ya cansados años  
los verdores que apetezco!  
Esto se hará brevemente;  
la licencia al Rey pretendo  
pedir mañana. ¡Adiós, Laura!  
¡Mil siglos te guarde el Cielo!  
¿Qué gusto hay como mirar  
que tú guardes mis preceptos?  
¡Volver te quiero a abrazar  
por el gusto que me has hecho!

(Vase.)

LAURA.

Ya es más riguroso el mal;  
tal, que por su causa intento  
afligir el pensamiento,  
vivir con pena inmortal,  
porque el alma racional,  
ya dispuesta a la elección,  
si halla imposible la acción  
cuando el objeto se inclina,  
el tiempo que no termina  
es más alma la pasión.

El Rey me habló, le estimé,  
y amor tan firme ha vencido,  
que esperanza he conducido  
con créditos de mi fe;  
porque, aunque nunca le hablé  
con tierno afecto, ¡ay rigor!,  
sé quién es, y de mi amor  
juzgo imposible el intento,  
y engañando el pensamiento,  
hago la pena menor.

CLARA.

Si acaso, dime ahora,  
el Rey, como puede ser,  
estimase otra mujer,  
¿qué intentas hacer, señora?

(1) Difícil será creer que Lope pudo escribir tan incorrectos versos.

LAURA. Amar mientras que se ignora,  
cuando ya aspiro a reinar.

CLARA. Eso es morir.

LAURA. Es amar.

CLARA. Modera el rigor violento.

LAURA. ¡No hay remedio a mi tormento!

CLARA. Pues morir y porfiar.

LAURA. Así, mi afecto siguiendo  
mi padre, y su fe engañando,  
iré el riesgo dilatando  
que en el alma estoy sintiendo.  
Miro el bien, la pena entiendo,  
deseo, espero dudando,  
el bien y el mal recelando.  
En tan confusa violencia,  
tan buena es la indiferencia,  
que la estoy idolatrando.

Aquí me sirve de vida  
lo que divierto la pena;  
el pesar que la enajena  
gloria es en mí conocida.  
Porque si luego, rendida,  
he de conocer el daño,  
siendo el rigor tan extraño,  
la duda intento seguir,  
por ver que es mejor vivir  
con buena fe en el engaño.

CLARA. Don Lope, señora, viene,  
o (1) mejor diré tu daño.

LAURA. Mi amor, para aquese engaño,  
nuevos afectos previene.

(Sale DON LOPE.)

LOPE. No os parezca atrevimiento  
ver que os diga de esta suerte  
que vengo a buscar mi muerte  
perseguido de un tormento.  
Y es tan grande su rigor,  
que, aunque me promete vida,  
me da la muerte escondida  
con una capa de amor.  
Matadme o dadme la vida  
cuando existe en vuestra mano,  
que no espero bien, si gano,  
que vos seáis mi homicida.  
Veis en mí, en extremos tales,  
en una parte mi amor,  
y al Rey, amante traidor,  
con aparentes señales.  
La violencia de mi engaño,

cuando el desengaño veo,  
hace mayor el empleo,  
aunque miro el desengaño.  
Vuestro padre, en este instante,  
el "sí" por vos me ofreció,  
cuando en dudas concibió  
mi pecho esa luz constante. (1)  
¡Excluid la vanidad  
de aquesta imaginación!  
¡Goce yo la posesión  
de esa divina beldad!

LAURA. Admirada, y con razón,  
de vuestro extremo he quedado,  
porque no sé que haya dado  
a aquese amor ocasión.  
Caminante a lo ligero,  
vuestra pretensión se imita  
o cifra en arena escrita (2)  
borrada al tiempo primero.  
Es (3) de Amor transformación  
del amante, en lo que ama;  
delirio Ovidio le llama;  
yo, un accidente o pasión.  
Y en mí falta lo afectuoso  
y el olvido se acredita;  
poco importa o solicita  
vuestro deseo amoroso.  
Ya en mí tenéis conocido  
este imperioso fervor  
que aspira a logro mayor.  
Que sirváis al Rey os pido,  
y adiós, si no tenéis más  
que decir. ¿Que he de escucharos?

(Vase, y detiéndela LOPE.)

LOPE. Jamás pretendí enojaros.

LAURA. ¿Qué queréis?

CLARA. ¡Cruel estás!

LOPE. El Rey...

LAURA. ¡Oh, qué bien empiezas!

LOPE. (Tened paciencia, valor.)  
Me dijo que del favor  
de sus constantes finezas  
os quiere esta noche dar  
segura satisfacción.  
Guía una amante pasión  
que anoche pudo escuchar  
el serviros. ¡Santos Cielos, (Ap.)

(1) En los textos, "usar tu inconstante" y "esas  
tus inconstante".

(2) En los textos, "en corona oscura".

(3) En los textos, "Soy".

(1) En los textos, "sí".



tened lástima de mí,  
que habré de salir de aquí  
muerto de amor y de celos!)

LAURA. ¿Qué modo puede tener  
el venir Su Majestad?

LOPE. El modo, esa voluntad  
lo tiene de disponer.

LAURA. ¿Y mi hermano?

LOPE. En el terrero  
lo tendrá el Rey ocupado.

LAURA. Mi padre estará acostado  
a las doce. Vos primero  
podéis, don Lope, llegar,  
que Clara abrirá la puerta.

(Vase.)

LOPE. ¡Qué breve Amor se concierta!  
¡Industria, vencer y amar!

(Vase. Sale el REY, el PRÍNCIPE DE NAVARRA, DON FERNANDO, CARLOS, TACÓN y ALBA, con acompañamiento.)

FERNANDO. Esta es la causa, señor,  
de que el Príncipe no venga.  
Y como es forzosa acción  
de quien al tálamo llega  
llegue libre de accidentes,  
quiso asegurar la queja  
del camino en el descanso.

REY. Cuando mi reino le espera  
con tan bien nacido gusto,  
con entrañas tan sinceras,  
con amor tan apacible,  
y con tan hermosa prenda  
como mi hermana, fué agravio.

FERNANDO. Eternice sus finezas  
la inmortalidad del tiempo,  
que toda su fama (1) misma  
se acreditan en Enrique  
paz de tan sangrienta guerra;  
llega gozoso a mirarse  
en los brazos que desear,  
con gusto de hallar, señor,  
en vos amistad más nueva,  
que en los tiempos que se os rinden  
en anales se celebran.  
Trae el más vistoso ejército  
que en aparatos fomenta  
de Marte la majestad,  
de Júpiter la violencia.

(1) En el ms. de Londres, "forma misma".

REY. De esta vez verá Castilla  
el castigo que le espera,  
que con el mismo ejercicio  
Aragón a Enrique espera.  
Todo es plumas, todo es galas,  
todo arneses y escarcelas,  
por que al Príncipe siguiendo  
sea norte de la guerra.  
(Amor, ya llego al suplicio. (Aparte.)  
¡Quién hoy un villano fuera  
que, sin crédito de honor,  
su fama diera a la ausencia!)  
(El REY a FERNANDO a solas.)  
(Ya en los ojos dice el alba  
ver tu sol alegre espera.  
¡Cielos, remediad mis males!)  
ALBA. (Carlos, la color depuesta, (Ap.)  
en los avisos del alma  
sus tiernos pesares muestra.  
Sienta el querer ausentarse  
como riesgos no padezca.  
Pero no, Amor apacible,  
se ejecuten tus violencias,  
que es logro de mi afición  
y iré a la parte con ellas.)

FERNANDO. No habrá más gloria en Navarra  
que cuando llegue su alteza  
a ser el sol de sus muros  
y el cielo de sus esferas.

PRÍNCIPE. Fernando, no duda el alma (Ap. a él  
Lisis vivo amor fomenta  
el hechizo de esos ojos.

REY. Dejar quiero a vuestra alteza  
en su cuarto.

ALBA. Son favores  
de su [real] mano.

REY. Desea  
mi amor veros en el trono  
que las águilas prosperan. (1)

FERNANDO. ¿Qué te parece, señor?

PRÍNCIPE. Que con el mover la lengua,  
con escuchar sus razones,  
mal segura recompensa  
tiene ya en su incendio amor.

FERNANDO. Ruego a Dios que de Alba seas.

(Vanse y quedan CARLOS y TACÓN.)

CARLOS.

Fálteme el gusto, soberanos Cielos,  
el bien, la paz, amor, el alegría,

(1) En los textos, "ampanan", que no rima.

v sólo tenga la paciencia mía  
ansias, penas, enojos y desvelos. (1)

Engaño, antojos, quejas y porfía,  
y escuche al son de la cadena impía  
desdenes y congojas, llanto y celos.

Tristezas quiero, Amor, y [quiero] engaños,  
porque veo en la fe del bien que adoro  
dudas, sustos, temor, males y daños.

Y si por firme gozo el bien que adoro,  
cesarán los temidos desengaños  
que dudo, sufro, callo, peno y lloro.

TACÓN. No sé cómo te remedie,  
cómo te ofrezca consuelo.  
Tierno Jeremías eres  
y no es tu llanto su ejemplo.

¿Quieres hacer lo que yo  
te dijere y te aconsejo?

CARLOS. Excusa tus vanidades,  
tus discursivos gracejos.

TACÓN. Olvida.

CARLOS. ¿Cómo olvidar?

TACÓN. De esta suerte: haciendo  
un propósito muy firme  
de olvidarte a tu desvelo,  
o finge que ya no quieres.  
CARLOS. No es posible, cuando tengo  
el alma en fuego inmortal;  
negar mi dolor no puedo.  
Haz cuenta que finjo ya  
y que en el mismo desvelo  
me abraso. ¿Qué importa, dime,  
que niegue cuando padezco?  
No es posible, Tacón, no,  
cuando así estoy padeciendo,  
lisonjear el dolor  
siendo inmortal el afecto.

Abrásame mis potencias;  
¿digo entonces que no siento?  
¿Qué importa mentir la boca  
si pena el entendimiento?

Aplica el fuego a una mano  
y desmiente tú el incendio,  
verás si el fuego te abrasa.

TACÓN. Toma para ti el consejo.  
Mas el Rey y Lope salen:  
Acates es de su imperio.

(Sale el REY y LOPE.)

REY. Sólo con esta respuesta  
tiene mi pesar remedio.—

Carlos, mañana entra aquí  
el Príncipe. En vos he puesto  
la disposición, el modo,  
por que asegura el despejo  
de vuestro claro discurso.  
el más ajustado acierto  
para recibirle.

CARLOS. En todo  
vuestra grandeza da aumento  
a mi humildad.

REY. Esta noche  
me aguardad en el terrero  
hasta las doce, que yo  
iros a buscar pretendo.  
Fineza es de amigo, Carlos,  
y un rey para amigo es bueno.

CARLOS. Tantos favores, señor...

LOPE. (Favor soberano: ¡Cielos! *(Aparte.)*  
No lograrás tu esperanza,  
que Amor me dará remedio.)

CARLOS. Obedecerte es en mí  
la gloria que yo apetezco.

(Vase el REY y LOPE. Sale ALBA.)

ALBA. Con más atención, pesares;  
penas, llegad poco a poco;  
no os atropelléis, desdichas,  
que valor hay para todo.  
Si tratáis de darme muerte,  
lisonjead el ahogo,  
llegue en su lugar cada uno,  
no os turbéis unos con otros;  
que si pesares, desdichas,  
iras, engaños, enojos,  
llegáis en un mismo tiempo, (1)  
habrá resistencia, y siendo  
cortesés en el despojo,  
habrá tiempo de matarme  
y agradeceré el soborno.

TACÓN. La Infanta, señor, la Infanta.

CARLOS. A cada instante zozobro  
en un mar de confusiones,  
siendo en amoroso golfo  
derrotado bajel yo  
entre Caribdis y escollos.

ALBA. ¿Carlos?

CARLOS. ¿Señora?

ALBA. ¿Qué hacéis?

CARLOS. Sintiendo el golpe ambicioso  
de la que su corazón,

(1) Falta un verso después de éste para el soneto.

(1) Falta un verso después de éste.

sin respeto a su decoro,  
muerde, dando a mis pesares  
vida y muerte al bien que lloro.  
ALBA. ¿Qué es la causa?

CARLOS. Estar cautiva  
la libertad y el reposo.

ALBA. ¿Qué forma es de cautiverio?

CARLOS. Esta, si atiendes un poco.

Cautiva el alma en rigor  
en ser violento consiste  
cuando amante y firme asiste  
haciendo el daño mayor.

Es toda pena menor,  
leve toda crueldad (1)  
del crédito de mi daño,  
juzgo es rigor más extraño  
carecer de libertad.

A ésta ha privado el sentido;  
pero, amoroso y constante,  
en los afectos de amante  
miro todo el bien perdido.  
Esclavo de amor he sido  
por sólo llegar a amaros;  
si estuvo el bien en miraros,  
los desaires en perderos,  
cautivo sin mereceros  
y, sin premio de obligaros.

De mi libertad ausente  
tan ajeno de mí estoy,  
que dudo si Carlos soy,  
siendo el que adora el que siente.  
Sólo en el rigor presente  
tan constante y firme estoy,  
que tras su rigor me voy  
y, de su engaño vencido,  
por vos no sé lo que he sido,  
por mí no sé lo que soy.

ALBA. Pues ¿qué importa que dudoso  
tu afecto te juzgue ahora  
esclavo, si el bien que ignora  
logras con ser más vistoso?  
¿Has visto diamante hermoso  
cuyo esplendor eminente  
parece cometa ardiente  
y luego desvaneció  
y al mismo punto quedó  
roca de luz aparente?

Así ha sido tu violencia;  
porque, con rigor mirada,  
es una invención airada

de la amorosa inclemencia.  
Pero al punto la apariencia  
del rigor de las crueldades  
la trueca en comodidades.

Puesto que en mi pecho estás,  
mira tú, pues, si serás  
más libre en dos voluntades.

CARLOS. Ruego a los Cielos que vivas  
la edad del lauro (1) inmortal,  
por que del hado fatal  
triumfos a tu edad escribas;  
mas forzoso es que recibas  
de mí el parabién postrero,  
cuando amante y firme muero.

ALBA. Ahora no puede ser.

CARLOS. Pues ¿cuándo?

ALBA. Por merecer,  
a las doce en el terrero.

CARLOS. (Seguir pienso un imposible.) (Ap.)

ALBA. (Yo un imposible vencer.) (Aparte.)

CARLOS. Ya está en el riesgo el poder.

ALBA. Todo al amor es posible.

CARLOS. Es el contrario terrible.

ALBA. Yo soy firme. Yo sé amar.

CARLOS. Yo servir.

ALBA. Yo desear.

CARLOS. Yo adorar.

ALBA. [Y yo querer.]

CARLOS. Yo los peligros vencer.

ALBA. Yo tus finezas pagar.

(Vanse. Sale el PRÍNCIPE y FERNANDO, de noche.)

FERNANDO. Galán sale vuestra alteza.

PRÍNCIPE. Me permitió el pensamiento  
que el traje se conformase  
a medida del deseo.

FERNANDO. ¿Hoy confuso, hoy amoroso,  
hoy con süaves acentos,  
quejas a un ausente engaño,  
suspiros de amante incendio,  
y tan divertido ya?

PRÍNCIPE. Sí, que olvida el pensamiento  
de los rigores de amor  
los soberanos afectos.

FERNANDO. Ya, si no me engaño, estamos.

PRÍNCIPE. Dime, ¿adónde?

FERNANDO. En el terrero.

PRÍNCIPE. A mi gusto has elegido  
para estas horas el puesto.

(1) Falta aquí un verso a esta décima.

(1) En los textos, "laurel", con lo que el verso resulta largo.

FERNANDO. Huélgome de verte así.  
Gente viene a aqueste puesto.

PRÍNCIPE. Serán los que galantean.

FERNANDO. No lo dudo.

PRÍNCIPE. Así lo creo.

*(Sale el REY y DON LOPE, de noche.)*

REY. Sin duda Carlos está  
aguardando en el terrero.

LOPE. Allí dos bultos diviso.  
Llegaré a reconocerlos.

REY. No es menester, sino avisa  
a Laura.

LOPE. Ya te obedezco.

FERNANDO. Dos hombres de largo pasan,  
y el uno a esta parte atento  
mira; el otro llega a casa  
del Almirante.

REY. Deseos,  
lograd más bien mi esperanza.

FERNANDO. Ya el otro se ha entrado dentro.

*(Toca LOPE a la ventana y sale LAURA.)*

LAURA. ¿Quién llama?

LOPE. Un muerto (1)  
en lo interior, y un vivo  
en obedientes afectos  
os viene a servir, señora.

LAURA. ¿Es el Rey?

LOPE. Por mis desvelos,  
¿no me conocéis?

LAURA. ¿Es Lope?

LOPE. Sí, señora. El Rey perdiendo  
la vida hasta hallarla en vos...  
(Aquí [yo] la vida pierdo.  
¡Cielos, valedme!)

LAURA. ¿Qué dices?

LOPE. Que ya voy... (Celos, (2)  
animad mi justo engaño.)

LAURA. Clara está a la puerta.

LOPE. (Cielos,  
favoreced mi osadía.)

Ya voy y con el Rey vuelvo.

FERNANDO. (Ya vuelve otra vez el bulto.

PRÍNCIPE. Así, Fernando, divierto  
mis penas. Atiende, escucha.

FERNANDO. Está dividido el puesto,  
y no pude entender nada.)

LOPE. Clara, al momento que llego  
me respondió. Dijomé  
que está [todavía] dispierto  
el Almiranté; que aguarde  
vuestra alteza aquí un momento.  
Y por no ser conocido,  
al parque puede, atendiendo  
a su amorosa pasión,  
divertir un poco el tiempo,  
y yo aquí me quedaré  
para avisar.

REY. Obedezco  
órdenes que son de amor.  
Don Lope, vuelve de presto.

*(Vase.)*

LOPE. Ya se fué el Rey, y el engaño  
le ha de ofrecer al deseo  
el empleo de mi gusto.  
Si es traición, amor y celos  
la disculpa. Goce a Laura,  
y venga la muerte luego.

*(Toca a la puerta y responde LAURA.)*

LAURA. ¿Es el Rey?

LOPE. El mismo soy.

LAURA. Entre vuestra alteza quedo,  
que aún no duerme mi padre.

*(Vanse. Sale CARLOS y TACÓN, de noche.)*

CARLOS. Confusión en que padezco,  
engaños en que idolatro,  
rigores en que me empleo,  
dad más vida a mis pesares,  
muerte no, que será exceso.

FERNANDO. (Otros dos bultos se llegan;  
y el otro, si mal no entiendo,  
ya no parece señor.  
Estos pasan al terrero.)

TACÓN. Señor, ¿no ves que nos miran?

CARLOS. ¿Qué importa que miren, necio?

TACÓN. ¿Y si hacen la puntería?

CARLOS. ¿Siempre cautivo del miedo  
has de vivir?

TACÓN. He jurado  
no tener atrevimiento  
a ser de nadie homicida,  
y yo, señor, te confieso  
que temo encontrar con quien  
dé a lo contrario el empleo.

CARLOS. Este cuarto es de la Infanta.

TACÓN. ¡Válgame Dios! ¿Y qué haremos,  
que miran?

(1) Falta un verso antes de éste que, por su parte, es corto.

(2) Verso corto.



CAPLOS. Calla, cobarde.  
 TACÓN. Yo me conformo con serlo,  
 que así podrá ser que venza  
 con corteses argumentos.  
*(Toca CARLOS al balcón.)*

PRÍNCIPE. (Si no me engaño, Fernando,  
 a los balcones postreros  
 tocaron.

FERNANDO. Muy bien lo oí.

PRÍNCIPE. Y que éste es el cuarto entiendo  
 de la Infanta.

FERNANDO. ¿Qué te importa?

PRÍNCIPE. Abrásase el alma en celos.)

*(Sale ALBA al balcón.)*

ALBA. ¿Es Carlos?

CARLOS. ¿Es Alba?

ALBA. Sí.

PRÍNCIPE. (Atienden bien, que el silencio  
 de la noche lo permite.  
 Un balcón he visto abierto.)

ALBA. ¿Carlos?

FERNANDO. ("Carlos" entendí.)

CARLOS. ¿Alba?

PRÍNCIPE. ("Alba" de aquí respondieron.  
 ¿Paciencia, celos, valedme!

FERNANDO. ¿Qué es lo que haces?

PRÍNCIPE. Tengo celos.

FERNANDO. Pues ¿qué intentas?

PRÍNCIPE. Divertir  
 a este amor de este puesto.

FERNANDO. Atiende un poco.)

CARLOS. Yo soy  
 el desdichado primero  
 que, pagado en las finezas,  
 muere en peligros tan ciertos.

ALBA. Yo, Carlos, soy la que, amante,  
 tan justos pesares siento.  
 ¡Mi hermano...

PRÍNCIPE. (¡Ya no hay paciencia!)

TACÓN. ¡Hacia aquí dos caballeros  
 se llegan, señor! ¡¡ Señor!!

CARLOS. ¿Qué dices, cobarde, necio?

TACÓN. Ya te lo dicen a ti.

PRÍNCIPE. Tratad de dejar el puesto,  
 o ¡vive Dios!

CARLOS. ¿Os burláis?  
 Que es dudoso el responderos.

*(Va saliendo el REY y párase al paño.)*

REY. Detenerse Lope tanto,  
 ¿qué puede ser? No lo entiendo.

PRÍNCIPE. Ya os digo que lo dejéis,  
 que importa.

CARLOS. Estoy en el puesto  
 aguardando justamente  
 a mi soberano dueño;  
 y primero que yo deje  
 de su causa el primer centro,  
 veréis fluctuar la vida  
 en tan debidos empeños,  
 que dudéis si siendo rayo,  
 hijo del ardiente fuego,  
 exhalación os aviso  
 que dando ocasión ofendo.

PRÍNCIPE. Yo soy ardor invencible  
 que a fabulosos incendios  
 castigo de aquesta suerte.

*(Acuchillanse.)*

CARLOS. ¿Qué mal conocéis mi acero!

ALBA. ¡Ay, Dios, y qué airoso es Carlos  
 en todos sus movimientos!  
 El Cielo guarde tu vida.

REY. Este es Carlos, y pretendo  
 favorecerle, que es justo.

*(Entranse acuchillando todos.)*

TACÓN. Meta usted paz, caballero.

*(Sale LOPE, CLARA con luz, y LAURA en enaguas y  
 la ropa terciada.)*

LAURA. Jamás de tu aleve amor  
 juzgué tal atrevimiento.

LOPE. Díome amor valor, y quise  
 morir en tus ojos bellos,  
 antes que lograrse amante  
 el Rey lo que esposo pierdo.

LAURA. Yo daré el justo castigo.

LOPE. ¿Señora! ¡Mi bien!

LAURA. Si cuerdo  
 no os reportáis, daré voces,  
 que el valor que está en mi pecho  
 sólo aspira a la grandeza  
 que vos, traidor y grosero,  
 divertís.

LOPE. Menos rigor,  
 que tan soberano incendio  
 disculpa yerros de amor.

LAURA. No hay disculpa a tales yerros.

CLARA. Señora, si no me engaño,  
 tu padre de su aposento  
 sale.

*(Dentro el ALMIRANTE.)*

ALMIR. ¿Clara? ¿Ropterto?

CLARA. ¿Qué piensas hacer, señora?

LAURA. Mata esa luz al momento  
y al retrete te retira.  
LOPE. ¿Y yo?  
LAURA. Buscad el remedio,  
que yo, siendo la que soy,  
contra tales desaciertos  
estoy segura en mi cuarto.  
Soy quien soy, mi padre es cuerdo.  
LOPE. En esta parte me oculto,  
que, aunque el Almirante es viejo,  
su valor siempre ha de ser  
lo que fué.

(*Escóndese, y sale el ALMIRANTE.*)

ALMIR. ¿Si ha sido sueño  
el ruido de mi casa?  
No; ¡ay, mal nacidos recelos,  
que pasos son los que escucho!

(*Sale CARLOS con espada y broquel.*)

CARLOS. ¿Tú, señor, tan descompuesto,  
y a estas horas?  
ALMIR. Carlos, tú  
has sido la causa de ellos.  
CARLOS. ¿Yo? ¿De qué modo, señor?  
ALMIR. Con el demasiado estruendo  
en tu venida.  
CARLOS. Señor,  
aunque ocasionado, atiendo  
a tu clausura [el respeto.]  
ALMIR. Más graves pesares siento.  
CARLOS. ¿Qué tienes? ¿De qué te afliges?  
ALMIR. Mirar la casa pretendo.  
Tóquete a ti aqueste cuarto.

(*Vase.*)

CARLOS. ¿Hay más penas? ¿Hay más ries-  
Desvelos, ¿qué me queréis? [gos?  
¿Mi padre con el silencio  
de la noche de esta suerte?  
¿Yo ocasionado a recelos  
en el terrero? ¡Ay, desdichas!  
¿Otro mayor mal? ¡Desvelos,  
no me despeñéis de altivos!  
Buscar a esta parte quiero.

(*Sale DON LOPE.*)

LOPE. Antes me hablaréis a mí.  
CARLOS. ¿Pues en mi casa? ¿Qué intento  
os mueve, Lope? Decid.  
LOPE. Forzoso es obedeceros.  
CARLOS. (Cielos, ¿más desdichas faltan?)

LOPE. Bien conocéis que os merezco  
por deudo, que soy de Laura  
esposo en primer empeño  
del gusto de vuestro padre.  
CARLOS. Partes son que las confieso.  
LOPE. El Rey pretende usurparos  
lo que los Cielos os dieron.  
CARLOS. Lope, detened la lengua,  
pronunciad sagaz y cuerdo  
libertades que homicidas  
son de un sagrado respeto.  
LOPE. Yo soy quien soy, y esto basta,  
cuando mi honor con el vuestro  
corren parejas, don Carlos;  
y si mal seguro en ello  
no estáis, aquesta no es parte  
adonde satisfaceros  
está bien, y en otra adonde  
muera a manos de un desvelo,  
veréis que siendo quien soy  
hallamos el desempeño.  
CARLOS. En Mirafior os aguardo.  
LOPE. No es, Carlos, facción de riesgos  
para que el valor anime  
lo brioso del acero;  
y así, en palacio mañana  
os aguardo, pues es cierto  
que la ocupación del Rey  
me culpa y disculpa a un tiempo.  
CARLOS. ¿Qué enigmas son las que escucho?  
LOPE. Carlos, esto importa. Deudo  
soy vuestro, y de Laura aborrecido.  
CARLOS. Esta es la puerta, yo espero.  
LOPE. Yo os buscaré el desengaño.  
CARLOS. ¿Qué lance tan fuerte, Cielos!

## ACTO TERCERO

(*Sale el REY y DON LOPE.*)

REY. Esta es violencia de amor,  
y mi pena es tan mortal,  
que para decir mi mal  
apenas tengo valor.  
Cuando acredité posible  
la gloria de la esperanza,  
una impensada mudanza  
hizo el afecto imposible.  
LOPE. Yo, señor, en Laura vi  
tanta voluntad y fe,  
que, como amante, dudé  
la esperanza que temí.

Y tanto, que amé dudando  
al paso que fuí sintiendo.  
REY. Esa condición no entiendo.  
LOPE. Quien por ti vive anhelando,  
quien por ti espera gozar,  
favor por ti ha de tener,  
penas por ti padecer,  
por ti sufrir y esperar.  
REY. Mucho estimo la fineza.  
LOPE. Es crédito de mi fe.  
REY. De tu precio, Lope, sé  
que se ajusta a mi grandeza.  
LOPE. En fin, Carlos atrevido,  
valiente y bizarro anduvo.  
REY. Todas esas partes tuvo:  
ser sagaz, cuerdo, entendido.  
LOPE. Yo, señor, como aguardaba,  
solo el ruido escuché  
en su casa, porque fué  
al instante que dejaba  
su fuerte competidor.  
REY. ¿Y qué pudiste alcanzar?  
LOPE. Lo que yo pude escuchar  
fué que su padre, señor,  
confuso y alborotado,  
o ya del haber salido  
Clara a verme, o del ruido  
que Carlos había causado,  
el lecho el viejo dejó,  
y, la casa examinando,  
fué el noble valor mostrando,  
y con Carlos encontró...  
Pero él viene [aquí.]

(Sale CARLOS.)

CARLOS. La misa  
vuestra alteza está aguardando.  
REY. Valiente sois, Carlos.  
CARLOS. Cuando  
es la razón precisa,  
y en tu servicio, señor,  
muestra el ánimo el deseo;  
que no hay tan seguro empleo  
como servir por amor.  
REY. Sois mi amigo, sois gallardo.  
LOPE. (¡Qué confuso y triste estoy!)

(Vase.)

REY. La vuelta al instante doy.

(Vase.)

CARLOS. Aquí, señor, os aguardo.

(Sale TACÓN.)

TACÓN. Gracias a Dios que te veo;  
glorias a Dios que te hallo,  
que te toco y que me miras.  
Pues ¿ceño me das en pago  
del haber sido estantigua  
de todo aqueste palacio,  
correvedile de salas,  
de un cuarto hasta veinte cuartos?

(Sale LOPE.)

LOPE. Yo vengo, Carlos, a veros.  
CARLOS. Es tan confuso el cuidado  
en que vivo desde anoche,  
¿Sabes lo que he imaginado?  
no di al licencioso empeño  
del sueño el tierno agasajo  
que pide su acogimiento.  
TACÓN. Después que te he deseado  
tanto tiempo ¿no me miras?  
¿Sabes lo que he imaginado?  
Que después que has dado en cuer-  
tus términos conmutando, [do,  
cortes en lo ceñoso,  
me niegas el rostro y brazos.  
CARLOS. Tacón, no estoy para gracias.  
TACÓN. Pues ¿crees tú, padre santo,  
que te pido me concedas  
indulgencia para un año,  
o de cien mil, porque nunca  
dan menos los Padres Santos?  
O ¿dispensas que me case  
con una hermana o hermano,  
que la prebenda (1) del oro  
es artífice extremado?  
¿Esto no es así, señor?  
LOPE. ¡Por Dios, que estás extremado!  
Déjanos un poco solos.  
TACÓN. No puede ser, que mi amo  
anda en pendencias, y yo,  
como astuto y fiel criado,  
sus pasos he de seguir.  
LOPE. ¿No está más seguro el campo  
acompañándole yo?  
TACÓN. No, que de ti acompañado,  
cumpliendo tu obligación,  
habrás de estar por bizarro,  
por animoso y valiente,  
como otro Marte, a su lado.

(1) En el manuscrito de Londres, "prendenga".

Y así, de sus enemigos,  
si son muchos los contrarios,  
está en pie la competencia;  
que yo esos riesgos no aguardo,  
sino que, dando la espalda,  
no al verdugo, al embozado  
que me sigue, me le escurro,  
y él, con impulso malvado,  
me sigue, y así, yo entonces  
hago un gran gusto a mi amo,  
pues que delante le quito  
lo que tú estás conservando.

CARLOS. Yo te perdono, Tacón;  
pero en el primer patio  
me aguardas.

TACÓN. Yo te obedezco.  
(Mas ¡ por Dios!, que he de escuchar  
en esta puerta escondidos.) [ros  
(Escóndese.)

CARLOS. Ya estamos solos los dos,  
ya que queréis que en Palacio  
nos viésemos.

LOPE. Es así;  
vos confuso, vos turbado,  
yo también con una causa.  
Escuchad atento, Carlos:  
dad a mi lengua el oído,  
sin que oséis, precipitado,  
dar al enojo la rienda,  
que los ánimos bizarros  
permitan, pues que yo soy  
igualmente interesado.

CARLOS. Con el prólogo previenes  
mayores penas que aguardo.  
Da la muerte de una vez;  
no en retóricos ambagios  
me des, en vaso de plata,  
el veneno disfrazado.

TACÓN. (¡ Válgame Dios, lo que escucho!  
Mucho sintiera haber dado  
ejecución al deseo  
de ausentarme.)

LOPE. Yo soy, Carlos,  
bien lo sabes, no lo ignoras,  
del Rey seguro cuidado,  
de sus memorias el centro,  
de sus penas el descanso,  
tal vez guía de su gusto,  
término que a los privados  
les dió la fuerza de estrella.  
Cuando este puesto ocupamos  
con este seguro, ¡ ay, Dios!,

aquí dudoso mal hago,  
mal, en mostrarme cobarde,  
cuando, imposibles frustrando,  
he sido otro griego Ulises  
contra un cíclope tirano.  
El Rey, cuidadoso amante  
de Laura, si enamorado  
tanto de sus bellos ojos,  
que amoroso he consultado  
tal vez por segura joya  
de sus sienes y sus años,  
me comunicó sus quejas,  
me permitió a sus cuidados  
diese alivio, y, en fin, ¡ Cielos!,  
de su amor el secretario  
fuese, el instrumento mismo  
por do, (1) en tiernos agasajos,  
viese en amoroso efecto  
de sus memorias el blanco.  
Tú fuiste la primer causa,  
tú fuiste custodia en tanto  
riesgo de su defensa,  
que, tu honor atropellando,  
vendías tu mismo honor  
con el soborno de engaños.  
Tú fuiste aquel que al jardín  
la cordera mansa en brazos  
del lobo pusiste, ¡ ay, Dios!;  
yo el pastor que en mi cuidado  
solicité la defensa,  
pues, celoso, atropellando  
inconvenientes forzosos,  
excusé el fatal asalto;  
yo fui quien a tu valor  
incitó, el que, bizarro,  
excusó del riesgo a Laura,  
pues a su vista llegando,  
finjo manda el Rey ausente.  
Lo demás de aqueste caso  
ya sabrás: cómo pasó  
este secreto, este engaño,  
porque el Rey no ha visto a Laura;  
vive de mí confiado.  
Anoche dispone, ¡ ay, Cielos!,  
entrar a verla en su cuarto;  
a ti te manda que asistas  
en el terrero, entre tanto  
venimos los dos. Yo llego,  
con Laura en la reja hablo;

(1) En los textos, "donde", que hace largo el verso.



hallo franca puerta, finjo  
 al Rey sucesos contrarios,  
 digo que tu padre vela;  
 y al par que el Rey, retirado  
 por mi consejo, imito (1)  
 su nombre, y en casa entrando,  
 ve tu hermana mi traición,  
 y tu padre, alborotado,  
 se levanta, como viste.  
 Llegas tú, hállasme cuando  
 ya yo tus pasos seguía,  
 de honor y celos tiranos  
 rendido. Más justo es, sí,  
 más bien parecido, Carlos,  
 que, pues yo he de ser su esposo,  
 de Laura goce los brazos,  
 y no un Rey, que, aunque se obliga,  
 no es posible ejecutarlo.  
 Esta fineza me debes,  
 gloria de mi pecho hidalgo,  
 cuidado de lo que adora.  
 Y si ahora lo alentado  
 de tu valor no permite  
 estar satisfecho el caso,  
 elige en su desempeño  
 el más seguro descanso,  
 que a todo riesgo y peligro  
 es forzoso asegurarlo.

CARLOS. (¡Qué bien que se satisfacen (Ap.)  
 el Rey a Laura adorando  
 y Carlos la bella Infanta  
 en el terrero ocupando!  
 ¡Va el Rey a ver lo que estima!  
 Aquí se cumple el adagio  
 o refrán tan bien traído  
 de *engañar a quien engaña*.)—  
 Hallo que es tan verdadero,  
 don Lope, vuestro descargo,  
 que en lo que dudas permito,  
 más pronto está el desengaño.  
 ¡Cielos! ¡Mi hermana! ¿Es posible?  
 Mas, ¿a quién no ha sobornado  
 la ambición de sacra alteza,  
 del regio imperio el ornato?  
 ¿Qué decís?

LOPE. Que saldrá el Rey  
 porque ya se habrá acabado  
 la misa.

CARLOS. Tenéis razón.

Trataremos más despacio  
 lo que conviene.

LOPE. Está bien.

CARLOS. Adiós, don Lope.

LOPE. Don Carlos,  
 adiós.

(Vase.)

TACÓN. ¿Puedo ya hablar?

CARLOS. Sí.

TACÓN. Parece que te has mudado  
 de color.

CARLOS. Tuve un cuidado.

TACÓN. ¿Y ese es bastante que a ti  
 te divierta la color  
 y enajene el pensamiento  
 en los peligros de amor?

CARLOS. ¿Qué era lo que me querías?

TACÓN. Dígote que un caballero,  
 que de su buen modo infiero  
 y de tantas bizarrías  
 como usó, lo he decretado;  
 me dió un papel que te diese,  
 y yo para mí eligiese  
 del oro el metal sagrado;  
 que le pusiese en tu mano  
 me pidió, y así cumpliendo  
 la ley de lo que estoy viendo,  
 te le doy; soy cortesano.

(Toma CARLOS el papel y lee para sí, mirando a  
 TACÓN.)

(Ya parece que le veo  
 demudado en la atención,  
 con la cara de sayón  
 y el cuerpo de Cireneo.  
 En las señas de la frente  
 conozco que he hecho mal.  
 ¡Maldiga Dios el metal,  
 que tanta traición consiente.)

(Sale el REY con una carta leyendo y CARLOS hace  
 lo mismo.)

REY. (¿Carlos a mi secreto honor (1)  
 alevé? ¿Carlos atrevido,  
 y yo de su hermana amante?  
 ¡Con qué pena tan constante,  
 Cielos, que lucha el sentido!  
 ¿Que anoche el Príncipe fué  
 con el que Carlos reñía?

(1) En los textos, "admito".

(1) Este verso sobra. Probablemente empezaría  
 la redondilla así: "Carlos alevé, atrevido".

Tan divertido estaría,  
que aquí a Carlos no miré.)  
TACÓN. (Señor, el Rey te ha mirado.)  
CARLOS. ¡Gran señor!  
REY. Tacón, despeja.  
(CARLOS oculta el papel.)  
TACÓN. (Ambos con (1) rostro de queja,  
y sólo los dos, cuidado  
me dan. ¿Qué tengo de hacer?  
El Rey me mira y aguarda  
que me enseñe una alabarda  
el modo de obedecer.)  
(Vase.)  
REY. ¿Qué es lo que contiene  
el papel que has ocultado?  
CARLOS. De tu respeto obligado,  
le guardé; acción no tiene  
para poderle ocultar.  
REY. ¿Es de alguna dama? (¡Cielos!  
¿que en tan amantes desvelos  
dé mi rigor tal lugar?)  
Si tiene firma, prometo  
por mi Corona real  
no verla.  
CARLOS. No hay caso igual  
que a tu real respeto  
no se pueda descubrir.  
Son unos versos, señor,  
de un nuevo Homero.  
REY. ¡Fervor  
divino! Por divertir  
el tiempo, quiero atenderlos.  
CARLOS. No hay cosa que a tu grandeza...  
REY. ¿Ya la duda y la entereza  
os indican sin leellos?  
(Toma el REY el papel.)  
CARLOS. (Lo que pudo la Fortuna,  
levantó mi osada suerte;  
hoy, ¡infeliz!, la pervierte,  
siendo túmulo la cuna.)

(Lee el REY.)

“Carlos, a ser capaz tu persona al empeño  
de mi enojo, acreditará la venganza el duelo  
de los celos, si le pudo merecer mi grandeza;  
tu castigo gozarás en tu desvanecimiento. El  
mismo aviso he dedicado al Rey que los de-  
más disgustos de mi reino y el de Aragón la  
guerra los concluya, pues está a vista de Ara-  
gón mi ejército.—*El Príncipe de Navarra.*”

(1) En los textos, “tienen”, que alarga el verso.

REY. ¡Don Carlos!  
CARLOS. Señor, turbado  
al pronunciar la respuesta,  
si no con dudas el alma,  
toda de dudas cubierta.  
Porque, como mejor sabes  
tú mismo, señor, te empeñas  
que te aguarde en el terrero  
hasta que venga tu alteza.  
Llegan hombres que no sé  
quién son, y es civil bajeza,  
volviendo el pecho invencible  
a su animada potencia,  
que el Príncipe de Navarra,  
disfrazado, a Aragón venga,  
cuando, con brazos abiertos,  
en tan alto empleo espera.  
Yo soy Carlos de Cardona,  
que defendí tus fronteras,  
quien vence tus enemigos,  
quien de africanas banderas  
los templos de esta ciudad  
adorna en lugar de telas.  
¿Yo bravo y yo presumido?  
¿Yo desvanecido? Piensa,  
señor, que aunque soy tu hechura  
y es mi sangre tal que puedas  
no ver la tuya con otros,  
que es mi mayor excelencia,  
crédito de tu vasallo,  
lealtad que en mi pecho reina,  
que, a faltar esta elección  
y conocer que había en ella  
alguno que te ofendiese,  
no la dejara en las venas.  
¿Es bien que venga a Aragón  
Enrique de esta manera  
y te amenace porque  
le concediste licencia  
para que su Infantería  
se alojase en estas tierras,  
y de tu corte, señor,  
están algunos tan cerca  
que se miran los arneses?  
REY. (¡Cielos! Carlos manifiesta  
el alma en lo que pronuncia;  
imposible es que en él quepan  
aveles ingratitudes,  
tiranías correspondencias.  
¡Ay! ¿Cómo allanas, Amor,  
con tan evidentes muestras,  
dificultades que forman

esta información secreta?  
 A mí sólo me conviene  
 hacer que pública ofensa  
 de Carlos mi mano animo;  
 con esta otra, a la defensa.  
 Sale Laura: amante soy.)  
 Carlos, vuestra casa sea,  
 hasta que os mande otra cosa,  
 prisión, o vuestra cabeza  
 será el riesgo del empeño.

CARLOS. Yo obedezco a vuestra alteza,  
 y contento en la prisión.

(Sale DON LOPE.)

LOPE. ¿Qué causa, Carlos, condena  
 tu pecho a prisión?

CARLOS. Don Lope,  
 del Cielo son inclemencias.

REY. ¿Don Lope?

LOPE. ¿Señor?

REY. Don Carlos,  
 en esta cuadra primera  
 aguarde, hasta que yo mande  
 lo que importa.

LOPE. Ya está en ella.—  
 A tiempo venís, señor,  
 que el Rey a Carlos ordena  
 que se entregue a la prisión.

(Vanse CARLOS y LOPE y sale el ALMIRANTE.)

ALMIR. ¿Con aqueste pesar trueca  
 el Cielo mis regocijos?  
 Cuando a pedir la licencia  
 para que se case Laura  
 vengo, ¿tan penosas nuevas  
 escucho? ¡Cielos, valedme!  
 ¿He de volverme?

REY. No, llega.

ALMIR. Está divertido el Rey.

REY. (En dos afectos pelca (Aparte.)  
 el alma: el uno de amor  
 y el otro de honor; pues venza  
 el honor. Mas está en duda  
 el delito. ¡Oh, qué violencia  
 de los hados!)

ALMIR. Vuestra alteza  
 me dé los pies.

REY. En mis brazos  
 es muy justo que os merezca.

ALMIR. Señor, no dice el favor  
 de vuestra mano la muestra  
 de la pena que me aflige.

REY. Almirante, ¿qué tristeza  
 tenéis? Levantad del suelo.  
 No aquesas nevadas hebras  
 reguéis. Decid: ¿qué tenéis?

ALMIR. Forzoso es que tu grandeza  
 diga mi mal, que ha bien poco  
 que era gustosa decencia  
 de mi amor. Venía a verte,  
 y ya, trocado y severa  
 la Fortuna, lo pervierte.

REY. ¿Qué es la causa?

ALMIR. Vuestra alteza  
 manda a Carlos que esté preso  
 cuando yo de aquesa pieza  
 los últimos pasos daba;  
 que pudo el acento apenas  
 de repetidas razones  
 entrar por estas vidrieras  
 del alma, que son avisos  
 que antes que el afecto llegan.  
 Llegara a pedir, señor,  
 a tu cesárea clemencia,  
 como a un absoluto dueño,  
 como a la causa que engendra  
 en mí el debido respeto,  
 tu primitiva clemencia  
 para que se case Laura,  
 y hallo esotra triste nueva.  
 Pero primero, señor,  
 que tu alteza me conceda  
 este segundo favor,  
 como padre y viejo, puedan  
 con vos mis tiernos suspiros,  
 mis mal repetidas quejas,  
 saber qué ha sido la causa  
 de prender a Carlos.

REY. ¿Cesan  
 con eso vuestros enojos?

ALMIR. ¿Quién duda, señor, que cesan?

REY. Sólo mi gusto, Almirante,  
 y en Carlos no es prisión ésta  
 cuando en mi palacio asiste.

ALMIR. Los años viva tu alteza  
 que aquel ave que a sí misma  
 en mirra e incienso quema  
 sus alas, y de sus polvos  
 renace en su forma mesma.  
 Y no sólo este favor  
 mi amor de tu mano espera.  
 Ya ves mis cansados años,  
 y que previene más cerca  
 el último fin que el logro

de otras verdes primaveras,  
y morir sin ver a Laura  
casada será una ofensa  
de mi cuidado, señor,  
y así, yo, con tu licencia,  
casada la tengo [ya].

REY. ¿Hay quien a Laura merezca  
en Aragón?)

LOPE. (Aquí pierdo *(Aparte.)*  
el sentido. Aquí navegan  
mis pensamientos al puerto,  
y en vez de bonanza, encuentran  
huracanes de desdichas,  
que el noto y el austro alteran.)

ALMIR. Es don Lope, gran señor,  
quien mi voluntad desea  
darle por esposo.

REY. ¿Don Lope?  
Ya, Almirante, están tan cerca  
las bodas de la Infanta,  
como veis, y por que pueda  
mostrar en algo el deseo  
que tengo de viva deuda  
a vuestra sangre, pretendo  
que ambas en un tiempo sean.  
Traed a Laura a Palacio;  
con mi hermana esté, porque ella  
conozca que mis deseos  
sólo su aumento desean.

ALMIR. Besad, hijo, al Rey la mano  
por una merced tan nueva.

LOPE. ¡Tus pies beso, gran señor!  
¡En larga eternidad veas  
tus barras triunfar del mundo!

REY. Id, Almirante, por ella,  
que es dar dos veces dar luego.

ALMIR. Es justo que te obedezca.

(*Vase.*)

REY. Solos estamos los dos.  
Despejad, Lope, las puertas.

LOPE. Ya te obedezco, señor.

REY. ¿Cuál es la mayor ofensa  
de una sencilla amistad?

LOPE. La ingratitud.

REY. Y aquésa  
¿de qué nace?

LOPE. De ambición,  
de amar una cosa mesma  
o de inclinación tal vez,  
que es fuerza de las estrellas.

REY. Pues, don Lope, si mi amor,

si el poder de mi grandeza,  
si los afectos del alma  
nuestro gusto señorean,  
¿cómo, ingrato; cómo, alevé,  
Laura, que es la mayor prenda  
del alma la que eterniza  
una voluntad suprema,  
admitís para el empleo  
de himeneo? Mas si fuera  
igual en los dos el puesto,  
y una la correspondencia,  
y comunicando yo  
con vos aquesta flaqueza  
de amor, vos, inadvertido,  
cuando no por competencia,  
por ser vapor que se opone  
a la luz de más belleza,  
no pudiendo el galanteo  
vencer la amorosa prenda,  
y empleos de aqueste modo  
acredita su violencia,  
por quitar gustos de amor  
lo que lo constante niega,  
y gozar del sol los rayos  
de este modo consiguieras,  
¿era fin que ejecutasen  
los celos sus inclemencias,  
los agravios?

LOPE. Sí, señor.

Pero atienda vuestra alteza  
y verá que de un agravio  
saco mayores finezas  
que un bruto diamante a quien  
le dió una roca, una peña  
el nacimiento; tal vez  
hace a la vista primera  
los efectos engañosos  
y purificado queda  
con el buril que le traba  
de un peñasco activa estrella.  
Así yo, señor, atiende,  
bruto a tus oídos, piensa  
que soy un diamante en quien  
puso la naturaleza  
partes reales y fe  
que ajustan correspondencias.  
Con lo que oirás ahora  
propia está la consecuencia,  
pues el buril de tus obras  
purificó mi rudeza.  
El Almirante bien sabes  
que es mi tío; Laura es bella,



que no hay deudo más cercano  
que pudiese merecella.

O ya por tu valimiento,  
o por mi mucha nobleza,  
tratóme a mí el casamiento;  
si un "no" a su gusto ofreciera,  
¿qué disgustos asentaba;  
que ocasionaba de quejas!  
Mas concedí, como oíste,  
con tal que de tu licencia  
puse el empeño y primero  
sabiendo yo que en tu idea  
vive Laura y que imposible  
es que tú la concedieras.

Y así, cuando agravios formas  
de mi segura advertencia,  
hallas soy puro diamante  
y en tu agravio mi fineza.  
Mas si yo te he servido,  
mira, señor, a quién premias,  
pues te sacrifica errando  
tan constantes obediencias.

REY. Yo confieso que ofendí  
vuestra amistad, que debiera  
tener más justo concepto  
de tu amor y tu nobleza.  
Dame, don Lope, los brazos.

LOPE. Mira, señor, no te ofenda  
con ellos, que soy ingrato.

REY. Vengarse de quien desea  
semejantes atenciones,  
no es de amor segura prueba.

LOPE. Amigos somos, don Lope.  
Mil siglos viva tu alteza.  
Pero ¿qué clarín y cajas  
la paz de tu reino altera?

(Sale un CRIADO.)

CRIADO. El Príncipe de Navarra,  
con aparatos de guerra,  
asaltando tres castillos  
y ganando tus fronteras,  
a tus impulsos se atreve;  
y están las armas tan cerca,  
que sus clarines y trompas  
a las cajas hacen señas  
de embestir a Zaragoza.

REY. A caber en mi grandeza  
pesar, me le hubiera dado  
de este suceso la nueva.  
¿Navarra se opone así?  
¿No sabe que ardiente esfera

de lucidos escuadrones  
tiene Zaragoza, prueba  
de vencimientos altivos,  
tanto, que si le ofendiera  
la majestad de algún dios  
que vive en ardiente esfera  
ciega mariposa rayos  
al sol de mi luz muriera?

LOPE. Tú, señor, pusiste a Carlos  
en este instante en tu ausencia  
y en prisión, y es a quien toca  
ser de Navarra cometa,  
pronosticando ruinas  
con la fuerza aragonesa.

REY. Con más atención, enojos;  
pesares, menos licencia;  
amor, qué breves disculpas;  
honor, si engañoso aciertas  
ejecutivos agravios,  
me aseguras la fineza  
de Carlos; aquesto es cierto;  
Carlos al Príncipe venza.

LOPE. ¿Qué dice tu majestad?

REY. Lo que fabrica la idea  
bien se oculta a la amistad.

LOPE. Me pareció que tu alteza  
dijo salga Carlos.

REY. ¿Qué?

LOPE. "Carlos al Príncipe venza."

REY. Dices bien. De aquesa sala  
Carlos llegue a mi presencia.

LOPE. Voy, señor, a obedecerte.

REY. ¿Que tan dueño de la guerra;  
tan dueño de la campaña  
el Príncipe se gobierna,  
que mis fronteras le miran,  
mis soldados le sujetan  
y rayos de mi valor  
no le abrasan? Mas si fuera  
la competencia en los dos,  
una la facción revuelta,  
a solas nuestros aceros  
tan breve el castigo fuera,  
que la ejecución del tiempo,  
hijo de la ligereza,  
uno, avisado a su curso,  
al otro se desmintiera.

(Sale LOPE y CARLOS.)

LOPE. Esto es lo que pasa, Carlos.  
CARLOS. A tus plantas, señor, llega  
quien es tu hechura.

REY. Don Carlos,  
vuestro valor esta empresa  
pide; preso [ya no] estáis;  
el Príncipe me hace ofensa,  
a vos os toca el castigo,  
el Cielo triunfante os vuelva.

(Vase.)

CARLOS. ¿Qué sucesos son aquéstos?  
¿El rigor y la clemencia  
se mezclaron?

LOPE. Así es.

CARLOS. Lope, yo me voy, que es fuerza.  
Ya el pífano avisa el parche;  
ya el amor y honor esperan,  
dos triunfos a un mismo tiempo.  
Esta parte, que es más tenue,  
os toque a vos, que yo voy  
donde la muerte me lleva  
a merecer imposibles  
o ver el fin de mis penas.

(Vase. Sale la INFANTA.)

ALBA. Divertida entre las flores  
en una miré mi amor,  
que sólo tuvo de flor  
los aparentes colores.  
Flor oyó los ruiñeños  
porque, al salir la mañana,  
nació al ver el sol ufana,  
y apenas sus rayos vió,  
cuando cadáver se halló  
efecto de flor humana.

Así mi amor, breve flor  
en don Carlos divertida,  
sólo consigue de vida  
aquel primer esplendor.  
Pero apenas el ardor  
de tanto planeta advierte,  
cuando ¡ay, rigurosa suerte!  
esta, pues, belleza humana,  
si fué flor por la mañana,  
duerme en brazos de la muerte.

De este modo el alma mía  
más símbolo es de la flor,  
pues en el primer ardor  
desfalleció su osadía.  
Si fué flor la que quería  
beber del alba el cristal,  
yo sí que soy racional  
for, que apenas tuvo ser,  
cuando, queriendo nacer,

tuve afecto de mortal.

Y aunque miro el desengaño,  
en mí su pena apercibo;  
miro el dolor en que vivo,  
y amante admiro el engaño.  
Gloria me parece el daño  
y lisonja mi dolor;  
siendo símbolo a la flor,  
por Carlos mi amor padece.  
Amor, el remedio ofrece,  
o dame la muerte, Amor.

(Sale el REY y LOPE por una puerta y por otra el  
ALMIRANTE, LAURA y CLARA, y gente.)

ALMIR. A un tiempo vengo a serviros  
y a un tiempo la vida a daros;  
cual deidad, sacrificaros  
la gloria de mis suspiros.  
A un tiempo Carlos, señor,  
de honor el alma vestida,  
os va a consagrar la vida,  
hijo, al fin, de mi valor.  
Allí las cajas y trompas  
avisan a la batalla;  
aquí, por serviros, se halla  
Laura en cortesanas pompas.  
A nadie le ha sucedido  
lo que a mí, pues os entrego  
dos hijos a un tiempo, y llego  
a ser padre y ser marido.  
Y así, aquí doy a tu alteza  
la joya que más estimo.

REY. (Poco adoro, pues reprimo  
mi amor con tanta belleza.)

LOPE. (Cielos, ¿qué medio ofrecéis  
al daño que me lleváis?  
O mi vida no estimáis  
o mi pena concedéis.)

ALMIR. Dé la mano vuestra alteza  
a Laura.

ALBA. En mis brazos quiero  
aposentarla primero,  
que aquí la naturaleza  
cifró todo su poder.

LAURA. Vuestra majestad la mano  
me dé.

REY. No, lo soberano  
se ministra donde el ser  
limita la vanagloria,  
y vos, al suelo rendida,  
si no es indicio homicida,  
la vida os da la victoria.

- LAURA. Levánteme vuestra alteza  
adonde logre mi vida,  
cuando no desvanecida  
me consagre a mi rudeza.
- REY. No es bien que lo temeroso,  
Laura, se acredite en vos,  
Casaros queréis las dos;  
casamientos son forzosos;  
digo de mi hermana y vuestro,  
que sean con brevedad.
- LOPE. No muestre tu majestad  
tanta voluntad tan presto,  
que el Almirante, señor,  
es noble y es entendido.
- REY. Lope, como estoy rendido,  
todo mi afecto es amor.
- ALMIR. La vida que me dió el Cielo  
hoy de más afecto ha sido,  
pues Carlos os ha servido,  
Laura me quitó el desvelo.  
Porque apenas tus soldados  
de honor y valor vestidos  
de tal general regidos  
(perdona afectos criados  
de paternal condición), (1)  
cuando a una vez aclamaban  
en Carlos y en tu justicia,  
y a un tiempo espero, señor,  
ver, para mayor victoria,  
Carlos rendiros la gloria  
y triunfo de vencedor.  
Clarines, cajas y trompas,  
con el súbito alboroto,  
muestran que ha vencido Carlos.
- (Cajas, y salgan todos los que pudieren, DON FERNANDO, CARLOS y el PRÍNCIPE.)
- CARLOS. A tus pies augustos postro  
mi humildad y vencimiento,  
y cuando tanto mayor  
mi suerte estando a tus pies...  
(¡ Mi padre y hermana! Enojós,  
suspended la turbación. *(Aparte.)*  
¡ Valedme, Cielos piadosos!  
¿ Qué es esto, en tan breve ausen-  
Ya estoy, Carlos, descoso [cia?]  
de escuchar tu vencimiento.
- REY.
- CARLOS. Oyeme, pues, quinto Alfonso.  
Cuando los ardientes rayos  
del planeta luminoso

más benignos se prometen,  
se conceden más piadosos,  
y cuando de su carrera  
por este celeste golfo,  
campo de cristal, pasea  
en nevado promontorio,  
y al mirar del Oceano  
en competencia o soborno  
de su deidad nubes densas  
le ofrece majestuoso,  
entonces, invicto Rey,  
aqueste epítafio hermoso,  
que lisonja de sí mismo  
es árbitro de sí propio,  
dejé, señor, tu presencia.  
No como otras veces oigo  
al salir tus estandartes  
entre lástimas, sollozos,  
quejas por ausentes dueños,  
suspiros, penas, enojos,  
y esta vez sólo escuché,  
en un susurro sonoro,  
créditos de vencimiento,  
gloria en pesar tan forzoso,  
anuncios que en tu servicio  
era la victoria el logro.  
En fin, con tu campo marchó,  
viendo en tus infantes sólo  
un eco, que repetía  
del empeño a que postro  
el triunfo; pero son tales  
tus infantes animosos,  
que cada uno prometió  
la victoria por sí solo.  
Y apenas dejo las puertas  
de este edificio soberbio  
del Alcázar, donde habita  
el que muere y vive a soplos,  
cuando a la vista del prado,  
cuyo ramillete de olmos  
bastidor de primavera  
y lisonja del agosto,  
vió la marcial palestra  
que, con afecto ambicioso,  
por hurtar rayos al sol,  
fué todo soles del soto.  
Y al tiempo que ya lucía  
con cambiantes rayos rojos  
esa lámpara del día,  
digna majestad de Apolo,  
puse en orden mis soldados,  
y Enrique, como glorioso

(1) Este verso y los dos siguientes ni forman redondilla, aun incompleta, ni tienen sentido.

o capaz del vencimiento,  
 más libre que cuidadoso,  
 hace lo mismo; y al tiempo  
 que los ecos del sonoro  
 parche avisan que se embistan,  
 al encuentro impetuoso  
 verías que tuvo el sol,  
 o de lástima o de enojo  
 de ver el seguro empeño,  
 casi oculto el bello rostro.  
 Y por que no se alabase,  
 prudente o vanaglorioso,  
 que a la vista de tu corte,  
 de tus murallas y fosos  
 dió el asalto, yo, primero  
 que oyese los silbos roncós,  
 de incendios articulados,  
 volcán se vió lo que sólo  
 empezó la batería,  
 las flechas y el libre plomo,  
 presunción vana de aire,  
 cometa fué luminoso  
 de las flechas de ambas partes.  
 Fué tanto el feliz aborto,  
 que impelidos del aire,  
 entretejidos los trozos,  
 fueron del sol celosías  
 por donde, con más decoro,  
 viese de este vencimiento  
 el encuentro impetuoso.  
 El campo discurro altivo;  
 a los soberbios me opongo,  
 que el rigor en los humildes  
 es del vencedor oprobio.  
 Tantos temieron mi brazo,  
 que, si el acero dispongo  
 a la ejecución, murieron  
 muchos del amago solo,  
 o, sin duda, que la muerte,  
 viendo el ímpetu brioso,  
 ambiciosa de matar,  
 dando a su segur los logros,  
 me dejó la ejecución  
 por parecer que en mí solo  
 estaba más pronto el fin  
 que no en el rigor de Cloto.  
 Soborno fué a mi valor,  
 que si pudo ser el odio  
 de mi brazo, aun a la muerte  
 pudo causarle alboroto.  
 Tantos, señor, ¿no te admiras?,  
 murieron en el destrozo,

que sirvieron de trincheras  
 a mi campo victorioso;  
 y comparada la gente  
 con los instantes, no ignoro  
 que maté dos hombres yo  
 por cada un instante solo.  
 En este tiempo a altas voces  
 Enrique, que cauteloso  
 se prometió el vencimiento,  
 le cantó el ehojo elogios.  
 Me llama, y yo, que le escucho  
 en un andaluz cerdoso,  
 hijo de la cuarta esfera,  
 digna emulación de sólo  
 quien del cordón al copete  
 de espuma o de sangre rojo,  
 siendo nieve se formaba,  
 nada entre soberbio golfo,  
 tanto, que aun el bruto mismo,  
 de esas acciones celoso,  
 viendo su fama en la espuma,  
 tuvo de razón asomos,  
 le embisto, señor; venía  
 en un escocés airoso,  
 tan galán, que pudo, altivo,  
 hollar los ardicntes polos;  
 tan ajustado a la industria  
 de su ímpetu, de su modo,  
 que una forma parecían  
 asidos el uno al otro.  
 Yo en mi brioso andaluz,  
 que, sujeto y cuidadoso  
 al aviso de la rienda,  
 midió grano a grano el polvo,  
 tan leve en la presunción  
 y tan valiente en lo pronto,  
 que era cometa con alma  
 y rayo por lo furioso.  
 Eran, pues, si dos montañas,  
 avisadas del enojo,  
 sabe Dios, señor, si viendo  
 al Príncipe tan furioso,  
 tan bizarro, tan valiente,  
 a ser posible el decoro  
 de ese respeto en mi pecho,  
 venciera lo generoso.  
 Pero como tu servicio  
 y mi honor delante pongo,  
 monte animado parezco  
 si él Monjibelo ambicioso.  
 Tal fué el golpe de los dos,  
 que, estremecidos los globos



celestes, titubeó  
 todo el pavimento hermoso.  
 Ambos, del soberbio golpe,  
 los sentidos sin decoro,  
 rotas las soberbias lanzas,  
 que fueron duros escollos;  
 los escudos maltratados,  
 casi los aceros rotos,  
 siendo el triunfo del peligro,  
 fuimos de la tierra asombro.  
 Volvió su alteza a su escudo,  
 el mío gozo, y tan otro  
 me hallé, perdoneme Enrique  
 y su cesáreo decoro,  
 que antes que el altivo brazo  
 ministrase al desahogo,  
 tuve, con su vencimiento,  
 triunfos con que me coronó.  
 La vitoria cantó el campo,  
 examinaron despojos  
 los tuyos en los vencidos,  
 que pienso vuelven tan pocos  
 que den la nueva en Navarra,  
 que será bien que nosotros  
 la diésemos, si es soberbia,  
 ya su cierto mauseolo  
 y mi fama lo publica.  
 Esta es, dueño generoso,  
 la vitoria, ésta la acción  
 a que hoy me enviaste y postro  
 a tus pies, que es un servicio  
 que tiene el mundo invidioso.

REY. Pena por el vencimiento  
 con que a vuestra alteza hallo.  
 Cuando le admita seguro  
 nuevo favor a mis brazos.

CARLOS. Me contemplo en mi gloria. (1)

PRÍNCIPE. Es el mayor agasajo,  
 pues descrédito que miro  
 hace más altivo a Carlos.  
 Es logro del que es vencido  
 ser el vencedor bizarro,  
 y así, señor, yo concedo  
 lo que está capitulado,  
 dando la mano a la Infanta.

REY. ¿Qué importa que esté la mano  
 de vuestra alteza tan pronta?  
 Si no discurre avisado  
 en su papel su recelo,  
 y si fué el aviso malo

lo de si fué o no fué  
 del honor justo embarazo.  
 No importa que sea buena  
 para vuestra alteza, en tanto  
 que el vulgo (si lo ha sabido)  
 acredita lo contrario.  
 Y así, pues tuvo valor  
 para merecerle Carlos,  
 como vuestra alteza dice,  
 favores de Alba, la mano  
 le dé de esposo, que, en fin,  
 es mi sangre y la he ganado  
 haciendo a un tiempo dos logros.  
 Vuestra alteza puede, en tanto,  
 volverse a su tierra, adonde  
 si pareciese acertado,  
 volver a ver a Aragón,  
 podrá bien, pues vive Carlos.

CARLOS. Señor, tu favor admito.

ALBA. Es acuerdo soberano,  
 y confieso a la elección  
 lo piadoso de los hados.

ALMIR. Señor, en tan dulce día  
 permite a Laura el estado  
 que he pedido.

REY. Al instante.

Laura, ¿vos queréis casaros  
 con don Lope?

LAURA. Vuestra alteza  
 tiene el gusto decretado  
 de mi obediencia.

REY. Es así,  
 cuando mi hermana consagro  
 a mi misma sangre, yo  
 puedo también dar la mano  
 a Laura.

LAURA. Con mi silencio  
 te responda.

ALMIR. ¡Cielos santos,  
 todos son favores vuestros!

TACÓN. Porque no tienen criados  
 ningunos de estos señores,  
 Clara, he de ser tu velado.

LOPE. Sólo yo padezco penas;  
 sólo yo, de amor prendado,  
 vine a ver cierto el refrán  
 de *engañar a quien engaña*,  
 pues no le valió a mi ingenio  
 artificiosos engaños,  
 porque el poder y el amor  
 son poderosos contrarios.

FIN

(1) Este incorrecto pasaje está así en el original.

# EL ENGAÑO EN LA VERDAD

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA VALLEJO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

MARCELA, *duquesa de Ferrara.*

LEONARDO.

OTAVIO, *viejo.*

MILÁN, *lacayo.*

SERAFINA, *dama.*

CARLOS, *duque de Ferrara.*

BELARDO, *labrador.*

DANTEO, *villano.*

OTÓN.

GUARDA.

LISARDA, *labradora.*

ALBERTO.

ELICIO, (1) *escribano.*

[VERDUGO.

CRIDOS.]

## JORNADA PRIMERA

(*Dicen dentro:*)

¡Huíd, que de las montañas (2)

furioso baja un león!

¡Huíd, huíd, cazadores,

al valle, hacia el valle!

(*Sale MARCELA, duquesa de Ferrara, sola, huyendo y turbada.*)

MARCELA. ¡Ay, Dios!

¿Adónde podré esconderme?

que me ha turbado el temor.

Sola me dejaron todos:

(1) Este personaje está nombrado dos veces en la lista.

(2) Para que se pueda juzgar de la exactitud de lo que en el *Prólogo* afirmamos en cuanto a la relación de esta comedia con la de Matías de los Reyes, impresa a nombre de LOPE, con el título de *Di mentira, sacarás verdad*, en la *Parte XXII* extravagante de LOPE DE VEGA (Zaragoza, 1630), copiaremos algunos trozos de esta comedia. Véase ya su comienzo:

CAZADOR 1.º ¡Guarda el león, que al veloz viento en ligereza iguala!

CAZADOR 2.º Rabia escupe, fuego exhala de aliento y vista feroz.

REY. Seguid todos a Su Alteza, que es peligrosa ocasión; no ofenda el fiero león a mi vida en su belleza.

CAZADOR 3.º ¡Huyamos a la espesura, que defendernos podrá!

UNOS. ¡Guarda el león!

OTROS. Por acá.

REINA. ¿Aquésta llaman holgura? Renúnciela desde aquí para mientras yo viviere.

Federico, Otavio, Otón, Pompeyo, Florelo, Fabio; Leonardo también huyó, que en el peligro evidente muy pocos tienen valor. ¡Yo soy muerta!

(*Salen LEONARDO, galán; OTAVIO, viejo, y otros dos, o tres, las espadas desnudas.*)

LEONARDO. De una fiera infame ha sido el temor, pues arrastró la nobleza hoy a los ojos del sol.

ARNESTO. Vuestra Alteza no se altere, que tiene defensa en mí.

REINA. Nada puede asegurarme, que es gigante en mí el temor.

ARNESTO. Peligro mucho mayor podrás, Reina, confiarme.

REINA. Llevadme al punto de aquí.

DUQUE. Vuestra Alteza se reporte.

REINA. Volvedme luego a la Corte si queréis que vuelva en mí.

Buscad al Rey al momento y prevenidme litera, que no puedo aquesta fiera echar de mi pensamiento.

ARNESTO. (A mi Rosarda no veo; (*Aparte.*) su defensa al Cielo pido.)

REINA. Tal temor he recibido que estoy viva y no lo creo.

¿Cómo no veo mujer de las mías? ¿Dónde están?

DUQUE. Siguiendo, sin duda, irán la flaqueza de su ser.

Habrán huído.

REINA. Buscadlas.

DUQUE. No hay flaqueza que temer,

No temas, señora. Vuelve  
a tu Adonis cazador,  
de cuyos brazos confío  
mayores hazañas yo.

MARCELA. ¡Tío Otavio!

OTAVIO. ¡Mi Marcela,  
sangre de este corazón,  
duquesa y señora mía!

MARCELA. Aún no puedo dar la voz,  
según temo y según siento.

REINA. que bien las podrá esconder  
este monte entre sus faldas.  
Pues buscadlas, sin embargo;  
recorra el monte mi guarda.  
ARNESTO. ¡Ay, mi querida Rosarda!  
Yo de ti sola me encargo.  
Mauricio, de mi recelo  
tienes premisa bastante;  
cerca el monte en un instante  
y haz lo que sabes.

MAURICIO. Harélo.  
(*Vase.*)

REINA. Venid todos a mi lado  
hasta que al Rey encontremos.

DUQUE. Todos sirviéndote iremos.

REINA. Mucho temor he cobrado.  
(*Vanse, y sale MAURICIO.*)

MAURICIO. Por este bosque sombrío  
el camino he de seguir;  
pero, al Rey veo venir  
y al dueño del que lo es mío.  
Aquí en esta senda estrecha  
los escucharé escondido  
por saber si cierta ha sido  
su recelosa sospecha.

(*Sale el REY deteniendo a ROSARDA.*)

REY. Dad ya de mano al temor,  
pues a vuestro lado vengo.

ROSARDA. Y aun por esa causa tengo  
ese cuidado, señor;  
que puede mi mala suerte  
serme tan contraria aquí,  
que por defenderme a mí  
el león os dé la muerte.  
Defiéndose vuestra vida,  
que la mía importa nada.

REY. Estáis, Rosarda, engañada.

ROSARDA. Antes, señor, advertida;  
que en buena razón y ley,  
aunque más vengáis a amallos,  
más que las de mil vasallos  
vale la vida de un Rey.

REY. Veros solo me da pena.  
Desengañaros querría  
que, en razón de compañía,  
sólo la vuestra hallo buena.

ROSARDA. Vos sois mi remedio ya.  
Tal valor no me prometo,

OTAVIO. Ya, señora, huyó el león  
temeroso de tus ojos,  
si de nuestras armas no.

MARCELA. ¿Adónde el Duque estará?

OTAVIO. Buscándote, que el amor  
mal asegura en la ausencia,  
que es el peligro mayor.

MARCELA. Témoale, Otavio.

LEONARDO. ¿De qué,  
si el príncipe, mi señor,

REY. que soy mujer, en efeto.  
Pues en eso el caso está.

ROSARDA. La vitoria es muy impropia  
en el mujeril valor.

REY. Y ésta más, pues no es menor  
que venceros a vos propia.

ROSARDA. Con tanto cuidado estoy,  
que nada entenderos puedo.

REY. Bien podéis perder el miedo;  
desto mi palabra os doy.

Justo es ya desengañaros;  
advertid que este rüido  
fué por mi orden fingido,  
por tener lugar de hablaros.  
Que la Reina, que ha notado  
el fuego de mi afición,  
por más ligera ocasión  
nunca dejara mi lado.

Y pues mi suerte ha querido  
lograr mi engaño amoroso  
y a punto tan venturoso  
mi deseo ha conducido,  
permitid, bella Rosarda,  
dar licencia a mis suspiros,  
para que pueda deciros  
lo que mi lengua acobarda.  
Volved, señora, esos ojos,  
dueños del triunfo mayor;  
ved que a esos pies rinde Amor  
Rey y reinos en despojos.  
Pues sois ya dueño del alma,  
mi reino lo menos es,  
que el principal interés  
es ganar del alma palma.  
En fe de esto me prometo,  
y de vuestra cortesía,  
que la altiva intención mía  
surtirá dichoso efeto.  
Comenzad, pues, a dar muestra  
de la estima deste amor.  
Dadme una mano.

ROSARDA. Señor:

¡Jesús!, detened la vuestra.  
Tanta lisonja excusad;  
que no acabo de entender  
lo que puede pretender  
de mí Vuestra Majestad.  
REY. Lograr tan dichoso empleo,  
aunque mi reino aventure.  
ROSARDA. Vuestra Alteza se procure  
templar en caso tan feo;

es para las fieras hombre,  
para los hombres león?

MARCELA. ¿Adónde fueron mis damas?

OTAVIO. Donde el temor las llevó.

MARCELA. ¿Y Serafina, tu hija?

OTAVIO. Pienso que el Duque acudió  
a socorrerla.

LEONARDO. (¡Ay de mí!

¡Ay, celos!)

MARCELA. Celosa estoy,  
que si engaña la hermosura  
poderosa es la ocasión;  
de Elisa Dido y Eneas  
retrato las cazas hoy,  
y que las cuevas del monte  
todas en mi agravio son.

LEONARDO. (¿El Duque y mi Serafina  
a solas? ¡Celos, rigor,  
furias, tormentos, infiernos,  
crueldad, desesperación,  
llevadme a mí donde están!  
No me llevéis, que es menor  
en duda cualquier ofensa  
y el desengaño traición.  
No quiero desengañarme,  
pues tengo por opinión  
que el engaño y la esperanza  
una misma cosa son.  
Serafina, al fin, es noble,  
y el Duque... Mas ¿dónde voy  
cuando me abrasan sospechas  
y me acobarda el temor?)

porque si acaso porfía  
poner su intento en efeto,  
he de perder el respeto  
a tanta descortesía.  
(Hasta aquí disimulé,  
sin darme por entendida:  
y ya, aunque pierda la vida,  
sospecho que no podré.)  
¿Qué es esto, señor? ¿No advierte  
Vuestra Majestad que soy  
hija...?

REY. Mi palabra os doy  
de que está echada la suerte.  
Hija sois de Federico,  
el Duque; yo no lo niego;  
pero estando de amor ciego  
mal a discursos me aplico.  
Reportarme no podré  
con lugar, tiempo y ventura,  
pues cualquiera me asegura  
lo que un siglo deseé.

ROSARDA. Dice que me tiene amor,  
y es engaño manifiesto,

MARCELA. Venid conmigo, Leonardo,  
y venid, Otavio, vos,  
que lo que no quería hallar  
ahora buscando voy.

LEONARDO. (¿El Duque y mi Serafina  
a solas? ¡Celos, rigor,  
fuerzas, (1) tormentos, infiernos,  
crueldad, desesperación,  
llevadme a mí donde están!)

(Sale MILÁN, lacayo, tropezando, y cayendo, y con  
la espada desnuda.)

MILÁN. ¡Oh, pesía a quien me parió!  
¡Qué cuchillada le di  
y qué ñarada me dió!  
¡Ténganme, cuerpo de tal!

LEONARDO. ¿Qué es esto, Milán?

MILÁN. Señor,  
hacer lo que hicieron todos,  
si menos cobarde yo;  
reñí con ese leoncillo  
y, en efeto...

OTAVIO. ¡Buen humor!

LEONARDO. (Milán, busca al serafín  
que para mi mal formó  
con deidad Naturaleza,  
mudable la inclinación.  
Vuela.

MILÁN. ¿Sin alas?

LEONARDO. Pues corre  
el monte desde el balcón  
donde se asoma la aurora

que un afecto deshonesto  
no es amor, sino furor.  
Quien ama es fuerza que ame  
de quien amare el honor;  
porque ese otro no es amor  
sino un apetito infame.  
Advierta que si desprecia  
mi valor por ser mujer,  
que forzada vendré a ser  
famosa como Lucrecia.  
Y cuando tan vil destrozo  
en mi casto honor se vea,  
si un capitán Timoclea,  
yo echaré un rey en el pozo.  
MAURICIO. ¿Quién vió en mujer tal constancia,  
que, por lo que ha sucedido,  
hizo en honra del marido  
más honrosa repugnancia?  
Yo quiero con mi presencia  
evitar daño mayor.

(1) En el original, así; pero antes, que repitió  
estos mismos versos, dijo "furias", que parece más  
propio.



por ver madrugar al sol.  
Corre las torres soberbias  
desde el gigante Nembrot  
a la vanidad egipcia. (1)

MILÁN. No soy tan gran corredor,  
si bien con serlo de cambios  
he visto yo más de dos  
que para correr al mundo  
les dió su vida ocasión.  
Buscaré a tu Serafina.  
¿Quieres más?

LEONARDO. La dilación  
me ofende.

MILÁN. Sígueme tú,  
que yo con tus alas voy.)

MARCELA. ¿Dónde vas?

MILÁN. A asegurarte  
de no nada que es león, (2)  
éste de quien no hacen cuenta  
ni discreción ni valor,  
y yo la hiciera más bien  
de una bota y de un jamón,  
que para correr los montes  
son alas de un bebedor.

MARCELA. Vamos, que ya hace caso,  
ciega, la imaginación,  
y es dar lugar al efecto  
bárbara ley del error.

(Vanse, y sale SERAFINA, dama, y CARLOS, duque de Ferrara.)

CARLOS. Cese, mi bien, el temor,  
pues hay amor que os defienda.

SERAFINA. Que a vuestra grandeza ofenda  
es lo que temo, señor.  
Yo vuestra ofensa (3) recelo.

CARLOS. Ninguna ley (4) me acobarda  
con un serafín de guarda  
y un sol mayor que el del cielo.  
Otro pensamiento mueve,  
si no es desdén, tu tristeza,  
que soy yo, y a la grandeza  
nadie con la luz se atreve.

SERAFINA. Mal podrán tus verdazas solas.

CARLOS. Serafina, así es fuerza;  
pero la mayor crueldad

se vence mejor a solas.  
Y aunque la ocasión esfuerza  
los términos del vencer,  
hoy la razón ha de hacer  
lo que pudiera la fuerza.  
Que es noble la calidad  
que con la piedad se abona,  
y amor no tiene corona,  
si no es la de la piedad.

SERAFINA. Con tanto cuidado voy,  
que oírte, señor, no puedo.

CARLOS. No te canses.

SERAFINA. Con el miedo  
en lo que dices no estoy.

CARLOS. Si a mí tu ser me asegura,  
en vano, mi bien, te alteras,  
que reconocen las fieras  
respetos de la hermosura.  
Mi suerte es bien que mejores  
cuando honras cielos y suelo  
con nuevas luces al cielo  
y al suelo con varias flores.  
No temas la fiera incierta,  
que, por darme esta ocasión,  
 fingido ha sido el león.

SERAFINA. Y mi desventura cierta.  
Poco me quita el temor  
la seguridad del daño,  
que en el poder el engaño  
hace el peligro mayor.

CARLOS. El de mi muerte podría  
lastimarte.

SERAFINA. Fía de mí,  
que por mi honor y por ti  
daré...

CARLOS. Serafina mía,  
eso sólo pido yo;  
mi muerte teme y recela.

SERAFINA. Vida por honra daréla;  
mas honra por vida, no.  
Procede, pues cres sabio,  
hoy con la razón que extrañas,  
que para nobles entrañas  
no hay fiera como el agravio.  
Manos y deseos enfrena:  
aunque en tu intento señalo  
que no pretende ser malo,  
sino saber si soy buena;  
mas si ha sido culpa mía  
yo la castigaré en mí,  
y verá mi padre en ti  
de qué príncipe se fía.

(1) Este verso y los dos anteriores no hacen sentido claro. Debe de faltar algo.

(2) Quizá estaría mejor este verso así:  
"de lo nada que es león".

(3) Durán, en su copia, emmendó "afrenta".

(4) Quizá deba leerse "Ninguna aquí".

Míralo, Carlos, mejor,  
que en tu injusto proceder  
soy sangre de tu mujer,  
tengo padre y guardo honor.

CARLOS. No tiene amor recompensa  
si no es gozar.

SERAFINA. Ni el valor  
tiene obligación mayor  
que satisfacer su ofensa.

(Salen LEONARDO y MILÁN.)

MILÁN. (Llegas en buena ocasión.  
¿Que el Duque tal fuerza intente!  
Mas ¿qué fortuna no miente  
ni qué amor guarda razón?)

LEONARDO. Hoy que mis ofensas hallo  
a los ojos, ¿qué haré, amor,  
que el príncipe es mi señor,  
yo noble, mas su vasallo?  
¿Muera el tirano!

MILÁN. ¿Qué intento  
es éste?

LEONARDO. Vengar mi agravio.

MILÁN. Nunca sin acuerdo el sabio  
ejecuta el pensamiento.

LEONARDO. ¿Qué he de hacer, piadosos Cielos?

MILÁN. Repórtate, que te importa.

LEONARDO. No es hombre quien se reporta  
cuando averigua sus celos.

MILÁN. Yo lo quiero remediar,  
que esto va perdido.)

SERAFINA. Advierte  
que me he de dar yo la muerte. (1)

MILÁN. ¡Oh, qué albricias me ha de dar  
la Duquesa, mi señora,  
de haberte hallado!—Leonardo,  
aquí está el Duque gallardo.

CARLOS. (Vengáis vos y él en mal hora.)  
¿La Duquesa?

MILÁN. Espera un poco,  
que aunque está del temor ciega,  
tan cerca viene, que llega.

LEONARDO. (Y yo, de celoso, loco.)

CARLOS. ¿Que no se fué la Duquesa  
a Ferrara?

LEONARDO. No, señor.

MILÁN. Presto llegará.

LEONARDO. El amor

montes rompe y atraviesa.

CARLOS. Visteme, Leonardo amigo,  
con Serafina, que en vano  
quise tocarla una mano.

LEONARDO. (Viera el Cielo tu castigo  
si la ley de la lealtad  
no viera (1) mi fe.)

SERAFINA. (Aunque el Cielo  
trajo a Leonardo, recelo  
que no creerá mi verdad.—  
Oye, Milán.

MILÁN. ¿Pesia mi,  
en qué terrible ocasión  
nos has (2) puesto!

SERAFINA. Si es traición.  
¿Leonardo vió culpa en mí?)

CARLOS. (Siempre de ti confié,  
Leonardo, el alma.

LEONARDO. Yo espero  
servirte.

CARLOS. Pues lo que quiero...

LEONARDO. (Es aportillar mi fe;  
y Dios te libre que el noble  
dé entrada a un atrevimiento.)

CARLOS. Tú has de hacer que el pensamiento  
Serafina rinda y doble;  
que fío de tu cuidado,  
de tu ingenio y mi favor.  
¿Qué me respondes?

LEONARDO. Señor...

CARLOS. (Parece que le ha pesado.)

LEONARDO. Si es prima de mi señora,  
Serafina.

CARLOS. (Aquí hay maldad,  
y he de saber la verdad.)  
¿Qué importa? Llévala ahora:  
si de voluntad no quiere,  
forzada, y en la espesura  
la ejecución asegura  
del pleito que me difiere.  
Yo ejecutaré mi intento,  
aunque pese.

LEONARDO. (No, tirano;  
que tú has puesto ya en mi mano  
riendas a tu atrevimiento.)

CARLOS. (Llévala, amigo, entre tanto  
que yo a la Duquesa... Fío  
de tu lealtad.)

(Vase CARLOS.)

(1) Aquí falta una acotación que diga "*Preséntase MILÁN*", o cosa parecida, pues hasta entonces había permanecido oculto.

(1) Durán: "viese".

(2) Durán: "nos ha".

LEONARDO. (¡Llanto envió  
al mar, siendo el mar mi llanto!)

SERAFINA. ¿Es posible que se fué  
esta fiera, este enemigo?  
¿Qué es esto? ¿Sin él, contigo,  
mi Leonardo?

LEONARDO. No lo sé.

SERAFINA. ¿EsO me dices a mí  
si viste lo que pasó?

LEONARDO. Pues ¿por qué lo digo yo  
si no es por lo que yo vi?

SERAFINA. Al Duque la pretensión  
¿quién se la podrá quitar?

LEONARDO. Tú, si supieras tomar  
más justa resolución.  
Mas es príncipe, y es ley  
que se le guarde el respeto. (1).

MILÁN. Cualquier villano os prometo  
que es de sus gustos el rey.

SERAFINA. Milán, ¿por qué callas, di,  
si es verdad que me escuchaste?  
¿O también te conjuraste  
con tu amo contra mí?—  
Bárbaros montes y breñas,  
testigos de esta verdad,  
mayor fué mi ceguedad  
que vuestras silvestres peñas:  
decilde a mi bien las medras  
de males tan rigurosos,  
que no para los dichosos  
han de hablar siempre las piedras.

MILÁN. ¿No viste tú aquel valor  
con que resistió su furia?  
El que no olvida la injuria  
no diga que tiene amor.  
Tan temeraria y resuelta  
anduvo en el propio "no",  
que si fuera el Duque yo  
llevara una gentil vuelta.

LEONARDO. Deja los donaires. Vuelve  
donde va el Duque, entre tanto  
que mi alma bebe el llanto  
del sol y el vapor resuelve.

MILÁN. Voy; mas no habéis de reñir  
los dos.

(Vase MILÁN.)

LEONARDO. Con cuidado parte.—  
Yo vengo para llevarte  
adonde me veas morir.

Mandóme el Duque; en efeto,  
tercero quiere que sea.

SERAFINA. ¿Hay quien mi desdicha crea?  
¿Tú quieres? ¿Tú eres discreto?

LEONARDO. Mal discreción y recelos  
juntan las derechas palmas,  
pues enmudecen (1) las almas  
adonde hablan los celos.

SERAFINA. Deja sospechas y fía  
que sólo tu amor me mueve,  
mi Leonardo; el tiempo es breve  
y grande la tiranía  
del Duque. Mira y advierte  
qué es lo que habemos de hacer.

LEONARDO. Serafina, obedecer  
la sentencia de mi muerte.

SERAFINA. Y yo volver a llorar  
descréditos de mi fe.

LEONARDO. Ea, mis ojos, que ya sé  
cuánto te puedo fiar.  
No más lágrimas, señora;  
la luz vuelva a su arrebol,  
que no ha de llorar el sol  
para que se ría la aurora.  
Mira, mi bien, que esas perlas  
pueden ofender al cielo  
porque se las das al suelo,  
indigno de merecerlas.  
Deja de llorar y dame  
resolución que convenga.

(Sale CARLOS aparte.)

CARLOS. (Amor que celos no venga  
gran parte tiene de infame.  
Quise probar de Leonardo  
el pecho, que sospeché  
no sé qué y sí sé qué,  
pues ya lo he visto. ¿Qué aguardo  
que no deshago este monte,  
que no abraso y que no quemio  
mil mundos?)

LEONARDO. Ya Polifemo  
desamparó este horizonte;  
seguro [a] abrazarte llevo  
de su tiránica guerra.

CARLOS. (Si no os cubriere una sierra  
os abrasará mi fuego.)

LEONARDO. Dame esos brazos, ¿qué haces?  
Vuelve esos hermosos ojos,

(1) Durán: "guarde respeto".

(1) Durán: "endurecen".

que premia injustos enojos  
la gloria de hacer las paces.

SERAFINA. ¿A pedir premio te inclina  
lo que mereció castigo?

LEONARDO. Vea yo que soy tu amigo,  
mi divina Serafina.

(*Abrázanse.*)

CARLOS. (¿Cuál desacierto no viene  
ahora en ocasión buena?  
Tenga la gloria en la pena  
que tan merecida tiene.)

(*Dale por las espaldas con la daga, y cae.*) (1)

LEONARDO. ¡Ay de mí!

CARLOS. ¡Muere, traidor!

SERAFINA. ¿Qué has pretendido, alevoso,  
dando la muerte a mi esposo?—

(1) En *Di mentira* se desarrolla así este episodio:

“REY. ¿Qué tengo más que esperar?  
La mano le dió, y los brazos  
hacen a su cuello lazos;  
en ellos le he de matar. [Dale.]

ARNESTO. ¡Ay de mí!

REY. ¡Muera el traidor!

ROSARDA. ¡Oh, suceso riguroso!  
¿Por qué me has muerto a mi esposo?  
¿Qué me persigues, señor?

REY. Para dar con una herida  
muerte a tu gusto y mi agravio.

ROSARDA. ¿Qué tigre fiero, homicida,  
dió nutrimento a tu labio,  
que así le imita tu vida?  
Cual su hijo has heredado  
sus vengativas entrañas.  
Para conservar tu estado  
con muy heroicas hazañas  
a reinar has comenzado.  
Sin duda que son honradas  
haráste eterno con ellas,  
pues las más aventajadas  
son solicitar doncellas  
y hacer viudas las casadas.  
Mi marido es el que heriste  
por la espalda; hazaña rara,  
por honrado le tuviste,  
supuesto que cara a cara  
a herirle no te atreviste.  
Y si no fué cobardía,  
sería, y bien lo sospecho,  
temor que te obligaría  
mirar muchas que en su pecho  
por ti recibido había.  
Mas la causa verdadera  
de darle contra las dadas  
esta nueva herida fiera,  
fué porque entre las honradas  
esta infame no cupiera.  
Bastantemente has triunfado

¡Dulce Leonardo! ¿Ah, señor?—

¿Qué ha sido tu pretensión,  
tirano, de ¡ey exento?

CARLOS. Castigar en ti el intento  
y en Leonardo la traición;  
pues yo por mis ojos vi  
ofenderme y agraviarme,  
que sé de un golpe vengarme  
de ese traidor y de ti.

SERAFINA. ¡Amado esposo! ¡Mi bien!—  
¡Ya murió! ¡Tristes abrazos!

CARLOS. Pon el laurel de esos lazos  
donde parezca más bien.  
Con gusto he llegado yo  
a ver en lo que me ofreces,  
en ti, el pago que mereces,

de mi suerte; déjame  
o acaba lo comenzado,  
que no has de hallar en mí fe  
portillo desmantelado.  
Si he sido hasta aquí constante  
a tu pretensión, advierte  
que ya soy bronce o diamante,  
y si hay sujeto más fuerte  
seré yo su semejante.  
Con sangre decir he oído  
que el diamante se entenece;  
pero con la que has vertido  
mi dureza prevalece  
y estás más aborrecido.  
Quitate, pues, de delante,  
que estoy transformada en furia  
y ánimo precipitante,  
y querré vengar mi injuria  
con satisfacción bastante.  
Mira que el valor de Arnesto  
en mí, que su esposa he sido,  
contra tu infamia está puesto,  
y mirándose ofendido,  
a vengarse está dispuesto.  
REY. Con proceder más discreto  
vuestro lenguaje atrevido  
se modere que, en efeto,  
aunque vuestro amante he sido,  
soy digno de más respeto.  
A un hombre que ha profanado  
mi palacio castigué;  
y estoy harto reportado,  
pues no castigo a quien fué  
cómplice de su pecado.

(Sale el DUQUE.)

DUQUE. A mi Rosarda querida  
y al Rey descubrir no puedo;  
defienda una y otra vida  
el Cielo, que un justo miedo  
la mía tiene oprimida.  
Pero si no me he engañado  
y hacia allí la vista aplico,



y en él, el que mereció.  
¿Era, villana, mejor  
indigno un criado mío  
que yo, que el alma te fío?

SERAFINA. No era a lo menos traidor,  
y tú pretendes en vano:  
que si a Leonardo he querido,  
en él quise a mi marido  
y en ti aborrezco a un tirano.

al uno y otro he hallado.  
¿Rey y señor?

REY.

Federico,  
a muy buen tiempo has llegado.  
El día que me entregaste  
tu hija depositaste  
en mí todo su valor;  
y así a mirar por su honor  
desde entonces me obligaste.  
Hoy pretendí ejercitarme  
en lo que toca este oficio,  
y vine a verificarme  
de la verdad de un indicio,  
y fué bastante a inquietarme.  
Pues ves tu vida abrazada  
de un hombre a quien di la muerte,  
la causa está averiguada;  
sólo está tu buena suerte  
en que está por mí vengada.  
Aquí mi oficio acabó,  
Duque amigo, porque no  
sabré guardar a Rosarda,  
porque si ella no se guarda  
mal sabré guardalla yo.  
Tiene mucha libertad  
para ser doncella tierna;  
quizá la severidad  
y la corrección paterna  
tendrá más autoridad.  
Llevarla a tu casa intenta,  
y si aumenta otra afrenta  
a la pasada, no es mía,  
porque desde aqueste día  
ha de correr por tu cuenta.

(Vase.)

DUQUE.

Señor, señor, ¿qué es aquesto?  
¿Fuése? ¿Qué rigor de estrella,  
qué planeta contrapuesto  
mi antiguo honor atropella  
con daño tan manifiesto?  
Hija, por mi mala suerte  
engendrada en triste punto,  
a mis razones advierte,  
si ya no es que en sí el difunto  
te transforma y te convierte.  
En lo que digo repara;  
vuelve, levanta la cara;  
pero no, mejor estás,  
que levantándola harás  
tu culpa mucho más clara.

(Sale OTAVIO, solo.)

OTAVIO. Señor... Mas ¿qué desiguales  
males miro?

CARLOS. No te asombres,  
que vida larga en los hombres  
largos promete los males.  
No te parezca que arguyo  
de falso, que si os dejé

No te vea el rostro yo,  
ya que tu lengua acertó  
a estar este rato muda,  
que me consuela la duda  
de si eres Rosarda o no.

ROSARDA. Padre y señor, ¿qué te espanta?  
DUQUE. ¿Cómo puede tu garganta  
tal razón articular?  
¿Yo tu padre?

ROSARDA. Si he de hablar  
verás mi culpa no tanta;  
éste que me ves llorar  
era tu yerno y mi esposo.  
DUQUE. ¿Esto te puedo escuchar?  
¿Qué padre hay tan piadoso  
que se pueda reportar?  
¿Quién vió tal atrevimiento?  
¿Tú sin mi orden casada?  
¿Cómo no tomo descuento  
de tu liviandad?

ROSARDA. En nada  
erré en este casamiento.  
Porque en él busqué tu igual,  
que es cuanto tu paternal  
diligencia hacer pudiera,  
y busqué quien resistiera  
un apetito real.  
Y para evidencia clara  
de que lo que digo es cierto  
en lo que miras repara,  
que acaso fueras el muerto  
si fueras quien me guardara.  
Este Rey, este traidor,  
que tan grande defensor  
de tu honor se ha publicado,  
si es que algún honor te ha dado  
fué por quitarte el honor.  
Con honrada hipocresía  
te canoniza, señor,  
su alevosa tiranía,  
calificando su error  
a costa de la honra mía.  
Aunque mi disculpa es buena  
no me prevengas perdón,  
porque de pedirle ajena  
estoy en esta ocasión,  
porque es gloria en mí la pena.  
Ya la vida no codicio  
muerto mi esposo y señor,  
y así me haréis beneficio  
si en aras de vuestro honor  
hacéis de mí sacrificio.

hoy para ocuparme fué  
en vengar mi honor y el tuyo. (1)  
Yo llegué a ver su malicia  
y en sus brazos vuestra afrenta,  
y aun no es bien que allí consien-  
delito igual mi justicia. [ta (2)  
El cuerpo le he de quitar  
y echalle en esta espesura.

(*Echale al vestuario.*)

SERAFINA. ¿Cómo, que para llorar  
aun me ha de faltar ventura? (3)  
¡Mátame, traidor!

OTAVIO. No creo  
que tanto mal llevo a ver.  
Cielos, ¿cómo puede ser  
que me engañe en lo que veo?  
¿Puede haber ley que consienta  
que yo lo sufra? Es error,  
que en las manchas del honor  
la sangre quita la afrenta.  
CARLOS. Tened, que yo no permito  
en mi presencia. ¿No veis  
que soy yo a quien ofendéis,  
que he castigado el delito?  
En él ya está castigado  
y en ella, que en la mujer  
el castigo suele ser  
la confusión del pecado.  
Dadme palabra y jurad  
de no hacerle ofensa, Otavio.  
¿Qué decís?

OTAVIO. Señor, mi agravio...

CARLOS. De mí vuestro honor fiad.  
¿El ser quien soy no os advierte  
que pues yo los castigué  
todas las culpas que hallé  
vengué con aquella muerte?  
Jurad.

OTAVIO. La palabra os doy  
contra mí.

CARLOS. Vaya con vos,  
y tratadla bien.

(*Vase el DUQUE.*)

(1) En el original este verso lo dice SERAFINA;  
pero es evidente que corresponde al DUQUE.

(2) Este verso estaría mejor:

"y así no es bien que consienta".

(3) Esta redondilla está alterada, pues riman  
cruzados los versos (primero y tercero y segundo y  
cuarto). Por eso el sentido queda obscuro.

SERAFINA. ¡Ay, Dios!

¿Que tan desdichada soy?

OTAVIO. Solo a buen tiempo me dejas;  
mucho de mi fe confías,  
que si son grandes mis días  
no son menores mis quejas.  
No el peso de muchos años  
te asegure en mi cordura,  
que no hay prudencia segura  
al golpe de tantos daños.  
Bien estás, sí, en un desierto  
dando abrazos a tu error,  
que no tiene el deshonor  
más viva imagen que un muerto.

SERAFINA. Vuelve tú el rostro no enjuto  
de la piedad que pretendo,  
airado para vengarme,  
lloroso para consuelo.  
Este que viste es mi esposo,  
Leonardo, mi esposo, es muerto;  
que siendo yo hija tuya  
no había de llorar por menos.  
Este Dionisio cruel,  
este volcán, este incendio,  
de quien estrellas seguras  
apenas conoce el cielo;  
el que de tu confianza  
hizo en sus ojos veneno,  
no para matar tu honor,  
que vive a pesar del tiempo,  
con los ojos me escribía  
atrevido, al fin, con ellos,  
que son papel donde el alma  
traslada sus pensamientos.  
Resistir su alevosía  
no pude, porque en el suelo  
un poderoso traidor  
nunca reboza (1) deseos.  
Hoy que la injusta ocasión  
le dió a mi pesar cabellos,  
fingió el león, que criados  
se miran en su provecho.  
Testigos son estos montes  
y cristalinos espejos,  
que, murmurando tu injuria,  
a ver mi valor (2) corrieron.  
Que fué por mi resistencia  
tan indignado y soberbio,

(1) Durán: "revoca".

(2) Durán: "dolor".

que, de temor, entre nubes  
 quiso esconderse el sol mismo.  
 Sin él me juzgaba apenas  
 cuando Leonardo, tu yerno,  
 llegó, buscando la muerte  
 en la bondad de su dueño.  
 Volvió celoso el tirano,  
 sin Dios, sin ley, sin respeto,  
 y atravesóle un puñal  
 desde la espalda hasta el pecho.  
 Matóle como alevoso,  
 y el fin del injusto intento  
 no fué por buscar tu honor,  
 sino por vengar sus celos.  
 OTAVIO. ¡Pluguiera a Dios que tu muerte  
 fuera del daño el efeto,  
 que menos para matarme  
 pudiera su sentimiento!  
 ¿Tú te casaste sin mí?  
 ¡Malhaya el hombre tan necio  
 que da palabras que llora  
 después su arrepentimiento,  
 que yo quitara esa vida  
 que de mis ojos destierro!  
 ¡Vete, villana!

SERAFINA. Señor,  
 vengarme y vengarte espero;  
 pues de matarme te privan  
 palabras y juramentos,  
 yo me mataré a tus ojos.

OTAVIO. Y yo las armas te ofrezco.  
 Toma esa daga, enemiga;  
*(Arrójale la daga.)*

pues no pudieron tus yerros,  
 muere con los de tu padre,  
 deuda que a mi honor le debo.

SERAFINA. Hoy tu voluntad, si justa,  
 verá ejecución y efeto  
 después que de mi venganza  
 se satisfaga tu acero.

OTAVIO. ¿Que no te matas?

SERAFINA. Perdona,  
 que hacer tres venganzas pienso:  
 a mi esposo, a ti y a mí,  
 que una obligación tenemos.

OTAVIO. Quitate de mi presencia;  
 vete, enemiga, que temo  
 he de matarte, y no es justo  
 que rompa yo el juramento.  
 ¡Vete, infame!

SERAFINA. Ya me voy.  
*(Préstense ocasión los Cielos,*

que fuerzas dan los agravios  
 y valor basta el que llevo.)

*(Vase.)*

OTAVIO. ¿Dónde iré yo por no verte,  
 que en tu presencia revuelvo  
 los libros de mis dèsdichas  
 y de mi afrenta el proceso?

*(Vase, y sale BELARDO, labrador, como que ha tropezado en LEONARDO.)*

BELARDO. ¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto  
 en que tropecé y caí?  
 ¿Es muerto? Pienso que sí,  
 y que yo lo seré presto.

LEONARDO. ¡Ay, Serafina!

BELARDO. Habló  
 el muerto. ¡Válgalo el diablo,  
 cuando de miedo no hablo!  
 Mas también se levantó.  
*(Levántase LEONARDO.)*

LEONARDO. Mi bien, templad la herida  
 con esa nieve sùave,  
 que sé (1) el remedio que sabe  
 como ha de darme la vida.

BELARDO. ¿Yo su bien? ¡Gentil regalo!—  
 ¡Ah, señor, volved en vos  
 y ahora acordaos de Dios,  
 que, por Dios, que estáis muy malo.

LEONARDO. Perdí el sentido y perdí  
 entre la sangre el acuerdo;  
 yo pienso que el alma pierdo,  
 pues no está mi bien aquí.

BELARDO. Soy Belardo, un labrador.

LEONARDO. Ya sé mi desdicha brava.  
 ¿Una dama que aquí estaba?

BELARDO. Yo no la he visto, señor.

LEONARDO. ¿Que tan olvidado estoy?

BELARDO. Mas que os dejaron por muerto,  
 que lo parecíades cierto.

LEONARDO. Y parece que lo soy. (2)

BELARDO. ¿Tan presto un muerto se olvida?

BELARDO. Si es mujer, ¿qué había de hacer?  
 Tanto les dura el querer  
 como a los ricos la vida.  
 ¿Queréis que esta herida os ate?  
 Que se os va sangre que espanta.

(1) Deberá leerse mejor:

“que es el remedio que sabe”.

(2) Quizá mejor:

“Y parecí lo que soy.”

LEONARDO. Ojalá se fuese tanta  
que anegue y a mí me mate;  
ya tantas glorias perdidas  
como tengo que llorar,  
muy bien se pueden soltar  
los ojos y las heridas.

BELARDO. Por fuerza os la llevarían  
a esa dama.

LEONARDO. Y sus recelos  
hacen que vuelvan los celos  
con el temor que solían.

(Sale DANTEO, villano.)

DANTEO. Hola, Belardo; a nosamo  
venga y la labranza aburra,  
que allí le traigo la burra  
bien más ligera que un gamo;  
que por pasos no contados  
le lleve, y le certifico  
que no le truje (1) el borrico  
por ser los asnos pesados.  
Venid, pues sois el Alcalde.

BELARDO. Esta herida os ataré  
con mi ceñidor.

(Atasela.)

DANTEO. A fe  
que no os la dieron de balde.  
¿No sois de la corte vos?  
No estará mal merecida.

LEONARDO. No por escapar la vida,  
amigo, testigo es Dios,  
sino sólo por saber  
de aquel ángel.

BELARDO. Yo os prometo  
de que allí estéis tan secreto  
que ninguno os llegue a ver.

DANTEO. Pardiez, hermano, yo creo,  
pues vos tan bien lo escotastes,  
que comistes y que hablastes.

BELARDO. Trae la pollina, Danteo.

DANTEO. Toda la corte a porfía  
paga el trabajo y sudor.

LEONARDO. ¿Quién es este labrador?

BELARDO. De él como de mí te fía;  
es otro yo en la fortuna  
y en el secreto otro yo.

DANTEO. ¿Mas que soy el sí y el no  
sin conocer dicha alguna?

LEONARDO. ¿Ninguno sabrá, en efeto,  
que viva o muera, de mí?

BELARDO. Haré imposibles por ti.

DANTEO. No es poco guardar secreto.  
Vos quedáis hoy enterrado;  
ningún miedo os alborote.

LEONARDO. Cubridme con un capote,  
iré más disimulado.

DANTEO. Y aun más arropado irás.

LEONARDO. Al fin sois noble, Belardo;  
por vos mucho bien aguardo.

BELARDO. El que yo pueda tendrás.—  
A aquella parte te arrima,  
Danteo.

DANTEO. Yo apostaré  
que os dieron este traspié  
los falsos de alguna prima.

(Vanse, y salen el DUQUE CARLOS y OTAVIO.)

CARLOS.

Que estés, pretendo, prevenido, Otavio,  
que del suceso la verdad no sienta  
ni sepa el mundo, que el mayor agravio  
en cuanto no se sabe no es afrenta;  
remedia el daño, que el prudente, el sabio,  
no sólo el mal que corre por su cuenta,  
mas del que llegó a ser neutral objeto,  
redimió (1) la maldad con el secreto.

Dignamente el (2) silencio alabó un santo,  
y yo el secreto alabo dignamente,  
que no causa terror ni pone espanto  
lo que no se averigua finalmente.  
Otavio, para el mundo todo cuanto  
está encubierto, si al honor ausente  
no deshace el valor ni quita, en suma,  
del coronado pájaro una pluma.

Vos estáis ya vengado; Serafina,  
restaurada en su honor; yo, satisfecho,  
que dej traidor la herida, si más digna,  
por obras falsas de la espada al pecho,  
no del que bebió sangre Catilina,  
con más justa razón roto y deshecho, (3)  
creerán, si hallado fuere en el desierto,  
que por otra ocasión ha sido muerto.

Vuelva, pues, vuestra hija, que en mi casa  
estará con su prima la Duquesa,

(1) Quizá también deba decir "remedió". Durán corrigió "remedio".

(2) En el texto, "al".

(3) Este verso y los dos anteriores parecen alterados, pues no tienen sentido claro.

(1) En el original, sin duda por errata, dice "trauxe". Durán, "traje".



más que del oro de soberbia escasa,  
que de humildad los simulacros besa.  
Casarse quiso, y quien al fin se casa,  
no la flaqueza, el ánimo confiesa;  
y yo en la causa que abonar procuro,  
que merece el perdón afirmo y juro.

OTAVIO. Señor, si en tu proceder  
quieres mi honor conservar,  
no tengo yo que ofrecer,  
que a ti te toca el mandar,  
como a mí el obedecer.  
Guardár pretendo el secreto  
con más rigor en mi historia  
de mí propio, que, en efeto,  
ha de borrar la memoria  
quien quiere guardar secreto.  
No me acordaré del caso,  
pues le conviene a mi honor,  
en cuyas llamas me abraso.

CARLOS. El cuerpo de este traidor  
vamos a quitar del paso.

OTAVIO. (Casi tus engaños toco  
en esta solicitud,  
con que a rigor me provocho,  
que es mucho para virtud  
y para deudo (1) no poco.  
Cielos, desdichas tan graves  
¿qué término han de tener?)  
Será manjar de las aves.

CARLOS. Será manjar de las aves.

OTAVIO. Tú sabes lo que has de hacer,  
pues lo que merece sabes.

CARLOS. Otavio, ¿dónde dejáis  
a Serafina?

OTAVIO. Yo creo  
que se habrá muerto.

CARLOS. ¿Dudáis,  
o me la negáis?

OTAVIO. Deseo  
que mi lealtad conozcáis;  
presto sabréis dónde queda.  
(No encubre el fuego la llama  
aunque del humo suceda.)

CARLOS. (Alma, sosegar, que ama,  
no hay seguridad que pueda.  
Si la ha muerto, hoy me acobarda  
el fin que no temo en vano  
de aquella imagen gallarda,  
porque el honor es tirano  
y la crueldad quien le guarda.)

(1) Quizá "deuda". Acaso LOPE haya escrito:  
"y para deuda muy poco".

(Salen BELARDO, con vara de justicia, y DANTEO y  
ELICIO, sacan asido a MILÁN.)

BELARDO. Asilde bien, maniatalde,  
que, por Dios, que es gran malicia.

DANTEO. Resistios a la josticia,  
y os ahorcará el Alcalde.

MILÁN. ¡Villanos!

ELICIO. Villanos son  
los hombres que hacen traiciones,  
que los nobles corazones  
conocen mal la traición.

BELARDO. ¿Vos la sangre no mirastes?

MILÁN. Pues ¿qué importa?

DANTEO. Puede ser,  
y fué por reconocer  
si era la que vos sacastes;  
y no os queráis her señor.

ELICIO. Ni esta muerte nos neguéis,  
que, par Dios, que parecéis  
o ladrón o salteador.

DANTEO. Y serlo todo podría;  
que hombres sin renta ni oficios  
tienen estos ejercicios  
por el pan de cada día.

CARLOS. ¿Qué gente es ésta?

OTAVIO. Un villano  
que debe de ser Alcalde  
de aquella aldea.

BELARDO. Apretalde;  
no le dejéis hueso sano.

OTAVIO. ¡Ah, buena gente!

BELARDO. Sin duda  
que deben de ser complices.  
ELICIO. Prendeldos de las narices;  
yo os daré favor y ayuda.

BELARDO. A la josticia os tened.

CARLOS. ¿De dónde?

BELARDO. De Peñaflor,  
del Duque, nuestro señor,  
por virtud de su merced.

CARLOS. ¿Qué pretendéis?

BELARDO. Ahorcar  
a cuantos tope y no tope,  
que he venido de un galope  
a pie desde mi lugar  
a averiguar la traidora  
y falsa muerte...

CARLOS. ¿De quién?

DANTEO. De un defunto hombre (1) de bien,  
que muertos se usan ahora.

(1) Durán: "home".

MILÁN. (El Duque y Otavio son.  
Algún grande mal recelo.)  
¿Quién es el muerto? Yo apelo  
al Cielo de esta prisión.

CARLOS. ¿Vístelo tú?

ELICIO. Yo le vi.

DANTEO. Y aun le vimos todos tres.

CARLOS. ¿Sabéis acaso quién es?

BELARDO. Mas ¿que se burla de mí?

ELICIO. Prendelde vos y burlalde.

BELARDO. ¡Mas lo que ha repreguntado.

DANTEO. El que tanto se ha picado  
ajos ha comido, Alcalde.

BELARDO. Si yo trujera harta gente,  
ellos fueran maniatados.

OTAVIO. Advertid, hombres honrados,  
que es el Duque.

ELICIO. ¿Mas que miente?

BELARDO. Arrodíllate, Danteo,  
y tú, Elicio.

CARLOS. (1) Levantad,  
Alcalde, y, con brevedad,  
satisfaced mi deseo.  
Decid, del muerto ¿qué hicistes?

BELARDO. Enterrámosle, señor.

CARLOS. Ese fué notable error,  
pues quien era no supistes.

BELARDO. No hallé de quién. Mas si están (2)  
en que en enterralle erré,  
yo le desenterraré  
y ellos le conocerán.

ELICIO. Yo no le enterré ni vi.  
(¿Quién en esto me metió?)

MILÁN. (¿Mas que venga a pagar yo  
por todos?)

CARLOS. ¿Qué señas, di,  
tenía el muerto?

BELARDO. ¡Pesia mí!  
Como él estaba vestido,  
de espalda al pecho herido...

CARLOS. (Con tal voluntad le di.)  
¿Dónde le enterraste?

BELARDO. Allí.

¿No ve desde aquí la ermita?

ELICIO. Tiene pila, agua bendita,  
y altar mayor y no y sí. (3)

CARLOS. (Igual tuvo la ventura  
que el Cielo en él castigó,  
pues tan humilde te (1) dió  
el mundo la sepultura.  
¿Este hombre no es criado  
del traidor?

OTAVIO. Sin duda es él.)  
¿Por qué está preso?

ELICIO. Es, cruel,  
el que al buen hombre ha matado.

BELARDO. La sangre miraba, y cierto  
que ella en verle rehervía,  
o murmuraba o decía  
que este traidor le había muerto.

[CARLOS.] Y sin duda él le mató. (2)

MILÁN. ¿Yo matar? ¿A quién, señor?

CARLOS. No disimules, traidor.

MILÁN. Piojos no mato yo,  
cuanto más a un hombre honrado.

CARLOS. (También éste me engañó  
con la Duquesa; mas yo  
le sacaré de pecado.)  
Nadie le hable ni vea  
hasta que yo envíe por él.

BELARDO. Seré en guardarle fiel.

CARLOS. Parte con él a tu aldea.

MILÁN. Como le escuchan atentos  
me encargas ese proceso, (3)  
que mejor guardan un preso  
que fiestas ni mandamientos.  
¿Quién será este muerto cruel  
por quien voy preso?

DANTEO. Galán,  
ea, que allá se lo dirán  
cuando reviente el cordel.

(Vanse, y quedan el DUQUE y OTAVIO, y salen la  
DUQUESA, OTÓN y GUARDA.)

MARCELA. (¿Otavio y el Duque a solas?)  
No estoy sin causa confusa,  
ni sé desde cuándo se usa  
dejar las mujeres solas.

CARLOS. Qué juicio no adivino  
prevendrá desdicha igual.

MARCELA. Para mí la peor señal

(1) El texto dice "Otavio"; pero es evidente  
que al Duque Carlos corresponden esas palabras.

(2) En el original, "está"; que no rima con  
"conocerán".

(3) Así en el texto: no sabemos lo que quiere  
decir este "no y sí".

(1) Durán: "le".

(2) A juzgar por la respuesta de MILÁN, este  
verso debe decirlo CARLOS.

(3) Estos dos versos quizás estarían mejor así:

"MILÁN. ¿Cómo le escuchan atentos!  
No encargues ese proceso;".

es pensar que se previno,  
y que así venía de acuerdo.

CARLOS. No vais, señora, apurando  
más mi sufrimiento, cuando  
entre desdichas le pierdo.

MARCELA. Ese (1) sólo que resulta  
de la caza.—¿Dónde está  
tu hija?

OTAVIO. ¿Quién lo sabrá?

MARCELA. ¿Mas si eres de la consulta  
y fué tuya la invención  
y el alboroto fingido,  
que ya yo sé que lo ha sido  
lo que pareció león?

CARLOS. Señora, no vengas tal  
cuando nosotros lloramos  
mil pérdidas.

MARCELA. ¿Ahí llegamos?

¿Hizo el león algún mal?  
Aunque aquel león de hoy  
si hizo algún daño, sospecho  
que sólo ha sido a mi pecho.

CARLOS. Ved que de burlas no estoy.

MARCELA. Pues yo lo debo de estar.—  
Otavio, ¿qué es de tu hija?

OTAVIO. ¿Hay más dolor que me aflija?  
¿Qué me quieres preguntar?  
Si te ha acompañado a ti,  
¿cómo puedo saber de ella?

MARCELA. Ni yo tuviera querella  
si no te hallaras (2) aquí.  
¿Qué ha de decir quien te viere  
en la amistad que te hallo?

OTAVIO. Yo hago como buen vasallo,  
y el Duque lo que él quisiere.

CARLOS. (¿Si dió este bárbaro muerte  
a Serafina? Reviento  
de pesar.)

OTAVIO. (Mi sufrimiento  
que no soy quien soy me advierte.)

MARCELA. ¿Qué es de tu hija, villano?

CARLOS. ¿Adónde está? ¿Qué la has hecho?  
que de tu crueldad sospecho  
algún suceso inhumano;  
y si es verdad, imagina  
que has de morir, ¡vive Dios!

MARCELA. ¡Oh, qué lindo! ¿También vos  
dáis voces por Serafina?

¡Qué disimulo tan bueno  
y qué acertado concierto!

OTAVIO. (Honor, pues yo no me he muerto,  
no es tuyo aqueste veneno.)

CARLOS. (¡Loco estoy!)

MARCELA. Toda la traza  
cayó en el suelo.

CARLOS. ¿Aún porfías?

OTÓN. (¡Triste Otavio!)

OTAVIO. (¡Ay, honras mías,  
qué desdicha os amenaza!)  
Marcela, tu sangre soy,  
y la que tú tienes mía  
mil mundos honrar podría.  
Oyeme.

MARCELA. Escuchando estoy.

OTAVIO. Para que te sirva a ti  
te di a mi hija.

MARCELA. ¿Y ha sido,  
por dársela a mi marido,  
bien el quitármela a mí?

OTAVIO. No, en rigor de injusto juez,  
más mi sufrimiento tientes,  
que responderé que mientes  
diciéndomelo otra vez.

MARCELA. ¿Hay tal maldad?

OTÓN. El porfía  
en morir.

OTAVIO. Busco ocasión.

OTÓN. De la desesperación  
nace mayor la osadía.  
Su muerte viene a buscar.

MARCELA. ¿Cómo hablas tan osado?

OTAVIO. Porque quien no está culpado  
no tiene por qué callar.—  
Tú, príncipe, que en rigor  
me pides a Serafina,  
que no la he muerto imagina,  
mas que la mató mi honor.  
Mi honra deposité  
en tu casa, que creí  
que hallaba príncipe en ti  
y un basilisco hallé.  
Y si de ti me he fiado  
fué porque tuve esperanza,  
que guarda la confianza  
más que el recato y cuidado.  
Al (1) fin, púdeme engañar,  
porque eres en tus errores  
el juez que dice amores

(1) Acaso "Es el". Durán: "Eso solo".

(2) En el texto, "hallara".

(1) Durán: "Y al".

a quien viene a pleitear.  
Y mi hija antes quisiera,  
con corazón no vencido,  
un hidalgo por marido  
que no un rey que no lo fuera.

(Sale SERAFINA, con una daga encubierta.) (1)

SERAFINA. No vengo a pedir perdón  
de lo que no cometí,  
ni de no haber culpa en mí  
vengo a dar satisfacción;  
ni porque excusas prevengo  
a mi muerte o mi destierro,  
ni a desalabar mi yerro,  
que antes de buscarle vengo.  
Que como contra mi honor  
por él en culpa no caigo,  
no me pesa del que traigo,  
sino de que no es mayor.  
Mas de lo que el alma trata  
en este trance forzoso,  
poco hierro es poderoso,

(1) En *Di mentira* se interpreta esta situación así:

“(Sale ROSARDA con una daga.)

ROSARDA. (En vano volví al lugar  
donde a mi esposo dejé,  
pues le han llevado, y no sé  
dónde le podré hallar.  
Temo de mi desventura  
que alguna fiera guió  
y en sus entrañas le dió  
la fúnebre sepultura.  
Pero, pues mi triste suerte  
de su vista me ha privado,  
ir a buscarlo he trazado  
en la puerta de mi muerte.  
Un hecho heroico me llama  
para ganar nombre eterno:  
y así, aunque con brazo tierno,  
le tengo de hacer de fama.  
Al Rey tengo de matar  
para incitar de esta suerte  
a que luego me den muerte  
en este mismo lugar.  
Aquí el Cielo me ha ofrecido  
la ocasión que más deseo,  
pues a mi enemigo veo.)  
¡Muere, falso, fementido! (Dale.)  
¡Ay de mí! Muerto me han,  
¡Muera la fiera! ¡Matadla!  
¡De un venablo atravesadla!  
Ahí mis glorias están.  
REY. ¿Es Rosarda? ¡Caso fiero!  
REINA. ¿Aquesto he llegado a ver?  
DUQUE. ¿Por qué me has muerto, mujer?

que ya poco hierro mata.  
Y es justo, si en esto encierro  
el misterio que os altera,  
que con poco hierro muera  
quien mata por poco yerro.  
(Dale al DUQUE.)

CARLOS. ¡Ah, cruel! ¿Y de esta suerte  
me pagas?  
MARCELA. ¡Muera esta furia! (1)  
¡Matalda!  
SERAFINA. ¡Vengué mi injuria!  
¡Venga en buen hora la muerte!  
CARLOS. Deteneos, no la matéis.  
MARCELA. ¿Que aún la quieres defender?  
CARLOS. Prendelda, que esto ha de ser  
por que otra muerte le deis.  
SERAFINA. Un tormento riguroso  
trazad a mi pecho fiel,  
que moriré alegre en él,  
pues he vengado a mi esposo.  
MARCELA. Pues con harta claridad  
su intención mostró este hierro,

ROSARDA. Sólo porque morir quiero.  
REINA. No fué mi sospecha vana.  
REY. No la matéis; aguardad.  
REINA. ¿Para qué es tanta piedad  
con una fiera inhumana?  
REY. Llevadla presa a la Corte;  
prended al Duque también.  
DUQUE. Eso está mandado bien;  
haz que el cuello se nos corte.  
Hermosa engendré a Rosarda,  
que ya es Elena de Hungría:  
matadme, que culpa es mía  
que Hungría se abraza y arda.  
ROSARDA. No hay para qué me prender.  
Matadme al punto; eso pido,  
que he vengado a mi marido  
y no tengo más que hacer.  
¿Qué miráis? ¿Qué os suspendéis?  
¿Vióse mayor ceguedad?  
Yo maté a Su Majestad;  
tantos vasallos, ¿qué hacéis?  
Reina, pues ves que no huyo  
el castigo riguroso,  
pues que vengué a mi esposo,  
¿por qué no vengas al tuyo?  
REINA. ¡Matadla!  
REY. Nadie la ofenda.  
Vamos, que estoy peligroso.  
ROSARDA. ¿Que mi enemigo forzoso  
así mi vida defienda?  
Pues advertí que si tanta  
piedad usáis con mi suerte,  
que en su oficina la Muerte  
corderel tiene, y yo garganta.”

(1) Durán: “esa”.



cuando hablaba del yerro  
que no vió mi ceguedad.—

Otón, ¡la herida mirad.

OTÓN. Mal se puede ahora ver.

CARLOS. Eso se podrá hacer,  
señora, allá en la ciudad.  
Para allá en casa se guarde,  
que no es la herida mortal.

SERAFINA. ¿Que has acertado tan mal,  
oh, brazo vil y cobarde?  
Sigue del romano el hecho,  
pues yo a sucederle llevo,  
que si te faltase fuego  
brasas te dará mi pecho.

(*Vanse, y quedan SERAFINA, OTAVIO, OTÓN y GUARDA.*)

CARLOS. Venid, señora.—Tú, Otón,  
trae con cuidado los (1) presos.

OTÓN. De unos en otros sucesos  
os despeñó la ocasión.

SERAFINA. ¡Ay, padre, temo tus daños!  
Dame a mí toda tu pena,  
no porque no he sido buena,  
mas por ser menos mis años.

OTAVIO. No hay aquí razón piadosa;  
calle el paternal amor,  
que en tribunal del honor  
no se ha de hablar de otra cosa.  
Serafina, aquesto es hecho;  
no hay en ello más que hablar,  
sino sólo acomodar  
a lo por venir el pecho.  
Temor ninguno te ocupe;  
persevera en una fe.

SERAFINA. Fía que morir sabré  
muy mejor que matar supe.

OTÓN. Dios sabe lo que he sentido  
aquesta desgracia.

OTAVIO. Otón,  
déte pesar la ocasión,  
que esotro remedio ha sido.  
Mas lo que has de hacer por mí  
es que, preso en cualquier parte,  
de mi hija no me aparte.

OTÓN. Cuanto pueda haré por ti.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

(1) Durán: "esos".

## JORNADA SEGUNDA

(*Salen LEONARDO y BELARDO.*)

BELARDO. Gracias a Dios que te veo.

LEONARDO. Mil veces quiero abrazarte.

BELARDO. ¿Que estás para levantarte?

¿Que se cumplió mi deseo?

LEONARDO. Sano estoy, no vivo.

BELARDO. Esquivo  
estás con mi voluntad.

LEONARDO. Un hombre sin libertad  
no puede llamarse vivo.  
Yo soy tu hechura, y no es mía  
la vida que a ti te debo.

BELARDO. Por obligarme de nuevo  
deja esa filosofía,  
que has hallado en mis cuidados  
criados de fe y verdad.

LEONARDO. Con mucha dificultad  
se hallan estos (1) criados.

BELARDO. De la corte eso se crea;  
mas acá todo es llaneza.

LEONARDO. Trasládose la nobleza  
a la verdad del aldea.  
Mas dejando esto por llano,  
Danteo, que me ha curado,  
¿dónde estudió?

BELARDO. No ha estudiado,  
y es médico y cirujano.  
Mucho ha visto, y la experiencia  
diz que habilita a una peña,  
y lo que aqueste arte enseña  
es lo más cierto y no es ciencia.  
Naturaleza asegura,  
y sin su ayuda me fundo,  
que no hay médico en el mundo  
que sane una calentura;  
y en casos de cirugía,  
desde el pie hasta la cabeza,  
obra la Naturaleza  
mil milagros cada día.  
Con aceite del candil  
y con ensalmos nos cura,  
y aún da que hacer al cura  
si se le pierde el carril.  
No era mortal tu herida;  
la falta de sangre fué  
el mayor mal.

LEONARDO. Yo quedé,  
por tu industria, con la vida,

(1) Durán: "esos".

y ésta ofrecida ha de estar  
siempre a su deuda. En efeto,  
aquí viviré secreto.

BELARDO. No tienes que recelar.  
La enfermedad, el cuidado  
y el aldeano vestido,  
si galán desconocido  
te tienen y muy trocado.

LEONARDO. ¿Qué nuevas hay de la corte?  
Tiemblo en nombrarla, y recelo  
que ha de permitir el Cielo  
que el Duque no se reporte,  
y Serafina, mi bien,  
pague la desdicha mía.  
¡Ay, Belardo!

BELARDO. En Dios confía  
y mejor ánimo ten.  
Mejor tus cosas se harán.

LEONARDO. Su estado saber deseo.

BELARDO. Allá amaneció Danteo  
con una carga de pan,  
que fué a llevársela a Otón,  
de quien yo soy panadero,  
y a fe que es buen caballero.

LEONARDO. Para ti (1) todos lo son.

BELARDO. Con él fué también Lisarda,  
mi sobrina, por comprar  
algo para el ajuar,  
que casarse presto aguarda.  
Mas ya los tienes aquí.  
Al uno y al otro veo.

(Salen DANTEO y LISARDA, labradora.)

LEONARDO. Dame los brazos, Danteo.

LISARDA. (Si me los pidiera a mí  
cómo se los diera yo  
con el alma. Mas quién fué  
una mora, no lo sé,  
que a un moro herido curó  
y en sanando se casaron.  
¡Si me sucediera a mí  
esto con Leonardo así,  
a quien mis manos curaron!)  
DANTEO. "Romerico, tú que vienes  
donde mi señora está,  
dime las nuevas de allá."  
Leonardo, buenas las tienes;  
buena está tu Serafina,  
y bien cerca de esta aldea.

LEONARDO. ¿Qué estrella mi bien desea  
y a mi fortuna se inclina?

DANTEO. Oye lo que pasa. Luego  
que la herida pequeña (1)  
del Duque, reconocida  
por los que el arte profesan,  
quitó al temor del peligro  
todas las cobardes señas,  
se coronó la ciudad  
de luminarias y fiestas,  
tanto como por el Duque,  
por las esperanzas ciertas  
del buen suceso de Otavio  
y tu Serafina bella.  
Que, a pesar de la fortuna,  
cuya nunca estable rueda  
apenas toca el valor  
y la hermosura apenas,  
y a pesar de alguna envidia  
que el mismo sol la tuviera,  
a no estar pescando entonces  
para su garganta perlas;  
y a pesar del sordo engaño  
y celos de la Duquesa,  
acreditó la esperanza  
el eco de aquestas nuevas,  
temió el Cielo que Faetón  
dejaba otra vez las riendas  
a los fogosos caballos,  
y así escondió sus estrellas  
en los brazos de la aurora  
por entre elevadas peñas;  
ya se levantaba el día,  
que en puro cristal se acuesta, (2)  
cuando la Duquesa quiso,  
que no hay con celos paciencia,  
que muriese Serafina.

LEONARDO. Ni en mi sufrimiento fuerzas.  
¿Que en ese peligro estuvo?

DANTEO. Cuanto es mayor la tormenta  
se estima en más la bonanza.

BELARDO. Prosigue.

DANTEO. La cruel sentencia  
que pronunciaron los celos  
revocó Amor en su audiencia.

LEONARDO. Por que se acabe mi vida  
entre temor y sospechas;

(1) Quizás este verso se escribiría así:  
"que fué la herida pequeña".

(2) Este romance no parece de LOPE. Otros pa-  
sajes hay que también habrán sido interpolados.

(1) En el texto, "Para sí".

que si el Duque la perdona  
y Serafina le acepta,  
la han de obligar los favores  
a reconocer la deuda.

BELARDO. Su padre tiene valor.

LEONARDO. La vida, amigo, es hacienda  
que, como no ha de cobrarse,  
se siente mucho el perderla.

DANTEO. Quita la imaginación  
de esos recelos y piensa  
que el alcázar de la dicha  
tiene peligrosa puerta.  
Al fin, por quitarse el Duque  
la propia ocasión de verla,  
que no hay médico de amor  
tan bueno como la ausencia,  
mandó a Otón que en Torrefría,  
sin más guarda ni defensa  
que su casa y sus criados,  
a Otavio y su hija tenga,  
y esta mañana han venido  
a la torre, que es aquella  
que desde aquí se parece.

LEONARDO. ¿Que está mi gloria tan cerca?  
¿Atrevimiento me falta?  
Mataré las centinelas,  
abrasaré campo y torre  
del cimientto a las almenas.  
Verá Troya y no el caballo  
preñado de gentes griegas,  
si no el fuego de este pecho.  
De sus deidades Eneas, (1)  
sacaré a Otavio en mis hombros  
y hará Serafina esfera  
del sol mis brazos y ellos  
al cielo igual competencia.

BELARDO. Sosiega, amigo Leonardo;  
fortuna tienes más buena,  
pues podrás cuando quisieres  
sin esos peligros verla  
si yo soy su panadero  
de Otón y tú el pan le llevas.

LEONARDO. Siempre te debo la vida  
con obligaciones nuevas.

BELARDO. No se hable en esto más.  
Para mañana te apresta,  
que has de ver a Serafina  
sin que conocerte puedan,

y tú hallarás (1) ocasión  
de hablarla.

LEONARDO. Armas secretas  
llevaré, que entre enemigos  
es necio quien va sin ellas.

BELARDO. Lisarda, para tus bodas  
¿qué traes de la corte?

LISARDA. Penas;  
casarme y arrepentirme,  
que es lo que se usa en ella;  
y si después de casada  
le he de levantar quimeras  
a mi marido, yo vengo  
a no casarme resuelta.

BELARDO. ¿Y mi palabra?

LISARDA. ¿Qué importa  
si es la del cura más buena?

DANTEO. Mucho hay que decir en eso.

LISARDA. Belardo, el preso se suelta.  
Tío, que está en el tejado  
sin grillos y sin cadenas.

LEONARDO. ¿Qué preso es éste?

BELARDO. Después  
lo sabrás.—Danteo, cierra,  
no se vaya.

(Vanse BELARDO y DANTEO.)

LEONARDO. Vamos todos.

LISARDA. No has de ir tú, Leonardo; espera,  
que ha sido engaño, en efeto,  
para que hablarte pueda.  
Desde que mi tío te trujo  
herido, no te trujera,  
me pegaste a mí la herida  
cuando tú sanaste de ella.  
De Elicio, mi desposado,  
Leonardo, no se me acuerda  
después que de tus heridas  
me enamoraron las quejas.  
Aquel “¡ay!” que te dolía  
me dejaba a mí tan tierna,  
que daba yo más de mil  
por uno que a ti te oyera.  
Y si ésta para pagarme  
no te parece que es deuda,  
la cama te hice yo  
estando herido en ella.  
Yo te he guisado el puchero,  
te puse y quité la mesa,  
y aun también hice el remedio

(1) En el texto decía:

“De sus deidades a Eneas”.

(1) Durán: “y si hallares”.

que las cigüeñas enseñan.

¿Quiéresme, Leonardo mío?

LEONARDO. ¿Qué es esto, Lisarda? Suelta.

¿Así pierdes el respeto  
a tu tío?

LISARDA. Aunque me pierda  
a mí propia he de adorarte.

LEONARDO. Pues yo haré, si eres tan necia,  
que te castigue Belardo.

LISARDA. Y yo que rabiando mueras.  
Que una aldeana celosa  
es una silvestre fiera,  
y como ignoran respetos  
los más graves atropellan.  
Serafina da ocasión  
para que tú me aborrezcas,  
y yo se la daré al Duque  
para que quien eres sepa. (1)

(Vase LISARDA.)

LEONARDO. ¿Vióse desdicha mayor?  
No sé qué remedio tenga;  
que, celosa y despreciada,  
cualquier cosa hará mal hecha.  
¡Ah, secreto mal fiado  
de mujer! Yo voy tras ella  
y fingiré que la quiero,  
aunque una y mil veces mienta.

(Vase, y salen SERAFINA y CARLOS, el Duque.) (2)

CARLOS. A tus manos he venido  
segunda vez, Serafina;

(1) La conclusión no parece lógica. Toda esta  
escena en romance debe de ser de ajena mano.

(2) Esta escena se halla tratada en *Di mentira*  
de este modo:

“REY. En el cuerpo y alma herido  
vengo a buscar mi remedio,  
porque mi suerte ha querido  
que te dé mi vida el medio  
en la mano que me ha herido.  
Muy extremado es Amor  
con todos los de su gremio,  
pues quiere con tal rigor  
que reputemos por premio  
un agravio y disfavor.  
De que habiéndome ofendido  
con tan grande sumisión  
a pediros he venido  
de vuestra culpa perdón  
podréis haberlo inferido.  
A vuestra disposición  
rindo el cuello muy contento;  
vengad vuestra indignación,

que has de matarme imagina  
a hierro y no con olvido.

No llore yo aborrecido  
y llore todo mi estado  
de un príncipe desdichado  
la muerte o castigo injusto,

castigad mi atrevimiento,  
pues que no hay contradicción.

Considerad vuestro empleo,  
mirad si se vió otra vez  
tal género de trofeo  
como mirar el jüez  
arrodillado ante el reo.

ROSARDA. ¡Jesús, Señor! ¿Vos aquí?  
(Esta, sin duda, es traición.)

Pues que visteis mi valor,  
¿qué pretendéis ya de mí?  
¿Puédese compadecer  
en las leyes del honor  
que deis al mundo a entender  
que de vuestro real valor  
triunfe una flaca mujer?  
¿Qué obstinación es ya ésta?  
¿No ha bastado el desengaño  
que a los dos tan caro cuesta?  
Pues advertid que a otro daño  
mayor me hallaréis dispuesta.  
Mirad que en razón muy fuerte  
mi atrevimiento fundé,  
y que si no os di la muerte  
porque el golpe no acerté,  
podrá ser que aquí le acierte.  
Segunda vez os requiero  
excuséis estar conmigo;  
que en mi pasión persevero,  
porque soy vuestro enemigo  
y éste el consejo primero.  
REY. ¿Que aún no os habéis persuadido?  
¡Grande rigor!

ROSARDA. No es muy grande,  
si con la razón le mido.

REY. ¿Que el verme así no os ablande?

ROSARDA. Más me habéis endurecido.

REY. ¿Posible es que no temáis  
la muerte que puedo daros?

ROSARDA. ¡Qué mal en la cuenta dais!  
Antes procuro incitaros  
por que no la dilatáis.  
Yo reverencio a mi esposo,  
que, aunque difunto, presente  
le tengo.

REY. Y fué tan dichoso,  
que, aunque difunto y ausente,  
tiene a su Rey envidioso.  
Mas pues los muertos amáis,  
cual tierra trataros quiero.

ROSARDA. No sé si en ello acertáis;  
que, aunque tierra, dar no espero  
el fruto que deseáis.

REY. Podrá el fuego de mi amor  
talar los cedros altivos



que yo, en saber que es tu gusto,  
he de morir consolado.

Dirá, al fin, que es sinrazón  
que uno como yo ha querido,  
que habiéndome tú ofendido  
te venga a pedir perdón.  
Y es que he buscado ocasión,  
y con el tiempo lugar,  
para poderte enseñar,  
pues es lición del cuidado,  
que de un amor agraviado  
aprendas a perdonar.

SERAFINA. No puedo, Carlos, creer  
que eres tú, ni que soy yo  
quien ayer tu pecho hirió  
ni tú quien me mató ayer.  
¿Puédense compadecer  
la maldad tuya en mi daño  
y lo que enseñas? No extraño  
la ocasión en que me pones,

de vuestro altivo rigor  
y cuantos vegetativos  
simbolicen disfavor.  
Como el roble de dureza,  
almendro de la inconstancia,  
la zarza de la aspereza,  
la palma de la jactancia  
y encina de la entereza.  
Quizá que habiendo arrasado  
al monte de las pasiones,  
que este rigor os ha dado,  
produzcan mis pretensiones  
el fruto que he deseado.

ROSARDA. Producir como pensáis  
es imposible que puedan  
si bien lo consideráis,  
pues las raíces se quedan  
de las plantas que taláis.

REY. Pues, Rosarda, concluíd;  
una de dos ha de ser:  
o habéis de amar o morir.

ROSARDA. Pues que me dáis a escoger,  
la muerte vengo a elegir;  
con vuestro gusto me ajusto,  
porque desta suerte espero  
ir a ver mi esposo justo.

REY. Pues ya que muráis no quiero,  
por no daros ese gusto.  
Vos haréis mi voluntad,  
pues no hay aquí quien lo impida.

ROSARDA. Mire Vuestra Majestad  
que estimo en poco la vida  
puesta con mi honestidad.  
No se fíe en mi flaqueza  
ni más valor me atribuya  
que hay en mi naturaleza,  
que no guardaré la suya

que en cátedra de traiciones  
el maestro es el engaño.

¿Tan presto se te olvidó  
tu delito? Tú aborreces  
la vida que no mereces  
o no sabes que soy yo. (1)

CARLOS. Si esa mano me hirió  
y quiere el Cielo que en vez  
de agresor seas jüez,  
hazme este bien soberano,  
hiérame otra vez tu mano  
y acérqueseme otra vez.

(Asela la mano.)

SERAFINA. ¡Vive Dios, falso, tirano,  
que cuando esa fuerza intentes  
pedazos te harán mis dientes!  
¡Suéltame, alarbe, la mano!  
¡Suelta, suelta, vil, villano!

CARLOS. No puedo, que en llanto tierno  
me anega un dolor eterno;

por defender mi cabeza.  
Mujer soy determinada,  
y tengo ya en mi castigo  
la esperanza situada;  
si se atreve, no me obligo  
a que estará reportada.  
Mi estuche tiene cuchillo  
con que cuando se me atreva  
procuraré resistillo.

REY. No es la resistencia nueva  
en vos; no me maravillo.

(Vale a tomar las manos, y ella se defiende.)

Pero si resuelta estáis,  
muramos juntos los dos.  
ROSARDA. Será si no os reportáis.  
¡Justicia venga de Dios  
en tal mal Rey!

REY. Mal habláis.

ROSARDA. Daré voces.

REY. Es en vano.

ROSARDA. ¿Padre? ¿Señor?

REY. No te alteres.

ROSARDA. Suéltame, Rey, que al romano  
Tarquino tanto prefieres  
en alevoso y tirano.

(Sale el DUQUE, y JUSTINO deteniéndole; el REY se  
componga, y ROSARDA se ponga un lienzo en los  
ojos.)

DUQUE. ¿Rosarda voces?

JUSTINO. No es nada;

oíd, Duque, lo que digo.

DUQUE. Esta es traición declarada;  
suéltame, fingido amigo."

(1) Quizás estaría mejor este verso:  
"y no sabes quién soy yo".

y en ocasión tan forzosa  
esta mano es poderosa  
a sacarme del infierno.

SERAFINA. ¡Oh, fiero, infame! ¡Oh, traidor!

CARLOS. Tan loco nació mi amor  
que crece con los agravios,  
y es opinión de hombres sabios  
el no perder la ocasión.

SERAFINA. Si Cielo y rayos no son  
contra delito tan ciego,  
fuego de mis ojos, fuego  
abrasará tu intención.

(Sale OTAVIO y OTÓN.)

OTAVIO. Suéltame, fingido amigo.

OTÓN. ¿Qué es aquesto? ¿A quién dan (1)

OTAVIO. La causa que tú conoces [voces?  
y encubres como enemigo.—

Señor, mil veces bendigo  
al Cielo y mi buena suerte,  
pues he merecido verte  
libre de la injusta herida,  
por que yo viese tu vida  
antes que vieses mi muerte.

CARLOS. Yo he considerado, Otavio,  
la calidad de mi ofensa;  
mas con piedad tan inmensa  
como es inmenso el agravio.

SERAFINA. Cierra el fementido labio  
si es que a perdonar se inclina.

CARLOS. Yo perdono a Serafina  
y a ti te doy en mi estado...

OTAVIO. La muerte, que en tu pecado  
fuera mil veces más digna.

En aquestas ocasiones,  
testigo quizá un tercero, (2)  
ni que me perdones quiero  
ni que a mi hija perdones.

OTÓN. Otavio, no son razones  
esas de un hombre tan cuerdo.

OTAVIO. Siempre seré de este acuerdo,  
aunque vos sois de otro humor,  
que doy la vida al honor  
y la que aborrezco pierdo.

SERAFINA. Cuando me atreví a herir  
tu pecho, debes juzgar

que fué, más que por matar,  
con deseos de morir.

OTAVIO. Y también has de advertir  
de mi culpa, que fué inmensa,  
porque la ley no dispensa,  
aunque el príncipe sea alevé,  
cuando el vasallo se mueve  
con ánimo de su ofensa.

Y es tan infeliz tu estado,  
a cuya acción te remito,  
que ha llegado a ser delito  
no ser mayor mi pecado. (1)

CARLOS. Tú estás tan desatinado,  
que ya fuera culpa en mí  
no hacer (2) un castigo en ti  
ejemplar.

OTAVIO. Eso codicia,  
que en mi hija harás justicia  
y merced me harás a mí. (3)

CARLOS. No puede tenerle, espera, (4)  
de esa petición el fruto,  
que verás si la ejecuto,  
y en tu hija la primera.

(Vanse CARLOS y OTÓN.)

OTAVIO. Mi honor esa muerte espera;  
y cree, pues me la fías,  
que entre tantas tiranías  
delante de mí ha de ir;  
antes que yo ha de morir,  
si a tus manos no, a las mías.

(Vanse, y salen ALBERTO, criado del REY; BELARDO, DANTEO, LEONARDO y LISARDA.)

ALBERTO. Alcalde, el preso sacad;  
confiese con juramento,  
que le habéis de dar tormento  
si no confiesa verdad.

El Duque lo manda así,  
y yo vengo a ejecutarlo.

BELARDO. Allá están para sacallo,  
que no ha de mandarme a mí.  
Que por su mano fué muerto  
no tenéis que lo dudar.

(1) En el texto, "da".

(2) Este verso parece equivocado, pues no forma sentido. Durán enmendó "quizá a un tercero", que no lo mejora.

(1) Tampoco este verso está claro.

(2) En el texto, "no auer", o sea "haber"; lo que es errata.

(3) En el original dice este verso OTÓN, por error evidente.

(4) Otro verso sin sentido. Quizá diría:

"No puede tener espera,".

LEONARDO. (Muy otro debo de estar, pues no me conoce Alberto.)  
 LISARDA. (¿Qué te parece, enemigo, si a éste (1) dijese quién eres?)  
 LEONARDO. ¿Ya no te adoro? ¿Qué quieres?  
 LISARDA. Que no hables más que conmigo, que siempre a mi lado estés y que al descuido me mires, que algunas veces suspires y que me pises los pies. Que no (2) nombres a esa dama que quieres.) (3)

LEONARDO. (Aprieta el cordel.  
 ¿Vióse cárcel más cruel para quien como yo ama?  
 Y he de fingir y callar, que es villana, y si se enoja mudará el viento la hoja y tendremos que llorar. Secreto puesto en mujer...)

(Salen el ESCRIBANO, ELICIO, villano, (4) y sacan a MILÁN con prisiones.)

ELICIO. La confesión le he tomado y como un perro ha negado.  
 DANTEO. Quizá lo debe de ser.  
 MILÁN. ¿Qué quieren hacer de mí tras tanta hambre y prisión?  
 BELARDO. (Hasta ver esta ocasión este caso te encubrí. A éste truje preso, advierte, cuando por tu discreción fuí a hacer la averiguación y se confirmó tu muerte.  
 LEONARDO. Este es un criado mío; aunque hombre bajo, fiel.)  
 ELICIO. Que cante al són del cordel, eso también se lo fío.  
 BELARDO. (Si él te hirió, (5) ¿para qué es esta averiguación?)

(1) Durán: "ese".

(2) En el texto original dice "Que no me nombres", con que el verso resulta largo. Durán corrigió: "Que no me nombre a esa dama", con lo que el verso quedó sin sentido.

(3) Así en el texto: quizá diría "que quíes"; porque con "quieres" resulta el verso largo. Durán enmendó, también sin razón, "qué quiere".

(4) En esta acotación parece que el ESCRIBANO y ELICIO son dos personas diferentes; pero según el texto son una misma.

(5) Aquí "él" se refiere al Duque, y no al criado Milán; porque la conversación entre Belardo y Leonardo es secreta.

LEONARDO. Alguna nueva traición querrá inventar.

BELARDO. No lo sé.)  
 (Apercíbele para el tormento.)

MILÁN. Tomad escarmiento aquí los que servís a un pelón, que os pondrán en la ocasión y os dejarán como a mí. Servid siempre al dadivoso, aunque en su empeño se hable, no sirváis a un miserable, ¡por Dios todopoderoso!

LEONARDO. (Mucho su trabajo siento.  
 BELARDO. ¿Cómo se podrá estorbar?  
 LEONARDO. Ahora yo lo he de intentar.)  
 MILÁN. ¿Cosa es de burla un tormento?  
 ALBERTO. Haga su oficio el verdugo, pues niega lo que es tan claro.  
 VERDUGO. A él le costará tan caro, que quede como un besugo.  
 LEONARDO. Confesad, hombre de bien, que la verdad es de Dios.

MILÁN. Confesad, hermano, vos cuando a vos tormento os den. ¿Qué hará el tragadero, amigo, si yo una muerte confieso?

LEONARDO. Dios remediará el suceso.

MILÁN. Entre tanto, nones digo.

BELARDO. Tira, tira.

MILÁN. ¡Ay!

ALBERTO. Di verdad.

LISARDA. (¿Que te mueve aquel tormento y el que yo padezco y siento no mueve en ti la piedad?)

LEONARDO. Déjame ahora, por Dios.

LISARDA. ¿Eso me dices?

LEONARDO. Perdona, mi Lisarda.)

ELICIO. (¿Hay maza y mona tan juntos como los dos, Lisarda y Leonardo? A osadas que han de ver si un escribano se venga bien de su mano, aunque hay plumas desdichadas!)

ALBERTO. Di la verdad. ¿Quién dió muerte a Leonardo?

MILÁN. Nones, non.

Aflojen, que no es razón tratarme a mí de esta suerte.

ELICIO. Di la verdad.

MILÁN. Yo le di mil puñaladas, matéle.

Aflojen, miren que duele.

ALBERTO. Bájale ya.

ELICIO. Eso, sí,  
confesad, que no me admira.

ALBERTO. Escribid.

LEONARDO. (Pierdo el juicio.)

MILÁN. ¡Qué propio es de vuestro oficio  
escribir una mentira!

Métanme allá y denme vino.

ALBERTO. Cúrenle y denle a beber.

LEONARDO. (¿Que el tormento puede hacer  
confesar tal desatino?)

Yo voy con él, porque quiero  
regalarle y consolarle.

DANTEO. Y yo habré de ir a curarle,  
que diz que soy el barbero.

(*Vanse cada uno como va hablando.*)

LISARDA. Y yo me voy tras Leonardo.

ELICIO. Tente, fiera, que ya pruebo  
tu rigor.

ALBERTO. Y yo me llevo  
la confesión.

LISARDA. Yo no aguardo  
palabras de majaderos.

ELICIO. Pues por vida de estas pocas,  
mujeres, (1) las que sois locas,  
que en mi mano habéis de veros.

(*Vanse, y salen CARLOS y MARCELA, solos.*)

CARLOS. Señora, bravo rigor  
es el que en vos estoy viendo.

MARCELA. Pues ¿yo qué os digo, señor?

CARLOS. ¿Vos pensáis que no os entiendo?

MARCELA. Esa es la señal peor.

CARLOS. La muerte pensáis que di  
a Leonardo, y no es así;  
preso está quien se la dió.

MARCELA. ¡Jesús, mi señor! Pues yo  
nunca de vos lo creí;  
ni que estuvisteis ayer  
en el castillo.

CARLOS. ¿Yo?

MARCELA. No,  
que no se puede creer,  
pues Serafina os hirió,  
que la fuédes a ver.

CARLOS. (Todo lo sabe, esto es cierto.)

(*Sale ALBERTO.*)

ALBERTO. Dame tus pies.

CARLOS. ¿Qué (1) hay, Alberto?

ALBERTO. La confesión que de plano  
hizo el matador villano  
de Leonardo.

CARLOS. (¿Hele yo muerto?)

ALBERTO. Apenas en la garrucha  
se vió, cuando confesó.

MARCELA. (Duque, vuestra culpa es mucha;  
que quien le hirió y le mató  
Dios sabe bien, si me escucha;  
porque de varios caminos  
se despeña en desatinos  
quien dora una alevosía.)

(*Vase la DUQUESA.*)

CARLOS. Por ti gozaré algún día  
mis intentos peregrinos.  
Una sentencia firmada  
quiero darte en que te diga  
que des muerte a mi enemiga,  
la traza en ti reservada.  
Diré que en la torre muera  
por ser mujer, y tú allí,  
por darme este gusto a mí,  
lo dispondrás de manera  
que en el común pensamiento  
quede muerta; en la Duquesa  
así la sospecha cesa  
y yo lograré mi intento.  
Del padre la apartaré  
con tal medio, en conclusión. (2)  
Con aquesta confesión (3)  
verán que yo no maté  
a Leonardo, y creará el mundo  
que Serafina mintió,  
y fué en su muerte, y que yo  
en esto la suya fundo.

ALBERTO. Si en mí no hubiera sentido  
ni te oyera cual mereces,  
me lo has dicho tantas veces  
que ya lo hubiera entendido.  
¿Cómo he de fingir su muerte,  
cómo al padre he de engañar,  
por dónde la he de sacar  
y cómo he de obedecerte?

(1) Durán suprime el "¿Qué".

(2) Durán: "confesión".

(3) Durán: "conclusión". Ambas correcciones  
son injustificadas.

(1) En el texto dice "mujer"; pero el verso  
queda corto.



¿Adónde la he de tener  
por que se encubra este yerro?  
¿Cómo he de fingir su entierro?  
Ya sé cómo lo he de hacer;  
que de un secreto valiente  
me valdré en esta ocasión.

CARLOS. Ciertas mis venturas son  
con un criado tan prudente.

(Salen LEONARDO y LISARDA, SERAFINA y OTAVIO, y  
LEONARDO con un costal de pan al hombro y LI-  
SARDA con una cesta.)

LEONARDO. ¿Dónde he de echar este pan  
y quién lo ha de recibir?

LISARDA. Más adentro hemos de ir,  
y diz que allá lo dirán.

SERAFINA. ¿Es buen pan?

LISARDA. (Llégate a mí.)

LEONARDO. ¿Qué más quieres que me junte?)

LISARDA. Eso a mí me lo pregunte  
que lo masé y lo cocí.  
Está muy bien sazonado.

LEONARDO. (¡Ay, quién te pudiera hablar!)

SERAFINA. ¿Y sois los dos de un lugar?

LISARDA. Pues ¿no?, si es mi desposado.

OTAVIO. ¿Casados estáis los dos?

LISARDA. Y en la iglesia conjuntos.

OTAVIO. ¿Casados y arrepentidos?

LEONARDO. Sí, por la gracia de Dios.

LISARDA. (¿Qué dices?)

LEONARDO. Que estoy casado  
por gracia de Dios.

LISARDA. Si fuera  
eso verdad, ya te hubiera  
aquí delante ahogado.  
No la mires.

LEONARDO. ¿No sabías  
a lo que venía, Lisarda?  
¿Quién me impide y acobarda?  
¿No son estas glorias mías?  
¿No es mi Serafina hermosa  
el serafín que me abraza?  
¿Ya no es el cielo esta casa  
y mi fortuna dichosa?  
Llegaré. ¡Ay, amor, espera!)

SERAFINA. Buen talle tiene.

LISARDA. Verá,  
ya lo sabíamos acá  
sin que ella nos lo dijera.

SERAFINA. (Celosa es la labradora.)

OTAVIO. Llégate acá, labrador.

SERAFINA. (No he visto talle mejor.)

LISARDA. (Mal me haga Dios, que le adora.)

SERAFINA. ¿Traes cuajada?

LISARDA. Mas nonada,  
dos quesos aquí hallarán.

LEONARDO. Donde esas manos están  
¿para qué buscáis cuajada?

LISARDA. ¿Cuáles?

LEONARDO. Las tuyas, Lisarda.

OTAVIO. ¿Quiéresla mucho?

LEONARDO. Es mi bien.

LISARDA. Y soy tu mujer también.  
(¡Celos, la dama es gallarda!  
Yo haré que no vuelva más  
Leonardo a ser panadero.)

LEONARDO. Que más que al alma la quiero.  
Después la conocerás,  
pues en peligro cruel  
por su respeto me vi.

OTAVIO. ¿Peligro de muerte?

LEONARDO. Sí,  
y aun aquí no estoy sin él.

SERAFINA. (No sé yo este labrador  
qué tiene...)

LISARDA. (¡Qué linda arenga!)

SERAFINA. (Que me pesa de que tenga  
a esta mujer tanto amor.)

(Sale OTÓN y habla al oído a SERAFINA y a OTAVIO.)

OTAVIO. ¿La Duquesa?

OTÓN. Aquesto pasa.  
Venid.  
Vamos norabuena.  
(Vanse los tres.)

LEONARDO. Poco es mi fuego y mi pena,  
pues esta torre no abraza.  
¿Para qué la llevarán?

LISARDA. El Duque dijo.

LEONARDO. ¡Ay de mí!

LISARDA. Yo nombrar al Duque oí.

LEONARDO. Todos de concierto están.  
Para el Duque la ha llevado  
Otón. ¡Ah, infame tercero!  
¡Ah, infames celos! ¿qué espero?

LISARDA. (El alacrán le ha picado.)

LEONARDO.  
Si en lágrimas mi mal menos se allivia,  
mira a tu cuenta las mortales sumas  
antes, honor tirano, que presumas  
deidad en trono que el furor entibia.  
Con negra tinta de engañosa jibia  
tiñes de amor las ya quebradas plumas,

y sobre el fuego de letreas espumas  
al alma has hecho ponzoñosa Libia.

Porque no creas, honor, que soy espúreo,  
pues ya con la venganza no te apremio  
a ser un propio ser conmigo mismo,  
seré el objeto del rigor sulfúreo  
hasta que de mi pena y llanto el premio  
asombre tierra, mar, cielo y abismo.

(Salen MARCELA y OTÓN y otros CRIADOS.)

MARCELA. Otón, no la mato yo,  
cuando sus traiciones dores,  
porque al Duque escucha amores,  
sino porque al Duque hirió.  
El daño, que no el favor,  
de mi marido castigo.

OTÓN. Pues semejante castigo  
acuerdo quiere mejor.

MARCELA. En dos razones me fundo:  
celos y herida hay aquí;  
celos vengo cuanto a mí,  
y la herida, cuanto al mundo.

OTÓN. Cree que el Duque, mi señor,  
lo sentirá de manera,  
que yo, por lo menos, muera  
a manos de su rigor.

MARCELA. Lo que yo quiero ha de ser,  
no tienes que replicar;  
tú me tienes de matar,  
Otón, aquesta mujer.

OTÓN. Antes perderé la vida.  
No lo permitas.

LEONARDO. (Ya, Cielos,  
borra el dolor de los celos  
el de otra mayor herida.  
¿Qué horror, qué llanto y pesar  
me hiela del pie al cabello?  
¿Qué lazo me han puesto al cuello  
que aun no puedo respirar?)

(Salen SERAFINA y OTAVIO.)

OTAVIO. Ya mi hija ha confesado;  
llegue su muerte, que es hora.

SERAFINA. Perdona, prima y señora,  
los disgustos que te he dado.

MARCELA. Esto es justo, Serafina.  
Tú me perdona, y de Dios  
perdón tendremos las dos,  
que su justicia es divina.

LISARDA. (Aunque confuso cuidado  
temor me llegue a poner,

como muera esta mujer  
lo doy por bien empleado.)

LEONARDO. (¿No es esta mi espada? Eterno  
tribunal, yo he de estorbarlo  
si vienen a ejecutarlo  
los príncipes del infierno.)  
OTÓN. (Armas os daré yo, Otavio,  
que bastaremos los dos  
contra todos.

OTAVIO. No, por Dios,  
procedes como hombre sabio;  
que quien mi amistad profesa  
si armas había de hacer,  
contra el Duque habían de ser,  
que no contra la Duquesa.  
No temes mi dolor, no,  
sino el del Duque, y yo quiero  
que no prives por tercero.

OTÓN. Solo no he de poder yo.

OTAVIO. Muera mi hija porque mal  
te venga a nacer de aquí  
y entiendan todos de ti  
que todo lo guardas mal.)

MARCELA. ¿Está el castillo cerrado  
cual mandé?

OTÓN. Señora, sí.

MARCELA. ¿Las llaves?

OTÓN. Veslas aquí.

MARCELA. Llegaos todos a ese lado;  
veamos cuál de vosotros  
tiñe en su sangre las manos.  
¿Qué os acobarda, villanos?

OTÓN. Lo que es valor en nosotros.

MARCELA. Llegá, Orlando, Federico,  
César.—¿Cómo? ¿Que no puedo  
quitaros el torpe miedo?

OTÓN. No te indignes, te suplico,  
porque somos caballeros,  
y al Duque le pesaría.

MARCELA. ¡Viles!, pues la ofensa mía  
hoy no ha podido moveros,  
yo le quitaré la vida,  
que obran los celos ahora.

LEONARDO. En tu grandeza, señora,  
será ofensa conocida.  
Aunque no parezco hidalgo  
esa decencia condeno,  
y si en mi lugar soy bueno  
no menos que todos valgo;  
pero por servirte a ti  
a mi padre mataría.  
Yo lo haré, de mí te fía.

MARCELA. Mucho más fiaré (1) de ti.  
 LEONARDO. (Pues aquí me trujo el Cielo en semejante ocasión, suyos, y milagros son, haré lo que pienso, harélo.)  
 MARCELA. Otavio, aquesto ha de ser; id con Dios, dadnos lugar.  
 OTAVIO. Lo que vengo a desear, ¿por qué no lo puedo ver?—Hija, ¿cómo de esa suerte vuestra firmeza se muda? ¿Queréis que me quede duda de que temisteis la muerte? Pues si he de sentir el mal más que tú en aqueste estrago, o yo en ser fuerte mal hago o tú en temer haces mal.  
 SERAFINA. No están en ningún extremo nuestros pechos diferentes: ni hablas tú porque no sientes ni callo yo porque temo. Mas en niñez o en (2) vejez, aunque es tan cierta esta prueba, a todos es cosa nueva, como no han muerto otra vez.  
 LEONARDO. (Si no pudiese (3) salir con mi traza imaginada, *(Saca la tabla y garrote y cordel.)* para matar traigo espada y vida para morir.)  
 MARCELA. Cómo ha de estar eso ordena.—La silla puedes tomar.  
 SERAFINA. No me haré de rogar, que no me la das por buena.  
 MARCELA. Ese negocio se acabe, que temo, al fin, la venida de quien el hecho me impida, porque ya el camino sabe.  
 OTAVIO. Llega, amigo.  
 LEONARDO. (Tiemblo tanto, que ser descubierto temo.)  
 LISARDA. (Confusa (4) estoy por extremo y alegre entre pena y llanto.)  
 LEONARDO. Que importa mucho le digo que vaya aquesto bien puesto.  
 SERAFINA. ¡Inmenso Cielo!, ¿qué es esto?) (5)

Aguárdate un poco, amigo.—  
 Dame tú tu bendición.

OTAVIO. ¡Ay, hija, Dios te la dé!

LEONARDO. Perdona, que soy mandado.

SERAFINA. Ya, amigo, te perdoné.  
 Haz tu oficio.

LEONARDO. (Más valor, Serafina, has de tener; no te alteres ni te mudes: Leonardo soy.

SERAFINA. ¿Cómo? ¿Qué?

LEONARDO. El Cielo me trujo aquí por que la vida te dé; que cómo escapé la vida y a aqueste punto llegué a pesar de otras desdichas, de espacio sabrás después. Finge que el cordel te ahoga, que yo, mi bien, fingiré que mueres tú, que estás muerta.

SERAFINA. ¿Leonardo eres?

LEONARDO. Sí, mi bien.

SERAFINA. No lo dudo yo. ¡Ay de mí! A buen tiempo te hallé para que me des la muerte.

LEONARDO. Mi bien, fingida ha de ser.) (1)

MARCELA. Necio, ¿qué le estás diciendo?

LEONARDO. De lo que sé lo mejor.

MARCELA. Mira que de tu temor se está la pobre muriendo.

SERAFINA. Antes no me turba ya el mal, sino la ventura que puedo vivir segura.

MARCELA. Ea, villano, acaba ya.

LEONARDO. Con mucha razón te fías de mis manos, no las tuyas, que no ato yo las tuyas, antes atas tú las mías.

---

de labios de SERAFINA al ver tan de cerca a su amante; porque en los de LEONARDO no tiene sentido, pues ya sabe harto de lo que se trata. Sin embargo, las palabras que luego pronuncia SERAFINA no justifican por entero la interpretación propuesta; pero consiste que el pasaje desde el verso

Dame tú tu bendición

ha sido muy alterado, puesto que el metro, de redondillas que venían siendo, se interrumpe para intercalar el corto romance hasta el verso

Mi bien, fingida ha de ser,

y volver luego a las redondillas.

(1) Los 22 versos anteriores no pueden, en justicia, atribuirse a LOPE.

(1) Durán emmendó "fié", sin causa.

(2) Durán suprimió el "en" sin necesidad.

(3) Durán corrigió "pudiere".

(4) En el original, "confuso", por errata.

(5) En el texto este verso lo dice también LEONARDO, pero creemos tal exclamación deberá salir

MARCELA. Ponle en el rostro una toca.

LEONARDO. Dices bien; así asegura  
el miedo y la compostura.

MARCELA. Dejó de fingirse loca. (1)

SERAFINA. Padre, adiós.

OTAVIO. Hija, el valor  
para esta ocasión conviene.  
Dios te socorra, que tiene  
igual clemencia y amor.

LEONARDO. Esto es hecho.

MARCELA. Bien lo mira. (2)

LEONARDO. Véase por la experiencia.

OTAVIO. Dios haya de ti clemencia.

OTÓN. (¿A quién tal crueldad no admira?)  
A la puerta de la torre  
llama Alberto.

MARCELA. Entre en buen hora.

OTÓN. ¿Entrará?

MARCELA. Entre, que ahora  
tarde el príncipe socorre.—  
¿Qué vienes aquí a buscar?

(Entra ALBERTO.)

ALBERTO. Hable por mí ese papel,  
cuya sentencia, si cruel,  
hoy tengo de ejecutar.

MARCELA. (Aseguró mi sospecha  
sentencia tan rigurosa.)  
Si no vienes a otra cosa,  
esa muerte ya está hecha,  
sabiendo yo para qué  
venías.

ALBERTO. ¿Qué es lo que veo?

MARCELA. Del Duque cumplí el deseo,  
su sentencia ejecuté.

ALBERTO. Al fin, sin orden ha sido.

MARCELA. Haz cuenta que tú llegaste  
antes y la ejecutaste;  
que nada se habrá perdido, (3)  
cuanto más que diré yo (4)

(1) Este verso prueba que el pasaje interpolado cambió el sentido de esta dramática escena. SERAFINA, al reconocer a su amante, debió de prorrumpir en exclamaciones extrañas para la DUQUESA y todos los presentes, a punto de juzgar que se hubiese vuelto loca o que lo fingía para huir de la muerte. ¡Lástima que no conozcamos el giro que LOPE haya dado a este momento culminante del drama!

(2) Durán corrigió, olvidando la rima: "Míralo bien."

(3) En el original dice este verso, por errata:

"que nadie te habrá perdido".

(4) Durán enmendó "yo diré", olvidándose de la rima.

que por aquesta sentencia  
lo ejecuté. Ten paciencia.

ALBERTO. Dame el papel.

MARCELA. Eso no,  
que yo le quiero guardar.  
Vamos de aquí. Tú asegura  
que en la misma sepultura  
que pidió se ha de enterrar.  
OTÓN. De piedad estoy corrido.  
Mi casa quiero sacar  
de aquí, que no he de dejar  
un criado.

(Vanse, y quedan OTAVIO, SERAFINA, LEONARDO y LISARDA.)

LISARDA. Ya se han ido.

OTAVIO. Bien será, pues solo quedo  
y bronce, al fin, parecí,  
parecer padre. ¡Ay de mí!

LISARDA. Un poco tengo de miedo.

OTAVIO. Quiero hablarte, hija mía,  
pues hasta que te perdí  
ni tuve ni conocí  
el mucho bien que en ti había.  
¡Hija de mi alma!

SERAFINA. ¡Padre!

OTAVIO. ¡Santo Dios!

LISARDA. Ya es cosa cierta.  
¡Juraré que habló la muerta.  
¡Por el siglo de mi madre,  
qué terrible confusión!

SERAFINA. ¡Padre mío!—¡Ah, labradora!

LISARDA. Conmigo las quiere ahora.

LEONARDO. Otavio, la turbación...

LISARDA. Algún traidor que la aguarde.

LEONARDO. Espera, no huyas, Lisarda.

LISARDA. Aunque el temor me acobarda,  
no es amor el que es cobarde. (1)

LEONARDO. Otavio, yo soy Leonardo.  
Cómo estoy vivo sabrás  
y tu hija, a quien estás  
escuchando.

OTAVIO. El fin aguardo.

LEONARDO. Creo que nos han dejado  
solos en la torre.

SERAFINA. Vamos  
donde de espacio sepamos  
de todos tres el cuidado. (2)

(1) Falta la acotación de que huye LISARDA.

(2) Véase ahora cómo el autor de *Di mentira* interpretó esta dramática escena:



## JORNADA TERCERA

(Salen CARLOS, duque, y MARCELA, duquesa, y ALBERTO.)

CARLOS. Justicia ha sido bien hecha.

“(Sale la REINA, ARNESTO y ALABARDEROS.)

REINA. En arma el castillo puesto,  
sabes, Justino, que soy  
tu Reina propia, ¿qué es esto?  
Ciega de cólera estoy;  
quítadle las armas presto.

JUSTINO. Miradlo, Reina, mejor;  
mirad que Su Majestad  
sentirá mal de este error.

REINA. Todas las puertas cerrad.  
¡Mal conocéis mi valor!

GUARDA I.º Todo, Reina, está cerrado.

REINA. ¿Y las llaves?

GUARDA I.º Estas son.

REINA. Poneos todos a ese lado.

ARNESTO. ¡Qué notable confusión!  
¿Cómo es esto? ¿Helo señado?

¡Vive Dios, que determina

darnos la muerte a los dos!

¡Ay, hermosura divina!

REINA. ¿Haste puesto bien con Dios?,  
que tu muerte se avecina.

ROSARDA. ¿Cuándo merecí, señora,  
que vuestra real presencia  
venga a ser ejecutora  
de la dichosa sentencia  
que esta vuestra esclava adora?

Disposición hay en mí  
para trance más terrible;

mi cuello tenéis aquí

y un pecho muy invencible,  
que es el que jamás rendí.

Sólo quiero aseguraros

que de la pasión que hoy

el pecho pudo inquietaros

estoy libre, pues estoy

aquí por sólo estimaros.

Y pues la muerte deseo,  
dadme la que más os cuadre.

REINA. Así, Rosarda, lo creo;  
despidete de tu padre.

ARNESTO. (¿Cómo vivo, si tal veo?

Una gran demostración

estoy por hacer aquí,

para darles ocasión

de que me maten a mí  
primero.)

REINA. En resolución,  
servirme no habéis querido  
por no disgustar al Rey.

GUARDA 2.º Ese valor nuestro ha sido  
y conservación de ley.

REINA. Pues verdugo hay prevenido.  
Pasa, labrador, delante.  
¿Atreveráste a dar muerte  
a esta mujer?

MARCELA. Y tan conveniente ha sido,  
que ya el pueblo, corregido,  
mil escarmientos sospecha.

CARLOS. Mi remisión murmuraban.

ALBERTO. Al fin, murió sin que yo...

ARNESTO. (Si es bastante  
para matarme esta suerte,  
dígame el que es más amante.  
De lo que aquí ha sucedido  
he venido ya a inferir  
que no he sido conocido  
y que me puede encubrir  
el disfraz de este vestido.

Pues la ocasión me convida  
con engaño tan dichoso,  
yo rescataré su vida,  
que no ordenó el poderoso  
Cielo en vano mi venida.)

REINA. ¿No me respondes?

ARNESTO. ¡Pardíobre!

que en esto estó poco duecho.

¿Tiene corazón de robre?

¿No me dirá qué le ha hecho

aquesta doncella pobre?

¿No le abranda su hermosura?

REINA. Si tú no quieres pagar  
por ella, hacerlo procura.

ARNESTO. Escuche...

REINA. No hay que escuchar.  
Duque amigo, esto ha de ser;  
despedíos de Rosarda,  
porque tenemos que hacer.  
Nada mi pecho acobarda  
cuanto queráis emprender.  
Antes quiero ser testigo  
del valor que hay en Rosarda;  
que lo que llamáis castigo  
es martirio en quien aguarda  
el triunfo de su enemigo.

Ejecutad vuestro intento,  
que yo no lo impediré;  
antes, estoy tan contento,  
que mi brazo ofreceré  
cuando faltare instrumento.  
REINA. Está bien, El instrumento  
que prevenir os mandé  
me traed aquí al momento.

(Traen una silla de madera negra, con palo y cordel, como para dar garrote a ROSARDA.)

GUARDA. Esto mandaste traer.

REINA. Siéntate, y tú haz tu oficio.

ARNESTO. Estaba por no lo her,  
que esto es muy en perjuicio  
del padre que me dió el ser.  
Sentaos, pues, vos,

ROSARDA. ¡Ay de mí!

¡Muéreseme el corazón!

Padre, llegaos hacia mí

y echadme la bendición.

Llevaremos gusto así,

y perdonadme tras esto;

CARLOS. En decirme que murió  
tus relaciones se acaban.  
Tú cumpliste mi sentencia  
y yo quedo satisfecho.

que, en efeto, yo he causado  
todo el daño en que estáis puesto,  
aunque en razón de pecado  
que no le hubo es manifiesto.  
También, padre piadoso,  
os tengo de suplicar  
que me mandéis enterrar  
donde está Arnesto mi esposo,  
que será grande consuelo  
estar gozando de Dios  
nuestras almas en el Cielo,  
y que nuestros cuerpos dos  
estén juntos en el suelo.

DUQUE. Comiéntate a consolar,  
que, tras de mi bendición,  
eso te quiero otorgar.

(ARNESTO, aderezando los cordeles detrás de la silla, diga así:)

ARNESTO. (¿Quién, entre tanta pasión,  
tanta gloria pudo hallar?  
¿Quién descubrirse pudiera!)

ROSARDA. Dadme el abrazo postrero.

ARNESTO. Estaos desa manera  
acuitando un siglo entero.  
Tiraos, buen viejo, afuera.  
¡Verá cuál me está mirando!  
¿No miráis que la señora  
mucha priesa me está dando?  
Apartaos allá en buen hora;  
vamos todos negociando.

DUQUE. Prosigue tu oficio, amigo;  
sin duda que es trance fuerte  
éste, pues que yo me obligo  
a sentirle de esta suerte;  
en vano el dolor mitigo.  
Si los duros pedernales  
sintiendo mi pena están  
con evidentes señales,  
¿por qué no se ablandarán  
mis entrañas paternas?

(Hínque la rodilla en tierra, como que le llega a pedir perdón, y háblela en secreto.)

ARNESTO. (Señora, en esta ocasión  
es menester que mostréis  
vuestra mucha discreción;  
con que atenta me miréis,  
conoceréis mi intención.  
Vuestro Arnesto mismo soy;  
no hagáis ninguna mudanza;  
vivo, como veis, estoy,  
y con muy grande esperanza  
de daros la vida hoy.  
Venturosa es nuestra suerte,  
pues soy el ejecutor  
de este trance agudo y fuerte.

ROSARDA. ¡El Cielo me dé favor!  
¿Son fantasmas de la muerte?)

MARCELA. Vos lo habéis mandado y hecho,  
señor, con igual prudencia. (1)  
Temerán vuestro rigor;  
que es bien que un príncipe justo

(Desmáysese, quedando la cabeza sobre el hombro de ARNESTO.)

REINA. ¿Qué es eso?

ARNESTO. Se ha desmayado.

JUSTINO. Traigan agua presto, presto.

JUSTINO. El color se le ha mudado.

ROSARDA. ¡Ay, querido esposo Arnesto,  
qué tarde a verte he llegado!

ARNESTO. ¿Es aquesta la osadía  
que en vos para morir vi?

ROSARDA. Es que como pretendía  
partir a gozar de ti,  
de buena gana moría.

ARNESTO. Pues si me queréis gozar,  
fingid en esta ocasión  
que quedáis muerta.

ROSARDA. Esforzar  
procuraré el corazón,  
si el amor me da lugar;  
porque tan sobresaltada  
me tiene el gozo, que creo  
que no sabré fingir nada.)

REINA. ¿Qué le dices?

ARNESTO. Mi deseo:  
una oración extremada  
con que quitar suelo yo  
el más profundo desmayo.  
ROSARDA. ¡Ay de mí!

ARNESTO. Ved si volvíó  
en su ser, ¡voto a mi sayo!,  
que el conjuro aprovechó.  
DUQUE. Hija mía, ¿qué se ha hecho  
tu valor?

ROSARDA. Si aquí he temido  
la muerte, estad satisfecho,  
que este temor ha nacido  
del gozo de mi provecho.  
No dilates un momento,  
amigo, tu pretensión;  
tuerce el garrote.

ARNESTO. Eso intento,  
dama, con vuestro perdón.

JUSTINO. Mucho esta desdicha siento.

ARNESTO. Decid Jesús.

DUQUE. ¿Qué rigor!

ROSARDA. ¡Jesús, Jesús, Jesús pío!  
¡En vuestras manos, Señor,  
pongo el espíritu mío!

(Hace que tuerce el garrote, cúbreala con el velo y suena un golpe dentro.)

JUSTINO. ¿A quién no mueve a dolor?

ARNESTO. Esto, señora, está hecho.

REINA. Con ese velo la cubre  
el rostro. (Ya he satisfecho  
el veneno que se encubre  
de celos dentro en mi pecho.)"

(1) En la copia de Durán falta este verso.

anteponga siempre al gusto  
las leyes de su valor.  
Rebelde el pueblo, se enfrena  
con esa misma igualdad,  
que si es mala la crueldad  
la severidad es buena.  
Hoy habéis asegurado  
vuestros estados y a mí,  
que nunca de vos creí  
verme en tan dichoso estado.

CARLOS. ¿No creeréis que ha sido engaño  
vuestra sospecha?

MARCELA. Y que os debo  
la vida, aunque no es de nuevo.

ALBERTO. (¿Hay suceso más extraño?  
¿Cómo le podré decir  
al Duque lo que pasó?)

CARLOS. ¿En la ermita se enterró?  
Muy cuerda anduvo en pedir;  
que no merecía mejor  
entierro. Mas, por mi vida,  
señora, si sois servida...

ALBERTO. (Al Duque tengo temor.)

CARLOS. Vuestras damas prevenid,  
sabréis después para qué.  
Id con Dios.

MARCELA. (Yo apostaré  
que le he entendido.) Advertid...  
(El quiere echarme de aquí,  
que aún no está desengañado.)  
que nos tenéis con cuidado.

CARLOS. Presto lo sabréis de mí.  
Adiós.

MARCELA. (Lo que se apresura.) (1)  
Adiós.

(Vase MARCELA.)

CARLOS. ¿Fuése esa mujer?

ALBERTO. Sí, señor.

CARLOS. Podré saber  
sucesos de mi ventura.  
Dame esos brazos, amigo;  
llega a abrazarme, que hoy pruebo  
lo mucho que a ti te debo  
y lo que has de ser conmigo;  
que es tu industria y tu cordura  
de mayores honras digna.  
¿Dónde queda Serafina,  
mi gloria?

ALBERTO. En la sepultura.

CARLOS. Aun burlando es crueldad  
quererte aquí entretener  
con eso.

ALBERTO. ¿Qué puede ser  
si es, en efeto, verdad?  
No dudes, murió.

CARLOS. En efeto,  
tú lo fingiste de suerte  
que se acreditó su muerte.  
¡Oh, lo que importa un discreto!  
¿Llevó bien este suceso?

ALBERTO. Con grande ánimo murió.

CARLOS. Advierte que no soy yo  
a quien has de decir eso.

ALBERTO. Señor, ¿qué puedo decir  
en tan desdichada suerte?

CARLOS. ¿Oyenos alguien? Advierte  
que nadie te puede oír.  
¿Hízose, amigo, algún daño?  
¿Queda en parte donde yo  
pueda verla?

ALBERTO. Señor, no.

CARLOS. ¿Qué porfías en tu engaño?  
Necio estás.

ALBERTO. Oyeme ahora,  
y márame o ten paciencia,  
que ejecutó tu sentencia  
la Duquesa, mi señora;  
porque yo la hallé en la torre  
y ya muerta la tenía.

CARLOS. Poca es la paciencia mía  
si tu piedad no socorre.

ALBERTO. Señor, la verdad es ésta,  
que no me había de burlar.

CARLOS. ¡Vive Dios, que ha de llorar  
el mundo lo que me cuesta!  
¿Muerte le dió la Duquesa? (1)

(1) En *Di mentira* se trata así este incidente:

“(Salen el REY y OCTAVIO.)

REY.

De modo está la Reina persuadida  
a la invención sutil de nuestro ingenio,  
que de los celos que engendró se olvida.  
Fíngeslo por camino tan extraño,  
que con ser dueño yo de este secreto,  
estoy para decirte que me engaño.  
Ahora me agradezco el buen conceto  
que hice en este caso, confiando  
mi esperanza de un hombre tan discreto.  
Pero al intento principal tornando,  
¿de qué modo recibe mi enemiga  
la vida que le voy solicitando?

(1) En la copia de Durán falta esto que dice  
Marcela, con que la redondilla queda sin un verso.

ALBERTO. Tu sentencia tiene allá,  
que me la tomó.

¿No se humana por verlo? ¿No la obliga  
tal muestra de afición? ¿Está más fiera?

OCTAVIO.

No sé, por Dios, señor, lo que te diga.

REY.

No dudes en decirlo. ¿Persevera  
en su rigor?

OCTAVIO.

Señor, discreto eres;  
con tu cordura un gran rigor modera.

REY.

¿Está más desdeñosa?

OCTAVIO.

No te alteres

si dijere...

REY.

¿Qué dices?

OCTAVIO.

Que Rosarda

es muerta ya.

REY.

¿También burlarme quieres?

No está aquí con nosotros Clerinarda.

OCTAVIO.

Dígame que murió.

REY.

Que ya lo veo,  
en cuanto al mundo, que su muerte aguarda;  
mas cuanto a mí bien sabes que no creo  
lo que ha engañado a tantos. Dime, acaba,  
lo que saber del caso ya deseo.  
¿Estaba rigurosa? ¿Conservaba  
su proceder esquivo? ¿Qué decía?  
Apostaré que mi piedad culpaba.  
¿En qué quinta, en qué casa, en qué alquería  
quedó depositada la hermosura  
con cuyo resplandor se alumbra el día?

OCTAVIO.

Quedó...

REY.

¿Dónde quedó?

OCTAVIO.

Con tu cordura

modera la pasión.

REY.

Tú estás turbado;  
sin duda que hay alguna desventura.

OCTAVIO.

Lo que pasa, señor, he publicado.  
Rosarda es muerta.

REY.

¿Muerta?

OCTAVIO.

Como digo.

REY.

¿Quién la mató?

OCTAVIO.

La Reina.

CARLOS.

Verá

cuán poca disculpa es ésta. (1)  
¡Por vida!...

ALBERTO.

Repórtate.

CARLOS.

¡Por el Cielo soberano!

ALBERTO.

Señor...

CARLOS.

Quítate, villano,  
o negligente, o sin fe;  
y pues a mí me quitaron  
la vida por ley expresa,  
hoy morirá la Duquesa  
y cuantos la acompañaron,  
porque en el respeto hallo  
del príncipe que han (2) de ser  
los hijos y la mujer  
de quien aprenda el vasallo.

ALBERTO.

¿Y qué podrá parecer  
al mundo en esa violencia  
que hoy revoques la sentencia  
que tú pronunciaste ayer  
y tú mismo has publicado  
que lo mandaste?

CARLOS.

¿Hay rigor  
como morir un señor  
por respetos de su estado?  
¿Qué puedo hacer cuando lloro  
mi desdicha? ¡Ah, injustas leyes  
de príncipes y de reyes  
sujetos a su decoro!  
Mas trazarélo de suerte  
que se venga el alma mía.  
Ángel divino, confía  
que he de castigar tu muerte.—  
Su padre ¿cómo llevó  
esta ejecución?

ALBERTO.

No sé;  
muy animoso le hallé,  
y aun pienso que se holgó.  
Aquí le tiene también  
la Duquesa, y libre entiendo.

CARLOS.

Pues que no muera pretendo,  
que fuera hacerle bien;  
que su honor o necedad  
quizá la ocasión ha sido,

REY.

¿Haslo soñado?

OCTAVIO.

De su muerte, señor, como testigo  
te puedo asegurar."

(1) Durán, sin atender a la rima, corrigió "ese".

(2) Durán enmendó "ha".



y pobremente vestido  
 hoy saldrá de la ciudad.  
 Todas sus tierras y hacienda  
 le he de confiscar, y, pobre,  
 con (1) sus vanidades cobre  
 el pundonor que pretenda.  
 Que en el mundo, os certifico,  
 no hay cosa que así se sienta  
 como en el noble la afrenta  
 y la pobreza en el rico.  
 Quien no conoció ni sabe  
 del bien que puede perder;  
 mas hoy pobre y rico ayer,  
 ningún dolor es tan grave.  
 Si es soberbia la riqueza,  
 el pobre vive afrentado,  
 porque es el más bajo estado  
 el de la infame pobreza.  
 Civilmente ha de morir  
 pidiendo para el sustento  
 limosna, que no hay tormento  
 ni muerte como pedir.  
 En palacio no entre Otón,  
 pues tuvo tan mal cuidado  
 con la torre.

ALBERTO. Fué forzado.

CARLOS. Esta es mi resolución.

(*Vanse, y salen LEONARDO, SERAFINA, de labradora,*  
 BELARDO, LISARDA, ELICIO y DANTEO.)

LEONARDO. ¿Qué te parece, Belardo,  
 de mi bien?

BELARDO. Que Serafina,  
 por hermosa y peregrina,  
 es quien merece a Leonardo.  
 Mucho el Cielo os socorrió  
 en tan dichosa ocasión.

LEONARDO. Yo tuve resolución  
 de librarla o morir yo.

SERAFINA. No hablemos en eso ahora,  
 que vuelvo a tener temor.

LEONARDO. No temas, hermosa flor,  
 peregrina labradora,  
 que pues yo no estoy penando,  
 libre estás.

SERAFINA. Dichosa suerte,  
 mi bien, que he llegado a verte  
 sin temor.

BELARDO. Considerando  
 que a su hija me dió Otavio  
 en confianza, he querido

que hasta que seas su marido  
 su fe no padezca agravio.  
 No hay sino prestar paciencia ..  
 hasta que el cura os la dé,  
 señor Jacinto.

LEONARDO. Ya sé  
 que estamos a tu obediencia.  
 Mas considera que es poco  
 de mi locura el indicio,  
 pues si no pierdo el juicio  
 tú me has de tener por loco.

BELARDO. No hay más extremos que hagas  
 ni más finezas que pruebes;  
 tú pagas bien lo que debes  
 y debes bien lo que pagas.  
 Vendrá Otavio por que os vais  
 de tierra tan mal segura.

LEONARDO. Si hoy empieza la ventura, (1)  
 Belardo, mal receláis,  
 que en empezando a subir  
 por lo menos viene a ser  
 que en los daños del caer  
 tengamos más que sentir.

ELICIO. (Danteo, este laberinto  
 no hay quien le entienda ni crea.  
 A mí la sobrina fea,  
 y la hermosa, a Jacinto.

DANTEO. No, Danteo, esto no es cosa.  
 Antes le has de agradecer,  
 que mujer propia ha de ser  
 nada fea y nada hermosa.

ELICIO. Flor me tiene ya sin mí.)  
 Buena prima traes contigo.

LISARDA. Comiéndola al enemigo.

ELICIO. ¿Al fin es tu prima?

LISARDA. Sí,  
 y pienso que la primera  
 por quien mis males aguardo,  
 que ya (2) Jacinto o Leonardo  
 casarse con ella espera.  
 (¡Que supiesen enredar  
 aquella muerte fingida  
 para quitarme la vida!  
 Mas yo lo he de remediar:  
 antes que lleguen las bodas  
 descubriré yo la flor.  
 No lo ha acertado (3) en ser flor,  
 porque se marchitan todas.)

(1) En Durán, "la locura".

(2) En el texto, "yo", por errata.

(3) En el original, "No lo acertado", por la usual contracción de sílabas.

(1) Durán enmendó "de".

BELARDO. Mis dos sobrinas, Danteo, caso con Jacinto y Elicio, (1) y hacerles fiestas codicio conformes con mi deseo.

DANTEO. Cuando las bodas son buenas la propia fiesta es casarse, y si son malas en vano fiestas el mundo les hace. Fiestas celebre el dichoso que de las prisiones sale, y el que viene al cautiverio no más que paciencias gaste.

ELICIO. Y si como yo, por fuerza, viene un hombre a ser cofrade del santo arrepentimiento, ¿qué paciencia habrá que baste?

DANTEO. Mas si queréis todavía que el pueblo, por ser su Alcalde, honre a vuestras dos sobrinas, honradas bien por sus talles, escoged las fiestas vos por que no os cuesten de balde, y convidad los amigos, que vendrá a ser todo el valle.

BELARDO. Correránse dos novillos.

DANTEO. Ese parecer borralde, que en bodas no es buen agüero animal con armas tales.

BELARDO. Haráse un baile.

DANTEO. No es bien que en las mudanzas de baile aprendan los que se casan a divertirse y mudarse.

BELARDO. Gansos quiero que se corran.

DANTEO. Cabezas que por el aire se cortan, en los casados azar viene a ser muy grande.

BELARDO. Pues hágase una comedia.

DANTEO. Este es mayor disparate, porque hay legos en el pueblo y cuatro o cinco escolares que burlan lo que no entienden y dicen lo que no saben por que por sabios los tenga quien los conoce ignorantes.

BELARDO. Pues ¿qué se ha de hacer?

DANTEO. Oídme: una danza de salvajes.

BELARDO. Y danzarán más de ciento.

DANTEO. Pocos habrá que se escapen; y si no, un paloteado pienso que será importante, que sacan palos vestidos, hablallos en su lenguaje. Y ¿cuándo serán las bodas?

LISARDA. Para mí en aciago martes.

ELICIO. Y para mí será en viernes, pasión que nunca se acabe.

LEONARDO. Hermosa Flor.

SERAFINA. Dejá cuentos, no hagáis de mí donaire, que ha muy poco que soy flor.

LEONARDO. Decís bien, porque sois ángel.

(Sale MILÁN.)

MILÁN. Arrastrando una cadena viene Milán a buscarte, que el Alcalde, como es noble, su casa me dió por cárcel, manco de tocar las cuerdas.

DANTEO. Pues ¿no? ¿Por qué no cantaste?

MILÁN. A quien no cree en el tormento, de seis se la doy que calle.— ¡Ay, señora de mi vida!

LEONARDO. (El callar es importante. Luego sabrás lo que pasa.)

ELICIO. ¿Queréis que se vaya, Alcalde, el preso?

MILÁN. ¡Oh, hideputa; qué ánima de peraile! A fe que escribís, amigo, con plumas de gavilanes.

LEONARDO. (Vete, que yo voy tras ti, por que no sospeche nadie que es Serafina, que cerca está el fin de nuestros males.)

MILÁN. Por ti estoy descoyuntado.

LEONARDO. Yo acudiré a regalarte.

MILÁN. ¡Ay del que culpas ajenas paga con sus propias carnes!)

(Vase MILÁN.)

BELARDO. Hasta que a puerta de iglesia os junten las voluntades, la mía quiere, y es bien, que a todos cuatro os aparte. Tú, que eres el escribano, vete a procesar verdades.

DANTEO. Cortadas, quizá, a medida de las que confiesa un sastre.

(1) Verso largo. Quizá se escribiría primero:

Con mis sobrinas, Danteo,  
caso a Jacinto y Elicio,

BELARDO. Y tú, Jacinto, en mi granja  
acude con los gañanes  
a la labor de la hacienda,  
no comas el pan de balde.  
Lisarda cuide de casa,  
y Flor, que en el campo nace,  
los ánsares por el río  
guarde en su florida margen.

SERAFINA. (Cerca está la granja, amigo;  
aceta, no seas (1) cobarde,  
que del cristal la corriente  
me ha de llevar a buscarte.)

LEONARDO. Como tú vayas, bien mío,  
no hay otra gloria que aguarde.)

BELARDO. Serafina, esto conviene.

SERAFINA. Téngote en lugar de padre.

LISARDA. (Una por una mi tío  
los divida y los aparte.  
¡Ah, traidor!

LEONARDO. No puedo más.

LISARDA. Pues yo podré. (2)

LEONARDO. No te canses,  
pues sabes que soy casado  
y que tú quieres casarte.)

SERAFINA. (Celos me da la villana.)

ELICIO. (Hermosa Flor de estos valles...

SERAFINA. Elicio, allí está tu esposa.

ELICIO. Mejor estuviera en Flandes.)

LEONARDO. (Tu esposo está allí, Lisarda.

LISARDA. Mas que estuviera en la calle.  
Yo te buscaré en la granja,  
traidor, y si te burlares  
será contra tu cabeza.)

ELICIO. (Yo, Flor, buscaré tu imagen  
en el abril de tus plantas  
y al brillar de los cristales  
te pienso hacer una causa  
si no quieres remediarme.)

BELARDO. Dale la mano a Lisarda,  
Elicio.—La mano dale,  
Lisarda.

LISARDA. ¿Qué dice, tío?

ELICIO. ¿Habló conmigo el Alcalde?

LISARDA. Hasta estar matrimoniados  
no, tío, no quiero hablarle.

ELICIO. Ni yo es bien, sin matrimonio,  
que a vuestra sobrina hable.

DANTEO. Ellos están convenidos  
y en conformidad iguales.

BELARDO. Vamos todos, y a su oficio  
cada cual vaya esta tarde.

(Vanse, y salen el DUQUE y ALBERTO.)

CARLOS. No la variedad que ofrece  
el campo, ni ver el sol  
que entre uno y otro arrebollo  
con nueva luz aparece,  
ni el aurora que amanece  
por dejar el lado anciano;  
no el verde monte ni el llano  
con sus tapetes de flores,  
ni el Toro y los dos pintores  
del agradable verano  
divierten mi pensamiento;  
antes, con mayor rigor  
dan nueva fuerza al dolor  
y animan más el tormento.  
Más mis desventuras siento,  
Alberto, en la soledad,  
y, si he de decir verdad,  
en esos floridos prados  
vengo a hallar más cuidados  
que dejo allá en la ciudad.

ALBERTO. ¿Qué mucho si en tantos males  
el sol, cuando los permita (1)  
no tantos signos visita  
como tú tristes señales?  
Nunca de estos montes sales  
donde el caso sucedió.  
Muda de lugares.

CARLOS. No  
le podré dejar así,  
porque el mal sucedió en mí  
y quien le siente soy yo.  
Hasta que de mí me aleje  
penaré.

ALBERTO. ¿Luego no hay medio?

CARLOS. Sí; pero será el remedio  
que yo propio a mí me deje.

ALBERTO. No hay razón que te aconseje,  
que en todo vives extraño.  
¡Mas qué propio desengaño  
de fortuna hemos hallado!

CARLOS. ¡Dichoso el que en pobre estado (2)  
huye del mundo el engaño!

(1) Este verso no tiene sentido. Ni estas décimas ni las otras de la comedia son obra de LOPE.

(2) Falta la acotación que diga que sale OTAVIO, de ermitaño. Quizá este verso y el siguiente sean suyos, y por eso dice el DUQUE luego: "Dale limosna", creyendo es un mendigo.

(1) Durán escribió "estés", en lugar de "seas".

(2) En el texto, "padre", por errata.

Dále limosna.  
 ALBERTO. Parece  
 que huye.  
 CARLOS. Llámale.  
 ALBERTO. ¿Hermano?  
*(Sale OTAVIO de ermitaño.)*  
 OTAVIO. Ya vuelvo, que no es en vano (1)  
 la ocasión que se me ofrece.  
 ALBERTO. Tomad limosna.  
 OTAVIO. Enmudece  
 la vida, aunque el fin alcanza  
 de tan injusta mudanza. (2)  
 ALBERTO. Tomad limosna.  
 OTAVIO. Eso no;  
 que no es lo que busco yo  
 limosna, sino venganza.  
 ALBERTO. Otavio aquí se presenta.  
 CARLOS. Al fin, villano, padeces,  
 si no el dolor que mereces,  
 de tus delitos la afrenta.  
 OTAVIO. No es el mal que me atormenta  
 necesidad que publico;  
 mas que adviertas te suplico,  
 aunque enmudezcan tus labios,  
 que quien sirve a sus agravios  
 no puede quedar más rico.  
 Antes quiero que se entienda,  
 y es bien que tú lo permitas,  
 que pues los hijos me quitas  
 no he menester la hacienda.  
 No hallaré bien que pretenda  
 ni mal que darme hallarás,  
 aunque en los bienes que estás  
 y males de mí no ajenos,  
 siempre suelen tener menos  
 los que los merecen más.  
 De una ermita, entre villanos,  
 soy guarda, porque, en rigor,  
 en ella guardo el honor  
 que se libró de tus manos;  
 y no son intentos vanos,  
 pues ya vi desenterrar  
 los huesos, para enseñar,  
 siempre huyendo la ocasión,  
 que de una mala intención  
 los muertos se han de guardar.  
 CARLOS. ¡Que hable con tal libertad!

(1) Este verso indica que, efectivamente, había salido antes.

(2) Versos sin sentido, éste y los anteriores.

ALBERTO. No hay cosa que tanto sobre  
 como libertad en pobre  
 y en rico necesidad.  
 Con pobreza y mucha edad  
 nunca se vió lengua atada.  
 CARLOS. Aquésta (1) vieras cortada  
 si no llegara a saber  
 que en el viejo y la mujer  
 sirve la lengua de espada.  
 ¿Fué bien, si es bien que te aflija,  
 dar como caduco viejo,  
 si no el cordel, el consejo  
 que dió la muerte a tu hija?  
 OTAVIO. ¿Y es bien, por que se corrija  
 de amor el intento injusto  
 contra el pensamiento justo  
 que en mis esperanzas hallo,  
 quitar honor al vasallo  
 por dalle riendas al gusto?  
 Mas no velé yo importuno  
 tan poco entre sus antojos  
 que no tuviese más ojos  
 que el tardo pastor de Juno.  
 Ya mi dolor no es ninguno,  
 pues honra en mí no liviana  
 contra voluntad tirana  
 escuchando otros enojos,  
 el foso hace de mis ojos  
 y del valor barbacana.  
 CARLOS. Del ser de hombre estás ajeno;  
 hablar puedes libremente.  
 OTAVIO. ¡Oh, qué de afrentas consiente  
 un señor cuando no es bueno!  
 CARLOS. No tu libertad condeno,  
 porque te juzgo en estado  
 que vives desesperado.  
 OTAVIO. Más en tu engaño se alcanza,  
 que siempre tiene esperanza  
 el corazón que es honrado. [so!  
 CARLOS. ¡Qué enfadado (2) y qué enfado-  
 Limosna le da (3) y no más.—  
 Váyase.  
 OTAVIO. Mucho me das;  
 al fin, como poderoso,  
 dasme con que ser famoso  
 en esta ocasión que alienta  
 mis pensamientos.

(1) Más bien debiera decir "Aquesa".

(2) Durán enmendó "causado".

(3) Durán corrigió "dela" no sabemos por qué.  
 Quizá quería escribir "dale".



ALBERTO. Intenta  
toma, y recíbelo aparte, (1)  
llevar con que sustentarte.  
OTAVIO. A mí el honor me sustenta.

(Vase OTAVIO.)

CARLOS. Cansóme este mentecato;  
que ya por loco le dejo,  
por desesperado y viejo.  
ALBERTO. ¿Quieres divertirte un rato?  
El tiempo te da barato;  
que entre estos chopos y ramos  
cuyo rumor escuchamos  
he visto una zagaleja  
con quien amor se aconseja. (2)  
¿Gustarás oírla?

CARLOS. Oigamos.

(Sale SERAFINA con un palo, como guardando sus  
ánseres.) (3)

SERAFINA. Decíme: ¿cómo os paráis,  
ondas de cristal, si vais  
adonde espera mi bien?

(1) Así este verso, que no hace sentido.

(2) ¡Qué pobreza de rima y qué mal gusto y  
peor gramática los de estas décimas!

(3) Véase cuán semejante es esta escena a la  
correlativa de *Di mentira*:

“(Sale ROSARDA como pastora, con una honda, ca-  
yado y zurrón.)

REY. ¡Por Dios que me ha suspendido!  
Mas oye, escúchate ahora:  
¿Fué por dicha esta pastora,  
que con zurrón y cayado  
es ahora en este prado  
lo que antes del sol la aurora?

ROSARDA. ¿Gente cortesana aquí?  
¿Quién serán? ¡Válgame Dios!  
¿Si podrán, viéndome así,  
conocerme? Ellos son dos.

REY. ¿Qué he de hacer, triste de mí?  
¿No tiene rostro divino?  
¿No es su talle peregrino?  
¿No es hermosa a toda ley?

ROSARDA. ¡Ay de mí, que éste es el Rey!  
Trocar quiero aquí el camino.

REY. O es ella, o Naturaleza  
de Rosarda y su belleza  
hizo el divino retrato.

ROSARDA. ¡Oh fuerza del tiempo ingrato!

OCTAVIO. Engañase Vuestra Alteza.

REY. No estés, Octavio, cansado;  
que ella es.

OCTAVIO. Si yo la vi  
muerta, como ya he contado,

Anades que en su corriente  
bañaros queréis, teneos,  
que hay alas en mis deseos

REY. ¿he de creer que está aquí  
apacentando el ganado?  
Yo quiero hablarla, y saldrás  
de la duda en que has caído,  
pues tan pertinaz estás.

ROSARDA. Hacia mí el paso han movido.  
¡Triste Rosarda!, ¿qué harás?  
Quiero que conforme al traje  
sea el proceder y lenguaje;  
que con aquesta invención  
haré que la presunción  
que de mí hiciere se ataje.

REY. ¡Ah, pastora!, ten la planta.

ROSARDA. ¿Qué quiere con priesa tanta?

REY. Hablarte.

ROSARDA. Téngase dende,  
y atienda si no lo atiende,  
que las ánades me espanta.

REY. No hayas temor de perdellas;  
oye, sositégate ahora,  
que yo proprio iré por ellas.

ROSARDA. Retírese allá en mal hora;  
que no ha de dar cuenta dellas.

REY. ¿No permitirás hablarte?  
De tu rusticidad me espanto.  
No tienes que recelarte.

ROSARDA. Pues a fe si cojo un canto  
que le he de hacer que se aparte.

REY. ¿Cómo?

ROSARDA. Que lo ahorcará.

REY. ¿Quién?

ROSARDA. El alcalde, mi tío.

REY. Son tus donaires y brío  
cuanto encarecer podrá  
el corto talento mío.  
Si al Rey tienes, yo me abstengo.

ROSARDA. ¡Hola! ¡Arre allá! ¿Yo al Rey?

REY. ¡Malos años para el Rey!

ROSARDA. ¿Qué dijiste?

ROSARDA. A toda ley,  
a lo que dije me atengo.

OCTAVIO. Ved si dudaba yo en balde.

REY. Dirésclo al Rey así.

ROSARDA. Id en buen hora y hablalde;

pero ¿qué se me da a mí?  
buen tío me tengo alcalde.

REY. Hacedme un gusto.

ROSARDA. ¿Y qué es?

REY. Que solamente una mano  
para besarla me des.

ROSARDA. Echas pullas, cortesano,  
que he visto en el tiempo avés  
sopitosos a la he,  
pues aún no os he dado el pie

y pedís que os dé la mano.  
Aún menos sois que villano.

REY. Bella pastora, no sé;  
tu divino resplandor

deslumbró mi entendimiento:

y os hallarán (1) fácilmente.  
(¡Ay, triste! ¿Qué es lo que veo?  
¿No es el Duque?)

ALBERTO. ¡Ah, labradora!

SERAFINA. (Con la turbación ahora  
que estoy bien trocada creo.  
Algún daño se me entabla.  
Pero ¿qué temo?)

CARLOS. (Imagina  
que si ésta no es Serafina  
es un retrato que habla.

ALBERTO. Ello es cosa que me espanta.)  
¿Ah, pastora?, dile algo.

SERAFINA. Desvíese allá, hidalgo,  
que las ánades me espanta.

CARLOS. No hayas temor de perdellas.  
Llégate acá, labradora.

SERAFINA. Desvíese allá en mal hora,  
que no ha de dar cuenta de ellas.

ALBERTO. ¿No permitirás hablarte?  
Llégate tú acá otro tanto.

SERAFINA. Pues a fe, si cojo un canto,  
que yo haga que se aparte.

ALBERTO. A mi honrado pensamiento  
no te muestres tan cruel.

SERAFINA. Con otros mejores que él  
sé tener yo atrevimiento.  
Gritaré si llega al río,  
y caro le costará  
si por dicha viene acá...

ALBERTO. ¿Quién?

SERAFINA. El Alcalde, mi tío.

ALBERTO. Yo entiendo, y no son engaños,  
según tan osada vienes,  
que al Duque en el cuerpo tienes.

dejé guiarme de amor;  
él es ciego, y yo sin tiento;  
de ambos ha sido el error.

ROSARDA. No sé tantas teologías;  
con estas ánsaras mías,  
tan soldemente me entiendo;  
me quillotro yo en oyendo  
cortesanas boberías.

El demoño acá los trajo.  
¿Hanlo tomado a destajo?  
Déjense ya deste enfado.  
¿No miran que mi ganado  
se me va ese río abajo?

REY. Iremos por él los dos;  
no es justo que os canséis vos,  
pues vuestra pena es tan mía,  
que darme muerte podría.  
Zagala, así os guarde Dios,  
por vos muero."

(1) En el texto, "hablarán", por errata.

SERAFINA. ¿Al Duque yo? ¡Malos años!  
ALBERTO. No lo has dicho, a fe, de balde.  
Sabrálo el Duque de mí  
si no...

SERAFINA. ¿Qué se me da a mí?  
Buen tío me tengo alcalde.

ALBERTO. No tienes que tener brío,  
que el Duque te ha de matar.

SERAFINA. No haga sino llegar  
y ahorcaráale mi tío.

CARLOS. Llégate acá, labradora,  
y dime si eres casada.

SERAFINA. Solamente apalabrada;  
no hay otra cosa hasta ahora.

CARLOS. ¿Quiéreste casar conmigo?

SERAFINA. No.

ALBERTO. Resuelto responder.

SERAFINA. Querrás bien a otra mujer  
y andaré a malas contigo.  
Mis gansos quiero seguir.

ALBERTO. Tente.

SERAFINA. ¡Miren qué descansos!  
¿No ven que se van mis gansos?  
Déjenme.

(Vase SERAFINA.)

CARLOS. Déjala ir,  
que pienso que va a esa casa  
o granja. Tras ella vamos.

ALBERTO. Vamos y quien es sepamos,  
que esto de curioso pasa.

CARLOS. ¡Por Dios, que me entretuviera  
algún rato!

ALBERTO. Es peregrina,  
y aunque no sea Serafina,  
por parecerle siquiera,  
la verdad, picado estás.

CARLOS. ¿No ves a quién se parece?

ALBERTO. Ella por sí lo merece,  
y por Serafina más.

CARLOS. Hacia la granja se esconde;  
no la perdamos de vista.

ALBERTO. Fácilmente se conquista  
mujer que escucha y responde.

(Vanse, y salen LEONARDO y SERAFINA.)

LEONARDO. Nunca le hicieron salva  
al día para alegrarle  
las aves, ni a coronarle  
de flores madruga (1) el alba;

(1) Así en el original; parece debiera decir "madrugó"; pero como todo en estas décimas es in-

ni vió su aljófár tan salva (1)  
de otro más puro arrebol,  
ni de su propio crisol,  
dorando montes y señas,  
de entre celajes y peñas  
salió más hermoso el sol  
como este prado y ribera,  
este monte, aquesta cubierta  
de eternas flores cubierta  
adoran su primavera.

(Salen el DUQUE y ALBERTO.)

ALBERTO. (Con un hombre habla; espera,  
sabremos cómo se llama  
y quién es.

CARLOS. Si no es su dama,  
mujer será de un dichoso  
que ya me tiene celoso.

ALBERTO. Con más comodidad ama.) (2)

LEONARDO. Flor divina, hermosa Flor,  
que vienes por verme, ¡ay, Cielos!

SERAFINA. No me traen sino los celos  
de mi prima.

LEONARDO. ¡Vida, amor!,  
¿no se acabó ese (3) rigor?  
¿Ya no pasó ese nublado?

SERAFINA. Supe que cogía en el prado  
flores....

ALBERTO. (Celosa la pinto.)

SERAFINA. Y a guardar vine a Jacinto,  
que es flor de mayor cuidado.

ALBERTO. (Tu dama se llama Flor  
y Jacinto su galán.

CARLOS. ¡Que gozar pueda un gañán  
el bien que estimara Amor!)

LEONARDO. Si se vistió del color  
de mi alma tu deseo,  
¿qué aguardan tus brazos?

CARLOS. (Creo  
que mi sufrimiento calma.)

SERAFINA. Recibe abrazos del alma.

CARLOS. Villanos...

LEONARDO. (¡Ay, Dios!, ¿qué veo?  
¿No es el Duque?

SERAFINA. Amigo, sí,  
que al arroyo le encontré...

LEONARDO. ¿Habló?

SERAFINA. Y aunque le engañé,  
aquí se vino tras mí.)

CARLOS. ¿Está aquí el Alcalde?

LEONARDO. No.

SERAFINA. (Algún mal suceso espero.)

CARLOS. Pues vele a llamar.

LEONARDO. No quiero.

CARLOS. ¿Sabes quién soy?

LEONARDO. ¿Qué sé yo?

¿Mi casa había de dejarle  
para robarla?

CARLOS. En buen hora  
quédese esa labradora  
en guarda y ve tú a llamarle.

LEONARDO. Eso fuera ya peor.  
Entienda este laberinto:  
ni Flor queda sin Jacinto  
ni Jacinto irá sin Flor.

CARLOS. ¡Mátame aquece (1) villano!

LEONARDO. Mal podréis aunque seáis dos.

SERAFINA. ¡Jacinto!—¡Señor, por Dios!

CARLOS. Si tú me tienes la mano  
fácilmente la atarás;  
obligome a tus prisiones.

LEONARDO. Alleguen los fanfarrones,  
verán el (2) que vale más.

SERAFINA. (Vete, amigo, y fía de mí,  
que es ofender mi decoro;  
temo el peligro que lloro  
si te conocen aquí.

Vete, que conmigo quedo  
segura como contigo.

LEONARDO. Yo no a ti ni a mi enemigo,  
mas a mí me tengo miedo.)

ALBERTO. (Buena señal el cuidado  
me parece y la porfía,  
que echarle de aquí quería;  
picóse si te has picado.

CARLOS. Ya no se puede esperar,  
Alberto.

ALBERTO. Cordura ten,  
que amor llevado por bien  
es mucho más de estimar.

CARLOS. Por que a Serafina iguale  
en estado, he imaginado  
de darle su propio estado,  
pues lo mismo puede y vale;  
y así pesar podré hacer

correcto, no se puede decir cómo pudo haberse es-  
crito primero.

(1) Verso sin sentido.

(2) Así en el texto.

(3) Durán, "este".

(1) Durán, "aqueste".

(2) Durán, "verán lo".

a la Duquesa y a Otavio,  
y de mi gusto el agravio  
se vendrá a satisfacer.

ALBERTO. Y aun decir podrás también  
que es ella propia, pues tanto  
le parece, que es espanto.

CARLOS. Has dicho, Alberto, muy bien.  
Yo la pondré en su lugar  
si vale la traza mía.

ALBERTO. Gentil engaño sería.

CARLOS. Procúrame tú ayudar.)

(Salen OTAVIO, BELARDO y DANTEO.)

OTAVIO. (El Duque anda por aquí,  
y es necesario, Belardo,  
que alguna desdicha aguardo,  
remediarlo.

BELARDO. Harélo así.  
Esconderánse. (1)

DANTEO. ¿No adviertes  
que está con ellos?

BELARDO. Gran mal.

OTAVIO. Hoy me da el tiempo señal  
que han de ser una tres muertes.)

SERAFINA. ¿Resuélvete en que nos vamos?

LEONARDO. Y en morir yo me resuelvo.

SERAFINA. Guarden la casa, señores,  
que volveremos muy presto.

CARLOS. ¡Vive Dios, que he de matarle!  
(Tiénele BELARDO.)

BELARDO. Ten, señor.

CARLOS. ¡Viven los Cielos!

LEONARDO. Dejalde llegar, Belardo,  
que yo no le tengo miedo.

BELARDO. Pues tu grandeza, señor,  
¿se ha de poner con un necio  
labrador?

CARLOS. Corrido estoy;  
remediarélo si puedo.

SERAFINA. ¡Qué mucho! ¿Príncipe es?  
Perdóneme.

CARLOS. Hablarte quiero  
y hacerte, Flor, gran señora.

SERAFINA. Señor, páguetelo (2) el Cielo.

CARLOS. Con cuanto dijere yo  
concede.

SERAFINA. Si es mi provecho...

ALBERTO. Es para hacerte señora.

SERAFINA. Poco es menester para ello.

CARLOS. ¿Belardo?

BELARDO. Señor, ¿qué mandas?

CARLOS. Tú, tus criados y deudos  
conceded todos conmigo.

BELARDO. Sin saber qué es, lo concedo.

CARLOS. Pierde del enojo, Otavio.

OTAVIO. Contigo ninguno tengo,  
que eres mi príncipe.

CARLOS. Albricias  
me dad, que bien las merezco;  
que he hallado una joya vuestra,  
y es de inestimable precio.

ALBERTO. Señor, ¿ves este villano,  
Jacinto? El verdugo fiero  
fué de Serafina.

CARLOS. Espera;  
repara tú en lo que ves:  
¿no se parece a Leonardo?

ALBERTO. Jurara yo que es el mismo.

CARLOS. Por que también nos ayude  
avísale qué pretendo,  
pues quiere (1) aquesta villana,  
salir así con mi intento.)  
Otavio, ésta es Serafina;  
yo vuestra hija os entrego.

OTAVIO. (¡Ay de mí! Ya sabe el Duque  
toda la verdad del cuento.

BELARDO. Por eso quiso matar  
a Leonardo.

OTAVIO. (¡Cruel suceso!)  
¿Burlaste, señor, de mí  
cuando la esperanza pierdo?  
Yo la vi muerta.

CARLOS. Fué engaño.

LEONARDO. Hablaré como un jilguero  
y diré cuanto me has dicho  
y lo que yo sé más cierto.

CARLOS. Habla, Serafina.

SERAFINA. Padre,  
tu hija soy.

OTAVIO. No lo creo;  
muerta te vieron mis ojos.

SERAFINA. Libróme piadoso el Cielo.  
Dame esos brazos.

CARLOS. Belardo,  
¿no es la verdad todo esto?  
¿No fué fingida su muerte?

BELARDO. Sí, señor.

ALBERTO. Gracioso cuento.

CARLOS. Pero dígallo el verdugo.

(1) En el texto, por errata, "esconderánse".

(2) Durán, "páguetelo".

(1) En el texto, "quiero".



DANTEO. (Acabóse, aquesto es hecho; todo lo sabe, ¡por Dios!)

LEONARDO. Procedí como discreto. Fingía que daba vueltas con el garrote, y un dedo tuve, por no lastimarla, entre el cordel y el pescuezo.

ALBERTO. (¡Qué bien finge el bellacón!)

SERAFINA. ¿Y yo no hice los efetos de ahorcada? Qué os parece, ¿he andado bien?

CARLOS. Por extremo. (Advierte que esta señora fué una dama.

SERAFINA. Ya lo entiendo: que queréis que yo sea ella sólo porque le parezco.

CARLOS. Y por que mi dama seas.

SERAFINA. Eso es lo que yo no puedo. ¿Queréis llevarme a la corte? No puedo ir, que tengo dueño.

CARLOS. ¿Quién es?

SERAFINA. Jacinto, mi esposo.)

CARLOS. (Deshízose el embeleco,

ALBERTO. ¿Por qué? Cásale con ella y di que es Leonardo, el muerto; que pues le parece tanto será mejor el suceso.

CARLOS. Un marido es cosa recia.

SERAFINA. No será estotro (1) muy recio; que no es de los mal sufridos, y si le hace caballero le serviré la merced yo con su consentimiento.

CARLOS. Dice bien; hágase así, que en dar pesar me he resuelto a Otavio y a la Duquesa.)

SERAFINA. (Mire, señor, oiga atento: ¿parézcome a Serafina?

CARLOS. Eres su retrato mesmo.

SERAFINA. Pues a mí me hace señora, diga en qué la diferencia. Los hombres y las mujeres ¿somos más o somos menos que lo que el príncipe quiere?

ALBERTO. Digo que es divino acuerdo.)

OTAVIO. (¿Qué es esto, amigo Belardo?

BELARDO. Otavio, yo no lo entiendo.

DANTEO. ¿Qué hay que entender? Pues sin los conoció el Duque fiero [duda

y la verdad, temerosos, se la confesaron ellos.)

CARLOS. Belardo, ¿este no es Leonardo?

BELARDO. Sí, señor; Leonardo es, cierto, que yo le curé la herida.

ALBERTO. (A fe que el Alcalde es diestro.)

DANTEO. (Ved si es lo que yo decía.

OTAVIO. Danteo, mis males temo.)

CARLOS. ¿Y tú, villano?

DANTEO. Señor, yo ninguna culpa tengo si le curé por ensalmo.

ALBERTO. (Todos fingen por extremo.)

CARLOS. ¿Leonardo?

LEONARDO. Señor, perdona, que fueron de amor los yerros.

OTAVIO. (Ya no hay bien que esperar pueda.)

CARLOS. (Bien le has instruido, Alberto.)

DANTEO. (Pienso, Belardo, que el diablo nos metió en esto.

BELARDO. Danteo, callar y esperar el fin.)

(Sale LISARDA.)

LISARDA. (Pues está aquí el Duque, hoy quiero que muera esta Serafina y que se acaben mis celos.)

(Sale ELICIO por otra puerta.)

ELICIO. (Hoy sabrá el Duque quién es aqueste Jacinto enjerto, y Flor quedará por mía.)

LISARDA. Sepa, señor...

CARLOS. ¿Qué hay de nuevo?

LISARDA. Que soy Lisarda, sobrina del Alcalde.

CARLOS. Yo lo creo. ¿Qué queréis decir?

LISARDA. Señor, para acaballo de presto, que no es Flor Flor, ni mi prima, sino Serafina, y vengo a decir que aquella muerte fué fingida.

ALBERTO. (Bien, por cierto.)

CARLOS. Ya yo, Lisarda, lo sé.

LISARDA. Que lo castigue pretendo.

ALBERTO. (El Alcalde la ha instruido, que dicen que es muy discreto.)

ELICIO. Yo so Elicio; y secretario del lugar y del Concejo, y como él es el señor,

(1) Durán: "esotro".

no debo guardar secreto:  
este Jacinto es Leonardo.

CARLOS. Ya lo sé.

ELICIO. Trújole, luego  
que le hallamos herido,  
el Alcalde.

CARLOS. Eso es cierto.

ELICIO. Yo lo tengo averiguado  
y le enseñaré el proceso.  
Delito es para ahorcarlo.

ALBERTO. (A propósito vinieron  
estos dos.)

ELICIO. Sí, juro a Dios,  
que es Leonardo.

CARLOS. Yo lo creo.  
(Con buena gente encontramos.

ALBERTO. Todos parecen maestros  
de mentir.)

LEONARDO. ¡Mi Serafina!

SERAFINA. ¡Mi Leonardo!

ELICIO. Estos requiebros  
¿puedes soportar, señor?

LISARDA. Señor, ¿que pasas por eso?

CARLOS. Otavio, todo mi enojo  
se acabó, y a vuestro yerno  
Leonardo y a vuestra hija (1)  
les hago merced y ofrezco  
vuestros lugares y hacienda.

OTAVIO. Yo la sentencia obedezco.

CARLOS. Yo quiero ser su padrino.

OTAVIO. Todo me parece sueño.

CARLOS. Mucho hago, Serafina.

SERAFINA. No es poco lo que te debo.

OTAVIO. La Duquesa, mi señora.

(Salen MARCELA, OTÓN y MILÁN.)

CARLOS. Llegáis, señora, a buen tiempo,  
que Serafina y Leonardo,  
que ya juzgaron por muertos,  
vivos están y se casan,  
a quien yo merced he hecho  
de los lugares de Otavio.

MARCELA. ¿Vivos están?

CARLOS. Y os prometo  
que me he holgado en el alma.  
Soy su padrino.

MILÁN. En efeto,  
vive (2) Leonardo, mi amo.

CARLOS. Eso es, sin duda.

MILÁN. Y quedo  
libre de la confesión  
a que me obligó el tormento,  
y tú obligado, señor,  
a darme para el sustento,  
pues no lo puedo ganar,  
manco de todos los dedos.

CARLOS. Doite docientos ducados  
de renta.

MILÁN. Vivas eternos  
años.

CARLOS. ¿Cómo le soltaste?

MARCELA. Yo le hice quitar los hierros  
porque le hallé llorando. [sos? (1)]

MILÁN. ¿Nunca han de cantar los pre-

MARCELA. (¿Qué invención nueva es aquésta?  
Que vive Leonardo pienso;  
mas Serafina, no hay duda  
sino que murió.) Pues llego  
a tiempo, seré madrina  
con vos; mas con juramento  
que no han de entrar en la corte.

LEONARDO. Así lo juro y prometo,  
que desde aquí a mis lugares  
no me detenga.

ALBERTO. No es bueno  
el juramento.

CARLOS. Jacinto...

LEONARDO. Leonardo soy, y he propuesto  
lo que cumpliré mañana.

CARLOS. ¡Villano, infame, grosero!

LEONARDO. Trátame bien, que soy noble.

MARCELA. ¿Cómo, señor? Pues ¿qué es esto?

CARLOS. Sabed, señora, que es burla  
y que se deshaga quiero;  
porque son pobres villanos  
de este campo y de este pueblo.—  
Belardo, di la verdad.

BELARDO. Yo, señor, nunca te miento.

CARLOS. Ya no hay burla.

BELARDO. Verdad digo.

CARLOS. Di lo que pasa, Danteo.  
Elicio y Lisarda, decid  
la verdad.

ELICIO. Dicho la habemos,  
que no hemos de desmentirnos.

CARLOS. ¿Hay tan notable suceso?  
Todos vienen conjurados.

(1) Por errata, en el texto, "vuestro hijo".

(2) Durán conservó la errata, escribiendo  
"vivo".

(1) Más propio parece que dijera:

"¿Siempre han de cantar los presos?"

ALBERTO. Mas si aquesto fuese cierto...

CARLOS. Otavio, ¿no son tus hijos?

OTAVIO. Yo por mis hijos los tengo,  
en cuya fe doy mis brazos  
para coronar sus cuellos,  
No quieras, señor, quitarme  
lo que me concede el Cielo.

CARLOS. Que no lo son.

OTAVIO. No lo sean;  
yo estoy contento con ellos.

LEONARDO. *El engaño en la verdad*  
es cuanto has dicho y has hecho.  
Ya nos tienes perdonados.

MARCELA. Todo el caso comprehendo.  
Vos os hicisteis la burla.

CARLOS. ¡Vive Dios, que pierdo el seso!  
Alberto, ¿qué he de hacer?

ALBERTO. ¿Qué? Perdonarlos de nuevo  
y que se vayan con Dios.

MARCELA. Saber el modo deseo  
cómo vivió Serafina.

CARLOS. Eso después lo sabremos;  
y ahora a la corte vamos,  
donde se casen.

LEONARDO. No pienso  
entrar en ella.

DANTEO. Ni yo,  
si os casáis, os lo aconsejo.

MARCELA. En este lugar se harán  
las bodas, con presupuesto  
que se han de ausentar mañana.

OTAVIO. Eso es lo que pretendemos.

MARCELA. También a Otón, señor.

CARLOS. Yo  
le perdono.

OTÓN. Tus pies beso.

ELICIO. ¿Qué hemos de hacer, Lisarda?

LISARDA. Elicio, que nos casemos;  
que, a más no poder, a un calvo  
se suele tomar por dueño.

DANTEO. Ea, Belardo, prevenid  
las fiestas, bailes y juegos,  
que son de marca mayor  
las bodas y (1) los enredos.

MILÁN. Todos le van a hacer fiestas  
al lugar de mis tormentos.

BELARDO. Animo habrá para todo.  
Vamos, y acabad con esto  
*El engaño en la verdad.*

LEONARDO. Mañana también la haremos.

FIN

---

(1) Durán: "las bodas y aun los enredos".

# COMEDIA FAMOSA

DE

## EN LOS INDICIOS, LA CULPA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO (1)

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES: (2)

DON JUAN DE TOLEDO.	DON LUIS.	CELIO.
DOÑA CLARA DE ARELLANO.	Un MÚSICO.	GUZMÁN.
DOÑA INÉS DE VÍBERO.	GONZALO.	[CAMPUZANO.] (4)
DON FELIPE (3) DE ARAGÓN.	TEODORA, criada.	

### ACTO PRIMERO (5)

DE LA FAMOSA COMEDIA DE *En los indicios, la culpa.*

(Salen DON LUIS y GUZMÁN.) (6)

D. LUIS. En diciendo que es mi gusto,  
¿qué te queda que argüir?

GUZMÁN. Nada, en llegando a decir  
que es tuyo; pero es injusto,  
y se puede reprobear,  
porque un alma distraída  
con una fe de por vida  
y una esperanza al quitar  
no sólo das que decir;  
mas puedes dar que temer.  
¿Qué quieres de una mujer  
que aún no te ha querido abrir  
de la más alta ventana  
el más pequeño resquicio  
para dar siquiera indicio  
de que admite más humana,  
estos días que has rondado,  
las noches que has asistido,

(1) En B faltan estas palabras.

(2) En ídem dice: "Las personas que tiene." Por no repetir, entiéndase que todas las demás variantes lo son de este texto.

(3) Dice "Don Filipe".

(4) El orden de los personajes varía en esta forma: "Don Luis, Don Juan, Don Felipe, doña Clara, Doña Inés, Teodora, Gonzalo, Guzmán, Campuzano, Celio, Un Músico."

(5) "JORNADA PRIMERA."

(6) "Su criado."

los desvelos que has tenido  
y las músicas que has dado?  
Corrida está el alba fría  
de habernos hallado aquí  
tantas mañanas a ti  
sujeto a una tiranía,  
y a mí tan dado a un desvelo  
eterno, por dependencia  
de tu amor y mi violencia,  
sin méritos para el Cielo. (1)  
Amar lo que puede ser  
posible en el alcanzar,  
vaya; que, al fin, es amar  
lo que se ha de poseer.  
Pero querer infundir  
alma en una piedra dura,  
no es amor, sino locura  
opuesta a buen discurrir. (2)  
Doña Clara de Arellano  
espera a (3) su esposo ausente,  
tan valeroso y prudente,  
que te has de cansar en vano  
y no has de poder sacar  
más que el (4) arrepentimiento  
de este (5) malogrado intento.

D. LUIS. Pues saque o no, en porfiar  
he de fundar mi esperanza,

(1) Faltan los 12 versos anteriores.

(2) Faltan estos cuatro versos que anteceden.

(3) En A falta la preposición.

(4) "del".

(5) "tu".



que siempre el desconfiado  
pierde, por considerado,  
lo que el confiado alcanza.  
¡Vive el Cielo! que hasta ver  
estas piedras reducidas,  
estas (1) paredes perdidas  
y rendida esta mujer,  
que tengo de porfiar,  
perseverar y asistir,  
sólo a fin de reducir  
con la fe del esperar.

¿Qué murallas diamantinas  
tengo (2) sitiadas yo,  
de quien el tiempo admiró  
las invencibles ruínas?  
¿A qué valiente Anibal  
contra su patria conspiró?  
¿A qué Cipión retiro  
para hacerme yo inmortal?  
Doña Clara ¿no es mujer?

GUZMÁN. ¿Quién puede en eso dudar?  
D. LUIS. Pues déjame conquistar  
si me quieres ver vencer.

(*Cantan dentro.*) (3)

GUZMÁN. Esta voz conozco yo.

D. LUIS. Y yo también. Llamalle (4) aquí,  
y dirá un tono por mí.

GUZMÁN. (Necio es el que pretendió  
comprar con gracias ajenas  
el alivio de sus males,  
pues nunca fueron iguales  
con el remedio las penas.  
Bien le quisiera apartar  
de esta loca pretensión;  
pero sirvo, y es razón  
obedecer y callar.)

(*Entra GUZMÁN, y sale por otra parte el MÚ-  
SICO.*) (5)

D. LUIS. Siempre la música advierte  
y altera los corazones,  
y he de ver si mis pasiones  
las alivio de esta suerte. (6)

MÚSICO. Serviros en todo debo.

D. LUIS. Sólo que me perdonéis

os suplico, y que cantéis  
un tono amoroso y nuevo.

(*Cante lo que quisiere el MÚSICO.* (1) *Sale GUZMÁN.*)

GUZMÁN. Una ventana han abierto.

D. LUIS. Un alma quisiera darte.

GUZMÁN. Eso fuera anticiparte  
en dar sin dar lo cierto,  
porque hasta agora, señor,  
no podemos discurrir  
si es la intención del abrir  
por desdén o por favor. (2)  
MÚSICO. ¿Irá otro tono?

D. LUIS. El intento  
está conseguido ya,  
y este diamante será  
parte de agradecimiento.

MÚSICO. Mil años sin un disgusto  
vivas contento en tu amor. (3)  
(Linda cosa es ser cantor  
de la capilla del gusto.)

(*Vase el MÚSICO, y sale DOÑA CLARA a la ventana.*)

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Señor don Luis?

D. LUIS. ¿Quién llama?

GUZMÁN. (¿Es ella?)

D. LUIS. Pienso que sí.  
Hoy ha de cantar por mí  
gozosos triunfos la fama.)  
¿Quién es?

D.<sup>a</sup> CLARA. Más cerca os llegad,  
que importa que solo vos  
me escuchéis.

D. LUIS. (Gracias a Dios  
que venció mi voluntad,  
siendo yo el dichoso aquí. (4)  
¡Vitoria, por mi esperanza! (5)  
Tras tanta desconfianza,  
¿tanto bien? ¡Estoy sin mí!)  
Ya, señora, me tenéis  
cerca del cielo en que estáis;  
y si como me llamáis  
para vuestro me escogéis,  
con causa decir podré  
que el tardar vuestros favores  
sólo ha sido hacer mayores  
los méritos de mi fe.

(1) "esas".

(2) "al fin".

(3) "un Músico".

(4) "Traile".

(5) "Vase y sale el Músico por otra puerta."

(6) Los cuatro versos anteriores faltan en A.

(1) "Canta el Músico lo que quiere y sale GUZ-  
MÁN."

(2) "amor".

(3) "vivas dichoso en tu amor".

(4) "así".

(5) "¡Vitoria que es m. e."

Y así, con el alma os pido el premio de este cuidado, más por lo que habéis tardado que por lo que he padecido. (1)

D.<sup>a</sup> CLARA. Señor don Luis, sabida vuestra fe, estoy obligada de vos, que, al ser estimada, debo ser agradecida; pero es bien tener amor a mi ser propio, y no es justo que corresponda a mi gusto y me olvide de mi honor. Doś meses ha justamente que se fué mi ausente esposo, y vos, libre y deseoso, solícito y diligente, con músicas y recados, con billetes y paseos, aumentáis vuestros deseos y acrecentáis (2) mis cuidados. Pero por que no os quejéis y digáis que os he tenido en vuestro amor divertido, quiero que os desengañéis; y en esto podré premiaros, porque el bien que puedo (3) haciendo imposible quereros, [ros, es sólo desengañaros. Yo soy mujer principal, estimo el ser que he tenido, tengo amor a mi marido, siento bien, escucho mal, y así, con resolución os pido y suplico aquí que no os inquietéis por mí ni perturbéis mi opinión; porque más fácil sería hallar que tengan sosiego juntos el agua y el fuego, un ser la noche y el día, igualdad en el obrar la razón y la fortuna, los efetos de la luna firmeza y razón (4) el mar, que esperar de mí un favor en que pueda anteponer

- (1) Faltan en A los cuatro versos anteriores.  
 (2) "aún aumentáis".  
 (3) "pienso".  
 (4) "quietud".

mi atrevimiento a mi ser y vuestro intento a mi honor.

D. LUIS. Esperad.

D.<sup>a</sup> CLARA. Fuera esperar (1) que no os quiero persuadir, si, saliendo a despedir, me detuviese a escuchar.

(Vase.)

D. LUIS. ¿Señora?

GUZMÁN. Fuése y cerró. Breve y compendiosamente te ha despedido.

D. LUIS. ¡Impaciente queda el alma, y muerto yo! ¿Que cerró y se fué, Guzmán?

GUZMÁN. Sí, señor; cerró y se fué.

D. LUIS. Pues ¿con qué premia una (2) fe? ¿Con quien esperando están mis inquietos pensamientos el premio que han merecido?

GUZMÁN. Con haberse despedido de sus rebeldes intentos. Esta mujer es, señor, invencible, y ha pagado con haber desengañado los desvelos de tu amor. Y pues de tu parte has hecho cuanto puedes, y es tu amigo su esposo, y para contigo puedes estar satisfecho de que no te quedan ya más diligencias que hacer, que dejes esta mujer te suplico.

D. LUIS. Antes verá (3) esta máquina estrellada, transparente vidriera (4) el sol, deshecho en su esfera en otra región helada, que yo deje de asistir, de persuadir y rogar, hasta ver si es el obrar diferente que el (5) decir.

GUZMÁN. Pues si ella resueltamente te ha despedido, ¿qué esperas?

- (1) "mostrar", lección preferible.  
 (2) "mi".  
 (3) En A, "verás", que no rima.  
 (4) Falta en A este verso, y en su lugar dice: "como hay carros de cera".  
 (5) "del".

D. LUIS. Cortísimo amante fueras,  
y aun pienso que impertinente.  
Acometer y esperar  
es la mayor valentía;  
que quien bien ama, porfía  
hasta morir o alcanzar;  
y en mí hago la experiencia,  
porque juzgado en rigor  
es como rayo mi amor,  
que hiere en la resistencia.

(Sale CAMPUZANO, escudero (1), con tocador y linterna.)

CAMPUZ. Pues el serenito es bueno  
para una salud escasa:  
las dos sienes me traspasa,  
como si fuera barreno.  
Que (2) hubo de darle a deshora  
este accidente; yo fío,  
según tiene el pulso frío,  
que no vive mi señora  
hora y media; no. (3) en verdad,  
y yo vengo sin sentido,  
o pienso que me he perdido  
con la mucha oscuridad;  
y es española arrogancia,  
para tales ocasiones,  
el no usarse lamparones  
en las calles, como en Francia.  
Lucifer es quien gobierna  
estos lances; pienso yo  
que en aire se transformó  
por soplarle la linterna.  
Una taberna ha de haber  
hacia esta parte de aquí,  
que la sed me hizo a mí  
reparar en ella ayer.  
Esta ha de ser una esquina,  
y ésta una tienda; ésta es  
la ventana: una, dos, tres.  
Dios, por su bondad divina,  
la puerta me deje hallar.  
¡Lindamente me han pescado!  
¡Aquí muero capeado,  
sin podello remediar!

GUZMÁN. (Quedo, que un hombre anda aquí  
tentando por las paredes.

D. LUIS. Traspíes serán, y tú puedes  
recogello.)

GUZMÁN. ¿Quién va?

CAMPUZ. ¿A mí  
es esto?

GUZMÁN. ¿Quién va?

CAMPUZ. No sé.

La capa es mala, en verdad,  
pero no la voluntad  
de servir a vuesancé.  
Tres años ha que costó,  
de un negro en el baratillo,  
once reales y un cuartillo,  
y fui el engañado yo.  
(Apocarla me conviene.)

GUZMÁN. (El hombre es loco, señor,  
o gasta extremado humor.  
Por capeadores nos tiene.

D. LUIS. Hay tantos en el lugar,  
que no me espanto.) ¿Quién es?

CAMPUZ. ¡Ah, quién tuviera los pies  
de un mozo para volar!) (1) -  
Ella está como un harnero,  
y su mayor calidad  
fué servir la navidad  
de tapar un agujero.

D. LUIS. En efeto: ¿somos ya  
para con vos capeadores?

CAMPUZ. ¡No lo quiera Dios, señores!

D. LUIS. No os turbéis, que no querrá.  
¿Qué buscáis tan a deshora  
por aquí?

CAMPUZ. Soy escudero  
de doña Inés de Vivero,  
y muérese mi señora,  
y como es su prima hermana  
doña Clara de Arellano,  
busco su casa.

D. LUIS. (¡Tirano,  
monstruo en crueldad, tigre hirca-  
hoy de vos (2) me vengaré!) [na,  
Esta casa que miráis  
enfrente es la que buscáis.

CAMPUZ. Guarde Dios a vuesancé. (3)

D. LUIS. (A las manos me ha venido  
la ocasión que he deseado.

(1) "vejete".

(2) "Y".

(3) "media noche, en verdad".

(1) "arrancar".

(2) "tí".

(3) "vuesarcé".

¡Mi amor has de ver premiado  
y este imposible vencido! (1)

GUZMÁN. Llamando está.

D. LUIS. Golpes son  
estos que a la puerta da  
en que ya cifrado (2) está  
el fin de mi pretensión.

GUZMÁN. ¿Qué intentas?

D. LUIS. Gozar pretendo,  
arrojado y atrevido,  
lo que por bien no he podido.

GUZMÁN. Sólo mira...

D. LUIS. Yo me entiendo.)

CAMPUZ. ¡Abran esta puerta aquí,  
o diré... Mas soy cristiano,  
¡téngame Dios de su mano!

(Responde (3) de dentro TEODORA, y sale DOÑA  
CLARA a la ventana, alborotada.)

TEODORA. ¿Quién llama? ¿Quién está ahí?

D.<sup>a</sup> CLARA. Apártate.—¡Aquesto pasa  
de sobra de atrevimiento,  
y es culpa en mí si consiento  
que me alboroten mi casa!  
Nunca pensé que el amor  
tocara en descortesía.

CAMPUZ. Para la embajada mía.  
en este gentil humor.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Quién es?

CAMPUZ. Campuzano soy.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿A qué vienes a tal hora?

CAMPUZ. A decir que mi señora  
se muere.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Ay de mí! ¡Ya voy!  
(Cierre.) (4)

D. LUIS. Ea, Guzmán; esto es hecho.  
Ella sale, y he de ver  
si rindo con mi poder  
la dureza de su pecho.  
Muchos pierden la ocasión,  
Guzmán, por su cobardía.

GUZMÁN. Y muchos, por su osadía,  
pierden también su opinión.  
Mil ejemplos te trujera  
de mujeres resistidas,  
que han cortado (5) muchas vidas,

si la tuya no estuviera  
tan resuelta en este error... (1)

D. LUIS. Sólo vengo acompañado  
de ti por ser mi criado,  
pero no mi consultor.  
En esto he de hacer mi gusto.

GUZMÁN. Y en todo puedes creer  
que tengo de obedecer,  
aunque diga que no es justo;  
que bien sé que el agradar, (2)  
con merecer y sufrir,  
consiste en el advertir,  
pero no en el reprobar.

D. LUIS. Déjame errar, que ya sé  
lo que me has aconsejado,  
y en todo estás (3) disculpado.

GUZMÁN. Pues con eso, callaré.

(Salen DOÑA CLARA y TEODORA.)

D.<sup>a</sup> CLARA. Cierra volando esa puerta,  
Teodora.—¿Tan mala está?

CAMPUZ. Según la dejé, será  
milagro que no esté muerta.  
¡Téngala Dios en su gloria,  
que ya tenía quebrado  
un ojo, y habrá pasado  
de esta vida transitoria!

TEODORA. Harto moderáis (4) la gracia  
que en el lenguaje tenéis,  
también con eso podéis  
decir tristura y falacia. (5)

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Cerraste?

TEODORA. Señora, sí.

D. LUIS. Esto, Guzmán, se ha de hacer.

GUZMÁN. Antes soy de parecer  
que no la embistáis aquí,  
que también hace su parte  
el cuidado con que va,  
y cuando vuelva podrá  
con más quietud escucharte.

D. LUIS. Puedo perder la ocasión  
si esta noche se resuelve  
a quedarse allá y no vuelve;  
pero háceme (6) tu razón

(1) "amor".

(2) En A, "agrauar", por errata.

(3) "estoy".

(4) "moderna es", en ambos textos.

(5) En A, por errata, dice:

"decir tris, tara y solacia".

(6) "hace".

(1) En A, "y es imposible".

(2) En A, "confiado", que parece peor lectura.

(3) "Habla".

(4) "Entrase".

(5) "costado".



fuerza para (1) hacerlo así;  
sus pasos siguiendo iré  
y a que salga esperaré.

GUZMÁN. Y yo a que vuelvas en ti.

(*Vanse, y salen DON JUAN, DON FELIPE y GONZALO, gracioso, (2) de camino.*)

D. JUAN. Cuando en mi casa no hubiera bastante capacidad, es tanta mi voluntad, que en otra que no lo fuera también os aposentara; que a quien su casa me dió la mía le debo yo.

D. FELIPE. Esa merced aceptara a no haber hecho tener posada ya prevenida.

D. JUAN. Es ofensa conocida, y me pudiera correr si de vos imaginara que habláis de veras conmigo en esto, siendo mi amigo. ¡Por vida de doña Clara! que habemos de entrar los dos.

D. FELIPE. Mirad...

D. JUAN. No hay que resistir; si no entráis, me tengo de ir a la posada con vos.

D. FELIPE. ¿Qué prevención puede haber tan tarde?

D. JUAN. Si conocierais (3) a doña Clara, creyerais (3) lo que dudáis. Es mujer que desde el punto y la hora que recibió carta mía en que dije que venía con un huésped (4) hasta ahora, habrá estado tanteando de las horas los momentos, con todos sus pensamientos, previniendo y esperando. Apenas habré tocado a esta puerta cuando esté (5) a la ventana...

D. FELIPE. Esta fe acrecienta en (6) vuestro estado la dicha que habéis tenido;

(1) "y he de".

(2) Falta esta palabra.

(3) En los textos, "conociera" y "creyera".

(4) "güésped".

(5) Falta este verso en el manuscrito.

(6) En A, "acredita vuestro e".

que una mujer cuidadosa es, siendo noble y hermosa, el alma de su marido, y así, obedezco.

D. JUAN.

Y yo llamo.

(*Llama DON JUAN.*)

GONZALO. (Bailo de puro placer. ¡Linda vida he de tener siendo aquí huésped mi amo! A verte tripa rellena, que pocas veces ha sido, limitado y encogido el gasto de casa ajena. ¡Por Dios, que es mucho llamar para haber encarecido el cuidado que ha tenido doña Clara en esperar! A esotra puerta, a fe mía, que lo duermen lindamente a honra y gloria del ausente. No diré esta boca es mía; pero pienso en mi conciencia que un hospedaje me han dado tan fino, que es golpeado como raja de Florencia. Los antípodas pudieran oír los golpes que da si el sol no estuviera allá y descuidados durmieran.)

D. JUAN. No es posible que haya gente en esta casa. ¡Ay de mí!

DENTRO (1) ¿Quién llama? ¿Quién está ahí?

GONZALO. De esa otra casa de enfrente han respondido.

D. JUAN. ¿Qué haré?  
¿Qué pensamiento he de hallar que me pueda disculpar en mi mal fundada fe?  
¿Ausente de su marido, falta de su casa ahora una mujer? ¡Ah, traidora! No es posible; hanse dormido.

(*Llama.*)

DENTRO. Hidalgo, si es canteleta, váyase y créame a mí (2).

GONZALO. ¿Quién te mete en eso a ti?

DENTRO. ¡Hola! ¡Dame una escopeta!

D. JUAN. ¿Quién vió pena tan confusa?

GONZALO. Nuestro hospedaje imagino que ha pensado este vecino

(1) En A, "*Dentro CELIO.*"

(2) "Hidalgos — váyanse — créanme".

que está dentro de la inclusa.  
Su escopeta está pidiendo.  
¡Sabroso fin de jornada!  
Otra *qui volta* (1) no es nada,  
que al alba irán respondiendo. (2)

D. FELIPE. ¿Quieres, bárbaro hablador,  
que los dientes te deshaga  
con el pomo de esta daga  
en la boca?

GONZALO. No, señor,  
que sería yo el primero  
que esto en el mundo ha querido.

D. FELIPE. Pues calla.

GONZALO. Estoy afligido  
de vernos sin cama.

D. JUAN. (Hoy muero  
en la mayor confusión  
que puede un hombre tener.  
Honor, ¿qué habemos de hacer  
los dos en esta ocasión?  
Afrentado estoy de suerte  
que quisiera haber llamado,  
en estos golpes que he dado,  
a las puertas de la muerte.)  
¿Dónde hablaron?

GONZALO. Aquí fué.  
Pero llega con cuidado,  
advertido y recatado,  
que hay escopeta.

D. JUAN. Sí haré.

(Sale CELIO.)

CELIO. Digo que yo no me puedo  
engañar. Don Juan habló.—  
¿Quién llama a esa puerta?

D. JUAN. Yo.

CELIO. ¿Quién es?

D. JUAN. Don Juan de Toledo.

CELIO. Vos seáis tan bien venido  
como habéis sido esperado.

D. JUAN. Y vos, Celio, bien hallado.  
Hanse en mi casa dormido  
y es fuerza llamar así;  
perdone la vecindad.

CELIO. Está la dificultad  
en que imagino...

D. JUAN. (¡Ay de mí!)

CELIO. Que debe de haber salido  
mi señora doña Clara,

porque antes que os escuchara  
oí también el ruido  
de otro que llamaba apriesa  
y a voces, señor, decía  
que su prima se moría,  
que aun de decillo me pesa. (1)  
(¡Villana imaginación  
de haber ofendido en ti (2)  
su opinión! ¡Nunca sentí  
alterado el corazón!)  
Traigo un huésped, y querría  
ir a traerla.

CELIO. Iré yo

con vos, que ya se mudó  
de la casa en que vivía.

D. JUAN. Por eso es fuerza aceptar  
la merced que me ofrecéis,  
que sin vos, que la sabéis,  
será imposible acertar.

CELIO. Vamos.

D. JUAN. Esperadme aquí,  
que luego al momento vuelvo.

D. FELIPE. A obedecer me resuelvo.

D. JUAN. (Ya, con esto, vuelvo (3) en mí.)

(Vanse.)

GONZALO. ¡Buenos habemos andado! (4)  
Caminante grulla soy;  
cuando otros duermen, yo estoy  
vigilante y desvelado.  
Que duerman en tiempos tales,  
a sueño tendido y largo,  
los que tienen a su cargo  
las sisas y rentas reales;  
que duerman los majaderos  
que han prestado sus haciendas  
con palabras y sin prendas  
a señores escuderos,  
y no yo, que no he prestado  
ni tengo rentas del Rey...  
¡Por el pacífico buey  
del Nacimiento!

D. FELIPE. Fundado  
estás siempre en el dormir  
y el comer.

GONZALO. Pues ¿qué he de hacer,

(1) "bolsa".

(2) "habrán respondido".

(1) Falta en A este verso.

(2) "ansí".

(3) "he vuelto".

(4) "quedado".

si en el dormir y el comer  
está fundado el vivir?

D. FELIPE. ¿Con qué pudieras ahora  
divertirte?

GONZALO. Con estar  
en las camas del lugar  
repartido sola una hora.  
No me hartara de reír  
de ver, aunque fuera a oscuras,  
la variedad de figuras  
que se juntan a dormir.  
¡Qué de dientes escupidos  
debajo las almohadas;  
qué de cabezas peladas  
que se quitan sus (1) vestidos  
para volarse (2) mejor;  
qué de maridos viciosos, (3)  
con los cuerpos deseosos  
y las almas sin amor!

D. FELIPE. El casamiento, Gonzalo,  
tiene mucho de enfadoso.

GONZALO. El ser en esto forzoso (4)  
es lo que tiene de malo.  
No hay tormento en el infierno  
como una mujer celosa,  
muy pagada y amorosa,  
con "vuélvete acá" (5) muy tierno.

D. FELIPE. No volverse.

GONZALO. Si bastara,  
bueno es; mas hay mujer  
revestida en Lucifer  
si no le vuelven la cara.

D. FELIPE. Pues ¡por Dios, que será enfado!

GONZALO. No, mas de enfado no son  
los martirios del Japón  
como el de un hombre casado.

D. FELIPE. ¿Qué remedio, dime, habría  
para poder trampear  
tal disgusto y apelar  
a la primer luz del día  
un desdichado marido? (6)

GONZALO. Refñir sólo al desnudarse  
y sólo desenojarse  
después de haberse vestido.

D. FELIPE. ¿Cómo te parece a ti  
que en una cama estarán

dos que igualmente se están  
aborreciendo hasta allí?

GONZALO. Tendrán los cuerpos iguales  
y en distintas almohadas  
las cabezas apartadas,  
como águilas imperiales.  
Ser buho es mucho mejor  
un hombre, que amanecer  
al lado de una mujer  
muy fea y con tocador.

D. FELIPE. Gente viene.

GONZALO. Aquí tendremos  
su poquitico de ronda.

¿Quieres, señor, que me esconda?

D. FELIPE. Pues nosotros ¿qué debemos  
para que te escondas?

GONZALO. Nada.

Pero hay ronda criminal  
que hace culpa original  
el traer un hombre espada.

D. FELIPE. Eso es cuando arrendaban  
las varas, porque solían,  
si el número no cumplían,  
desquitar lo que pagaban.

GONZALO. Mujeres son.

D. FELIPE. Pues será  
doña Clara.

GONZALO. Así lo creo.

D. FELIPE. Espérate, que no veo  
a don Juan.

(Salen DOÑA CLARA, TEODORA, CAMPUZANO, DON LUIS  
y GUZMÁN.)

D.<sup>a</sup> CLARA. Bien podéis ya  
volveros vos desde aquí.

CAMPUZ. Guarde Dios a vuesancé. (1)

D. LUIS. (Ya el escudero se fué,  
Guzmán.

GUZMÁN. Pues ahora sí  
que podrás llegar mejor.)

D.<sup>a</sup> CLARA. Abre, Teodora.

D. LUIS. Detente.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Quién eres, hombre?

D. LUIS. Quien siente  
tu desdén y tu rigor.  
Un amante aborrecido (2)  
soy, sin causa (3) despreciado;

(1) "los".

(2) "volverse".

(3) "briosos".

(4) "el ser esto en él forzoso".

(5) En A falta el "muy".

(6) En A dice GONZALO este verso.

(1) "vuesarcé", y así en los demás casos.

(2) "agradecido".

(3) "culpa".

un deseoso olvidado  
y un cuidadoso ofendido;  
y soy quien, cansado ya  
de amar y de padecer,  
me he venido a resolver.

D.<sup>a</sup> CLARA. Mira...

D. LUIS. De mi parte está  
la ocasión.

D.<sup>a</sup> CLARA. Y en mí el honor;  
que con causa se han opuesto (1)  
a ese intento descompuesto  
mi virtud y mi valor.  
Y si en fe te has atrevido  
de que está mi esposo ausente,  
siempre vive en mí presente  
para no ser ofendido;  
y si de algo está corrida  
el alma, es sólo de ver  
que no tiene que perder  
por su honor más que una vida.  
Porque cuando yo tuviera  
más que arenas tiene el mar,  
las supiera aventurar  
y ofenderle no supiera;  
y en culpas tan defendidas,  
siendo tus ojos jüeces,  
muriendo infinitas veces  
lograré infinitas vidas.

D. LUIS. De la razón te enajenas.

D.<sup>a</sup> CLARA. Pues ¿qué pretendes?

D. LUIS. Entrar  
en tu casa y granjear  
el galardón de mis penas.

D.<sup>a</sup> CLARA. No abras, Teodora.—Advierte  
que dentro tiene mi esposo  
armas suyas, y es forzoso  
que en ellas veas tu muerte.

D. LUIS. Yo he de entrar, esto ha de ser.

D.<sup>a</sup> CLARA. Sólo mira que ha de estar  
en tu gusto el intentar  
y en el mío el ofender.  
¡Vive Dios, injusto amante,  
falso, alevoso, enemigo,  
que has de ver en tu castigo  
mi enojo siempre constante!

D. LUIS. Mi intención ya es declarada;

perdonad, porque, en rigor,  
soy amante con amor.

D.<sup>a</sup> CLARA. Yo mujer determinada.

D. LUIS. Abre esa puerta, Teodora.

TEODORA. Primero me verás muerta  
que abierta por mí la puerta  
sin gusto de mi señora.

(Llega DON FELIPE.)

D. FELIPE. ¿No hay justicia?—Caballero,  
dos palabras, si gustáis,  
os suplico que me oigáis;  
porque, aunque soy forastero,  
la ofensa de una mujer  
ha de obligar igualmente  
al que se hallare presente  
y al que la llega a querer. (1)  
Cuanto habéis dicho he oído,  
y aunque nace vuestra culpa  
de vuestro amor, la disculpa  
de un pensamiento atrevido  
nunca fué bien recibida.  
En tales casos yo os ruego  
que mostréis con más sosiego  
la intención menos vencida;  
que si con no porfiar  
no quedáis muy satisfecho,  
os queda mayor (2) derecho  
para mejor obligar.

D. LUIS. Forastero, o ciudadano,  
o lo que sois, id con Dios,  
que habrá también para vos.

GONZALO. Caritativa es la mano.

D. LUIS. Lo que hasta aquí fué vencer (3)  
será agora castigar  
si no es vais sin replicar.

D. FELIPE. Eso es lo que quiero ver.

D. LUIS. Escúchame y lo sabrás... (4)

D. FELIPE. Ya es tarde, no escucho nada,  
que nunca saco la espada  
para sacalla no más.

GONZALO. Huye, fámulo, que ya  
toca a recoger tu amo.

(Riñen, y vase retirando (5) DON LUIS.)

(1) "D.<sup>a</sup> CL. ... Y de la mía,  
villano, mi propio honor;  
y con causa se han opuesto";

donde se añade un verso que no es necesario.

(1) Así en el original: quizá deba leerse "entender".

(2) "mejor".

(3) No parece propio de este verbo.

(4) "Escucha y de mí sabrás..."

(5) "retírase".



GUZMÁN. Escucha.

GONZALO. Antuvión me llamo,  
y nadie seguro está  
de un lacayo que no duerme.

(*Entranse acuchillando. GONZALO tras GUZMÁN, y  
DON FELIPE tras DON LUIS.*) (1)

D.<sup>a</sup> CLARA. Este hombre sin duda ha sido  
algún ángel que ha venido  
desde el Cielo a socorrerme.

TEODORA. Entrate en casa, señora.

D.<sup>a</sup> CLARA. Primero tengo de ver  
a quién debo agradecer  
tan noble hazaña, Teodora.  
En toda mi vida he visto  
reñir tan airosamente.

TEODORA. También pienso que el sirviente  
es de los de Dios es Cristo.  
De poco tira también  
sus ciertas puntas, señora.  
No sé quién no se enamora  
de un hombre que riñe bien.

(*Salgan DON FELIPE y GONZALO con las espadas  
desnudas.*)

GONZALO. ¿Qué lleva?

D. FELIPE. Una cuchillada.  
¿Y el tuyo?

GONZALO. Tras un revés  
le hice volver los pies  
con sola una tarascaña.  
La vaina el uno dejó.  
Hombre de bien pienso que era.  
Dorada está la contera,  
si no es que me engaño yo.

D.<sup>a</sup> CLARA. Caballero, en cortesía  
os suplico me digáis  
quién sois, que así me (2) obligáis.  
Inadvertencia sería  
dejaros de conocer,  
fácil de mí en disculpar,  
que si os preciáis de obligar  
yo también de agradecer.

D. FELIPE. Yo pienso que doña Clara  
os llamáis.

D.<sup>a</sup> CLARA. Ese es mi nombre.  
Y vos ¿quién sois?

D. FELIPE. Soy un hombre  
que por vos aventurara  
mi honor, mi vida, mi ser;

y, aunque todo lo perdiera,  
mucho más pienso que fuera  
lo que hoy quedara a deber  
por la obligación, que puedo  
decir que tengo a un amigo  
que es de esta verdad testigo.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Quién es?

D. FELIPE. Don Juan de Toledo.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿De Barcelona vendréis,  
que es adonde ahora está?

D. FELIPE. En Madrid le tenéis ya.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Qué decís?

D. FELIPE. Presto podéis  
verle en vuestra compañía.  
Como en casa no os halló,  
fué a buscaros.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Triste yo!  
¡Muerta soy, Teodora mía!

D. FELIPE. Ya de un vecino ha sabido  
que vuestra prima, señora,  
estaba muriendo ahora  
y que a su casa habéis ido,  
y en el camino os erró,  
porque él a buscaros (1) fué.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Ay, triste de mí! ¿Qué haré? (2)  
No sepa (3) que tengo yo  
culpa en lo que ha sucedido (4)  
si él no lo sabe de vos. (5)

D. FELIPE. Yo os fío que de los dos (6)  
no lo sepa.

D.<sup>a</sup> CLARA. Así os lo pido,  
y de rodillas, señor,  
os lo ruego humildemente,  
porque aun dudas no consiente  
la pureza de mi amor.

D. FELIPE. En casa os podéis entrar,  
que el huésped que os escribió (7)  
que con él viene soy yo,  
y aquí me mandó esperar.

D.<sup>a</sup> CLARA. Eternamente tendréis  
una servidora aquí. (8)

(*Vase DOÑA CLARA.*)

(1) "traeros".

(2) En A este verso dice:

"¡Triste de mí!, ¿qué haré?"

(3) "si piensa".

(4) "culpa del haber reñido".

(5) "el que se fué aquí con vos?"

(6) Por errata, en A, dice este verso Doña

CLARA.

(7) "güesped".

(8) "en mí".

(1) "*Vase*".

(2) En A, "asina".

D. FELIPE. Y vos un criado en mí. (1)  
de quien serviros podéis.  
TEODORA. También de su valentía  
estoy algo aficionada. (2)  
Bien retira con la espada.  
GONZALO. Y aun sin ella, infanta mía.  
Y si de verme reñir  
se ha podido aficionar,  
bien me lo puede pagar.  
TEODORA. ¿En qué?  
GONZALO. En casa de dormir. (3)

(Vase TEODORA, y salen DON JUAN y CELIO.)

D. JUAN. ¿Es don Felipe?  
D. FELIPE. Yo soy.  
Ya vuestra esposa ha venido.  
D. JUAN. La merced que he recibido  
estimo en mucho. Aquí estoy  
para que os sirváis de mí.  
CELIO. Mil años os guarde Dios,  
que bien pienso hallar en vos  
la que siempre recibí.

(Vase.)

D. JUAN. Entremos; descansaréis.  
GONZALO. Albricias, cuerpo, que entráis  
adonde, si no cenáis,  
por lo menos dormiréis.

(Vanse, y salen GUZMÁN y DON LUIS, herido.) (4)

GUZMÁN. Si estás, señor, mal herido,  
¿para qué vuelves aquí?  
D. LUIS. Mis celos hacen en mí  
lo que el valor no ha podido.  
Forastero se fingió  
el que ha reñido conmigo,  
y debe de ser su amigo,  
pues que en su casa se entró;  
aunque me sepa morir  
no me tengo de curar  
hasta volverme a vengar.  
¡Vive Dios! que ha de salir  
o que de echar en (5) el suelo  
las puertas, si no es que el Cielo  
me lo procure impedir,

y que habemos de perder,  
si yo salgo vencedor,  
si no la vida, el honor (1)  
de esta adúltera mujer.

GUZMÁN. Detente, señor, y advierte  
que te vas a despeñar.

D. LUIS. De esta vez he de comprar  
mi venganza con mi muerte.—  
Villano, el que heriste soy;  
de cuyos infames brazos  
engañado amante soy,  
y sal, que otra vez te espero.  
Sal, forastero fingido,  
para ofender atrevido  
y para amar lisonjero.

GUZMÁN. Tu misma sangre te dé  
lástima de ti, señor.

D. LUIS. Ya con celos no hay temor.  
Estas puertas romperé.

(DON JUAN, dentro.) (2)

D. JUAN. ¿Quién me alborota a tal hora  
mi casa?

D. LUIS. ¡Yo soy perdido!

GUZMÁN. ¿Qué has hecho, que es su marido?

(Salen DON JUAN, DON FELIPE, TEODORA, DOÑA CLARA y GONZALO.)

D. LUIS. Señor... como... cuando... ahora...  
(Turbado estoy. ¿Qué diré?)

GUZMÁN. Finge que te has desmayado  
con la herida que te han dado,  
que yo lo remediaré.)

GONZALO. ¿Hay tal noche? ¿Hay tal llegar?  
Parece este albergue mío  
hospedaje de navío,  
que convida a marear.

GUZMÁN. ¡Ah, señor, pienso que ya  
está sin habla!

D. JUAN. ¿Quién es?

GUZMÁN. El que vieras a tus pies  
a no tenerle yo. Está  
don Luis, mi señor, herido  
y ahora (3) desvariando.  
Estaba apriesa llamando (4)  
a tus puertas, sin sentido,

(1) "aquí".

(2) En A, "inficionada".

(3) Por errata, en A, "he de dormir".

(4) Falta esta palabra.

(5) "por".

(1) "el desdén y poco amor".

(2) "Dentro dice D. J."

(3) "agora", y así en los demás casos.

(4) Falta en A este verso.

por valerse de tu espada  
contra tres hombres; que aquí,  
en esta calle, ¡ay de mí!,  
le han dado una cuchillada.

D. JUAN. Si en este punto he llegado,  
¿de quién tan presto ha sabido  
mi venida?

GUZMÁN. (El me ha cogido, *(Ap.)*  
y también estoy turbado.)  
Por esta calle pasó  
muy poco ha, y al pasar  
por ella te oyó llamar  
y en la voz te conoció.

D. JUAN. ¿Tiene la herida hacia aquí?

GUZMÁN. Yo pienso que a esotra parte.  
Esta noche reina Marte  
y el triunfo sale de allí.

D. JUAN. Señor don Luis, ¿qué es aquesto?  
Aun de otra herida mayor  
no pensé que tal valor  
se desmayara tan presto.

GONZALO. (O es ésta ilusión soñada,  
o es el mismo que has herido.

D. FELIPE. Lo mismo me ha parecido.

GONZALO. Dorada es también la espada.  
En la vaina lo he de ver.)

GUZMÁN. Ya está, señor, más en sí.

D. JUAN. Fiad, don Luis, de mí,  
que no habéis de anochecer  
mañana, si vivo yo,  
sin que vos estéis vengado  
por mi espada, y castigado  
el que atrevido os hirió.  
Y ahora en mi casa entrad  
y os curaremos en ella.

GUZMÁN. (El diera ya, por no vella,  
su resuelta voluntad.)

D. LUIS. Sabe Dios lo que me pesa  
de veniros a cansar;  
pero ya es forzoso entrar.

D. JUAN. El que mi amistad profesa  
ha de confiar de mí  
su pecho en la adversidad.

GUZMÁN. (Dios, por su inmensa bondad,  
me saque con bien de aquí.)

(*Vanse, y quedan DON FELIPE y GONZALO.*)

GONZALO. Los que acuchillamos son.  
La guarnición y contera  
son de una misma manera.

D. FELIPE. ¡Jesús! Pues ¿con qué intención  
se viene este hombre a amparar

del mismo a quien ha ofendido?  
Mas ya doy en lo que ha sido:  
él, sin duda, me vió entrar,  
y, como ignoró que aquí  
estaba don Juan, creyó (1)  
que era algún amante yo  
de doña Clara, y así  
presumo; viven los Cielos!  
que se resolvió a llamar  
sólo con fin de vengar  
juntos su herida y sus celos;  
y como don Juan salió  
y con él se halló empeñado,  
se ha fingido desmayado  
y dice que otro le hirió.

GONZALO. Esto es, sin duda. Pues bien, [¿no?  
¿qué hemos de hacer ya hecho el da-

D. FELIPE. ¿Qué? Trocar su mismo engaño (2)  
por otro engaño también.  
Porque, si bien se repara,  
mis intentos sólo van  
a deslumbrar a don Juan  
y a obligar a doña Clara.

GONZALO. Pues eso ¿cómo ha de ser?

D. FELIPE. Sígueme y calla.

GONZALO. Ya callo.

D. FELIPE. ¿De qué sirve preguntallo  
si tú mismo lo has de ver?

GONZALO. ¿Y no se usará en el yermo (3)  
este modo de hospedar? (4)  
Roncando tengo de estar  
y no he de creer que duermo.

(*Vanse, y sale DON LUIS, DON JUAN, DOÑA CLARA,  
TEODORA y GUZMÁN.*)

D. JUAN. La herida es mucho menor  
de lo que pensé que fuera.

D.<sup>a</sup> CLARA. (Y de lo que yo quisiera. *(Aparte.)*)

D. LUIS. ¡Ah, inhumana!

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Ah, traidor!

D. JUAN. Justo es haber estimado  
que de mí os hayáis valido.

GUZMÁN. (El primer hombre ofendido  
que a su enemigo ha vendado.) (5)

(1) "pensó".

(2) "GONZALO. Eso es, sin duda.

D. FELIPE. Pues bien,  
ya que hemos hecho el daño,  
es trocar su mismo engaño,".

(3) En A, "un yermo".

(4) "obligar".

(5) En el original, "vengado", que no hace  
sentido.

TEODORA. (Señora, ¿este atrevimiento disimulas?

D.<sup>a</sup> CLARA. Sí, Teodora;  
que aunque ves que callo agora  
es por mi recogimiento, (1)  
por no aventurar aquí  
mi opinión y la quietud  
de don Juan, y no es virtud  
hacerme esta ofensa a mí.)

D. JUAN. Sentaos aquí, por mi vida.

D. LUIS. (Mala opinión he cobrado  
con el desmayo pasado.

D.<sup>a</sup> CLARA. Y con la intención fingida.) (2)

D. JUAN. Que no hallé, sabe Dios,  
y que lo creáis es justo,  
cosa de mayor disgusto  
que hallaros herido a vos,  
porque un verdadero amigo  
parte del alma será.

D.<sup>a</sup> CLARA. (Cuando es leal, claro está.)

D. JUAN. Y que no os afijáis, digo,  
que Dios sabe lo mejor;  
porque en El no cabe engaño,  
y quizá con este daño  
se excusará otro mayor.

D.<sup>a</sup> CLARA. Don Felipe se quedó  
en la calle, y con cuidado  
estoy por no haber entrado.

D. JUAN. Téngole por hombre yo (3)  
que se habrá ido a buscar  
los que con vos han reñido.  
Notable descuido ha sido  
el mío no hacerle entrar.

D.<sup>a</sup> CLARA. (Si vo dijera (4) el error  
lo fuera también en mí.  
Buena quedara yo aquí  
a solas con un traidor.)

D. JUAN. Dejadme, que luego vuelvo.

D.<sup>a</sup> CLARA. Tras vos tengo de salir,  
y así, en no dejaros ir  
me determino y resuelvo.

(Sale DON FELIPE y GONZALO.)

GONZALO. (Lindamente lo has pensado.  
De todo estoy advertido.)

D. JUAN. ¡Por Dios, que me habéis tenido  
con disgusto y con cuidado!  
¿Dónde fuistes?

D. FELIPE. A vengar  
la herida fuimos los dos,  
y a no dejaros a vos  
cosa que os pueda inquietar.  
Tres hombres cerca de aquí  
hallé (1) que del caso hablaban  
y aquesta vaina llevaban.—  
¿Es de vuestra espada?

D. LUIS. Sí.

D. FELIPE. Y sin más información  
de decir el que os hirió:  
“El que se la dió fui yo,  
y díselo con razón.”  
“Pues por que no os alabéis  
—dije—quedará vengada.”  
Y dile otra cuchillada  
como la que vos tenéis.  
Los dos se fueron, y aquel  
que estaba herido cayó  
junto a mis pies, a quien yo,  
más piadoso que cruel,  
levanté y llevé a curar,  
porque así me lo pedía,  
que aún tiene la cortesía  
en estos casos lugar.  
Y la ocasión me ha contado  
de haber reñido con vos,  
y estoy con causa ¡por Dios!  
de vuestra culpa admirado.  
Dice que siendo su amigo  
de este lugar se ausentó,  
y supo, cuando volvió,  
que, como injusto enemigo,  
faltando a vuestro valor  
y a la amistad que debéis,  
su mujer le pretendéis  
en ofensa de su honor.  
Y de vuestra parte he dado  
palabra que la disculpa  
será enmendar esta culpa  
con olvidar lo pasado.  
Y así, mirad lo que hacéis  
si arrepentido no estáis,

(1) Esta redondilla está en A así en sus dos últimos versos:

“¡Ay de ti, que ahora  
declararé yo tu intento!”

(2) En A este verso lo dice DON LUIS.

(3) En A, en lugar de los diez versos anteriores, hay sólo estos dos:

“D.<sup>a</sup> CLARA. Don Felipe, ¿dónde está?

D. JUAN. Es hombre valiente, y digo”.

(4) “os dijera”.

(1) “oí”.



que en mí, si no os enmendáis,  
otro enemigo tendréis,  
porque, demás de que está  
puesto en razón lo que intenta,  
la venganza de su afrenta  
corre por mi cuenta ya.

D. JUAN. Un hombre que tan leal  
siempre a mi amistad ha sido,  
¿en esta culpa ha caído?  
Cierto, no creyera tal.

D. LUIS. (Sólo el callar puede ser  
conmigo disculpa aquí.)  
De corrido estoy sin mí,  
y no sé qué responder.

D.<sup>a</sup> CLARA. Perdonadme que yo os digo  
la verdad desnuda y clara.  
Merecáis que os matara  
como injusto y falso amigo,  
y que procuréis dejar  
vuestro intento os pido yo,  
que el que una vez os hirió  
también os sabrá matar.

D. FELIPE. La mano el otro me ha dado;  
yo lo mismo a vos os digo.

GONZALO. (Miren por dónde es su amigo  
después de habelle pegado.)

D. FELIPE. Con vos, si es que os queréis ir,  
acompañándoos iremos.

GONZALO. (Otro viajito tenemos.  
*Volaverunt* el dormir.)

D. JUAN. En casa, pues de esta suerte  
estáis, esperad el día.

D. LUIS. Mejor estaré en la mía.

D.<sup>a</sup> CLARA. (Como yo, traidor, sin verte.)

GUZMÁN. (Del forastero atrevido  
me libre Dios desde ahora.)

(*Llévanle, y quedan Doña Clara y Teodora.*) (1)

TEODORA. Basta, que el huésped, (3) señora,  
es valiente y comedido.

D.<sup>a</sup> CLARA. Tan iguales llego a ver  
su osadía y su prudencia,  
que se hacen competencia  
su valor y su saber;  
y que no he visto, es forzoso  
decirte, Teodora mía,

tan resuelta valentía  
ni enredo más ingenioso.

FIN DEL ACTO PRIMERO (1)

## ACTO SEGUNDO (2)

DE *En los indicios, la culpa.*

(*Salen Doña Clara, Doña Inés y Teodora.*)

D.<sup>a</sup> INÉS. Cuando me hubiera traído  
sólo el gusto de saber  
todo lo que ha sucedido,  
pudiera convalecer  
de cuanto mal he tenido.  
¿Posible es que se atrevió  
don Luis y que intentó  
tan antigua grosería?

D.<sup>a</sup> CLARA. Quedó en su descortesía  
tan bien castigado y yo  
tan contenta, que quisiera  
que mil errores hubiera  
cometido con cuidado  
para verle (3) castigado  
de más culpas que tuviera.

D.<sup>a</sup> INÉS. El reprender su intención  
poniendo en ajena ofensa  
la suya fué discreción.

D.<sup>a</sup> CLARA. Tan igualmente obra y piensa  
el valiente corazón  
de este noble caballero,  
que cuando sus partes quiero  
contar, más confusa estoy,  
porque no sé a cuál le doy  
con causa el lugar primero.  
Si juzgo en su valentía  
lo que aquella noche hizo  
su espada en defensa mía,  
hallo que me satisfizo  
su alentada gallardía;  
y cuando miro en su intento  
el discreto pensamiento  
con que supo castigar,  
reprender y culpar, (4)  
admira su entendimiento;

(1) "FIN." "*La Virgen fué concebida — sin pecado original.*"

(2) "JORNADA SEGUNDA."

(3) En A, "haberle".

(4) "disculpar".

(1) "*Llévanle*".

(2) "guesped", y así en los demás casos.

y así, confieso igualmente  
que por discreto y valiente  
merece ser estimado  
con particular cuidado.

D.<sup>a</sup> INÉS. Pareces, prima...

D.<sup>a</sup> CLARA. Detente,  
si en ofensa de mi honor  
presumes que puedo dar  
lugar a ningún error,  
que en este modo de amar  
sólo es virtud el amor.  
En un pecho agradecido  
ha juntado y corregido,  
con su noble (1) inclinación,  
las leyes de la razón  
son las flechas de Cupido.  
Ya le he llegado a deber  
cuanto mi afición hiciera,  
y así le pienso querer  
todo aquello que no fuere  
en ofensa de mi ser.

D.<sup>a</sup> INÉS. Por lo menos, el distrito  
de Amor pisas.

D.<sup>a</sup> CLARA. Ya lo veo;  
pero sus culpas limito,  
porque falta en mi deseo  
la parte del apetito.  
Finezas de una amistad  
con recíproca lealtad  
letras (2) son que da el amor  
y las (3) aceta el honor  
antes que la voluntad.

D.<sup>a</sup> INÉS. Si tú puedes navegar  
de amor terminando el mar  
y con la rienda en la mano,  
mucho sabes, y es en vano  
el quererte aconsejar.  
Pero meter donde hay fuego  
pólvora con fe segura...  
y que aquí juzgues, te ruego,  
un principio de locura  
que mira el fin del sosiego.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Qué dudas en mi lealtad?

D.<sup>a</sup> INÉS. Nada.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Y de mi calidad?

D.<sup>a</sup> INÉS. Fácil será la respuesta,  
que en materia bien dispuesta  
el principio es la amistad.

(Esto hago porque a mí (Aparte.)  
aún me pareció mejor  
que a ella cuando le vi,  
y puede hacermè el Amor  
dichosa con sólo un "sí".  
Y como mi calidad  
y hacienda darme han podido  
alguna seguridad,  
no le quiero divertido  
en ajena voluntad.)

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Hasle visto?

D.<sup>a</sup> INÉS. Por mi calle  
pasó ayer.

D.<sup>a</sup> CLARA. Y de su talle,  
¿qué dices?

D.<sup>a</sup> INÉS. Bonito, a fe;  
bien hecho de pierna y pie,  
pero no para alaballe.

D.<sup>a</sup> CLARA. El que en Madrid, prima mía,  
llega a mostrar gallardía,  
una superior belleza  
debe a su naturaleza;  
que hay talles de quien podría  
decir que después de hacellos (1)  
tan airoosamente bellos,  
puliendo y perficionando,  
tras ellos se anda admirando (2)  
lo mismo que puso en ellos.  
Parece que vive en calma  
tu gusto o que se desalma,  
pues sin él te juzgo ya,  
con cada paso que da  
parece que pisa un alma.

D.<sup>a</sup> INÉS. La mía empieza a temer  
que por tu causa ha de ser;  
que tal vez por el oído  
entra el Amor persuadido  
a inclinar y a resolver.  
Quedo, que éste es su criado.

(Sale GONZALO.)

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Qué hay, Gonzalo? ¿Has almorza-  
GONZALO. Con aforro. [do?]

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Cómo ha sido? (3)

GONZALO. Cené poco, y he pedido  
otro almuerzo adelantado.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Qué hace tu amo? (4)

(1) "doble".

(2) "cetros".

(3) "los".

(1) Falta en A este verso.

(2) En A, "andan mirando".

(3) "No que he sido desgraciado".

(4) "dueño".



un poeta confiado,  
me iré primero a Turquía.

D.<sup>a</sup> INÉS. Enamorarte es mejor.

GONZALO. No es sino mucho peor,  
que aquí, para enamorar,  
primero se ha de buscar  
el dinero que el amor.

(*Salga Doña CLARA.*)

D.<sup>a</sup> CLARA. Ya las tengo.

D.<sup>a</sup> INÉS. Ahora sí  
que te puedes ir por mí.

GONZALO. Ya me da el irme cuidado,  
que me había calentado  
y quisiera estarme aquí.

(*Salga DON FELIPE solo.*)

D. FELIPE. Pues ¿aquí te estás ahora?

GONZALO. Sí, señor, que mi señora  
doña Inés me ha detenido.

D.<sup>a</sup> INÉS. Que le perdonéis os pido.

D. FELIPE. Ahora que ya no inora  
el alma su ocupación,  
no solamente procura  
perdonar su remisión,  
pero envidia tal ventura,  
disculpando su intención.  
Con mano más liberal  
va restituyendo el mal  
a beldad (1) tan conocida,  
si no en más alma, en más vida,  
su perfección natural,  
y del pasado accidente  
constituye el rostro hermoso  
en su espíritu valiente. (*Aparte.*)

D.<sup>a</sup> INÉS. A no ser tan generoso  
vuestro pecho, fácilmente  
pudiera, desvanecida,  
desconocer lo que soy.  
De mi salud adquirida  
justo parabién me doy,  
porque la veo ofrecida  
a vuestro servicio.

D. FELIPE. Está  
tan introducida ya  
mi dicha en tantos favores,  
que no admito los mayores,  
aunque estimo a quien los da.  
Goce vuestra juventud

tantos años (1) de salud  
que pueda, por dependencia  
de esta dichosa asistencia,  
asegurar mi quietud.

D.<sup>a</sup> INÉS. Nunca en mi vida he pensado  
que os pudiera dar cuidado.

D. FELIPE. Por prima de mi señora  
doña Clara, y porque ahora  
me habéis de nuevo obligado  
con la amistad que me hacéis,  
seguramente podéis  
mandarme.

D.<sup>a</sup> INÉS. (*Pluguiera a Dios (Aparte.)*  
que yo os pareciera a vos  
como vos me parecéis.  
La causa saber querría  
de su ausencia y de su amor.

D.<sup>a</sup> CLARA. Curiosa estás.

D.<sup>a</sup> INÉS. Prima mía,  
por divertirme mejor  
de una gran melancolía  
lo hago, que los que estamos  
enfermos nos desquitamos  
del padecer y el callar  
en saber y en preguntar  
después que nos levantamos.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Qué dice del forastero,  
mi señora doña Inés,  
el alma?

D.<sup>a</sup> INÉS. Lo que primero:  
bonito, pero no es. (2)

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Jesús! ¿Bonito y con pero?  
Perdición.

D.<sup>a</sup> INÉS. No hay que tratar...

D.<sup>a</sup> CLARA. Con sólo haberme entendido,  
me has dado que sospechar;  
con la contraria has querido  
disuadir y deslumbrar,  
y te has echado a perder,  
porque es un desprecio injusto  
disfraz del apetecer.

D.<sup>a</sup> INÉS. El que fuere de mi gusto,  
mi esposo, prima, ha de ser.)

D.<sup>a</sup> CLARA. Una enferma me ha pedido  
que os diga que la digáis  
la ocasión que os ha traído  
a Madrid, sin que encubráis  
la verdad, si hubiere sido  
algún extremo amoroso.

(1) "verdad".

(1) "siglos".

(2) Así en el texto original.



D. FELIPE. Estoy tan enamorado,  
que es dicha hacer deseoso  
memoria de mi cuidado  
en tribunal tan piadoso.  
Una tarde...

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Os suspendéis?

D. FELIPE. Como ya empezó la lengua.  
fiestas del alma, paróse  
a combatir sus potencias;  
pero en la menor razón  
de quien bien ama y desea,  
es ignorancia el dudar,  
que asiste el alma con ella.  
Viendo entrar en Barcelona,  
desde su muelle, una fiesta  
la napolitana escuadra  
de diez y siete galeras,  
vi en un coche cinco damas,  
jerarquía lisonjera  
de una deidad que avisaba  
con rayos de luz la tierra,  
a quien parece que el mar  
hizo con alas traviesas  
espumoso atrevimiento (1)  
de marítimas diademas,  
y tal quedé, que temía  
que, a no transformarme en ella,  
quedaría en mi inorancia  
profanada su belleza.  
Seguí el coche, por saber  
dónde esta deidad se encierra,  
de aquel sol el epiciclo  
y de aquel fuego la esfera. (2)  
Opuse mi sufrimiento  
a su primera respuesta,  
mi asistencia a su desdén  
y a su rigor mi paciencia.  
Y ya de suerte vivía  
con la esperanza la ofensa,  
que hizo su gusto en mí  
segunda naturaleza.  
Tres primaveras había  
dado ya la providencia  
del tiempo, en giros del sol  
por signos y por planetas,  
antes que yo en mi esperanza  
amorosamente viera  
verde alfombra, vida alegre,

dulce alivio y fe sin quejas.  
Dejóse, de sí olvidada,  
obligar un día, que ésta  
es en las guerras de amor  
la mayor estratagema,  
y desde allí empecé a ver  
el iris de la tormenta,  
y por celajes de nácar,  
dulce risa en blancas perlas.  
En su casa me dió entrada,  
que nunca halló quien desea,  
después ya de resistir,  
dificultad en las puertas.  
En la suya hallé una noche  
una criada, y en ella,  
librada (1) de mis intentos  
la resolución postrera,  
asido a sus movimientos,  
como el que sin vista lleva,  
por seguro de sus pasos,  
la fe de que el otro acierta,  
llegué al limbo de una cuadra,  
donde fué la vez primera  
que se vió sin luz la gloria  
y la del sol en tinieblas,  
y hallé en dos hermosas manos  
una blanda resistencia,  
aunque breve, dilatada,  
si lo juzga quien desca.  
Con voces (2) de amor rendido  
y con labios de alma inquieta  
quise vencer prometiendo  
y rendir sin hacer fuerza.  
En torcidas relaciones,  
ya tímidas, ya resueltas,  
luchaba yo en mis deseos,  
y con su amor su vergüenza,  
cuando a la dulce porfía  
de este argumento sin lenguas,  
de esta inquietud sin descanso  
y de este esperar sin pena,  
por los vigilantes pasos  
de su esposo hicieron señas  
las almas de que buscaba  
en mi ventura su ofensa.  
Pidiendo una luz a voces,  
sacó la espada sangrienta,  
a nuestro daño inclinada,  
y vile resuelto apenas,

(1) "ofrecimiento".

(2) En A, "abreviado en breve esfera", que parece peor texto.

(1) En A, "librados".

(2) En A, "brazos".

cuando, abrazado con él,  
con menos superior fuerza  
a más rigurosos brazos,  
trasladé mis diligencias,  
y aunque estaba de su parte  
la culpa de mis torpezas,  
de su misma daga herido,  
cayó, atravesado, en tierra.  
En tanto, mi dueño hermoso,  
la siempre viva en mi idea,  
la que por un ser divino  
pasó a su naturaleza,  
confusa dejó su casa,  
haciendo como discreta  
del sagrado de un convento  
el puerto de esta tormenta.  
Y así, quedamos a un tiempo:  
su esposo, herido en su ofensa,  
ella sin él y sin mí  
y yo sin dicha y sin ella.  
Y considerando yo  
que su calidad pudiera  
vengar por ajenas manos  
en mi descuido su ofensa, (1)  
dejé a Barcelona, y vine  
adonde hoy el alma inquieta  
de mi ausente dueño aguarda  
las bien esperadas nuevas.  
Y porque es medio gustoso  
del que alguna nueva espera  
hacer menos el camino  
del que ha de venir con ella,  
humildemente os suplico  
perdonéis, pues sois discreta,  
el serviros sólo ahora  
con esta buena asistencia.

D.<sup>a</sup> CLARA. Tan amante os considero,  
que no os quiero detener.

D. FELIPE. Difícil fuera el poder  
si a un tiempo adoro y espero.

(Vase.)

D.<sup>a</sup> INÉS. ¡Oh, nunca llegara el día  
que en su casa te dió entrada  
resuelta y determinada!

D.<sup>a</sup> CLARA. Pues ¿qué es esto, prima mía?

D.<sup>a</sup> INÉS. No sé.

D.<sup>a</sup> CLARA. Yo sí; tú has querido  
en tu amor disimular,

y ha venido a reventar (1)  
por donde le has detenido.  
Tu prima soy y tu amiga;  
comunícame tu intento.

D.<sup>a</sup> INÉS. Si lo has visto en lo que siento,  
¿qué más quieres que te diga?  
Así eternamente veas  
a tu siempre amado esposo  
de tus brazos deseoso,  
si es que los suyos desees,  
y haciendo a tus gustos salva,  
sean de vuestras dos vidas  
las noches bien admitidas  
y mal recibida el alba.  
Que disculpes, prima mía,  
mi resuelta voluntad,  
sin que esta facilidad  
te parezca demasia;  
que si es verdad que el amor  
fundó su mayor poder  
solamente en resolver  
los principios de un error,  
éste puede estar contigo  
justamente disculpado.

D.<sup>a</sup> CLARA. De suerte me has obligado  
en declararte conmigo,  
que, no sólo pienso ser  
tu tercera, pero fía  
que has de ser por causa mía  
su legítima mujer;  
que mil ducados de renta  
y tu calidad no son  
de menos estimación.

D.<sup>a</sup> INÉS. Es verdad. En eso intenta  
consolarse (2) mi cuidado  
medido con mi deseo;  
mas temo, porque le veo  
tiernamente apasionado. (3)

D.<sup>a</sup> CLARA. Con eso hago por ti  
algo que, si eso no fuera,  
él es solo quien debiera  
agradecérmelo a mí.  
Tú has de obedecerme en todo  
si por mí tu dicha esperas;  
que quien hace el bien de veras,  
da la traza y busca el modo.  
A dos veces que le hurtemos  
las cartas de la estafeta,

(1) En A, "resultar".

(2) En los dos textos, "consolarme".

(3) "aprisionado".

(1) "afrenta".

en esta pasión inquieta  
tibios verás sus extremos.  
En el golfo de la corte,  
con cualquiera fácil viento  
navega el entendimiento  
por muy diferente norte;  
y como es inquieto el mar  
y anda un alma distraída (1)  
y aun de sí misma se olvida  
causada de flutuar.  
Falte la correspondencia,  
y verás que en cuatro días  
hace a sus melancolías  
diferente resistencia;  
y no desconfíes de él,  
que yo de por medio estoy;  
que no he de ser la que soy  
o te has de casar con él.

D.<sup>a</sup> INÉS. Déjame ahora besar,  
por tan dichoso interés,  
mil veces, prima, tus pies,  
y empezaréte a pagar  
mis esperanzas cumplidas;  
que hoy comienzo a poseer,  
con sólo un alma y un ser,  
el ingenio de dos vidas.  
Ya mi corazón volvió  
a su primera quietud,  
y con más firme salud  
he convalecido yo.

D.<sup>a</sup> CLARA. Goces con vida segura,  
en mayor felicidad,  
amagos de eternidad  
tu siempre viva hermosura.

D.<sup>a</sup> INÉS. Veamos qué le escribía  
la retirada al convento.

D.<sup>a</sup> CLARA. Parece ese pensamiento  
hurtado al que yo tenía.

D.<sup>a</sup> INÉS. Dos son.

D.<sup>a</sup> CLARA. Con otra vendrá  
encubierta y disfrazada.  
Esta que viene cerrada  
sin sobrescrito será.

D.<sup>a</sup> INÉS. En mal papel escribí.

D.<sup>a</sup> CLARA. Lo mismo me ha parecido  
a mí. Lágrimas han sido  
que al escribir la vertió.  
Muchos papeles así  
me costó mi casamiento.  
Escucha.

D.<sup>a</sup> INÉS. Mi pensamiento  
todo tengo puesto aquí.

[(Lea:)]

D.<sup>a</sup> CLARA. "Porque pueda este papel  
ser de mis ansias testigo,  
el alma va en lo que digo  
y mis lágrimas en él.  
Mi esposo aspira, cruel,  
a vengar su deshonor;  
pues es tan grande mi amor  
y tengo tanta prudencia, (1)  
que por llorar vuestra ausencia,  
me olvido de su rigor.  
Dos males, mi bien, han sido  
los que a un mismo tiempo lloro:  
tener ausente el que adoro  
y presente al ofendido;  
y así, que os volváis os pido, (2)  
encubierto, a Barcelona;  
que, pues en nada me abona  
lo peligroso y lo injusto,  
bien será que a vuestro gusto  
dispongáis de mi persona."

(Deja de leer.)

Ahora sí tienes ya  
que poderme agradecer,  
pues fué remedio el coger  
esta carta, y no se irá;  
porque apenas la leyerá,  
como (3) según ha mostrado  
en su amor y su cuidado,  
a Barcelona se fuera.

(Dentro GONZALO:)

GONZALO. ¡Aquí de Dios, que me matan  
sin tener culpa!

D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Qué es esto?

GONZALO. ¡Acude, señora, presto,  
que tus pasos se dilatan!  
¿En qué pudieran parar,  
sino en esto, cien preguntas  
muy cansadas y muy juntas,  
sin dejarme resollar?  
¡Ah! nunca hubiera, señora,  
interrogatorio injusto,  
la impertinencia del gusto (4)  
para detenerme un hora.

D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Qué tienes?

GONZALO. ¿Qué he de tener,

(1) Falta en A este verso.

(2) Falta en A el "os".

(3) En A, "cuando".

(4) Así en los textos.

(1) "divertida".

cuando soy tan desgraciado,  
que es fuerza hacer mi sagrado (1)  
las faldas de una mujer?

A este templo me he venido,  
y si acaso está cerrada  
la puerta, no importa nada,  
pues es templo de Cupido. (2)

D.<sup>a</sup> INÉS. Suéltame. (3)

GONZALO. No hay que argüir,  
que aquí dieron la ocasión,  
y, asido de este aldabón,  
me tengo de resistir.

(Salga DON JUAN deteniendo a DON FELIPE.)

D. JUAN. ¿Qué le queda a un ignorante  
si esto hace un hombre cuerdo?

D. FELIPE. Nada, supuesto que pierdo,  
por culpa de este bergante,  
mi esperanza, condenado  
a más pena.

D. JUAN. ¡Vive Dios,  
que no creyera de vos  
que dierais, tan enojado,  
principio a tantos errores!  
Advertid que es demasía.

GONZALO. Y muy gran descortesía  
delante de estos señores  
poner las manos en mí.

D. JUAN. No debe de ser tu culpa  
capaz de humana disculpa.  
¿Qué has hecho?

GONZALO. Dígalo aquí  
mi señora doña Inés,  
que, porque no respondía  
a cuanto saber quería,  
me culpó de descortés.  
Y de curiosa y discreta  
me detuvo embelesado,  
y entre tanto le han hurtado  
las cartas de la estafeta.

D.<sup>a</sup> INÉS. No sólo estaba eso ya  
por nosotras perdonado,  
pero el error disculpado,  
so pena de que será  
disimulada y fingida  
la merced que nos hacéis,  
pues perdonádole habéis  
la culpa esta vez reñida.

D. FELIPE. Si cuando salió de aquí  
sin ir a otra parte fuera,  
a tiempo llegado hubiera  
para no matarme a mí.  
Nunca de ti me fiara.

GONZALO. No las hubieran hurtado,  
y hubiérame a mí costado  
ojo y medio de la cara;  
y quien tal hizo se vea  
en Turquía y sin los dos.

D.<sup>a</sup> CLARA. (Mala Pascua te dé Dios (Aparte.)  
a ti y a quien tal desea.)  
Quizá os habréis engañado.

D. FELIPE. Si en la lista escrito está  
mi nombre, y no hay cartas ya,  
porque se las han llevado, (1)  
¿en qué me puedo engañar?

D. JUAN. Sólo aquí (2) advertiros quiero  
que también tiene el cartero  
su carta de marear.  
Muchas coge a letra vista  
que no suelen parecer.

D. FELIPE. Estas no lo pueden ser (3)  
de las que están en la lista;  
y lo que me da cuidado  
es que el haberlas cogido  
malicia fundada ha sido  
de alguno que, interesado,  
mis pasos viene siguiendo  
desde Barcelona aquí.

D. JUAN. Así lo entiendo.

D. FELIPE. ¡Ay de mí!

D.<sup>a</sup> CLARA. (Tu negocio se va haciendo.  
En peligro que es tan cierto  
gran recato es menester,  
si es que se puede temer  
un enemigo encubierto;  
y paréceme acertado  
que de casa no salgáis  
hasta que de allí sepáis  
si el ofendido ha enviado.)

D. JUAN. ¿De quién sabéis el suceso  
de Barcelona?

D. FELIPE. De mí.

D.<sup>a</sup> CLARA. A las dos nos dijo aquí  
su desdicha.

D. JUAN. Yo os confieso  
que así lo hiciera.

(1) En A, "hacerme".

(2) Falta en A este verso.

(3) En A dice Doña CLARA esta palabra.

(1) "hurtado".

(2) En A, "en que".

(3) En A, "no es posible ser".



- D. FELIPE. Sería  
temor fundado en la fe.
- D. JUAN. Recelos, cuando hay de qué,  
nunca fueron cobardía.
- D.<sup>a</sup> CLARA. Así veáis conseguido  
todo el bien que deseáis,  
que de casa no salgáis,  
siquiera porque os lo pido.
- D. JUAN. ¡Qué bien muestra su nobleza  
el efeto natural  
con que lo pide!
- D.<sup>a</sup> INÉS. ¡Qué mal  
lo entienden, brava agudeza! (1)  
(Si está en casa sin salir,  
no es posible ser ingrato  
a mi amor.)
- GONZALO. Si puede el trato  
convencer y persuadir,  
yo también, señor, te ruego  
lo mismo, pues te conviene,  
por los parientes que tiene  
en Barcelona don Diego.  
Y si en no hacerlo porfías, (2)  
cartujo casero soy,  
con tu licencia, desde hoy,  
siquiera por quince días.
- D. FELIPE. Cuando alguien haya venido,  
¿qué temes?
- GONZALO. Que allá pensó  
don Diego que tengo yo  
la culpa que no he tenido,  
y será en el que ha llegado  
común de dos la intención,  
si es que trae la instrucción  
puñalada de criado.
- D. FELIPE. Un cobarde mira así  
con antojos sus errores,  
y así, los juzga mayores  
de lo que ellos son en sí. (3)
- GONZALO. Justo es que tema un lacayo  
todo antuvión criminal  
cuando no es universal  
la ventura del soslayo.

(1) "manifiesta su grandeza".

(2) En A falta el "en".

(3) Esta redondilla dice en A:

"Los que cobardes no fían  
con antojos sus errores  
los juzgan ya por mayores  
de los que ellos ser solían."

Yo pienso que no le agrada  
ninguna cosa al demonio  
tanto como un testimonio  
y el "¡ay!" de una puñalada;  
porque no es tan penetrante,  
que parte sin confusión  
el alma; dos cosas son  
que las lleva de portante,  
como hacas del señor (1)  
en noche de mucho frío.

D. FELIPE. Siempre el miedo fué judío.

GONZALO. Y muy cristiano el temor.

D.<sup>a</sup> CLARA. Pedilde vos que no salga  
de casa, así os guarde Dios.

D. JUAN. ¿Sois mi amigo?

D. FELIPE. Sólo a vos,  
y a condición tan hidalga,  
sujeto siempre la mía.

D. JUAN. Pues que hiciera y se estimara  
lo que ha dicho doña Clara. (2)

D. FELIPE. ¿Parezca o no cobardía?  
Ahora bien, por vuestro gusto,  
me dispongo a obedecer.

D.<sup>a</sup> INÉS. (Y yo desde hoy a tener  
más esperanza y más gusto.)

D. JUAN. Sois el amigo mejor  
que se vió en la edad primera.

D.<sup>a</sup> INÉS. (Y tú la mejor tercera  
que pudo tener mi amor.)

GONZALO. (Si de ésta escapo y no muero,  
aunque el volver más me importe,  
yo echaré calza a la corte  
como a pollo por enero.)

(Váyanse todos y quede solo DON JUAN, y salga  
GUZMÁN.)

GUZMÁN. Un recado os vengo a dar  
de parte de don Luís,  
mi señor.

D. JUAN. Si no os cubrís,  
no os lo tengo de escuchar.

GUZMÁN. Ni de mi humildad desdice  
el hacerlo. Yo estoy bien.

D. JUAN. Estaréme así también.

(Cúbrense.)

GUZMÁN. Don Luís, mi señor, dice

(1) En A este verso y el anterior dicen:

"que la llevan de portante  
como a casa de señor".

(2) Faltan en A los tres versos anteriores.

que a solas os quiere hablar  
en un negocio importante.

D. JUAN. Ya ese recado es bastante  
para darme que pensar,  
cuando él pudiera venir.  
Mas si es porque yo esté  
solo, solo esperaré.

(*Vase.*)

GUZMÁN. Así lo voy a decir.

D. JUAN. ¡Válgame Dios! ¿Qué será?  
Pendencia (1) debe de ser  
con quien le hirió y a valer  
de mí otra vez se vendrá.  
Pero no, que si eso fuera,  
no me enviara recado  
ni a decir con su criado  
que aquí a solas estuviera.

(*Sale DON LUIS y GUZMÁN, y dice aparte:*)

D. LUIS. (Ya pienso que has entendido.  
Tú has de arrojar el papel  
cuando esté hablando con él.

GUZMÁN. De todo estoy advertido.)

D. LUIS. Guárdeos el Cielo.

D. JUAN. Y a vos  
os aumente estado y vida.  
¿Cómo estáis de vuestra herida?

D. LUIS. Bueno ya, gracias a Dios.  
Y a vos, de recién llegado,  
¿cómo os va?

D. JUAN. Como a quien vino  
a su casa y del camino  
ya con gusto ha descansado.

D. LUIS. ¿Hay quien nos pueda escuchar?

D. JUAN. Bien podéis seguramente  
hablar.

D. LUIS. El que es más prudente  
es más fácil de engañar;  
que como no asiste el daño,  
cauteloso el pensamiento  
le coge al entendimiento  
a traición cualquier engaño.  
Yo pienso, don Juan, que habéis  
conocido mi amistad,  
deseos y voluntad  
de serviros.

D. JUAN. Bien podéis  
pensar que estoy satisfecho  
creyéndolo siempre así,

porque mé ha costado a mí  
la lealtad de vuestro pecho.

D. LUIS. En la cantidad que soy  
rico y noble sabéis bien.

D. JUAN. Rico y noble sé también  
que sois.

D. LUIS. Pues al caso voy.  
De doña Inés ser esposo,  
haciendo un alma los dos,  
que porque sé que sois vos  
con ella el más poderoso,  
os suplico que toméis  
la mano en solicitar  
las tuyas y granjear  
en mí un esclavo queréis,  
dándome también licencia  
de poder galantear,  
sólo a fin de granjear (1)  
su gusto con mi asistencia.  
Que supuesto que ha venido  
a vuestra casa, no quiero,  
sin que me la deis primero,  
tomarla en ser atrevido.

D. JUAN. Tanto me habéis obligado  
con lo que pedido habéis,  
que hallo en la que me hacéis  
mi buen deseo premiado.  
Vos sois el que viene a dar,  
y yo el que viene a recibir,  
pues me venís a pedir  
lo que yo os puedo rogar.  
Lo cobarde de mi intento  
pienso que habéis conocido,  
y al paso le habéis salido  
a (2) mi mismo pensamiento.  
Y pues que conozca es justo  
que es nuestro propio interés,  
de mí sabrá doña Inés  
vuestras partes y mi gusto.

D. LUIS. Esto se ha de dilatar; (3)  
primero que ella supiera  
mi intención, pienso que fuera  
mucho mejor empezar  
sirviéndola, merecer  
en su gracia su favor;  
que un sí, (4) donde no hay amor,  
cerca está de no lo hacer.

(1) Falta en A este verso.

(2) "con".

(3) En A este verso lo dice DON JUAN.

(4) "así".

(1) En A, "sentencia", por errata.

- D. JUAN. Muy bien pienso que decís;  
que tal vez puede en un pecho  
más el gusto que el provecho,  
y como sabio advertís. (1)  
Asistid, galantead  
y servid, que en todo quiero  
ser, don Luis, vuestro (2) tercero  
de tan noble voluntad.  
Y en teniendo (3) doña Inés  
dispuesta su (4) inclinación,  
le diré vuestra intención.
- D. LUIS. Si no es besándoos los pies,  
no os pago en esta amistad  
lo que me habéis ofrecido,  
porque aún no habéis conocido  
lo que hay en mi voluntad. (5)
- D. JUAN. Id con Dios, y estad seguro  
que yo os ayudaré aquí,  
aunque fuera contra mí.
- D. LUIS. (Esto es lo que yo procuro.)  
Cuanto más lo encarezcáis,  
mucho inoráis el favor,  
porque se extiende mi amor  
a más de lo que pensáis.

(Mientras ha estado hablando DON LUIS con DON JUAN, ha de haber echado GUZMÁN a sus pies un papel cerrado, y váyanse y queda DON JUAN.) (6)

- D. JUAN. ¿Papel, y cerrado, aquí,  
y sin sobrescrito está?  
¡Válgame Dios! ¿Qué será?  
¿Si me lo han echado a mí?  
Pero a mí, ¿cómo o por qué?  
Acobardado parece  
que el espíritu me ofrece  
temores que en mí juzgué. (7)  
Aunque sin causa, me dió  
este papel que temer,  
que nadie puede saber  
de mí tanto como yo,  
y si... Pero digo mal;  
bien puede venir aquí

lo que yo no percibí. (1)  
El alma tengo neutral  
y a leer me he persuadido;  
que, si le rompo cerrado,  
también me ha de dar cuidado  
todo lo que no he sabido.

(Lee:)

“Don Felipe de Aragón  
te pretende a tu mujer;  
consulta lo que has de hacer  
con tu mismo corazón.”  
Papel infame, ¿a qué aspira  
tu acusación criminal,  
si el proceso (2) original  
que te engendró fué mentira?  
Lámina de bronce duro  
para la imaginación;  
voz sin alma, que a traición  
tiras a un pecho seguro;  
mudo con lengua entendida  
para pronunciar agravios;  
boca arrojada sin labios  
falsamente introducida;  
alevosía cubierta,  
aventurado rigor,  
sin disfraz para el honor  
y para el crédito incierta,  
¿qué quieres de mí y conmigo,  
si sé que no puede ser  
que me ofenda mi mujer  
ni que lo intente mi amigo?  
Pero espera, pensamiento,  
que muchos se han ofendido (3)  
que engañados han vivido (4)  
con su mismo entendimiento.  
La inorancia de un engaño  
consiste en no lo creer, (5)  
que yo puedo no temer,  
pero posible es el daño.  
Y si te juzgué en rigor,  
en dudar ni en no querer,  
son torpezas del saber  
y descuidos del honor. (6)  
Demás de que el hombre sabio  
que en lo que puede ser (7) piensa,

(1) En A, por errata, “advertir”.

(2) “el”.

(3) “tiniendo”, y así en los demás casos.

(4) “la”.

(5) Faltan en A este verso y el anterior.

(6) “(Vase. Mientras está hablando echa a sus pies GUZMÁN un papel cerrado. Vanse, y queda DON JUAN solo.)”

(7) En A, “señores que juzgo en fe”.

(1) “redimí”.

(2) “intento”.

(3) En A, “ofrecido”.

(4) En A, “que engañados han sido”.

(5) “lo entender”.

(6) Falta en A esta redondilla.

(7) “ya”.

reparar debe la (1) ofensa aunque no crea (2) el agravio. Desde que este hombre llegó contra mi honor se padece; a su regalo parece que esta mujer se inclinó; tanto, que a mí me ha faltado el que yo solía tener, y esto no se puede hacer sin particular cuidado. En cuanto por él se (3) ha hecho se ha mostrado apasionada. ¡Ah, malicia descuidada, qué inorante que me has hecho! (4) ¡Que me haya pedido a mí que yo mismo le dijese (5) que de casa no saliese, y que encareciendo aquí el afecto (6) natural que al pedírmelo mostró no haya conocido yo los indicios de mi mal! ¡Qué diferentes que han sido el descuido y el cuidado, lo que inoro descuidado cuando ahora lo he creído! (7) Ea, corazón, a vos se remite este papel; cuidemos desde hoy por él de nuestro agravio los dos. Empecemos a juzgar las almas por las acciones, la intención, (8) las razones y el amor en (9) el mirar. Y el delito comprobado, que lave, es justa razón, la mancha de mi opinión con la sangre del pecado.

(Sale DOÑA CLARA.)

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Válgame Dios! ¿Qué será el estar don Juan aquí

- (1) "una".
- (2) "vea".
- (3) Falta el "se".
- (4) En A, "y que ign. me has h."
- (5) En A, "pidiese".
- (6) "efeto".
- (7) En A, "cuidadoso lo he creído".
- (8) "en el hablar".
- (9) "por".

una hora hablando entre sí? ¡Jesús, sin color está!) ¿Qué es, señor, lo que sentís que tan sin color estáis? ¿Qué tenéis? ¿En qué pensáis? ¿Qué es lo que os quiere don Luis que de aquí salió y os deja tan confuso y tan turbado?

D. JUAN. (Ya el corazón, alterado, (*Aparte.*) ni hablar ni fingir me deja.)

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿No puedo saberlo?

D. JUAN. Tiene fundado en eso su intento.

D.<sup>a</sup> CLARA. (Fuerza es callar lo que siento.)

D. JUAN. (Disimular me conviene.)

D.<sup>a</sup> CLARA. Pues, señor, si os persuadís al amor que me debéis, yo os suplico que excuséis la amistad de don Luis en todo cuanto (1) podáis; que no sé qué antipatía tengo con él, que quería que de él por mí os eximáis. (2) Y aunque no os doy causa aquí para no quererle bien, las almas tienen también su república por sí, donde está siempre imperando la lealtad del corazón, y sin decir la oración advierten sólo inspirando. (3) Don Felipe sí es amigo de quien podéis serlo vos.

D. JUAN. (¿Hay tal maldad ¡vive Dios! que le acredita conmigo?)

D.<sup>a</sup> CLARA. Con éste se ha confrontado (4) mi sangre por lo que os quiero. No hay en Madrid caballero tan dinamente estimado; y tal es, que ya con él en nada hace falta a vos.

D. JUAN. Así lo creo, ¡por Dios!; buen amigo tengo en él. (Ea, pensamiento mío, tierra vamos descubriendo; los indicios van creciendo al paso que desconfío.

- (1) En A, "lo que".
- (2) En A, "desimáis".
- (3) En A, "enseñando".
- (4) En A, "confirmado".



Pero aún no es tiempo, detente,  
que a más la razón te obliga,  
porque es necio el que castiga (1)  
por indicios solamente.)

(Sale DON FELIPE, y dentro GUZMÁN y tras él GONZALO.)

GUZMÁN. ¡Detente!

TEODORA. ¡Huye!

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Ay de mí!

Si es don Felipe.

D. JUAN. (¡Ah, traidor,

qué bien ahora mi temor

juzga lo que juzgo en ti!) (2)

D. FELIPE. ¡Detente!

GONZALO. Aparta, señor,

y que es verás este día

respeto y no cobardía

el tenerte a ti temor.

Agradeciendo al sagrado

que para los dos ha sido.

D. FELIPE. Debes de estar sin sentido.

GONZALO. Así siente un enojado,

Y de modo siento en mí,

que no estoy ni puedo estar

dos dedos de reventar

en no desfogado aquí.

D. FELIPE. Salte allá fuera.

D. JUAN. Primero

sabré, con vuestra licencia,

la causa de esta pendencia.—

¿Qué es esto?

GONZALO. Este majadero,

criado de aquel señor

que se la quiso pegar

a su amigo, sin mirar

en su amistad y en su honor,

ha más de tres cuartos de hora

que sin temor ni respeto

en un rincón, y en secreto,

ha estado hablando a Teodora,

muy puesto de medio lado

su sombrerito enfadoso,

ojiabierto y muy glorioso

el semblante enamorado.

El señor medio figura,

que, juro a tal, que no viene

a ser hombre entero y tiene  
las tres partes de criatura. (1)  
Si siente que la criada  
es algo resbaladiza,  
¿por qué no toma ceniza  
en aquella cuchillada  
que alcanzó?

D. FELIPE. (¡Majadero,  
que está aquí el señor don Juan!)

Y vos id con Dios, galán,

y que advirtáis sólo quiero

que cuando él fuera por sí

remiso en el castigaros,

no lo seré yo en cortaros

las piernas si entráis aquí.

Y que así se lo digáis

también a vuestro amo quiero,

que él es tan buen caballero

que os dirá que no vengáis.

Y él por sí os sabrá advertir

de lo injusto de este error,

porque no hay culpa mayor

que ofender y reincidir.

GUZMÁN. Yo, señor...

D. JUAN. No digas nada

en tu disculpa, que aquí

solamente para mí

la has menester, y probada

está de suerte conmigo,

que entrar pueden disculpados

en mi casa los criados

del que es tan leal amigo.

Y si alguno ha imaginado

que nadie ofender pretende

mi casa, ése es quien me ofende

con sólo habello pensado.

¡Ay de aquel que a mi opinión

atrevido se opusiere (2)

y de mi ofensa hiciere

capaz su imaginación!

(No pienso que han entendido

las sospechas de mi honor,

porque es propio de un error

entorpecer el sentido.)

Vete con Dios, y desde hoy

entra y sal cuanto quisieres,

sin que más licencia esperes

que a la que ahora te doy.

(1) "porque es nuevo el castigar", que no rima ni tiene buen sentido.

(2) "(Sale GUZMÁN huyendo y tras de él GONZALO y DON FELIPE, deteniéndole.)" Es la acotación anterior que en el manuscrito está aquí.

(1) "locura".

(2) En ambos, "pusiere".

que a tan sencilla amistad  
y lealtad tan ajustada,  
no ha de haber puerta cerrada  
ni estorbo en la voluntad.

GUZMÁN. Bien se debe a su respeto  
esta intención.

D. FELIPE. (Por hablar  
reviento.

GONZALO. Eso fuera dar  
al traste con el secreto.)

D. FELIPE. Mal me sabéis entender;  
que yo, don Juan, le he reñido  
porque se mostró atrevido  
y me volvió a responder. (1)

D.<sup>a</sup> CLARA. Dice muy bien don Felipe;  
que donde puede haber daño  
bien será que sin engaño  
el remedio se anticipe,  
y solamente podéis  
fiaros de su lealtad.

D. JUAN. Si conozco su amistad,  
con el tiempo lo veréis: (2)  
y ninguno en su disculpa  
causas ajenas disponga,  
sino mire por sí y ponga  
su corazón en su culpa.

[(*Tase.*)]

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Qué es esto?

D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Qué puede ser?  
Yo no lo entiendo.

D. FELIPE. Ni yo.

D.<sup>a</sup> CLARA. Esta razón no miró,  
si bien se sabe entender  
al sentido literal,  
que algo escondido hay allí.

D.<sup>a</sup> INÉS. Pues ¿quién tiene culpa aquí?

D. FELIPE. Como tiene por leal  
a don Luis, habrá sentido  
el reñir a su criado.

D.<sup>a</sup> CLARA. La culpa de haber llamado  
su traición lo ha merecido.

D. FELIPE. Por excusar mayor daño  
lo hice, y no tiene (3) ya  
remedio; pero si está  
en el tiempo el desengaño,  
el mismo tiempo ha de hacer  
nuestras partes, avisado (4)

don Luis y condenado (1)  
a sentir y a padecer  
su cautelosa intención;  
que a un pecho desleal  
siempre está siendo fiscal  
la culpa de su traición. (2)

ACTO TERCERO (3)

DE *En los indicios, la culpa.*

(*Salgan GONZALO, GUZMÁN y TEODORA.*)

GUZMÁN. Con licencia de don Juan  
entro y salgo en esta casa.

GONZALO. Si él supiera lo que pasa,  
Dios sabe, hermano Guzmán,  
la dificultad que hubiera  
en el entrar y el salir.  
El ser fuerza proseguir  
con la maraña primera  
nos tiene atadas las manos  
y las lenguas con mordaza;  
mas no fien de la traza  
vuestros intentos villanos.  
No perdáis, Guzmán, el miedo  
de rondarnos la posada,  
que por (4) otra cuchillada  
no nos faltará otro enredo.

GUZMÁN. Yo siempre (5) iglesia me llamo:  
discúlpame la obediencia.

GONZALO. Pues tened, Guzmán, paciencia;  
que si me manda mi amo  
que os muela, os he de moler.

GUZMÁN. Y eso ¿en qué estará fundado?

GONZALO. Eh que también soy criado  
y tengo de obedecer.

¿Qué ajedrez os ha mandado  
que entréis en casa a deshora  
sólo a soplar me a Teodora,  
como el lance mal jugado? (6)

TEODORA. (Juntos Gonzalo y Guzmán.  
¿Qué lindo par se ha juntado

(1) En A, "condenando".

(2) "*Laus Deo. La Virgen fué concebida — sin pecado original.*"

(3) "JORNADA TERCERA."

(4) En A, "para".

(5) En ambos textos, "sirvo", que parece impropio.

(6) "(*Entra TEODORA.*)"

(1) Falta en A esta redondilla.

(2) En A, "sabréis".

(3) "diera".

(4) En A, "acusando".

- para hacerle a un encubado  
compañía, y siempre están  
como gato y perro!) ¿A quién  
le toca el reñir agora?
- GONZALO. ¿Cuál es de los dos, Teodora,  
al que tú quieres más bien?
- TEODORA. Si es que eso va preguntado  
al uso (1) de por acá,  
a los dos, porque no hay ya  
galán que no esté forrado (2)  
uno en otro como capa  
de dos bayetas.
- GONZALO. (3) ¿Abrigo  
queréis vos? Pues no conmigo,  
Penélope de socapa.
- TEODORA. Lo que en la corte se usa  
digo, pero no mis veras,  
que tú solamente dieras  
en el alma garatusa,  
a no querer ser mi esposo  
Guzmán, y por serlo brama.
- GONZALO. Desposado de Jarama  
tendremos si entra en el coso.  
Si es matrimonial tu amor,  
yo renuncio (4) mi derecho;  
hágale muy buen provecho.
- TEODORA. ¿Al fin renuncias, traidor?  
Al que muestras diere aquí  
de más discreto, ese quiero  
que sea en mi amor primero  
y que viva y reine en mí. (5)
- GONZALO. Eso de prueba carece;  
mas si las costumbres son  
parte de la discreción  
y es uno lo que parece,  
jamás yo consejo he dado  
sin que me lo hayan pedido,  
ni con quien haya querido (6)  
porfiar he porfiado.
- TEODORA. ¡Bravo indicio de discreto!
- GUZMÁN. Yo no he prestado a señor,  
ni de ningún hablador (7)  
he fiado mi secreto.
- TEODORA. Mejor. (8)

(1) En A, "el frito de por acá".

(2) En A, "aforrado".

(3) En A, "GUZMÁN."

(4) En A, "remito".

(5) "y que reine agora en mí".

(6) En A, "ni a nadie que no ha querido".

(7) En A, "ni de hombre muy hablador".

(8) "Mayor".

- GONZALO. Jamás (1) con ultraje  
supe hablar, menospreciando  
los que se andan informando  
grandezas de su linaje.
- GUZMÁN. Nunca serví de testigo  
contra el ser de ajena fama.
- GONZALO. Ni yo he enseñado (2) mi dama  
jamás a ningún amigo;  
y para más abreviar,  
si esto todo no ha bastado,  
nunca mohatra he sacado  
ni me he querido casar.

(Salen DOÑA CLARA y DOÑA INÉS.)

- D.<sup>a</sup> INÉS. Mala determinación,  
Gonzalo, es ésta.
- GONZALO. Señora,  
informo.
- D.<sup>a</sup> INÉS. ¿A quién?
- GONZALO. A Teodora.
- D.<sup>a</sup> INÉS. ¿De qué?
- GONZALO. De mi condición.
- D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Qué le hallas al casarte  
que le haces tanto cargo?
- GONZALO. El argumentillo es largo,  
y no quisiera cansarte.
- D.<sup>a</sup> CLARA. Enfados hay, es verdad; (3)  
mas bueno es tener, Gonzalo,  
quien cuide de su regalo,  
a un hombre en la adversidad,  
si le duele la cabeza.
- GONZALO. Bueno es; pero peor  
tener quien cause el dolor.
- TEODORA. El es una gentil pieza.
- GONZALO. ¿Qué dolor llegar pudiera  
a un rostro cada mañana  
y pagar cada semana  
seis reales de lavandera?  
¿Y hay quien tal pague y que vi-  
Temblándolo estoy ahora. [va? (4)  
Pues ¿qué, si acaso, señora,  
es la unión engendrativa?  
Cuando no oirá (5) un casado  
sino sólo la memoria  
de la ropa sucia, ¿es gloria  
el librarse de este enfado,

(1) "Siempre".

(2) En A, "yo enseñado mi dama".

(3) En A, "Enfados hay que sentir", pero no  
rima.

(4) "Que hay quien tal pague y viva".

(5) En A, "oyera".

diez y siete tocadores,  
un cosido de rodillas,  
tres valonas, seis mantillas  
y catorce metedores;  
dos lienzo, seis avatales,  
cuatro escofietas labradas;  
item más, cinco almohadas  
y treinta y siete pañales?  
Y después de estas mohinas,  
seis camisas que se ofrecen  
tan sangrientas, que parecen  
túnicas de diciplinas.

Pues ¿qué, si hay niños crecidos, (1)  
y es la señora aplicada,  
muy honrada y muy mirada  
en que no anden distraídos?  
¿Lo que es verla levantar (2)  
al caporal sacrificio  
de mañana, dando indicio  
de que quiere reventar,  
y tras de seis desacatos, (3)  
decir medio suspirando,  
gimiendo y arrepunjando:  
“Perico está sin zapatos”?

D.<sup>a</sup> INÉS. Para lo que yo procuro,  
tengo aquí un gentil tercero.

D.<sup>a</sup> CLARA. Dejados solas.

GONZALO. Yo quiero  
saber si quedo seguro.

TEODORA. Discretos tan igualmente  
me habéis los dos parecido,  
que no ha de ser escogido  
ninguno por lo presente.  
Demás de que puede ser  
que informéis apasionado,  
y así, para ser juzgado,  
mayor prueba es menester.  
A aquel que con más primor  
le hiciere al otro un engaño,  
ése (4) ha de ser todo el año  
el absoluto señor.

GUZMÁN. Por mí, vaya.

GONZALO. El ser mujer  
en la experiencia has mostrado.

TEODORA. ¿Y fúndaslo?

GONZALO. En que has fundado  
en un engaño el saber.

(Vanse TEODORA, GUZMÁN y GONZALO.)

D.<sup>a</sup> INÉS. Cada día crece más  
este fuego en que me abraso,  
y siento que al mismo paso  
vuelve mi esperanza atrás.  
El alma, prima, le he dado  
por los ojos, y parece  
que injuriosamente crece  
su inorancia en mi cuidado;  
en que claramente veo  
que le hace, el no entender,  
estorbo el no me querer,  
y me canso en mi deseo.

D.<sup>a</sup> CLARA. Pues mil ducados de renta  
y tu sangre, partes son  
para que su corazón  
caiga en tu amor y en la cuenta. (1)

D.<sup>a</sup> INÉS. Dame tú que no tuviera  
el alma en otro lugar;  
y en un (2) seguro esperar  
ni dudara ni temiera;  
pero en dos cosas incluyo  
la fuerza de mi temor:  
que es el (3) rendirle a tu (4) amor  
y que se olvide del suyo.

D.<sup>a</sup> CLARA. De esas (5) dos es infalible  
remedio el tiempo. ¡Paciencia!

D.<sup>a</sup> INÉS. Está muy triste en (6) ausencia,  
y paréceme imposible.

D.<sup>a</sup> CLARA. En el golfo de la corte  
con cualquiera fácil viento  
navega el entendimiento  
por muy diferente norte.  
Y amor es inquieto mar  
y anda un alma distraída,  
que aun de sí misma se olvida  
cansada de flutuar.  
Falte la correspondencia,  
y verás que en cuatro días  
hace a sus melancolías  
diferente resistencia. (7)

(1) Sólo en A esta redondilla.

(2) “con”.

(3) “fué”.

(4) “mi”.

(5) “las”.

(6) “en su ausencia”.

(7) Los doce versos anteriores había dicho ya  
Doña CLARA en la pág. 274, aquí parece repetirlos  
deliberadamente.

(1) “niñez crecida”.

(2) “Lo que es verla a todos ratos”.

(3) Faltan en el manuscrito los cuatro anteriores versos.

(4) En A, “éste”.



D.<sup>a</sup> INÉS. Y yo ¿qué he de hacer?

D.<sup>a</sup> CLARA. Callar,  
obligando y mereciendo;  
que este amor curso va haciendo  
y ha de volver (1) a menguar.  
¿Qué hace?

D.<sup>a</sup> INÉS. Escribiendo está  
a Barcelona.

D.<sup>a</sup> CLARA. El coger  
estas cartas ha de ser  
importante; que si allá,  
en su (2) amorosa inquietud  
de su dama, que no ha escrito,  
inorante en su delito,  
culpará su ingratitud,  
y podrá ser que, ofendida,  
se enoje y no escriba más, (3)  
y él también, y así podrás  
fácilmente ser querida.

D.<sup>a</sup> INÉS. Lindamente lo has pensado;  
alabo, prima, el intento.

D.<sup>a</sup> CLARA. Pues sólo a tu casamiento  
y al estorbar un pecado  
lo debes, que yo por mí  
bien poco inclinada soy  
a enredos.

D.<sup>a</sup> INÉS. Pensando estoy  
si ha de ser posible aquí  
que le podamos tomar  
las cartas.

D.<sup>a</sup> CLARA. Gonzalo viene.

D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Que he de hacer?

D.<sup>a</sup> CLARA. Callar conviene.—  
¿Adónde vas?

(Sale GONZALO.)

GONZALO. A llevar  
cartas al Correo.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Jesús, mil veces!

GONZALO. ¿Qué has visto?

D.<sup>a</sup> CLARA. Que estás, Gonzalo, malquisto  
con tu misma vida creo.  
Si el que las otras tomó  
trae comisión de mataros,  
mal hacéis de aventuraros; (4)  
y pienso, y pienso bien yo,  
que haya de estarte esperando

en la estafeta, por ver  
adónde entras al volver;  
y si al venirte espiando  
le da gana de abreviar  
porque le quede que hacer  
menos, se ha de resolver  
si es hombre y te ha de matar;  
justo es que a mí me parezca...

D.<sup>a</sup> INÉS. Así en el alma me toca.

GONZALO. Dios ha inspirado tu boca  
para que yo no perezca.  
¿No es bueno que no he podido  
alegrarme en todo el día?  
Toda la tristeza mía  
era esto, hoy he nacido.  
A los oídos parece  
que me decía: "No vayas."  
Si no lo estorban las sayas,  
el pie que menos merece  
de los dos tuyos, señora,  
besar me deja.

D.<sup>a</sup> CLARA. El que inora  
¿qué desairado agradece!  
Mientras las lleva un criado,  
sólo que te escondas quiero.

GONZALO. Ser tu humilde esclavo espero,  
pues mi vida has restaurado.  
Aun bien que no hay lista ahora  
donde pueda ver si yo  
las he llevado o si no;  
tú has sido mi redentora,  
que si las fuera a llevar,  
tras lo que he sabido aquí,  
esta es la hora que a mí  
me llevaban a enterrar.

(Vase.) (1)

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Qué dices?

D.<sup>a</sup> INÉS. Que a ingenio tal  
se rinde ya el (2) pensamiento;  
que es al fin tu (3) entendimiento  
digno de bronce inmortal.

D.<sup>a</sup> CLARA. Con ésta cubierta yo  
no más descuido.

D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Por qué?

D.<sup>a</sup> CLARA. Porque la otra me eché  
en la manga y se cayó.

D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Qué importa?

(1) En A, "venir".

(2) "Ia".

(3) En A, "se vengue en no escribir más".

(4) En A, "a los dos, y anda a buscaros".

(1) Falta en A esta acotación.

(2) "rinde mi".

(3) En A, "que es tal entendimiento".

D.<sup>a</sup> CLARA. Púdola hallar  
don Felipe en nuestro daño,  
porque en (1) ella aqueste engaño  
es fácil de interpretar.

D.<sup>a</sup> INÉS. Bien dices, que en todo estás.

D.<sup>a</sup> CLARA. En los engaños ajenos,  
por no advertir en lo menos,  
se suele perder lo más.

D.<sup>a</sup> INÉS. Esa que no está cerrada,  
¿del amigo será?

D.<sup>a</sup> CLARA. Sí.  
También la otra rompí,  
que de éstas no quiero nada.

(Sale CAMPUZANO.)

CAMPUZ. ¿Ha de salir vuesancé  
esta tarde?

D.<sup>a</sup> CLARA. Campuzano,  
¿vos no veis que es muy temprano?  
Después os avisaré.  
Idos con Dios, y por mí  
una cosa habéis de hacer.

CAMPUZ. En todo he de obedecer,  
que para eso nací.

D.<sup>a</sup> CLARA. Que os ha de preguntar creo,  
Gonzalo, que adónde vais.

CAMPUZ. ¿Y qué diré?

D.<sup>a</sup> CLARA. Que lleváis  
unas cartas al Correo.

CAMPUZ. Sin que falte una hebillita,  
lo diré, a fe de quien soy.  
Para con Gonzalo voy  
con cartas a la estafeta.

(Vase.)

D.<sup>a</sup> CLARA. Como se entró el escudero,  
también pudiera don Juan  
y don Felipe, que están  
en casa.

D.<sup>a</sup> INÉS. Veré primero  
si parecen. ¡Ay de mí,  
don Juan viene!

D.<sup>a</sup> CLARA. Pues no leo.

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. (Todo cuanto miro y veo  
son indicios contra mí.  
Las dos se han alborotado  
sólo de verme venir.

Aquí me importa fingir  
y llegar más descuidado.)  
Parece que estáis con pena.  
¿No estáis buena?

D.<sup>a</sup> CLARA. No, señor.

D. JUAN. (Más lo acertara mi honor  
si dijera no sois buena.)  
Idos de aquí.

D.<sup>a</sup> CLARA. (¿Qué he de hacer,  
que no lo entiendo?

D.<sup>a</sup> INÉS. Ni yo.  
¿Hasle tú ofendido?

D.<sup>a</sup> CLARA. No.

D.<sup>a</sup> INÉS. Pues no tenéis qué temer.)

(Vanse, y queda solo DON JUAN.) (1)

D. JUAN. Honor que se espera aquí,  
si el pleito está fulminado,  
¿qué indicios habéis hallado  
que no sean contra mí?  
¿En qué fundáis no querer  
que al castigo me anticipe,  
si el día que don Felipe  
me quiso dar a entender  
que recibido no había  
cartas, hallé ésta cubierta  
en mi casa, y descubierta  
su traidora alevosía?  
Y siendo así, ¿qué recelo  
en mi agravio, si ya en él  
hace lenguas de papel  
contra mi bajeza el suelo?  
En un billete me dió  
la acusación del delito,  
y ya en este sobrescrito  
es desengaño en que yo  
pude estar remiso ya,  
de lo que con esto adquiere;  
que le vuelva en sangre quiere  
lo que en el papel me da.  
Su (2) primera acusación  
ya me avisó, cara a cara,  
que mi afrenta consultara  
con mi mismo corazón  
y así lo pretendo hacer.  
Consultor mío, aquí estás;  
resuélvete: más podrás  
como noble responder  
que infama. Si en eso piensa

(1) "porque con".

(1) "(Vanse las dos.)"

(2) En A, "La".

tu valor, soy tu enemigo;  
que al que consulta el castigo  
poco ha sentido la ofensa.  
Esto es hecho; así conviene.  
¡Mi mujer muera!

(Sale TEODORA.)

TEODORA. (¡Ay de mí!  
“¡Muera mi mujer!”), oí.  
¡Buena gala le (1) previene!  
Ya en esto no hay que dudar,  
que el que una vez lo imagina  
y entre sí se determina,  
de veras quiere matar.  
Y quiero, por sí o por no,  
decirle lo que escuché,  
porque si muere, tendré  
culpa en no avisarla yo.

(Vase.)

D. JUAN. Hoy, adúlteros traidores,  
pagáis con pechos villanos  
a la crueldad de mis manos  
vuestros injustos errores.  
¡Las joyas de esta (2) homicida  
me llevaré a reino extraño,  
por hacer menor el daño  
del peligro de la vida!  
¡Y tú, huésped fementido,  
dino de tan feo ultraje,  
paga en sangre el hospedaje,  
pues en lealtad no has querido!

(Salgan DOÑA CLARA y DOÑA INÉS. TEODORA al  
paño.) (3)

TEODORA. (Plega a Dios que si no dijo  
“¡Muera mi mujer!”), que aquí (4)  
un rayo me parta a mí.

D.<sup>a</sup> CLARA. Prima, de lo que me aflijo (5)  
no es porque causa le he dado;  
pero hay ofensas creídas  
por culpas mal entendidas,  
y puede darme cuidado.

D.<sup>a</sup> INÉS. Ser puede que haya sabido  
que don Luís te pretende.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Cómo, si es él quien defiende  
su pretensión, persuadido  
de que la calle pasea  
enamorado de ti,  
y él propio me ha dicho a mí  
que ser tu esposo desea, (1)  
disculpando su intención  
y aprobando el casamiento?

D.<sup>a</sup> INÉS. Según ese pensamiento,  
para conmigo es traición.

TEODORA. ¡Jesús, qué pálido está!

D.<sup>a</sup> CLARA. Llega tú y pregúntale.  
Pero, no; yo llegaré,  
que aunque me amenaza ya  
su castigo y su rigor  
en mi no aprendida culpa,  
parte es (2) también de disculpa  
el hablarle sin temor.)

¿Qué es, señor, lo que tenéis,  
que tan sin color estáis?

¿Qué ofensas imagináis,  
o qué desdichas teméis?

D. JUAN. Dejadnos solos, que tengo  
que hablar en secreto.

TEODORA. (¡Ay, Dios,  
si solos quedan los dos!

D.<sup>a</sup> INÉS. No temas, que yo prevengo  
tu remedio.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Qué es temer?  
Conmigo quedo animosa,  
porque nunca fué medrosa  
la inocencia en la mujer.)

(Váyanse DOÑA INÉS y TEODORA.) (3)

No sólo se han ido ya,  
pero la puerta han cerrado.

D. JUAN. (¡Vive Dios, que me ha turbado  
el ánimo con que está!)

D.<sup>a</sup> CLARA. Solos estamos los dos,  
y he venido a resolverme,  
porque, para defenderme,  
tengo de mi parte a Dios.  
Y este valor me concedo,  
que indicios mal comprobados  
hacen más fe acobardados  
y los introduce el miedo.  
Que vos con vos resolvéis  
mi muerte he sabido, y quiero

(1) En A, “se”.

(2) En A, “de tu”.

(3) En A faltan las palabras “al paño”.

(4) En A falta el “que”; lo pone en el verso  
siguiente.

(5) En A, “de lo que colijo”.

(1) Falta en A esta redondilla.

(2) “para él también me”.

(3) En A añade: “queden solos DON JUAN y  
DOÑA CLARA.”

saber yo de vos primero  
lo que de mí no sabéis.  
Sin causa (1) os determináis  
contra mi pecho inocente,  
y ya que tan fácilmente  
otra vez os resolváis,  
justificad el intento,  
porque de (2) vuestro rigor  
quedarnos pueda el dolor,  
y no el arrepentimiento.  
Y advertid que en mi cuidado  
esto debéis estimar,

(Sale TEODORA y DOÑA INÉS.) (3)

pues aun no os quiero dejar  
la culpa de haber errado.

(Da voces dentro DON FELIPE.) (4)

D. FELIPE. Don Juan, don Felipe soy.  
¡Abridme aquí, o, vive el Cielo,  
que eche esta puerta en el suelo!

D. JUAN. (¡Que cuando dudando estoy  
la culpa de esta mujer,  
halle otro indicio en los dos  
nuevamente! ¡Vive Dios,  
que la viene a defender  
y que en esta pretensión (5)  
se (6) fundó su atrevimiento!  
Disimulad, pensamiento,  
hasta mejor ocasión;  
que, hasta vengarse cruel  
debe el prudente callar;  
que lo que tarda en matar  
vive la bajeza en él.)

(Salgan DON FELIPE, DOÑA INÉS y TEODORA.)

D. FELIPE. ¿Qué es aquesto?

D. JUAN. ¿Qué ha de ser?  
Si vos lo sabéis, yo no.

D. FELIPE. ¿Y vos, señora?

D.<sup>a</sup> CLARA. Ni yo,  
que sólo quise saber,  
sólo de mi esposo aquí,  
lo que de mí ha sospechado.

D. FELIPE. ¿Conmigo tan recatado,  
don Juan? Nunca presumí  
que pudiera el corazón, (1)  
a los (2) que son tan leales  
amigos, en casos tales  
no declarar su intención. (3)  
Cuando esta casa tenéis  
confusa y alborotada,  
y vos, a puerta cerrada,  
atrevido os resolvéis,  
¿vuestro enojo me negáis?

D. JUAN. Advertid que no he cerrado  
la puerta yo, que, engañado,  
con enojo me juzgáis.

D.<sup>a</sup> CLARA. Dice bien; yo la cerré.

D. FELIPE. Según esto, vos, señora,  
os engañáis.

D.<sup>a</sup> INÉS. Teodora  
la causa de todo fué, (4)  
que a don Juan dice que oyó  
decir: “¡Muera mi mujer!”,  
y esto, junto con querer  
quedarse a solas, me dió  
motivo a poder pensar  
que él es quien cerrado había  
esa puerta y que quería...

D. JUAN. ¡Jesús! ¡Aun de imaginar  
en ello estoy sin sentido!  
A ver a un amigo voy,  
que lo es tanto, que le estoy  
justamente (5) agradecido,  
y una joya le quería  
llevar, que es de doña Clara,  
y como el alma repara  
en lo que ella sentiría,  
discurrí en mi pensamiento,  
y, al fin, dije: “Esto ha de ser,  
aunque muera mi mujer  
de enojo y de sentimiento.”  
Ansí, engañado se han.

D.<sup>a</sup> CLARA. Esta es la llave, mi bien.  
Daldas todas, y también  
el escritorio en que están.

(Vase DON JUAN.)

(1) “culpa”.

(2) “y porque a”.

(3) Esta acotación sobra, pues la puerta está  
cerrada y no la abre don Juan hasta que llama don  
Felipe.

(4) En A, “(Dentro DON FELIPE.)”

(5) En A, “protección”.

(6) En A, “lo”.

(1) En A falta este verso.

(2) En A, “que los”.

(3) En A, “pudieron tratarse así”. No rima.

(4) En A este pasaje dice:

“D. FELIPE. Según eso, vos, señora,  
os engañasteis ahora.

D.<sup>a</sup> INÉS. Teodora la causa fué.”

(5) En A, “juntamente”.



GONZALO. Lo de aquel inquisidor de Toledo encaja aquí. Tenía un hidalgo allí, con fragantísimo olor, un naranjo, y a él un día antojósele enviar por un poco de azahar, y el que el recado traía, en su casa no le halló, y por no se detener, que era hora de comer, dicho a su mujer dejó, cansado ya de esperar, que de parte del señor don Fulano, inquisidor, le buscaba un familiar. Pero apenas del recado el hidalgo se informó, cuando en pie se corrompió, sin poder comer bocado. Cuanto hizo y cuanto dijo en su vida y nacimiento, revolió en su pensamiento con un discurso prolijo, (1) y llegando averiguar después a lo que venía, y que por más volvería volviéndosele antojar, el hidalgo respondió: "¡Juro a Dios, no he de tener (2) otra vez a qué volver!" Y el naranjo le envió. Y a ti el cuento te acomodo, pues tú, por no tener más, no sólo las joyas das, pero el escritorio y todo.

D. FELIPE. Desairadísimo error ha sido el que aquí ha causado el inorante cuidado de un engañado temor.

(Vase.)

TEODORA. ¡Corrida estoy y sin mí!  
Sabe el Cielo lo que siento...

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Mal haya el atrevimiento y yo porque te creí!

(Vase.)

D.<sup>a</sup> INÉS. Nunca en nada acierta quien se resuelve en lo que inora.

(Vase.)

TEODORA. ¿Falta ya más?

GONZALO. Sí, Teodora: mi salmorejo también.

TEODORA. Pues date prisa a engañar a Guzmán, y no a reñir, que me tengo de aburrir, Gonzalo, y me he de casar.

(Vase.)

GONZALO. Trocado el sentido fué, que el que ha de ser tu marido ha de ser el aburrido. Pero yo le engañaré; ya traigo para el engaño cierta invención, que ha de ser la trampa en que ha de caer sin que conozca su daño. ¡Ea, raro ingenio mío! hoy quiero que me ayudéis, que vos a mí me debéis lo que yo de vos confío. Dormido me he de fingir y roncar a media rienda, porque así Guzmán entienda que por aquí ha de venir. Si como está imaginado por mí ha de suceder, engañarme ha de querer, y ha de quedar engañado. En la estacada está ya, ¡A lindo tiempo ha venido amoroso y derretido!

(Echase a dormir, y sale GUZMÁN y TEODORA.)

GUZMÁN. ¿Qué es esto? Durmiendo está, sin duda.

TEODORA. ¿Gonzalo?

GUZMÁN. ¡Quedo!

TEODORA. Su amo le está llamando.

GUZMÁN. ¿Qué importa, si está roncando?

TEODORA. Imposible es que haya un credo que quedó despierto.

GUZMÁN. Espera si quieres verle engañado. El lienzo se le ha quedado fuera de la faltriquera, y en él pienso que hay dinero.

(1) Faltan en A este verso y el anterior.

(2) En A, "juro a tal que no ha de haber".

TEODORA. Pues ¿en qué le has de engañar?

GUZMÁN. De aquí puede resultar algún engaño, y ver quiero si lo ordeno y lo dispongo.

TEODORA. Poco apretado está el nudo.

GUZMÁN. ¡Por Dios vivo, que es escudo! Como él estaba lo pongo.

TEODORA. Mira que éste es socarrón.

GUZMÁN. ¿En qué engañarme podrá, si tengo el escudo acá (1) y él duerme como un lirón? Llámale.

TEODORA. ¡Extraña modorra!— ¿Gonzalo? ¿Hijo? (Sospecho que este bellaco se ha hecho mortecino como zorra.) ¡Hola! ¡Aho!

GONZALO. ¿Hay tal porfía en recordar a un cristiano?

TEODORA. Vuelve en ti.

GONZALO. ¿Qué luterano no duerme un poco de día, y más cuando está afligido?

TEODORA. ¿Qué aflicción tienes ahora?

GONZALO. ¿Qué aflicción tengo, Teodora? ¡Nunca yo hubiera nacido! Veinte escudos que tenía de mi amo le he jugado con un fullero taimado, pensando que no sabía. Por la compuesta le alcé, y tanto del juego inoro, que, de veinte escudos de oro, con uno me levanté.

GUZMÁN. ¿Uno? ¡Jesús! ¡No se cuenta del Cid tan gran valentía! Hombre que perdido había diez y nueve, ¿se contenta con uno, sin probarle él? (2) ¡Esta es muy gran chilindrina!

GONZALO. Hicelo de alicantina y levánteme con él.

GUZMÁN. En mi vida me he dormido de pena teniendo yo, Gonzalo, un escudo, no. ¡Sueño de tu sueño ha sido! ¿Un escudo de oro tú? A que es mentira apostara el un ojo de la cara.

GONZALO. Pues, hombre de Bercebú, si en un lenzuelo lo até con esta mano y con ésta, ¿para qué haces esa apuesta contra lo mismo que sé?

GUZMÁN. Porque puedo yo apostar y aventurarme a perder. (Sólo por aquí ha de ser por donde le he de engañar.)

GONZALO. Mira, Guzmán, que sé yo que tengo el escudo.

GUZMÁN. Digo que va de apuesta conmigo.

GONZALO. ¿A que no le tengo?

GUZMÁN. No.

GONZALO. ¿Cuánto va?

GUZMÁN. ¡Pobre Gonzalo! De esta vez, como a inocente, se la pego lindamente. De la vista le señalo.) ¿Qué va?

GONZALO. El quedar condenado a decir de aquí adelante que es necio y que es inorante el que fuese el engañado.

GUZMÁN. ¿Qué más?

GONZALO. Que quede él excluido en el amor de Teodora, con una mamona ahora, porque quede más corrido.

TEODORA. ¡Qué bien le carga la mano! ¡De discreto pierde el nombre!

GUZMÁN. (Como en el juego del hombre, puedo decir: "Yo me gano.") ¿Serás firme enamorada del que aquí ganare?

TEODORA. Sí.

GUZMÁN. Pues va de apuesta.

GONZALO. ¡Ay de ti!

(Saque GONZALO el lienzo y en la otra punta un escudo.)

GUZMÁN. Pues, ¿cómo es esto?

GONZALO. No es nada. A ésta llaman la dormida los del arte militar.

GUZMÁN. ¿Hay tal modo de engañar?

TEODORA. (Casi en parte estoy corrida.)

GONZALO. ¡Oigan! ¡Y cuál se ha quedado!

GUZMÁN. Pues ¿cómo es esto, señores? Luego yo, en estos amores, ¿vengo a ser el engañado?

(1) "ya".

(2) En A, "o eres novel?"

GONZALO. En ese otro ñudo estaba este escudo que tomé.  
 GUZMÁN. ¿Esa fué la trampa?  
 GONZALO. Y fué lo mismo que yo esperaba. De vuestros ciegos intentos os resultó vuestro daño, porque fué engaño de engaño, y es como cuento de cuentos. ¡Ea, hermano Guzmanito, ponga el rostro y la persona en orden para mamona!

TEODORA. ¡Gonzalo!

GONZALO. ¡Por Dios bendito, que está ya determinada!

GUZMÁN. ¡Antes nos hemos de hacer pedazos!

GONZALO. Eso ha de ser después ya de estar sellada.

(Sale DON FELIPE.)

D. FELIPE. ¿Qué es aquesto?

GONZALO. La mamona de una apuesta que he ganado.

TEODORA. Bástale el haber quedado corrido como una mona. Yo soy el juez aquí y le absuelvo de la culpa de la mamona en disculpa de haberme perdido a mí. Para él no es de interés esta que quitarle intentas.

GUZMÁN. Pues con las mil y quinientas tengo de apelar después.

GONZALO. Bueno está ya.

D. FELIPE. Hacedme gusto de no entrar aquí, Guzmán, aunque os lo mande don Juan.

GUZMÁN. El obedecerte es justo.

D. FELIPE. ¡Haceldo así, o, vive el Cielo, que del corredor más alto habéis de bajar de un salto arrepentido hasta el suelo!

GUZMÁN. ¿Volatín en seco? ¡Malo!

(Vase.)

TEODORA. Para conmigo, desde hoy carta de pago te doy, que tú eres mi bien, Gonzalo.

(Vase.)

D. FELIPE. Hoy me voy a una posada. Pon mi ropa en orden luego.

GONZALO. Sólo que digas te ruego en qué lo fundas.

D. FELIPE. En nada.

GONZALO. Dímelo, señor.

D. FELIPE. No veo con el gusto que solía a don Juan, y no quería cansarle, que en Madrid creo que esto del aposentar, por ser en cualquiera casa la comodidad escasa, suele a las veces cansar. A nada de cuanto digo responde derechamente, y parece que no siente como verdadero amigo. Y esto, con no haber tenido carta de mi ausente dueño, me quita, Gonzalo, el sueño y me trae sin sentido.

GONZALO. ¿Que aún te dura todavía esa pasión? (1)

D. FELIPE. Y de suerte, que sólo podrá la muerte borrarla del alma mía.

GONZALO. Pues si tanto se atropella ese amor introducido, yo mataré a su marido y casarás-te con ella. (2)

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. ¡Oh, traidores! ¡Vive Dios, que aquí se están conjurando (3) contra mi vida y trazando mi muerte juntos los dos!)

(Salgan DOÑA CLARA y DOÑA INÉS.)

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Notable gusto, Gonzalo, me ha dado el engaño a mí!

D. JUAN. (Otro indicio más aquí, y éste ya (4) del todo malo, pues que publica gustosa el engaño de aquel día de las cartas.)

D.<sup>a</sup> CLARA. A fe mía que fué la traza ingeniosa.

(1) En A, "esa porfía".

(2) Esta redondilla sólo en A.

(3) En A, "conspirando".

(4) En A, "ya es".

GONZALO. Don Felipe, mi señor,  
quiere irse a una posada.

D.<sup>a</sup> INÉS. ¡Ay, prima, aquí es acabada  
la esperanza de mi amor!) '

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Irse de mi casa? No.  
Más posible se me hiciera  
que don Juan de ella se fuera.  
No puedo creerlo yo.—  
Con iros menospreciáis  
la voluntad que ofendéis,  
que a esta casa le debéis  
más amor del que pensáis.

D. JUAN. (Los dos perderán la vida.  
¡Aquí no hay más que esperar!  
Las joyas voy a tomar  
y a prevenir mi partida.)

(*Vase.*)

D. FELIPE. No parece que don Juan  
anda gustoso estos días,  
y algunas melancolías  
suyas indicios me dan  
que le canso.

D.<sup>a</sup> CLARA. De ese modo,  
yo le canso solamente,  
pues conmigo es diferente  
de lo que solía en todo;  
pero quíerole decir  
vuestra intención, por que enmiende  
su condición, si pretende  
obligar y persuadir.

D. FELIPE. Esperad, señora.

D.<sup>a</sup> INÉS. ¡Ah, prima!

D.<sup>a</sup> CLARA. Mal tu intento satisface.

D. FELIPE. Tenedla vos.

D.<sup>a</sup> INÉS. Esto hace  
quien con el alma os estima.

(*Vanse.*) (1)

D. FELIPE. ¿Qué hay, Gonzalo?

GONZALO. ¿Qué tenemos?

¿Reina Barcelona?

D. FELIPE. No,  
que ya ese amor se trocó  
por otros nuevos extremos.

GONZALO. Luego ¿no es ese tormento  
el que tú has disimulado?

D. FELIPE. No, amigo, y, de avergonzado,  
no publico lo que siento;  
por haber encarecido

mi ya olvidada afición  
no declaro mi pasión  
y callo lo que he sentido.  
Por doña Inés me resisto  
en mi (1) amor.

GONZALO. Pues, ¡vive Dios!,  
que estáis de un color los dos.  
¿Es posible que no has visto  
en sus ojos su afición?

D. FELIPE. Nunca mis venturas creo.  
Mas diréle mi deseo  
en la primera ocasión.

(*Vanse, y sale DON JUAN con un papel.*)

D. JUAN. No hay rincón que no me dé  
indicios de mi deshonra.  
¡Ay, desdicha mía! ¡Ay, honra!  
En el escritorio hallé  
este papel, que confirma  
de don Felipe el cuidado.  
¡Ah, traidor! ¡Qué recatado!  
Con flecha viene y sin firma.

(*Lea:*)

“Después que por mí pasáis  
tantos disgustos, bien mío,  
más de vuestro amor confío.  
Viviendo yo, no temáis,  
si es que temerosa estáis  
de vuestro esposo cruel,  
porque en mi pecho fiel  
júntase el alma a los dos. (2)  
Os guarda una vida a vos  
y una muerte para él.”  
Don Luis viene.

(*Sale DON LUIS y GUZMÁN.*)

D. LUIS. (En efeto,  
que te engañó su criado,  
pues otro traigo pensado  
más ingenioso y discreto,  
con que don Juan y su amigo  
se ausenten de aquesta casa,  
porque el fuego que me abrasa  
haga premio a mi castigo.)  
Los que de su amigo tienen  
tan a su cargo el honor,  
siempre le miran mejor  
que los que no le previenen.  
¿De mí os habéis de fiar  
en esta ocasión?

(1) En A, “su”.

(2) En A, “juntas el alma”.

(1) A añade, “y queda DON FELIPE y GONZALO”.



D. JUAN. Sí haré.  
 D. LUIS. A un hombre desafié,  
 a quien vos debéis matar.  
 De vuestra parte le dije  
 que en el Angel le esperáis;  
 que como obligado estáis  
 y mi voluntad se rige  
 por vuestro honor no (1) he querido  
 que nadie llegue a pensar  
 que el valor puede faltar  
 en vos, estando ofendido.  
 Engañado, irá a llevaros  
 vuestro enemigo un papel:  
 su culpa veréis (2) en él,  
 y en qué os obliga a vengaros.

D. JUAN. (Si replico, ha de pensar  
 que en mí es falta de valor.  
 Y así, escojo por mejor  
 el ir al campo y callar;  
 demás de que puede ser  
 que otro desengaño sea  
 de los que el alma desea  
 de este hombre y esta mujer.)  
 Que sois amigo os concedo,  
 y en la obligación que estoy,  
 a esperar al Angel voy.

(Vase.)

D. LUIS. Id con Dios. ¡Notable enredo!

GUZMÁN. Yo lo inoro.

D. LUIS. No me espanto,  
 que tú le irás entendiendo  
 como yo le vaya haciendo.

GUZMÁN. ¡De tus traiciones me espanto!

(Salgan DON FELIPE y DOÑA CLARA.)

D. LUIS. ¿Cómo estáis tan descuidado,  
 señor don Felipe, aquí,  
 cuando don Juan...

D. FELIPE. (¡Ay de mí!)

D. LUIS. Va al campo desafiado?

D. FELIPE. ¿Con quién?

D. LUIS. Con un caballero  
 que es su amigo, y yo quisiera  
 que, para que se volviera,  
 fuerais vos el medianero,  
 que su contrario le da  
 muy grande satisfacción

(Dale un papel.)

en éste, y si con razón  
 se juzga, él se volverá.

D. FELIPE. (De esto, sin duda, han nacido  
 las tristezas de estos días.)  
 Voy por él.

(Vase.)

GUZMÁN. (Con la de Urías  
 le daba, a ser su marido.)

D.<sup>a</sup> CLARA. Esta es la cosa primera  
 en que me habéis obligado,  
 y en la que mi fe ha mostrado  
 su resolución postrera.

D. LUIS. Bronce animal, alma en nieve,  
 ¿hasta cuándo ha de durar  
 el resolverte a negar  
 lo que tu pecho me debe?

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Luego hasta ahora te dura  
 tu mal fundada intención?

D. LUIS. ¿Cómo, si en mi corazón  
 es inmortal tu hermosura,  
 me podré olvidar de ti  
 en tan justa voluntad?

D.<sup>a</sup> CLARA. Confiriendo tu lealtad  
 con el dolor que hay en mí,  
 y quedarás satisfecho,  
 que en tu defensa y abono;  
 cuanto has dicho te perdono  
 por sólo lo que hoy has hecho.

(Vase.)

D. LUIS. En achaque de que espero  
 a don Juan he de esperar  
 aquí la noche y lograr,  
 Guzmán, el lance postrero.  
 En el papel que ha llevado  
 don Felipe, sin disculpa  
 lleva por suya mi culpa  
 y va con ella engañado.  
 Don Juan inorante espera;  
 uno y otro es valeroso,  
 y ya en el campo, es forzoso  
 que el uno de los dos muera.  
 Y así, en esta casa haré  
 más segura mi asistencia,  
 y con menos resistencia  
 porfiando venceré.

GUZMÁN. Mira...

D. LUIS. No hay que replicar,  
 que mi engaño me asegura  
 que aquel que no se aventura  
 dicen que no pasa el mar.

(1) "amor he".

(2) En A, "sabréis".

(*Vanse. Sale DON JUAN.*)

D. JUAN. ¡Válgame Dios! ¿Quién será el hombre que espero aquí? Don Felipe viene allí.  
¿Si tray papel? Sí trairá. Parte de mi honor le alcanza a don Luis, y así ha querido, porque mi afrenta ha sabido, solicitar mi venganza.

(*Sale DON FELIPE con el papel que le dió DON LUIS.*)

D. FELIPE. Pues ¿cómo es esto, don Juan? Cuando en mí un alma tenéis de quien fiaros podéis, ¿son otros los que me dan nuevas de vuestro disgusto? El mismo que os desafia este papel os envía. Culpado en él por injusto su atrevido proceder y perdonando esta culpa, en leyendo su disculpa nos habemos de volver.

D. JUAN. (El no sabe a lo que viene porque está en la suya ciego; verá lo que dice, y luego hará lo que me conviene.)  
(*Lea:*)

"El que este papel te da a tu mujer te pretende. Mátales, pues que (1) te ofende que a eso solamente va."

D. FELIPE. No pongáis dificultad en creer ese papel, porque cuanto dice en él el que os escribe es verdad.

D. JUAN. Pues esto es lo que he de hacer. Sacad la espada conmigo.

(*Mete mano DON JUAN solo, y DON FELIPE anda mirando (2) por detrás si hay alguno.*)

D. FELIPE. ¿Contra quién?

D. JUAN. Contra un amigo sin dicha en saberlo ser.

D. FELIPE. ¿Qué es esto, don Juan?

D. JUAN. ¡Traidor, el remitir a mi mano contra ese pecho villano la venganza de mi honor!

D. FELIPE. Yo no he de sacar la espada sin saber en qué os ofendo.

D. JUAN. Con éste dejar pretendo vuestra culpa comprobada.

(*Arrójele el papel que halló en el escritorio de DOÑA CLARA.*)

D. FELIPE. Esta es la carta que yo a Barcelona escribí.

D. JUAN. ¿Que vos me ofendéis a mí no dice ese papel?

D. FELIPE. No.

D. JUAN. Troqué el papel torpemente. Algún engaño hay aquí.

(*Dale otro.*)

Y éste, ¿no lo dice?

D. FELIPE. Sí; pero el que lo dice miente. Don Juan, en el campo estamos; con prudencia averigüemos la ocasión que aquí tenemos para reñir y riñamos. ¿Cómo está en vuestro poder la carta que yo escribía?

D. JUAN. Pues ¿y cómo la tenía en el suyo mi mujer?

D. FELIPE. Ella misma lo dirá, que en eso estoy inorante.

D. JUAN. (Casi con solo el semblante me va convenciendo ya, que parece que le abona.) ¿A cuál marido decía Gonzalo que mataría por vos?

D. FELIPE. Al de Barcelona; que como a su esposa bella me ve tan rendido ya, dice que le matará por que me case con ella.

D. JUAN. (Si todo lo que he pensado de esta misma suerte ha sido, culpas de apariencia han sido y yo he vivido engañado.)

D. FELIPE. Si pruebo que en esta ofensa él solo ha sido el traidor y que es contra vuestro honor todo cuanto dice y piensa, ¿qué diréis?

D. JUAN. Que de los dos él es el injusto amigo, haciendo en él el castigo que determinaba en vos.

(1) "porque".

(2) En A, "DON FELIPE ha de andar buscando".

D. FELIPE. Un hombre que le he de hacer  
que él mismo envíe a llamar,  
del caso os ha de informar  
y os ha de satisfacer;  
y cuando esto no sea así (1)  
ni lo que he dicho suceda,  
el mismo valor os queda  
para vengaros en mí.

D. JUAN. ¿En qué funda don Luís  
el decir que me ofendéis?

D. FELIPE. Esto (2) es lo que no sabéis  
por lo que no discurrís.  
El camino que ha llevado  
su intento tengo entendido:  
dividirnos ha querido  
por dar fin a su cuidado.  
Si el principio de este error  
queréis saber lo que ha sido,  
seguidme.

D. JUAN. (Ya estoy metido  
en otro abismo mayor;  
pero es justo averiguar  
la traición que puede haber,  
que no se ha de resolver  
el que tiene que dudar.)

D. FELIPE. Don Juan, ¿en qué os resolvéis?

D. JUAN. En que al lugar nos volvamos  
a probar su culpa.

D. FELIPE. Vamos,  
que yo sé que la sabréis.

(*Vanse, y salgan DOÑA CLARA, DOÑA INÉS, TEODORA,  
DON LUIS y GUZMÁN.*)

D.<sup>a</sup> CLARA. Con gran cuidado me tiene  
la tardanza de mi esposo.

D. LUIS. (Mil veces yo venturoso  
si por mi enredo no viene.  
Apresura, sol, el paso  
de tu carrera, pues veo  
hecho oriente mi deseo  
por la parte de tu ocaso;  
y tú, noche temerosa,  
confusa madre del miedo,  
llega, que sin ti no puedo  
ver mi esperanza dichosa.)

D.<sup>a</sup> CLARA. Descortés habéis andado  
en estaros aquí ahora. (3)

(1) En A no hay "esto".

(2) En A, "eso".

(3) "Poco amigo habéis andado,  
pues os estáis aquí agora."

D. LUIS. Yo asisto siempre, (1) señora,  
adonde está mi cuidado.

D.<sup>a</sup> CLARA. Pues resueltamente os pido  
que os olvidéis de mi amor,  
que hacéis la ofensa mayor  
perseverando atrevido;  
y el haber disimulado  
con vos, don Luís, hasta aquí,  
no ha sido virtud en mí,  
sino haberme yo fundado  
sólo en que inore mi esposo  
vuestro injusto pensamiento;  
que aunque âtajar este intento  
fuera el medio más honroso,  
mujer que da a su marido  
ocasión a que se pierda,  
una de dos: o no es cuerda,  
o le tiene aborrecido.  
Idos con Dios, que vendrá,  
y si queréis esperalle,  
mejor lo haréis en la calle,  
supuesto que sabe ya  
don Felipe la intención  
con que en esta casa entráis.

D. LUIS. ¿Resuelta, en efeto, estáis?

D.<sup>a</sup> INÉS. Tiene mi prima razón,  
y que os vais de aquí es muy justo.

D. LUIS. Pues bien podéis perdonar  
las dos, que aquí me he de estar  
esta noche por mi gusto;  
y nadie culpa me dé.  
que yo sé que no vendrán  
don Felipe ni don Juan  
aunque hasta el alba me esté.

(*Salgan DON JUAN, DON FELIPE y GONZALO.*)

D. FELIPE. En buena parte le hallamos.

GONZALO. También Guzmán está aquí.

D. LUIS. (¡Perdido soy, (2) ay de mí!)

GUZMÁN. (Al traste pienso que damos.)

D. FELIPE. Para un negocio en que yo  
a don Juan tengo que hablar,  
quiero que inviéis a llamar  
aquel hombre que os hirió.

D. JUAN. (¡Vive Dios, que no está en sí!  
De su culpa va informando.) (3)

GUZMÁN. Yo, señor, iré volando.

D. FELIPE. ¿Adónde, si estoy yo aquí?

(1) "Va mi corazón".

(2) "estoy".

(3) En A, "a informar".

O habéis de perder la vida  
u el hombre ha de parecer,  
porque de él se ha de saber  
la causa de vuestra herida. (1)

GUZMÁN. (El huír sólo es remedio. (2)  
Vete, que te han de matar.)

D. LUIS. Tú la puedes declarar.

(Vase.)

GONZALO. Sí, que él pone tierra en medio.

D. JUAN. ¡Espera, aguarda, villano!

D. FELIPE. No le sigáis, que aquí está  
un testigo que dirá  
la verdad.

GUZMÁN. Detén la mano.

D. FELIPE. Como la diga sí haré  
y desde aquí te perdono,  
porque tienes en tu abono  
el servir.

GUZMÁN. Yo la diré.  
Tú eres quien le hirió, señor,  
aunque el caso disfrazaste,  
aquella noche que usaste  
de tu prudencia y valor.  
En esta casa quería  
entrar atrevidamente,  
lleno de un vano accidente  
que en su loco amor tenía.  
Y, ofendido y despreciado,  
contra ti un papel echó  
aquí.

D. JUAN. Y, engañado yo,  
en él fundé mi cuidado.

D. FELIPE. Pues vete y avísale  
que se vaya del lugar,  
porque en él le he de matar  
si le encuentro.

GUZMÁN. Sí diré.

(Vase.)

GONZALO. Pues ¿de esa suerte le dejas  
ir? (3)

D. FELIPE. ¿Qué quieres (1) hacer de él?

GONZALO. Cortalle, y no soy cruel,  
no más de las dos orejas.

D. JUAN. ¡Ay, amigo de mis ojos,  
mil veces beso tus plantas,  
perdonándome otras tantas  
mi inorancia y tus enojos!

D. FELIPE. Tu buen celo te disculpa;  
que en mi noble proceder,  
sólo pudiera tener,  
*en los indicios, la culpa.*

D. JUAN. ¿Quién a vos la carta os dió  
que a Barcelona escribía  
don Felipe?

D.<sup>a</sup> CLARA. Prima mía,  
aquí entras agora.

D.<sup>a</sup> INÉS. Yo.  
Perdone amor mi delito,  
la carta que él escribía  
y la que de allá venía  
cogí.

D. JUAN. Este fué el sobrescrito.

D. FELIPE. A saberlo yo, señora,  
por vuestro amor, del pasado  
estuviera ya olvidado;  
pero, vuestro desde ahora,  
la mano de esposo os doy.

D.<sup>a</sup> INÉS. Y yo el alma con la mía.

TEODORA. ¿Y tú, Gonzalo?

GONZALO. A Turquía  
a ser soltero me voy;  
y cuando fáciles modos  
de ser soltero no hubiera,  
no me casara, siquiera  
porque lo han pensado todos.  
Y así, daré por disculpa,  
si con mujer he dormido,  
que solamente he tenido  
*en los indicios la culpa.*

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE *Los indicios  
la culpa.* (2)

*Laus Dco.*

(1) En A faltan los seis anteriores versos.

(2) "Huír, es remedio aquí."

(3) En A no hay "ir".

(1) En A, "Pues ¿qué quieres".

(2) "La Virgen fué concebida sin pecado original."



# ENMENDAR UN DAÑO A OTRO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DON FERNANDO.

DON JUAN.

DOÑA ANA, *dama*.

DOÑA INÉS, *dama*.

ALOJA, *criado*.

DON RODRIGO, *viejo*.

DON DIEGO.

ELVIRA, *criada*.

Dos CRIADOS.

## JORNADA PRIMERA

(*Salen DON JUAN y DOÑA INÉS, de camino, y DON DIEGO, como en su casa.*)

D. DIEGO. Seáis, don Juan, bien venido.

D. JUAN. Vos, don Diego, bien hallado.

D. DIEGO. Días ha que he deseado veros.

D. JUAN. Habéislo debido a mi mucha voluntad.

D. DIEGO. Bien, don Juan, de vos lo creo.

D. JUAN. Despacio hablaros deseo.

D. DIEGO. Sentaos, pues, y descansad. ¿Podremos saber quién es aquesta dama?

D. JUAN. Con vos nada hay secreto, por Dios. Es mi dueño, es doña Inés, de lo noble de Sevilla, Pacheco por apellido.

D. DIEGO. Pues ya que la he conocido, quiero ofrecer el servilla como a prenda que estimáis.— Coneced, señora, en mí un nuevo esclavo, que aquí tendréis para que os sirváis.

D. INÉS. Aunque de don Juan sabido tenía vuestro valor, hallo que es mucho mayor de lo que lo ha encarecido.

D. DIEGO. Confieso, don Juan, que estoy dudoso viéndoos presente.

D. JUAN. Pues oid, que brevemente cuenta de mi pena os doy. El natural ardimiento

hallado siempre en los bríos de la mocedad, que alienta más que al acierto al peligro, fué ocasión, primo don Diego, de que dejase advertido, habrá ya un año, a Madrid; la causa sabéis vos mismo, y así, por eso, la paso; que volver aquí a deciros que di muerte a don Gonzalo cuando ya lo habéis sabido, o era (1) gana de cansaros o hacer gala del delito. Fuí a Sevilla, y en Sevilla encontré algunos amigos de Madrid; ya vos sabéis, señor don Diego, el alivio que es ver gente de la patria; a lo que importa prosigo. Vi en Sevilla muchas damas, cuya gala, cuyo brío, cuya beldad, cuyo adorno, cuyo aseo, cuyo aliño de manera me tuvieron que el no mostrarme rendido fué que, queriendo elegir, hallé en cualquiera tan digno sujeto de ser amado, que, dudoso e indeciso, quise a ninguna y a todas, porque en todas repartido, sabiendo que quiso el alma, dudó el alma lo que quiso.

(1) Así en los textos: mejor diría "será".

Así, doña Inés Pacheco  
vino a ser de las que digo,  
si lo reparáis, el sol,  
el mar, el rayo, el armiño.  
Vila, y ya conoceréis,  
cuando así la he encarecido,  
que el verla y el adorarla  
fué todo en un tiempo mismo.  
Comencé a galantearla  
sin reparar, atrevido,  
en lo grande del empeño,  
que en mi opinión no es distinto  
festejar el más común  
sujeto que el más altivo;  
no trato aquí del honor,  
cuanto a la belleza digo.  
Quien ama es la voluntad,  
y ésta siempre se ha movido  
por las acciones ajenas;  
de modo que si yo obligo  
la voluntad de la dama,  
que haya de amarme es preciso,  
sin que importe el ser hermosa,  
que sólo tiene dominio  
la hermosura para hacer  
amarse; mas, como he dicho,  
para amar nunca le tiene;  
y así, en ninguna hemos visto  
que aborrezca por hermosa  
lo que de obligada quiso.  
Así fué, pues brevemente  
favor le tocó el desvío,  
confianza le vió el miedo,  
fineza se halló el peligro.  
El tener un noble hermano,  
y otras cosas que no digo,  
atropellé de manera,  
que, amante, ciego y perdido,  
entré en su casa una noche:  
¿quién dijera que lo mismo  
que era logro de mi amor  
fuera de mi amor cuchillo?  
¿Qué importa que hermosas flores  
adornen grosero risco,  
si entre la misma fragancia  
está el áspid escondido?  
¿Qué te importa, ave inocente,  
al arrullo o al gemido  
acudir, juzgando hallar  
dulce halago y tierno pico,  
si con reclamo engañoso  
y si con eco mentido

el astuto cazador  
ha de burlar tus disinios?  
Y ¿qué importa que el amor,  
con la ocasión que os he dicho,  
animase mis temores  
y arrullase sus desvíos,  
si fué la dicha tan breve  
y tan corto el regocijo,  
que apenas festejo he hallado  
cuando le lloré perdido?  
Pues don Fernando, su hermano,  
llegó en este tiempo mismo  
a su cuarto, tan secreto,  
que hasta que dentro le vimos  
no le pudo apercibir  
el más atento sentido.  
Mató la luz doña Inés  
y, finalmente, pudimos,  
mientras llamó los criados,  
entre las voces y el ruido,  
salir de su casa; y viendo  
que era forzoso el seguirmos,  
escondidos en Sevilla  
dos meses casi estuvimos,  
porque es la necesidad  
muy mañosa en los peligros.  
Aquí nos dieron noticia  
que a Madrid había venido,  
e imaginando que ya,  
cansado de no haber visto  
en Madrid lo que buscaba,  
por otra parte habrá ido,  
quise volverme a la Corte,  
y, como deudo y amigo,  
me he venido a vuestra casa  
hasta que sea servido  
el Cielo que se dispongan  
mejor los sucesos míos.  
Dióme don Luis, vuestro hermano,  
cartas para don Rodrigo,  
su suegro, en que le suplica  
tenga a doña Inés consigo  
su hija doña Ana, y así,  
ya mi suceso os he dicho.  
La que veis es doña Inés,  
esto lo que me ha traído  
a Madrid y a vuestra casa,  
para que, en un tiempo mismo,  
en vos don Diego se vea  
lo liberal aplaudido,  
en mi suerte las mejoras,  
lo piadoso en don Rodrigo,

en doña Inés las finezas  
y en los dos lo agradecido,  
y halle mi amor de este modo  
amparo, defensa, alivio,  
vida, esperanza, remedio,  
paz, seguridad, abrigo,  
contento, piedad, reposo,  
aliento, favor, arrimo,  
y, finalmente, publique,  
alegre y reconocido,  
que hubo para tantas penas  
defensa en solo un amigo.

D. DIEGO. Vos, don Juan, lo sois tan grande,  
que cuando escucho advertido  
que venís de mí a valeros,  
hallo en vuestros pasos mismos  
que venís a darme vida,  
a dar a un tormento alivio,  
ser a una muerta esperanza,  
pues hoy, el Cielo propicio,  
en vuestra fortuna, libra  
reparo a los daños míos.  
mi quietud en vuestros riesgos,  
mi dicha en vuestros peligros  
y en vuestros males mis bienes.

D. JUAN. No os entiendo.

D. DIEGO. Ya me explico.

Dió el Cielo a don Rodrigo  
en dos hijas dos cielos, poco digo,  
porque al cielo tal vez, aunque adornado  
de luces, se le opone algún nublado,  
y cuando esto no sea, su hermosura  
tiene, si día alegre, noche obscura,  
y si entre hermosos rayos amanece,  
también en negras sombras se oscurece;  
y es pensión demasiado a una belleza  
traer tan sucedida la tristeza,  
que en su mismo deseo  
su dicha sea de su afán correo.  
Mas Violante y doña Ana  
gozan una beldad tan soberana,  
que nunca, no, turbadas,  
ni del cielo sus luces eclipsadas,  
tan siempre luz parecen,  
tan nunca sus bellezas anochecen,  
que extendí poco el vuelo  
del alabanza con llamarlas cielo,  
pues ni nublado su beldad permite,  
ni hay noche que lo hermoso les limite.  
Dió Violante la mano,  
habrá seis meses, a don Luis, mi hermano,

que hoy en Toledo vive, y yo contento,  
como deudo a doña Ana (estáme atento),  
en visitarla di, di en galantearla,  
de servirla traté, traté de amarla;  
pero ella, rigurosa al escucharme,  
ofenderme trató, trató matarme.  
Yo ruego, ella no atiende;  
yo obligo, ella me ofende;  
yo sirvo, ella desdenna;  
yo tierno, ella una peña;  
yo amante y ella ingrata;  
la adoro, me maltrata;  
la estimo, me aborrece;  
crece mi amor y más su rigor crece,  
y tan a un mismo paso  
ella se hiela cuando yo me abraso,  
que parece que había  
sido el amar y aborrecer porfía,  
y que, para excederme,  
se ensayaba en mi amor a aborrecerme.  
Este es, amigo, mi gustoso empeño;  
este el rigor de mi adorado dueño,  
doña Inés el remedio de mi vida;  
pues si de mi dolor compadecida  
a doña Ana mis ansias explicase  
y, piadosa, mi amor le ponderase,  
podrá vencer la pena con que lucho,  
que una mujer con otra vence mucho.  
Esto es, don Juan, lo que pediros quiero,  
y que pues veis que muero  
y doña Inés gustáis que esté con ella,  
procure que este ardor, esta centella,  
temple el rigor en algo;  
que si por ella vitorioso salgo  
o algún favor merezco,  
la vida en premio de este gusto ofrezco.

DOÑA INÉS.

Vos veréis de mi parte que procuro  
serviros, y podéis estar seguro  
que he de hacer que agradezca ese deseo.

DON DIEGO.

Muy bien, señora doña Inés, lo creo.—  
Dadme el pliego, don Juan, que a don Rodrigo  
le quiero dar.

DON JUAN.

Sois deudo y sois amigo.

(*Vanse, y salen ALOJA y DON FERNANDO.*)

D. FERN. ¿Quién habrá que entender pueda  
esto que por mí ha pasado,

pues aun el saberlo es  
 más ocasión de dudarlo?  
 Que a doña Inés y a don Juan  
 a Madrid venga buscando  
 para lavar con su sangre  
 los horrores de mi agravio;  
 que llegue a Madrid, y apenas  
 salga por sus calles, cuando,  
 más velozmente que suele  
 discurrir el viento el rayo,  
 desaparecer el humo,  
 turbar la vida un espanto,  
 en lo hermoso de unos ojos  
 de un mirar, en lo bizarro  
 quedase tan en un punto  
 el corazón abrasado,  
 que aún no recelo el peligro  
 cuando ya examino el daño.  
 Doña Ana de Guzmán, hija  
 de don Rodrigo, a quien traigo  
 de don Vicente Manrique  
 un pliego solicitando  
 favorezca mis intentos,  
 es la que entre dulces lazos  
 triunfó de la libertad,  
 del albedrío y de cuanto  
 imperio gozaba el alma  
 antes de haberla mirado.  
 Pero, feliz yo mil veces,  
 pues a un mismo tiempo salgo,  
 si de sus rayos vencido,  
 victorioso de sus rayos.  
 Mil veces dichoso, digo;  
 pues si de sus ojos saco  
 hoy el veneno, también  
 la triaca en ellos hallo.  
 Favoréceme doña Ana,  
 y aunque parece abreviado  
 el tiempo para poder  
 hallar disculpa el recato,  
 o conformidad de estrellas,  
 o la inclinación de entrambos,  
 o ser el afecto tanto,  
 turbó el discurso, o, en fin  
 (que esto es lo más acertado),  
 mi ruego (que puede mucho  
 un ruego bien escuchado)  
 alcanzó en muy pocas horas  
 lo que otros en muchos años.  
 Danme ocasión para verla  
 las cartas, porque esperando  
 que don Rodrigo esté fuera,

ALOJA.

seguramente entro y salgo,  
 pues cuando venga y me halle  
 bastante disculpa traigo.  
 Dilátolo, si bien ya  
 no puede estar dilatado,  
 porque me avisó doña Ana  
 que le han dicho los criados  
 que un forastero le busca,  
 y está ya con tal cuidado,  
 que no sale fuera un punto.  
 Ni tus discursos alcanzo,  
 ni tus intentos penetro,  
 ni tus fundamentos hallo.  
 ¿No basta que de Sevilla  
 me sacases posteando  
 en un rocín de a seis varas,  
 tan buído de espinazo,  
 que, a ser devoto, pudiera,  
 sin costar mucho trabajo,  
 todas las noches rezar  
 por sus huesos el rosario?  
 ¿No basta que en tu defensa  
 lleves ahora este brazo,  
 este brío, este denuedo,  
 con quien fué Herodes un manco,  
 un médico dos de queso  
 y una niñería el rayo;  
 pues no ignoras que he sabido  
 en la ciudad, en el campo;  
 solo, acompañado, en bulla,  
 a oscuras, a pie, a caballo,  
 con uno, con dos, con treinta  
 y con todo el calendario,  
 andar muy bizarro siempre...  
 como me los den atados?  
 ¡Pero enamorado ahora!  
 Y después de enamorado  
 en una posada que  
 es purgatorio ordinario  
 de los míseros pleiteantes,  
 y donde los dos pasamos,  
 tú incomodidad, yo hambre,  
 ni comiendo ni cenando  
 con traza, que una gallega,  
 que, después de desollarnos,  
 quiere que la rueguen mucho  
 si es menester traer algo.  
 Si no lo trae, no comemos;  
 si lo trae, viene sisado,  
 porque en la cuarta falcidia  
 es un Bártulo y un Baldo.  
 Si no lo guisa, se ayuna;



si lo guisa, el tal guisado,  
 como si fuera valiente,  
 anda siempre empelotado.  
 Sólo cuando va por vino,  
 por hacernos agasajo,  
 nos baila el agua delante,  
 mejor se la lleve el diablo.  
 Pues luego una cama, donde  
 juegan cañas cada noche  
 las chinches y escarabajos.  
 Luego una pulga bullendo,  
 luego un tábano zurriando,  
 y, sobre todo, al hacer  
 la cuenta, quedar llorando,  
 dejando a un cristiano en cueros.  
 ¿Esta es vida, pese al diablo?  
 Mas metidos en la fuga,  
 pienso que ya en casa estamos  
 de doña Ana, y, con Elvira,  
 hacia aquí se sale hablando.

(Salen DOÑA ANA y ELVIRA.)

D. FERN. ¡Doña Ana, señora mía!

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Oh, mi señor don Fernando!  
 ¿Cómo os entrasteis así?

D. FERN. Vengo ya determinado  
 a dar a tu padre el pliego.

D.<sup>a</sup> ANA. Pues presto a mi padre aguardo;  
 aquí podéis esperarle.  
 Hablaremos entre tanto  
 en nuestro amor, si gustáis.

D. FERN. Es, doña Ana, hacer agravio  
 al mío dudar del gusto.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Cómo es posible agraviaros,  
 Fernando, quien en querer  
 excederos supo tanto?

D. FERN. No, doña Ana; mucho más  
 os estimo yo.

D.<sup>a</sup> ANA. Es engaño.

D. FERN. Yo os quise cuando os miré,  
 yo os adoré cuando os vi,  
 tan presto, que conocí  
 que todo en un tiempo fué.  
 Si por veros os amé,  
 y otro tanto he de quereros  
 cada vez que vuelva a veros,  
 vos misma considerad  
 si podrá mi voluntad  
 confesar el excederos.

D.<sup>a</sup> ANA. Yo me incliné cuando os vi,  
 yo os estimé siendo amada,  
 fineza no tan usada,

pero tan debida sí.

De modo que si yo aquí,  
 agradecida, os ofrezco  
 el alma, mejor merezco  
 esa alabanza que os dais,  
 pues vos solamente amáis  
 y yo amo y agradezco.

D. FERN. Quien tiene que agradecer  
 poco acredita el amar,  
 que el que ha llegado a obligar  
 ya ha llegado a merecer.  
 De forma que viene a ser  
 en vos casi obligación  
 amarme, y, en conclusión,  
 siempre dejáis que dudar  
 si es agradecer o amar,  
 si es paga o es afición.

D.<sup>a</sup> ANA. De cualquier suerte, señor,  
 viene más mi amor a ser:  
 pues si es paga agradecer,  
 ya he pagado vuestro amor;  
 nada os debo ya, en rigor;  
 pues si con lo agradecido  
 igual el amor ha sido,  
 como vos me concedéis,  
 ahora me deberéis  
 todo lo que os he querido.

D. FERN. Basta ya, doña Ana mía;  
 no quiero más porfiar,  
 que aun en materia de amar  
 es grosera una porfía.  
 Cuanto mi amor defendí,  
 a vos se muestra postrado,  
 que quiere considerado,  
 que solicita advertido,  
 ganaros en lo rendido,  
 ya que no puede en lo amado.

D.<sup>a</sup> ANA. Yo conozco que bastante  
 razón la que decís es  
 a que rinda de cortés  
 lo que defendí de amante;  
 porque el sustentar galante,  
 Fernando, que no podéis  
 mi amor exceder, veréis  
 que es porque quede entendido  
 que si más os he querido,  
 es porque más merecéis.

Aloja. Y para el señor Aloja,  
 ¿no hay algo de lo querido  
 de barato habiendo sido,  
 por su brazo y por su hoja,  
 hombre que en toda ocasión,

con sevillanos valientes,  
supo hacerse sordo a un "mientes"  
e insensible a un bofetón?  
¡Buena hazaña!

ELVIRA.  
ALOJA.

¡Que se engaña,  
vive Dios, he de decir  
quien dijere que el sufrir  
no es ya la mayor hazaña!  
¿Qué premio no ha conseguido,  
qué pretensión no ha alcanzado  
un ministro bien callado  
y un marido bien sufrido?  
Sólo por vivir anhelo;  
sufrir quiero y no matar.  
¿Quién labra torre en el mar?  
¿Quién fía su vida al duelo?

(Sale DON DIEGO, al paño.)

D. DIEGO. (Con el seguro que vi  
de deudo y con la ocasión  
de este pliego, mi afición  
a doña Ana busca aquí.  
Pues cierto. Mas ¡ay de mí!  
¿Qué es lo que mis ojos ven?  
Pero no es justo que estén  
dudosos de ofensa igual,  
pues nadie quiere tan mal  
si no es cuando quiere bien.  
Escuchar un rato quiero,  
que no es vano mi cuidado,  
pues otras veces he hallado  
por aquí este forastero.  
Si al tiempo que un gozo espero,  
en él una pena apuro,  
ya en ella el gozo procuro,  
para ver si mi amor cobra  
lo seguro en la zozobra,  
pues zozobra en lo seguro.  
Suelen los celos hallar  
lo que los ojos no ven,  
porque hay agravios también  
formados de imaginar;  
pero en mí vienen a estar  
tan trocados los desvelos,  
que estos precisos recelos,  
que estos forzosos enojos,  
primero los ven los ojos  
que los avisen los celos.  
Y así, quiero averiguarlos  
antes que llegue a decirlos,  
que es ir sin tiempo a pedirlos  
mucha gana de encontrarlos:

o callarlos o vengarlos  
es lo que debe hacer quien  
pretende acertar más bien.  
Y así, entre dudarse y verse,  
si se dudaren, saberse,  
y vengarse si se ven.)

D.<sup>a</sup> ANA. Siempre esta casa, señor,  
la conoceréis por vuestra,  
para que de ella os sirváis.  
D. FERN. Tanto honor recibo en ella,  
que aun una vida no basta  
a satisfacer tal deuda.  
D. DIEGO. (¡Por cuánto, Cielos, por cuánto  
fuera vana mi sospecha!  
Pero la de un desdichado  
¿cuándo dejó de ser cierta?)  
D.<sup>a</sup> ANA. Tiéneme tan obligada  
vuestro trato, que quisiera  
hacer mucho más por vos;  
y así, cuando ocasión sea,  
con mi padre...

D. DIEGO. (Ella le quiere;  
que, aunque son razones éstas  
de cumplimento, este hombre  
¿con qué fundamento entra,  
no queriéndole, en su casa,  
cuando su padre está fuera?)  
D. FERN. De suerte, doña Ana hermosa,  
agradecida se muestra  
a esos favores el alma...

(Sale DON DIEGO.)

D. DIEGO. (Ya el esperar más es mengua.)  
ELVIRA. ¡Don Diego!  
D. FERN. (¿Cómo se ha entrado  
este hombre de esta manera?  
D.<sup>a</sup> ANA. Ahora la causa sabrás.)  
D. DIEGO. (¡Fuego el corazón revienta!  
Mas disimular importa;  
hasta que su intento sepa.)  
Pues, ¿doña Ana?

D.<sup>a</sup> ANA. Pues, ¿don Diego?  
D. DIEGO. A don Rodrigo quisiera  
hablar.

D.<sup>a</sup> ANA. Fuera está de casa.  
D. DIEGO. Y aqueste hidalgo que en ella  
veo, ¿podremos saber  
qué busca?

D.<sup>a</sup> ANA. También intenta  
hablar a mi padre a solas.

D. DIEGO. Y vos, en tanto que llega,  
le entretenéis, ¿no? Doña Ana,

mujeres de vuestras prendas,  
cuando ello sea muy bueno,  
que no hay duda que lo sea,  
siendo quien sois, no acostumbran,  
mientras su padre está fuera,  
recebir visita alguna.

D.<sup>a</sup> ANA. La seguridad de aquésta  
lo permite así, don Diego.

D. DIEGO. Y lo dice la llaneza.

D.<sup>a</sup> ANA. Advertid que es demasía  
que apretéis de esa manera  
cuando no tenéis razón  
para hacerlo.

ALOJA. (Aquí se pegan  
como unos perros; y yo,  
por que nadie de mí entienda  
que he reñido con ventaja,  
me estoy mirando la fiesta.)

D. FERN. Caballero, ni doña Ana  
deja lugar a que pueda  
calumniar en sus acciones  
la malicia más atenta,  
ni yo...

D.<sup>a</sup> ANA. No paséis de ahí,  
porque no quiero que crea  
don Diego que he menester  
satisfacerle, ni entienda  
que a título de cuñado  
le permito esta licencia.

D. DIEGO. (¡Vive Dios, que ardo de enojo!) (Ap.)

D. FERN. (¡Vive Dios, que estuve cerca (Ap.)  
de arrojarle! Pero importa  
en tal caso la prudencia.)

D. DIEGO. Digo, doña Ana (¡Ay de mí,  
aun a hablar acierto apenas!), (Ap.)  
que las pasiones del alma  
no se explican con la lengua;  
que hay muchas causas por donde  
me toque a mí la defensa  
de esta casa; pero ahora  
todas están satisfechas,  
pues como dueño no es mucho  
que asista este hidalgo en ella.

D. FERN. Paréceme, caballero,  
pues habláis de esa manera,  
que otra más fuerte razón  
que el parentesco os inquieta;  
y si es así, como pienso,  
hallaréis en mí tan cierta  
satisfacción, que no dudo  
de que cese en vos la queja;  
porque no me persuado

que si de otra suerte fuera  
hablarais tan arrojado  
a doña Ana en mi presencia,  
pues por ser quien soy me toca,  
como noble, el defenderla.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Cómo otra razón? Vos sois  
quien más mi opinión desprecia  
pensando aqueso de mí,  
que aun me ofende la sospecha.

D. DIEGO. (Bachiller me ha parecido  
el forastero, y si piensa  
adelantarse a mis celos,  
cumplirá lo que desean.)  
Deciros yo las razones  
que tengo, es impertinencia;  
pues ni me importa el decirlas,  
ni os aprovecha el saberlas.  
Responderme que a ser otra  
más que el parentesco, hicierais  
que quedara satisfecho,  
es cortesana respuesta;  
mas pensar, siendo mi gusto,  
que ninguno me impidiera  
el decir esto a doña Ana,  
tenga el título que tenga,  
es tan lejos de posible,  
que, al que estorbarlo quisiera,  
a cuchilladas...

D.<sup>a</sup> ANA. (¡Ay, triste,  
mucho don Diego se empeña!)

D. FERN. Yo he estado muy reportado  
atendiendo a que no venga  
a resultar un disgusto,  
por doña Ana; mas si llega  
vuestra demasía a tanto,  
mejor ocasión que ésta  
habrá en que os daré a entender  
el valor que en mí se encierra.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Qué es esto? ¿En mi casa, ¡ay,  
[Cielos!,

don Diego, de esta manera?—  
¿Y vos, señor?

D. DIEGO. La razón...

D. FERN. La obligación...

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Yo soy muerta!

D. DIEGO. (Para en saliendo lo dejo.

D. FERN. Para en saliendo se queda.)

ALOJA. (Eso sí, ¡cuerpo de Cristo!,  
que entre tanto que se llega,  
daremos los dos un corte  
que no importe dos alberjas.)

(Sale DON RODRIGO.)

D. RODR. ¡Válgate el Cielo por hombre!  
¡Que en todo Madrid no pueda  
saber de este forastero!  
¡Que siempre a buscarme venga  
cuando estoy fuera de casa!)  
Mas ¿qué novedad es ésta  
que a mi casa os ha traído,  
don Diego?

D. DIEGO. Cuando supiera  
que teníais que mandarme,  
no faltara un punto de ella.

D. RODR. ¿Qué busca este hidalgo aquí?

D. FERN. Esta es, señor, la respuesta.  
(Dale un pliego.)

(Leed secreto, que importa.)

D. DIEGO. Todos a una cosa mesma  
venimos. Don Luis, mi hermano  
y vuestro hijo, me ordena  
que éste en propia mano os dé.  
(Dale otro.)

D. RODR. Y de salud, ¿cómo quedan  
él y Violante?

D. DIEGO. Muy buenos.

D. RODR. Por muchos años la tengan.

ALOJA. ¿Hay más cartas? ¡Vive Dios,  
que el hombre es una estafeta!)

DON RODRIGO (lee).

“La seguridad que siempre he tenido de la (1)  
que me hacéis y la amistad que tan antigua  
profesamos, me alienta a valerme de vos en  
esta ocasión. Don Fernando Pacheco, mi deu-  
do, tiene una hermana que, poco atenta a sus  
obligaciones, se salió de su casa con un caba-  
llero de Madrid llamado don Juan de Chaves;  
va siguiéndolos con nuevas de que llevan el  
camino de esa Corte. Suplicoos, el tiempo que  
en ella estuviere, le favorezcáis como cosa que  
os encomiendo. De Sevilla, vuestro amigo,  
*Don Vicente Manrique.*”

Bien está. Leer quiero estotra.

Ahora os daré la respuesta.

(Lee.) “Don Juan de Chaves, mi primo, es-  
tando, como sabéis, ausente de esa Corte por  
la desgracia de don Gonzalo, se enamoró en  
Sevilla de una dama, y, huyendo mayores  
inconvenientes, la sacó de casa de un herma-

no suyo. Vuélvese a Madrid con intento de  
estarse en casa de mi hermano; y así, entre  
tanto que se ordena otra cosa, os suplico esté  
doña Inés con doña Ana, mi hermana, con el  
recato y silencio que pide tener un hermano  
noble y ofendido.”

(¿Hay suceso semejante? (Aparte.)

¿Hay confusión como ésta?

¿Hay caso más intrincado?

¿Hay más graciosa quimera?

Don Vicente, a quien no puedo  
faltar, en ésta me ruega

favorezca a don Fernando,

que a vengar viene la ofensa

de don Juan y de su hermana,

y por otra parte en ésta

me pide don Luis, mi yerno,

que a doña Inés favorezca

y que la tenga en mi casa

escondida; de manera

que, ofendido y ofensor,

en un mismo tiempo intentan

que a uno ayude contra otro.

Y si a mí Fernando llega

a que a doña Inés busquemos,

el acompañarle es fuerza;

y también lo es, si la busca,

ampararla y esconderla

dentro de mi misma casa.

¿Vióse cosa tan opuesta?

¿Qué he de hacer? Que aun el dis-

tante en la duda tropieza, [curso

que, embarazado y cobarde,

no se atreve a entrar en ella.

Pues ¿qué he de hacer? ¿De qué

lo dispondré que no venga [modo

a ser ayudar al uno

para otro ocasión de queja?

Pero ya he pensado modo.

Doña Inés al punto venga

a mi casa; mas de suerte

que hasta que su esposo sea

don Juan, no ha de visitarla,

porque quiero que me deba

de aquesta forma Fernando,

si no el remediar su ofensa,

por lo menos estorbarla,

y cumplo de esta manera

con don Luis y don Fernando,

con don Vicente y con ella.)

Pídeme aquí don Vicente...

(1) Parece que falta la palabra “merced”.



D. FERN. Ya, señor, sé lo que os ruega.  
D. RODR. Pues no tengo que deciros:  
de mi casa, de mi hacienda,  
de mi persona, de todo  
lo que aquí importaros pueda,  
como propio disponed,  
y tened por cosa cierta,  
si está en Madrid vuestra hermana,  
que, aunque escondida la tenga  
en el más oculto sitio,  
en la parte más secreta,  
lo he de saber ¡vive Dios!  
con la seguridad misma  
que si estuviera en mi casa.  
(Y cómo si estará en ella.)  
D. FERN. Quisiera, a vuestros pies puesto...  
D. RODR. La primera diligencia  
es disimular, Fernando.  
Vedme después, porque espera  
don Diego que le responda.  
D. FERN. Vuestra vida un siglo sea.  
(¿Cuándo te veré, doña Ana?)  
D.ª ANA. A la noche en esas rejas.)  
D. DIEGO. (Oís, Fernando?)  
D. FERN. Ya entiendo.)  
D.ª ANA. (¡Ay de mí, mi muerte es cierta!)  
D. DIEGO. (En Santa Bárbara aguardo.)  
D. FERN. Bien está.  
D. DIEGO. Pues así queda.)  
ALOJA. (¿Oyes, Elvira?)  
ELVIRA. Sí, Aloja.  
ALOJA. Oye muy enhorabuena.)  
(Vanse DON FERNANDO y ALOJA.)  
ELVIRA. (En Santa Bárbara dijo.  
D.ª ANA. Yo haré que mi padre entienda  
su locura, esto conviene.)  
D. RODR. Oíd, don Diego.  
D. DIEGO. ¿Qué ordenas?  
D. RODR. Que partáis por doña Inés;  
pero primero que venga  
le prevenid a don Juan  
que esto ha de ser de manera  
que no ha de entrar en mi casa  
hasta que su esposo sea.  
Porque, demás de que importa  
a mi decoro, otra nueva  
causa tengo que me obligue,  
que ni vos podéis saberla,  
ni don Juan.  
D. DIEGO. De cualquier modo,

es justo que os agradezca  
por los dos este favor.  
D. RODR. Yo haré que al punto prevengan  
el cuarto. Bien podéis ir.  
D. DIEGO. (¡Muerto voy!)  
D.ª ANA. (¡Yo quedo muerta!)

(Salen DON JUAN y DOÑA INÉS.)

DOÑA INÉS.

Mucho tarda don Diego.

DON JUAN.

No encontraría a don Rodrigo luego,  
y, como sabes, a doña Ana adora,  
y así, si ha hallado ahora  
ocasión para hablarla,  
bien cierto es, doña Inés, que ha de lograrla;  
pues lo que más desea enamorado  
un hombre, es que le escuchen su cuidado,  
porque si no, atormenta  
al alma aquel instante que se cuenta.

DOÑA INÉS.

¡Ay, don Juan; qué de penas por quererte  
atropella mi amor de aquesta suerte!

DON JUAN.

¡Ay, doña Inés; qué de ellas, por amarte,  
está el alma deseando de aliviarte!

DOÑA INÉS.

No es mi pesar, don Juan, quien me lastima.

DON JUAN.

No es mi pena quien más mi pena anima.

DOÑA INÉS.

La tuya es la que siento.

DON JUAN.

La que en ti miro es mi mayor tormento.  
Pero don Diego llega.

DOÑA INÉS.

Ahora sí que el corazón sosiega.

(Sale DON DIEGO.)

DON JUAN.

Pues, don Diego, ¿qué ha habido?  
¿Qué es lo que don Rodrigo ha respondido?  
Parece que venís algo alterado.

DON DIEGO.

Hallé a doña Ana en su común enfado.

DON JUAN.

¿Y don Rodrigo?

DON DIEGO.

A doña Inés espera;

pero esto de manera

que mientras en su casa la tuviere,  
si no es, don Juan, que vuestra esposa fuere,  
no la habéis de ir a ver.

DON JUAN.

Condición fuerte.

DOÑA INÉS.

Esto más le faltó a mi triste suerte.

DON JUAN.

Sin ver a doña Inés vivir no puedo.

DOÑA INÉS.

Si a don Juan no he de ver, difunta quedo.

DON JUAN.

¡Oh, cómo el alma de pesar revienta!

DOÑA INÉS.

El intenta matarme si esto intenta.

DON DIEGO.

¿Qué resolvéis, don Juan? Porque me aguarda.

DON JUAN.

¡Oh, cómo mi congoja me acobarda!

¿Qué os parece, mi bien?

DOÑA INÉS.

A vuestro gusto  
siempre sujeta estoy, justo o injusto.

DON JUAN.

Como el vuestro procuro.

DOÑA INÉS.

Con que vos le tengáis, está seguro.

DON JUAN.

Por vos aquesta vez he de guiarme.

DOÑA INÉS.

(El está recelando disgustarme,  
porque ve que conviene  
dividirnos, y si este temor tiene,  
hoy verá cómo intento,  
a costa de mi vida, su contento.)  
Negar, don Juan, que en mil angustias peno  
al tiempo que a no verte me condeno,  
es negar que te adoro, cuando a voces,

aún más que lo publico, lo conoces;  
mas pensar que importando a tu decoro  
no me sabré vencer, aunque te adoro,  
es yerro conocido,  
es desaire a mi ser no permitido;  
porque es poco galante  
quien la opinión no atiende de su amante;  
y si a la tuya importa,  
a ejecutallo la razón me exhorta  
rigurosa conmigo.  
¡Qué de penas me cuesta lo que digo!

DON JUAN.

Tanto el no verte siento,  
y de tal suerte tu decoro intento,  
que al oír tus razones,  
aunque también el dividirte abones,  
el amor de otra parte,  
no faltando un instante de adorarte,  
de suerte me atormenta,  
que estoy dudando en mí lo que más sienta;  
pues si siento a mi amor contento dejas,  
de que te vayas forma mi amor quejas.  
Mira la suerte cuál mi pena anima,  
pues lo que me está bien más me lastima.

DON DIEGO.

Ya está bien ponderado.  
Partamos, doña Inés.

DOÑA INÉS.

¡Ay, dueño amado!

¿Que no he de verte ya?

DON JUAN.

¿Que no he de hablarte?

DOÑA INÉS.

¡Y que te he de adorar!

DON JUAN.

¡Y que he de amarte!

DOÑA INÉS.

¡Qué pena!

DON JUAN.

¡Qué desdicha!

DOÑA INÉS.

¡Qué tormento!

DON JUAN.

¡Qué triste vivo!

DOÑA INÉS.

¡Qué afligida siento!

DON JUAN.

¡Qué larga vida goza un desdichado!

DOÑA INÉS.

¡Qué de vidas le sobran a un enfado!

DON JUAN.

Mas no te aflijas.

DOÑA INÉS.

Pero no te alteres,  
que yo haré que me veas si quisieres.

DON JUAN.

Mi amor trazará modo de buscarte.

DOÑA INÉS.

¡El alma en tal desdicha se me parte!  
¡Adiós, don Juan!

DON JUAN.

¡Adiós, querido dueño!

DOÑA INÉS.

¡Hoy muero, triste!

DON JUAN.

¡Hoy a morir me enseño!

## JORNADA SEGUNDA

(Salen DON DIEGO por una puerta y DON FERNANDO por otra.)

D. FERN. (Pienso que no llego tarde.)

D. DIEGO. (Pienso que tarde no llego.)

D. FERN. (No es bien que aguarde don Diego.)

D. DIEGO. (No es bien que Fernando aguarde.)

D. FERN. (Pero ¿no es el que está allí?)

D. DIEGO. (Pero el que está allí ¿no es?)

D. FERN. (Llegar quiero.)

D. DIEGO. (Llego, pues.)

D. FERN. ¿Sois a quien aguardo?

D. DIEGO. Sí.

(Sacan las espadas, y sale DON RODRIGO.)

D. RODR. (Hacia aquí, si no me engaño,  
parece que sentí ruido  
de espadas. Tarde he venido  
a estorbar tan grave daño.  
Mas riñendo están los dos.)

(Métese en medio.)

¿Qué es aquesto, caballeros?  
De los valientes aceros

cese el rigor, que, por Dios,  
que ya que he venido aquí,  
no ha de pasar adelante  
el disgusto, si es bastante  
razón que os lo ruegue así.

D. FERN. (¡Que viniese don Rodrigo!)

D. DIEGO. (¡Que ahora don Rodrigo venga!)

D. FERN. (¿Quién duda que culpa tenga  
mi contrario?)

D. DIEGO. (Mi enemigo;  
él, sin duda, le avisó.)

D. RODR. ¿Qué es esto? ¿No os reportáis?  
Don Fernando, ¿qué aguardáis?—  
Don Diego, el pedirlo yo  
¿no obliga?

D. FERN. Ya os obedezco.

D. DIEGO. Por vos estoy reportado.

D. RODR. Ya estoy del caso informado,  
don Diego; y aunque agradezco  
que el recato de mi casa  
tan vigilante miréis,  
vos la razón no sabéis  
que entre mí y Fernando pasa  
para que éntre allá, y así  
por más justa razón hallo  
que calléis, pues que yo callo,  
tocándome más a mí.

D. DIEGO. Si vos estáis satisfecho,  
esta, señor, es mi mano;  
pues una sospecha allano  
que me atormentaba el pecho.

D. FERN. Y yo, pues no fué de amor  
su enojo, su amigo quedo.

D. RODR. Ya que en paz os miro, puedo  
declararme aquí mejor.

D. FERN. (¿Que don Diego no la amaba?)

D. DIEGO. (¿Que Fernando no la ha amado?)

D. RODR. Ya el disgusto está acabado;  
mas porque dudoso estaba  
el saber quién me avisó,  
y cada uno podrá  
quizá colegir allá

que del contrario nació;  
y fuera injusta razón,  
cuando andáis tan alentados,  
no quedar asegurados  
cada cual de la opinión  
del otro, digo que Elvira  
os oyó desafiar,  
hasta escuchar el lugar;  
y como a don Diego mira  
como deudo de mi casa,

a doña Ana cuenta dió,  
y doña Ana me avisó;  
esto es todo lo que pasa.

D. FERN. Seguro estoy de don Diego.

D. DIEGO. De Fernando estoy seguro.

D. RODR. Pues ya con eso procuro  
que al lugar volvamos luego.

D. FERN. Los dos os habemos de ir  
acompañando.

D. RODR. Es en vano.

D. DIEGO. Hemos de ir.

D. RODR. Tanto honor gano,  
que no quiero resistir.

*(Vanse, y sale DON JUAN como de noche.)*

D. JUAN. Golfo apacible de sombras,  
en cuya eclipsada luna  
si una luz al mundo falta  
otra a mi amor se asegura.  
Lóbrego adorno del aire,  
parda suspensióp, si muda,  
parado afán del vivir,  
lograda al trabajo excusa.  
Hoy un impedido afecto  
en tu escuridad estudia  
facilitar a las sombras  
lo que a la luz dificulta.  
Hoy que doña Inés en casa  
de don Rodrigo se oculta;  
hoy que el verla se me niega  
y el hablarla se me excusa,  
quiero examinar si acaso  
de estas rejas en alguna  
lo que un recato me niega  
un silencio me asegura.

*(Sale Doña Inés a la reja.)*

D.<sup>a</sup> INÉS. Rendir del león la fiereza,  
empañar al sol las puras  
luces que la tierra adornan,  
sujetar la forma dura  
del diamante, a quien el golpe  
halaga más que no injuria,  
difícil es, mas posible,  
pues hay cuartana a la furia,  
pues hay nubes a los rayos  
y al diamante sangre pura;  
mas dividir dos afectos,  
dos voluntades tan una,  
aun para el golpe del tiempo  
viene a ser empresa mucha.

D. JUAN. (Si la que abrió es doña Inés,

cesó en el alma la angustia.)

D.<sup>a</sup> INÉS. (Si es el que miro don Juan,  
halló el alma lo que busca.)

D. JUAN. ¿Es doña Inés?

D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Es don Juan?

D. JUAN. Soy una flor que vincula  
su ser, su vida, su adorno  
sobre esas dos luces tuyas;  
soy una enlazada yedra  
que va creciendo segura  
sobre verdes esperanzas,  
en fe de que tú la ayudas;  
fénix soy que cuantas veces  
se ve mi forma caduca  
en ausencia de tus rayos,  
renace en presencia tuya;  
pues ya soy, pues, muro ya,  
flor me prestas hermosura,  
yedra me ofreces arrimo,  
fénix mi vida asegundas.

D.<sup>a</sup> INÉS. Yo soy tórtola que, ausente  
de su amante mal segura,  
con el arrullo le llama  
y con el vuelo le busca,  
siendo viviente penacho  
de cuantos olmos ocupa.

*(Sale ALOJA, solo.)*

ALOJA. (Sagrado de pecadores,  
indulto de aves nocturnas,  
de murciégalos senado  
y consistorio de brujas;  
crepúsculo de mochuelos,  
aurora de las lechuzas,  
noche, en que se dice todo,  
como entre los tíos, cura;  
como entre ladrones, sastre,  
y como entre moros, Muza.  
Aquí me envía mi amo  
a que entre tanto que ajusta  
unas cuentas con don Diego,  
haciendo el acero pluma,  
haciendo tinta la sangre  
y papel la sepultura,  
mire por su honor y el mío;  
porque si alguno procura  
hacer por aquí papeles  
le dé una valiente zurra  
de cuchilladas; que como  
sabe que no sufro burlas,  
para cualquier lance de estos  
a propósito me juzga.



Mas ¿qué miro? ¡Vive Dios,  
que la pandilla me gusta!  
¿Rejita? Malo va esto.  
¡Infame, traidora, astuta  
mujer, Elvira, criada,  
que esto en el mundo se sufra!  
¡Vive Dios, digo otra vez!  
Que me toma tan gran furia,  
tan gran saña me combate,  
tamaño enejo me hurga  
viendo cuál anda mi honra,  
que un punto estoy, no estoy una  
tilde de echarme con todo...  
digo a dormir, porque nunca  
me aficioné a espadachín;  
que esto de a cualquier pregunta  
responder con la espadita  
metiéndolo todo a bulla,  
no es cosa para los hombres  
de mi porte y mi cordura.  
Pero si riño, se sabe;  
si callo, es paciencia mucha;  
si me vuelvo, es cobardía;  
si me estoy, quizá se atufa.  
Morir es cosa terrible;  
vivir, no es muy mala burla;  
verlo, aprender a marido;  
pasarlo, peor que una purga.  
Sólo entre tantos pesares  
y entre tantas desventuras,  
dormir más, por querer más,  
es el remedio que ajusta.)

D.<sup>a</sup> INÉS. Pues yo sé que no me excedes  
en amar, y aunque tan tuya  
es el alma, siempre más  
puedo quererte.

D. JUAN. Confusa  
es para mí esa razón,  
porque del modo que una...  
Pero aguarda, gente viene.

D.<sup>a</sup> INÉS. Pues que te vean excusa,  
y así, entre tanto que pasan,  
en ese portal te oculta,  
y después, porque mi amor  
ocasión de verte busca  
más despacio, tendré abierto  
por ese jardín.

D. JUAN. Escucha.

D.<sup>a</sup> INÉS. Allá te aguardo, don Juan.

(Salen DON RODRIGO, DON FERNANDO y DON DIEGO.)

D. JUAN. Este portal me asegura

de que puedan conocerme.  
¡Amor, mis dichas ayuda!

(Escóndese en el portal de DON RODRIGO.)

D. FERN. (Cielos, ¿crearé lo que vi? *(Aparte.)*  
¿Un hombre en la reja, Cielos,  
ocasionando mis celos  
y ofendiendo mi amor? Sí.  
Y ahora de don Rodrigo  
en el portal se escondió,  
y por sagrado eligió  
la casa de su enemigo.)

D. DIEGO. (Hablando estaba en la reja *(Ap.)*  
y en el portal se ha escondido.  
¡Que cuando me hallo ofendido  
haya de callar mi queja!)

D. RODR. (Un hombre está en mi portal *(Ap.)*  
que en mi reja hablar le vi,  
y estoy dudando entre mí  
lo que haré en desdicha igual.  
Si le quiero conocer,  
mi sospecha averiguando,  
a don Diego y don Fernando  
es fuerza darlo a entender.  
Si no lo vieron, error  
será publicar mi agravio,  
porque peligra en el labio  
muchas veces el honor.  
Y es desaire averiguado  
en un hombre bien nacido  
que se sepa lo ofendido  
y se calle lo vengado.  
Y pues satisfecho estoy  
que ninguno ha de entender  
que si lo llegara a ver  
callara, siendo quien soy,  
y pudo alguna criada  
ser, y no fuera razón  
aventurar mi opinión  
adonde la ofensa es nada.  
Más atentamente trato  
no saber ahora quién es,  
y averiguarlo después  
con prudencia y con recato.)

D. FERN. (¿Si don Rodrigo lo vió?)

D. DIEGO. (¿Si don Rodrigo lo ha visto?)

D. FERN. (¡Qué mal el pesar resisto!)

D. RODR. (¡Que esto disimule yo!)

ALOJA. (Un ejército de gente  
anda alrededor de mí.  
No me han visto, pues de aquí  
se apartan. Noche excelente.)

- D. RODR. Mil años os guarde el Cielo  
para que los dos me honréis.  
(Honor mío, mucho hacéis  
en vencer este recelo.)
- D. FERN. Sólo serviros procuro.
- D. DIEGO. Serviros sólo deseo.
- D. RODR. Adiós, señores. (No creo  
mi agravio, aun siendo seguro.)

(*Entrase, y despidense los dos.*)

- D. DIEGO. Adiós, don Fernando.
- D. FERN. Adiós.
- ALOJA. (Lindamente me he escapado.)
- D. JUAN. (Ya don Rodrigo se ha entrado,  
y se despiden los dos.)

(*Coge DON DIEGO una puerta del tablado y DON FERNANDO otra.*)

- D. FERN. (Puesto que elirme fingí,  
fué por echar a don Diego,  
que se funda mi sosiego  
en reconocer aquí  
quién es quien mi amor ofende.)

- D. DIEGO. (Por que se fuese Fernando  
irme fingí, y esperando  
estoy a ver quién pretende  
mi amor ofender aquí.)

- ALOJA. (Tres entraron, han salido  
dos, luego queda escondido  
en el portal otro, sí;  
pues a agazaparme vuelvo.)

- D. JUAN. (Sola está la calle ya;  
nadie a salir me verá,  
y así, a salir me resuelvo.  
Mi amor, a la puerta guía  
del jardín, y doña Inés  
me espera, pues tarde es.)

- ALOJA. (Salió el tercero y las lía,  
Levántome, y por aquí  
irme a casa me conviene.)

- D. FERN. (Salió, y hacia mí se viene.)

- D. DIEGO. (Salió, y se viene hacia mí.)

(*Echa DON JUAN por donde está DON FERNANDO y ALOJA por donde está DON DIEGO.*)

- D. FERN. (Quiero dejarle pasar,  
pues ya no puede, en rigor,  
írseme, y será mejor  
dejarle de aquí apartar;  
pues si quiere resistir  
que le llegue a conocer,  
fuerza el reñir ha de ser,

y no está bien el reñir  
en la calle de su dama,  
a quien a su honor atiende,  
pues mordaz el vulgo ofende  
después su nombre y su fama.)

(*Vase DON JUAN, y DON FERNANDO tras él.*)

- ALOJA. (¿Qué hará un hombre que se halla  
a estas horas en la calle,  
y en Madrid, en noche oscura,  
con mucho miedo y sin nadie,  
que si la ocasión se ofrece,  
que si se acontece el lance,  
el pie le saque del lodo?  
Que los hay en Madrid tales,  
que no fuera poca dicha  
tener quien de ellos me saque.  
Ahora yo quiero hablar claro,  
pues que no me escucha nadie.  
Señores, yo soy gallina,  
esto es verdad: Maril Hernández,  
respeto de mí, fué un Héctor;  
Pilatos conmigo, un Marte.  
Escojamos un remedio  
tal, que, si alguien me encontrare,  
no me dé lo que no pido.  
Supongamos que me sale  
un hombre ahora rebozado  
y que me dice: "No pase  
adelante, que no gusto."  
Buen remedio replicarle:  
"Yo fuí siempre muy cortés  
con personas principales",  
aunque sea un calvo, un zurdo,  
un tuerto, un cuñado, un sastre,  
que el miedo es muy honrador,  
y volver por otra parte  
antes que a decirlo torne,  
aunque rodee diez calles,  
pues por muy tarde que llegue  
llegará mucho más tarde.  
Y la opinión ¿qué dirá?  
Dirá que soy un vinagre.  
Pues dígalo norabuena,  
que mejor puedo pasarme  
sin opinión muchos siglos  
que no sin vida un instante.  
Ya voy en lo que he de hacer.  
No se me da de seis Martes,  
ni aun de todos los del año,  
como la razón no falte,  
un pepino. Mas ¿qué miro?

Parece que se me hace  
a pedir del miedo todo.)

D. DIEGO. ¿Quién es?

ALOJA. (¿"Quién es", dijo? ¡Tate!

¿Qué se responde a "quién es"?

¡Que para todo pensase  
si no es a "quién es" respuesta  
y luego hube de encontrarme  
con "quién es"!)

D. DIEGO. ¿A qué esperáis?

ALOJA. ¿Prometéisme que al instante  
que os haya dicho quién soy,  
porque me aguardan y es tarde,  
me dejaréis ir?

D. DIEGO. Sí haré.

ALOJA. Pues va mi nombre, escuchadme.  
Yo soy, sin ser muy valiente,  
un sujeto tan notable,  
que con un barquillo solo  
al hombre más arrogante  
le suelo dar muchos tragos;  
tengo tales calidades,  
que estoy mejor con el frío,  
y, por que más os espante,  
sin que sea jamás vino,  
soy muchas veces vinagre.  
Y, hablando un poco más claro,  
soy un mixto que se hace,  
de miel, canela y especies,  
poco menos que jarabe,  
y, por que no estéis dudoso,  
soy Aloja. Dios os guarde.

D. DIEGO. (¿Aloja? Este es el criado  
de Fernando, y aquí nace  
nuevamente otra sospecha.  
Desdichas, ¿hay más pesares?

ALOJA. Con todo eso, si me das  
licencia que te acompañe,  
a tu lado seré un César,  
seré un Héctor, seré un Marte...  
(Seré un villano, un gavilla  
y un non de los Doce Pares.)

(Vanse cada uno por su parte, y vuelve a salir Don  
FERNANDO.)

D. FERN. Nada me sucede bien.  
Que celoso procurase  
saber quién era aquel hombre  
y que, deseando apartarle  
de aquí por el alboroto,  
por una puerta se entrase  
que está al volver de esa esquina.

; Viven los Cielos, que arde  
en coraje el corazón!

Pero segunda vez abren  
la reja. ¡Oh, si aquí pudiese  
averiguar mis pesares!

(Sale ELVIRA a la reja.)

ELVIRA. ¿Es don Fernando? Sí, él es.

D. FERN. Yo soy, ingrata...

ELVIRA. No pases  
adelante. Elvira soy.

D. FERN. (¿Si fué ésta la que denantes (Ap.)  
hablaba por esta reja  
y está doña Ana ignorante  
de la culpa que la acuso?)

ELVIRA. Mi señora quiere hablarte,  
y no aquí, por quien lo mira,  
y así me manda...

D. FERN. Adelante.

ELVIRA. Que por el jardín te abra.  
Sosegado está su padre.  
Ve a la puerta, que allá espero.

D. FERN. Aguarda.

ELVIRA. ¿Cómo que aguarde?

D. FERN. ¿No ves que no sé la puerta?

ELVIRA. La primera que encontrases.  
(Vase.)

D. FERN. ¿La primera puerta dijo?  
Sí, que no pude engañarme,  
y por ella ¡vive el Cielo!  
(aquí hay un engaño grande)  
entró el hombre a quien celoso  
seguí. ¡Terrible es el lance!  
Que está dentro, es cosa cierta.  
Pues ¿cómo puede pensarse  
que una mujer principal  
meta a un tiempo dos galanes  
en su casa cuando sólo  
se seguirá, de encontrarse,  
infamar su propio honor,  
que aun en la mujer más fácil  
no es creíble tal despeño?  
Pues ¿qué salida he de darle  
a esta pena, a este disgusto,  
a esta ofensa, a este desaire?  
Mujer no hay más que doña Ana;  
pues para criada, el arte,  
el olor, la bizarría,  
el desenfado y el talle  
era mucho. Si resuelvo  
que de doña Ana es amante,  
y que está con ella, ¿cómo

viene con ello llamarme  
para hablar conmigo ahora?  
Pues ni de él puede pensarse  
que pase por tal desprecio,  
ni de mí que no le mate  
si le encontrase con ella.  
Pues ¿cómo ha de aventurarse  
a dos riesgos tan patentes?  
Cualquiera duda es bastante  
a perder el juicio. Cielos,  
permitid que se desate  
desde ese globo celeste,  
abriendo sonda en el aire,  
un rayo que me sepulte,  
un incendio que me abrase.  
Resuelto estoy de entrar dentro;  
pues si acaso le ocultase  
doña Ana en ofensa mía,  
no es posible asegurarse  
tanto cuando esté conmigo,  
que en el modo, en el semblante,  
en la inquietud y el cuidado  
su traición no me declare,  
que se disimula mal  
cuando la ofensa es tan grave.  
A esto me resuelvo, en fin.  
Hoy he de saber si vale  
más ignorar el agravio  
que llegar a averiguarle.

*(Vase, y sale DON RODRIGO, solo.)*

DON RODRIGO.

Cuidadosos recelos,  
temores de mi honor, ya que no celos;  
una hija que a mi cargo el Cielo deja,  
hallar hablando un hombre por mi reja;  
pues doña Ana, segura  
de que estoy recogido, si procura,  
atrevida o liviana,  
volver segunda vez a la ventana,  
como mi intento ignora,  
tengo por cierto que ha de ser ahora.  
Y así, de tanta escuridad fiado,  
quiero, aquí retirado,  
de la duda o el daño,  
esperar, escondido, el desengaño.

*(Arrímase, y sale ELVIRA con DON FERNANDO de la mano.)*

ELVIRA.

Nadie nos ha sentido,  
y ha rato que está el viejo recogido,  
y así no hay que temer.)

DON RODRIGO.

*(No fué mi intento vano ; viven los Cielos ! Pasos siento. Aquí a esperar me arrimo.)*

DON FERNANDO.

*(Mucho hago, celos, pues así os reprimo.)*

ELVIRA.

*(Hacia aquesta pared. Mas ¿qué he tentado?)*  
*(Encuentra con DON RODRIGO.)*

DON RODRIGO.

¿Quién es? ¿Quién va?

ELVIRA.

*(En la red habemos dado.*

*(Andan como buscándose uno a otro.)*

Mi señor. Yo me escapó.)

DON FERNANDO.

*(¡ Lance fuerte !)*

DON RODRIGO.

*(Mi agravio he de saber de aquesta suerte.)*  
¡Hola, gente! ¡Hola, presto!  
Una luz. ¡Hola, presto! ¿Qué es aquesto?

DON FERNANDO.

*(Esconderme conviene;*  
mientras él en llamarlos se detiene,  
este cuarto adelante.)

DON RODRIGO.

Presto. ¡Hola! ¡Luz! ¿Hay flema semejante?

DON FERNANDO.

*(Aquí he hallado una puerta,*  
y ha sido dicha el encontrarla abierta.  
¡Oh, si salir pudiese  
antes que don Rodrigo aquí me viese!)

DON RODRIGO.

Esta puerta he cogido;  
pero ya por esotra habrá salido.

*(Salen dos CRIADOS y ELVIRA con luz.)*

CRIADO.

¿Qué voces das, señor?

ELVIRA.

¿Qué ha sido esto?

DON RODRIGO.

Aún peor que yo pensaba se ha dispuesto.  
¿Cómo la vida a tal pesar resisto?  
Amigos, en mi casa un hombre he visto.  
Miento, que si le viera,  
dos mil pedazos mi valor le hiciera.



Las dos puertas guardad como leales;  
nadie dejéis que pise sus umbrales.  
Ve tú a la del jardín.—Tú a esotra acude.  
Ninguno de vosotros tema o dude.

CRIADO.

Quien calla y obedece, siempre acierta.  
Voy, señor, a mi puerta.

OTRO.

Y yo a mi puerta.

(*Vanse los dos CRIADOS.*)

DON RODRIGO.

Tú dame aquea luz, y a tu aposento  
retírate.

ELVIRA.

(*Bellaco va este cuento.*)

(*Vanse, y salen DOÑA ANA y DON FERNANDO, alborotado.*)

DOÑA ANA.

¿Que te encontró mi padre?

DON FERNANDO.

Esto ha pasado.

DOÑA ANA.

Pues bien, ¿cómo a mi cuarto has acertado?

DON FERNANDO.

Sin saber lo que hacía.

DOÑA ANA.

Sucesos son de la desdicha mía.

¡Ah, fortuna tirana!

(*Llaman.*)

Mas golpes dan.

DON RODRIGO.

Abrid aquí, doña Ana.

DOÑA ANA.

Mi padre llama; escóndete.

DON FERNANDO.

Es engaño,

si ya me ha visto.

DOÑA ANA.

¿Puede ser daño

más, Fernando, que hallarte?

Pues no le busques tú, deja buscarte.

(*Escóndese, y entra DON RODRIGO con una luz y la espada en la mano.*)

Pues, señor, ¿tú a estas horas de esta suerte  
en mi cuarto, alterado? ¡Lance fuerte!

¿En la mano la espada? ¡Grave pena!  
Del rostro toda la color ajena,  
zozobrado el aliento,  
con torpe voz y con oído atento,  
las acciones inciertas,  
como que hablar pretendes y no aciertas;  
pensando mucho, pronunciando poco,  
terrible pesar toco,  
acciones que reserva un hombre sabio  
o para una desdicha o un agravio.

DON RODRIGO.

Un hombre dentro de mi casa he hallado.  
Vos sois muy moza, yo soy muy honrado.  
Saber quién es me importa, y así intento  
discurrir lo primero este aposento.

DOÑA ANA.

(*Ya Cielos, no hay salida  
que pueda aquí importar para mi vida.*)

DON FERNANDO.

(*Quiero salirle al paso.*)

(*Cierra DOÑA ANA, y quita la llave.*)

DOÑA ANA.

(*Ahora bien, dilatemos así el caso.*)

DON RODRIGO.

¡Ah, hija infame! ¿Qué has hecho?

DOÑA ANA.

Sólo intentar que quedes satisfecho,  
sólo que te asegures  
que mi inocencia y tu recelo apures;  
pero esto de manera  
que no sea, señor, yo la primera  
en quien esa sospecha o ese antojo  
ciegamente ejecutes con enojo.  
Porque no quiero, no, que si has juzgado  
que aquí te han agraviado,  
por tan fácil me tengas,  
que a sospechar en mí primero vengas,  
pues hallando el delito de repente,  
juzgarme sin más causa el delincuente,  
a dar a entender pasa  
que soy la más liviana de tu casa,  
y no es razón que así tu error te arguya,  
cuando no por quien soy, por hija tuya.  
Y no es esto querer que no le veas,  
porque para que creas  
que en sangre tuya tal acción no cabe,  
ya te entrego la llave;

(*Dale la llave.*)

pero con condición de que primero  
que llegues a mi cuarto de ti espero

que habrás toda la casa visitado;  
y, no habiéndole hallado,  
podrás, sin agraviarme,  
enojarte, ofenderme y aun culparme.  
Mira si estoy bien libre que le haya,  
pues yo misma aseguro que se vaya.  
Y sola esta razón ha de vencerte,  
porque ésta es la más fuerte.  
Doña Inés, de su hermano,  
con intento liviano,  
¿no profanó la casa  
hoy y sabes que en el mismo ardor se abrasa?  
Ea, señor, conoce que si ha habido  
hombre en tu casa, que ella le ha metido;  
que mujer que en la suya no fué buena  
mal mirará el decoro de la ajena.

DON RODRIGO.

Mucho aquesta razón me ha satisfecho.

DOÑA ANA.

(¡Ah, si mi engaño fuese de provecho!)

DON RODRIGO.

(Ya me espantaba yo que sangre mía  
una acción tan infame hacer sabía.  
Ello nada aventuro,  
pues si estuviese aquí queda seguro  
de que salirse pueda, y así parto  
a visitar de doña Inés el cuarto.)  
Quédate aquí.

(Vase.)

DOÑA ANA.

Aquí aguardo.—

¿Ya no se fué? Pues bien, ¿qué me acobardo?  
Ya le envié de aquí diestra,  
y esta llave maestra  
que para el cuarto tengo,  
por remedio a mis penas les prevengo.—  
Salid, Fernando ¡qué notable suerte!,  
antes que a dar mi padre vuelta acierte.

DON FERNANDO.

(En fin, voy con mi duda.) Adiós, doña Ana.

DOÑA ANA.

A Elvira enviaré allá a la mañana.

(Entrase, y salen DON JUAN y DOÑA INÉS, cuoriéndole, y DON RODRIGO, alborotado.)

D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Hombre en mi cuarto a estas ho-

D. RODR. Eso examinar intento. [ras?

D. JUAN. (¡Perdido soy si aquí ve  
que la palabra le quiebro!)

D. RODR. Yo he de mirar todo el cuarto.

D.<sup>a</sup> INÉS. Oye.

D. RODR. ¿Qué intentas?

D.<sup>a</sup> INÉS. Intento

que adviertas que no te toca,  
ni por padre ni por deudo.

D. RODR. No tienes que prevenirme,  
porque ya resuelto tengo  
lo que he de hacer, y no admito  
advertencias ni consejos.  
Aparta.

D.<sup>a</sup> INÉS. En fin, don Rodrigo,  
¿te resuelves?

D. RODR. Sí resuelvo.

(Mátale DON JUAN la luz.)

D. JUAN. (Pues no me ha de ver aquí.)

D. RODR. Bárbaro, loco, ¿qué has hecho?  
¡Mataréte! Pero en vano  
mi enojo vengar intento  
sin luz. La puerta del cuarto  
es ésta, pues yo la cierro  
y vuelvo por luz.

(Cierra la puerta, y vase.)

D. JUAN. La puerta  
ha cerrado.

D.<sup>a</sup> INÉS. Así lo entiendo;  
pero otra en el cuarto hay  
que al corredor sale, y pienso  
que está abierta. Pero, guarda,  
pasos en el cuarto siento.

D. JUAN. Pues ¿qué haremos?

D.<sup>a</sup> INÉS. Retirarnos,  
don Juan, ese cuarto adentro,  
hasta ver en lo que pára.

D. JUAN. A tu gusto me sujeto.

(Vanse, y sale DON FERNANDO tentado.)

D. FERN. ¿Hay suceso semejante?  
¡Que estén los criados puestos  
en las dos puertas! ¿Qué haré,  
que no sé adónde me vuelvo?  
Sólo por estar oscuro  
me he entrado aquí. Mas ¿que veo?  
Con una luz don Rodrigo  
viene por el cuarto mismo;  
y por aquí está cerrado.

(Sale DON RODRIGO con luz.)

D. RODR. (¡Que de la cólera ciego  
de esta puerta me olvidase!  
Pero ¿no es el que estoy viendo?

El es.) Ahora, traidor,  
pagarás tu atrevimiento.

D. FERN. Si estáis resuelto...

D. RODR. ¡Fernando!  
(Admirado.)

(¿Es ilusión lo que veo?  
¿Con doña Inés don Fernando?  
¿Cómo persuadirme puedo  
a tal suceso si sé  
que ha venido aquí resuelto  
desde Sevilla a matarla?  
Mas ¿cómo dudarle tengo  
si le hallo con ella misma?  
Decir que no tuvo tiempo  
para vengarse, es engaño.  
¿Qué será? ¡Válgame el Cielo!  
Sin duda los dos procuran  
(ahora he dado en lo cierto:  
no puede ser otra cosa)  
que, haciéndose el casamiento  
con don Juan, cese el enojo.  
Mas ¿cómo, si fuera esto,  
se recataran de mí?  
¿Declararéme con ello?

No, que pues de mí se guardan  
algún fin tiene, y más cierto  
será, pues ya lo he entendido,  
con equívocos consejos  
decirle cuán bien le está;  
que don Juan es caballero  
y rico, y si por ventura  
se mejoran sus sucesos,  
aunque es noble don Fernando,  
le está bien el casamiento.)

D. FERN. (¿Hay suspensión semejante?  
Tras tal cólera tan presto  
reportado. ¿Qué será?)

D. RODR. Estadme, Fernando, atento.  
Dejando quejas a un lado,  
que con justa razón tengo,  
porque lo que aquí procuro  
es acomodar remedio,  
que lo demás poco importa,  
pues ha de parar en esto,  
digo que, pues la igualdad  
de hacienda y de nacimiento  
es tanta, y por hecho ya  
no tiene remedio el yerro,  
lo que importa es atajarle;  
que no siempre lo sangriento  
importa al honor, y así,  
yo de mi parte me ofrezco

a hacer lo más que pudiese,  
Fernando, en servicio vuestro.

D. FERN. (Sin duda cuando doña Ana  
le hablaba le dijo ¡ay, Cielos!  
que quiero yo ser su esposo;  
y así don Rodrigo, viendo  
que el hallarme aquí remedia,  
haciéndome de ella dueño,  
que me case me previene.  
Pero ¿cómo puedo hacerlo  
hasta averiguar mis dudas?  
Aunque ya pensado tengo  
lo que le he de responder.)  
Por que veáis que deseo  
en todas las ocasiones  
serviros y obedeceros,  
como a los dos esté bien,  
mañana, señor, ofrezco  
que el casamiento se haga.

D. RODR. (¡Alto! Dijo casamiento.  
Adiviné lo que era.)  
Pues yo os aseguro de eso.

D. FERN. (¡Qué mal lo que he visto sabe!)

D. RODR. (¡Qué bien penetré su intento!)  
Mirad que ha de ser mañana.

D. FERN. Siendo lo que decís cierto.

D. RODR. No habrá duda en lo que digo.

D. FERN. Ni la habrá en lo que os ofrezco.

D. RODR. Por propio estimo el favor.

D. FERN. Yo por dichoso el empleo.

D. RODR. Yo os quedo deudor de un gusto.

D. FERN. Yo soy quien la vida os debo.

D. RODR. Sois noble.

D. FERN. Soy vuestro esclavo.

D. RODR. En fin, ¿quedamos en esto?

D. FERN. Mañana os volveré a ver.

D. RODR. Pues mañana aquí os espero.

### JORNADA TERCERA

(Salen DOÑA INÉS y DOÑA ANA.)

D.<sup>a</sup> INÉS. Pasó, como te lo digo,  
anoche.

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Suceso extraño!

D.<sup>a</sup> INÉS. Tan aventurado al daño  
se resolvió don Rodrigo.

D.<sup>a</sup> ANA. (Notable mi dicha fué;  
con esto se aseguró  
y a mi cuarto no volvió.)

D.<sup>a</sup> INÉS. Ahora, doña Ana, que  
mi suceso te he contado,

mi pena te he referido,  
 mi inquietud has conocido  
 y mi duda reparado,  
 importa que tu valor,  
 que tu ingenio, tu amistad  
 venza una dificultad  
 en que peligra mi amor.  
 Si por noble y por mujer  
 hoy te duele mi pesar,  
 si has sabido qué es amar,  
 que es muy fácil de saber,  
 y si en piadosa te empleas  
 cuando de noble te abono,  
 oye cómo te ocasiono,  
 doña Ana, a que más lo seas,  
 para que, con una acción,  
 quedemos las dos aquí  
 yo agradecida de ti  
 y tú a mí en obligación.  
 Don Rodrigo, escrupuloso  
 centra mi amoroso afán,  
 no da licencia a don Juan  
 de verme hasta ser mi esposo.  
 Yo le adoro de manera  
 que fundo en verle mi vida,  
 y la juzgara perdida,  
 doña Ana, si no le viera.  
 Pensar que sólo el respeto  
 de tu padre ha de bastar  
 para dejarle de amar  
 cuando es tan grande el afecto,  
 es un intento tirano  
 y un pensamiento cruel,  
 pues no ha de poder más él  
 que mi honor y el de mi hermano.  
 Y si para eso se fía  
 de que en su casa me ampara,  
 con sólo que no le amara  
 pudiera estarme en la mía.  
 Y así, porque le he de amar  
 si dos mil riesgos espero,  
 y a tu padre excusar quiero  
 que se llegue a disgustar;  
 porque tampoco es razón  
 el solicitar su enojo  
 y que pueda en mí un antojo  
 más que no una obligación,  
 como cuerda, como amiga,  
 para que tu piedad sea  
 eterna, y para que crea  
 que mi desdicha te obliga,  
 traza, dispón, solicita

que pueda ver a don Juan;  
 y si te enoja mi afán,  
 y si mi afición te irrita  
 y el ayudarme te enoja,  
 desde ahora, desde aquí,  
 triunfando el disgusto en mí,  
 venciendo en mí la congoja,  
 de tu casa, de tu amparo  
 desisto, pues tal me veo,  
 que ni los temores creo  
 ni los peligros reparo.  
 Hoy mi vida busca aquí  
 remedio a tanta porfía;  
 hállele, si no por mía,  
 porque se ampara de ti.

D.<sup>a</sup> ANA. (Ni sabe lo que me pide, *(Aparte.)*  
 ni yo qué he de responder,  
 porque, o ingrata he de ser,  
 o el ser piadosa me impide.  
 Por una parte el honor  
 de mi amante me detiene,  
 y por otra no conviene  
 usar con ésta un rigor.  
 Si ayudarla solicito,  
 ingrata a Fernando ofendo,  
 porque le está cometiendo  
 quien da favor al delito.  
 Dorar, callando, esta culpa,  
 es intento poco sabio,  
 que, cometiendo el agravio,  
 no es el callarle disculpa.  
 Y así es bien el no ofendelle,  
 aunque ofrezca el encubrillo,  
 que mal dudará en decille  
 la que no temió al hacelle.  
 Pues también a una mujer  
 en amar tan empeñada,  
 tan ciega, tan declarada,  
 que se ha llegado a valer  
 de mí dejar de esta suerte  
 de amparar, era dejar  
 de ser noble y procurar,  
 con mi crueldad, su muerte.  
 Y si piadosa reparo  
 lo que debo hacer aquí,  
 basta que le busque en mí  
 para que hálle en mí el amparo.  
 Esto ha de ser. Diga el mundo  
 hoy que mis dudas refiero,  
 que fué la piedad primero  
 y que fué mi amor segundo.)  
 D.<sup>a</sup> INÉS. Pues ¿cómo, doña Ana, di



dudas hoy en responder?  
 ¿Esto te llevo a deber  
 cuando me valgo de ti?  
 Ea, la duda atropella,  
 vence la dificultad,  
 que logra mal la amistad  
 que duda al tiempo de hacella.

D.<sup>a</sup> ANA. Antes, con haber dudado,  
 puesto que hacerlo prevengo,  
 pienso, doña Inés, que tengo  
 mi amor más acreditado.  
 Pues si hay causa que me obliga  
 para dudar y temer,  
 que tú no puedes saber  
 ni es justo que yo te diga,  
 y tras la dificultad  
 tu amistad viene a vencer,  
 ésta sí que viene a ser  
 más muestra de voluntad.  
 Y así, mira en lo que puedo  
 ayudarte desde hoy.

D.<sup>a</sup> INÉS. Postrada a tus pies estoy;  
 tan agradecida quedo  
 a esta fineza.

D.<sup>a</sup> ANA. Levanta.

D.<sup>a</sup> INÉS. Hoy nueva vida recibo  
 por ti contra el hado esquivo;  
 tal es mi amor, mi fe tanta.  
 Dios te guarde.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Vaste ya?

D.<sup>a</sup> INÉS. A don Juan voy a escribir  
 que no deje de venir  
 esta noche por acá.

(Vase DOÑA INÉS y sale ELVIRA.)

ELVIRA. ¿Ah, señora? Escucha, aguarda.

D.<sup>a</sup> ANA. Pues bien, Elvira, ¿qué hay?

ELVIRA. Prevenirte de un disgusto,  
 avisarte de un pesar  
 sin andar en digresiones,  
 porque cuando está **capaz**  
 de remediarse es error  
 el **llegarlo a dilatar**,  
 pues cuanto más se detiene  
 se impide el remedio más.

D.<sup>a</sup> ANA. Pasa adelante.

ELVIRA. Pues sabe  
 que yendo ahora a buscar  
 a Fernando a su posada,  
 me dijo Aloja que están  
 de partida.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Para dónde?

ELVIRA. Para Sevilla será.

D.<sup>a</sup> ANA. Y ¿cuándo?

ELVIRA. Esta misma tarde.

D.<sup>a</sup> ANA. Detente, no digas más,  
 que no hay ánimo que baste  
 cuando es el disgusto tal.  
 ¡Ay, don Fernando! ¡Ay, ingrato!  
 ¡Ay, amante desleal!  
 ¡Ay, cauteloso enemigo!  
 ¡Ay, fementido galán!  
 y ¡ay, desdichada mujer,  
 pues ninguna tanto hay,  
 que se le ausente su amante  
 cuando adorándole está,  
 y que no se caiga muerta  
 en llegándolo a escuchar!  
 ¿Qué he de hacer, triste de mí?  
 ¿Qué remedio podré hallar  
 que le esté bien a mi honor?  
 ¿Cuál alivio hallaré, cuál  
 que consuele de esta pena?  
 Pues quejarme es publicar  
 mi agravio; callarle, es ir  
 a la parte con mi mal;  
 para venganza no hay modo,  
 porque el hacerse matar  
 es tomarla de mí misma;  
 que aunque la civilidad  
 de su ingratitud a voces  
 sé que pidiéndolo está,  
 mujer que acertó a vengarse  
 poco supo qué era amar.  
 Darme la muerte tampoco  
 puede a mi honor importar,  
 que nunca un puñal enmienda  
 lo que erró la voluntad.  
 Decirlo a mi padre, menos,  
 pues sólo vengo a granjear,  
 con que sepa mi desdicha,  
 el darle un disgusto más.  
 Cielos, una de dos sea:  
 o permitidme el hallar  
 remedio a tantas desdichas,  
 o esos rayos desatad  
 que hieran en este pecho  
 que ofrezco de par en par  
 por logro a su ejecución,  
 por triunfo a su crueldad.  
 El bien o el mal sólo os pido;  
 pues ¿cómo entre el bien y el mal  
 ni permitís el remedio  
 ni la muerte ejecutáis?

Y tú, ingrato dueño mío,  
ya que a Sevilla te vas  
huyendo de quien te adora  
porque te adora no más,  
oye estas últimas quejas,  
si es que las puedo formar,  
aunque si te han de mover  
sé que no las oirás.  
Y así, pues cruel me dejas,  
y así, pues te estimo leal,  
pues ingrato me desprecias  
y pues firme te he de amar,  
maltrata, ofende, desprecia,  
injuria, aborrece y haz  
más pesares a esta vida  
que siempre tuya será,  
que hay en ese cielo estrellas,  
arenas en ese mar,  
en ese pecho traiciones  
y en este mío lealtad;  
que yo, ciega, firme, amante,  
resuelta, perdida, leal,  
constante, loca, empeñada,  
sin juicio y con voluntad,  
siempre firme, amante siempre,  
podré a voces publicar  
que te quise lo más bien  
y me tratas lo más mal,  
y cuando más me ofendiste  
entonces te adoré más.

ELVIRA. Señora, advierte, repara  
que el llegarte a apasionar  
tanto es yerro, cuando puedes  
por algún camino hallar  
remedio que importe mucho.

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Ay, Elvira, dime cuál!

ELVIRA. Si a don Diego se lo escribes,  
yo sé que le ha de obligar  
con ruegos o con razones.

D.<sup>a</sup> ANA. Pues ¿cómo, Elvira, si está  
receloso de Fernando?

ELVIRA. Como no le digas más  
de que a una amiga le importa,  
que luego no faltarán  
excusas a su sospecha.

D.<sup>a</sup> ANA. Bien dices. Llégame acá  
el recado de escribir.

ELVIRA. Aquí está el recado ya.

(Pónese a escribir y dice ELVIRA:)

¡Ah, tristes mujeres, siempre  
la peor parte os lleváis!

¡Ah, falsos hombres, qué presto

cuando queréis os mudáis!  
Nuestra verdad es mentira,  
vuestra mentira es verdad;  
la que en nosotras por culpa,  
gala en vosotros juzgáis.  
Si una es mala, eso era cierto;  
si buena, no pudo más;  
si se aliña, es con cuidado;  
si no, está contenta ya;  
si calla mucho, es taimada;  
si habla, rabia por hablar.  
Lleven los diablos, amén,  
cuantos oyéndome están.

(Salen DON FERNANDO y ALOJA.)

D. FERN. (De esta vez, afecto mío;  
de aquesta vez, voluntad,  
he de saber... Mas ¿qué miro?  
Doña Ana escribiendo está.)

ELVIRA. (Fernando se ha entrado. ¡Ay, tris—  
¿Cómo la podré avisar? [te f.  
¡Ce, señora, don Fernando!)

D.<sup>a</sup> ANA. Quita ese papel allá.

D. FERN. Ya es tarde para escondelle.  
¿A quién escribiendo estás?

D.<sup>a</sup> ANA. (¿Hay semejante desdicha?)  
Como supe...

D. FERN. Bien está.

D.<sup>a</sup> ANA. Que a Sevilla...

D. FERN. Ya lo entiendo.

D.<sup>a</sup> ANA. Te partes... (Estoy mortal.)  
A don Diego le escribía...

D. FERN. Que te venga a visitar,  
porque ya no estorbo yo.  
¿No es aquesta la verdad?—  
Vamos, Aloja, de aquí.

ALOJA. ¿Dónde, señor?

D. FERN. A tratar

lo que le importa a mi honor.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Que me dejas? ¿Que te vas?  
¿Y sin decirme la causa?  
Mas ¿qué causa me dirás  
si no la tienes?

D. FERN. ¿No, ingrata?

Fscúchame y lo sabrás.

Después que desde tu casa  
con don Diego (¡Muerto estoy!)  
al campo salí y tu padre  
a despartirnos llegó,  
volvimos hasta tu casa  
a acompañarle los dos,  
y al llegar vi que en tu reja

un hombre, no fué ilusión,  
 no fué sombra, no fué engaño,  
 no fué antojo, no fué error,  
 sino verdad evidente,  
 sino segura traición,  
 sino averiguada ofensa  
 y descubierto rigor,  
 tal como pudo pedirla  
 en tan rigurosa acción  
 el ser tú mujer ¡ah, ingrata!  
 y el ser desdichado yo,  
 escondióse en el portal,  
 y mil veces ¡vive Dios!  
 ciego, irritado y amante,  
 tuve determinación,  
 aunque tu padre lo viera  
 (tan crecido fué el dolor),  
 de quitarle allí la vida;  
 que aunque sé que tu opinión  
 y tu vida aventuraba,  
 no hay cordura, no hay razón  
 que baste cuando se juntan  
 los celos y el valor.  
 Venció la cordura, en fin;  
 libré a mejor ocasión  
 mi venganza, y esperé,  
 luego que tu padre entró,  
 a que del portal saliese;  
 y, en fin, por mirar tu honor  
 y no alborotar la calle,  
 ardiendo en coraje, doy  
 lugar que pase; a este tiempo  
 por esa puerta se entró  
 del jardín, y yo después,  
 cuando Elvira me avisó  
 y supe que era en tu casa,  
 guiado de mi furor  
 entré a vengarme, tu padre  
 a este tiempo me encontró;  
 y después que me ocultaste  
 y que de allí se apartó,  
 volví a encontrarle otra vez.  
 Creció de nuevo el temor,  
 por ver mayor el empeño;  
 pero tan poco duró,  
 que con que fuese tu esposo  
 cesaba su indignación.  
 Fuéralo entonces, sin duda;  
 ¡oh, que de ello malogró  
 tu desacierto! Pues luego  
 el recelo me avisó  
 de aquel hombre que vi entrar,

que fué bastante ocasión  
 a que no me resolviese,  
 porque muchas veces son,  
 las que en el amor finezas,  
 delitos en el honor.  
 Pero, con todo, atendiendo  
 al disgusto, a la pasión  
 de tu padre, le ofrecí,  
 como esté bien a los dos  
 (¡qué necio fuera en cumplirlo!),  
 en darte la mano hoy.  
 Y cuando vengo a decirte  
 el estado de mi amor  
 y a prometerte, encontrando  
 bastante satisfacción,  
 cumplir con tu padre, hallo  
 en tu mano otra traición,  
 otro más nuevo delito,  
 otro más patente error  
 y, en fin, otro amante más  
 y otra pena más atroz.  
 Esto es por lo que me ausento,  
 y sé que en obligación  
 me estás, porque si en tu padre  
 es fuerza buscarme hoy,  
 y en mí lo es el no casarme  
 porque importa a mi opinión,  
 y para esto no hay más medio  
 que decir lo que pasó  
 oirme, y si se lo digo,  
 estima tanto su honor,  
 que ha de quitarte la vida,  
 y con dejarte te doy  
 para tu amor más lugar,  
 pues podrás, en conclusión,  
 gozar en paz a tu amante  
 sin cuidado y sin temor,  
 que donde hay muchos galanes  
 siempre poca paz se halló.  
 Esta, doña Ana, es mi pena,  
 aquesta tu sinrazón,  
 esto por lo que me ausento,  
 aunque sé que a morir voy,  
 pues no hay mayor dolor  
 que es estar ofendido y con amor.  
 D.<sup>a</sup> ANA. ¿Esa, en efeto, es la queja?  
 D. FERN. Esta es mi pena mayor.  
 D.<sup>a</sup> ANA. Pues oye cómo en tus dudas  
 fundas mi satisfacción.  
 Tú dices que viste anoche  
 que un hombre en mi casa entró,  
 y que al mismo tiempo Elvira

de mi parte te avisó  
 que a verme entrases; ahora  
 verás si tengo razón.  
 Sentemos aquí primero  
 que mujeres como yo  
 no aman más de por amar;  
 pues, siguiendo tu opinión,  
 digo que después de amarte  
 a otro objeto se inclinó  
 el alma y que me rendí  
 a esa bárbara pasión,  
 cosa que juzgo imposible:  
 que la que una vez amó,  
 los desaires de su amante  
 los tiene por perfección;  
 y así, por vencerte más,  
 paso por aqueso error.  
 Digo que a nuevo galán  
 rendí después mi afición  
 y dejé a ti de quererte;  
 pues, dime, ¿por qué razón  
 pude rogarte que entrases?  
 ¿Por buscar una ocasión  
 en que arriesgar a mi amante?  
 ¿Por malograr el favor  
 que estaba usando con él  
 y aventurar mi opinión?  
 Demás, de que cuando entraste  
 y mi padre te encuentro,  
 te escondí dentro en mi cuarto;  
 y es cierto que tu temor,  
 o tu recelo, entre tanto  
 que mi padre se volvió,  
 le buscaría por él;  
 pues querer decir que yo  
 le escondiera en otra parte  
 es vana imaginación;  
 pues quien sin quererte a ti  
 tan grande fineza usó  
 como esconderte en su cuarto,  
 fácil de entender dejó  
 que por el galán que amaba  
 lo hiciera mucho mejor.  
 ¿Ves como es tu misma duda  
 la mayor satisfacción?

D. FERN. Esa razón era buena  
 cuando fuera una ilusión,  
 un antojo, una apariencia,  
 una sospecha, un temor,  
 un recelo, una premisa,  
 una duda, una atención  
 y, en fin, un agravio en sombra

de si pasó o no pasó;  
 pero ver entrar un hombre,  
 y hombre que primero (¡ay, Dios!)  
 estaba hablando en tu reja,  
 y que en efecto se entró  
 por la puerta del jardín,  
 que es la sospecha mayor;  
 que puertas en los jardines,  
 mirado con atención,  
 la comodidad las labra  
 y las frecuente el amor.  
 Dime, ¿a qué entraba este hombre?  
 ¿Hay prima? ¿Hay hermana? No;  
 que aun esta usada disculpa  
 no puede valerte hoy.  
 Y ahora escribir a don Diego...  
 Basta, doña Ana, por Dios,  
 que lo que juzgas descargo  
 toca en desestimación;  
 y así, mientras no me digas  
 quién era y a lo que entró,  
 no me has de ver en tu vida.  
 Tente, aguarda.

D.<sup>a</sup> ANA.

ELVIRA.

D.<sup>a</sup> ANA.

ELVIRA.

D. FERN.

D.<sup>a</sup> ANA.

D. FERN.

D.<sup>a</sup> ANA.

D. FERN.

D.<sup>a</sup> ANA.

D. FERN.

D.<sup>a</sup> ANA.

D. FERN.

D.<sup>a</sup> ANA.

D. FERN.

D.<sup>a</sup> ANA.

D. FERN.

D.<sup>a</sup> ANA.

D. FERN.

(Vase.)

ALOJA.

ELVIRA.

ALOJA.

Mi señor.  
 ¿Hay más desdichas que espere?

Que llega.

Doña Ana, adiós.

En fin, Fernando, ¿te vas?

En fin, doña Ana, me voy.

¿Qué te obliga?

Mi venganza.

¿Quién te guía?

Tu rigor.

¿Yo no te adoro?

No, ingrata.

¿Y que no he de verte?

No.

¡Muera, pues soy desdichada!

¡Muera, pues infeliz soy!

que el estarlo mi señor?

Porque se pegan los celos

como sarna, sarampión,

tiña, lepra, lamparones,

peste, tabardillo y los

demás achaques que curan

los hermanitos de Antón



Martín, y no es maravilla,  
ni te cause admiración,  
que los celos me pegase  
quien el amor me pegó.

(*Vase, y salen DON RODRIGO y DON DIEGO.*)

DON RODRIGO.

En efecto, don Diego,  
hoy quedaremos todos con sosiego;  
porque hoy don Juan casado  
y hoy también por la muerte perdonado,  
todo el disgusto cesa.

DON DIEGO.

Acción de solo vuestro pecho es esa.

DON RODRIGO.

¡Hija!

DOÑA ANA.

Padre y señor, mi pena es mucha,  
y de manera el sentimiento lucha  
a vencerme, que entiendo...  
(Pero disimular ahora pretendo.)

DON RODRIGO.

Parece que alterada,  
inquieta, mal segura, alborotada  
me habláis. ¿Qué ha sucedido?

DOÑA ANA.

(¿De qué mujer se habrá jamás oído  
que por respeto ajeno...  
Mas ya sin tiempo mi piedad condeno.  
Disimular importa,  
ya que examino que es mi suerte corta.)  
Hoy, señor, me dijiste  
cómo Fernando (¡ay, triste!)  
estaba con intento  
de hacer de doña Inés el casamiento  
con don Juan; y, en efecto, como amiga  
de doña Inés, permíteme que diga  
que de suerte me holgaba,  
que parece era yo quien se casaba.  
A este tiempo he sabido  
que, alevé y fementido,  
a Sevilla se parte, y que sin falta  
a la palabra falta  
que a ti te dió, y te deja  
hoy con tan justa queja;  
y a doña Inés, que como a hermana quiero,  
ver sin el gusto que deseaba espero,  
debí de alborotarme,  
y no hay por qué culparme  
cuando a un tiempo miraba  
que a un padre y a una amiga disgustaba.

DON RODRIGO.

¿Que Fernando se ausenta  
y que engañarme intenta?  
¡Vive el Cielo, si llego  
antes que parta, que de enojo ciego!

DON DIEGO.

¿Qué haces?

DON RODRIGO.

Ir a buscarle,  
ir a que se detenga o a matarle.

DON DIEGO.

A tu lado me tienes.

DON RODRIGO.

Antes me he de enojar si tras mí vienes;  
que no quiero que diga,  
cuando a arrestarme la razón me obliga  
resuelto y enojado,  
que le voy a buscar acompañado.

(*Vase.*)

D. DIEGO. Ya que tu padre se fué,  
¿dará lugar tu rigor  
a que te diga mi amor  
el estado de su fe?  
¿Podré, doña Ana, podré  
publicar que más te adoro  
cuando tu rigor no ignoro,  
cuando tu impiedad no dudo,  
cuando mi pena no mudo  
y más mi desdicha lloro?

D.<sup>a</sup> ANA. No es tiempo ahora, don Diego,  
de escuchar esas ternezas,  
que se oyen mal las finezas  
adonde falta el sosiego.  
Id tras mi padre, que luego  
tendréis para eso lugar;  
que aunque él procure estorbar  
que ahora le acompañéis,  
a él le toca que os quedéis  
y a vos el irle a buscar.

(*Vanse, y sale DON FERNANDO, de noche.*)

D. FERN. Ya que doña Ana segura  
estará de que me ausento,  
averiguar aquí intento  
si otra voluntad procura.  
Bien sé que el amor murmura  
aquestos nuevos desvelos  
después de tantos recelos;  
pero no hay de qué admirar  
que a un triste le ha de costar  
cuidado aun hallar sus celos.

(Sale DON JUAN, de noche.)

- D. JUAN. Avisóme doña Inés  
para que venga esta noche,  
diciéndome que en la reja  
estará Elvira con orden  
de que al instante que llegue,  
por que más mis dichas logre,  
me abrirá por el jardín.
- D. FERN. (Pasos siento, y viene un hombre.  
De la oscuridad me amparo.)

(Llégase DON JUAN a la reja y asómase ELVIRA.)

- ELVIRA. ¿Es don Juan?
- D. JUAN. ¿Elvira?
- ELVIRA. Voime  
a la puerta.

(Quítase.)

- D. JUAN. Allá te aguardo.)
- D. FERN. Llegó a la reja, pasóse  
y por el jardín ¡ay, Cielos!  
le han abierto. Daré voces.  
Elvira, Elvira; ¡ah, traidora!  
¡Oh, qué bien se conoce  
que en busca de una desdicha  
no hay paso que no se logre!  
Abre, Elvira, o ¡vive el Cielo!  
que aunque la calle alborote...

(Sale Doña ANA a la reja.)

- D.<sup>a</sup> ANA. ¿Qué es aquesto? Mas ¿qué miro?
- D. FERN. ¿Qué ha de ser? Tus sinrazones,  
mis ofensas, tus crueldades,  
mis desdichas, tus rigores,  
mis agravios, tus cautelas,  
mis afrentas, tus traiciones.  
Niégame ahora ¡ay de mí!  
que tienes en casa un hombre.  
Ya le he visto, y sólo quiero,  
pues que mi razón conoces,  
pues que convencida estás  
que en tu vida... Pero voime,  
que aunque pudiera vengarme  
y irritado cuanto noble  
darle muerte a ese alevoso  
que dentro en tu casa escondes,  
por tu padre... Mas ya tardo.
- D.<sup>a</sup> ANA. Aguarda, Fernando, oye.  
(Sin duda que doña Inés (Aparte.)  
abrió a don Juan, y que entonces  
Fernando le vió. ¡Ay de mí!  
¿Hay más penas que me ahoguen,

más desdichas que me cerquen,  
más dolores que me acosen  
y más ansias que me aflijan?)

D. FERN. No he de esperar tus razones.  
Mas ya que no hay imposible  
a que mi honor no se arroje,  
abre, ya voy a la puerta.

D.<sup>a</sup> ANA. Valió la industria, valióme.  
Tenga yo lugar de hablarle,  
que de camino, aunque estorbe  
mi piedad a mi opinión,  
a Elvira le diré a voces  
que a don Juan y a doña Inés  
de aqueste peligro informe.

(Vanse, y salen DON JUAN y Doña INÉS.)

- D.<sup>a</sup> INÉS. En efeto, que doña Ana  
a ayudarnos se dispone,  
que por ella puedo verte,  
y nuevas obligaciones  
añade a las que debemos.
- D. JUAN. Gente viene. ¿No lo oyes?  
Elvira.

(Sale ELVIRA.)

- ELVIRA. Don Juan, señora,  
al punto, al punto te esconde,  
que mi señora, su padre,  
que suben ya, ¿no los oyes?
- D. JUAN. No hay dicha que azar no tenga.
- D.<sup>a</sup> INÉS. No hay gozo que no zozobre.

(Escóndase al paño, y salen DON FERNANDO y Doña ANA, deteniéndole.)

- D.<sup>a</sup> ANA. Ya que estás aquí, señor...  
(¿Qué haré en tantas confusiones?  
Si entrar le deja el amor  
la lealtad a estos dos rompe,  
que, fiados en mi amparo,  
de él en mi casa se esconden.)
- D.<sup>a</sup> INÉS. (¿No es Fernando?)
- D. JUAN. ¿No es tu hermano?
- D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Si habrá sido trato doble  
de doña Ana y ahora...? ¡Ay, Cie-
- D. JUAN. Doña Inés, no te alborotes; [los!  
que teniéndome a tu lado  
ningún riesgo hay que te importe.)
- D. FERN. Yo no vine aquí a escucharte,  
sino a que mejor te informes  
otra vez de mi valor,  
y a que, ciega, no te arrojes.
- D.<sup>a</sup> ANA. Bien conozco tu valor,

que, a dudarle, soy tan noble,  
que no te hubiera querido;  
pero fué mi intento entonces  
solamente detenerte,  
y así este instante me oye.

D. FERN. Volveréme si eso intentas.

D.<sup>a</sup> ANA. No te pido que me abones  
ni que te quedes te pido;  
sólo, sí, que dos razones  
me escuches, cosa que a nadie  
se ha negado.

D. FERN. ¿Al duro bronce  
quieres mover? No he de oírte.

D.<sup>a</sup> ANA. Pues ni quiero que te tornes,  
ni quiero que de aquí pases,  
y quiero que, aunque te enojés,  
me escuches. Bien, ¿qué has de ha-  
supuesto que ya se pone [cer  
mi amor al mayor empeño?  
Suspende este instante el golpe,  
y aunque después no hagas caso,  
escúchame.

D. FERN. Aunque malogre  
este rato, ya te escucho.

D.<sup>a</sup> ANA. (El corazón se me rompe,  
el aliento se me turba,  
el ánimo se me encoge,  
la lengua se me entorpece  
y, en fin, todas las acciones  
tan turbadas las advierto,  
las hallo con tal desorden,  
que al publicar mis desdichas,  
que al referir mis pasiones,  
por querer informar todas  
no hallo ninguna que informe.)

Tú veniste a ésta Corte, estáme atento,  
no ignoro mi desdicha ni tu intento,  
en seguimiento de don Juan de Chaves;  
pero esto ya lo sabes.  
Encontraste conmigo,  
bien se te acordará de lo que digo;  
miréte atenta, atento me miraste;  
no sé si te obligué, tú me obligaste.  
Que me amabas dijiste,  
¡oh, cómo veo ahora que mentiste!  
Creílo entonces, porque como estaba  
ciega la voluntad, sólo deseaba  
hallar cualquiera rastro de disculpa,  
si pudo nunca ser amarte culpa;  
y así, cuando supiera  
que engaño tuyo era,

te adoraba de suerte  
que engañarme dejara por quererte.  
En fin, verdad o engaño,  
aventurada al daño,  
arrestada al suceso,  
empeñada al exceso,  
atrevida al enojo,  
inclinada al arrojo,  
ciego el discurso, la razón perdida,  
mudo el aviso, la atención dormida,  
el riesgo descubierto,  
el peligro más cierto,  
en tan ciega porfía,  
lo que no es resistir, todo lo haría.  
Esto a mi amor le debes,  
si no es que ya a negármelo te atreves,  
porque el primer motivo de un ingrato  
es desmentir la obligación del trato;  
y aunque es culpa tan grave  
negarla quien la sabe,  
si a no pagarla estás determinado,  
en negarla andarás más acertado;  
porque, bien discurrido,  
aún es más permitido,  
debiéndola, el negarla  
que confesar deberla y no pagarla.  
Mi Fernando, señor, ¿tú de esa suerte  
procurando mi muerte?  
Vuelve, repara atento  
mi pena, mi dolor, mi sentimiento,  
mis ansias, mis sollozos, mis gemidos  
con piadosos oídos.  
Si alguna falsa sombra  
o te altera, o te asombra,  
o te turba, o te inquieta  
cuando así a tus recelos te sujeta,  
considera advertido  
las finezas que aquí te he referido,  
y otras que no se saben,  
tantas, que apenas en el alma caben;  
y luego, asegurado,  
hallarás, mi Fernando, ese cuidado,  
porque no cabe tan contrario efeto  
como amar y ofender en un sujeto.  
Si porque ese temor más no te arguya  
quieres que diga a voces que soy tuya,  
tuya soy, y quisiera  
que dilatarse aquesta voz pudiera  
del uno al otro polo  
por que no quede en él un hombre solo  
que ignore que rendida  
vive a tu amor mi vida;

y así, sabiendo todos mis desvelos,  
no se atreva ninguno a darte celos.  
Si rendida te importa  
mi vida, hiere, corta,  
ea, que el corazón tanto desea  
ver prenda tuya en sí, que aunque esto sea  
ejecutar rigores,  
más que estimar halagos y favores,  
por ser tuyo contento  
hará lugar a ese puñal sangriento.  
Todo esto que mi amor aquí porfía  
es voluntad, es gala, es bizarría.  
Mas pensar tú, grosero,  
cuando tocando estás lo que te quiero,  
que no ha de ser bastante  
fineza tan constante  
a asegurarte hasta mirar mi casa  
tan de lo justo pasa,  
que no lo permitiera,  
Fernando, si mil veces te perdiera,  
porque quiero que debas  
la verdad a mi amor y no a tus pruebas.  
Ea, sepamos lo que más te obliga,  
si mi amor te mitiga,  
si tu duda te altera,  
si mi afecto te espera,  
si tu enfado te dura,  
si mi fe te asegura,  
si tu rigor te inquieta  
y, en fin, si te sujeta  
una ofensa dudada  
más que tanta verdad asegurada.

D. JUAN. ¿Hay más notable suceso?  
¡Que amante Fernando sea  
de doña Ana y haya estado  
en Madrid sin que lo sepa!  
¡Que le haya dado yo celos!  
¡Y que doña Ana, resuelta,  
sólo por no descubrirnos  
se arroje de esta manera  
a disgustar a su amante!  
Mucho esta piedad me enseña.)

D.<sup>a</sup> ANA. Fernando, pues ¿qué respondes?

D. FERN. Bien fácil es la respuesta.

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Ay, don Juan, lo que me debes!  
¡Ay, piedad, lo que me cuestas!  
¿Qué dices?

D. FERN. Digo, doña Ana,  
que si no es que al hombre vea  
no me he de satisfacer.

D.<sup>a</sup> ANA. Advierte en lo que te empeñas.

D. FERN. Esta es resolución.

D.<sup>a</sup> ANA. Mira  
que después no te arrepientas.

D. FERN. O me he de ir o le he de ver.

D.<sup>a</sup> ANA. Pues, Fernando, si ya llega  
tu temeridad a tanto  
que mis verdades desprecias,  
que mis razones no atiendes  
y pueden más tus sospechas  
que tantas satisfacciones,  
aunque la vida me cueste,  
no se ha de decir que fuí  
con mi estimación tan necia  
que logró tu grosería  
lo que perdió mi fineza;  
y así, vete.

D. FERN. Ya me voy.

(Sale DON JUAN y DOÑA INÉS, deteniéndote.)

D. JUAN. Pues no te vayas, espera.

D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Qué has hecho?

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Terrible arrojo!

D. FERN. Pues, traidores, ¿aquí?

(Empuñando las espadas.)

D. JUAN. Deja

que te diga a lo que salgo,  
que para eso tiempo queda,  
y quien se arroja al peligro  
nunca al peligro se niega.  
Y así, si doña Ana ahora  
por ampararme se alienta  
a perderte, y en perderte  
tantas desdichas confiesa,  
yo, que soy noble y conozco  
que razón injusta fuera,  
cuando por mí se aventura  
no aventurarme por ella,  
quiero que si con mi daño  
aquí el suyo se remedía,  
se enmiende un daño con otro.  
Ahora este acero te espera.

(Sacan las espadas.)

D. FERN. Hoy vuestras infames vidas  
han de lavar mis ofensas.

D.<sup>a</sup> ANA. No, Fernando, no es razón  
que yo su agravio consienta.

D. FERN. Aparta.

D.<sup>a</sup> ANA. En vano porfías.

D. FERN. Mira que mi honor se arriesga.

D.<sup>a</sup> ANA. Tu honor quiero asegurar.

D. FERN. ¿Mi honor? Pues ¿de qué manera?



D.<sup>a</sup> ANA. Tú veniste aquí celoso  
y, bizarro y arrestado,  
hoy don Juan ha procurado  
mi quietud y tu reposo.  
De modo que si él piadoso  
te asegura esos recelos,  
re excusa tantos desvelos,  
a otra piedad te convida,  
que bien merece una vida  
quien asegura unos celos.

Y nombre de ingrato alcanza  
el que al tiempo, a la ocasión  
que halla una satisfacción  
solicita una venganza;  
y así, en esta confianza  
segura, Fernando, digo,  
que si él piadoso contigo,  
por excusar un pesar,  
sale el castigo a buscar,  
tú no has de usar del castigo.

Porque infamia llega a ser  
y proceder desatento  
en quien usa el rendimiento  
ejecutar el poder;  
y si con llegarse a ver  
su esposo queda postrada  
la ofensa más acertada,  
será acción en que ha quedado  
un amor asegurado  
y una ofensa perdonada.

Mi bien, Fernando, señor,  
yerro es de amor el que halláis,  
pues si no le perdonáis,  
¿para qué tenéis amor?  
Ea, cese ya el rigor,  
la piedad os comprenda  
para que mejor se entienda  
que en aplacaros me fundo,  
y por que publique el mundo  
que un daño a otro daño enmienda.

D. FERN. Tal es el gozo de ver  
hoy mi amor asegurado,  
y el tuyo tan obligado  
se llega a reconocer,  
que si ofensa pudo ser  
dudar tu verdad allí,  
ya la satisfago así  
para que entienda tu fe  
que lo que allá te negué  
te estoy ofreciendo aquí.

Con que vengo a agradecer  
hallar aquí mi enemigo,

para que mi amor contigo  
más galante pueda ser;  
y así, por que echés de ver  
que obligarte solicito,  
repara bien que acreditó  
más mi amor con lo que hago,  
pues no paso en ti un amago  
y perdono en mí un delito.

(*Envainan las espadas y salen DON RODRIGO y DON DIEGO.*)

D. RODR. Fernando, ¿vos en mi casa  
y buscándoos yo con queja  
de que os ibais a Sevilla?

D. FERN. Más es, señor, mi obediencia.

D. RODR. Bien se ve, pues hallo ya  
los dos en presencia vuestra;  
y pues me disteis palabra,  
si gustáis que ahora sea  
la boda, cumplidla aquí.

D. FERN. Por vos perdonados quedan.  
(*Danse las manos.*)

ALOJA. ¿Cómo es esto? ¿Así se casa  
un gallego de su tierra  
para dar un antuvión,  
y cuando la ocasión llega  
del montantazo y el zas  
se están con esta llaneza?  
¡Vive el Cielo que sucede  
a pedir de la comedia!

D. FERN. Y yo, si en algo, señor,  
os obligué, en recompensa,  
dando a doña Ana la mano  
haréis que a Sevilla vuelva  
con honor y con esposa.

D. RODR. Ya por mí tiene licencia.

D. FERN. Por felices doy mis celos.

D.<sup>a</sup> ANA. Yo, por dichasas mis penas.

D. DIEGO. Y yo muchos parabienes,  
que justamente se emplean  
en tal día.

ALOJA. Mas qué presto  
estas cosas se conciertan.  
¿Quiéresme, Elvira?

ELVIRA. Sí, Aloja,  
aunque vinagre te vuelvas.

ALOJA. Y con esto y que don Diego  
de nones para otra queda,  
*Enmendar un daño a otro*  
será razón que fin tenga.

FIN

# LA GRAN COMEDIA DE

# EL ESCLAVO DE VENECIA

## Y AMANTE DE SU HERMANA

DE

LOPE FÉLIX VEGA CARPIO

### PERSONAS

ASTOR BALÓN, <i>viejo.</i>	GANDALÍN, <i>gracioso.</i>	CELIDORO, <i>general.</i>	SOLDADOS TURCOS.
CAMILA, <i>su hija.</i>	MULEY, <i>turco.</i>	SELÍN, <i>gran turco.</i>	NUESTRA SEÑORA.
RICARDO, <i>cautivo.</i>	MAHAMET, <i>turco.</i>	ZARA, <i>turca.</i>	Dos SENADORES.
			[Un Músico.]

### [JORNADA PRIMERA]

*(Disparan dentro, y habrá gran ruido de guerra, como que se da batería y asalto, y salen dos turcos, que son MULEY y MAHAMET, con espadas desnudas, tras de ASTOR BALÓN, general de Famagosta, y él retirándose con la espada desnuda y el bastón quebrado, y ensangrentado el rostro, y a la postre CELIDORO. Dicen primero dentro los dos MOROS:)*

DENTRO. ¡Famagosta por Selín!  
¡Victoria, turcos, victoria!  
Llore, como Nicosía,  
su ruína lastimosa.

*(Agora salen como está dicho.)*

MAHAMET. Rinde la espada o la vida.

ASTOR. La vida será más honra,  
porque sin honra la vida  
es muerte, y muerte afrentosa.

CELIDORO. Tened, valerosos turcos,  
y no borréis vuestras glorias  
dando muerte al General  
de la insigne Famagosta.

ASTOR. ¿Quién eres, turco piadoso,  
que darle la muerte estorbas  
al hombre más desdichado  
que vieron Grecia ni Roma,  
pues ya le enfada la vida?

CELIDORO. Soy quien gobierna las tropas  
del Gran Señor; soy quien pone  
terror a todas las costas,  
desde Roma hasta Mesina

y desde Venecia a Rodas;  
soy Celidoro.

ASTOR. A tu fama  
se le aventajan tus obras,  
y me holgara que a tus manos  
se acabe mi vida corta,  
porque esa gloria me queda  
de morir con tanta honra.

CELIDORO. Muy herido estás.  
*(Afírmase con CELIDORO.)*

ASTOR. Pelea,  
que ánimo y honor me sobra  
para probar el valor  
de mi antigua sangre heroica.

CELIDORO. No podrá cortar mi alfanje  
en carne tan generosa,  
y parece que esa sangre  
el corazón me alborota,  
y con ocultos impulsos  
me enternece y aficiona.  
No sé qué siento en mirarla,  
que pienso que cada gota  
me sale de las entrañas,  
bronce un tiempo y cera agora,  
y parece que el ser debo  
a esas canas generosas,  
que mis iras y crueldades  
truecan en misericordias.  
Verdad es que en los cristianos  
cierta inclinación piadosa  
arrebata mi albedrío  
y a amparallos me provoca;

pero no con tal vehemencia  
como me ha causado agora  
ver esa sangre que viertes  
con el valor que pregonas.  
Y ¡vive Alá! que trocara  
el bastón con que me honra  
Selín por ser hijo tuyo,  
cuya nobleza notoria  
hace el valor de ese pecho  
y esas canas, que provocan  
a lástima y a piedad;  
y, a poderlo hacer sin nota,  
dejara de proseguir  
la conocida vitoria,  
y por tu respeto sólo  
perdonara a Famagosta,  
cuyos altos homenajes  
hoy a mis plantas se postran.  
Mas haré lo que más pueda  
por que en libertad te pongas,  
y será que en una nave,  
sin que nadie te conozca,  
puedas partirte a Venecia.

ASTOR. Será mayor mi deshonra  
si yo quedo vivo cuando  
he perdido a Famagosta,  
siendo su caudillo, y cuando  
tanta noble gente postra  
la vida por la defensa.

CELIDORO. La vida es cosa preciosa,  
y, a pesar de la fortuna  
que te persigue ambiciosa,  
quiero que la goces.

ASTOR. Guarde  
el Cielo la tuya.

CELIDORO. Goza  
la libertad que te ofrezco,  
y que te cures importa,  
que de todo habrá en la nave  
prevención. El alma llora,  
valiente cristiano Marte,  
en ver la sangre que brotas,  
cual si fuera sangre mía,  
y el Cielo, que la confronta,  
sin duda sabe el secreto.

(Ruido de cajas.)

Alá te guarde, que tocan  
segunda vez; a embestir  
voy, que importa mi persona;  
pon la tuya en salvo al punto.

ASTOR. Ve con Dios.

CELIDORO. Alá te ponga

en seguro y salvo puerto,  
que mis entrañas de roca  
has vuelto de blanda cera.

(Vanse los MOROS.)

ASTOR. Tienes entrañas piadosas.  
Dios te dé luz en el alma  
para que tu bien conozcas.—  
Más valor era morir  
que aquesta vida afrentosa.  
No iré a mi patria, aunque pueda,  
donde mi infamia notoria  
me estará dando garrote.  
Adonde no me conozcan  
gastaré mi corta vida  
y haré vida religiosa  
para que el alma se gane,  
pues se ha perdido la honra.

(Vase. Salen CELIDORO y CAMILA, dama, acuchillándose.)

CELIDORO. ¡Detente, fuerte Belona,  
si no eres Venus, que en Chipre,  
como el fénix del Arabia,  
de ti misma renacistes!  
¡Detente, Palas bizarra,  
que basta que sólo mires  
para rendir libertades  
que altivos orgullos rinden!  
Sin duda alguna eres Flora,  
la diosa de los jardines,  
y entre las murtas y flores  
cautivas las almas libres.  
Y como es Chipre tu patria,  
por sus heroicos pensiles  
defiendes a Famagosta,  
ciudad tuya y corte insigne.  
Deja ese rayo de acero,  
pues que tus ojos despiden  
rayos que abrasan el alma  
y al sol turban con eclipse.  
Ríndete a mi fuerte brazo  
y la gloria no me quites  
de esta vitoria, pues ya  
tantos varones sublimes  
y valientes capitanes  
besan mis plantas, humildes. (I)  
Aunque [a] esas plantas rendirme  
y adorar esa deidad,

(I) Falta un verso después de éste que aclare el sentido de la transición.

que cual carácter imprime  
 el alma que se sujeta,  
 para que las sacrifique  
 a las aras de tu altar,  
 que ya sólo por ti vive.  
 Ea, milagro de Alá,  
 rayo de la Europa, dime  
 la resolución que tomas;  
 que si a mi piedad te rindes  
 y si mi amor favoreces,  
 harás que el Asia te invidie;  
 oro pisarán tus plantas;  
 topacios, piedras, rubíes,  
 sembrados en ricas telas  
 de damascos y tabíes,  
 adornarán tus alfombras,  
 y tendrás para servirte  
 treinta turcas, todas nobles,  
 de ilustre y antigua estirpe,  
 y en mis doradas carrozas,  
 con blancas yeguas, cual cisnes,  
 podrás pasear alegre  
 las calles de mis jardines,  
 y en mí tendrás un amante  
 con una voluntad firme,  
 un galán que te enamore  
 y un marido que te estime.

CAMILA.

Yo no soy mujer humana;  
 muy mal podrás persuadirme  
 con rigores ni ternezas  
 cuando soy rabiosa tigre;  
 que aunque no he perdido hijo  
 en este trance infelice,  
 perdí un padre, espejo mío,  
 en mis años juveniles.  
 Pierdo la hacienda y la patria,  
 y la vida, que me aflige,  
 quiero perder en venganza  
 de aquesta sangre que tiñe  
 la hierba de la campaña  
 y aquestas murallas tristes,  
 sitio de placer un tiempo  
 por sus hermosos (1) pensiles,  
 ya teatro de tragedias  
 de sangre ilustre y humilde,  
 pues tu rigor no perdona  
 a las edades pueriles,  
 ni juventudes lozanas  
 con bellezas infelices

ni senectudes caducas  
 que no ofrezcan por rendirse  
 el cuello a la dura muerte,  
 que pudieran tener libre  
 si mantuvieras el trato,  
 que era razón el cumplirle;  
 mas fué palabra de moro,  
 que ninguna tiene firme.  
 ¡Infame trato mantienes!  
 pues con cautela fingiste  
 que a Candía, con la hacienda,  
 podíamos pasar libres,  
 y apenas en la ciudad  
 entrastes, cuando hicistes  
 lo mismo que en Nicosía  
 y en todo el reino de Chipre.  
 En ti he de vengar la muerte  
 que causaste, monstruo horrible,  
 sediento de sangre humana.  
 Haz cuenta que soy Tomiris,  
 que a vengar sale a sus hijos,  
 y que eres Ciro y Caribe,  
 el cruel rey que terror  
 fué de Persia y sus confines.  
 Verás, aunque soy mujer,  
 que a los pechos varoniles  
 aventaja mi valor,  
 y quiero que me acrediten  
 las obras, no las razones.

CELIDORO. (Beldad y valor compiten.) (Aparte.)

Aguarda, bella cristiana,  
 que no es razón que castigues  
 mi valor con tus palabras  
 y licencias mujeriles.  
 Alí, general del mar,  
 usó el mal trato que dices,  
 que yo, cual piadoso Eneas,  
 en hombros saqué a otro Anquises  
 de la crueldad del incendio  
 que en la nueva Troya viste.  
 El fué el Sinón engañoso,  
 el falso y astuto Ulises,  
 que metió el paladión  
 con sus cautelas sutiles  
 dentro los soberbios muros  
 que hoy su homenaje le rinden;  
 que yo mi palabra estimo,  
 como es razón que se estimen  
 las palabras de hombres nobles  
 que ocupan puestos sublimes.  
 Por Alá, bella cristiana,  
 que me pesa que publiques,

(1) En el original, "heroycos", calificativo impropio.



tan a costa de mi honor,  
 infamias que no permite  
 el valor que vive en mí,  
 que es, por ser mío, invencible.  
 Mas mi piedad te perdona  
 porque, engañada, veniste  
 a hacer de tu fama alarde  
 con tus hechos varoniles;  
 que hombres como Celidoro  
 nunca usaron tratos viles,  
 que acreditó mis hazañas  
 siempre con hechos felices,  
 por que la fama los cante,  
 que ella sola en bronce escribe,  
 eternizando memorias  
 que mi valor acrediten.  
 Y pues ya te he satisfecho,  
 ahora quiero advertirte  
 lo que más puede importarte  
 para que te certifiques  
 que hallaste un pecho leal,  
 aunque infamias presumiste  
 de quien tal nombre aborrece,  
 que la fama eterna vive.  
 Ya no queda quien te ampare  
 que cristiano se apeliide;  
 aunque quiera mi piedad  
 hacer tu hermosura libre  
 y los turcos sin respeto,  
 tengo por cosa infalible,  
 que profanen tu deidad  
 aunque tu valor resiste,  
 yo, con respeto y decoro,  
 adoro aqueso imposible  
 y esa beldad soberana,  
 sin que a otra ninguna incline  
 mi voluntad, pues a ti  
 con sus potencias se rinde  
 el alma, que es tuya toda,  
 si ya por tuya la admites,  
 y a ley de noble te juro,  
 si en tu gracia me recibes,  
 que jamás contra tu gusto,  
 si trecientos años vives  
 conmigo, intentaré cosa  
 que te ofenda y desobligue;  
 y aquesto pena de infame  
 y que el Cielo me castigue  
 si no guardare tu honor  
 como hermano y como firme,  
 y como leal amante  
 quererte, amarte y servirte;

y si mi amor no agradece,  
 aunque el amor lo prohíbe,  
 serás prenda de Selín,  
 gran turco, aunque no te estime  
 como tus partes merecen,  
 que cualquier belleza insigne  
 por grandeza le presentan.  
 El mejor camino elige:  
 serás esclava o señora.

CAMILA. Pues que mi estrella infelice  
 en este trance me pone,  
 cumpliendo lo que me dices,  
 te suplico que me ampare,  
 que, dispuestas a servirte  
 por evitar mayor daño,  
 voluntad y armas se rinden;  
 pero el día que no cumplas  
 todo lo que prometiste,  
 mi mansedumbre verás  
 trocada en furiosa tigre,  
 que para guardar mi honor  
 soy muro y roca invencible.

CELIDORO. Seré la misma firmeza  
 en las promesas que hice,  
 y el tiempo será testigo,  
 que ninguna cosa finge  
 en casos dificultosos.  
 Siempre importan los ardides,  
 y de uno es fuerza valernos,  
 que no nos será difícil;  
 tú has de vestirme de moro,  
 que así podrás encubrirte,  
 y pensarán que de paje  
 en aquel traje me sirves.

CAMILA. ¡Bien me parece la traza!

CELIDORO. ¡Oh, Alá! ¡No habrá que pedirte  
 más si gozo esta hermosura (*Ap.*)  
 con vitorias tan felices!)  
 ¿Cómo es tu nombre?

CAMILA. Camila.

CELIDORO. Celindo podrás decirte  
 de aquí adelante.

CAMILA. A tu gusto  
 lo acomoda.

CELIDORO. Vienes triste.

CAMILA. Tú puedes considerarlo.

CELIDORO. Confío en Alá que olvides  
 presto la patria y tristeza,  
 que con tal rigor te aflige.

CAMILA. Eso será con la muerte,  
 que sin ella no es posible.

CELIDORO. Milagro de Alá, dejemos

CAMILA. tristezas; ven a vestirte.  
 ¡Adiós, murallas soberbias,  
 ya por mi desdicha humildes!  
 ¡Adiós, alcázares altos  
 y pirámides insignes!  
 ¡Adiós, regios simulacros;  
 adiós, hermosos (1) pensiles,  
 que una desdichada hija  
 de esta ciudad, infelice,  
 sin hacienda y libertad,  
 de vosotros se despidе!

(*Vanse. Salen GANDALÍN, gracioso, cautivo, y ZARA, turca.*)

ZARA. ¿Conoces este cautivo  
 que se ocupa en el jardín?  
 GANDALÍN. ¡Por vida de Gandalín,  
 que cómo con él y vivo  
 después que vino a esta tierra  
 por mi desdicha y mi daño,  
 cautivado por engaño,  
 no en reñida y buena guerra!

ZARA. Ya sé que su compañero  
 has sido desde que vino  
 a mi poder, y imagino  
 saber de ti lo que quiero:  
 si conoces su nación  
 es lo que saber pretendo.

GANDALÍN. Yo le conocí en naciendo.

ZARA. Tendrás la satisfacción,  
 si darme gusto codicias,  
 que desees.

GANDALÍN. (¡Pesia mí, (*Aparte.*)  
 hoy me ha de hacer gran Sofí!)

ZARA. Daréte el alma en albricias.

GANDALÍN. ¿Qué es lo que saber procura  
 de aqueste esclavo leal  
 esa beldad sin igual,  
 esa divina hermosura?  
 Si la patria saber precia  
 de este mancebo gallardo,  
 su nombre propio es Ricardo;  
 su rica patria, Venecia.  
 Es un Adonis cristiano,  
 aunque malogrado vive  
 si de nuevo no recibe  
 favores de aquesa mano.

ZARA. Si le acompaña nobleza  
 como gala y discreción,

espejo de su nación  
 le crió naturaleza.

GANDALÍN. Puede prestar calidad  
 a las más ilustres casas;  
 así sus dichas escasas  
 le dieran la libertad.

ZARA. Siendo tan noble y galán,  
 sin duda estará casado  
 en su tierra.

GANDALÍN. No ha tratado,  
 por vida del preste Juan,  
 de casarse, que salió  
 muy joven de aquella tierra  
 que de su bien nos destierra  
 y conmigo se crió.

Esta es la verdad, en fin,  
 porque en verdad y secreto  
 no hallarás otro sujeto  
 que se iguale a Gandalín.

ZARA. Toma, amigo, este diamante  
 y di a Ricardo que aguardo  
 aquí.

GANDALÍN. Ya en llamarle tardo,  
 ¡Vivas más que un elefante!  
 (Si la fortuna no topa (*Aparte.*)  
 y baraja algún azar,  
 ya bien me puedo engolfar,  
 pues que llevo viento en popa.)

(*Asc.*)

ZARA.

¡Alado dios, vendado niño ciego,  
 que postras altos cetros y coronas,  
 al más pobre y humilde no perdonas  
 y a todos haces guerra a sangre y fuego!

Yo, que en las olas de la mar me anego,  
 ¿qué defensa hallaré cuando blasonas  
 que temen tu poder las cinco zonas,  
 privando a los más libres de sosiego?

Pues derribas, destrozas, atropellas  
 majestades, imperios y tiaras,  
 consuelo es para mí, aunque no me alabo,  
 que quedo libre en ver que altivo huellas  
 las libertades pródigas y avaras,  
 el ver que me sujeta a mí un esclavo.

(*Sale RICARDO, mozo galán, de cautivo.*)

RICARDO. ¿Qué mandas, señora mía,  
 en que te pueda servir?

ZARA. Está cerca de morir  
 una enferma, cosa mía,  
 y vengo por un remedio,

(1) Otra vez escribe aquí el original "eroycos".

- con el cual podrá sanar,  
y éste se puede aplicar  
estando tú de por medio.  
No requiere purga acerba  
esta enfermedad; en fin,  
tú has de darla del jardín,  
para sanar, cierta hierba.
- RICARDO. Jamás he sido herbolario,  
aunque entre estas flores vivo.  
¿Qué ha de entender un cautivo  
sino su mal ordinario?
- ZARA. La Fortuna te ha ofrecido  
ocasión para olvidar  
males y para medrar  
si tú eres agradecido.
- RICARDO. Jamás me precié de ingrato,  
que los amos que he tenido  
en extremo me han querido  
por mi proceder y trato.  
Y agora que mi fortuna  
me ha traído a tu poder,  
ya no tendré que temer  
rigor ni desdicha alguna,  
que eres ángel en beldad,  
y el trato será del Cielo,  
a cuya clemencia apelo  
implorando tu piedad.
- ZARA. (Discreto es como galán;  
así fuese agradecido.  
¡Oh, Amor!, ¿en qué me has meti-  
Luchando conmigo están [do?  
la vergüenza y el temor,  
que, a imitación de las flores,  
me saca el rostro colores  
y ha de salir vencedor.  
Y podré sacar al cabo  
de este rendimiento mío  
que sujeto mi albedrío  
a un cristiano que es mi esclavo;  
aunque no hago mal empleo,  
que es galán discreto y noble,  
si el corazón no es de roble  
en pagar mi buen deseo.)
- RICARDO. ¿Qué hierba ha de ser, señora,  
la que tengo de buscar?
- ZARA. Hierba que pueda curar  
esta enferma que te adora.  
(Ya Amor, que en mi pecho vive,  
corrió a la vergüenza el velo.)
- RICARDO. (Mi mal de nuevo recelo, *(Aparte.)*  
que mayor me lo apercibe  
mi fortuna y suerte escasa,
- y siempre adversa conmigo,  
pues el mayor enemigo  
es siempre el que vive en casa.)
- ZARA. Y pues el remedio está  
en tu mano, mi Ricardo,  
muy presto sanar aguardo;  
aqueza mano me da,  
que entre estas murtas y palmas  
y deshojados claveles,  
que es lo que cultivar sueles,  
cultivas también las almas.  
No tengo más que decir,  
pues te declaro mi pecho,  
que tu esclava Amor me ha hecho  
sin poderme resistir.  
Ya sé que eres principal,  
y que es tu patria Venecia,  
y que la fama se precia  
de hacer la tuya inmortal.  
De Gandalín lo he sabido,  
y estoy informada bien;  
no me pagues con desdén,  
en lugar de agradecido.
- RICARDO. Señora, mira primero  
que soy tu esclavo.
- ZARA. Mi dueño  
eres.
- RICARDO. La lealtad que enseño  
considera.
- ZARA. Considero  
que no hay lealtad en Amor,  
pues él me atropella así.
- RICARDO. Podrá quejarse de mí  
con razón, el Gran Señor.
- ZARA. Con más razón podré yo  
quejarme de tu crueldad.
- RICARDO. No es mía mi libertad.
- ZARA. ¡Quien a mí me la quitó  
al mundo puede rendir!  
*(Hace que llora.)*
- RICARDO. ¿Te extrañas porque te ruego?  
(¿Quién tales rayos de fuego  
ha de poder resistir?) *(Aparte.)*  
Señora, aqueste es respeto  
que se debe a tu persona.
- ZARA. Ya el respeto no blasona,  
que lo tiene Amor sujeto.
- RICARDO. Mira que caen al jardín  
los balcones de Palacio.  
Trataremos más despacio  
esto con honesto fin;  
sólo te digo, señora,

que estoy muy agradecido  
de verme favorecido  
de tal beldad. Mas agora  
no puedo corresponder  
a las leyes de tu gusto,  
que al Dios que adoro no es justo  
que así llegue a ofender.  
Todo lo que sin ofensa  
sea de la ley que sigo  
haré.

ZARA. Cásate conmigo,  
y que no le ofendes piensa.

RICARDO. Así le pierdo el decoro  
cuando a tu fe se lo guardo.

ZARA. No se lo pierdes, Ricardo,  
si sigues la que yo adoro.

RICARDO. Dos cosas, señora, pides  
imposibles para mí,  
que la ley en que nací  
es la que seguir me impides,  
y de eso no has de tratar,  
que antes perderé mil vidas  
que no hacer lo que me pidas  
en ese particular;  
porque es la vida del alma  
la que eternamente dura,  
y es conocida locura  
perder tan divina palma.

ZARA. También gozarla procuro  
y la antepongo al vivir.

RICARDO. Otra ley has de seguir  
y camino más seguro  
para gozar tal tesoro  
que no hay más que desear;  
que no te podrás salvar  
en la ley que vive el moro.

ZARA. Pues, Ricardo, no resisto;  
tú eres mi dueño y mi rey:  
di cuál es la mejor ley.

RICARDO. La mejor es la de Cristo.

ZARA. Mi amor se lleva la palma,  
pues sujeto a tu elección  
tienes vida y corazón  
y ya me has trocado el alma.

(Sale GANDALÍN.)

GANDALÍN. Ricardo, el Gran Señor llama.

ZARA. ¡Enhoramala vengáis! (Aparte.)  
¡Qué buen rato me quitáis!  
¡Poco reposa quien ama!

RICARDO. Quédate adiós, que otro día,  
en el jardín o en palacio,

trataremos más despacio  
de tu ventura y la mía.

(Vanse los dos.)

ZARA. ¡Adiós, dueño de mi vida,  
que por ti me he de regir,  
y podrán por mí decir:  
“Quien bien ama, tarde olvida.”  
Mi fortuna va en bonanza,  
como la nave en el mar:  
no tengo que recelar  
si se logra mi esperanza.  
Mi guía has de ser y norte,  
Ricardo, pues tu ley sigo,  
y a ser cristiana me obligo  
sin que mi ley me reporte,  
que algunas inspiraciones  
antes de agora he tenido,  
que la ley en que he vivido,  
es (1) llena de confusiones,  
y (2) la que mi bien procura,  
para remediarme a mí  
sin duda ha traído aquí,  
para mi suerte y ventura,  
este gallardo cristiano,  
que el instrumento ha de ser  
que yo venga a conocer  
a Cristo, Rey Soberano.  
Ya tengo el alma cristiana,  
pues con voluntad rendida,  
el alma ofrezco y la vida,  
con fe pura, firme y liana,  
al Dios que adora Ricardo,  
y ya claramente he visto  
que Ricardo adora a Cristo,  
a quien yo seguir aguardo.  
Y aunque le pese a mi tío,  
el Gran Señor, no habrá cosa  
que me impida el ser su esposa;  
y así, con heroico brío  
buscaremos ocasión,  
con vigilancia y secreto,  
para poner en efeto  
nuestra determinación.  
Dos cosas de eterna palma  
consigo en tan buen empleo:  
que se logra mi deseo  
y vengo a salvar el alma.

(1) En el original, “y”.

(2) En ídem, “a”.



«Vase. Toca chirimías, y salen GANDALÍN y RICARDO tendiendo una alfombra y puniendo almohadas. TURCOS de acompañamiento, y MULEY y SELÍN, Gran Turco, y un MÚSICO, con instrumento, canta lo que sigue:»

MÚSICO. "El venturoso Selín,  
gran monarca y Gran Señor,  
a quien viene estrecho el mundo  
desde el Danubio al Cedrón;  
el que griegas y egipcias  
monarquías sujetó,  
y la corona otomana  
dilata con tal valor,  
que el húngaro y veneciano  
tiemblan sólo de su voz,  
el alemán y el francés  
y hasta el soberbio español."  
SELÍN. Selín sólo me llamad;  
no me llaméis Gran Señor  
hasta que lo sea del mundo.  
¿Fué mejor César que yo;  
tuvo más nobles principios,  
o fué su esfuerzo mayor?  
Si él con el romano Imperio  
adquirió tan gran blasón  
que tuvo al mundo en su mano  
por fortuna o por valor,  
yo, en la gran Constantinopla,  
donde soy Emperador,  
sin mil títulos y reinos  
que a mí se sujetan hoy,  
pretendo ser respetado  
por universal señor  
de todo cuanto circundan  
rayos del dorado sol.  
¿Por qué ha de haber Rey de España  
cuando estoy reinando yo, [ña  
ni Pontífice romano,  
ni alemán Emperador?  
Si Solimán en Viena  
a Carlos Quinto temió,  
y tan vergonzosamente  
se retiró sin honor,  
blasone con esa hazaña  
como Monarca español,  
afortunado en batallas  
más que César y Cipión.  
Si al cosario Barbarroja  
en Túnez desbarató,  
también perdió sobre Argel  
de toda España la flor,  
y con mi voz solamente

soy de las costas terror,  
azote de los soberbios  
y del mundo rayo atroz.  
¡Bien he vengado la afrenta  
con que Solimán huyó!  
¡Yo haré que a mis lunas tiemblen  
el águila y el león! (Tocan cajas.)  
¿Qué cajas son éstas?

MULEY. Llega

Celidoro.

SELÍN. El corazón  
se alegra en oír su nombre.  
¡Entre el Bajá defensor  
de mi Imperio!

MULEY. (¡Yo reviento (Ap.)  
de invidia, pena y dolor!)

RICARDO. (¿Cuándo, gallardo mancebo, (Ap.)  
ha de llegar ocasión  
que te diga desengaños  
de tu ley, sangre y nación?  
¿Cuándo llegará aquel día  
que te despierte mi voz  
de aqueste embeleco el sueño,  
que te usurpa la razón?)

GANDALÍN. (¿Cuándo tengo de trocar  
alcuzcuz, pasa y arroz  
por lágrimas de Candía,  
por presulto y salchichón?)

(Tocan cajas, y sa'e CELIDORO, con bastón de general, y CAMILA en hábito de moro, y acompañamiento.)

CELIDORO.

Dame, Monarca invicto, aquesas plantas.

SELÍN.

Llega a mis brazos.

CELIDORO.

Con mercedes tantas  
levantas mi humildad a las estrellas.

SELÍN.

Tu nombre heroico está más alto que ellas.  
¿Cómo vienes, restaurador famoso,  
del Imperio otomano?

CELIDORO.

Con dichoso  
suceso, pues favor tan alto escucho  
de tu grandeza.

SELÍN.

Tú mereces mucho  
y no puedo pagarte lo que debo,

aunque tan gran valor honre de nuevo,  
 si no pongo en tus sienes la corona,  
 honra digna al valor de tu persona.  
 Si el reino indivisible  
 pudiera en algún modo ser partible,  
 contigo le partiera  
 y la mitad, con gusto, de él te diera.  
 Mas ya el amor del pecho,  
 gallardo Celidoro, rey te ha hecho:  
 tuyo es aqueste Imperio más que mío,  
 pues eres dueño tú de mi albedrío.

CELIDORO.

Señor, a quien adoro y reverencio,  
 las honras que me hacéis con el silencio  
 agradezco callando, y las imprimo  
 en el alma, en señal que las estimo  
 como a mercedes de la heroica mano  
 de un Monarca tan alto y soberano.

SELÍN.

Agora toma asiento y las vitorias  
 me cuenta, nuevo Marte.

CELIDORO.

Nuevas glorias  
 me aumentan tus mercedes y favores.

SELÍN.

Mereces, Celidoro, otros mayores.  
 ¡Encúmbrale, Fortuna, a las estrellas! (*Ap.*)  
 Mas ya su fama está más alta que ellas,  
 pues a Muley le costará la vida  
 si su ambición no diere gran caída.)

(*Siéntase.*)

CELIDORO.

Llegó a Chipre tu armada vencedora,  
 preñada de despojos y riquezas,  
 que en sus famosos vasos atesora  
 de costas, de islas y de fortalezas,  
 cuyas ruínas hoy lamenta y llora,  
 con ardientes gemidos y ternezas,  
 la fuerte y defendida más que todas,  
 la inexpugnable y valerosa Rodas.

Llegó a ver los jardines y frescura  
 que el mundo, con razón, celebra tanto,  
 cuya fertilidad y compostura  
 causan a la razón común espanto,  
 porque es la variedad y la hermosura  
 tal, que no puede encarecerse cuanto  
 merece tal grandeza de pensiles,  
 amenos y frondosos, siempre abriles.

Tomaron tierra los soldados fuertes,  
 a quien el mundo ya les viene estrecho,  
 tan sedientos de fama y de dar muertes,  
 que el corazón revienta dentro el pecho,  
 y a cada cual, por belicosas suertes,  
 más les mueve la honra que el provecho,  
 y así, en los ordenados escuadrones,  
 todos son Anibales y Cipiones.

Un fuerte fabricamos en la orilla  
 del mar, cuyos soberbios torreones  
 eran del mundo otava maravilla,  
 émulo de Babel sin confusiones.  
 Cuando el sol sus almenas dora y brilla  
 parece que se queda en sus rejones, (1)  
 donde, en sus bien fundados y altos muros,  
 están nuestros soldados más seguros.

Salieron venecianos valerosos  
 a impedirnos el paso, de manera  
 que en algunos encuentros vitoriosos  
 se quisieron juzgar en su ribera;  
 mas nuestros fuertes turcos valerosos,  
 que su fama inmortal toca la esfera,  
 con tal furia y desnudo acometieron,  
 que rayos desatados parecieron.

Entraron por la isla rica y bella,  
 matando muchas ninfas, que en beldades  
 imitaron a Venus, y a Poncella (2)  
 en valor, con rigores y crueldades,  
 sin perdonar casada ni doncella  
 en los lugares, villas y ciudades,  
 y entre ellas, con crueldad y furia impía,  
 ganamos la famosa Nicosía.

Allí quedaron todos los soldados,  
 ricos del saco, esclavos y despojos,  
 en la codicia y la crueldad cebados,  
 volviendo los cimientos blancos, rojos,  
 de la sangre que corre salpicados,  
 y flores destroncadas a manojo,  
 trocadas en claveles y rubíes,  
 aunque eran blancos, vueltos carmesíes.

Y talando las mieses, cual langosta,  
 de los fértiles campos y jardines,  
 corriendo de la una a la otra costa,  
 el reino a quien el mar pone confines.  
 Llegamos a la insigne Famagosta  
 con deseo de ver prósperos fines

(1) Quizá deba leerse "regiones".

(2) Sin duda quiere aludir a Juana de Arco, llamada por muchos autores "la Poncella de Orleans". Zamora tiene una comedia de este título que será refundición de otra muy anterior. "Poncella", en general, es forma anticuada de "doncella".

de la conquista que, con tal fortuna,  
acabó de llenar tu media luna.

Hicieron valerosa resistencia  
los venecianos, fuertes y animosos,  
y estuvo la vitoria en competencia  
entre muchos encuentros muy dudosos,  
porque su artillería, con violencia,  
vomitaba volcanes prodigiosos,  
causando en nuestro campo mil desmayos,  
que, en vez de balas, arrojaban rayos.

Cerco pusimos a sus fuertes muros,  
Alí Bajá (1) por mar, y yo por tierra,  
con mil ardidés entre asaltos duros,  
para facilitar mejor la guerra.  
Cuando se imaginaban más seguros,  
llegó el postrer asalto, "¡Cierra, cierra!",  
postrando muros y lugares sacros,  
alcázares y antiguos simulacros.

Pusimos su arrogancia por el suelo,  
sus altos homenajes y obeliscos,  
cuyas puertas tocaban casi al cielo;  
rindiéronse en las sierras y altos riscos  
los que las habitaban; sin consuelo  
taladas plantas, mieses y lantiscos,  
las güertas y pensiles de alegría,  
el fuego convirtió en ceniza fría.

De esta suerte rendimos la braveza  
de los fuertes y astutos italianos,  
volviendo aquesta ensancha a la grandeza  
de tus altos Imperios otomanos,  
que cien años tuvieron por cabeza  
los valientes y bravos venecianos.  
Ya no blasonará la Señoría  
con títulos de Chipre y Nicosía.

Ya quedan en las plazas y cantones  
fijadas en tu nombre medias lunas,  
tremolando en los muros tus pendones,  
que publican tus prósperas fortunas,  
entregado el gobierno a seis varones  
que son de la lealtad firmes columnas,  
hasta que tú le invíes de tu mano  
Virrey como Monarca soberano.

Alí Bajá (2) partió con sus galeras  
cargadas de despojos y riquezas,  
sembrando en gallardetes primaveras,  
con doble guarnición y dobles piezas;  
fué corriendo las costas y riberas,  
humillando soberbias y bravezas;

(1) El original parece decir "Buza" y no "Bajá",  
pero sería errata.

(2) Aquí dice más claramente "basa".

al canal de Lepanto parte aprisa,  
y ya tiene tu armada en la prebisa. (1)

Yo a darte la feliz y alegre nueva  
vengo de la vitoria conseguida,  
y aunque muchas heridas serán prueba  
que se ganó con riesgo de mi vida,  
como el valor [y] heroico pecho lleva,  
cualquiera en tu servicio recibida  
estimo por mercedes y favores,  
y en mayor grado las que son mayores.

Manda, señor, a aquesta humilde hechura  
tuya que parta a conquistar el mundo,  
porque en tu nombre llevo la ventura  
de César, y seré César segundo  
en añadir blasones con fe pura  
a tu Imperio y poder, en quien yo fundo  
mis esperanzas y mi fuerte acero  
para hacerte señor del mundo entero.

SELÍN. No tengo con qué pagarte,  
y así, los brazos te doy.  
¡Manda en mi Imperio desde hoy,  
fuerte Alcides, fuerte Marte!  
¡Tú has de dar y quitar leyes!  
Mi Imperio has de gobernar,  
que así se debe estimar  
hombre que sujeta a reyes.

CELIDORO. Tu hechura soy; tú levantas  
mi humilde ser a tu esfera.

SELÍN. Lo que te debo quisiera  
pagarte.

CELIDORO. Beso tus plantas.

MULEY. (¿Hay suerte más venturosa? (Ap.)  
¿A un esclavo tal favor?  
No hay privado sin traidor,  
que es la privanza invidiosa,  
y yo no puedo sufrir  
estas honras y favores,  
veneno en pechos traidores.)

RICARDO. (¡Quién te pudiera decir (Aparte.)  
lo que con el alma lloro,  
pobre joven engañado,  
de sangre ilustre engendrado  
cristiana y en la ley moro.)

SELÍN. Mi Imperio goza de paz,  
sin haber quien se me atreva  
ni contra mí guerra nueva.  
Sólo el Persa, pertinaz,  
a mi grandeza se opone,  
y con bárbara porfía

(1) Así en el original.

con guerra me desafia:  
y para que no blasoné  
con tan soberbia arrogancia,  
sepa que mi Imperio tiene  
quien su grande orgullo enfrene  
y a quien tiembla Italia y Francia.  
Pruebe el rigor de tu acero  
el Persa bravo y feroz,  
y conozca que a tu voz  
tiembla todo el mundo entero.  
Lleva tus fuertes soldados;  
enseñados a vencer,  
podrán, sin acometer,  
dejar atemorizados  
sus soberbios escuadrones.

CELIDORO. Haré que el Persa se asombre;  
venceré al mundo en tu nombre,  
que llevo turcos leones.  
El decir y el obrar juntos  
comen conmigo a la mesa.  
Con tu licencia, a esta empresa  
me pienso partir al punto;  
que me corro, ¡vive el Cielo!,  
que te pierda así el decoro,  
cuando vive Celidoro,  
ninguna nación del suelo.

SELÍN. Descansa agora.

CELIDORO. Señor,  
el descanso para mí  
es sólo servirte a ti  
con lealtad y con amor.

SELÍN. Pues gustas partirme luego,  
no lo pretendo impedir.

CELIDORO. Lo que me tardo en partir  
se dilata a Persia el fuego.

SELÍN. Este mancebo galán  
¿quién es?

CELIDORO. Un nuevo soldado  
que me sirve de criado,  
y puede ser capitán  
por el esfuerzo y valor.

SELÍN. Quédese a servirme aquí,  
que me he aficionado de él.

CAMILA. ¡Fortuna adversa y cruel, (*Aparte.*)  
no me persigas así!

CELIDORO. ¿Qué he de hacer tan obligado?  
¿Cómo le podré negar (*Aparte.*)  
lo que pide, sin quedar  
por ingrato reputado?)

SELÍN. ¿Qué dices?

CELIDORO. Que le crié  
desde niño y me ha servido

de paje y yo le he querido  
por su lealtad, trato y fe,  
y no me hallaré sin él,  
aunque a servirte me animo.  
SELÍN. Yo por ser tuyo le estimo,  
por galán, por noble y fiel.  
Mientras tú vences al Persa  
me servirá.

GANDALÍN. El moro es lindo.

SELÍN. ¿Cómo es su nombre?

CELIDORO. Celindo.

CAMILA. (¿Qué quieres, fortuna adversa?)  
(*Aparte.*)

MULEY. (Esto infiere poco amor,  
(*A SELÍN aparte.*)

poca fe, poca amistad,  
poco respeto y lealtad  
al recibido favor.)

SELÍN. Pues ¿qué dices, Celidoro?

CELIDORO. Señor, con esto concluyo:  
que se haga el gusto tuyo,  
aunque en el alma le adoro.

SELÍN. En el amor que le enseñe  
conocerás si le estimo.

CELIDORO. (Como carácter imprimo (*Ap. los dos.*)  
en el alma el favor, Dueño  
tienes, Celindo, tan grande,  
que no sé si has de saber  
servirle sin ofender  
mi amor.

CAMILA. Aunque se desmande  
el decoro y desvanezca  
por verme en tan alto estado,  
no seré tan mal criado  
que tu afición desmerezca.)

SELÍN. Vamos, Celidoro amigo,  
(*Levántase.*)

y Alá te vuelva a mis ojos  
con los persianos despojos  
triunfando de mi enemigo;  
que yo tendré buen cuidado  
con el paje que me dejas.

CELIDORO. Mira que no halle quejas  
(*A CAMILA aparte.*)

de que no eres fiel criado.

CAMILA. El tiempo es quien desengaña.

CELIDORO. Y es el que todo lo muda.

CAMILA. En ser yo fiel no habrá duda.

CELIDORO. Emprendes notable hazaña.)

(*Vanse todos, y habiendo CELIDORO acompañado a  
SELÍN hasta la puerta, se queda solo.*)



Pára, fortuna, la rueda,  
 porque en las vueltas que das  
 vuelves mis dichas atrás;  
 ten firmeza, estate queda.  
 Pero ¿quién habrá que pueda  
 llamarte firme, fortuna,  
 si al que subes a la luna  
 al abismo haces bajar?  
 Luego bien puedo probar  
 que en ti no hay firmeza alguna.

Subí al cielo de Selín,  
 tccó mi mano su esfera;  
 mas soy a su fuego cera  
 y derretiréme al fin.  
 Quitóme mi serafín  
 y del cielo me destierra;  
 él en paz, yo en cruda guerra  
 batallando mis sentidos,  
 enemigos atrevidos  
 que embisten por mar y tierra.

Ira el corazón destila  
 contra tirana potencia,  
 que con poder y violencia  
 mi fuerte pecho aniquila.  
 Fuerte y discreta es Camila;  
 mas ¡ay! que contra el poder  
 no hay discreción en mujer  
 que no atropelle y derribe;  
 quien pobre y sujeta vive  
 mal se podrá defender.

Honras fueron y favores  
 trocadas en vituperio;  
 prométeme él medio Imperio  
 y quitáme ctros mayores.  
 Que los imperios de amores  
 son los que el gusto pretende;  
 éstos gozarme defiende,  
 pues contra derecho y ley  
 con el imperio de rey  
 los tiraniza y ofende.

Nunca me diera el bastón

(*En voz alta, furioso.*)

para mi fortuna adversa  
 contra el arrogante Persa  
 en semejante ocasión;  
 nunca Selín el blasón  
 de Celidoro encumbrara,  
 que honra que cuesta tan cara  
 mejor estaba sin ella,  
 pues pierdo el gusto en tenella,  
 que nunca en honras repara.

(*Sale CAMILA, sola, a las voces.*)

CAMILA. ¿Cómo das voces así,  
 que alborotas el Palacio?

CELIDORO. Tal estoy, que me desgracio  
 que esto me digas aquí.  
 ¿No he de quejarme, ¡ay de mí!,  
 si me echaron del jardín  
 y tú, bello serafín,  
 a cuya vista estoy ciego,  
 tienes la espada de fuego  
 y te quedas con Selín?

CAMILA. ¿Qué importa, si mi valor  
 dondequiera me acompaña?  
 Cuanto y más que el traje engaña  
 y te asegura el temor.

CELIDORO. Tíene ojos de lince Amor  
 y libertad el poder.  
 Tú eres hermosa y mujer,  
 yo ausente, Selín galán  
 y las riquezas imán,  
 y es fuerza que han de atraer.

No tengo más esperanzas  
 de gozarte como esposo;  
 pero parto receloso,  
 la vida puesta en balanzas.  
 CAMILA. Pues tan buen discurso alcanzas,  
 te aseguro, Celidoro,  
 que honestamente te adoro.  
 Dios te traiga vitorioso,  
 que yo te haré mi esposo  
 si tú dejas de ser moro.

Y por que partas seguro  
 esto te quiero advertir:  
 que primero he de morir  
 que Selín mi pecho duro  
 conquiste. Aquesto te juro;  
 que si él es Rey con poder,  
 si me procura ofender  
 y me quiere atropellar,  
 yo seré roca del mar  
 en firmeza, aunque mujer.

CELIDORO. Mereces, por firme, palma.  
 Con eso iré satisfecho.

CAMILA. Tú vives solo en mi pecho.

CELIDORO. Tú tienes mi vida en calma.

CAMILA. Dueño eres de vida y alma.

CELIDORO. Tú mía, si eres constante.

CAMILA. Seré en firmeza diamante.

CELIDORO. Alá, vida de mis ojos,  
 te guarde.

CAMILA. Con mil despojos  
te traiga.  
CELIDORO. Siendo tu amante. (1)

(*Vanse, con que se da fin al primero acto de la gran comedia de EL ESCLAVO DE VENECIA Y AMANTE DE SU HERMANA, de Lope de Vega Carpio.*) (2)

## JORNADA SEGUNDA

DE

*El Esclavo de Venecia y galán de su hermana.*

(*Salen SELÍN, Gran Turco, y MULEY.*)

SELÍN. No trates de Celidoro,  
Muley, que es amigo mío,  
y me ofenden tus razones.  
MULEY. Gran Señor, lo que yo digo  
es que tienes nobles turcos  
y, por ventura, más dignos  
de tus heroicos favores  
que un esclavo.  
SELÍN. Yo le estimo  
por su valor y lealtad;  
y es corto a tales servicios  
el galardón que le doy  
cuando mis Imperios miro  
aumentados por su mano,  
seguros y defendidos.  
MULEY. Valientes soldados tienes,  
y quejosos, imagino,  
por esta causa.  
SELÍN. La envidia  
tiene, Muley, por oficio  
oponerse a la virtud.  
Yo sé bien de quién me fio.  
No me hables en eso más,  
que me enojaré contigo.  
MULEY. Tu gusto, señor, es ley,  
y así, en nada te replico.

(1) En la primitiva copia decía "para gozarte". Pero como esto no rimaba, el licenciado don Francisco de Rojas corrigió con acierto "siendo tu amante", que poco más o menos sería lo que escribiese Lope, aunque mejor estaría, "Siempre tu amante".

(2) Después de esta palabra siguen la firma "D. J.º martínez de mora"; las palabras "fin" y "original" y una hoja en blanco.

(*Sale un TURCO, soldado.*)

TURCO. Mahamet, con un cristiano  
venerable, aunque de brío,  
licencia aguarda.  
SELÍN. Di que entre.  
TURCO. Voy al momento a decirlo.

(*Vase. Entran MAHAMET y ASTOR BALÓN, como preso.*)

MAHAMET. Guárdate Alá, gran Selín,  
y dame tus pies invictos  
y al valiente general  
de Famagosta.

ASTOR. El caudillo  
de Famagosta infelice  
te besa los pies rendido.

SELÍN. ¡Oh, valiente Astor Balón,  
por tu fama conocido,  
por tu lealtad celebrado  
y por tus hechos temido!  
En extremo me he holgado,  
capitán, de haberte visto,  
no porque fortuna adversa  
te haya hecho mi cautivo,  
sino por tener un hombre  
tan valeroso conmigo.  
Y si me quieres servir  
te daré honrosos oficios,  
a tu valor convenientes  
y de tu persona dignos.

ASTOR. A ese pecho generoso  
me confieso agradecido,  
y a poderlo hacer sin nota  
aceptara el beneficio  
y las honras que me ofreces;  
pero un hombre bien nacido,  
aunque fortuna le siga  
y aunque esté más oprimido,  
no ha de negar ley ni patria,  
que es el honor como vidrio,  
que es el honor como vidrio,  
y con un pequeño golpe  
se quiebra el vaso más rico.  
Yo soy noble y soy cristiano,  
y si la fortuna hizo  
lo que quiso con mi suerte,  
como es libre el albedrío,  
no le puedo contrastar  
porque es firme, por ser mío,  
y tengo hecho el pecho a prueba  
de los golpes y los tiros  
de la fortuna inconstante,  
y ya de nada me admiro.

Lo que sea sin ofensa  
de la patria y ley que sigo  
puedes mandarme, señor,  
y verás cómo acreditó  
mi voluntad con las obras,  
gran señor, en tu servicio.

SELÍN. Trataremos más despacio  
tu negocio.

ASTOR. Lo que he dicho  
diré en cualquiera ocasión.

SELÍN. Bien está.

MAHAMET. Monarca invicto,  
Allí, gran bajá, me envía  
con este noble cautivo,  
y a darte cuenta del caso  
de su prisión.

SELÍN. Ya he sabido  
que se ganó Famagosta  
y que está Chipre por mío.

MAHAMET. Pues oye ahora el suceso  
de su famoso caudillo.  
Allí, general del mar,  
topó en un pobre navío  
al valiente Astor Valón,  
que se te escapaba herido,  
enderezando a Venecia,  
al parecer, su destino;  
al cual le dió Celidoro  
libertad, y a darte aviso  
vengo de aquesta traición  
por que no ignores delitos  
contra tu heroica grandeza  
y por que tengan castigo  
atrevimientos que crían  
hombres bajos en sí mismos,  
usando mal del favor  
recibido en los oficios.

MULEY. ¡Qué a mi propósito habla (Ap.)  
Mahamet! Ya este edificio  
ha comenzado a temblar,  
y caerá, a lo que imagino.)

SELÍN. ¡Celidoro a mí traidor!  
¿Qué dices?

MAHAMET. Cuanto aquí he dicho  
es la verdad, gran señor.

ASTOR. No merece ese apellido  
Celidoro. De piedad,  
viéndome a mí tan herido  
y la ciudad ya rendida,  
mandó entrarme en un navío,  
donde pudiera curarme,  
con nombre de su cautivo;

mas yo, viendo la ocasión,  
fabiqué entre mí un arbitrio  
que, si se lograra, pienso  
me fuera de algún alivio.  
Quise pasarme a Venecia,  
atropellando peligros,  
a llorar mis desventuras,  
aunque sin honra y corrido  
por haber perdido el nombre  
de mis heroicos principios;  
por la libertad y vida,  
el honor, que tanto estimo,  
menospreciaba; yo tengo  
la culpa, y así el castigo  
ofrezco para pagar  
el gobierno mal perdido  
de Famagosta infelice,  
de quien fui noble caudillo.  
Pagaré la ingratitud  
que, en lugar de agradecido  
a la piedad generosa,  
al valor esclarecido  
del gran Celidoro debo,  
que, por mostrarla conmigo,  
padece su honor ultraje.

SELÍN. Discúlpasle como amigo;  
mas no es disculpa bastante  
para lo que ha delinquido.  
(Algunas sospechas tengo,  
porque a Celidoro he visto  
inclinado a los cristianos,  
y sospecho que Celindo  
lo es, y en hábito turco  
le traía en su servicio.  
Con él le pienso dejar  
y, en un cancel escondido,  
averiguar las sospechas  
y recelos que he tenido.)  
A Celindo me llamad.

MULEY. Aquí tienes a Celindo.

(Sale CAMILA en hábito de turco, como antes.)

CAMILA. ¿Qué es, gran señor, lo que mandas?

ASTOR. ¡Cielos! ¿qué es esto que miro?  
¿Mi hija en aqueste traje?) (Ap.)

SELÍN. A este cristiano cautivo  
regala, que es principal,  
y de cualquiera honra digno.

ASTOR. Otra vez beso tus plantas  
por favor tan excesivo.

CAMILA. (Mi padre es, no hay que dudar.  
Huélgome de verle vivo, (Aparte.)

aunque esté sin libertad.  
Disimule el regocijo  
el alma, que se alborota  
alegre de haberle visto.)  
Gran señor, lo que me mandas  
haré con gusto infinito,  
y por merced y favor  
esta confianza estimo.

SELÍN. Venid vosotros.—Y tú  
ten cuidado en lo que he dicho.

CAMILA. Serviréte con el alma  
y la vida.

(*Vanse todos. Quedan ASTOR BALÓN y CAMILA, y SELÍN vuelve a salir al paño y escucha lo que dicen.*)

ASTOR. (¿Hay más martirios (*Ast.*)

para aqueste desdichado?  
¡Que a esto mis años prolijos  
guarden esta triste vida!  
Quisiera ser basilisco  
y matarla con la vista,  
o la vista haber perdido  
para no ver con mis ojos  
afrenta y agravios míos.)

CAMILA. ¿Conócesme?

ASTOR. No quisiera,  
ingrata, vil, conocer  
una hija a quien di el ser,  
por que mi ser no tuviera.  
Fuiste una víbora fiera  
matando, al nacer, tu madre.  
¡Pluguiera a Dios que a tu padre  
hubieras muerto también,  
infamia del mundo, a quien  
no hay otro nombre que cuadre!

Ya que el honor que heredaste,  
liviana, estimaste en poco,  
¿por qué con ánimo loco  
la fe de Cristo dejaste?  
Pero al punto que olvidaste  
el casto y divino honor,  
hiciste el yerro mayor:  
que, por el gusto del Rey,  
niegas honor, patria y ley,  
añadiendo error a error.

¿Tú en traje de infame moro?  
¿Tú turbante y capellar  
y te atreves a mirar  
a quien perdiste el decoro?  
¿Tú dejas la fe que adoro  
como mujer indiscreta  
por la de un falso profeta

con errores semejantes,  
que entre gentes ignorantes  
sembró tan maldita seta?

¿Tú tienes de Astor Balón  
sangre? No es posible, no,  
que pude engendrarte yo,  
afrenta de tu nación.  
¿Tú del heroico blasón  
de mi familia decienes?  
No puede ser, pues ofendes  
la patria, el padre y a Cristo.  
De ser tu padre desisto  
si ser mi hija pretendes.—

Cruel fuiste, Celidoro,  
en defender esta vida,  
que si estuviera perdida  
defendiendo al Dios que adoro,  
fuera feliz; ahora lloro  
vida que muriendo vivo.—  
No siento el estar cautivo  
ni perder a Famagosta;  
el verte tan a mi costa  
es mi dolor excesivo.

CAMILA. No puedo dejar de darte  
satisfacción, padre amado,  
que, como naciste honrado,  
no puedo, en razón, culparte;  
pero podrás consolarte  
cuando la razón entiendas.  
No me pesa que me ofendas  
con tus sentidas razones,  
que con tus obligaciones  
cumples cuando así me enmiendas.

Ya por muerto te lloré  
entre la ceniza fría  
de Famagosta aquel día  
que tan infelice fué.  
Cuando tu muerte pensé  
vengar entre la canalla,  
en la sangrienta batalla  
me encontré con Celidoro,  
y, guardándome el decoro  
que allí de noble juró,  
a seguille me obligó  
vistiéndome en traje moro.

Sólo su gusto he seguido  
en trocar el nombre y traje,  
y, sirviéndole de paje,  
a la corte me ha traído.  
Como noble ha prometido  
guardar decoro a mi honor,  
aunque le ha incitado amor;



y a lo que aquí te he contado  
cumple como turco honrado  
su palabra con valor.

El honor santo y precioso  
conservo de aquesta suerte,  
que no le espanta la muerte  
a mi pecho valeroso,  
por no eclipsar el famoso  
timbre de mis ascendientes:  
que vive eterno en las gentes  
la memoria en casos tales,  
y yo daré a los anales  
historias y a los presentes  
ejemplo en nuestras edades.

Que conservar el honor  
mujer moza con valor  
entre ruegos y crueldades,  
resistiendo gravedades  
y licencias del poder,  
gran valor es menester;  
ajena de libertad  
estimar la castidad  
conservando honor y ser.

De aquesta suerte resisto,  
aunque con cautela, en fin,  
mi honor casto de Selín  
y en secreto adoro a Cristo.  
Que soy tu hija habrás visto,  
pues conservo con valor  
el casto y precioso honor  
a los ojos de Selín.

SELÍN. (Y tú, bello serafín, *(Ap. al paño.)*  
me has vencido ya de amor.)

CAMILA. Vamos y descansarás,  
que algún remedio ha de haber  
en tanto mal.

ASTOR. En placer  
el dolor trocado me has,  
porque el alma, que es lo más,  
sé que no tienes perdida.  
Piérdase el hacienda y vida,  
el honor y el alma no.

CAMILA. Lo que he sido he de ser yo  
siempre.

ASTOR. Ven, hija querida.

*(Vanse, y sale SELÍN, que ha estado escuchando.)*

SELÍN. Ya el recelo que he tenido  
de Celindo averigüé,  
que yo siempre imaginé  
que era su traje fingido.  
El falso trato he sabido

del ingrato Celidoro;  
nunca un cristiano es buen moro,  
y ha borrado sus blasones,  
que hombre que hace dos traiciones  
contra lealtad y decoro  
del Rey, hará ciento y mil.  
Ya, Muley, tu aviso alabo.  
Esclavo, en fin, falso esclavo;  
vil cristiano y trato vil,  
con qué cautela sutil  
mezclaba su valentía.  
Hechizado me tenía,  
mas pagaráme el ingrato  
el falso y aleve trato,  
la traición y alevosía.  
Libertar a Astor Balón  
por que su gusto no impida,  
y, en traje de hombre vestida,  
que fué segunda traición,  
traer su hija a ocasión  
de cubirme con el velo  
este bello ángel del cielo,  
es lo que más he sentido.  
Soy poderoso ofendido,  
echaré su torre al suelo.

*(Vase. Sale RICARDO y GANDALÍN, esclavos.)*

RICARDO. ¿Cuándo, amigo Gandalín,  
ha de llegar ocasión  
de dejar esta prisión,  
el azadón y el jardín?

GANDALÍN. Si yo una turca tuviera  
que estimara mis pedazos,  
como tú, entre estos perrazos  
con muy gran gusto estuviera.  
Tú eres poco agradecido  
al favor de Zara bella,  
que es, señor, como una estrella  
y por ti pierde el sentido.  
Cuando la hables, por tu vida,  
le digas si hay por ahí  
una turca para mí,  
aunque sea algo traída;  
porque en la necesidad  
bien se gasta el pan moreno.

RICARDO. Ese discurso condeno,  
Gandalín, por necedad.

¿No reparas en la ofensa  
que se hace a Dios de ese modo?

GANDALÍN. Señor, a Roma por todo.

RICARDO. Que nos ha de juzgar piensa,  
y de cualquier pensamiento

cuenta estrecha se ha de dar.

GANDALÍN. Dios manda multiplicar  
por que haya en el mundo aumento.

RICARDO. Del matrimonio sagrado  
esa acción se ha de entender.

GANDALÍN. Yo no me quiero meter  
en si es grave o no el pecado;  
que no fuera yo el primero  
que por los gustos de amor  
fuera flaco y pecador,  
cuando todo el mundo entero,  
en lo justo y en lo injusto,  
gente ignorante y discreta,  
a todos Amor sujeta  
y siguen su ley y gusto.  
Tú lo llevas por lo santo,  
y aún pecas en necedad.  
¡Plegue a Dios tu cortedad  
no nos trueque el gozo en llanto!  
Porque viendo su afición  
Zara bella mal pagada,  
después de estar declarada,  
con tal determinación  
puede mudar el amor  
que te ha mostrado tener,  
que es condición de mujer,  
con odio, enojo y rigor.  
Y así, en viendo la ocasión,  
pues dice que eres su espejo,  
Ricardo, yo te aconsejo  
que tomes la posesión.  
Que lo que en ti es compostura  
o continente pureza,  
podrá pensar que es tibieza  
y perderás coyuntura.  
Perderemos los regalos  
que de su mano tenemos,  
y quizá por ti vendremos  
a tener regalo en palos.

RICARDO. Aunque eres tan indiscreto,  
para te satisfacer  
me has de obligar a romper  
y a descubrirte un secreto.  
Si no le guardas, la vida,  
Gandalín, te ha de costar.

GANDALÍN. Callaré hasta reventar.

RICARDO. Yo pienso ser tu homicida  
si lo descubres. Advierte  
que también te va interés  
en lo que trato.

GANDALÍN. Di, pues.  
No por temor de la muerte

la callara Gandalín,  
sino por ser yo quien soy.  
Esta palabra te doy,  
que nunca usé trato ruin.

RICARDO. Pues sabrás que Zara hermosa,  
en beldad nueva Diana,  
se quiere volver cristiana  
y yo hacerla amada esposa.  
Tanto ser cristiana precia,  
que aguardamos ocasión  
para la navegación  
y pasarnos a Venecia.  
Yo tengo el intento mismo  
que tiene mi Zara bella,  
que he de casarme con ella  
en recibiendo el bautismo.  
No temas que de mi trato  
se queje con disfavor,  
que no agradezco su amor  
ni que al favor soy ingrato.  
Esto, Gandalín, te digo,  
y, cuando llegue el efeto,  
de llevarte te prometo  
hasta Venecia conmigo.  
Procede con discreción,  
que algún día tendrán fin  
tus trabajos, Gandalín,  
y aquesta larga prisión.

GANDALÍN. ¡Por Dios, que me vuelvo loco  
con tan buenas esperanzas!  
No hagas, fortuna, mudanzas,  
que hay que fiar de ti poco.  
Que aunque tenemos regalo  
por orden de Zara hermosa,  
es, señor, terrible cosa  
no haber licor, bueno o malo.  
Mas yo me desquitaré,  
cuando me vea en Venecia,  
de lo que el turco desprecia,  
que es lo que plantó Noé.  
Esto y no comer tocino  
es lo que llevo más mal,  
que es un gusto sin igual  
un brindis de lindo vino;  
aunque ninguno hallo malo,  
no, por vida de mi padre,  
que he sido lindo cofadre  
mientras me duró el regalo.  
Uno mejor que otro, sí;  
pero vino malo, no.  
¡Bien haya quien tal plantó!  
De contento estoy sin mí.

Acábese este destierro,  
apréstese la partida,  
dejemos tan triste vida  
entre tanto turco perro.  
No perdamos ocasión,  
que es mudable la fortuna,  
y nos dejará a la luna  
si se muda la afición.

RICARDO. Tu astucia y aviso alabo;  
mas es fuerza dilatar  
la partida hasta avisar,  
como amigo a cierto esclavo  
que está de la corte ausente,  
y he deseado ocasión,  
cumpliendo mi obligación,  
gocé la ocasión presente.

GANDALÍN. A tu gusto lo acomoda.

RICARDO. Ven, Gandalín, y callar,  
que en saberlo negociar  
está la ventura toda.

*(Vanse. Salen SELÍN y CAMILA; SELÍN asido de los brazos de CAMILA, y ella resistiéndose, forcejando.)*

SELÍN. Ya pasa de desdén eso,  
y a la fuerza lo remito.

CAMILA. Las fuerzas son de tiranos.

SELÍN. Cuando tus desdenes miro,  
me obligas a que las use  
y a ser descortés contigo.

CAMILA. Mal conoces el valor  
de que se arma el pecho mío,  
que es mi honor un fuerte muro  
que no consiente portillo;  
que antes que logres tu intento  
cortará a mi vida el hilo  
la muerte, que por la honra  
en nada la vida estimo.

SELÍN. ¿De qué sirve blasonar,  
cristiana, con tanto brío,  
si la fuerza ha de acabar  
lo que el ruego no ha podido?  
Si eres Lucrecia romana,  
haz cuenta que soy Tarquino,  
que el amor y poder juntos  
son dos fuertes enemigos.

CAMILA. Seré Judit valerosa,  
que, aunque a mi pueblo no libro,  
libraré el honor precioso.

SELÍN. ¡Necia estás!

CAMILA. ¡Y tú atrevido!

SELÍN. ¿No eres mi esclava?

CAMILA. Soy noble,  
que basta.

SELÍN. Yo no te quito  
la nobleza.

CAMILA. No hay nobleza  
si el casto honor se ha perdido,  
que es el que vive inmortal.

SELÍN. ¿Y piérdeslo más conmigo  
que con Celidoro?

CAMILA. El guarda  
con fe pura y celo limpio  
decoro a mi honestidad;  
y si este traje he vestido  
fué por estar encubierta  
de lo que siempre he temido.  
Deja tanta tiranía,  
que primero el monte Olimpo  
allanarás, que conquistes  
el honor que te resisto.

*(Forcejan.)*

¡Soy tigre fiera de Hircania,  
y soy pisado áspid libio!

*(ASTOR BALÓN al paño, escuchando.)*

¡Tengo garras de leona,  
tengo ojos de basilisco,  
que bastan a darte muerte  
con la ira que te miro!

SELÍN. ¡Yo tengo poder y amor  
para contrastar tus bríos,  
y gozaré esa belleza!

*(Sale ASTOR BALÓN con la daga desnuda.)*

ASTOR. ¡No será mientras yo vivo!

SELÍN. ¿Qué pretendes, vil esclavo,  
arrogante y atrevido?

ASTOR. Matar esta desdichada  
hermosura, que ha nacido  
para afrenta de mis canas;  
que si la vida le quito  
antes de perder su honor,  
no me dejará ofendido;  
quedarás sin ocasión  
de usar tratos tan indignos  
de las personas reales,  
cuyos ejemplos seguimos  
los inferiores. No borres  
el honor que has adquirido  
por un gusto feo y torpe.

SELÍN. Tú debes haber perdido  
el juicio.—¡Ah de mi guarda!

(Sale MULEY y otro TURCO con alabarda.)

MULEY. ¿Qué mandas, señor invicto?

SELÍN. A este cristiano llevad  
luego al más fuerte castillo,  
y en una mazmorra oscura,  
con fuerte cadena y grillos,  
le poned, que por Alá  
que antes que el sol a los indios  
alumbra segunda vez,  
le tengo de empalar vivo  
a la vista de esta ingrata,  
que ya en odio he convertido  
el amor que le tenía.  
Y ella esté en el cuarto mío,  
con cuarenta hombres de guarda.  
MULEY. Gran señor, obedecido  
serás en todo.

ASTOR. El honor  
te encomiendo.

CAMILA. ¡Padre mío,  
piedra seré en resistencia;  
que por mi honor y por Cristo,  
estimo la vida en poco!  
Ver la vuestra en tal peligro  
es lo que me aflige.

ASTOR. Yo  
iré contento al suplicio  
por verte con tal valor.  
Haz cuenta que sacrifico  
a las aras de tu honor  
mi vida.

CAMILA. Yo haré lo mismo.

ASTOR. ¡Adiós, hija!

CAMILA. Padre, ¡adiós!

ASTOR. ¡Virgen Santa, en Vos confío,  
que sois Abogada nuestra  
y sois Madre de afligidos!

SELÍN. ¡Camina, loco cristiano,  
a la prisión!

ASTOR. Ya camino,  
y a dar cuenta de mi vida  
a mi Criador me apercibo.

(Llévanle.)

SELÍN. (¡Por Alá que estoy rabiando (Ap.)  
de verme tan ofendido;  
más tendré con la venganza  
algún género de alivio!)

(Vanse. Sale ZARA sola.)

ZARA.

¡Oh, Amor, no me dilates  
tanto tus gustos, que por alambique

los das y sus quilates,  
cuando a grandes favores los aplique,  
como el bien no poseo,  
jamás me satisfacen el deseo!

Si bien con esperanza  
de gozar tanto bien me aliento y vivo,  
sin rendirse a mudanza  
el firme amor de mi galán cautivo,  
que el cuerpo y alma gana:  
el cuerpo, el gusto; el alma, ser cristiana.

¿Cuándo llegará el día  
de la alegre quietud que el alma precia,  
que yo trueque a Turquía  
por la insigne riqueza de Venecia,  
a quien por patria aguardo,  
que ya es mía por ser de mi Ricardo?

Dice que cierto esclavo  
que está ausente le impide la partida;  
yo en este punto acabo  
de aprestar mi riqueza; apercibida  
me hallará a cualquier hora,  
como ya lo está el alma que le adora.  
¡Oh, Gandalín!

(Sale GANDALÍN solo.)

GANDALÍN.

Señora,  
por quien alegre paso el cautiverio,  
en quien la bella aurora  
amanece a alumbrar este hemisferio,  
¡en buena hora te vea,  
porque el jardín contigo cielo sea!

ZARA.

¿También eres discreto?  
¡Bien sabes, Gandalín, decir amores!

GANDALÍN.

Soy precioso sujeto,  
y más cuando se estiman mis favores;  
mas soy tan desgraciado,  
que en mi vida mi amor fué bien pagado.

ZARA.

¡Esa es desdicha extraña!

GANDALÍN.

Desdicha es, mi señora, de manera,  
que a mí, cierta picaña,  
me hizo, por desdicha, de Cervera,  
haciendo un falso ensayo,  
trocando su afición en un lacayo.



Yo, que soy mal sufrido,  
al punto descarté la falsa sota  
antes de ser marido;  
que no es poco poderlo hacer sin nota  
de infamia el que honra precia  
viendo que es la mujer liviana o necia.

ZARA.

Razón, Gandalín, tienes.  
¿Adónde está mi bien y mi Ricardo?

GANDALÍN.

No paga con desdenes  
tu firme voluntad.

ZARA.

¿No es muy gallardo?

GANDALÍN.

La misma gallardía;  
se cifra en él nobleza y cortesía.

ZARA.

¡Oh, qué gusto me has dado!  
Mas dime: ¿dónde está? ¿Cómo no viene?

GANDALÍN.

Señora, está ocupado  
en un cierto negocio que conviene,  
creo, al real servicio;  
mas no sabré decirte en qué ejercicio.

ZARA.

Pues, Gandalín amigo,  
quédate adiós y dile a mi Ricardo  
cómo he estado contigo  
tratando de su amor y cómo aguardo  
que pague como honrado  
el deseo que debe a mi cuidado.

(Vase.)

GANDALÍN. ¡Por Dios, que estuvo el secreto  
casi a punto de salir!  
Bercebú puede sufrir  
tan gran tentación y aprieto.  
¡Válgate el diablo por Zara,  
y qué hacía de brindar,  
y yo para vomitar  
el secreto! Pero cara  
tentación hubiera sido  
si no me fuera a la mano.  
¡No quedara güeso sano  
en mi cuerpo! No he podido  
sufrir con mayores veras.  
¡Arredro vaya el pecado!

Nunca estuve tan tentado  
de hablar; mas no parto peras  
con mi señor en tal caso,  
que, como suelen decir:  
ni aun de burlas el partir  
suele salir bien. Yo paso  
temeraria penitencia  
con el freno del callar;  
mas castigan por hablar.  
Señora lengua, paciencia.

(Vase. Da una vuelta un bofetón, y en él NUESTRA SEÑORA, y a los pies, de rodillas, ASTOR BALÓN con una cadena al hombro y un rosario en la mano, vestido de esclavo. Todo con música.)

MARÍA. ¿Astor Balón?

ASTOR. Sacra Aurora,

Madre de Dios y doncella,  
puerta del Cielo y estrella  
del mar, divina Señora,  
¿tal favor a aqueste esclavo?  
¿Cuándo tal bien merecí?

MARÍA. En Venecia estás por mí.

ASTOR. Vuestras grandezas alabo,  
amparo de pecadores.  
Judit fuerte, hermosa Ester,  
¿cuándo podré agradecer  
tan soberanos favores?  
Pues de esclavo me libráis,  
seré siempre esclavo vuestro,  
que en esto, Señora, nuestro  
los yerros que me quitáis.  
Tendré esta rota cadena  
por escudo y por blasón,  
y el rosario por tusón,  
¡oh Virgen, de gracia llena!

MARÍA. Harás labrar un convento  
en este mismo lugar,  
pues que le puedes fundar  
y cuidar de su sustento;  
sea la Orden de Francisco,  
aquel scrafin humano,  
en este apacible llano,  
al pie de aqueste alto risco.  
Estos favores alcanza  
el que en servirme se emplea;  
y el apellido de él sea  
la Virgen de la Esperanza.  
ASTOR. Pondrélo por obra luego,  
como siervo agradecido.  
¡Vuestro favor, Virgen, pido,  
pues tan dichoso a ser llego!

MARÍA. Ningún desvelo te aflija;  
cumple lo que te he mandado,  
que yo he de tener cuidado  
con el honor de tu hija.

ASTOR. ¡Otro favor nuevo gano  
con nueva tan deseada!  
¡Oh sacra Virgen sagrada,  
Madre del Rey Soberano!

MARÍA. Queda en paz.

*(Da la vuelta la tramoya, y queda ASTOR BALÓN en el tablado, y cúbrese la apariencia, con música.)*

ASTOR. Señora mía,  
¿cómo con tal prisa os vais?  
Pero con razón dejáis  
tan inútil compañía.  
¡Gastar pretendo mi hacienda,  
no, Virgen, con mano escasa,  
en fabricaros la casa  
que por Vos se me encomienda!  
Haré una rica capilla,  
adonde, reverenciada,  
esté la imagen sagrada  
de la Virgen sin mancilla.  
¡Ya va mi nave en bonanza,  
que es el bien que el alma precia!  
Ya en tus riberas, Venecia,  
hay Virgen de la Esperanza.  
Sin dilatallo un momento,  
pues la riqueza me sobra,  
Virgen, a poner por obra  
voy vuestra casa y convento.

*(Vase. Salen SELÍN y MULEY.)*

SELÍN. Tráeme, Muley, esa ingrata,  
esa sirena cristiana,  
que, con crueldad inhumana,  
mi heroica grandeza trata.  
Pues mi fuego no mitiga  
el desdén que en ella he visto,  
quiero ver si la conquisto  
con regalos; que si obliga  
mi pecho de aquesta suerte,  
librará de la prisión  
a su padre Astor Balón,  
y librarle ha de la muerte;  
mas si insiste en darme enojos  
y no me quiere agradar,  
vivo le pienso empalar  
delante sus bellos ojos.

MULEY. Voy a servirte, señor.

*(Vase.)*

SELÍN. Ya, sin duda, habrá trocado  
su pecho determinado,  
temerosa del rigor.  
Pensé olvidar su belleza  
viendo su desdén cruel,  
y Amor aprieta el cordel  
con notable fortaleza  
y con ímpetu violento,  
sin haber quien se lo impida:  
tiene en un hilo mi vida  
en el potro del tormento.

*(Sale CAMILA de moro, como antes.)*

CAMILA. ¿Qué me mandas, gran señor?

SELÍN. Tú a mí me puedes mandar,  
pues se viene a sujetar  
a ti mi heroico valor.  
Confieso, bella cristiana,  
que anduve muy atrevido  
cuando, el decoro perdido  
de esa beldad soberana,  
confiado en el poder,  
a la fuerza remitía  
de mi amorosa porfía  
el contrastar y vencer  
lo que pudiera el Amor  
facilitar por buen modo.

CAMILA. Ya te he respondido a todo,  
pues conoces mi valor.

SELÍN. A tu padre librarás  
de la muerte que le espera  
si esa condición de fiera  
truecas. Tú sola serás  
la querida y regalada,  
a las demás preferida.

CAMILA. No por restaurar la vida  
de mi padre, que estimada  
es de mí, como es razón,  
tengo de manchar la fama,  
que en esto el valor me aclama  
por hija de Astor Balón,  
y si mil padres tuviera,  
y cada cual con mil vidas,  
las diera por bien perdidas  
antes que el honor perdiera.

SELÍN. No por verme tan compuesto  
me respondas de esa suerte.

CAMILA. ¡No me da temor la muerte  
por mi honor casto y honesto,  
que así doy ejemplo al mundo  
y a las romanas matronas!

SELÍN. ¡Llorarás lo que blasonas!

CAMILA. En lo que he dicho me fundo.

(Dentro CELIDORO y MULEY, en voz alta.)

MULEY. No se puede hablar agora  
al Gran Señor.

CELIDORO. ¿Por qué causa?

MULEY. Porque hay cierto impedimento.

CELIDORO. ¿Tú me defiendes la entrada?

MULEY. Soy mandado.

CELIDORO. ¿Para mí  
ha de haber puerta cerrada?

(Salen los dos.)

SELÍN. ¿Qué es esto?

CELIDORO. Yo, que he venido  
de ganarte una batalla,  
y Muley me impide el paso  
para llegar a tus plantas.

SELÍN. Pues ¿cómo rompes el orden  
(Muy severo.)  
que tengo dado a la guarda  
y entras sin licencia mía,  
esclavo vil?

CELIDORO. ¿Con quién hablas?

SELÍN. ¡Contigo, traidor!

CELIDORO. Mis hechos  
no merecen esa paga.  
Yo soy leal y lo he sido  
a pesar de la canalla  
infame que te ha informado  
mal de mis lealtades claras;  
mas yo cogeré algún perro  
que a las orejas te ladra,  
donde le saque la lengua  
atrevida con que habla  
en ofensa de mi honor,  
cuando Persia, Europa y Asia,  
y el mundo, sabe el valor  
de mi brazo y de mi espada.  
Si es envidia de mis hechos,  
¿cuándo no ha sido envidiada  
la virtud y la lealtad  
de viles lenguas y falsas?  
Si es por no galardonar  
mis conocidas hazañas,  
no en lugar de premio pagues  
con afrentosas palabras,  
que razones semejantes,  
en boca de altos Monarcas,  
son balas de piezas gruesas  
que con sólo el aire matan.  
Cuando te conquisto reinos,

¿este galardón me aguarda?

¿Yo traidor? ¿yo vil esclavo?

¿Miente la lengua villana  
que en tal ocasión me pone!

¿Yo, que en ocasiones tantas  
estimé la vida en poco,  
como lo dice la fama,  
sólo por librar la tuya  
pudiera intentar infamias  
ni traiciones contra ti?

El defensor me llamabas  
de tu vida y de tu Imperio,  
y agora, que con más causa  
me lo pudieras llamar,  
¿sólo de afrentarme tratas?

¿Olvidaste la fineza  
que en la sangrienta batalla  
de Alba Real, en Hungría,  
casi ya desbaratada

tu gente, y puesta en huida

la poca que te quedaba,

al retirarte, embistió

una tropa de corazas

y mataron tu caballo,

y tu vida amenazaba

el conocido peligro?

Puesta en la tierra la espalda,

quebrado el lucido alfanje

y destrozadas las armas,

y yo, viendo tu persona

en el aprieto que estaba,

menospreciando el peligro

de las pistolas y lanzas,

entré, haciendo el pecho a prueba

de botes de pica y balas,

y dándote mi caballo,

hice a pie senda tan ancha,

que le dieron paso franco

las enemigas escuadras.

Pusiste en salvo la vida,

dejando yo salpicadas

con la sangre de mis venas

las hierbas de la campaña,

y salí con ocho heridas

que se imaginó al curallas

que en la más pequeña boca

se estaba asomando el alma.

En señal de agradecido

a mi honor y a mis hazañas,

me honraste con el bastón.

En empresas señaladas

ganéte muchas vitorias;

llegó a tanto mi privanza,  
que la mitad me ofrecías,  
con mano pródiga y franca,  
de tu heroica Monarquía,  
de tu grandeza otomana.  
Mas subíste a tu esfera  
porque de un vuelo bajara  
desde el cielo de tus glorias  
al abismo de desgracias.  
Más me quitas que me diste,  
pues con sola una palabra  
mi honra afrentas y dejas  
borradas mercedes largas  
que, liberal, me hiciste,  
mas son mercedes humanas  
sujetas a la fortuna,  
sin firmeza y sin constancia.

SELÍN. Para que no formes quejas,  
traiciones averiguadas  
te tengo dos, cuando menos,  
que no me podrás negarlas.

CELIDORO. ¿A mí traiciones?

SELÍN. A ti.—

Ve, Muley; haz que me traigan  
a Astor Balón, por que vea  
que no me ofendo sin causa,  
pues siendo Gobernador  
de Famagosta, a su patria  
le enviaste; pero Ali,  
que es leal, en la fragata  
que le diste me le envía  
preso, con custodia y guarda.  
Esta es una traición; otra,  
la de esta bella cristiana,  
que en traje de hombre encubrías,  
ciego en su amorosa llama.

CELIDORO. Libertar a Astor Balón  
no es traición; piedad se llama,  
y usarla con los rendidos  
es de piadosas entrañas;  
y encubrir la honestidad  
de esta cristiana gallarda,  
fué decoro a su deidad  
por que no la profanaras.

SELÍN. Deshaciendo tus quimeras,  
humillaré tu arrogancia  
empalando a Astor Balón  
delante su hija ingrata,  
y después hará la fuerza  
lo que los ruegos no acabán.

CAMILA. Cuando me quites la vida,  
podrás ofender mi fama.

CELIDORO. Nuevos alientos me das (*A ella.*)  
viendo tu hermosura casta  
firme, y sabiendo que el ser  
te dieron las nobles canas  
de Astor Balón. Ven, Camila,  
que con tu valor y espada  
a mi lado, el mundo todo  
en mi ofensa no me espanta.  
Lo que hay que fiar del mundo  
he visto en esta mudanza,  
pues truecan así los reyes  
los favores en desgracias.  
Ejemplo tomen en mí  
los que ciega la privanza,  
que el tiempo es sabio maestro  
y quien mejor desengaña.

(Sale MULEY como pesaroso.)

MULEY. ¡Gran desdicha!

SELÍN. ¿Qué hay, Muley?

MULEY. Que están las puertas cerradas  
del castillo y calabozo  
donde Astor Balón estaba,  
y él no parece.

SELÍN. ¿Qué dices?

MULEY. Dicen, gran señor, las guardas  
que vieron a media noche  
un resplandor que cegaba  
la vista más que los rayos  
del sol.

SELÍN. ¡Qué quimera extraña!

MULEY. Algunos hechizos son  
de aquesta nación cristiana,  
y así, con sus invenciones,  
de las prisiones se escapan.

CAMILA. Tú eres el vil hechicero,  
pues con tus enredos tratas  
eclipsar los claros rayos  
de claras y nobles famas.

MULEY. Hablas como mujer libre.

CELIDORO. Aunque como mujer habla,  
es en el valor muy hombre,  
y tú mujer, pues que tratas  
de chismes y de quimeras  
y enredos, y son tus armas  
las que las mujeres usan,  
que se valen de palabras;  
mas yo cortaré algún día  
esa lengua que me agravia,  
sin que te valgan lisonjas  
y sin que Selín te valga.

SELÍN. ¡Prended aqueese villano



atrevido, que amenaza  
la lealtad con altiveces  
y soberbias arrogancias;  
que quien las alas le dió  
sabr  quitalle las alas,  
humillando su soberbia!  
Y esa atrevida cristiana  
prended también.

CELIDORO. Cuando tengo  
este brazo y esta espada,  
con el valor de Camila,  
 qu n emprender  esa hazaña?  
 Qui n se atrever  a prenderme  
que tenga de vivir gana?  
Ven, Camila, que a mi lado  
viene segura tu fama  
y tu persona; no temas  
aunque venga toda el Asia.

CAMILA. Si eres Marte, yo Belona,  
y en tu valor confiada  
te seguir , que  n tu trato  
tu gran nobleza declares.  
Defendiendo fama y honra,  
pienso morir como honrada,  
y dar a la fama plumas  
con que escriba mis hazañas.

CELIDORO.  Eres discreta y hermosa,  
honesta, fuerte y gallarda!

CAMILA.  T  eres galán y valiente!

CELIDORO.  S gueme, bella cristiana!

(*Vanse los dos.*)

SEL N.  Ho!a!  Prended a este aleve,  
soldados!  Ah de mi guarda!

MULEY. Sosi gate, gran señor,  
que en su prisión habrá traza  
sin aventurar las vidas.

(*Gandalín al paño, escuchando.*)

SEL N. Dila, pues.

MULEY. Con una carta,  
disimulando tu enojo,  
puedes volvelle a tu gracia,  
y fingiendo que le haces  
Virrey de la isla ganada  
de Chipre, se olvidar   
de las afrentas pasadas,  
y avisar a los soldados  
que, entrando en la Capitana,  
se conjuren y le arrojen  
al mar, o que a puñaladas  
le maten y a tu poder

traigan la bella cristiana  
que tus favores desprecia,  
donde, por fuerza u de gracia,  
harás tu gusto, que, muerto  
Celidoro, es cosa clara  
que estimar  tus amores  
viéndose sin esperanzas  
de su amor.

SEL N. Muy bien has dicho.

Voy a escribir.

MULEY. (Ansi acaba  
el mayor contrario mío.  
Vendr  a tener su privanza,  
que nunca en Palacio medra  
el que lisonjas no trata.)

(*Vanse, y sale GANDALÍN, que ha estado escuchando.*)

GANDALÍN.  Pobre de ti, Celidoro!  
 Oh fiera y falsa canalia,  
con qué fingida cautela  
su infamia y su muerte tratan!  
No he visto turco en mi vida  
que me aficione con tantas  
gracias como Celidoro.  
Del peligro que le aguarda,  
le he de avisar,  vive Dios!,  
porque es de gente taca a  
matar a un hombre a traición  
de partes tan estimadas.  
Yo me inclino a Celidoro;  
no s  qué secreta causa  
me mueve, y aunque el peligro  
amenaza mi garganta  
si saben que soy el fuelle  
que sopló en aquesta fragua,  
 vive Dios, que he de soplar!  
Quizá encenderá una llama  
que me caliente y que sea  
nube de una gran privanza.  
A gran peligro me pongo:  
premio o castigo me aguarda.  
 Por Cristo que me aventuro,  
que el hacer bien nunca daña!

(*Vase. Con que se da fin a la segunda jornada de  
EL ESCLAVO DE VENECIA Y AMANTE DE SU HER-  
MANA.*) (1)

(1) Rep tense a continuación la firma "J.  mar-  
t nez de mora" y las palabras "fin" y "original".

*Jesús, María, Josef.*

### JORNADA TERCERA

*DE El Esclavo de Venecia y amante  
de su hermana.*

(Salen CELIDORO y CAMILA.)

CELIDORO.

¿Cómo se libraría  
de la prisión tu padre, que en Turquía  
no ha sido descubierto,  
ni ha faltado bajel ninguno al puerto,  
ni se sabe en qué parte  
se oculta su persona?

CAMILA.

Nuevo Marte,  
lo que de eso presumo  
que es quien le libertó de poder sumo.  
La Virgen soberana,  
fuente de gracia, que es donde el bien mana,  
tengo yo por sin duda  
que al salir del peligro le dió ayuda.

CELIDORO.

Tu ley, Camila, alabo,  
que así de la prisión libra a un esclavo.  
Mas ¿qué Virgen es ésa  
a quien tu lengua de alabar no cesa?

CAMILA.

Es la Virgen María,  
alba del sol, lucero, norte y guía.  
¡Ay, Celidoro amigo,  
si conocieses la verdad que sigo,  
cuán venturoso fueras  
dejando setas falsas y quimeras!  
Presunción he tenido  
que no eres turco, porque siempre he oído  
llamarte esclavo a todos.

CELIDORO.

Alá, Camila, por diversos modos  
me ha dado inspiraciones  
que sigo ley con muchas confusiones,  
y siempre a los cristianos !  
estimo y he querido como hermanos.  
No sé quién soy, Camila;  
que mi valor apoca y aniquila  
ver que el principio inoro,  
ni sé si soy cristiano, turco o moro,  
y mueren encogidos  
pensamientos que nacen atrevidos

en este altivo pecho,  
a quien el mundo todo viene estrecho;  
porque hombres de honor faltos  
jamás tuvieron pensamientos altos.  
Sabrás, Camila bella,  
que cierta inclinación que me atropella  
el ánimo y sentido  
me trae desvelado y afligido,  
que apenas me resisto  
de una sombra o visión que en sueño he visto  
que me da pena mucha.

CAMILA.

Cuéntala, por tu vida.

CELIDORO.

Atenta escucha.

Cuando llegué con la armada  
a las amenas frescuras  
de Chipre, dando en la playa  
fondo las galeras turcas;  
mientras que se fabricaba  
entre dos soberbias puntas  
de dos peñascos un fuerte  
donde pudiera segura  
defenderse nuestra gente  
de la prevención que junta  
tenían los de la isla,  
que temiendo la futura  
ruína todos en armas  
se ponen, la más caduca  
senetud las armas toma  
dando ejemplo a la robusta  
edad, y con documentos  
que pudiera envidiar Numa  
Pompilio, el magno Pompeyo  
y la Monarquía augusta,  
en esta apacible playa  
estaba una noche oscura  
durmiendo en mi capitana,  
y entre las doce y la una  
vi una mujer en la popa  
de incomparable hermosura,  
toda vestida del sol,  
cuyo resplandor alumbra  
más que sus dorados rayos,  
con un manto azul, que turba  
la vista, lleno de estrellas,  
y los pies sobre la luna,  
coronada la cabeza  
como reina, y crespas y rubias  
una dorada madeja  
servía de bordadura

a los hombros, dando al sol  
 envidia sus hebras puras.  
 A respeto provocaba  
 su belleza y compostura;  
 ojos serenos y graves,  
 con cuyas luces alumbraba  
 más que dos ricos carbuncos;  
 sus bellos labios figuran  
 un rubí hermoso, cortina  
 de dos hileras menudas  
 de perlas, y las mejillas  
 a la nieve en la blancura  
 y a la rosa, que el cogollo  
 desfleca hermosa y fecunda  
 entre juncias y espadañas  
 y entre jazmines y murtas,  
 un tierno niño en los brazos  
 con una insignia que anuncia  
 que es El el Señor del orbe,  
 pues por la bola se juzga  
 el mundo en la redondez,  
 y un rótulo que dibuja  
 su majestad y grandeza  
 no sujeta a la fortuna.  
 “Yo soy Rey de reyes—dice—  
 y criador de criaturas;  
 soy Señor de los señores,  
 y no ha de tener fin nunca  
 mi reino, porque es eterno,  
 y así eternamente dura.”  
 Quedé confuso y sin pulsos  
 contemplando su hermosura  
 y sus partes soberanas,  
 que alguna deidad ocultan,  
 a quien con miedo y respeto  
 miraba y la lengua muda,  
 con temeroso silencio  
 con el alma la saluda,  
 cuando con voz mansa y grave  
 estas razones pronuncia,  
 que, lleno de confusiones,  
 mi turbado oído escucha,  
 diciendo: “¿Por qué persigues  
 tu nación y por qué injurias  
 la noble sangre que tienes?  
 ¿Por qué a tu patria le usurpas  
 los blasones que ha ganado,  
 eclipsando la luz pura  
 de la verdad que alumbraba  
 esta isla y otras muchas?  
 ¿Sed tienes de ganar fama  
 a costa de sangre tuya?

Mira que te precipitas;  
 entre esas honras que buscas,  
 la joya de más estima,  
 que sangre inocente y justa  
 labró, (1) tienes tan manchada,  
 tan asquerosa y tan sucia,  
 que, de hermosa, rica y bella  
 y un armiño en la blancura,  
 en negro color trocada  
 está con sombras oscuras.  
 Inocentemente vives  
 con esperanzas confusas,  
 que las honras que apeteces  
 son frágiles y caducas.  
 Busca al verdadero Rey,  
 que el tiempo pierdes y ofuscas,  
 como bárbaro, el sentido  
 en cosas que poco duran.  
 Es toda la vida un sueño,  
 y el sueño estampa y figura  
 de la muerte, y mientras duermes  
 en el sepulcro te juzga.  
 Tu vida es toda un letargo,  
 pues que no despiertas nunca  
 del grande engaño que tienes  
 siguiendo empresas injustas.  
 Deja altiveces humanas,  
 vanas honras y locuras,  
 que como sombras se pasan;  
 honras que han de durar busca.  
 Sirve a mi Hijo que es Rey  
 que, al que sirve con fe pura,  
 premia con eternas honras,  
 cuya privanza es segura.  
 No se paga de lisonjas;  
 con fe y verdades desnudas  
 se agrada, y conoce bien  
 el que le sirve o le injuria.  
 Más sabio es que Salomón,  
 aunque tuvo ciencia mucha,  
 que el dón de sabiduría  
 mucho a los reyes ilustra.  
 Es ejemplo de virtud,  
 porque en El se cifran juntas  
 todas las virtudes, y es  
 la verdad y bondad suma.  
 Misericordioso y manso,  
 perdona una vez y muchas  
 las injurias que le hacen  
 si se enmiendan de las culpas

(1) En el original, “labor”, que no hace sentido.

que contra su gran poder  
cometen, y con blandura  
se aviene con sus vasallos,  
que, primero que ejecuta  
el rigor de su justicia,  
les amonesta y anuncia  
su notable precipicio  
y el fin de su desventura  
por los tinientes que tiene,  
que pregonan y promulgan  
las leyes que ha establecido,  
sin que ignorancia presuman,  
que a dos solas se reducen,  
y puedo decir que a una,  
que es no ofender a su Rey,  
siendo su basa y columna  
la fe pura y observancia  
de su ley preciosa y justa.”  
Absorto quedé, Camila,  
y el alma triste y confusa  
de este prodigioso caso.  
En tan temerosas dudas,  
desde entonces en mi pecho  
la razón y el valor luchan.  
Si fué ilusión o verdad  
(y no sé a qué lo atribuya),  
una nube arrebató  
la soberana pintura  
que te he contado, y quedé  
ciego con su ausencia, a cuya  
honestidad me incliné  
con respeto y con mesura,  
debidos a su deidad  
y por la relación suya,  
a servir al Rey su Hijo,  
que sin lisonja procura  
que le sirvan los vasallos,  
cosa que tan poco se usa.  
Parecíéronme sus leyes  
y sus costumbres muy justas,  
y así le tengo por justo,  
pues así a la ley se ajusta.  
Pero los sueños, Camila,  
siempre se creen en duda,  
y porque aquéste fué sueño,  
su crédito dificulta  
mi valor, que siempre es uno,  
en buena o mala fortuna,  
que sólo a Alá se sujetan  
y a tu divina hermosura.  
Verdades son, Celidoro,  
las que me cuentas. Dios quiere

CAMILA.

que del sueño de tu engaño  
y tu ceguedad despiertes.  
Esa Mujer que has contado  
de virtud tan excelente,  
es Madre de Cristo y es,  
siendo madre, virgen siempre;  
y aquel Niño milagroso  
que el mundo en sus manos tiene,  
en cuanto al linaje humano  
es de Abraham descendiente.  
Es igual en todo al Padre,  
pues su esencia y poder tiene,  
que en su entendimiento mismo  
Dios le engendró eternamente;  
y sin dejar de ser Dios,  
para remediar la gente,  
tomó nuestro humano ser  
para que morir pudiese  
como hombre, pagando deudas  
ajenas.

CELIDORO. ¿Cómo se entiende  
eso de morir pagando  
Cristo deudas que no debe?

CAMILA. Escúchame, Celidoro,  
si la verdad saber quieres.  
Hizo Dios a imagen suya  
al hombre, y por que tuviese  
compañía, a la mujer  
crió con gracia excelente.  
Dotóle de ciencia infusa,  
hizo que le obedeciesen  
aves, peces y animales,  
y que a todos nombre diese.  
Criólos en gracia y dióles  
un jardín hermoso, alegre,  
lleno de fruta y frescuras,  
que por morada tuviesen.  
Dióles licencia que coman  
de cuantas frutas hoviesen  
en el jardín; sólo un árbol  
les vedó, y que si comiesen  
de él perderían la gracia  
y la vida juntamente.  
No les puso otro precepto,  
otro mandato ni leyes,  
y quebrantáronle al punto  
soberbios y inobedientes.  
Perdieron gracia y morada,  
y a todos los descendientes  
alcanzó de Adán la culpa,  
sin que las puertas se abriesen  
del Cielo para ninguno



aunque santo y justo fuese.  
 Desde el Limbo a Dios clamaban  
 que su rigor y ira cese,  
 y que se acabe el destierro  
 que tantos años padecen.  
 Movido Dios de los ruegos  
 de varones penitentes,  
 trató de la paz del hombre,  
 aunque fué ingrato y rebelde.  
 Tenía Dios preservada,  
 desde *ab initio*, en su mente,  
 una doncella que todas  
 las virtudes comprende,  
 que después de Dios no hay santo  
 ni ángel que a su virtud llegue.  
 Y así a Dios agradó tanto,  
 que para hija la quiere.  
 Despachó un embajador  
 desde la Corte celeste,  
 y en Nazaret de Judea,  
 en un recluso retrete,  
 leyendo la profecía  
 que el bien del hombre promete,  
 en contemplación divina,  
 en que se ocupaba siempre,  
 el alado paraninfo  
 la halló y saludó alegre,  
 diciéndola que ha hallado  
 gracia con Dios y que quiere  
 que, por misterio divino,  
 su amado Hijo se engendre  
 en sus entrañas humildes,  
 que el Santo Espíritu viene  
 a alumbrarla con su gracia  
 y su luz resplandeciente,  
 y que aquesta es obra suya,  
 no de varón, y así puede  
 ser madre, quedando virgen;  
 y Dios a hacerse hombre viene,  
 sin dejar el ser de Dios,  
 para que así se remedie  
 todo el humano linaje.  
 Dió el "sí" humilde y obediente  
 la Virgen, y al mismo instante  
 se encarnó Cristo en su vientre;  
 fué su santo relicario  
 y custodia nueve meses,  
 y después, peregrinando,  
 para cumplir con las leyes,  
 en un portal de Belén  
 nació, y un pobre pesebre  
 sirvió de cuna y de cama

la paja. Allí con motetes  
 celestiales le saludan  
 ángeles, cantando alegres  
 gloria al Cielo y a los hombres  
 paz y gracia juntamente.  
 Por una estrella guiados  
 vinieron desde el Oriente,  
 a adoralle por gran Rey  
 y a obedecerle, tres reyes;  
 y en señal de vasallaje  
 le ofrecen ricos presentes,  
 oro fino, incienso y mirra,  
 y por su Rey le obedecen.  
 Dando ejemplo a los mortales  
 hizo vida penitente,  
 y, cumpliendo la Escritura,  
 padeció afrentosamente,  
 de edad de treinta y tres años,  
 para que el hombre viviese;  
 y mostró el Cielo señales  
 de que su Criador padece.  
 Abriéronse los sepulcros,  
 la luna y sol se escurecen  
 y, dándose unas con otras,  
 las duras piedras se mueven.  
 En pies, manos y costado  
 dejó abiertas cinco fuentes,  
 manando misericordias,  
 con que la sed se remedie,  
 y para lavar la mancha  
 que por Adán comprende  
 a sus hijos, y de esclavos  
 a todos libres los deje;  
 y abriendo al Cielo las puertas  
 al fin deseado llegue  
 el hombre, que es ver a Dios,  
 si sus pisadas siguiere.  
 Tres personas y una esencia  
 en la Trinidad se entiende,  
 que a Padre, Hijo y Espíritu  
 un ser sólo comprende;  
 un Dios solo, una substancia,  
 con un poder igualmente,  
 que es el verdadero Dios  
 y es sólo el Rey de los reyes,  
 a quien te mandó servir  
 María, Reina excelente,  
 Madre del Rey soberano  
 a quien la vida y ser debes.  
 Todos nacemos en culpa,  
 y esta culpa a quitar viene  
 el bautismo y deja en gracia

al que le recibe, y siempre  
vivirá en gracia de Dios,  
si por su culpa no pierde  
aquesta joya estimada,  
y el que en gracia de Dios muere  
va a gozar bienes eternos  
y ve a Dios eternamente.

CELIDORO. Tu ley, Camila, me agrada  
y lo que dices del Rey:  
la de Mahoma no es ley,  
sino seta mal fundada.  
Desatino y barbarismo  
es seguirla, caso es llano;  
yo me inclino a ser cristiano  
y a recibir el bautismo.  
Humanas honras desprecia  
mi engañada fantasía;  
con tu dulce compañía  
iré contento a Venecia.  
Allí, con gusto y reposo,  
pretendo pasar la vida  
contigo, prenda querida,  
si merezco ser tu esposo.

CAMILA. Agora sí me pareces  
galán, prudente y discreto;  
que me agradas, te prometo,  
mi señor, más que otras veces.  
Ganarás eterna palma  
si emprendes esa ventura;  
tendrás mi mano segura,  
y aseguras vida y alma.

CELIDORO. Siendo tú mi norte y guía  
no puedo, mi bien, errar;  
por ti me vendré a salvar,  
pues por ti dejo a Turquía. (I)

(Sale GANDALÍN.)

GANDALÍN. ¡Por Dios, que está acompañado  
con el gallardo Celindo! (Aparte.)  
No he visto turco más lindo,  
aunque hubiera perdonado  
el ver agora su cara.  
Mas llamaré a Celidoro  
aparte. ¡Quién le topara  
solo! Pero ya he venido,  
no me he de ir sin le avisar,

pues que le puede importar  
la vida.) Licencia pido,  
(Llega.)

valeroso Celidoro,  
para hablarte dos razones  
en secreto, y que perdonen  
suplico.

CELIDORO. Aunque el caso inoro,  
no tienes que recelar  
del turco que ves presente,  
porque es mi amigo y pariente  
y hombre que sabrá callar.

GANDALÍN. Alto, pues, yo me aventuro,  
aunque a gran riesgo me pongo;  
pero al peligro antepongo  
el afecto y amor puro.  
Va de aviso. Escucha atento  
lo que mi lengua atrevida  
relata, porque mi vida  
librar de esta suerte intento.  
Yo, señor, en el jardín  
oí que el traidor Muley  
daba por consejo al Rey  
que diese a tu vida fin.  
En tu daño se desvela,  
y así aconseja el traidor  
te nombre gobernador  
de Chipre, con gran cautela.  
Que con eso olvidarías  
las injurias y la afrenta  
recibida, haciendo cuenta  
de la honra que adquirirías:  
dando aviso a los soldados  
de la fuerte capitana  
que te echen con furia insana  
al mar y, determinados,  
te maten a puñaladas,  
y luego a cierta cristiana  
de hermosura soberana,  
tus defensas acabadas,  
lleven al cruel Selín;  
que, si a resistir se esfuerza,  
dice ha de vencer la fuerza,  
aunque es hecho de hombre ruin.  
Yo dije: "Tu nombre infamas  
con tan grande vituperio;  
no mereces el Imperio,  
aunque Emperador te llamas."  
Y por pagar la afición  
que te tengo, de improviso  
prometí de darte aviso  
y cumplir mi obligación.

(I) En esta larguísima y poco oportuna escena se ve que anduvo una mano que no fué la de Lope, que era muy breve y gráfico en esos cursos de religión para uso de moros de buena voluntad. Probablemente sería alguno como el clérigo Rojas, que enmendó varias obras del gran poeta.

Libra tu vida con traza  
y calla, porque amenaza  
a mi nuez un grande aprieto.  
(Temiendo estoy el juicio (*Aparte.*)  
del riguroso Selín,  
¡por vida de Gandalín!  
por ser hablador de vicio.  
Pero cumplo lo que debo;  
que, a fe de cautivo honrado,  
que le estoy aficionado,  
que es muy gallardo mancebo.)

CELIDORO. Dime, ¿no es tu compañero  
cierto cautivo gallardo  
que se ha de llamar Ricardo?

GANDALÍN. Sí, señor.

CELIDORO. Dile que espero  
a la orilla de la mar,  
y vendráste tú con él;  
pagarte he el aviso fiel,  
y a él le quiero pagar  
el afición que me enseña;  
que siempre que me miraba  
noté que a solas lloraba,  
que enterneciera una peña.  
A solos los dos aguardo,  
que el alma os estima y precia,  
para pasarme a Venecia  
con este turco gallardo.

GANDALÍN. Vivas más años, amén,  
que un cuervo; vivas más años  
que tiene un gitano engaños,  
y más que Matusalén.

CELIDORO. Procede con discreción.

GANDALÍN. Que me agravias te prometo;  
soy jubilado en discreto  
y soy segundo Catón.  
Adiós, hasta que vengamos.

CELIDORO. Ven volando.

GANDALÍN. (Ahora bien:  
haz bien, no busques a quien,  
que haciendo bien, bien ganamos.)

(*Vase.*)

CELIDORO. No en balde, Camila bella,  
a los cristianos me inclino.  
Mira con qué riesgo vino  
éste, y por todo atropella,  
no más de por darme aviso  
para que guarde la vida  
que a Cristo tengo ofrecida.

CAMILA. Sin duda El librarte quiso.

CELIDORO. Vamos, que si es cauteloso  
y falso el traidor Muley  
negando amistad y ley,  
a un traidor otro alevoso.

(*Vanse. Salen ZARA y RICARDO.*)

ZARA. Muchas dilaciones,  
Ricardo, son éstas,  
con que amor gigante  
teme y se recela.  
Gran pensión le paga  
a Amor el que espera,  
que los días y horas  
por siglos los cuenta.  
La desconfianza  
que mi pecho engendra  
crece por momentos,  
la esperanza mengua.  
Los inconvenientes,  
el que ama de veras,  
con valor y brío  
vence y atropella.  
Oprimen el alma  
injustas sospechas,  
dudando la paga  
de tantas finezas.  
Cría atrevimientos  
en el pecho que entra  
Amor ciego y niño,  
que, armado de flechas,  
si de lejos teme  
embiste de cerca.  
No pierde ocasiones,  
porque la vergüenza,  
como anda vendado,  
la tiene encubierta,  
y si alguna tiene  
jamás usa de ella.  
Si Amor es cobarde  
y mnestra flaqueza,  
señal es que muere  
su fuego y centella.  
Recelos avivo;  
yo soy la sujeta,  
yo soy la cautiva,  
pues vivo en cadena.  
Tú eres el alcaide  
de mi fortaleza,  
y con gran rigor  
la prisión aprietas.  
Libertad procura  
cualquier alma presa,

y la triste mía  
 está viva y pena.  
 RICARDO. Sin razón, mi Zara,  
 de mi amor te quejas,  
 que es el pecho mío  
 centro de firmeza.  
 No infames mi amor  
 con frías tibiezas,  
 cuando es un volcán  
 que se abrasa y quema.  
 Ya sabes, mi Zara,  
 que te hice promesa,  
 habiendo ocasión,  
 llevarte a Venecia,  
 y, siendo cristiana,  
 que has de ser mi prenda,  
 mi adorada esposa;  
 y mi fe te empeña  
 cumplir la palabra  
 que te tengo puesta,  
 pena de hombre vil.  
 Deja, Zara bella,  
 que avise a un amigo  
 que tiene nobleza  
 y vive en destierro  
 de su amada tierra.  
 ZARA. El alma a su centro  
 has hecho que vuelva;  
 ya desconfianzas  
 y temores cesan.

(Sale GANDALÍN.)

GANDALÍN. Albricias, Ricardo.

RICARDO. Pues ¿qué buena nueva  
 traes, Gandalín,  
 con tal gusto y priesa?

GANDALÍN. (Por Dios, que al secreto *(Aparte.)*  
 rompía las treguas  
 si no reparara  
 en la grave perra.)

RICARDO. Siendo entre nosotros,  
 enterrado queda.  
 Bien puedes hablar.

GANDALÍN. ¿Aunque Zara bella  
 lo escuche?

RICARDO. Bien puedes,  
 yo te doy licencia.

GANDALÍN. Pues desbucharéle,  
 que a fe que me cuesta  
 haberle guardado  
 sin echarle fuera  
 grandisimos sustos;

mas el miedo enfrena  
 si cerca amenaza  
 la más fácil lengua.  
 Va de rompimiento.  
 Celidoro queda  
 con Celindo solo  
 y dice que espera  
 a orilla del mar  
 para que a Venecia  
 con él nos partamos.  
 Lleva a Zara bella.  
 Coge del copete  
 la ocasión, que vuela,  
 no te deje a oscuras.  
 Yo vengo a gran priesa  
 a ser el Mercurio  
 de esta alegre nueva.  
 ¿Qué haces, Ricardo?  
 ¿Qué dices? ¿Qué piensas?  
 Pon faldas en cinta.  
 Troquemos la guerra  
 por la libertad  
 que ya nos espera.  
 Ya Constantinopla  
 por Venecia trueca,  
 que, aunque es tierra rica,  
 no tiene tabernas,  
 ni gasta tocino  
 la gente turquesca,  
 porque su Alcorán  
 no les da licencia.  
 Ea, ¿en qué reparas?  
 Si duermes, recuerda.  
 La ocasión da voces,  
 mira no la pierdas.  
 Démosles gatazo  
 a estos perros. Sea  
 el robo de Zara  
 mejor que el de Elena.  
 Ea, que la nave,  
 con jarcias y velas,  
 en la playa aguarda.  
 Mil albricias vengan,  
 que bien las merezco.  
 RICARDO. A mis brazos llega,  
 Gandalín amigo,  
 que ya el Cielo *ordena*  
 que tantos trabajos  
 en bien se conviertan.  
 Pues que Celidoro,  
 sin saber quién sea,  
 el Cielo le alumbra



y a Turquía deja,  
sabr  de mi boca  
quién es en Venecia.  
Por él dilataba  
lo que el alma precia,  
aguardando tiempo  
en que le dijera  
cosas que le importan  
y que es bien que sepa.  
Pues ya llegó el día  
en que le dijeras  
lo que deseabas.  
que es ir a tu tierra,  
y en sus ceguedades  
dejar esta seta  
falsa de Mahoma  
que las almas ciega,  
vamos, mi Ricardo;  
llevar  riquezas  
de muchos quilates;  
que aunque haya en Venecia  
tantas, no harán daño.

GANDALÍN. Eres muy discreta.

ZARA. Toma esta sortija  
por las buenas nuevas.

GANDALÍN. Ruego a Dios que vivas  
la edad de una suegra.  
Adiós, alhel es.  
rosas, azucenas,  
lechugas, melones,  
cardos, berenjenas,  
perejil, culantro,  
cebollas y berzas;  
ajos, zanahorias,  
nabos, hierbabuena,  
rábanos, patatas,  
escarolas frescas,  
garbanzos y h bas,  
arroz y lentejas.  
Adiós, pasas, higos,  
peras y camuesas,  
pepinos, cohombros,  
guindas y cerezas.  
Adiós, azadón.  
Adiós, noria y g uerta.  
Adiós, que me voy  
a mi amada tierra,  
que entre tantos galgos  
no hay quien vivir pueda.

(*Ense, y desc brese SEL N, corriendo una cortina  
echado sobre una alfombra y almohadas durmien-  
do, y dice entre sueños.*)

SEL N.   Detente, Marte cristiano!  
No ejecutes en mi vida  
el rigor de aquesa mano;  
no quites con una herida  
dueño al Imperio otomano.  
Advierte que soy Sel n.  
No intentes mi triste fin,  
fuerte y gallardo español,  
Austria bravo, hijo del sol,  
nuevo Neptuno o delfín.  
Cont ntate del estrago  
que has hecho en mi fuerte armada  
en ese sangriento lago  
de tanta gente granada  
que con la vida hace pago.  
Tantas galeras ganadas,  
tantas rotas y anegadas,  
con tantos nobles cautivos,  
que los que se escapan vivos  
llevas las manos atadas.  
Tu furia de rayo pasa.  
Cont ntate con lo hecho  
contra mi fortuna escasa,  
no quieras pasarme el pecho  
dentro de mi misma casa.  
  Favor!   Que me matan!   Hola!  
Celidoro, vuelve, amigo,  
y mi estandarte enarbola,  
que mi vida est  contigo  
segura; tu espada sola  
es bastante a defenderme  
del daño que quiere hacerme,  
aunque con temor le pinto,  
el hijo de Carlos Quinto.  
Vuelve, amigo, a defenderme.  
Si te he agraviado, perdona,  
que el que es vasallo de ley,  
como tu fama te abona,  
olvida agravios del rey  
por defender su corona.  
Ea, amigos, que me matan  
y mis fuerzas desbaratan  
los cristianos escuadrones,  
que sus pintados leones  
mis medias lunas maltratan.

(*Sale un SOLDADO turco.*)

SOLDADO.   Por qué das voces, señor?  
  Quién a ofenderte se atreve?  
  Quién inquieta tu valor?  
  Quién esa guerra te mueve  
que te causa tal temor?

SELÍN. ; Válgame Alá! ; Qué quimeras  
(*Despierta y levántase.*)

formaba el sueño! De veras  
el temor me amenazaba,  
que tal efeto causaba  
el miedo en ideas fieras.  
Un don Juan de Austria soñé  
que mi poder deshacía,  
y mi muerte recelé.

Fué sueño, fué fantasía,  
pues veo que me engañé.  
Con todo, es tal el temor  
que aniquila mi valor,  
y como si verdad fuera  
me da pena esta quimera.

SOLDADO. ¿De qué temes, gran señor,  
cuando así tu fama crece,  
que el mundo te viene estrecho,  
pues a tus plantas se ofrece?  
¿Temor cabe en tu real pecho  
cuando el orbe te obedece?

(*I'ase.*)

SELÍN. Bien dices: no hay que temer  
que me puedan ofender  
cuantos gozan luz del sol,  
desde el soberbio español  
al rey de mayor poder.

(*Sale otro SOLDADO turco.*)

SOLDADO. Señor, perdona y escucha  
una desdichada nueva.

SELÍN. (Ya en mi pecho el temór lucha. (*Ap.*)  
Hagamos del valor prueba  
si la desventura es mucha.)

SOLDADO. Llegaron a la marina  
un Celindo y Celidoro  
y tu liviana sobrina,  
que, perdiéndote el decoro,  
a un vil cautivo se inclina;  
a un Ricardo que el jardín,  
con el falso Gandalín,  
cultivaba; a un vil cristiano  
que, con ánimo villano,  
ha robado un serafín.  
Y como era General  
el astuto Celidoro,  
nadie imaginara tal,  
que te perdiera el decoro  
ni de él entendiera mal. (I)

Dímosle entrada segura  
¡gran desdicha y desventura!  
en la real capitana,  
pues con crueldad inhumana  
intentó tan gran locura.  
Dijo: "Su culpa condena,  
por justo derecho y ley,  
pues su malicia lo ordena,  
a muerte al traidor Muley",  
y le colgó de una antena (I)  
diciendo: "Acaben así  
traiciones que contra mí  
tantas veces intentaste.  
Si alto estado deseaste,  
en alto te ves aquí."

Y luego con gran cautela,  
entrando en un bergantín,  
se hacen al mar y a la vela,  
declarándonos el fin  
que su pretensión desvela;  
diciendo: "A Venecia voy,  
que desengañado estoy  
del engaño en que vivía.  
Decí a Selín que algún día  
conocerá lo que soy."

SELÍN.

¡Aguarda, fementido,  
esclavo vil, villano, mal nacido! (*Furioso.*)

No huyas viento en popa,  
astuto toro con la bella Europa  
más hermosa y discreta,  
que no es Venecia venturosa Creta  
para que en su frescura  
libre puedas gozar de su hermosura.  
Ruego a Alá que los vientos  
soplen tan vivos como mis tormentos  
y mi pasión esquivá,  
y la nave atrevida y fugitiva  
vuelva a la playa sana  
con el París alevé y la cristiana.  
Ve, amigo, con gran prisa  
y a Alí, mi general, al punto avisa.  
Camina por la posta,  
que corra hasta Venecia golfo y costa  
si mi amistad profesa, [presa.  
que estimo en más que a Chipre aquesta em-

SOLDADO.

Voy a servirte al punto.

(*Vase.*)

(I) En el texto repite la voz "tal".

(I) En el original, "almena".

SELÍN.

Camina, amigo, que el infierno junto  
se encierra en este pecho,  
que en ellos ira y fuego está deshecho.  
¡Ah, Celidoro aleve,  
que tu cautela a mi valor se atreve  
consintiendo en tu nave,  
por que el tormento y el dolor me acabe,  
a mi sobrina ingrata,  
que ya negar su patria y su ley trata!  
Aunque Camila bella  
más el gusto que Zara me atropella.

(Sale MAHAMET.)

MAHAMET.

Prevén el corazón y ánimo fuerte  
para una gran desdicha, y dame muerte  
en oyéndola luego.

SELÍN.

¡Lluevan desdichas hoy!

MAHAMET.

Que escuches ruego.

SELÍN.

De tu tardar me espanto.

MAHAMET.

Tu fuerte armada pereció en Lepanto.  
Don Juan de Austria famoso,  
hermano de Filipe valeroso,  
rey de la brava España,  
tus galeras venció.

SELÍN.

¡Desdicha extraña!

MAHAMET.

Ochalí, renegado,  
con sus galeras sólo se ha escapado,  
y las demás rendidas  
quedaron todas, y otras sumergidas.

SELÍN.

¡Cierra esa boca, infame, (Furioso.)  
antes que aquea sangre vil derrame!—

¡Oh, Mahoma enemigo,  
que así me oprimes con igual castigo,  
de tu poder reniego!  
Trágueme el hondo abismo en vivo fuego,  
pues vivo en cruda guerra;  
abra su centro y trágueme la tierra,  
o caigan de la esfera

rayos de fuego en que abrasado muera.  
¡Con qué razón temía  
tanta tragedia y desventura mía!  
Verdad el sueño ha sido  
que me tuvo confuso y oprimido (1)  
Nunca tiempo llegara  
que así a mi costa me desengañara.—  
Ven, Mahamet, si codicias  
premio de aqueste aviso, las albricias  
te esperan con la muerte,  
que no mereces premio de otra suerte.

MAHAMET.

¿Para qué quiero vida  
si la honra y la hacienda está perdida?

(Vanse, y salen [dos SENADORES] de Venecia y  
ASTOR BALÓN.)

SENAD. 1.º Valeroso Astor Balón,  
cristiano Alcides segundo,  
Marte que fuistes testigo (2)  
de la pérdida del turco,  
cuéntanos la historia.

ASTOR. Dadme  
atención.

SENAD. 2.º Gustaré mucho  
oírla.

ASTOR. Yo de contarla,  
por ser nueva de tal gusto,  
que la pérdida de Chipre,  
aunque no de todo punto,  
se repara [en] mucha parte  
con esta vitoria y triunfo.

SENAD. 1.º La relación aguardamos.

ASTOR. Ya la empiezo.

SENAD. 2.º Atento escucho.

ASTOR. Partió el señor don Juan de Aus-  
el hermano del segundo [tria].  
Filipo, invicto monarca,  
Salomón prudente y justo,  
de Mesina con la armada  
más gruesa que ha visto el mundo  
después de Jerjes y Dario;  
a quien Pío Quinto, el Sumo  
Pontífice, el estandarte

(1) En el original, "atrevido", que no forma sentido.

(2) El hecho de suponer testigo de la batalla de Lepanto a Astor Balón prueba que las escenas en que se le da por cautivo en Constantinopla y libertado milagrosamente no pertenecen al plan primitivo de la obra y fueron añadidas por el que dió a ésta el giro de comedia devota.

dió de la Liga, que muchos pretendieron, pero no le mereció otro ninguno, que es, aunque mozo, **prudente**, galán, discreto, robusto, afable, honesto, severo, sagaz, generoso, astuto, rama de aquel fuerte tronco que, por vivir más recluso, trocó a una celda el Imperio en menosprecio del mundo. Al valiente Marco Antonio Colona tiniente suyo, dando invidia al mismo Marte y honrando a Roma, le cupo, por ser tan diestro soldado, el puesto heroico y segundo, y a nuestro gran Barbarigo, a quien otro César juzgo, el tercero, a quien por deudo acompañé con gran gusto. El piélago cristalino cortaba el nuevo Neptuno con más número de naves que Aníbal contra Sagunto tuvo en la playa española para contrastar sus muros. Llevaba la fuerte armada, sin otros patajes muchos, docientas y más galeras, seis galeazas, de cuyos leños se formaba un monte, haciendo en el agua surcos; cuarenta y cuatro fragatas, que, cortando el cristal puro, de una ciudad que volaba eran fábrica y asunto. Tuvo el señor don Juan de Austria nueva que tenía el Turco su gruesa armada en Lepanto, que, con soberbia y orgullo, iba buscando la nuestra ostentando altivo rumbo, cuyo número excesivo en el piélago profundo cubría con pardas sombras, descogiendo el lienzo crudo la más apacible playa que gobierna el dios Neptuno. Docientas y treinta y cuatro galeras reales, en cuyos vasos la nobleza turca

iba embarcada, con muchos galeones y fragatas y otros bajeles menudos. A siete días de octubre los dos ejércitos juntos se miraron en Lepanto de cerca, quietos y surtos. Parece que el mar, ufano, quiso salir de su curso, admirando tal grandeza con silencio quieto y mudo. Los escuadrones cristianos, bien ordenados y a punto en tres fuertes batallones, con escolta y con recurso, iban llamando a batalla a los arrogantes turcos, que en ver nuestra fuerte escuadra temen el daño futuro. En un bergantín pequeño los escuadrones dispuso el valiente don Juan de Austria, que el mismo César no pudo animar con más valor sus escuadrones augustos. Y con ser la vez primera que vió el mar al más astuto capitán, aventajaba como si todo el discurso de su vida hubiera andado embarcado, dando anuncios de la vitoria, animando al más cobarde, y desnudo, y con un Cristo en la mano, y con valor como suyo, les hizo un razonamiento en que el honor les propuso en defensa de la fe, y el que queda allí difunto queda absuelto a culpa y pena por un legado del Sumo Pontífice Pío Quinto, varón excelente y justo. La devoción les encarga del rosario, y que seguros vencerán con tales balas, mayor poder que el del Turco. Y entrando en su capitana dar la batalla propuso al Turco en nombre de Cristo y de su Madre, y al punto Ali Bajá, general,



sus escuadrones dispuso.  
 Acometieron furiosos  
 los dos ejércitos juntos  
 más gruesos que miró el mar  
 en su piélago profundo.  
 Trabóse la batería  
 con rayos de fuego puro,  
 más que Júpiter arroja  
 de su trono. El denso **humo**  
 pareció niebla, y las balas,  
 granizo, y entre el confuso  
 bélico estruendo de Marte,  
 sirviendo el mar de sepulcro  
 de tanto helado cadáver,  
 tiñeron el cristal puro  
 con la sangre que brotaron  
 por pechos, brazos y muslos  
 tantas bocas que abrió el plomo.  
 Entre paveses y escudos  
 el señor don Juan y Alí  
 se combatieron con mucho  
 ímpetu y valiente brío,  
 haciendo trinchea y muros  
 los muertos sobre los remos  
 de sus galeras, y estuvo  
 la vitoria muy dudosa;  
 que en el piélago profundo  
 la sangre que derramaron  
 aumentó nuevo diluvio.  
 Rindió nuestra capitana  
 a la del soberbio Turco,  
 y un valeroso español  
 mató al fuerte Alí, y al punto  
 tuvo nueva de quién era,  
 y, valeroso y robusto,  
 dijo: "Quiero ver si corta  
 aqueste acero desnudo  
 en cabezas de bajaes."  
 Y, cortándola, la puso  
 sobre una pica, diciendo:  
 "¡Vitoria!", y el guión suyo  
 derribó, y en su lugar,  
 con celestiales impulsos,  
 un devoto Crucifijo  
 arboló. Absortos y mudos,  
 cobardes y temerosos,  
 viendo el caudillo difunto,  
 todos los turcos desmayan,  
 las armas rinden al punto;  
 otros, echándose al mar,  
 dando la vida en tributo  
 al azulado elemento

en sus cóncavos oscuros,  
 dan a los peces sustento  
 y las almas al profundo.  
 Echó la cristiana armada,  
 sin ser de provecho alguno,  
 cuarenta galeras turcas  
 a fondo, y los muertos turcos  
 son más de cuarenta mil.  
 Quince mil cristianos hubo  
 que, gozando libertad,  
 dejan el remo importuno.  
 Ciento y setenta galeras  
 sanas y sin daño alguno,  
 se ganaron, de fanal  
 treinta y nueve y tiros muchos;  
 veinte galeazas gruesas  
 con fuertes piezas de duro  
 metal, riqueza infinita;  
 los cequíes no hay discurso  
 ni (1) número por ser tantos.  
 Murieron Alí, el astuto  
 bajá; Pantán y Jafer,  
 Azán, hijo del verdugo  
 de las costas, Barbarroja,  
 de Turquía, cuyos lutos  
 y tragedias llorarán  
 los presentes y futuros.  
 Partió de allí nuestra armada  
 llena de pomposos triunfos,  
 repartiendo los despojos  
 por su rata a cada uno,  
 de suerte que quedan todos  
 con satisfacción y gusto.  
 Llegó el señor don Juan de Austria  
 a Mesina, donde el vulgo  
 le bendice, y donde goza  
 el laurel precioso agosto  
 de la vitoria mayor  
 que jamás capitán tuvo.  
 Yo vengo a daros aviso  
 con gozo y contento mucho,  
 y si perdí a Famagosta,  
 aunque no fué por descuido,  
 de aquestas alegres nuevas  
 agora soy el Mercurio.

SENAD. 1.º Sólo de ti, Astor Balón.  
 pudiera escuchar Venecia  
 nueva de tanta alegría.

SENAD. 2.º Ya enfrenará la soberbia

(1) En el original, "a".

Selín, que tan arrogante  
blasonaba.

ASTOR. Sólo en esta  
batalla ha perdido más  
que ha ganado en cuantas guerras  
y vitorias ha tenido.

(Sale un SOLDADO.)

SOLDADO. De una fragata turquesca,  
o bergantín, cinco turcos  
agora han saltado en tierra,  
que con insignia de paz  
hicieron primero señas,  
y por mí a pedir envían,  
para entrar y hablar, licencia.

SENAD. 1.º Di que entren.

SOLDADO. Voilo a decir.

(Vase.)

ASTOR. Algún cautivo de prendas  
vendrán, sin duda, a buscar.

(Salen CELIDORO y CAMILA en traje de moros, y  
RICARDO, ZARA y GANDALÍN, todos de moros.)

CELIDORO. Guárdeos el Cielo, cristianos.

SENAD. 1.º Y a ti te guarde y mantenga.

ASTOR. ¡Oh, gallardo Celidoro,  
huélgome verte en mi tierra!

CELIDORO. Con Camila, que ya sé  
que es tu hija, y [con] Zara,  
vengo a besarte la mano.

ASTOR. Hoy todos mis males cesan.  
Llegad los dos a mis brazos,  
que el alma ignora a cuál tenga  
más inclinación; a ti  
por tu buen trato y nobleza,

(Abrázalos.)

o a Camila por ser rama  
de este tronco helado.

CELIDORO. Deja,  
valeroso Astor Balón,  
las generosas ternezas  
y escucha mi pretensión.

ASTOR. En ser tuya será buena.

CELIDORO. Yo pretendo ser cristiano  
porque tu ley me contenta,  
porque la vida del alma  
a tu Camila le deba,  
y en recibiendo el bautismo  
he de casarme con ella,  
que es concierto entre los dos,  
con tu gusto y tu licencia.

Yo la estimo, adoro y precio.

Su honra ha estado a mi cuenta,  
y como noble he guardado  
el decoro a su belleza  
que pide su honestidad.

ASTOR. Pues no me mató la pena,  
no me mate el alegría,  
que tiene el amor gran fuerza.  
Yo soy el que en ello gano,  
y quisiera que una reina  
fuera mi hija Camila  
para que te mereciera.

RICARDO. Astor Balón valeroso,  
república de Venecia,  
oid un caso notable,  
que ya es fuerza que se sepa.

SENAD. 1.º Todos escuchamos.

SENAD. 2.º Di.

RICARDO. Rompa el silencio mi lengua.  
Siendo yo de catorce años  
me vine a holgar de estas güertas  
que esta ribera del mar  
tiene frondosas y amenas.  
Una tarde, para mí  
desdichada, pues en ella  
perdí patria y libertad,  
los padres, deudos y hacienda,  
otros mancebos y yo,  
con gran regocijo y fiesta,  
dábamos su tiempo al tiempo,  
y, en el fin de una merienda,  
nos asaltó de improviso  
una fragata turquesca,  
matando mis compañeros,  
que, puniéndose en defensa,  
quisieron perder las vidas  
antes que darse a la fuerza  
de aquellos fieros piratas,  
que me llevaron por presa  
con un niño de cuatro años,  
sin perdonar la inocencia  
del tierno infelice infante,  
y, dando al viento la vela,  
nos llevaron a la corte  
del gran Selín, y en cadena  
pusieron mi libertad  
y al tierno infante le enseñan  
la seta del Alcorán  
que dejó al falso profeta  
Mahoma, y en tiernos años  
dió de su valor gran muestra.  
Llamóle el Turco bajá,

fóle muchas empresas,  
siendo cruel enemigo  
del rebaño de la Iglesia.  
Era toda la privanza  
de Selín, y por secretas  
causas se desavinieron,  
quizá porque Dios lo ordena;  
deseé mil ocasiones  
para decirle quién era,  
y nunca mi corta dicha  
me quiso dar una buena.  
Lloraba yo en ver su engaño,  
haciendo los ojos lenguas  
para avisarle; mas nunca  
me quiso entender las señas,  
que amor solamente dicen  
suele entenderse con ellas.  
Llegué entre tantas desdichas  
a los jardines y güertas  
del gran señor, donde hallé  
alivio en tantas miserias,  
que fué aquesta noble turca,  
que ya por nuestra ley deja  
su seta, llena de engaños,  
y con su piedad ordena  
libertarme, y yo la hice  
de ser su esposo promesa  
en recibiendo el bautismo,  
que es noble, discreta y bella.  
Deseaba la ocasión,  
antes que a mi amada tierra  
viniera, para avisar  
a mis paisanos; mas niega  
las ocasiones Fortuna  
a aquel que más las desea,  
y dilatando a mi Zara  
las amorosas finezas,  
lo atribuía a desvíos,  
a desdenes y tibiezas.  
Mas ya Fortuna cansada  
de seguirme, dió la vuelta  
en mi favor, con que olvido  
cuantas dió contra mí adversas;  
con un esclavo me avisa  
lo que por puntos desea  
mi inclinación generosa  
para pasarse a Venecia.  
Como estaba prevenido,  
partí con mi Zara bella  
y este esclavo, y en la nave,  
lleno de gusto y riqueza,  
gozando la libertad,

vengo con mi amada prenda,  
con el Bajá y Gandalín (1)  
y con Camila discreta,  
a ver los dichosos muros  
de mi deseada tierra.—  
El nombre de Celidoro

(A CELIDORO.)

en Carlos Balón le trueca,  
que el ser debes a estas canas  
que con tal valor veneras.  
Tú eres el turco engañado,  
perseguidor de la Iglesia,  
como otro segundo Pablo,  
hasta caer en la cuenta.  
Hermano eres de Camila,  
y el Cielo quiso que honesta-  
mente la hayas adorado,  
porque por ella vinieras  
a conocer la verdad,  
que tiene tan grande fuerza,  
que aunque esté más oprimida,  
aunque adelgaza, no quiebra.

ASTOR. ¿Qué dices, cautivo amigo?

GANDALÍN. (2) La verdad Ricardo cuenta,  
hijo de César Otavio.

ASTOR. Conocida es tu nobleza.

CELIDORO. No sin causa aquella sangre  
me dió compasión y pena  
cuando te di libertad  
envuelto en llanto y tristeza.

ASTOR. La sangre sin fuego hierve,  
y la tuya, con terneza,  
viendo derramar la mía,  
quiso salir de las venas.  
¡Dame mil veces los brazos!

(Abrázale.)

¡Enlázame, verde hiedra,  
que por muerto te lloré  
a manos de alguna fiera,  
como Jacob a Josef,  
y así, tu vista me alegra,  
antes de ir a Famagosta,  
adonde nació tu beila  
hermana.

CELIDORO. Camila hermosa,  
que al sol con tu luz afrentas,

(1) Antes de este verso hay tachado el que dice "con Celidoro y Camila"; lo que demuestra que se dió nueva forma a esta relación, pues antes sólo nombra "esclavo" a Gandalín.

(2) En el original dice "ric" (Ricardo); pero es errata.

porque no puedo gozarte,  
de ser tu hermano me pesa.  
CAMILA. ¡ Dame los brazos agora!  
CELIDORO. ¡ No me abracés, tente, espera,  
que aumentarás en mi pecho  
el amor, que es bien que muera!  
CAMILA. ¿ Cómo, padre, os escapastes  
de aquella furia turquesca?  
ASTOR. La Emperatriz Soberana,  
la siempre Abogada nuestra,  
el amparo de los hombres,  
la que es de los Cielos Reina,  
la siempre Virgen María,  
Madre de Dios y doncella,  
me libró con su poder  
de la prisión y cadena,  
y en su compañía santa  
me hallé libre en Venecia,  
y me mandó edificar  
en esta amena ribera  
una casa y monesterio,  
donde, vestidos de jerga,  
hijos de Francisco habiten,  
el que estimó la pobreza  
más que la seda y holanda  
y el mundo y sus redes deja  
con una imagen divina  
que tras sí los ojos lleva:  
la Virgen de la Esperanza,  
cuya capilla frecuenta,  
por devota y milagrosa,  
gente de partes diversas,  
adonde pienso gastar  
la vida que Dios me deja  
en hábito religioso,  
dando a Dios gracias inmensas,  
que acabaron mis trabajos.  
CELIDORO. Y vo, haciendo penitencia,  
seguiré tu compañía.  
¡ Llore y gima en una celda,  
alabando al Rey divino,

el que persiguió [a] la Iglesia! (1)  
CAMILA. Yo monja de Santa Clara  
entraré, pues Dios ordena  
que no goce el bien que adoro,  
goce el alma su riqueza.  
SENAD. 1.º Yo he de apadrinar a Zara  
en bautismo y boda.  
ZARA. Y ella,  
en fe que el alma lo estima,  
ser vuestra esclava perpetua  
por tan gran merced.  
SENAD. 2.º Y yo  
la he de dotar en mi hacienda,  
por ser mi deudo Ricardo.  
RICARDO. Que, humilde, los pies os besa.  
GANDALÍN. Y del pobre Gandalín,  
¿ no habrá quien memoria tenga?  
RICARDO. Yo te daré con que vivas  
de mi hacienda y de mi renta.  
GANDALÍN. Cantaremos la aleluya,  
pues se pasó la Cuaresma.  
El pellejo he de poner  
como un atambor de guerra,  
para enmendar lo perdido,  
en la taberna primera.  
ASTOR. Vamos a darle las gracias  
a la Soberana Reina,  
que, como es nuestra esperanza,  
todo el bien nos viene de ella.  
RICARDO. Todo ha tenido buen fin.  
CELIDORO. Pues bien será que le tenga  
*el amante de su hermana*  
*y el esclavo de Venecia.*

(*Vanse, con que se da fin a* EL AMANTE DE SU HERMANA Y ESCLAVO DE VENECIA, *comedia famosa.*)

*"D. J.º martínez de mora.—fin—original."*

*Alabado sea el Santísimo Sacramento.*

(1) Este verso fué escrito por el licenciado Rojas, después de tachar el que decía "fuerte amparo de la iglesia".



# EL ESCLAVO FINGIDO

## COMEDIA ATRIBUIDA A LOPE DE VEGA

MS., COPIA ANTIGUA (ÚLTIMOS AÑOS DEL SIGLO XVI O PRIMEROS DEL SIGUIENTE),  
DE DOS DIVERSAS LETRAS (1)

### FIGURAS SIGUIENTES:

MARCELO, *galán*.  
FENIS, *dama*.  
LISARDO, *galán*.  
LUCENDO, *galán*.

RUFINO, *su criado*.  
JUBERTO, *criado*.  
*Otro CRIADO*.  
*Un Mozo de caballos*.

LUCIANO, *padre de LUCINDO*.  
LUCINDA, *su hija*.  
*El GOBERNADOR de Milán*.  
[ALBERTO.]

### PRIMERA JORNADA

(Sale FENIS, *dama*, y MARCELO, *galán*.)

MARCELO. Dejá el llanto y suspirar,  
no lo lloréis todo vos;  
si el partir toca a los dos,  
algo habré yo de llorar.  
Si os da pena la partida  
y el ver, Fenis, que me ausento,  
esa misma pena siento  
que vos en tal despedida.  
Pero consuélame, os juro,  
que hay fuerza, y que ésa me mueve;  
mas el viaje es muy breve  
y el camino tan seguro.  
No vertáis lágrimas bellas,  
que aunque os doran la color,

pensar que son de dolor  
borran la gloria de vellas.  
FENIS. ¡Ay, Marcelo!  
MARCELO. ¿Qué sentís?  
FENIS. Otro mal mayor que ausencia;  
otra pena, otra dolencia.  
MARCELO. Fenis, ¿no me lo decís?  
¿Qué os aflige?  
FENIS. Celos son.  
MARCELO. ¿Celos, mi Fenis? ¿De quién?  
FENIS. Eso vos lo sabéis bien.  
MARCELO. No sé yo por qué razón.  
FENIS. Porque si sabéis que os amo,  
sabréis bien que tengo celos.  
MARCELO. Esos llamaldos recelos.  
FENIS. Sí son; mas celos los llamo;  
y no es tanto el mal de ausencia  
como el mal de aquésto es.

(1) De esta comedia no existe a nuestro alcance más ejemplar antiguo que el manuscrito que poseyó el insigne don Cayetano Alberto de la Barrera. Conservamos el título y encabezado que lleva, así como la nota de introducción, que puso el mismo Barrera:

"He dado noticia, en la ilustración que precede a la anterior comedia *El Maestro de danzar*, del hallazgo de este manuscrito, y salvado el error que cometí dándole por *autógrafo en parte de Lope de Vega Carpio*. Su portada, las tres primeras hojas, el principio de la cuarta y al fin una enmienda supletoria de cuatro versos omitidos por el otro copiante en la segunda jornada, son de la mano misma que escribió la copia de *El Maestro de danzar*, que antecede. El resto, de letra mucho menos cursiva y con más faltas ortográficas.

Imprimióse la comedia *El Esclavo fingido* en un problemático tomo de comedias de *Lope de Vega Carpio* (y otros autores), que hubo de imprimirse

en *Sevilla*. Infírese la existencia de ese tomo, en primer lugar, de la mención que *don Juan Isidro Fajardo*, en su *Índice general de Títulos de todas las comedias que en verso Español y Portugués se han impreso hasta el año de 1716*, hace de *nueve* de ellas con esta remisión: *De Lope en "Comedias de Sevilla"*; en segundo, de hallarse seis de las mismas, entre las cuales ésta de *El Esclavo fingido*, formando parte del tomo 132, coleccionado, de la biblioteca del Duque de Osuna y del Infantado.

¿Será, en efecto, debida esta pieza dramática a la pluma del *Fénix de los Ingenios*? ¿Es, acaso, la citada por él en la primera lista de *El Peregrino*, con el título de *El Esclavo por su gusto*?

Obsérvese en ella, contra la probabilidad de que pueda ser obra de *Lope*, que el autor debía de tener la pronunciación andaluza, pues que hace consonar a *vejes* con *interés*. Es de notar, asimismo, que el manuscrito no lleva nombre alguno de autor."

MARCELO. Es verdad; pero al revés  
nace en otras la dolencia;  
que nace de un ver de ojos,  
de una sospecha fundada.  
porque si nacen de nada  
no son celos, sino antojos.

FENIS. Ya se me deja entender  
que los causa alguna causa,  
y la causa que los causa  
es ver que os queréis volver.  
Y pues que de haber llegado  
os queréis volver, señor,  
está claro que otro amor  
hay que os lleva apresurado.  
Y puede no ser así;  
mas el volveros tan presto  
me ha forzado a entender esto.

MARCELO. ¿Tal pensáis, Fenis, de mí?  
¿Que aqueso habéis entendido?  
¿Que aqueso habéis sospechado?  
No sé si dé en enojado  
o me vaya de corrido.  
No quiera, mi Fenis, Dios  
que yo tenga tal deseo,  
ni estos ojos con que os veo  
miren otra como a vos,  
ni el alma que os entregué  
tome ajena posesión,  
ni mi amor ni mi afición  
pierda su firmeza y fe.  
Olvidá aqueso cuidado,  
que aqueso es hablar al viento,  
y lo que se piensa a tiento  
es pensamiento excusado.  
Ya os dije que mi partida  
y el volverme ahora a Milán  
es por negocios que están  
muy pendientes de mi ida;  
los cuales me hacen fuerza  
a que me aparte de vos,  
y sábelo, Fenis, Dios  
cómo me ausento por fuerza.  
No quedéis tan desabrida  
ni tengáis tal pensamiento,  
que será darme un tormento  
que dure hasta la venida.

FENIS. Marcelo, si no hay poder  
que aquesa voluntad tuerza,  
paciencia, que donde hay fuerza  
derecho se ha de perder.  
Pero ya que os vais, señor,  
y a punto estáis de partir,

os quiero aquí referir  
el discurso de mi amor,  
y seráme conviniente;  
que ausencia es de condición  
que en la menor ocasión  
hace perjuro un ausente;  
y mi alma lo codicia,  
porque terná por ganancia  
que no aleguéis ignorancia  
a un olvido de malicia.

MARCELO. Contá, señora, la historia,  
si os conviene, en la ocasión;  
llevaráos mi corazón  
y el discurso mi memoria.

FENIS. Bien sabes, Marcelo amigo,  
que [en] Milán, adonde partes,  
mi padre es Gobernador  
y dos veces lo fué en Flandes;  
y aquí, en Génova, nació,  
que lo saben bien tus padres,  
tan honrado como rico,  
que no debe nada a nadie,  
y por las letras subió  
a muy honrosos lugares,  
teniendo siempre su casa  
como la tiene y tú sabes,  
y que en medio de esta honra,  
paseando tú estas calles,  
viste un día de San Juan,  
habrá más de seis San Juanes,  
su hija en una ventana,  
menos gallarda que grave,  
no allí para enamorar,  
menos para enamorarse.  
Y no sé si mi llaneza,  
o la honra de mis padres,  
o si tu estrella y la mía  
hizo que te enamorasés;  
y enviándola billetes,  
importunada de pajes  
y no menos de quien eres,  
vino una noche a hablarte,  
adonde le prometiste,  
con juramentos muy graves,  
que te casarías con ella,  
que bastó para fiarse;  
y debajo de esta fe  
te vino a entregar las llaves  
de su alma y de su honra,  
prendas que no suelen darse  
si no son al mismo esposo,  
y aun después de desposarse.

Que si antes te las di yo  
 fué para más obligarte,  
 y esta obligación, señor,  
 querría yo que llevases  
 puesta siempre en la memoria  
 para que no me olvidases;  
 que si aquesta obligación  
 pones, ausente, delante,  
 sé que te ha de enternecer  
 el pecho, aunque sea de jaspe.  
 Y de estos celosos miedos,  
 mi Marcelo, no te espantes.  
 que, como te adoro y quiero,  
 hago el oficio de amante;  
 y como te he referido  
 al fiado me compraste,  
 he de vivir con recelos  
 hasta que al contado pagues.

MARCELO. Excusado era, mi cielo,  
 que contarais esa historia  
 a quien tan en la memoria  
 la tiene, como Marcelo.  
 Pero habrá, Fenis, servido  
 de oílla tan por extenso,  
 del gozo en que quedo inmenso  
 de habérosla a vos oído.  
 Y por la fe de los dos  
 que podéis, señora, aquí  
 quedar segura de mí,  
 como yo lo estoy de vos;  
 y con aquesto licencia  
 me daréis.

FENIS. Adiós. Marcelo,  
 y quiera, señor, el Cielo  
 que os vea presto en mi presencia.

MARCELO. Con aquesa confianza  
 voy, mi Fenis, consolado.

FENIS. Y yo con ese cuidado  
 entreterné mi esperanza.

(Vase MARCELO.)

¡Ay, Marcelo, que tu ida  
 no sé si ha de ser mi muerte,  
 porque me dejas de suerte  
 que apenas juzgo que es vida!  
 Celos me abrasan, ¿de qué?  
 No sé de qué, Fenis triste,  
 pues claro en Marcelo viste  
 tanto amor, firmeza y fe.  
 Pero son miedos que suelen  
 causar siempre este dolor,

y, como nacen de amor,  
 aprietan un alma y duelen.

(Sale LISARDO solo.)

LISARDO. Bella Fenis, guárdeos Dios.

FENIS. Lisardo, ¿qué hay por acá?

LISARDO. Saber si Marcelo está  
 a punto de irnos los dos.

FENIS. Agora se va de aquí  
 y aun del todo despedido.

LISARDO. De aquesa suerte él ha ido,  
 sin duda, en busca de mí.  
 Adiós. ¿Hay en Milán algo  
 en que yo os pueda servir?

FENIS. Que deis orden de venir  
 muy presto [a] aquese hidalgo.

LISARDO. Si aqueso en mi mano fuera,  
 señora, él volviera presto,  
 y aunque sin llegar al puesto  
 donde vamos le volviera;  
 que yo os prometo, por Dios,  
 que me disgusta su ida,  
 y me diera su venida  
 el mismo gusto que a vos.

FENIS. Eso, a lo que se me ofrece,  
 paréceme enemistad.

LISARDO. No es sino mucha amistad,  
 aunque enemistad parece;  
 y con tanto, adiós, señora.

FENIS. Esperá; emprendéis el fuego,  
 Lisardo, y camináis luego.  
 Sosegaos un poco agora  
 y decid qué enima es esa,  
 que no la acierto a entender.

LISARDO. Señora, no podrá ser,  
 que es larga y yo voy de priesa;  
 por aqueso no lo digo  
 y porque a vos no os importa.

FENIS. Sea larga o sea corta,  
 de decillo habéis, amigo.

LISARDO. Fenis, no me lo mandéis;  
 que, como a Marcelo toca,  
 no podrá decir mi boca  
 sin que vos os disgustéis.

FENIS. Decildo, así tengáis vida  
 y eterna dicha os dé Dios,  
 porque si os importa a vos  
 yo excusaré su partida.

LISARDO. Tanta obligación me exhorta,  
 que habré de decillo aquí,  
 por lo que me importa a mí  
 y por lo que a vos os importa;

pero habéisme de tener  
gran secreto si os lo digo.

FENIS. Si no lo tuviere, amigo,  
no me dé el Cielo placer.

LISARDO. Tené paciencia al oílo,  
porque os ha de dar cuidado,  
que habéis, señora, escarbado  
y habéis hallado un cuchillo  
que degollará a los dos;  
pero ya yo sufro y callo,  
y pues padezco en contallo  
padecé en oílo vos.

Luego que a Milán llegamos  
yo y Marcelo en compañía,  
no con pequeña alegría  
una posada tomamos.

Enfrente de ésta moraba  
un hombre de gran caudal,  
y al parecer principal,  
según su trato mostraba.  
Este una hija posee  
que te juro, Fenis bella,  
que nadie alcanzará a vella  
que servilla no desee.

Y un fuego tan sin segundo  
encendió en ambos a dos,  
que cualquiera de los dos  
bastara a abrasar el mundo.

Marcelo encubrió su pecho  
a mí, y encubríle el mío,  
fingiendo entrambos un frío  
en el fuego más deshecho.

Y procurando ocasión  
ambos de hablar con ella,  
Marcelo al fin vino a vella  
y a mostralle su afición;  
y declarando su amor  
parecióle el hombre bien,  
porque habló como quien  
supo pintar su dolor.

Por esto y porque merece  
ser de damas bien querido,  
tu Marcelo fué admitido  
donde tanto su amor crece;  
y también porque el amor  
de las doncellas es llano,  
que es simíl a un avellano  
que está cargado de flor;  
que cuando la flor es nueva  
y en abundancia más tiene,  
el primer viento que viene  
ése es quien la flor se lleva.

Viendo el contrario en mi amor  
di en quitalla de conmigo,  
sirviéndole más de amigo  
que no de competidor.

Yo aplacando mi pasión  
y ellos creciendo en amarse,  
buscaron, para hablarse,  
más a menudo ocasión.  
Halláronla, y apacible,  
cual la pudieran buscar  
para poderse hablar;  
pero más era imposible.

Y así en muchas coyunturas  
quiso que le acompañase,  
y que a mi pesar gustase  
del olor de sus dulzuras.

Yo, Fenis, hacíalo así  
por no decille de no,  
y aun algunas veces yo  
me acordaba allá de ti.

Mas en este instante vino  
una carta, en que avisaba  
su padre que le importaba  
que se pusiese en camino;

y él, maldiciendo su estrella,  
se alborotó de tal suerte,  
que quisiera ver su muerte  
antes que el mandato de ella.

Mas al fin se reportó,  
y, como quien firme ama,  
a la noche con la dama  
la carta comunicó;  
mas ella le aconsejó  
que otro día se partiese,  
y que a su padre le diese  
el gusto que le pidió.

y que en esto entendería  
si era o no su amor fingido,  
en si la echaba en olvido  
o si por vella volvía.

Con esto quedó atajado  
y de ella se despidió,  
adonde le prometió  
volver luego apresurado.

Vino, como has visto, y ciego,  
en eso poco que ha estado;  
con su padre ha negociado  
cómo lo despache luego.

Y agora vuelve, cual ves,  
con mucha priesa y fervor,  
más con cuidado de amor  
que de otro algún interés.



Aquesto todo, señora,  
pasa y es como he contado.  
¡Santo Cielo! ¿Qué os ha dado?  
¡Fenis! ¡Fenis! En mal hora

(*Desmáyase. FENIS.*)

la descubrí este secreto.  
¡Ah, Fenis? No vuelve en sí.  
No sé qué me engañó a mí  
a ponella en tal aprieto;  
tanto siente este dolor.  
¡Plegue a Dios no se me muera!  
Será la mujer primera  
que veré muerta de amor.

(*Vuelve en sí FENIS.*)

FENIS. ¡Ay, cruel!

LISARDO. Fenis hermosa,  
reportaos, volved en vos,  
que si entendiera, por Dios,  
que hiciérades tal cosa,  
aunque importara la vida  
no dijera de elló un pelo.

FENIS. Lisardo, ¿que de Marcelo  
tanto esa dama es querída?  
Decí si hay más.

LISARDO. Pues ¿no basta  
lo que os he dicho?

FENIS. Y aun sobra,  
que cortada hay harta obra  
para un alma que lo lasta.  
Lisardo, impórtame a mí,  
y también te importa, amigo,  
que tú me lleves contigo  
a Milán, y será así:  
que yo me he de ir a poner  
cierto vestido de esclavo,  
y con una ese y clavo  
que lo soy daré a entender.  
Puesta, como he dicho, así,  
que para encubrirme baste,  
dirás que tú me compraste  
porque me parezco a mí;  
y si por lo que me quiso  
quisiere de ti comprarme,  
podrás, en efeto, darme.  
disimulando, te aviso;  
y siendo la venta hecha  
los tres a Milán iremos,  
y avivará los extremos  
que mi corazón sospecha;  
porque, sin serle cruel,  
pienso allá urdir una trama

con que goces tú esa dama  
y yo me quede con él.

LISARDO. Si os atrevéis vos a tanto,  
señora, yo gusto de ello.

FENIS. Pues yo me parto a ponello  
por obra; sal tú entre tanto  
y en esa calle me espera,  
que yo tengo vestidura  
y hay muy buena coyuntura,  
que mi gente es ida fuera.  
Adiós, Lisardo.

LISARDO. En efeto,  
Fenis, ¿tengo de esperar?

FENIS. ¿Suelo, Lisardo, burlar?  
Tené de mí más conceto.

(*Vase FENIS.*)

LISARDO.

Yo iré con este enredo muy contento,  
porque ésta hará, según le ania,  
que su Marcelo pierda el nuevo intento  
y yo venga a quedarme con la dama,  
porque conozco en ella atrevimiento  
para urdir y enredar cualquiera trama;  
y siendo amor y celo el que la guía,  
su dicha ha de criar la dicha mía.

(*Vase, y salen LUCINDO y RUFINO, su criado.*)

RUFINO. Señor, ya en Génova estás,  
y allá en Milán me dijiste  
que para lo que partiste  
llegado acá lo dirás.  
Yo no he de pasar de aquí  
si no me dices tu intento,  
que es molestia andar a tienta  
tanto tiempo tras de ti.  
Si venimos a matar  
a alguno, iré apercebido;  
quitaréme este vestido,  
buscaré con qué me armar,  
acicalaré la espada,  
porné en orden mi conciencia  
por si acaso en la pendencia  
me dan alguna estocada.  
Sabremos quién es el hombre  
y harémosle avisar,  
por que al llegalle a matar  
de repente no se asombre.  
Hasta en esto soy fiel,  
y más que haciendo esto así  
ni él se quejará de mí  
ni yo me quejaré de él.

LUCINDO. ¿Al fin, sin ir avisado,  
no osarás reñir, valiente?

RUFINO. No sé reñir de repente,  
que soy diestro de pensado.  
Mal sabes, señor, lo que es  
llevarme ansina a reñir;  
echará el hombre a huir  
y culparásme después.

LUCINDO. Una repente ocasión  
me mete en cólera a mí.

RUFINO. Sí hará; mas yo nací  
con estotra condición.  
Dame, señor, a entender  
dónde y cómo hemos de ir,  
y me atreveré a reñir  
con el mismo Lucifer.  
Y cuando voy descuidado  
me parece un hombre un perro  
y dos golpes de un cencerro  
que echa un rayo el cielo airado.

LUCINDO. De temor te darán fiebres.

RUFINO. Y aunque me suelen durar...

LUCINDO. ¿Naciste en algún palmar?  
Que eso es condición de liebres.

RUFINO. Podrá ser, señor, así,  
porque no conocí padre,  
y me han dicho que mi madre  
tenía un trato por ahí.

LUCINDO. Ese trato no es de bobas.

RUFINO. Ea, malicias del alma.  
¿No podía coger palma  
para tratar en escobas?

LUCINDO. Puede ser, no hay que dudar.  
Sabrás, amigo Rufino,  
que yo he hecho este camino  
porque me vengo a casar.  
En Milán, nuestra ciudad,  
sabrás que el Gobernador  
y mi padre, y tu señor,  
tienen muy grande amistad.  
Tiene una hija doncella,  
que aquí asiste con la madre,  
y por la amistad del padre  
quiere casarme con ella.  
Y por ver si es tan hermosa  
como allá me han referido,  
desde Milán he venido  
a Génova, no a otra cosa.  
Traigo cartas para el tío,  
que es del padre de ella hermano,  
por donde tengo por llano  
el verla, bien yo lo fío.

A esto vengo, a esto he llegado  
apresurando el camino.  
¿Estás contento, Rufino?

RUFINO. ¿Cumpló lo que te he mandado?  
¿Que eso agora me amonestas?  
No sé qué te iba a decir,  
porque me has hecho venir  
sin la capa de las fiestas;  
pues si la trujera agora  
sin duda pudiera ser  
que hallara yo otra mujer  
en casa de esa señora  
que me amara por la posta,  
y allí con más alegría  
se hiciera todo en un día  
y ahorrárame la costa.

LUCINDO. ¿También te quieres casar?

RUFINO. Pues ¿qué tengo de hacer?  
Pues que tú tomas mujer  
quíerola también tomar.

LUCINDO. Pues no estés de eso afligido,  
que si la que voy a ver  
tiene tan buen parecer  
como me han dicho, un vestido  
te mando y la más hermosa  
que hubiere dentro en su casa.

RUFINO. Aquesa merced no escasa  
me será paga dichosa.

LUCINDO. Aquesa casa que ves  
la que busco es; llega y llama.

RUFINO. ¿Vive aquí, señor, la dama?

LUCINDO. Ya te he dicho que ésta es.

RUFINO. ¿Por quién he de preguntar?

LUCINDO. Alberto, si no me engaño.

RUFINO. Mira bien si ese es el nombre,  
no yerres y salga un hombre  
y nos suceda algún daño.

LUCINDO. ¿Qué daño podrá venir  
de un hombre solo, pobrete?

RUFINO. Armado y con un mosquete  
¿no nos hiciera huir?

LUCINDO. Llega y llama, acaba ya.

RUFINO. ¿Sabráme decir si hay perro?  
Que si lo hay, podré, por yerro,  
dejarme una pierna acá.

LUCINDO. ¿Qué hallas de inconvenientes?  
¿Tienes miedo de llamar?

RUFINO. Todo aquesto han de mirar  
los hombres que son prudentes.  
Piensa que la valentía  
que consiste en arrojar...

(Entra FENIS en hábito de esclavo.)

- FENIS. ¿A quién vienen a buscar,  
galanes?
- RUFINO. ¡Santa María!
- LUCINDO. Más huyes que una mujer.  
¿De qué te saliste afuera?
- RUFINO. El perro entendí que era  
y que me salía a morder.
- LUCINDO. ¿Eres de esta casa, amigo?
- FENIS. No; mas de esta casa fuí.
- LUCINDO. Bien sabrás quién vive aquí.
- FENIS. De eso soy muy buen testigo.
- LUCINDO. ¿Vive aquí Alberto, un hermano  
de cierto Gobernador  
que está en Milán?
- FENIS. Sí, señor.
- LUCINDO. ¿Que aquí vive...
- FENIS. Es cierto y llano.
- LUCINDO. Una sobrina hermosa  
que aquíéste tiene?
- FENIS. Murió.
- RUFINO. Sepamos si le quedó  
viva en casa alguna moza.
- LUCINDO. ¿Cuánto ha que perdió la vida?
- FENIS. Muy poco tiempo, y adiós,  
que no puedo estar con vos  
más.
- RUFINO. He aquí nuestra venida  
echada toda a perder.

(Vase FENIS sola.)

- Señor, ya que se murió,  
si alguna moza quedó  
no nos vamos sin mujer.  
Parece que te has turbado.
- LUCINDO. Turbado estoy y aun mohino,  
porque ya venía, Rufino,  
de esta dama enamorado,  
y dame más displacer  
por lo que me han dicho de ella,  
pues no pude merecella  
que la mereciera ver.
- RUFINO. Ese es el menor afán.  
Sepamos dó está enterrada,  
y por poco más que nada  
la mostrará el sacristán.
- LUCINDO. Y según soy desdichado,  
aun ahí no la veré.  
No sé si me volveré  
sin darle al tío este recado;  
pero ya que estoy aquí

las cartas le quiero dar.  
Rufino, vuelve a llamar.

(Llega a la puerta RUFINO, y sale ALBERTO con un  
CRIADO.)

- ALBERTO. ¿Por quién se pregunta ahí?
- RUFINO. Ahí lo dirá mi señor,  
que yo no lo sé, por cierto.
- LUCINDO. Traigo cartas a un Alberto  
de cierto Gobernador  
de Milán.
- ALBERTO. Yo soy aquíéste,  
y hermano del que decís.
- LUCINDO. Créolo, y no lo fingís,  
señor, porque se os parece.  
Aquesta carta me dió,  
y que os la diese en la mano.
- ALBERTO. Y ¿queda bueno mi hermano?
- LUCINDO. Señor, muy bueno quedó.  
(Cuando lea (1) que venía  
con su sobrina a casar,  
sin duda que ha de llorar  
su muerte y la dicha mía.  
Casi toda la ha leído  
y no ha hecho un sentimiento.)
- ALBERTO. No pudo mayor contento  
haberme, señor, venido.  
Dadme esos brazos, que quiero  
abrazaros como a hijo.
- LUCINDO. (Por Dios, muy buen regocijo  
para el despacho que espero.)
- ALBERTO. Grande regocijo y gozo  
sin duda en casa hoy se tenga  
de que a mi sobrina venga  
tan honrado y noble esposo.
- LUCINDO. Mucho mayor el mío fuera  
si mi fortuna causara  
que de su vista gozara  
un día antes que muriera.  
¿Qué tanto habrá que murió?
- ALBERTO. ¿Quién, señor?
- LUCINDO. Mi cara esposa.
- ALBERTO. Viva está, buena y hermosa.
- LUCINDO. Sin duda que me engañó  
el perro del esclavillo.
- RUFINO. ¿Quieres que busque ese esclavo  
y que le quite aquel clavo  
derribándole el carrillo?
- ALBERTO. ¿Que tal os han dicho, a fe?

(1) En el original, "llegue", lo cual no forma  
sentido.

LUCINDO. Díjome por cosa cierta  
que era esa señora muerta  
un esclavo que ahí hallé,  
y aun salía de esta casa.

ALBERTO. Aquí (1) nunca esclavo ha habido.

(Sale un Mozo en calzones blancos y camisa.)

Mozo. Oye lo que ha sucedido;  
señor, oye lo que pasa.

ALBERTO. Habla, que oyéndote estoy.

Mozo. Señor, Fenis me ha engañado,  
que el vestido me ha tomado  
y con él se ha ido hoy.

ALBERTO. ¿Qué es lo que dices, traidor?

Mozo. Que me pidió mi vestido.  
Habiéndoselo vestido,  
sin vella se fué, señor;  
por burlarte está escondida.

ALBERTO. Calla, tonto.

Mozo. Cosa es cierta.

RUFINO. Señor, vuelva a creer que es muerta.  
que tanto monta si es ida.

ALBERTO. Vamos, yo daré con ella.

LUCINDO. Esta burla no la alabo,  
que sospecho que el esclavo  
que me habló que era ella.

(Vanse, y sale MARCELO y LISARDO, y FENIS en  
hábito de esclavo.)

LISARDO. Marcelo, qué, ¿me he tardado?

MARCELO. Tanto, que estaba afligido.

LISARDO. Sabrás que me he detenido  
porque este esclavo he comprado.

MARCELO. ¿Este, Lisardo? ¿De quién?

LISARDO. Compré de un forastero.

MARCELO. ¿Qué costó?

LISARDO. Muy buen dinero.

MARCELO. Ese merece muy bien.

LISARDO. ¿A Fenis no se parece?

MARCELO. Esa es mi propia advertencia,  
que no se le diferencia  
sino en el clavo y la ese.

LISARDO. Pues a discreción te alabo.

MARCELO. ¿Cómo has nombre?

FENIS. Justo.

MARCELO. A fe,

Justo, harto injusto fué  
ponerte esa ese y clavo.

FENIS. El siervo que tiene cúdo  
y se conoce por tal,

¿en qué hace, señor, mal  
si señala lo que es suyo?

MARCELO. ¡Cielo santo!

LISARDO. ¿Qué te espanta?

MARCELO. ¿De qué? De que pareció  
a Fenis cuando habló.

LISARDO. ¿De eso, Marcelo, te encantas,  
parecerse a alguna gente?

MARCELO. ¿De dónde eres?

FENIS. De Milán,

porque en esa tierra están  
las causas del mal presente.

MARCELO. Y dime, ¿por qué ocasión  
te vendió tu señor, Justo?

FENIS. No fué más que por un gusto  
que nació de una afición.

MARCELO. ¿Luego era enamorado?

FENIS. De los de veleta al viento,  
que hoy aman el pensamiento  
que ayer les había enfadado.

LISARDO. ¿No gustas, Marcelo, de él?

MARCELO. Tanto, que me vuelve loco,  
y tú y yo sabemos poco  
según lo que muestra él.  
Tiene el rostro como estrella,  
y como a Fenis parece,  
dos mil veces se me ofrece  
que estoy hablando con ella;  
y por parecerle a él  
quisiera haberle comprado.

LISARDO. Haz cuenta que le has pagado,  
Marcelo, y sírvete de él.

MARCELO. Eso no haré; mas quiero  
darte ganancia y tomallo.

LISARDO. Eso menos; yo he de dallo  
sin interés de dinero.

MARCELO. Si eso es fuerza, norabuena;  
mi Lisardo, yo lo aceto.  
y de pagallo prometo  
en otra cosa tan buena.

Ahora resta saber  
si el esclavo gusta de ello.

FENIS. Yo recibo gloria en ello,  
pues soy de quien he de ser.

MARCELO. Declárame aqueso cúdo.  
¿Cúdo eres?

FENIS. Tuyo soy.

MARCELO. Y lo serás desde hoy.

FENIS. Bien sabré, señor, ser tuyo.

MARCELO. No te pienso enajenar.

FENIS. No me tiene eso afligido,  
que ya me he visto vendido

(1) En el original, "Ay".



del que me volvió a comprar.  
 MARCELO. Discreto es el esclavillo.  
 LISARDO. (Fenis, no te aclares tanto.)  
 MARCELO. Quería, en el entretanto  
 que para partir ensillo,  
 me cuentas por qué ocasión  
 te compraron y vendieron.  
 FENIS. La razón porque esto hicieron  
 ésta fué, y no fué razón:  
 el dueño a quien por mi mal  
 mi fortuna me entregó,  
 palabra de esposo dió  
 a una dama principal;  
 y aqueste mismo galán,  
 a cabo de cierto tiempo,  
 fué a Milán por pasatiempo  
 y enamoróse en Milán.  
 Y yo, que con él andaba,  
 viendo tan gran novedad,  
 por tener mucha amistad  
 a la que acá se quedaba,  
 [le] reprendí su afición  
 llamando necio su antojo;  
 y él, tomando de esto enojo,  
 me vendió sin más razón.  
 Tuve mucha inquietud  
 y estuve harto afligido;  
 mas quise más ser vendido  
 que ver una ingratitud.  
 MARCELO. ¿No notas el cuento suyo?  
 LISARDO. Sí, y no es mucho; se me ofrece  
 que si ése a Fenis parece  
 que parezca el cuento al tuyo.  
 MARCELO. ¿Que todo aqueso pasó?  
 FENIS. Ninguna cosa te niego.  
 MARCELO. Pues hémonos visto el juego  
 yo y ese que te vendió;  
 que yo amo una señora  
 de las bellas que aquí están;  
 mas otra que vi en Milán  
 mi alma tanto la adora,  
 que si una vida le diera  
 aquésta que mora aquí,  
 mil vidas que hubiera en mí  
 por esotra las perdiera.  
 Y así te requiero, Justo,  
 si bien me quieres servir,  
 que no has de contradecir  
 cosa acerca de mi gusto.  
 Si me has de reprender,  
 como cuentas que pasó,  
 por lo que se te vendió

te volveré yo a vender.  
 FENIS. Vive de eso descuidado,  
 que no te disgustaré;  
 que una vez que me arrojé  
 harto enojo me ha costado.  
 MARCELO. Si no te cumplieron esa,  
 estotra he yo de cumplir.  
 FENIS. Pues yo te pienso servir  
 a tu gusto y con firmeza,  
 amando lo que tú amares,  
 queriendo lo que tú quieres  
 y holgando con tus placeres,  
 llorando con tus pesares.  
 MARCELO. Y ansina lo has de hacer.  
 FENIS. (¿No bastó, falso, engañarme,  
 sino en mi daño enseñarme  
 a callar y obedecer?)  
 MARCELO. Lisardo, partamos luego,  
 que me muero por partir.  
 LISARDO. Vamos. (Callar y sufrir,  
 no se nos entienda el juego.)

(*Vanse, y sale LUCINDO y RUFINO.*)

LUCINDO. ¡Buen lance habemos echado,  
 Rufino, en el casamiento.  
 RUFINO. Pues yo voy, señor, contento  
 de que no te hayas casado.  
 LUCINDO. Yo, Rufino, estoy corrido,  
 y hay razón por que lo esté:  
 lo uno por quien se fué,  
 lo otro porque he venido.  
 RUFINO. Señor, harto peor fuera  
 si antes dos días llegaras  
 y aquel día te casaras  
 y otro día se nos fuera.  
 Volvámonos a Milán,  
 y ten por suerte dichosa  
 haberse ido esta hermosa  
 por uñas de gavilán;  
 que si esto supo hacer  
 siendo doncella encerrada,  
 no sé, después de casada,  
 qué pudiera suceder.  
 LUCINDO. Tienes, Rufino, razón;  
 mas yo voy apasionado  
 por su padre, que es honrado,  
 y me quiebra el corazón;  
 y dame pena la pena  
 que queda en casa del tío,  
 que por mí, a gusto mío  
 hallaré mujer más buena.  
 RUFINO. Eso bien me consta a mí;

mas ¿hémonos de ahorcar  
si ella se salió a holgar  
y no va el riesgo por ti?

LUCINDO. Rufino, a Milán volvamos,  
que en eso bien me aconsejas.

RUFINO. Y por vida de estas viejas,  
que si en Milán nos casamos  
nos han de dar un fiador  
para que estén a derecho.

LUCINDO. Será, Rufino, bien hecho.

RUFINO. Si no, otra traza mejor:  
si yo me vengo a casar,  
he de asegurar la mía  
como la mercadería  
que se carga por la mar.

LUCINDO. Eso me da más contento,  
por que no se vaya y dure;  
mas no habrá quien la asegure  
aunque dé ciento por ciento.

*(Vanse, y salen LUCIANO y su hija LUCINDA, solos.)*

LUCIANO.

Según el tiempo que ha que fué Lucindo  
a celebrar en Génova las bodas,  
hija Lucinda, ya estará casado;  
contento mucho con mujer hermosa,  
porque me certifica quien la ha visto  
que es de las bellas que han nacido en Génova;  
y siendo así, Lucindo estará loco  
de verse con mujer hermosa y noble;  
que como en abundancia, al Cielo gracias,  
tiene hacienda de su patrimonio  
con que podrá pasar el mundo a gusto,  
no quiso más buscar que estas dos cosas,  
y por la orden misma estoy resuelto  
a buscarte en Milán, Lucinda, esposo.  
Menos rico ha de ser que mozo y noble,  
de sangre illustre y de prosapia alta;  
que para el dote que contigo mando  
hay bien donde escoger de noble sangre.  
No soy de la opinión de algunos padres  
que, con cudicia de los yernos prósperos,  
dan a la hija de catorce años  
esposo de noventa o poco menos,  
con que las pobres viven de ordinario  
cargadas de oro y de disgusto llenas.

LUCINDA.

Como padre, señor, harás tu gusto  
y como hija yo he de obedecerte;  
pero paréceme, si te parece,  
que dejes de tratar de aqueso agora,

porque, demás de no perderse tiempo,  
quiero gozar alguno en compañía  
de mi hermano Lucindo y de su esposa.

LUCIANO.

Si ese es tu gusto, cúmplase, Lucinda,  
y soy de parecer que para cuando  
con su esposa se venga a nuestra casa  
le hagas, como hermana, algún presente,  
que es hecho honrado entre cuñadas nobles.

LUCINDA.

Eso a mi cargo está; yo te agradezco  
el aviso, señor.

LUCIANO.

Adiós, Lucinda.

*(Vase LUCIANO, y queda LUCINDA sola.)*

LUCINDA. Muy mal podrá dar presente  
quien hizo presentación  
del alma y el corazón  
al galán que tiene ausente.  
En escogerme marido  
te cansas, padre y señor,  
que un niño llamado Amor  
me lo tiene ya escogido.  
Marcelo del corazón,  
yéndote de mi presencia  
solamente un mes de ausencia  
llevaste de comisión.  
Pues ya tarda tu venida.  
¿No te dije, en mi presencia, (1)  
que alargarme un día de ausencia  
me quitabas seis de vida?  
¿Si te has muerto, dulce amado?  
¿Si te olvidaste de mí?  
No, que más creeré de ti  
que eres muerto que olvidado.  
Mas aquí mucho me tardo;  
a la ventana me iré,  
que allí donde el bien dejé  
contemplando en él lo aguardo.

*(Vase, y sale FENIS y MARCELO.)*

MARCELO. Esta es la calle dichosa,  
Justo, donde mora el cielo  
adonde tiene Marcelo  
el alma de amor gloriosa.

(1) Este verso debe de estar equivocado; quizá  
"tu presencia"; aunque siempre sería expresión  
pleonástica.

- Esa casa, Justo amigo,  
donde está ese corredor,  
del discurso de mi amor  
ha dado muy buen testigo.  
Estas ventanas hermosas  
es donde con mi Lucinda,  
más que el sol mil veces linda,  
deslindábamos mil cosas;  
y para más gloria mía,  
esas las dulces paredes,  
madrinas de las mercedes  
que Lucinda me hacía.
- FENIS. Digo, Marcelo señor,  
que tiene buen parecer,  
y le debe de tener  
su dueño mucho mejor.
- MARCELO. No quiero cansarte más  
en pintarte cómo es bella,  
que si tú mereces vella  
sé que la encarecerás.  
Con esto sólo la alabo:  
con que si Justo la viese,  
sobre aqueso clavo y ese  
te pondrá otra ese y clávo.  
No hay cosa al descuido en ella,  
que, mirada con cuidado,  
no deje a un libre herrado,  
haciendo yerros por ella.
- FENIS. Señor, no la quiero ver,  
que hasta el hierro que tengo,  
pues que por él sólo vengo  
a callar y obedecer.  
Si ella con sus ojos bellos,  
señor, los hierros quitara,  
todo un año la mirara  
hasta sentirme sin ellos.
- MARCELO. Fué modo de encarecer,  
Justo, su beldad crecida;  
que una diosa que da vida  
no puede yerros hacer.
- FENIS. Vamos, señor, pronto a vella:  
si da vida su beldad,  
daráme a mí libertad,  
que es harto menos que ella:  
si su valor no es esquivo  
no podrá decir de no.
- MARCELO. Lleva tú la fe que yo,  
que no volverás cautivo.  
(Pónese LUCINDA a la ventana.)
- LUCINDA. Lucinda, ¿es aquél Marcelo?
- MARCELO. Aluguemos. Justo, presto,  
que en la ventana se ha puesto
- mi sol. ¿No ves rubio el suelo?
- FENIS. Rubio el suelo ya lo veo.  
(¡Ay, Marcelo, quién pensara  
que tu amor se me trocara  
en locura y devaneo!)
- MARCELO. Pues tan a punto ha salido,  
sin que me conozca quiero  
que contemplemos primero  
le que tanto he encarecido.  
Cubre el rostro.
- FENIS. (¡Oh, caso extraño!  
Bien tu amor con el mío templas,  
pues do tu glória contemplas  
voy a contemplar mi daño.)
- LUCINDA. (Marcelo es, no hay que cansarme,  
y si lo es yo me espanto  
de que se reboce tanto.  
O burla o quiere engañarme.)
- MARCELO. (Por que puedas contemplalla,  
naz aquesto, Justo. ¿Viste?
- FENIS. Como es sol, como dijiste,  
apenas pude miralla.
- MARCELO. Dices bien, que la costumbre  
del sol es siempre cegar,  
y en eso quiere imitar  
al sol, a quien da su lumbré;  
mas yo puedo contemplallo,  
pues para mis desenojos,  
me ha dado el amor los ojos  
de águila para mirallo.
- FENIS. Contempla tú su arrebol  
y mi vista en esto excusa,  
que tengo ojos de lechuza  
y no puedo ver el sol.
- MARCELO. Apártate, Justo, a un lado  
que quiero a Lucinda hablalle,  
pues que está sola la calle.)
- LUCINDA. (Basta que me ha dilatado  
Marcelo su vista un poco.)
- FENIS. (Loco está quien tal pensó,  
y mucho más loca yo  
en venirme tras un loco.)
- LUCINDA. La burla que me habéis hecho,  
Marcelo, habéis de pagar.
- FENIS. (Quiero ponerme a escuchar  
un poco de mi derecho.)
- MARCELO. Un mes ha, Lucinda mía,  
que de este lugar partí,  
y dentro de él prometí  
que a serviros volvería.  
Gran dicha ha venido a ser,  
demás de serla el quereros,

que habiendo hoy venido a veros  
hoy os acertase a ver.  
Tendré por favor subido,  
si algo de mi gozo os toca,  
que le echéis por esa boca  
a Marcelo un bienvenido.  
Con él quedará pagado,  
y será paga mayor  
de cuantas ha dado Amor  
al más rico enamorado.

LUCINDA. Apartaos, señor, de ahí  
y mirá con quién habláis,  
que no soy la que pensáis.

FENIS. (Bueno es esto para mí.)

MARCELO. (O burla o vengo sintiendo.)

FENIS. (Mas si Marcelo se errase  
y por dicha no acertase  
con su gloria y mi tormento...)

LUCINDA. (En gran confusión lo he puesto,  
y la burla ha de pagar.)

MARCELO. (Bien me puedo yo engañar;  
mas no hay engaño en aquesto.  
¿No es Lucinda ésta, Marcelo?  
Sí, si yo Marcelo soy.  
¿No es esta calle en que estoy  
la que llamaba mi cielo?  
¿Su casa aquesta no es?  
Sí. Pues no tiene otra hermana,  
que en esa misma ventana  
me lo dijo ella una vez.  
Sin duda que está burlando  
por ver si recibo enojo.)  
Mi Lucinda, ¿ha sido antojo  
el modo que estoy hablando?

LUCINDA. Metéisme en gran confusión.  
Antes que mi padre os halle,  
preguntá en estotra calle,  
quizá os darán más razón.

FENIS. (De veras va aqueste juego,  
y a mí gran gusto me ha dado.)

MARCELO. (¿Posible es que estoy errado?)

FENIS. (No es mucho que yerre un ciego.)

LUCINDA. (Loco se torna el pobrete.  
Mi Marcelo, ten paciencia;  
por fiestas de tu presencia  
voy haciendo este juguete.)

MARCELO. (No siento mucho ni poco  
engaño, por más que pienso.)

LUCINDA. (Gusto de vello suspenso.)

FENIS. (¿Si viene Marcelo loco?)

MARCELO. (¿Mas si por aqueste esclavo  
no se ha osado descubrir?)

LUCINDA. (De esta vez me he de réir  
por dar a la burla cabo.)

MARCELO. (¿Yo vengo desatinado,  
o sueño aquesto que veo?  
¿No es Lucinda? No lo creo.  
¿Qué es aquesto, Cielo airado?)  
Una cosa sola agora  
querría que me digáis.  
Lucinda. ¿en aquesto dais?  
¿No me respondéis, señora?

(Sale LUCIANO, y LUCINDA vase de la ventana por  
que lo ve.)

LUCIANO. ¿A qué os han de responder,  
galán?

MARCELO. Señor, preguntaba  
dónde por aquí moraba...

LUCIANO. ¿Quién?

MARCELO. Un cierto mercader  
que este esclavo me comprase.

LUCIANO. De ser así tiene talle.  
Mas ¿no había otro en la calle  
a quien se lo preguntase?

MARCELO. No vi de aquí otra persona  
a quien se lo preguntar.  
¿Pude en aquesto agraviar?

LUCIANO. (Aunque su razón lo abona,  
le siento un poco turbado.)

MARCELO. (Bravamente me deslizo.)

LUCIANO. ¿Por qué le vendéis? ¿Qué os hizo?

MARCELO. Hame un poco disgustado;  
por esto lo venderé  
y porque soy forastero  
y me ha faltado el dinero.

FENIS. (Mejor dijeras la fe.)

LUCIANO. (Con gran liberalidad  
comprárselo determino,  
y por aqueste camino  
sabré si aquesto es verdad.)  
Si no es mucho precio, yo  
haré que se quede acá.

FENIS. (En poco me estimará  
quien por poco me olvidó.)

MARCELO. No pido mucho valor;  
ciento y sesenta ducados  
me han de dar por él contados.

FENIS. (¿Esto es de veras, señor?)

LUCIANO. ¿Y de dónde es natural?

MARCELO. De Génova.

LUCIANO. ¿Leal y fiel?

MARCELO. Cuanto se pidiera en él.

FENIS. (Y cómo si soy leal.)



LUCIANO. Mucho precio me pedís.  
De ahí ¿qué podréis bajar?

MARCELO. En docientos lo he de dar,  
como he dicho.

LUCIANO. Ya subís;  
pediste ciento y sesenta  
y agora decís docientos.

MARCELO. No he dicho sino trescientos.

LUCIANO. (Cayendo voy en la cuenta.  
Aquí hay alguna maldad;  
él no lo quiere vender,  
por donde me da a entender  
su mentira y falsedad.  
Y ha de quedar en mi casa  
por cualquier dinero al cabo,  
para saber del esclavo  
toda la maldad que pasa.)  
Mucho dinero es trecientos.  
Docientos quiero contar.

MARCELO. Señor, no lo puedo dar  
menos de los cuatrocientos,  
que es un esclavo gentil  
y tiene gallardo talle.

LUCIANO. (Quiero cerrar y tomalle  
antes que me pida mil.)  
Antes que más me pujéis,  
mío es por ese dinero.

MARCELO. Pues quiero decir primero,  
por que después no os quejéis,  
que de nada os lo aseguro.

LUCIANO. Con tal condición lo aceto.

FENIS. (¡ Oh, terrible y bravo aprieto!)

MARCELO. (Disimula y ve siguro  
de que volverás a mí.)

LUCIANO. ¿Hola, mozos? Salí acá  
y meté ese esclavo allá.—  
Y vamos los dos de aquí,  
donde os pagaré en contado.

FENIS. Fenis, ¿esta es buena vida?  
Ayer comprada, hoy vendida  
por uno que me ha olvidado.

## JORNADA SEGUNDA

(Salen MARCELO y LISARDO)

LISARDO. ¡ Ah, Marcelo ! ¿ Qué te has hecho ?

MARCELO. ¿ Qué me he hecho, caro amigo ?  
Esme el Cielo buen testigo  
que voy de enojo deshecho.

LISARDO. Amigo soy verdadero.

Cuéntame lo que ha pasado.

MARCELO. Que el esclavo me han comprado,  
y aquí va todo el dinero.

LISARDO. ¡ Oh, pesia quien me parió !  
Marcelo, ¿ que has hecho tal ?

MARCELO. Por excusar cierto mal  
burlando se efetuó.

LISARDO. La venta no ha de pasar,  
aunque arriesgue ser perdido.

MARCELO. Mayor mal que aqese ha habido.  
¿ Quieres, Lisardo, escuchar ?

LISARDO. Ese es para mí terrible.

MARCELO. Esta casa que miramos  
¿ no es adonde dejamos  
a Lucinda ?

LISARDO. Sí.

MARCELO. ¿ Es posible ?  
Mira si es eso al revés.

LISARDO. Es muy cierto.

MARCELO. Caro amigo,  
yo también lo propio digo;  
mas dícenme que no es.

LISARDO. ¿ Quién lo dice ?

MARCELO. Mi Lucinda.

LISARDO. ¿ Adónde la viste ?

MARCELO. Aquí.

LISARDO. No sé si vienes en ti,  
Marcelo.

MARCELO. Aqueso deslinda,  
porque yo vengo trocado;  
ver una que aquí hablé,  
Lucinda, a quien entregué  
lo que a Fenis he quitado.

LISARDO. Nada de eso me contenta.  
Dime dónde se vendió  
el esclavo, porque yo  
no he de pasar por la venta.

MARCELO. Lisardo, una, dos y tres;  
en entrando por allí,  
¿ parécete que es aquí ?

LISARDO. Digo que sí.

MARCELO. Pues no es.

LISARDO. No sea, con Barrabás.  
Dime ya dónde vendiste  
el esclavo o qué lo hiciste.

MARCELO. Esto nos importa más.  
Escucha, Lisardo, un poco.  
La que me niega ser ella  
parece tanto con ella,  
que es ella, o yo vengo loco.

LISARDO. Marcelo, ya voy creyendo  
que venís loco, por Dios.

¿Adónde dejasteis vos  
este esclavo?

MARCELO. No lo entiendo.

Lisardo, no vengo loco.  
Caminemos por aquí,  
diréte a quién lo vendí,  
y cree que no vengo loco,  
sino que lo sucedido  
me ha hecho desvariar.

LISARDO. ¿Que el esclavo vino a dar?  
Yo voy de enojo perdido.

(*Vanse. Entra FENIS y LUCIANO.*)

LUCIANO. Con mucha facilidad  
te he de dejar por difunto,  
perro, si punto por punto  
no me cuentas la verdad.

FENIS. ¿Qué te he de decir, señor?

LUCIANO. Si aquéste que te vendió  
cuando a Lucinda habló  
le trataba algo de amor.

FENIS. De amor palabra no oí.

LUCIANO. Perro, ¿en vuestros trece estáis?  
Por quien soy, si más negáis  
lo que he preguntado aquí,  
que os he de hacer desnudar  
y con un rebenque grueso  
no os tengo de dejar hueso  
en el cuerpo por contar.

FENIS. (Fenis triste y sin ventura,  
¿quién de ti entendiera tal,  
que por remediar un mal  
dieras en la sepultura?  
Por una necia afición  
me puse hierro una vez,  
que no pasa de la tez,  
mas ya llega al corazón.)

LUCIANO. Dejémonos de llorar  
y decidme lo que pido.

FENIS. Señor, si tú has entendido  
que sé más, hazme acabar,  
que yo no vi ni entendí  
más de lo que dicho tengo.

LUCIANO. Necio soy, pues me detengo  
con tanta blandura aquí.—  
¿Hola, criados?

(*Sale JUBERTO, criado, y otro CRIADO.*)

CRIADO. ¿Señor?

LUCIANO. Ahora, perro, lo veréis.

FENIS. (En este trance ponéis  
a los que os sirven, Amor.)

LUCIANO. El uno desnude a éste  
y el otro un rebenque traya.

FENIS. (Ya esto pasa de la raya.)

LUCIANO. Perro, que tan tieso fueste.

FENIS. (¿Qué he de hacer, afligida?  
Si digo la verdad, Cielo,  
hago en daño de Marcelo,  
y si no, soy conocida.)  
Señor, injusticia es ésta.

LUCIANO. Como defiende éste a brazos:  
hazlo, Juberto, pedazos,  
que mi dinero me cuesta.

FENIS. Cese tu inhumanidad,  
que yo te haré saber  
la verdad.

LUCIANO. Así ha de ser.

¿Prometes decir verdad?

FENIS. Sí, señor.

LUCIANO. Suéltalo, pues.

FENIS. Pues haz salir estos dos;  
no lo oiga más que tú y Dios,  
que sabe muy bien lo que es.

LUCIANO. Y os habéis de esperar  
fuera, por si me engañare  
y verdad no declarare,  
que os vuelva al punto a llamar.

FENIS. (Ayúdame, santo Cielo,  
con algún remedio hoy,  
para el peligro en que estoy,  
sin que descubra a Marcelo.)

LUCIANO. Acaba, ¿en qué estás pensando?  
¿Repasas algún engaño  
para librarte del daño  
con que te he ido amenazando?

FENIS. La verdad has de saber;  
porque, sabida, señor,  
haga en ti menos rigor  
sólo porque soy mujer.

LUCIANO. ¿Mujer?

FENIS. La más desdichada  
que nació entre las mujeres.

LUCIANO. ¿Santo Dios! Si mujer eres  
la disculpa tienes dada.  
(Mujer es, sin duda alguna.)  
¿Eres libre? Habla, acaba.

FENIS. Libre soy.

LUCIANO. ¿Quién te hizo esclava?

FENIS. El amor y mi fortuna.

LUCIANO. No llores, que el ser mujer  
me obliga a serte piadoso.  
(Un rostro tiene hermoso,  
buen talle y buen parecer.

Con qué diferentes ojos  
la miro que la miraba.)  
Hermoso esclavo o esclava,  
quitádome has mis enojos.

FÉNIS. Sabrás que yo soy, señor,  
de Génova natural,  
hija de hombre principal,  
de estima, punto y honor.  
Amé a un hidalgo de un trato  
de fe viva y pecho llano,  
y volvíoseme un villano  
de fe muerta y pecho ingrato.  
Troqué, sin mirar mi honor,  
en éste el traje de dama,  
porque en la que firme ama  
más que esto puede el amor.  
Púseme aquel mismo día  
este artificioso hierro,  
no pensando que era yerro  
lo que por amor se hacía.  
Trájome aquí como estoy  
y dejóme aquí en Milán  
en poder de este galán  
de quien me compraste hoy.  
Mira qué bien me pagó  
la fe que tuve con él,  
que en lugar de ser fiel  
infelizmente me vendió.  
Llorando mi mal tan fiero  
y las desventuras mías,  
he servido muchos días  
por esclavo verdadero.  
Y en lo que toca, señor,  
a lo que has imaginado  
de tu hija, andas errado,  
porque no trató de amor.  
Y a lo que entonces oí  
pienso que jamás la vió,  
sino cuando preguntó  
lo mismo que él dijo allí.

LUCIANO. Creo, amiga, tu razón.  
(Luciano, ¿quién pensara  
que los clavos de su cara  
sellaran tu corazón!  
Cuando con mayor contento  
gozaba mi quietud  
y la antigua senetud  
me prestaba sufrimiento;  
cuando el cansado vigor  
y la carga de los años  
sepultaban los engaños  
con que nos ciega el amor,

y cuando por la vejez  
eras, con tanto concierto,  
a las cosas de amor muerto  
y vivo a las de interés,  
sientes tú de un fuego esquivo,  
Luciano, arder el pecho;  
sin duda que Amor ha hecho  
por que entiendas que eres vivo,  
y por que en tal ocasión  
el humano pecho crea  
que por caduco que sea  
mora en su jurisdicción.)

(Entra LUCINDA.)

LUCINDA. Padre y señor, de hoy comprado  
el esclavo ¿ya se ofrece  
ocasión con que merece  
ser de veras castigado?

LUCIANO. Lucinda, no ha sido nada.  
Convino, para proballe  
cierta cosa, amenazalle.

LUCINDA. ¿Y ésa está ya averiguada?

LUCIANO. Ya lo está, y quedo con gusto  
de haber a Justo comprado.

LUCINDA. Cara tiene de hombre honrado.

LUCIANO. Bien finge el nombre de Justo,  
porque agora sin razón,  
Lucinda, le amenacé,  
y tan justo le hallé

que me ganó el corazón  
LUCINDA. Acertado fué compralle.

LUCIANO. Entiendo que lo ha de ser.  
Quedarás en tu poder.  
Lucinda, has (i) regalalle,  
que porque sé que es fiel,  
a mí me dará contento  
que no entre en tu aposento  
otro paje sino él.

LUCINDA. Que se haga así, señor.

LUCIANO. Quedá adiós, Lucinda mía.

(Vase.)

LUCINDA. El vaya en tu compañía.  
(¿Qué mal se encubre el amor!  
Recibo, padre, consuelo  
de que me entregues a Justo,  
que me servirá a mi gusto  
por ser prenda de Marcelo.)

FÉNIS. (Aquesto faltaba, Cielos,  
para darme más fatiga,

(i) Debería decir "haz".

LUCINDA. entregarme a mi enemiga para que me acaben celos.)  
¿Por qué causa te vendió Marcelo?

FENIS. De él lo sabrás.

LUCINDA. ¿No lo sabes?

FENIS. No sé más del daño que me causó.

LUCINDA. Parado te has amarillo después que te hablé.

FENIS. Sí habré.

LUCINDA. ¿Por qué causa?

FENIS. Bien lo sé; mas no acertaré a decillo.

LUCINDA. Bien ladino eres y agudo.

FENIS. Pues tengo un humor extraño; que para decir mi daño fui siempre un discreto mudo.

LUCINDA. Habla claro y dime a mí por qué causa te vendió.

FENIS. Por un gusto que le dió; no sé si nació de ti.

LUCINDA. De mí no, que ese es error.

FENIS. Mira, Lucinda, qué dices, que en aqueso contradices la fe que diste al amor. Aprende a serle fiel de mí, pues que me vendió, y olvido a quien me compró por amallo sólo a él.

LUCINDA. Si tanto amor le has tenido, mal hizo, Justo, en venderte.

FENIS. Vendíome por no perderte.

LUCINDA. En confusión me has metido. Dame eso bien a entender.

FENIS. Yo me aclararé, señora. Marcelo me vendió ahora por tenerme en tu poder. Para que, si se ofreciese llevale de ti un recado, tuviese en casa criado que fielmente lo hiciese; y siendo la causa aquésta, haber respondido aquí que fué la venta por ti, no ha sido oscura respuesta.

LUCINDA. ¿Que esa traza salió de él?

FENIS. Sí, señora, de él salió.

LUCINDA. Y di, cuando hoy me habló, ¿vió que burlaba con él?

FENIS. ¿Cómo si lo vido? A fe perdiera, a no vello, el seso.

LUCINDA. ¿Que lo vió? Yo gusto de eso, aunque bien disimulé. Y pues tanto eres fiel, ruégote que a mi querido le lleves el bien venido y me disculpes con él. Dirásle que me burlaba por pagarme del rebozo con que me dilató el gozo cuando en la ventana estaba, y que esta noche me vea por do hablarme solía.

FENIS. Harélo, señora mía, por que mi fialdad (1) se vea.

(Entra un PAJE.)

PAJE. Señora, en aqueste punto llegó Lucindo, tu hermano.

LUCINDA. ¡Válgame Dios! ¿Tan temprana alguna cosa barrunto. [no? (2)]

PAJE. ¿Quién ha venido con él?

LUCINDA. Sólo Rufino ha venido.

PAJE. Si es así, no ha sucedido como imaginaba él.

LUCINDA. El y tu padre, señora, vienen.

LUCINDA. ¿Oyes, Justo amigo? No olvides lo que te digo.

FENIS. No olvidaré, mi señora.

(Entra LUCIANO y LUCINDO y RUFINO.)

LUCINDA.

Seas, hermano y señor, muy bien venido.

LUCINDO.

Y vos, Lucinda hermana, bien hallada.

LUCINDA.

¿Solo y tan presto? Admiración me pone.

LUCINDO.

Pocas veces según que se imagina salen, hermana, en este mundo cosas.

LUCIANO.

Acaba de decir, que estoy suspenso en sólo imaginar lo que me cuentas.

LUCINDO.

Como te digo, al punto que llamamos, de aqueso que está aquí, que si le viera

(1) Mejor diría "fiel", o sea fidelidad.  
(2) En el original, "trenpano".



en Génova pensara que era el propio, éste nos dijo que era Fenis muerta. Quise volverme; mas por dar las cartas volví a llamar, y en esto vino Alberto; dile la carta y en el mismo punto de casa sale un paje dando voces dándonos cuenta que era Fenis ida en hábito de hombre con sus ropas; mas luego creyó Alberto que era engaño. Entra en su casa, busca y no la halla. Con este indicio sale alborotado, sospecho que a buscalla o dar noticia de su desdicha a sus parientes todos. Corrido yo de ver lo que pasaba al punto me partí, y esto a la letra pasó del mismo modo que lo he dicho.

FENIS.

(Fenis, lo que ha contado ¿no es tu historia?)

LUCIANO.

En el alma lo siento por su padre.

LUCINDA.

Y yo también, por ser mujer, lo siento.

LUCIANO.

Después lo sentiremos más despacio. Entra, Lucindo, y del camino largo reposa y trueca el caminante traje.

LUCINDA.

Dice mi padre bien; vamos, Lucindo.

LUCINDO.

(Rufino, ¿no juraras que era aquéste aquel esclavo que nos burló en Génova?)

RUFINO.

Digo, señor, que es él.

LUCINDO.

Pues disimula; y sin que nadie de la casa entienda nuestra malicia, llévalo a mi estancia.

RUFINO.

Déjame el cargo, que si acaso es éste, le hemos de mantear, para que pague la burla que nos hizo.

LUCINDO.

Con secreto.

(Vanse, y queda FENIS y RUFINO.)

FENIS. (De mi amo conocida y de Marcelo olvidada, deshonrada siendo honrada y de celos combatida, ¿adónde has de ir a parar, di, Fenis, de aquesta suerte, sino a una infelice muerte, de mujeres ejemplar.

RUFINO. ¿Ese es galguillo de casa?

FENIS. Sí, señor.

RUFINO. Por vida mía, mi amo lo compraría para ir las tardes a caza.

FENIS. Aun de eso no sirvo yo, porque una vez que cacé de las presas se me fué la caza que Amor me dió.

RUFINO. Curicsa maña; dejalda; pues sepa que le engañaron si piensa que le compraron para perrico de falda.

FENIS. Amigo, no pienso tal, aunque de falda lo he sido; pero si vos sois servido seré perro de portal.

RUFINO. Por Dios, que eres hombre honrado, no te sabes enojar; téngote de acomodar donde yo esté acomodado. ¿Bebe algo?

FENIS. Poco y breve; es aire y no vale un higo.

RUFINO. Calle, que yo le haré, amigo, que sepa lo que se bebe. ¿Sabrá reñir una friega a coces y a bofetada?

FENIS. Aprendello he, camarada.

RUFINO. Valentón es, ¿quién lo niega? No me ha de mirar a alimpia (1) ni a Félix flauta ni maya, sino friega porque caya con cuellos y ropa limpia. Moza que güela a tocino, que se viene como un rayo a los brazos de un lacayo con dos arrobas de vino. Y si por peras cogombros pronuncia por su desgracia,

(1) En vez de "alimpia" pudiera también leerse "celimpia". Quizás "Olimpia", nombre de mujer.

la zorra tiene por gracia  
y se le sube a los hombros.  
Son limpias y provechosas,  
y de cualquiera manera  
que el hombre las halle y quiera,  
no paran en pocas cosas.

FENIS. Sabé que andáis en aque-  
so en lo cierto, camarada.

RUFINO. Una mujer entonada  
es carne con mucho hueso;  
tiene más púas que un sidro,  
más dobleces que cebolla;  
al fin, no es para mi olla,  
porque la tengo de vidrio.

(Entra MARCELO y LISARDO.)

LISARDO. Marcelo, no has de hacer  
más de lo que en esto quiero.  
Yo le he de dar el dinero  
y el esclavo ha de volver.

MARCELO. Este es menosprecio. No.

LISARDO. No es ningún menosprecio,  
que es mío, y por aquel precio  
se lo puedo sacar yo.

FENIS. (Este es Marcelo y Lisardo.)  
Mientras hablo éstos aquí,  
¿queréisme esperar allí?

RUFINO. Sí, por cierto; aquí os aguardo.

MARCELO. ¿Por un esclavo a Marcelo  
le quierdes dar ese enojo?

LISARDO. Marcelo, no es éste antojo,  
antes es cierto recelo.

MARCELO. Aguarda. ¿No es Justo aquél?

LISARDO. El es.—¿Dónde bueno, amigo?

FENIS. A verme, señor, contigo,  
que he dado en serte fiel.

MARCELO. ¿De qué forma?

FENIS. Porque he hecho  
lo que Marcelo no pudo.

MARCELO. ¿Cómo?

FENIS. Con un genio agudo  
saqué a Lucinda del pecho  
que se burlaba contigo  
y que te quiere y adora,  
y esto sólo vengo ahora  
a comunicar contigo.

MARCELO. Justo, quíerote abrazar,  
que me has ganado una vida,  
tan por el cabo perdida  
que estaba para expirar.

LISARDO. (El mensaje es hartó extraño  
por lo que de ésta esperaba.)

FENIS. (Fenis, esto te faltaba,  
ser tercera de tu daño.)

MARCELO. Luego, Justo, ¿según esto  
de mucha importancia ha sido  
haberte al padre vendido?

FENIS. De mucha, pues por aquesto  
la verás sin embarazo,  
y ganas, como dijiste,  
esa vida que perdiste  
y yo me llevo un abrazo,  
que juro, por vida mía,  
que por ser tuyo, señor,  
lo tengo por más favor  
que el que Lucinda te envía.

MARCELO. Pues no es paga con que espero  
que tu amor me satisfaga.

FENIS. Para mí, Justo, es la paga  
de más precio que dinero.

MARCELO. Yo tengo un billete escrito  
y lleva de quejas bien  
de aquel glorioso desdén,  
aunque me amargó infinito.  
Llevarásle este billete  
por respuesta del recado.  
Creo que se me ha olvidado  
en casa, sobre el bufete.  
Hazme el favor de espera-  
aquí, que yo le traire.

(Vase MARCELO.)

FENIS. Yo, señor, te esperaré.

LISARDO. ¿Es veras esto o jugar?  
¿De qué te sirvió, señora,  
esa costosa invención  
si tercias en su afición  
y llevas billete agora?  
¿Por Dios, Fenis, que andas linda?  
¿Esa es la traza y modelo  
para quitalle a Marcelo  
los amores de Lucinda?  
Si es traza, ella es traza nueva.  
Para casarte con él  
tercia y llévale el papel,  
que muy buen camino lleva.  
Ya que sucedió venderte  
a su padre, ¿no pudieras,  
sabiendo de ella las veras,  
de aquesa ocasión valerte,  
dando a Lucinda a entender  
que Marcelo la burlaba,  
y a Marcelo que ya estaba  
ella de otro parecer?

FENIS. Eso cansino llevara,  
que puede mucho un desdén;  
mas, Lisardo, ¿fuera bien  
que yo a Marcelo engañara?  
Mal conoces mi lealtad.  
Lisardo, do hay afición  
se paga una sinrazón  
con una buena amistad.  
Sin género de malicia,  
sufriré y tendré paciencia,  
porque mi fe y mi inocencia  
mirarán por mi justicia.

LISARDO. Si con esa confianza  
le sirves tú de alcahuete,  
al cuarto o quinto billete  
puedes perder la esperanza.  
Fenis, andas engañada,  
porque por serle fiel  
vendrás a perdello a él  
y tú quedar deshonrada.

FENIS. Bien me aconsejas en esto;  
pero déjalo a mi cargo,  
porque otra ocasión no aguardo  
mejor que ésta.

(Sale MARCELO.)

MARCELO. ¿Vuelvo presto?

FENIS. Tan presto, que me ha espantado.

MARCELO. Justo amigo, vesle aquí,  
y no has de perder de mí  
tu lealtad y tu cuidado.

FENIS. Yo tengo mucha esperanza  
de no perdello, señor.

MARCELO. Y yo por ti de mi amor  
tendré mucha confianza;  
y entiende, Justo, de mí  
que yo nunca te vendiera  
si ocasión no se ofreciera,  
como tú lo viste allí.  
Y pues vino tan a cuento  
por lo que me ha sucedido,  
de que así te haya vendido  
no estés, Justo, descontento;  
que al remate de mi ced (1)  
tan libre como yo eres,

FENIS. Señor, has (2) lo que quisieres,  
que yo te sirvo a merced.  
¿Mandas más?

MARCELO. Que la respuesta  
me traigas con brevedad.

FENIS. Con mucha facilidad  
si ella en darla fuere presta.  
Adiós, señores.

MARCELO. Adiós.

(Vase FENIS, y quedan los dos.)

Lisardo. ¿qué te parece?

LISARDO. Que el esclavillo merece  
más de lo que pensáis vos.

MARCELO. Vámonos, que con mi empresa  
saldré, con tan buena ayuda.

LISARDO. Si así va, no pongo duda.  
(Y por vos, Fenis, me pesa.)

(Vanse, y salen RUFINO y JUBERTO, lacayos.)

JUBERTO.

¿Puedes llevar, Rufino, di, a paciencia  
que un esclavo de ayer entrado en casa,  
no sé por qué, con un amor extraño  
nuestro amo Luciano y hija, hijo  
le estiman, acarician y regalan?

RUFINO.

Juberto, estoy de eso hecho un perro;  
que, como sabes tú, sirvo a Lucindo  
diez años hace hoy o poco menos,  
y de él no he recibido una palabra  
menos que "Ven acá", "haz esto", "¿hola?",  
y a este perro herrado advenedizo,  
con un alegre rostro, acariciándole,  
le dice: "Haz aquesto, Justo amigo",  
tomándole las manos y otras veces  
tomándole la barba de regalo;  
pues el viejo, dirás, puesto a la mesa,  
por momentos le da el mejor bocado.

JUBERTO.

Pues otra preminencia que me espanta:  
que gusta el viejo que el esclavo sólo  
entre en el aposento de Lucinda;  
y, plega a Dios, según el favor grande  
que con ella y con él el mulo tiene,  
no haga algún galguico dentro en casa.

RUFINO.

Merecerálo bien el viejo loco.  
Mira a qué eunuco da su hija en guarda  
o a qué dueña de tocas reverendas.

JUBERTO.

Rufino, yo no puedo ver aquesto:  
yo estoy corrido o, por mejor, celoso

(1) Como el autor era, a lo que parece, andaluz, escribiría así "sed".

(2) Así en el original.

del trato y la amistad que se le hace;  
yo me he de despedir.

RUFINO.

Si te despides,  
tampoco yo he de estar una hora en casa.

JUBERTO.

Pero ¿no es necedad perder un cómodo,  
por cosa que podemos remedialla,  
tan bueno como el nuestro?

RUFINO.

¿Qué remedio  
se puede dar a inremediables cosas?

JUBERTO.

Levantémosle a éste un testimonio  
para donde le azoten y le vendan.

RUFINO.

Para lo mucho que en la casa priva,  
si no es el testimonio de importancia,  
será cansarnos y quedar corridos.

JUBERTO.

Espera; si afirmamos que le vimos  
abrazado una tarde con Lucinda  
dentro de su aposento, ¿es de importancia?

RUFINO.

De mucha, si te atreves a jurallo.

JUBERTO.

Como atestigües tú, yo me prefiero  
a dar noticia de ello a Luciano.

RUFINO.

Pues yo de atestiguallo estoy resuelto.

JUBERTO.

Vente conmigo, y porque a punto estemos  
por que no se descubra la mentira,  
trataremos el día, cómo y cuánto.

RUFINO.

Yo torpe soy un poco de memoria;  
pero si lo repaso cuatro veces  
y ello se encaja aquí, pierde cuidado.

(*Vanse, y salen LUCIANO y el GOBERNADOR, padre de FENIS.*)

LUCIANO.

Señor Gobernador, pues ¿no hay indicios  
por donde sospechar se pueda adónde  
esta doncella fué de esa manera?

GOBERNADOR.

Indicios hay, señor, según me escribe  
mi hermano, que allá ha hecho diligencias,  
por donde se imagina que esta infame  
ha venido a Milán con un Marcelo,  
hijo de un mercader, porque le vieron  
pasearle la calle muchas veces  
y escritos le hallaron mil billetes.  
Toda la diligencia que es posible  
he hecho en la ciudad por dar con éste;  
pero permite el Cielo que no halle  
rastros ninguno de esta ingrata hembra,  
cuchillo de mi honra. ¡Ah, Cielo santo!  
Cuando pensé gozar la paga y premio  
con el contento de un honrado yerno,  
de su crianza y paternal trabajo;  
cuando mis ojos contemplar habían  
en ella los ausentes de su madre,  
con el retrato vivo de su rostro,  
su virtud y prudencia retratada,  
nace mi deshonor de donde habían  
de producir mil frutos de mi honra,  
al ojo ves[e] la notable infamia.

LUCIANO.

Señor Gobernador, no se apasione.  
Encomendallo a Dios es lo que importa.

GOBERNADOR.

Y El haga aquello que por bien tuviere;  
y pues que aquesta tarde no hay negocios  
que puedan estorbarme esta visita,  
quiero que la gocemos más despacio.

LUCIANO.

Entre vuesa merced; tengo un negocio  
para esta tarde de importancia mucha.  
Vuestra merced perdone, que supuesto  
otro día supliré esta falta.

GOBERNADOR.

Vuestra merced no deje su negocio,  
que yo doy la merced por recibida,  
y vea si hay algo en que servirle pueda.

(*Vase el GOBERNADOR.*)

LUCIANO. Mucho puede amor conmigo,  
pues mi intento ha sido y es  
encubrir por su interés  
su propia hija a mi amigo.  
¡Quién, Luciano, entendiera  
que por esclavo comprada  
tuvieras enamorada



que estuvo a pique de nuera!  
¿De qué sirve mi prudencia  
si con ella y con mi edad  
no pongo a mi enfermedad  
un poco de resistencia?  
Qué bien habla la razón  
en derecho de su dedo,  
si como aproballa puedo  
diera alivio a mi pasión.  
Bien me corrijo y me riño;  
mas de nada sirve luego,  
porque sigo un niño ciego  
que me tiene ciego y niño.

(Salen RUFINO y JUBERTO.)

JUBERTO. Señor, oye lo que pasa:  
sabrás por cosa muy cierta  
que a una maldad encubierta  
tienes dentro de tu casa.

LUCIANO. ¿Qué decís?

RUFINO. Que hay gran maldad  
y queremos declaralla  
por que puedas remedialla  
y entiendas nuestra lealtad.

JUBERTO. Ese esclavo que has comprado  
con tu hija trata amores  
en pago de los favores  
que siempre en casa le has dado;  
y priva tan a contento  
con ella el perro infiel,  
que abrazados a ella y él  
los vimos en su aposento.  
Desde el día que tuvimos  
de su maldad esta lumbre,  
por no darte pesadumbre  
hasta hoy te la encubrimos.  
Y por que el fuego no emprenda  
en ellos daño mayor,  
es bien lo sepas, señor,  
aunque el enojo te ofenda.

LUCIANO. ¿Que eso alcanzasteis a ver?

RUFINO. Vimoslo, y es cosa clara.

LUCIANO. (Malo, si no me costara  
que el bello esclavo es mujer.  
Esta es mentira y traición.  
Pero Lucinda, engañada  
podrá estar aficionada  
entendiendo que es varón;  
que su beldad lo merece,  
y, por no aclararse a ella,  
querrá dar a la doncella  
muestra de lo que padece.)

JUBERTO. (Ah, Rufino, ¿repasaste  
el cómo y adónde y cuándo?

RUFINO. Aquí lo voy repasando,  
¿En qué día me apuntaste?

JUBERTO. Un domingo por la siesta.

RUFINO. ¿Y estaban?...

JUBERTO. Sobre el estrado.

RUFINO. ¿Ella echada y él echado?

JUBERTO. Ambos.)

LUCINO. (Paréceme ésta  
invención, y si esto es cierto,  
tal vez sea lo que imagino.)  
¿Viste tú aquesto, Rufino?

RUFINO. Como lo vido Juberto.  
Pluguiera a Dios que aquel día  
que lo vi fuera enterrado,  
porque soy hombre quitado  
de cuentos y chismería.

LUCIANO. Yo bien pienso que es así;  
mas yo he de hacer una prueba  
de los dos, que no es muy nueva,  
mas muy conviniente aquí.  
Ponte, Juberto, a este lado,  
y tú, Rufino, a esta parte.

RUFINO. (El diablo lleve la parte  
sé de lo que ha estudiado.)

LUCIANO. (En aquesto quiero ver  
si se conforman los dos.)

RUFINO. (Viernes, no. ¡Válame Dios,  
yo lo echo todo a perder!)

LUCIANO. Dime, Juberto, ¿en qué día  
viste aqueso? Acaba, di.

JUBERTO. En un domingo lo vi,  
ya después de mediodía.

LUCIANO. Decime, Rufino, vos:  
¿en qué día fué esto?

RUFINO. Cierto  
que un día yo y Juberto  
lo vimos ambos a dos.

LUCIANO. No pregunto aqueso, no.  
¿Qué día fué?

RUFINO. Ya lo he entendido:  
en el día que él lo vido  
en aqueése lo vi yo.

LUCIANO. A enojo en eso me mueves.  
¿Qué día fué cuando allí entrastes?

RUFINO. O era lunes o era martes,  
u era miércoles o jueves.

LUCIANO. (Ello va cual yo recelo.)  
Cuando los viste abrazados,  
¿estaban en pie o sentados,  
en la cama u en el suelo?

JUBERTO. Vimoslos muy claramente  
sobre el estrado los dos,  
y al punto que quiso Dios  
que entrásemos de repente,  
el esclavo se escondió;  
y ella, en verse salteada,  
colérica y enojada  
por la puerta nos echó.  
Volvímonos a salir...

LUCIANO. ¿Tal pasa, Cielo divino?

JUBERTO. Señor, ahí está Rufino.  
no me dejará mentir.

LUCIANO. ¿Rufino?

RUFINO. ¿Señor?

LUCIANO. Al punto  
me cuenta lo que dijiste.  
¿Adónde y cómo los viste?

RUFINO. Dirélo punto por punto.  
¿Halo dicho ya Juberto?

LUCIANO. Como lo pinta lo sé.

RUFINO. Agora verá vuecé,  
por lo que digo, si es cierto.  
Mas paréceme, señor,  
que lo podemos dejar,  
porque es infamia escarbar  
mucho en las cosas de honor.  
Haz a ese esclavo vendello  
y no escarbes más ni caves,  
que basta aquesto que sabes  
sin saber más para hacello.

LUCIANO. (Con consejos me entretiene.)  
Decíme, Rufino, vos  
cómo vistas a los dos;  
yo sé lo que me conviene.

RUFINO. Ansí, pues, yo lo diré.  
A ese esclavo y a mi ama  
los vide sobre la cama  
cuando con Juberto entré.

LUCIANO. ¿Echados?

RUFINO. Mi señor, no,  
sino delante sentados;  
pero estaban abrazados,  
que lo vi muy cierto yo.

LUCIANO. ¿Qué hicieron, vista la entrada?

RUFINO. Levantóse el esclavillo  
turbado, el rostro amarillo,  
y dijo: "¿Qué hay, camarada?"  
Dije: "Ya lo puede ver."  
Y ella escondiase al punto,  
y él, como he dicho, difunto,  
dijo: "Vamos a beber."  
Sacónos y, con amor,

echó ocho de lo bueno,  
pensando que tenía freno,  
con un traguillo, a su error.  
Y pues lo quisiste oír,  
esto pasa y esto es cierto,  
y si no, ¿no está ahí Juberto?  
¿Hame de dejar mentir?

LUCIANO. (Aquesta es grande maldad,  
y no sé con qué intención  
han urdido esta traición  
con tanta facilidad.)  
Así, amigo, ¿que eso pasa?  
¡Ingratos, falsos, traidores,  
traidores infamadores  
de la honra de mi casa!  
Con vosotros hablo, ¿oís?  
¿Pensáis que no echo de ver  
el modo de proceder  
con que esa traición urdís?  
¿Qué pensábades sacar  
de una maldad como aquésta  
tan torpemente compuesta  
que ella os vino a condenar?  
Aquesto os movió quizá  
un deseo de mi afrenta,  
y hicistes mal la cuenta.  
que sobre los dos cairá.

JUBERTO. (Confesallo nos conviene.)  
Esta es mentira, señor;  
que envidiosos del favor  
que este esclavo en casa tiene,  
entre los dos ordenamos  
aqueso que te dijimos.

RUFINO. Señor, perdón te pedimos,  
que como necios erramos:  
que por que echaras de casa  
al esclavo se hacía.

LUCIANO. ¡Donosa bellaquería!  
Levantá, que si otra os pasa  
redundará en vuestra afrenta.  
Y de esto que ha sucedido  
no me deis a hombre nacido,  
en burlas ni en veras, cuenta.

RUFINO. Nacido ni por nacer  
no sabrá cosa, señor.

LUCIANO. Por tocar esto a mi honor  
esta vez así ha de ser.  
(Vasc.)

RUFINO. Bueno va, Juberto amigo.

JUBERTO. Muy bien, Rufino, ha salido;  
pero yo lo he merecido  
en envolverme contigo.

RUFINO. ¿De qué pone ese entredicho?  
 JUBERTO. ¿De qué? Pues ¿tienes disculpa?  
 RUFINO. Pues ¿de qué tengo yo culpa?  
 ¿No dije todo mi dicho?  
 JUBERTO. Harto necio, torpe y bajo,  
 pues que nos echó a perder.  
 RUFINO. Vamos, Juberto, a beber  
 y échese este enojo abajo.

### JORNADA TERCERA

(Sale FENIS.)

FENIS.

¿No es bueno que Lucindo,  
 hijo de Luciano,  
 ha venido también a conocerme,  
 y el padre, que es lo lindo,  
 trabaja, y es en vano,  
 para en gustos de amor entretenerme?

Y Lucinda traerme,  
 tras ponerme los cuernos,  
 al lado por tercera,  
 y yo que a todo quiera  
 tierna con vellos tiernos  
 acudir sin engaño  
 y por hacerles bien hacerme daño.

Adiós, firmeza ciega;  
 adiós, lealtad dañosa;  
 adiós, verdad, de pocos estimada,  
 que vuestra fe me ciega,  
 y si soy más temosa  
 quedaré sin Marcelo y deshonrada.

De hoy más, pues si engañada  
 quiero engañar a todos  
 y salir con la mía.

No viene de los godos,  
 porque el de más pujanza  
 es el que por engaños más alcanza.

Lucinda está resuelta  
 de salir con Marcelo,  
 y para aquesta noche concertados.  
 Yo armaré una revuelta  
 que, si me ayuda el Cielo,  
 he de llevar a puerto mis cuidados.

Cielo, fortuna y hados,  
 cansaos de perseguirme,  
 pues con tanta paciencia  
 sufro vuestra inclemencia;  
 a todo estoy tan firme,  
 que nunca me han mudado  
 los golpes inclementes que me han dado.

(Entra LUCINDO, su hermano, solo.)

LUCINDO. Dos cosas ha descubierto  
 el amor entre los dos:  
 una, que sois Fenis vos;  
 otra, que me tenéis muerto.  
 Y lo que dije primero  
 claro está que sois mujer,  
 que en vos se os echa de ver,  
 como en mí lo bien que os quiero.

FENIS. ¿Cómo? ¿Todavía os dura,  
 señor, ese frenesí?

LUCINDO. Donaire hacéis de mí,  
 pues que juzgáis por locura  
 que os adoro.

FENIS. Yo soy hombre.

LUCIANO. ¡Pluguiera a Dios que lo fueras  
 y que todo lo tuvieras  
 como el traje y como el nombre!  
 ¿Quién a la Naturaleza  
 por torpe no la juzgara  
 si diera a un hombre una cara  
 de ese donaire y belleza?  
 Y cuando cara tan bella  
 [a] un hombre el Cielo le diera,  
 ¿qué inhumano permitiera  
 echalle hierros en ella?  
 Según los desdenes fieros  
 y baste aquesto a obligaros,  
 que amor que me mostró amaros  
 me ha mostrado a conoceros.  
 Y si toda esta razón  
 a creerme no os obliga,  
 quiero, Fenis, que lo diga  
 una devota estación  
 que hice a Génova la vez  
 que os vi con ese vestido,  
 y con semblante fingido  
 nos engañastes después.  
 El que aquesto caminó  
 solamente por gozaros,  
 ¿fingirá en sinificaros  
 lo que os sinifico yo?  
 Y quien llevó por tercero  
 a vuestro padre y el mío  
 y en cartas a vuestro tío  
 lo que yo os quise y os quiero,  
 ¿burlaba veras, quimeras,  
 muy sin qué ni para qué?  
 Quimeras eran de fe  
 y burlas más que de veras.

FENIS. En gran confusión me ha puesto  
 ver tu amor tan verdadero;

mas ¡ay! que otro sin tercero  
llegó, Lucindo, más presto.  
Como todo aquesto entiendas,  
imposible es yo creer  
que tú con ese querer  
casar conmigo pretendas.  
Porque esas cosas me infaman.  
y los hombres de valor  
estiman más el honor  
que el gusto de lo que aman.  
Y así, amar gran yerro es  
aquésta que dos se puso  
por uno que la dispuso  
a fingir lo que no es.

LUCINDO. Bien sé, Fenis, entender  
que el hierro que miro aquí  
que no se puso por mí  
y que nació de querer;  
pero a mí me satisface  
amaros, Fenis, con él.  
que no ha de parar en él,  
si es hierro, quien yerro hace.

(Entra LUCIANO, solo.)

LUCIANO. Un amigo tuyo ahí  
te busca.

LUCINDO. ¿Quién puede ser?  
(Vase.)

LUCIANO. Corre, velo tú a saber.—  
Por que se fuera de aquí  
lo hice, Fenis hermosa,  
que ando muy desconsolado  
sin vos y con mi cuidado.

FENIS. Otra afición más graciosa.

LUCIANO. Fenis, por mi mal comprada,  
¿no te ablanda mi dolor?

FENIS. No trates, señor, de amor,  
que es eso cosa excusada.

LUCIANO. Di qué cosa puede haber  
si el amor no me ha excusado.

FENIS. Por esclavo me has comprado.  
Si soy acaso mujer  
no quiero que trates de ello  
ni de que lo soy te acuerdes;  
y mira, señor, que pierdes  
mucho honor tratando en ello.

LUCIANO. Mira que el amor me fuerza  
y atreve esta liviandad.

FENIS. Sé que amor es voluntad,  
y en la voluntad no hay fuerza.

LUCIANO. ¿No te hizo fuerza a ti  
y te sacó de tu casa?

FENIS. Mi voluntad fué la brasa  
con que ese fuego encendí,  
que no lo hiciera sin ella;  
y puedes, señor, creer  
que si falta en la mujer  
es por demás pretendella.

LUCIANO. Al fin, que vine a comprar  
mi muerte en comprarte a ti.

FENIS. No mueras, señor, por mí.  
¿No lo puedes tú excusar  
con tu sabio entendimiento  
y con tu buena razón?

LUCIANO. ¿No ves que sobra afición  
ya y falta sufrimiento,  
y que un punto no sosiego,  
que me abrasa tu beldad?

FENIS. Con tantos años de edad  
¿hay tantas llamas de fuego?

LUCIANO. Fenis, muéstrate piadosa.

FENIS. Suelta la mano, señor.

LUCIANO. Muéstrate tan tierna, amor,  
cuanto tienes de hermosa.

(Entran JUBERTO y RUFINO.)

RUFINO. (Juberto, escucha. ¿No ves  
retozando a Luciano  
con su esclavo?

JUBERTO. Y de la mano  
le está haciendo...

RUFINO. Escucha, pues.)

LUCIANO. Sosiégate un poco agora,  
que poco ha que estoy aquí.

FENIS. Paréceme un año a mí.

LUCIANO. A mí un momento, no ha un hora.  
Muéstrame ese alegre gesto.

FENIS. (No se puede esto llevar;  
yo me quiero aventurar  
y dar al traste con esto.)

JUBERTO. (¿Entiendes algo, Rufino?

RUFINO. No, si más no nos llegamos.)

FENIS. Señor, pues solos estamos,  
aclararme determino.  
Yo nunca jamás creí  
que tan de veras me amabas,  
y por pensar que burlabas  
me burlaba yo de ti.  
Y agora que echo de ver  
cuán verdadero es tu amor,  
me doy por tuya, señor;  
mas una cosa has de hacer.



En tu casa hay un criado  
que, sospechando quien soy,  
se me ha descubierto hoy  
que está de mí enamorado.

Y porque me amenazó,  
si a su intento no acudía,  
que en casa publicaría  
à voces quién era yo,  
fingí un semblante contento  
y dije: "Cierta me tienes  
si esta noche al alba vienes  
en secreto a mi aposento."  
Fuése, y muy regocijado,  
diciendo que acudiría.

LUCIANO. Pues por vida tuya y mía  
que ha de ir bien apaleado.

RUFINO. (Yo no oigo nada, Juberto.

JUBERTO. No sé agora qué me oía  
de "por vida tuya y mía".

RUFINO. Guarda, fuera; algún concierto  
hacen. Lleguémonos más.)

LUCIANO. Digo que lo haré, amor.

FENIS. Tenme por tuya, señor,  
si [a] aquéste palos le das.

RUFINO. (Agora oigo a contento.)

LUCIANO. El Cielo me desampare,  
amor, si no le esperare  
hasta el día en tu aposento.

RUFINO. (Según aquello, Juberto,  
concertado tienen de ir  
a su aposento a dormir.

JUBERTO. Fuego en aquese concierto.

RUFINO. Y si de esta suerte va  
no estaré yo más aquí.  
porque comenzará allí  
y vendrá a acabar acá.)

(Entra LUCINDO, solo.)

LUCINDO. (Sin duda que se burlaba  
mi padre, y no sé por qué;  
ninguna persona hallé  
ni por mí se preguntaba.)

JUBERTO. (Ruñno, vente tras mí  
antes que te vea Lucindo.

RUFINO. Vamos.)

(Vanse.)

LUCINDO. (¿No será muy lindo,  
para que nos deje aquí,  
engañalle con su engaño?)  
El que por mí preguntaba  
dice que a ti te buscaba.

LUCIANO. No es yerro ese tan extraño.

LUCINDO. Mira, señor, que te espera.

LUCIANO. No pienso quién podrá ser.

(Vase.)

LUCINDO. (Burlóme, y quise volver  
con su burla a echarle fuera.)

FENIS. (Por el siglo de mi padre  
que me he de burlar de Amor,  
y viene a cuento el favor  
que agora le di a su padre.)

LUCINDO. Algún secreto tenía  
mi padre, Fenis, con vos.

FENIS. Creo que a una estáis los dos  
para la desdicha mía.

LUCINDO. ¿Cómo así?

FENIS. Y tengo sospecha  
de que entre los dos, por gusto,  
sobre la capa del justo  
no tengáis apuesta hecha.

LUCINDO. ¿Luego mi padre ha entendido  
que sois mujer?

FENIS. Tan de veras,  
que vendré a partir las peras  
con mi amo, de atrevido.  
Por evitar su tormento,  
mientras saliste a la calle  
le di palabra de hablalle  
esta noche en mi aposento.

LUCINDO. ¿Que en eso da el viejo loco?  
Pero di, ¿cómo alcanzó  
tanto en tan poquito, y yo  
en tanto tiempo tan poco?

FENIS. Pocas liebres has echado,  
Lucindo, si eso te espanta.

LUCINDO. Sí me espanta y más me encanta.  
¿Cuán mal, Fenis, me has pagado!

FENIS. ¿Piensas que soy ya su amiga  
y que entrará en mi aposento?  
Esto fué un comediemento,  
y ya sabes que no obliga.

LUCINDO. Pues ¿qué has de hacer ahí?

FENIS. Irme a tu aposento a estar  
y al mío tú en mi lugar  
al viejo aguardes por mí.

LUCINDO. ¿Por Dios, donosa invención!  
¿De qué puedo yo servir?

FENIS. Si queréis, Lucindo, ir,  
será muy puesto en razón.  
Al punto que le veáis,  
y aun él de veros se asombre,  
le diréis como en mi nombre

LUCINDO. ha mucho que le esperáis.  
Sin duda os queréis burlar  
de mí, tras serme cruel.  
¿Qué he de hacer yo allí con él?

FENIS. Si no queréis escuchar  
no os podré aclarar mi intento.  
Tras de aquesto le diréis  
que encerrada me tenéis  
dentro de vuestro aposento;  
y por tenerme amistad  
conmigo os habéis casado,  
y él, corrido y espantado  
por saber si esto es verdad,  
vendrá donde yo estaré  
y delante de él diréis  
que por mujer me tenéis,  
y yo lo mismo diré.

El quedará satisfecho  
y yo con vos desposada.  
y mi honra asegurada  
y seguro vuestro hecho.  
LUCINDO. ¿Que por todo ese orden quieres  
darme, Fenis, tal favor?

FENIS. Con esto hago, señor.  
lo que quiero y lo que quieres.  
Con esto hago tu gusto  
y a tu padre desengaño,  
y yo sin temor de daño  
do a mi esposo lo que es justo.

LUCINDO. Es traza curiosa y alta  
con que todo se resuelva.  
FENIS. Antes que tu padre vuelva  
me voy de aquí.

LUCINDO. No haya falta.

FENIS. Si no la hay de tu parte,  
de la mía no la habrá.  
De quien palabra te da.  
Lucindo, puedes fiarte.

(Vase FENIS.)

LUCINDO. Basta, que de escarmentada  
se ha hecho esta dama artera,  
Ella quiere ser casada;  
mas a mí; aunque más la quiera,  
ser su esposo no me agrada.  
Porque, como ella apuntó,  
vendré a ser muy necio yo  
y dino de gran deshonra  
en echarme a cuestras honra  
que tan mal ella guardó.  
Por lo que tiene de hermosa  
y lo que amar me fatiga

hiciera cualquiera cosa  
respeto de ser amiga  
y no respecto de esposa.  
Mas muy a cuento ha venido  
aquesto que tiene urdido,  
pues quito a mi padre de ella  
y hago mi gusto en ella  
con título de marido.  
Porque aunque su amor me ofusca  
y ella a su gusto lo aliaña,  
no más que mi gusto busca,  
porque para más no es viña  
ni tiene más que rebusca.

(Vase, y sale RUFINO y JUBERTO.)

JUBERTO.

Muy bien viste el torpe viejo  
el concierto que hizo con su esclavo.

RUFINO.

Con oílo, tan bien sospecho, Juberto, (1)  
que fué algún sueño que soñé esta noche.  
¿Es posible que un viejo tan compuesto,  
de tanta autoridad y prendas de honra  
tan infame y civil pecado intente?  
Nunca creyera tal de Luciano.  
Al fin, Juberto, no sin causa eran  
las caricias que el viejo le hacía  
y la privanza grande del esclavo.

JUBERTO.

Aun esto también fué quizá la causa  
por donde no creyó nuestra mentira;  
y ten por cierto que si acaso el viejo,  
como ha mostrado, no le amara tanto,  
que él nos creyera y dentro de una hora  
diera con el esclavo en el mercado.  
¿Quieres que nos vengamos del afrenta  
que tú y yo aquese día pasamos?

RUFINO.

¿Y de qué suerte, Juberto?

JUBERTO.

¿De qué suerte?

Con subirnos los dos en el terrado,  
de donde todo el patio señorea  
y aun se parece bien toda la calle,  
y al mismo punto que salir veamos  
a lo que tiene concertado el viejo,

(1) Verso largo. Hay que leer "Huberto", y no "Juberto", como está escrito.

iremos avisar a la justicia  
y cogerálos juntos.

RUFINO.

Mala burla.

JUBERTO.

¿Merece otra tan notable ofensa  
como se hace a Dios en casos tales?

RUFINO.

Dices, Juberto, bien, y te prometo  
de ayudarte esta noche.

JUBERTO.

Calla y sígueme.

(*Vanse, y sale LISARDO y MARCELO.*)

MARCELO.

Lisardo amigo, venturoso he sido.  
Lo que error pensé salió acertado,  
pues ya una carta Justo me ha traído.

En el alma sentí verlo apartado  
de mí por lo que sabe y lo que atiende. (1)

LISARDO.

Bien ese sentimiento te ha pagado.  
(Pues tan de veras en el remedio entiende,  
que habrá por causa suya de acabarse  
lo que Marcelo de su amor pretende.)

Mas ¿no fué atrevimiento confiarse  
Lucinda luego de él?

MARCELO.

Lisardo, aque-  
so tiene disculpa con que disculparse.

Que si la venta supo y el suceso  
que con su padre me pasó aquel día,  
antes anduvo muy discreta en eso.

Que de verlo vender sospecharía (2)  
que lo vendía para el propio efecto  
y que era traza y ordenanza mía.

Vuestra disculpa es y te prometo  
que ver en los principios tal ventura  
tuve del caso luego buen conceto.

LISARDO.

Y ¿qué te envía a decir?

(1) En el original, "entiende".

(2) Enmendado el "sospecharía", antes "se sospechara"; pero no se borró el "se", con lo cual el verso y el sentido quedaron mal.

MARCELO.

Que hay coyuntura  
de entrar aquesta noche en su aposento.

LISARDO.

Admírame de ver tanta blandura.

¿Qué piensas tú hacer y qué es tu intento?

MARCELO.

Entrar, Lisardo, y recibir las prendas  
para tener más cierto el casamiento.

LISARDO.

Dete el Cielo favor con lo que emprendas;  
pero, Marcelo, verte así casado  
no me da gusto, quiero que esto entiendas.

No porque el padre no es en sumo grado  
tan noble y rico como ya sabemos  
y en sangre y parentesco aventajado,  
sino porque es razón que nos casemos  
con voluntad de nuestros padres.

MARCELO.

Presto  
querrás poner a mi negocio extremos.

Lisardo, no me trates mal en esto,  
especialmente si apartarme quieres  
de esta gloria y bien tan manifiesto.

LISARDO.

Marcelo amigo, haz lo que quisieres,  
ya te lo dije, y es la vez primera,  
y no secundaré, pues tanto mueres.

MARCELO.

Haráslo, amigo, así de esa manera,  
que en cosas que tocan a tu gusto  
de aque- esa misma suerte lo ficiera.

LISARDO.

Digo que lo haré y que es muy justo  
que, siendo dos amigos como hermanos,  
el uno al otro dé contento y gusto.

MARCELO.

¿No traía el billete ahora en las manos?

LISARDO.

Mira si en la posada le dejaste.  
(Basta, que mis intentos salen vanos.

Di, necia Fenis, di si profesaste  
poner en este amor inconveniente,  
¿por qué aqueste billete no rasgaste?)

MARCELO.

Lisardo, no le hallo, y al presente sospecho le dejé sobre una mesa. Espera aquí, que poco estaré ausente.

(*Íase MARCELO y queda LISARDO.*)

LISARDO.

Marcelo amigo, si tu bien me pesa es porque Lucinda triunfa de mi vida (1) y rabio por quitarte aqueça presa.

Pero, Fenis cruel, si tu venida fué por quitar a tu Marcelo de ella, ¿qué billete fué aquéste y qué traída?

De celos muero y rabio ya por vella. Lo que ha de desatar compone y ata; su infamia busca y gusta de tenella.

(*Sale FENIS.*)

FENIS.

Lisardo, ¿qué se hace, qué se trata?

LISARDO.

¡Por Dios, Fenis, que andáis muy avisada! ¡Muy bien el nuevo amor se desbarata!

Mas débeseos de dar muy poco o nada, que bien se echa de ver en el cuidado con que el billete dais y la embajada.

FENIS.

Lisardo, justamente me has culpado saber por él lo que hay.

LISARDO.

¿No lo supiste?

FENIS.

No, porque, como viste, iba cerrado.

LISARDO.

Sabrás que por tu mal se lo trujiste y por tu mal malhaya la traída y aun la hora y momento en que lo diste.

FENIS.

Lisardo, ya me tienes suspendida. Si sabes lo que hay, dímelo presto, que remedio tendrás si tengo vida.

LISARDO.

Escribe que a las doce venga al puesto donde suele hablar y entrará en casa, y quiere con amor echar el resto.

(1) Verso largo. También el anterior dice "si de tu".

Mira lo que será si ella se abrasa como lo pinta en el papel que vía y él de abrasado ya está hecho brasa.

FENIS.

Extraño amor, extraña fantasía. Lucinda lo hará, Lisardo amigo; mas halo de impedir la traza mía; por la cual a Lucinda yo me obligo de engañalla esta noche y de traella a mi aposento, donde esté contigo.

Fingiéndote Marcelo, harás con ella que, cuando venga a estar desengañada, tengas en tu poder lo mejor de ella.

Y yo, a esa misma hora señalada, fingiendo ser Lucinda con Marcelo, las faltas supliré de la engañada.

LISARDO.

Galana traza es esa. Quiera el Cielo darnos ayuda para aqueçe trance.

FENIS.

De ese sólo, Lisardo, me recelo.

Y por que vaya más fundado el lance, diréle que a las doce venga al puesto, por que viniendo tarde no te alcance.

(*Sale MARCELO con el papel.*)

MARCELO.

Ya le hallé, Lisardo. ¿Vuelvo presto?— Justo, ¿qué hay por acá?

FENIS.

Vuelvo a avisarte, para que no haya algún descuido en esto.

Hasta las doce puedes descuidarte, porque a las doce en punto mejor hora para lo que te escribe de su parte.

MARCELO.

¡Oh, Justo amigo! Dile a mi señora que al punto de las doce seré cierto.

FENIS.

No hay más de qué avisarte por agora, sino que será cierto su concierto si tú no haces falta.

MARCELO.

¿Falta, amigo?

No la verás si acaso no soy muerto.

FENIS.

El Cielo quede, mi señor, contigo.



MARCELO.

Mucho me obliga, Justo, ese cuidado,  
y no lo has de perder de mí, te digo.

LISARDO.

Basta, que el esclavillo me ha importado;  
en buen hora, Marcelo, le compraste.

MARCELO.

Y en mejor le vendí bien descuidado.

LISARDO.

Vamos de aquí, pues ya el papel hallaste.

(*Vanse, y entra LUCINDA sola.*)

LUCINDA.

Dí, Lucinda, el honor y el ser honrada  
no corresponde al intentado hecho  
ni cabe en la nobleza de mi pecho  
ser donde hay que pensar determinada.

Buena razón. Más vale poca o nada;  
que el pecho que de amor está deshecho,  
rompiendo por las leyes del derecho  
a su albedrío hace el alma osada.

¿A qué honor, a qué honra o señorío  
no has hecho, niño Amor, hacer mudanza  
del pecho más honrado y más prudente?

¡Oh, amor gigante; oh, caudaloso río.  
que si de madre sales no hay pujanza  
que resista el caudal de tu corriente!

(*Entra FENIS, sola.*)

FENIS. Muy sin falta, mi señora,  
vendrá esta noche Marcelo.

LUCINDA. ¡Oh, mi Justo! Gran consuelo  
me ha dado tu vista agora,  
porque estaba recelosa  
no te hubieses descuidado.

FENIS. No he tenido otro cuidado  
porque me va alguna cosa.

LUCINDA. ¿Hate acaso prometido  
Marcelo la libertad?

FENIS. Y con gran seguridad  
si viene a ser tu marido.

LUCINDA. De mi parte te la ofrezco,  
y la mereces muy bien.

FENIS. El Cielo, señora, es quien  
sabe si yo la merezco.

LUCINDA. ¿Cómo te parece a ti  
que este negocio hagamos?

FENIS. Que a media noche le abramos  
y éntre, me parece a mí.

LUCINDA. ¿Atreveráste tú a abrir?

FENIS. Con grande facilidad  
habrá esa comodidad.  
idos todos a dormir.

LUCINDA. Y para que más nos cuadre,  
¿adónde estará a contento?  
Ya sabes que a mi aposento  
se entra por el de mi padre.

FENIS. Al de Lucindo os iréis,  
que hoy duerme fuera de casa.

LUCINDA. Digo que es muy buena traza.

FENIS. Y para que os descuidéis  
andaré yo hecho espía  
yendo y viniendo a la puerta.  
para tenella más cierta  
por que salga antes del día.

LUCINDA. ¿Cuándo, dí, te pagaré  
traza tan bien ordenada?

FENIS. (Cuando te halles burlada  
y como yo me hallé.)

LUCINDA. Pues ya se va haciendo hora,  
mi Justo, no os descuidéis.

FENIS. En todo, como veréis,  
estaré a punto, señora.

(*Vase LUCINDA sola.*)

FENIS.

Ya, sol, tu claridad me importuna;  
venga la escuridad, la noche venga,  
que en ella pienso dar sin falta alguna  
a cada amante amor que le convenga.  
Cielo, ayúdame, y vos también, fortuna,  
por que mi traza fin dichoso tenga,  
y no miréis a que a Marcelo engaño,  
pues es daño que evita mayor daño.

(*Vase FENIS, y suben al terrado RUFINO y JUBERTO.*)

JUBERTO. De aquí hemos de atalayar,  
Rufino, que está muy bueno.

RUFINO. En efecto, que al sereno  
esta noche hemos de estar.

JUBERTO. No hay lugar que mejor halle  
para lo que pretendemos,  
porque desde aquí podemos  
juzgar el patio y la calle.

RUFINO. ¿Quién me trujo a andar a mí  
por terrado y por terrada,  
jurisdicción aplicada  
a un gato y a un albañí? (1)

(1) Pronunciación andaluza.

Plega a Dios que no alborotes algo con este concierto, con que Rufino y Juberto lleven docientos azotes.

JUBERTO. Digo que la traza es brava. Encomendémoslo a Dios.

RUFINO. ¿No parecemos los dos atalayas de almadraza? Escucha, Uberto, (1) ¿no ves hacia el patio un hombre?

JUBERTO. No.  
Un pilar sí veo yo.

RUFINO. Es verdad, un pilar es.

JUBERTO. ¿Son las once?

RUFINO. Ya son dadas.

JUBERTO. Mira hacia el corredor: ¿qué es aquéllo?

RUFINO. Pecador, son dos sábanas colgadas.

JUBERTO. Todo se me antoja ya que es el viejo que deseo.

RUFINO. ¡Hola, Uberto! (1) Un hombre veo venir por la calle acá. ¿Veslo?

JUBERTO. Sí, y aun se ha parado solo y sin compañía alguna: ayúdale su fortuna. Será algún enamorado.

(Entra LISARDO.)

LISARDO. De una gloria soberana hoy enriquezco el deseo; pero ya es hora y no veo cosa alguna en la ventana.

(Salen a la ventana FENIS y LUCINDA.)

FENIS. No es tan tarde, mi señora, ni hase mucho detenido.

LUCINDA. Si es aquél, presto ha venido.

LISARDO. Lucinda y mi gloria. ¿es hora?

RUFINO. (Esta es otra; escucha. Alberto, (2) que a casa llega a hablar.

JUBERTO. Amores son, no hay dudar. (3) Otro bajo hay descubierto.)

LISARDO. Ella es. allegar quiero.

FENIS. Señora, aguarda, ¿no ves a Marcelo?

LUCINDA. Amigo, ¿él es?

FENIS. ¿Ce? ¡Qué digo! Caballero, ¿a quién busca?

LISARDO. A vos, señora.

FENIS. (El es. ¿Qué quieres que hagamos?

LUCINDA. Justo amigo, que le abramos.)

FENIS. Aguarde un poquito agora.

JUBERTO. ¿Oíste?

RUFINO. No pude oír.

JUBERTO. Rufino, tampoco yo; mas la ventana cerró, y pienso que le va abrir.)

LISARDO. Fortuna, dame favor, que si de Lucinda gozo soy el hombre más dichoso que ha habido en suertes de amor.

JUBERTO. ¿Que Lucinda tiene amores?

RUFINO. ¡Admirado estoy, por cierto!

RUFINO. ¿No ves que la noche, Huberto, es capa de pecadores?)

(Abre FENIS la puerta y mete de la mano a LISARDO adentro.)

FENIS. Entre quedo y hable poco, y eso con mucho cuidado.

JUBERTO. ¿No viste cómo se ha entrado?

RUFINO. Digo que me torno loco.

JUBERTO. Mira la moza si teme, pues lo mete dentro en casa.

RUFINO. Si el padre, viejo, se abrasa, ¿es mucho que ella se queme?

JUBERTO. Rufino, este es buen amor, y yo envidia le tuviera.

RUFINO. Mas que no es la vez primera que entra en casa este señor. ¡Quién se la ve, la doncella, doncella del colodrillo! Siempre aquel rostro amarillo me pareció mal en ella. Reniega tú de mujer que se come medio jarro, que no lo hace por el barro, sino por dar a entender que la barriga es bacera, (1) y con enfermo color entra a curalla el dotor y sánala la partera.

JUBERTO. Escucha, que vuelve a abrir otra vuelta la ventana.

(1) Nótese la distinta forma que se da a este nombre, según se aspira o no la H de Huberto.

(2) Así en el original: pero claro es que se trata de Juberto, Huberto o Uberto.

(3) En el original, "andar".

(1) Quiere decir "vasera", porque ceceaba el poeta o el copiante.

(Aparece a la ventana FENIS vistiéndose de mujer.)

FENIS. Aquesta ropa galana  
me cumple agora vestir;  
que puesta, sin duda alguna,  
podré, pues que soy mujer,  
a Lucinda parecer.  
Favoréceme, fortuna,  
que si tengo el favor tuyo,  
de mi firmeza confío  
que he de ganar lo que es mío  
y a Lisardo dar lo suyo.  
Clavo y ese, no hay lugar  
de estar ya en mi poder,  
que como os pude poner  
os puedo agora quitar.

JUBERTO. (¿Oyes?)

RUFINO. Oigo, mas no entiendo.

JUBERTO. Ni yo he podido entender.

RUFINO. Con el galán debe ser  
la plática, a lo que entiendo.)

(Entra MARCELO.)

MARCELO. Con qué gusto un amador  
a un peligro se abalanza,  
y más cuando su esperanza  
le promete algún favor.  
Amor ha hecho atreverme  
a lo que Lucinda ordena:  
si me pierdo, suerte es buena  
en tal ocasión perderme.

JUBERTO. (Mira, otro enamorado.

RUFINO. Veamos adónde va.

Por Dios, Alberto, que está  
todo el barrio enficionado.)

FENIS. (Sin duda es este Marcelo.  
Cumpliendo voy mi deseo.)

MARCELO. (Parece que un bulto veo,  
y parece que es mi cielo.)

RUFINO. (A la ventana ha llegado.  
No hay casa para dos.)

MARCELO. Ah, mi Lucinda, ¿sois vos?

FENIS. Sí, y esperando os he estado.  
Entrá, que ya bajo allá.

MARCELO. Espero que me aviséis.

FENIS. Entrá, señor, bien podéis,  
que la puerta abierta está.

(Entrase dentro.)

JUBERTO. Entrado se ha.

RUFINO. ¡Santo Dios!

La que más que un galán cobra  
a fe que ha cortado obra  
donde cosen más que dos.

JUBERTO. Digo que no hay que fiar.

RUFINO. De día atrancar la puerta  
y a media noche está abierta  
como escuela de danzar.

JUBERTO. Su honra de hoy más no alabo.

RUFINO. Ahora no puedo creer  
que entran por esta mujer,  
sino que el viejo y su esclavo  
meten esta camarada,  
y han dado a Bercebú.

JUBERTO. ¿No oíste a Lucinda tú?

Tu sospecha no me agrada;  
que está con tal aparejo  
no es mucho que haga esto.

RUFINO. Para echar agora el resto,  
fuera bien salir el viejo.

JUBERTO. ¿Cómo el viejo? Espera un poco.

¿Veslo? Viene. ¿No lo ves?  
¡Mal empleada vejez!

RUFINO. ¡Viejo torpe, viejo loco!

JUBERTO. Por el portal se metió.

RUFINO. Al esclavo va derecho.

JUBERTO. Ya no me sosiega el pecho.  
Vamos al punto tú y yo  
a la justicia a llamar.

RUFINO. Y cuando preso se lleve,  
por seis reales que me debe  
le tengo hacer embargar.

(Vanse, y sale FENIS cubierto el rostro, y MARCELO, solos.)

MARCELO. No es razón que esté encubierto,  
Lucinda, ese rostro hermoso  
al que ha sido tan dichoso  
que le hayáis la puerta abierto.

Descubrí, no deis en eso,

que yo conozco, creed,

que me hacéis mucha merced,  
pero es grande el contrapeso.

¡Sospecho que estáis corrida  
de haberme subido a tanto,  
y que aquesto os tenga a canto  
de estar de ello arrepentida.

Mas yerro en sospechar  
que la que tan bien entiende  
lo que Marcelo pretende  
puede arrepentida estar.

Descubrí, Lucinda mía,  
no me mate este deseo.  
que si yo ese rostro veo  
no echaré menos el día.

FENIS. Veslo aquí, falso, cruel:

ese es quien te abrió la puerta;  
 tu fe viva y tu fe muerta  
 verás contemplando en él.  
 Aquí verás quien tñ eres,  
 cruel Marcelo, y quien yo he sido;  
 veráste en él fementido  
 y a mí ejemplo de mujeres.  
 Mira si por ti imitó  
 Fenis el fénix del cielo,  
 pues con tus llamas, Marcelo,  
 el ser de mujer perdió.  
 Más le valiera morir  
 si agora por te querer  
 cual fénix vuelve a su ser,  
 pero no para vivir.  
 ¿Para aquesto te partiste?  
 ¿Para aquesto me engañaste?  
 ¿El seguro es que dejaste?  
 El te dé la fe que diste.  
 Amas a Lucinda, en fin;  
 casar con ella deseas,  
 y antes que el fin de eso veas  
 verás, Marcelo, mi fin.  
 ¿Pues con haberme burlado  
 pagas lo que te he querido?  
 ¿Para aquesto te he tenido  
 en el alma retratado?  
 Mas de ese villano trato  
 me vengará mi pasión  
 con sacarme el corazón  
 por no tener tu retrato.  
 Verte has vengado de mí  
 por la burla que te hago,  
 y yo llevo el justo pago  
 que por amar merecí.

MARCELO. Tente, Fenis, no permitas  
 con tu muerte mi deshonra.

FENIS. Si no me vuelves la honra,  
 ¿por qué la muerte me evitas?

MARCELO. Si el yerro que cometí  
 quiere en eso castigarme  
 para delante quitarme  
 el bien que no merecí,  
 por lo que hubo entre los dos  
 ruego, si piedad tenéis,  
 que con esa me acabéis  
 antes que os ofenda a vos.  
 Porque recia cosa es,  
 mi gloria, si habéis mirado  
 que por salvar al culpado  
 se dé la muerte el jüez.  
 Yo confieso que os amé

y confieso que me amasteis,  
 y que el honor arriesgasteis  
 por sustentarme la fe.  
 Pero ciego de afición  
 por Lucinda vine acá.  
 No fué razón; mas mirá  
 que amor no guarda razón.  
 Hacé perdón general  
 si esto os disculpa, o si no  
 páguelo, mi Fenis, yo,  
 pues que hice todo el mal.  
 Pues quiso, Marcelo, Dios  
 que hubiese en vos tal disculpa,  
 yo os perdonaré esta culpa  
 con que vos perdonéis dos:  
 una, este atrevimiento  
 que por amor te he tenido;  
 otra es que tercera he sido  
 hoy en cierto casamiento,  
 donde Lucinda y Lisardo  
 de hoy más para en uno son.  
 MARCELO. ¡Oh, terrible confusión!  
 ¿Por qué modo?

FENIS. Por gallardo.

(Entra LUCINDA y LISARDO.)

LUCINDA. Suelta, engañador.

LISARDO. Agora  
 no es razón que os esquivéis.

LUCINDA. Suelta, tirano.

LISARDO. No huiréis,  
 y os satisfaceréis, señora.

FENIS. Si piensas que estoy burlando,  
 veslos allí.

MARCELO. ¡Caso extraño!

FENIS. Quiero llegar, que el engaño  
 es causa que estén bregando.

LUCINDA. Si no os vais, señor, de aquí  
 daré gritos a mi gente.

FENIS. Pues sois, Lucinda, prudente,  
 sosegaos y oídme a mí.  
 Yo soy vuestro esclavo Justo  
 y agora vuelvo a mi ser;  
 soy de Marcelo mujer,  
 y éste vuestro esposo al gusto.  
 Gusta de casar con él,  
 que os prometo, por el Cielo,  
 que os ama más que Marcelo  
 y hay prendas y sangre en él.

LUCINDA. ¡Santo Dios! ¿Que mujer eres?—  
 Marcelo, ¿es aquesto así?

MARCELO. No puedo negar que sí.



LUCINDA. ¡Ah, confianza de mujeres!

(*Entra LUCINDO y LUCIANO.*)

LUCINDO.

Por que entiendas, señor, que estoy casado con la que digo y la que tú pretendes, agora la verás en mi aposento.

LUCIANO.

¡Oh, Lucindo traidor! ¿Qué gente es ésta que me has metido dentro de mi casa?

LUCINDO.

O son ladrones que entran a robarnos, o gente que ha venido al desposorio.

(*Entra el GOBERNADOR, RUFINO y JUBERTO.*)

Pero escucha, señor, ¿qué gente es ésta?

LUCIANO.

¿Qué es esto, Cielo? ¿Esto hay en mi casa? Señor Gobernador, ¿qué es lo que busca?

GOBERNADOR.

A vuestra merced busco.—Asilde luego.

LUCIANO.

¿Por qué razón? ¿He hecho algún delito?

GOBERNADOR.

Y harto torpe, que me ha puesto espanto. ¿Qué es de un esclavo que tenéis en casa?

LUCIANO.

Señor Gobernador, si pende de eso, yo diré la verdad, que de ella costa que yo no tengo culpa en el negocio.

RUFINO.

(*El quiere confesar sin que le apremien.*)

LUCIANO.

Yo la compré, pensando que era esclavo, de un cierto forastero que aquí vino, y en esa posesión ha estado en casa; y agora me parece que Lucindo, conociendo ser Fenis, está a punto de casarse con ella y la demanda.

GOBERNADOR.

¿Cómo es eso de Fenis?

LUCIANO.

Fenis, tu hija, que en hábito de esclavo está en mi casa y a pique de casarse con mi hijo.

MARCELO.

Dice, señor, verdad. Fenis es ésta y yo el que le causé hacerse esclavo. Marcelo soy y hijo de Marcelo, que tú conoces, natural de Génova; no te disgustes de que sea mi esposa, pues sabes bien las partes de mi padre.

GOBERNADOR.

¡Oh, caso extraño! ¡Oh, caso milagroso! Siendo eso así, yo gusto que lo sea.—Y, Luciano, a vos yo os doy por libre, aunque fué la prisión por otro indicio.

LUCINDO.

(*Pensé burlalla y quedome burlado.*)

MARCELO.

Demás de esto, señor, pasa otra cosa: que Fenis, por pagar el tratamiento tan bueno que Lucindo y él le han hecho, ha casado a Lucinda con Lisardo, que no es menos que yo en caudal y sangre. Suplícote que con su padre acabes que lo tenga por bien.

GOBERNADOR.

Yo lo suplico, que le conozco bien, y es casamiento que a entrambas partes puede estar a cuento.

LUCIANO.

Que yo lo aceto, pues lo quiso el Cielo.

JUBERTO.

(*Llega, Rufino, y pide que nos paguen, pues por nosotros esto ha sucedido.*)

RUFINO.

Con cien azotes para entrambos basta.)

GOBERNADOR.

Lo que ha pasado téngase en secreto, y, celebradas las dichas bodas, da con aquesto fin nuestra comedia.

FINIS

# LOS ESCLAVOS LIBRES

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

DON JUAN ANTONIO DE VERA Y ZÚÑIGA

CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO,  
COMENDADOR DE SIERRABRABA

“La fábula de Tisbe y Píramo me envió con una carta el excelentísimo señor Duque de Sesa, escrita del ingenio de V. merced, con tan elegantes versos y figuras poéticas, que cuando no hubiera conocido por otras obras la hermosura, variedad y fertilidad de su entendimiento, por esta sola le conociera y estimara por único. No he querido comunicarla a los de esta profesión, porque hallo pocos que digan lo que sienten o que sientan lo que dicen, y entrambas cosas desobligan de una misma suerte. No se entiende por los primeros lo que dijo el filósofo: *Ea quae sunt in voce, sunt notae earum passionum, quae sunt in anima*. Y por los segundos dijo Platón que a los que no saben qué alaban o qué vituperan: *Non est adhibenda fides*. Para mí basta haberla leído a los que, como yo, juzgan sin envidia, aunque con mayores letras y entendimientos. No viene mal al arrogante juicio de la ignorancia lo que dijo Cicerón de Demócrito, que, estando ciego, no distinguía lo blanco de lo negro: *At vero bona, mala, aequa, iniquia, honesta, turpia, utilia, inutilia, magna, parva poterat*, y que sin la variedad de los colores podía vivir bienaventuradamente; pero que sin el conocimiento de las cosas era imposible. Espero los discursos del libro que V. m. llama *El Embajador*, materia no emprendida de ingenio en ninguna de las lenguas clásicas, a lo menos que haya llegado a mis ojos, y digno sujeto del claro conocimiento que V. m. tiene, para darle de iguales dificultades y empresas, consejo que dieron siempre los que saben: porque si *ex nihilo, nihil sit*, no es justo que se humille ningún Homero a pintar *Batraecomomachias*, mientras no hubiere escrito *Ilyadas*, que cuando Virgilio compuso el *Moreto*, y describía a Cybale, *Afra genus, tota patriam testante figura*, ya tenía dada a luz la *Georgica* y comunicada mucha parte de la *Eneyda*. Con estas prevenciones, creará V. m. que quiero ofrecerle alguna cosa digna de su gentil espíritu, y es sólo una comedia intitulada *Los Esclavos libres*. Esta,

aunque lo parezca en todo, pide a V. m, sombra, si al Sol puede pedírsele; pero como él la causa por medio de los cuerpos opuestos, así V. m. se la podrá dar, sirviéndole de eclipse mi rudeza, porque yo no pido a V. m. que dé luz en mi escuridad, sino que ampare en mi defecto, para decir con Eurípides: *Jupiter mihi auxiliator, non metuo*.—Capellán de V. m., LOPE DE VEGA CARPIO.”

## LAS FIGURAS QUE HABLAN:

ARBOLÁN.	SULTÁN.
LUCINDA.	DON FRANCISCO DE ALVARADO.
El CAPITÁN LUJÁN.	JULIO.
El ALFÉREZ LEONARDO.	El CONDE FABRICIO.
AVENDAÑO.	CELIA.
CARPIO.	ROSALES.
DUEÑAS.	ZARATÍ.
GÓMEZ.	SALINAS.
ENRIQUE.	[PEREDO.
SOLDADOS.	SALDAÑA.
MANFREDO.	CÉSAR.
RICARDO.	Un MARINERO.
El DUQUE DE OSUNA.	CÓMITRE.
ZULEMA, moro aljamiado.	Tres MOROS.
BELAIDA.	CRIDOS MOROS.
ZARTE.	ALABARDEROS.
AMIR.	Tres o cuatro PAJES.]
MENDOZA, cautivo.	

Representóla Granados.

## ACTO PRIMERO

(Salen ARBOLÁN, moro, y LUCINDA, cautiva, en los brazos.)

LUCINDA. ¡Ay, de mí! ¡Suéltame, moro; suelta! (1)

ARBOLÁN. ¿Cómo, si te adoro, cristiana, te he de dejar?

(1) En el texto, “suéltame”, que alarga el verso.

Cuando hay tormenta en la mar  
suele arrojar el tesoro;  
(*Póngala en el teatro.*)

pero yo, que sin tenella  
gozo de esta bella Europa  
más que la robada bella,  
¿cómo, con el viento en popa,  
quieres que te arroje en ella?  
¡Ay, mi padre!

LUCINDA.

ARBOLÁN.

Deja agora  
de lamentarte, señora.  
¿Cómo puedo en dolor tanto?

LUCINDA.

ARBOLÁN.

Mira que es el mismo llanto  
de las perlas del aurora;  
que esas lágrimas no hay verlas  
sin ir el alma a cogerlas.  
Deja, señora, el llorar;  
mira que creciendo el mar  
sale a recibir sus perlas.

LUCINDA.

¡Antes pienso que darán  
veneno a sus peces luego!  
¿Cuál es tu nombre?

ARBOLÁN.

Arbolán.  
Ya por uno y otro fuego  
toca al arma Perpiñán.  
¡Ah, moros, llegad la barca!

(*Salen tres Moros del mar.*)

LUCINDA.

¡Triste de mí!

ARBOLÁN.

Aquí te embarca:  
verás mi patria, Biserta.

LUCINDA.

Tu ganancia está más cierta  
en la fuerza de Tabarca.  
¡Llévame, Arbolán, allí!

ARBOLÁN.

Todo el oriental tesoro  
no es ganancia para mí,  
que dar el sol por el oro  
es darte por precio a ti.  
Si tú le puedes criar,  
¿qué más tesoro?—¡Alto, esclavos!  
Haced los ferros zarpar;  
largad remos, coged cabos,  
tended lienzo, herid el mar,  
tocad trompetas y cajas.

MORO.

No está el viento muy seguro  
para bogar con ventajas.

ARBOLÁN.

Llevando yo sol tan puro,  
haga los mástiles rajas.

LUCINDA.

¡Ay, esposo!

ARBOLÁN.

¿Qué dijiste?

MORO.

(Debe de ser desposada.)

ARBOLÁN.

No vayas, cristiana, triste,

pues vas a ser regalada  
y a ser esclava saliste.—  
¡Cómitre, esclavos infames,  
desplegad esos velames,  
que yo espero que mi frente  
de esas hebras, sol de Oriente,  
más que de laurel enrames!

LUCINDA.

Mas el mar atemoriza.

ARBOLÁN.

Antes parece que el mar  
tu venida soleniza.

LUCINDA.

¡Lágrimas me han de anegar!

(*CÓMITRE, dentro.*)

CÓMITRE.

¡Iza, canalla!

TODOS.

¡Iza, iza!

(*Suene el pito y la embarcación, y salga el CAPITÁN  
y tres soldados, AVENDAÑO, CARPIO, DUEÑAS.*)

CAPITÁN.

Perderé de pesar la vida. ¡Ah, cielos,  
mi propia hija!

CARPIO.

Gran descuido ha sido.

CAPITÁN.

¡Qué terribles cuidados y desvelos  
para el ajeno bien siempre he tenido!

DUEÑAS.

No suele más cruel toro con celos  
herir los bosques con feroz bramido  
que orilla el mar su desdichado esposo.

CAPITÁN.

Más pierdo yo.

AVENDAÑO.

¡Suceso lastimoso!

CAPITÁN.

¡Plega a los cielos, bárbaro arrogante,  
que se alce el mar hasta su manto mismo,  
y que desde las nubes al instante  
bajes a las arenas de su abismo;  
que el esclavo más vil se te levante  
de todo aquel rendido cristianismo  
que por los bancos de tus bordes atas,  
con todas tus galeras y fragatas!

¡El espalder te mate, o vuelva a España,  
donde, sirviendo un avariento dueño,  
tenga el quitarte por gloriosa hazaña,  
de día, el sustento, y por la noche, el sueño!  
¡Veas en peñas de una playa extraña,  
de la gavia a la quilla, abierto el leño  
en que ahora... Mas ¿cómo te maldigo,  
cuando todo mi bien llevas contigo?

(*Salen dos soldados, GÓMEZ y ENRIQUE, con ZULEMA, moro aljamiado.*)

GÓMEZ.

No hemos tenido poca dicha en esto.

ENRIQUE.

¡Pasa, perro, adelante!

ZULEMA.

¡Estar, soldado, más ben en lo que hacemos!

CAPITÁN.

¿Qué es aquesto?

GÓMEZ.

Sólo este moro habemos cautivado, que, sin mudarse un punto de aquel puesto donde el miedo le dejó turbado, allí, sin mover paso, se detuvo, hasta que herido y sin aliento estuvo.

CAPITÁN.

Pequeño es el consuelo en tanta pena; mas no es pequeño, por saber del moro. Tomad, Gómez y Enrique, esta cadena.

GÓMEZ.

Pierdes y das.

CAPITÁN.

Perdí el mayor tesoro.

¡Moro cruel, que de un penol de entena cuelgue ese cuello!

ZULEMA.

Hablalde con decoro. que estar noble si estarlo vos, cristiano.

CAPITÁN.

¿Quién es el moro de mi bien tirano?

¿Qué nombre tiene, dónde y cómo vive?

ZULEMA.

Senior, estar algayo de Biserta; ser bariente del Rey, aliá le esgribe, e con rescate la tenemos certa.

CAPITÁN.

¿Y, qué nombre?

ZULEMA.

Arbolán liamar.

CAPITÁN.

Ya vive

con esperanza mi esperanza incierta.

¿Querrála dar por ti?

ZULEMA.

Por un soldado, con el dolor estar de vos torbado.  
¿Un hija que de vos tener cautiva trocar por nie? ¡Bon conto le tenemos! Plegadle a Dios, senior, que oro reciba, que estar hermosa, en mucho le queremos.

CAPITÁN.

¿Cómo consiento que este perro viva, llevando en alta mar velas y remos de otro como él a mi Lucinda bella, pues no puede servir en cambio de ella?  
Atalde a ese árbol, y aunque en ello tomo corta venganza de mis claras luces, sembralde el pecho del ardiente plomo que despidan los fuertes arcabuces.

(*Vase el CAPITÁN.*)

ZULEMA.

¡Ah, sionor Gabatán! Matalde, ¿cómo estar razón?

AVENDAÑO.

Cuando los brazos cruce y te vuelvas cristiano, aún no se excusa.

ZULEMA.

¿Esto estar bona guerra, esto se usa?

(*Atenle.*)

CARPIO.

¿Buena guerra, villano, con ladrones?  
¡Piratas sois vosotros, no soldados!

ZULEMA.

En fin, ¿morer tenemos?

CARPIO.

¿Qué te pones?

ZULEMA.

Dejar decer Mahoma dos razones.

(*Pónganle los arcabuces alrededor, apuntándole.*)

AVENDAÑO.

Di presto.

ZULEMA.

Los tesoros enterrados, Mahoma, amego, en esta playa...

GÓMEZ.

Presto.

ZULEMA.

Guardalde un poquito.



DUEÑAS.

Escuchad esto.

ZULEMA.

No permitas, senior, que allí quedarse  
berdidos en la arena de cristianos;  
revela donde estar, para sacarse,  
aliá en Biserta, a mi mujer y hermanos,  
que ben podrán vener, e si ocultarse  
entre estas beñas, henchir bien las manos  
de tanta blata y oro como queda:  
esto perder, Soliema me conceda.

Matalde agora.

CARPIO.

(Tente, no tiremos.

¿Habéis oído lo que dice el moro?

DUEÑAS.

¿Quedito, vive el Cielo, que tenemos  
notable cantidad de plata y oro!  
Que le hemos muerto, al Capitán diremos.  
y podremos mostrar este tesoro.

ENRIQUE.

A Mahoma pidió que a sus hermanos  
lo revelase.)

ZULEMA.

¿No tiriár, cristianos?

AVENDAÑO.

Ya no tiramos; antes, moro amigo,  
queremos darte vida.

ZULEMA.

¿De qué suerte?

AVENDAÑO.

¿Qué tesoro es aquése?

ZULEMA.

El que yo digo  
estar para mi padre. ¡Dadme muerte!

ENRIQUE.

Si queremos usar piedad contigo  
y reservarte de este trance fuerte,  
¿no ves que es disparate, pobre moro,  
dejar entre la arena ese tesoro,  
que Mahoma no sabe lo que pides,  
ni entiende ya ni siente lo que hablas?  
Si este partido a tu peligro mides,  
harto mejor tu salvación entablas.

ZULEMA.

No lo poder hacer. Mera que impides,  
crestiano, el bon intento.

AVENDAÑO.

Entre dos tablas  
se halló otra vez, como éste, otro tesoro  
que a su mujer dejó enterrado un moro,  
y habían ya pasado sesenta años,  
¡y mira que es risa aquesto de Mahoma!

ZULEMA.

(¡ Oh, cómo engañar bien estos pecaños,  
que no puede el beber a quien no doma!)  
¿Cómo, en fin, han de gozar hombres extraños  
tanto oro e blata?

ENRIQUE.

El camino toma  
y dinos dónde está.

ZULEMA.

Seguidme.

GÓMEZ.

Vamos.

CARPIO.

¿No dejaste señal?

ZULEMA.

Sí.

AVENDAÑO.

¿Qué?

ZULEMA.

Unos ramos.

(*Vanse, y sale LEONARDO, alférez, con su rodela y espada.*)

LEONARDO. Si me pudiera vengar,  
atrevido mar, contigo.  
vieras mi enojo y pesar.  
Eres agua, en fin, ¡oh, mar!,  
siempre del fuego enemigo.  
Amor es fuego, en efeto;  
tú, de elemento contrario,  
quieres tenerle sujeto,  
siempre cruel, siempre vario,  
alterado y inquieto.  
¿Qué amante en ti se fió  
que no anegases su llama?  
¿Quién socorro te pidió  
para llegar a su llama (1)  
que no tuviese el que yo?  
¡ Oh, villano, donde para  
toda la soberbia y guerra,  
pues si Dios no te enfrenara,

(1) Parece errata. Quizá deba leerse "dama".

apenas hubiéra tierra  
adonde el hombre habitara!  
¡Oh mar, de traiciones lleno,  
en tempestades ayer  
y hoy como el Cielo sereno,  
gran bestia debes de ser,  
pues que Dios te puso freno!  
¿Cómo le diste favor  
a un bárbaro entre estas calas,  
pues con tan poco temor,  
haciendo sus lienzos alas,  
rompió las alas de Amor?  
Mi esposa, que ayer venía  
de Castilla a Perpiñán,  
donde su padre vivía,  
conocido Capitán  
de Francia y de Berbería,  
para casarse conmigo,  
que soy su alférez y amigo,  
cautiva lleva por ti  
un moro, a quien desde aquí  
con el pensamiento sigo.  
No fueran piedras y losas  
los cristales de tus salas,  
o las alas poderosas  
de Amor, pues le pintan alas,  
por tus ondas espumosas.  
Mar, ¿qué es esto? ¿En qué te em-  
contra Amor un Alejandro [pleas  
en todo lo que desees.  
que ya anegas a Leandro  
o ya te llevas a Eneas?  
¡Dame mi prenda querida,  
fiero mar!

(Salen ZULEMA y los SOLDADOS con azadas.)

AVENDAÑO. Parece, moro,  
que hasta el hablar se te olvida.  
¿Dónde está aqueste tesoro?  
¿Qué es de la plata escondida?  
Que nos has hecho cavar  
en uno y otro lugar  
desde que el alba salió.

ZULEMA. Aquí le haber posto yo,  
y creciendo el mar, llevar.

CARPIO. ¿Cómo llevar? ¡Diga el perro  
dónde está el oro escondido  
o trocarésele en hierro!

ZULEMA. Un día de logar pido  
para pensar.

GÓMEZ. ¡De ésta cierro!

ENRIQUE. Aguárdala, que él lo dirá.

ZULEMA. Me soy flaco de memoria;  
algo de comer me da  
e yo decer. ¿Qué vitoria  
matarme?

GÓMEZ. Di dónde está.

CARPIO. Aquí traigo en el zurrón  
con que corremos la mar  
en semejante ocasión,  
lo que le podremos dar.

ZULEMA. ¿Qué traer?

CARPIO. Vino y jamón.

ZULEMA. Jamón ¿qué ser?

CARPIO. De la pierna  
del tocino.

ZULEMA. ¿Del tocino?

ENRIQUE. ¿No lo comerá?

ZULEMA. ¿Estar terna?

CARPIO. Como un agua.

ZULEMA. ¿E ser el vino  
bono?

CARPIO. Es de rica taberna.

ZULEMA. Darme: probamos jamón.

CARPIO. Pues tu ley, ¿no lo prohíbe?

(Danle que coma.)

ZULEMA. Caliar con la maldición  
en cuanto en ella se esgribe.  
Nonca he oído tal razón:  
jamón, no; tocino, sí.

AVENDAÑO. Buen moro, come.

ZULEMA. ¿Estar bono!

E el vino, ¿estar por ahí?

(Danle la bota.)

ENRIQUE. Vino pide.

GÓMEZ. Yo le abono.

ZULEMA. ¿No tener botilia?

CARPIO. Sí.

ZULEMA. Pues probamos un gotilia.

CARPIO. Toma y di de este tesoro.

(Bebe.)

ZULEMA. ¿Empinamos el botilia?

CARPIO. ¡Ala, ela! ¿Es para hoy, moro?

ZULEMA. ¿Qué bon terra estar Sevilla!

DUEÑAS. (Quedo, que está allí Leonardo.

AVENDAÑO. ¿Quién?

DUEÑAS. El alférez.

ENRIQUE. ¿Qué importa?

LEONARDO. ¿Qué es esto?

CARPIO. ¡Oh, Alférez gallardo!

LEONARDO. ¿Qué bien los cristales corta  
del mar, con el bien que aguardo  
a gozar en la otra vida,  
soldados, el fiero moro!

ENRIQUE. Este es de ellos.

ZULEMA. ¿Hay quen pida  
tesoro con el tesoro  
de esta cordial bebida?  
¡Valerme Alá!

LEONARDO. ¿Qué hace aquí.  
que mil muertes no le dáis?

DUEÑAS. Tenémosle agora así  
por cierta cosa.

LEONARDO. ¿Buscáis  
más gente escondida?

GÓMEZ. Sí,  
que éste la sabe muy bien.

ZULEMA. ¡Ah, senior! ¿Quén estar vos?

LEONARDO. Alférez soy.

ZULEMA. Yo también.

Andar al guerra los dos;  
mas no saber contra quién.

LEONARDO. ¿Qué tiene?

DUEÑAS. Vino ha bebido;  
y, para verdad hablar.  
le habemos aquí traído  
porque en aqueste lugar  
tiene un tesoro escondido.  
Pidió, por la gran flaqueza,  
de comer y de beber.

LEONARDO. ¿Comió?

CARPIO. Poco; agora empieza.

LEONARDO. El vino debe de haber  
hecho asiento en la cabeza.  
Si os había de mostrar,  
soldados, ese lugar,  
¿para qué le disteis vino?

ZULEMA. ¿Por dónde estar el gamino?

GÓMEZ. Pues ¿dónde vas?

ZULEMA. A embarcar.  
¿No sentir salva que hacer?

AVENDAÑO. Mejor es ir a dormir.

ZULEMA. ¿Estar toya aquel mojer?  
El deseo de vivir  
moro enseñar a beber.

ENRIQUE. Duerma el moro el disparate  
que hicimos en darle vino,  
y después de esto se trate.

LEONARDO. Di, moro; ese arráez que vino  
¿querrá por ella rescate?

ZULEMA. Sí, senior; enviar a mí.

LEONARDO. No maltratéis este moro.  
Decid que yo os le pedí  
al Capitán.

DUEÑAS. ¿Y el tesoro?

ZULEMA. El tesoro estar aquí.

ENRIQUE. ¿Dónde?

ZULEMA. Aquí.

GÓMEZ. Señala, pues.

ZULEMA. Dalde otra vez el botilia.

CARPIO. Vesla aquí.

LEONARDO. No se la des.

ZULEMA. Por amor de mí, un gotilia.

LEONARDO. Allá beberás después.

Vamos, que con este moro  
tengo de hallar mi tesoro.

ENRIQUE. Regalémosle hasta tanto  
diga de él.

ZULEMA. Tanto cuanto  
no poder errar el oro.

(*Vanse, y salen ARBOLÁN y LUCINDA.*)

ARBOLÁN. Permite ya que se atajen  
tantas penas; no permitas  
que al infierno de amor bajen.  
Haré en tu nombre mezquitas  
y pondré en ellas tu imagen;  
cubriré de perlas y oro  
tu altar, Lucinda, y al moro  
de nuestro Alcorán y seta  
haré dejar su profeta  
por el ídolo que adoro.  
Cubrirán telas de Italia  
tu cuerpo; arderá en tu honor  
ámbar, que afina el algalia,  
con cuantas hierbas de amor  
tiene el monte de Tesalia.  
Verán mis rojos faroles  
el catalán y andaluz;  
traeré esclavos españoles  
que estén sirviendo la luz  
de tus eclipsados soles.  
Verá Valencia en sus playas  
mis remos y gallardetes  
en sus márgenes y rayas.  
aunque salgan sus jinetes  
y griten sus atalayas.  
Y si te quieres volver  
mora, te tendré a ti sola  
por mi querida mujer  
a la costumbre española  
y al cristiano proceder.  
¿Qué estás suspensa? ¿Qué miras?  
¿Por qué, mi bien, te retiras  
de mí con tanto desdén?  
Si tienes aqueste bien,  
dime por qué bien suspiras.  
Èse a quien dabas tus manos,

¿qué gracias o qué tesoros [nos?]  
tienes? ¿Qué amigos? ¿Qué herma-  
¿No somos hombres los moros  
como lo son los cristianos?  
Pon mis intentos en obra;  
porque si tu amor no cobra  
fuerza en ocasión tan alta,  
o entendimiento te falta  
o a mí desdicha me sobra.

LUCINDA. ¿Qué te causas, Arbolán,  
si sabes que mis desdenes  
siempre aumentándose van,  
o cómo esperanzas tienes  
que piadoso fin tendrán?  
Deja pretensiones vanas.  
Pues tienes cuatro mujeres,  
bellas turcas [y] africanas,  
¿por qué darlas celos quieres  
con las cautivas cristianas?  
¿Qué tiene, moro, que ver  
el haberme cautivado  
con hacerme tu mujer?  
Mira que es diverso estado  
del que merezco tener.  
Ponme vestidos serviles;  
ponme en los oficios bajos  
y de tu casa más viles.  
por que con estos trabajos  
me deshagas y aniquiles;  
parezca yo tu cautiva,  
que es a lo que vengo aquí.  
¿Cómo quieres que reciba  
contento de verme así  
mientras sin mis padres viva?  
Antes, si te doy contento  
y deseas procurarme  
algún bien, es buen intento  
darme trabajos y darme  
eterna pena y tormento;  
que si el servir a las damas  
sólo es procurar su gusto  
en sus gustos o en sus fomas,  
en que tú me des disgusto  
veré yo lo que me amas.

ARBOLÁN. ¿Ha hecho Alá alguna fiera  
tan dura que pedir quiera  
trabajos a quien la adora?  
Pero yo quiero, señora,  
servirte de esa manera.  
Y pues no hay trabajo alguno  
como amarle al que aborrece  
y serle siempre importuno,

yo te amaré, pues que crece  
mi amor sin premio ninguno  
Pues no hay trabajo mayor,  
sufre, señora, mi amor.  
Yo te amaré, te veré,  
te serviré y te hablaré,  
y en ti crecerá el rigor.  
No tienes que responderme,  
que, pues trabajos me pides,  
¿qué mayor que no quererme  
y amarte yo, si los mides,  
con aborrecerme y verme?

LUCINDA. Arbolán, tampoco quiero  
que me quieras ni me veas  
si ofender con eso espero.  
en darte lo que desees,  
el ausente por quien muero;  
que, en fin, si te doy placer  
con dejarte amar y ver  
lo que desees y amas.  
algún pensamiento infamas  
de mi honesto proceder.  
Y, al fin, un siempre escuchar  
“yo te quiero” a los oídos,  
suele un no sé qué engendrar,  
que a los más endurecidos  
tal vez los obliga a amar.  
Allá estaré yo mejor  
con tus cautivas bruñendo  
en una y otra labor,  
que no viéndote y oyendo  
transformaciones de amor.  
Pregunté a una dama hermosa  
qué era aquello que engendrar  
puede más fuerza amorosa,  
y dijo: “Ver y tratar  
muchas veces una cosa.”  
Pues yo no te quiero ver,  
si del verte muchas veces  
puede algún amor nacer.  
ARBOLÁN. Mil ocasiones me ofreces  
que fuerzan a aborrecer;  
y pues por tantos caminos  
impides el de mi amor,  
hoy verás los desatinos  
que nacen de un disfavor  
contra tus ojos divinos.—  
¿Zarte? ¿Amir?

(Salen ZARTE y CRIADOS moros)

ZARTE.

¿Señor?

ARBOLÁN.

Traed



LUCINDA. un alquicel de cautiva,  
y a esta esclava le poned.  
¿Es posible que reciba  
de tu mano tal merced?  
¿Es posible que has mudado,  
Arbolán, de pensamiento?  
¿Es posible que me has dado  
este primero contento  
y este postrero cuidado?

(Traigan ropas y quítenle las suyas AMIR y ZARTE.)

ZARTE. Desnuda, acaba.

LUCINDA. Sí haré.

AMIR. Esto ganas por ingrata.

ARBOLÁN. Así es bien, Amir, que esté  
una mujer que me mata  
por su amor y por su fe.

LUCINDA. De regocijo estoy loca.

ZARTE. ¿A tal gusto te provoca  
el verte de esta manera?

LUCINDA. Grande, pues le arroja fuera  
el corazón por la boca.

(Sale BELAIDA, mora.)

BELAIDA. ¿Qué es esto, señor, que hacéis  
con la cristiana cautiva?

ARBOLÁN. Ya, mi señora, lo veis.  
Quiero que sirva y que viva  
en lo que vos la ocupéis.  
Mude, que es razón, de traje,  
por que el arrogancia baje  
a la tierra de esos pies,  
que allá contará después  
noblezas de su linaje.  
Pediale que os sirviera,  
y con mucha autoridad  
se mostró rebelde y fiera.

BELAIDA. Yo haré que tenga humildad  
o que en el castigo muera.—  
Perras cristianas, villanas,  
allá pobres y aquí reinas;  
locas, arrogantes, vanas.

ARBOLÁN. Donde tú, señora, reinas,  
laurel de las africanas,  
¿quién no ha de tener por llano  
que eres en grandeza sola?  
(¡Ay, dulce desdén cristiano!)

(Aparte.)

BELAIDA. ¿De dónde eres?

LUCINDA. Española.

BELAIDA. No era el arrogancia en vano.  
¿De qué parte?

LUCINDA. De Castilla.

BELAIDA. ¿De qué lugar?

LUCINDA. De Espinosa  
de los Monteros.

BELAIDA. Es villa,  
por sus hidalgos, famosa.

ARBOLÁN. (Su hermosura maravilla.) (Aparte.)

BELAIDA. ¿Tienes padre?

LUCINDA. Un Capitán.

BELAIDA. ¿De qué apellido?

LUCINDA. Luján. (1)

BELAIDA. ¿Adónde la espada empuña?

LUCINDA. Sirve al Rey en Cataluña.

BELAIDA. ¿En qué lugar?

LUCINDA. Perpiñán.

BELAIDA. ¿Y tú cautivaste allí?

LUCINDA. Sí, señora.

BELAIDA. ¿De qué suerte?

LUCINDA. Ibame a casar...

BELAIDA. Ansí...

LUCINDA. Y hallé primero la muerte.

BELAIDA. ¿Es muerte servirme a mí?

LUCINDA. Vida fuera haber gozado  
mi dulce padre y esposo.

BELAIDA. ¿Cómo fué tan descuidado?

LUCINDA. Porque nunca fué dichoso  
quien ha de ser desdichado.  
Salí a un jardín junto al mar,  
donde, Arbolán, escondido,  
me pudo ver y robar.

BELAIDA. ¿Y sólo esta presa ha sido  
la que te obligó a tornar?

ARBOLÁN. Y si ésta por muchas vale,  
¿no es bien que a muchas se iguale?

BELAIDA. ¿Cómo?

ARBOLÁN. En precio.

BELAIDA. ¿No perdiste  
nada?

ARBOLÁN. ¿Ayer no lo supiste?

BELAIDA. Sé que muy cara te sale.

ARBOLÁN. ¿Por qué?

BELAIDA. Por la mucha costa  
de un viaje, y de Zulema,  
que allá dejaste.

ARBOLÁN. Era posta  
de nuestra fuerza, y se extrema  
siempre en ser diestro en la costa.

(1) Lucinda era el nombre poético que daba Lope a Micaela de Luján, y ese mismo apellido le da en esta comedia. La alusión parece evidente y sirve para datar aproximadamente la comedia.

¿Qué mucho si le perdí?  
Llévate allá la cautiva  
y no me trates así.

BELAIDA. Yo haré de suerte que viva  
donde me vengue de ti.

(Vanse BELAIDA y LUCINDA.)

ZARTE. Fuése airada.

ARBOLÁN. ¡Ay, Zarte, muero  
por la cautiva cristiana,  
y ningún remedio espero!

ZARTE. Esta gente no se allana  
si no es al castigo fiero.  
Un cautivo hay en tus baños  
astuto, sabio y maestro  
en todas suertes de engaños  
y en estas cosas tan diestro,  
aunque no es de muchos años,  
que trae revueltas mil moras.  
Háblale y dile que adoras  
esta mujer, y verás  
cómo si la ve no más  
tus pensamientos mejoras.

ARBOLÁN. ¿Que es tan astuto?

ZARTE. Es Ulises,  
es un medio encantador.  
Tú saldrás, como le avises,  
de la Troya de tu amor  
como sobre Eneas Anquises.

ARBOLÁN. Hablarle quiero.

ZARTE. Pues ven,  
que vendrá de trabajar.

ARBOLÁN. ¡Ay, cautiva de mi bien,  
no me tengo de cansar  
de contrastar tu desdén!

(Vanse, y salen ZULEMA y LEONARDO.)

LEONARDO. Oye, amigo, la ocasión  
por que te he dado la vida.

ZULEMA. Senior Férez, gracedida  
le tener me corazón.  
¡Oh! joro a Dios que me toma  
en tal blegación los dos  
de quereldes, que por vos  
descalabramos Mahoma;  
a tenerme por bon gente,  
que no decer quí ne allí.  
Esto que jurar aquí  
cumplimus eternamente.

LEONARDO. Que yo te dé a ti la vida,  
Zulema, por mi interés,  
no es de estimar; mas lo es

el ser de ti agradecida.  
Cuando vi que eras astuto  
y que en medio de las luces  
de mil fuertes arcabuces,  
con rostro de llanto enjuto,  
fabricaste la invención  
de aquel tesoro escondido,  
que casi el fuego encendido  
detuvo el plomo al cañón,  
y como después bebiste,  
para darles a entender  
que fué ocasión el beber  
de errar lo que les dijiste,  
caí que un hombre tan diestro  
a propósito sería  
para que la prenda mía  
de su poder vuelva al nuestro;  
que, como tú me has contado,  
es un bárbaro Arbolán,  
que revienta de galán  
y muere de enamorado...

ZULEMA. ¿Vos haberme conocido!  
Ser astuto e ser sagaz,  
que querer andar de paz.

LEONARDO. Quiero, trocando el vestido,  
ir con el traje africano  
a Biserta y pretender  
librar mi amada mujer  
con un engaño greciano.  
Di tú que morisco soy  
de los que echó de Granada  
de don Juan de Austria la espada,  
y que en Aragón estoy  
casi desde que nací,  
porque la lengua no sé,  
que ésta ya la aprenderé,  
Zulema amigo, de ti;  
di que soy hombre valiente,  
de lo mejor de su ley  
y del granadino Rey  
me podrás hacer pariente,  
que con esto y alabarme  
de que libertad te di,  
podré en Biserta, por ti,  
con Arbolán amistarme,  
y una vez hecha amistad,  
tú verás un alto enredo.

ZULEMA. Ben estar en todo.

LEONARDO. ¿Puedo  
fiarme de tu lealtad?

ZULEMA. ¡Valga el diablo vosancé!  
¡E cómo poder fiar!

Mas ¿cómo andar por el mar?  
 LEONARDO. Ayer, cuando esto pensé,  
 supe que andaba Sultán  
 en la costa; haremos señas  
 desde lo alto de estas peñas,  
 donde se escondió Arbolán,  
 y acostándose a la orilla,  
 nos pasarán a Biserta.

ZULEMA. Estar el industria certa.

LEONARDO. Pues si está cierta, seguilla.  
 Voy a buscar un vestido;  
 pero temo de tu intento.

ZULEMA. De me hacer un juramento  
 que estar, vive Alá, cumplido,  
 que no poder asolver  
 el Faquí mayor de Meca.  
 Mocho el voluntá me seca  
 ver el vostra que temer.  
 Por la más alta costilia  
 del Profeta que adoramux  
 en Africa e que colgamux  
 del viga por maravilia,  
 e por todo el Alcorán,  
 mera que dego, e que asombre,  
 que no le decer to nombre  
 ni descubrirte Arbolán.

LEONARDO. Pues, en esa confianza,  
 me voy a vestir de moro,  
 y tú a enseñarme el tesoro  
 del centro de mi esperanza.

ZULEMA. ¡Hola, Férez! Oile a un poca  
 de razón; bara el camino  
 llevar un bota de vino.

LEONARDO. ¿Beberáslo?

ZULEMA. Con la boca.

(Vanse, y salen ARBOLÁN, ZARTE y MENDOZA, *cautivos*.)

ARBOLÁN. ¿Cómo es tu nombre?

MENDOZA. Mendoza.

ARBOLÁN. ¿Eres hidalgo?

MENDOZA. No sé;  
 sólo sé que me crié  
 desde niño en Zaragoza,  
 y después en la ciudad  
 de Barcelona, más hombre;  
 mas ni hidalguía ni nombre  
 importan a la lealtad,  
 que es muy propio de cautivos  
 no decir verdad jamás,  
 o hacerse menos o más,  
 o ya humildes o ya altivos.

Di para lo que me quieres  
 y deja mi estimación.

ARBOLÁN. Dicen que la condición  
 sabes bien de las mujeres.

MENDOZA. Ciencia fué que me costó  
 estar en Biserta. Di.

ARBOLÁN. Una esclava tengo aquí  
 que allá en tu tierra nació;  
 digo, en España.

MENDOZA. Está bien.

ARBOLÁN. Quiere allá a un hombre.

MENDOZA. Eso es malo.

ARBOLÁN. Trátela con gran regalo  
 y pagóine con desdén.

MENDOZA. ¿Estará muy brava?

ARBOLÁN. Es cosa

que no se puede creer;  
 es víbora, no es mujer.

MENDOZA. Empresa dificultosa;  
 pero daréte un consejo.

ARBOLÁN. ¿Cómo?

MENDOZA. Quítale el amor  
 de su esposo.

ARBOLÁN. No hay rigor  
 que baste: es su iuz, su espejo.

MENDOZA. Por fuerza no podrá ser.

ARBOLÁN. Pues ¿qué industria bastará?

MENDOZA. Mientras ella amare allá,  
 acá no podrá querer.  
 En España los maestros,  
 cuando enseñan a danzar,  
 primero intentan quitar  
 algunos malos siniestros  
 que los discípulos tienen  
 de quien mal los ha enseñado,  
 y el mal siniestro quitado,  
 a tomar su compás vienen.  
 Quita a esa esclava el amor  
 y de su bien la esperanza,  
 verás, Arbolán, que danza  
 al compás de tu favor.

ARBOLÁN. Tú me aconsejas muy bien,  
 como eso posible sea.

MENDOZA. Haz que esa mujer me vea  
 y que las señas me den  
 de su padre y de su esposo.

ARBOLÁN. El padre es un Capitán.

MENDOZA. ¿De dónde?

ARBOLÁN. De Perpián.

MENDOZA. ¿El nombre?

ARBOLÁN. Luján.

MENDOZA. Famoso.

ARBOLÁN. Es su Alférez su marido.  
MENDOZA. ¿Cómo se llama?  
ARBOLÁN. Leonardo.  
MENDOZA. Llámala y aquí la aguardo,  
y tú escúchame escondido.  
ARBOLÁN. ¡Demonio debes de ser!  
MENDOZA. Zarte aquí se ha de quedar  
y Amir la vaya a llamar.  
ARBOLÁN. Llama, Amir, esta mujer.  
ZARTE. Yo ¿qué he de hacer?  
MENDOZA. Darme palos  
hasta no más cuando veas  
que viene.  
ZARTE. ¡Por Dios, que empleas  
tu espalda en lindos regalos!  
MENDOZA. Zarte, el dolor más terrible,  
con la voluntad no duele:  
lo que con fuerza se suele  
sufrir, eso es insufrible.—  
Escóndete tú, señor,  
luego que la hayas hablado.  
ARBOLÁN. Ya me tienes con cuidado.  
MENDOZA. Y a mí me le da tu amor.  
ZARTE. Y a mí los palos que tengo  
de darte sin ocasión.  
MENDOZA. Baja tú la mano al són.  
ARBOLÁN. ¿Lucinda?  
*(Sale LUCINDA.)*  
LUCINDA. A servirte vengo.  
MENDOZA. ¡Ay, ay, ay!  
ZARTE. Perro cristiano,  
¿qué lloras, que aún no te toco?  
MENDOZA. ¡Hola, Zarte! Amaina un poco,  
que asientas mucho la mano.)  
¡Triste de mí! Aquesta ¿es vida?  
¡Estoy por desesperar!  
ARBOLÁN. A esto te hice llamar,  
mujer desagradecida;  
así los esclavos trato:  
esto espero hacer contigo.  
Ya el amor volvió castigo  
tu villano pecho ingrato.  
¡Dalde, y lo que pasa vea!  
ZARTE. ¡Ah, perro!  
MENDOZA. ¡Ay, ay, ay de mí!  
ARBOLÁN. Yo me voy; bien está así.  
LUCINDA. Tu esclava soy.  
MENDOZA. ¡Que yo sea  
de piedra has imaginado?  
¡Cruel ha estado el juez!  
De darme una sola vez

habíamos concertado.)  
ARBOLÁN. (Zarte, por aquí te esconde.)  
*(Vase ARBOLÁN con ZARTE.)*  
MENDOZA. ¿De manera que por vos  
me han dado agora?  
LUCINDA. Por Dios,  
cautivo amigo, responde;  
sufre esos palos por El  
y a cuenta de su Pasión.  
MENDOZA. Y ella, que dió la ocasión  
con ser Arbolán cruel,  
¿no sufriera siete o ocho,  
que come bien, y pudiera  
mejor que yo, que en galera,  
cómo haba cocha y bizcocho?  
¿No le ha hecho aquí desdén  
en pago de sus regalos?  
Que no paguemos con palos  
treinta y seis hombres de bien.  
LUCINDA. Pésame de haber nacido  
para haceros tanto mal.  
MENDOZA. Tiempla ese rigor mortal  
con algún favor fingido,  
que es lástima que por ti  
de esta suerte padezcamos,  
y más si a España tornamos  
este otoño con Pialí.  
LUCINDA. ¿Quién es ése?  
MENDOZA. Un Capitán  
de Arbolán, que nos prendió.  
LUCINDA. ¿Dónde cautivaste?  
MENDOZA. ¿Yo?  
LUCINDA. Tú.  
MENDOZA. Cautivé en Perpiñán.  
LUCINDA. ¡Válame Dios!  
MENDOZA. ¿Qué te espantas?  
LUCINDA. ¿Cuándo?  
MENDOZA. Pasó por allí,  
después de Arbolán, Pialí,  
y entre compañías tantas,  
y de tan buenos soldados,  
treinta y seis hombres llevó,  
que en sus fragatas echó  
a su remo condenados.  
LUCINDA. ¿Por qué?  
MENDOZA. Porque el Capitán  
estaba allá en Monserrate  
a ofrecer cierto rescate.  
LUCINDA. ¿Cuál?  
MENDOZA. El capitán Luján,  
de quien yo soldado fuí;



salimos por el gobierno  
de un mozalbete, su yerno,  
que era su Alférez allí,  
y estaba desesperado  
por el robo de su esposa.  
que me dicen que era hermosa  
y con ingenio extremado.  
Y echóse bien de ver,  
que en los moros se metió  
tanto, que...

LUCINDA. ¿Murió?

MENDOZA. Murió.

LUCINDA. ¡Ay, desdichada mujer!

MENDOZA. Qué, ¿sois vos?

LUCINDA. No, pero siento  
su desdicha.

MENDOZA. ¿Con tal voz?

LUCINDA. ¡Ay dolor duro y atroz!  
¡Ay notable sentimiento!  
(¿Si podré disimular?)  
Ese mancebo gallardo,  
¿cómo se llama?

MENDOZA. Leonardo.

Pero quiéroos suplicar  
que tempiéis ese desdén  
con Arbolán desde ahora,  
que nos tratan mal, señora,  
porque no le queréis bien.  
Apenas acá algún día  
no le mostráis afición,  
cuando por vuestra ocasión  
pasamos una crujía.  
Estamos en ese puerto  
de hierro y hambre cargados  
de un cómitre gobernados,  
eternamente despierto,  
y de la tierra de Judas;  
mirad vos cómo podremos  
pasar entre hierro y remos  
con estas buenas ayudas.  
Hoy me sacaron a tierra  
a darme esta colación.

LUCINDA. ¡Afuera, vil corazón.  
que esta es declarada guerra!  
Del tiempo y de la fortuna,  
muerta soy. ¿Qué sirve estar  
con tanto disimular,  
sin esperanza ninguna?  
¡Hoy romperé la cadena,  
hoy he de ser mi homicida,  
porque acabar con la vida  
es acabar con la pena!

¡Loca estoy, daré mil voces!  
¡Ayudadme, Cielo santo,  
pues se mueven a mi llanto  
los animales féroces!  
¡Ay mi bien, ay mi Leonardo!  
¡Ay mi esposo, ay señor mío!  
¿Por qué vivo, en qué confío,  
pues que ya verte no aguardo?  
¡Oh, villano mensajero  
de la muerte de mi vida!  
¡Tú, con la lengua homicida,  
más que con el mismo acero,  
tienes con que yo me mate!  
¿Remediarás lo que has hecho?,  
que sólo pasarme el pecho  
es de mi vida rescate.  
¿Tienes muestra?

MENDOZA. Aguarda un poco,  
que no es de tu entendimiento  
ese injusto sentimiento  
y ese pensamiento loco.

LUCINDA. ¿Qué haces? ¿Estás en ti?  
¿Cómo quieres que en mí esté?  
Después que el alma se fué,  
¿quién ha de quedar en mí?  
¡Cielos, que murió Leonardo!  
¡Que esto sufra! ¡Que esto vea!  
¡Que esto pase! ¡Que esto crea!  
Temo, espero, tiemblo y ardo.  
No quiero vida ni muerte,  
sino vivir y morir  
por sufrir y no sufrir  
dolor tan áspero y fuerte.  
¡Ay, Leonardo!

(Vase LUCINDA, y salen ARBOLÁN y ZARTE.)

ARBOLÁN. ¿Qué es aquesto?

MENDOZA. El primer dolor sentido.

ARBOLÁN. Traidor, ¿qué has hecho?

MENDOZA. No he sido  
traidor.

ARBOLÁN. Desnúdale presto.—

¿Estas eran tus quimeras?

¿De esta manera te burlas?—

Los que le diste de burlas  
quiero que le des de veras.

MENDOZA. Espera, tente. ¡Ay de mí!  
Escucha.

ARBOLÁN. Engañarme quieres.

MENDOZA. Oye, todas las mujeres  
amaudo sienten así.  
Lloran, suspiran, padecen.

penan, llaman, adivinan,  
faltan, sienten, imaginan.  
mueren, rabian y enloquecen.  
Pero aquel día llorado,  
como este que viendo estás,  
otro no se acuerdan más  
que si no hubiera pasado.  
Yo digo que la cabeza  
me cortes, pues desconfías,  
si pasare de dos días  
de Lucinda la tristeza.

ARBOLÁN. Creo que tiene razón.  
Esto será sentimiento.

MENDOZA. Déjame seguir mi intento.  
Lágrimas de mujer son  
tempestades de verano,  
que al instante vuelve el sol;  
prometimiento español  
y juramento africano.  
amistad de calabrés,  
ofrecimiento de amor,  
fortuna de jugador  
y cólera de francés;  
cometa que vive y arde  
el instante que aparece,  
humo que se desvanece  
y amenazas de cobarde;  
nieve al sol, al fuego cera,  
espuma en mar, furia en ciego.  
dinero en tabla de juego  
y amor en mujer ramera.

ARBOLÁN. Zarte, yo estoy satisfecho  
de aqueste astuto cristiano.  
Mi remedio está en su mano;  
bien ha hecho lo que ha hecho.  
En fin, ya tiene por cierto  
que es muerta su misma vida.  
Pues si un ausente se olvida,  
¿qué puede esperar un muerto?  
Del padre nos olvidamos.  
Con un día de dolor  
el más legítimo amor  
en interés le fundamos.  
Porque el gusto que yo espero  
de lo que amo es interés,  
que me mueve, como ves,  
a querer bien lo que quiero.  
Ve con él, por vida mía,  
y dale bien de comer.

MENDOZA. ¿Quieres que te vuelva a ver?

ARBOLÁN. Vuelve al expirar del día.—  
Haz que le traten muy bien.

Resérvale de galera.

MENDOZA. Yo haré que te adore y quiera.

ARBOLÁN. ¿Y que la goce?

MENDOZA. También.

ZARTE. Por Alá que eres traidor,  
hechicero o nigromante.

MENDOZA. No soy sino un estudiante  
de la facultad de Amor.  
Dame de comer.

ZARTE. Apresta  
buenos alientos.

MENDOZA. Sí haré,  
y no es de balde, a la fe,  
que buenos palos me cuesta.

(Queda solo ARBOLÁN.)

ARBOLÁN.

Gózase el labrador en buenos años  
y el navegante al fin de su camino,  
descansando en su patria el peregrino  
y el pobre humilde en reparar sus daños.

El que escribe de propios o de extraños  
los famosos sucesos, cuando vino  
a coronarse del laurel divino,  
adonde llora Dafne sus engaños.

Pero ni el labrador ni el que navega,  
el peregrino, el pobre entre mil bienes,  
ni el escritor cuando merece fama,  
se igualan al amante cuando llega,  
después de conquistar dos mil desdenes,  
a merecer los brazos de su dama.

(Salen el alférez LEONARDO, vestido de moro, y  
ZULEMA.)

ZULEMA. Estamux próspero vento,  
y a bon porto haber venido.

LEONARDO. Milagro del Cielo ha sido  
el llegar a salvamento.  
¿Que esta es Biserta, Zulema?  
¿Que está aquí mi bien?

ZULEMA. Caliar...

LEONARDO. ¡Ay, que estoy loco!

ZULEMA. E tomar  
este vostro ben por tema.  
Mas agarda vosancé,  
que estar el Caíde aquí.

LEONARDO. ¡Oh, Cielo!

ZULEMA. No me levantar del suelo,  
Caíde, hasta besarte el pie.

ARBOLÁN. ¿Es Zulema?

ZULEMA. ¿No me ves?

ARBOLÁN. ¡Válate Alá! ¿Cómo es esto?

ZULEMA. Haberme en libertad puesto  
este bon moro.

LEONARDO. Esos pies  
me manda dar, Capitán.

ARBOLÁN. Los brazos es más razón.

LEONARDO. Bien debes a mi afición  
esa merced, Arbolán.

ARBOLÁN. Tu calidad y valor  
saber deseo, por darte  
de mi alma y casa la parte  
que mereces.

LEONARDO. Gran favor.—  
Dile, Zulema, pues sabes,  
quién soy y el deseo que tengo.

ARBOLÁN. ¿Que te has libertado?

ZULEMA. Vengo  
a que pagues y que alabes  
a esto me amigo mucho.

ARBOLÁN. Cuéntalo, pues.

ZULEMA. Decer yo  
el todo como pasó  
si vosancé escucha.

ARBOLÁN. Escucho.

ZULEMA. La fértil Andarlucía  
e la forte Cartagena  
tener en medio Granada,  
provincia entre reinos reina.  
De ésta estar al Mediodía  
Alpojarras, e sobre éstas  
fundar sus primeras casas  
los moros de las fronteras.  
Desde el tempo de Rodrigo  
veven por aquestas serras  
mucho famoso africano,  
que estar linda, hermosa e fresca.  
Crearse la pasa, el hego,  
el mijo, el trego, la avena,  
el cabra, que andar al pasto,  
tener abundantes herbas;  
el caballo ser feroz,  
él solto correndo el vega,  
junto el cual ciudad fondar  
tener grande fortaleza.  
Albaicín estar en alto;  
el Alhambra competencia  
hacer con las maravillas  
e con el Cázar de Tebas.  
Zacatín estar lo llano,  
con mil cifios, (1) con mil tendas,  
e Bibaraubín (2) también,

que estar forza entre la cerca.  
Pero toda aquesta gloria  
quitar a Granada bella  
reyes Sabel e Hernando  
en hartos años de guerra.  
Salir Granada Rey Checo;  
dexar Xenil, dexar Vega,  
dexar el Generalife,  
porta Almazán, porta Elbera;  
cantar Alhambra hanina,  
lleno de mortal tristeza.  
Poner cristianos so cruz  
e sos banderas por ella;  
mas aunque estar oprimidos  
los moros de esta manera,  
sempre gardar ocasión  
para echar crestianos de ellas.  
En fin, habrá algunos años  
que con su mayor nobleza  
don Fernando de Valor  
tomar esta justa empresa,  
alzándose con Granada,  
guerra al rey Helipo ententa;  
que, a no ser nuestra desdicha,  
él se quedara con ella.  
Fenalmente, el Rey crestiano  
envía con mocha presa  
un hijo de Carlos Quinto,  
sempre Augusto e sempre César;  
un hermano soyo, en fin,  
mozo de lenda presencia,  
forte como un Rodamonte,  
que hervindo el sangre comenza.  
Ríndese el moro cobarde  
a partido, e los desterran  
por Castilla e Aragón,  
por Zaragoza e Valencia.  
Los padres de aqueste moro,  
que decender del profeta,  
mera el que digo e estar nobles,  
andar en esta miseria;  
nacer este moro hedalgo  
e, aunque estar rico en Cervera,  
no querer tener el alma  
al cristianilio sojeta.  
Haber ido a Perpiñán,  
que estar cosas de su hacenda,  
e verme llorar cativo  
e rastramus el cadena.  
Contarme su pretensión  
e decerme que en Biserta  
tener él volontá soya

(1) Quizá "ficios", por *edificios*.

(2) Será Vivarrambla.

e vever el alma en pena.  
 Dar por me centos docados  
 e ponemus en las beñas,  
 llamando las galeotas  
 de Soltán, que andar Marbelia;  
 meternos dentro e vener  
 a boscar alma, que certa  
 se saber que tú, xonior,  
 dentro en to casa tenerla.  
 Darle bon acogimento,  
 valente Arbolán, en ella,  
 e mí tenelde por hombre  
 que esta mentira concerta.  
 Llamarse el moro Medoro,  
 porque Angélica la bella  
 se llamar so libertad.  
 El te decer el que resta.

ARBOLÁN.

Gran contento me ha dado haber sabido  
 que seas tan noble y que a mi casa vengas.  
 Vuélvote a dar los brazos.

LEONARDO.

Si conoces  
 la voluntad que de servirte traigo,  
 bien es que de esa suerte me recibas.

ARBOLÁN.

Yo estoy ahora, amigo, divertido  
 en cierta pretensión de una cristiana  
 que en Perpiñán le he cautivado el cuerpo  
 y en Perpiñán me ha cautivado el alma.  
 Está furiosa y loca de unas nuevas  
 que le han traído de su muerto esposo.  
 No puedo detenerme aquí contigo,  
 porque me importa darle algún remedio.—  
 Ve, Zulema, y di a Zarte que a Medoro  
 le dé en mi casa, como a noble huésped,  
 un cuarto aderezado de brocados  
 con ricas sillas, mesa y cama.

LEONARDO.

El Cielo  
 te guarde y rinda esa cautiva hermosa.

ARBOLÁN.

Adiós, adiós.

(Vase ARBOLÁN.)

LEONARDO.

¿Qué te parece de esto?

ZULEMA.

No va que vosancé estar morto.

LEONARDO.

Dice

que está loca Lucinda, que han llegado  
 nuevas de que estoy muerto.

ZULEMA.

Caliar poco  
 e no decelde nada hasta sabemus  
 qué ser esta locura.

LEONARDO.

Yo querría  
 no decirle quién soy, antes negarlo.

ZULEMA.

Dexarme hacer a mé.

LEONARDO.

Porque ya tengo  
 celos de que la goza aqueste Alcaide;  
 y si es que la gozó, Zulema amigo,  
 no quiero yo mujer gozada de otro.

ZULEMA.

Decer como bon galgo e ser honrado.  
 Joro a Dios e sabeldo como astoto.  
 Mojer gozada e cornos, guarda el potó.

## ACTO SEGUNDO

(Sale ARBOLÁN y LEONARDO, en hábito de moro.)

ARBOLÁN. La obligación del amor  
 es la que has de conocer.

LEONARDO. Y de las obras, señor,  
 confieso que debo ser  
 eternamente dendor.

ARBOLÁN. Es tanta la voluntad,  
 que es bien que a toda amistad  
 lleve, Medoro, la palma,  
 porque las obras del alma  
 tienen mayor calidad.  
 Y, para prueba, querría  
 decirte en esta ocasión  
 los secretos de la mía,  
 porque mi mucha afición  
 mucho de tu amor confía.  
 Y son hidalgos intentos,  
 que sin usar cumplimientos,  
 cosa que entre necios pasa,  
 quien te dió parte en su casa  
 te la dé en sus pensamientos.

LEONARDO. Creces y aumentas de suerte  
 el amistad recebida



con lazo de amor tan fuerte,  
que es poco darte la vida,  
que te ofrezco hasta la muerte.  
Mas pues nuestras voluntades  
con tan altas obras sellas,  
vendré a tener por verdades  
que al nacer nuestras estrellas  
conciertan las voluntades.  
Está cierto de la mía  
a quien tu secreto fía,  
si para servirte valgo,  
porque ser del alma hidalgo  
es la mayor hidalguía.

ARBOLÁN. Medoro, yo corto el mar  
con ocho armadas galeras  
que hacen la costa temblar.  
porque suele despojar  
las españolas riberas.  
Con cuatro de éstas surgi  
una noche en Perpiñán,  
porque las otras le di,  
como sabes, a Sultán,  
que en ellas veniste aquí.  
Robé a un Capitán famoso  
una gallarda cristiana.  
y más rico que dichoso  
volví a la playa africana  
preso de su rostro hermoso.  
Vencedor, le di la palma,  
porque a un mismo tiempo fué  
que, estando mi vista en calma,  
yo el cuerpo le cautive  
y ella cautivóme el alma.  
Trájela aquí, conquistéla  
con mil regalos, roguéla  
que me amase, y, siendo en vano,  
hablé un cautivo cristiano.  
que me dió cierta cautela.  
Y fué que la dió a entender  
que un Leonardo, esposo suyo,  
era muerto, parecer  
que ni por contrario arguyo  
ni era inútil en mujer.  
Lloró, enloqueció, ha estado  
para morir; yo, turbado,  
hice echar en la galera  
el esclavo, aunque pudiera  
después haberle premiado.  
Porque viendo que cobrar  
no puede lo que perdió,  
ya se deja ver y hablar,  
y de que le hable yo

ya no recibe pesar.  
Este es agora el estado,  
Medoro, de mi suceso;  
pero este amor ha causado  
que pierda Belaida el seso,  
de quien he sido adorado.  
Quiero que a entender le demos  
que tú la quieres, y juntos  
la esclava visitaremos,  
a quien sus celos por puntos  
se quejan haciendo extremos.  
Si ella saliese a ocasión  
que la hable, fingirás  
que la tienes afición,  
y con esto le darás  
de mi amor satisfacción.  
Mira lo que fio de ti.

LEONARDO. Dichoso en extremo fuí  
en que ocasión se ofreciese,  
Arbolán, que te sirviese.  
Llama a esa cautiva aquí.  
que no sólo servir quiero  
de sosegar la pasión  
de Belaida en mal tan fiero,  
mas en tu misma afición  
servir de amigo y tercero.  
Tú verás cómo la allana  
mi industria y vence el olvido  
con que se muestra inhumana,  
porque, en fin, cristiano he sido  
y esa cautiva es cristiana.

(Sale ZULEMA.)

ARBOLÁN. Hola, Zulema.

ZULEMA. ¿Xenior?

ARBOLÁN. Llama a Lucinda.

ZULEMA. Ya andamus.

LEONARDO. ¡Oh, vil mujer sin amor!

ZULEMA. ¿Locinda, xenior, llamamus?

LEONARDO. (Temblando estoy de furor.  
Aunque tenerme por muerto  
parece que la disculpa;  
pero aunque fuera muy cierto,  
ser con un moro la culpa  
este liviano concierto...  
¡Ay, cuántos males proceden  
de un mal! ¿Qué haré? ¿Qué diré,  
que aquí conocerme pueden?  
Y ella, ¿qué hará si me ve?)

(Salen ZULEMA y LUCINDA.)

ZULEMA. Decir que el demás se queden.

LUCINDA. ¿Qué me quiere?  
 ZULEMA. No saber.  
 ARBOLÁN. ¡Oh, Lucinda!  
 LUCINDA. Alcaide noble.  
 LEONARDO. (Mirad lo que vengo a ver.  
 ¿Qué fuerza habrá que no doble  
 del sabio tiempo el poder?)  
 ZULEMA. (¿Qué hay, Férez?  
 LEONARDO. Gran mal, Zulema.  
 ZULEMA. ¿Cómo?  
 LEONARDO. Mi Troya se quema.  
 Lucinda cree que estoy  
 muerto.  
 ZULEMA. Saber que hasta hoy  
 haberle durado el tema.  
 e ya estar poco más blanda.  
 LEONARDO. No sé cómo pudo ser.  
 Mas oye lo que me manda.  
 ZULEMA. Joro a Dios sempre creer  
 que el mojer presto se ablanda.  
 LEONARDO. Quiere que finja queralla  
 y ella a mí, por que sosiegue  
 los celos que tiene de ella  
 Belaida.  
 ZULEMA. Decer que llegue  
 e fenger no conocella.  
 Gardar diablo vosancé  
 e no declaramus nada.  
 e depós saber bor qué.)  
 LUCINDA. ¿Mi señora tan airada?  
 ARBOLÁN. Notable noche pasó.  
 Que yo fingí que dormía,  
 y entre suspiros y llanto  
 oí que de ti decía  
 que aunque merecías tanto  
 más por su amor merecía.  
 Probaba a desenojalla  
 y no pude persuadilla,  
 que amor con celos no calla;  
 mas hoy pienso reducilla,  
 a lo menos engañalla.  
 Este moro es el que digo  
 que tú has de fingir amar.  
 Es en extremo mi amigo.  
 pues de él me atrevo a fiar  
 estos amores contigo.  
 Mira, mi bien, que le hables  
 y que de manera entables  
 satisfacción a sus celos,  
 que pongan treguas tus cielos  
 a sus locuras notables.

LUCINDA. Harto lo son las quimeras  
 con que conmigo te burlas.  
 ARBOLÁN. ¿Cómo así?  
 LUCINDA. Por ver que quieras  
 que ame este moro de burlas  
 y que te quiera de veras.  
 Mas pues he de obedecerte,  
 dile que se llegue a hablarme.)  
 ARBOLÁN. ¿Medoro?  
 LEONARDO. ¿Llamaste?  
 ARBOLÁN. Advierte.  
 LEONARDO. (Cielos, ¿si podré ocultarme  
 con este traje y mi muerte?)  
 ARBOLÁN. Esta es la bella cautiva  
 de quien rendí los desdenes.  
 LEONARDO. Con mil causas así viva  
 entre las muchas que tienes:  
 contigo Lucinda priva.—  
 ¡Oh, española, por Mahoma  
 que es briosa esta nación!  
 ¿Qué no puede, rinde y doma?  
 LUCINDA. (¡Ay, Dios, qué extraña visión,  
 qué espíritu forma toma  
 de aquel mi muerto Leonardo!)  
 LEONARDO. ¿Qué es, señora, lo que miras?  
 LUCINDA. Que eres...  
 LEONARDO. ¿Qué soy?  
 LUCINDA. Muy gallardo.  
 LEONARDO. De algo que miras te admiras,  
 y que lo digas aguardo.  
 LUCINDA. Tengo un hermano, ya muerto,  
 a quien pareces.  
 LEONARDO. No aciertas  
 poco, que yo lo estoy cierto,  
 que unas esperanzas muertas  
 me han muerto y me han encubierto...  
 Solía yo tener vida  
 que alentaba y animaba  
 una esperanza perdida;  
 pero ¿qué bien no se acaba  
 en una ausencia ofendida?  
 Así que aciertas, sin duda,  
 Lucinda, en llamarme muerto.  
 LUCINDA. Estoy, mirándote, muda.  
 LEONARDO. Tan muda estás, que estoy cierto  
 de lo que la ausencia muda.  
 Algo en verme consideras,  
 algo en mi vista reparas,  
 algo temes, algo esperas.  
 porque si no te mudaras  
 no pienso que enmudecieras.  
 LUCINDA. Si yo no hubiera sabido

que un gran dolor que he tenido  
de sentido me privó,  
diérale crédito yo  
esta vez a mi sentido.  
Pero como le perdí  
y éste no se cobra bien,  
aunque en verte mi bien vi,  
bien puede ser que también  
este bien me engañe a mí.  
¿Cómo te llamas?

LEONARDO. Medoro.

LUCINDA. ¿De dónde eres?

LEONARDO. De Aragón.

LUCINDA. ¿Que eres moro, en fin?

LEONARDO. Soy moro.

LUCINDA. Moro, en tanta confusión,  
lo que pareces adoro.  
¿Es posible que no eres?

LEONARDO. ¿Quién?

LUCINDA. Un muerto que vivió  
en esta alma.

LEONARDO. ¿Cómo quieres,  
Arbolán, que temple yo  
desatinos de mujeres?  
¿Esta dices que está cuerda?  
¡Por Alá, que está más loca!...  
De aquel su amante se acuerda.

ARBOLÁN. No es la memoria tan poca  
que en poco tiempo se pierda.—  
Lucinda, ¿a tu tema vuelves?

LUCINDA. ¿Es posible que me engaño?

LEONARDO. Presumo que te resuelves,  
Alcaide, en tratar tu daño  
si con ésta me revuelves;  
que dice que yo parezco  
a su bien, y yo, Arbolán,  
las cristianas aborrezco.

ARBOLÁN. Aquí verás qué galán  
para estas burlas te ofrezco;  
apenas te puede ver.

LEONARDO. Apenas pudiera ser  
si se olvidara con penas;  
pero hay penas que son buenas  
para doblar el querer.

ZULEMA. Belaida vener, xenior.

ARBOLÁN. Requebraos, por mi vida,  
que la tengo gran temor.

ZULEMA. (¿Hay mayor beliaquería?  
¿Hay tal cmbuste de amor?  
Muere Leonardo por ver  
Locenda, e el mismo Arbolán  
aquí el acaboto ser.)

(Sale BELAIDA.)

BELAIDA. (Juntos, en efeto, están.)

ZULEMA. (Estar celosa el mojer.)

BELAIDA. ¿No te has de hallar sólo un punto  
sin tu esclava?

ARBOLÁN. Ya, señora,  
tiene su bien todo junto.

BELAIDA. Pues ¿cómo?

ARBOLÁN. A Medoro adora.

LEONARDO. Soy de su esposo difunto,  
según me ha dicho, un tras'ado;  
tengo su ser, talle y lengua,  
y habémonos concertado  
en que yo calle su mengua  
y ella el haberla engañado.  
Favorece mis intentos  
de tal manera Arbolán,  
que con mil atrevimientos  
soy de Lucinda galán  
y le digo mis tormentos.  
(Por tu vida, que este amor  
esfuercas tú por tu parte.)

LUCINDA. ¡Ay confusión, ay temor!  
¿Cómo el verte y el hablarte,  
esposo, amigo, señor,  
y no saber si lo eres?

BELAIDA. Si tú, Medoro, la quieres,  
y ella a ti, yo haré por ti  
lo que verás.

LEONARDO. ¿Cómo así?

BELAIDA. Oye, Alcaide, y no te alteres.  
Tú no quieres la cristiana,  
según me has dicho.

ARBOLÁN. Es verdad,  
y que es tu sospecha vana.

BELAIDA. De Medoro el amistad  
cualquiera imposible allana.

ARBOLÁN. Téngole grande afición.

BELAIDA. Pues véndele la cautiva,  
que, fuera de que es razón,  
me has de poner, mientras viva,  
en eterna obligación.

Con tal liberalidad  
todos quedamos contentos:  
Medoro, de tu amistad;  
tú, de mis merecimientos,  
y yo, de tu voluntad.

¿Qué dudas?

ARBOLÁN. Dudo que es poco  
para tus cosas tan altas,  
pues en cualquiera que toco,  
a lo que te quiero faltas,

que estoy, por quererte, loco.  
Para probar mi lealtad  
contigo y luego el decoro  
de mi justa voluntad,  
y a un hombre como Medoro  
hacer. Belaida, amistad,  
manda otras cosas mayores;  
pero, pues te sirves de ésta,  
para que no me desdore  
con lágrimas, que te cuesta  
de tus mejillas las flores,  
doy la esclava, y diera cuantas  
pidieras con esos celos.

BELAIDA. Echarme quiero a tus plantas.  
ARBOLÁN. Enojáranse los cielos,  
que sobre ellos me levantas.—  
Ya, Medoro, esclava tienes.

LEONARDO. Señora, dirás, y esposa.  
BELAIDA. ¿Tienes casa, o la previenes?

LEONARDO. Tener casa es justa cosa  
el que tiene tantos bienes.

BELAIDA. Es muy justo que autorices,  
tus bienes de tantos modos,  
si por tu prenda lo dices.

LEONARDO. Mis bienes son muebles todos,  
que Amor no tiene raíces.  
Yo la llevaré conmigo.

BELAIDA. (¿Medoro? *(Aparte.)*)

LEONARDO. ¿Señora?

BELAIDA. Amigo,  
sácame de aquí esta fiera;  
sea enemigo allá fuera  
y no en mi casa enemigo.

LEONARDO. Tú verás cómo la quito  
de los ojos de Arbolán.)

ARBOLÁN. Que la llesves no permito,  
porque no diga Sultán  
que es contra su amor delito,  
que está ya de la privanza  
de Medoro harto envidioso;  
pero viva en confianza  
de que es y será su esposo.

LEONARDO. No es poco bien la esperanza.  
(Yo, señora, me contento.)

BELAIDA. Ven, Alcaide, a mi aposento.

ARBOLÁN. Qué, ¿aún no me quieres dejar?

BELAIDA. Y aun quisiera efctuar  
esta noche el casamiento.—  
(No sosiegan mis cuidados,  
ya que no os deo casados,  
si no os abrazáis.

LEONARDO. No sea

adonde Arbolán lo vea  
y quedemos enojados.

BELAIDA. Pues eso es lo que yo quiero.  
Abrazaos.)

LUCINDA. Cielos que adoro,  
¿no es éste mi esposo? ¡Ah, fiero!  
*(Abrazanse los dos, y dicen abrazados:)*

LEONARDO. ¡Ah, traidora!

LUCINDA. ¡Ah, traidor moro!

LEONARDO. ¡Ah, mudable!

LUCINDA. ¡Ah, lisonjero!

LEONARDO. ¡Ah, fementida!

LUCINDA. ¡Ah, cruel!

LEONARDO. ¡Ah, ingrata!

LUCINDA. ¡Ah, enemigo mío!

ARBOLÁN. Mucho te huelgas con él.

LUCINDA. Abrasada me desvío,  
como rama de laurel.

BELAIDA. Juntando mucho sus ramas,  
dicen que fuego se enciende.

LUCINDA. Pudieras verlo en mis llamas.

LEONARDO. Por ti, a lo menos, se entiende  
que como ingrata desamas.

BELAIDA. Vente conmigo, Arbolán,  
que pienso que te entristeces.

ARBOLÁN. Notables celos te dan:  
pues no ves lo que mereces,  
ciegos tus ojos están.

Vamos, y juntos se queden,  
si así sosegarte pueden.

BELAIDA. Ven y creeré que eres mío.

ARBOLÁN. Cuanto más sufrir porfio,  
menos lugar me conceden.—  
¿Zulema?

ZULEMA. ¿Xenior?

ARBOLÁN. Dirás

a Medoro que no abraze  
mi hermosa cautiva más,  
y quédate a ver qué hace.

ZULEMA. ¡Oh, ya acechamux detrás!

ARBOLÁN. ¿No ves cómo le abrazó?  
Sin duda, le quiere bien.

ZULEMA. A vosancé le engañó:  
estar celoso de quen  
en so vida el mojer vió.  
¡Andalde, e dexar a mí!

ARBOLÁN. Pues voime en tu confianza.

*(I'asc.)*

LUCINDA. ¿Fuése aquel bárbaro?

LEONARDO. Sí.

LUCINDA. Pues deja que mi esperanza



tome, mi bien, puerto en ti;  
déjame esos brazos bellos  
descansen éstos en ellos.

LEONARDO. Tente, cristiana, que, ausente  
Arbolán, no lo consiente  
su fe y la nobleza de ellos.  
Mientras él estaba aquí,  
por Belaida te abracé,  
que está concertado así;  
pero si Arbolán se fué,  
¿cómo te llegas a mí?  
¿Hasme visto tú en tu vida  
otra vez?

LUCINDA. Prenda querida,  
de esta alma ¿por qué te encubres?  
¿Por qué en los ojos descubres  
sin causa el alma ofendida?  
Si los cubren tus querellas,  
mira que sus niñas bellas,  
como niñas, me han hablado  
que eres mi bien disfrazado  
y que está mi vida en ellas.  
No es posible que eres muerto,  
que es más llano que la palma  
que eres mi bien encubierto;  
mira que me dice el alma:  
“Llega, abrázale, que es cierto.”  
¿Cómo puedes tú ser moro?  
¿No es ese el rostro que adoro?  
¿No niegues lo que se ve.  
¡Anda, mi bien, que ya sé  
que eres el moro en que moro!  
Cuanto al traje, es un abismo  
de engaños este concierto;  
mas el rostro, es barbarismo  
no querer que, descubierto,  
no sea tu rostro mismo.  
¡Moro mío, dulce moro,  
pues ya te llamas Medoro,  
hazme tu Angélica y muera  
entre esos brazos!

LEONARDO. Espera,  
que guardas mal el decoro  
del dueño que te ha gozado.

LUCINDA. ¿Gozado? ¿Luego eso ha sido  
por lo que me has despreciado?

LEONARDO. Tu locura he conocido,  
tu frenesí confirmado;  
loca estabas, loca estás;  
de locos no hay que hacer caso.

LUCINDA. ¿Es posible que te vas?

LEONARDO. ¡Apenas, celos, dais paso

que Amor no le vuelva atrás;  
pero sin satisfacción  
de mi honor no la he de hablar!

(Vase LEONARDO.)

LUCINDA. ¿Hay más cruel condición?  
Mas débome de engañar,  
y es, por ventura, ilusión.  
¿Aquí estabas?

ZULEMA. No temer,  
Locinda, que estar amego  
de Medoro, e ben saber  
que todo el que hacer contego  
de mala gana él hacer.  
Yo cautivar de Loján,  
que estar padre a vosancé,  
y allá, el vida que me dan,  
el Férez pagar con fe  
e traemux con Soltán;  
mas Leonardo haber sabido  
que Arbolán haber tenido  
no sé qué contos con vos.

LUCINDA. Zulema, testigo es Dios  
de que jamás le he ofendido.  
Esto que dice Arbolán,  
¿por qué razón le alborota?  
¿Sus ojos no lo verán?

ZULEMA. Porque él pensar que estar pota,  
vosancé, del Gabatán.

LUCINDA. ¡Ah, traidor! ¿Negarse quiere  
de cobarde, que su vida  
a mi peligro prefiere?

ZULEMA. Del Férez estar querida,  
e que por vosancé muere;  
mas haberme dicho a mí  
que por aqueste temor  
él se querer ir de aquí.

LUCINDA. ¿Dejarme quiere? ¡Ah, traidor!  
¿Eso pasa?

ZULEMA. Estar así.

LUCINDA. ¡Pues yo diré que es Leonardo!  
¡Arbolán, tu casa, mira,  
ya de traidores la guardo!  
¡Armame de ofensa y de ira  
contra un cristiano bastardo,  
Arbolán!

ZULEMA. ¡Caliar la boca,  
picarilia, o, ¡vive Diox!,  
que hacemus el que provoca  
jurar amistad los dox  
y estar firme como el roca!

LUCINDA. Pues ¿qué haré?

ZULEMA. Yo te decelde:  
fíngete morta de espanto  
e poder ver el que hacelde,  
porque sen peligro tanto  
estar el Férez rebelde.

(*Siéntese en las almohadas y finja desmayarse.*)

LUCINDA. ¿Quieres que me siente aquí?

ZULEMA. Asentarti en esta alfombra  
e dexalde hacer a mí.

(*Sale LEONARDO.*)

LEONARDO. ¿Qué me quieres, como sombra,  
Amor, que te andas tras mí?  
Pelota de viento he sido;  
de este puesto me has jugado,  
mas tal golpe he recebido,  
que en la pared he topado  
y vuelto donde he salido.

(*Llore ZULEMA.*)

ZULEMA. ¡No creo que haber Alá,  
hecho más triste que a mí!

LEONARDO. Zulema llorando está.

¿Qué hay, Zulema?

ZULEMA. Que por ti,  
Lucinda...

LEONARDO. ¿Qué?

ZULEMA. Muerta está.

LEONARDO. ¿Qué dices?

ZULEMA. Con el dolor

(*Llore.*)

del negarli quién tú eras,  
se me haber morto, senior.

LEONARDO. ¿Muerta? ¡Oh, malditas quimeras!  
¡Celos, infamia de amor!  
De aquella mano la toma.  
¿No le dió un hora de tregua  
la que tantas vidas doma?

(*Llore.*)

ZULEMA. Ya, ya no estar media legua  
del baraíso de Mahoma.

LEONARDO. Aún tiene, amigo, calor  
y no es el pulso acabado.

ZULEMA. ¿Bor qué haber morto, senior,  
el mejor mojer que ha dado  
a España el mondo valor?

LEONARDO. ¡Ay, Zulema, no me impidas  
que estas manos homicidas  
me acaben! ¡Oh, Amor!, ¿qué espe-  
¡Merezco mil muertes fieras, [ras?  
merezco perder mil vidas!  
¿De qué sirvió haber venido  
con el traje disfrazado?

Por mi mal, mi bien ha sido,  
pues vino el mal declarado  
y sólo el bien fué fingido.

No vuelve. ¡A matarme torno!

ZULEMA. ¿Volver vos? ¿Perdelde el tino?

LEONARDO. ¡Oh, estrella del cielo adorno!

ZULEMA. El morte no estar camino  
que haber mulas de retorno.

LEONARDO. Pues ¡alto! ¡Mi muerte es cierta!

(*Dé voces.*)

¡Arbolán, Lucinda es muerta!

Yo soy Leonardo, Arbolán,  
el alferez de Luján.

que vine a verla a Biserta!

¡No soy muerto, que mi vida  
es la que agora se ha muerto!

¡Toda esta traza es fingida!

(*Despierte.*)

LUCINDA. Temerario desconcierto;  
mi voz las tuyas impida.

¡Mi bien, mi bien, señor mío!

(*Ria ZULEMA.*)

LEONARDO. ¿Habló?

ZULEMA. Con el boca hablamux.

LUCINDA. ¿Tú has de hacer tal desvarío?

LEONARDO. ¿Estás viva?

ZULEMA. ¿No miramux?

LEONARDO. ¡Ay, dueño de mi albedrío!,  
celos han hecho el enredo  
que ves.

LUCINDA. Mi Leonardo, ¿puedo  
abrazarte?

LEONARDO. ¡Sí, mi bien!

(*Abrácese, y sale ARBOLÁN.*)

ARBOLÁN. (¿Qué es lo que mis ojos ven?

¡Bueno, por mi vida, quedo!)

Zulema, ¿qué te encargué?

LEONARDO. (Arbolán nos vió.)

ZULEMA. Pensé,

como te sentir venir,

que era xeniora, e decir:

“Brazad vos a vosancé,  
porque los ver abrazados.”

ARBOLÁN. Pues, necio, ¿sin verlo bien?

LEONARDO. Hablando de tus cuidados,  
yo por templar su desdén  
y ella los celos pasados  
estábamos, como ves,  
cuando, sintiendo tus pies,  
Zulema dijo: “Ya viene  
Belaida; abrazaos. que tiene  
mil celos.”

ZULEMA. Ser yerro.  
 ARBOLÁN. ¿Pues?  
 ZULEMA. Yo pensalde que acertar.  
 ARBOLÁN. Medoro, fingir amar  
 a Lucinda te rogué.  
 LEONARDO. Pues esto fingido fué.  
 ZULEMA. Y ¿qué importarle el brazar?  
 ARBOLÁN. Importan mil celos fieros;  
 no quiero abrazados veros,  
 que pueden haber nacido  
 de aquel abrazo fingido  
 mil deseos verdaderos.  
 Entrate, Lucinda, allá.  
 LUCINDA. No pensé que te ofendía.  
 (Vase LUCINDA.)

LEONARDO. (Celoso Arbolán está, *(Aparte.)*  
 que celos es luz que da  
 rayos en la fantasía.)

ARBOLÁN. (¡Oh, palabras lisonjeras!, *(Aparte.)*  
 siempre, Amor, así te burlas;  
 las mías fueron terceras,  
 mandélos querer de burlas  
 y ya se quieren de veras.  
 Esto es principio de amor,  
 esta cristiana es liviana,  
 éste mi amigo el mayor,  
 y no es bien que una cristiana  
 le ocasione a ser traidor.  
 ¡Extraños son mis recelos!  
 Bien dicen, y no se engaña  
 quien ha visto entrambos cielos,  
 que el amor nació en España.  
 y en el Africa, los celos.  
 Sabe el español amar  
 y sabe el moro guardar;  
 el cristiano sólo arder,  
 el africano temer;  
 servir uno, otro celar.  
 Acá cerramos las puertas,  
 allá las dejan abiertas;  
 acá a nadie se confían,  
 allá de amigos se fían,  
 con fianzas siempre inciertas.  
 Acá no hay luz en las salas,  
 allá están de rejas llenas,  
 troneras de tantas balas;  
 acá por fuerza son buenas,  
 allá por vicio son malas;  
 aunque pierdan la salud,  
 pasan aquí su inquietud;  
 y así, la que allí es honrada,

merece ser estimada,  
 porque es por propia virtud.  
 Yo he de echar de aquí a Medoro,  
 que nunca los fines lloro  
 cuando el principio remedio;  
 poner quiero el mar en medio  
 de él y la prenda que adoro.—  
 ¿Medoro?

LEONARDO. ¿Alcaide?  
 ARBOLÁN. Sultán  
 es remiso para ser  
 marítimo Capitán.  
 Una jornada has de hacer;  
 mira si te honra Arbolán.  
 Tú, que márgenes y costas  
 tienes tan bien conocidas,  
 sus atalayas y postas,  
 quiero que sus playas midas  
 hasta sus calas angostas;  
 escóndete en sus recodos,  
 que tú sabrás bien los modos  
 como se trata esta guerra,  
 pues naciendo en esa tierra  
 tendrás práctica de todos;  
 saca esas cuatro galeras  
 de espalderes reforzadas  
 a vela y remo ligeras;  
 lleguen de viento preñadas  
 a las cristianas riberas,  
 que si mi empresa enarbolas  
 y das la proa a las olas  
 rompiendo campos de sal,  
 temblarán de tu fanal  
 las márgenes españolas.  
 Estoy ya determinado  
 que esta noche, cuando esté  
 todo el puerto sosegado,  
 el lienzo al viento se dé,  
 de la antena desatado.  
 Cuelguen las aferravelas  
 de los cabos de las velas,  
 que yo me quiero poner  
 sobre ese peñasco a ver  
 de la manera que vuelas.

LEONARDO. Creces mis obligaciones  
 de suerte, que dos mil hierros  
 en alma y rostro me pones.  
 Dame esos esclavos perros,  
 verás obrar mis razones.  
 No quiero ser arrogante  
 hasta que a Biserta vuelva;  
 pero déjame que espante

con los pinos de esta selva desde Tortosa a Alicante, que oirás decir maravillas.

ARBOLÁN. Alá te vuelva, Medoro, vitorioso a estas orillas.

LEONARDO. Tocarán, a fe de moro, en el mismo Grao las quillas.

ARBOLÁN. Vámoslo a tratar.

LEONARDO. Camina.  
(¡ Ay, mi Lucinda divina!)

ARBOLÁN. (¡ Oh, celos, ya voy seguro!)

(*Vanse, y queda ZULEMA.*)

ZULEMA. Mal sin tener que procuro, juro a Diox estar mohina; tenerle gran blegación al Férez, que darne veda vener con esta envención, borque so prenda quereda libertamux de prisión; e agora embiar al mar Arbolán al buen Leonardo. ¡ O diablo que te llevar!

(*Salen SULTÁN y ZARTE.*)

SULTÁN. Tiempo, Zarte amigo, aguardo, que hoy me quisiera embarcar. Vine a Biserta corrido.

ZARTE. ¿ De qué?

SULTÁN. De no haber traído una gran presa a Arbolán.

ZARTE. ¿ Es Zulema?

ZULEMA. Ya, Soltán, hablalde en tempo berdido.

SULTÁN. ¿ Cómo?

ZULEMA. Esta noche Medoro llevalde cuatro galeras e prometelde un tesoro.

ZARTE. Ello es sin duda; ¿ qué esperas?

SULTÁN. ¿ Qué ha visto en aqueste moro, que tanto priva con él?

ZARTE. Eso causan las estrellas.

SULTÁN. Quisiera vengarme de él; será Medoro con ellas más valeroso y fiel.  
¿ Cómo a un moro advenedizo de cuatro galeras hizo su teniente?

ZARTE. ¿ Qué te espanta, si a costa de pena tanta su voluntad satisfizo?  
A la cautiva le dió.

SULTÁN. Eso, Zarte, bien sé yo que fué engañar su mujer.

ZULEMA. Soltán, yo tener que hacer.

SULTÁN. ¿ Vas allá?

ZULEMA. Pensar que no; mas si mandar, ¿ qué podemos?

SULTÁN. Ve con Alá.

ZULEMA. E vosancé guardamos tampoco.

ZARTE. Demos un remedio que yo sé, con que el cargo le quitemos.

SULTÁN. ¿ Cuál es?

ZARTE. Decir que le envía, a Belaida, por gozar de Lucinda, a quien fingía amar para sosegar las sospechas que tenía.  
(Quedo, que vienen aquí.)

(*Salen LUCINDA y BELAIDA.*)

LUCINDA. ¿ Aún te duran las sospechas?

BELAIDA. Sí, que son de celos hechas, cristiana, y nacen de ti.

LUCINDA. Pues ¿ háblame ya Arbolán?

BELAIDA. Siempre he de estar a tu lado.

BELAIDA. Los ojos de mi cuidado desvelados siempre están, y descansa más contigo.—  
¡ Oh, Sultán!

SULTÁN. Oí tus quejas y enternecido me dejas.

BELAIDA. Tengo este fiero enemigo, y aunque me da mil enojos, tráigole en ellos por vellos como enfermedad en ellos, que anda por fuerza en los ojos.

SULTÁN. Pues tengo que te decir, si aquí un poco te retiras...

BELAIDA. Con amor mis cosas miras.  
(*Los dos aparte.*)

SULTÁN. (Débote amar y servir. Arbolán envía a Medoro a España con sus galeras, viendo que obligarle quieras a que le dé su tesoro, que él estima más que a ti. Luego ¿ tiene celos de él?)

BELAIDA. SULTÁN. Que se deshace.

BELAIDA. ¡ Oh, cruel!

¿ Celos tiene?

SULTÁN. Pasa así.



BELAIDA. Pues ¿cómo esta noche toda,  
por su vida y por la mía,  
juró que no la hablaría?

SULTÁN. Porque con esto acomoda  
sus gustos sin darte cuenta,  
y porque es pública fama  
que a su mujer en la cama  
no hay casado que no mienta.

BELAIDA. ¿Que la habla?

SULTÁN. ¿Eso dudas?

BELAIDA. ¿Podrélo ver?

SULTÁN. Y tan loco,  
que tus ojos tiene en poco  
si de miralle los mudas.  
Haz una cosa: yo haré  
que veas que está contigo  
y la requiebra.

BELAIDA. ¡Oh, enemigo!  
¡Hombre, en fin, y hombre sin fe!  
¡A mis ojos?

SULTÁN. Bien podrás.

BELAIDA. Pues si ve que yo le veo,  
¿no templará su deseo?

SULTÁN. Oye y la industria sabrás.  
Cuando estéis juntos aquí,  
en descuidándote un poco,  
como está de amores loco,  
la hablará detrás de ti;  
porque de los que lo vemos  
no se le da nada a él;  
si vuelves a estar con él,  
hace diversos extremos  
o quédase muy sereno.

BELAIDA. Pues si yo lo quiero ver  
y lo mismo puedo hacer,  
mal veré si es malo o bueno.

SULTÁN. Pues la industria es para eso.

BELAIDA. ¿Cómo?

SULTÁN. Di que te has quitado  
o traes mal puesto el tocado,  
o en alguna parte preso,  
y pide un espejo.

BELAIDA. Bien.

SULTÁN. El, mirándote ocupada,  
irá a hablar su prenda amada,  
y aun a abrazalla también;  
pues si para los abrazos  
de ti se ponen detrás,  
en el espejo verás  
los efectos y los brazos.

BELAIDA. Ya lo entiendo. ¡Extraño enredo!

(Salen ARBOLÁN y LEONARDO.)

ARBOLÁN. Ya sabes lo que has de hacer.

LEONARDO. Y yo sé bien que has de ver  
lo que en tu servicio puedo.  
Si hasta Toledo el mar fuera  
o el Tajo en mar se tornara,  
de traerte no dudara  
la gente de su ribera.

ARBOLÁN. (Belaida está aquí.) ¡Oh, mi bien!

LEONARDO. Y Lucinda, que es el mío.  
(¿Sabes como me desvíó (Aparte.)  
de tus ojos y con quién?

LUCINDA. ¿Qué dices?

LEONARDO. Lo que has oído.  
Con el cargo de Sultán  
me envía a España Arbolán,  
y hoy me voy.

LUCINDA. Pierdo el sentido.

LEONARDO. Es sin remedio.

LUCINDA. ¡Ay de mí!

¿Cuándo volverás?

LEONARDO. No sé.

LUCINDA. ¿No me hablarás?

LEONARDO. No podré.)

ARBOLÁN. Hoy se ha de partir.

BELAIDA. ¿Ansí?

Huélgome que a España vaya;  
mil cosas me ha de traer.

ARBOLÁN. No dudes que piensa ver  
del Grao la arenosa playa.—  
¿Medoro?

LEONARDO. (No puedo hablarte,  
que me llama.

LUCINDA. Adiós.

LEONARDO. Adiós.)

ARBOLÁN. Quiero que hablemos los dos  
sobre esta partida aparte.

LEONARDO. ¿En qué te sirvo?

ARBOLÁN. (Entretén  
a Belaida, porque quiero  
hablar a Lucinda.

LEONARDO. ¡Hoy muero!

ARBOLÁN. Medoro, entreténla bien,  
que la trae siempre consigo  
y apenas me deja hablalla.

LEONARDO. Ve, pues.

ARBOLÁN. Querría abrazalla.  
Ponte bien delante, amigo.

LEONARDO. Digo que la guardaré.)  
Mi señora, ¿qué mandáis,  
pues ya tan segura estáis  
de las prendas de mi fé?

(LEONARDO habla con la MORA, mirando siempre a LUCINDA, celosa.)

¿Qué me pedís de Valencia?  
Para vos soy mercader.

BELAIDA. ¡Ay!

LEONARDO. ¿Qué es eso?

BELAIDA. El ser mujer,  
que es lo mismo impertinencia.—  
Tráeme un espejo, Lucinda,  
que se me cae el tocado.

(I'aya LUCINDA.)

ARBOLÁN. (Mira por dónde ha estorbado  
que este desdén no se rinda  
al deseo de mis brazos.  
Pero, en fin, ha de volver.  
¿Si la hará el cristal tener?  
¡Plega a Alá se haga pedazos!)

(Vuelve con el espejo.)

LUCINDA. Aquí está el espejo. (Aquí  
también lo está el de mi alma.)

ARBOLÁN. (Ardo y tiemblo, estoy en calma.  
Amor, ¿qué será de mí?)

LUCINDA. ¿Quieres que le tenga?

BELAIDA. No;  
retírate allá detrás.

LEONARDO. Señora, ¿no vale más  
que ella...?

BELAIDA. Manos tengo yo.

LEONARDO. (En fin, se vuelven a hablar.  
De celos me muero, Cielos.)

BELAIDA. (¡Cielos, yo muero de celos!  
Mi muerte voy a mirar.)

LEONARDO. (¡Ay, que abrazarla porfía!)

ARBOLÁN. (Acaba, dame tus brazos.)  
(Dice BELAIDA, mirando al espejo:)

BELAIDA. (El traidor tiende los brazos;  
la cautiva los desvía.)

LEONARDO. (¡Ay, que por fuerza los toma!  
¡Ay, que ya toca su pecho!)

BELAIDA. (Abrazóla, aquesto es hecho.  
Daré voces, por Mahoma.  
Mas quiero ver si ella gusta  
de que la abraze Arbolán.)

LEONARDO. (Todavía hablando están  
y no se aparta la injusta.)

BELAIDA. (El la ruega y le ha pedido  
la cinta que trae al pecho;  
ella le muestra despecho,  
él se muestra desabrido.  
Ya vuelve a pedir la mano,  
ya se la toma por fuerza.

¿Es posible que me esfuerza  
a ver esto Amor tirano?

La mano quiere besalle.

¡Ay de mí, que la besó!

Perderé mil vidas yo  
primero que aquesto calle.)

(Vuélvase a ellos.)

¡Ah, perro, que bien te veo  
todo lo que has hecho aquí!

En el espejo lo vi.

Bien conozco tu deseo.

(Suelta el espejo.)

Salga luego de mi casa  
la infame cristiana.

ARBOLÁN. Mira  
que son los celos mentira,

BELAIDA. ¿Mentira es ver lo que pasa?

Ya vi cómo la abrazaste  
y la fuerza que la hiciste,  
vi que la mano le asiste  
y también que la besaste.  
Ya sé que a Medoro envías  
de celos que tienes de él.

ARBOLÁN. Tras ser loca estás cruel.  
Mi amor con tu celo enfías.  
¡Vive Alá que he de partirme  
a España, pues loca estás,  
y que no me has de ver más!

(Vase ARBOLÁN.)

BELAIDA. Mi bien, oye. No hay oírme.  
¿Ah, señor?—Corre, Sultán,

corre, [corre.]

ZARTE. No se vaya.

SULTÁN. El va, sin duda, a la playa.

(Vase SULTÁN, y ZARTE tras él.)

BELAIDA. ¡Hoy se me va mi Arbolán!  
Decid que no le diré  
nada en mi vida y que quiero  
que vaya Medoro.

LEONARDO. (Espero  
que aún mayor daño tendré.)  
Señora, ¿tú estás celosa?

BELAIDA. Y aun muerta estoy.

LEONARDO. Pues advierte  
que tendrá vida esa muerte  
con sólo hacer una cosa.  
Yo quiero a Lucinda bien;  
dámela con gran secreto,  
y llevarla te prometo  
donde tus celos estén  
seguros de sus enojos.

BELAIDA. ¿Llevarás-la en las galeras?  
 LEONARDO. Llevaré-la adonde quieras,  
 hasta en el mar de mis ojos.  
 Daré-sela al Capitán  
 por rescate, o a su esposo,  
 si es vivo.

BELAIDA. Estará quejoso  
 de tu amistad Arbolán.

LEONARDO. No importa, que con el oro  
 que por la esclava traeré  
 yo sé que le aplacaré.

BELAIDA. Bien dices. Pero, Medoro,  
 no sé yo si ella querrá.

LUCINDA. Muérome por ir con él.

LEONARDO. ¿Cómo entrará en el batel,  
 no la conozcan allá?

BELAIDA. Yo la vestiré de moro,  
 y así entrará disfrazada.

LEONARDO. Notable industria.

LUCINDA. Extremada.

LEONARDO. ¡Ay, mi bien!

LUCINDA. ¡Ay, mi Medoro!  
 ¡Llévame al esposo mío!

LEONARDO. Hoy te llevaré a sus brazos  
 o el mar ha de hacer pedazos  
 mi vida en su centro frío.  
 Hoy ocuparás mi popa  
 y irá contigo Medoro  
 más enramado que el toro  
 que robó la bella Europa.

BELAIDA. Pues vamos, y le diré  
 que yo quiero que tú vayas.

LEONARDO. Mil esclavos de las playas  
 de Valencia te traeré.

BELAIDA. Que ésta me llesves allá  
 es sólo lo que querría.

LEONARDO. Pues ésta haz cuenta que es mía  
 y que en mis brazos está.  
 ¿No me darás ya licencia  
 para abrazarla?

BELAIDA. Pues ¿no? (*Abrázala.*)

LEONARDO. Por Dios, que es poco que yo  
 te traiga toda Valencia.

(*Vanse, y salen cuatro soldados con arcabuces,*  
 ROSALES, PEREDO, SALINAS, ZÁRATE, *y dos caba-*  
*lleros del hábito de San Juan,* DON JULIO *y* [DON]  
 FRANCISCO DE ALVARADO.)

DON FRANCISCO.

Atravimiento ha sido.

DON JULIO.

No creyera  
 que fuérades jamás de aqueste voto.

DON FRANCISCO.

Tomar tierra, don Julio, fué forzoso,  
 arrojados de la áspera tormenta;  
 que más vale vivir, aunque cautivos,  
 que no morir a manos del mar fiero.

ROSALES.

Ya, señor don Francisco de Alvarado,  
 que por ser español, os han seguido  
 los que veis con un ánimo tan fuerte,  
 no entréis la tierra adentro, que es locura;  
 demás, que ya la mar se desenoja  
 y pienso que se alarga la galera.

SALINAS.

Vuelva vuesa merced al batel luego;  
 que si se alarga, quedaremos todos  
 en esta tierra inculta y arenosa,  
 que no es de promisión, por vida mía.

ZÁRATE.

¿De qué sirve esperar si calma el viento  
 la furia que hasta aquí nos ha arrojado?

PEREDO.

Querrá que perezcamos don Francisco.

DON FRANCISCO.

Bueno está, seor Salinas y Rosales;  
 y creedme, por Dios, que nadie estima  
 más que yo vuestras vidas, y he mostrado  
 en muchas ocasiones lo que digo.  
 Tomar tierra hasta agora fué mi voto.  
 Si el mar se quieta, dejaré la tierra.

DON JULIO.

Esperad, que, por Dios, que se descubre  
 otra galera cerca de la nuestra.

DON FRANCISCO.

¿Si es de la Religión?

DON JULIO.

No pongáis duda,  
 que se ven desde aquí las cruces blancas.

ROSALES.

Zárate, ¿no es aquella otra galera?

ZÁRATE.

¿Cómo otra? Y otras dos, señor Rosales.  
 Cuatro están juntas ya.

SALINAS.

¡Qué linda vista!

Toda la escuadra de los diez se junta.  
 ¡Alto, a la mar!

DON FRANCISCO.

Sin duda que son todas.

Desatad esa barca.

DON JULIO.

Dios nos guíe

y de todo peligro nos defienda.

*(Véanse las gaviotas y árboles de las galeras en lo alto y un MARINERO en una de ellas, y diga, después de algún ruido:)*

MARINERO.

Bien sé que no me engaño en lo que digo.

DENTRO.

Míralo bien.

MARINERO.

Galcotas son de moros.

DENTRO.

¿Cuántas?

MARINERO.

Una, dos, tres y aun cuatro he visto.

Digan al Conde que lo son, sin duda, y parece que vienen de Biserta y el rumbo a España.

DENTRO.

Mira que te habla su señoría.

MARINERO.

Digo que se acercan y que no nos han visto, y que son cuatro.

DENTRO.

No sean las de España o las de Italia, que dicen que pasaban gente a Nápoles.

MARINERO.

Yo digo que son moros, y que he visto, no sólo claras las latinas velas, pero casi vestidos y colores.

DENTRO.

Pues alto. Izá, canalla. En corso vamos. Si la alcanzo te mando cien escudos. Izá, canalla.

MARINERO.

Ya nos han sentido.

DENTRO.

El viento ayuda.

OTRO.

Gran ventura ha sido.

*(Hágase el ruido de estas ocasiones. Salen el CAPITÁN LUJÁN y el CONDE FABRICIO.)*

FABRICIO.

Huélgome, Capitán, de haberos visto como si viera al Coronel, mi hermano.

CAPITÁN.

Fuí en Italia, señor, siempre bienquisto desde que vine con el duque Albano.

FABRICIO.

¿Cómo va en Perpiñán?

CAPITÁN.

Señor, no asisto en esa fuerza ya, que este verano fuí a la corte a llevar papel y heridas y la razón de que perdí dos vidas.

FABRICIO.

¿Dos vidas? ¿De qué suerte?

CAPITÁN.

Había tratado casar una hija sola que tenía con un hidalgo honrado y gran soldado, Alférez de mi propia compañía, y antes de haberse ¡oh, gran dolor! gozado, me la robaron de una huerta un día moros que se ocultaron en dos calas, dando sus velas a los vientos alas.

El mísero mancebo, que en diez días la amaba más que en trato de diez años, fué, perdido por diversas vías, con un esclavo autor de mil engaños. Así, Conde, perdí las prendas mías, y así, llorando mis presentes daños, vengo a Nápoles, ya cansado y viejo, y a España, por no ver mis males, dejo.

FABRICIO.

Bien dicen que se juntan desdichados, Luján amigo, en todas ocasiones. Dos hijos me dió el Cielo y mil cuidados. El uno, peregrino en mil naciones, porque diez y seis años son pasados que se partió siguiendo los pendones del César Carlos a Alemania la alta, y desde entonces de mi casa falta.

El otro es una hija, que no caso hasta saber del mayorazgo nuevas, y sólo el Cielo sabe lo que paso. y tú, pues otra igual desdicha pruebas.



Los días voy midiendo, el tiempo taso.  
con más preguntas que la esfinge en Tebas.  
¡Quiera Dios, Capitán, que en algún día  
tú cobres esa prenda y yo la mía!

Mira si mandas algo de esta casa  
mientras estás en Nápoles.

CAPITÁN.

Bien creo  
que nunca ha sido al español escasa.  
Agradezco, señor, tu buen deseo.  
Guárdete el Cielo.

(*Vase el CAPITÁN.*)

FABRICIO.

En viendo lo que pasa  
por otras partes, como en ésta veo,  
consuelo mis desdichas en la ausencia  
de mi Leonardo, y tengo, en fin, paciencia.

(*Sale CELIA, hija del CONDE.*)

CELIA. ¿No sabe vusñoría  
cómo se han desembarcado  
diez galeras de San Juan  
con gran cantidad de esclavos?  
Toda Nápoles, señor,  
corre a la playa loando  
la vitoria que han tenido  
los Caballeros Cruzados.  
Cuatro galeras prendieron  
con un famoso cosario,  
aunque nuevo en el regillas,  
la experiencia lo ha mostrado.  
Medoro Arráz se nombra,  
un valeroso africano,  
y dicen que es en extremo  
parecido a tu Leonardo.  
Llévame, señor, a ver  
el retrato de mi hermano,  
y cómprale, si es posible,  
para consuelo de entrambos.

FABRICIO. Las nuevas me han dado gusto.  
¿Adónde los cautivaron?

CELIA. Cerca de Biserta, dicen.  
Ven, señor, a verlos.

FABRICIO. Vamos,  
que si a tu hermano parece  
ese africano gallardo,  
por cien mil escudos de oro  
no dejaré de comprarlo.

## ACTO TERCERO

(*Salen LUCINDA, en hábito de moro, LEONARDO y ZULEMA.*)

LUCINDA. No ha podido ser mayor  
nuestra desdicha, Leonardo.

LEONARDO. Mayor, señora, la aguardo.

ZULEMA. ¿Mayor la aguardar, senior?

¿E cómo poder estalde  
mayor, que estamux cautivos?

LEONARDO. ¿Tú no ves que el salir vivos  
no ha de comprarse de balde?

Pero mayor desventura  
de ésta se puede seguir  
si nos han de dividir  
para otra prisión más dura.

LUCINDA. ¡Esa desdicha nos falta!

ZULEMA. ¡Ese estropezo faltar!

LEONARDO. ¡Que viniésemos a dar  
con diez galeras de Malta!  
¡Que les fuese favorable  
el viento!

LUCINDA. A sus blancas cruces  
serenas mostró sus luces  
el Cielo.

LEONARDO. ¡Caso notable!  
Pero ¿por qué a nuestras lunas  
había de dar favor?

ZULEMA. ¿Que tú lamentar, senior,  
de estas pequenias fortunas?  
¿No estar terra de cristianos  
ésta que pisar?

LEONARDO. Sí es.

ZULEMA. Pos si aquí ponelde el pes,  
estar ventura en las manos.  
Decer que cristiano estar.

LEONARDO. ¡Ay, Zulema, que no ha visto  
la fortuna que conquisto  
hombre en la tierra o la mar!  
Soy cristiano, verdad es,  
y de alto y noble linaje:  
pero vine en este traje  
con las galeras que ves,  
donde, desnuda la espada,  
teñí sus blancos aceros  
en algunos caballeros  
de la Religión cruzada.  
Y después de resistir  
las galeras de Arbolán  
como honrado capitán,  
con ánimo de morir,  
fuí cautivo como moro

y aquí a Nápoles traído,  
donde, altamente nacido,  
recibí la fe que adoro.  
Pero si digo quién soy  
dirán que soy renegado,  
y que entre moros he estado  
de la manera que estoy.  
Y como cautivo he sido  
en guerra y enemistad,  
y no con mi voluntad  
a nuestra fe reducido,  
puesto en estrecha prisión,  
sin más delito que el traje,  
infamaré mi linaje  
y moriré sin razón.  
De suerte que soy cristiano  
y no lo puedo decir.

ZULEMA. Decemux cómo fengir.

LEONARDO. ¡Ay, Zulema, será en vano!  
¿Con quién lo podré probar?

ZULEMA. Conmego, que estar hegalgo.

LEONARDO. ¡Qué bien con mi intento salgo!  
¿Qué tengo ya que esperar?  
Aquí nos han de vender  
por morcos, siendo cristianos.

LUCINDA. Sucesos tan inhumanos  
no sé cómo pueden ser;  
que en el mundo no hay historia  
que como la nuestra sea.

LEONARDO. No sé, Amor, quién te desea.  
Mil penas tiene tu gloria.  
¡Que venga yo a ser esclavo  
moro en la misma ciudad  
donde nací!

LUCINDA. La verdad  
se ha de descubrir al cabo.  
No te aflijas, señor mío.

LEONARDO. ¿Cómo tendré gusto agora?  
Hoy nos venden, y hoy, señora,  
de tus ojos me desvío.  
Si juntos pudiera ser  
que nos vendieran a un dueño,  
fuera mi desdicha sueño  
y gloria mi padecer.  
Mas si nos han de apartar:  
¿cómo tengo de sufrir  
ver el alma dividir  
y ver el cuerpo quedar?  
El ser cautivo por moro,  
puesto que yo soy cristiano,  
poco importa, pues es llano  
que la fe de Cristo adoro.

Pero si vivo sin ti,  
¿cómo es posible que viva?  
LUCINDA. ¿Que soy dos veces cautiva  
y que esto es posible? Sí,  
que soy yo por quien sucede;  
que si yo misma no fuera,  
¿cómo suceder pudiera  
lo que en mis desdichas puede?  
Entre moros soy cautiva  
y lo soy entre cristianos.

LEONARDO. Finjámonos ser hermanos,  
nobles y de sangre altiva;  
quizá nos comprará alguno.

ZULEMA. ¿E Zoliema no hacer conta?

LEONARDO. No pienses que me remonta  
de tu amor amor ninguno.  
Sabe Dios lo que me pesa  
esta desgracia por ti;  
lo que padeces por mí  
mi obligación lo confiesa.  
Antes perderé la vida  
que desampare la tuya.

ZULEMA. E cuando yo de ti hoya  
Alá permitir berdida.

(*Salen DON FRANCISCO DE ALVARADO y los SOLDADOS.*)

FRANCISCO. Mándame que le presente  
al Virrey los dos mejores.

LEONARDO. (Estos son nuestros señores.)

ROSALES. Aquel Arráez valiente  
y el otro moro, su amigo,  
puedes al Virrey llevar.

SALDAÑA. De que le vi pelear  
a mi costa, soy testigo.

FRANCISCO. ¿Que siempre habéis de estar jun-

LEONARDO. Con mi hermano estoy, señor. [tos?

FRANCISCO. Pues, señor galgo, ese amor  
se va acabando por puntos.  
¿Cómo se llama?

LEONARDO. Medoro.

FRANCISCO. ¿Y tú, galgazo?

ZULEMA. Zoliema.

ROSALES. Quien este perro no quema  
debe de ser también moro.

ZULEMA. ¿Quemarme? ¿E bor qué quemar?

ROSALES. Porque no come tocino.

ZULEMA. ¿Tocino?

ROSALES. Ni bebe vino.

ZULEMA. ¿Ne? Vino bonico estar  
a tenelde algún poquillo.

ROSALES. Luego ¿cómeslo?

ZULEMA. Aprobamux,  
e sabelde si comamux.  
SALDAÑA. ¿Y bebes vino?  
ZULEMA. Un traguilio.  
FRANCISCO. Este moro es extremado.  
¿Estás herido?  
ZULEMA. Yo, no.  
FRANCISCO. ¿Y enfermo?  
ZULEMA. Estar sano yo,  
senior, Mahoma loado.  
FRANCISCO. Extiende esos brazos.  
(*Abre los brazos y da a los SOLDADOS.*)  
ROSALES. ¡Ay!  
ZULEMA. ¿No lo mandar extender?  
Pos el que mandalde, hacer.  
SALDAÑA. Es recio entre cuantos hay.  
FRANCISCO. Paséate.  
ZULEMA. ¿Estar caballo?  
¿Merar el dente también?  
FRANCISCO. Tú, ¿estás bueno?  
LEONARDO. Estoy sin bien.  
ZULEMA. ¿Este moro estar vasalio  
del Rey de Argel; no vender,  
que el Rey logo rescatar.  
FRANCISCO. Al Virrey se ha de llevar.—  
Abre esos brazos a ver.  
LEONARDO. ¿Ya no los vistes abiertos  
cuando, puesto sobre un cable,  
hice defensa notable  
entre tantos cuerpos muertos?  
FRANCISCO. Abre ya.  
LEONARDO. ¿Paso, cristianos!  
FRANCISCO. Qué ladino es el perrón.  
LEONARDO. Aquestos los brazos son;  
vosotros sabéis las manos.  
FRANCISCO. Paséate por ahí.  
SALDAÑA. Con qué gravedad lo hace.  
LEONARDO. Eso nace...  
FRANCISCO. ¿De qué nace?  
LEONARDO. De que con ella nació.  
FRANCISCO. Ea, Rosales, llevad  
aquestos dos al Virrey.  
LEONARDO. Esto de la guerra es ley;  
pero hacedme una amistad.  
FRANCISCO. ¿Cómo?  
LEONARDO. ¿A quién nos presentáis?  
FRANCISCO. Al señor Duque de Osuna.  
LEONARDO. Téngolo a buena fortuna  
que a tan gran señor nos dais;  
pero pues dos han de ser,  
llevad a mí y a mi hermano.  
FRANCISCO. No hay tratar.

LEONARDO. ¿Por qué, cristiano?  
FRANCISCO. Porque éste es medio mujer  
y es contigo desigual  
para llevar una silla.  
LUCINDA. No te cause maravilla,  
si es mi hermano.  
ZULEMA. E estar carnal.  
LUCINDA. Que si en alguna pendencia  
se acuchillan dos hermanos  
a mil leones albanos  
pueden hacer resistencia.  
Y así podremos los dos  
llevar esa silla bien,  
y serviremos también  
mucho mejor.  
FRANCISCO. Bien, por Dios.—  
Ea, llevad los que digo.  
Vayan Zulema y Medoro.  
LEONARDO. Sin mi hermano, a fe de moro  
de no ir.  
FRANCISCO. ¿Perro enemigo!  
Dalde mil coces.  
ROSALES. Camina.  
LEONARDO. Muerto me habéis de llevar.  
FRANCISCO. Pues, perro, haréte matar.  
ROSALES. Este galgo desatina.  
FRANCISCO. ¡Matalde!  
LEONARDO. Matadme, pues.  
LUCINDA. Hermano, no te resistas,  
que si tu muerte conquistas  
mira que dárme la es.  
Ve a servir al gran Virrey,  
pon en un Duque de Osuna  
la carga de tu fortuna,  
que tiene sangre de rey.  
En él mi esperanza fundo;  
mira que el menor *girón*  
de aquel divino blasón  
puede ser capa del mundo.  
Ve, que yo te buscaré  
dondequiera que estuviere.  
LEONARDO. Voy, Zaide, como quien muere.  
Dame esos brazos.  
LUCINDA. Sí haré.  
LEONARDO. ¿Buscarásme?  
LUCINDA. Con los ojos.  
LEONARDO. ¿Olvidarásme?  
LUCINDA. No puedo.  
LEONARDO. ¿Quedas triste?  
LUCINDA. Sin ti quedo.  
LEONARDO. Y ¿qué sientes?  
LUCINDA. Mil enojos.

LEONARDO. Yo soy furia.

LUCINDA. Yo veneno.

LEONARDO. ¿Que he de ir?

LUCINDA. ¿Que te has de partir?

LEONARDO. ¿Qué tengo de hacer?

LUCINDA. Sufrir.

LEONARDO. ¡Buen señor sirvo!

LUCINDA. Muy bueno.

LEONARDO. Está firme.

LUCINDA. Soy tu amigo.

LEONARDO. ¿Mudaráste?

LUCINDA. No podré.

LEONARDO. ¿Qué te sustenta?

LUCINDA. Esa fe.

LEONARDO. Adiós.

LUCINDA. El vaya contigo.

ZULEMA. Zaide amego, adiós.

LUCINDA. Tú toma  
mis brazos también.

ZULEMA. Ben das,  
e por se no te ver más,  
encomendarme a Mahoma.

(*Llévanlos.*)

FRANCISCO. El Conde habéis de decir,  
Rosales, que los envía.

LUCINDA. ¡Quién me dijera este día!  
¡Partirse el alma es morir!

FRANCISCO. ¿Sientes mucho que se ausente?

LUCINDA. Sí, señor; somos hermanos,  
y en tierra, aunque de cristianos,  
siento el no verle presente.

FRANCISCO. ¿Quieres tú servirme a mí?

LUCINDA. No, señor, que sois soldado  
y me diera gran cuidado  
el veros partir de aquí.

FRANCISCO. ¿Qué importa? Yo te daré  
mil galas y pocas penas,  
y sin hierros y cadenas  
a España te llevaré.

LUCINDA. Si pierdo la compañía,  
señor, de mi hermano amado,  
creed que me huiré de vos  
o que os tengo de matar.

FRANCISCO. Eso sí que es negociar.  
¡Muy buen esclavo, por Dios!

LUCINDA. Pues si la verdad os digo,  
¿de qué os mostráis agraviado?

(*El Conde FABRICIO y CELIO, criados.*)

FABRICIO. En extremo me ha pesado

de que no fuesen conmigo.  
Y tienes, Celia, razón  
que se parece a tu hermano  
aquel gallardo africano.

CELIA. Del Duque de Osuna son,  
que se los ha presentado  
el General.

FABRICIO. Yo quisiera  
llegar a tiempo, que hubiera  
algún esclavo comprado.  
Que cuando llevar le vi  
la sangre me alborotó,  
que se me representó  
vivo mi Leonardo allí.  
Verdad es que no tenía  
pelo de barba y ya está  
como le ves.

CELIA. ¿Será ya  
de esta edad?

FABRICIO. Esta tendría.

FRANCISCO. ¿Qué buscaba por acá  
vueseñoría?

FABRICIO. Quisiera  
que un moro se me vendiera,  
que a servir al Duque va,  
porque me pareció bien.

FRANCISCO. Aquí un morillo ha quedado,  
que, aunque es algo afeminado,  
es de su sangre también.

FABRICIO. ¿De qué manera?

FRANCISCO. Es su hermano.

FABRICIO. ¿Su hermano?

LUCINDA. Sí soy, señor.

FRANCISCO. Es, en efeto, el menor.

FABRICIO. ¿De dónde eres, africano?

LUCINDA. De Biserta soy.

FABRICIO. ¿Quién fué  
tu padre y de aquel esclavo?

LUCINDA. Hijos somos de Aliazabo,  
moro de sangre en su fe.

FRANCISCO. ¿Sabes bien que éste es tu herma-

LUCINDA. De padre no lo sé yo; [uc?  
que una madre nos parió  
es en Biserta muy llano.

FABRICIO. ¿Celia?

CELIA. ¿Señor?

FABRICIO. No pensaba  
decirte lo que ya digo;  
pensé que el Cielo, en castigo,  
un hijo infame me daba,  
y que aquel Leonardo era  
que muchacho imaginé



que renegó de su fe;  
¡mira qué extraña quimera!  
Y como dice este moro  
que es su hermano, he sosegado  
mi pecho.

CELIA. ¿Eso habías pensado  
contra tu mismo decoro?  
Anda, señor, no lo creas.

FABRICIO. Este esclavo he de comprar  
que más me pienso informar.

CELIA. Deseo lo que desees.

FABRICIO. Señor español, yo quiero  
ese moro; ¿qué queréis  
por él?

FRANCISCO. Que a esa dama deis  
para tocas el dinero  
y le llevéis norabuena.

FABRICIO. Venid conmigo.

FRANCISCO. Sí haré.

CELIA. ¿Moro?

LUCINDA. ¿Señora?

CELIA. No esté  
tu pensamiento con pena  
de hierros en pies ni cara.

LUCINDA. Beso, señora, esos pies.  
¿Vivís aquí?

CELIA. ¿No lo ves?

LUCINDA. ¡Fortuna, esta rueda para!  
¡Oh, mar, no mudes el aire,  
la nave va bien regida!

CELIA. (No he visto en toda mi vida  
moro con tanto donaire.)

(*Vanse, y salen cuatro o seis alabarderos en dos  
bandas, y el DUQUE DE OSUNA, los SOLDADOS y  
ZULEMA y LEONARDO.*)

DUQUE.

Aceto los esclavos; decí al Conde  
que le beso las manos y que me haga  
merced de que comamos juntos.

ROSALES.

Siempre  
fué el Conde aficionado a su excelencia  
y deseó servirle.

DUQUE.

Tengo en mucho  
los esclavos, por ser de su vitoria.

SALINAS.

Pasad, moros, allí.

DUQUE.

¿Cómo es tu nombre?

LEONARDO.

Medoro me llamaban en Biserta.

ROSALES.

Este fué el Capitán de las fragatas.  
es valiente, es cosario y es ladino,  
y aun algunos presumen renegado.

DUQUE.

Ven acá. ¿Renegaste?

LEONARDO.

No he tenido  
más ley que la que ves.

DUQUE.

Yo te prometo  
que te haga castigar.

LEONARDO.

Verdad te digo.

DUQUE.

¿Eres noble en tu tierra?

LEONARDO.

Mis principios  
lo parecieron; humillóme el tiempo,  
que sube las privanzas a las nubes  
y da con las ciudades por la tierra;  
mas no quiero pensar que me derriba,  
que, cuando fuera Rey de toda el Africa,  
tuviera por más próspera fortuna  
servir a un gran virrey Duque de Osuna.

DUQUE.

¿Quién eres tú?

ZULEMA.

Senior, no estar ladilia  
como este que él compañía.

ROSALES.

Di ladino.

ZULEMA.

No estar ladrilio ne saber to lengua,  
y así, sólo decelde a su esquinenza  
que estamux moros e que haber nacedo  
por donde todos nacen en mi terra.

SALINAS.

Tiene donaire el moro, y es valiente,  
y como un Rodamonte temerario.

ZULEMA.

Como esa vez haber rodado monte.

DUQUE.

Háganlos de vestir.

SALINAS.

Guárdete el Cielo.

DUQUE.

Decilde al Conde que me voy a misa  
y que a comer le espero.

(*Vase el DUQUE.*)

ROSALES.

¡Ea, Zulema,  
que buen amo tenéis!

ZULEMA.

¡E cómo bueno!

LEONARDO.

Si viéredes allá, señor soldado,  
a Zaide, aquel mi hermano, de mi parte  
le diréis que me avise, si le venden,  
en qué parte de Nápoles habita.

SALINAS.

Eso haré, porque sois, Medoro, hidalgo.  
Quedaos con Dios.

(*Vanse los SOLDADOS.*)

LEONARDO.

El mismo os acompañe.—

Ya Zulema, servimos; ya tenemos  
dueño y señor los dos.

ZULEMA.

Ya tener doño  
e no esperar volvermus a Beserta,  
e joro a Dios que se no estar contego,  
que poner el garganta en una corda.

LEONARDO.

¡Ay, Zulema, que tú lloras tu patria  
y tienes compañeros en tu pena!  
¡Triste de mí, que, de mi bien ausente,  
pierdo el juicio y perderé la vida!  
¡Yo cristiano y esclavo entre cristianos!  
¡Yo esclavo, siendo libre, y que no pueda  
decir cristiano soy! ¿Hay tal suceso?  
¿Hay tal desdicha?

ZULEMA.

¡Ah, mi senior, tenelde  
bon ánemo, por Dios, que el sufrimiento  
ser pétima de nobles corazones!  
Yo rogar a Mahoma socorrer ti,  
e presto remediar el que pasamus.

LEONARDO.

Hágalo Dios, Zulema, que Dios puede;  
que aqueso de Mahoma es disparate.

ZULEMA.

¡Oh, Leonardo, merad que por las leyes  
decer que padre a hejo, hermano a hermano  
poder matar! Hablalde con el tento,  
e no decer Mahoma estar beliacio.

LEONARDO.

¡Ay, Zulema!, ¿qué haré? ¿Cómo podremos  
ver mi Lucinda?

ZULEMA.

Acá tratar de espacio.

LEONARDO.

¡Oh, gran casa de Reyes!, ¿cómo es esto?  
¿Cristianos en ti sirven como esclavos?

ZULEMA.

E no te lamentar de la fortuna:  
al nube seguir sol; al noche, el día;  
bon amo estar Xamón Doqui de Osuna.

LEONARDO.

¡Ay!, ¿cuándo te veré, Lucinda mía?

(*Salen ARBOLÁN y SULTÁN.*)

ARBOLÁN.

Como digo, Sultán, vengo siguiendo  
al traidor que robó mi prenda amada.

SULTÁN.

Todo el disinio, General, entiendo  
de tu violenta y trágica jornada.

ARBOLÁN.

Salvoconducto les pedí, diciendo  
que a rescatar de la perdida armada  
vengo los moros que cautivos fueron  
y en Nápoles agora se vendieron.

Hallé en el puerto dos de mis galeras,  
las otras dos echó el cristiano a fondo;  
vi rotas en pedazos mis banderas,  
mis lunas visitando lo más hondo;  
llámanme algunos en cadenas fieras  
atados a los bancos; no respondo  
ni hago más que llorar ver mis soldados  
libres, ayer y hoy al remo atados.

Salto en las arenas de la playa y veo  
aquel Mendoza, que, espalder, solía  
mirar en mi galera, que el angeo  
apenas hombro y pecho le cubría,  
con vestido español, galán paseo,  
que Milán telas, plumas Berbería,  
parece que le dieron, compitiendo,  
círculos de pavón al aire haciendo.

Hablo con baja frente hasta la arena,  
a quien hablaba el cómitre a la espalda,  
con la mano de duras mimbres llena,  
pálido el rostro, de color de gualda;  
conóceme, y doliéndole mi pena,  
deja aparte una bética guirnalda  
de un corro de españoles y los brazos  
-extiende a darme y dióme mil abrazos.

SULTÁN.

Era español, en fin; era Mendoza.

ARBOLÁN.

Contóme, finalmente, que saliendo  
Medoro, con bisoña gente moza,  
la derrota de España fué siguiendo,  
y aunque de verse en libertad se goza,  
la verdad, sin soberbia prosiguiendo,  
me refirió, Sultán, que tuvo el moro  
valor y ánimo igual a su decoro.

Diez galeras de Malta le siguieron,  
con mil pechos que honraba la cruz blanca;  
luego las velas a los vientos dieron;  
como la garza del halcón arranca,  
caza con viento próspero les dieron  
gente española, italiana y franca,  
y el conde Rosiñol, francés, que iba,  
por general, de esfuerzo y sangre altiva.

Dispáranse cañones y mosquetes.  
ciérrase el cielo de humo, y de él, las luces,  
lloran agua en el mar; a los trinquetes  
saltan mil castellanos y andaluces,  
rómpense banderolas, gallardetes,  
cansados de encender los arcabuces,  
que, asidos de los bordes y las velas,  
ya esgrimen las espadas y rodela.

Desde el estanterol a la crujía,  
dicen que el renegado y vil Medoro,  
defendiendo la popa, discurría  
dónde llevó, sin duda, mi tesoro;  
mas siendo tan cruel la batería,  
como en el coso agarrochado toro  
dicen que se rindió, y a honor y gloria  
de la cruz de San Juan, cantó vitoria.

SULTÁN.

¿Dijote, acaso, si murió?

ARBOLÁN.

No es muerto,  
que después que a la tierra le sacaron  
con Zulema, su amigo, desde el puerto,  
al Virrey presentado le enviaron.

SULTÁN.

¿Que esclavo es del Virrey?

ARBOLÁN.

Sin duda es cierto.

SULTÁN.

No menos triste fin pronosticaron  
las soberbias indignas de hombres viles;  
¡y llamábasle tú segundo Aquiles!

ARBOLÁN.

El llevarme robado mi tesoro  
fué causa que el de Malta le encontrase.

SULTÁN.

Tú, ¿qué piensas hacer?

ARBOLÁN.

Buscar el moro  
antes que el sol al Occidente pase.

SULTÁN.

Harás muy bien; pero ¿sabrá Medoro  
dónde quedó Lucinda?

ARBOLÁN.

Si negase  
dónde la puedo hallar, ¡viven los Cielos!,  
que le quemase en fuego de mis celos.

SULTÁN.

¡Bella es esta ciudad!

ARBOLÁN.

No mira Apolo  
cosa más bella desde el Pez al Aries.

SULTÁN.

En el palacio, ¿no entrarás?

ARBOLÁN.

Yo solo,  
aunque mi parecer, Sultán, contraries.

SULTÁN.

Antes sospecho que se mude el Polo  
que de este amor en la firmeza varies.

ARBOLÁN.

Yo he de cobrar mi esclava.

SULTÁN.

¿De qué modo?

ARBOLÁN.

Amor, Sultán, estratagema es todo.

Como es hijo de Marte, y Marte airado  
es el dios de la guerra, y en la guerra  
todo es industrias, este Amor vendado  
todas las artes de engañar encierra,  
yo he de hablar al Virrey.

SULTÁN.

Pues ¿qué has trazado?

ARBOLÁN.

Para saber si tiene en esta tierra  
Medoro a mi Lucinda, oye una cosa  
a mis ojos extraña y ingenisa.

Diréle que Zulema y que Medoro  
le vienen a matar desde Biserta,  
pagados de Selín con gran tesoro,  
y que esto con hechizos se concierta:  
que una mujer cristiana que este moro  
trajo escondida y de nación incierta,  
los está fabricando de secreto.

SULTÁN.

Dime de tanta máquina el efeto.

ARBOLÁN.

Para que se averigüe, ¿no está claro  
que la ha de hacer buscar con diligencia  
un señor absoluto?

SULTÁN.

El caso es raro,  
y que la hará venir a su presencia.  
Pero, hallada Lucinda, ¿qué reparo  
piensas poner en tanta diferencia?  
¿Cómo te la han de dar, si está culpada,  
que habrá de ser, por fuerza, castigada?

ARBOLÁN.

Eso sabrás después.

(ZULEMA sale y tres o cuatro PAJES del Virrey.)

SULTÁN.

(¡Oh, Alá! ¿No es éste  
Zulema?

ARBOLÁN.

El mismo.)

ZULEMA.

¡A me pecar feleres,  
hijos de pota!

PAJE 1.º

¡Ah, perro Zulemilla!  
Mahoma fué arriero.

ZULEMA.

¡Mentir, potos!  
Mahoma no tener cifo (1) ninguno.

PAJE 2.º

¡Pícale, don Luís!

ZULEMA.

¡Ay!

PAJE 3.º

¡Daca, perro,  
el zancarrón!

ZULEMA.

¡Ah, bajas pecarilios,  
ban y catorce, cama de curdeles,  
vela da dox!

PAJE 2.º

¡Perrazo, daca luego  
el zancarrón!

ZULEMA.

¡Tomalde, alcabotillos!

PAJE 1.º

¿Coces tiras, bellaco?

ZULEMA.

¿No pederme  
el zancaxo? Tomamus.

PAJE 2.º

¡No, perrazo!,  
sino aquel zancarrón que cuelga en Meca.

PAJE 3.º

¿Sabéis cómo está allí?

ARBOLÁN.

(Sultán, entremos  
sin que nos vean, ¡que por Alá santo  
que mate alguno!

SULTÁN.

Vamos.)

PAJE 2.º

¿De qué suerte,  
Guzmán, en Meca está el pernil mohoso  
del señor don Mahoma?

PAJE 3.º

Enamorado  
dicen que andaba este bestial Profeta

(1) Véase la nota de la pág. 410, primera columna. Ahora el "cifo" significa *oficio*.



de una judía, y el marido y padres cogiéronle entre puertas como a perro y diéronle paliza temeraria; viéndole muerto, hiciéronle pedazos, reservando una pierna y la cadera, rogando a la judía que dijese que una noche, gozándola, se había subido al Cielo, y que ella, por tenerle, le asió de aquella pierna, que en reliquias, le dejó, y se llevó lo más del cuerpo; creyéronlo los moros, y escapáronse de ellos, con este engaño, los judíos; tomaron, pues, la pierna, y allá en Meca, entre piedras imanes la pusieron, cuya virtud la tiene y la sustenta, aunque ellos piensan que es milagro.

ZULEMA.

¡Ah, berros, de Mahoma decer beliaquerías!

PAGE 2.º

¿Y lo del trigo cuando predicaba, que enseñó una paloma que viniese a comelle los granos en la oreja, y ellos pensaban que le hablaba entonces?

PAGE 1.º

¡Que son cosa de risa esos milagros! De un corral hizo dos este Profeta con una tapia en medio.

PAGE 2.º

¡Ese fué bravo! Otra vez se comió de caracoles un plato, y le dejó lleno de cáscaras.

ZULEMA.

¡Hacer moy ben si estar con so caldilio! Bécaros potos. ¿qué decer de moros, e los más de vosotros decendientes estar de ellos?

PAGE 3.º

Yo no; Guzmán me llamo.

PAGE 1.º

Yo, Toledo.

PAGE 2.º

Yo, Viedma.

ZULEMA.

Alíá en Espania, logo decer: "Yo estar Bazán, Tolédo, Borto Carrilio, Gárdenas, Gozmanio,

Borríquez, Pemintel, Sandoval, Cerda", e estar ayer so agüelo en un cantilio echándole soleras al alcazas. ¡Ya conocemus ben españolicos!

(Sale LEONARDO, ya de esclavo, con el correón al cuello de la silla y el palo de ella.)

LEONARDO.

Vuesas mercedes dejen este moro por hacérmela a mí, que es hombre noble, y no merece tanta burla y fiesta.

PAGE 2.º

¡Oiga la gravedad de estotro perro! Métele un alfiler. Viedma.

LEONARDO.

¡Oh, villanos! ¡Vive Dios, si me quito la correa...!

ZULEMA.

¡Pegar, por vida vosa!

LEONARDO.

Espera un poco.

PAGE 2.º

¡Ay!

PAGE 3.º

¡Ay!

PAGE 1.º

Perro bellaco, ¡vive Cristo, que te he de hacer pringar al mayordomo!

ZULEMA.

¿Prengar? Mejor comemus el toceno que vos, beliao, e se prengar querelde, prengamus en el pan.

LEONARDO.

Mira, Zulema, que si estos pajes dan en perseguirte y tú no lo remedias, no tendremos seguro sueño aun en las mismas camas.

ZULEMA.

¿Yo, qué colpa tener?

LEONARDO.

Mucha, que te entras en el tinelo y comes cuanto hallas; pides dinero, juegas a los naipes, sufres humazos, libramientos, cosas cuya conversación pára en desprecio.

ZULEMA.

Senior Leonardo, el vino estar colgado,  
que me saber moy ben.

LEONARDO.

Pues si te agradan  
las cosas de cristianos, la ley toma.

ZULEMA.

E ¿qué dirá Mahoma?

LEONARDO.

Yo te juro  
que él no te diga nada.

ZULEMA.

E vos, ¿qué hacelde  
se yo volver cristiano? ¿hacer lo mesmo?

LEONARDO.

Yo, Zulema, no puedo. que no puede  
tomar otro bautismo el bautizado;  
sólo puedo esperar que a mi fortuna  
ponga remedio el gran señor de Osuna.

*(Sale LUCINDA de esclavo, muy gallardamente vestida.)*

LUCINDA. ¿Pensabas que no te había  
de visitar?

LEONARDO. ¿Quién es?

LUCINDA. Yo.

LEONARDO. ¿Lucinda?

LUCINDA. Mi bien, ¿pues no?

LEONARDO. ¡Abrázame, oh prenda mía!

ZULEMA. E Zuliema, ¿no abrazamux?

LUCINDA. ¡Oh, Zulema!

ZULEMA. A bona fe  
que bon amo ha vosancé,  
mejor que a nosotros damux.  
¡Oh, cómo estar ben vestida!

LUCINDA. ¡Qué quieres!, ventura ha sido.

LEONARDO. En fin, mi bien, te han vendido,  
siendo el alma de esta vida.

¿A quién, dónde y cómo estás?

LUCINDA. Con un gran señor estoy,  
donde regalada soy  
como sus hijos, y más.

LEONARDO. ¿Quién es?

LUCINDA. El conde Fabricio.

LEONARDO. ¡Válame Dios! ¿Vivo es?

LUCINDA. ¿Conócesle?

LEONARDO. No me des  
de quién es mayor indicio  
que verte tan bien tratada,  
tan alegre y tan contenta...

LUCINDA. Saca el honor de la afrenta,  
a veces, fortuna airada;  
mi amo me quiere bien,  
y aun su hija.

LEONARDO. Bueno es eso.

LUCINDA. Pierde por quererme el seso,  
y aun las criadas también.  
“Zaide, ayer me dijo, creo,  
que me casara contigo  
si fueras cristiano.”

LEONARDO. Digo

que has hecho un famoso empleo;  
pero ¿qué no hechizarás  
con esos ojos?

LUCINDA. El Conde,  
en fin, a quien es responde.

LEONARDO. (Fortuna, ¿qué espero más? *(Ap.)*  
Mi padre es éste que cuenta;  
mi hermana, la que le ama;  
una sangre y una llama  
nos abrasa y atormenta.  
¡Basta, que los dos hermanos  
la venimos a querer!)

LUCINDA. ¡Que esclavos vengan a ser  
cristianos entre cristianos!  
Da alguna traza, mi bien,  
con que se sepa quién eres.

LEONARDO. ¿Qué traza, Lucinda, quieres  
que mis desventuras den?  
A peligro nos ponemos  
de quedar por renegados;  
pero estemos confiados  
en la fe y ley que tenemos;  
que El nos mostrará el camino  
como salir de este enredo.

LUCINDA. Huélganse de ver que puedo  
y quiero comer tocino;  
yo, por hacerlos placer,  
hago mil truhanerías,  
con que gano aquestos días  
de vestir y de comer.  
Vete allá, que te he guardado  
mil regalos que te dar,  
que me dejo regalar  
por que vivas regalado,  
y por que, siendo mujer,  
otra no te dará celos.

LEONARDO. (Tantos laberintos. Cielos,  
¿qué margen han de tener?)

LUCINDA. Dos camisas que me dió,  
para ti las tengo allí.

ZULEMA. ¿E no tener para mí

algo que ponerme yo?  
 Merar que veda estar elia  
 acá; joro a Diox que estar  
 sen qué comer, sen cenar.  
 con un ración de un cuartelia;  
 e decer que no beber  
 moro vino e no le damux;  
 cuando sen cenar costumux,  
 decer dotrina, decer;  
 e no sabeldo el dotrina,  
 de hambre no poder dormir,  
 yo aunque palo el sacodir,  
 sempre andamux al cocina.

LUCINDA. ¿Qué palo es éste, mi bien,  
 y qué correa en tu cuello?

LEONARDO. De una silla.

LUCINDA. En sólo vello,  
 tiemblo.

ZULEMA. Ayudamux también,  
 que, un detrás y otro delante,  
 con el silia andar así,  
 arre quí y arre colí,  
 al borreco semejante.

LUCINDA. ¿Es posible que has venido  
 a tanto mal?

LEONARDO. Estos son  
 soldados de pretensión;  
 quieren servir y han servido;  
 vete a casa, no te vean.

LUCINDA. Dirétela.

LEONARDO. Ya la sé.  
 (Que allí nací y me crié.) (*Aparte.*)

LUCINDA. Voime.

LEONARDO. Y más si te desean;  
 vete, que un patio en palacio  
 tiene siempre muchos ojos.  
 Allá iré con mis enojos  
 y descansarán de espacio.

(Sale el CAPITÁN LUJÁN, MANFREDO, italiano; RICARDO y CÉSAR.)

CAPITÁN. Parece que habéis tomado  
 gran pesadumbre, señores,  
 lo que he hablado.

MANFREDO. { Esos rigores  
 son muy de español soldado.

CAPITÁN. Esta es casa de español  
 y puedo hablar de españoles,  
 y más de tan altos soles,  
 donde está tan alto el sol.

RICARDO. ¿No me diréis en qué topa  
 esta porfía?

MANFREDO. Prefiere  
 este español, porque él quiere  
 a cuantos hoy tiene Europa,  
 al Duque de Alba en la guerra,  
 y yo alabo al de Pescara.

CAPITÁN. Cuando yo no le alabara,  
 me culparan en mi tierra;  
 alabo al Marqués y digo  
 que fué un grande capitán.

LEONARDO. ¡Cielos!, ¿no es éste Luján?

ZULEMA. ¿Quién?

LEONARDO. Luján, Zulema amigo;  
 el padre de mi Lucinda.

ZULEMA. ¡Por Mahoma, que ser él!

LEONARDO. Estos tres riñen con él.)

MANFREDO. No hayas miedo que se rinda,  
 aunque más guerras y empresas  
 del de Pescara contéis.

CAPITÁN. Es gran razón que alabéis  
 tantas vitorias y presas;  
 hágase lenguas la fama  
 con que alabe al gran Marqués,  
 que el décimo digo que es  
 de los que famosos llama;  
 pero, si soy español,  
 digo, con su buena salva,  
 que del Duque de Alba es alba  
 y que el Duque de Alba es sol.

RICARDO. Vos ¿sois soldado?

CAPITÁN. He servido  
 como honrado Capitán  
 en Flandes y en Perpiñán;  
 honroso cargo he tenido,  
 y a Portohércules voy  
 a ser castellano agora.

MANFREDO. Y un soldado ¿tanto ignora?

RICARDO. ¡Viven los Cielos, que estoy  
 por hacerle desdecir!

CAPITÁN. Señores italianos,  
 miren que los castellanos  
 no lo solemos sufrir.

RICARDO. Sois un viejo impertinente.

CAPITÁN. ¡Mentís!

RICARDO. ¡Matalde!

LEONARDO. ¡Eso no,  
 perros, que estoy aquí yo!

(LEONARDO, con el palo de la silla, se pone en medio.)

MANFREDO. ¡Oh, infame esclavo, detente!  
 ¡Tente, moro!

ZULEMA. ¡No hay tener!

¡Pega, senior!

RICARDO. ¡Muerto soy!

CAPITÁN. ¿Muerto? Por aquí me voy.

ZULEMA. Morto, ¿qué habemus de hacer?

LEONARDO. Huir quisiera, y no puedo.

¡La guarda viene!

(*Salen las ALABARDAS.*)

GUARDA. ¡Oh, traidor;  
por el Duque, mi señor,  
que te mate!

(*Salga el DUQUE con el CONDE FABRICIO.*)

DUQUE. ¡Tened quedo!

¿Qué es esto?

GUARDA. Ha muerto a Ricardo  
este moro.

DUQUE. ¿Hay tal maldad?

¿Es noble?

GUARDA. Es de calidad

y caballero gallardo.

DUQUE. Pasalde el pecho.

(*Pónenle las alabardas al pecho, y el CONDE FABRICIO se ponga de rodillas delante de él.*)

FABRICIO. Señor,  
suplico a vuesa excelencia  
temple esa dura sentencia,  
que, aunque es moro, es gran rigor.

DUQUE. Conde, ¿no es éste un esclavo?

FABRICIO. Sí, señor.

DUQUE. ¿Y moro, en ley?

FABRICIO. Verdad; pero vos sois Rey,  
en quien la piedad alabo;  
óigale primero.

DUQUE. Di,  
¿por qué mataste aquel hombre?

LEONARDO. Un viejo, de cuyo nombre  
ser Capitán entendí,  
con estos italianos  
el justo honor defendía  
del Duque de Alba, y tenía  
noble lengua y cuerdas manos;  
acometieron los tres  
matarle; yo vi las canas,  
puse mis razones, vanas,  
en medio, y éste que ves,  
que es un palo de tu silla,  
que siendo tuyo este palo  
a cualquiera vara igualo  
de justicia de Castilla,  
no le tuvieron respeto;

maté al uno de los tres  
por honra del palo, que es  
de tu persona, en efeto.

DUQUE. El moro se ha disculpado,  
por eso no es bien que muera.  
¡Hola, vaya a la galera!

Y esotro moro ¿es culpado?

ZULEMA. No estar culpado; mas ser  
muy cierto en cuanto le igualo,  
que, a tener el otro palo,  
lo mesmo podiera hacer.  
Llevar también al galera;

no querer quedar acá,  
que adonde Medoro va,  
estar de razón que muera.

DUQUE. A éste dejalde aquí  
y a esotro llevad.

FABRICIO. Señor,  
usarán de gran rigor  
si lo ven llevar así;  
yo le llevaré y podré  
guardalle del vulgo.

DUQUE. Sea  
como el Conde lo desea.  
¡Hola! Esotro preso esté.

GUARDA. Vamos, Zulema.

ZULEMA. ¡Ay de mí!  
Medoro, quedar con Dios.

DUQUE. Conde, adiós.

FABRICIO. Dirá de vos  
la fama mil bienes.

(*Todos se van, y quedan LEONARDO y el CONDE*)

Di,  
gallardo moro, ¿qué has hecho  
en este pecho de un hombre  
que apenas sabe tu nombre,  
que así me has movido el pecho?  
Aquella alabarda fiera  
el alma me atravesaba,  
y aun aquí el dolor me acaba  
de ver que vas a galera.  
¿Quién eres? ¿Qué puedo, di,  
hacer por ti, que en tí veo  
lo que mueve mi deseo?  
Mira, moro, el tuyo en mí.  
LEONARDO. Señor, aunque yo no sé  
quién sois, vuestro talle y cara  
y la piedad que me ampara  
me fuerza que cuenta os dé  
desde el primer fundamento  
de mi mal.



FABRICIO. Comienza a hablar.

LEONARDO. ¿Habéisme de remediar?

FABRICIO. Sí, por Dios.

LEONARDO. Estad atento.

Nací en aquesta ciudad,  
rica, populosa y clara,  
de padres nobles.

FABRICIO. ¿Qué dices?

LEONARDO. Que nací en la ley cristiana.

FABRICIO. (Sin duda que es el que pienso.  
¿Qué es lo que mi pecho aguarda,  
que no le digo quién soy?  
Mas no es razón; teneos, alma,  
que si es mi hijo y dejó  
su ley por la seta falsa  
del vil Mahoma, no es justo  
que me cause tanta infamia,  
y mejor es encubrillo  
hasta ver en lo que pára,  
que el determinarse presto  
largo arrepentirse causa.)

LEONARDO. ¿Qué habláis, señor, en secreto?

FABRICIO. El caso extraño admiraba  
de ver que cristiano seas.

LEONARDO. Oid.

FABRICIO. Adelante pasa.

LEONARDO. Nací del conde Fabricio.—  
¿Qué es, señor, lo que os desmaya?

FABRICIO. Hijo, el ver que de tal padre  
naciese desdicha tanta.

LEONARDO. Esforzaos, y no sintáis  
tanto la ajena desgracia.—  
Murió mi madre, que fué  
española y castellana  
y prima de la Virreina.

FABRICIO. ¿Qué Virreina?

LEONARDO. La pasada,  
que vino en su compañía.

FABRICIO. Ya me acuerdo. ¿Cosa extraña!

LEONARDO. El Conde anduvo de amores  
con una dama gallarda  
que, sin ser su mujer propia,  
para mí ha sido madrastra;  
tan malas obras me hizo,  
que me salí de su casa,  
pobre, solo, sin dineros,  
y casi a pie entré en España.  
Ibase a Flandes entonces  
el famoso don Juan de Austria,  
hijo del gran Carlos Quinto,  
emperador de Alemania;  
seguíle como soldado,

que con la tercera paga  
me salió el primero bozo,  
que bien pudieran las canas.  
Halléme en todas las guerras,  
rebeliones y marañas,  
con el Príncipe de Orange,  
vertiendo esta sangre honrada;  
llegó aquel infausto día  
que don Juan cayó en la cama  
para tener con la muerte  
otro campo de batalla.  
Murió en Bouges aquel mozo  
de cuyo rostro temblaban  
las cuatro partes del mundo:  
lloró España y cantó el Asia;  
un caballero español  
su cuerpo muerto embalsama,  
de suerte que, hecho pedazos,  
cupiera en cualquiera caja;  
pero después, estas partes,  
de tal suerte se juntaban,  
que volvía a estar entero,  
con su vestido y sus armas.  
Así le llevó a Filipo,  
y yo fuí aquesta jornada  
con el capitán Luján,  
que pienso que está en Italia;  
a Perpiñán me llevó  
y de mucha gente hidalga  
fuí Alférez, y tan su amigo,  
que en dos cuerpos vive un alma.  
Tenía sola una hija  
en Espinosa, que llaman  
de los Monteros, y quiso  
conmigo Luján casarla;  
acetélo, envió por ella;  
llegó, enamoréme, y basta  
decir que la amé en seis días  
para que sepas sus gracias.  
Holgábase en las orillas  
del mar Lucinda gallarda;  
prendióla Arbolán, un moro  
de los cosarios de fama;  
tomé el mismo traje yo,  
y robéla de su casa,  
dándome él cuatro galeras  
con que a Valencia alteraba.  
Allí fuimos los dos presos  
de diez galeras de Malta,  
y a mí, y a un moro, y a ella,  
nos trajeron a esta playa;  
diéronme al Duque, y Lucinda

que en traje de moro estaba,  
vendieron al padre mío,  
que allá la tiene en su casa.  
Señor, si sabéis del Conde,  
si es vuestro amigo, si basta  
ser cristiano, véala yo  
antes que a galera vaya.

FABRICIO. Es notable tu suceso,  
y tu vida tan extraña,  
que a lágrimas me ha movido  
por ti, el Conde y por la patria.  
Yo conozco, amigo, al Conde,  
y si él tiene allá tu dama,  
yo haré que la veas primero;  
vente conmigo a su casa.

LEONARDO. ¡ Vos sois mi amparo, señor;  
vos, mi padre!

FABRICIO. (No te engañas;  
la sangre llevo revuelta.)

LEONARDO. ¡ Ay mi bien!

FABRICIO. Sígueme y calla.

(*Vanse, y sale el DUQUE con su GUARDA, y los mo-  
ros ARBOLÁN y SULTÁN.*)

DUQUE.

¿ Hay tan gran maldad? ¡ Vayan al punto  
por aquella mujer!

GUARDA.

Si está en galera  
el esclavo, señor, que de ella sabe,  
¿ dónde o cómo se ha de ir?

DUQUE.

Llamad esotro.

GUARDA.

Aquí en casa está preso.

DUQUE.

Traelde luego.—

Pues ¿ qué movió, africanos, a ese moro  
para querer matarme?

ARBOLÁN.

Es muypreciado  
de los libros del duelo de la honra;  
que es español y renegado, y dice  
que en España le hiciste cierta afrenta.

DUQUE.

Y que matarme intentan estos moros.

(GUARDAS y ZULEMA.)

GUARDA.

Zulemilla está aquí.

DUQUE.

Moro villano,  
¿ dónde está una mujer que traes contigo,  
que dicen que es cristiana?

ZULEMA.

No sabemux,  
que haber vendido ya.

DUQUE.

Venga un tormento,  
que él dirá la verdad.

ARBOLÁN.

¿ No me conoces?

ZULEMA.

¡ Válgate el diablo a vosancé! ¿ Qué es esto?

ARBOLÁN.

Di luego la verdad.

ZULEMA.

Sinior, se todo  
saberse ya, saber que estar Locinda  
en casa de Fabricio.

DUQUE.

¿ Quién, el Conde?

ZULEMA.

El Conde.

DUQUE.

¿ Y aun con eso defendía  
que no matase al moro, si es culpado  
el Conde?

GUARDA.

Puede ser.

DUQUE.

Traelde al Conde  
y a todas las personas de su casa,  
sin que dejéis un paje solo en ella,  
y vayan cien soldados con la guarda.

(*Vaya la GUARDA.*)

¡ Perro! ¿ Tú darme muerte?

ZULEMA.

E ¿ quién decemus  
que yo matar a te?

DUQUE.

¿ Quién? Estos moros,  
que vienen de Biserta a sólo esto.

ZULEMA.

¡ Joro a Dios que mentimos el que dece!

SULTÁN.

Zulema, ya tus burlas se acabaron;  
hoy colgará de un palo tu cabeza  
y ocupará tu cuerpo tres caminos.

ZULEMA.

¡Mal anio para vox, perro biliaco!

(*Dos SOLDADOS que traen preso al CAPITÁN LUJÁN.*)

SOLDADO.

Pasa adelante.

DUQUE.

¿Qué alboroto es éste?

SOLDADO.

Al capitán Luján hemos prendido.

CAPITÁN.

Señor, si por volver por nuestra patria  
y dar a la nación lo que es tan justo  
merezco inuerte, replicar no quiero.

DUQUE.

¿Vos sois Luján?

CAPITÁN.

Yo soy; vuestra excelencia  
se informe de quién soy y mis servicios  
y cómo en Perpiñán moros cosarios  
me robaron mis hijos, de que tengo  
papeles.

ZULEMA.

¿Qué papeles? Conocemux  
al Gabatán, e estar verdad que dece.  
Zolema ser; ¿no conocer Zolema?

(*Al CONDE traigan preso, a LUCINDA, a LEONARDO  
y a CELIA las GUARDAS.*)

GUARDA.

Aquí, señor, lo principal que había  
en la casa del Conde te traemos.

FABRICIO.

Señor, ¿por qué me prendes?

DUQUE.

Estos moros  
dicen que tienes en tu casa misma  
una mujer que, con mis dos esclavos,  
me vienen a matar.

FABRICIO.

Señor, yo tengo  
este esclavo en mi casa.

ARBOLÁN.

No es esclavo,  
que ésta es mujer.

LUCINDA.

Verdad, yo soy Lucinda,  
cristiana y hija de un cristiano hidalgo,  
que el capitán Luján por nombre tiene.

CAPITÁN.

¡Esta es mi hija!

LUCINDA.

¡Padre de mi alma!

DUQUE.

Ven acá, moro. ¿Cómo tú venías  
a matarme, con ésta concertado  
de darme hechizos?

LEONARDO.

Arbolán, ¿es tuyo  
aqueste enredo?

ARBOLÁN.

(*Todo se declara.*)  
¿Qué haré, Sultán?

SULTÁN.

Sufrir lo que viniere.)

LEONARDO.

Señor, yo soy cristiano y no soy moro;  
que habiéndome este moro cautivado  
mi esposa, de Luján, como veis, hija,  
la fuí a sacar, hurtando lengua y traje;  
pero cuando volvía fuí cautivo  
de aquellos caballeros, y el silencio  
que he tenido en callar que soy cristiano  
fué miedo de pensar que me tendrían  
por renegado viéndome en su traje  
y pelear en sus galeras.

CAPITÁN.

¡Cielos!

¿Eres Leonardo tú?

LEONARDO.

Yo soy Leonardo.

FABRICIO.

Pues, Leonardo, más falta. Su excelencia  
sepa que éste es mi hijo.

DUQUE.

¿Vuestro, Conde?

FABRICIO.

Mío, señor, que le perdí muy niño.

DUQUE.

¡Notable historia!

FABRICIO.

Capitán, yo huelgo de que mi hijo vuestro yerno sea.

CELIA.

En fin, Lucinda, me has burlado.

LUCINDA.

Celia, perdonad, y abrazadme como hermana.

DUQUE.

En tanta confusión de padres y hijos, yo no sé qué os decir más de entregaros estos moros traidores.

ARBOLÁN.

Yo confieso que, enamorado de Lucinda, hice el enredo que veis, y que soy digno de la muerte.

ZULEMA.

E yo dego que querelde ser crestiano.

DUQUE.

Y yo ser padrino tuyo.

LEONARDO.

Arbolán, yo, que soy cristiano y noble, si gusta su excelencia, darte quiero libertad y tenerte por mi huésped, de la suerte que allá yo lo fuí tuyo. Daréte un gran presente que le llesves a Belaida en mi nombre y de Lucinda.

ARBOLÁN.

¡Tus pies quiero besar!

LEONARDO.

Aquí, senado, da fin aquesta historia verdadera, que su autor llama *Los Esclavos libres*, de cuyas faltas grandes, yo, Leonardo, pido perdón en nombre de *Belardo*. (1)

FIN

(1) Nombre poético de LOPE.



# LA FAMOSA COMEDIA

## DE

# LA ESCOLÁSTICA CELOSA

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES: (1)

JULIA, <i>dama.</i>	VALERIO, <i>galán.</i>	LEONARDO, <i>estudiante.</i>	PERSIO. (2)
CELIA, <i>dama.</i>	MARCIO, <i>galán.</i>	PORCELIO, <i>estudiante.</i>	HONORIO.
TEBANDRA, <i>dama.</i>	OSTILIO.	OLIMPO, <i>criado de CAR-</i>	LICONIO. (3)
CARDENIO, <i>estudiante.</i>	PLÁCIDO.	DENIO.	[Un PAJE.]
VIRENO, <i>su amigo.</i>	OCTAVIO, <i>estudiante.</i>	FABRICIO.	

### JORNADA PRIMERA

(Sale CARDENIO con manto y sotana, y VIRENO, su amigo, y JULIA, dama.)

CARDENIO. Vos, señora, habéis llegado donde podéis descansar.

JULIA. Por fuerza ha sido el lugar y el despediros forzado; Bien de espacio hemos venido; mas no hay plazo que no alcance.

CARDENIO. Yo le llamo en este trance lazo de mi bien perdido. ¡Qué corto camino tiene la voluntad en el gusto!

JULIA. Y ¡cuán largo es el disgusto que por cortos pasos viene! Quiérome entrar, no me sienta mi madre. Cardenio, adiós.

CARDENIO. Cuando se enoje con vos poned su enojo a mi cuenta, y esperad, por Dios, un poco.

JULIA. Mal su condición sabéis.

CARDENIO. Señora, no me culpéis, que estoy por extremo loco. Volvedme a dar esa mano.

JULIA. Y con el alma os la doy.

CARDENIO. Con tal mano desde hoy ricas esperanzas gano. ¡Oh, mano, en cuyo poder está mi vida o mi muerte! Mano poderosa y fuerte, donde es ganar el perder;

mano hermosa y vengativa, agraviadora y suave; mano libre y dulce llave de la voluntad captiva.

¡Oh, mano, que de esta vez con el alma misma os toco!

VIRENO. Ella vendrá poco a poco a ser mano de almirez.—

Entrate, Julia, en tu casa, no escuches este perdido.

JULIA. Segunda vez me despido.

CARDENIO. ¡Oh, mano, en mi bien escasa!

Aguarda, mano cruel, mano vengativa y fiera, mano que gustas que muera hombre que vive sin él, (1) mano de Scévola fiero y de un robusto Nerón.

VIRENO. Más propia comparación fuera hacella de mortero.

Acaba; déjala entrar, que la reñirá su madre.

CARDENIO. Más debe a su mismo padre, que tiene el primer lugar.

VIRENO. ¿Quién es su padre?

CARDENIO. El Amor, que es padre de cuanto hoy vive, y de quien forma recibe toda materia en rigor. Amor engendra, amor cría, amor conserva y sustenta; el amor el mundo aumenta, sin amor se acabaría.

(1) Constan estas dos últimas palabras sólo en la edición de Zaragoza, 1604.

(2) Este personaje se llama en el texto "TEODOSIO".

(3) A éste llama después LICELIO.

(1) Este verso no hace sentido. Quizá diría el anterior:

"Mano que ha gusto en que muera".

Ama el hombre, el pez y el ave,  
la fiera, la planta, y todo  
ama y quiere de tal modo  
que su género no acabe.

VIRENO. Entrate, Julia.

JULIA. Porfía

a tenerme

VIRENO. Pues advierte  
que por sólo detenerte  
te habla Filosofía.

JULIA. Adiós, Cardenio.

CARDENIO. Señora,  
de tu estudiante te acuerda.

JULIA. Tu amor me inquieta y recuerda.

CARDENIO. Mi bien, ¿qué has de hacer ahora?

JULIA. Dormir pienso, por tu vida,  
que estoy desasosegada.

CARDENIO. ¡Quién te viera, Julia amada,  
al dulce sueño rendida,  
o quién fuera el mismo sueño  
y esas estrellas cubriera.  
porque en este punto fuera  
de tus bellos ojos dueño!  
Vete y llévame la vida.

JULIA. La mía te queda aquí.

CARDENIO. ¿Que vas [a] acostarte?

JULIA. Sí.

CARDENIO. ¿Luego?

JULIA. Voy medio dormida.

(Vase JULIA.)

CARDENIO. ¡Fuése, entróse, aquí quedé!  
Vireno, mi bien se va.

VIRENO. ¿A quién no provocará  
a risa tu amor?

CARDENIO. No sé,  
sino es a un hombre discreto,  
a un cuerdo, a un bien entendido.

VIRENO. Mejor dirás a un perdido,  
a un majadero, en efeto.  
¡Pesar de mí! ¿Tú naciste  
en Toledo, cuyo clima  
por el más feliz se estima  
del ingenio que ofendiste?  
¿Tú entre gente te has criado  
que profesa discreción?  
¿Esas las liciones son  
y el crédito celebrado?  
¿Tú, que predicar solías  
a los amigos desdén  
y que para querer bien  
antídotos escribías,

no los tomas para ti,  
y con ese ciego amar  
ocasión les quieres dar  
a que se burlen de ti?

CARDENIO. ¿Quién esa verdad te niega?

Una cosa es escribillo,  
Vireno, y otra sentillo.

El que mira mejor juega.  
¡Triste de mí, que mirando  
vi sobre la tabla el lance,  
y puesto en el mismo trance  
ciego estoy, a oscuras ando!  
Amo a una extraña mujer  
que tiene en la condición  
por alma un camaleón,  
imposible de saber.

Con esto a engañarme viene,  
pues el alma es como viento,  
mira tú qué entendimiento  
sabrás la color que tiene.

VIRENO. Sí; pero bueno sería  
que, templando tanto amor,  
conocieses el color  
de tu fuego o nieve fría.

El que ama, si es discreto,  
siempre, amigo, ha de tener  
sospechosa a la mujer  
si es su amor falso o perfecto.  
La razón por que ésta ha dado  
en fingir lo que ha fingido,  
es porque te ha conocido.  
perdido de enamorado.

Tanto, que aunque ahora quieras  
fingir que no le amas tanto,  
tu risa tendrá por llanto,  
tus burlas tendrá por veras.  
Y más, que es mujer discreta  
y tiene algo de taimada;  
que aun pienso que está ocupada  
de otro viento la veleta.

CARDENIO. ¿Qué he de hacer? Ya le miré,  
ya le amé, ya me perdí.

VIRENO. Volver, si es posible, en ti  
y que menos loca esté.  
Si a su puerta te anochece  
y mientras la noche calla  
lloras tú y el sol te halla  
despierto cuando amanece,  
¿qué ha de hacer sino dormir?

CARDENIO. ¡Oh, consejos de hombre sano!

VIRENO. Sano, y de Castilla, hermano:  
quiero lograme y vivir;

¡qué bonito que era yo  
para andar en estos pasos,  
rondando casas y casos!  
¡Pesar de quien me parió!  
¿Yo toda la noche estar  
como cuero de aire lleno?  
A dos horas, del sereno,  
me pudieran enterrar.  
¿Yo escribir? ¿Regalar yo?  
¿Yo estar mudo? ¿No comer?  
¿Yo esperar desde un ayer  
un hoy que nunca llegó?  
A los bobos; que mi cama,  
después que he cenado bien,  
antes que las ocho den  
es mi señora y mi dama.  
¿De un sabio oído no has,  
entre varios pareceres,  
que usaba de las mujeres  
por necesidad no más?

[migo]

CARDENIO. ¡Oh, bruto! ¡Oh, bestia! ¡Oh, ene-  
del mayor bien, que es amor!  
A mi mal era rigor  
ese infame, que maldigo.  
¿Qué vale ese fin, qué vale  
sin requebrar ni rogar,  
sin llorar, sin esperar,  
sin ver si sale o no sale.  
sin tomar la hermosa mano  
temblando de amor y miedo,  
sin sufrir aquel "no puedo"  
y aquel "¡ay, Dios, qué villano!";  
aquel fingirse cruel,

VIRENO.

llamándole loco y ciego  
y aquel allanarse luego?  
Anda, que eres moscatel.  
¿Hay cosa como llegar  
cuando hay hambre en la comida,  
sin que pida ni despida  
y oír tañer sin templar?  
Esta es mucha sutileza.  
Sueño, comida y mujer  
son tres cosas que han de ser  
de común naturaleza.  
¡Vive Dios, no sufra yo  
un melindrillo estudiado  
y un "téngase, que me enfado",  
y un... al fin que dé un no,  
por cuanto tiene Florencia!  
¡Oh, bienhaya una fregona  
que al hablar con la persona  
le hace la reverencia!

Vamos, mi señor Macías,  
y mudará de sotana.

(Entra VALERIO y OSTILIO.)

VALERIO. Vila entrar esta mañana  
y hela visto muchos días.  
Con esto los celos crecen  
y no se mengua el amor.

OSTILIO. Ya tus descuidos, señor,  
esto y mucho más merecen.  
Quien ama siempre ha de estar  
con el cuidado en la mano,  
como quien sirve a tirano,  
que siempre le ha de agradar.  
¿Tiene buen rostro y buen talle  
ese estudiante?

VALERIO. Bastante  
a que no mate ni espante.

VIRENO. (¿No ves que hay gente en la calle?  
¿No nos hemos de ir de aquí?)

CARDENIO. Vireno, ¿estará durmiendo  
Julia?

VIRENO. Sí.

CARDENIO. No hagas estruendo,  
que duerme mi vida allí.)

(Vanse.)

VALERIO. Gente se va de la reja. (1)

OSTILIO. Alguien pasaba, y paróse.

VALERIO. No es posible que repose,  
Amor, quien de ti se queja.  
A quien los celos enojan  
imita, triste, afligido,  
a quien bueyes ha perdido,  
que la sombra se le antojan.

OSTILIO. Mejor pudieras decir  
al que bueyes ha ganado,  
que un celoso imaginado  
al coso puede salir.

VALERIO. ¿Cómo Julia te ha engañado!

¿Y eso no es fácil de hacer?

OSTILIO. ¿Cómo?

VALERIO. Siendo ella mujer  
y yo hombre que la ha amado. (2)

OSTILIO. Mira que en todo el lugar  
tiene ya la discreción  
de este estudiante opinión,  
y en mujer no hay que fiar.

(1) Decía "calle"; pero se enmendó en las ediciones sucesivas.

(2) En todas las ediciones, "amo".

VALERIO. Julia es mía.

OSTILIO. Eso es verdad;  
pero no te cause enojo  
ver que la rija un antojo  
de cualquiera novedad.

VALERIO. Calla, necio. Llega y llama,  
que en mi antigua posesión  
su esperanza y mi opinión  
es como estopa en la llama.

(Sale JULIA a la ventana.)

OSTILIO. Julia abrió, llégate a hablar.

VALERIO. ¡Oh, mi Julia!

JULIA. ¡Oh, mi Valerio!  
No fué el salir sin misterio.

VALERIO. Púdote el alma avisar,  
digo la mía, que vive  
dentro de mi (1) mismo pecho.

JULIA. Sin duda el milagro ha hecho  
la que de ti luz recibe.  
¿Cómo estás?

VALERIO. Estoy quejoso,  
loco, ignorante, impaciente,  
solicito, diligente.

JULIA. ¿Quieres decir?...

VALERIO. Soy celoso.

JULIA. ¿Tú celos? Y ¿de quién, di,  
si sabes que yo te adoro?

VALERIO. De un estudiante de oro  
que ayer a tu cuello vi.

JULIA. ¡Jesús! ¿Tan jarifo era?

VALERIO. El lo debe de pensar.

JULIA. No creas que en tal lugar  
con tantas ropas cupiera.

Y ¿para qué buenos son

con tantos cargas y cargos?

VALERIO. Los hombres de faldas largos  
son cortos de dilación.  
Temo, Julia, que se valga  
de la industria y del buen seso,  
y de sus faldas el peso  
a la cabeza me salga.

¿No ves las melancolías  
de unas sotanas muy santas?

Pues no encubre industrias tantas  
un libro de tropelías. (2)

¿Ves aquel encogimiento?

Pues en quedando en jubón

más salta a cualquiera son  
que una pelota de viento.  
Mal conoces tú estudiantes  
que pasan burlas y veras,  
que a fe que son de primeras,  
más que de letras pasantes.  
Guárdate de él.

JULIA. Es un necio.

VALERIO. Menos te vengo a creer,  
que es muy propio en la mujer  
estimar y hacer desprecio.  
Mucho te habrá regalado.  
¿Hate dado algún soneto?  
JULIA. Ya no corre el ser discreto,  
que son letras de cornado.  
No entiendo filosofías;  
sólo te quiero, mi bien.

(Entra CARDENIO; VIRENO, en hábito de noche, y  
dice CARDENIO:)

CARDENIO. (Puesto que durmiendo estén...

VIRENO. ¿Qué no podrás si porfías?

JULIA. Apártate de la reja.  
que suena gente en la calle

CARDENIO. (Un hombre, y no de mal talle,  
donde me quejo se queja.)

VALERIO. (Quiérome aquí desviar.)

CARDENIO. (Vireno, Valerio es éste.  
Aunque la vida me cueste  
he de ocupar su lugar.

VIRENO. Pues llega y la reja ocupa,  
que dos somos para dos.)

VALERIO. (Eso merece, por Dios,  
quien su lugar desocupa.  
Ostilio, obligado quedo  
a quitar los dos de aquí.

OSTILIO. Yo sin espada salí  
y tengo un poco de miedo.  
Vamos y llama un amigo  
y no sufras este agravio.

VALERIO. ¿Estará en su casa Otavio?

OSTILIO. Sí.

VALERIO. Sígueme.

OSTILIO. Ya te sigo.)

(Vanse.)

CARDENIO. Cruel, que para mi mal  
duermes y para el ajeno  
estás despierta al sereno,  
escucha esta voz mortal;  
escucha las ansias mías,  
que bien sé que estás despierta.

(1) Así en los textos; pero mejor sería "tu mismo".

(2) En ediciones posteriores, "eutrapelías".



JULIA. ¿Quién llama a mi reja y puerta?

CARDENIO. Un hombre que amar fingías,  
un cuerpo con alma ajena  
que un tiempo con ella estuvo,  
pues la que primero tuvo  
ya es alma que vive en pena.

Una sombra del que fui,  
una desdicha que fué,  
un lince que ya no ve  
y un ciego que agora vi.

JULIA. Que eres loco te confieso,  
y tengo por cosa llana  
que en dejando la sotana  
arrimas con ella el seso.

¿Dices de un hombre que estaba  
en aquesta puerta ahora?

CARDENIO. Sí, que es Valério, señora,  
y sospecho que te hablaba.

JULIA. Sospechas mal, que la calle  
a nadie negar se puede.  
Basta que por tuya quede  
y que yo no quiera hablalle.

Anda, vete, que estás loco.

VIRENO. Ya yo, Julia, se lo digo.

JULIA. ¿Es Vireno?

VIRENO. Y un amigo  
que no le castiga poco.—

Vete [a] acostar, que eres necio.

CARDENIO. ¿De aquí me podré apartar?

JULIA. Con esto, me entro a acostar.

(*Entrase JULIA de la ventana.*)

VIRENO. Tú das causa a este desprecio.  
Fuése y cerró la ventana.

CARDENIO. ¡Oh, mi amada celosía, (1)  
mirándoos me mire el día,  
hálleme en vos la mañana!  
No me apartaré de aquí.

VIRENO. Quitate, loco, ignorante.

CARDENIO. No ha de haber quien me levante  
de aquí un punto.

VIRENO. Estáte ahí.

CARDENIO. Echarme he en este suelo  
hasta que la dulce salva  
que hace a la tierra el alba  
me despierte el sol del cielo.

VIRENO. Pues sosiega a tu placer  
mientras me voy poco a poco,

que quien acompaña a un loco  
cerca está de enloquecer.

(*Vase.*)

CARDENIO.

Echado en este suelo, ¡oh, luces bellas,  
cuya piedad en mi remedio invoco,  
con los suspiros de mi alma os toco,  
que os igualan también en ser centellas!

¡Oh, Bocina famosa, lumbre entre ellas,  
y tú, Lucero, que no amaste poco,  
si estrella eres de Venus, yo soy loco,  
que a media noche cuento las estrellas!

¡Oh, Carro celebrado! ¡Oh, lumbres puras!  
¡Oh, Norte hermoso, que en el alta corte  
del cielo estuvo, donde estáis seguras!

De mi estrella la luz al sol importe;  
ante (1) su claridad serán oscuras,  
la Bocina, el Lucero, el Carro, el Norte.

(*Sale VALERIO, OCTAVIO, OSTILIO, arrodellados.*)

VALERIO. Quedó en la reja.

OCTAVIO. Ya entiendo;  
pero de esta valentía  
presto verás si me ofendo.

CARDENIO. (Este viene en busca mía  
con tantas armas y estruendo.  
Muchas armas ha traído  
para un hombre tan vencido  
de las manos de un recelo,  
que se ha echado por el suelo  
de confesarse rendido.  
Callar quiero y escuchar,  
que tiempo habrá conveniente.)

OCTAVIO. (No ha conservado el lugar.  
¡Por mi vida, que es valiente!—  
Aunque duerme he de llamar.)  
¿Ce? ¿Ce?

JULIA. No estoy tan dormida  
que no te escuche, mi vida,  
mi alma y todo mi bien.

CARDENIO. (Mala pedrada te den,  
falsa, mujer fementida.  
Mirad lo que hay que fiar.)

VALERIO. ¿Qué se ha hecho el fanfarrón  
que ocupaba este lugar?

JULIA. Hícele cierto sermón,  
y fuese.

VALERIO. ¿Adónde?

JULIA. A acostar.

(1) Dice "celogía". En las ediciones posteriores, "celoxía".

(1) En los textos, "antes", por errata.

VALERIO. ¿Pusístele, acaso, miedo?  
 JULIA. Dije de ti lo que puedo.  
 VALERIO. Mal has hecho en desvialle  
 esta noche de la calle.  
 JULIA. ¿Cómo así?  
 VALERIO. Corrido quedo;  
 que no porque me autorices  
 es bien que se me haya ido.  
 JULIA. ¿Y que de veras lo dices?  
 VALERIO. ¡Bueno! Había prometido  
 a tus rejas sus narices,  
 y Octavio se aniquila  
 de ver que en balde se afila  
 la espada, que le afrentáis.  
 CARDENIO. (¿Narices? ¡Por Dios, que estáis  
 entre Caribdis y Scila!  
 ¡El diablo que las sonara,  
 aunque romadizo hubiera!)  
 OCTAVIO. ¡Que yo a tiempo no llegara  
 para que un paso le hiciera  
 de oreja a oreja en la cara!  
 CARDENIO. (¡Lleve el diablo el pasadizo  
 y quien tales pasos hizo!—  
 ¡Vive Dios, que es cobardía  
 no volver por la honra mía!)  
 VALERIO. Todo mi bien se deshizo.—  
 Bien os podéis, Julia, entrar.  
 JULIA. No os dé celos este necio.  
 CARDENIO. (¡Mirad si me sabé honrar!)  
 JULIA. Sólo a vos estimo y precio:  
 en el alma os doy lugar.  
 CARDENIO. (¡Y yo te la daré a ti  
 donde me la das a mí!)  
 VALERIO. Adiós, Julia.—Octavio, vamos.  
 OCTAVIO. ¿Que tantas armas sacamos  
 para una liebre?

(*Vanse.*)

CARDENIO. (¡Ay de mí!)  
 Detente, Julia.  
 JULIA. ¿Quién es?  
 CARDENIO. Cardenio soy.  
 JULIA. ¡Oh, mis ojos!  
 CARDENIO. ¿Tus ojos?  
 JULIA. Mis ojos, pues.  
 CARDENIO. ¿Tus ojos o tus enojos?  
 JULIA. Menos cuando más me des.  
 CARDENIO. ¿Ha venido alguien aquí?  
 JULIA. Aquel Valerio, aquel loco,  
 vino a preguntar por ti.  
 CARDENIO. ¡Que me tengas en tan poco  
 que así te burles de mí!

¡Ingrata! Yo oí mi nombre  
 en tu boca, y no te asombre  
 no querelle defender,  
 porque por tan vil mujer  
 no es bien que se pierda un hombre.  
 ¿Era yo aquel que querías?  
 ¿Era yo aquel adorado?  
 ¡Qué bien dorarme sabías  
 el hierro que ha traspasado  
 las nobles entrañas mías!  
 ¡Tu maldad he descubierto!  
 Todo lo sé, todo es cierto;  
 las piedras tienen oídos.  
 ¡Vuelvan esos atrevidos  
 que de palabra me han muerto!  
 ¡No más mujer sin amor,  
 que yo la sabré buscar  
 donde me estimen mejor!  
 ¡Quiero el hábito dejar  
 testigo de tu rigor!  
 En él dejaré mis daños  
 y tus pesados engaños  
 como culebra el pellejo,  
 que un desengaño es consejo  
 para remediar los años.  
 De mi amor honrado indigna,  
 ya no amante, mas diamante;  
 pero no es piedra tan fina  
 mujer que es tan falsa amante.  
 Liberal en prometer  
 y escasa para cumplir,  
 mujer mil veces mujer,  
 para mil veces decir; (1)  
 hermosa para ser cebo  
 de las falsas esperanzas,  
 que agora burladas llevo;  
 instrumento de mudanzas,  
 a quien la que intento debo.  
 ¿No respondes, inhumana?  
 ¡Cruel, mudable, liviana!  
 ¡A un estudiante tan necio  
 no quiero hacer más desprecio  
 que darle con la ventana!

(*Íase.*)

CARDENIO.

¡Cierra, que también yo cierro el pecho,  
 adonde no hallará lugar tu alma

(1) Falta un verso a esta quintilla y otro a la anterior en todos los textos. Queda, por tanto, obscuro el sentido.

mientras tu agravio (1) viva en mi memoria!  
 ¡Oh, noche, la postrera de mi vida,  
 si en ti llegase ya mi eterno sueño  
 y me buscase la dichosa muerte!  
 Pues Julia me engañó, ¡venga la muerte!  
 Entre a vivir en tu agraviado pecho,  
 de que su amor fué engaño, sombra y sueño.  
 ¡Sirena de mi bien, vuélveme el alma.  
 que si te cansa mi enojosa vida,  
 a quitármela basta tu memoria!  
 ¡Salid, gusto, salid de mi memoria,  
 que quiere en su lugar entrar la muerte,  
 cansada el alma de tan flaca (2) vida!  
 Rasguen mis manos mi abrasado pecho  
 para que salga a descansar el alma  
 y la parte mortal en dulce sueño.  
 El pecho va sin alma, y de la vida  
 triunfó la muerte; sueño fué mi gloria;  
 déjame en paz o mata mi memoria.

(Vase, y sale VIRENO y CELIA.)

CELIA. De vuestra relación temo  
 quedar con algún cuidado.

VIRENO. Yo os prometo que, tratado,  
 es apacible en extremo.  
 Verdad es que la afición  
 me pudo en esto engañar.

CELIA. (Siempre es puerta el escuchar  
 para entrar al corazón;  
 mas Dios me libre de verme  
 metida en este disgusto,  
 ni de despertar el gusto  
 cuando el pensamiento duerme.)

VIRENO. ¿Qué estás hablando entre ti?

CELIA. Las partes de este tu amigo.

VIRENO. Soy de su trato testigo,  
 y antes de ahora lo fuí.  
 Por mucho que de él te diga  
 no digo la menor parte.

CELIA. Eres sospechoso y parte.

VIRENO. Ninguna cosa me obliga,  
 Celia, sino la verdad.

CELIA. Que le alabes te permito.

VIRENO. Podré, pues no solicito,  
 señora, tu voluntad.

CELIA. Pluguiera a Dios así fuera  
 como la tiene captiva.

VIRENO. No hay esclavo que así viva,  
 no hay captivo que así muera.

CELIA. ¿Quién es el dichoso Argel  
 que tal esclavo merece?

VIRENO. Mujer que no le aborrece,  
 mas no se muere por él.

CELIA. ¿Tiene buen entendimiento?

VIRENO. En eso le habrá faltado.

CELIA. Amor a ningún amado  
 perdona agradecimiento.  
 Si tiene ocupada el alma  
 mal puede hacerle favor,  
 porque entonces ese amor  
 es como la nave en calma.

VIRENO. Pienso que está lastimada  
 de algunos tiempos atrás.

CELIA. De esta suerte mal podrás  
 dejar tu intención culpada.  
 Que mujer que quiere bien  
 a quien le paga el amor,  
 al hombre de más valor  
 ha de mostrarle desdén.  
 ¿Quién podrá con igualdad  
 reducir vuestra aspereza,  
 quereros bien con franqueza  
 y no queréis con crueldad?

El que más nuestro honor precia  
 quiere a la mujer que ame  
 que hasta gozalla sea infame  
 y, gozada, una Lucrecia.

VIRENO. Juzgas sin haberme oído. (1)

CELIA. ¿En qué culpas esta dama,  
 si por amar a quien la ama  
 pone a tu amigo en olvido?  
 Que antes es digna de palma.

VIRENO. Porque quiere bien a dos;  
 y, dándole un alma a Dios,  
 tiene para todos alma.

CELIA. ¿Por qué Cardenio quería  
 mujer que obligada está?

VIRENO. ¿No ves que lo supo ya  
 que remedio no tenía?  
 A la fuerza de su amor  
 han nacido aquesos celos.

CELIA. Antes los celos son hielos  
 del amoroso calor.

VIRENO. Más creo que se te alcanza.

CELIA. Pues dime, ¿qué son los celos?

VIRENO. Martirios, penas, recelos,  
 inquietud, desconfianza.  
 Conserva para el amor,

(1) En las ediciones posteriores se imprimió,  
 por errata, "alma", en lugar de "agravio".

(2) En las ediciones sucesivas, "alta".

(1) En el texto, "ido", por errata. Enmendada  
 en los posteriores.

gusto para el amistad.  
 es bien a la libertad  
 y a la esperanza y temor. (1)  
 Son un desengaño sabio (2)  
 del pensamiento dormido;  
 son relojes del olvido  
 con despertador de agravio; (3)  
 son un claro amanecer  
 que pára la tarde en agua;  
 son como el agua en la fragua,  
 que mata para encender;  
 son unos sabios antojos,  
 son un azote de sueño,  
 son una espía sin dueño  
 y una atalaya sin ojos.

Y, aunque es semejanza nueva,  
 es lanterna su costumbre,  
 que vemos mover la lumbre  
 y no vemos quién la lleva.  
 Finalmente, es un furor  
 de que ninguna se escapa,  
 y es de noche aquella capa  
 con que se disfraza Amor.  
 Harto bien los has pintado.

CELIA.

VIRENO.

En Cardenio lo he leído,  
 porque esto y más he aprendido  
 del libro de su cuidado.  
 Que es ver al pobre estudiante  
 resolverse a no querer,  
 y en un instante volver  
 de lo pasado ignorante.  
 Un sin hablar puesto en ella,  
 adorar su puerta y calle,  
 y que no hay velle ni hablalle  
 sin pensar hablalla y vella.  
 El está, que yo lo lloro,  
 sin una dragma de seso.  
 ¡Cuál era yo para eso!  
 Mejor la requiebre un toro.  
 ¿Yo melindre? ¿Yo desdén?  
 ¡Bien haya quien me parió  
 que tal condición me dió!  
 En mi vida quise bien.

CELIA.

Di, Vireno, ¿por ventura  
 podré yo de mí fiar  
 que podría remediar  
 de Cardenio la locura?

VIRENO.

Triaca tiene el veneno,

epítima los desmayos,  
 la noche del sol los rayos  
 y el mal propio el bien ajeno.  
 En el gusto no hay compás  
 ni freno en el albedrío,  
 porque el alma es como río  
 que no ha de volver atrás.  
 CELIA. Hora bien, yo quiero hacer  
 que la aborrezca Cardenio.  
 VIRENO. Será hazaña de tu ingenio  
 y digna de tal mujer.

¿Quién, Celia, que tú no fuera  
 tan alta empresa tomara?

CELIA.

Gustando libre me hallara  
 que gloria se me siguiera.  
 Llegue la arrogancia mía  
 a que un hombre enamorado  
 siga mi nuevo cuidado,  
 deje su nueva porfía.

¿Qué me darás si mañana  
 no se acuerda de su nombre?

VIRENO.

Daréte de cera un hombre  
 como a imagen soberana;  
 pondré su grillo en el templo,  
 honor de tu alma altiva,  
 y una tabla en que se escriba  
 la memoria de tu ejemplo.

CELIA.

Hora bien, déjame hacer,  
 que a buen punto se encamina.

VIRENO.

Tú serás su medicina,  
 encantadora mujer.

(Vase VIRENO, y entra MARCIO, galán enamorado de CELIA.)

MARCIO.

Estas son, rapaz Amor,  
 hazañas de tu disgusto.  
 Pasos que di con tal gusto  
 ¿vengo a dar con tal dolor?  
 Amé y fui correspondido  
 como jamás lo fué hombre.  
 Una mujer, Celia en nombre,  
 infierno, fuego y olvido.  
 Mas debíme de engañar,  
 confiando neciamente.

CELIA.

¿Sabes que tienes presente  
 la ocasión de tu pesar?

MARCIO.

Sé que tengo, Celia hermosa,  
 a mis ojos vuestro cielo  
 cubierto de nieve y hielo,  
 de jazmín, clavel y rosa.  
 Sé que tengo al viento vario,  
 de tu mudanza testigo,

(1) Así en todos los textos.

(2) En las ediciones posteriores, "salvo".

(3) "Agravios" en todos.



del gusto el mayor amigo,  
del alma el mayor contrario.  
Un mar lleno de sirenas,  
un placer lleno de enojos,  
un paraíso a mis ojos  
y un infierno de mis penas.  
¿Pareceos que lo sé bien?

CELIA. Más os falta en esa lista.

MARCIO. ¿Qué?

CELIA. Un desengaño a la vista,

hijo de un gusto y desdén.

¿Vos no tenéis ya trazada  
vuestra forzosa partida?

MARCIO. Sí, aunque el alma de la vida  
parte a la primer jornada,  
porque no tenga paciencia  
para ver mi mal presente,  
y al fin pasado [y] ausente  
hace al dolor resistencia.  
Por no esperar mi contrario,  
por no perder mi reposo,  
por no sufrir un dichoso  
y verme a mí temerario,  
por eso doy traza así  
en procurar mi remedio,  
poniendo más tierra en medio  
que hay viento del cielo [a] aquí.

CELIA. Al fin ¿es resolución?

MARCIO. Como la tuya olvidarme.

CELIA. ¿Quieres las prendas tornarme  
que fueron de mi afición?

MARCIO. ¿Tengo más de aquel retrato?

CELIA. Este me vuelve no más.

MARCIO. Mirale bien, y hallarás  
el retrato de tu trato.  
Mas por no tenerte en calma,  
aguarda, traeréle, fiera,  
y ojalá que así te diera  
el que me queda en el alma.  
Y yo me iré donde veas  
que deseo darte gusto.

(Vase.)

CELIA. Más deseas mi disgusto  
y más tu gusto deseas.  
Gentil color has hallado  
que tu partida disculpa.

(Entra TEBANDRA, con manto.)

TEBANDRA. (Todo el mundo, infame, culpa  
yerro tan mal empleado.  
¿Si he de hallar a Celia aquí?)

¿Señora?

CELIA. Tebandra mía,

¿halló mi ventura un día  
en que te acuerdes de mí?

TEBANDRA. ¿Cuándo yo de ti me olvido?

CELIA. Aunque enojada, te abrazo.

TEBANDRA. Merezca ese tierno abrazo.

CELIA. Sólo con haber venido.—  
Revuelta vienes un poco.—

¿Hola? Quitadle ese manto.

TEBANDRA. Tal revuelve ver con llanto  
muerto un pensamiento loco.

CELIA. ¿Cómo muerto? ¿Qué has tenido?  
¿Hate Fabricio enojado?

TEBANDRA. Hame en el alma afrentado  
y en el honor ofendido.

CELIA. ¿Cómo?

TEBANDRA. Bien ves que la entrada  
que en mi casa y alma tuvo  
sólo en confianza estuvo  
de verme con él casada.

CELIA. Pues ¿niégalo?

TEBANDRA. No lo niega;  
mas ¿qué más agravio espero  
que fingirse caballero  
a una mujer loca y ciega;  
en nombre de otro haber hecho  
aquesta burla a mi honor?

CELIA. ¿No es quien dijo?

TEBANDRA. Es un traidor,  
de falso y fingido pecho,  
porque el dueño de aquel nombre  
ha venido agora aquí.

CELIA. Pues ¿quién es ese?

TEBANDRA. ¡Ay de mí!  
Un falso, un villano, un hombre.  
Dícenme que es un soldado,  
bien quebrado es para mí,  
pues el honor que perdí  
no espero velle soldado.

CELIA. Paso; no lloréis, ya es hecho,  
ahí como mujer burlada,  
que no faltará una espada  
que le pase el falso pecho.  
¿Que no era, en fin, caballero?

TEBANDRA. Es, mi Celia, quien te digo.

CELIA. Da tu licencia al castigo,  
que yo te daré el acero.

TEBANDRA. ¿Y si ya le quiero bien?

CELIA. Más le debes a tu honor.

TEBANDRA. Todo lo perdona Amor.

CELIA. ¿Y los agravios también?

TEBANDRA. Esos quisiera vengar.

CELIA. ¿Qué mejor que con su muerte?

(Sale un PAJE.)

PAJE. Cardenio ha venido a verte; licencia pide y lugar.

CELIA. Entre en buen hora.

(Entra CARDENIO.)

CARDENIO. No creo, pues en ella os vengo a ver, que mejor la pueda haber para el alma y el deseo.

CELIA. Galán venís de mudanza.

CARDENIO. Ya en mis hábitos dejé una mal fundada fe y una burlada esperanza. Entre dos piedras metido, como culebra, he dejado aquel hábito pasado, que era un estrecho vestido. Cesando el mal, los enojos, ya sale el alma contenta de la pasada tormenta al puerto de vuestros ojos.

Que luego me prometí, cuando os miré, que sería, Celia, el cielo, el sol, el día de la noche en que me vi. Ya de su tormenta y calma salgo a puerto de consuelo, que con norte de tal cielo llevo muy segura el alma.

CELIA. No se quedó en el vestido la retórica, a lo menos.

CARDENIO. Son vuestros ojos serenos luz del alma y del sentido. Aunque en el mismo lugar que vos nacisteis nací y muchas veces oí vuestras partes alabar, una sola os vi, señora, y en ella vi que la fama es resplandor de la llama del sol que en vos hallo agora. Ofensa fué encareceros, que el cielo que haceros sabe quiere que el alma os alabe con sólo callar y veros.

CELIA. (Tebandra, ¿qué te parece?

TEBANDRA. Bien me parece, en verdad; y que pues dan voluntad

correspondencia merece.

¿Hombre es nuevo en el lugar?

¿Quién es, que pide favor?

CELIA. Es un enfermo de amor que yo tengo de curar.

TEBANDRA. Yo le veo ya de talle que habrá bien poco que hacer.

CELIA. En llegándome a querer he de ponelle en la calle.

TEBANDRA. Guarda, no intentes entrar donde no puedas salir, que es muy fácil de decir y difícil de acabar.)

(Entra el PAJE de MARCIO.)

PAJE. En esta caja te envía Marcio, señora, el retrato.

CELIA. Es conforme a su buen trato y extremada cortesía. A buen tiempo viene, a fe, por que Cardenio le vea.

CARDENIO. ¿Es retrato?

CELIA. De una fea.

CARDENIO. No será vuestro.

CELIA. ¿Por qué?

CARDENIO. Porque sois el cielo propio y de ella cifra en el suelo, y todo lo que no es cielo es vuestro retrato impropio. Abrid esa caja, erario de tan divino tesoro.

CELIA. Ya la temo.

CARDENIO. Ya la adoro y me afirmo (1) en lo contrario. Yo sé que es ángel.

CELIA. Yo fiera.

CARDENIO. Yo cielo.

CELIA. Yo una mujer.

CARDENIO. Decidme: ¿quién podrá ser quien os lo dió?

CELIA. Fué quien era.

CARDENIO. ¿Ya no es?

CELIA. Por eso ha hecho tal prueba de despreciarme, jurado que ha de enviarme hasta el que tiene en el pecho.

CARDENIO. No hará, que no es tan posible, como el que viene pintado. Abrid.

CELIA. ¡Ay!

(1) En ediciones sucesivas, "afrento".

CARDENIO. ¿Qué habéis hallado?  
 CELIA. Otro retrato imposible.  
 CARDENIO. Mostrad.  
 CELIA. Una piedra tomo.  
 CARDENIO. ¿Piedra?  
 CELIA. Una piedra me envía.  
 CARDENIO. Retrato de dura y fría.  
 CELIA. ¿Paréceme mucho?  
 CARDENIO. Y ¡cómo!  
 Celia, pues el alma os dió,  
 que tan al vivo se ve,  
 extremado pintor fué  
 el que en piedra os retrató.  
 Si un ángel hermoso hiciera,  
 vuestra hermosura imitara;  
 mas para el alma no hallara  
 cosa que piedra no fuera.  
 Al vivo estáis imitada;  
 bien mostró el pintor su ciencia,  
 o a lo menos la experiencia  
 de esa condición helada.  
 Hizo colores y tabla  
 su pecho el color discreto;  
 pintó una piedra, en efecto,  
 tan viva, que es piedra y habla.  
 Pero como no podía  
 ser tan dura artificial,  
 buscando la natural  
 halló la que os parecía.  
 CELIA. ¿Tan dura, en efecto, soy?  
 CARDENIO. Experiencia tiene el hombre,  
 pues os dió de piedra el nombre,  
 que yo de mi cielo os doy.  
 Aunque haceros pedernal  
 ya fué darnos a entender  
 que oculto podéis tener,  
 Celia, el fuego natural.  
 Aunque es tal su condición,  
 que, si da fuego, primero  
 será gastado el acero  
 del más sufrido eslabón.  
 Quedará el alma abrasada  
 donde ese fuego cayere,  
 si aceros con vos tuviere  
 y vos como piedra helada.  
 CELIA. No lo seré para vos,  
 ni me imaginéis tan dura,  
 que esa piedra os asegura  
 la firmeza de los dos.  
 Y guardadla por indicio  
 de que es muro de tal yedra;  
 será la primera piedra

de nuestro eterno edificio.  
 Las piedras y hierbas tienen  
 con las palabras virtud;  
 si vos pretendéis salud  
 todas las tres os convienen.  
 Hierba en la flecha de amor,  
 piedra en mi piedra retrato,  
 palabra en que a vuestro trato  
 queda obligado mi honor.  
 Sanad de la enfermedad  
 de Julia, que os lastimó,  
 si soy epítima yo  
 para vuestra voluntad.  
 Y porque me quiere hablar  
 Tebandra, quedad con Dios.

(*Entranse CELIA y TEBANDRA, y sale VIRENO.*)

CARDENIO. Fuerais mi epítima vos  
 si tuviera que curar;  
 mas ya estoy de Julia sano  
 y de esas manos herido.  
 VIRENO. ¿Qué tenemos? ¿Cómo ha ido?  
 CARDENIO. Milagrosamente, hermano.  
 Ya tengo la piedra echada  
 para el primero cimiento,  
 y aquella de mi tormento  
 de cuello y hombros quitada.  
 VIRENO. ¿Hate hecho algún favor?  
 CARDENIO. Este retrato me ha dado.  
 VIRENO. Muestra.—A fe que es extremado,  
 si le parece, en rigor.  
 CARDENIO. Estuve en extremo tierno.  
 VIRENO. ¿Y Julia?  
 CARDENIO. ¿Quién tal me nombra?  
 VIRENO. ¿No era tu sol?  
 CARDENIO. Ya es mi sombra.  
 VIRENO. ¿No era tu cielo?  
 CARDENIO. Es mi infierno.  
 VIRENO. ¿No era tu vida y memoria?  
 CARDENIO. Ya es mi olvido y mi sueño.  
 VIRENO. ¿Y Celia?  
 CARDENIO. Mi sol, mi dueño,  
 mi cielo, mi luz, mi gloria.  
 Al altar de su hermosura  
 el alma y vida consagro.  
 VIRENO. ¿Tan presto?  
 CARDENIO. Ese es un milagro  
 de una celestial blandura.  
 VIRENO. Di que la mujer después  
 es pluma y viento sin peso.  
 A fe que eres lindo en eso.  
 Tantas quieres cuantas ves.

"Echaréme en este suelo  
hasta que a la dulce salva  
que haga a la tierra el alba  
me despierte el sol del cielo.  
No nos hemos de ir de aquí.  
Vireno, ¿estará durmiendo?"

CARDENIO. ¿Burlas, di?

VIRENO. "No hagas estruendo,  
que duerma mi bien allí."

"Aguarda, mano cruel,  
mano vengativa y fiera,  
mano que gustas que muera  
hombre que vive sin él. (1)  
Mano de Scévola fiero  
y de Nerón el tirano..."  
¿Qué será agora esta mano,  
de almirez o de mortero?

CARDENIO. Será la cosa más vil.

VIRENO. ¿La de Celia?

CARDENIO. De azahar llena,  
nieve, alabastro, azucena,  
jazmín, cristal y marfil.

VIRENO. Y de manteca.

CARDENIO. También.

VIRENO. ¿Qué cascos para un poeta!  
Vamos, mi señor Veleta.

CARDENIO. ¡Ay, Celia!

VIRENO. ¡Ay, tonto!

CARDENIO. ¡Ay, mi bien!

VIRENO. Crea, por su vida y mía,  
sin tenerlo por donaire,  
que tiene el alma de aire  
y el seso de argentería.



## JORNADA SEGUNDA

(Sale JULIA, sola.)

JULIA. La mujer que ha sido amada  
y aborrece a quien le amó,  
ya sé de experiencia yo  
que viene a ser olvidada.  
Tiempo fué que aborrecí  
a quien más que a sí me amaba,  
porque entonces no pensaba  
que amor se mudaba así.  
En viéndome aborrecer  
quise con el alma y vida,

porque amar aborrecida  
es condición de mujer.  
Amor que no agradecí,  
regalos que no estimé,  
quejas que nunca escuché,  
lágrimas que nunca vi;  
tiernos suspiros ardientes,  
memorias enamoradas,  
matan al alma pasadas  
que no pudieron presentes.  
Hácense mis ojos ríos  
en ver que aquellos enojos  
ya se dicen a otros ojos  
más dichosos que los míos.

(Sale OLIMPO, criado de CARDENIO.)

OLIMPO. Cardenio, a quien enviaste  
esta mañana un recado,  
viene a verte.

JULIA. ¿Yo he enviado  
a hablalle? Tú te engañaste.  
Pues ¿quién te lo dijo a ti?

OLIMPO. Volveráse, que no viene  
tan de buena gana.

JULIA. Tiene  
razón de venir así.  
Dile que le han engañado.

OLIMPO. Y albricias le pediré,  
que yo sé que ha puesto el pie  
en tus umbrales forzado.

JULIA. Espera; di que entre.

OLIMPO. Voy,  
señora, si os sirvo en eso.  
JULIA. Que estoy rendida confieso,  
porque aborrecida estoy.

(Entra CARDENIO.)

CARDENIO. A gran ventura he tenido  
que se ofrezca en que me mandes.

JULIA. Otras venturas más grandes  
habrás, Cardenio, tenido;  
que no es ésta la mayor,  
antes ya la menor es.

CARDENIO. ¿Cómo menor?

JULIA. Sí, después  
que no me tienes amor.

Ansí, no te había mirado.  
A fe que vienes galán.

CARDENIO. Tus ojos ya no tendrán  
de verme, Julia, cuidado..

JULIA. Mil cosas dejaste juntas  
con el hábito.

(1) En el texto, "en él". Se enmendó en las sucesivas impresiones; pero siempre queda mal, como hemos ya dicho.



- CARDENIO. Dejé  
una mal fundada fe  
y unas memorias difuntas.  
Dejé una dulce locura  
con un manifiesto engaño,  
por vestirme un desengaño  
y una posesión segura.
- JULIA. ¿Cómo? ¿Que ya es posesión?
- CARDENIO. Digo de mi libertad,  
después que mi voluntad  
no conoce sujeción.
- JULIA. Para lo que yo he sabido  
es bueno que hables así.
- CARDENIO. Más sé yo mismo de mí  
que alguno que te ha mentido.
- JULIA. A ver la mano.
- CARDENIO. ¿Qué quieres?
- JULIA. Ver en la alteración  
del pulso si es afición.
- CARDENIO. ¡Oh, Julia! ¿Médico eres?
- JULIA. ¿Escóndesla? Por mi fe,  
que debiste de pensar  
que te la quería tomar.
- CARDENIO. ¿Yo, mi señora? ¿Por qué?  
Ni vos aqueso pensáis,  
ni es cosa que yo deseo.
- JULIA. ¡Buena ropilla!
- CARDENIO. Yo creo  
que del vestido os burláis.  
Es, al fin, hábito nuevo.
- JULIA. ¿Por qué os desviáis de mí?
- CARDENIO. Si no es por lo que temí,  
es por lo que no me atrevo.
- JULIA. ¿Quién os abrió el cuello?
- CARDENIO. Acaso  
la que no me quiere mal.
- JULIA. Estiradlo, no está igual.
- CARDENIO. Deteneos; paso, paso;  
dejad al nuevo seglar,  
que otro habrá menos curioso.
- JULIA. ¿De qué estáis tan receloso?  
¿Pensáis que os he de abrazar?  
¿Yo abrazo a vos? ¿Yo abrazaros?  
¡Cosa excusada! (1)
- CARDENIO. Y yo  
digo que digáis que no  
cuando tal venga a rogaros.
- JULIA. ¿Qué tenéis entre el cabello?  
A ver...
- CARDENIO. ¿Qué queréis saber?
- Vos debéis de querer ver  
qué falta encubro con ello.  
Si buscar habéis querido  
las armas que me dejáis,  
en balde las procuráis,  
pues no las he consentido.
- JULIA. Pues que tanto huís de mí  
no os quiero más componer,  
por que no os echen de ver  
que otra mano anduvo aquí.  
Dos cosas quiero pedirós:  
la una, que no digáis  
que os hablé...
- CARDENIO. Segura estáis  
de que en eso he de serviros,  
que también me importa a mí.
- JULIA. ¿Reñirá Celia si sabe  
que habéis venido?
- CARDENIO. No cabe  
tan alta ventura en mí.  
No son mis merecimientos  
dignos de besar sus pies,  
que es Celia un cielo.
- JULIA. ¿El quién es?
- CARDENIO. Cielo de mis pensamientos.  
Si cada uno previene  
un alma que le dejar,  
bien puedo cielo llamar  
a quien tantas almas tiene.
- JULIA. Por eso mejor será  
que la llares sucio infierno,  
porque su tormento eterno  
también tiene almas allá.  
Mas infierno o cielo sea,  
que en eso no me va nada,  
y no hay mujer siendo amada  
que pueda parecer fea,  
es lo segundo que os pido  
que mis papeles me deis.
- CARDENIO. De eso descansar podréis,  
que ya los he yo rompido.
- JULIA. Eran muchas crueldades;  
vivas estarán.
- CARDENIO. No hay tal.
- JULIA. Yo sé que sí, porque mal  
se pueden romper verdades.
- CARDENIO. Según eso, bien pudieron,  
que yo sé que no lo son,  
y digo, en resolución,  
que estas manos las rompieron.
- JULIA. Fiádmelos.
- CARDENIO. No haré tal.

(1) En los textos, por errata, "cosa oscura".

JULIA. Aquí me quedo en retrato.  
 CARDENIO. ¿Para qué, si ya remato con el mismo original?—  
 Olimpo, vamos de aquí.  
 JULIA. ¿Vuesa merced irá a ver a su Celia?  
 CARDENIO. Podrá ser.  
 JULIA. Y ¿qué le dirá de mí?  
 CARDENIO. Guardaréme de eso bien; mas cuando de esto tratara, vuestras partes alabara.  
 JULIA. ¿Ya sois tan honrado? Bien.  
 CARDENIO. Vamos.  
 JULIA. ¿Que en esto dais?  
 ¿Quiéreos mucho?  
 CARDENIO. ¿Querréis hoy porque ya me estime?  
 JULIA. Estoy...  
 CARDENIO. Ninguna cosa digáis que en su alabanza no sea, porque es un ángel ¡por Dios!  
 JULIA. ¿Quién?  
 CARDENIO. Celia.  
 JULIA. Y un necio vos.  
 y ella más cuando ella os crea.—  
 ¿Qué haré, afligida de mí?  
 ¿Con quién me consolaré?  
 A vella fué; ya se fué.  
 Su retrato traigo aquí.  
 Salí, villano cruel,  
 imagen de aquel mudable: (1)  
 pero no es justo que hable más sin que me vengue de él.  
 Estuche traigo y cuchillo;  
 ya no hay respeto que guarde.  
 ¿Cómo me miráis, cobarde,  
 y no os ponéis amarillo?  
 Sacaros quiero los ojos,  
 que quisiera el corazón,  
 que yo sé que aquéso son los que me han causado enojos.  
 Y en esta hechicera boca  
 lengua quisiera que hubiera,  
 por que castigo tuviera  
 de tratar verdad tan poca.—  
 ¿Quién es el que viene aquí?

(Entra VALERIO.)

VALERIO. ¿Qué te escondes? ¿Qué te alteras?

(1) En todos los textos, "ingrato", que no rima con "hable".

JULIA. No hay cosa en que tú pudieras ser ofendido de mí.  
 VALERIO. Muestra la manga.  
 JULIA. Está quedo.  
 VALERIO. ¿No ves que la resistencia al amor da más licencia y al respeto quita el miedo?  
 JULIA. No lo has de ver, por tu vida.  
 VALERIO. Por la tuya lo he de ver, porque el querello esconder ya fué culpa conocida.  
 JULIA. De ti lo guardo en razón de que no es bien que de mí presumas que te ofendí.  
 VALERIO. Frívolas disculpas son.  
 Yo lo he de ver, si me cuesta darte para siempre enojos.  
 JULIA. Por vida de aqueos ojos, que me has de ver descompuesta.  
 VALERIO. Ea, que es impertinencia.  
 ¿Es papel?  
 JULIA. No es papel, digo.  
 ¿Tú descompuesto conmigo?  
 VALERIO. Ya hallé lo que era; paciencia.  
 ¡Oh, qué buen retrato! ¡Bueno! Este de Cardenio es.  
 Que a solas con él estés yo, Julia, no lo condeno; que como el original es ya tan malo de haber, éste que puedes tener podrá remediar tu mal.  
 ¿Qué oraciones le decías a esta imagen de tu fe?  
 ¿Qué le dijiste?  
 JULIA. No sé.  
 VALERIO. ¿Qué milagros le pedías?  
 ¿Hablabas con el cabello, o con los ojos o boca?  
 JULIA. Sí, que estoy por él muy loca.  
 VALERIO. Sí, que debe merecello.  
 Basta, aquesto se acabó.  
 A quien tiene tan mal trato, de haber dicho me retrato que su trato me agradó.  
 Vuesa merced lo posea y lo goce muchos años.  
 JULIA. Si han de faltar desengaños, el romper lo menor sea.  
 VALERIO. Eso no, guardadlo.  
 JULIA. Harélo,  
 pues que vos me lo mandáis.

VALERIO. Quedad con Dios.

JULIA. Con El vais.

VALERIO. ¡Ay, ingrata!

JULIA. ¡Ay, cruel!

VALERIO. ¡Ay, cielo!

Vuelve acá.

JULIA. Que no hay volver  
después que me has hecho injuria.

VALERIO. ¡Qué bien pintan a la furia  
con imagen de mujer!

(Vase. Entra VIRENO y CARDENIO.)

VIRENO. Después que la posesión  
de Celia el Cielo os ha dado,  
ya me parece acertado  
hablaros por petición.  
¿Dónde os habemos de hablar,  
Cardenio, vuestros amigos?

CARDENIO. Adonde mis enemigos  
tengan mejor que invidiar.

VIRENO. No os he visto en todo un mes.

CARDENIO. Todo lo he pasado en calma.

VIRENO. Basta, que os vais por el alma  
como alguno por los pies.  
Mucho os debe a quien amáis,  
porque estando como digo,  
no os acordáis de un amigo,  
ni aun de vos os acordáis.  
¡Pesia tal! Dejaos tratar  
sobre un poco de ese cielo  
para los que sobre el suelo  
os andamos a buscar.  
Si no se ha de hablar con vos  
sino cuando Celia quiera,  
pondremos una escalera  
a su ventana, ¡por Dios!,  
y hablaremos por allí  
lo que no en plaza ni calle.

CARDENIO. Ningún tiempo puedo hurtalle.

VIRENO. Pues háyle, pesia mí.  
El diablo fué la mudanza.  
Agora sí que estáis loco.

CARDENIO. Poco lo estoy.

VIRENO. ¿Cómo poco?

CARDENIO. Para tan alta esperanza.  
Amo, y soy correspondido,  
a un ángel.

VIRENO. No digo yo  
que no améis; mas tanto, no,  
que perdéis alma y sentido.

CARDENIO. Quien alma y sentido tiene  
no diga que sabe amar,

que quien le queda que dar  
otro nombre le conviene.

VIRENO. Buena está la calabaza.  
¿Hay celos?

CARDENIO. Eso es mejor,  
pues para comer amor  
suelen servir de mostaza.

VIRENO. Suélese el amor doblar  
cuando es la sospecha falsa;  
pero doy al diablo salsa  
que hace a los ojos llorar.—  
¿Qué hay de Julia?

CARDENIO. ¿Quién decís?

VIRENO. ¿En eso estamos agora?

CARDENIO. ¡Ah, sí! ¿No es una señora  
de los libros de Amadis?

VIRENO. Sí; de la segunda parte.  
¡Brava mudanza!

CARDENIO. ¡Terrible!

VIRENO. No hay cosa humana imposible.

CARDENIO. De ella quiero muestras darte.  
Hoy me ha enviado a llamar.

VIRENO. ¿Estuvistes tierno?

CARDENIO. Sí.

VIRENO. ¿Cómo?

CARDENIO. Palabra le di  
de eternamente la hablar.

VIRENO. ¡Oh, lo que un desprecio puede!

CARDENIO. Es Celia para dar celos  
el mismo sol de los cielos;  
su luz y hermosura excede.  
Mas ¡ay de mí! que ya siento,  
Vireno, aquesta partida.  
Acábaseme la vida  
a manos de un pensamiento.

VIRENO. Oigo decir que te vas,  
y hasta agora no lo creo.

CARDENIO. Pluguiera a Dios.

VIRENO. Y el deseo,  
¿no podrá volverse atrás?

CARDENIO. Es forzoso graduarme  
y dar a un viejo contento.

VIRENO. ¿Sientes esta ausencia?

CARDENIO. Siento

que quiere el alma dejarme.  
Aunque consuelo me da,  
fuera de que es de importancia,  
ser tan poca la distancia  
desde Toledo a Alcalá.  
También para conocer  
de Celia el amor ausente,

que es piedratoque excelente  
del oro de la mujer.

VIRENO. Esa prueba te condena,  
y de mujer no me agrada;  
que, en fin, en siendo probada  
no tiene nombre de buena.  
Pero si forzoso es,  
paciencia y partir.

CARDENIO. ¿Paciencia?  
Si es muerto un hombre en ausencia,  
¿hala menester después?

VIRENO. Déjame, y a punto ponte,  
que tendrás tarde y mañana  
un Rugero a la ventana  
y a la puerta un Rodamonte.—  
¿Cuándo te irás?

CARDENIO. Esta tarde.  
Mientras a vestirme voy  
dile en el paso en que estoy  
y que a la puerta me aguarde.

VIRENO. Si es paso de devoción  
y hemos todos de llorar,  
déjame ir a pasear,  
que soy maldito llorón.

CARDENIO. Ve y dile lo que te digo,  
que por Argos has de estar.

VIRENO. Puedes de mí confiar,  
que soy verdadero amigo.

(*Vanse, y entra MARCIO y CELIA.*)

CELIA. En ti el retrato enviaste.

MARCIO. El que más te parecía.

CELIA. ¿Tan dura soy?

MARCIO. Y tan fría.

CELIA. ¿Y el otro?

MARCIO. Tú lo borraste;  
que cuando me aborreciste  
tú borraste tu retrato,  
pues en las obras y trato  
otra mujer pareciste.

CELIA. ¿En qué te agravia mi ofensa?

MARCIO. Es mi voluntad captiva;  
regala una siempreviva  
hombre que agradaros piensa.  
Cuando amáis, que confesáis  
de disparates que hacéis;  
el día que aborrecéis,  
cuanto habéis hecho negáis.

(*Entra VIRENO.*)

VIRENO. (¿Cómo podré echar de aquí  
este enfadoso? ¿Qué enredo  
fabricaré?)

CELIA.

Yo no puedo  
pensar que te quite a ti,  
porque el negar es forzado  
y el negallo es caso justo;  
aunque sea contra el gusto  
no creas que ha pasado.

VIRENO. (Ya he fabricado un engaño.  
Quiero llegar.) Celia hermosa.

CELIA. ¡Oh, Vireno! Estoy quejosa.

VIRENO. ¿De qué?

CELIA. De que estás extraño.

VIRENO. Beso a vuesa merced las manos (1)

MARCIO. Yo a vuesa merced las tuyas.

VIRENO. ¿De qué son las quejas tuyas?

CELIA. De tus cumplimientos vanos.

¿Cómo a verme no has venido?

VIRENO. No he podido, mi señora,  
y aun no he hecho poco agora,  
porque he andado en cierto ruido.

CELIA. ¿De quién?

VIRENO. Ciertos caballeros  
han tenido una cuestión,  
y ha llegado la pasión  
a desnudar los aceros  
porque el uno dijo mal  
de un Marcio, a quien afrentaba.

MARCIO. ¿Marcio?

VIRENO. Sí, tal se llamaba,  
y aun le llamó tal por cual.  
Pero otro le defendió;  
y a fe que es espada honrada,  
porque respondió la espada  
a lo que la lengua habló.

MARCIO. Señor hidalgo, yo soy  
ese Marcio.

VIRENO. Si supiera  
que vuesa merced lo era,  
callara.

MARCIO. ¿Que aquí me estoy?—  
Dadme licencia.—¡Oh, villanos!

CELIA. No os vais así.

MARCIO. ¿Cómo no?

VIRENO. Si allá soy menester yo...

MARCIO. No, señor. Bésoos las manos.

VIRENO. ¡Bueno va el necio, por Dios!  
Todo el cuento es fabuloso  
por echar este enfadoso  
para que hablemos los dos.

(1) Sobra una sílaba. En el texto está en abreviatura el tratamiento "v. m." en este verso y en el que sigue.



CELIA. Mucho donaire has tenido.  
El parte desesperado.

VIRENO. Más lo queda otro cuitado  
que se ha de ver hoy partido.

CELIA. ¿Cómo queda el alma mía?

VIRENO. Calzándose las espuelas  
y con el dolor de muelas  
de su ausencia.

CELIA. ¡Llegó el día!  
¡Ay, Vireno! ¿Qué he de hacer?

VIRENO. Resolverte a sufrir esto,  
que bien se consuela presto  
el corazón de mujer.

CELIA. ¿Podré vivir sin mi bien?

VIRENO. ¿Y cuál mujer se murió?

CELIA. Yo me moriré.

VIRENO. ¿Quién?

CELIA. Yo.

VIRENO. Vivas mil años, amén;  
mejor lo harás que lo dices,  
que, al fin, tienes discreción.

CELIA. Yo te pondré en ocasión  
que mi muerte solenices.

VIRENO. Grandes son tus pensamientos,  
mas ya no hay Porcias romanas,  
que se han vuelto porcelanas  
y se quiebran por momentos.  
Sufre esta justa partida,  
pues volverá mejorado  
de otro grado.

CELIA. No me agrado,  
porque me lleva la vida.

VIRENO. ¿Vesle aquí ya de camino?

CELIA. ¿De qué te afliges y llevas  
correo de malas nuevas?

(Entra CARDENIO, de camino, y dice:)

CARDENIO. Ya vengo, cielo divino,  
a partir de vuestro cielo.

CELIA. ¿Que así te vas? (Desmáyase.)

CARDENIO. ¡Muerta es!

VIRENO. ¿Desmayóse?

CARDENIO. ¿No lo ves  
que dió consigo en el suelo?  
¡Que tales burlas (1) no traigan  
a quien las mira consuelo!  
Sirva de nácar el suelo (2)  
en que se tengan y caigan.

VIRENO. Dinos ya borracherías.

CARDENIO. Dime qué tengo de hacer  
viendo su cielo (1) llover  
sangre de las venas mías.  
Celia, mi muerte procura.  
¡Ah, mi señora! ¡Ah, mi bien!

VIRENO. Desmáyate tú también  
y quedaremos a oscuras.—  
¿Lloras?

CARDENIO. Pues ¿no he de llorar?

VIRENO. ¡Oh, qué gentil disparate!  
Trae agua.

CARDENIO. Ya no hay que mate.  
Lágrimas le puedes dar.  
Di, ¿con qué despertará?  
Mas muerta debe de ser. (2)

VIRENO. Metámosla un alfiler  
por el brazo y volverá.

CARDENIO. ¡Qué gentil sortija de uña!

VIRENO. Pues no te dé eso molestia,  
que hartos tienes de gran bestia.  
Mátame, la espada empuña.  
¿Qué dijera Julia de esto?

CELIA. ¿Quién nombraba a Julia aquí?

VIRENO. ¡Con qué Jesús volvió en sí!

CARDENIO. ¡Oh, Celia, bueno me has puesto!

CELIA. Yo he padecido mi parte.  
Al fin, ¿que te has de partir?

CARDENIO. Pártase el cuerpo a morir,  
que el alma nunca se parte.  
¿Haste de acordar de mí?

CELIA. ¿Puedo yo de ti olvidarme?

CARDENIO. ¿Quieres un abrazo darme?—  
¿De qué te ríes?

VIRENO. De ti.

CARDENIO. ¿De mí?

VIRENO. Sí, y de Celia a ratos.

CARDENIO. ¿No me abrazas?

CELIA. ¡Ay, mi cielo!

CARDENIO. ¡Ay, mi luz!

CELIA. ¡Ay, mi consuelo!

CARDENIO. ¡Ay, mi bien!

VIRENO. (¡Ay, mentecatos!  
Yo era bueno para esto.)

CELIA. ¿Escribirásme?

CARDENIO. Pues ¿no?

CELIA. ¿Cuándo volverás?

(1) En las siguientes impresiones enmendaron "perlas".

(2) En la primera edición, "cuello", que no rima con "consuelo"; pero todo el pasaje es obscuro.

(1) En la primera impresión, "cuello", en lugar de "cielo". La corrección es de las ediciones sucesivas.

(2) En la primera impresión, "estar". Se enmendó en las posteriores.

CARDENIO. Muy presto, (1)

aunque no lo podrá ser  
puesto que lo fuese hoy.

CELIA. Estas memorias te doy  
por si las has menester.

CARDENIO. Para acordarme de ti  
no he de menester memorias;  
por ser prendas de tus glorias (2)  
las estimo y llevo en mí;  
que a quien de ti no la pierde  
éstas no sirven de nada.

VIRENO. (En mi vida hice jornada  
que de mi dama me acuerde.  
Solamente considero,  
para partir con más gozo,  
buen tiempo, buen macho y mozo,  
buena alforja y buen dinero;  
buenas sábanas dobladas,  
buena bota, y de buen vino.  
buena cecina y tocino  
y tres o cuatro empanadas.)  
Ea, ¿estás ya despedido?

CARDENIO. ¿Que me he de partir de ti?

VIRENO. Ea, no llores así,  
medio hombre.

CARDENIO. Aún no estoy partido.  
Pues ¿es afrenta el llorar?  
¿Es de piedra el corazón?  
¿No da cuartana al león  
y el mal le obliga a bramar?

VIRENO. Pues brama y no llores.

CARDENIO. Vamos.

CELIA. Vireno, ¿vendrásme a ver?

VIRENO. Señora, sí; esto ha de ser  
para mañana.—Partamos.

(*Panse, y sale FABRICIO y TEODOSIO, soldados bizarros.*)

FABRICIO.

¿Mucho os parece que he tardado?

TEODOSIO.

Mucho,

que el Capitán, Fabricio, cada día  
vuestra presencia y trato echaba menos.  
y entre vuestros amigos ¡oh! que paso (3)  
gran soledad sin (4) vuestra compañía.

(1) Falta un verso a esta redondilla.

(2) En la primera edición, "tu gloria". Se corrigió en las sucesivas.

(3) Quizá "pasan".

(4) En la primera edición, "con", en lugar de "sin". Corregido luego.

FABRICIO.

El amor de la patria es dulce cosa;  
mas siéndola la mía el (1) gran Toledo.  
ciudad insigne y en lo mejor de España. (2)  
Tuviéronme (3) parientes y ocasiones  
a quien respeto justamente debo,  
no perdiendo a las vuestras la memoria;  
y para que entendáis que la he tenido,  
Francisco Ruiz en vuestro nombre ha hecho  
una espada de solo un corte y filo  
que ceñírsela puede cualquier príncipe.

TEODOSIO.

Es famoso maestro, y ese temple  
será tenido en mucho en nuestros tiempos.  
Bésoos las manos por merced tan grande,  
que ya tiene dos cosas esta espada  
por las cuales merece grande estima:  
el temple de Ruiz y el valor vuestro.

FABRICIO.

El que tendrá de vos será el tercero,  
y el que el puesto se aventaja a todos.

TEODOSIO.

Dejando ese propósito, decidme:  
¿trujisteis de Toledo alguna pena,  
que os veo suspirar de rato en rato,  
mirar al cielo, suspender los ojos?  
Comunicad conmigo el daño;  
pues crece el bien, también el dolor mengua  
comunicado. No os agrada cosa  
ni hablar os veo en cosa de algún gusto.  
¿Hay novedad?

FABRICIO.

Del alma aquesto nace,  
que me tiene en Toledo por momentos.  
puesto que el cuerpo en Alcalá se aloja. (4)

TEODOSIO.

No me engañaba yo de esa manera,  
pues que tardáis en referir la historia,  
y más si se conforma a vuestro talle  
y a vuestros años y gallardo brío,  
porque será de amor.

(1) Más adelante dice "la gran Toledo". Quizá sea aquí errata decir "el gran Toledo", y más cuando añade "ciudad", etc.

(2) Sobra una sílaba: quizá la conjunción "y".

(3) En la primera, "Detuviéronme"; pero el verso es largo. Corregido en las sucesivas.

(4) En los textos, "aleja"; pero es errata.

FABRICIO.

De amor ha sido;  
porque como el amor divierte el alma  
y suspende las fuerzas el espíritu,  
y mueve los sentidos y los ata,  
conocido lo habéis en estos míos,  
en quien amor ha obrado sus efectos.

TEODOSIO.

Merezca la verdad de este suceso  
saberla yo, si puede [a] aqueste pecho  
fiársele secretos de un amigo.

FABRICIO.

Muy bien fiaré yo el alma de ese pecho,  
y así, sabréis el mal que me lastima  
de la manera que pintarle puedo.  
Yo os prometo que es extraño cuento.  
Vos lo veréis.

TEODOSIO.

Decid.

FABRICIO.

Estad atento.

Salí de la gran Toledo  
con un Capitán de fama  
antes que al rostro saliese  
bozo ni señal de barba.  
Pasé a Nápoles y a Roma  
con las galeras de Malta;  
vi a Sicilia y a Venecia,  
Génova, Florencia y Mantua;  
vi a Flandes, a Gante, a Londres  
y gran parte de Alemania,  
y, dando a Calés la vuelta,  
anduve parte de Francia.  
Pasados eran diez años  
cuando di la vuelta a España,  
viendo sus campos alegres  
desde la antigua Vizcaya.  
Entré en mi tierra, Toledo,  
lleno de plumas y galas,  
que de las Indias de Marte  
suelen ser trato y ganancia.  
Un domingo de cuaresma,  
que van a Santa Susana  
por devoción de aquel día  
los caballeros y damas,  
bajé a ver la hermosa vega  
cubierta de gentes varias,  
y a ver los rostros que tienen  
en todo el mundo alabanza.  
Estaba el día sereno,

el sol con luz pura y clara,  
bebiendo en el claro río  
y haciendo sus aguas plata.  
Veíanse los altos montes  
y, entre sus peñas y casas,  
ya los floridos almendros  
parecían blanca escarcha.  
Con este gusto en el pecho  
enternecíme sin causa,  
y vi a mi lado unos ojos  
que al descuido me miraban.  
Sentí moverse a su norte  
las tres potencias del alma,  
y seguía hasta la ermiña  
con mil razones trabadas.  
Sacó la mano del guante  
y en la pila, por tomarla,  
tomé de sus manos fuego  
y ella de las mías agua.  
Rezaron, que yo, suspenso,  
no supe lo que rezaba,  
porque rezaba en la cuenta  
con que amor las almas saca.  
Salieron, y yo con ellas,  
donde, por vellas y hablallas,  
fingí que era un caballero  
mayorazgo en Salamanca.  
Creyóme y aficionóse,  
respondiendo a algunas cartas,  
por no saber escribir,  
por la mano de otra dama.  
Llegó el amor a tal punto,  
que entré de noche en su casa,  
donde todos mis deseos  
gozaron sus esperanzas  
Pasados algunos días,  
cuando más seguro estaba,  
la desengañó un amigo  
que era soldado de Italia.  
Lloró, afligióse, y pidiendo  
consejo contra mis armas,  
porque la dama le dijo  
que me matase a estocadas.  
La cama, que es como el potro,  
que ninguna cosa calla,  
me descubrió de mi muerte  
el pensamiento y la traza.  
Quise vengarme de Celia,  
que así esta dama se llama,  
de cuya letra a la mía  
a mí me escribió mil cartas.  
Mas no hay venganza en mujer,

porque es no tomar venganza.  
Dejé a Toledo, en efeto.  
y de amor las tiernas ansias;  
dejé por mi alojamiento  
banderas, armas y cajas.

TEODOSIO.

Suceso raro y extremada industria,  
porque la industria ha sido en todo tiempo  
estimada por hija del engaño  
y acreditada de un famoso Dario,  
de un griego Ulises, de un romano César.  
Dejad agora ese cuidado y pena  
y entretened el pensamiento vario,  
que aquí tenemos buen alojamiento,  
famoso juego y extremadas mozas.

FABRICIO.

Yo, Teodosio, gozo (1) mis deseos  
el fruto que os he dicho y del perderse  
estoy por imposible confiado.  
Sólo desea de esa injusta amiga  
justa venganza, aunque es mujer hermosa.

TEODOSIO.

¿Que os pretendió matar?

FABRICIO.

[Y] de tal suerte,  
que es milagro escaparse (2) con la vida.

TEODOSIO.

Es la mujer en la venganza fuerte,  
y más solicitada y inducida.

(Entra CARDENIO, LEONARDO y PORCELIO, en hábito  
de estudiantes.)

PORCELIO. Por cosa nueva se tuvo (3)  
vuestro nuevo casamiento.  
¿Es verdad?

CARDENIO. Principios hubo;  
mas siempre mi pensamiento  
lejos de su efecto estuvo,  
aunque es Julia muy hermosa,  
honrada y hidalga.

PORCELIO. Es cosa  
que acá tuvimos créida.

CARDENIO. ¡Gran soldadesca!

LEONARDO. Lucida.

CARDENIO. ¿Qué hace aquí?

PORCELIO. Jugar ociosa.

CARDENIO. ¿No sabéis como he andado  
con un pensamiento nuevo  
casi en traje de soldado?  
Que si éste a tomar me atrevo  
es para tomar el grado.

TEODOSIO. ¿Cómo?

CARDENIO. Trato de casarme.

LEONARDO. Eso sí que algo habrá sido.  
El parabién podéis darme.

FABRICIO. (De aqueste recién venido  
quiero, Teodosio, informarme,  
que yo sé que es de Toledo;  
sí, porque soy de la tierra.)  
Caballero, ¿hablaros puedo?  
Aunque entre el estudio y guerra  
la diferencia concedo,  
debéis hacerme amistad.

CARDENIO. Por vos sólo merecistes  
obligar mi voluntad.

FABRICIO. ¿Cuándo en buen hora venistes  
de aquella insigne ciudad?

CARDENIO. En este punto llegué.  
¿Qué nuevas queréis?

FABRICIO. No sé  
si conocéis una dama.

CARDENIO. Decidme cómo se llama,  
que por ventura sabré.

FABRICIO. Tebandra es su nombre.

CARDENIO. Creo

que daré satisfacción,  
señor, a vuestro deseo,  
por ciertos ojos que son  
las luces en que me veo;  
porque tiene cierta amiga  
que a su memoria me obliga.

FABRICIO. ¿Es Celia, una hermosa dama?

CARDENIO. Así mi esposa se llama.

FABRICIO. (Y se llama mi enemiga.)  
¡Cómo! ¿Vuestra esposa es?

CARDENIO. Está a lo menos tratado  
y tendrá efecto después  
que vuelva yo graduado,  
que es de mi padre interés.  
FABRICIO. (Cielo, ocasión se ha ofrecido  
para vengarme también  
de Celia, que me ha ofendido.)  
Quiéroos dar el parabién.

CARDENIO. Gran bien merecerla ha sido.

FABRICIO. ¿Trátase allá de un soldado  
en casa de Tebandra?

(1) Así en los textos; pero el verso es corto  
Quizá deba leerse "gozaron".

(2) Quizá mejor "escapase".

(3) En los textos, "le tuve", que no rima.



CARDENIO. No. (1)  
 FABRICIO. ¿Habéisme visto o hablado?  
 CARDENIO. Creo que os he hablado yo  
 como al hábito inclinado.  
 FABRICIO. No quiero saber de vos  
 otra cosa. Adiós.  
 CARDENIO. Adiós.  
 FABRICIO. ¿Ah, caballero?  
 LEONARDO. ¿Es a mí?  
 FABRICIO. Sí, a vos.  
 LEONARDO. ¿Qué queréis?  
 FABRICIO. Aquí  
 aparte podemos hablar los dos.  
 ¿Quién es ese vuestro amigo?  
 LEONARDO. Un hidalgo.  
 FABRICIO. Buen testigo  
 de su nobleza y su trato,  
 parece que soy ingrato  
 a quien soy si no lo digo.  
 ¿Casarse intentó?  
 LEONARDO. Es así.  
 FABRICIO. Pues que sois su amigo vos,  
 estorbádselo.  
 LEONARDO. ¿Yo?  
 FABRICIO. Sí,  
 porque le está mal ¡por Dios!,  
 y esto fiadlo de mí.  
 y no queráis más saber.  
 LEONARDO. Aqueso deseo entender.  
 FABRICIO. ¿Más queréis que os diga de ella  
 de que un hijo tengo en ella?  
 LEONARDO. ¡Buen dote! ¡Gentil mujer!  
 ¿Sustentaréislo eso así?  
 FABRICIO. Esas lo dirán por mí;  
 cartas de su letra son.  
 Adiós.  
 LEONARDO. Notable ocasión.  
 FABRICIO. (Vengúeme. Vamos de aquí.)

(Vanse FABRICIO y TEODOSIO.)

CARDENIO. ¿Qué te dijo?  
 LEONARDO. No fué nada.  
 CARDENIO. Ea, ¿qué te preguntó?  
 LEONARDO. Quiso saber mi posada.  
 CARDENIO. ¿Y esas cartas que te dió?  
 LEONARDO. ¡Ay de quien no ciñe espada!  
 CARDENIO. Muestra a ver.  
 LEONARDO. A quien me honra  
 he de callar su deshonra.

(1) Verso largo. Quizás escribiría Lope:  
 "en cas de Tebandra?"

CARDENIO. Muestra, que a fe que son hartas.  
 LEONARDO. Toma, baraja esas cartas  
 y echa una para tu honra.  
 CARDENIO. Con ellas la he de perder.  
 De Celia es aquesta letra.  
 LEONARDO. Cualquiera puedes leer.  
 CARDENIO. Ya mi sentido penetra  
 el daño que puede haber.  
 LEONARDO. Por Celia, aunque el desengaño  
 suele hacer notable daño,  
 el desengaño es mejor,  
 y peligroso el engaño  
 en las cosas del honor.  
 PORCELIO. Angel el soldado ha sido,  
 que de Cardenio la honra  
 en las cartas ha traído.  
 LEONARDO. Ya le toca su deshonra  
 el alma por el oído.  
 PORCELIO. Mudado se ha de color;  
 extraños efectos hace.  
 LEONARDO. Son muy propios del amor,  
 y más si el efecto nace  
 del agravio del honor.  
 PORCELIO. Un confirmado recelo  
 cubre el corazón de un pelo.  
 LEONARDO. Aquí está bien confirmado.  
 CARDENIO. ¿Qué se ha hecho aquel soldado?  
 LEONARDO. Ha un hora que es ido.  
 CARDENIO. ¡Ay, Cielo!  
 ¡Muerto soy, Leopardo amigo!—  
 ¡Oh, Porcelio, muerto soy!—  
 ¿Dónde está aquel enemigo  
 que de la muerte en que estoy  
 traje el veneno consigo?  
 ¿Qué se hizo aquel verdugo  
 que al airado Cielo plugo  
 que la vida me quitase  
 y que de mi cuello alzase  
 de Celia el sabroso yugo?  
 ¡Oh, soldado, que trujiste  
 a fuego y sangre la guerra,  
 que dentro en mi alma asiste, (1)  
 soldado, a mi noche triste!  
 ¡Fiero soldado, sangriento,  
 saqueador de mi contento,  
 alojado a mi pesar,  
 soldado para quebrar  
 las alas del pensamiento!  
 Plegue a Dios que mala espada  
 te atraviase hasta la cruz,

(1) Falta un verso después de éste.

o que a la primer jornada  
dos balas de un arcabuz  
te dejen la sangre helada.  
Vuélete en alto un barril  
o llévete un esmeril  
la cabeza de los hombros,  
o solos estos asombros  
como a mujer flaca y vil.  
En salva o meter de guarda  
te pasen el corazón  
con plomo o con alabarda;  
dente, infame, un bofetón  
dentro en el cuerpo de guarda.  
Vivas siempre desmentido,  
siempre inhábil y abatido  
para oficio militar,  
no echas suerte sin azar  
ni jamás seas creído.  
Si pretendieres en corte  
no se crean tus papeles  
ni te den cosa que importe.

PORCELIO. (Ya es razón que le consueles.

LEONARDO. ¿Quién habrá que le reporte?)  
Ah, Cardenio?

CARDENIO. ¿En qué me tardo?

LEONARDO. Oye.

CARDENIO. Déjame, Leonardo.  
¡Oh, vida enojosa y fuerte!  
¿por qué si es dulce la muerte  
de su rostro me acobardo?  
¡Oh! hábito afeminado,  
¿quién ha de querer vestillo?  
De que no lo (1) haya rasgado  
me afrento y me maravillo. (2)

(Desnúdase.)

LEONARDO. ¿Desnúdaste?

CARDENIO. Déjame, (3)  
que así me desnudaré  
los agravios del honor.  
Agravios, Leonardo, así  
que al vestido han ofendido  
sin tocar en lo secreto;  
que pues que no tuvo efecto  
no pasaron del vestido.  
Idos, dejadme quejar.

LEONARDO. Y ¿qué dirá quien te viere  
si alguno acierta a pasar?

(1) Falta el "lo" en la primera: consta en las sucesivas.

(2) Falta un verso a esta quintilla.

(3) También faltan dos versos a estas dos quintillas que siguen.

CARDENIO. Dirán: "Aquel hombre muere  
de algún celoso pesar."  
Estas cartas guardaré,  
pues con ellas he perdido,  
y otras mías que estimé  
por baraja que ha servido,  
agora las romperé.

LEONARDO. No las rompas, que es locura.

CARDENIO. Es una falsa escritura  
con un signo contrahecho.  
Rómpanse y rómpase el pecho,  
que fué su estampa segura.  
Estas cintas y cabellos  
se rompan, pues me enlazaron  
de Celia los ojos bellos;  
que si un tiempo el alma ataron,  
ya el alma se libra de ellos.

PORCELIO. (Temo que se ha de volver  
loco Cardenio.

LEONARDO. No hará.

PORCELIO. ¿Por qué?

LEONARDO. Porque ya lo está.

PORCELIO. ¿Qué priesa se da a coger!)

CARDENIO.

Papeles rotos de las propias manos  
que os estimaron por reliquia santa,  
bien muestra agora el viento que os levanta  
que cuando más pesados sois livianos.

Si de mi libertad fuisteis tiranos  
por esta fiera que escribiendo encanta, (1)  
ya no tendrán conmigo fuerza tanta  
palabras locas y conceptos vanos.

Sosieguense celosos alborotos  
sin tener en [tan] poco mi osadía,  
torpes las manos y los dientes botos.

Venid así; mas ¡ay! mortal porfía,  
que pues os vuelvo a mis entrañas rotos,  
hijos debéis de ser del alma mía.

LEONARDO. Has hecho buena locura.

CARDENIO. ¿No tenía yo retrato  
de Celia enojosa y dura?  
Sí, tengo. ¡Oh, retrato ingrato  
de aquella rara hermosura!

LEONARDO. (Bueno va; piedra ha sacado  
y retrato le ha llamado.)

CARDENIO. Bien aquel que te envió  
al vivo te retrató,  
piedra dura, pecho helado.

(1) En la primera, este verso dice

"por la fiera que escribiendo en casa,".

Corregido luego.

Piedra que aquella crueldad  
me ha traído por indicio,  
que echó tiro a mi verdad;  
ya no piedra de edificio,  
mas piedra de tempestad.  
Mirad si he sido engañado  
y si Celia se ha burlado  
de mi amor puro (1) y sencillo,  
pues es piedra del anillo  
del matrimonio trazado.  
¡Oh, piedra del muro, piedra  
donde pensaba arrimar  
aquesta amorosa yedra,  
¿quién te podrá sustentar?  
¡Oh, piedra que al alma empiedra!  
Ya soy alma que atormenta,  
piedra, tu piedra y rigor,  
y aunque eres pequeña en cuenta,  
yo sé bien que no es mayor  
la que Sísifo sustenta. (2)

LEONARDO. ¡Oh, maldito sea el soldado  
y quien os le trajo aquí!  
¿Qué haremos?

PORCELIO. Estoy turbado.)

CARDENIO. ¿No hay quien se duela de mí?  
Moriré desesperado.  
Presto a Celia escribir quiero  
de la manera que muero.

LEONARDO. Eso, sí; vístete y vamos,  
que muertos de verte estamos.

CARDENIO. ¡Venganza del Cielo espero!  
¡Oh, Julia, tus maldiciones  
se han cumplido!—¿Qué me pones?

PORCELIO. Acábate de vestir.

CARDENIO. ¡Que el Cielo viniese a oír  
tan injustas peticiones!

LEONARDO. ¿Qué dicen esos papeles?

CARDENIO. Mil requiebros, mil ternezas  
que una boca de claveles  
mandó a unas manos crueles  
poner en letras perfetas. (3)

(1) En los textos, "preso", por errata.

(2) En la primera dice:

"la que Siphó sustenia,"

Corregido luego.

(3) En la primera, esta quintilla estaba así:

"LEONARDO. ¿Qué dicen esos papeles?

CARDENIO. Mil requiebros, mil ternuras  
que una boca de claveles  
mandó a unas manos perfetas  
poner en letras crueles."

Tampoco la segunda forma es aceptable, pues no  
consueñan "ternezas" y "perfectas".

Confiesa ser suya y dice  
esto que su honor desdice;  
llámale su amigo y gusto,  
y a quien le causa disgusto  
añige, enoja y maldice.

LEONARDO. Con este enojo cruel  
para el grado no me agradas  
si así estudias para él.

CARDENIO. Que no hay grados, sino gradas  
para servir al cruel.  
Id delante, que ya voy,  
que de ir la palabra os doy.

LEONARDO. ¿Hay desdicha semejante? (1)

(*Vanse los dos.*)

CARDENIO. ¡Válgame Dios, aquí estoy!

Celos bastardos, mal nacidos celos,  
obscura cifra y letra en lengua propia,  
que debajo de Scitia y de Etiopia  
estáis en dos iguales paralelos.

Matadores en forma de consuelos,  
de la invidia cruel natural copia,  
del disfrazado amor máscara impropia,  
ladrones de la capa de los cielos.

Puesto que ha sido vuestra la victoria  
de este dolor que el alma me penetra,  
tú, Amor, lo sabes, que mi mal (2) escuchas.

Ya no entiendo si soy pena ni gloria,  
que os falta para cielos una letra  
y para ser infierno os sobran muchas.



### JORNADA TERCERA (3)

(*Entran CELIA, VIRENO y TEBANDRA.*)

CELIA. Suelta la carta.

VIRENO. ¿Qué importa  
si la has leído?

CELIA. Es mi gusto.

VIRENO. Es un gusto muy injusto;  
pero el enojo reporta.  
Vesla aquí.

CELIA. ¿Que haya en el mundo  
hombre que diga de mí

(1) Falta un verso después de éste para la  
quintilla.

(2) Así en la primera. Las posteriores dicen  
"alma", por errata.

(3) En la primera dice este encabezado: "Co-  
mienza la tercera jornada".

que le amo y le escribí?

Tebandra, engaño segundo.

TEBANDRA. Ya le he dicho yo a Vireno  
que las cartas mías son,  
aunque es tu letra.

CELIA. ¿Hay traición

ni pecho de tantas lleno?  
Vireno, viendo engañada  
a Tebandra de aquel hombre,  
que fingió nobleza y nombre,  
hacerla quise vengada.  
Su muerte le aconsejé,  
y él, por vengar mi traición,  
ha hecho aquesta invención;  
pero yo la desharé.

VIRENO. Ya he sabido todo el cuento.  
Cardenio queda mortal,  
aunque tu inocencia igual  
y su celoso tormento. (1)

CELIA. Ya veo que está sin culpa  
de mi culpa escrita y dicha,  
porque es tanta mi desdicha  
que ella misma me disculpa.  
De los extremos que ha hecho  
estoy tan enternecida,  
que se me anega la vida  
en lágrimas de mi pecho.  
Todas aquellas locuras  
de sus celosos cuidados  
me los dan a mí doblados  
y doblan mis desventuras.  
¡Ah, traidor soldado! Ayer  
diste muerte a mi esperanza,  
tomando en mujer venganza  
y con armas de mujer.  
Si matarte procuré  
por lo que a Tebandra toca,  
cuanto mi honor me provoca,  
¿qué castigo te dará?

TEBANDRA. No te aflijas, por tu vida,  
que el Cielo te ha de vengar.

CELIA. Mas me obligará a quitar  
lo que sufro aborrecida.  
Los tres hemos de ir allá  
a hacer este desengaño,  
pues el autor del engaño  
agora presente está.

VIRENO. Traza el camino y derrota

que a seguirte amor me inclina  
a la más remota China  
y a la tierra más ignota.  
Que Tebandra por tu gusto  
yo sé que lo mismo hará.

TEBANDRA. Satisfecha, Celia, está  
de que siento su disgusto.  
¡Muera aquel falso enemigo  
que tantos males me ha hecho!

CELIA. Presto verás a su pecho  
tu venganza y mi castigo.

VIRENO. ¿Cómo iremos?

CELIA. No te espantes  
de lo que voy a decir:  
que nos hemos de vestir  
todos los tres de estudiantes.  
Hijos habemos de ser  
de un caballero los dos,  
y tú el ayo.

VIRENO. ¡Bien, por Dios!  
Seré el señor bachiller.

CELIA. Maestro te llamaremos.

VIRENO. Tú lo eres de esta invención.  
Mas si se ofrece ocasión,  
¿qué ciencia profesaremos?

CELIA. ¿No sabes tú algún latín?

VIRENO. Como mi madre, y no más.

CELIA. Alguna cosa hablarás.

VIRENO. Hablaré como un rocín.  
Cuando muchacho llegué  
hasta las conjugaciones,  
y en conjugando ocasiones  
atascado me quedé.  
Otra vez pasé muy fino  
hasta el género volando;  
pero dejélo en llegando  
al género femenino.  
Buena barba tengo yo (1)  
para dómine.

CELIA. Extremada.

VIRENO. ¿Cuándo haremos la jornada?

CELIA. Luego, al punto.

VIRENO. Luego no,  
que he menester prevenir  
los anillos y herruerelos.

CELIA. Busca un coche y prevendrélos.

VIRENO. Por el coche quiero ir.

Ya sois dóminas las dos.

CELIA. Dómine, *venite* presto.

VIRENO. ¿Qué he de responder a esto?

(1) Sentido obscuro. Quizá deba leerse:

“aunque es tu inocencia igual  
a su celoso tormento”.

(1) Falta el “yo” en los textos.



CELIA. Que vendrás.

VIRENO. *Vincere*, adiós.

(*Vanse todos, y sale VALERIO, JULIA y OSTILIO.*)

VALERIO. Sospechoso me has dejado,  
Julia, con esta invención.

JULIA. El corazón te ha engañado.

VALERIO. Antes es el corazón  
profeta de mi cuidado.

JULIA. ¿Qué te dice?

VALERIO. Que tú has hecho,  
para descansar tu pecho,  
este enredo de tu mano,  
por lo que es tu gusto vano (1)  
más que tu bien y provecho.

JULIA. Gusto, ¿por qué?

VALERIO. Porque está  
este tu ingrato estudiante  
que adoras en Alcalá.

JULIA. De eso estaba yo ignorante.  
Celosa jornada es ya  
prometida en ocasión  
por un voto y devoción  
hecho al bendito San Diego.

VALERIO. Yo pensé que por el fuego  
del alma y del corazón  
hecho a la imagen dichosa  
de Cardenio.

JULIA. De esos celos  
seguro duerme y reposa.

VALERIO. Quien hizo voto a los Cielos,  
que le cumpla es justa cosa;  
pero en aquesta jornada  
dejarás asegurada  
mi sospecha, Julia mía,  
llevando mi compañía

JULIA. Si por mi madre no fuera,  
fuera en aquesta ocasión  
donde te hablara y te viera.

VALERIO. ¿Ha de faltar invención?

JULIA. ¿Qué invención?

VALERIO. De esta manera.  
Pues que no soy conocido  
de tu madre, aquesta noche,  
mudando lengua y vestido,  
traeré a tu puerta un coche,  
en cochero convertido.

(1) En la primera, este verso dice:

“por lo que a tu gusto cuadre”.

Se corrigió en las sucesivas.

Con esto juntos iremos  
y a Ostilio hospedaremos  
en casa de algún amigo  
y yo podré hablar contigo.  
¿Qué dices?

JULIA. ¿Si acertaremos?

VALERIO. Esto ¿en qué se puede errar?

JULIA. Pues, alto, la traza es buena.  
Parta Ostilio a procurar  
posada.

OSTILIO. No tengas pena  
que falte casa y lugar.  
Yo la tendré prevenida.

VALERIO. Y yo por el coche voy.

JULIA. Haz cuenta que estoy vestida.

VALERIO. Eres mi dueño.

JULIA. Yo soy  
tu esclava.

VALERIO. Tú eres mi vida.  
El ir contigo tan bien  
a mi ventura lo debo;  
nombre de Faetón me den,  
pues el carro del sol llevo,  
que tú eres el sol, mi bien.  
Antes me apruebo y mejoro  
tu atrevimiento bizarro  
en llevar el carro de oro,  
que no eres quien lleva el carro,  
sino el mismo sol que adoro.  
Parte y vuelve, que aquí espero.

VALERIO. Delante, como el lucero,  
iré al de Venus segundo,  
para dar nuevas al mundo  
que sale el sol verdadero.

(*Vase VALERIO.*)

JULIA. No son tus sospechas vanas,  
que por ver a tu enemigo  
en mis esperanzas vanas  
hace aqueste amor que sigo  
mil dificultades llanas.  
Celos me han hecho atrevida  
y de mi honor homicida  
mis presentes desventuras,  
que no da en menos locuras  
la mujer aborrecida.

(*Vase JULIA, y entra CARDENIO.*)

CARDENIO. Quien no supo qué es amor,  
o quien lo supo y no sabe  
de una ausencia el dolor grave,  
no juzgue de mi dolor.

Celos, mudanza y temor  
no me digan que consiente  
corazón que está presente,  
pues ve su mal y su bien;  
mas ¡desdichado de quien  
está celoso y ausente!

Son mis celos un pesar  
del gusto ajeno pasado;  
y quien esto no ha probado  
no diga que sabe amar.  
Que de aquel celoso estar  
que agora es competidor,  
es ordinario dolor;  
mas tener celos de aquel  
que ya no se acuerdan de él,  
esta es perfección de amor.

(Entra LEONARDO y PORCELIO.)

LEONARDO. (Estará filosofando  
en su materia de celos.

PORCELIO. Sí, que mirando a los cielos  
está triste y suspirando.)  
¿Qué estás mirando a los cielos,  
Cardenio triste, en un ¡ay!?

CARDENIO. Miro el lugar donde hay  
descanso eterno y consuelos.

LEONARDO. ¿Vese en el cielo?

CARDENIO. No sé;  
sé que de ella a él me quejo  
y que es el cielo un espejo  
adonde todo se ve.

Y pienso que en él he visto  
con hermosura extremada,  
por figura imaginada  
como Andrómeda y Calisto.

PORCELIO. ¡Bravo astrólogo!

LEONARDO. ¡Extremado!—

Mejor será que reposes,  
que a ésas gozaron dioses,  
pero a la tuya un soldado.

CARDENIO. ¿En celos pones razón?  
Mucha te han dado los Cielos. (1)

LEONARDO. No se pueden llamar celos  
los que averiguados son.

CARDENIO. Pues ¿cómo se llamarán?

LEONARDO. El vulgo les puso nombre.

CARDENIO. ¡Desventurado del hombre  
a quien ese nombre dan!

LEONARDO. Celos, al fin, es celar,  
y celar es encubrir;

encubrir quiere decir  
más propiamente guardar,  
siendo los agravios tiernos  
que han de guardar los cuidados;  
luego en siendo averiguados  
no son celos.

CARDENIO. Pues ¿qué?

LEONARDO. Cuernos.

CARDENIO. Maldigate el diablo, amén.

¿Por qué los llaman así?

Pues de lo que no vi ni oí,

¿es bien que culpa me den?

LEONARDO. Está ya así recibido.

CARDENIO. Dura ley.

LEONARDO. Del mundo es.

CARDENIO. Todas las hace al revés.

LEONARDO. Legislador fementido.

PORCELIO. ¿Cómo va de Celia?

CARDENIO. Estoy

de verla con gran deseo;

pero sé que si la veo

fuerza a mis agravios doy.

¡Paciencia. Leonardo amigo!

A morir ya todo el año

me detendrá aquí su engaño,  
destierro de mi castigo.

(Estánse los tres a una parte, y los tres estudiantes  
llamados PLÁCIDO, HONORIO y LICELIO (1) dando  
vaya a CELIA y a TEBANDRA, que vienen en hábito  
de estudiantes, y VIRENO en hábito de su maestro.)

HONORIO. Buenos vienen los novatos.

VIRENO. (Sentencia del Cielo, amén.

¿Quién me trujo a mí también  
entre aquestos mentecatos?

TEBANDRA. Afligida voz.

CELIA. Callad

y no os cause pesadumbre,  
que lo tiene de costumbre  
cualquiera universidad.)

PLÁCIDO. A él digo, al de buena cara.

¿Lloró mucho a la partida?

CELIA. Lloré mi vida perdida  
por una desdicha rara.

PORCELIO. (Vaya les dan a los nuevos.

LEONARDO. Es ya vieja condición.

Y por mi vida que son  
dos gentilhombres mancebos.)

LICELIO. Mas ¿qué traerán de regalos?

HONORIO. ¡Oh! Eso, los cofres llenos.

(1) En los textos, "celos"; pero será errata.

(1) Es el que al principio denominó LICONIO.

CELIA. Si son regalos venenos,  
hartos traigo y harto malos.

PLÁCIDO. Qué fruncido que está aquél.

HONORIO. ¿Por su madre llora ya?  
Ea, presto la verá.

CELIA. Más presto verá un cruel.

PLÁCIDO. ¿Vendrá de martes a martes  
su ordinario conocido?

HONORIO. Estos, votos habrán sido  
de alguna cátedra de artes,  
aunque gramáticos rudos.

LICELIO. ¿Han votado por concierto?

CELIA. Que somos votos, es cierto,  
y que es muy posible agudos;  
pero hay dos votos aquí  
para la muerte de un hombre.

HONORIO. Mas que quieren que me asombre,  
¿son para matarme a mí?  
A no parecer capón,  
pensara que era valiente.

VIRENO. (¿Qué nos quiere aquesta gente,  
que andamos en tentación?)

HONORIO. Y el ayo, ¿no alza la cara?

VIRENO. (Yo tengo de perecer.)

HONORIO. Porque ayo podía ser  
de los infantes de Lara.  
Qué digo, señor gorrón,  
¿es el que ha de comprar?

VIRENO. Yo me voy a desnudar,  
que es mucha conversación  
y no estoy hecho a trabajo.

LICELIO. Pues si la escopeta cojo...

VIRENO. ¿Qué ha de hacer?

LICELIO. Tapalle un ojo  
en disparando un gargajo.

VIRENO. Suplico a vuestas mercedes  
que sean más comedidos,  
que son nuevos los vestidos.

PLÁCIDO. Anima de Ganimedes,  
no te queremos dejar.

VIRENO. Dómines, por cortesía.  
*Obsecro vos.*

HONORIO. A fe mía  
que sabe latinear.

VIRENO. (Tomaos con aquel latín.  
Asombrados han quedado.)

LICELIO. Diga, ¿y eso halo estudiado  
almohazando algún rocín?

HONORIO. ¿Ha sorbido mucho caldo  
a puerta de monasterio?

VIRENO. (Esto es mucho vituperio.  
Tiro el bonete.)

CELIA. Dejadlo.

VIRENO. Si a mi condición no fuera  
cosa obscena y cavilosa  
tirar gente no famosa,  
las arterias os rompiera.  
Aligérense de aquí  
antes que edificio embrace.

HONORIO. ¡Ta, ta! ¿Bernardinas hace?

LEONARDO. (¿Qué miras?)

CARDENIO. Mi muerte allí.)  
Vuestas mercedes se vayan,  
mis señores licenciados,  
que los nuevos son honrados  
y se afligen y desmayan.  
Perdónenlos esta vez,  
porque de la tierra son.

LICELIO. Por vos, Cardenio, es razón.

VIRENO. (¿Qué miras?)

CELIA. Vi mi jüez.

VIRENO. Celia, sin duda está aquí  
a quien agora buscamos.)

HONORIO. Un rato hacia escuelas vamos.

LICELIO. Agora de allá salí.  
Mejor es a pasear  
toda la calle Mayor.  
Camine, señor doctor.

(*Vanse.*)

CARDENIO. (Cielo, ¿llegaréla a hablar?)

CELIA. (Vireno, yo no he de hablalle  
hasta que al soldado vea.)

CARDENIO. (¿Tú crees que de hombre sea  
aquel rostro y aquel talle?)

LEONARDO. Pues ¿de quién?

CARDENIO. De Celia es.)

VIRENO. (Llega, que es piadoso oficio.

CELIA. Primero veré a Fabricio.)

CARDENIO. Quiérome echar a sus pies.

(*Vanse.*)

LEONARDO. Tente, loco.

CARDENIO. ¡Celia mía!

LEONARDO. Que Celia se le ha antojado  
el otro estudiante.

PORCELIO. Has dado  
remate a la fantasía.

CARDENIO. ¡Celia mía!

LEONARDO. Tente bien.

CARDENIO. Que es Celia; soltadme, pues.

PORCELIO. ¿Estás loco?

CARDENIO. Celia es,  
y Vireno aquél también.

LEONARDO. ¿No ves que es hombre, Cardenio,  
y que eso parece mal?

PORCELIO. ¡Que diese en locura igual  
un hombre de tanto ingenio!

CARDENIO. ¿Hay desdicha semejante?  
¡Que éstos me tengan así  
al tiempo que a Celia vi!

PORCELIO. ¿Qué Celia?

CARDENIO. Aquel estudiante.

LEONARDO. No conoces tu locura,  
pues por esto te tenemos,  
que el disparate que vemos  
de que estás loco asegura.

CARDENIO. ¡Vive Dios, que es Celia aquélla!

PORCELIO. ¡Qué brava locura tiene!  
Una forastera viene  
y alguna gente con ella.

(Entra JULIA, de camino, y VALERIO, de cochero, y  
OSTILIO.)

LEONARDO. ¡Oh, si nos diesen ayuda!

JULIA. El lugar me ha contentado.

CARDENIO. ¿Hay hombre más desdichado?  
¡Que agora esta gente acuda!

JULIA. Es extremado el lugar;  
lleno de lindo sustento.

VALERIO. Pues aquel viejo avariento  
más bien te dejó de hablar.

CARDENIO. ¿Que no me dejáis? ¿Qué es esto?

VALERIO. Voces dan. Aguarda un poco.

LEONARDO. Dadnos favor contra un loco,  
gente honrada; llegad presto.

OSTILIO. ¿Loco decís? Téngase él.

VALERIO. Mi bien, a tenerle voy.—

¿Qué es lo que mirando estoy?

JULIA. Cielos, ¿no es Cardenio aquél?

VALERIO. Cardenio es ése, señora.  
y loco, ¿qué haré?

JULIA. Tenelle.

¡A quién no lastima el velle!

VALERIO. ¿Ha mucho que es loco?

LEONARDO. Agora.

CARDENIO. Mi señora, ¡vive Dios!,  
que no estoy loco.

LEONARDO. Y no poco.

JULIA. ¿De qué dicen que está loco?

CARDENIO. De lo que quieren los dos,  
que yo mi sentido tengo.

PORCELIO. Bueno, está loco de amor.

JULIA. ¿De quién?

LEONARDO. De Celia.

JULIA. ¡Ah, traidor!

¿Que a ver tus locuras vengo?

CARDENIO. ¿Esto crees?

LEONARDO. No te espante.  
que a no tenerle aquí atado  
creo que hubiera forzado  
un desdichado estudiante.

CARDENIO. ¿Tú no ves que Celia es  
ese estudiante?

JULIA. ¡Ay de mí,  
que como Celia está en ti  
todo es Celia cuanto ves!

CARDENIO. Si con este desengaño  
yo no cobro mi sentido,  
injustamente perdido  
quedaré por un engaño.

VALERIO. Esta, sin duda, es flaqueza  
del ordinario estudiar.

CARDENIO. (Por loco habré de quedar.)

OSTILIO. Vahídos son de cabeza.  
Comer poco, estudiar mucho,  
es gran batalla del seso.

VALERIO. ¿Dónde irá?

JULIA. Llévadle preso  
a mi posada.

CARDENIO. (¿Qué escucho?  
Pues ¿asido y por la calle?)

JULIA. Valerio, parece justo  
por su honor, si te da gusto,  
que allí trates de curalle.

VALERIO. Basta ser de nuestra tierra  
y un hombre tan conocido.

CARDENIO. ¿Qué tierra?, que estoy corrido  
de que amigos me hagan guerra.  
Leonardo, ¿tú habías de hacer  
este enredo contra mí?

LEONARDO. Ya le crece el frenesí;  
vuestra ayuda es menester.

VALERIO. Caminad a la posada.

CARDENIO. ¿Hay desdichas como éstas?  
¡Ay, Celia, cuánto me cuestas!

OSTILIO. Paso, no deis hofetada.  
¡Qué buen pago os dió la luna!  
¿Habéisla mucho mirado?

CARDENIO. ¡A un cuerdo por loco atado!  
¿Qué es aquesto, cruel fortuna?

(Llévanle asido, forcejeando entre todos, y sale  
MARCIO solo, de camino de Alcalá.)

MARCIO.

De un ciego amor guiado  
y de su mano asido,  
en busca vengo de mi Celia bella.  
Buen camino es el mío



si un ciego de otro ciego  
sus pasos fía y su gobierno deja.  
¡Ay, miserable vida  
la de un celoso amante  
que sigue a quien le huye  
y huye a quien le sigue!  
Pero disculpa tiene mi locura.  
si amar a Celia bella  
no fué elección, sino forzosa estrella.

Bien sé que el viento sigo  
y en el arena siembro,  
al mar silencio pido,  
piedad al tigre fiero,  
a un bárbaro razón, sentido a un loco,  
a un juez apasionado  
justicia de mi pleito,  
al infierno descanso,  
fruto a una palma que sembré yo mismo;  
pero esperarle de ella,  
no fué elección, sino forzosa estrella.

*(Apártanse a un lado, y entra CELIA, que saca al campo a FABRICIO, y no lleva más de una daga.)*

FABRICIO. ¿No sabré qué me queréis?

CELIA. ¿De un muchacho os receláis?  
Mala condición tenéis.

FABRICIO. Fuera de la puerta estáis,  
y en el campo; ¿qué queréis?

CELIA. De Mártires es la puerta,  
y aunque para mí está abierta,  
por lo mucho que lo soy,  
vos seréis confesor hoy  
con mi confianza muerta.  
¿Conocéis a una mujer  
llamada Tebandra?

FABRICIO. Sí,  
solíala conocer.

MARCIO. (Cielos, ¿qué es esto que vi,  
o que es lo que vengo a ver?  
¿No es mi hermosa Celia aquella  
transformada en estudiante?)

CELIA. Contra vos formo querella,  
soldado vil y arrogante;  
yo os he de matar por ella.  
Meted mano, fementido,  
que ya rabio por hacello.

FABRICIO. Si yo no hubiera caído,  
por las señas del cabello  
rubio, hermoso y recogido,  
señora, que sois mujer,  
pretendiérais responder;  
mas ¿quién sois, por vida mía?

CELIA. No me habléis con cortesía,  
que hombre y muy hombre he de  
Celia soy; Celia agraviada. [ser.  
Por vos perdí mi marido,  
de quien he sido olvidada  
por esa lengua, que ha sido  
para mi deshonra espada.  
A mis manos moriréis.

FABRICIO. Tened la espada, que hacéis  
a mi espada afrenta y mengua.

CELIA. Teniendo de mujer lengua  
¿espada de hombre traéis?  
Sois infamia de hombre honrado.  
¿Soldado vos? ¿Vos sois hombre  
habiendo el hombre afrentado?  
Ya no sois soldado en nombre,  
sino en afrentas soldado.  
Meted mano, que soy tal,  
que os habéis de desdecir,  
y esto no os parezca mal,  
porque bien puede reñir  
una mujer con su igual.

FABRICIO. Con regalos pensé yo  
que enamorarme pudieras  
y el rostro que Dios te dió;  
pero de palabras fieras  
¿cuál hombre se enamoró?  
No sé en qué llevas asida  
mi alma en lazo tan fuerte,  
ya de tus ojos herida.  
que más le está dando muerte  
que con tu daga atrevida.  
Daga, acero ni otra cosa  
no dan al alma herida,  
sólo esa lengua amorosa  
es para quitar la vida  
al alma más poderosa.  
Por vengarme te ofendí  
cuando no te conocí;  
pero si satisfacción  
¿bastará que ese hombre diga  
de la que quieres de mí  
que una venganza me obliga  
que me desdiga esta tarde?

CELIA. No, porque un hombre cobarde  
no es mucho que se desdiga.  
Fírmame sólo un papel  
en que digas este enredo,  
que aquí le traigo.

FABRICIO. Sin él  
más satisfacción dar puedo.  
Muestra y di la traza de él.

CELIA. Hince la rodilla aquí  
y escribe.

FABRICIO. El intento di.

MARCIO. (¿Hay enredo semejante?  
¿Que esto pasa aquí delante  
y quede esperanza en mí?  
Todo el engaño sabía  
cuando vine; mas no tanto  
esta locura entendía.)

(*Entra CARDENIO alborotado, como viendo que se  
ha escapado de los que le llevaban asido.*)

CARDENIO. Gracias te doy, Cielo santo,  
de ver tu luz, sol y día;  
que según fué la locura  
de aquella gente conmigo,  
no espero tener ventura  
de alcanzar el bien que sigo  
ni gozar de tu luz pura.—  
¿Qué es esto que veo aquí?  
¿No es Fabricio el que está allí  
y Celia junto con él?  
¿Qué es esto, cielo cruel,  
tan presto tu infierno vi?  
Agora sí que estoy loco;  
tener mi sentido en poco  
justa razón me provoca,  
ya mi esperanza [se] apoca  
celos no, que agravios toco.—  
¿Qué haces, di, fementida,  
con aqueste vil soldado,  
a quien quitara la vida  
si espada tuviera al lado  
como la que trae ceñida?  
¡Vive el Cielo!

CELIA. Menos brío.  
Tu satisfacción es ésta.

FABRICIO. No es sino tu desvarío.  
Oye.

CARDENIO. No admite respuesta  
sin armas agravio mío.—  
¿Ah, caballero?

MARCIO. ¿Qué es esto?  
¿Sobre qué se han descompuesto?

CARDENIO. Esta espada, en cortesía,  
os pido, que yo la mía  
os diera a vos. ¡Presto, presto!

MARCIO. ¡Paso!

FABRICIO. Dádsela, que enfada  
ver tantos humos ¡por Dios!

CARDENIO. Dádmela ¡por Dios! prestada.

MARCIO. Mejor reñiré por vos  
que no prestaros la espada.

Aunque si es esta porfia  
por Celia, que en este día  
vengo obligado a seguir,  
con los dos he de reñir  
porque también Celia es mía.  
Con el uno agora, es cierto,  
pues sola una espada queda  
para cumplir lo que advierto,  
por que el otro luego pueda  
tomar la espada del muerto.

CARDENIO. Buen tercero sois, por Dios.  
Un enemigo tenía;  
mas ya sé que tengo dos.

FABRICIO. Yo, pues que Celia no es mía,  
ya ni con él ni con vos.  
Lo que yo escribía aquí  
era una satisfacción  
del engaño que emprendí,  
por vengar mi corazón.  
de Celia, a quien nunca vi,  
que sólo a Tebandra adoro.

CARDENIO. Si esto es así, mi locura  
y haberla ofendido lloro.  
y mi honra, en vos segura,  
confirmo, apruebo y mejoro.  
Y pues ya soy vuestro amigo,  
a guardaros fe me obligo  
por el amistad jurada.  
Dadme prestada la espada  
para matar mi enemigo.

FABRICIO. Gran bajeza hubiera sido;  
mejor es reñir por vos.

MARCIO. Pues yo con vos ¿qué he tenido?  
Sin cólera estoy ¡por Dios!  
para quien no me ha ofendido.  
Pero ¿con qué fundamento  
quiere hacer el casamiento  
un hombre que agora estaba  
adonde Julia posaba.  
su primero pensamiento?

CELIA. ¿Cómo? ¿Que Julia está aquí?

MARCIO. Digo que con él la hallé  
y que en su casa le vi.

CARDENIO. Yo confieso que la hablé  
llevándome loco allí,  
que de camino venía  
y yo no la conocía.

CELIA. ¿Esto has hecho? Pues, ingrato,  
¿con ese fingido trato  
me engañabas?

CARDENIO. ¡Celia mía!  
Celia, aguarda.

CELIA. Déjame,  
vuélvete a Julia.

(Vase CELIA.)

CARDENIO. Enemigo.  
[¿Dónde vais?]

MARCIO. Luego vendré,  
que mientras a Celia sigo  
ni guardo amistad ni fe.

(Vase MARCIO.)

CARDENIO. ¡ Bueno, Fabricio, he quedado !

FABRICIO. ¿Estarás desengañado  
que Celia no te ha ofendido,  
que estos celos que has tenido  
son de su cielo anublado?  
Voy a Tebandra a buscar  
y darle mi disculpa.

Solo te puedes quedar.  
CARDENIO. Vete, y quedaré a llorar  
mis desdichas y mi culpa.

(Vase FABRICIO, y entra LEONARDO y JULIA y VALERIO.)

LEONARDO. No sé qué os diga ¡ por Dios !,  
sino que no ha sido poco  
que entrase a curar un loco  
y que yo salga por vos.  
Y conoced, Julia bella,  
que es doblada mi pasión;  
que él salió de la prisión.  
pero yo me quedé en ella.  
No sé qué vi en esos ojos,  
o és basilisco escondido

que da veneno al sentido  
y a los más libres enojos.  
No os pese, si al alma os toco  
con ver que ésta se desmaya,  
de que aquel loco se vaya,  
pues acá queda otro loco.

JULIA. Leonardo, muy bien entiendo  
que el mal ajeno que escucho  
es atrevimiento mucho,  
y de que lo sea me ofendo.  
Dejad ese pensamiento,  
que es frenesí que os ha dado,  
que decirme ese cuidado  
es dar palabras al viento.

Muy bien os podéis volver.  
VALERIO. (Aun esto el diablo sería.)  
Vámonos, señora mía,  
que tenéis mucho que hacer.

LEONARDO. ¿Quién os mete en esto a vos?  
A vuestro coche acudí.

VALERIO. Bueno es quien me mete a mí.—  
Hola, hermano, andá con Dios.

LEONARDO. Dejadnos solos un rato.

VALERIO. ¡ Mal año, bien lo entendéis !

LEONARDO. Yo sé que merced haréis  
a quien no diréis ingrato.  
Llevaréis este doblón.

VALERIO. ¿Qué doblón? Que no le quiero.

LEONARDO. ¡ Oh, que enfadoso cochero !  
¿ Sois gabacho o sois valón ?

VALERIO. Soy el diablo disfrazado.

LEONARDO. Borracho viene, por Dios.—  
Mi señora, habladle vos.

VALERIO. ¿Cómo hablar?

LEONARDO. Vete, cuitado,  
que te quebraré los ojos.

VALERIO. No lleguéis a la mujer,  
que ahí el diablo podría ser.

CARDENIO. ¿Sobre quién son los enojos?

VALERIO. Vámonos de aquí, señora.

LEONARDO. Basta, que este mentecato  
es la guarda y el recato  
de Julia y mi muerte agora.

CARDENIO. Pues de Julia ¿qué pretendes?

LEONARDO. Hame parecido bien.

VALERIO. Y a mí guardarla también  
si por ventura la ofendes.

LEONARDO. ¿Hay más gracioso picaño?

VALERIO. La vida me ha de costar,  
o con ella no has de hablar.

(Entran TEBANDRA y FABRICIO conformes.)

FABRICIO. Ya se descubrió el engaño.

TEBANDRA. ¿Cardenio no quedó allí?

CARDENIO. Tebandra noble y bella,  
¿qué es de mi Celia?

TEBANDRA. Con ella  
estoy, porque ella está en ti.  
De celos de aquesa dama  
sé yo que de ti va huyendo.

JULIA. Decidla que no la ofendo  
y que la engaña la fama.  
Que sus celos asegure.

(Entra CELIA, VIRENO y MARCIO.)

TEBANDRA. No hay seguridad en celos.

VIRENO. Yo sé que han de hacer los celos  
que esta amistad viva y dure.  
Vos, Marcio, no lo estorbéis.

MARCIO. Como yo le vea casado,  
quedará desengañado.

(*Llégase VIRENO a CARDENIO.*)

VIRENO. Pues agora lo veréis.  
Pero dejadme llegar.—  
CARDENIO. ¿qué haces aquí?

CARDENIO. Estoy, Vireno, sin mí,  
loco y ciego de llorar.

VIRENO. Agora podrás mejor,  
pues Celia, decirlo puedo,  
caminando va a Toledo  
con Marcio, a quien tiene amor.  
Fuéase porque había sabido  
que con Julia habías hablado,  
y así palabra le ha dado  
de mujer y él de marido.  
Salí tras ellos por ver  
si algún remedio tendría;  
mas el viento no podía  
tan velozmente correr.  
Hice seña con la espada  
puesta en la mano y desnuda;  
pero todo fué, sin duda,  
invención antes trazada.  
Díjelos (1) cien mil afrentas;  
pero nada aprovechó.

CARDENIO. ¿Tan cuerdo te escucho yo  
la tragedia que me cuentas?  
Muerto soy, sin honra vivo.  
¿No hay quien me preste una espa-

MARCIO. Aquí está Celia obligada [da?  
a vuestro amor excesivo.  
No soy yo quien la llevé,  
sino quien la trae agora.

CARDENIO. Dejadme, dulce señora,  
que mil abrazos os dé  
y mano y fe de marido.

CELIA. Yo soy quien ha de ser vuestra.  
Viva eterna la fe nuestra.

CARDENIO. ¿Oh, mi Vireno querido!  
Como un ángel me presentas  
la que el alma me robó.

VIRENO. “¿Tan cuerdo te escucho yo  
la tragedia que me cuentas?”  
Presto un alma enamorada  
rinde un dolor excesivo.  
“Muerto soy, sin honra vivo. [da?”  
¿No hay quien me preste una espa-

CARDENIO. ¿Qué hay en Tebandra y Fabricio?

MARCIO. Que son marido y mujer.

LEONARDO. Y que yo lo pienso ser  
de Julia.

VALERIO. Es hablar de vicio.  
¿Vos?

CARDENIO. Escuchá si queréis,  
que debe de haber misterio.

LEONARDO. ¿Por qué?

VALERIO. Porque soy Valerio  
y no el cochero que veis.—  
Mi Julia, dadme la mano.

JULIA. Confieso mi obligación.

LEONARDO. Vana salió mi intención  
y mi pensamiento vano.

MARCIO. Conmigo os consolaréis,  
que también me quedo así.

CARDENIO. A Toledo desde aquí  
acompañarnos podéis.

MARCIO. Eso será justa cosa.

LEONARDO. A hacello estoy obligado.—  
Aquí se acaba, senado,  
*La Escolástica celosa.*

(1) En la primera dice:

“de zelos cien mil afrentas”.

Se enmendó en las sucesivas.



# EL FAVOR AGRADECIDO

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA AL

SEÑOR PEDRO DE TAPIA

DEL CONSEJO SUPREMO DE SU MAJESTAD

Fué sentencia de Cicerón en la filípica III: *Que ya que no se pudiese pagar todo lo que se debiese, por lo menos lo que nuestras fuerzas alcanzasen*. Es materia tan dilatada el agradecimiento, que por comunes dejo otros lugares, y con el referido ofrezco a V. m. la comedia cuyo título es *El Favor agradecido*, valiéndome de sólo el nombre para mostrar que el que por tantos años he recibido de ese generoso ánimo en tantas ocasiones, lo fuera con diferentes obras, si las alcanzara el mío, al igual de tan justa voluntad y obligación tan grande y tan debida de derecho al beneficio que me excusa como ley precisa de exagerarla, pues *Frustra ab homine exprimitur, quod ipso jure subintelligitur*. Dió el Cielo a V. m., entre otras muchas partes, la que hace (por opinión de muchos) más agradables a los hombres, que es el hacer bien con alegría; cosa que alude en parte a aquella sentencia sacra que *Hilarem datorem diligit Deus*; pues algunos que están en alto lugar suelen, con la aspereza del semblante, deslustrar al que le esperaba la primera alegría del beneficio, a que por lo menos parezca que no le lleva cabal el que le recibe, sino que le hurta al disgusto del que le ha dado, defecto grande y alabanza sublime: lo contrario en la blandura de las almas nobles. Fácil argumento de lo interior, como lo es el cristal diáfano del licor o de la llama, cuyo color o resplandor le comunica, y pues fué opinión de Plutarco: *Que el alma veía y oía, y que todo lo demás era ciego y sordo*. La mayor demostración de que ella ve y oye es el apacible semblante; de donde se colige que quien carece de esta exterior dulzura, no mueve por el alma las acciones del beneficio. Extraña y nueva manera de alabanza donde había campo tan dilatado en tantas virtudes, nobleza y letras; pero yo no he querido salir del *Favor* por conformarme con el título de *agradecido*. Dios guarde a V. m. muchos años.—Su capellán obligadísimo, LOPE DE VEGA CARPIO.

## FIGURAS DE LA COMEDIA

MARQUÉS CELIO,	ASTOLFO, (1)
CONDE ESTACIO.	CURCIO, <i>patrón</i> .
DUQUE ASTOLFO.	MULEY SELACO, <i>rey de Argel</i> .
PINELO, <i>criado</i> .	ADAJA.
ROSAURA, <i>princesa</i> .	LEACÉN, <i>moro</i> .
LESBIA, <i>dama</i> .	RODOLFO, <i>capitán</i> .
PROPERCIO, } <i>embajadores</i>	TIBERIO, <i>príncipe</i> .
SALVIANO, } <i>de Sicilia</i> .	Un SOLDADO.
RAIMUNDO,	[SOLDADOS.
CLARIDENO, } <i>grandes de</i>	MOROS.]
LEARDO, } <i>Cerdeña</i> .	
ESFERIO,	

Representóla Vergara.

## ACTO PRIMERO

(Sale el MARQUÉS CELIO y el CONDE ESTACIO, de noche.)

CELIO. Por aquí me suele hablar.  
ESTACIO. Pues os habla la Princesa, en tan difícil empresa ¿qué tenéis que conquistar? Bien podéis decir *venci*; y, guardándole el decoro, estas cinco letras de oro añadir al *vine* y *vi*. Porque entre los que han venido y visto a Rosaura bella, todos van vencidos de ella; pero vos la habéis vencido.  
CELIO. Sentí que se me inclinaba cualquiera dichoso día que en el terrero me vía o en su antecámara entraba. Y como el padre murió y es legítima heredera,

(1) Este personaje es el mismo "DUQUE ASTOLFO" que aparece el tercero en la lista.

a lo que Amor no pudiera,  
el interés se atrevió.  
Comenzó por interés  
este amor, o agora empieza,  
que fué poner la cabeza  
adonde han de estar los pies.  
Atrevíme, como digo,  
a publicalle mi amor,  
porque, vencido el temor,  
es más flaco el enemigo.  
Creyóme como rendida,  
y rindióse de tal suerte,  
que jura que hasta la muerte  
es mi alma y soy su vida.

ESTACIO. De esa manera, Marqués,  
rey os podemos llamar.

CELIO. Si a Rosaura he de gozar,  
ese mi título es.  
Rey pienso ser, Conde amigo,  
y de Rosaura señor.

ESTACIO. (¡Bendígate el mundo, Amor,  
como te alabo y bendigo!  
Con estos milagros tales  
tu inmenso poder señalas.  
pues tan fácilmente iguales  
las cosas más desiguales.  
No porque el mérito es  
del marqués al rey segundo;  
mas en las leyes del mundo  
desdican rey y marqués.  
Y pues Celio a serlo empieza,  
créame que no querría  
hablalle con señoría.)  
Vaya, señor, vuestra alteza  
llegue a la reja, que aquí  
le aguarda un vasallo suyo.

CELIO. Yc lo he de ser, Conde, tuyo,  
que no soy rey para ti.

ESTACIO. Ya, pues que tú me has llamado,  
¿quién duda que por lo menos  
me escoges entre mil buenos  
para tu amigo y privado?  
¿Qué me ha de dar vuestra alteza?

CELIO. No hay que darte, tuyo es todo.

(Sale el DUQUE ASTOLFO y PINELO, criado.)

ASTOLFO. ¿Voy bien?

PINELO. Bien vas de este modo.  
¿Llevas casco?

ASTOLFO. En la cabeza.

PINELO. Haráte defensa el seso  
de que llevas harto poco,

que no esté lejos de loco  
quien lleva este reino en peso.

ASTOLFO. Pretender yo la Princesa.  
¿te parece gran locura?

PINELO. Es la falta de ventura  
piedra que en los brazos pesa.  
¿Qué importa volar al cielo  
con las alas del valor,  
si la piedra, que es mayor,  
te vuelve a humillar al suelo?  
¿No eres Duque y no es Rosaura  
reina (1) de Cerdeña?

ASTOLFO. Sí;  
pero Amor que vive en mí  
toda esa falta restaura.  
Y bien sabes tú que el Rey  
mandó, muriendo, que fuese  
su esposo el que ella eligiese.  
y que el testamento es ley.  
Pues si ha de escoger marido,  
y de su gusto ha de ser,  
y el gusto de la mujer  
es al honor preferido,  
¿por qué no podrá quererme  
si nadie agora me iguala  
en nobleza, talle y gala  
y por marido escogerme?  
¿Hay agora en esta corte  
otro alguno más capaz,  
ni que en la guerra o la paz  
más a su servicio impórte?  
¿Quién ha gastado y lucido?  
¿Cuál otro se ha señalado  
en el torneo pasado  
ni más vitorioso ha sido?  
¿No gané juntas diez joyas?  
Pues ¿por qué no he de vencer  
el pecho de una mujer?  
Que no es todo el mundo Troyas,  
y Troya se conquistó.

PINELO. Digo que ese atrevimiento  
es igual al pensamiento  
que hasta el cielo te llevó.  
Mira al sol, húrtales el rayo,  
que la empresa de más nombre  
fué fácil y llana al hombre.

CELIO. Basta, Conde, el falso ensayo.  
No me llaméis más alteza.

ESTACIO. Pues ¿cómo a un rey señoría?

CELIO. Soy rey por la fantasía,

(1) En los impresos, "rey", por errata.

mas no por naturaleza.  
 ASTOLFO. (Gente hay aquí.  
 PINELO. Y buena gente,  
 que las rodela columbro.  
 Más del temor me deslumbro  
 que del acero luciente.  
 ASTOLFO. Son dos.  
 PINELO. ¿Cómo dos?  
 ASTOLFO. Pues (1) ¿ves  
 más de dos?  
 PINELO. Son once o doce.  
 ASTOLFO. ¿Búrlaste?  
 PINELO. No, así me goce,  
 que vienen de tres en tres.  
 ASTOLFO. Pues aunque no fuera así,  
 dos solos veo.  
 PINELO. Serán  
 alférez y capitán.  
 ASTOLFO. ¿Y vendrán tras ellos?  
 PINELO. Sí.  
 ASTOLFO. ¿Sí?  
 PINELO. Sí, digo.  
 ASTOLFO. Escucha un poco,  
 que a las rejas han llegado.  
 PINELO. El uno se ha desviado.  
 ¿Si te han visto?  
 ASTOLFO. Calla, loco.  
 CELIO. Haré la seña.  
 ESTACIO. ¿Cuál es?  
 CELIO. Desenvainar una espada.  
 (Desenvaina CELIO para hacer la seña, y el DUQUE  
 piensa que es contra él; saca la espada y huye  
 PINELO.)  
 ASTOLFO. ¡Oh, traidores en celada!  
 CELIO. ¿Es el Duque?  
 ASTOLFO. ¿Es el Marqués?  
 CELIO. Yo soy.  
 ASTOLFO. Y yo.  
 ESTACIO. Tener.  
 ASTOLFO. Basta.  
 CELIO. ¿Qué pensasteis?  
 ASTOLFO. Otra cosa.  
 ESTACIO. ¡Brava pendencia!  
 ASTOLFO. ¡Donosa!  
 ESTACIO. ¡Qué poco acero se gasta!  
 CELIO. Entre amigos, y cual vos,  
 sobra, pues somos amigos.  
 ASTOLFO. Vos y yo a dos enemigos.

(1) En los impresos, "Pues, qué, ¿ves"; pero el verso es largo.

ESTACIO. Y el Conde para otros dos.  
 ¿Quién huyó?

ASTOLFO. Cierto cobarde.

(Sale PINELO con la espada desnuda.)

PINELO. Ya, señor, acude gente;  
 acomételos.

ASTOLFO. Detente,  
 borracho, que vienes tarde.  
 CELIO. ¿Era PineLO?

PINELO. Yo soy.

CELIO. ¿Cómo huíste?

PINELO. ¿Esto es huir?

ASTOLFO. Es, a lo menos, venir  
 cuando ya rendido estoy.

CELIO. Yo, Duque, lo estoy de vos;  
 y, al fin, os quiero dejar,  
 que venir a este lugar  
 no ha sido sin causa. Adiós.

ASTOLFO. Eso no, que vos venistes,  
 Marqués, primero al terrero,  
 y yo ni temo ni espero  
 horas alegres ni tristes.

Aquí os quedad, que venía  
 sólo a bucar un amigo.

CELIO. No uséis, Astolfo, conmigo  
 de esa noble cortesía.

Si acaso tenéis que hacer...

ASTOLFO. Yo os he dicho la verdad.

CELIO. Adiós.

ASTOLFO. Conde, adiós quedad.—  
 Tú bien te puedes volver.

PINELO. ¿Por qué?

ASTOLFO. Porque para huir,  
 ¿qué sirve que vamos dos?

PINELO. Por cólera iba ¡por Dios!  
 para volver a refir.

(Vanse los dos.)

ESTACIO. ¿A qué habrá el Duque venido  
 al terrero tan cortés?

CELIO. A lo mismo que el Marqués,  
 que no es menos atrevido.

ESTACIO. ¿Presume de casamiento?

CELIO. Eso tengo sospechado.

ESTACIO. No me da el Duque cuidado;  
 mas dale su atrevimiento.

¡Qué presto acudió a la seña!

CELIO. Si vió relucir la espada,  
 tener la suya envainada  
 no era ignorancia pequeña.  
 No hablemos del Duque más.

ESTACIO. ¿Daos celos?

CELIO. Notablemente.

ESTACIO. No os hablaré eternamente del Duque.

(Sale ROSAURA, princesa, y LESBIA, dama.)

LESBIA. Segura estás.

Bien puedes hablar.

ROSAURA. ¿Marqués?

¿Celio?

CELIO. Señora, ¿sois vos?

ROSAURA. ¿Estás solo?

CELIO. Aunque veis dos, uno es solo, y Celio es. El Conde viene conmigo.

ROSAURA. Pues ¿cómo te puedo hablar?

CELIO. Pues le traigo a este lugar, créete que es el Conde amigo.

LESBIA. Ay! no te enojas, señora, y llámale, te suplico.

ROSAURA. ¿Parécete bien?

LESBIA. Tantico.

CELIO. Yo sé que el Conde os adora.

LESBIA. ¡Por vida de la Princesa!

CELIO. ¿Y de mi alma juráis?

LESBIA. Pues ¿cómo no le llamáis?

ROSAURA. Buena libertad es ésa.

LESBIA. Ea, llamaréle (1) si mandas.

ROSAURA. Ahora bien, venga.

CELIO. ¿Ce, Conde? (2)

ESTACIO. ¿Llamas?

ROSAURA. ¡Qué presto responde!

CELIO. (Hoy en buenos pasos andas.

ESTACIO. ¿Cómo?

CELIO. Lesbia se te inclina.

ESTACIO. Mi ventura lo ordenase.

CELIO. Llégate más.

ESTACIO. No me abrase de Lesbia la luz divina.)

CELIO. Aquí está el Conde.

ESTACIO. Aquí estoy, señora, a servicio vuestro.

ROSAURA. Conde, aqueste amor que os muestro estimalde desde hoy.

ESTACIO. No cabe tan alta estima, señora, en tan bajo pecho, que a tanto bien es estrecho todo lo que el mundo estima.

Si Celio y vos, aunque dos, sois un alma y voluntad, por ser de Celio, mirad, también tengo parte en vos. Por ella y por vuestra parte os tengo en lo que es razón, y veréis en mi afición cuanta en Celio se reparte, que todo lo que no es del Marqués desde aquí os doy.

ESTACIO. Y yo todo a vos me doy, que todo soy del Marqués.

CELIO. Parece que habláis por mí como si estuviera ausente. No os quiero tan diligente. Eso a Lesbia lo decí, que ella os escucha con gusto y os ama porque yo os amo. Hablad, que para eso os llamo, y amalda, pues es tan justo. Decilde lo que sentís, y que es vuestro único bien.

ROSAURA. ¿Quién os mete a vos también en eso que le decís? Dejalde, que él hablará y le dirá lo que siente, y ella, que en verle presente no menos alegre está.—Ea, dile que le adoras; no te turbes, pues le quieres; dile aquí cuanto supieres, que será lo más que ignoras. Dile que es todo tu bien y que estás fuera de ti.

LESBIA. No lo digas tú por mí, que yo lo diré tan bien.

CELIO. Todos estamos celosos.

ROSAURA. Conde, contentaos con esto.

ESTACIO. Hoy la fortuna me ha puesto en dos extremos dichosos: el uno, de vuestro amor, y el otro, de Lesbia bella.

ROSAURA. Aunque os quiere mucho ella, no sé yo cuál es mayor. Y porque es bien que entendáis el que al Marqués he tenido, sabed que es ya mi marido.

ESTACIO. Celio, un siglo lo seáis, y vos le gocéis, señora, con mucho gusto y contento.

ROSAURA. Y quiero que el casamiento se entienda en el reino agora.

(1) En los impresos, "llámenle".

(2) En los impresos, "El Conde".



Mañana los Grandes junto  
y mi intento los declaro.  
ESTACIO. Como ellos lo sepan claro  
te han de obedecer al punto,  
que es muy bienquisto el Marqués;  
y si lo que es celestial  
tiene en la tierra su igual,  
sólo tu igual Celio es.  
CELIO. Gente ha venido a la calle.  
Entraos, mi bien.

ROSAURA. Celio, adiós.

LESBIA. Adiós, Conde.

ESTACIO. ¡Que los dos  
no hablemos!

ROSAURA. Dile que calle.

LESBIA. Tomá esa cinta, y creed  
que quisiera hablaros hasta...

*(Quítense de la ventana las dos.)*

ESTACIO. El cuándo no dijo. Basta,  
que es la primera merced.

*(Sale el Duque ASTOLFO y PINELO.)*

ASTOLFO. (Pinelo, si los antojos  
de mi deseo no son  
causa de aquesta ilusión,  
la Reina vieron mis ojos,  
digo, oyeron mis oídos,  
y a Celio con ella hablando.

PINELO. Es Amor que está burlando  
las fuerzas de los sentidos.  
Alguna dama sería  
y éste algún aventurero.

ASTOLFO. Si reconocerlos quiero,  
¿has de mostrar cobardía?

PINELO. Fingirme quiero valiente,  
que sé que los mismos son.

ASTOLFO. ¿Dirás que es un escuadrón  
de armas, caballos y gente?

PINELO. Acomete, que no estoy  
sin cólera como entonces.  
¿En qué mármoles o bronces  
no corta el golpe que doy?)

ASTOLFO. ¿Ah, caballeros? ¿Podremos  
llegar todos a las rejas?

CELIO. (Estacio, ¿qué me aconsejas?

ESTACIO. Que así les responderemos.)

*(Metén mano dos a dos.)*

CELIO. ¿Astolfo?

ASTOLFO. ¿Celio?

CELIO. ¿Otra vez?

ESTACIO. ¡Brava esgrima habéis buscado!

ASTOLFO. Tente tú, desatinado.

PINELO. ¡Mueran!

ASTOLFO. Calla.

PINELO. ¡Y otros diez!

ASTOLFO. ¿Agora esas valentías?

PINELO. ¡Mueran!

ASTOLFO. ¡Vive Dios, de darte!

PINELO. Con cólera no soy parte  
a reportarme en seis días.

ASTOLFO. Desvíate, bachiller,  
que eres músico rogado;  
que sin rogarle ha cantado  
cuando no fué menester.

PINELO. Pudriréme este coraje,  
pues la ejecución me niegas.

CELIO. ¿A tales ventanas llegas  
con ese discreto paje?

ASTOLFO. Mejor tú con ese amigo;  
que a mí, pues me importa poco,  
gusto de que venga un loco  
y no un discreto conmigo.  
Tú, que aquí tienes secreto,  
y por dicha en alta parte,  
haces bien de acompañarte  
del amigo más discreto.  
Que yo, que sin ocasión  
a estas rejas he venido,  
ni he buscado ni querido  
secreto ni discreción.

Y mira en los pasos que andas  
y el pensamiento que tienes,  
que al cielo más alto vienes  
y al sol los rayos demandas.  
Y aunque podellos regir  
es digno de tu valor,  
Faetón fué mucho mayor  
y subió para morir.

No seas sol que nos descubra  
su oriente sereno y raso,  
y después, en triste ocaso,  
con noche eterna se cubra.  
que te tengo voluntad  
y de tu daño me pesa.

CELIO. Si la voluntad es ésa,  
Duque, no es buena amistad;  
porque cuando yo tuviera  
tal pensamiento conmigo,  
a quien es, cual vos, amigo,  
no envidia, contento diera.  
Consejo a quien no le pide  
nunca es darle discreción,  
y más si con la razón

poco se gobierna y mide.  
 Querer vos adivinar  
 mi pensamiento y secreto,  
 si fué término discreto  
 también lo podéis juzgar.  
 Y cuando mi pensamiento  
 fuera de empresa tan loca,  
 ¿por qué parte a vos os toca  
 el llamarle atrevimiento?  
 ¿Qué parentesco os incita?  
 ¿Qué acción, qué derecho o ley?  
 ¿Qué testamento del Rey  
 o qué amor os solicita?  
 ¿Rosaura no ha de escoger  
 el marido que quisiere?  
 Pues cuando a mí me escogiere,  
 ¿quién como yo puede ser?  
 Cuanto más, que esta es respuesta  
 de vuestra mala intención,  
 que mis méritos no son  
 dignos de empresa como ésta;  
 mas cuando los tenga alguno,  
 si no le igualo, le excedo.

ASTOLFO. ¡Paso, Marqués, hablad quedo,  
 que no os excede ninguno!  
 Vos sois el mejor de todos,  
 justamente pretendéis;  
 vos la empresa merecéis,  
 vos la igualáis de mil modos  
 Vos seréis Rey, vos marido  
 de Rosaura, vos amado  
 del reino, vos respetado  
 de sus grandes, vos querido  
 y todo con gran razón,  
 y así, mirad qué mandáis.  
 Quedaréme aquí si os vais,  
 aunque no con ocasión,  
 que no la tengo, ni tuve  
 envidia de vuestro bien.

ESTACIO. El Duque responde bien.

ASTOLFO. Por responder mal estive.  
 Pero váyanse esta vez,  
 que yo sé cuándo me toca  
 ser de una empresa tan loca  
 parte agraviada y jüez.  
 ¿Mandáis que me vaya o quede?

CELIO. Quedaros, Duque, podéis.

ASTOLFO. Pues suplicoos me dejéis  
 si esto con mi amor puede;  
 que pues fuera desvarío  
 juzgar vuestro pensamiento,  
 también fuera atrevimiento

querer vos juzgar el mío.  
 (Vamos, que harto os ha sufrido.)

ESTACIO. CELIO. Que no responda me pesa.

ESTACIO. Quien tanta humildad confiesa  
 no ha dicho lo que ha sentido.)  
 (I'anse CELIO y ESTACIO.)

PINELO. ¿Qué es esto, señor? ¿Qué pudo  
 en caso de tanto honor  
 tener tu acero y valor  
 uno cobarde, otro mudo?  
 ¿A tantos atrevimientos  
 tuviste queda la mano?

ASTOLFO. ¿Quién te mete a ti, villano,  
 en juzgar mis pensamientos?  
 Estoy...

PINELO. Sacude; eso, sí,  
 vengarte en mí te conviene;  
 creo que ahora te viene  
 la cólera como a mí.  
 Hazte con un pecador  
 valiente, así Dios te guarde,  
 habiendo sido cobarde  
 con quien te quita el honor.

ASTOLFO. Si he callado, majadero,  
 vos sois el que no ha entendido  
 las piedras que yo he cogido,  
 que tirar a tiempo espero.  
 Yo buscaré la ocasión  
 de dar la muerte al Marqués.

PINELO. ¡Por Dios, linda cosa es  
 jugar de un buen antivión!  
 Ello es, sin duda, que fuiste  
 por cólera, como yo.

(ROSAURA y LESBIA, en lo alto.)

ROSAURA. (¿Celio dices que volvió  
 y que hablar aquí le oíste?)

LESBIA. Desde aquí me ha parecido  
 el que enfrente hablando está,  
 y el otro el Conde será.

ROSAURA. Y el que será tu marido.)  
 ¿Ah, Marqués?

ASTOLFO. (¡Triste de mí!  
 ¿No es la voz de la Princesa?)

ROSAURA. (De haber llamado me pesa.)  
 ¿Es Celio?

ASTOLFO. Señora, sí.

ROSAURA. Mi bien, ¿cómo no te has ido?

PINELO. (¿De qué te turbas? Responde.)

LESBIA. ¿Ah, Marqués?, llamadme al Conde.

ASTOLFO. (Pine!o, yo soy perdido.  
 Llégate y fingete Estacio.)

PINELO. Heme aquí conde de noche.  
Mañana me pongo en coche  
y voy contigo a palacio.

ASTOLFO. No te rías, que me estoy  
abrasando de pesar.)

LESBIA. Conde, ¿no queréis hablar?

PINELO. (En efeto, el Conde soy.)  
¿Señora...?

ASTOLFO. (Di mas.

PINELO. No puedo,  
menos que caer en mengua,  
que se me pega la lengua  
y estoy temblando de miedo.)

ROSAURA. Marqués, ¿qué gente venía  
denantes?

ASTOLFO. Yo, ingrata, fuí.

ROSAURA. ¿Es otro?

LESBIA. Señora, sí.

ROSAURA. Pues cierra esa celosía.

LESBIA. Astolfo me ha parecido  
en el hablar y en el talle.

(*Vanse las dos.*)

PINELO. Helo aquí echado en la calle.

ASTOLFO. Yo, ingrata Reina, yo he sido;  
yo soy quien vino y halló  
a Celio hablando contigo;  
yo soy, Reina, tu enemigo  
no más de porque soy yo.  
Yo, a quien dejas tan sin ley  
por un villano escudero,  
que fuí yo Duque primero  
que fuese tu padre Rey.  
Yo aquel que entre mil llamados  
jamás he sido escogido;  
yo, quien el tiempo he perdido  
por ganar tantos cuidados.  
Yo soy quien a mis deseos,  
con ese nombre que adoro,  
hacia mil cifras de oro  
en los pasados torneos.  
Y ya seré un vil vasallo  
del más vil competidor,  
si lo sufiere el honor  
que ha de querer remediallo.—  
Ven, Pinelo, ven tras mí,  
que voy celoso y corrido.

PINELO. La cólera le ha venido.  
Venga el Marqués, eso sí.

SALVIANO.

Dame, Propercio, prisa Feduardo,  
rey nuestro y de Sicilia, porque sueña  
que en su negocio estás remiso y tardo.

Hazaña juzga a su valor pequeña  
que le entregue a su hijo reino y mano  
aquesta hermosa Reina de Cerdeña.

PROPERCIO.

Después que de su rostro soberano  
tuvo un retrato el príncipe Tiberio,  
es de esa furia autor amor tirano.

No pienses que ha tenido otro misterio  
para que agora así te solicite,  
si no es de amor el duro cautiverio.

SALVIANO.

Rosaura ¿qué responde?

PROPERCIO.

No permite  
que la importune más.

SALVIANO.

¿Y el Rey?

PROPERCIO.

No quiere  
que un punto de ella la esperanza quite.

Y dice, en fin, que el responder difiere  
a un parlamento público que intenta;  
mas es lo cierto que por Celio muere.

SALVIANO.

Cuando a Sicilia hiciese tal afrenta  
y por este Marqués a un Rey dejase,  
su fama y reino por perdidos cuenta.

No presumas, Propercio, que quedase  
un árbol, una piedra en esta isla.

PROPERCIO.

Justo es que el Rey su afrenta castigase.

Vais todos—dice el Príncipe—y decísle  
palabras y ternezas lisonjeras,  
y de mis amenazas divertísle.

Y no la amenacéis que mis banderas  
el mar han de cubrir sobre mis naves  
cubiertas de soldados y armas fieras.

Y en queriéndola hablar razones graves  
con libertad, en fin, de mujer sola,  
responde (1) las palabras que tú sabes.

(*Vanse, y salen PROPERCIO y SALVIANO, embajadores  
del Rey de Sicilia.*)

(1) En los impresos, "a responder", que no tiene  
sentido.

Y si una vez sus lienzos enarbola  
contra Sicilia, en el valor fiada  
de la gente francesa y española.  
¿qué piensa el Rey hacer con tanta armada?  
¿No es mejor que la venza con terneza,  
pues es mujer y no ha de amar forzada?

SALVIANO.

Puesto que el Rey pretenda con fiereza  
forzalla a que se case con su hijo,  
que uno ama el reino y otro la belleza,  
¿no hemos de hacer, Propercio, lo que dijo?  
Que la mujer se vence con blandura  
y el pensamiento más rebelde y fijo.  
Aconséjete en esto la cordura  
que en otros casos graves has tenido,  
y así saldrás con lo que el Rey procura.

PROPERCIO.

Salviano, donde amor ciega el sentido,  
a toda persuasión le falta fuerza,  
y esta la causa principal ha sido.

No hay propósito firme que no tuerza  
el amor que tenemos por contrario,  
que a dar el reino a Celio amor le esfuerza.

Es en el testamento voluntario  
el escoger marido a su contento,  
no haciendo el reino ajeno y tributario.

Y así tengo por cierto fundamento  
que se dará al Marqués, por ser gallardo,  
y cumplirá del Rey el testamento.

SALVIANO.

No iré yo con la nueva a Feduardo,  
que ya a Cerdeña con Sicilia junta.

PROPERCIO.

Esta respuesta solamente aguardo.

(*Salen RAIMUNDO y CLARIDENO, grandes de Cerdeña.*)

RAIMUNDO.

(Basta, que madrugaron a la junta  
los dos Embajadores sicilianos.

CLARIDENO.

Si aguardan hoy respuesta les pregunta.)

PROPERCIO.

(Los Grandes vienen.)

RAIMUNDO.

(Sus intepptos vanos  
tendrán hoy la respuesta que merecen,  
y nosotros las armas en las manos.

CLARIDENO.

Crecen en culpa y en soberbia crecen.)

(*LEARDO y ESFERIO, grandes.*)

LEARDO.

(Qué temprano a la junta habéis venido;  
pero primero los demás se ofrecen.

ESFERIO.

Cada uno viene de interés movido  
y no de pocas esperanzas lleno.

LEARDO.

La de Sicilia no pequeña ha sido.)

ESFERIO.

¡Oh, Raimundo famoso! ¡Oh, Clarideno!  
¡Oh, Embajadores ínclitos, juntados  
para el bien propio y el sosiego ajeno!

Tomad esos asientos señalados,  
que hoy la Princesa nos promete el día  
que habemos de quedar desengañados.

CLARIDENO.

De esta rendida y singular porfía  
deseamos los propios y extranjeros  
lo que la Reina dilatar solía.

SALVIANO.

Ya permitiese el Cielo, caballeros,  
que a nuestro Rey Rosaura se inclinase,  
cuyos méritos son de los primeros,  
y que estas islas el amor juntase,  
como las almas, en un reino solo;  
que como con el Príncipe se case,  
el más feliz será de polo a polo.

(*Sale acompañamiento, y ROSAURA detrás; sentaráse  
en medio de todos y dirá así:*)

ROSAURA. De vuestros ruegos movida,  
puesto que el propio provecho  
a responderos convida,  
salgo a mostraros mi pecho  
determinada y vencida.  
Para aquesto os he llamado,  
nobles Grandes de mi Estado,  
y a los de Sicilia y todo,  
quedará a un tiempo y de un modo  
lo que ha de ser decretado.

RAIMUNDO. Señora, si el testamento  
de tu padre, muerto, ha sido  
inviolable fundamento  
que escojas a tu contento  
nuestro Rey y tu marido,



hoy no tiene autoridad  
con tu gusto y libertad  
quien te fuerce (1) o solicite,  
porque todo se remite  
a sola tu voluntad.

CLARIDENO. Es tu entendimiento tal  
y la noticia también  
de tu valor natural,  
que a ninguno estará mal  
lo que has de escoger tan bien.

Licencia tienes que sea  
el que tu alma desea,  
si has de tener propio cuyo,  
porque en valor como el tuyo  
no ha de haber cosa fea.

LEARDO. Cuando a tu contento importe  
escoger un caballero  
de los muchos de tu corte,  
a ver el suyo primero  
tu propio valor te exhorte,  
que como en deudo o valor  
el tuyo iguale y Amor  
tanto bien le quiera hacer,  
el reino le ha de tener  
por absoluto señor.

ESFERIO. Si hacer elección quisieses  
de tus deudos, hallarías  
condes, duques y marqueses.  
sin que por extrañas vías  
a reinos extraños fueses.  
Yo no te aconsejo nada;  
pero la contraria espada  
no altere tu pensamiento  
para hacer tu casamiento,  
que no has de casar forzada.

PROPERCIO. Puesto que estos caballeros  
a su natural se inclinan,  
para su bien lisonjeros,  
y en tu daño no imaginan  
de nuestro Rey los aceros,  
vuelve, hermosa Reina, a ver  
de Feduardo el poder  
y de Tiberio el amor,  
y verás que es su valor  
el más digno de escoger.

SALVIANO. No tengas por amenaza,  
Rosaura bella, la guerra  
que el Rey a su reino aplaza,  
sino el grande amor que encierra

y al que estas islas abrasa.  
El no te quiere por fuerza;  
mas si la afrenta le esfuerza  
de no le escoger, no dudes  
que el amor en odio mudes  
y que el propósito tuerza.

RAIMUNDO. Cuando le mude, ¿qué importa?  
¿Es acaso nuestra espada  
de menos temple o más corta?  
¿Qué arrogancia tan pesada!

ROSAURA. Raimundo, el hablar reporta.

RAIMUNDO. ¿Qué hay que reportar, señora?  
¿Son los de Sicilia agora  
los gigantes que solían?  
¿En qué arrogancia se fían  
de esta libertad autora?  
Todo es armas y amenazas  
para disuadir las trazas  
de tu remedio y el nuestro.  
Pues esta espada que os muestro  
no tiene pesos ni razas;  
y todas como ella son;  
que cuando quieras huir  
de su injusta pretensión,  
siete mil verás salir  
de este acero y condición.

SALVIANO. Si es industria la que intentas  
para decir que va errada  
la Reina o el Rey, ¿qué afrentas?  
¿Por qué me enseñas la espada  
y en mostrándola te sientas?  
¿No era mejor que de aquí  
te salieras?

RAIMUNDO. Ven tras mí.

ROSAURA. Nadie salga de aquí afuera,  
pena de la vida.

LEARDO. Espera;  
la Reina lo quiere así.

ROSAURA. ¿Así guardáis el respeto  
debido a quien soy?

RAIMUNDO. No soy  
tan bárbaro y indiscreto.  
Rendido a tus pies estoy.

SALVIANO. Y yo para el mismo efeto.

ROSAURA. Sentaos.

CLARIDENO. Aquestos gallardos,  
a hablar prestos, a obrar tardos.

ROSAURA. ¿Quieres callar?

ESFERIO. No te alteres.

CLARIDENO. (Piensan que somos mujeres  
los fuertes corzos y sardos.

PROPERCIO. Si la Reina no lo ataja,

(1) En los textos, "quien te ofrece", que no forma sentido.

con ser de tu propio voto,  
aunque nos tengan ventaja  
hoy todo el reino alboroto.

SALVIANO. Déjame hacer.

PROPERCIO. La voz baja.

SALVIANO. Bajaréla, y no la espada,  
que se ha de ver prestoalzada.)

LEARDO. (Hablando los dos están.

RAIMUNDO. De su temor hablarán;  
lo demás no importa nada.)

ROSAURA. En consejo de mujer  
no es de valerosos hombres  
mostrar soberbio poder;  
mas muchos tienen los nombres  
y pocos tienen el ser.

No quiero airada mostrarme  
ni, cual pudiera, vengarme,  
sino hacer de mi intención  
más breve resolución  
y en mi opinión declararme.  
Y así, digo que es mi gusto,  
pues lo es de mi padre así,  
dar fin a tanto disgusto  
nombrando un rey para mí  
que le venga al reino al justo.  
Y éste de mi patria es,  
que no me obliga interés  
ni el temor de Feduardo.  
Sardos, rey tenéis gallardo;  
Celio es Rey, Celio el Marqués.

CLARIDENO. Si de Clarideno el voto  
tiene crédito en el reino,  
mejor es que un rey remoto.

ROSAURA. Adonde yo mando y reino  
no hay que temer alboroto.

RAIMUNDO. Tu opinión sigue Raimundo.

LEARDO. Y Leardo, contra el mundo.

ESFERIO. Y Esferio lo mismo afirma.

SALVIANO. (Si eso la Reina confirma,  
¿en qué esperanza me fundo?)  
Cómo, señora, ¿no ves  
que ese amor tu daño es?

ROSAURA. No me repliques en esto.

RAIMUNDO. Publíquese al reino presto.

TODOS. ¡Celio es rey!

ESFERIO. ¡Viva el Marqués!

DENTRO. ¡Celio es rey!

TODOS. ¡Mil años viva!

LEARDO. Y tú que con él te goces.

CLARIDENO. Esto a Sicilia se escriba.

DENTRO. ¡Celio es rey!

ROSAURA. ¡Qué alegres voces!

ESFERIO. Amor sobre todo priva.

SALVIANO. Tu gusto, en efeto, has hecho.

ROSAURA. A ese estoy más obligada.

SALVIANO. Sentirás presto el provecho.

RAIMUNDO. Ya te he enseñado la espada.

SALVIANO. Y yo te he enseñado el pecho.

RAIMUNDO. Pues vete y como quisieres.

ROSAURA. Déjalos ir y no alteres,  
Raimundo, mi pretensión.

PROPERCIO. ¡Oh, qué gentil escuadrón  
si no fuera de mujeres!

SALVIANO. ¡Triste Cerdeña, y qué presto  
tendrás tu castigo justo  
dejando el partido honesto!)

LEARDO. Murmuran.

ROSAURA. Este es mi gusto;  
ya quedo resuelta en esto.

SALVIANO. ¡Oh, Propercio, y cuán en vano  
contra el amor de una hembra  
resiste el poder humano!

PROPERCIO. Ya sé que en la arena siembra  
y el viento coge en la mano.  
Confuso parto a Tiberio.

SALVIANO. La fuerza del vituperio,  
de que llevas testimonio,  
le hará que sin matrimonio  
gane mejor este Imperio.)

(Vanse PROPERCIO y SALVIANO.)

RAIMUNDO. Irán los dos dando trazas  
de alojar sus escuadrones  
por estas calles y plazas.

ROSAURA. Ni me ofenden sus razones  
ni estimo sus amenazas.  
A mis fiestas se aperciba  
quien en darme gusto estriba  
y el reino de varios modos.  
¡Celio es Rey!, decildo todos.

TODOS. ¡Celio es Rey!

DENTRO. ¡Mil años viva!

(Salga CELIO, muy galán.)

CELIO. A besar vengo tus pies,  
si soy digno de besallos.

RAIMUNDO. Mejor será que los des  
a tus dichosos vasallos.

ROSAURA. Ya sois Rey, señor Marqués.

CELIO. Soy vuestro esclavo este día  
y vos, dulce Reina mía,  
siempre mi señora y bien.

CLARIDENO. Ya damos el parabién  
de alteza a tu señoría.

ESFERIO. Mil años viváis casados  
con alegre sucesión  
y bien de vuestros Estados.

CELIO. ¡Que soy Rey!

LEARDO. Y con razón  
electo entre mil llamados.

CELIO. El reino, que al fin es cosa  
que el mundo me pudo dar,  
no es en extremo dichosa,  
sino el merecer gozar  
de una Reina tan hermosa.  
Aquí sube el pensamiento  
al mayor merecimiento.  
De esto, señora, estoy loco.

ROSAURA. Todo para Celio es poco.

CELIO. Pues no lo estoy, no lo siento.

ROSAURA. Marqués... pero perdonad,  
que Rey os iba a decir.

CELIO. Reina, Marqués me llamad,  
que al Marqués debo el subir  
de Marqués a Majestad.  
Si lo hacéis por humillarme,  
no es menester acordarme  
lo que fui ni lo que soy;  
más humilde agora estoy,  
más pienso Marqués llamarme.  
Mas ¿qué me mandáis?

ROSAURA. Entremos,

que allá dentro lo sabréis;  
que la ciudad hace extremos,  
y es justo, si vos queréis,  
que en público los hablemos.

CELIO. En mi voluntad cautiva,  
como en una tabla escriba  
la vuestra su gusto y ley.

ESFERIO. ¡Viva Celio!

TODOS. ¡Celio es Rey!

DENTRO. ¡Celio viva! ¡Celio viva!

(*Vanse, y salen el Duque Astolfo y Pinelo, criado.*)

ASTOLFO.

¿Has, por ventura, oído los pregones,  
Pinelo amigo, de mi muerte fiera?  
¿Has oído las voces y el aplauso  
con que han llamado Rey al marqués Celio?  
¿Has visto cómo Celio es Rey? ¿Has visto  
cómo de Celio soy vasallo infame?  
¿Has visto cómo todos dicen “¡Viva!”?  
¿Has visto cómo goza la Princesa?  
Pues hoy verás mi muerte desdichada  
o el fin amargo de sus dulces días.  
Testigo es Dios que el interés no mueve

ni la codicia de reinar tampoco  
aqueste pecho, a quien amor abrasa;  
abrasa, amigo, amor aqueste pecho.  
Yo muero por Rosaura, ella es mi vida.  
Celio la goza, Celio la posee.  
Esta es mi envidia, aquestos son mis celos.

PINELO.

Si se prueba, señor, en las fortunas  
el ánimo del hombre valeroso,  
¿cómo te falta a ti, que lo eres tanto?  
Ya es Celio rey, ya goza la Princesa.  
Las cosas sin remedio no le tienen  
con vano sentimiento ni flaqueza,  
y el sabio los trabajos sin remedio  
con discreta paciencia disimula,  
pues no hay cosa más vil que dar venganza,  
pudiéndolo excusar, al enemigo.  
Busca entretenimientos a tu pena,  
haz mal a tus caballos (1) belicosos  
o sal a caza al campo con tus pájaros;  
vuela el milano vil, la sutil cuerva,  
la pintada perdiz o, con los perros,  
sigue el venado, el corzo, el oso, el gámo,  
el jabalí...

ASTOLFO.

No pases adelante,  
que de mi mal la calidad conozco  
en que tú hayas venido a aconsejarme  
y a mostrarte filósofo conmigo.  
Toma esta llave y saca de dos cofres  
cincuenta mil ducados en escudos  
y todas las demás joyas que tengo,  
y en una nave que en el puerto queda  
hallarás un patrón llamado Curcio,  
a quien lo entregarás, que está avisado,  
y ha de esperarme; porque al mediodía,  
desesperado, voy, Pinelo, a España.

PINELO.

Pues ¿cómo? ¿Sin dar parte a tus amigos?  
¿Sin avisar tus deudos? ¿Sin que entiendan  
tan sublime mudanza tus vasallos?

ASTOLFO.

No me has de replicar sola una sílaba,  
si no es que tienes de morir deseo.

PINELO.

Yo te obedeceré, pero...

(1) En los impresos, “vasallos”, que es un disparate.

ASTOLFO.

Camina.

PINELO.

¿Aguárdote en la nave?

ASTOLFO.

Allí me aguarda.

PINELO.

(A un loco, y más cuando furioso ande,  
es seguille el humor cordura grande.)

(Vase PINELO.)

ASTOLFO.

Si como fuiste extremo de hermosura  
del corzo mar a la ribera Anaura,  
ingrata bella y celestial Rosaura,  
no lo fueras en ser áspera y dura,  
no se acabara en tanta desventura  
de mi corto vivir la vital aura;  
que a pérdida que el tiempo no restaura  
vana paciencia la razón procura.

Alegre estás con tu dichoso amante,  
sin ver que de tu música soy pausa,  
cuya tragedia en tu vitoria empieza.

Que como con la sangre en el diamante,  
así, con sangre del que da la causa,  
ablandarán mis celos tu dureza.

(Sale CELIO.)

CELIO. Ya mi alma te importuna  
a que te quedes atrás;  
no quiero que subas más,  
no me acompañes, fortuna.  
Fortuna, déjame ya;  
otra levantar porfía,  
que no quiero que la mía  
suba más alta que está.  
¿Qué lugar más eminente  
me pueden dar tus abrazos  
que a Rosaura en estos brazos  
y su corona en mi frente?  
Otro abraza, otro levanta,  
que ya no te he menester  
si no es para no caer  
de cielo y fortuna tanta.  
Grande lealtad me has tenido  
para ser mujer sin ley;  
ayer fui Marqués, hoy Rey;  
ayer amante, hoy marido.  
Ea, dichosos criados  
de tan venturoso dueño,

no lo tengáis como sueño,  
de un Rey sois todos criados;  
vestíos ricos libreas  
de una esperanza cumplida.

ASTOLFO.

Como escapas con la vida,  
bien es que tus glorias creas.

¿Eres tú quien sin valor,  
justicia, derecho y ley  
presume de ser mi Rey  
y de este Imperio señor?  
¿Eres tú el loco que sueña,  
por lo bizarro y galán,  
siendo Marqués de Pulán  
llamarse Rey de Cerdeña?  
¿Eres tú, Celio, quien hizo  
sujeto a tal vituperio,  
con sobornos un Imperio  
y una mujer con hechizo?  
¿Eres tú quien un caballo  
apenas sabe regir,  
y que a Astolfo ha de oprimir  
con título de vasallo?

¿Eres tú quien la Princesa  
esta noche ha de gozar,  
que más que en verte reinar  
del bien que gozas me pesa?  
Pues a tiempo me has venido,  
que te he de dar a entender  
que ni mi Rey puedes ser  
ni de Rosaura marido.

Celio, esta es sola mi espada  
y este mi desnudo pecho.

CELIO.

Tú intentas, Astolfo, un hecho.  
Sosiega, tenla envainada.

ASTOLFO.

¿Cómo así? Qu'en esto intenta,  
sin matar o sin morir,  
¿la ha de volver a cubrir  
de esta vaina y de esta afrenta?  
Concluye presto.

CELIO.

Concluyo

con decir que te está mal,  
siendo tan noble y leal,  
querer matar al Rey tuyo.  
Primero que tu Rey fuese  
matarme fuera razón;  
mas siendo Rey es traición.

ASTOLFO.

Muy buen argumento es ése.  
Que si yo no he consentido  
en lo que está declarado,  
si por Rey no te he jurado  
ni en la elección asistido;  
si no he besado tu mano,



¿por qué injustísima ley  
quieres que te llame Rey  
como si fuera villano?  
Antes es claro argumento  
que es contra derecho mío,  
pues aquí te desafío  
y tu elección no consiento.  
Que si del reino al más noble,  
no habiendo Rey extranjero,  
toca el gobierno, ése espero,  
pues lo soy más que tú al doble.

CELIO.

Por que veas si es verdad  
que lo soy por justa ley,  
no quiero aquí, con ser Rey,  
usar de mi autoridad.  
Que bien pudiera dar voces  
a mi gente si quisiera  
que mil pedazos te hiciera  
con sus cuchillas feroces.  
Mas para un hombre, y tal hombre,  
que traidor a su Rey es,  
no soy Rey, sino Marqués;  
Marqués soy, Celio es mi nombre  
y este es mi pecho y mi espada.

ASTOLFO.

En ser Rey y yo traidor,  
mientes.

CELIO.

Hacer es mejor,  
que el hablar no importa nada.

ASTOLFO.

¿Tú a Rosaura, perro?

CELIO.

¡Ay, Cielo!  
¡Muerto soy!

ASTOLFO.

Si ése me ayuda,  
no pongo este reino en duda.

(Huye ASTOLFO.)

CELIO.

Caí desde el sol al suelo.  
¿De qué me sirvió la suerte  
de ser de Rosaura esposo,  
pues ningún hombre es dichoso  
hasta después de la muerte?  
¡Qué presto fui Rey! ¡Qué presto  
dejé de ser Rey! Hoy fui  
cometa que me encendí  
para acabarme más presto.  
Fui sol al anochecer  
y lirio junto al arado.

(Sale el CONDE ESTACIO.)

ESTACIO.

Con la mudanza de estado  
mudará de parecer,  
que aún no le he podido hallar  
para dalle el parabién.

CELIO.

¡Oh, hermosa Reina! ¡Oh, mi bien!

ESTACIO.

¿Es Celio a quien oigo hablar?  
¡Ay de mí! Celio, ¿qué es esto?  
¿Eres tú?

CELIO.

Conde querido,  
yo soy el que Rey he sido,  
sino que lo fui muy presto.

ESTACIO.

¿Estás herido?

CELIO.

De muerte.

ESTACIO.

¿Quién te hirió?

CELIO.

Astolfo.

ESTACIO.

¡Oh, traidor!

CELIO.

Antes con mucho valor.

ESTACIO.

¿Con valor? Pues ¿de qué suerte?

CELIO.

Riñendo bien, aunque mal,  
pues me mató sin razón.

ESTACIO.

¿Y eso no llamas traición?

CELIO.

Con celos no hay hombre leal.

ESTACIO.

¡Que aquí pararon sus celos!  
Si vengarte no pensara,  
sobre esta espada me echara.

CELIO.

Mejor te guarden los Cielos.

ESTACIO.

¡Ah, gente de palacio! ¡Ah, triste gente!  
¡Ah, reino desdichado, que en un punto  
de tanto bien veniste a tanto daño  
y de tan justas fiestas y alegrías  
a tantas penas y a tan justas lágrimas!  
Y sobre todos ellos, Reina triste,  
triste Rosaura, ven a ver tu esposo;  
Princesa desdichada, ven, ¿qué aguardas?  
Goza siquiera del postrero aliento,  
de la postrera voz y, por ventura,  
de la postrera lumbre de estos ojos  
que a tanta prisa eclipsa y entristece  
para siempre jamás la muerte dura.

(Salen RAIMUNDO, ESFERIO, LEARDO, CLARIDENO.)

RAIMUNDO.

¿Qué es esto, Conde? ¿Qué alboroto es éste?

ESTACIO.

¡Oh, valiente Raimundo! ¡Oh, fuerte Esferio!  
¡Oh, Leandro famoso! ¡Oh, Clarideno! [to!  
¡Muerto es el Rey! ¡El marqués Celio es muer-

RAIMUNDO.

¡Muerto! ¿Qué dices?

ESFERIO.

¡Muerto! ¡Ay, triste! Mírale.

RAIMUNDO.

¡Ah, mi señor! ¡Ah, Rey! ¡Ah, Celio! ¡Oh, pasado tiene el pecho de una herida, [Cielos, por donde ya la vida salir quiere!

LEARDO.

¿Que Celio hoy reina y muere? ¡Triste mozo!

ESTACIO.

Ansí el humano gozo se deshace;  
ansí la flor que nace se marchita.

(Salen ROSAURA y LESBIA.)

ROSAURA.

Déjame, suelta, quita, no me tengas.

LESBIA.

Razón será que vengas como debes.

ROSAURA.

¡Ay, tristes horas, breves de contento,  
que para mi tormento y en mis males  
seréis más que inmortales, si ser puede!

ESTACIO.

Este dolor excede a los sentidos;  
y así, tan divertidos me ocuparon,  
que lugar no dejaron al discurso  
por dónde lleva el curso el homicida.  
No quedará con vida. ¡Astolfo muera!

ESFERIO.

¿Astolfo?

ESTACIO.

El mismo.

ESFERIO.

Espera.

ESTACIO.

Ven conmigo.

(Vase metiendo mano ESTACIO.)

LEARDO.

A matarle te sigo. ¡Muera Astolfo!  
Al mar, al mismo golfo he de arrojarle.

RAIMUNDO.

¿Y no he de aventurarme yo a lo mismo?  
Que al mismo eterno abismo me arrojava.  
¡Oh, Clarideno, ampara la Princesa  
mientras la furia cesa del tormento!

(Vanse todos; queda CLARIDENO con ellas.)

CLARIDENO.

Que aquí me dejes siento; pero parte,  
que yo por otra parte iré a seguirte.

ROSAURA.

¿Qué puedo ya decirte, esposo mío,  
mientras helado y frío te contemplo,  
sino que soy ejemplo de desdichas  
y que todas mis dichas se acabaron?  
¡Qué poco me duraron, Celio amigo,  
los bienes que contigo imaginaba!

CELIO.

Ya mi vida se acaba, esposa mía.  
En el postrero día de mis años  
conozco los engaños de esta vida,  
puesto que el alma asida con los lazos  
de tus hermosos brazos se detiene;  
mas ya la muerte viene y me amenaza.

ROSAURA.

¡Ay, Lesbia, aquí me abraza! ¡Yo soy muerta!

LESBIA.

Mas ¿la de Celio es cierta?

CLARIDENO.

¡Joven triste,  
que como llama fuiste vuelta en humo!

ROSAURA.

En llanto me consumo, en rabia, en fuego.  
Con tal desasosiego ¿cómo vivo?  
¿Cómo ya no apercibo el instrumento  
que acabe este tormento con la vida?  
¿No hay una cuerda asida que esto haga?  
¿No hay una brasa o daga?—¡Suelta, necia!  
¡Porcia soy! ¡Soy Lucrecia!

LESBIA.

¡Ah, mi señora!

ROSAURA.

Déjame, Lesbia, ahora, que es muy justo  
que muera. Morir gusto, mi bien muerto.

LESBIA.

Ello será muy cierto.

CLARIDENO.

Ve tras ella.

LESBIA.

No puedo detenella.

CLARIDENO.

Ve, y en tanto,  
deshecho en tierno llanto, pena y luto,  
llevaré este tributo de la tierra.

¡Oh, cuánto el hombre yerra;  
que se imagina bienaventurado,  
pues no hay seguro estado;  
que el Rey y el pobre de una misma suerte,  
mientras viven caminan a la muerte!

(Lleva a CELIO en brazos, con que se da fin al primer acto.)

## ACTO SEGUNDO

(ASTOLFO, PINELO, CURCIO, patrón de la nave, digan dentro:)

ASTOLFO. Echa la barca, patrón,  
y tomemos cualquier tierra.  
CURCIO. Esa es ya mi pretensión.  
ASTOLFO. Pues ¿qué tardas? Desafierra.  
CURCIO. Gente he visto. Moros son.  
ASTOLFO. Tras la pasada fortuna  
no temas otra ninguna.  
La vida quiero no más.

(Salgan.)

CURCIO. En tierra, señor, estás,  
si la vida te importuna.  
ASTOLFO. Esta quiero dondequiera.  
PINELO. ¿Es posible, Cielo santo,  
que ya del mar estoy fuera?  
ASTOLFO. ¿Qué miras?  
PINELO. De ver me espanto  
aquesta playa y ribera.  
CURCIO. ¿Qué hay que mirar? En Argel  
habemos dado.  
ASTOLFO. Si es él.  
paciencia, cautivo soy. (1)  
PINELO. ¡Par Dios, bien medrado estoy!  
¡Ah, mar furioso y cruel,  
bien guiaste a Barcelona,  
pues a Argel nos has traído!  
CURCIO. El mar lo causó, perdona.  
ASTOLFO. ¡Qué bravo muro!  
CURCIO. Escogido.  
Toda esta playa corona.  
PINELO. Agora mira los muros.  
¿En qué ventanas seguros  
te parece a ti que estamos,  
sino en parte que esperamos  
prisiones y hierros duros?  
ASTOLFO. Pinele, si ya está hecho,  
¿de qué sirve lamentarme?

¿No es mejor hacer buen pecho?  
¿Puedo yo del mar quejarme,  
de su golfo ni su estrecho?  
¿Quieres que del viento inorme  
sin sentido quejas forme?

PINELO. No; pero busca remedio,  
que estás del peligro en medio  
y con la muerte conforme.  
ASTOLFO. ¡Qué remedio! No es muy justo,  
escapando de la muerte,  
sufrir el menor disgusto.  
PINELO. ¿Contento estás de esa suerte?  
ASTOLFO. Vivo, al fin; de vivir gusto,  
porque espero con la vida  
que no habrá daño que impida  
una vitoria que emprendo.  
PINELO. Menos agora te entiendo.  
ASTOLFO. La ocasión de la partida.  
PINELO. Ya, ya. Disimula, pues,  
que no será de provecho  
que entienda el patrón lo que es.  
ASTOLFO. Esto, Curcio amigo, es hecho.  
Remedio es bien que nos des.  
Mira tú de qué manera,  
llegados a la ribera  
de estos moros africanos,  
hallaremos en sus manos  
menos que la muerte fiera.  
CURCIO. Una industria se me ofrece,  
que en los hombres de la mar  
siempre en los peligros crece.  
ASTOLFO. ¿Puédeme ésa remediar?  
CURCIO. A mí así me lo parece.  
ASTOLFO. Pues como tú la divises,  
sólo resta que me avises;  
que ya yo sé que en herencia  
dejó su astucia y su ciencia  
a los pilotos Ulises.  
CURCIO. Creo que es dificultosa.  
ASTOLFO. No la habrá tan espantosa  
que el duque Astolfo no intente,  
y en el peligro presente,  
si no es fácil, es forzosa.  
PINELO. Tú nos meterás en algo  
que tengamos bien que hacer.  
CURCIO. Mal conoces lo que valgo.  
La vida quiero perder  
si con la industria no salgo.  
PINELO. ¿No es mejor buscar sustento?  
Que pierdo el entendimiento  
de la hambre que he sufrido.  
ASTOLFO. Curcio, este necio ha venido

(1) En los textos, "estoy".

a intentar mi perdimiento.  
Apártate aquí conmigo  
y dime lo que he de hacer  
sin que éste lo entienda.

CURCIO. Digo  
que hoy por mi mano has de ser  
de este Rey deudo y amigo.

ASTOLFO. ¿Cómo?

CURCIO. Este tuvo un hermano  
de diez años, que en rehenes  
ofreció al Turco otomano,  
de quien ya noticia tienes,  
por hacer el feudo llano.  
A Constantinopla iba  
el niño bello y hermoso,  
cuyo nombre era Ardaliba,  
con un bajá riguroso  
y en brazos de una cautiva,  
cuando un cosario le asalta  
de la religión de Malta,  
y, muerto el bajá y la gente,  
guarda el niño solamente.

ASTOLFO. Prosigue, di lo que falta.

CURCIO. Llevóle a Francia a su Rey,  
que era francés, donde el mozo  
tomó la cristiana ley  
con general gusto y gozo,  
pero a pesar de Muley.  
Allí, en fin, hombre se ha hecho,  
donde Muley, sin provecho,  
por el valor que ha mostrado,  
con cartas ha procurado  
vencer su cristiano pecho.  
Mas como no aprovechase,  
a cualquier cristiano o moro  
que le prendiese o hurtase  
ha prometido un tesoro,  
y si es moro, con quien case.  
Tú has de fingirte su hermano  
y yo un cosario cristiano  
que en un jardín, junto al mar,  
te pude un día robar  
con gente o con propia mano.  
Y quedarás de esta suerte  
libre de prisión y muerte,  
y mejor para escaparte  
cuando en más segura parte  
puedas con nosotros verte.

ASTOLFO. Temeraria cosa dices.  
Mas para que solenices  
el ánimo de este pecho,  
digo que por mí ya es hecho.

PINELO. ¿Hay más que me martirices?  
¿Piensas que no te entendí?  
Pues ¿cómo, señor, agora  
intentas perderte así?

ASTOLFO. Todo mi remedio ignora.  
Partamos, Curcio, de aquí.

PINELO. ¿Dónde vas?

CURCIO. No le respondas.

PINELO. ¿Es justo que correspondas  
a quien eres de esa suerte?  
¿Moro presumes hacerte?

CURCIO. Quiero que el dinero escondas.

ASTOLFO. ¿Dónde?

CURCIO. Junto a la ciudad,  
para que sacallo puedas  
en teniendo libertad.

PINELO. ¿Que moro volverte puedas!

¿Hay mayor temeridad?

CURCIO. Enseña a Pine-lo el caso,  
porque si en él no se enseña  
dirá al Rey, al primer caso,  
que eres un Duque en Cerdeña.

PINELO. ¿Qué hambre entre moros paso!

ASTOLFO. Pine-lo, escucha.

PINELO. ¿Qué quieres?

ASTOLFO. Oye al oído.

*(Habla el DUQUE a PINELO al oído.)*

CURCIO. ¡Oh, Fortuna!

Si aquí como sueles eres,  
no hagas mudanza alguna  
de las que suelen mujeres.  
Remedia este Duque pobre,  
pues es tan justo que cobre  
el remedio que te pido.

ASTOLFO. ¿Qué dices? ¿Hasme entendido?

PINELO. Si es tu gusto, baste y sobre;  
mas mira que esta invención  
con que a un Rey a engañar vienes  
no sea tu perdición.

ASTOLFO. Calla, necio, que no tienes  
minuto de corazón.

CURCIO. ¿Sabe ya lo que ha de hacer?

ASTOLFO. Así lo quisiese hacer  
como es para engaños hombre.

PINELO. ¿Tengo de mudarme el nombre?

CURCIO. Sin duda.

PINELO. Y ¿cómo ha de ser?

CURCIO. Lllamaráste Artemidoro.

PINELO. ¿Y tú?

CURCIO. Yo me llamaré  
Calandrino.

PINELO. Y del tesoro,



¿qué parte después tendré?  
 CURCIO. El quinto de plata y oro.  
 ASTOLFO. Mirad que el engaño estriba  
 en que esto bien se aperciba.  
 CURCIO. Yo soy Calandrino, tu amo.  
 PINELO. Yo Artemidoro me llamo.  
 ASTOLFO. Y yo me llamo Ardaliba.

(*Vanse. Salen MULEY SELECO, rey de Argel, y ADAJA, mora.*)

SELECO.

¿No te agradó la caza?  
 Ninguna cosa mía hacello puede,  
 o hecha por mi traza.  
 ¿Tanto mi amor a tu desdén excede?  
 ¿Qué es esto, Adaja mía?  
 ¿Quién roba de mis ojos tu alegría?  
 ¿Por qué sin sol me dejas  
 en noche eterna de pesar y llanto?  
 Mis celos y tus quejas  
 no es justo que en mi daño puedan tanto.  
 Bien sabes que no vivo  
 vida de rey, sino de vil cautivo.  
 ¿En qué tengo ofendido  
 ese divino y soberano rostro?  
 ¿Qué tengo cometido,  
 pues cuando humilde a su rigor me postro  
 menos perdón merezco?  
 ¿Qué ofendo o niego a quien el alma ofrezco?

ADAJA.

Si tienes conocida  
 el afición que tengo a los cristianos  
 y que daré mi vida,  
 si es de algún precio en tus avaras manos,  
 por el menor que vea  
 que libertad de su prisión desea.  
 ¿por qué los que te pido  
 me niegas, para sólo disgustarme,  
 tan libre y atrevido,  
 y dices que no tengo de quejarme  
 razón ni causa alguna  
 de ti, de mí, de Amor y la fortuna?

SELECO.

Si ha sido tu disgusto  
 negarte aquel esclavo, él y otros ciento  
 que vayan libres gusto,  
 y hasta que tomen puerto y salvamento  
 dentro de Cartagena  
 no te quiero pedir palabra buena.

Que si de los cristianos  
 eres con tal pasión aficionada

y tengo de tus manos  
 la vida, el alma y la razón colgada,  
 no quiero yo ofendellos  
 para que en ellas no te vengues de ellos.  
 ¿Estás contenta de esto?

ADAJA.

Agora sí que muestras, Rey dichoso,  
 con ese presupuesto  
 tu pensamiento fácil y amoroso,  
 en quien mi amor imprime  
 cualquiera cosa que mi alma estime.  
 Y así, no habrá ninguna  
 que te pueda negar de aquí adelante

SELECO.

Dichosa mi fortuna,  
 ya que la de ser Rey no fué bastante,  
 pues con tan bajo precio  
 me ofreces lo que más estimo y precio.  
 ¿Qué perlas de grandeza  
 no vista de los ojos de los hombres?  
 ¿Qué piedras, qué riqueza  
 o qué animales de inauditos nombres?  
 ¿Qué fénix rara y sola  
 o el fuego en que se apura y acrisola?  
 ¿Qué vellocino de oro?  
 ¿Qué manzanas hespéridas? ¿Qué hazaña  
 de algún dragón o toro,  
 sino un esclavo vil que allá en España  
 peor vida ha tenido  
 por ser de padres sin valor nacido?

De hoy más tú, hermosa Adaja,  
 para que salgan los que tú deseas,  
 a las prisiones baja  
 y sean libres como tú los veas;  
 que serlo es justa cosa  
 quien viere el rostro de una reina y diosa.

Y pues el Rey que miras  
 también te mira y es también esclavo,  
 sosiéguese las iras,  
 y aquesta ley que de firmar acabo  
 también para mí valga  
 para que libre de mis hierros salga.

ADAJA.

¿Que ser libre deseas?  
 De esa manera quíeresme forzado.

SELECO.

¿Y eso es justo que creas  
 siendo tú la prisión de mi cuidado?  
 Digo que ya confieso  
 que viendo el rostro al Rey quiero ser preso.

Entiéndase en cristianos  
aquesta ley y no para conmigo.

ADAJA.

Quiero besar tus manos.

SELECO.

Daráme el Cielo, y con razón, castigo.  
Alza, mi bien, del suelo,  
que esa humildad merece sólo el Cielo.

(Sale LEACÉN, moro.)

LEACÉN.

Deme tu alteza albricias, Rey invicto.

SELECO.

¿De qué, Leacén amigo, y tan alegre?  
¿Ha tenido, por dicha, algún cosario  
alguna presa o célebre vitoria?

LEACÉN.

La mayor que desear te ha venido  
por las famosas manos de un cristiano;  
que en la arenosa playa de Marsella,  
donde Ardaliba, tu gallardo hermano,  
pasar quería en una nave a Génova,  
por engaño le trajo adonde es cierto  
que le han visto mis ojos y que puedes  
ahora verle con los propios tuyos.

SELECO.

¡Oh, gracias a Mahoma poderoso  
hoy se cumple el mayor de mis deseos!  
¿Adónde está mi hermano?

LEACÉN.

Sólo aguarda  
a que le des licencia para verte.

SELECO.

Adaja mía, aquí te espera un poco,  
que voy a recibir mi amado hermano.

ADAJA.

Aquí traerle puedes, que yo gusto  
de que me vea y de mis brazos goce  
por lo que tiene de cristiano.

SELECO.

Vamos,  
que tanta dilación no me consiente  
el alma que movió la sangre ardiente.

(Vanse los dos.)

ADAJA. ¡Que hallase aqueese cristiano  
quien le trajese a ser moro

por codicia del tesoro  
que ha prometido su hermano!  
¡Y que a mí no se me ofrece  
quien me lleve a ser cristiana  
siendo el precio que se gana  
el que una mujer merece!  
Es tanta la inclinación  
que tengo a su trato y ley,  
que de un poderoso rey  
tengo en poco la afición.  
La libertad que procuro  
a los cristianos lo muestra,  
porque es, para hallar la nuestra,  
camino cierto y seguro.  
Guíe su Dios este pecho;  
que, si es el mejor, no hay duda  
de que al amparo me acuda  
de algún valeroso hecho.

(Vase. Salen RAIMUNDO, ESTACIO, CLARIDENO, LEARDO, ESFERIO y la PRINCESA ROSAURA, con luto, detrás.)

RAIMUNDO.

Si para remediarte, ilustre Reina,  
sirviese el llanto amargo y negro luto,  
y la tristeza que en tu pecho reina  
para el que ya murió, dolor sin fruto;  
si aquel decir que no se lava o peina  
ni tiene el rostro de llorar enjuto,  
pudiesen con el alma del difunto  
hacer que al cuerpo se volviese al punto,  
justo es el luto y el llorar es justo,  
justo es el no lavar el rostro bello,  
muy justa es la tristeza y el disgusto,  
el no tocarse ni peinar cabello;  
pero si no es posible, ¿no es injusto  
que te consumas presumiendo hacello?  
Celio murió: ¿qué sirve, siendo cierto,  
querer resucitar, llorando, a un muerto?

CLARIDENO.

Alegra, Reina, los hermosos ojos,  
sosiega las estrellas de ese cielo,  
no enriquezcan en vano sus despojos  
la seca hierba del indigno suelo.  
Confieso que son justos tus enojos;  
pero, ya conocido tu buen celo,  
¿por qué tu tierra ha de pagar tu pena,  
de Rey que espera y de heredero ajena?

LEARDO.

Si tu casta viudez fuera posible,  
Rosaaura bella, el luto justo fuera,

y este valor te fuera conveniente  
no siendo de estos reinos heredera;  
mas si te has de casar y es imposible,  
en vano tu cuidado persevera  
y con agravio de este reino pierdes  
para la sucesión los años verdes.

ESFERIO.

Tener suspenso el general provecho  
de tu patria y república, señora,  
es cosa indigna de tu heroico pecho,  
que se murmura, contradice y llora.  
Casarte es justo, a gusto o a despecho,  
y esta palabra nos darás agora:  
que, forzados del reino, hemos rompido  
el respeto a tus lágrimas debido.

ESTACIO.

Pues yo, que amaba a Celio al igual tuyo,  
lo mismo que te piden te aconsejo.  
Cree que es justo recibir el suyo  
y volver a las galas y al espejo.  
Con esta razón sola te concluyo,  
y lo demás a tu cordura dejo:  
que has hecho bien lo que al Marqués debías;  
pero no para el reino, si porfías.

A Celio amé; ya es muerto, y no por eso  
dejo de amarle. Pero, Reina, advierte  
que el reino, que ha sentido el mal suceso,  
no espera algún remedio de su muerte.  
Basta del luto el nunca visto exceso  
y no resistas como palma fuerte,  
que por más que te tuerzas contra ella,  
hay más obligación de obedecella.

ROSAURA.

Pues mi desdicha es tal que me es forzoso,  
aunque me pese, como veis tan cierto,  
quebrar la fe de mi primero esposo  
y la viudez debida a mi Rey muerto,  
no quiero replicar, reino quejoso,  
cosa en contrario. Solamente advierto  
que no es razón que pretendáis casarme,  
siendo tan justa cosa, sin vengarme.

Y así, digo que aquél que me trajere  
la cabeza de Astolfo es mi marido,  
y el reino es justo que esto mismo espere,  
pues es venganza de su Rey perdido;  
sea de mis vasallos el que fuere,  
entiéndese que sea bien nacido,  
que del que le trajere muerto o preso,  
mujer y humilde esclava me confieso.

RAIMUNDO.

¿Estás en eso ya resuelta?

ROSAURA.

Y tanto;  
que no diré otra cosa eternamente.

RAIMUNDO.

¿Qué decís, caballeros?

CLARIDENO.

Que es espanto  
ver el rigor con que su muerte siente;  
pero si con aquesto cesa el llanto  
y el casamiento, como veis, consiente.  
¿a quién no anima a hacer esta venganza  
y de tal posesión tal esperanza?  
Yo, por mi parte, la jornada emprendo.

ESFERIO.

Y yo también emprendo la jornada.

LEARDO.

Pues yo no menos acabarla entiendo.

RAIMUNDO.

Y yo, que como todos ciño espada.

ESTACIO.

Yo, sólo porque en esto a Celio ofendo,  
invicta Reina, no prometo nada;  
y pues que fuí de Celio tan amigo,  
para servirte quedaré contigo.

RAIMUNDO.

Dame licencia a mí.

CLARIDENO.

Y a mí, señora.

ESFERIO.

A mí no menos.

LEARDO.

Yo también la pido.

ROSAURA.

Dios os haga dichosos.

RAIMUNDO.

Desde agora  
quede nuestro camino dividido.

CLARIDENO.

Yo, desde el Sur a la dorada aurora,  
pienso buscar al Duque fementido.

RAIMUNDO.

Eso es no hallarle, y es mejor que sea  
lo que nuestra República desea.

CLARIDENO.

Pues yo me inclino a Francia.

RAIMUNDO.

Yo a Alemania,  
con toda Hungría, con Bohemia y Flandes.

LEARDO.

Yo a España, con Vandalia y Lusitania,  
supuesto que no son provincias grandes.

ESFERIO.

Pues si Raimundo ha de pasar de Albania  
y tú no dejas cosa en que no andes  
de toda la España y tú de Francia toda,  
Italia se me sigue y acomoda.

RAIMUNDO.

Adiós, [adiós,] Cerdeña.

CLARIDENO.

Adiós, Estado.

LEARDO.

Adiós, mis patrios muros.

ESFERIO.

Adiós, tierra.

RAIMUNDO.

Amor me ofende.

CLARIDENO.

Amor me da cuidado.

LEARDO.

Amor me mata.

ESFERIO.

Amor me causa guerra.

RAIMUNDO.

Un traidor busco.

CLARIDENO.

Busco un desterrado.

LEARDO.

Yo quien me agravia.

ESFERIO.

Yo quien me dé tierra.

RAIMUNDO.

(¿Si le hallaré?)

CLARIDENO.

(¿Si yo seré el dichoso?)

LEARDO.

(¿Si seré rey?)

ESFERIO.

(¿Si yo seré su esposo?)

(*Vanse, y quedan* ESTACIO y ROSAURA.)

ESTACIO.

Ya, Rosaura bellísima, se parten  
los pretendientes de tu gran belleza.

ROSAURA.

A lo menos del reino que reparten  
por la codicia de llamarse alteza;  
pero por más contentos que se aparten  
a procurar de Astolfo la cabeza,  
lo quedo más de ver que esta venganza  
sustentará del reino la esperanza.

ESTACIO.

¿Has pensado con esto, por ventura,  
señora, dilatar tu casamiento?

ROSAURA.

¿Luego de no vengarme estoy segura?

ESTACIO.

Este, a lo menos, es tu pensamiento.

(*Sale RODOLFO, capitán.*)

RODOLFO.

Digo que el curso a Córcega apresura  
y que le ayuda favorable viento.  
Que se prevenga nuestra isla apruebo.

ROSAURA.

¡Oh! Capitán Rodolfo, ¿qué hay de nuevo?

RODOLFO. Las famosas atalayas  
que tu isla en torno cercan,  
cuando Febo descogía  
sobre el mar sus rubias hebras,  
con treinta fuegos y más  
de una en otra hicieron señas  
que vieron en los castillos  
de tus murallas y almenas. (1)  
A una cosa tan notable  
toda la ciudad se altera;  
unos suben y otros bajan,  
unos salen y otros entran.  
En un instante se ocupan  
las torres de las iglesias,  
como al sol del claro día  
de las aves banda espesa.  
Otros, fuera de los muros,  
por altos árboles trepan,  
no perdonando los riscos  
ni las más excelsas peñas.

(1) Queda suspenso el sentido, pues no dice qué  
fué lo que avisaron los señas de las atalayas.



Yo, en el confuso alboroto,  
y entre la gente plebeya,  
aquí y allí discurría  
oyendo diversas nuevas.  
Este dice que son naves  
que vienen de Ingalaterra  
y llevan mercaderías  
de Holanda, Gante y Bruselas;  
otro dice que conoce  
las velas y armas francesas  
como si en medio del mar  
no fuesen unas las velas.  
Cuál afirma que son turcos  
y que no son naves gruesas,  
sino galeras armadas.  
Quién vió en alta mar galera:  
Cuál le contradice y jura  
que son todas carabelas  
de portugueses de paz  
que van de España la vuelta.  
Pero entre éstos y otros muchos,  
que siempre los muchos yerran,  
salió un hombre que entre todos  
menos dice y más acierta.  
“Esta, descuidados sardos  
—en alta voz manifiesta—,  
es armada de Sicilia,  
no de paz, sino de guerra.  
No viene a traeros trigo  
que su fértil campo cerca,  
como otras veces solía,  
sino cerco, muerte y pena.  
Estas son las amenazas  
que nunca temió la Reina  
del casamiento negado  
y de la pasada afrenta.  
No viene aquí Feduardo,  
que a regir el reino queda,  
sino Tiberio, su hijo,  
y de Beatriz portuguesa;  
mozo de buena esperanza,  
aunque de poca experiencia,  
de pensamientos gallardo  
y amigo de altas empresas.  
Juramento hizo en Sicilia,  
que por Italia se suena,  
de no cortarse el cabello,  
que la barba agora empieza;  
de no mudar el vestido,  
comer ni dormir en tierra,  
ni descercar sin la muerte  
a Córcega ni a Cerdeña,

hasta llevar a Rosaura  
a Italia en su nave presa,  
que ya no quiere mujer  
que siendo Rey le desecha.”  
De esto vengo a dar aviso,  
como es razón, a tu alteza,  
porque al descuidado muro  
pongas debida defensa.  
Que aunque agora el Siciliano  
tales arrogancias muestra,  
soldados tienen tus islas  
que tu corona defiendan.

**ROSAURA.** Conde, nuestro daño es cierto.  
Mi remedio a vos os toca,  
como a quien tanto provoca  
la sangre de Celio muerto.  
Vos me quedáis en lugar  
de mi difunto Marqués,  
ya Rosaura vuestra es  
y vos la habéis de amparar.  
Tiberio viene orgulloso,  
con ira de despreciado,  
y sin Celio estar vengado  
yo no he de admitir esposo.  
Poned defensa a Cerdeña  
hasta que venga mi injuria,  
aunque para tanta furia  
será defensa pequeña.  
Pero vos, a quien os hago  
mi General, en mi nombre  
haréis que Italia se asombre  
de otro Aníbal de Cartago.

**ESTACIO.** De la merced que me has hecho  
estoy tan agradecido,  
que parece que he sentido  
de nuevo a Celio en mi pecho.  
Aquí daña la tardanza  
y importa la diligencia;  
por eso, dame licencia  
mientras te doy esperanza;  
que ese orgulloso mozo  
que te amenaza con guerra  
medirá presto la tierra  
desde los polos del cielo.  
Que no es tan fácil la empresa  
ni tu poder es tan poco.

**ROSAURA.** Venceré su intento loco,  
Conde, con esa promesa.  
Vamos, para que se ordene  
la gente que has de llevar.

**RODOLFO.** Si se alborota la mar  
incierta la entrada tiene.

(*Vanse, y sale ADAJA, mora.*)

ADAJA. Ya venga Amor la razón  
de mi libertad pasada,  
que quien no quiere rogada  
viene a amar sin galardón.  
En buen punto vino a Argel  
aqueste medio cristiano,  
del Rey mi enemigo hermano,  
pues pierdo el seso por él.  
Aunque en el alma he sentido  
que, por dalle gusto al Rey,  
no habiendo mudado ley,  
haya mudado vestido.  
¿Qué haré? ¿Qué diré? ¿Qué puedo  
dar por remedio al dolor,  
pues cuanto me anima amor  
tanto me acobarda el miedo?  
¡Oh, cristianos! ¿Qué tenéis  
que tanto podéis conmigo?  
¡Oh, Mahoma, porque os sigo  
permiso que me matéis!  
Vuestro Alá, que tanto puede,  
no es justo que sufra así;  
que ése se vengue de mí,  
pues en el poder le excede.  
Y no es bien, pues que os adoro,  
que me dé tanto castigo.

(*Sale PINELO vestido de moro.*)

PINELO. ¡Bueno anda el Duque conmigo!  
Heme aquí trocado en moro.  
¿Hay mayor bellaquería  
que hacer moro y luterano  
por fuerza un pobre cristiano  
y natural de Bugía?  
Aquí le han dado a entender  
al Rey que habemos nacido,  
y que yo también he sido  
pariente de Lucifer  
y sobrino de Mahoma,  
siendo cristiano perfeto,  
por el bautismo sujeto  
al Pontífice de Roma.  
Y como tienen creído  
que aquí el origen tenemos,  
no piden que reneguemos  
sino de solo el vestido.  
¡Oh, maldito sea el patrón  
que tal industria le dijo!  
Todo es alcuzcuz y mijo,  
aceite, arroz y cabrón.  
Comer en el suelo yermo

higos, dátiles y pasas.  
¡Pobre Pinelo, que pasas  
dieta sin estar enfermo!  
¿Ah, cristiano?

ADAJA.

PINELO.

ADAJA.

PINELO.

ADAJA.

PINELO.

ADAJA.

PINELO.

ADAJA.

PINELO.

ADAJA.

PINELO.

Que no soy  
quien soy. Llamadme mi nombre.  
(Hasta aquí es gentil hombre.  
De él aficionada estoy.)  
Y ¿qué nombre, Artemidoro,  
te han dado con el vestido?  
El que, cuando fui nacido,  
me dieron para ser moro.  
¿Cómo?  
Cuchuchubalí.  
Extraño nombre te han dado.  
Dios sabe lo que ha costado  
de estudiar.

Escucha.

Di.

¿Era mejor tierra Francia?  
¿Hallábaste allí mejor?  
Cuanta es del cielo mayor  
la pérdida o la ganancia.  
Y fuera de que esto es cierto,  
es tierra de bendición,  
donde se come a sazón  
vaca y carnero bien muerto  
no mirando al sol, ni haciendo  
desatinos excusados,  
ni aquestos malos guisados,  
que ni los como ni entiendo.  
Bébase vino del Rin,  
de Candia, griego y Falerno;  
ricas ollas y pan tierno,  
y sobre la mesa, en fin.  
No me entiendo con alhombros  
ni con estas hopalandas.

ADAJA.

PINELO.

ADAJA.

PINELO.

ADAJA.

PINELO.

ADAJA.

PINELO.

ADAJA.

Que, en fin, ¿a disgusto andas?  
¿Moro por fuerza te nombras?  
Soilo, si verdad te digo.  
¿Luego Ardaliba también?  
Yo pienso que él se halla bien,  
a lo que trata conmigo;  
que, en fin, nació en esta tierra  
y es hermano de Muley.  
¿No siente dejar su ley?  
Más siente que se destierra  
de los ojos de una dama  
a quien quiere más que a sí.  
Y ¿quedaba en Francia?  
Sí.  
¿Es noble?

PINELO. Es mujer de fama.  
 ADAJA. ¡Ay, amigo! Y ¿qué haré yo,  
 que desde que vino a Argel  
 tengo puesta el alma en él  
 tal como Alá me la dió?  
 PINELO. ¿El alma? ¿Cómo?  
 ADAJA. Rendida.  
 PINELO. ¿De qué?  
 ADAJA. De amor.  
 PINELO. ¡Bien, par Dios!  
 ADAJA. Conciértanos a los dos;  
 daréte en precio mi vida.  
 PINELO. ¿Qué tengo de concertar?  
 ¡Maldiga Dios quien me trujo  
 a aquesta tierra hecho brujo!  
 Mujer, ¿quíéresme dejar?  
 ADAJA. Si me pones bien con él  
 te daré, escucha, adivina:  
 una mora, mi sobrina.  
 la más hermosa de Argel.  
 PINELO. ¡Muy gentil mercadería!  
 Mire qué cadena de oro.  
 ADAJA. Pues si es que estimas tesoro,  
 tuya es hoy la hacienda mía.  
 PINELO. Señora, bien puede ser  
 que te quiera mi señor,  
 así por pagar tu amor  
 como por noble mujer.  
 Mas siendo del Rey su hermano  
 único bien, ¿cómo puede?  
 ADAJA. Yo haré que seguro quede  
 que no le he dado una mano.  
 PINELO. Cuando eso sea, ¿no ves  
 que agora se ha de ausentar?  
 ADAJA. ¿Cómo?  
 PINELO. Ha de andar por la mar.  
 ADAJA. ¿Que ha de ser cosario?  
 PINELO. Pues.  
 ADAJA. ¿Luego eso es lo que han tratado?  
 PINELO. Dale el Rey diez galeotas,  
 que, del bordo a las escotas,  
 parecen un fuerte armado,  
 y dale trecientos moros  
 (son tales en cada una),  
 y contra adversa fortuna,  
 bastimentos y tesoros.  
 Con éstas quiere que ande,  
 sin temer daño ni costa,  
 toda la española costa  
 y donde después le mande.  
 De esto le quiere servir,  
 y habiéndose de ausentar,

mal puede en la mar amar  
 ni a tierra, a verte, venir.  
 ADAJA. Antes estás engañado,  
 que esa ocasión yo la siento  
 para darla a mi contento  
 y quitarla a mi cuidado.  
 Podráse en la mar fingir  
 y estar conmigo en la tierra;  
 haré yo mi paz su guerra  
 y al Rey su ausencia encubrir.  
 Tú verás cómo lo trazo.  
 PINELO. No hables más, que los dos vienen.  
 ADAJA. ¡Qué notable amor se tienen!  
 PINELO. La sangre es un fuerte lazo.  
 (Sale el DUQUE ASTOLFO vestido de moro y el REY  
 SELECO y CURCIO.)

ASTOLFO.

Hasme dado el oficio conveniente  
 para mi inclinación y así lo aceto,  
 que la heredada sangre no consiente  
 que el valor paternal esté secreto.  
 La armada que me das es suficiente  
 para poner las obras y el efeto  
 a los heroicos pensamientos míos,  
 llenos de fama y de temor vacíos.

Hijo soy de tu padre y sangre ilustre  
 de la casa antiquísima Seleca,  
 de cuyo nombre es justo que me ilustre  
 por quien mi gusto el de cristiano trueca.  
 Pienso a tus armas dar tan nuevo lustre,  
 que presto cuelguen por el templo, en Meca,  
 de galeras y leños españoles  
 por lámparas, fanales y faroles.

Iré con velocísimo discurso  
 por el mar africano y sus confines,  
 y por las Baleares vuelto el curso,  
 temblando haré quedar los mallorquines;  
 que si las costas ejercito y curso,  
 cuando menos cautivos imagines,  
 fuera de los remiches, en tus baños  
 dos mil has de tener todos los años.

Pues es verdad que Córcega y Cerdeña,  
 ni desde Gibraltar al Siciliano,  
 ni cuanto el mar Mediterráneo enseña,  
 podrán estar seguros de mi mano.  
 A Malta he de llegar; Candia es pequeña,  
 por más que la defienda el Veneciano;  
 que la cruz de San Juan y el león de Marcos  
 serán despojos de mis triunfos y arcos.

SELECO.

De manera, Ardaliba, hermano mío,  
 tu heroico parlamento me consuela,

que del Africa toda el señorío  
mi pecho aspira y mi esperanza anhela  
desde este polo al de Gelandia frío,  
y donde el austro nace, el fénix vuela,  
seré temido por tu nombre solo,  
y si esto es poco, en cuanto mira Apolo.

Seis galeotas y dos mil soldados,  
sin los demás remeros y pilotos,  
te doy armadas y te doy pagados,  
no gente vieja ni de aceros botos;  
con éstas los contrarios confiados,  
ellos deshechos y los leños rotos,  
temerán mi poder y el nombre tuyo  
y vivirá de nuestro padre el suyo.

ASTOLFO.

Tú lo verás y lo verá tu tierra.

SELECO.

¡ Oh, hermano, pára! Ves aquí mi Adaja;  
que si con ésta al mundo hicieras guerra,  
también hicieras a Cipión ventaja.

ASTOLFO.

Gran hermosura, por mi vida, encierra;  
pero como el Amor el paso ataja  
a Marte cuando más airado parte,  
no quiero Amor mientras que sigo a Marte.

Vete con ella a tu jardín, en tanto  
que mis soldados junto y apereibo.

SELECO.

Guárdete, bella Adaja, el Cielo santo.

ADAJA.

Y el mismo Alá la vida por quien vivo.  
¿ No me habla Ardaliba?

SELECO.

Causa espanto  
el arrogancia de su pecho altivo.  
Todo es armas y mar, guerra y soldados,  
que tiene por bajaza mis cuidados.

ADAJA.

¿ Cuándo se parte?

SELECO.

Luego, y porque quiero  
acompañarle hasta la mar, te pido  
licencia, si te sirves.

ADAJA.

( ¡ Cielo, hoy muero  
si de sus bellos ojos me despidó!)

SELECO.

¿ Qué dices de ojos?

ADAJA.

Que a la vuelta espero  
en el jardín, y adiós.

SELECO.

¿ Cuándo yo he sido  
tan mal galán que te dejase ir sola?

ADAJA.

Pues ven conmigo.

SELECO.

Vamos. Criados, ¿ hola?

( Vanse el REY y ADAJA.)

ASTOLFO.

¿ Es ido el Rey?

PINELO.

Ya el Rey es ido.

ASTOLFO.

¡ Oh, Cielo,  
qué gran ventura!

CURCIO.

¿ Fué la industria buena?

ASTOLFO.

Digo que puedes arruinar el suelo  
y de otro Menelao sacar a Elena.

PINELO.

No tengo sangre que no cubra un hielo.  
En tan grande peligro ¿ estás sin pena?

ASTOLFO.

Calla, que no eres para cosa alguna,  
que los osados vencen la fortuna.

PINELO.

¿ Es bueno que ande convertido en moro  
y comiendo alcuzcuz todos los días?

ASTOLFO.

Curcio, éste es loco. Sácame el tesoro  
de las entrañas de la tierra frías,  
que en tomando del Rey la plata y oro  
y estas seis velas que ya cuento mías,  
habemos de ir la vuelta de Cerdeña  
con otra industria que el amor me enseña.

CURCIO.

¿ Cómo a Cerdeña?



ASTOLFO.

Como voy seguro  
en el traje que voy y por hermano  
del Rey de Argel, que cercaré su muro  
sin conocerme quien me busca en vano.

CURCIO.

Pues ¿quieres conquistarla?

ASTOLFO.

Eso procuro.

PINELO.

¿A qué efeto, señor?

ASTOLFO.

Calla, villano,  
que voy a ver el mismo sol que adoro.

PINELO.

¿Mas que me quedo para siempre moro?

*(Vanse, y tocan una caja, y luego hagan su faena  
como que desembarcan, y pónganse en el corredor  
ESTACIO y la REINA.)*

ESTACIO. Desde este muro, señora,  
le verás desembarcar.

ROSAURA. ¡Oh, fiero, alterado mar!  
¿Cómo estás durmiendo agora?  
Revuelve tus ondas fieras  
y entre tus arenas graves  
sepulta el dueño y las naves  
a vista de tus riberas.

ESTACIO. Eso, sin rogarlo al mar,  
esta mano lo ha de hacer,  
porque huyendo han de volver  
al mar que quieren dejar,  
que aunque orgullosos quisieron  
a lo imposible arrojar,se,  
han de volver a embarcarse  
más aprisa que salieron.

ROSAURA. Ya ponen los pies en tierra  
que ha de ser su cimiterio.  
¿Cuál de aquéllos es Tiberio,  
soberbio autor de la guerra?

ESTACIO. El mancebo del bastón,  
que hace piernas arrogante.

*(Vayan saliendo SOLDADOS en orden, y TIBERIO,  
príncipe, detrás; SALVIANO y PROPERCIO, capita-  
nes.)*

TIBERIO. Pase esa gente adelante  
como en forma de escuadrón;  
que tan cerca de los muros  
en quien la Reina contemplo

habemos de dar ejemplo  
y no hemos de estar seguros.

PROPERCIO. Vuelve, Príncipe y señor  
a las almenas el rostro  
si quieres mirar el mostro  
de hermosura y desamor.  
Vuelve al Oriente español  
los ojos, verás los ojos  
del sol, que tiene en despojos  
los mismos rayos del sol.  
Vuelve, y en el alto risco,  
a quien en dura conquista,  
verás de un ángel la vista  
y el mirar de un basilisco.

TIBERIO. ¿Es, Propercio amigo, aquélla  
la enemiga que conquisto?

SALVIANO. Mata sin haberla visto,  
¿qué ha de hacer después de vella?

PROPERCIO. Llega, si te dan licencia,  
y podrás la ver y hablar.

TIBERIO. ¿Puedo, señora, llegar  
a tu divina presencia?

ROSAURA. (Muestras da, aunque no le entiendo,  
de querer llegar aquí.

ESTACIO. Dile, señora, que sí.

ROSAURA. Ya el lienzo y la mano extendiendo.)

TIBERIO. (Señas hace en que asegura  
que al muro puedo llegar.

SALVIANO. De mujer no hay que fiar,  
que es veneno su hermosura.

TIBERIO. Confieso que sea veneno.  
Pero ¿qué desorden hago?

¿Qué me ha de hacer sólo un trago?

SALVIANO. Tanto como el vaso lleno.  
La vista de la mujer  
es viento de hora menguada;  
que con la desnuda espada,  
¿qué burla se puede hacer?)

TIBERIO. Reina hermosa de Cerdeña,  
esa palabra real  
me da confianza igual  
en vuestro valor y seña.  
Con ella me atrevo a hablaros  
forzado de mi deseo,  
aunque con enojo os veo  
y sólo vengo a enojaros.

ROSAURA. Rey de Sicilia arrogante,  
de mi palabra fiad,  
aunque vuestra crueldad  
es a traición semejante.  
Que aunque venís a enojarme  
y me miráis con enojos,

no me han de vengar mis ojos,  
mis armas han de vengarme.

TIBERIO. ¿Sois vos quien me ha desechado,  
siendo Rey, para marido?  
¿Sois quien a un Rey no ha querido,  
y a quien un Rey ha rogado?

ROSAURA. ¿Sois vos quien con furia altiva  
ha jurado, y piensa hacello,  
de no cortarse el cabello  
hasta llevarme cautiva?

TIBERIO. ¿Sois vos quien por un Marqués  
despreció un Rey como yo,  
y a un vivo dice de no  
por otro que muerto es?

ROSAURA. ¿Sois vos el que rey se sueña  
de quien vasallo ha de ser  
y en tierra no ha de comer  
hasta ganar a Cerdeña?

TIBERIO. ¿Sois vos, Reina, aquella dama  
que hizo a su galán favores  
y se casó por amores  
contra su opinión y fama?

ROSAURA. ¿Sois vos aquel que muy loco  
quiso ser amado ausente,  
teniendo en poco presente  
por ser su valor tan poco?

ESTACIO. Eso no pase adelante.  
Rey, aquí la tregua cese;  
desvíate, y no te pese,  
que vienes muy arrogante.  
¿Esas son de Rey palabras,  
cortesano caballero,  
o de villano grosero,  
pastor de ovejas y cabras?  
Retírate.

TIBERIO. Que me place.  
Mas ¡vive Dios! enemigo,  
que te he de dar el castigo  
y a quien la ofensa me hace.

ESTACIO. Quitate, Reina, del muro,  
no escuches ese gallardo.

(Vanse la REINA y ESTACIO.)

TIBERIO. ¿Tanto en castigarlos tardo?

SALVIANO. ¿Qué hay, señor?

TIBERIO. Vengarme juro.

SALVIANO. ¿Dijote alguna arrogancia?

TIBERIO. La que pudiera decirme  
si fuera esta isla firme,  
más reino que España o Francia.  
Llamóme arrogante y loco  
y díjome, finalmente,

que estando ausente o presente  
valgo poco y sois más poco.

PROPERCIO. ¿Que ella te incita y provoca?

SALVIANO. Es hija de la hermosura  
la arrogancia y la locura.

TIBERIO. Digo que es hermosa y loca.  
Pero pues no comunica  
su hermosura, no es razón  
sufrir su loca opinión.

PROPERCIO. Alto, las armas aplica,  
que no hay pensar que por paz  
podrás entrar en Cerdeña,  
que es peña, y su Reina es peña,  
de enternecerse incapaz.

TIBERIO. Fragosa es esta montaña.  
¿Por dónde se ha de batir?

PROPERCIO. Por aquí puedes subir,  
aunque es peligrosa hazaña.

TIBERIO. ¿Está ya en tierra la gente?

SALVIANO. Para principio de guerra  
basta la que sale a tierra.

TIBERIO. Pues a ésta subirse intente.  
Ea, subid esa peña  
con las armas en las manos.  
¡Al arma! ¡Aquí, sicilianos!

TODOS. ¡Sicilia!

TIBERIO. ¡Arriba!

DENTRO. ¡Cerdeña!

(En dando el asalto, sale ADAJA, mora, en hábito de hombre.)

ADAJA. No esperes mayor probanza,  
Amor, de tu gran poder,  
pues de un ser en otro ser  
hago tan fácil mudanza.  
Huyendo al Rey engañado  
¿quieres que mi bien intente  
entre la confusa gente  
y en hábito de soldado?  
Así me pienso embarcar,  
pues no seré conocida,  
aventurando mi vida  
a los peligros del mar.  
Que el mar de amor en que anego,  
el fuego y no la esperanza,  
me ha prometido bonanza  
si por sus ondas navego.  
Adiós, Rey aborrecido,  
aunque mal os digo adiós,  
que, estando lejos de vos,  
nunca de Dios habéis sido.  
Yo me voy con el cristiano,

que si no paga mi fe,  
basta que salir podré  
del poder del Rey, su hermano,  
a quien de suerte aborrezco,  
que el mar mi sepulcro sea  
antes que otra vez le vea.  
Ya vienen. A Alá me ofrezco.

(Sale el REY SELECO, el DUQUE como moro, PINELO,  
CURCIO y otros MOROS.)

ASTOLFO.

Vuélvase vuestra alteza, que volviéndose  
recibiré mayor merced.

SELECO.

Llevándome  
el corazón, hermano fidelísimo,  
¿acompañarte aquí te mueve a escándalo?  
Déjame entrar por esa arena cálida  
hasta que moje el mar mis plantas tímidas.

ASTOLFO.

No quieras que me juzgue por tan bárbaro,  
Seleco invito, aqúeste grave ejército,  
a quien deseo parecer magnánimo  
y en los principios conquistar el crédito.

SELECO.

Guíete el Cielo, y tan dichoso y próspero  
te haga, hermano, por el mar balearico,  
que tiemble de tu sombra toda el Africa  
y des espanto hasta Sicilia y Nápoles.  
Amor me debes; mas no soy incrédulo,  
que yo confío que será recíproco.  
Con esto vuelvo a Argel, y en mis alcázares,  
hasta que vayas por el mar espléndido,  
seré, y por dicha con ardientes lágrimas,  
atalaya del curso velocísimo.  
También en mis mezquitas y en mis rápitas,  
con oraciones para el Cielo válidas,  
del gran Mahoma moveré el espíritu.  
Dame un abrazo.

ASTOLFO.

El Cielo, ¡oh, Muley ínclito!,  
permita que yo vuelva a ver las márgenes  
de mi querida patria y tengan límite  
mis deseos, trabajos y propósitos.

SELECO.

¡Oh, Alá!

ASTOLFO.

Ya se fué el Rey. Soldados bélicos,

alto, a embarcar.—¿Trajiste, Curcio, cómitres  
y pilotos famosos?

CURCIO.

Y tan ágiles,  
que como estos delfines son marítimos.

ASTOLFO.

El dinero, te digo.

CURCIO.

Y en lo intrínseco  
de tu galeota está como en un túmulo.

ASTOLFO.

¿Hacia la popa?

CURCIO.

Y en tu propia cámara.

PINELO.

Y en efeto, ¿yo voy como morábito?

ASTOLFO.

¿Quieres callar y no moverme a cólera?

PINELO.

Pues ¿tengo de ir a tierra de católicos  
con este capirote y estos hábitos?

ASTOLFO.

Hante de oír, Pinelo, estos alárabes.  
¿Quieres callar, espíritu diabólico?

PINELO.

El, a lo menos, con sus patas de águila,  
si aquesto dura, me verá el estómago.  
(¿Quién te metió, Pinelo, en estas fábulas?  
¿No estuvieras mejor mondando nísperos  
o con los otros pajes, puesto en círculo,  
mirando un siete, un seis y un as por brújula?)

ADAJA.

¿Háceos al caso, capitán armígero,  
este soldado?

ASTOLFO.

Aunque eres mozo, embárcate,  
que de los mozos se hacen los decrépitos.

PINELO.

Y de los malos cristianos los heréticos.  
¡Plegue a Dios que no pare...!

ASTOLFO.

Calla, tímido.

PINELO.

Si lo fuera, ¿viniera yo a este término?

ASTOLFO.

Ea, tocar a leva; alcemos áncoras.  
¡Zarpa! ¡Zarpa! Maestre, suene música.  
Alto, a enroscar las embreadas gúmenas.  
Rómpanse aquestas cajas y esos pífanos.  
Ea, piloto, pon la aguja a Córcega.

CURCIO.

Iza esa entena.

ASTOLFO.

Este es levante.

CURCIO.

En popa.

ASTOLFO.

¡Fuera ropa, forzados!

CURCIO.

¡Fuera ropa!

### ACTO TERCERO

(Sale el CAPITÁN RODOLFO y los SOLDADOS que pueden.)

RODOLFO.

Casaráse la Reina o no habrá Reina.  
Bueno es que porque huya de casarse  
o porque no es, cual dicen, para ello,  
sino es que Celio la dejó hechizada,  
perezca de hambre y pestilencia mísera  
toda la isla por el largo cerco.

SOLDADO.

¡Oh, capitán Rodolfo valeroso!  
A ti como a caudillo acuden todos  
los pueblos tristes y el perdido ejército.  
Mira cuáles estamos por su causa  
en tres años y más que el cerco dura.  
¿Qué no habemos sufrido? ¿Qué nos falta  
sino comer los hijos que engendramos  
y convertir en nuestra sangre propia  
la que les dimos de la propia nuestra?  
Tiberio es rey y es mozo. ¿Por qué dice  
que no quiere casarse con Tiberio?  
Haz, Capitán amigo, que se case,  
o todos de tropel nos entraremos  
a quitalle la vida hasta su cámara.

RODOLFO.

Movido vengo, amigos desdichados,  
de ver morir a los caducos viejos,

tomar las armas a los fuertes mozos  
y llorar a los niños y mujeres,  
cuyos pechos les dan por leche sangre.  
Hoy morirá la Reina loca y bárbara  
si no se rinde al príncipe Tiberio.

SOLDADO.

Cerrada está en su cámara.

RODOLFO.

¿Qué importa?

¿Es su cámara el muro de Semíramis?  
Pues no ha salido a vuestras justas voces,  
romped las puertas, eaigan en el suelo.

SOLDADO.

Abre aquí, Reina injusta. Reina loca,  
alma del gran Nerón, que ves ardiendo  
tu isla desdichada en guerra y hambre  
y estás alegre entre sus llamas.

(Sale ROSAURA.)

ROSAURA.

Pueblo,

¿qué es esto? ¿Qué furor desatinado  
así precipitado te ha movido?  
¿Con armas, atrevido, a mi aposento?  
¿Es este pensamiento de leales  
vasallos naturales y hijos míos?

RODOLFO.

¿Juzgas a desvaríos, Reina cuerda,  
que tu gente se pierda de atrevida,  
que de afligida está desesperada?  
¿Eres para casado o no? Responde.

ROSAURA.

Yo aguardo agora al Conde, que es ido  
a ofrecer el partido que desea  
Tiberio. Por que crea el reino mío  
que de mi desvarío estoy quejosa,  
hoy quiero ser esposa de Tiberio.  
Suyo será el Imperio y yo soy suya.

RODOLFO.

Esa respuesta tuya, Reina bella,  
nos pisa y atropella las gargantas.  
Desde hoy, en otras tantas ocasiones  
siguiendo tus pendones moriremos.  
¿Cuál otro bien queremos ni pedimos?  
Hambre y guerra sufrimos por tres años,  
ya no tienen sus daños resistencia,  
crece la pestilencia en toda parte  
y sólo con casarte acaba todo.



## ROSAURA.

Ya es ido a ver el modo que tengamos  
para que nos veamos en palacio.  
Dé paz el conde Estacio, que es muy justo  
dar a mi reino gusto y dar un medio  
que sirva de remedio al mal presente.

## SOLDADO.

Tu vida aumente el Cielo. Un siglo goces  
al Rey.—Pueblo, dad voces de contento  
para que aliento los demás reciban.  
¡Viva Tiberio con Rosaura!

## TODOS.

¡Vivan!

(Sale el CONDE ESTACIO.)

ESTACIO. A tus voces, Reina, llego  
para que con voces tristes  
de ese “¡viva!” que dijistes  
digáis lo contrario luego.  
Y pues ya no se restaura,  
por que mostremos temor,  
¡no vivan. diréis mejor,  
jamás Tiberio y Rosaura!

RODOLFO. ¿Cómo no? ¡Muera el cruel  
que la paz común deshace!

(Meten todos mano a las espadas para el CONDE.)

ESTACIO. Paso; sabréis de que nace,  
que toda la culpa es él.

RODOLFO. ¿De qué suerte? Dilo presto,  
que si lo has desconcertado  
un pueblo desesperado  
tienes a la vida opuesto.

ESTACIO. Al tiempo que el alba hermosa  
las puertas del cielo abría,  
salí de los muros tristes  
de la ciudad afligida,  
cuidadoso de mi patria  
y de esta común desdicha,  
siguiéndome todo el vulgo,  
que mi camino adivina.  
Los nobles viejos, llorando,  
las barbas canas cubrían  
de lágrimas tan sangrientas  
que las llevaban teñidas.  
Las mujeres a las puertas  
con los hijuelos salían,  
que medio muertos mostraban,  
mostrándose medio vivas.  
Desde sus altos balcones  
mil lástimas me decían  
las malogradas doncellas,

que esperan verse cautivas,  
desnudas y destocadas,  
las hebras de oro esparcidas  
sobre los rostros mortales  
que dieron al sol envidia.  
Los ya crecidos muchachos,  
con otra libre familia,  
de la capa me tiraban  
y del vestido me asían.  
Unos me llamaban padre,  
otros rey, y por cuadrillas  
dan voces “¡Misericordia!”  
y en otra parte “¡Justicia!”.  
Llego, en efeto, a las naves  
y veo por las orillas  
diversas tiendas armadas  
de telas y granas finas.  
Conocida la del Rey,  
que era más que todas rica,  
de una nave me hacen salva  
trompetas y chirimías.  
A una cerca de encerados  
que la tienda guarnece  
salió el Rey. Dile el recado,  
por el suelo las rodillas.  
Díjele que eras su esposa  
humilde, alegre y rendida,  
y que la ciudad lo estaba  
si ser Rey y esposo estima.  
Respondió que no tratases  
menos que de ser su amiga,  
que Francia le da mujer  
de la alta casa de Guisa,  
y que él no quiere partido  
de una guerra tan prolija,  
sino entrar a fuego y sangre  
la rebelde ciudad y isla.  
Que mal pagará tres años,  
si su gente se amotina,  
con un casamiento pobre  
y de una mujer perdida;  
y que pues le desechaste  
heredero de Sicilia,  
que no es mucho que te deje  
Reina sin reino y cautiva.  
Diciéndome estas razones  
con alta y confusa grito,  
veo que la gente vuelve  
los ojos la mar arriba,  
donde ven venir, y veo,  
de un levante entretenidas,  
de unas galeotas moras

lienzos y velas latinas.  
 Causaba gusto y espanto  
 ver la confusa morisma,  
 porque las colores solas  
 confusamente se vían.  
 Tanto azul y colorado  
 de las marlotas vestidas,  
 los arreboles del sol  
 desde lejos parecían.  
 Los pilotos las conocen,  
 diciendo que se aperciban,  
 que vienen sobre Cerdeña  
 a fama de tu conquista,  
 porque es del moro de Argel  
 el fuerte hermano Ardaliba,  
 que ha corrido todo el mar  
 de Gibraltar a Mecina.  
 Que viene rico y soberbio  
 de robar armadas de Indias,  
 y quiere ver si han quedado  
 de tus asaltos reliquias;  
 que es una antigua costumbre  
 de las aves de rapiña  
 bajar a los cuerpos muertos,  
 como éste baja a tus islas.  
 Despidiéronme con esto,  
 donde vengo a ver si expiras,  
 porque no tienes remedio,  
 entre Caribdis y Scila.

ROSAURA. Estacio, si es de esa suerte,  
 ya no hay remedio que os pida.  
 Quitadme todos la vida  
 que ha causado vuestra muerte.  
 Yo, que con mi casamiento  
 busqué vuestra perdición,  
 merezco la ejecución  
 de vuestro alterado intento.  
 Muestra, Rodolfo, esa espada,  
 o vuélvela contra mí.

RODOLFO. No, Reina, ya no es así,  
 ya la cólera es pasada.  
 Hay paso junto el dolor  
 y el desesperado intento;  
 ya es piedad el pensamiento  
 que fué primero furor.  
 Ahora es tiempo y sazón  
 de mostrar nuestra lealtad.  
 No rindas la gran ciudad,  
 sino esfuerza el corazón,  
 que todos, y yo el primero,  
 queremos morir contigo.

ROSAURA. ¿Qué me dices, Conde amigo?

ESTACIO. Que en Dios tu remedio espero.

(Sale un SOLDADO.)

SOLDADO. En una barca pequeña  
 un moro a tierra ha llegado,  
 que de paz ha preguntado  
 por la Reina de Cerdeña,  
 y no ha venido de espacio,  
 que un bergantín le ha seguido.

ROSAURA. ¿No le has contigo traído?

SOLDADO. Ya está dentro de palacio.

ROSAURA. Dile que entre.

SOLDADO. Voy por él.

ROSAURA. ¿Qué me querrá el moro a mí?

ESTACIO. Quizá le envía por ti,  
 Rosaaura, el moro de Argel.  
 Que, según es la ventura  
 de este cosario en España,  
 ya tendrá por poca hazaña  
 querer gozar tu hermosura.

(PINELO, en hábito de moro.)

PINELO. Alá te guarde y te dé  
 vida.

ROSAURA. Seas bien llegado.

PINELO. Ardeliba me ha enviado,  
 Reina, a que te bese el pie.

ROSAURA. Alzate del suelo, moro.

PINELO. ¿Estás buena?

ROSAURA. Buena estoy.

PINELO. (Ya desconocido soy.  
 ¡Oh, gracias al Dios que adoro!)  
 Sabiendo el cerco en que estás  
 a socorrerte ha venido,  
 y de trigo te ha traído  
 diez mil fanegas y más.  
 Para pagar tus soldados  
 y reformar a tu gente  
 traigo ahora de presente  
 treinta y cinco mil ducados.  
 Estos mandarás sacar  
 del lastre de mi barquilla,  
 que han llegado a ver tu orilla  
 contra el peligro del mar.  
 Y si le dieres licencia,  
 Ardaliba vendrá a verte.

ROSAURA. ¡Oh, rica y dichosa suerte!  
 Venga luego a mi presencia,  
 que a quiten con tan falso celo  
 ha perseguido un cristiano,  
 a socorrerle un pagano  
 permite que venga el Cielo.—

Conde, ¿qué decís?  
 ESTACIO. Estoy  
 de este milagro admirado.—  
 ¡Oh, moro hidalgo y honrado,  
 dos mil abrazos te doy!  
 PINELO. Vamos por este dinero  
 por que traiga luego el trigo.  
 ESTACIO. Vamos a la barca, amigo.  
 PINELO. ¡Amigo! Enemigo fiero.  
 ¡Ah, Dios, si supiese Estacio  
 que soy Pinelo y mi dueño  
 quien dió a Celio eterno sueño  
 dentro de aqueste palacio,  
 qué muerte se me esperaba!)  
 ROSAURA. Conde, en trayendo el tesoro,  
 coma y descanse ese moro.  
 PINELO. Vamos, buen Conde, a la Cava,  
 que tengo un poco que hacer.  
 ESTACIO. ¿A la Cava? ¿Bebéis vino?  
 PINELO. He de comerme un tocino  
 y un cuero me he de beber.  
 ESTACIO. ¿Cómo?  
 PINELO. Porque allá en mi tierra  
 he pasado eterno ayuno.  
 ESTACIO. ¿No se bebe allá ninguno?  
 PINELO. Ni se coge ni se encierra;  
 en pasas nos lo dan todo.  
 ESTACIO. ¡Qué moro de buen humor!  
 PINELO. Si bebo estaré mejor;  
 luego a un rincón me acomodo.  
 ¿Habrás pernil?  
 ESTACIO. Extremado;  
 daréis gracias a Mahoma.  
 PINELO. Mejor un perro le coma  
 aquel zancarrón colgado.

(Vanse el CONDE y PINELO.)

ROSAURA. Rodolfo, de esta ventura  
 ¿qué imaginas?  
 RODOLFO. Que a tu celo  
 pagó con milagro el Cielo  
 en la mejor coyuntura.  
 Luego por tu gente corro  
 por que se anime y lo crea.  
 ROSAURA. Pues alto grita y vocea:  
 ¡Socorro todos!  
 TODOS. ¡Socorro!

(Vanse, y salgan el DUQUE, de moro; CURCIO, ADAJA  
 y SOLDADOS moros.)

ASTOLFO. ¿Dices que no fué acertado,  
 Curcio, despachar el moro?

CURCIO. Bueno estuviera aquel oro  
 hasta la vuelta guardado,  
 que acaso lo tomará  
 y te cerrarán las puertas.  
 ASTOLFO. Quien no las merece abiertas  
 justa paciencia tendrá.  
 Ya te he dicho mi pasión  
 y la causa porque vengo.  
 CURCIO. Entendida, señor, tengo  
 tu desdichada afición.  
 Y pues con servicios quieres  
 dar de tu dolor indicios,  
 sirve, que ablandan servicios  
 piedras, cuanto más mujeres.  
 ASTOLFO. Quiero así satisfacer  
 aquel mi pasado agravio,  
 que sirviendo vence el sabio  
 la más pertinaz mujer.  
 Y es a tiempo este favor,  
 según estaba rendida,  
 que si la diera la vida  
 dudo que fuera mayor.  
 Quiero obligalla, si puedo,  
 y pedille en galardón  
 sólo que me dé perdón.  
 Con esto contento quedo,  
 con esto me satisfago,  
 con esto no pido más.  
 CURCIO. ¿En ese cuidado estás?  
 Mereces su reino en pago.  
 ASTOLFO. Pues sabe, Curcio, que quiero,  
 por lo que te significo,  
 hacer un presente rico  
 a la Reina, por quien muero.  
 Las joyas que yo traía,  
 y las demás que he ganado,  
 le daré, a fe de soldado,  
 en viéndola el mismo día.  
 Que será extraña grandeza  
 pagarle la vista así,  
 y en sus ojos me da a mí  
 la Reina mayor riqueza.  
 Que darle yo piedras bellas  
 que hurté al indio y español  
 no es precio que iguala a un sol  
 cuyos ojos son estrellas.  
 ADAJA. Si acaso tienes deseo  
 de hacer un rico presente,  
 de lo mejor del Oriente  
 alguna parte poseo.  
 Yo traigo cuatro collares  
 con cien diamantes en ellos,

que has de quedar ciego en vellos  
más que cuando al sol mirares,  
y diez sortijas, tan buenas,  
que valen una ciudad.

ASTOLFO. ¿Burlas?

ADAJA. De aquesta verdad  
te daré las manos llenas.

ASTOLFO. Pues ¿qué te mueve, soldado,  
a dar lo que tanto precias?

ADAJA. El saber que me desprecias  
y que estás enamorado.  
Que dos años te he seguido  
sin querer decir quién soy.

ASTOLFO. ¿Eres mujer?

ADAJA. Sí, y estoy  
vuelta en hombre de un olvido.

ASTOLFO. ¿Eres, por ventura, Adaja,  
la que el Rey, mi hermano, llora?

ADAJA. Adaja soy, que te adora,  
señor, con mayor ventaja.  
De Argel contigo salí  
de esta suerte transformada,  
y porque he sido buscada  
no me he descubierto a ti,  
temiendo que si supieras  
que era yo, no repararas  
en mi amor y me enviaras  
del Rey a las manos fieras.  
Ya que estás enamorado  
de esta Reina por su fama  
y otra en Argel quiere y ama  
tu hermano, de mí olvidado,  
de aquestas joyas preciosas  
te sirve, pues es razón,  
que ya vuelve mi intención  
el pensamiento a otras cosas.  
Porque sólo he pretendido,  
dejando un reino y un rey,  
seguir la cristiana ley,  
porque en secreto lo he sido.  
Y si a ti me aficioné  
fué porque pensaba, en vano,  
que, como fuiste cristiano,  
volvieras luego a tu fe.  
Con este rico presente  
a la Reina has de enviarme,  
porque quiero baptizarme  
y salir de entre esta gente.  
Que en precio de este tesoro  
no es mucho lo que te pido.

ASTOLFO. ¿Que eres Adaja?

ADAJA. Yo he sido

la que llamabas Medoro.

Ya no quiero el nombre infame  
de Adaja, aunque el propio mismo  
Juana he de ser por baptismo,  
y éste de hoy más se me llame.  
Esto, señor, te suplico.

ASTOLFO. ¡Oh, Curcio, qué brava fe!

Alto; luego se le dé  
cargo del presente rico.—  
Ve, amiga, y cumple tu gusto,  
pues ya tiene el suyo el Rey.  
Sigue a Dios, sigue esa ley,  
que seguir a Dios es justo.—  
Y apércibaseme a mí  
luego un barco de secreto.

CURCIO. ¿Verás la Reina, en efeto?

ASTOLFO. ¡Ay, Curcio! Digo que sí.

CURCIO. ¿Y esto escribiráslo al Rey?

ASTOLFO. ¿Para qué? Ni aun verle más.—  
Adaja, presto tendrás  
compañeros en tu ley.

(*Vanse, y salen ROSAURA y ESTACIO.*)

ESTACIO.

Repartido el dinero como digo  
y luego en los vecinos y la gente  
a veinte hanegas por familia el trigo,  
vieras en una voz alegremente:  
“¡Viva la Reina y viva el santo moro!”,  
que así le llama el vulgo locamente.

Porque de tanta desventura y lloro,  
de tanta mortandad y pestilencia  
verse cargados de dineros y oro,  
los viejos de más años y experiencia  
dicen más necedades y locuras.  
ni tienen de los niños diferencia.

ROSAURA.

Conde, pues son del Cielo estas venturas,  
¿qué mucho que a la mano llame santa  
que remedió sus largas desventuras?

No juzgo su locura yo por tanta,  
pues la fama del moro me apasiona  
y los deseos a su bien levanta.

Deseo ver su rostro y su persona,  
y, a ser cristiano como moro ha sido,  
gozara de este reino la corona.

No es menos el favor agradecido  
en tiempo tan estéril y contrario,  
que vi mi reino con mi honor perdido.

ESTACIO.

Hacelle algún presente es necesario



de regalos, de pan, fruta y conservas,  
que ha sido su viaje largo y vario.

ROSAURA.

Ya sabes que de todo me reservas.  
Ordena y traza lo que fuere justo,  
y vaya en flores y olorosas hierbas.

(Sale RODOLFO.)

RODOLFO.

Todo parece que hoy nos viene al gusto.  
Los que a buscar han ido al duque Astolfo,  
tras tantos años de mortal disgusto,  
de Narbona, juntándose en el golfo,  
juntos desembarcaron en la playa.

ROSAURA.

¿Qué nuevas traen del traidor, Rodolfo?

RODOLFO.

Nadie lo sabe, porque no hay quien haya  
con temor del contrario hablado alguno,  
ni menos quien de paz ni guerra vaya.

No pudieron tomar otro ninguno  
de los puertos que ves sino el que le tiene (1)  
en todo el ancho campo de Neptuno.

ROSAURA.

¿Qué gente es ésta?

ESTACIO.

Un moro [a] hablarte viene.

(Sale ADAJA.)

ADAJA. A decirte que ya llega  
Ardaliba, Reina, vengo.

ROSAURA. A mucha merced lo tengo,  
nadie la entrada le niega.  
Suya es la isla y yo soy  
tan suya, que a ser cristiano  
le diera el reino y la mano  
y su mujer fuera hoy.  
Será muy bien recibido  
dentro de este alcázar fuerte,  
que no ha de ser de otra suerte  
*el favor agradecido.*

ADAJA. Antes de verte, señora,  
te envía un rico presente  
de las perlas del Poniente  
y las piedras del aurora.  
Cinturas, collares bellos,  
sortijas, piedras preciosas,  
brocados, telas hermosas  
y esta cautiva con ellos.

Que soy, como ves, mujer,  
y del presente, en albricias,  
te pido un don.

ROSAURA.

¿Qué codicias?

ADAJA. Mudar dos veces el ser.

ROSAURA. ¿Cómo?

ADAJA. Dejar de ser hombre  
y recibir el bautismo.

ROSAURA. Más que no el presente mismo  
vale ese cristiano nombre.  
De madrina he de servir  
a quien tan buena fe tiene.

ESTACIO. Señora, Ardaliba viene.

RODOLFO. Salgámosle a recibir.

(Sale el DUQUE y CURCIO, PINELO y MOROS.)

ASTOLFO. Yo excuso ese cumplimento.  
Deja esas cosas a un cabo,  
que basta para un esclavo  
la tierra de tu aposento;  
no la merezco besar,  
y así, de haberla tenido  
con mis pies, perdón te pido.

ROSAURA. Rey, ¿a mí te has de humillar?  
Alza del suelo, que quien  
sin haberle visto yo  
de la tierra me sacó,  
no está por la tierra bien.

ASTOLFO. Quien al sol con tal locura  
por Dios estima y adora,  
¿es mucho adorar, señora,  
el cielo de tu hermosura?

ROSAURA. Lléguennos sillas aquí.

(Siéntense.)

PINELO. (Desconocido le han.

CURCIO. Todos mirándole están.

PINELO. No hay quien le conozca así.

CURCIO. Han pasado algunos años  
y está ya el Duque mayor,  
y el hábito y la color  
harán mayores engaños.)

ROSAURA. ¿Viene bueno vuestra alteza?

ASTOLFO. Gran honra es esa, señora.  
Tratad más humilde agora  
a quien a servir empieza.  
¿Cómo vino a tanto daño  
el de Sicilia con vos  
siguiendo una ley y un Dios?

ROSAURA. Por un codicioso engaño.  
Has de saber que mi padre  
me dejó sola heredera  
de este reino, y que pudiera

(1) Verso largo: quizá sobra el "le".

gozalle muerta mi madre.  
También elegir marido  
quedó a mi gusto, y así,  
el de mi gusto escogí,  
aunque menos bien nacido.  
Este era Celio, un marqués  
del Estado de Pulán.

ASTOLFO. ¿Era discreto y galán?

ROSAURA. Y agora, muerto, lo es.

ASTOLFO. ¿Cómo? ¿En tus ojos?

ROSAURA. Sin duda,  
de quien tan amado he sido,  
que tiempo, muerte ni olvido  
del alma su imagen muda.

ASTOLFO. Pues ¿cómo? ¿Aun muerto le quie-

ROSAURA. Y con la misma razón. [res?

ASTOLFO. Difieres en condición,  
señora, de otras mujeres. (1)  
Que no digo a un muerto, cierto  
de no verle eternamente;  
pero a un vivo, un hora ausente  
le suelen tener por muerto.  
En fin, ¿a tu muerto quieres?

ROSAURA. Es vivo en mi corazón.

ASTOLFO. Difieres en condición,  
señora, de otras mujeres.  
Mas dime: ¿cómo murió?

ROSAURA. Un duque Astolfo, un villano,  
con traidora envidia y mano  
la vida al Marqués quitó.

ASTOLFO. Cómo ¿a traición?

ROSAURA. No a traición;  
mas riñendo.

ASTOLFO. Qué, ¿hombre a hombre?

ROSAURA. Sí.

ASTOLFO. Pues no le das buen nombre,  
que eso fuerza y valor son.  
Y el Duque, ¿qué pretendía,  
el reino o tu casamiento?

ROSAURA. Ese fué su pensamiento  
y fué la desdicha mía.

ASTOLFO. Pues de esa suerte, no es  
digno de algún vituperio  
si fué Amor, y no el Imperio,  
quien dió la muerte al Marqués.  
Y ya digo que si Amor  
le obligó que le matase  
y cuerpo a cuerpo buscase  
el Duque al competidor,  
no hay por qué traidor llamarle,

y al que esto me contradiga  
y que el Duque es traidor diga,  
me ofrezco en campo a matarle,  
sólo por ver que un honrado  
hecho por traición se tenga  
y a ser de tu boca venga  
un hombre noble afrentado.

ROSAURA. Paso, Rey; vuelve a sentarte.  
¿De eso te alteras?

ASTOLFO. ¿No es justo?

ROSAURA. Viva el Duque si es tu gusto,  
que yo pretendo agradarte.

ASTOLFO. Soy caballero, y me pesa  
que lo que es honra y amor  
tenga nombre de traidor,  
y más por tan alta empresa.  
¿En qué, señora, paró  
el pobre Duque?

ROSAURA. En su ausencia.

ASTOLFO. Bastaba por penitencia  
del Marqués que te mató,  
que un enamorado ausente  
cualquier culpa satisface.

ROSAURA. La pasión mil daños hace  
y el no haber parte presente.

ASTOLFO. ¿Cómo?

ROSAURA. A cualquier caballero  
ser su mujer prometí  
como me trajese aquí  
la cabeza, y hoy la espero.

ASTOLFO. ¿Hoy? (Bien dices, que hoy la tienes,  
y aun está hablando contigo.)

ROSAURA. Muerta, digo.

ASTOLFO. Viva, digo,  
si a tenerle preso vienes.

ROSAURA. Bien dices; pero si preso  
me le trajesen aquí,  
ya, por no ofenderte a ti,  
haré rasgar el proceso.

ASTOLFO. Pues ¿cómo piensas pagar  
al que le venga a traer?

ROSAURA. Sólo con ser su mujer.

ASTOLFO. Estoy por irle a buscar.  
Mas ¿qué importa, si soy moro?  
Mas volveréme cristiano.

ROSAURA. Si lo fueras, esta mano  
te diera.

ASTOLFO. (Esa mano adoro.)  
Pero ¿cómo podré hallarle?

ESTACIO. Aquí viene a tu presencia  
Raimundo.

ROSAURA. Dalde licencia.—

(1) Estos dos versos se repiten luego; pero así  
está en el original.

Este viene de buscarle.

ASTOLFO. ¿Sabes tú que le traerá?

ROSAURA. Pienso que le ha de traer.

ASTOLFO. (No sé cómo puede ser si hablando contigo está.)

(Sale RAIMUNDO.)

RAIMUNDO. Aquí tienes a Raimundo.

ROSAURA. Seas bien venido. ¿Qué has hecho?

RAIMUNDO. Medir a pasos el trecho del largo y ancho del mundo.

ROSAURA. ¿Hallaste al Duque?

RAIMUNDO. Sí hallé.

ROSAURA. ¿Dónde?

RAIMUNDO. Dentro de Aragón, y aquí traigo información de cómo al Duque maté, con dos príncipes testigos y otros muchos caballeros.

ASTOLFO. ¿Testigos son verdaderos, ni sobornados ni amigos? ¿Que en efecto le mataste?

RAIMUNDO. Rey de Argel, yo le maté.

ASTOLFO. ¡Por vida tuya!

RAIMUNDO. Y podré mostrarte papeles.

ASTOLFO. Baste; después se verán despacio.

ESTACIO. Aquí viene Clarideno.

(Sale CLARIDENO.)

CLARIDENO. Dame esos pies.

ROSAURA. ¿Vienes bueno?

CLARIDENO. ¿Moros, Reina, en tu palacio? Raimundo, Esferio y Leardo y yo en Narbona, señora, nos hemos juntado ahora y llegado al puerto sardo, donde hallamos a Tiberio, que, entendido bien el caso, nos ha concedido el paso de este que llama su Imperio. Y aunque habemos navegado juntos para aqueste efeto, hemos guardado en secreto lo que habemos negociado. ¿Dijo Raimundo...?

RAIMUNDO. Ya sabe la Reina lo que he traído.

CLARIDENO. ¿Hasle muerto?

RAIMUNDO. Y le he vencido.

CLARIDENO. ¡Grave caso!

RAIMUNDO. Cierto y grave.

CLARIDENO. Dos Duques debe de haber; que cuando yo le vencí lo que él me confesó a mí escrito lo he de tener y firmado de su mano, en que le pide perdón a la Reina y la traición confiesa y dice de plano.

RAIMUNDO. ¿Tú muerto a Astolfo?

CLARIDENO. Yo, pues.

(Salen ESFERIO y LEARDO.)

ESTACIO. Leardo y Esferio vienen.

ASTOLFO. Si tales recados tienen, dichoso, Reina, el Marqués.

ROSAURA. ¿Por qué, si son desconciertos, Ardaliba, cuantos ves?

ASTOLFO. Porque por solo un Marqués traen cuatro duques muertos.

LEARDO. Esos pies me manda dar, pues verte nos deja el Cielo.

ROSAURA. Alzaos entrambos del suelo, que a entrambos quiero abrazar.

ESFERIO. Ya Raimundo y Clarideno habrán dicho su jornada; mas del valor de esta espada está su cuidado ajeno.

LEARDO. Pues yo he muerto al duque Astolfo; y en señal de que esto ha sido traigo su mismo vestido, que ha de conocer Rodolfo.

ASTOLFO. ¿Tantos duques?

LEARDO. ¿Cómo tantos?

RAIMUNDO. ¿No ves que yo le maté?

CLARIDENO. Que traigo su firma sé, el puesto, el punto y a cuántos.

ESFERIO. Todos los que habéis hablado no digo que habéis mentido; pero que posible ha sido que os haya alguno engañado. ¿Dónde le mató Raimundo?

RAIMUNDO. Yo en Aragón.

CLARIDENO. Yo en París de Francia.

ESFERIO. Y vos ¿qué decís?

LEARDO. Que en mayor verdad me fundo, y que le maté en Galicia de España y traigo el vestido.

ESFERIO. Yo el reino y la Reina pido, que traigo mejor justicia, porque traigo embalsamada

su cabeza, de la suerte  
que le di en Bruselas muerte,  
y con esta misma espada.

ASTOLFO. ¡Ved en qué anda mi cabeza,  
que la embalsaman en vida!  
Reina, el pleito se decida.

ROSAURA. Sea juez vuestra alteza.

ASTOLFO. Pues esa merced me hacéis,  
venzamos al Siciliano,  
y después venga a mi mano  
la información que traéis,  
que teniendo este contrario  
aquí, Rosaura, no es justo  
tratar de cosas de gusto,  
y el remedio es necesario.  
Todos estos capitanes,  
Reina, por tierra acometan,  
que es bien que vencer prometan  
competidores galanes.  
Yo, por la parte del mar,  
con mis galeras y gente,  
quiero a un tiempo, de repente,  
acometer y llegar.

Defended sola la tierra  
sobre las peñas del puerto,  
que hoy daré a Tiberio muerto  
o cautivo en buena guerra.

ROSAURA. Lo que Ardaliba aquí ordena,  
caballeros, es lo justo.

Pelead todos con gusto  
y no os dé la empresa pena,  
que el que justicia tuviere  
es Rey y yo su mujer.

RAIMUNDO. En tu servicio he de hacer,  
señora, cuanto pudiere.

CLARIDENO. Hoy has de ver mi valor.

ESFERIO. Hoy conocerás mi espada.

LEARDO. Mi verdad, asegurada,  
no tiene al mundo temor.

ASTOLFO. Pues con esto id a ordenar  
la gente, Estacio, por tierra,  
que hoy Cerdeña, en esta guerra,  
verá vuelto en fuego el mar.

(*Vanse, y salen TIBERIO, príncipe; SALVIANO y PRO-  
PERCIO.*)

TIBERIO.

Gastado agora de tan largo cerco,  
mal puedo resistirle sin socorro.

SALVIANO.

Digo, señor, que estás a gran peligro;  
que apenas tienen los soldados pobres

sobre las carnes más del hierro duro,  
que tienen casi roto, con ser hierro.  
Los bastimentos faltan y las armas,  
y cuantas importantes municiones  
trajeron de Sicilia [a] aquesta empresa.

TIBERIO.

Salviano amigo, pártase Propercio,  
que dé aviso a mi padre Feduardo  
y diga en el peligro que me veo.  
Cuéntele las vitorias de Ardaliba  
y sus fieros desinios y arrogancias;  
diga cómo en las islas entra y sale  
sin que todas mis naves se lo estorben;  
diga las joyas que a la Reina ha dado,  
el trigo, el oro, municiones y armas,  
y que si luego al punto no me envía  
justo socorro en naves o galeras,  
pierdo el trabajo de tan larga empresa  
y juntamente el crédito y la vida.

PROPERCIO.

Ibate a responder, excelso Príncipe,  
y siento alteración en nuestro ejército.

TIBERIO.

Parte. Propercio, y si es motín acaso,  
procura sosegarle con palabras,  
pues con dineros es tan imposible.

PROPERCIO.

Más es la alteración de lo que piensas.  
Ya todos se recogen a las naves.  
Los enemigos son que dan sobre ellos.

TIBERIO.

Bien parece que han sido reparados,  
según la furia de esta arremetida.  
¡A la mar, a la mar, soldados míos!

SALVIANO.

Ya es tarde, que en la mar treinta galeras,  
en dos escuadras como media luna,  
quieren coger tu rota armada en medio.

TIBERIO.

Pues ¿qué se puede hacer?

PROPERCIO.

Morir con honra.

TIBERIO.

¡Sicilia, pues, y muera este Ardaliba!

DENTRO.

¡Viva Cerdeña por Rosaura!

TODOS.

¡Viva!



(En haciendo su guerra, salga ADAJA con una rodela y una espada.)

ADAJA. Aunque parece que es vil  
el ánimo de mujer,  
después que he mudado el ser  
tengo el alma varonil.  
Y después que soy cristiana,  
por dar en los enemigos  
doy en los moros amigos.

(PINELO, con su espada y rodela.)

PINELO. ¿Dónde bueno, hermosa Juana?

ADAJA. ¡Oh, Artemidoro! Ya ves,  
peleo como todo hombre.

PINELO. Bien merece de hombre el nombre  
quien hombres rinde a sus pies.  
Después que cristiana fuiste...  
¿dirélo?

ADAJA. ¿Es una razón?

PINELO. Traigo enfermo el corazón  
y hasta el pensamiento triste.

ADAJA. ¿Quiéresme bien?

PINELO. Como a mí.

ADAJA. ¿Qué quieres?

PINELO. Dame una mano.

ADAJA. ¿Quieres volverte cristiano?

PINELO. Ya lo soy; digo que sí.

ADAJA. Pues digo que el mismo día  
que cristiano quieras ser  
querré yo ser tu mujer.

PINELO. Pues ya lo soy, Juana mía.  
Toca y no pelees más;  
no te den alguna cosa  
con que no estés tan hermosa.

ADAJA. Pues ¿qué haré?

PINELO. Lo que yo harás.

Ponte detrás de esta peña  
mientras que pasa el ruido.

ADAJA. Digo que eres mi marido.

PINELO. Toca, galga zahareña.

(Tocan una caja; salen en orden CLARIDENO y RAIMUNDO, ESFERIO, LEARDO, ESTACIO, SALVIANO, PROPERCIO, TIBERIO, presos, y ASTOLFO detrás.)

ASTOLFO. Has acertado en rendirte.

TIBERIO. Todo es guerra. ¿Qué he de hacer?  
Que no me venec mujer,  
debe, Ardaliba, servirte.

ASTOLFO. Pues que su mucha hermosura  
no te venció, justo fuera  
que su mano te venciera.

TIBERIO. Vencerme y no más procura

y deja de encarecer  
su hermosura o su valor.

(Sale ROSAURA.)

ROSAURA. Vengo a verte vencedor,  
que al campo te salgo a ver  
y quiero mis brazos darte  
como a Marte.

ASTOLFO. ¡Ojalá fuera  
Marte, por que ser pudiera  
siempre de tu parte Marte!

Ves aquí, Rosaura bella,  
preso al príncipe Tiberio.

TIBERIO. De este honroso cautiverio  
no tengo que agradecella,  
y ella sabe la ocasión.

ROSAURA. Rey, si haberte yo rogado  
con necesidad te ha dado  
de quien soy mala opinión,  
hoy vieras mi voluntad  
si el Rey te me diera agora.

ASTOLFO. Tuyo es el preso, señora.

ROSAURA. Pues yo te doy libertad.

TIBERIO. Yo por tal merced te beso  
los pies y tu nombre alabo,  
y con más razón tu esclavo  
para siempre te confieso.  
Volveré, con tu licencia,  
a Sicilia, donde trate  
de darte un rico rescate.

ASTOLFO. Reina, hoy se dé la sentencia,  
porque delante del Rey  
tendrá más autoridad  
el punto de la verdad  
y la fuerza de la ley.

TIBERIO. ¿Es esto sobre la muerte  
del duque Astolfo?

ASTOLFO. ¿Has sabido  
que yo lo juzgo y decido?

TIBERIO. De lo que ignoro me advierte.

ASTOLFO. Cuando en tu campo estuvieron,  
ya los cuatro te contaron  
los peligros que pasaron  
y a la pretensión que fueron.

TIBERIO. Todo lo supe.

ASTOLFO. Pues hoy  
todos dicen que le han muerto.

TIBERIO. ¿Y eso es verdad?

ASTOLFO. No, por cierto,  
porque yo soy... el juez soy.  
¿Qué señas trae Raimundo?

RAIMUNDO. Yo, bastante información.

CLARIDENO. Yo su firma.

ASTOLFO. ¡Tales son  
las pretensiones del mundo!  
¿Y tú?

LEARDO. Traigo su vestido.

ESFERIO. Yo su cabeza, que es más.

ASTOLFO. Y tú, Reina, ¿qué darás  
a quien el Duque ha traído?

ROSAURA. Prometí ser su mujer.

ASTOLFO. Pues yo mejor seña doy,  
porque el mismo Duque soy  
y el que me vengo a traer.

ROSAURA. ¿Tú eres el Duque?

ASTOLFO. Yo, digo,  
que al Rey de Argel engañé  
y aqueste traje tomé  
por obligar mi enemigo.  
Dame, señora, perdón,  
si has entendido el suceso,  
y de darte al Duque preso  
tu persona en galardón.

ESTACIO. ¿Hay caso igual?

RAIMUNDO. (¿Hay engaño  
como éste? Corrido estoy.)

CLARIDENO. (Yo de vergüenza me voy  
de tan claro desengaño.)

RAIMUNDO. (Yo no paro más aquí.)

ASTOLFO. No, no; volved, caballeros.

CLARIDENO. ¿Qué nos quieres?

ASTOLFO. Quiero veros,  
ya que me habéis visto a mí.

(Fisgando.)

“Yo traigo aquí su vestido.”

“Yo le maté en Aragón,  
y traigo la información.”

“Yo su cabeza he traído.”

Que le digo, caballero,  
¿viene bien embalsamada?

ROSAURA. Digna es de ser celebrada  
tu historia. Abrazarte quiero.  
Ya no hay Celio para mí,  
sino Astolfo. ¡Astolfo viva!  
¡Viva el cristiano Ardaliba!  
¿Es vuestro Rey, sardos?

Todos. Sí.

ROSAURA. Por mi promesa, que es ley,

merece bien el Imperio.

¿Paréceos justo, Tiberio?

TIBERIO. Yo lo afirmo como Rey,  
y quiero quedarme aquí,  
del casamiento padrino.

ASTOLFO. ¿Que ya soy Rey?

ROSAURA. Y Rey digno.

ASTOLFO. ¿Soy vuestro Rey, sardos?

Todos. Sí.

(Salen PINELO, CURCIO y ADAJA.)

PINELO. Ya, señor, que Rey te ves,  
¿qué oficio das a Pinelo,  
que no osó mirar al cielo  
hoy hace un año y un mes?  
Sácame ya de ser moro.

ROSAURA. ¿Es Pinelo?

PINELO. El mismo soy.

ROSAURA. Llegá, mis brazos te doy.

PINELO. Yo, Reina, tus pies adoro.—  
Adaja, o Juana, ya ves  
cómo me he vuelto cristiano.  
Digo que te doy mi mano.

ADAJA. ¿Es tuya?

ESTACIO. Mi mujer es.

ESTACIO. Pues que todos hoy merecen  
tu favor, cásame a mí.

ROSAURA. A Lesbia te doy a ti.

ESTACIO. Gran bien tus manos me ofrecen.

ROSAURA. Pero con tal condición,  
que hoy al Duque has de abrazar.

ESTACIO. De Celio tendrá el lugar.

ASTOLFO. Yo a vos en mi corazón.—  
¿Curcio?

CURCIO. ¿Señor?

ASTOLFO. A esos moros

darás todas mis galeras,  
mis despojos y banderas  
y reparte mis tesoros.

Vuélvanse todos a Argel  
y al Rey desengañarán.

CURCIO. Contentos, señor, irán;  
pero ha de pesarle a él.

ASTOLFO. Reina, las manos te pido.

ROSAURA. Mi marido espero verte  
por que acabe de esta suerte  
*El Favor agradecido.*

# LA FELISARDA <sup>(1)</sup>

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA A

DON JUAN ANTONIO DE VERA Y ZÚÑIGA

COMENDADOR DE LA BARRA

Y SEÑOR DE LAS VILLAS DE SIERRABRABA Y SAN LORENZO

Quisiera dar a V. m. el parabién de su Embajador, libro doctísimo y provechoso a los Reyes y repúblicas, si no me acordara de haber leído en su discurso tercero el peligro que en iguales sucesos corre la tardanza y entre otros ejemplos el de los Embajadores de Troya a Nerón por la muerte de Druso, cuando el referido César estaba tan olvidado que pudo responderles graciosamente *que también él estaba con gran sentimiento de la muerte de su ciudadano Héctor*; mas, como las vidas de los hombres se olviden, y no las virtudes y glorias, que quedan a cuenta de la immortalidad de quien supo adquirirlas, no es fuera de propósito hablar en este libro, pues vive y ha de vivir sin que le pueda el tiempo olvidar ni el olvido escurecer. En la comedia de *Los Esclavos libres*, que dirigí a V. m., me di el parabién de la esperanza del Embajador. y ahora se la doy a V. m. de la posesión y del gusto con que ha sido recibido de los doctos, de cuyos desapasionados pechos huye la envidia por natural antipatía, que, como muchos animales ponzoñosos de algunas plantas aromáticas, así la calumnia huye de los hombres sabios y bien nacidos, que no lejos deste propósito dijo Epiteto: *Nam si substantia boni in iis est quae sunt in nobis, ibi neque invidia, neque aemulatio locum habet*, que por esotra parte diremos al Embajador lo que Marcial a su libro quinto: *Et sis invidia favente felix*; sólo quisiera ahora, por lo que amo a V. m., que el premio de tanto estudio y cuidado: *Non est enim quod aestimes* (como dijo Séneca) *ullam esse sine labore virtutem*, se luciera en ocupar el mismo lugar que con tanta erudición enseña y decir con Herodiano (aunque él habla de los espectáculos del Amphiteatro en tiempo de Cómodo): *Ac tunc primum vidimus, quae antea in picturis mirabamur*. La Felisarda sale a luz en nombre de V. m.; la traza es de la ilustrísima señora madama Capela, cuando asistió en Palacio a la Reina nuestra señora, que Dios tiene. Digna por esto de tan gallardo caballero, así los versos con que la vestí lo fueran de tan culto ingenio; pero quiero decirme a mí mismo lo que Marcial en la epístola del segundo libro: *Quid nobis, inquis, cum Epistola? parumne tibi praestamus, si legimus epigrammata?*

*Quid hic porro dicturus est quod non possis verbis dicere?* Dios guarde a V. m.—Su capellán y aficionadísimo servidor, *Lope de Vega Carpio*.

## PERSONAS DE LA COMEDIA

LISAMANTE.	El REY DE BOHEMIA.
FÉLIX.	ARIODANTE.
FELISARDA.	ARMINDA.
FLORA.	CRÍADOS.
LELIO.	Dos MARINEROS.
Un EMBAJADOR.	[FABIO, soldado.
Cuatro SOLDADOS.	JULIO, pastor.
ISELLA.	ALBANIA, hija de JULIO.
ERGASTO.	El dios APOLO.]

## ACTO PRIMERO

(Salen LISAMANTE y FÉLIX.)

LISAM. En efeto ¿está cautivo  
el Rey de Persia?  
FÉLIX. Señor,  
la nueva es cierta.  
LISAM. A mi amor  
hoy el parabién le escribo.  
Después, Félix, que murió  
el padre de Felisarda,  
sólo a que se case aguarda  
el reino que le perdió.  
Fué persona tan amada,  
que hasta la envidia pudiera  
llorarle, si no estuviera  
en Felisarda ocupada,  
cuyas gracias tienen ciego  
a Amor, pues Naturaleza  
perficionó su belleza  
y rompió la estampa luego,  
de tal color esmaltada,  
que, al arte poniendo fin,  
dejó de ser el jazmín  
blanco y la rosa encarnada.

(1) En el encabezado dice "Filisarda"; pero en los titulillos y el texto la nombra bien.

Con artificio sutil  
parece que dió invención  
al sabio Pigmaléon  
para labralla en marfil.  
Corrida la intacta nieve  
en su competencia miro;  
ni la púrpura de Tiro  
a sus claveles se atreve.

FÉLIX. Para que pintes, señor,  
sus jazmines y claveles  
te ha dado Amor sus pinceles,  
que es gran lisonjero Amor;  
que es tal su belleza creo,  
si de tus ojos la fío.

LISAM. Si del pensamiento mío  
fuera intérprete el deseo,  
de otra suerte la alabara.  
Aquí la verdad habló,  
que sólo el Cielo pintó,  
Félix, su divina cara.  
El de Persia ya tenía  
tratado su casamiento;  
con igual aplauso atento  
el reino lo recibía.  
Pero si cautivo está,  
que fué notable desdicha,  
dará lugar a mi dicha,  
que le ha sucedido ya.  
Es posesión el amor  
que le suele suceder  
por querer o no querer  
faltando el competidor.  
Aquí falta, y yo sucedo  
a su esperanza cautiva,  
porque no hay cosa que viva  
segura en amor de miedo.  
Pienso que me eligirán,  
pues no hay en Grecia señor  
libre de mayor valor,  
y que el cetro me darán.  
Sabe Amor que no lo estimo  
respeto del bien, que aguarda  
mayor riqueza en Lisarda  
el alma, que a verla animo.  
Porque en esta pretensión  
competencia no sufriera  
si agora Aquiles viviera  
o Alejandro Macedón.  
Pero aguardemos, que viene,  
y desde aquí miraré  
sus ojos, donde se ve,  
cuanta luz el cielo tiene.

Perdonad, claras estrellas,  
dorado sol, blanca luna,  
que a sus dos luces ninguna  
pudo igualarse con ellas.

(Sale FELISARDA, reina de Grecia.)

FELISARDA. Ya que llegó mi fortuna  
donde pudo mi esperanza,  
a estado en que la mudanza  
no tiene fuerza ninguna,  
el ciego Amor me importuna  
que declare sin temor  
qué rey les doy, qué señor  
a mis vasallos, pues creo  
que han igualado el deseo  
y sospechado el amor.

Después de haber heredado  
el mayor reino que en Grecia  
de letras y armas se precia,  
con que del mundo ha triunfado,  
Grecia, que leyes le ha dado  
y enseñado ilustres ciencias,  
quiero que las diferencias  
cesen de sus pretensores,  
porque entre grandes señores  
son grandes las competencias.

El Rey de Persia ha de ser  
mi esposo.

LISAM. (Félix, mi muerte  
escucho.)

FELISARDA. Que de esta suerte  
a nadie puedo temer.  
¿Quién me puede defender?  
¿Quién honrar con más valor?  
Hoy se ha de saber mi amor,  
porque la mayor ventura  
de amor es estar segura  
de hablar de amor sin temor.

LISAMANTE.

(A dar descanso al alma, que se abrasa  
de celos y de amor viendo el contento  
con que dice la Reina que se casa,  
trágico embajador salgo a su intento.)  
¿No sabe vuestra alteza lo que pasa?

FELISARDA.

¿Es cosa de mi nuevo casamiento?

LISAMANTE.

Nuevas de Persia son.

FELISARDA.

¿Mi esposo viene?



LISAMANTE.

(Un engaño de Amor, qué gloria tiene.)

Al Rey de Persia cautivó en la guerra  
el de Dalmacia.

FELISARDA.

¿Quién está cautivo?

LISAMANTE.

El de Persia, señora, y en su tierra  
le tiene humilde y le desprecia altivo.  
Así la suerte en breve tiempo encierra  
un largo mal.

FELISARDA.

¿Que aquesto escucho y vivo?

¡Dadme valor, pues no ventura, Cielos!

LISAMANTE.

(No hay bien de amor como vengar los celos.)

Pésame de haber dado a vuestra alteza  
tales nuevas.

FELISARDA.

La vida me han quitado.

LISAMANTE.

(Porque he visto en el sol de su belleza  
triste la luz y el resplandor turbado,  
y para dar lugar a su tristeza,  
aunque es menor el mal acompañado,  
me voy a imaginar que ser podría  
que resultase de ella mi alegría.)

(*Vanse LISAMANTE y FÉLIX, y quede sola FELISARDA.*)

FELISARDA. ¿A quién me podré quejar  
de la desdicha en que ha puesto  
fortuna mis confianzas  
y mis firmezas el tiempo?  
¿Qué ha durado en un estado  
de cuantas cosas han hecho  
los Cielos si nuestras vidas  
gobiernan sus movimientos?  
Siempre la felicidad  
fué un sol que dejó traspuesto  
la noche de la desdicha,  
adonde es la sombra el miedo.  
Sigue a la virtud la envidia,  
turba la bonanza el viento,  
no hay bien mortal sin pensión  
ni amor sin pagarla en celos.

Perdí mi bien; mas tengo un bien, ¡ay, Cielos!,  
que no puedo tener más mal que tengo.

¡Qué presto camina el daño  
a deshacer el provecho!  
¡Qué poco duran las dichas!  
¡Qué inciertos son los deseos!  
¡Qué lejos de esta fortuna  
estaban mis pensamientos!  
¡Qué libre mi amor, que agora  
está con mi esposo preso!  
Pero el tiempo y sus mudanzas,  
el cielo y sus movimientos,  
la guerra con sus azares,  
los hados con sus encontros,  
no me podrán impedir  
que no siga mis deseos,  
pues pienso buscar mi esposo  
y morir si fuere muerto.

Perdí mi bien; mas tengo un bien, ¡ay, Cielos!,  
que no puedo tener más mal que tengo.

Pero primero que intente  
pasar el mar y primero  
que dé principio a esta hazaña  
de amor con tantos ejemplos,  
quiero hacer llamar a Julio,  
pastor que guarda en secreto  
a Isbella, sobrina mía,  
aunque él ignora el suceso.  
Murió mi hermano mayor,  
hice yo creer al reino  
que era muerta, y de ésta suerte  
vine a heredar su heredero.  
Pero ya que está cautivo  
el Rey de Persia, temiendo  
su muerte y que yo en mi vida  
no he de tener otro dueño,  
quiero traer a mi casa  
su hija de Julio, haciendo,  
por que tenga más cuidado,  
que Isbella queda en su pueblo.  
Pero aquí viene mi hermana  
Flora. Amor, tened silencio,  
no se entiendan mis desdichas  
de mis locos pensamientos.

Perdí mi bien; mas tengo un bien, ¡ay, Cielos!,  
que no puedo tener más mal que tengo.

(*Salc FLORA, hermana de la Reina.*)

FLORA. (Sabed, pensamientos míos,  
que dice la voluntad  
que perder la libertad  
no es justo con desvaríos.

Dejad los necios antojos,  
que los aciertos de amor  
están en poner mejor  
los cuidados que los ojos.  
¿Culparéis a las estrellas?  
Forzad vos la inclinación;  
mas tenéis un corazón  
y son infinitas ellas.  
La Reina está aquí.) ¿Señora?

FELISARDA. Flora mía, ¿no has sabido  
las nuevas que hoy han venido?

FLORA. Tratando estaban agora  
que el de Persia está cautivo.  
¿Impórtale a vuestra alteza?

FELISARDA. Con ocasión de tristeza,  
Flora, de gusto me privo,  
que era amigo, como sabes.  
A escribirle voy.

FLORA. Harás  
tu obligación, pues es más  
en los estados más graves.  
Y aun pienso que se decía  
que los dos... Pero no quiero  
decirlo.

FELISARDA. En el cielo espero  
su libertad con la mía.

(Vase la REINA, y FLORA queda.)

FLORA. ¡Qué mal que se encubre amor!  
Habla por él la inquietud,  
porque es como la salud,  
que sale luego al color.  
El de Felisarda es tal,  
que me consuela del mío;  
pero no del desvario  
de amar a mi desigual.  
De los sabios fué opinión  
que Amor, o tierno o ingrato,  
si bien le aumentaba el trato,  
era todo inclinación.  
Que amor se aumente entre iguales  
muy cierto debe de ser;  
pero su mayor poder  
es igualar desiguales.  
Quiero y querer no querría;  
pero no puedo dejar  
de querer y de forzar  
la desconfianza mía.  
Pintar a Amor no era justo  
ciego si su daño viera,  
ni desnudo, si tuviera  
más interés que su gusto.

Lelio me mira y me ha dado  
veneno en vaso de oro,  
que la libertad que lloro  
también le cuesta cuidado.  
El alma se ha puesto en calma,  
que viene dice el temor,  
porque los pasos de amor  
entran llamando en el alma.  
Mas ya los ojos le ven.  
Quiero escucharle escondida  
para tomar atrevida  
esperanza al mal o al bien.

(Sale LELIO, soldado galán.)

LELIO.

Amo en un punto más que cuantos fueron  
de amor cautivos y hermosura amaron;  
mis cuidados en número excedieron  
los instantes del tiempo que pasaron;  
mis celos a los cielos color dieron,  
mis suspiros los aires abrasaron,  
mis lágrimas pudieran, como aurora,  
formar las perlas cuyo nácar dora.

Solamente los árboles y prados  
no me deben color, porque no alcanza  
esperanza a mi amor ni mis cuidados  
les puede dar vestido de esperanza.  
¡Ay, Dios! ¿Cómo mis pasos, engañados,  
me trajeron a ver tanta mudanza?  
Contados no, que Amor no cuenta sumas,  
con ser sus alas de tan varias plumas.

Vine del campo a la ciudad soldado,  
tal es la inclinación; dejé la sierra  
y la paz del gobierno del ganado  
por la inquietud de la extranjera guerra;  
en blanca espada transformé el cayado.  
Así el juicio de los hombres yerra,  
pues más vale en quietud mansa pobreza  
que, inquieta el alma, la mayor riqueza.

Entré en la corte, y, como si yo fuera  
nacido en los palacios que el sol dora,  
puse los ojos en la clara esfera  
del puro cielo que la luna adora.  
Quien tan soberbio fué, justo es que muera;  
pero vida será morir por Flora.  
¿Nombréla? Sí nombré. ¡Qué atrevimiento!  
¡Cómo sigue la lengua al pensamiento!

FLORA. (Yo salgo y no aguardo más.  
Amor manda que me atreva,  
que no fuera niño Amor  
como tuviera paciencia.)

¿Es Lelio?

LELIO. ¡Señora mía!

FLORA. ¿Aquí tan triste? ¿Aquí llegan cuidados, penas, memorias?

LELIO. Memorias, cuidados, penas, como en las almas están, a nadie piden licencia.

FLORA. ¿De qué estás tan divertido? ¿De qué es, Lelio, la tristeza? Dime tu bien o tu mal, que para todo soy buena. Hazme secretaria tuya, fía que te favorezca como amiga y como quien tu gusto y tu bien desea.

LELIO. Señora, no son mis males para dichos ni mis penas para dichas, que desdichas son para desdichas buenas. Yo tengo dentro de mí quien me manda que no tenga atrevimiento jamás que a mi silencio se atreva. Contento estoy de mis males; de que son pocos me pesa, que, temiendo que me falten, hago que despacio vengán. Dichoso yo que estoy triste; mas no daré mi tristeza por todas las alegrías que tiene el mundo.

FLORA. No creas que es enigma tan oscura la de tu alma y tu lengua que no se deje entender.

LELIO. Bien puede ser que la entiendas.

FLORA. Atreverse y no atreverse, callar y hablar, gloria y pena, estimar el mal y hablando los ojos, tener suspensa la lengua, Lelio, es amor.

LELIO. La misma te lo confiesa, aunque por la confesión me diese Amor penitencia.

FLORA. ¿Amas en palacio?

LELIO. Sí; ninguna cosa te niega quien te confiesa su amor.

FLORA. ¿A quién amas?

LELIO. Eso fuera exceder de lo que és justo. No da Amor tanta licencia.

FLORA. ¿Es Florida por quien mueres? ¿Es Rosimunda? ¿Es Cardenia? ¿Es Albania? ¿Es Clorinarda? ¿Silvia, Fenisa o Clavela?

LELIO. No, señora.

FLORA. ¿No? Pues ¿quién?

LELIO. En las que has dicho no aciertas.

FLORA. ¿Es Belisa?

LELIO. No es Belisa.

FLORA. ¿Es Anarda, Arminda o Celia?

LELIO. Muy lejos del blanco das.

FLORA. Yo apostaré que es Rosela.

LELIO. No lo creas.

FLORA. Pues ¿quién es?

LELIO. Oye, señora, las señas. Primeramente en su frente aprendió la primavera a hacer jazmines y Amor sus arcos en sus dos cejas. No quiero hablarte en sus ojos, no diga el cielo que es mengua que tenga un sol siendo cielo y que tenga dos la tierra; por ser cosa tan común esto de rosas y perlas, dejo su boca y su risa, aunque ella nunca me deja. En fin...

FLORA. Deja la pintura, que si de esta suerte fuera, no fuera Flora.

LELIO. Ella es, y quien me abrasa y me hiela.

FLORA. Lelio, ya un poco más grave pensando estoy la respuesta.

LELIO. Pues no pienses si en mi daño esos pensamientos piensas, y pues ya sabes los míos, te suplico que te duelas de mí, por que tu crueldad no se iguale a tu belleza. Yo te adoro, hermosa Flora; ten lástima de que sea corta mi vida, que ya...

FLORA. No más, que quiero que entiendas que el ganarme por la mano no fué de Amor excelencia, sino el ocuparme a mí honestidad y vergüenza; y para que no me salgan al rostro las que ella engendra, vete y volverás mañana

para que te hable y vea  
con más lugar. (Mucho he dicho.)

LELIO. ¿Cómo, señora, pudieras  
darme de otra suerte vida?

FLORA. Vete, y mira que agradezcas  
esta determinación.

LELIO. Yo te aseguro que créas  
de mi limpio corazón,  
de mi voluntad honesta,  
que sé amarte como es justo,  
ya que no como merezcas.

(Vase LELIO.)

FLORA.

Salieron a campaña en desafío  
Temor y Amor. Iba el Temor armado  
de un peto fuerte, en su rigor templado,  
y la cobarde espada en hielo frío.

Amor, siempre valiente, con más brío  
de armas de fuego y de valor cercado,  
la venda se quitó determinado,  
y luego vi en sus ojos que era mío.

Venció al Temor y declaró su daño,  
volviendo vencedor, y a mi memoria  
corrió los velos de su ciego engaño.

Cantaron mis sentidos la vitoria.  
“¡Vitoria!”, dijo Amor, y el desengaño  
trocó mi mal en bien, mi pena en gloria.

(Váyase, y éntre ISBELLA, pastora.)

ISBELLA.

Verdes prados floridos,  
estrados del aurora,  
donde el sol la visita cada día,  
tapetes guarnecidos  
de la labor de Flora,  
que el céfiro de Amor engendra y cría;  
fuente que en nieve fría  
desatada corriendo  
con víboras de plata,  
que en arroyo dilata,  
parece que la hierba estás mordiendo,  
¿adónde está mi Ergasto?  
¿Si habrá llevado su ganado al pasto?

(Sale ERGASTO, pastor, por otra parte sin verla.)

ERGASTO.

Fresca alameda umbrosa,  
tranquilidad amena  
para la paz del alma que os habita,  
adonde en pura rosa

nace el alba serena  
y los rayos de Febo solicita;  
aquí donde marchita  
jamás la hierba cesa,  
nació con mi esperanza  
la posesión que alcanza  
un firme amor que honestidad profesa.  
Mas ¿dónde está mi Isbella,  
que el sol no sale por venir con ella?

ISBELLA.

Decidme, hermosas fuentes,  
¿adónde vive agora,  
así las ninfas de estos bosques bellos  
honren vuestras corrientes,  
haciéndola sonora  
risa del agua, espejo a sus cabellos,  
y los nevados cuellos  
de estas sierras heladas  
con aljófar eterno,  
que no prenda el invierno,  
os tengan para siempre dilatadas,  
que cuando no le veo  
hace mis ojos fuentes el deseo?

ERGASTO.

Selvas, de amor estancia,  
si a su frente y mejillas  
debéis las manutisas y jazmines  
que con tanta fragancia  
hacen estas orillas  
borladas orlas, matizados fines;  
si en la nieve y carmines  
de su boca süave  
halla estampa la rosa  
y la azucena hermosa,  
¿dónde está su rostro honesto y grave,  
que cuando no la veo  
arde mi corazón en mi deseo?

ISBELLA.

Aquí, si no me engaño,  
ya se alegran las fuentes,  
y líquido su hielo sonoro,  
por aliviar el daño  
de mis ojos ausentes  
me pide albricias de mi bien dichoso

ERGASTO.

Aquí, donde en reposo  
dulce estaban las aves  
porque el sol se extendía  
en la mitad del día,  
con picos amorosos y süaves,



parece que en su canto  
me dicen que mi bien templó mi llanto.

ISBELLA.

¡Ergasto mío!

ERGASTO.

¡Isbella,  
luz de estos ojos tuyos!

ISBELLA.

No en vano el agua y las hermosas flores  
de esta ribera bella  
por las márgenes suyos  
casaban el cristal y las colores.

ERGASTO.

Ni en vano los amores  
alternaban las aves  
en doblada armonía  
y el valle respondía  
ya en ecos dulces, ya en acentos graves,  
porque con verte crece  
cuanto es amor y cuanto amor parece.

ISBELLA.

¿Cómo, Ergasto querido,  
has pasado mi ausencia?  
Dime si alguna vez te has acordado  
de mí.

ERGASTO.

Sólo una ha sido,  
que desde tu presencia  
hasta volver a verte me ha durado.  
Mas tú, ¿cómo has pasado  
sin mí los largos años  
de aquesta noche triste?

ISBELLA.

Con el luto que viste  
los altos montes de funestos paños  
hasta que vuelve el día  
a coronar los montes de alegría.

ERGASTO.

No de otra suerte, Isbella,  
hermoso dueño mío,  
que el pajarillo en corto nido espera,  
que el alba clara y bella  
esmalte de rocío  
el valle, el monte, el prado y la ribera,  
y cuando en roja esfera  
muestra su rostro Apolo  
cercado de arboles

se alegra, así tus soles  
espera Ergasto en su cabaña solo,  
que no hay, Isbella mía,  
vida sin verte y sin tus ojos día.

ISBELLA.

¿Tocaras el estado  
en que el amor te ha puesto  
por la grandeza de las cortes?

ERGASTO.

Mira,

Isbella, que agraviado  
se queja Amor, que has puesto  
en su verdad sospechas de mentira.  
La grandeza que admira  
en palacios de reyes  
con razón a los hombres,  
que apenas hallan nombres  
para ceñir su majestad con leyes,  
me fuera más extraña  
que el nevado dosel de la montaña.

ISBELLA.

Y a mí sin ti me fuera  
su edificio famoso  
con la romana o griega arquitectura,  
más corto que en la cera  
el nido artificioso  
del ave que fabrica la miel pura;  
pero yo estoy segura  
de que jamás me vea  
aunque posible fuese.

ERGASTO.

Ni yo que permitiese  
trocar las pajas de mi pobre aldea  
a sus dorados techos,  
de envidia, más que de oro y jaspes, hechos.

(Sale JULIO, pastor viejo.)

JULIO. Alegre de hallarte aquí,  
aunque triste de perderte,  
porque pienso que la muerte  
se me ha de atrever sin ti,  
vengo a decírtelo...

ERGASTO. (¡Ay de mí!)

JULIO. Que la Reina, mi señora,  
me envía a decir ahora  
que te lleve a su palacio,  
no dándole más espacio  
a quien te pierde y te adora.

ISBELLA. ¿La Reina a mí, padre mío?

ERGASTO. (¿Qué es esto que oyendo estoy?)

JULIO. Lo que me ha dado le doy,  
sus propias prendas le envío.  
No es esta cabaña y río  
digna de ti, que, en efeto,  
te he criado con secreto.  
Tú tienes sangre real.

ERGASTO. (Corazón, en tanto mal,  
recio sois si sois discreto.)  
Pues, Julio, ¿Isbella tenía  
sangre real?

JULIO. Si no basto  
por testigo, amigo Ergasto,  
la Reina por ella envía.

ERGASTO. ¿Qué aguardáis, desdicha mía?  
Llora, Julio; Isbella, llora.  
De mármol seréis agora  
si con vida me dejáis.  
Llorad por que amanezcáis  
en otro polo mi aurora.

ISBELLA. ¡Ay, Ergasto, quién pudiera  
decirte su pensamiento!

ERGASTO. ¿Para qué, si mi tormento  
basta hacer que el alma muera?  
Que, aunque inmortal, esta fiera  
pena es bastante en mi mal  
para matar lo inmortal.

ISBELLA. Mira que Julio te advierte.

ERGASTO. ¿Qué importa, si ya mi muerte  
viene en tu sangre real?

Tú eres señora. ¡Ay de mí!  
¡Qué bien de tus pensamientos  
temí tus merecimientos  
y tus grandezas temí!  
¡Ay, quién dijera de mí  
otra cosa semejante  
para igualarte importante!  
Pero ¿cómo te igualara  
aunque el Cielo me criara,  
como fuí amante, diamante?

ISBELLA. Contenta, Ergasto, vivía  
con ser humilde pastora.  
La imaginación señora  
sabes tú que aborrecía.  
En ti reinaba y vivía.  
Eras mi rey (1) y mi bien,  
y aunque fueras sol también  
sólo en tu esfera viviera,  
que no hay fuera de tu esfera  
centro que a mis ojos den.

ERGASTO. Tú me mataste.

ISBELLA. Yo estoy  
más muerta.

ERGASTO. ¿Qué haré sin ti?

ISBELLA. Yo, triste, sin ti y sin mí,  
¿dónde me quedo y me voy?

ERGASTO. Si tú eres el ser que soy,  
¿qué seré, Isbella, en tu ausencia?

ISBELLA. Si me falta tu presencia,  
¿con qué vida viviré?

ERGASTO. Cielos, ¿adónde tendré,  
sin esperanza, paciencia?

(JULIO diga aparte:)

JULIO. (Aunque la Reina me envía  
por mi hija con secreto,  
yo, que entiendo su conceto,  
no le daré sangre mía.  
Diré, pues de mí se fía,  
que es mi hija, aunque es Isbella.  
Goce su bien, pues en ella  
está tan bien empleado,  
porque aun el cielo dorado  
la preciara por estrella.)

Hija, venid, que no puedo  
detenerme.

ISBELLA. Ergasto, adiós.

JULIO. (¡Oh, cuánto sienten los dos!)

ERGASTO. Yo me parto.

ISBELLA. Yo me quedo.

ERGASTO. Ya tengo miedo del miedo  
que tu olvido me ha de dar.

ISBELLA. Yo, de que me has de olvidar.

ERGASTO. Sombra de tu sol seré.

ISBELLA. Yo voy a morir.

ERGASTO. Yo iré  
a ver quién me ha de matar.

(Vanse, y salen FLORA y LELIO.)

FLORA. A tal piedad me has movido,  
Lelio, con tan grande amor,  
que de mi desdén y honor  
piensa el valor que me olvido.  
No sé qué tengo de hacer.

LELIO. Ni yo cómo he de sufrir  
tan importuno vivir  
y tan dulce padecer.

(El REY DE BOHEMIA entra, escuchando lo que dicen.)

REY. (Oyendo voy dos amantes  
que tan bien se corresponden,  
que a sus amores responden  
las piedras y los diamantes.

(1) En el texto dice, por errata, "reina".

Diferente pensamiento  
me trujo a Grecia.)

LELIO. Señora,  
si de un alma que te adora  
te entenece el sentimiento,  
¿qué piensas hacer de mí?

FLORA. Lelio, el no saber quién eres,  
aunque, amando, las mujeres,  
y yo soy ejemplo aquí,  
no suelen considerar  
algunas veces su error,  
no deja en mi loco amor  
a mi esperanza lugar.

LELIO. Quiero hacerte un argumento:  
quien ama ¿no es lo que ama?

FLORA. Sin duda, su ser se llama;  
su transformación consiento.

LELIO. Luego yo lo que eres soy,  
y ese valor que está en ti  
es el mismo que hay en mí.

FLORA. Ya tan de tu parte estoy,  
que me doy como vencida  
de amor de ese tu argumento,  
y que soy tu igual consiento,  
tan igualmente querida.  
Demás que no puede ser  
que no seas lo que soy,  
pues en ti mirando estoy  
cuanto ser puedo tener;  
es la presencia un cristal  
por donde se ve el valor.

REY. (¡Qué de cosas halla Amor,  
sofístico natural,  
para abonar sus engaños!)

LELIO. En fin, ¿en qué te resuelves  
si con tiernos ojos vuelves,  
Flora, a contemplar mis daños?

FLORA. ¡Ay, Lelio, que anda mi amor  
por vencer mi honor por ti!

LELIO. Ya sabes tú que hay en mí  
mil defensas a tu honor:  
respeto y honestidad,  
fe, lealtad, verdad, firmeza,  
defienden la fortaleza  
de honor a la voluntad.  
Si quieres venir conmigo  
palabra le doy al Cielo  
de conservar este celo  
honesto siempre contigo.  
Caballos tomar podremos  
y ir donde yo era pastor,  
más de cuidados de amor,

de quien los dos lo seremos,  
que no de humildes ovejas.  
Ve por ellos, que ya estoy  
determinada.

FLORA. Yo voy.

LELIO. (¡Oh, Amor, qué mal me aconse-

FLORA. Mira, advierte... [¡jas!])

LELIO. ¿Qué me quieres?

FLORA. (Pero ¿qué importa el valor  
cuando toman en su error  
resolución las mujeres?)  
Vete, Lelio.

LELIO. Voy, señora.

FLORA. No vayas.

LELIO. ¿Qué dices?

FLORA. Digo  
que sólo el morir contigo  
puede ser mi vida ahora.  
Parte presto.

LELIO. Yo seré  
Mercurio en alas y pasos  
y los caballos Pegasos.

REY. (Esos primero traeré.  
Voy a ganar por la mano,  
y, robando a Flora bella,  
irme a mi reino con ella.)

(Váyanse el REY y LELIO; FLORA quede.)

FLORA. Niño Amor, dios soberano,  
flechador ciego, que aciertas  
sin vista donde la pones,  
por más que los corazones  
tengan diamantes por puertas,  
¿en qué te pudo ofender  
mi libertad? ¿Era yo  
Dafne, la que despreció  
la fuerza de tu poder?  
¿Alabéme como Apolo  
de los tiros de Fitón,  
que en mi esquivo corazón  
tu poder mostraste sólo?  
Pero ¿por qué me lamento  
de tus tiros, dulce Amor,  
siendo alegre tu dolor  
y dulce tu sentimiento?  
No quiero sin Lelio vida.  
Ya es mi dueño, ya es mi esposo.

(Sale la REINA FELISARDA.)

FELISARDA. El prevenir es forzoso  
esta amorosa partida.  
Al Rey tengo de buscar.  
Tardan Julio y mi sobrina.

FLORA. (¡La Reina!)

FELISARDA. (Si Amor me inclina,  
¿cómo le puedo forzar?  
Estarán los elementos  
en paz, bordarán estrellas  
el suelo y las flores de ellas  
los celestes pavimentos  
antes que deje de amar  
al Rey.) Flora, ¿aquí estás sola?

FLORA. Miro entre una y otra ola  
tu nave en tan alta mar.  
Cercada estás de disgustos  
y de cuidados.

FELISARDA. No sé  
cómo vivo.

FLORA. Por la fe  
de que han de trocarse en gustos.

FELISARDA. ¡Ay, Flora, tarde será!

FLORA. Mejor lo disponga el Cielo.  
(Ya la noche el negro velo  
de plata bordando está;  
ya se ven los ojos bellos  
con que es celestial pavón;  
ya me llama la ocasión,  
ya me muestra los cabellos,  
ya Lelio me aguardará.)  
¿Qué me manda vuestra alteza?

FELISARDA. Que consueles mi tristeza.

FLORA. ¿Cómo, si en el alma está?

FELISARDA. Ve, Flora, y harás venir  
quien cante.

FLORA. A servirte voy.  
(Y voy a ser de quien soy  
para morir o vivir.)

(FLORA se vaya, y FELISARDA quede.)

FELISARDA.

Prendieron a mi dulce pensamiento  
en la guerra de amor, y preso vive,  
de donde el alma a la memoria escribe;  
la memoria que el bien me representa  
me da con el placer tantos enojos,  
que en fuentes vuelve mis ausentes ojos.  
Acuérdase del tiempo en que tenía  
la posesión del bien con la esperanza;  
mas no hay cosa segura de mudanza.  
Vuelve los ojos, dulce preso mío,  
a un alma presa tuya y tus despojos,  
porque mi libertad está en tus ojos.  
No tendré vida hasta que verte pueda;  
que es, sin verte, la vida tan cansada,  
que parece una muerte dilatada.

(Sale un SOLDADO.)

SOLDADO. ¿Sabe acaso vuestra alteza  
la causa de este ruido  
y alteración de palacio?

FELISARDA. No sé, Fabio, lo que ha sido.

SOLDADO. Es que se han llevado a Flora.

FELISARDA. ¿A mi hermana?

SOLDADO. No se ha visto  
retrato del falso huésped  
que de Troya a Grecia vino,  
como el que cuentan de un hombre,  
ni visto ni conocido,  
que en dos caballos la lleva  
a la playa del mar.

FELISARDA. Miro  
quién puede ser entre algunos  
que la han amado y servido,  
y resuélvome en que es Lelio.

(Sale LELIO.)

LELIO. (Ten esos caballos, Silvio,  
a punto para el instante  
en que yo te diere aviso.)

SOLDADO. Lelio ¿cómo puede ser?  
Ves aquí a Lelio.

FELISARDA. ¿Has sabido  
como se han llevado a Flora?

LELIO. ¿A quién?

FELISARDA. Aquí un hombre vino,  
nueva imitación de París,  
verdad de aquel hurto escrito,  
y se la ha llevado al mar.  
Yo voy a hacer que Lucindo  
ponga [a] punto mis galeras  
y en [el] salado distrito  
corra postas por el agua.

(Váyase la REINA.)

LELIO. Cielos, ¿qué es esto que he oído?  
¿Flora robada de un hombre  
cuando concierta conmigo  
que la tengo de llevar?  
¿Si me engañan los oídos?  
Los oídos puede ser,  
porque son falsos testigos  
mil veces; pero los ojos  
pocas mentiras han dicho.  
¡Muerto soy! Todo el palacio  
se altera. ¿Quién habrá sido  
el dios del oscuro reino  
que de la noche previno



el carro en que son caballos  
hurto, sueño, error y olvido?  
¡Oh, tú, nueva Proserpina,  
si vas forzada, maldigo  
mi estrella; si no, tu amor  
falso, engañoso y fingido!  
¡Oh, quién fuera Polifemo  
y, arrojando inmensos riscos  
de este monte, al mar turbara  
y levantara el navío  
sobre montañas de espumas  
hasta los dorados signos,  
que en la pretina del sol  
son diamantes y zafiros!  
Sola una luz en la frente  
tuvo Polifemo altivo;  
ésa Ulises le cegó,  
con aquel tostado pino.  
Dos ojos a mí me ciegas,  
con mayor razón le imito.  
Pero ¿por qué me detengo  
y mi amado sol no sigo  
que, sepultado en el mar,  
se va a los desiertos indios?  
Allá voy. Dadme, Neptuno,  
en ese campo de vidrio  
el sepulcro de Faetón,  
pues me sucede lo mismo.



## ACTO SEGUNDO (1)

(Salen el REY y FLORA, y desembarcando de una nave.)

REY. Suspende a tus luces bellas  
el llanto que ha honrado el suelo,  
que harás que se turbe el cielo  
si se eclipsan sus estrellas.  
Mira que al Amor en vano  
podemos culpar los dos,  
que, como en el cielo es dios,  
es en la tierra tirano.  
El ha sido, Flora hermosa,  
causa de haberte robado.  
Ya que a mi reino has llegado,  
ya que a mi tierra dichosa.  
ya que el mar soberbio y grave  
humilde se nos mostró  
(mas no era mucho si yo

llevaba (1) al sol en mi nave),  
no enturbies con tus enojos,  
Flora, mi buena fortuna,  
pues ya no temo ninguna  
fuera del mar de tus ojos.  
Deja un rato de llorar,  
sereno tu cielo esté,  
porque si lloras, diré  
que no he salido del mar.  
FLORA. Deja que a la muerte pida  
consuelo en tanto dolor,  
no me consuele el mayor  
enemigo de mi vida.  
Porque ya de tus engaños  
tarde me quejo a los Cielos;  
me enojan más tus consuelos  
que me fatigan mis daños.  
No te canses en buscar  
remedio, Rey, sin provecho;  
que quien tanto mal me ha hecho  
ninguno me puede dar.  
Si el mar no te ha castigado  
fué por estar juntamente  
la vida del inocente  
y la causa del culpado.  
Mas ya que estás en la tierra  
fía de su gran poder,  
tirano, que te ha de hacer  
con otro elemento guerra.  
Sus rayos te harán despojos  
de su furor.

REY.

Con mal celo  
le pides rayos al cielo  
teniéndolos en tus ojos.  
Dioses son, y son airados;  
robar su cielo intenté,  
y en la pena imitaré  
los gigantes fulminados.  
Cuentan que el gran Prometeo  
hurtó la celeste llama;  
dióle el castigo más fama,  
tal la tendrá mi deseo.  
Robé tu luz, ¿qué he de hacer  
sino sufrir que me abrase  
mientras que tu enojo pase?  
Y el sátiro vendré a ser  
que, enamorado del fuego,  
fué abrazarle y se (2) abrasó.

(1) La impresión de 1622 añade: "de la Feli-sarda".

(1) En el texto, "llevo"; pero el verso es corto.  
(2) En el texto, "le", que hace obscuro el sentido.

(Un CRIADO.)

CRIADO. Tu hermana, señor, llegó.  
 FLORA. (¡ Yo, triste, a la muerte llevo !)  
 CRIADO. Con ella mi hermano (1) viene a recebirte.  
 FLORA. (¡ Ay de mí !  
 ¿ Cómo he de vivir aquí si Lelio el alma me tiene ?)

(Sale la INFANTA ARMINDA y ARIODANTE.)

ARMINDA. ¿ Que desembarcó mi hermano ?  
 ARIOD. Ya, señora, está presente, que el mar su grandeza siente y se le ha mostrado humano.  
 ARMINDA. No tengo qué desear ya que en mis brazos os veo.  
 REY. A lo menos mi deseo no tiene adonde pasar.  
 ARMINDA. Seáis, señor, bien venido.  
 ¿ Quién es esta bella dama ?  
 REY. Pues no os ha dicho la fama la ventura que he tenido, agora sabréis quién es.  
 ARMINDA. ¿ Por qué, señora, no habláis cuando el reino a que llegáis os viene a besar los pies ?  
 FLORA. Causas tengo, y vuestra alteza, con su mucha cortesía, me las diera de alegría a no ser tal mi tristeza.  
 Y así, le pido perdón del gusto que me ha faltado, porque la lengua ha ocupado la pena del corazón.  
 ARMINDA. Hermano, ¿ pues de esta suerte tal belleza traes aquí ?  
 REY. Oye mi ventura.  
 ARMINDA. Di.  
 FLORA. Y mi desventura.  
 REY. Advierte.  
 La fama de Felisarda, hermosa reina de Grecia, que por muerte de su hermano en la mayor parte reina ; famosa como Alejandro, por su singular belleza, como él por armas, a quien dicen que el mundo respeta, disfrazado me llevó,

Arminda, desde Bohemia a ver si era fabulosa, que las leguas y las lenguas dicen que por las distancias todas las cosas aumentan. Llegué a su reino y entré en su corte, que era en Tebas, ciudad que en la antigüedad dicen que tuvo cien puertas. Estaba una oscura noche adonde pocas estrellas eran diamantes confusos del manto de sus tinieblas, en el terrero mirando por los marcos de unas rejas lo que pasaba en las cuadras, dándome su luz licencia, cuando escucho que un galán enamorado requiebra a la bellísima Flora, que es hermana de la Reina. Su hermosura visto había, y escuchando que conciertan irse aquella misma noche, envidia y celos me enseñan a venir con dos caballos al puesto donde me espera, y, pensando que es su amante, toda en mis brazos se entrega. Llévola al mar, cuya playa estaba entonces desierta, hago la seña a la nave y acércase por la seña. Cuando entramos en la barca Arminda, para ir en ella, conoció Flora su engaño y preguntóme quién era. Quiséme fingir criado de su dueño, no aprovecha hizo sus ojos dos fuentes y dos nácares de perlas. Llega a la nave la barca y, en abordando con ella, sube a su pesar la escala sin asir jarcia ni cuerda, con ánimo de caer en la alta mar, que, soberbia, no teme sirenas ya, que en su hermosura las lleva Baja a la dorada popa ; pero ni el llamarme alteza, ni el entender que soy Rey

(1) En el texto, "mi hermana", por errata.

la alegría ni la consuela.  
Yo, con el carro del sol,  
que ya con nave ligera  
parto, Faetón de las aguas,  
pues llevaba al sol por ellas.  
Más alegres los pilotos  
que con el robo de Elena,  
llaman al viento por popa  
izando las altas velas.  
Con él habemos venido,  
y yo haciendo a su tristeza  
las fiestas que puede el mar,  
competidor de la tierra.

ARMINDA. De tu relación, hermano,  
con gran contento estuviera  
si Flora alegre viniera.

FLORA. Será, bella Arminda, en vano  
solicitar mi alegría  
ni yo a tenella esforzarme,  
y aunque me impidáis matarme  
bastará la pena mía.  
Ella servirá de acero  
y de veneno en que acabe  
mi vida, que en mal tan grave  
más muero en ver que no muero.  
Piadosamente, señora,  
juzgaréis de mi dolor,  
no porque llore mi honor  
lo que mi desdicha llora,  
mas por ver tanta mudanza  
y en un Rey tal sinrazón,  
y porque en la posesión  
vine a perder la esperanza.

ARMINDA. No quiero daros consuelo  
si os ha de aumentar el mal.

FLORA. ¿Dónde habrá consuelo igual  
para tanto desconsuelo?

ARMINDA. Venid y descansaréis,  
que esto no podéis negarme.

FLORA. Si mejor fuera matarme,  
sábelo Amor, vos lo veis.

*(Váyanse las dos.)*

REY. Haz, Ariodante, que luego,  
por su venida dichosa,  
aquesta ciudad famosa  
parezca Troya en el fuego.  
Sobre sus almenas bellas  
tantas luces haz poner,  
que venga el cielo a creer  
que ha llovido sus estrellas;  
y que fuí de Europa el toro

digan fuertes y inquietas  
las sonoras trompetas  
rompiendo el bronce sonoro;  
que mañana con la aurora  
ordenarán mis deseos  
saraos, justas y torneos  
con que se alegre mi Flora.

*(Váyase el REY.)*

ARIODANTE.

Fiestas hiciera justamente el pecho  
como la hermosa Flora fuera mía,  
que haber venido por mi mal sospecho.  
Amaba a Arminda, a Arminda pretendía;  
mas a los rayos de su sol deshecho,  
que al de la cuarta esfera desafia,  
mi antiguo amor consagro a su belleza  
la nueva fe de mi inmortal firmeza.

A las cándidas aras celestiales  
de su hermosura en víctima me ofrezco  
con intentos y partes desiguales,  
si bien de sus desdichas me entristezco.  
Perdona, Arminda, si del alma sales;  
que si de Flora algún favor merezco,  
el exceso y valor de su hermosura  
hará que no se tenga por locura.

Si te quejares, yo también me quejo;  
pero pienso que son justos agravios;  
que si de sabios es mudar consejo,  
mudar amor también será de sabios.  
Ya son sus ojos de mi luz espejo,  
ya en los claveles de sus rojos labios  
tiene Amor la sentencia definida  
de mi muerte, aunque en ella todo es vida.

*(Sale FLORA.)*

FLORA. Si en desdichas tan extrañas  
no quiere el piadoso Cielo  
moverse a darme consuelo,  
vida, ¿por qué me acompañas?  
Amor, ¿para qué me engañas,  
si la esperanza perdida  
quieres que no se despida?  
¡Oh!, ¿quién habrá que concierte  
esta vida, toda muerte,  
y esta muerte, toda vida?

Lelio, cuando yo pensé  
dar fin a tantos enojos,  
perdí la luz de tus ojos  
y en noche oscura quedé.  
A otro cielo el sol se fué,  
no amaneció más en mí

ni sólo tu bien perdí  
porque vine a tanto mal,  
que es al bien perdido igual  
y el mayor mal para mí.

ARIOD. Bien conozco de tus quejas,  
hermosa Flora, tu engaño,  
y me lastima tu daño,  
nacido del bien que dejas;  
pero si el caso aconsejas  
con tu claro entendimiento,  
templarás el pensamiento  
pensando que la fortuna  
adonde es más importuna  
se muda a mayor contento.

No estás entre los feroces  
indios y fieros caribes,  
ni entre lotófagos vives;  
con los huéspedes atroces  
blandura y piedad conoces,  
cortesía y policía.  
Tu pensamiento desvía  
de pensar en el engaño;  
busca remedio a su daño.

FLORA. Ya sé que es la muerte mía.

Mas ¿quién eres tú que aquí  
no quieres que el mal me espante?

ARIOD. Soy el príncipe Ariodante,  
y quien, desde que te vi,  
el alma a esos ojos di  
como víctima y despojos.  
Y por eso sus enojos  
me causan tanto pesar,  
pues la matas con llorar  
después que vive en tus ojos.

FLORA. Quien piensa que no hay más mal  
que el mismo mal que padece,  
engañase, pues se ofrece  
a otro mayor, si no igual.  
Pensé que estaba mortal,  
y con nuevas muertes veo  
que por instantes peleó;  
mas bien sé que he de vivir  
no más de porque morir  
para no morir deseo.

¿Qué lealtad te ha parecido,  
Ariodante, para el Rey,  
o qué amistad en la ley  
de amigo, o cierto o fingido,  
decirme tan atrevido  
tu violento pensamiento?

ARIOD. Eso mismo y ser violento;  
pero si mi fe perjura

te ofende, di a tu hermosura  
que de ella lo mismo siento.

Disculpo al Rey que a robarte  
se dispuso en Grecia, Flora,  
para disculparme agora  
de amarte y de desearte.  
Desearte para amarte  
con debida honestidad  
no se llama deslealtad  
ni al Cielo, ni al Rey, ni a ti,  
que era agravio en ti y en mí  
verte y tener libertad.

Ni juzgues atrevimiento  
este amor, que no es locura,  
pues respeta tu hermosura  
quien siente lo que yo siento.  
No quiero a tu pensamiento  
dar agora más enojos;  
que aunque a fáciles antojos  
juzgues mi nuevo deseo,  
la culpa en mis ojos veo  
y la disculpa en tus ojos.

(Váyase ARIODANTE.)

FLORA. Aquí no hay más que aguardar  
a mi suerte rigurosa;  
ya en el mar de mis desdichas  
por puntos crecen las olas.  
¿No me bastaba que el Rey  
me trajese donde agora  
estoy, sujeta a su fuerza  
atrevida y poderosa,  
sino que este falso amigo  
intente con furia loca  
robar a quien me ha robado  
lo que ya sus prendas nombra?  
Grandes males voy temiendo;  
justamente me provocan  
a procurarme la muerte;  
mucho la vida me enoja.  
¡Ay, Lelio mío, primero  
que otra ninguna persona,  
aunque del laurel del mundo  
ciña su frente dichosa,  
merezca aquel pensamiento  
que atormenta mi memoria,  
las altas ruedas del cielo  
caerán deshechas y rotas,  
en el camino del sol  
nacerán flores y rosas  
y los planetas y estrellas  
en las marítimas ondas.



Tú solo fuiste mi dueño,  
yo soy en amarte sola.

(Sale el REY, escuchando.)

REY. (Parece que a mi palacio  
traje una albana leona.  
Todo es bramidos y voces.  
Pero, en fin, todas las cosas  
están sujetas al tiempo:  
sierpes vence, tigres doma.  
Gloriosos vivir solían  
los altos muros de Troya;  
ya están cubiertas de hiedra  
sus doce puertas famosas.  
Llamóse por muchos siglos  
cabeza del mundo Roma,  
después la pisaron plantas  
bárbaras, scitas y godas.  
Tiempo, que todo lo mudas,  
corre aprisa, toma postas,  
ablanda el mármol de quien  
tiene las entrañas Flora.)

FLORA. ¿Qué aguardo que no doy fin  
a mis ansias y congojas?  
Lucrecia tuvo cuchillo,  
Ero torre y brasas Porcia,  
yo esta daga.

REY. (¿Qué es aquesto?)  
¿Qué, desesperada y loca,  
intenta Flora?)

FLORA. En tus filos  
se está mirando la gloria  
que ha de darme casta fama,  
y, pues se ve tan hermosa,  
ánimo, valor.

REY. Detente.

FLORA. ¿Qué deidad ya no piadosa  
me detiene el brazo?

REY. Yo  
soy piedad, no deidad.

FLORA. Corta  
con la daga que me quitas,  
Rey, pues que piedad te nombras,  
esta garganta, que ya  
las exequias amorosas  
celebraba, como cisne,  
de su vida y de su historia.  
¿Por qué te llamas piedad  
si no me matas y estorbas  
que yo me mate?

REY. ¿No adviertes

que aunque en ti los filos pongas  
me quitas la vida a mí,  
y que con tu sangre borras  
mi nombre, valor y hazañas,  
celebrado en toda Europa?  
Vuelve, Flora hermosa, en ti,  
no ganes fama a mi costa;  
sosiega ese pensamiento  
tirano que te alborota;  
da lugar a la desdicha,  
pues es cordura notoria  
no hacerles fuerza a los hados,  
que, resistidos, se enojan.

FLORA. ¿Tú me consuelas a mí?

¿Tú, que con tanta deshonra  
fuiste traidor a ti mismo?

REY. Desesperada te arrojas,  
como a la muerte que emprendes,  
a las palabras furiosas.  
¿Soy el primero del mundo  
que una mujer hurta y roba?  
Mira todas las Sabinas  
en los principios de Roma;  
mira a Jasón y a Medea,  
la famosa encantadora;  
mira a Teseo y a Fedra;  
mira a Júpiter y a Europa.  
A la dulce Filomena,  
que agora en las selvas llora,  
pregunta si la robó  
Terec.

FLORA. Si a ti te importan  
esos ejemplos, a mí,  
Rey, las virtudes heroicas  
de Scipión y Alejandro,  
que a mujeres tan hermosas  
dejaron libres, haciendo  
más gloriosas sus coronas.  
Mira a César en Egipto  
volviendo el rostro a la hermosa  
Cleopatra, que la hermosura  
es de los ojos ponzoña.  
Estos son claros varones,  
dignos de laurel que adorna  
sus sienes, que de sí mismo  
es, Rey, la mayor vitoria.

REY. Pues permite regalarte,  
no me quieras ni antepongas  
a tu ausente mi presencia,  
sea tu fe firme roca;  
por lo menos mis jardines,  
de la primavera alfombras,

FLORA. mis fiestas en tu servicio,  
no las desprecies.  
No rompas  
el estilo a mis tristezas  
que a más dolor me ocasionas;  
las fiestas crecen las penas.  
Déjame, señor, a solas,  
que a quien espera la muerte  
hasta la vida le sobra.

(Váyase FLORA.)

REY. Fuése. Bien será seguirla  
y procurar que interponga  
Arminda su autoridad,  
pues mi amor no la reporta.  
Que aunque agora sus palabras  
se resistan a mis obras,  
yo sé que al fin mi esperanza  
ha de salir vitoriosa.

(Sale ARMINDA.)

ARMINDA. No es posible consolar  
a Flora de este suceso.  
REY. Arminda, el llanto es exceso  
si no puede remediar  
la causa por que se llora.  
ARMINDA. No habrá consuelo en la tierra  
para la pena que encierra  
el triste pecho de Flora.  
Ve, Celio, y dile, aunque sea  
engaño, que ya pretendes  
volverla a Grecia.  
REY. ¿No entiendes  
que aun engaños no desea  
este mi abrasado amor?  
ARMINDA. Pues ¿es hecho generoso  
ser tirano riguroso  
de su vida y de su honor?  
REY. Propuesto que la robé,  
¿qué intento más que servilla,  
adoralla y recibilla?  
Deja que mi honesto amor  
tenga esta esperanza, Arminda,  
que en tanto que no se rinda  
sabré respetar su honor.  
ARMINDA. No parece justa ley  
de un noble con tal violencia  
engañar su resistencia.  
REY. Amor es de reyes Rey,  
y admirado estoy de ti  
que tan de su parte estés.  
ARMINDA. Es mujer.

REY. Y ¿tú no ves  
que la venceré?  
ARMINDA. ¿Tú?  
REY. Sí.  
ARMINDA. Mal conoces su firmeza.  
REY. Y tú, Arminda, su inconstancia,  
porque casi no hay distancia  
de su amor a su aspereza.

(Váyase el REY.)

ARMINDA. No era sin causa el deseo  
de que se ausentase Flora,  
pues en Ariodante agora  
tan nueva mudanza veo.  
Ya tiene tantos desvelos  
por su esperanza y favor,  
que he conocido su amor  
y él ha entendido mis celos.  
Alábense de firmeza  
los hombres con este ejemplo,  
donde abatida contemplo  
a vuestros pies su nobleza.  
Hombres, la misma mudanza;  
hombres, los mismos antojos,  
pues no ven cosa sus ojos  
sin dar parte a su esperanza.  
¡Plega al Cielo, ingrato mío,  
que te trate de tal suerte  
que sea causa de tu muerte  
lo que en su firmeza fio!  
Que el ausente que desea,  
ausente le ha de querer.  
porque basta ser mujer  
para que constante sea.  
No se alabe ningún hombre  
si no es de ser variable,  
porque para ser mudable  
basta solamente el nombre.

(Vase, y salen la REINA FELISARDA, ERGASTO y  
ISBELLA.)

FELISARDA. (Después de su gran belleza  
tiene un ingenio apacible;  
pero parece imposible  
mudar su naturaleza.  
Es hija de Julio, en fin.)  
ISBELLA. (¡Ay, Ergasto, quién se hallara  
junto aquella fuente clara!  
ERGASTO. ¡Ay! Si a la rosa y jazmín  
de tu rostro fuera espejo,  
como solía, señora,  
con envidia de la aurora.)

FELISARDA. (Que estén hablando los dejo, porque es, en efeto, (1) Isbella labradora como él.)

ERGASTO. (Si la fortuna cruel, Isbella mil veces bella, me hiciera príncipe agora como a ti, para tormento de mi dulce pensamiento. te hizo tan grande señora, fuera nuestra suerte igual. Mas ¿dónde va mi deseo si en tantas telas te veo y a mí en tan rudo sayal? ¿Qué intenta mi loco amor de imposible tan extraño si no es aumentar mi daño y dilatar mi dolor?)

ISBELLA. Ergasto, aunque esta mudanza llega al exterior vestido, ni en el amor causa olvido ni al alma interior alcanza. Estás retratado en ella de suerte, que la fortuna jamás con fuerza ninguna te podrá borrar de Isbella.)

FELISARDA. (Ya que a Isbella truje aquí que es mi sobrina fingiendo, será bien ir previniendo buscar el bien que perdí. Que cuanto más el ausencia su hermosa vista dilata, tanto más amor me mata.)

(Sale ALBANIA, hija de JULIO, en hábito de pastor.)

ALBANIA. Dejadme entrar sin licencia que el hábito me asegura, pues veis que sin armas voy; no soldado, pastor soy.— A tu divina hermosura, Reina de Grecia, se humilla un zagalejo, criado de Julio, Julio, finado de ayer en la nuesa villa.

FELISARDA. ¿Julio es muerto?

ALBANIA. Pues ¿no es común a naturaleza?

FELISARDA. No hay en la vida firmeza.

ALBANIA. Todo lo pone a sus pies esta de la mala cara.

A la fe, muerto se ha; nias muerto se lo tendrá si todo en la muerte para. Estas cartas escribió incorporado en la cama; en cerrándolas me llama y mil abrazos me dió, diciéndome que las diese, señora, a su señoría, que diz que le convenia que su merced las leyese.

FELISARDA. ¡Válgame Júpiter santo! ¿Qué me escribirá muriendo? Confusa estoy, no lo entiendo.

ALBANIA. A la fe, de vos me espanto. Podéis quitar la trabilla con que se cierra el papel ¿y preguntáis que hay en él?

ISBELLA. (¡Oh, cuánto me maravilla lo que este pastor parece a Albania, mi hermana!

ERGASTO. En todo es su retrato, de modo que igual confusión me ofrece.)

(FELISARDA lea:)

“Aunque me mandó vuestra alteza que le enviase a Albania, mi hija, y me quedase con su sobrina Isbella, yo quise más quedarme con Albania, vencido del sentimiento de su ausencia. Este desengaño ha nacido del fin de mis días. Vuestra alteza me perdone y el Cielo aumente los suyos.”

(¡Extraño caso! No es justo que esto lo sepa mi gente porque puede, si lo siente, resultarme un gran disgusto.) Isbella, vente conmigo.— Y tú no entres más aquí.

ISBELLA. Pues ¿por qué?

FELISARDA. Conviene así, y basta que yo lo digo.

ISBELLA. Adiós, Ergasto.

ERGASTO. ¡Ay, mi bien, qué injusta y cruel sentencia, pues me condena a tu ausencia! Di que la muerte me den, di que me manden matar.

ISBELLA. Y yo ¿cómo iré sin ti?

(Vanse la REINA y ISBELLA.)

ALBANIA. ¿No me conocéis a mí? ¿No os acabáis de acordar?

(1) En el texto dice, por errata, “es efeto en”.

ERGASTO.

No estoy, pastor amigo,  
para acordarme de mí mismo agora.

ALBANIA.

¡ Ah, traidor enemigo,  
cómo tu alma contra mí traidora  
en el mal que padece  
recibe el justo premio que merece!

No rústico villano  
soy como piensas, ni hombre soy, que fuera  
ser mudable y tirano.

Albania soy, que sólo en mí cupiera  
amor tan verdadero.

pues mientras más me olvidas más te quiero.

¿ En qué te desvaneces  
fingiendo un imposible que te engaña?

Como sombra te ofreces  
al sol y vas subiendo una montaña  
inaccesible y fiera

pensando entrar en su celeste esfera.

Isbella es la sobrina  
de la Reina de Grecia. ¿ Tú quién eres  
que así te desatina  
un ciego amor que al de tu igual prefieres?  
¿ Cuál alto nacimiento  
despeña al mar tu loco pensamiento?

ERGASTO.

Albania, mis desdichas;  
Albania, mis estrellas, que ya dieron  
esperanza a mis dichas,  
en los primeros pasos me pusieron  
de aqueste amor, no intentes  
dar razón al amor si de amor sientes.

Yo estoy desesperado;  
yo no quiero vivir, y si viviere,  
viva en mí su cuidado.  
Espíritu es amor, amor no muere.  
Si hay otra vida, Isbella  
será siempre de mí querida en ella.

Los dioses han formado  
campos Elíseos. Vaya el alma mía  
al Leteo sagrado  
y goce de su dulce compañía,  
que a muchos que la suerte  
no dió igualdad los igualó la muerte.

ALBANIA.

Bien se ve tu locura  
en tus palabras.

ERGASTO.

Y mejor sospecho

que en mis obras si dura  
aqueste incendio que me abrasa el pecho.

ALBANIA.

Isbella vuelve. (¡ Ay Cielos!  
Si amor me mata, ¿ qué me quieren celos?)

(Sale ISBELLA.)

ISBELLA. Basta, Ergasto, que se embarca  
la Reina a buscar su esposo.

ERGASTO. Y yo, Isbella, temeroso,  
a la inexorable Parca.

ISBELLA. No sé qué he de hacer sin ti,  
que me ha mandado no verte

ERGASTO. Yo sí, porque ya la muerte  
se viene a doler de mí.

ISBELLA. Todo está ya prevenido  
para aumentar mi dolor.

ERGASTO. No, a lo menos a mi amor  
sombra ni señal de olvido.

ISBELLA. Yo te prometo de ser  
un ejemplo de firmeza.

ERGASTO. Si me mata mi tristeza,  
¿ de quién lo podré saber?

ISBELLA. Mi muerte te lo dirá  
dondequiera que estuvieres.

ERGASTO. La firmeza que tuvieres  
pagada primero está.

ISBELLA. Ya las naves hacen salva.  
¿ Qué espero ya? ¿ Qué confío?

ERGASTO. ¡ Quién pensara, dueño mío,  
que el sol se pusiera al alba!

ISBELLA. ¡ Plega al Cielo que en el mar  
den fin mi vida y enojos!

ERGASTO. Pues yo en el mar de mis ojos  
me pienso, Isbella, anegar.

ISBELLA. Ya me llaman, ya no puedo  
detenerme. Adiós.

ERGASTO. Adiós.

(Váyase ISBELLA.)

ALBANIA. (¿ Esto escuché de los dos?)

ERGASTO. ¿ Cómo vivo y cómo quedo?  
¿ No es más descanso matarme?  
Espera, mar, llevarás  
un cuerpo a un alma, pues das  
en llevarla sin llevarme.

ALBANIA. Detente, Ergasto.

ERGASTO. ¿ Qué quieres,  
Albania?

ALBANIA. Que no te mates.

ERGASTO. ¡ Con qué rigor me combates!



- Sombra de mis males eres.  
 ALBANIA. Sola tu vida deseo.  
 ERGASTO. No es eso quererme bien,  
 que no hay muerte que me den  
 como la vida que veo.  
 ALBANIA. ¿Cuál es mejor? ¿Tener vida  
 y ver tu querida Isbella,  
 o morir sin ella?  
 ERGASTO. A ella  
 tengo la vida ofrecida.  
 Mas ¿cómo la podré ver?  
 ALBANIA. Viviendo.  
 ERGASTO. Tienes razón,  
 que esta desesperación  
 me priva de padecer.  
 ALBANIA. Pues si la puedes seguir,  
 ¿de qué ha de servir matarte  
 pudiendo en cualquiera parte  
 ver a tu Isbella y vivir?  
 Embárcate, vive, y mira  
 que es medio flaco la muerte.  
 ERGASTO. Yo la sigo de esa suerte;  
 y tu firme amor me admira  
 tanto, que a no le tener  
 a Isbella, por tal valor  
 te amara.  
 ALBANIA. Basta a mi amor  
 verte vivo, y padecer.

(Váyase ERGASTO.)

- ALBANIA. ¿Qué me queréis, desengaños,  
 pues me queréis engañar  
 cuando por desengañar  
 andan claros los engaños?  
 Demos los pasados daños  
 por el ejemplo presente  
 para que remedio intente,  
 pues en llegando a desprecio  
 no ha de ser mi amor tan necio  
 que pueda durar ausente.  
 Quien amare despreciado  
 no diga que tiene honor,  
 que las firmezas de amor  
 están en ser estimado.  
 Es muy justo que el cuidado  
 no le muden vez ninguna  
 accidentes de fortuna;  
 mas las sinrazones no,  
 que quien amando olvidó  
 no tiene disculpa alguna.  
 Volvámonos al aldea  
 a gozar vida segura.

Verde selva y fuente pura  
 mi amor y mi vida sea.  
 ¡Mal haya quien mal se emplea  
 y quien ama aborrecido,  
 que si despreciado ha sido  
 en parte toca a su honor  
 sepultar su necio amor  
 y resucitar su olvido.

(Váyase, y éntre LELIO.)

- LELIO. Pasos, que apenas podéis  
 caminar con tantas penas,  
 porque hay penas de llevar  
 más ásperas que altas peñas.  
 Cansados vais de buscar  
 por mares, montes y selvas  
 a la bellísima Flora,  
 que alguna deidad os lleva.  
 Si Júpiter en los bosques  
 hizo de mil ninfas bellas  
 tales hurtos, justo es  
 que de los dioses me tema.  
 En el cielo que me escucha  
 agora viven estrellas  
 testigos de sus agravios,  
 un tiempo humanas bellezas.  
 Pues si Flora, por ventura,  
 borda su manto con ellas,  
 o acaso la transformaron  
 los Amadriás y Oreas  
 en flor o planta, ¿qué aguardo  
 si algún dios no me revela  
 cuál es de tantas que esmaltan  
 prados, montes y riberas?  
 Mejor acuerdo es morir  
 que entre dudas tan molestas  
 dilatar tan triste vida,  
 que es muerte más dura y fiera.  
 Quiero arrojarme en el mar,  
 subido en un alta peña,  
 por que los marinos dioses  
 de mi desdicha se muevan,  
 ya que no los celestiales.  
 Espada, que en tantas guerras  
 me habéis dado algún laurel  
 que ha ceñido mi cabeza,  
 quedad colgada de este árbol,  
 en quien escribir quisiera  
 que fuisteis de un hombre a quien  
 mataren mayores penas.  
 Adiós, mi querida patria,  
 adonde dejar quisiera

mi cuerpo; mas no podrá  
matar su fuego la tierra.  
Y pues parezco a Faetón  
en el fuego y la soberbia,  
bien es que el mar me sepulte  
y que en él entrambos mueran.  
Adiós, bellísima Flora,  
luz de esta alma que gobierna  
ese sol que ya me falta,  
pasando a la noche eterna.  
Yo os pago en esto mi amor;  
si habéis hecho resistencia  
al traidor que os ha robado,  
bien sé que es mayor la deuda.  
Allí se descubre un templo.  
Tú, deidad, cualquier que seas,  
dile a Flora que soy muerto.

(El dios de aquel templo que será APOLO, le tenga  
al quererle echar.)

APOLO. ¡Detente!

LELIO. ¿Que me detenga?  
¿Quién eres tú?

APOLO. Apolo soy.

LELIO. Sacra deidad que a la tierra  
das luz con tus rayos de oro  
bebiendo al alba las perlas,  
alma divina del día,  
tú, que informando con ella  
cuantas cosas hay criadas  
registras a tu presencia,  
¿qué quieres hacer de mí?  
APOLO. Lelio, como se me acuerda  
de aquel tiempo que por Dafnes,  
Dafnes ingrata a mis quejas,  
pasé tan inmenso incendio,  
que con ser mi cuarta esfera  
vivo fuego me abrasaba  
el de amor el alma en ella,  
tuve lástima de ti;  
que cada vez que contemplan  
mis ojos las verdes hojas  
ya de Dafnes rubias trenzas,  
ruego al alba que por mí  
llore mil lágrimas tiernas.  
Conserva, Lelio, la vida  
para que a tu esposa veas,  
que Flora lo ha de ser tuya  
si los altos orbes truecan  
en los celestiales tornos  
los movimientos que alteran  
todas las cosas humanas.

LELIO. Pues ¿dónde tengo de verla?  
Que por no poder sufrir,  
sagrado Apolo, su ausencia  
quería arrojarle al mar.

APOLO. Aunque su cristal te diera  
transparente sepultura,  
yo hiciera a sus linfas bellas  
que por verdadero amante  
en sus brazos te tuvieran,  
y de laureles del mar,  
que son corales y perlas,  
ciñeran tu frente honrada  
por capitán de firmezas.  
Flora vive y será tuya.

LELIO. Pues ¿dónde vive?

APOLO. En Bohemia,  
haciendo a Celio, su rey,  
peregrinas resistencias.

Bien tus tristezas te paga  
con tan extrañas tristezas;  
su amor, con desdén y furia,  
y con lágrimas sus fiestas.  
Ponte, Lelio, en esta nube,  
que quiero llevarte a vella.  
LELIO. Por tal merced, sacro Apolo,  
mi esperanza te promete  
en víctima el corazón,  
no sangre de aves ni fieras.  
Yo celebraré tu nombre  
y, con aromas sabeas,  
perfumaré tus altares.

APOLO. Basta, Lelio, que me eleva  
saber que la has de igualar  
en amor como en nobleza.

~~~~~  
ACTO TERCERO (I)

(LELIO solo.)

¿Cuál mano soberana, cuál piadosa  
deidad me trajo a tierra tan extraña  
pasando de la mar tempestuosa  
sin alas ave cuanto cerca y baña?  
¿Qué ciudad es aquesta suntuosa  
al verde pie de aquesta gran montaña?  
¿Por dónde vine a verla? ¿Quién ha sido  
quien a ver sus palacios me ha traído?  
¡Qué fábrica tan bella! ¡Qué contento  
reverbera en sus torres Febo hermoso!

(1) La edición de 1622 añade: "de la Fili-  
sarda".

Pero entre tanto bien morir me siento  
de Flora ausente y de su amor celoso.  
¿Adónde estás, ¡oh, luz del pensamiento!,  
que fué para perderte venturoso?

Que a no querer Amor que te perdiera  
no es posible que yo te mereciera.

¿Adónde están los ojos, los zafiros  
cuya color azul me abrasa en celos,  
los arcos con quien hizo Amor sus tiros,  
envidia de los arcos de los cielos;  
la boca, que me cuesta más suspiros  
que tienen luces los celestes cielos,  
donde Naturaleza en dos claveles  
cifró la perfección de sus pinceles?

¿Aquella voz süave, aquel divino  
entendimiento de las almas llave,  
la blanda condición por un camino  
fácil, honesto, puro, dulce y grave?  
¿Adónde aquel sujeto peregrino  
que más al cielo que a la tierra sabe?  
Mas ¿qué voz me ha robado los sentidos  
y aun el alma también por los oídos?

(FLORA en un balcón, cantando así:)

FLORA. Desdichas, ¿qué me queréis?  
acabad con mis tristezas  
si os parece poco mal  
vivir celosa en ausencia.  
Justos temores de olvido  
quieren que el alma se atreva  
a pensar que ausente un hombre  
mal puede tener firmeza.  
Robada pasé la mar,  
la de mis ojos pudiera.  
En tierra extraña cautiva,  
sólo me acompañan penas.

La fortuna rigurosa  
quiso ver por experiencia  
si puede vivir sin vida  
quien vive con alma ajena.

LELIO. ¡Válgame Apolo! ¿No es esta  
la voz de mi dulce Flora?  
Sí, pues el cielo enamora,  
que esto me da por respuesta.  
El carro de oro detiene  
el sol, y por escuchalla  
crece el mar, el viento calla,  
mansa Filomena viene.  
¡Cielos, qué dicha sería  
que hubiese venido a vella!  
Mas no lo querrá mi estrella,  
que basta decir que es mía.

Mas ¿cómo en tan dulce engaño  
no doy crédito a los ojos  
para templar mis enojos  
y para aliviar mi daño?

Llorando está en el balcón.

Sin duda que es el del cielo  
y ella el alba de su velo.

Sus lágrimas perlas son.

¿Si la llamaré? ¿Si estoy  
soñando? ¿Si estoy despierto?

¿Si es esto cierto? Sí es cierto.

Ingrato a los dioses soy.

¡Flora mía! ¡Hermosa Flora!

FLORA. Mi nombre es éste, ¡ay de mí!

¿Si es la voz de Lelio? Sí.

Pues, alma, ¿engaños agora?

Señales son de mi muerte

visiones y sombras tales;

pero siendo celestiales

que son de mi vida advierte.

¿Eres Lelio, por ventura?

LELIO. Por mi ventura lo soy,

¡ay, Flora!, pues viendo estoy  
tu celestial hermosura.

¿Sin duda eres tú?

FLORA.

LELIO.

Pues ¿quién

pudiera ser si no yo,  
quien por amarte llegó  
a merecer tanto bien?

FLORA.

¿Qué tiernamente te hablara,  
traidor, sin verdad y fe,  
si de la que en mí se ve  
en ti la copia se hallara!  
Terrible tu ofensa ha sido,  
pues el día que te veo  
no deja hablar al deseo  
mi amor del tuyo ofendido.

LELIO.

¿Qué dices, señora mía?

¿Tú quejosa de mi amor?

¿Mi pecho llamas traidor?

¿Mi firmeza alevosía?

¿Yo primero movimiento  
de ofenderte?

FLORA.

Si contaste

al Rey, cuando me engañaste,  
tu secreto pensamiento,

¿no eres aleve y traidor,

como él me lo ha dicho a mí?

LELIO.

¡Plega a los Cielos que aquí

me mate tu desamor

si he visto al Rey en mi vida!

Por que me olvides mintió.

Pero si lo estaba yo  
como tú de mí querida,  
¿de qué sirven diligencias?  
¡Buena invención te has hallado,  
Flora, para haber quebrado  
tan justas correspondencias!  
Ya el Rey, querido de ti,  
andaré, como sospecho,  
por sacarme de tu pecho,  
diciéndote mal de mí.  
Poco será menester.  
Dile que no se fatigue,  
porque no hay amor que obligue  
a fe de ausencia en mujer.

FLORA. Mi Lelio, cesen tus quejas;  
creo tu lealtad y fe.  
El Rey me engañó.

LELIO. ¿Qué haré  
para romper estas rejas,  
que me enloquezco de ver  
que haya imposible a mi pecho?

FLORA. Lo que la industria no ha hecho  
es imposible al poder.  
Ven, Lelio, ven disfrazado  
y haré que el Rey te reciba  
en su casa por que viva  
más seguro y engañado;  
que si por aquí te ven  
claro está que han de pensar  
que me vienes a buscar.

LELIO. ¡Ay, Flora! Dices muy bien,  
que él no me conoce a mí  
porque de noche me vió.

FLORA. Pues ¿qué mal temeré yo  
si tengo mi bien aquí?

LELIO. Y si yo, Flora, te veo,  
¿qué tendré que desear?

FLORA. Aquí tendremos lugar  
de hablar en nuestro deseo.  
Gente siento.

LELIO. Adiós.

FLORA. Adiós.

LELIO. Partir es morir.

FLORA. Morir  
vivir sin ti.

LELIO. No hay vivir  
no estando juntos los dos.

FLORA. Quiéralo el Cielo.

LELIO. Si hará  
como tú lo quieras, Flora,  
pues todo mi cielo agora  
en esos ojos está.

FLORA. Ve con esta confianza,  
Lelio, de que tuyos son.

LELIO. Pues ¿qué mayor posesión  
que tan hermosa esperanza?

(Váyanse, y entren dos MARINEROS y ISABELLA.)

ISABELLA. Volved al mar, y en sus ondas  
me dad sepulcro.

MARINERO. No seas  
cruel, pues morir deseas.

ISABELLA. Feniso, no me respondas  
que es el matarme crueldad  
perdiendo el bien que perdí.

SEGUNDO. Pues ser cruel contra ti  
¿no es crueldad?

ISABELLA. Antes piedad,  
que las causas del morir  
hacen la muerte dichosa.

MARINERO. No hay causa tan rigurosa  
donde no importe el vivir,  
si es desdicha, por mostrar  
corazón hasta vencella.

ISABELLA. ¿Y si no hay remedio en ella?

SEGUNDO. Dar a los tiempos lugar,  
que unos a otros suceden.  
Y, en fin, de parecer soy  
que los daños que hacen hoy  
remediar mañana pueden.  
Nuestro intento es presentarte  
al Rey de Bohemia.

ISABELLA. El Cielo  
me niega el justo consuelo  
de mi muerte.

MARINERO. Pues ¿no es darte  
remedio en tal desventura?

ISABELLA. Antes violencia atrevida,  
pues es mayor mal dar vida  
a quien la muerte procura.  
Si tengo vida en morir  
en vivir tendré la muerte.

SEGUNDO. Son iras de Amor.

MARINERO. Advierte  
que alcanza mucho el vivir.  
Con vivir se ven venganzas,  
fealdad en divinos talles,  
valles montes, montes valles  
y hasta en los cielos mudanzas.  
Sufre tu amorosa historia  
con templanza y con prudencia,  
porque sola la paciencia  
tiene por fin la vitoria.  
Y aunque me ves marinero



seré, viendo tu dolor,  
de la historia de tu amor  
coronista verdadero.

Quedaránse las hazañas  
que pudiera celebrar  
por ventura sin lugar  
en las naciones extrañas.  
Con esto, ven donde sea  
estimado tu valor.

ISABELLA. ¿Qué importa si sólo Amor  
estima el bien que desea?—  
Ergasto, yo he deseado  
morir después de perderte,  
si no puedo hallar la muerte  
no será mi amor culpado.  
Si ha sido el mar tu homicida  
tendrás por satisfacción  
que en la primera ocasión  
me pienso quitar la vida.

(Váyanse, y éntre LISAMANTE.)

LISAMANTE.

Viendo a la Reina firme en el intento  
de amar al Rey de Persia y de libralle,  
pasando el mar con tanto atrevimiento,  
celos me provocaron a alteralle.  
Con mis encantos desaté del viento  
las alas libres, que pudieron dalle  
tanta ferocidad, que sus cristales  
hice besar las luces celestiales.

No se perdió la nave porque en ella  
vendrá la Reina que mi amor socorre;  
pero pienso encantalla y detenella.  
Entre los muros de una excelsa torre  
hice llevar al Rey bohemio a Isbella,  
mientras Ergasto igual fortuna corre;  
que pues padezco yo de varios modos,  
quiero que sientan mis desdichas todos.

Intento hacer que al Rey de Persia olvide  
Felisarda cruel y que me quiera,  
pues que mi ciencia encantadora mide  
cuanto gobierna la suprema esfera.  
Hasta donde Proserpina reside  
y baña el Lete la infernal ribera  
ha de bajar mi voz como en Tesco,  
que no en la lira del amante Orfeo.

Sombra no ha de quedar sin ser herida  
de la febea luz hasta que Aleto  
salga de fieros áspides ceñida  
sembrando guerras para el mismo efeto.  
A Felisarda, de estos ojos vida,  
tendrán mi amor y su poder respeto;

mas los demás verán a sangre y fuego  
lince el agravio si el Amor es ciego.

(Váyase, y entren LELIO y FLORA.)

LELIO. No te puedo encarecer,  
hermosa Flora, mi dicha  
después de tanta desdicha.

FLORA. Sigue al pesar el placer  
como a la noche el aurora  
y al invierno la esmaltada  
primavera.

LELIO. ¡Ay, Flora amada!  
¡Ay, luz de estos ojos! Flora,  
¡cómo tras tanto pesar  
la fortuna me debía  
este bien, esta alegría!

FLORA. Cuanto en la tierra y la mar  
he padecido por ti  
lo doy por bien empleado.

LELIO. Ya que soy del Rey criado,  
Flora, y puedo hablarte aquí,  
no quiero ya mejor suerte.

FLORA. Ni yo más que desear  
sino sólo conservar  
la gloria de hablarte y verte,  
porque en ella está fundada  
mi vida.

LELIO. Y la mía en ti,  
que el alma que vive en mí  
es de la tuya animada.

FLORA. En tan igual pensamiento  
no se muda la fortuna.

LELIO. Pocas veces firme alguna  
estuvo en el bien de asiento.

(Entren el REY y ARMINDA, su hermana.)

REY. Aquí está mi bella Flora.

ARMINDA. (Y la causa de mis celos.)

LELIO. (Arminda y el Rey.)

FLORA. No importa;  
tú vives, Lelio, en mi pecho.)

LELIO. (Agora veré en qué estado  
el Rey tiene su deseo,  
que solamente a los ojos  
los celos crédito dieron.)

REY. Dulce Flora, en tu rigor  
hallaron mis pensamientos  
el rayo que los castiga  
de haberse atrevido al cielo.  
¿Cuándo inclinarás el mármol  
de tu pecho a sentimiento  
de tantas obligaciones?

FLORA. Conozco lo que te debo;  
pero hasta agora los hados,  
Rey y señor, no han dispuesto  
el fin de tantas fortunas  
en que confusa me veo.

REY. Bien sabes que me robaste  
de mi patria y de mi dueño  
con aquel notable engaño.  
Flora, entonces te confieso  
que fué traición envidiosa,  
si pueden heroicos hechos  
merecer nombre que ha dado  
fama a troyanos y griegos.  
Pero después que te traje  
con término tan honesto  
y sólo te quiero, Flora,  
para Reina de mi reino,  
Amor disculpados tiene  
mis altivos pensamientos,  
porque viendo tu hermosura  
fuera mayor no tenerlos.  
Lelio es muerto, hermosa Flora.  
¿De qué sirve amar a Lelio?  
Pero podrásme decir  
que yo solo soy el muerto,  
pues él vive en tu memoria  
y yo en tu memoria muero.

LELIO. (Yo soy el muerto, él el vivo.  
¡Que Flora escuche requiebros  
del Rey a mis propios ojos  
y que le responda a ellos!  
Ya están hablando más bajo.  
Por mí responde en secreto.  
En celos quiere abrasarme;  
pero los celos son diestros.  
Quiero herirle por los filos.  
Hablar quiero [a] Arminda. Celos,  
dadme aquí vuestro favor,  
abrasad de Flora el pecho.)  
¿Arminda, señora mía?

ARMINDA. Lelio, aunque en la corte nuevo,  
¿qué te parece el palacio,  
sus damas y caballeros,  
de príncipes y de reyes?  
Mucho habrás visto.

REY. (Creo  
que no debe de agradarte.)

LELIO. (Si culpa mi entendimiento  
vuestra alteza, justamente  
presume que no le tengo  
para tener de estas cosas  
debido conocimiento.

No he visto en corte ninguna  
ni palacio tan supremo  
ni grandezas que le igualen.  
Mas de cuantas aquí veo  
vuestra alteza es la mayor.

ARMINDA. La lisonja te agradezco.)

FLORA. (¿Lelio hablando con Arminda?  
¿Hay tal libertad? No siento  
tanto en aquesta ocasión  
los celos como el desprecio.  
¿Qué haré?)

REY. (¿De qué tienes, Flora,  
tan grave desasosiego?  
¿Reparas en los testigos?  
Arminda es mi hermana y Lelio  
mi criado.

FLORA. Señor,  
lleva Arminda, que deseo  
hablarte después a solas.

REY. Sólo tu gusto pretendo.)  
Yo tengo, Arminda, que hablarte.

ARMINDA. Aquí en el jardín podremos.  
(Que ya del desdén que adora,  
Rey, la vitoria sospecho.)

(Entrese el REY y ARMINDA.)

FLORA.

Traidor Lelio, ¿qué es esto?  
¿Tú a mis ojos requiebros a la Infanta?

LELIO.

Culparme quieres presto  
como quien al engaño se adelanta  
cuando se ve culpado.

FLORA.

¿Culpada yo de agravio tan forzado?  
Tú sí que no tenías  
ocasión de matarme de esta suerte.

LELIO.

Y tú ¿por qué querías  
hablar al Rey donde pudiese verte?

FLORA.

Pues ¿pude yo excusarme?

LELIO.

Excusarte pudieras de matarme.

FLORA.

En los lances forzosos  
no ofende el alma de su fe segura.

LELIO.

A los ojos celosos  
es cosa, Flora, muy terrible y dura

dar causas en que obliguen  
al alma a los temores que amor siguen.

FLORA.

Pues si tú lo sabías,  
¿cómo a mis ojos a la Infanta hablabas?

LELIO.

Porque si tú inferías  
que con hablar al Rey no me matabas  
lo mismo imaginases,  
porque no he de helarte yo cuando me abrases.

FLORA.

Vete, que eternamente  
mis ojos te han de ver.

LELIO.

Yo estoy tan triste,  
que quiero estar ausente  
y vengar el agravio que me hiciste.

FLORA.

Al fin, por traidor quedas.

LELIO.

Ya no hay injurias que decirme puedas.

FLORA.

Pues voime.

LELIO.

¿Por ventura  
dígame yo que no te vayas, Flora?

FLORA.

¡Qué poco en hombres dura  
la fe!

LELIO.

¿Vaste?

FLORA.

Pues ¿no?

LELIO.

Vuelve, señora.

Oye, escucha, detente.

FLORA.

Pues ¿no querías tú vivir ausente?

LELIO.

¿Qué importa que lo diga  
si no puedo vivir sin esos ojos?  
Adorada enemiga,  
cesen, cesen los celos.

FLORA.

Mis enojos  
se tiemplan con mirarte.

LELIO.

El Rey.

FLORA.

Adiós.

LELIO.

¡Que aquéste nos aparte!

(*Vanse, y salen* ISBELLA *y* ERGASTO.)

ISBELLA. Diéronme al Rey y de mí  
le dieron nuevas también.

ERGASTO. Después de hallarte, mi bien,  
¿qué mayor bien para mí?  
Pero ¿cómo te has hallado  
entre tanta variedad  
de fortunas?

ISBELLA. Las del mar,  
con pecho desesperado;  
las de tierra, teniendo  
alguna luz de esperanza.

ERGASTO. Con tanta desconfianza  
mi buena fortuna ofendo.  
Así como en esas rejas,  
hermosa Isbella te vi,  
tu dulce voz conocí

y la ocasión de mis quejas.  
ISBELLA. Si eras el sujeto amado  
de las que daba a los vientos,  
tendrían tus pensamientos  
memoria de mi cuidado.  
Y así, no fué el conocerme  
de la tuya, que la mía  
a tu alma le diría  
volvieses el rostro a verme.

ERGASTO. ¿Cómo habemos de poder,  
mi señora, hallar lugar  
para podernos hablar?

ISBELLA. Músico te quiero hacer  
del Rey, diciendo que lo eres  
de Felisarda, y que en Grecia  
tu voz se estima y se precia.  
Tú cantarás cuando vieres  
ocasión de dirigir  
en versos tus pensamientos  
a nuestros castos intentos.

ERGASTO. El Rey debe de venir  
con su hermana.

ISBELLA. Aquí te aparta.

(*Sale el* REY *y* ARMINDA.)

REY. Ha divertido mi amor  
del Rey el Embajador  
hoy, que me ha dado esta carta.

ARMINDA. ¿Qué dice en ella?

REY. Que aquí  
cree que están sus dos hijos.

ARMINDA. ¿Son los que dicen en Alba  
que perdió el Rey siendo niños?

REY. Perdida la gran batalla  
que tuvo con el Rey indio,  
a la Reina, que llevaba  
por el grande amor consigo,  
dieron dolores de parto,  
de tal manera, que vino  
a dejar entre pastores  
los dos hijos que te digo,  
bellos como el mismo sol.

ARMINDA. ¿De qué manera ha sabido  
el Rey de Alba que los tienes?

REY. Astrólogos se lo han dicho,  
que hay muchos en aquel reino.

ARMINDA. Aquí está Isbella.

ISBELLA. He venido  
a pedir a vuestra alteza  
que reciba en su servicio  
el mejor músico griego  
en dulce voz y artificio,  
después de Apolo y de Orfeo.

REY. Isbella, el Cielo ha traído  
su consuelo a mi tristeza,  
aunque dicen que su oficio  
es aumentarla.

[ERGASTO.] Señor,  
que me escuches te suplico.

(ERGASTO toca el instrumento, y canta):

“En busca del Rey de Persia  
va la reina Felisarda,  
que quien ama al que está preso  
en la prisión tiene el alma.  
La bella Isbella le sigue,  
pastora un tiempo que daba  
sal al ganado en las selvas  
y vivo fuego a las almas.  
Ergasto la quiso entonces,  
pobre pastor, que pensaba  
que era Isbella sólo bella,  
mas no señora tan alta.  
No pudieron desengaños,  
ni la infinita distancia  
del cayado a la corona,  
quitalle las esperanzas.  
Siguióla Ergasto, creciendo  
del mar las saladas aguas  
con lágrimas de sus ojos  
por dar al fuego templanza.

Alborotóse la mar,  
rompió a la nave las jarcias;  
pero la divina Isbella  
salió al puerto de una barca.  
También dicen que la Reina  
llega esta tarde a la playa,  
donde comienzan sus dichas  
si sus desdichas acaban.”

ISBELLA.

Señor, mi madre, y no como la fama  
dice, mi tía, es Felisarda hermosa,  
a quien su Reina toda Grecia llama  
y se tiene en su Imperio por dichosa.  
Por el sol, por Arminda, por quien ama  
más vuestra alteza, pues es justa cosa,  
ya que a su tierra llega, que la ampare  
por que en sus manos su fortuna pare.

REY.

Vamos, Arminda, a recibirla y tenga  
sagrado su valor en nuestra casa,  
donde lo necesario se prevenga  
a quien por firme amor fortuna pasa.

ARMINDA.

A dicha tengo que a tu corte venga.  
Vamos.

ISBELLA.

¿Qué dices?

ERGASTO.

Que tu amor me abrasa.

ISBELLA.

¿Qué fin mejor tener mi amor pudiera?

ERGASTO.

Precio merece amor que firme espera.

(Váyanse, y entren LISAMANTE y FELISARDA.)

LISAM. En esta torre estarás  
hasta que ablandes el pecho.

FELISARDA. Para ti de jaspe es hecho,  
no le ablandarás jamás.

LISAM. ¿Es muerto el de Persia y das  
en esa loca firmeza?

FELISARDA. Das tú con tanta aspereza  
en perseguir, Lisamante,  
este mi pecho constante  
y esta mi antigua nobleza,  
y ¿tienes por grande error,  
ya que ser muerto porfías,



que entre sus cenizas frías  
conserva su fuego amor?

LISAM. Si confiesas el rigor,  
¿por qué no miras la culpa  
con que mi valor te culpa?

FELISARDA. Porque el mismo sentimiento  
del bien que pierdo el intento  
de mi firmeza disculpa.

LISAM. El amor que te he tenido  
y el rigor de tus agravios  
me han hecho buscar los sabios  
que en toda Grecia lo han sido  
para conquistar tu olvido.  
Ellos, alterando el mar,  
aquí te han hecho llegar  
y esta torre han fabricado  
con este espejo, que ha dado  
al mismo sol que envidiar.

Y de su encanto cruel  
salir son intentos vanos  
primero que dos hermanos  
se miren el rostro en él.  
Mas yo seré guarda y de él  
otro dragón de Medea  
para que ninguno sea  
de verse en él atrevido  
antes de haberme vencido,  
cosa que ni Alcides crea.

Que de mi heroico valor  
la fama corre los polos,  
porque el dios Marte y yo solos  
merecemos la mayor.  
Doy con mi nombre temor  
a toda Europa y al mundo;  
no hay en tierra o mar profundo  
quien no tiemble el brazo fiero  
de quien no tiene primero  
ni reconoce segundo.

FELISARDA. Valerse de encantamientos  
los caballeros no es cosa  
digna de la fama honrosa  
de los nobles pensamientos.  
Los altos merecimientos  
nacen de la propia mano.  
Ejemplo es Héctor, troyano,  
sin fuerza de hechizos viles;  
los griegos Pirro y Aquilés  
y el fuerte Horacio, romano.

LISAM. Yo no vengo a disputar  
con tu ingenio de mi error,  
que nunca donde hay amor  
tiene la razón lugar.

Si ejemplos te pueden dar  
materia para vencerme,  
tantos podrán defenderme  
que en la de Amor se hallarán,  
que a tu razón quitarán  
las razones de ofenderme.

Entra, Reina, y considera  
que en más oscura prisión  
pones tú mi corazón  
y en cárcel más dura y fiera.  
Libertad, señora, espera  
cuando me des libertad,  
que si tu mucha crueldad  
igual a con tu hermosura,  
disculpará mi locura  
y culpará tu piedad.—

¡Ah de la torre! Soldados,  
que lo fuistes de Aqueronte,  
en todo este campo y monte  
resplandeceréis armados.  
Vistanse vuestros cuidados  
de los ojos del Pavón,  
que estrellas agora son.  
nadie se acerque a la torre.

FELISARDA. (Si el Cielo no me socorre  
yo muero en esta prisión.)

(*Váyanse, y entren el REY y ARMINDA, y el EMBAJADOR DE ALBA, ERGASTO y LELIO.*)

EMBAJADOR.

Conocidos por señas tan notables,  
los pies os beso, Príncipes, haciendo  
promesas a los dioses venerables  
que en llegando a la patria iré cumpliendo.  
Los hados, que al fin inevitables,  
quisieron que tuviédeses, naciendo,  
en medio del pecho dos estrellas de oro  
que os daban hermosura y real decoro.

Estas que os vi, que fuistes me aseguran  
los hijos que perdió mi Rey alban,  
que con vivo color presentes duran  
y que borrallas intentaba en vano.  
Y así, pues, sus altezas me procuran  
hacer merced, besándoles la mano,  
hoy tenemos de dar al viento velas,  
que a las postas del mar sirven de espuelas.

REY.

Embajador alban, justamente  
estáis contento y nos pedís licencia  
habiendo hallado tan dichosamente  
los dos hijos del Rey tras tanta ausencia.

De Lelio siento, como Arminda siente de Ergasto, por la música, la ausencia. Todo me causa pena; mas no es justo que pueda más que la razón el gusto.

Vayan los dos donde su padre vea el fruto de su amor, que a tantos daños expuso el Cielo en una pobre aldea.

ARMINDA.

Gran ventura después de tantos años.

REY.

No es posible que historia antigua sea de más admiración.

ARMINDA.

Casos extraños

suceden a plebeyos, mas no a reyes. Iguales son las celestiales leyes.

LELIO.

•Dennos los pies vuestras altezas.

REY.

Quiero

daros mis brazos.

ERGASTO.

Sólo el Cielo sabe el sentimiento nuestro.

ARMINDA.

En él espero que arribe al puerto próspera la nave.

LELIO.

(Por Flora vivo.)

ERGASTO.

(Por Isbella muero.)

LELIO.

(No quiere Amor que mi desdicha acabe.)

ERGASTO.

(El alma se me parte en la partida.)

LELIO.

(Por no perdella perderé la vida.)

(Salga ARIODANTE.)

ARIOD. Antes que Lelio y Ergasto se partan, señor, a Albania, vengo, Rey, a darles nuevas de la nueva Felisarda, la que no pudiste hallar ni en la tierra ni en la playa

porque un tirano la tiene en una torre encantada. Hay un monte junto al mar, cuyas altas rocas baña, que se mira eternamente en el cristal de sus aguas. Sobre él Lisamante tiene la fuerte torre fundada donde las furias del Lete hacen su cuerpo de guarda. Tiene en lo alto un espejo donde miran sus guirnaldas de perlas, coral y aljófar ninfas de la mar sagradas. No dejan llegar a ella ni por tierra humana planta ni por la mar nave alguna, con mil tiros que disparan. A vuestra alteza le toca conquistarla y derribarla, si para infernales fuerzas valieran armas humanas; y, dando a Grecia su Reina, dar al templo de la fama la memoria de su nombre con la gloria de esta hazaña. ¿Que el mágico Lisamante tiene en mi tierra encantada a Felisarda?

REY.

LELIO.

Señor,

la Reina es de Flora hermana. A mí me toca el hacer con Lisamante batalla.

ERGASTO. A los dos dirás que toca, pues sabes que es Felisarda madre de Isbella.

ARMINDA.

No es justo que otros a esta empresa salgan. Daldes licencia.

REY.

Yo quiero

parte también de esta hazaña por hacer servicio a Flora.

ARIOD.

Pues como tu alteza vaya, ¿quién quedará de tu corte?

REY.

Pues a Isbella y Flora llama para que se hallen presentes.

ARIOD.

Yo voy.

LELIO.

(¡Ay, mi Flora amada!

No me partiré sin ti, pues no puedo sin el alma.)

ERGASTO.

(¡Ay, Isbella! Si a ser rey del mundo, que no de Albania,

me llevaran, sus riquezas,  
sus imperios despreciara.  
No quiero reino sin ti.  
Para ser dichoso basta  
asistir a tu presencia  
sin vida y sin esperanza.)

(Vuelve ARIODANTE.)

ARIOD. ¡Notable engaño!

REY. ¿Qué es esto?

ARIOD. Que Flora y Isbella faltan  
de tu palacio.

REY. ¿Qué dices?

LELIO. ¡Ay, Cielo!

ARIOD. Que no las hallan.

ARMINDA. ¿Cómo puede ser?

ARIOD. Señor,  
mientras Lisamante anda  
por tu tierra no presumas  
que esté segura tu casa.  
Después que vió los desdenes  
de la reina Felisarda  
estudió mágicas artes  
sólo por tomar venganza.  
Isbella es su hija, y Flora  
es, como sabes, su hermana.  
¿Quién duda que las robó,  
pues de tu palacio faltan?

ARMINDA. Es, sin duda, y que este agravio  
no fué de fuerzas humanas.

LELIO. Estoy sin mí.

ERGASTO. Yo sin vida.

LELIO. Invicto señor, ¿qué aguardas  
que no vienes a buscar  
este enemigo?

ERGASTO. En las armas  
descubrirán sus engaños.

REY. Vamos, que aunque tenga tantas  
que venza a Circe y Medea  
en los montes de Tesalia,  
hoy le quitaré la vida.

ERGASTO. Hoy perdí las esperanzas.

LELIO. Yo no, que nunca las tuve.

ERGASTO. ¡Ay, Isbella!

LELIO. ¡Ay, Flora amada!

(Sale LISAMANTE con cuatro SOLDADOS con unas  
máscaras negras, vestidos de vaqueros negros y  
plata con tocados negros.)

LISAM. Aquí habéis de estar los cuatro,  
las vistas de lince atentas  
como las fieras sangrientas  
del romano anfiteatro.

No ha de llegar a esta roca,  
sin morir, persona alguna,  
que en el mar a la fortuna  
esta defensa le toca.  
Por mis artes he sabido  
que contra mí viene airado  
de Flora el París amado  
y el Jasón aborrecido.  
Armas traen; mas no son  
con las que me han de vencer,  
que aquí el humano poder  
no tiene jurisdicción;  
sólo el decreto divino  
que han ordenado los hados  
de dos hermanos hallados  
por diferente camino.  
Alerta, pues, no se mire  
nadie al espejo. Mirad  
que hará mi temeridad  
que vuestra pena os admire.  
Asistid con el gobierno  
que es justo en esta ocasión,  
o si no haré que Plutón  
os doble el castigo eterno.

(Salgan el REY, ARMINDA, ARIODANTE, ERGASTO y  
LELIO, armados con unas lanzas doradas y mu-  
chas plumas en los morriones, y levantándose un  
lienzo se vea la torre encantada sobre un risco y  
un espejo grande sobre la puerta.)

REY. Guardada la torre está.

ARMINDA. ¡Bella fábrica!

ARIOD. ¡Famosa!

LELIO. No es el fundamento vano  
sobre estas pintadas rocas.

ERGASTO. ¡Qué bien la mar las combate  
con armonía sonora,  
devanando en ellas plata  
con la espuma de sus olas!

LELIO. ¡Ay, Cielos, dónde estará  
mi Flora hermosa!

ERGASTO. ¡Ay, si agora  
vieran mis ojos a Isbella!

LISAM. (¿Qué gente es ésta que en forma  
de escuadrón marcha a mi torre?  
¡Alerta, infernales sombras!)  
¿Quién va? ¿Quién tan atrevido  
llega a este monte? ¿Quién osa  
venir con armas aquí?

LELIO. ¿Eres tú, acaso, quien cobra  
el portazgo de este paso?

LISAM. ¿No lo veis?

LELIO. ¿Cómo te nombras?

LISAM. ¿Yo? Lisamante de Grecia.  
Mas tú, que de mí te informas,  
¿quién eres?

LELIO. Quien viene a darte  
la muerte por que conozcas  
que son falsos los encantos  
con que el infierno provocas.

LISAM. Di tu nombre.

LELIO. Lelio soy.

LISAM. ¡Matalde, sombras!

ERGASTO. No pongas  
mano a la espada sin mí.

LISAM. ¿Qué es esto? ¿Quién me despoja  
de mi fuerza y de mi ciencia?

ERGASTO. Otras que hay más poderosas.

LISAM. ¿Sois hermanos?

LELIO. Hijos somos  
del Rey de Alba.

LISAM. (Huír me toca.  
Toda mi torre han deshecho,  
que al espejo que la adorna  
se miraron. ¡Muerto soy!)

REY. Ya Lisamante y sus sombras  
huyen y la torre se abre.

ARMINDA. ¡Qué hazaña tan vitoriosa!

(Abrase la torre y véanse dentro con grandes galas  
FELISARDA, FLORA y ISBELLA, con tres bastones  
plateados en las manos y tres mantos de velo de  
plata y unas guirnalda de flores de seda y oro,  
y canten dentro la música:)

“De coronas de diamantes  
fué digno tanto valor,  
que así premia el niño Amor  
las prendas de los amantes.”

ARMINDA. ¡Cielos, Felisarda es!

LELIO. Con ella mi hermosa Flora  
en cielo la torre vuelve  
y con sus rayos la dora.

ERGASTO. Isbella está con las dos,  
y, coronada de rosas,  
parece el alba que llama  
a Febo llorando aljófara.

FELISARDA. Salgamos a recibir  
a quien libertad nos dió.

REY. Felisarda, no soy yo:  
sólo me debéis venir  
con quien dignamente ha sido  
dueño de esta heroica hazaña;  
a Arminda, que me acompaña,  
lo mismo le habéis debido.  
Los hijos del Rey albano,

que Lelio y Ergasto son,  
deshicieron la traición  
de Lisamante tirano.

¡Lelio mio!

FLORA. ¡Bella Flora!

ISBELLA. ¡Dulce Ergasto!

ERGASTO. ¡Hermosa Isbella!

FLORA. ¡Cúya fuera aquesta hazaña!

ISBELLA. ¡Cúya aquesta hazaña fuera!

FLORA. En el palacio del Rey  
nos robaron una fiesta  
las sombras que en esta torre  
guardando estaban la puerta;  
en ella habemos sabido  
vuestra historia y las estrellas  
de oro que el pecho os esmaltan,  
porque haya cielo en la tierra.  
Y así, pidiendo al Rey  
y a Felisarda licencia,  
te doy la mano de esposa.

ISBELLA. Y lo mismo dice Isbella,  
pues es tan justo que a Ergasto  
premie mi amor su firmeza.

LELIO. (¿Que merezco tanto bien?)

ERGASTO. (¡Que mi esperanza merezca  
verse en posesión tan alta!  
¡Paró Fortuna la rueda!)

REY. Bellísima Felisarda,  
pues es muerto el Rey de Persia,  
y Lisamante, villano,  
se vuelve corrido a Grecia  
de haberte robado a Flora,  
pido perdón, y pues ella  
tiene esposo, te suplico  
que te merezca Bohemia  
por señora y yo por dueño,  
que pues Arminda desea  
casarse con Ariodante,  
para que Ergasto, y Isbella,  
Lelio y Flora, ya casados,  
juntos a Albania se vuelvan,  
haremos que en nuestras bodas  
ellos los padrinos sean  
y nosotros de las suyas.

FELISARDA. Tu valor, sangre y nobleza,  
me obliga, y te doy la mano.

REY. Pues publíquense las fiestas  
y volvamos a palacio,  
dando fin a la comedia.

FIN



# LA FAMOSA COMEDIA

DE

## LA FE ROMPIDA

### ACTO PRIMERO

#### FIGURAS DEL PRIMER ACTO

|                            |                      |
|----------------------------|----------------------|
| LUCINDA, cazadora.         | LISARDA, su hermana. |
| ALBERTO, villanos.         | ORANTEC,             |
| LAURINO, }                 | TEBANO, }            |
| AURELIO, padre de LUCINDA. | VIRENO, (2) }        |
| FELISARDO, rey.            | CELIO.               |
| FLORIBERTO, duque.         | FIDEN[o].            |

(LUCINDA, de cazadora, con venablo, y ALBERTO, villano.)

LUCINDA. Si preguntare por mí,  
Alberto amigo, dirás  
que al monte subo, y no más.

ALBERTO. Riñiráme.

LUCINDA. ¿Por qué a ti?

ALBERTO. Sabiendo que sola vas.

LUCINDA. Sola voy tan bien guardada  
como de él acompañada;  
que la vergüenza del ser,  
en la que es noble mujer,  
es la guarda más honrada.

ALBERTO. Verdad es, señora mía,  
que tu varonil valor  
te excusa de compañía.  
A darla el Cielo a tu amor  
se sirva y se llegue el día.

LUCINDA. Ahora no lo deseo.

ALBERTO. Perdona, que no lo creo;  
que la mujer sin varón  
no alcanza tal perfección  
como después del empleo.  
Y esto echaráslo de ver  
en el amor que al marido  
cobra después la mujer,  
no habiéndole conocido  
hasta llegarle a tener.

LUCINDA. Este tiempo en que me veo  
huye de que intento feo  
mi casto ejercicio venza,

ni está bien a mi vergüenza  
decirte que le deseo.

Y como sé que es la cosa  
que mi padre menos piensa,  
no me tiene cuidadosa.

ALBERTO. Hace a tu hermosura ofensa  
y hasta la envidia celosa.  
Pero quiérome partir.

LUCINDA. Esto le puedes decir.

ALBERTO. Líbrete Dios de las fieras.

(Vase ALBERTO.)

LUCINDA. Cuando de un hombre dijeras,  
era más forzoso huir.

Flechas de Amor, de plomo y de oro puro,  
arco trocado con la muerte fiera,  
falsa imaginación, dulce quimera,  
libro dorado y en la letra obscuro.

Blando, ofendido, y sin ofensa duro,  
y castigado, convertido en cera;  
Etna con fuego dentro y hielo fuera,  
gigante, aunque rapaz, y dios perjuro.

Yo soy aquella que he tenido en poco  
flechas, arco, quimera, Etna, gigante  
con libre y arrogante pensamiento.

Amor, pues con injurias te provoco,  
labra mi corazón como diamante;  
pero no tienes sangre, que eres viento.

¿Qué gente es ésta que suena?  
Pues ¿cómo en esta montaña  
de tanta aspereza llena?  
Pero pareceme extraña  
y de mi ejercicio ajena.  
Quiérome aquí retirar,  
y, aunque no los oiga hablar,  
ver el camino que llevan  
entre estas peñas, que prueban  
cubrir con su sombra el mar.

(Entren FELISARDO, padre de ARCADIA; TEBANO,  
ORANTEO, LIRENO, caballeros.)

FELISARDO.

¡Que no parece un cazador siquiera!

(1) Más adelante dice que estos tres son caballeros, y criados CELIO y FIDENO.

(2) Después le llama LIRENO.

TEBANO.

Todos fueron, señor, en seguimiento de aquella libre y perseguida fiera.

ORANTEO.

Ellos la siguen y ella sigue al viento, y el viento queda tan atrás del paso, que le engendra mayor su movimiento.

FELISARDO.

Pues ¿qué habemos de hacer? ¡Extraño caso!

LIRENO.

Que aguardes mejor tiempo.

TEBANO.

(Ya deseo

dejar de todo punto el campo raso.

LIRENO.

No hay que aguardar; haz señas a Oranteo.

TEBANO.

Ya me ha entendido.)

FELISARDO.

¿Qué venís hablando, que de saber lo que es traigo deseo?

Tanto me enoja el murmurar, que cuando las fuentes veo enturbio sus corrientes porque me pesa el verlas murmurando.

Ellas, entre las guijas transparentes, suenan por las alhombbras de estos prados, y vosotros, hablando entre los dientes.

A no ser caballeros tan honrados, y mis vasallos, como sois, tuviera recelos, de sospechas engendrados.

TEBANO.

Príncipe, el alma, que tu pecho altera te ha dicho la verdad en profecía.

FELISARDO.

¿Qué es eso? ¿Cómo habláis de esa manera?

Retiraos de mi lado y compañía. Hacedos allá, villanos atrevidos.

TEBANO.

La espada empuña.

LIRENO.

¡Loca valentía!

ORANTEO.

Todos los tres estamos ofendidos de tus injurias, Felisardo loco.

FELISARDO.

Y todos sois traidores fementidos.

No porque solo estoy tengáis en poco la sangre y el valor que me acompaña.

TEBANO.

A más cólera y furia me provoco.

FELISARDO.

¿Para aquesta traición a la montaña, para matar, traéis a vuestro Rey, cobardes? ¿Y tú, primo, el autor de aquesta hazaña?

ORANTEO.

Pásale el pecho, pásale, y no aguardes sus vanas y fantásticas razones. Habla con otro tiempo en sus alardes.

TEBANO.

Pues aquí no le guardan escuadrones, por su estipendio y paga conducidos, para que diga retos y blasones.

FELISARDO.

Tened las armas ciegas y, advertidos, pensad en lo que hacéis, y juntamente decidme por qué estáis de mí ofendidos.

ORANTEO.

Historias pide agora que le cuente. Calla ya, Tebano.

TEBANO.

¡Muera!

LIRENO.

¡Muera!

(LUCINDA llegue con el venablo.)

LUCINDA.

¡Oh, vil, cobardé y mal nacida gente!

ORANTEO.

¿Qué es esto, Cielos? ¿Es (1) mujer o fiera?

LUCINDA.

¡Fuera, (2) villanos!

LIRENO.

¿Si es favor del Cielo?

TEBANO.

Ya no puedo esperar.

(1) En el texto, "¿Esta es"; pero el verso queda largo.

(2) En el texto, "Afuera", que también alarga el verso.

LUCINDA.

¿Huís? Espera.

FELISARDO.

Herido me han, y a no venir, recelo  
que me dieran la muerte, que, tres hombres,  
era forzoso en un desierto suelo.

LUCINDA.

¡Huíd, cobardes!

FELISARDO.

Déjalos, no asombres  
sus pechos viles con tu voz divina;  
y porque sólo aguardo que te nombres,  
no te adoro por diosa, aunque se inclina  
a tu valor mi pecho, y, por el suelo,  
besar tus pies mi boca determina.

Sí eres Diana, que la adora Delo,  
o la guerrera Palas, dime agora  
cómo bajaste de tu esfera y cielo.

LUCINDA.

Ese, gentil mancebo, sólo adora;  
ése te dió la vida que agradeces  
a aquesta humana y pobre cazadora.

Porque debe de ser que lo mereces  
de tal manera, que guardó tu vida.

FELISARDO.

Si al Cielo he de adorar, cielo pareces.

Dame esas manos, que es razón que pida  
manos que me han librado de la muerte,  
obligación y deuda conocida.

Y no quieras que esté sin conocerte  
tanto tiempo, señora, y sin pagarte.  
Dime quién eres; tu valor me advierte.

LUCINDA.

¿Qué te aprietas el brazo?

FELISARDO.

En esta parte  
pienso que tengo una pequeña herida.

LUCINDA.

¡No lo supiera entonces, que, por Marte,  
que los siguiera hasta quitar la vida!  
Pero podré curarte. Ven conmigo.

FELISARDO.

No te canses, señora, que te pida  
que me digas quién eres mientras sigo  
el resplandor de aquellos ojos bellos  
sí, como dices, tengo de ir contigo,

porque ya en la prisión de tus cabellos  
me lleva Amor y obligación atado,  
y, aunque de voluntad, me voy con ellos.

LUCINDA.

Pues mientras que salimos de este prado,  
oye quién soy; pero con un concierto:  
que a lo mismo te juzgues obligado.

FELISARDO.

Soy muy contento.

LUCINDA.

Pues advierte.

FELISARDO.

Advierito.

LUCINDA. Sobre estas altas montañas,  
las plantas de cuyos riscos  
lavan Ladón y Primanto,  
claros y apacibles ríos;  
éstas que ves coronadas  
de verdes hayas y pinos,  
pálidos bojes y fresnos,  
cornicabras y quejigos,  
donde sombreros castaños  
y poco ojosos membrillos  
cubren aquel manso arroyo  
que cercan juncos y lirios,  
están, (1) caballero noble,  
en el más alegre sitio  
unas casas, aunque viejas,  
sobre cimientos antiguos.  
Es dueño de ellas un hombre  
no tan noble como rico,  
porque en esto se aventura  
a todos los de su oficio.  
No es tan rudo que la mano  
pone al arado ni al trillo,  
ni tiene callos en ellas  
de su rústico ejercicio,  
porque sustenta cien hombres  
que en todo este gran distrito  
le sirven y llaman dueño,  
de su sueldo entretenidos.  
Estos llevan los ganados  
de sus vacas y novillos  
por esas dehesas verdes,  
con las hondas y los silbos.  
Aquéllos van por los montes  
con el manchado cabrío,  
que, trepando por las peñas,

(1) En el texto, por errata, dice "está un".

hacen más altos sus picos;  
 las cabras verás colgando  
 de los cogullos de espinos,  
 y también, por otra parte,  
 de sus tetas los cabritos.  
 Otros llevan las ovejas  
 por romeros y tomillos,  
 y otros el negro ganado  
 que abre el suelo con su hocico.  
 Estos siembran, éstos aran  
 entre el otoño y estío;  
 éstos derriban la fruta  
 por los árboles subidos,  
 desnudas hasta las hojas,  
 peros, cermeñas, membrillos,  
 guindos, cerezos, manzanos,  
 serbas, albérchigos, priscos.  
 ¿Qué dirás de lo que cogen  
 al tiempo que reina Virgo  
 de pan, que cubre esas eras,  
 y grandes trojes de trigo?  
 Otros, en anchos lagares,  
 de los preñados racimos  
 pisando mil uvas (1) hinchén  
 cubas de oloroso vino.  
 Este, en efeto, es mi padre,  
 no por la riqueza altivo,  
 sino humilde labrador  
 en traje compuesto y limpio.  
 Es cuerdo, honrado y brioso  
 y liberal con amigos;  
 que, como el rey en su casa,  
 es en la suya servido.  
 No ha hecho otra cosa mala  
 si no es a mí, porque os digo:  
 esto y el tenerme amor  
 es en mi padre delito.  
 Este me tiene de suerte  
 que no hay gala ni vestido  
 en la invención de la corte  
 que no rompa en mi cortijo.  
 Con sedas, telas y perlas  
 piso los bosques sombríos,  
 porque, como aquí me veis,  
 la caza y las fieras sigo.  
 La saya a la media pierna,  
 para correr suelta, visto,  
 y esta montera en la frente,  
 dejando fuera estos rizos.  
 Este vaquero que veis

con esta pretina ciño;  
 algunas veces con daga  
 y otras veces con cuchillo.  
 Soy, por deciros verdad,  
 reina de este paraíso,  
 porque aquestos verdes campos  
 son más que campos Eliseos.  
 Tráennme los labradores  
 la fruta en blancos cestillos,  
 las almendras en sus ramas,  
 los pájaros en sus nidos;  
 avellanas en sus hojas,  
 castañas en sus erizos;  
 hasta las liebres pequeñas  
 y los conejuelos, vivos.  
 Suelo salir cuando el alba  
 de alfofarado rocío  
 ensarta en las piedras perlas,  
 que abrasa de envidia Cintio,  
 y volver cuando se ausenta  
 el rostro descolorido  
 entre nubes, que parecen  
 cornerinas y zafiros.  
 Traigo a veces, con mi gente,  
 muerto el ciervo fugitivo,  
 el jabalí colmilludo  
 y el oso, que al oso embisto.  
 Yo os doy palabra, señor,  
 que, después que sé que vivo,  
 no he dicho tales palabras  
 a ningún hombre nacido.  
 No quiero que agradezcáis  
 lo hecho, sino lo dicho,  
 y, porque aquesta es mi casa,  
 perdonad si no prosigo.

FELISARDO. Huélgome de conoceros,  
 y estimo el haber mostrado  
 de hacerme merced cuidado;  
 pero de satisfaceros  
 no hay tiempo, habiendo llegado.  
 Después os diré quién soy.

LUCINDA. Bien está. Curaros quiero.

FELISARDO. Mil gracias por ello os doy.

(AURELIO, padre de LUCINDA, ALBERTO, y otros.)

AURELIO. (¿Lucinda y un caballero?  
 A darle mis brazos voy.)

FELISARDO. (¿Este es tu padre?)

LUCINDA. Sí, él es.)

AURELIO. ¡Hija!

LUCINDA. Mi padre y señor,  
 aqueste hidalgo que ves

(1) En el texto, "cubas".



es perdido, y cazador.

FELISARDO. Dadme, señor, esos pies.

AURELIO. Alzaos, hijo, y en buen hora  
séais venido a esta casa,  
que ya es vuestra desde ahora,  
donde, aunque es pobre y escasa,  
una alma espléndida mora.  
¿Sois de la ciudad?

FELISARDO. Sí soy.

AURELIO. ¿Cazando, en fin, os perdistes?

FELISARDO. Y ahora también lo voy,  
que a la merced que me hicistes  
aqueste nombre le doy;  
porque truje voluntad  
y por ser agradecido  
a vuestra mucha piedad,  
con el alma la he perdido,  
ganando vuestra amistad.

AURELIO. ¡Qué cortesano! ¡Qué honrado!

LUCINDA. Viene herido, padre mío.

AURELIO. ¿Herido?

FELISARDO. No os dé cuidado.

Pensélo, y fué desvario.

Basta aqueste lienzo atado.

AURELIO. ¿Hola?

ALBERTO. ¿Señor?

AURELIO. Partid luego

y aderezad una cama.

FELISARDO. Que no lo mandéis os ruego.

AURELIO. Haced oficio de dama,  
hija, y pedildo.

FELISARDO. (Estoy ciego.)

LUCINDA. Suplícoos, señor, que entréis  
a descansar y curaros.

FELISARDO. Basta que vos lo mandéis,  
que debo a esos ojos claros  
la vida que ya sabéis.  
(¿Esto hay en una montaña  
a diez leguas de mi corte?  
¡Cosa, por el Cielo, extraña!  
Mas es muy conforme al norte  
y estrella que me acompaña.  
Antojado estoy, por Dios,  
de la bella cazadora.  
¿Qué es lo que hablarán los dos?)

LUCINDA. (Es la más sabia pastora.  
Mi padre, llamadla vos,  
que tiene aceites y ungüentos  
y hierbas de gran virtud.)

AURELIO. Digo que voy por los vientos.)

FELISARDO. ¿Qué es esto?

LUCINDA. Vuestra salud

y mis nuevos pensamientos.

FELISARDO. ¿Fuése vuestro padre?

LUCINDA. Fuése

a llamar a quien os cure.

FELISARDO. ¡Que tal merced mereciese!

LUCINDA. Que la vida me procure  
no es mucho, cuando lo hiciese.

FELISARDO. ¿Vuestra vida?

LUCINDA. Sí, la mía.

FELISARDO. ¿Por qué?

LUCINDA. Porque está en la vuestra,  
y es vuestra desde este día,  
y recibid esta muestra  
de amor y de cortesía.  
Que estoy, aunque os obligué,  
muy obligada de vos  
desde que os vi y os hablé;  
y mirad que entre los dos  
jurado concierto fué  
de contar nuestras historias.

FELISARDO. La mía, señora es breve;  
no mi amor, que el alma os debe,  
amor que a sus dulces glorias  
mi espíritu y lengua mueve.  
Soy de la insigne Tejea,  
corte del rey Felisardo;  
mi nacimiento me emplea  
en servirle.

LUCINDA. El nombre aguardo,  
que es lo que el alma desea.

FELISARDO. Felisardo, como él,  
y su secretario soy;  
pero ya no lo soy de él,  
que en otro servicio estoy  
de otra reina mayor que él.

LUCINDA. No hagáis burla, que os prometo  
que si servir me dejara,  
que algún hombre noble hallara  
con quien casarme, en efeto,  
y a cuyo lado me honrara.  
Que si dar gusto quisiera  
en esto a mi padre honrado,  
vo sé que ya le tuviera;  
pero está desesperado  
de que yo le admita y quiera,  
porque en llegando a tratar  
que me tengo de casar,  
mientras el enojo pasa,  
no vuelvo del monte a casa,  
o de la orilla del mar.

FELISARDO. Pues ¿qué ha sido la razón?

LUCINDA. No haber los hombres tratado.

FELISARDO. Pues ¿qué tienen?

LUCINDA. Blandos son,  
que no es tan bravo el león  
como parece pintado.

FELISARDO. ¿En qué lo echaste de ver?

LUCINDA. En vos.

FELISARDO. ¿Y pudiera ser  
quererme vos?

LUCINDA. Ya lo ha sido.

FELISARDO. ¿Quién fuera vuestro marido!

LUCINDA. ¿Quién fuera vuestra mujer!  
Yo os juro que aunque seáis  
su secretario del Rey,  
y aun el Rey, que no perdáis.

FELISARDO. Extraña es de Amor la ley  
que conmigo ejecutáis,  
que vuestro merecimiento  
no tiene en la tierra igual,  
porque el mismo pensamiento  
que os mira tan celestial  
desmaya su atrevimiento.  
Sois rica, noble y hermosa;  
vuestro padre es rey aquí,  
y vos de este campo diosa.  
Pero si en tal punto os vi,  
yo soy vuestro, sed mi esposa;  
que os juro a Júpiter santo  
de cumplir esta palabra,  
y si faltare entre tanto  
para tragarme se abra  
todo el reino del espanto.

LUCINDA. Mirad primero, señor,  
lo que decís, que sois noble  
y mi padre un labrador.

FELISARDO. Vos lo sois, señora, al doble.  
Déboos la vida, en rigor;  
y si para ser querida  
no basta deber la vida  
a una mujer, basta ser  
diosa en forma de mujer.

LUCINDA. (¡Qué ciega estoy! ¡Qué perdida!  
¿Creeré que es esto así?  
Sí, que Amor bien pudo hacer  
el mismo efeto que en mí.)  
¿Que si soy vuestra mujer  
seréis mi marido?

FELISARDO. Sí;  
y este anillo os doy, mi vida,  
en fe de que eternamente  
será aquesta *fe rompida*.

LUCINDA. Entraos, que vendrá mi gente.

FELISARDO. El Cielo esta fe me pida.

LUCINDA. De vuestra palabra fío.

FELISARDO. Vos sois, señora, mi esposa.

LUCINDA. Y vos el esposo mío.

FELISARDO. (Villana linda y hermosa,  
presto engañaros confío.)

(Váyase FELISARDO.)

LUCINDA.

Quien no ha visto la guerra, también diga  
que tiene fuerza su valor suprema;  
quien no ha tocado el fuego, no le tema;  
quien no ha entrado en el mar, no le maldiga.

Quien no ha visto una tigre, no la siga;  
quien no jugó jamás, ¿de qué blasfema?  
Quien no sabe que el aire enjuga y quema  
no tema el rayo que el laurel mitiga.

El que blandura con tocarle vea  
críe en su pecho un áspid, donde luego  
verá su rabia y su rigor profundo.

Y quien no ha visto a Amor búrlese y crea  
que es guerra, fuego, mar, tigre, áspid, juego,  
ira del Cielo y destrucción del mundo.

(Entrense. Salga el Duque FLORIBERTO, ORANTEO,  
TEBANO y LIRENO.)

FLORIB. ¿Que tuvo tan mal efeto?

ORANTEO. Ofrecióse una mujer,  
si es que mujer pudo ser,  
y fué imposible el secreto.

FLORIB. ¿Mujer en una montaña?

ORANTEO. Una bella cazadora  
que el monte por diosa adora  
en cuanto el Primanto baña.

FLORIB. ¿Y sola?

ORANTEO. Sola, en efeto.

FLORIB. Pues matar esa mujer,  
porque matalla era hacer  
puerta de hierro al secreto.

ORANTEO. ¿Quieres que verdad te diga?  
El matalla se intentó.

FLORIB. Pues ¿cómo se defendió?  
Que a no creello me obliga.

ORANTEO. No es tan vil, gran Duque, el ser  
de mujer, aunque perdonés;  
que a muchos fuertes varones  
han sujetado mujer.

FLORIB. Eso será por amor.  
Ya sé que Hércules hilaba  
y que aquella fuerte clava  
trocó en aguja y labor.

ORANTEO. Y sin amor ¿no eran fuertes

Cenobia, Evadnes, Camila,  
Semíramis y Drusila  
en tantas guerras y muertes?

FLORIB. Pues ¿qué hizo esa mujer,  
que, en fin, es flaco el vocablo?

ORANTEO. Jugar mejor un venablo  
que Alcides lo pudo hacer  
contra el Nemeo león  
o la serpiente Lerneá.

FLORIB. Flaqueza ha sido muy fea.

ORANTEO. Ese es justo galardón.

FLORIB. ¡Por Júpiter! Si vencido  
me viera de una mujer  
por fuerza y no por querer  
a su hermosura rendido,  
entre hombres no pareciera  
ni en mi vida armas tomara,  
su conversación dejara  
y entre mujeres viviera.

¡Tres hombres de una mujer!

TEBANO. Las cosas de admiración  
no se han de contar, si son  
imposibles de creer.

¿No puede ser que haya el Cielo  
dado a una mujer valor?

FLORIB. Naturaleza, en rigor,  
ha dado leyes al suelo;  
y así ha dado, sin que el nombre  
de razón pueda torcer,  
la hermosura a la mujer,  
la fuérza y imperio al hombre.

LIRENO. ¿No suele Naturaleza  
hacer monstruos?

FLORIB. Es error.

LIRENO. Pues este error fué mayor:  
que le dió fuerza y belleza;  
así, que es hombre y mujer.

FLORIB. ¿Que era tan bella y valiente?

LIRENO. Y tal, que otra tanta gente  
no la pudiera vencer.

FLORIB. ¿Dijiste al Príncipe algo  
de ser yo de esto el autor?

TEBANO. Ni tu intento ni su amor.

FLORIB. Ese fué término hidalgo.  
Ir podéis a descansar  
mientras que vais a mi tierra,  
que no ha de cesar la guerra  
hasta poderle matar.

ORANTEO. Menester será secreto,  
porque tomará venganza.

FLORIB. Vana será su esperanza  
y verdadero mi efeto.—

Caminad, que estoy temiendo  
no venga y os halle aquí.

ORANTEO. Adiós.

(*Váyanse, y quede solo FLORIBERTO.*)

FLORIB. ¡Qué ocasión perdí!

Mas volvella a hallar intento,  
porque en mi pecho ofendido  
no podrá caber sosiego  
hasta que se temple el fuego  
del agravio recibido.

Mal considerado Rey,  
mozo mal aconsejado,  
de amor lascivo engañado,  
dios que no da fe ni ley.

¡Por el soberano Marte,  
que la venganza que fundo  
no puede estorbarla el mundo  
ni son sus peligros parte!  
Yo he de seguirla, o morir,  
hasta vengar mi deshonra,  
porque es el vivir sin honra  
desesperado vivir.

(*LISARDA, (1) su hermana, entre.*)

LISARDA. Vengo a darte el parabién  
de que ya estarás vengado  
de tu agravio inaginado  
y mi deshonra también.  
Partió Felisardo a caza  
y hay nuevas que no parece;  
todo el mundo se entristece  
y tu cabeza amenaza.  
Si le has muerto, en salvo ponte  
mientras que cesa la furia.

FLORIB. ¿Habréle yo hecho injuria  
yo en la corte, él en el monte?

¿Qué osas, villana, venir  
ni parecer a mis ojos,  
y más para darme enojos?

LISARDA. Esto te vengo a decir  
sólo para darte gusto.

FLORIB. Gusto me diera si fuera  
verdad y que yo me viera  
vengado, como era justo.  
No podía yo tener  
enemigo desigual,  
fuera del cetro real,  
con tal ventaja y poder.  
Que a no ser de aquesta suerte,

(1) En el texto, LISANDRA, por errata.

y que lealtad he jurado,  
mi afrenta hubiera lavado  
con la sangre de su muerte.

LISARDA. ¿Qué afrenta? ¿Estás en tu seso?

FLORIB. ¿No es afrenta que en mi sala  
le hallé (1) y puesta una escala  
a un balcón?

LISARDA. Que fué confieso.

Pero si él de amor forzado,  
y del poder atrevido,  
sin haberme persuadido  
ni mi gusto conquistado  
como a mujer por casar,  
aunque muy noble y tu hermana,  
osó escalar mi ventana,  
no, a lo menos, osó entrar.  
Recogida en mi aposento  
me hallaste, en la sala a él,  
y así puedo de ti y de él  
hablar con atrevimiento.

FLORIB. No te doy toda la culpa,  
pero alguna habrás tenido;  
y de ser yo el ofendido  
¿qué poder al Rey disculpa?  
¡Oh, qué mal mi afrenta allanas  
en el cometido error,  
que las llaves del honor  
son las puertas y ventanas!  
Para estar en aventura  
son los peligros muy graves;  
que, al fin, quien pierde las llaves  
no tiene el arca segura.  
Cree que no me pesaría  
de que el Rey no pareciese,  
comoquiera que no fuese  
su muerte por orden mía.  
Pero creo que será  
no más de haberse perdido.  
Voy a saber lo que ha sido  
y dónde perdido está.

(Vase FLORIBERTO.)

LISARDA.

Si es muerta el alma de mi pensamiento,  
espíritu vital de aquesta vida,  
¿cómo la tengo yo viviendo asida  
a su calor, concierto y movimiento?  
¡Con qué vanas sospechas me atormento!  
Porque, una vez el alma despedida,

no vive el cuerpo más que su partida,  
no queda lengua, voz, ni sentimiento.

Yo siento, luego vive el que me anima;  
yo hablo, luego habla el que es mi esposo;  
yo espero verle, luego verle es cierto.

Amor debe de ser quien me lastima.  
Déjame, Amor, que eres rapaz medroso,  
que cuando muera yo sabré que es muerto.

(Vase. Entre FELISARDO.)

FELISARDO. ¡Qué presto se va un placer,  
pues no acaba de llegar  
cuando le sigue el pesar,  
y más hallado en mujer!  
Gigantes promete Amor  
sus gustos imaginados,  
que son tan niños gozados,  
que aunque él es niño es mayor.  
Cansa, el que caza, el aliento  
hasta que coge la presa,  
y cuando la tiene presa  
entra el arrepentimiento.  
Mira el mudo pescador  
dos horas corcho y anzuelo;  
no quiere el pez pequeñuelo,  
que le imagina mayor.  
Van tras la imaginación  
los ojos siempre sedientos;  
que, en efeto, los contenidos  
menos que prometen son.  
Agradóme la villana  
que blasona de señora,  
más libre y más cazadora  
que en Cinto y Delfos Diana.  
Y olvidado de Lisarda,  
a quien quiero más que a mí,  
fe de casarme la di,  
que es muy necia si la aguarda.  
Esta noche la he gozado,  
y el sol apenas salido  
salgo más arrepentido  
y menos enamorado.  
Quien lo está de otra mujer  
crea que el amor es fragua,  
y que el agraviarla es agua  
que temple para encender.  
Es sacar algo fiado  
para pagar con disgusto,  
es hacer cambios al gusto  
para volverle doblado.  
¡Perdonad, Lisarda mía,  
que si el cuerpo os ofendió

(1) En el texto, "hablé". Sin duda es errata.



el alma no consintió,  
Dios sabe que me reñía!  
Parezco en esto mujer  
que con galán se disculpa  
cuando el interés la culpa  
del agravio sin querer.  
En efeto, huyendo voy,  
que es señal de arrepentido;  
pero temo el ser sentido  
y en grande peligro estoy:  
que, en efeto, es mujer fuerte,  
y estos hombres tan feroces,  
que solamente sus voces  
bastan a darme la muerte.  
Gente siento. Aqueste tronco  
su copa me ha de prestar.

(CELIO, criado de FELISARDO.)

CELIO. Cansado estoy de buscar  
al Rey y de voces ronco,  
porque bien habrá tres días  
que, corriendo esta montaña  
hasta el mar que el pie le baña,  
la atrueno con voces mías.  
Agora he llegado a parte  
que apenas sé dónde estoy  
ni por qué camino voy,  
si me acerque o si me aparte;  
que es tan áspero, que asombra.  
Quiero llamar. ¿Qué me tardo?  
¿Felisardo? ¿Felisardo? [bra?]

FELISARDO. ¡Válgame Dios! ¿Quién me nom-

CELIO. ¿Felisardo? ¿Rey? ¿Señor?

FELISARDO. (Celio es éste. Salir quiero.)  
¡Celio!

CELIO. Señor, si hoy no muero  
poca fuerza tiene Amor.  
Señor mío, ¡que haya sido  
mi dicha tal, que yo sea  
quien te halle y quien te vea!  
¿Cómo es esto?

FELISARDO. Estoy perdido.

CELIO. Yo por buscarte lo he estado.  
Comiendo frutas silvestres  
y no en las camas terrestres  
durmiendo del monte o prado,  
sino en árboles subido  
por el temor de las fieras.

FELISARDO. ¡Oh, si caballo trujeras!

CELIO. Señor, caballo he traído;  
mas para bajar aquí  
en unos pinos le até.

FELISARDO. Camina.

CELIO. Aquí le dejé.

FELISARDO. Ya te sigo.

CELIO. Ven tras mí.

(Vanse. LUCINDA, LAURINO, villano.)

LUCINDA. ¿Que no está en toda la casa?

LAURINO. Digo que no, mi señora.

LUCINDA. ¡Alma, no seáis traidora,  
decid luego lo que pasa!  
Páreceme que responde  
que este hombre es ido. ¡Ay de mí!

LAURINO. ¿De qué te quejas así?

¿Qué te lleva si se asconde?

LUCINDA. Laurino, siempre te tuve  
por hombre, y hombre de bien.

LAURINO. Habla y descansa también,  
quita de ese sol la nube.  
Págame en esto el amor,  
y, si tu privanza he sido,  
dime si aquel hombre huído  
te lleva algo.

LUCINDA. ¡Ay, Dios, mi honor!

LAURINO. ¿Qué dices?

LUCINDA. Lo que es verdad.

LAURINO. ¿Tu honor?

LUCINDA. El honor me lleva.

LAURINO. Yo presumo que haces prueba  
de mi secreto y lealtad.

LUCINDA. Esto es verdad. ¿Qué lo dudas?

LAURINO. ¿No he de dudar, de quien eres,  
tal cosa?

LUCINDA. Somos mujeres.

LAURINO. Señora, el color me mudas.  
¿Que te ha gozado? ¿Tú eras  
la que tan libre vivías?  
¿La que las fieras seguías  
y más fiera que las fieras?  
Tú, que a tu padre jamás,  
en razón de casamiento,  
diste respuesta a contento,  
¿de un hombre quejosa estás?  
¡Hombre en tres días! ¡Un hombre  
forastero, pobre y solo!

LUCINDA. Era más bello que Apolo.

LAURINO. Confieso que es gentil hombre.  
Pero más debió de ser  
fuerza de tu estrella triste,  
que ésta nunca se resiste.

LUCINDA. Más cierto fué ser mujer.  
Con mil caricias me dió  
palabra de ver mi esposo,

y sobre el lazo amoroso  
de nuestros brazos, juró.  
Era notable hechicero.  
Creo que le vi llorar  
sobre quererle negar  
mi honor, que cobrar no espero.  
Que el hombre en aquel estado  
muestra tal ansia y porfía,  
que a una fiera vencería  
de su deleite incitado.  
Y como sobre querer  
ruegos enternezcan tanto,  
no te cause, amigo, espanto  
que se rinda una mujer.

LAURINO. No me espanto. Ya me quejo  
del traidor que te engañó.

LUCINDA. Juró, lloró, suspiró,  
y más que decirte dejo.

LAURINO. Disculpada estás conmigo.

(ALBERTO, villano, entre.)

ALBERTO. Muesama, aquel forastero,  
aquel galán caballero,  
vuestro herido y nuestro amigo,  
¿dónde iba tan de mañana?

LUCINDA. ¿Luego tú le viste ir?

ALBERTO. Y de este monte salir  
en una yegua alazana.

LUCINDA. ¿En yegua?

ALBERTO. Sí, y aun con él  
iba a pie un mancebo.

LUCINDA. ¡Ay, Cielo,  
toda me ha cubierto un hielo!  
Haced que vayan tras él.  
Llamad mi padre y mi gente.  
Pero, esperad, ¡ay de mí!,  
que hablar con un padre así  
no es término conveniente;  
no sepa mi deshonra,  
que le matará mi afrenta.  
Parte, Alberto, y dale cuenta  
de mi suceso mejor:  
de que yo y el forastero  
y Laurino a caza vamos,  
y vuelve, que entre estos ramos  
sentada esperarte quiero.

ALBERTO. Yo voy.

(Vase ALBERTO.)

LUCINDA. Laurino amigo,  
has de hacer por mí una cosa.

LAURINO. No la habrá dificultosa.

LUCINDA. ¿Cierto?

LAURINO. Hasta morir contigo.

LUCINDA. Hoy hemos de ir a la corte,  
yo en hábito de villano  
y tú de mi tío o hermano,  
cual más al negocio importe.  
Que con este traje quiero  
vengar mi honor y saber  
quién me ha muerto.

LAURINO. ¿Puede ser  
que ese es noble caballero  
si ha hecho tan gran traición?

LUCINDA. Si de mí se despidiera,  
menos picada estuviera  
y con más satisfacción.

LAURINO. ¡Que tu talle no le rinda!

LUCINDA. Tratará cosas más graves.—  
¡Ah, villano, que no sabes  
los aceros de Lucinda!

(Váyanse LUCINDA y LAURINO. Sa'e LISARDA.)

LISARDA. Dura ausencia entretenida  
de una fingida esperanza,  
¿qué bien es el que se alcanza  
de una esperanza fingida?  
Dicen que toda la vida  
mata una esperanza loca  
que la entretiene y apoca.  
Pues ¿de qué sirve tener,  
como Tántalo, el placer  
adonde nunca se toca?

Las horas me vuelves días,  
los días me vuelves años,  
y en años de tantos daños  
no engaño las ansias mías.  
Parece, ausencia, que fías  
tu ausencia para los ojos,  
y es dar a la vida enojos  
cuando un largo bien conquista,  
que para tan larga vista  
aun no tiene el alma antojos.

Ausente estoy de mi bien  
y tan presente mi mal,  
que sólo de estar mortal  
pueden darme el parabién;  
porque cuando me le den  
saben que salgo de pena  
y de una vida tan llena  
de los males que hay en mí,  
que, con ser donde nací,  
la vengo a llamar ajena.

(Entre FIDENO, criado.)

FIDENO.

Bien será justo que me deis albricias.

LISARDA.

¿Hay nuevas de mi bien?

FIDENO.

Ya está en la corte.

LISARDA.

Este anillo te pon.

FIDENO.

Beso tus manos.

LISARDA.

¿Viene bueno?

FIDENO.

Cansado del camino.

LISARDA.

¿Dónde dicen que ha estado?

FIDENO.

En esos montes

que cerca el mar azul por una parte  
y por la otra dos famosos ríos.

LISARDA.

En efeto, ¿perdido?

FIDENO.

En seguimiento  
de una fiera. Mas dicen que ha tenido  
unos pastores por humildes huéspedes.  
Celio me dijo aqueño de su parte:  
que salgas al balcón de tus jardines,  
que el Rey te quiere ver desde sus rejas.

LISARDA.

Vuelve después, Fideno, por tu vida,  
que le quiero escribir.

FIDENO.

Vestirse quiere  
para salir gallardo por la corte,  
y entonces es mejor que a tus ventanas  
te pongas y le hables como sueles.

LISARDA.

Anda mi hermano con su honor tan necio,  
como si fuese el Rey un hombre humilde.

FIDENO.

Tan buena eres como él; pero es vasallo,  
y teme que esto el casamiento excuse.

LISARDA.

Yo voy a verle. ¡Ay, Dios, quién fuera lince!

FIDENO.

Señora, Amor te prestará sus ojos.

LISARDA.

Para sí los querría.

FIDENO.

¿Cómo?

LISARDA.

Es ciego.

Mira si viene el Duque y vuelve luego.

(Vase LISARDA.)

FIDENO. Amor, mirar es mejor  
que jugar en tus tableros,  
pues se llevan los terceros  
los barates del amor.  
Ya las albricias son buenas,  
pues gozan por tus derechos  
los terceros los provechos  
y los amantes las penas.  
Si éste descansa y sosiega  
y aquél se mata y suspira,  
¡qué dichoso es el que mira!,  
¡qué desdichado el que juega!

(Entren LAURINO, LUCINDA, en hábito de villanos.)

LUCINDA. ¡Pardiez, tío! Si nos dan  
lo que el anillo merece,  
que le vendáis me parece,  
o trocalde a vino y pan.  
Yo, aunque bobo, sé al decoro  
de cada cual y me apaño  
mejor al cobre y al paño  
que no a la seda y al oro.

LAURINO. Calla, tonto, que no sabes  
de esta sortija el valor.

LUCINDA. Pues, tío, aquí está un señor  
de éstos de palacio graves.  
Embestilde y preguntad  
lo que os dice en su conciencia.

LAURINO. Dios guarde a su reverencia.

LUCINDA. Dios guarde a su majestad.

FIDENO. Pues ¿qué queréis, buena gente?

LUCINDA. Buena sea la su vida,  
tan colnada y tan erguida  
que hasta cien años se aumente.

FIDENO. ¿Tanta edad?

LUCINDA. Sí, si es holgada.

¿No ve que decir se suele

mozo el que nada le duele,  
rico el que no debe nada?  
FIDENO. ¿De dónde sois?  
LUCINDA. De ese monte  
que moja en el mar la falda  
y a quien sirve de guirnalda  
por todo el medio horizonte.  
Habemos sólo venido  
a vender este oro acá,  
si alguien por ello nos da  
lo que Dios fuere servido.  
FIDENO. Mostrad a ver.  
LUCINDA. Asilde, tío,  
no se huya, que será el diablo.  
FIDENO. Aguardadme mientras hablo  
aquí con un deudo mío,  
que luego vuelvo a salir.  
LUCINDA. ¡Mal año!  
LAURINO. ¡Eso no!  
FIDENO. Esperad.  
LUCINDA. Todo en la corte es maldad,  
todo engañar y fingir.  
LAURINO. Habesnos hallado fracos.  
LUCINDA. ¡Pardiez, que estó por decillo!  
Que los dueños de este anillo  
son grandísimos bellacos.  
FIDENO. Hablando ahora de veras,  
este es muy fino metal  
y este diamante es cristal.  
LUCINDA. ¡Oh, que os echen en galeras!  
Mostralde acá.  
FIDENO. Veisle aquí.  
¡Qué villano tan gracioso!  
¡Qué bien vestido y qué hermoso!  
LUCINDA. ¿Lisonjitas para mí?  
Ya es tarde. No más razones  
con bellacos palaciegos,  
que entran en casa con ruegos  
y salen a mojicones.  
FIDENO. ¿Queréis servir?  
LUCINDA. Sí; ¡par Dios!—  
Tío, ¿quiere que sirvamos?  
LAURINO. ¿Querrános alguien a entrambos?  
FIDENO. Yo mismo os quiero a los dos.  
LUCINDA. Pues ¿tenéis vos autorenacia  
para darnos de comer?  
FIDENO. Pues ¿no se me echa de ver?  
LUCINDA. Rocinable es la presencia;  
mas lo demás es maldito.  
FIDENO. (¡Qué sabroso es el villano!  
Este, hecho de mi mano,  
valdrá un tesoro infinito.)

Ahora bien, estad conmigo.  
LUCINDA. Quién sois, y hagamos concierto.  
FIDENO. Sirvo al duque Floriberto,  
y soy su deudo y amigo.  
LUCINDA. ¿De lacayo y comprador?  
FIDENO. Más noble soy que pensáis.  
LUCINDA. Vuestro soy.  
FIDENO. Conmigo estáis.  
LUCINDA. Digo que sois mi señor.  
FIDENO. Aguardadme un poco aquí.  
(*Vase.*)  
LUCINDA. ¿Dejó el anillo?  
LAURINO. ¿Pucs no?  
LUCINDA. ¡Que no preguntase yo  
por aquel bien que perdí!  
LAURINO. Calla, que lugar habrá,  
no entienda que le buscamos.  
LUCINDA. ¡Ay, montes, selvas y ramos!  
Todo es diferente acá.  
¡Qué de casas! ¡Qué de gente!  
¡Qué habrá también de mentiras!  
LAURINO. Pues si las ventanas miras  
mira un sol resplandeciente

(*LISARDA en alto.*)

que, como el oriente sale,  
ha salido a aquel balcón.  
LUCINDA. Tienes, Laurino, razón;  
no hay sol que a su rostro iguale.  
Si esto había por acá,  
¿qué mucho que aquel traidor  
se enfadase de mi amor  
y que me dejase allá?  
LAURINO. ¿Y habrá en la corte, señora,  
igual de aquesa belleza?  
LUCINDA. Si dijeras mi tristeza,  
nadie me igualara ahora.  
(*Acompañamiento grande, y detrás de él, el DUQUE  
FLORIBERTO, y el REY FELISARDO.*)  
LAURINO. ¡Brava gente viene entrando  
por esta calle!  
LUCINDA. ¡Si fuese  
el Rey, por que con él viese  
el traidor que voy buscando!  
LAURINO. ¿De qué oficio le servía?  
LUCINDA. Secretario dijo que era.  
FELISARDO. Iba siguiendo la fiera,  
Duque, y acabóse el día;  
pero no lo pasé mal,  
que hallé una casa extremada.



FLORIB. Sería, en el campo hallada,  
a su rustiqueza igual.

FELISARDO. No, a fe, sino tan altiva,  
que aunque lo que soy dijera  
en su riqueza cupiera,  
porque fué cosa excesiva,  
a que también atribuyo  
que fué muy corta esa noche,  
desde su enlutado coche  
hasta que el sol sacó el suyo,  
porque hubo una labradora,  
dama en vestido y lenguaje,  
que fué al desnudarme paje  
y al resistirme señora.

LUCINDA. (¿Qué es lo que mis ojos ven?)

LAURINO. Señora, ¿cuál de los dos  
es el Rey?

LUCINDA. No sé, por Dios.  
El otro me está más bien.

LAURINO. Habla a ese paje.)

LUCINDA. Señor,  
¿cuál es el Rey?

CELIO. Este.

LUCINDA. ¿Cuál?

CELIO. El más bajo.

LUCINDA. (Mayor mal.

LAURINO. ¿Cómo?

LUCINDA. Imposible es mi amor,  
el Rey mismo me ha engañado.)

FELISARDO. Duque, ¿es vuestra hermana?

FLORIB. Creo  
que os quiere ver.

FELISARDO. Es deseo  
del que yo tengo obligado.

LISARDA. Sea vuestra majestad  
muchas veces bien venido.

FELISARDO. Hasta ahora no lo he sido,  
aunque he visto la ciudad.  
No hay bien sin veros a vos,  
ni otro puede haber después.

LISARDA. Bésoos mil veces los pies.

LUCINDA. (¿También esto más? ¡Ah, Dios,  
brava fortuna deshecha  
viene contra mí, Laurino!

LAURINO. Salga el valor al camino  
y vénzala.

LUCINDA. No aprovecha.)

LISARDA. Dícneme que allá os perdistes.

FELISARDO. Verdad fué.

LUCINDA. (Y a Dios pluguiera  
que el Rey sólo se perdiera.

LAURINO. ¡Qué poco el dolor resistes!

LUCINDA. Amigo, no puedo más.)

FELISARDO. ¿Qué mandáis?

LISARDA. Serviros debo.

LUCINDA. (¿Hay otro tormento nuevo?  
¿Hay más?

LAURINO. ¡Qué impaciente estás!

FELISARDO. Vamos, Duque.

FLORIB. (¡Extraño caso!  
¡Que éste calle la traición!  
¡Oh, notable discreción!

(*Vanse.*)

LAURINO. Ya se van.

LUCINDA. ¡Ay, que me abraso!  
¡Ay, Laurino, que me pierdo!  
¡Triste de mí!

LAURINO. Calla un poco.

LUCINDA. Para un tormento tan loco  
no habrá sufrimiento cuerdo.  
¡Que para mi desventura  
se venga un Rey a perder  
y que éste venga a tener  
gracia, ingenio y hermosura!  
¡Que habiendo sido yo fiera  
con los hombres y inhumana,  
y en el monte otra Diana  
fuese algodón, lino y cera!  
¡Que metiese yo en mi casa  
y en el alma, que es peor,  
un hombre Rey y traidor  
que me deshonra y me abrasa!  
¡Que en un hora me matase  
y en un hora le creyese,  
que a la noche me quisiese  
y a la mañana dejase!  
¡Que venga un hombre a buscar  
que era mío a toda ley  
y que venga a hallarle Rey  
cuando, en fin, le vengo a hallar!  
¡Que cuando yo le gocé  
fuese un hidalgo perdido,  
solo, perseguido, herido,  
desamparado y a pie!  
¡Que así me rinda y me ablande  
y que cuando a pedir vengo  
el honor que ya no tengo  
se me vuelva un Rey tan grande!  
¡Válgame Dios! No lo dudes,  
Laurino, perderé el seso.

LAURINO. Bien acabarás con eso.  
¡Bien a tu valor acudes!

LUCINDA. Pues ¿qué remedio me queda?

LAURINO. La paciencia y el vivir.  
LUCINDA. Con la honra no hay pedir  
paciencia o quien darla pueda.

(Entre FIDENO.)

FIDENO. A mi señora he contado,  
amigos, vuestro donaire,  
buen talle, brío, buen aire  
en cuanto me habéis hablado,  
y dice que os quiere ver  
y la sortija comprar.

LUCINDA. ¿Luego allá habemos de entrar?

FIDENO. ¿Sabéis quién es?

LUCINDA. ¿No es mujer?

FIDENO. Mujer más de lo perfeto  
de hermosura y bien nacida.

LUCINDA. Será mujer bien vestida;  
pero mujer, en efeto.

FIDENO. Decilde algo, que es la dama  
del Rey; daros ha un tesoro.

LUCINDA. ¿Hala gozado?

FIDENO. Eso inoro,  
que está muy alta la cama.

LUCINDA. ¿Y no habrá lugar sin ella?

FIDENO. Puede ser.

LAURINO. Ella es gallarda.  
¿Cómo se llama?

FIDENO. Lisarda.

LUCINDA. Pues, alto, vamos a vella.  
Entrad primero los dos.

FIDENO. Ven[id], pues.

LAURINO. Ven[i], sobrino.

LUCINDA. Yo voy [allá.]

FIDENO. ¡Peregrino  
donaire y brío, por Dios!

LUCINDA.

No teme tanto en noche rigurosa  
los rayos el perdido caminante,  
la furia de la mar el navegante,  
la ira el preso en cárcel rigurosa,  
la muerte el reo triste y afrentosa  
ni que tanto al más cobarde espante  
como la burla el mentiroso amante  
a la mujer honrada y vergonzosa.

Dióles la lengua el Cielo por espada  
y un loco amor en arrojarse ciego,  
lince en la vista, honor en la sospecha.

Guárdese el Rey, que una mujer burlada  
es rayo, es furia, es ira, es muerte, es fuego,  
y su lengua, ofendida, hierba en flecha.

FIN DEL PRIMER ACTO

## ACTO SEGUNDO

### FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO

|                              |                                 |
|------------------------------|---------------------------------|
| AURELIO, <i>viejo.</i>       | FIDENO, <i>criado del Du-</i>   |
| FLORIBERTO, <i>duque.</i>    | <i>que.</i>                     |
| FELISARDO, <i>rey.</i>       | ORANTEO, <i>caballero.</i>      |
| ALBERTO, <i>villano.</i>     | TEBANO, <i>caballero.</i>       |
| GELIO, (1) <i>paje.</i>      | LIRENO, <i>caballero.</i>       |
| LISARDA, <i>dama.</i>        | LAURINO, <i>villano.</i>        |
| LUCINDA, <i>en hábito de</i> | DORISTO, <i>villano.</i>        |
| <i>villano.</i>              | CORIDON, <i>villano.</i>        |
|                              | LEONCIO, <i>gobernador.</i> (2) |

(AURELIO, *viejo*, ALBERTO.)

AURELIO.

Cúbranse, Alberto, estas montañas mise-  
de negro luto miserable y trágico [ras (3)]  
y aquesta verde tierra hasta sus céspedes  
se seque y vuelva todo espinos ásperos.  
Jamás el claro sol con rostro espléndido  
rompa la nieve de estos montes rígidos  
ni baje al mar con apacible estrépito  
su deshecho cristal en aguas líquidas.  
Las cortezas robustas de estos árboles  
lloren en vez de gomas tiernas lágrimas,  
caigan los nidos de los altos álamos  
pazca el ganado hierbas veneníficas  
y entre las tetas de las vacas fértiles  
de ojo mueran los becerros tímidos.  
La fruta de estos ramos copiosísimos  
se pudra y seque entre sus verdes cáscaras;  
mis parvas lleve tempestad horrisona  
con espantosos rayos y relámpagos.  
Todas las viñas con granizo súbito  
desnude de ramos, hoja y pámpanos.  
En fin, yo quede el hombre más paupérrimo  
que agora tiene de la tierra el círculo,  
con casa más estrecha que Diógenes.  
¡Lucinda ausente con tan fiero escándalo!  
¡Lucinda, luz y vida de mi espíritu!  
¡Lucinda, de mi edad sustento y báculo!  
¡Lucinda ya sin honra y en el número  
de las perdidas y mujeres fáciles!  
¡Acabóse mi vida! ¡Oh, muerte pálida!  
¿en qué se tarda de mi vida el término?

(1) Este paje no aparece en todo el acto. Quizá sea el CELIO criado del Rey que figura en toda la obra.

(2) Después le llama LEONATO.

(3) Dice el texto "mi ser"; pero como todo el pasaje está en esdrújulos, es de creer falten letras a este verso.

ALBERTO.

Pon, señor, a tus tristezas límite,  
que para las fortunas es el ánimo.  
No creas que mujer de tantos méritos  
haría cosa menos que legítima  
a su valor y condición, forzándola  
algún suceso contra su propósito.

AURELIO.

Cuando los males son de aqueste género,  
nunca te canses en andar solícito  
por dar consuelo adonde son inútiles.  
Yo siento justamente tan gran pérdida;  
y si la del hacienda mueve a lástima,  
del alma es hacienda el honor ínclito.  
Haz cuenta que hoy será mi mortal tránsito.

ALBERTO.

No lo permita, Aurelio, el santo Júpiter.  
Mira que el hombre, los que son infelices,  
si es noble, siente como casos prósperos.  
Yo quiero entre tu gente, pues es lícito,  
ir a la corte, libro de estas fábulas,  
donde, luego que halle tu capítulo,  
volveré con las nuevas, alegrándote.  
Y vuelve en ti, señor.

AURELIO.

Estoy atónito.

Parte, Alberto querido, y muda el hábito  
para que seas de mis penas físico.  
Mira si entre la gente, ruido y tráfago  
de la ciudad, entre su tela y púrpura,  
entre sus trajes limpios y políticos,  
entre sus tratos falsos y sus máscaras  
por dicha está la vida de un decrepito.

ALBERTO.

Cree que soy para estas cosas plático;  
y aunque es de resistirse daño indómito,  
te ruego que no seas pusilánime  
ni para tu perdido honor tan crédulo.

AURELIO.

Esto es conforme, Alberto, a un pecho rústico.  
Estaré solamente melancólico  
y los sentidos en contienda bélica  
hasta que vea aquella luz angélica.

(Váyanse. Salgan el REY FELISARDO, y el DUQUE FLORIBERTO.)

FELISARDO. Iba yo, pues, por el monte,  
duque amigo Floriberto,  
de tan gran maldad incierto;

y si no a pensarla ponte,  
verás si en quejarme acierto.  
Dejé el caballo, y a pie  
quise bajar y bajé  
hasta la orilla del mar.

FLORIB. No me acabo de admirar.  
¡Bravo atrevimiento fué!

FELISARDO. Allí los reprehendí  
de que venían hablando  
muy falsos detrás de mí.

FLORIB. De cólera estoy temblando.  
¡Que no me hallara yo allí!

FELISARDO. Pues, Duque, si tú estuvieras  
¿se atrevieran los cobardes,  
aunque quien eres no fueras?  
Por vida tuya, que aguardes  
hasta el fin, si verle esperas.

FLORIB. Prosigue, que el gran amor  
que te tengo a tal furor  
me incita, que apenas puedo.

FELISARDO. En fin, cubiertos de miedo  
abren su pecho traidor.  
Descúbrenme que querían  
matarme; la espada empuño  
y, aunque de mí se desvían  
viendo la mano en el puño,  
con risa me desafían.  
Yo les digo que el valor  
del Rey no sufre temor,  
y, sacando la que ves,  
me afirmo con todos tres.

FLORIB. Esta no fuera mejor.

FELISARDO. Tirame de aquí el primero,  
aquí reparo, allí tiro  
al segundo y el tercero  
me comete; éste retiro,  
y vuelve el otro más fiero.  
Reparo y ciérranse.

FLORIB. ¡Ah, Dios,  
no estuviéramos los dos!

FELISARDO. Aquí llegó la mujer,  
y podéis, Duque, creer  
que no hicistes falta vos.  
Era una bella aldeana,  
con el traje varonil  
y hermosura de Diana,  
diestra, animosa y gentil  
y, en efeto, diosa humana.  
Así los sigue y ofende,  
que los rinde y me defiende.  
Huye el primero Oranteo,  
y, vuelta de su trofeo,

en su hermosura me prende.  
 Llévame a su casería,  
 donde una herida pequeña  
 me cura y luego me enseña  
 la que en el alma tenía,  
 cera entonces y antes Peña.  
 Que es muy propio en la mujer,  
 si ha defendido algún hombre,  
 cobrarle amor y querer.

FLORIB. ¿No le dijiste tu nombre?

FELISARDO. No, que era echarme a perder.  
 Caséme, Duque, con ella  
 haciéndome secretario  
 del Rey, y, al fin, gocé de ella.

FLORIB. ¿Todo eso fué menester?

FELISARDO. Era noble, honrada y bella.

FLORIB. ¿Qué es lo que mandas hacer  
 en venganza de esa gente?

FELISARDO. Ya no se podrán prender;  
 pero tú podrás saber  
 dónde están secretamente.

FLORIB. Fía que lo haré de suerte,  
 si la tierra no los traga  
 y en sí mismo los convierte,  
 que la traición satisfaga  
 su vil y afrentosa muerte.

FELISARDO. Si se confiscan sus bienes  
 o sus tierras es decir  
 lo que pasa.

FLORIB. Razón tienes.  
 Déjamelos perseguir  
 mientras tu enojo entretienes.

FELISARDO. En sabiendo adónde están  
 avisame.

FLORIB. ¿Qué enemigo  
 desde ahora en mí ternán!

FELISARDO. Dejemos ya, Duque amigo,  
 cosas que pena me dan  
 y hablemos en las de gusto.

FLORIB. ¿Saldrás esta noche?

FELISARDO. Sí.

FLORIB. Que yo te acompañe es justo,  
 porque andando solo así  
 no te suceda un disgusto.

FELISARDO. Ven.

FLORIB. Voy a desnudarme,  
 y, con espada y rodela,  
 vuelvo a servirte y honrarme.  
 (Trazando voy la cautela  
 con que tengo de vengarme.)

FELISARDO. ¿Duque?

FLORIB. ¿Señor?

FELISARDO. Esa tierra  
 que entre vuestra tierra tengo,  
 a vuestra hacienda hace guerra,  
 que no se junta ni cierra  
 porque la aparto y detengo,  
 ¿qué lugares [son]?

FLORIB. Señor,  
 son muchos.

FELISARDO. ¿Cuántos son?

FLORIB. Veinte.

FELISARDO. Vuestros son.

FLORIB. Por tal favor  
 me dad los pies.

FELISARDO. Solamente,  
 Duque, me debéis amor.  
 Andá en buen hora.

FLORIB. Esta vida,  
 esta sangre es vuestra toda.

FELISARDO. Id con Dios.

FLORIB. (Ya no hay qué impida  
 la venganza que acomoda  
 a la afrenta recibida.)

(Váyase el DUQUE. Entre CELIO.)

CELIO. Deseaba que se fuese  
 para darte este papel.

FELISARDO. ¿Qué importaba que te viese?

CELIO. Es malicioso, y por él  
 puede ser que algo entendiese.

FELISARDO. ¡Oh, letras de aquella mano,  
 imprimid en esta boca  
 aquel sello soberano!

(Lee:)

“De vuestro amor estoy loca,  
 como de celos mi hermano.  
 Venid esta noche a verme,  
 que tengo que hablar con vos  
 mientras está fuera o duerme,  
 y guardaos mil años Dios,  
 que es el bien que puede hacerme.”

¿Celio? ¿Celio?

CELIO. ¿Señor?

FELISARDO. Parte;  
 di que me den de vestir.

CELIO. Cuando tanto vi alegrarte  
 pensé que querías pedir  
 algo que darme.

FELISARDO. ¿Que darte?

Ansí, merced quiero hacerte.

CELIO. Estas cosas se te olvidan.

FELISARDO. ¿Qué quieres?



- CELIO. Advierte (1)  
que gustan de que los pidan  
los reyes.
- FELISARDO. Pedir es muerte.
- CELIO. Si pido como quien soy,  
¿no has de dar como quien eres?
- FELISARDO. A Heraclia obligado estoy,  
tu hermana, para alfileres,  
tres mil ducados le doy.
- CELIO. Beso tus pies.
- FELISARDO. Di que luego  
alguna gala me den.
- CELIO. Grande es tu fuego, Amor ciego,  
que aun los que lejos se ven  
se calientan a tu fuego.

(Vanse. LISARDA, y LUCINDA, de villano.)

- LUCINDA. Bien digo yo que en la corte  
pocos dejan de mentir.
- LISARDA. Verdad suelo yo decir  
aunque la vida me importe.
- LUCINDA. No os dé aquesto pesadumbre,  
porque es en la corte gracia  
decir verdad por desgracia  
y mentira por costumbre.
- LISARDA. ¡Qué temeroso que estás  
de la ciudad y su trato!
- LUCINDA. Allá, señora, en el hato  
no mos engañan jamás.  
Si topo una pura fuente,  
es agua como se ve;  
si a un árbol, es lo que hué,  
sin que se mude ni ausente.  
Si antaño en el monte ví  
crecer juntos seis castaños,  
hogaño, y aun por mil años,  
seis castaños hay allí;  
si allí dejo con su madre  
un lechón, allí se ve,  
y mañana le hallaré  
tan lechón como su padre.  
El sí por sí, el no por no  
bueno es que vos prohibiéis,  
que el anillo que tenéis  
es vuestro y tráigole yo.
- LISARDA. Digo que sin duda es mío  
y que es en extremo bueno.
- LUCINDA. Falso le llamó Fidenio.  
¡Oh, hideputa, jodío!

- LISARDA. ¿Cómo falso? Yo le di  
al Rey por mucha amistad.
- LUCINDA. (Sin duda dice verdad, *(Aparte, 1)*  
porque el Rey me le dió a mí.)  
¿Que al Rey se le distes vos?
- LISARDA. Al Rey.
- LUCINDA. Pues ¿mejor no huera (1)  
que el señor Rey os le diera?  
Todo anda al revés, ¡por Dios!
- LISARDA. ¿Cómo vino a tu poder?
- LUCINDA. Dióle en un monte un señor  
de hospedaje a un labrador,  
y trájelo yo a vender.
- LISARDA. Pues el Rey era, Lucindo,  
que en el monte se perdió.
- LUCINDA. ¡Que no lo supiera yo!
- LISARDA. ¿No es muy galán?
- LUCINDA. Es muy lindo.  
¡Voto al sol, si lo supiera  
que no estuviera yo aquí!
- LISARDA. ¿Cómo?
- LUCINDA. Quedárame allí  
y al Rey como al Rey sirviera;  
que el no le haber conocido  
me ha traído como ves.
- LISARDA. No llores.
- LUCINDA. Vos no sabéis  
lo que he ganado o perdido.
- LISARDA. ¿Qué pudiste tú ganar  
ni qué pudiste perder?
- LUCINDA. Pudírame el Rey hacer  
obispo de mi lugar,  
y el diablo no conjuró  
que le conociera entonces.
- LISARDA. Basta que agora comiences  
a conocerle.
- LUCINDA. Eso no.
- LISARDA. Calla, que yo le diré  
lo que te quiero y mereces.
- LUCINDA. ¿Viénela a ver muchas veces?
- LISARDA. Sí.
- LUCINDA. Y ¿quiérole?
- LISARDA. Sí, a fe.  
Y aun esta noche le espero.
- LUCINDA. ¿Esta noche?
- LISARDA. Sí, esta noche.
- LUCINDA. ¿Vendrá a caballo o en coche?

(1) En el texto, "hubiera"; pero será errata. Lucinda habla como rústica, y por eso dijo antes "hué" por "fué". Aquí "huera" por "fuera", que es el verbo propio.

LISARDA. Sólo con un caballero,  
que en secreto quiere hablarme.

LUCINDA. ¡Mal año!

LISARDA. No hables así.

LUCINDA. Si el mal año es para mí,  
bien puedo yo malañarme.  
Guárdeos, que suele uno de éstos,  
conquistando una ciudad,  
fingir mucha voluntad  
y propósitos honestos;  
jurar en cuanto se ofrezca  
y, en ganando la muralla,  
salirse de la batalla  
antes que Dios amanezca.  
Por eso echalde un atajo  
y no creáis fe ni anillo,  
que una vez roto el portillo  
hay después mucho trabajo.

LISARDA. No hayáis miedo que me venza.

LUCINDA. Escaparéis del garlito  
si le echáis al apetito  
una llave de vergüenza;  
pero si os dejáis llevar  
y la echáis a las espaldas,  
por Dios, que os corten las faldas  
por vergonzoso lugar.

LISARDA. Del valor del Rey estoy  
segura.

LUCINDA. Es hombre, aunque Rey,  
y no les alcanza ley  
con decir: "Yo soy quien soy."  
¿Por qué el Duque le aborrece?

LISARDA. Porque le halló en esta sala  
y a la ventana una escala.

LUCINDA. ¿Honra es eso?

LISARDA. Honra parece.

PerO quien tanto repara  
mal con los reyes porfía.

LUCINDA. Si fuerais hermana mía,  
voto al sol que os achocara.

LISARDA. Tarde es ya. Quiérome ir  
a saber cuándo vendrá.

LUCINDA. Dadme mi anillo.

LISARDA. Aquí está.

LUCINDA. Pues ¿qué le pensáis decir?

LISARDA. Déjame a mí, que yo haré  
que te valga mil ducados.

(Váyase LISARDA.)

LUCINDA. Valdráme dos mil cuidados  
porque es oro de mi fe;  
mas miento, que es de la suya,

y falso debe de ser.

Alma, ¿qué habemos de hacer?

Grande fortuna es la tuya.

Toma tu falso diamante,

Rey engañoso y cruel;

un día amante fiel

y una noche falso amante.

(FLORIBERTO, vistiéndose, de noche, y FIDENO,  
criado.)

(El Duque es éste.)

FLORIB. Esa hoja

¿es buena?

FIDENO. Es tiesa y ligera.

FLORIB. Dame una capa cualquiera.  
Esta es tiesa, es blanda y floja.  
Dame un estoque.

FIDENO. Este lleva  
por mi cuenta.

FLORIB. Ahora bien, vaya;  
si hace como se ensaya  
no me contenta la prueba.  
¿Qué rodela tan pesada!

FIDENO. Triste estás. Todq te enoja.

FLORIB. Quien a tanto mal se arroja  
ninguna cosa le agrada.  
Parece que hay gente ahí.

LUCINDA. ¡Oh, señor!

FLORIB. ¿Quién es?

LUCINDA. Yo soy.

FLORIB. ¿Dónde, Lucindo?

LUCINDA. Aquí voy.

Y vos, ¿dónde vais así?

FLORIB. Voy a matarme con otro.

LUCINDA. Hecho vais un Cipión.

¡Mal año, qué sopetón

daréis con ese quillotro!

FLORIB. Ahora bien, éntrate allá.

LUCINDA. ¿Queréis que vaya con vos?

FLORIB. Tengo de ir solo.

LUCINDA. (¡Por Dios,  
que mil sospechas me da!  
Detrás de aqueste damasco  
me quiero un poco esconder.)

(Escóndese.)

FLORIB. ¿Fuése?

FIDENO. Ya se fué.

FLORIB. Traer

me puedes también el casco.

FIDENO. ¿Quieres que vaya contigo?

FLORIB. No, sino vete de aquí.

Cierra y vete.

FIDENO. Harélo así.  
 FLORIB. Ya estoy solo. ¿Hola? ¿Qué digo?

(*Salgan embozados ORANTEO, TEBANO y LIRENO.*)

ORANTEO. Pues, Duque, ¿es hora de ir?

FLORIB. Ya os podéis desembozar.

TEBANO. En efeto, ¿habrá lugar?

FLORIB. Esta noche ha de morir.

LIRENO. ¿Hate contado el suceso?

FLORIB. Lo que pasa me ha contado,  
 y de prenderos me ha dado  
 la comisión.

ORANTEO. ¡Bueno es eso!

FLORIB. Yo le llevaré a la calle  
 donde ha de hablar con mi hermana.  
 Si llegáis, su muerte es llana.

ORANTEO. ¿Hay más de llegar y dalle?  
 Pero el fiarse recelo  
 tanto de ti.

FLORIB. Sí hará.

TEBANO. Y después ¿quién reinará?

LIRENO. El Duque.

FLORIB. ¡Quiéralo el Cielo!

(*Váyanse los cuatro. Salga LUCINDA.*)

LUCINDA. ¿Hay cosa igual? ¡Ah, traidores!  
 Sin duda que aquéstos son  
 de la pasada traición  
 o los cómplices o autores.  
 ¡Qué estrella tiene este Rey  
 tan venturosa conmigo,  
 o yo, que a su bien me obligo,  
 siendo hacello injusta ley!  
 Pero ¿quién con tal contento  
 interrompe mis razones?

(*LAURINO, ALBERTO, labradores.*)

ALBERTO. Con tan justas ocasiones  
 no es mucho que siga al viento.  
 Pero hasme maravillado  
 con decir que aquel perdido  
 era el Rey.

LAURINO. El mismo ha sido.—  
 Aquí hay gente.

LUCINDA. ¡Alberto amado!

ALBERTO. ¡Señora mía!

LUCINDA. Sosiega,  
 que nos pueden escuchar.

ALBERTO. Oye.

LUCINDA. ¿Vendrásme a buscar?

ALBERTO. Ya sé el amor que te ciega  
 y toda la triste historia.

LUCINDA. ¿Mi padre?

ALBERTO. Llorando queda,  
 que no hay consuelo que pueda  
 entretener su memoria.

LUCINDA. A muy mal tiempo has venido.  
 Buscad los dos tres espadas.

LAURINO. Yo las compraré extremadas.

LUCINDA. Pues alto, mudad vestido,  
 que ya os diré para qué.

LAURINO. Basta que servirte sea.

LUCINDA. Salid y ninguno os vea.

ALBERTO. ¿Que el Rey te ha burlado?

LUCINDA. El fué.

(*Vanse. Entre el REY, de noche, y CELIO.*)

FELISARDO.

Creo que ya me tienes entendido.

CELIO.

Bien sé lo que me dice vuestra alteza,  
 y estoy de los engaños advertido.

FELISARDO.

Esto requiere, Celio, gran destreza.

CELIO.

El Conde ¿ya no queda prevenido?

FELISARDO.

Y sabe nuestra historia de cabeza.

CELIO.

Pues descuida de mí.

FELISARDO.

Calla, que viene.

CELIO.

¿Un Rey a su vasallo miedo tiene?

FELISARDO.

No puede, Celio, un rey tener más miedo  
 que parecer tirano.

FLORIBERTO.

¿Heme tardado?

FELISARDO.

A muy buen tiempo vienes. Hoy te quedo  
 para mientras vivieres obligado.

FLORIBERTO.

Doite mi sangre y doite lo que puedo.

FELISARDO.

¡Pluguiera a Dios que me la hubieras dado!

FLORIBERTO.

Siempre, señor, me haces mil mercedes.

FELISARDO.

¡Ah, fuerza de justicia, cuánto puedes!  
¡Que se recate un Rey de su vasallo!

FLORIBERTO.

¿Dónde quiere que vamos vuestra alteza?  
Que si es lejos podrá tomar caballo.

FELISARDO.

Fuera en mis años desigual flaqueza.  
Gracias a Dios que en los que tengo hallo  
bríos, valor, salud, fuerza y destreza  
para correr a pie la noche toda.

FLORIBERTO.

Pues a lo que [me] mandas me acomoda.

FELISARDO.

¿Tienes amor?

FLORIBERTO.

¿No soy de carne y hueso?

FELISARDO.

Vamos a ver tu dama.

FLORIBERTO.

Está acostada.

FELISARDO.

¿Es casada?

FLORIBERTO.

No sé; no me confieso.

FELISARDO.

Música puedes darle si es casada.

FLORIBERTO.

Tiéneme escarmentado un mal suceso.

FELISARDO.

¿Cómo?

FLORIBERTO.

Llevé una música extremada  
y díjome que nunca la sirviese  
con gracias que otro por mi nombre hiciese.

FELISARDO.

Esa mujer es pícara.

FLORIBERTO.

Es bellaca.

FELISARDO.

En fin, ¿no la veremos?

FLORIBERTO.

No podremos.

FELISARDO.

Pues dale, por tu vida, una matraca,  
o a la ventana piedras le tiremos.

FLORIBERTO.

¿Y si el marido la cabeza saca?

FELISARDO.

También en la cabeza le daremos,  
y vendráte muy bien, que si se enviuda  
la gozarás sahutada y aun desnuda.

FLORIBERTO.

¡Que mejor es [que tenga] quien la guarde!

FELISARDO.

Espántome que seas de ese voto.

FLORIBERTO.

Un imposible las entrañas arde.

FELISARDO.

Ese me tiene todo el pecho roto.

FLORIBERTO.

Yo vi en aquellas rejas esta tarde  
un cierto serafín, aunque remoto.

FELISARDO.

¿Puédese entrar?

FLORIBERTO.

El Rey todo lo puede;  
no hay cosa, aunque guardada, que no ruede.

CELIO.

Aquí, señor, dos hermanillas viven.  
La una es rubia...

FELISARDO.

Es oro que no alegra.

CELIO.

La otra es pelinegra.

FELISARDO.

Al fin, ¿reciben?

CELIO.

Pienso que sí.

FELISARDO.

Pues sus ventanas quiebra.

FLORIBERTO.

¿Son ésas las que cantan y que escriben?



CELIO.

La rubia canta; escribe bien la negra.

FELISARDO.

La rubia cantará si ángel se pinta,  
y escribirá la negra como tinta.

FLORIBERTO.

Por estas rejas unos rizos saca  
una mujer que es una perla.

FELISARDO.

Llama.

FLORIBERTO.

Suele dormir las siestas en hamaca.

FELISARDO.

¿Quién duda que esté ahora en mejor cama?

CELIO.

Aquí vive una gorda.

FLORIBERTO.

Aquí una flaca,  
y a fe que este balcón es de una dama  
que era, a tener salud, linda señora.

FELISARDO.

Si la ha gastado, que lo pague ahora.

CELIO.

Una niña hay aquí como un confite.

FELISARDO.

Dásela a un viejo, que los mozos todos  
más se huelgan de puntos para embite,  
que dicen que de Amor saben los modos.

FLORIBERTO.

Una vieja hay aquí que se derrite.

FELISARDO.

Dile, por vida tuya, dos apodos.

FLORIBERTO.

Es medio bruja.

CELIO.

Pues tendremos fiesta.

FELISARDO.

¿Duque?

FLORIBERTO.

¿Señor?

FELISARDO.

¿No es vuestra casa ésta?

FLORIBERTO.

La misma, que no habéis muy poco andado.

CELIO.

¿He de ir adonde dijo vuestra alteza?

FELISARDO.

Vaya el Duque contigo.

FLORIBERTO.

¿Y de tu lado  
me he de apartar?

FELISARDO.

Segura es mi cabeza.

FLORIBERTO.

¿Dónde es?

CELIO.

Importa al Rey.

FLORIBERTO.

(Bien se ha trazado.)

Adiós, señor. (Hoy mi fortuna empieza.)

FELISARDO.

Aquí os aguardo, Duque; volved luego.

FLORIBERTO.

(¡Qué libertad, oh amor desnudo y ciego!)

(Vanse, y queda el REY solo. Lisarda en alto.)

LISARDA. ¿Hay en la calle acaso alguno?

FELISARDO. Uno.

LISARDA. ¿Y espera en esta calle [a] alguna?

FELISARDO. A una.

LISARDA. ¿Luego amor le importuna?

FELISARDO. Importuna.

LISARDA. ¿Pretenderá remedio alguno?

FELISARDO. Alguno.

LISARDA. ¿Parece ya importuno?

FELISARDO. Ya importuno.

LISARDA. ¿Dirá que a la fortuna?

FELISARDO. A la fortuna.

LISARDA. No llegue el loco si tray luna.

FELISARDO. Hay luna.

LISARDA. Pues iráse de favor ayuno.

FELISARDO. Ayuna. (1)

LISARDA. ¿No me dirá lo que procura?

FELISARDO. Cura.

LISARDA. Cómo, señor, ¿viene abrasado?

FELISARDO. Asado.

LISARDA. ¿Y dura el mal en su cordura?

FELISARDO. Dura.

(1) Así en el original.

LISARDA. ¿Que se le abrasa estando helado?  
 FELISARDO. El lado.  
 LISARDA. Y ¿qué le dice la perjura?  
 FELISARDO. Jura.  
 LISARDA. ¿Que jura darle el bien prestado?  
 FELISARDO. Estado.  
 LISARDA. No os quiero desconocer.  
 Rey mío, llegaos acá.  
 FELISARDO. Ya comenzaba a temer.

(LUCINDA, LAURINO, ALBERTO, *de noche, con espada.*)

LUCINDA. (Hablando con ella está.  
 Mirad lo que vengo a ver.  
 LAURINO. Cuanto intentas, es tu daño;  
 cuanto miras, tu deshonra;  
 cuanto conciertas, tu engaño.  
 LUCINDA. Hay que buscar desengaño;  
 es condición de la honra.)  
 LISARDA. ¿Qué hicistes aquel anillo  
 que os di una tarde en la mar?  
 FELISARDO. Aquí está.  
 LISARDA. Mandalde atar  
 a este listón amarillo.  
 LUCINDA. (Esto me importa escuchar.)  
 FELISARDO. Ya le ato.  
 LISARDA. Atalde, pues.  
 FELISARDO. (Cosa que conozca y vea  
 que no es él.)  
 LISARDA. Este no es  
 el que yo os di.  
 FELISARDO. Que no sea,  
 vale doblado interés.  
 LISARDA. Las prendas de voluntad  
 no tienen, Rey, su valor  
 en lo que es la cantidad,  
 que la cantidad de amor  
 consiste en la calidad.  
 Una cinta es de gran precio.  
 Allá vuelve el que me distes  
 y el que os di, pues le perdistes.  
 FELISARDO. (¡Oh, cómo fuí, en darle, necio!)  
 LISARDA. ¿Qué dices?  
 FELISARDO. Que bien dijistes.  
 Pero ¿cómo pudo ser  
 venir a vuestro poder?  
 LISARDA. Vino a la corte un villano  
 de vuestra huéspedada hermano,  
 y pretendió vender.  
 FELISARDO. (¡Ay de mí! ¿Si lo ha sabido?)  
 LISARDA. Pues es mi medio truhán,  
 que en casa le he recibido.  
 LUCINDA. (Buenos mis intentos van,

que no dirán que he venido.  
 Que yo le truje a vender  
 creará el Príncipe necio.  
 ¿Si volverá a mi poder?  
 Mira, mujer, que es el precio  
 del honor de otra mujer.)  
 FELISARDO. (¿Que aquélla tan arrogante  
 dió joya para vendida  
 que fué de su honra y vida?  
 Mas efeto semejante  
 nació de ser mal nacida.)  
 LISARDA, hacedme placer  
 que me le enviéis mañana,  
 que le quiero hablar y ver.  
 LISARDA. ¿Qué tuvistes con su hermana  
 que allá le habéis menester?  
 FELISARDO. (Si lo sabe. ¿Cómo es esto?  
 ¡Qué notable confusión!)  
 (Entran ORANTEO, LIRENO y TEBANO.)  
 ORANTEO. (Solo parece en el puesto.)  
 LUCINDA. (Estos los traidores son.  
 Sacad las espadas presto.)  
 TEBANO. ¡Muera el infame que afrenta  
 al Duque!  
 FELISARDO. ¡Teneos, villanos,  
 que soy el Rey!  
 LIRENO. Rey se cuenta.  
 LUCINDA. ¡Fuera, infames, inhumanos!  
 (El REY, y LAURINO, y ALBERTO, *vayan tras los dos,*  
*y caiga ORANTEO.*)  
 ORANTEO. Todo a mal tiempo se intenta.  
 LUCINDA. Este ya cayó en el suelo.  
 FELISARDO. Seguidlos, honrada gente,  
 que soy vuestro Rey.  
 ORANTEO. El Cielo  
 me castiga justamente.  
 LUCINDA. ¿Quién eres?  
 ORANTEO. Tente y dirélo.  
 LUCINDA. Presto, o pasaréte el pecho.  
 ORANTEO. Un deudo del Rey.  
 LUCINDA. ¡Traidor!  
 ¿Su deudo y traición le has hecho?  
 ORANTEO. Si supieras qué es amor  
 volvieras por mi derecho.  
 LUCINDA. ¿Si sé qué es amor? ¡Ay, triste!  
 Mas di, ¿cómo aquí veniste?  
 ORANTEO. El autor de este concierto  
 es el duque Floriberto.  
 LUCINDA. Ya sé que con él saliste.  
 ORANTEO. Pues ése me prometía

su hermana si al Rey mataba.  
Yo, que en extremo la amaba,  
mi propia sangre vertía,  
y también celoso estaba,  
que celos ¡qué no podrán!

LUCINDA. (Si esto entiende el Rey, yo creo  
que mis esperanzas van  
perdidas con mi deseo.)  
Ahora bien, dame el rescate  
de tu vida; ve a esconderte  
antes que acierten a verte.

ORANTEO. Cuando el Rey vuelva y me mate.  
Yo voy cercano a la muerte.  
Toma esta banda, y perdona.

(Váyase ORANTEO.)

LISARDA. ¡Oh, gallardo caballero!

LUCINDA. (Lisarda es ésta, ¿qué espero?)

LISARDA. ¡Quién viera vuestra persona!  
¡Qué brazos! ¡Qué fuerte acero!

LUCINDA. El Rey os debe la vida.

LUCINDA. Bien podéis decir que dos,  
que otra ha tenido perdida;  
pero págame, ¡por Dios!,  
siempre con *la fe rompida*.  
Si vos, como la obligada  
a la vida que estimáis,  
lo estáis también de mi espada,  
me pagaréis si me dais  
en vuestro pecho posada,  
porque soy un forastero  
que hallarla esta noche aguardo  
por amor o por dinero.

LISARDA. ¿Cómo os llamáis?

LUCINDA. Felisardo,  
que en él vivo y por él muero.

LISARDA. Si el nombre del Rey tenéis,  
¿qué mucho que le ayudéis?

LUCINDA. Al Rey se debe acudir;  
oíle y os oí decir,  
y dile el favor que veis.  
Otra noche, allá es mejor  
que le tengáis que no aquí,  
si tiene competidor.

LISARDA. Adentro, si no es en mí,  
no hay otro lugar, señor.

LUCINDA. ¿Cómo?

LISARDA. Tengo quien lo impida.

LUCINDA. Pues ¿quién sois?

LISARDA. Mujer por quien  
hay quien le quite la vida.

LUCINDA. ¿Que sois tan mujer de bien?

LISARDA. Como el Rey soy bien nacida.

LUCINDA. ¿Luego aquesto es casamiento?

LISARDA. Esa palabra me ha dado.

LUCINDA. Pues es palabra de viento;  
que yo sé a quien la ha negado  
habiéndole dado ciento.

LISARDA. ¿Queréis pasar por aquí  
mañana?

LUCINDA. Señora, si.—  
Gente viene.

LISARDA. Adiós.

LUCINDA. Adiós.

(Entre el REY.)

FELISARDO. ¡Que se me huyesen los dos!  
¡Que a ninguno conocí!—  
¿Quién va allá?

LUCINDA. Un hombre.

FELISARDO. ¿Quién es?

LUCINDA. Quien ha muy poco que es hombre.

FELISARDO. ¿Y qué hombre sois?

LUCINDA. ¿No lo ves?

FELISARDO. Di el nombre.

LUCINDA. Un hombre sin nombre,  
que os ha librado de tres.

FELISARDO. ¿Sois vos caballero?

LUCINDA. Soy  
el que la honra y la vida,  
que es lo más que tengo, os doy.

FELISARDO. De la merced recibida  
en obligación estoy.  
Tomad aqueste diamante  
en prendas de que mañana  
tendrá premio semejante.

LUCINDA. Será mi esperanza vana  
por presto que me levante.

FELISARDO. ¿Cómo así?

LUCINDA. Porque de suerte  
madrugáis, que no os veré  
aunque al aurora despierte;  
que, entrando herido y a pie  
salís a caballo y fuerte.

FELISARDO. No os entiendo, por mi vida.  
Tomad el anillo.

LUCINDA. Digo  
que es prenda de *fe rompida*;  
y no es premio, que es castigo  
de voluntad ofendida.

FELISARDO. Que bien podéis admitillo  
mientras que prendas tengáis.

LUCINDA. Quiero, señor, recibillo,

pues a fe que me pagáis  
dos vidas con este anillo.  
Pero quiéroosle volver,  
que, volviéndose a ofrecer  
otra vida que guardar,  
me le volveréis a dar  
y le volveré a tener;  
pero no digáis que os niego  
lo que os debo en recibillo.

FELISARDO. Que os declaréis más os ruego.

LUCINDA. Basta, que hacéis este anillo  
malilla de vuestro juego.  
Sea casamiento o vida,  
todo con él lo pagáis.

FELISARDO. No entiendo lo que me habláis.  
Si os quejáis de *fe rompida*,  
conmigo en vano os quejáis;  
y de esto tengo entendido  
que no me habéis conocido.

LUCINDA. ¿No sois vos Albano?

FELISARDO. No;  
Felisardo, el rey, soy yo.

LUCINDA. ¿El Rey? Esos pies os pido.

FELISARDO. Ahora bien, venid mañana,  
que os he de hacer gran merced;  
y esta obligación tan llana  
de ser quien soy la creed,  
sí, por vida de mi hermana.

LUCINDA. Vuestra alteza me perdone.

FELISARDO. No conocerme os abone.  
Sois valiente caballero.  
Andar con vos siempre quiero.

LUCINDA. Hierros tu alteza me pone.

FELISARDO. ¿Dónde vais ahora?

LUCINDA. Voy  
donde unos amores tengo.

FELISARDO. ¿Sois forastero?

LUCINDA. Sí soy,  
que sólo a gozarlos vengo  
desde el lugar donde estoy.

FELISARDO. ¿Queréis fiarme quién es,  
y a fe de Rey de guardaros  
la puerta?

LUCINDA. ¿Por que después  
pueda honrarme de igualaros,  
que es el mayor interés?

¿Veis esta casa? Aquí vive.

FELISARDO. ¿Es dama de la Duquesa?

LUCINDA. Señor, vuestra alteza estribe  
en que mi pecho concibe  
más alta y dichosa empresa.

FELISARDO. ¿Es ella acaso?

LUCINDA. De un Rey  
bien se puede esto fiar.

FELISARDO. (¿Qué es lo que vengo a escuchar?)

LUCINDA. Sois quien sois, y es justa ley  
este secreto guardar.

FELISARDO. Aquí me habéis de decir  
quién sois, cómo y de qué suerte.

LUCINDA. Ese es negocio muy fuerte.  
Primero pienso morir. (1)  
Pero si no lo creéis,  
aguardadme aquí y veréis  
cómo me entro y quedo allá.

FELISARDO. ¿A ver?

LUCINDA. Adiós.

FELISARDO. ¡Allá va!

(*Entrase LUCINDA.*)

¡Ay, ojos!, ¿qué es lo que veis?  
¡Vive el Cielo, que está dentro  
y que [al] corredor subió!  
¿Qué me detengo y no entro?

(*FLORIBERTO, duque, y CELIO.*)

FLORIB. Aquí, Celio, el Rey quedó.

FELISARDO. ¿Quién va allá?

CELIO. ¡Gentil encuentro! (2)

FLORIB. ¿Es vuestra alteza?

FELISARDO. Yo soy,  
que aquí he desesperado.

FLORIB. Pues ¿cómo?

FELISARDO. Hanme acuchillado  
tres hombres.

FLORIB. ¡Que nunca estoy  
con esta espada a tu lado!  
¡Hay desdicha como ésta?

FELISARDO. Uno se ha entrado en tu casa.  
Tu casa me manifiesta.

(*Entre LAURINO y ALBERTO.*)

LAURINO. (Gente por la calle pasa. (3)  
Alberto, la espada apresta.)

CELIO. Gente viene aquí.

FLORIB. ¿Qué gente?

LAURINO. Un hombre que ha defendido  
al Rey.

FLORIB. ¡Oh, mozo valiente!

FELISARDO. Yo os prometo que lo ha sido.  
Dile que el suceso cuente.

(1) Falta un verso a esta quintilla.

(2) El texto, por errata, dice "concierto".

(3) También por errata dice el texto "suena".



LAURINO. Fuimos tras ellos los dos desde que os quedastes vos, gran señor, y al fin, vencidos, se rindieron, y, rendidos, piden las vidas por Dios. Estas les di, mas de suerte que se trocase en prisión el rescate de su muerte.

FELISARDO. ¿Y están presos?

LAURINO. ¿No es razón?

En cadena y cárcel fuerte.

FLORIB. ¿Hay semejante ventura?

FELISARDO. Agora, Duque, sabré quién la muerte me procura.

FLORIB. Huélgome que no seré, que el buen Celio me asegura.

FELISARDO. Y aunque no fueras con él, te tengo yo por fiel.—  
¿Quién sois, amigos?

ALBERTO. Criados de un hidalgo.

FELISARDO. Sois honrados. Estoy bien servido de él.

LAURINO. ¿Dónde se fué?

FELISARDO. No le he visto. Pero de los tres traidores que en aquesta puerta embisto, uno está dentro, señores.

FLORIB. ¿Cómo el matarlo resisto? Aguarde aquí vuestra alteza.

*(Entranse todos.)*

FELISARDO. Allá quiero, Duque, entrar.

LAURINO. Yo me voy a desnudar. Vete, Alberto, con presteza y venme mañana a hablar.

*(Vanse. ORANTEO entre.)*

ORANTEO. Aunque de mortal herida traigo el pecho atravesado, la honra, casi perdida, me trae con más cuidado que la salud y la vida. Al Duque me importa hablar, y de él me quiero quejar por habernos engañado, pues tan bien acompañado trujo al Rey a este lugar. ¿Estos eran los conciertos de que solo le traíría? Pues llegado al puesto inciertos es cierta la muerte mía

y dejó dos hombres muertos. ¡Ay, Lisarda, qué me cuestas de honra y sangre! ¡Cuán segura de mi desdicha te acuestas mientras que por ti, perjura, un infierno traigo auestas! Las palabras que me ha dado tu hermano por la cudicia del reino mal se han logrado. ¡Ay, Dios! ¿Si hay aquí justicia, que hachas y gente han entrado?

*(El REY, el DUQUE, CELIO, FIDENO, LAURINO, ya en hábito de villanos, y LUCINDA.)*

El Rey, el Duque, éstos son. Huír conviene, si acaso llevan al Duque en prisión.

FELISARDO. Digo que es extraño caso y notable confusión.

LISARDA. Si en casa se hubiera entrado no se pudiera esconder estando el jardín cerrado.

FELISARDO. ¡Ah, Lisarda, eres mujer! Tu forastero embozado...

LISARDA. Vuestra alteza por sus ojos ¿no ha visitado esta casa?

LUCINDA. Poneos, Rey, unos anteojos, que es juego de pasa, pasa.

Sólo por daros enojos y porque duelos tengáis ¿a despertarnos venís? ¿No es mejor que vos durmáis?

LISARDA. Mirad, señor, que decís cosas con que me matáis.

FELISARDO. Digo que él me lo contó y que a mis ojos entró.

LISARDA. Callad, no entienda mi hermano vuestros celos.

FELISARDO. Ya es en vano; aquí mi amor se acabó.

LISARDA. Si hombre, fuera de vos, quiero, quítame el Cielo la vida. Mirad que me desespero.

FLORIB. Ya, la tiniebla rompida, sale el resplandor primero. Quitad las hachas allá.

LUCINDA. ¡Oh, qué mal sueño os dé Dios! ¿No os iréis a acostar ya? Mas a vos poco se os da; como podéis dormir vos... ¡Ay de quien nunca ha dormido y una vez que se durmió

no halló el pájaro en el nido,  
que ¡por Dios! que se voló  
y dejó el pollo perdido!  
Mirad, Rey, que los celos  
son unos confusos velos  
que desaparecen las cosas  
y andan como mariposas  
en las velas sus desvelos.  
Son un Argos mal dormido  
y madrugan más que un gallo;  
son antojos de caballo  
que le ponén al sentido  
cuando Amor quiere cegallo.  
Son de una campana son  
que suena en otro distrito  
y engañan nuestra intención,  
son rienda del apetito  
y freno de la razón.  
Idos acostar, que en vano  
buscáis en Amor placer.

FELISARDO. ¿Quién es aqueste villano?

LUCINDA. Soy de una mujer hermano  
que vos llamasteis mujer.

FELISARDO. Venme a ver mañana.

LUCINDA. Bueno.

Todo es venme a ver mañana,  
después quedome al sereno.

FELISARDO. Pareces tu misma hermana.

LUCINDA. ¿No ve que só más relleno?  
Verdad sea que mos hizo  
un molde mismo a los dos.

FELISARDO. Señora Lisarda, adiós.—  
Adiós, Duque.

FLORIB. (Ruido, hechizo.) (1)

Aguardad iré con vos.

FELISARDO. Quedaos.

FLORIB. Eso no.

FELISARDO. Buscad

los hombres que me libraron.

FLORIB. No se irán de la ciudad.

FELISARDO. A los que presos quedaron  
poned guardas.

LUCINDA. ¡Qué maldad!

FLORIB. Señor, con vos he de ir.

FELISARDO. Venid, pues.

(El REY, DUQUE, y CELIO, váyanse.)

LISARDA. Dime, Fideno,  
quién pudo entrar o salir.

FIDENO. Estoy de mí tan ajeno,

que no sé qué me decir.

LISARDA. Allá arriba me contó  
que me goza un hombre indino,  
y le habló y que entrar le vió.

LUCINDA. ¿Tío?

LAURINO. ¿Qué quieres, sobrino?

LUCINDA. Todo esto he trazado yo.

LAURINO. Has hecho muy bien.

LUCINDA. Yo os juro  
que ha de sudar la señora.)

LISARDA. Cuanto más saber procuro  
los celos que tiene agora,  
es más su lenguaje obscuro.  
Ven y escribírele.

FIDENO. Creo

que templarás sus enojos.

LUCINDA. ¡Ay, Laurino, en qué me veo!

LAURINO. Deja, señora, los ojos.

LUCINDA. Haz que me deje el deseo.  
Entra, que hoy a mediodía  
al Rey tengo de ir hablar.

LAURINO. ¿Dirás quién eres?

LUCINDA. Querría.

LAURINO. Bien harás.

LUCINDA. Quiero acabar  
de un golpe la pena mía.

(Vanse. Entre ALBERTO, DORISTO, CORIDON, labra-  
dores.)

ALBERTO. ¿Que Aurelio, en fin, ha sabido  
que Lucinda está en la corte  
y por qué causa ha venido?

DORISTO. No hay secreto que reporte  
de amor el fuego atrevido.  
Su diligencia le cuesta;  
y si el mal que le molesta  
desde entonces no tuviera,  
él mismo a verla viniera.

CORIDON. Notable desdicha es ésta.  
Alberto, yo te prometo  
que no hay por allá zagal  
que no la lllore en secreto  
para no aumentar el mal  
del viejo noble y discreto.  
Que los hombres, los collados,  
árboles, fuentes y prados  
lloran su ausencia afligidos;  
hasta con tiernos balidos  
los inocentes ganados.  
Las fuentes corren al doble  
por dar de llanto señal;  
sécase la encina, el roble,

(1) Así en el texto.

el romero y el jara!,  
verde pino y laurel noble.  
Todo, en fin, suspira y llora;  
todo llama a su señora;  
no hay quien su vista no aguarde  
desde la aurora a la tarde  
y de la tarde al aurora.

DORISTO. Envíala mi señor,  
buen Alberto, lo que puede,  
que es un pobre labrador;  
tan pobre, que al Rey excede  
en riqueza y en valor.

Diez caballos enjaezados,  
treinta o cuarenta criados,  
doce cofres de vestidos  
y en dos de por sí escondidos  
cosa de diez mil ducados.

ALBERTO. ¡Ah, buen viejo!

DORISTO. No se ha visto  
hombre que al viejo se iguale  
desde el ocaso a Calisto.

ALBERTO. Mucho puede, mucho vale.

CORIDON. Más que el Rey, dice, Doristo.

DORISTO. ¿Cómo, me di, podré hablar  
a mi señora?

ALBERTO. Secretos  
podremos en casa entrar,  
porque estamos muy sujetos  
sólo a servir y callar.

DORISTO. El andar de hombre vestida  
no es para que yo me asombre,  
que en traje y en todo es hombre;  
pasó entre fieras su vida  
con ese vestido y nombre.  
Pero que sirva es la cosa  
más grave y dificultosa.

ALBERTO. Creo que habéis de volver  
lo que venís a traer.

CORIDON. Será necia.

ALBERTO. Está celosa.  
Si no es que de aquí nos vamos  
no lo puede recibir  
según el traje en que estamos.

DORISTO. Pues ¿a quién se ha de acudir  
si queréis que nos volvamos?

ALBERTO. Eso dirá mi señora.  
Entrad paso.

DORISTO. Dile ahora,  
por tu vida, algún consejo  
con que no mate al buen viejo.

ALBERTO. ¿Que así la quiere?

DORISTO. La adora.

(*Vanse. Sale el REY, y el GOBERNADOR.*)

FELISARDO.

Cómo, Gobernador, ¿que Floriberto  
era el autor de la traición pasada?

GOBERNADOR.

Esto, señor, confiesan los dos presos.

FELISARDO.

¿El Duque a mí la muerte?

GOBERNADOR.

La codicia  
que tiene de reinar y la venganza  
de que a su hermana sirvas, porque piensa  
que sin duda la gozas, le ha forzado.

FELISARDO.

¿Gozado yo? ¡Qué extraño pensamiento!

GOBERNADOR.

Eres Rey, eres hombre, eres amante;  
ella mujer, hermosa y entendida;  
no es mucho si lo piensa, ni es milagro.

FELISARDO.

Pártame un rayo si es verdad, Leonato.

GOBERNADOR.

Yo lo creo, señor. Tebano dice  
que si Oranteo, siendo deudo tuyo,  
era de esta traición y insulto cómplice,  
fué porque el Duque le dió su fe y palabra  
que a la bella Lisarda le daría,  
y que amor le incitó contra su sangre.

FELISARDO.

¿Hay maldad semejante? Llama al Duque.

GOBERNADOR.

Ya, gran señor, al Duque tengo preso.

FELISARDO.

¿Preso? Pues ¿cómo?

GOBERNADOR.

Apenas confesaron,  
cuando, al entrar la puerta de palacio,  
con tu guarda le puse en una torre.

FELISARDO.

Partid por él, que quiero hablarle y verle.

GOBERNADOR.

¿No es mejor que primero se averigüe?

FELISARDO.

Este es mi gusto. El Duque venga luego.

GOBERNADOR.

Yo voy, señor, a obedecer tu gusto.

FELISARDO.

Lo que es mi gusto solamente es justo.

(Vase el GOBERNADOR. LUCINDA éntre.)

LUCINDA. ¡Pardiez, que me he entrado acá!  
Quien tiene tantas albardas, (1)  
a pesar de vuestras guardas  
seguro en su silla está.

¿Por qué no lleváis de noche  
estos cuchillos con vos?

FELISARDO. ¡Gracioso vienes, por Dios!

LUCINDA. Que un Rey ronde y trasnoche  
sin alguien que le acompañe,  
por mi vida que es locura.

FELISARDO. Guárdame el Cielo.

LUCINDA. Es ventura.

FELISARDO. Ya no hay hombre que me dañe,  
que tengo a mis enemigos  
en prisión, y al Duque, autor.

LUCINDA. ¿A cuál Duque?

FELISARDO. A tu señor.

LUCINDA. ¿Luego no somos amigos?

FELISARDO. Tú, sí.

LUCINDA. No, no. ¡Guarda! ¡Ahuera!

FELISARDO. Vuelve acá. En mi amor repara  
por retrato de la cara  
de una mujer libre y fiera.  
¿Cómo está aquella tu hermana?

LUCINDA. ¡Pardiez, quejosa de vos,  
y mala Pascua os dé Dios  
porque os vais tan de mañana!

FELISARDO. Convínome madrugar.

LUCINDA. Pues antes de anochecer  
os pudiéades volver,  
sin tener que levantar.  
Ya yo pienso echar en risa  
lo que es gente de palacio,  
porque se acuestan de espacio  
y se levantan de prisa.  
¿Qué pensáis hacer con ella?

FELISARDO. Casalla.

LUCINDA. ¿Con quién?

FELISARDO. No sé.

Secretario del Rey fué  
el hombre que gozó de ella.  
Buscarle otro.

LUCINDA. Eso condeno.

FELISARDO. Pues ella no ha de querer  
secretaria anochecer  
y amanecer reina.

LUCINDA. Bueno

andaréis con ese flaco.  
A fe, que es buena la ley.  
Cuanto a Rey, vos sois buen Rey;  
cuanto hombre, sois gran bellaco.  
¿Y la palabra?

FELISARDO. Al contrario  
pides lo que él prometió.  
¿Secretario no la dió?  
Pues cúmplala secretario.

LUCINDA.

Rey, Lucinda es noble y honrada, (1)  
y que en un monte defendió tu vida;  
es rica, es bien nacida, es estimada,  
de buena sangre y como tú servida.  
Ha vivido en los montes celebrada  
y de muchos señores pretendida;  
si se casó con secretario, el alma  
con Rey casó y al Rey le dió la palma.

No la venciera lo que el Rey no fuera;  
Rey la venció, y el Rey será su esposo.  
Que anoche muerto de un traidor se viera  
si no llegara a tiempo tan dichoso  
esa mujer que pintas libre y fiera;  
te libró del asalto peligroso  
de tres traidores, porque a Floriberto,  
detrás de una antepuerta, oyó el concierto.

Dos vidas debes, Rey, dos vidas debes  
a esa mujer, que basta la primera  
y el honor que se quita en horas breves,  
y cobrar de tu crueldad no espera  
si a dejarla tan bárbaro te atreves  
por tu grandeza y arrogancia fiera.  
Tierra tiene y vasallos que en espadas  
sabrán presto trocar las agujadas.

Tiene su viejo padre dos millones  
de oro, sin la hacienda y sin la gente;  
y si a negarla sin razón te pones,  
armada en campo la verás presente.

(1) El lenguaje rústico de LUCINDA altera la palabra "alabardas".

(1) Verso falto. Pudiera ser:  
"Rey, mira que Lucinda es noble, honrada."



Ha muerto por sus manos tres leones,  
dos osos y un gigante tan valiente  
que robaba a sus padres el ganado,  
llevando un buey entero al hombro echado.

Esto y no más te digo de su parte.

FELISARDO.

Villano semejante a aquella fiera,  
di que es flaca mujer y que soy Marte.  
Que adoro a Felisarda (1) considera.

LUCINDA.

Lucinda soy, y [si] por dicha aparte,  
y no en tu casa, tan feroz te oyera,  
yo te diera la muerte y el castigo  
que dos veces he dado a tu enemigo.

FELISARDO.

¡Detente! ¡Espera!

LUCINDA.

¿Qué es detente, fiero  
enemigo, cruel, loco, villano,  
infame, desleal, vil caballero?

FELISARDO.

¿Tú daga para mí?

LUCINDA.

¡Guarda la mano!

FELISARDO.

¿Gente? ¿Hola, gente?

LUCINDA.

Sal, que aquí te espero,  
galán de aquella del traidor hermano,  
y ella... Quiero callar.

FELISARDO.

Detente, aguarda.

LUCINDA.

Llega, pues.

FELISARDO.

¡Bien, por vida de Lisarda! (2)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

## ACTO TERCERO

### FIGURAS DEL TERCER ACTO

FELISARDO.

LISARDA.

El GOBERNADOR.

LUCINDA,

LAURINO,

DORISTO,

ROSINDO,

ARCANO,

ELPINO,

ORANTEC,

TEBANO.

Un PAJE.

FIDENO.

CELIO.

FLORIBERTO.

ALBERTO.

CORIDON.

HÉCTOR.

FLORIPA.

Un MARINERO.

NICANDRA

LIRENO.

CLORINARDO.

(LISARDA y FIDENO.)

LISARDA. El tiempo, amigo Fideno,  
muda las cosas así.

Hoy no soy lo que ayer fui.

FIDENO. Esas mudanzas condeno;  
porque si el tiempo dejase  
las cosas en un estado,  
aun el que es más desdichado  
no es posible se quejase.  
La información que se ha hecho  
contra tu hermano es de suerte,  
que le condena a la muerte  
por justa ley el derecho.  
Y el haberte aborrecido  
pienso que es sospechar mal,  
que con él fuiste parcial  
del delito cometido.  
Y el quererla ejecutar  
dicen que será muy presto.

LISARDA. No hay mayor peligro en esto  
que el Rey no quererme hablar.  
¿Yo, Fideno, con mi hermano  
para quitalle la vida,  
vida de mí tan querida?  
Ese es pensamiento vano.  
Algún privado, envidioso  
del amor que el Rey me tiene,  
con esas quimeras viene  
a hacer al Rey sospechoso.  
Siempre la envidia fué hija  
de la corte, siempre fué  
enemiga de la fe  
y al más limpio amor prolija.  
Echarme quiero a sus pies,  
probar quiero su rigor,  
que en pecho que cupo amor  
quedan reliquias después.  
Y el grande que me ha tenido

(1) Así dice el texto en vez de "Lisarda".

(2) Este final debe de estar alterado. Si LUCINDA es quien amenaza con la daga mal puede decir "Guarda la mano" al REY y éste llamar gente si amenaza con espada a la joven, que dice que le espera.

no es posible esté acabado,  
que más hubiera durado  
cuando fuera amor fingido.

FIDENO. El sale. ¿Si le avisaron  
que a verle vienes?

LISARDA. Hablé  
a Celio, y por mí rogué  
lo que otros por mí rogaron.  
Estuve de llanto ciega  
hasta verle enternecido,  
como el que es desposeído  
que a los que suceden ruega.

(FELISARDO, *Rey*; CELIO, *el GOBERNADOR*.)

FELISARDO. ¿Lisarda dices?

CELIO. ¡Qué airado  
te muestras! Lisarda, pues.

LISARDA. Dadme, señor, esos pies  
que alguna vez me han buscado;  
dejad que ponga mi boca  
donde pisan, entre tanto  
que los baño con mi llanto.

FELISARDO. Tente, Lisarda, ¿estás loca?  
¿Tú has de hacer eso? No, no;  
que aunque somos enemigos  
fuimos algún tiempo amigos,  
o a lo menos lo fuí yo.  
Aún se me acuerda el respeto  
que a tu boca he de tener;  
aunque me supo ofender  
fué de mi gusto, en efeto.  
No llores; hálame bien;  
mira qué quieres de mí.

LISARDA. Si a la piedad que hay en ti  
obras responden también,  
tendré, gran señor, por cierto  
la soberana excelencia,  
que es en el Rey la clemencia.

FELISARDO. De entrambas cosas te advierto.  
Mira, Lisarda, que hoy  
se ven el tuyo y mi ser;  
tú has hecho como mujer  
y yo como Rey que soy.  
El valor (1) que te he mostrado  
ya le tendrás entendido,  
que el haberte recibido  
es haberte perdonado.  
Si otra cosa no querías,  
que otra no puedes querer,  
segura puedes volver.

LISARDA. Bien despachada me envías.  
¿Tienes, señor, contra mí  
otra escrita información  
más que de aquellos que son  
lo que yo contigo fuí?  
¿Hay más de que tus privados  
te digan que hermana he sido  
de un hombre que te ha ofendido?

FELISARDO. ¿Y andarán en eso errados?

LISARDA. ¡Ah, Rey, qué vieja costumbre  
es en [los] reyes creer!

Quererte satisfacer  
será darte pesadumbre.  
Pero di: cuando te amaba  
y ser tuya pretendía,  
¿qué mayor reino quería  
o qué más bien procuraba?  
Si me decías tú a mí  
que estaba todo en mi mano,  
¿qué servía con mi hermano  
conjurarme contra ti?  
Si yo su maldad supiera  
claro está que te avisara,  
que en sangre amor no repara  
ni en alma, cuando alma fuera.  
Mujeres por sus maridos  
muchas veces derramaron  
su propia sangre y mataron  
sus hijos al alma asidos.  
Y si confiesa Oranteo  
que el Duque le prometía  
que yo su mujer sería,  
bien sabes tú mi deseo.  
Si dices que esta razón  
es la que más me condena,  
porque de tu amor ajena  
tuve a Oranteo afición,  
también sabes que en mi vida  
una palabra le hablé  
ni di respuesta a su fe;  
menos queda ella ofendida.  
Que él fuese el que en casa entró  
la noche que tú le viste,  
dime en qué razón consiste  
si es él el que te ofendió.  
Porque el que tú viste entrar  
dices que él mismo y su espada  
te guardaron de la airada  
que te pretendió matar.  
Pues ¿cómo, Rey, Oranteo  
te mató y te defendió,  
hirió al otro, entró y huyó,

(1) Así en el original. Quizás "amor".

tuvo bueno y mal deseo,  
 fué leal y fué traidor,  
 estuvo a la muerte y sano,  
 dió por traidor a mi hermano  
 y tuvo a Lisarda amor?  
 ;Ah, señor, mal se conciertan  
 estos engaños aquí!  
 Los que te engañan así  
 no es bien que así te diviertan.  
 Por tu vida que repares  
 en mi verdad y lealtad,  
 y que con real piedad  
 una mujer pobre ampare.  
 Vióse algún tiempo tan rica  
 de tu favor, que mandaba  
 el mundo, y agora, esclava,  
 a tus pies pide y suplica,  
 no su perdón, que no pide  
 perdón el que no ofendió;  
 a tu valor pido yo,  
 pues con el cielo se mide,  
 no la vida de mi hermano,  
 mas de mi sangre la honra;  
 no le mates con deshonra,  
 buen Rey, pues está en tu mano.  
 Torres hay, donde ninguno  
 vea tales detrimentos;  
 sogas, cuerdas y aposentos;  
 mátele un verdugo en uno.  
 Pon los ojos en su agüelo,  
 que así a tu padre sirvió,  
 y en lo que te adoro yo,  
 que riego, llorando, el suelo;  
 y si no, ya estoy difunta  
 de esta deshonra cruel;  
 márame también con él  
 y acaba mi sangre junta.

FELISARDO. Lisarda, de oírte hablar  
 he tenido culpa mucha,  
 porque, en fin, jüez que escucha  
 ya se obliga a perdonar.  
 Veo, Lisarda, delante  
 de mi alma en tu favor  
 con una espada mi amor,  
 ayer niño y hoy gigante.  
 Y aunque es sin duda la injuria  
 que imagino que me ha hecho,  
 póneme la espada al pecho,  
 con que detiene mi furia.  
 Que cómplice no hayas sido  
 con Floriberto, te creo,  
 porque tu amor y deseo

te han con mi amor defendido.  
 Y mucho me satisface  
 que Oranteo me ofendiese  
 cuando aquél me defendiese  
 de quien mi sospecha nace.  
 Creo que tienes razón;  
 si no es que Amor infinito  
 abona cualquier delito,  
 perdona cualquier traición.  
 Concluyes bien tu lealtad,  
 porque, si amor me tenías,  
 de mi reino poseías  
 más seguro la mitad.  
 Ahora bien; esto es amor,  
 esto es virtud y clemencia;  
 grande fué su inobediencia,  
 grande ha sido tu valor.—  
 Llamad al Duque.

GOVERN. Yo quiero  
 gozar tan buenas albricias.

(Vase el GOBERNADOR.)

CELIO. (Ablandaran las caricias  
 de mujer un bronce, un Nero.)

FIDENO. (Confiado venía yo  
 en dos o tres lagrimitas.)

LISARDA. La fama a Alejandro quitas,  
 que es el que más perdonó.  
 Vivas ¡oh, gran Rey! más años  
 que Néstor, con más riqueza  
 que Jerjes, cuya grandeza  
 no rompa el tiempo en sus daños.  
 Ponga tu nombre la fama  
 en su archivo de diamante,  
 cuanto el sol da luz la cante  
 desde su cuna a su cama.

FELISARDO. Lisarda, yo hago en esto  
 lo que debo a mi piedad,  
 que en admitir tu lealtad  
 estaba el pecho dispuesto.  
 Querer, Lisarda, es creer;  
 presto cree quien bien quiere;  
 si de esto mal me viniere  
 pondré la culpa al querer.

LISARDA. No temas, que hay mil razones  
 de adorarte, y más en mí.

(Entre el GOBERNADOR, y el DUQUE con prisiones.)

GOBERNAD. Señor, el Duque está aquí.

FELISARDO. Quitálde aquellas prisiones.—  
 Duque, aunque vuestra maldad  
 con bastante información

descubrió vuestra traición  
de mi lesa majestad,  
al trono de mi clemencia  
apeló, por vuestra parte,  
Amor, desnudo y sin arte  
de retórica elocuencia.  
Y fué tan buen abogado  
dando voces como loco,  
que la sentencia revoco  
por mi tribunal y estrado.  
Que merecistes la muerte  
**vos propio** sois el jüez;  
mas guardaos que otra vez  
no me ofendáis de esa suerte;  
que no sólo de ninguna  
piedad la veréis escasa,  
no quedando en vuestra casa  
piedra sobre piedra alguna,  
mas vuestro nombré traidor  
borraré de la memoria  
del mundo.

FLORIB. ; Qué eterna gloria  
os da esta piedad, señor!  
Desde hoy más en mí ternéis  
una espada de defensa,  
una fortaleza inmensa  
con que al mundo conquistéis.  
De vuestro secreto llave,  
de vuestra casa coluna,  
una igualdad de fortuna  
y una lengua que os alabe.

FELISARDO. Yo os recibo, Duque amigo,  
en mi amparo.—Y vos, señora,  
os podéis volver agora.

LISARDA. Vuestra grandeza bendigo.  
No os pido agora más,  
que basta el bien que me hacéis.

FELISARDO. Como siempre me tenéis;  
no os olvidaré jamás.—  
Id allá, Gobernador,  
y librad también los presos.

(Váyanse.)

GOBERNAD. Den en la tierra mil besos  
que pisa tan gran señor.

FELISARDO. La virtud del perdonar  
hace a los reyes famosos.

FLORIB. Entre los más gloriosos  
te puedes, señor, sentar.

CELIO. El capitán Clorinardo  
está aquí.

FELISARDO. Sea bien venido.

CLORIN. Tus pies y tus manos pido.

FELISARDO. Tus brazos contento aguardo.

; Qué hay de nuevo en mis fronte-

CLORIN. Hay un caso bien extraño [ras?  
cerca de ellas.

FELISARDO. ; Otro engaño?

CLORIN. Lucinda, aquella aldeana  
reina del monte Partenio,  
el más famoso de Arcadia,  
tu felicísimo reino,  
donde una vez te perdiste  
y donde su brazo tierno  
te libró con un venablo  
de tres enemigos fieros,  
en cuya casa o cortijo  
gozaste su hermoso cuerpo,  
dándole, como se dice,  
palabra de casamiento;  
saliendo desesperada  
de ver tan dichoso efeto  
de su burlada esperanza,  
al alto monte se ha vuelto,  
donde hablando con valor  
a su viejo padre Aurelio,  
tan valiente, que en Arcadia  
fué llamado Alcides nuevo,  
han juntado dos mil hombres  
de las faldas de Liseo:  
villanos, pero valientes;  
bisoños, pero mancebos;  
que, con hondas y ballestas  
y jabalinas de acero,  
la van siguiendo a la orden  
debajo de un pendón negro,  
donde lleva por divisa  
un lobo que están mordiendo  
tres leones inhumanos,  
a quien defiende un cordero.  
Después parece que el lobo  
le paga mal el bien hecho,  
con una letra que dice:  
“Ingrato, de ti me quejo.”  
Con esa gente que digo,  
rompiendo el monte con picos, (1)  
al son de las fuertes cajas  
llegaron a un paso estrecho.  
Por una parte la mar,  
con una playa sin puerto,  
ataja el paso al camino,

(1) “Picos” no tiene el asonante en *c-o*, necesario para el romance.



por la otra un monte excelso.  
 Ninguno puede pasar,  
 guardado el monte soberbio,  
 sin entrar por aquel paso  
 y sin su licencia de ellos.  
 Tiene Lucinda en un árbol  
 un cartel, Príncipe, puesto,  
 con cien hombres de su guarda,  
 de quien es cabo un sargento.  
 Y así, el que quiere pasar  
 firma en un libro primero  
 que eres infame y villano,  
 o queda a sus manos muerto,  
 sin otras afrentas varias  
 con que venga su vil pecho,  
 que es la lengua en la mujer  
 de su venganza instrumento.  
 Y aunque es verdad que firmé  
 contra mis buenos deseos,  
 tus afrentas de mi nombre,  
 ya sabes tú mis intentos;  
 que por traerte la nueva  
 y servirte, a mi despecho  
 dije lo que me mandaron  
 en tu afrenta y vituperio.  
 Vi en el libro tales cosas  
 de propios y de extranjeros,  
 que te importa remediarlo  
 y hacer guerra a sangre y fuego:  
 y no con descuido o tarde,  
 que van destruyendo el reino,  
 y vendrás [a] arrepentirte  
 cuando no tengas remedio.

FELISARDO.

¿Hay locura? ¿Hay maldad? ¿Hay desver-  
 que a la de esta villana se compare? [güenza  
 Mas ¿qué presto le pienso dar castigo  
 y no fiarle de ningún vasallo!

FLORIBERTO.

Por la tierra difícil me parece  
 respeto a la aspereza de los montes,  
 y esto mejor lo sabe Clorinardo.

CLORINARDO.

Así es verdad, y fuera tardar mucho;  
 y es mejor que se apresten tus navíos  
 y tomes puerto a fuerza de tus armas,  
 gran señor, en la playa referida.

FELISARDO.

Duque, tras perdonaros quiero honraros:  
 en mi lugar y en mi palacio os dejo.

Mi hermana acompañad de vuestra hermana,  
 y gobernad en esta ausencia el reino.

FLORIBERTO.

Los nueve de la fama se te humillen,  
 pierdan contigo su famoso nombre  
 los Alejandro y romanos Césares.  
 Tú verás la lealtad con que te sirvo.

FELISARDO.

Pues, Capitán, apréstense las naves;  
 embáquese la gente, y quiera Júpiter  
 darnos próspero viento. Pero dime:  
 ¿viste a Lucinda?

CLORINARDO.

Yo te juro que era,  
 mirada en diferente traje y hábito,  
 ver la Venus de Chipre en hermosura,  
 y con las armas la guerrera Palas.

FELISARDO.

Capitán, aunque vamos contra ella,  
 no la aborrezco.

CLORINARDO.

Es por extremo bella.

(*Vanse. Entre LUCINDA, de capitán; LAURINO, AL-  
 BERTO, CORIDON, de soldados, con sus ballestas.*)

LUCINDA. No estaba bien el cartel.  
 Fíjale, Laurino, allí,  
 porque mejor desde aquí  
 se pone la vista en él.  
 Que los árboles allá  
 hasta la entrada impedían  
 su vista a los que venían.

LAURINO. ¿Está aquí bien?

LUCINDA. Bien está.

ALBERTO. ¿Si sabrá ya aquel traidor  
 las afrentas que le has hecho?

LUCINDA. Creo de su infame pecho  
 que no vuelva por su honor.  
 Y con aquesto concluyo,  
 si parece desvarío,  
 que pues que ha quitado el mío  
 le quiero quitar el suyo.

LAURINO. Deseo que le aborrezcas  
 para que estés sossegada.

LUCINDA. Cuando no le ofenda en nada  
 por buena señal lo ofrezcas.  
 Cuando un amante hace mal,  
 aunque diga que aborrece,

(Lee:)

no creas que no padece,  
antes es mala señal.  
Cuando un amante ha olvidado  
el favor como desdén,  
nunca para el mal ni el bien  
le suele quedar cuidado.  
Y así he de serle cruel;  
no creas que es mi enemigo,  
que mientras más le persigo  
más me deshago por él.

CORIDON. Poner puedes una escuela  
de condiciones de amantes.

LUCINDA. Tengo rudos estudiantes  
y es Amor todo cautela.

CORIDON. No tan rudos, por tu vida,  
que yo sé alguno que ayer  
comenzó a amar y querer  
por una lición oída.

LUCINDA. ¿A querer? Bueno. ¿A quién?

CORIDON. ¿No hay en esas caserías  
que alojan tus compañías  
gente que parezca bien?

LUCINDA. No se le haga a nadie agravio,  
que me pesará en extremo.

CORIDON. Que no se enoje Amor temo,  
que, como es mozo, no es sabio.

LUCINDA. ¿Luego a mí no me teméis?

CORIDON. Ya no es campo ni es arada,  
sino campaña y espada.

LUCINDA. ¡Bizarros bríos tenéis!

ALBERTO. Un hidalgo viene aquí  
y un escudero con él.

(ROSINDO y HÉCTOR, caminantes.)

HÉCTOR. La fama de este cartel  
¿no has oído, Rosindo?

ROSINDO. Señor, sí, (1)  
y no está lejos el paso,  
que ya [desde] aquí se estrecha.

HÉCTOR. Yo camino con sospecha  
de algún desastrado caso.

ROSINDO. ¿Hay más que firmar primero?  
¿De eso te matan cuidados?

HÉCTOR. Es negocio en que hay soldados  
y anda a peligro el dinero.

ROSINDO. Señor, ¿ves allí el cartel?

HÉCTOR. Con sólo velle me rindo.

Lleguemos cerca, Rosindo.

ROSINDO. Lee lo que dice en él.

“Cualquiera caballero o peregrino  
no pase este camino si primero  
no firmare que el Rey de Arcadia, indigno, (1)  
es vil, traidor y infame caballero,  
porque le quitarán en el camino  
no menos que la vida y el dinero.  
Que esta verdad, y muchas que no cuenta,  
la agraviada Lucinda la sustenta.”

LAURINO. ¿Qué le digo, gentil hombre?  
Si ha acabado de leer  
allí tiene más que hacer;  
míre que le llama un hombre.

HÉCTOR. Digo que voy.

LAURINO. Pues camine,  
y el paje con él también.

HÉCTOR. Si tú eres Lucinda, es bien  
que a tus nobles pies me incline.

LUCINDA. ¿De qué nación?

HÉCTOR. Francés.

LUCINDA. ¿De dónde?

HÉCTOR. De la Rochela.

LUCINDA. ¿Sabes quién soy?

HÉCTOR. Y que vuela  
tu fama.

LUCINDA. ¿Es justa?

HÉCTOR. Sí es.

LUCINDA. ¿Sabes la maldad que ha hecho  
el Rey de Arcadia conmigo?

HÉCTOR. Y le afrento y le maldigo  
por gusto, que no a despecho.

LUCINDA. ¿Quieres pasar?

HÉCTOR. Sí, señora.

LUCINDA. Dalde el libro.

LAURINO. Aquí le tiene.

LUCINDA. Que eso firmes te conviene.

HÉCTOR. Y se lo dijera agora.

LUCINDA. Pásate allí y di lo mismo  
por tu criado.

HÉCTOR. Sí haré.

LUCINDA. Así el fuego templaré  
de este mi confuso abismo.

LAURINO. Con qué miedo se arrojó  
éste a decir mal del Rey.

ALBERTO. En necesidad no hay ley;  
necesidad le forzó.

(1) El original dice

“que es el Rey de Arcadia indigno”;

pero, según se repite luego, su verdadera lectura es-  
la que damos.

(1) Verso largo, sobra el “Señor”.

CORIDON. Cuando de su padre fuera,  
lo mismo que ves firmara.  
Tiene la muerte una cara  
que desde lejos altera.  
Que todas aquellas firmas  
miedo las ha puesto allí,  
si no lo contrario di.

HÉCTOR. Yo he escrito.

LUCINDA. Di lo que firmas.

HÉCTOR. (*Lee:*) "Digo [yo], Héctor, francés,  
por mi nombre y de Rosindo,  
que a Lucinda el pecho rindo  
y que me postro a sus pies;  
y que el de Arcadia es un hombre  
vil, traidor, mal caballero,  
injusto, tirano, fiero,  
y lo firmé de mi nombre."

LUCINDA. Dalde paso.

HÉCTOR. Dios te guarde.  
(En pasando, a toda ley  
diré que es muy noble el Rey  
y ésta una mujer cobarde.)

(*Vase. Salen FLORIPA, y ARCANO, labradores.*)

ARCANO. ¿No te cansas de ir a pie?

FLORIPA. Llevando tu compañía,  
toda la noche y el día  
donde quisieres iré.  
Guarda, no des en el paso  
donde está aquella borracha  
que a nuestro Príncipe tacha.

ARCANO. Yo sé el monte y lejos paso.  
Pero ¿qué gente es aquésta?  
Deben de ser caminantes.

LUCINDA. (Con personas semejantes,  
Laurino, ten la ballesta.)

FLORIPA. ¡Ah! Señores extranjeros,  
si acaso a la ciudad van  
echen por acá, que están  
por aquí unos bandoleros.

LAURINO. (¡Oh, qué gentil inocencia!

LUCINDA. Paso, no digas quién soy.)  
¿Quién es?

FLORIPA. Al diablo la doy  
y a la mala pestilencia.  
Sabed que es una mujer  
tan atrevida y valiente,  
que tiene aquí mucha gente  
que da a su costa a comer.  
Y aunque para andar en guerra  
es hija de un hombre zafio,  
ha puesto aquí un epitafio

contra el Rey de muesa tierra  
en que le llama gallina  
y otras inmundicias tales,  
y hace, entre aquellos jarales,  
que lo firme el que camina.  
¡Mirad qué gran borrachona!  
¿Habéisla visto mayor?

LUCINDA. (Bien quieren a su señor;  
pero esto poco le abona.)  
¿Qué es la causa, me decí,  
que esa mujer eso ha hecho?

FLORIPA. Si es verdad lo que sospecho,  
tiene razón, ¡voto a mí!  
Porque dicen que una noche  
en su casa la estrujó  
y después que se voló  
en un macho o carricoche.  
Y esto fué bellaquería;  
mas ella no ha de querer,  
siendo una humilde mujer,  
serlo de su señoría.

LUCINDA. (Enojado me han, por Dios.)  
Atadles atrás las manos.—  
Yo soy Lucinda, villanos.  
¡Santo Dios!

ARCANO. Mueran los dos.

LUCINDA. Mira que es crueldad.

LAURINO. Decid  
que es el Rey vil caballero.

LUCINDA. Es un bellaco.

FLORIPA. Es un cuero.

ARCANO. Es un perro.

FLORIPA. Es un cegri.

ARCANO. Es un bellaco insolente.

FLORIPA. Es un saltador.

LUCINDA. ¡Qué extremos!  
Firmad aquí.

ARCANO. No sabemos.

LUCINDA. Dejad pasar esta gente.

LAURINO. Pasad, gente lisonjera,  
que en vosotros, en rigor,  
los agravios y el favor  
todos son de una manera.

(*Váyanse estos dos, y digan de lejos:*)

ARCANO. Más que endiabrada persona.

FLORIPA. Ahora no tengo espacho,  
¡ah, bellaca, marimacho!

ARCANO. ¡Ah, borracha!

FLORIPA. ¡Ah, borrachona!

ALBERTO. Aguardá un poco, villanos.

CORIDON. Déjalos, que es gente vil.

LUCINDA. Yo tengo opinión gentil  
de mis pensamientos vanos.

(Entre DORISTO.)

DORISTO.

Bien dicen que es negocio peligroso  
agraviar a los reyes sus vasallos.

LUCINDA.

¿Qué nuevas hay, Doristo, de Tejea?  
¿Ha sabido, por dicha, Felisardo  
estas afrentas que de mí recibe?

DORISTO.

Señora, halas sabido de manera  
que con la más florida y gruesa armada  
que ha sentido la mar sobre sus hombros,  
de más lucida gente guarnecida,  
viene a sacarte de este paso estrecho;  
y aun dicen que ha jurado no quitarse  
las armas ni la espada hasta aquel día  
que te lleve en prisión y en sus ciudades,  
triunfando, entre por pintados arcos  
como Aureliano con Cenobia en Roma.

LUCINDA.

Y tú, Doristo, ¿crees que es posible?

DORISTO.

Creo de tu valor gran resistencia;  
pero, señora, cuando seas Cleopatra,  
Felisardo, ofendido, será César.

LUCINDA.

¿Ofendido, me dices, Felisardo?  
¿Luego no soy, Doristo, la ofendida?

DORISTO.

Tuya es, Lucinda, la primera ofensa;  
mas él, en cuanto a Rey, menos te agravia,  
y tú, en cuanto vasalla, más le ofendes.

LUCINDA.

Ahora bien, los agravios tienen fuerza  
de darlas a los débiles y súbditos.  
Un animal, cuando el castigo excede,  
suele volverse contra el dueño mismo.  
No triunfarán de Cleopatra y Cenobia  
Aureliano ni César, [por]que pienso  
ver a mis pies sus triunfos y laureles.—  
Junta, Laurino, mi esparcida gente  
y hágase alarde; apréstense las armas,  
y resistamos esta playa y puerto.

LAURINO.

El tiempo te dará bastante ayuda,  
que en esta parte el mar es riguroso.

LUCINDA.

Mejor lo puede hacer que nuestras armas;  
pero él verá, si espero apercibida,  
qué puede una mujer si está ofendida.

(Entrense. Salgan FELISARDO, CELIO, y un MARINERO.)

FELISARDO. ¡Acosta, acosta, patrón!  
Ea, que tomamos tierra.

CELIO. No sé si el infierno encierra  
tan extraña confusión.

FELISARDO. Con igual desasosiego  
nos aflige su inclemencia,  
que sólo hay de diferencia  
que esta es agua y aquel fuego.

MARINERO. ¡Gracias a Dios que ya estás (1)  
en tierra!

FELISARDO. En ella me entierra,  
¡oh, tierra! En fin, madre tierra,  
eres madre y quieres más.

CELIO. ¡Qué hermosa gente has perdido!  
¡Qué lucida y fuerte armada!

FELISARDO. ¿Qué he perdido? Todo es nada,  
pues con la vida he salido.  
Pésame que aventuré  
la de tantos capitanes.

MARINERO. ¡Oh, malditos huracanes!  
Fortuna desdicha fué.

FELISARDO. La desdicha fué mi armada.  
¡Ah, corto valor del suelo,  
que contra el poder del Cielo  
no pueden los hombres nada!

MARINERO. Sálvese de vuestra alteza  
la vida y piérdase todo.

FELISARDO. Es, consolar de ese modo,  
bárbara naturaleza. [ablande

¡Oh, mar, que no hay quien te  
y hay quien en tus ondas entre!,  
¿cómo te cupo en el vientre  
una máquina tan grande?

Mirando estoy con qué boca  
te tragaste tantas vidas.

CELIO. Mucho del valor te olvidas,  
aquí el ser Rey te provoca.

FELISARDO. Celio, si Jerjes lloraba  
viendo en su ejército vivo,  
porque el tiempo fugitivo

(1) En el texto original, "estamos".



todo cuanto vive acaba,  
 ¿cuánto mejor lloraré  
 si ya le miro acabado,  
 cuyo sepulcro salado  
 sella de la muerte el pie?  
 Pienso entre mí si es castigo  
 del Cielo aqueste tormento  
 por el falso juramento  
 en que a su deidad obligo.  
 Pero yo que juro amé, (1)  
 que, como Sísifo nuevo,  
 la piedra que en hombros llevo,  
 que casta Palas forcé.  
 Otras veces imagino  
 si aquella villana hermosa  
 era de aquel monte diosa,  
 que era su rostro divino.  
 Pues como diosa, en efeto,  
 pudo, alterando la mar,  
 de mi armada contrastar  
 el riguroso decreto.  
 Si esto es así, no sería  
 mal acuerdo el aplacalla.

CELIO. ¿Cómo así?

FELISARDO. Sacrificalla  
 sobre esta playa querría.

CELIO. A una mujer ofendida  
 no hay sacrificio mayor  
 que, con humildad y amor,  
 llevarle el alma rendida.  
 Con esto tendrás vitorias  
 más que hay en el cielo estrellas,  
 que las lágrimas con ellas  
 son obras muy meritorias.

FELISARDO. ¿Sabéis vos aquesta tierra,  
 patrón?

MARINERO. Señor, yo sospecho  
 que es éste aquel paso estrecho  
 blanco de tu incierta guerra.  
 Aquí, sin duda, traías  
 las proas de aquellas naves  
 que con sus arenas graves  
 cubre el mar por tantos días;  
 porque el monte aquí cercano  
 y esta senda entre él y el mar  
 no la hay en otro lugar.

FELISARDO. ¿Qué me dices?

MARINERO. Esto es llano.

FELISARDO. Patrón, ¿que en el campo estoy  
 que guarda aquella enemiga?

MARINERO. Bien es que verdad te diga.

FELISARDO. ¿Qué bueno, a fe de quien soy!—

Celio, ¿no escuchas aquesto?

¿En manos estoy de aquella  
 que así mi honor atropella  
 y en mayor peligro puesto?

¡Oh, pluguiera a Dios que el mar  
 con mi gente me sorbiera!

CELIO. Si has dado en su mano fiera  
 no tienes bien que esperar.

FELISARDO. ¿Es Circe aquesta mujer,  
 que con encanto ha podido  
 traerme donde he venido?

CELIO. Demonio debe de ser.  
 Y espera, que si ver quieres  
 que el patrón dice verdad  
 y que era menos crueldad  
 en el mar que entre mujeres,  
 este es el cartel injusto.

FELISARDO. Espera, veré lo que es.

Hoy me ha traído a sus pies  
 la fortuna por su gusto.

(*Lea el cartel.*)

“Cualquiera caballero o peregrino  
 no pase este camino si primero  
 no firmare que el Rey de Arcadia, indigno,  
 es un (1) traidor y infame caballero,  
 porque le quitarán en el camino  
 no menos que la vida y el dinero.  
 Que esta verdad, y muchas que no cuenta,  
 la agraviada Lucinda la sustenta.”

CELIO. Señor, aquí no hay remedio,  
 si el monte no te le da;  
 éntrate en él, que él está  
 sólo en tu mal de por medio.

FELISARDO. ¿Para esto salí del mar  
 y en la tierra puse el pie?  
 Socorrerme, patrón, fué  
 la vida un hora alargar,  
 porque apenas la cruel  
 me habrá visto, cuando sea  
 su venganza en mí tan fea  
 que fuera más blanda en él.

MARINERO. Ya no hay que entrar en el monte,  
 que con su gente hemos dado.

FELISARDO. ¿Ellos son? ¡Oh, amor pasado,  
 aquí de por medio ponte!

LUCINDA. (Digo que le he conocido.  
 No tenéis que me avisar.

(1) Este verso está errado; pero no adivinamos cómo debió de escribirse.

(1) En la copia anterior de este cartel se dice “vil”.

LAURINO. Qué, ¿queréis disimular?

LUCINDA. Está, Laurino, advertido y todos también lo están.

ALBERTO. ¿Si viene de paz a verte, que acaso te quiere bien?

CORIDON. Aquel venir maltratado, sin gente y desconocido, más es que viene perdido, señora, que enamorado. Que me maten si la mar no desbarató su armada.

LAURINO. Ya desenvaino la espada. Bien podéis todos llegar.) ¿Qué gente?

FELISARDO. Un hombre perdido que aquí llegó derrotado.

LUCINDA. ¿Quién eres?

FELISARDO. Soy un soldado, como lo muestra el vestido. Este un paje y aquél es un barquero, que me dió la tabla que me salvó hasta llegar a tus pies. En ellos pido piedad, y de la fiera malicia del mar venganza y justicia.

LUCINDA. Alzad, gentil hombre, alzad, que no tengo comisión del Cielo ya contra el mar. Ya Dios le mandó encerrar donde sus límites son, y éstos no los ha excedido ni ha llevado a nadie adentro, ni sepultado en su centro quien en la tierra ha vivido; pero a quien se mete en él esto no lo manda Dios que no trate como a vos y se le muestre cruel. ¿Con quién era la jornada?

FELISARDO. Con Felisardo venía.

LUCINDA. (Este, sin duda, es espía, que en el mar tiene su armada.) Yo sé que no se ha perdido.

FELISARDO. Señora, ¡por Dios!, que el mar los acaba de tragar y sepultar en su olvido; y que en una barca yo y este paje hemos tomado puerto en tierra.

LUCINDA. Llegado dirás, que tomado no;

porque no sé yo si el mar te fuera más riguroso.

FELISARDO. No es tu rigor muy forzoso, aunque me quieras matar; porque en un hombre rendido hay tan poco que hacer, que puede cualquier mujer sacar su filo teñido. Y si a ti venir pensara, aunque soy un hombre pobre, toda aquella agua salobre en veneno trasformara.

LUCINDA. Sin bravatas, mi señor, que en rendidos es locura, el que vida no procura no tiene mucho valor; que quien la vida no estima es señal que no es honrado, pues que no la tiene en nada (1) ni el perdella le lastima. Es muy de los afrentados querer la vida perder, y el saberla defender muy de los que son honrados; así que no hay que pensar sino que es orden del Cielo venir a pagar al suelo lo que no se hizo en la mar. Tú eres espía.

FELISARDO. No soy.

LUCINDA. Ahora, pues, yo lo he de ver.

FELISARDO. ¿Eres, acaso, mujer?

LUCINDA. Sí, aunque en este traje estoy.

FELISARDO. Pues debajo de ser dama, haz de mí lo que quisieres, que no es afrenta en mujeres lo que venganza se llama.

LUCINDA. Dalde el libro y firmará lo que le dijere aquí.

FELISARDO. Ya lo que dices leí. Con enojo escrito está. Déjale ya, que si es muerto Felisardo, no le alcanza la infamia de esta venganza.

LUCINDA. ¿Que es muerto?

FELISARDO. Será muy cierto.

LUCINDA. ¿Vístele tú?

FELISARDO. Vi su nave cómo, haciendo un torbellino, al centro de un golpe vino

(1) "Nada" no es consonante de "honrado".

cual baja a la presa el ave.  
 LUCINDA. Pienso que si allí estuviera fuera de mí defendida, porque con aquesta vida tres o cuatro me debiera. Aunque si me las había de pagar como las dos, bien está muerto por Dios, como en la memoria mía.  
 FELISARDO. ¿Luego tú le has olvidado?  
 LUCINDA. ¿No es cosa muy entendida?  
 FELISARDO. No, que el que agravía no olvida; que si agravía está picado.  
 LUCINDA. Ahora bien, yo no disputo de amor, que yo no lo sé.  
 FELISARDO. No pienso yo que Amor fué el que dió olvido por fruto, y este es llano fundamento.  
 LUCINDA. Antes muy posible ha sido, que amor mal agradecido se vuelve aborrecimiento. De un extremo es ordinario el venir a dar en otro; que sea eso, que sea esotro, si fué amor ya es lo contrario. Muestra ese libro. Aquí escribe, sea vivo o muerto sea.  
 FELISARDO. ¡Oh, qué venganza tan fea! A la suya te apercebe.  
 LUCINDA. Pues ¿no dices tú que es muerto?  
 FELISARDO. ¿No habrá quien vuelva por él?  
 LUCINDA. ¿Por un hombre tan cruel? Téngolo por caso incierto. El hombre que ha sido ingrato no deja muchos amigos, y vosotros sois testigos que tuvo el Rey falso trato; y así el Cielo permitió que el mar sin armas le rinda viniendo contra Lucinda, que tantas vidas le dió. ¿Qué fuera de ese villano, si ella al Duque no le oyera el concierto y traición fiera que remedió aquesta mano? Esta, que ¡viven los Cielos! aunque él la verdad impida, que le puede dar más vida que Lisarda le dió celos. Escribe, que me apasiono.  
 FELISARDO. Bien se ha visto que lo estás.  
 LUCINDA. Pues no me repliques más,

que lo demás te perdono.  
 FELISARDO. Ya la pluma apercebí.  
 LUCINDA. "Porque era un vil caballero, falso, infame, lisonjero..."  
 FELISARDO. Ya lo escribo todo así.  
 LUCINDA. Pon que Lisarda, su dama, hablaba con Oranteo.  
 FELISARDO. Entender eso deseo.  
 LUCINDA. Pregúntaselo a la fama. Di que no me merecía y por eso me dejó, que dos vidas le di yo y que él me quitó la mía; y que sabes que de miedo de no entrar en desafío conmigo...  
 FELISARDO. ¡A espacio!  
 LUCINDA. Yo fio que sabes tú que no puedo; que así el alma enojo toma y tanto quiere decir, que se detiene, al salir, como el agua en la redoma. Di que si es vivo es traidor, que miente, es loco, es tirano, es falso, infame, inhumano, indigno de tanto amor. Di...  
 FELISARDO. Poco a poco, señora, que no puedo escribir tanto.  
 LUCINDA. Di también que el Cielo santo quiso castigarle agora; di que es barquero cruel, y tras todo aquesto di que la que esto dice aquí (1) Dile que aunque no me quiere le daré cuanto me pida, y que es suya aquesta vida mientras que Dios me la diere. Di que es un hombre que en él mostró el Cielo su valor, y que si tuviera amor fuera tan bueno como él. Di también que son jüeces los dioses de aquesta fe, y que el día que esto fué le quise abrazar mil veces.  
 FELISARDO. Hazlo así, Lucinda mía. Dame esos hermosos brazos, grillos, esposas y lazos

(1) Falta un verso después de éste.

de mi rebelde porfía.  
 Vencido me ha tu piedad,  
 tu tierno amor me ha vencido.  
 ¿Cómo me has desconocido  
 si es cierta tu fe y verdad?  
 Felisardo soy, ¿qué miras?  
 Yo soy aquese traidor  
 que pagó tan mal tu amor  
 dando crédito a mentiras.  
 El deberte vidas tantas,  
 y ésta que también te debo,  
 no es hacerme cargo nuevo  
 ni hazaña con que me espantas.  
 Que al ver en mujer amor  
 con paga tan afrentosa,  
 es la hazaña más famosa  
 que cupo en mortal amor.  
 Este sólo me ha rendido,  
 no las vidas que me has dado.  
 Contra ti he venido airado  
 y llego a tus pies vencido.  
 Ya es resistirse más  
 ir contra el cielo y la tierra;  
 la tierra al mar me destierra;  
 tráeme el mar adonde estás.  
 Si conoces el valor  
 de un grande arrepentimiento,  
 ¿qué aguarda tu pensamiento?  
 ¡Ay, mi Rey! ¡Ay, mi señor!  
 (Qué poco le ha respondido.)  
 Es del contento el efecto.  
 Guardan las lenguas secreto  
 y hablan las almas de oído.)

(ELPINO, soldado.)

ELPINO. ¿Lucinda está aquí?  
 ALBERTO. Aquí está.  
 ARCANO. ¿Señora?  
 LUCINDA. ¿Qué me queréis?  
 ARCANO. Que del sueño despertéis,  
 pues habéis dormido ya.  
 ELPINO. Esta carta es de Partenio.  
 DORISTO. ¡Gracias al Cielo que vive!  
 LUCINDA. ¿De quién?  
 ELPINO. Tu padre te escribe.  
 LAURINO. ¡Qué valor!  
 ALBERTO. ¡Qué honra!  
 ARCANO. ¡Qué ingenio!

LUCINDA

(Lee la carta.)

“Luego que el Príncipe de Tesea, Felisardo, salió en busca tuya con su armada, el ti-

rano duque Floriberto se alzó con el reino y se llama Rey de Arcadia; y ahora que se dice que es muerto se ha casado con su hermana. Si vuelves con tu gente, en esta ocasión podrás vengar al Rey muerto que no mereciste vivo.—*Tu padre.*”

¿Qué te parece?

FELISARDO. ¡Traidor!  
 LUCINDA. Mira si amarte es verdad,  
 mira en un viejo lealtad  
 a quien quitaste el honor,  
 y mira un hombre que has hecho  
 y del polvo levantado  
 de qué suerte ha declarado  
 la falsedad de su pecho.  
 FELISARDO. Castiga, Lucinda hermosa,  
 el Cielo haberte ofendido;  
 ésta la ocasión ha sido  
 de esta nueva rigurosa.  
 ¡Ah, padre del alma mía!  
 ¿tanta lealtad hay en ti?  
 Muerto me vengas así  
 y yo, vivo, te ofendía.  
 Conserve mi vida el Cielo  
 hasta que a mi mesa vea  
 tus canas honradas.

LUCINDA. Sea  
 no estando el Duque en el suelo.  
 Mi gente está junta aquí  
 y otra tanta hacer podrás;  
 con que, si marchando vas,  
 le podrás echar de allí;  
 que dinero es lo de menos,  
 más que arenas aquí están.

FELISARDO. Si tú vas por capitán  
 y llevas hombres tan buenos,  
 segura está la victoria.

LAURINO. Todos morirán contigo.

FELISARDO. Esta fe de nuevo obligo.

LUCINDA. ¿Romperásla?

FELISARDO. No, mi gloria.

(Váyanse. Entren el DUQUE FLORIBERTO, NICANDRA,  
 hermana del REY; LISARDA y ORANTEO.)

FLORIB. Mientras tuviste esperanza  
 de casarte con el Rey,  
 justa fué tu confianza;  
 tenerle, muerto, esa ley,  
 ¿qué premio, Lisarda, alcanza?  
 Yo soy Rey y no tirano;  
 que si la hermana al hermano  
 en nuestras leyes hereda,



Nicandra por Reina queda  
y que soy su esposo es llano.  
¿De qué sirve que a Oranteo,  
tan deudo del Rey, desprecies,  
haciendo en un muerto empleo  
y que muy casta te precies  
de tu imposible deseo?  
No resistas a mi gusto;  
que fuera de que no es justo,  
puedo forzarte en rigor,  
por ser tu hermano mayor  
y tu Rey.

LISARDA. Y todo injusto.

FLORIB. ¿Qué dices?

LISARDA. Que obedecerte  
tengo por tan duro caso,  
que estimo en menos la muerte.

ORANTEO. Muchas, escuchando, paso  
tu rigor injusto y fuerte.  
¡Ah, Lisarda, que mi amor  
no merezca este favor  
tras tantas penas pasadas!

LISARDA. De que tú me persuadas  
recibo muy gran dolor.

NICANDRA. Ea, hermana; da la mano  
a mi primo, pues ya es muerto  
en la mar el Rey, mi hermano;  
estima lo que es tan cierto  
y deja lo que es tan vano.  
Si hijo y hija tenemos  
estos reinos les daremos  
casándolos a los dos;  
si otra cosa ordena Dios  
el reino dividiremos.

Desde hoy tendrás la mitad.  
Reina eres; ¿qué pretendes?

FLORIB. Lisarda, haz mi voluntad,  
que es tema la que defiendes  
y no firmeza y lealtad.

ORANTEO. Señora, de mí te duele.

LISARDA. (¿Quién se podrá resistir?  
Que la mujer que más puede,  
como una vez llegue a oír,  
rendirse mil veces suele.)

Digo que yo soy tu esposa.

ORANTEO. Dame aquesa mano hermosa,  
pues tanto con ella gana.

(Un PAJE entre.)

PAJE. A besar vienen tu mano  
los Grandes.

NICANDRA. Es justa cosa.  
Síntese mi hermana aquí,

y que le hagan, diréis,  
la misma honra que a mí.

(*Siéntense los cuatro. LIRENO, TEBANO y otros.*)

LIRENO. Muchos años os gocéis,  
y el reino lo dice así.

TEBANO. Los dioses a bien reciban  
este divino concierto  
en que estas paces estriban.

LIRENO. ¡Vivan nuestros Reyes!

TODOS. ¡Vivan!

FLORIB. ¿Quién?

LIRENO. Nicandra y Floriberto.

(*Uno entre; vanle besando las manos.*)

PAJE. Dos caballeros armados  
piden, para entrar, licencia.

FLORIB. ¿Armados?

PAJE. Y rebozados.

ORANTEO. ¿Con armas piden licencia?

TEBANO. Es plática de soldados.

FLORIB. ¿Vienen solos?

PAJE. A la puerta  
gente alguna los aguarda,  
mas armada y encubierta.

FLORIB. Pues ¿dónde estaba mi guarda?

PAJE. Todos estaban alerta;  
mas dicen que fiesta es.

FLORIB. ¿Fiesta?

PAJE. Y muéstranse entre tanto  
dos a dos y tres a tres,  
que dan a palacio espanto.

ORANTEO. Ya entran.

(*LUCINDA y FELISARDO, armados y con rebozos.*)

FELISARDO. Danos tus pies.

FLORIB. Mis brazos os quiero dar.  
¿A qué venís de esa suerte?

FELISARDO. A quitar de este lugar  
traidores.

FLORIB. Daldes la muerte.

(*Metan mano.*)

LUCINDA. ¿Hola? Bien podéis entrar.

(*Entren LAURINO, DORISTO, CORIDON y CELIO.*)

LAURINO. Teneos al Rey, traidores.

FLORIB. ¿A qué Rey, si el Rey es muerto?  
Aquí están sus sucesores.

FELISARDO. Mientes, Floriberto,  
y que está vivo no inores.

FLORIB. Esta es traición de Ricardo  
por que el reino se le rinda.

FELISARDO. Duque, yo soy Felisardo.

FLORIB. ¡Felisardo!

LUCINDA. Y yo Lucinda.

FLORIB. (¡Muerto soy!)

ORANTEO. (La muerte aguardo.)

LAURINO. Dense todos a prisión,  
que traigo cuatro mil hombres  
debajo de mi pendón.

FLORIB. Basta, Capitán, que nombres  
al Rey, que aquí no hay traición.

LAURINO. ¿Cómo no?

FLORIB. Que fuese muerto  
se tuvo aquí por muy cierto.—  
Vuestra alteza me perdone  
v mi pensamiento abone.

FELISARDO. ¿En qué, traidor Floriberto?

FLORIB. Tu hermana heredó en tu muerte;  
caséme con ella, y fué  
su gusto, y de aquesta suerte  
con ella Rey me llamé.  
Ahora dame la muerte.

NICANPRA. Esto, Felisardo, es bien  
que creas, y que disculpes  
a tu Lisarda también.

FELISARDO. Ya no es tiempo que la culpes  
de agravio ni de desdén.

Yo sé que amaba a Oranteo.

LISARDA. Sabe Dios que me ha forzado  
después que tu muerte creo.

FELISARDO. Lisarda, ya estoy casado  
cuando casada te veo.  
No me abone tu intención,  
si aquesto no fué traición  
o que lo sea no importa,  
que en los rendidos no corta

mi espada ni mi razón.

Ya, cogido Floriberto  
al sagrado de mi hermana,  
de mi perdón está cierto.  
Vuestra Reina soberana  
es Lucinda, esto os advierto.  
Su viejo padre llamad;  
venga luego a la ciudad,  
sea mi Gobernador,  
que yo sé que su valor  
iguala a su calidad.

Laurino y estos soldados  
gocen de toda mi tierra  
ricos títulos y Estados,  
y en mi Consejo de Guerra  
queden con su voto honrados.  
Hago marqués de Liceo  
a Celio, y a mi Lucinda,  
reina de cuanto poseo.

LUCINDA. No hay de que parias te rinda,  
pues sabes tú mi deseo  
de ser tuya, y ser quisiera  
todo el mundo para darte  
el mundo.

FELISARDO. Si mío fuera,  
sin tomar sola una parte  
todo a tus pies le pusiera.  
Mil veces debo la vida  
a tus manos.

LUCINDA. Más rendida  
quedo con haberme honrado.

FELISARDO. Y aquí, discreto senado.  
se acaba *La Fe rompida*.

FIN DE LA COMEDIA DE *La Fe rompida*.

# COMEDIA FAMOSA DE LAS FERIAS DE MADRID

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

GUILLERMO, *bohonero.*

PIERRES, *bohonero.*

LUCRECIO,

ADRIÁN, } *caballeros.*

CLAUDIC,

BELARDO, *viejo.*

VIOLANTE, *dama, su hija.*

PATRICIO, *su marido.*

Dos MUCHACHOS.

Un MUCHACHO que ven-  
da *aguardiente.*

Tres VILLANOS.

ROBERTO,

LEANDRO, } *caballeros.*

ALBERTO,

EUFRASIA, *dama.*

TEODORA, *su criada.*

EUGENIA, *dama.*

Un ESCUDERO *viejo.*

ISTIRO, *lacayo.*

Un LADRÓN.

Un ALGUACIL.

[ESTACIO, *paje.*

FREGONA.

HONBRE, *embozado.*

MORENO,

Dos CRIADOS.]

## JORNADA PRIMERA

(Salen GUILLERMO y PIERRES, *bohoneros.*) (1)

GUILL. ¿Que en esa acera pusiste  
tu aparato y tienda, Pierres?  
Guarda que el lance no yerres  
que en la de enfrente tuviste.  
No te fué mal otros años  
con el puesto que te di.

PIERRES. Antes, por ganar, perdí;  
hay un provecho y mil daños.

GUILL. Pues la luz, ¿no es de importancia?

PIERRES. Sí, pero tiene aquel lado  
descubierto y me han robado  
la mitad de la ganancia.

GUILL. ¡Qué bien nos dió de comer  
el amigo!

PIERRES. ¡Largo cuenta!

A fe que tiene pimienta,  
pero no para beber.  
Conocéle yo en Amberes,  
pobre y de bellaco talle,  
que vendía por la calle  
hilo, antojos y alfileres,  
y agora está rico a costa  
de nuestras pobres haciendas.

GUILL. ¿Descubriremos las tiendas?

PIERRES. Ganar quieres por la posta.

GUILL. Mañ me fué por la mañana.

PIERRES. Descubre, que dió la una.

GUILL. Espero mejor fortuna  
si esta tarde no se gana.

(Descubren las tiendas, y sale LUCRECIO.)

LUCRECIO.

¡Oh, pesia tal con el pesado yugo,  
que a fuerza quiere ya romper el cuello  
y que ha de ser un vulgo mi verdugo!

Colgada veo de un sutil cabello  
toda la fuerza del cabello mío.

¡Rómpase ya, que gusto de rompello!

Maldiga Dios aqueste desvarío  
de ferias o de diablos, que me tiene,  
antes que éntre el invierno, helado y frío.

Todos los años por aciago viene  
la fiesta de este santo, como martes,  
y para todos es fiesta solene.

(Sale ADRIÁN.)

ADRIÁN.

¿Usase, por ventura, en otras partes  
aquesta negra feria o borrachera,  
grande invención de un bachiller en artes?

Paréceme esta plaza a la quimera,  
compuesta de oro, paños y cebollas:  
aquí cuelga un tapiz; allí, una estera.

También se venden perlas como pollas,  
y como rica seda, verde esparto,  
camas de campo y coberteras de ollas.

(1) Así en el texto; pero lo más común era es-  
cribir "buhonero", y así lo hace también esta come-  
dia más adelante.

LUCRECIO.

¿Dónde bueno, Adrián?

ADRIÁN.

Cansado y hartó.

LUCRECIO.

¿De ver la feria?

ADRIÁN.

Más de huír la feria.

LUCRECIO.

¿Huír? ¡Mala señal!

ADRIÁN.

No tengo un cuarto.

LUCRECIO.

¡Por Dios, que ha sido general miseria!  
En cueros he quedado.

ADRIÁN.

Así nacistes;

tendréis menos calor.

LUCRECIO.

Y más laceria.

Contadme, pues, las ferias que le distes  
a la señora doña...

ADRIÁN.

Quedo; basta,

no la nombréis.

LUCRECIO.

¿Parece que la vistes?

ADRIÁN.

Dile de ferias una gran canasta.

LUCRECIO.

¿Qué tantas fueron?

ADRIÁN.

No, la cesta sola.

LUCRECIO.

Empeñado quedáis.

ADRIÁN.

Mucho se gasta.

LUCRECIO.

¡Ah, quién fuera serpiente que la cola  
metiera en los oídos al encanto  
de un "Dadme ferias, dadme ferias"! ¡Hola!

¿Qué es aquesto, señor? ¿Dice algún santo,  
algún doctor, algún antiguo o nuevo,  
que esto tenga razón?

ADRIÁN.

De vos me espanto.

¿No lo recibe el vulgo? Yo lo apruebo,  
que pone leyes como el rey.

LUCRECIO.

¡Ah, carga  
de vil pobreza, que a los hombros llevo!  
Reciba el vulgo que la calza larga  
llegue al tobillo, y la camisa, al hombro  
adobada y tiesa, que parezca adarga;  
y los sombreros, como yo los nombro,  
panes de azúcar, y que chico y grande  
se igualen en vestir, que no me asombro,  
todo lo sufro bien; pero no mande  
que la feria de aquel que compra y vende  
tan recebida entre mujeres ande.

Si el otro vende y compra, no se entiende  
que, porque él lo dé sin alcabala,  
aquella ley aquésta comprehende.

Si mi dama quiere alguna gala,  
para dársela yo, ¿qué es de importancia  
que lo mande la feria?

ADRIÁN.

Es ley.

LUCRECIO.

Es mala.

Feria, ¿qué dice?

ADRIÁN.

Pueblos son en Francia,  
¡por Dios!, que habéis de dar o ser un necio.

LUCRECIO.

Por dar lo soy.

ADRIÁN.

Apruebo la ignorancia.

LUCRECIO.

El que la hacienda tiene a menosprecio,  
gaste, deshaga, trueque, cambie, corte,  
aquesto compre, aquello ponga en precio;  
pero el que vive, como yo, en la Corte  
de sólo su milagro, ¿no es forzoso  
que en dar lo que no tiene se reporte?

ADRIÁN.

¡Por Dios, que andáis, Lucrecio, escrupuloso!  
¿Con el vulgo os tomáis?



LUCRECIO.

¿Pues no?

ADRIÁN.

Dejadle,

que es monstruo de mil formas espantoso.

Confieso yo que os quieran y de balde, si aquesto puede ser, que en amor puede, y tiene la pobreza el padre alcalde.

Y cuando tanto bien se le concede al pobre enamorado, que su dama de sólo puro amor pagada quede.

¿No veis? Que sale el pajecillo, el ama, la vecina, la deuda, hermana o prima, con quien ha de cobrarse nueva fama.

Y que como a las tales no lastima el regalo que hacéis a la parienta, y cada cual el interés estima,

si no las contentáis, está la cuenta tan en la mano y la ocasión tan cierta, que habéis de veros en notable afrenta.

Luego, la moza que os abrió la puerta, os la cierra con mil inconvenientes y en todo un año no la halláis abierta.

La hermana dice luego que las gentes murmuran de aquel hombre, y que es mal hecho abrir la boca a tantos maldicientes,

y que es hombre galán, mas tan estrecho como de la cintura del dativo,

y que es un hombre honrado y sin provecho,

y que hay otros cien mil, y algún cautivo, hombre de gusto, honor, hacienda y talle, que en dar la suya no se muestra esquivo.

Una y otra comienzan a alaballe, y alábanle de suerte, que en dos días le dejan sin la dama y en la calle,

donde, si hacéis más llanto que Macías, se han de reír de vos.

LUCRECIO.

Amigos vienen.

(Salen CLAUDIO y ROBERTO.)

ROBERTO.

Podéisles dar algunas niñerías.

CLAUDIO.

De estas que ahora los buhoneros tienen.

ROBERTO.

Así me lo parece.

CLAUDIO.

Que otras tiendas, ni por el pensamiento me convienen.

Tengo empeñadas por Madrid mil prendas por esta negra...

ROBERTO.

¡Paso!—¿Qué hay, amigos? Bien es que tal lugar le reprehendas.

[LUCRECIO.]

Roberto, ¿cuándo fuimos enemigos del señor Claudio?

CLAUDIO.

Nunca tal, por cierto; antes mis secretarios y testigos.

ADRIÁN.

Bésoos las manos.

CLAUDIO.

Juego al descubierto con gente honrada.

LUCRECIO.

A lo menos, vuestra.—¿Qué habéis feriado?

CLAUDIO.

Dígalo Roberto.

ROBERTO.

Muy poco o nada, que en la casa nuestra han hecho las mujeres voto expreso de no pedillas.

LUCRECIO.

¡Virtuosa muestra!

CLAUDIO.

Si va a decir verdades, pierdo el seso por unos ojos de una rebozada, y aquí se me ha perdido.

ADRIÁN.

¡Bueno es eso!

CLAUDIO.

Yo sé que es buena ropa y que me agrada, y a fe que, si la encuentro, que sospecho que ha de volver con ferias y obligada.

ADRIÁN.

Si por ventura somos de provecho, iremos en su busca.

CLAUDIO.

Enhorabuena, que a todo llevo descubierto el pecho.

LUCRECIO.

¿Adónde la perdistes?

CLAUDIO.

Iba llena

esa calle Mayor de cortesanos,  
y allí se me perdió.

ADRIÁN.

Pues no os dé pena:  
moved los pies y aparejad las manos.

*(Vanse, y sale EUFRASIA, dama, y TEODORA, criada suya, con mantos y rebozo; un ESCUDERO viejo con ellas.)*

EUFRASIA. ¿Cómo haremos, Teodora,  
para engañar este viejo?

TEODORA. ¿Cómo? Tomando el consejo  
que ayer te dije, señora.

¡Maldito sea, y qué necio!

¡No se hiciera perdedizo!

ESCUDERO. (¡A fe que está llovedizo!  
¡No tiene un pantuflo precio!

Como salen del calor,  
daña mucho la humedad.)

EUFRASIA. (¡A fe que dices verdad;  
eso será lo mejor.)

¡Ah, Juan Francisco!, ¿no oís?

ESCUDERO. No oigo a vuestras mercedes.

EUFRASIA. ¿Cómo?

ESCUDERO. Quitánme el Paredes,  
el Mendoza y el Solís.

En otras casas me honraban:  
llamábanme todo el nombre.

EUFRASIA. (¡Qué pesado que es el hombre!)

TEODORA. Por cierto, necias andaban.—  
Hacéis, mi señora, ultraje.—

¿No basta un nombre decir?

ESCUDERO. Huélgase el hombre de oír  
lo bueno de su linaje;  
siempre el bien hablar se estima.

EUFRASIA. Andad por mi prima luego.

TEODORA. (¡Qué sosiego!)

ESCUDERO. ¿Qué sosiego?  
¿Por su prima?

EUFRASIA. Por mi prima.

ESCUDERO. ¿Estará agora en su casa?

EUFRASIA. Si no estuviere, no venga,  
y si está, no se detenga.

ESCUDERO. ¿No ve la gente que pasa?  
Harále mal al preñado.

EUFRASIA. ¡Anda con la maldición!

ESCUDERO. ¡Harto buenas ferias son!

TEODORA. Por ellas está enojado.

Dale sus ferias, señora.

EUFRASIA. Tomad esos cuatro reales.

ESCUDERO. ¡Ellos son de manos tales!—  
¡Dios te lo pague, Teodora!—  
Agora voy en un brinco.  
¿Dónde aguarda?

EUFRASIA. En San Miguel.

ESCUDERO. Quede con ella.

TEODORA. Y con él  
vaya él mismo.

ESCUDERO. Y otros cinco.

*(Vase el ESCUDERO.)*

EUFRASIA. Qué, ¿se fué? ¡Gracias a Dios!  
A solas hemos quedado.

TEODORA. El parte bien descuidado.  
¿Qué habemos de hacer las dos?

EUFRASIA. Meternos entre esa gente,  
donde aquéste no nos halle.

TEODORA. Echemos por esta calle  
a aquellas tiendas de enfrente.

EUFRASIA. ¡Buena está la ropería!

TEODORA. ¡Qué hermoso manteo aquél!  
¡A fe que hiciera por él  
cualquiera bellaquería!

EUFRASIA. ¿Sirviérasme de alcahueta?

TEODORA. ¿Hay en él para los dos?

EUFRASIA. Yo ruin y la manta vos.

TEODORA. ¡Ay, señora, qué discreta!  
¡Bienhaya quien te parió!  
¡Con razón te sirvo y amo!

EUFRASIA. Ya llega gente al reclamo.

TEODORA. De aquesos ojos salió.  
¡Por tu vida, mi señora,  
que no seas boba! Tomemos  
lo que nos dieren, pues vemos  
tan buena ocasión agora.

EUFRASIA. Tengo lo que he menester,  
y, al fin, si vengo a tomar,  
he de obligarme a pagar.

TEODORA. Todo lo puedes hacer.  
¡Por mi alma que eres necia!  
Si no quieres para ti,  
déjame tomar a mí,  
que soy pobre y no Lucrecia.  
¿No harás bien a tu criada?  
¿No es mejor, aunque porfías,  
que te sobren niñerías  
y no que te falte nada?

EUFRASIA. ¡Ay, Teodora, mi marido!

TEODORA. ¿Por dónde?

EUFRASIA. Vesle, allí viene.

TEODORA. Que te encubras te conviene,  
pues no sabe que has salido.

EUFRASIA. Ya sabes la necedad  
de sus celos ordinarios.

(Sale ALBERTO, caballero, y ISIDRO, lacayo.)

ALBERTO. A fe que son necesarios  
dineros en cantidad.—

¿Salió fuera tu señora?

ISIDRO. Cuando salí quedó en casa.

ALBERTO. ¿Buena es la ropa que pasa!

EUFRASIA. (Este me conoce ahora.)

ALBERTO. ¿Estos son los bellos ojos!

¿A fe que el manto es bizarro!

¿Para qué tanto desgarró?

¿Para qué conmigo enojos?

¿Soy registro del lugar?

(¿Conózcola, vive Dios,  
y aun sospecho que a las dos!

ISIDRO. ¿Podémosla pellizcar!)

Diga, señora cuñada...

TEODORA. ¿Cuñada? ¿Han visto el picaño?

ISIDRO. Oyete, Mateo de hogañó...

TEODORA. Daréle una bofetada.

ISIDRO. Si mi señor se concierta,  
luterana, has de estar  
mano sobre mano, o dar  
gritos en la casa, puerca.  
Echa fuera esa limpieza,  
¡bien haya quien te parió!,  
y daréte ferias yo.

TEODORA. No me quiebre la cabeza.

ALBERTO. En eso no ha de parar.

Daré ferias; daré, digo;  
más Pedro soy que Rodrigo:  
sé dar y tengo qué dar.  
Lleguemos a aquella tienda.

EUFRASIA. Enhorabuena, lleguemos.

(Teodora, ¿qué tomaremos?

TEODORA. Cuanto hubiere que se venda.)

ALBERTO. Llama ese gabacho, Isidro.

ISIDRO. ¿Duerme, buen hombre?

PIERRES. Aquí estoy.

ISIDRO. Ahora es cuando te doy  
cuatro sortijas de vidrio.

PIERRES. ¿Qué quiere vuesa mercé?

EUFRASIA. Alcanzad esa cadena.

ALBERTO. ¿Es oro?

PIERRES. Oro y plata.

EUFRASIA. ¿Es buena?

La cadena tomaré.

Denme un espejo.

ALBERTO. ¿Un espejo?

Pero éste dárosle tengo  
si os miráis...

EUFRASIA. Soy fea y vengo  
revuelta; no os lo aconsejo  
después de las ferias dadas,  
porque la gana no os quite.

ALBERTO. (Su discreción me derrite.)  
Serán muy bien empleadas.

ISIDRO. (¿Qué tierno está mi señor!)

TEODORA. (De sus mismas carnes como.)

EUFRASIA. Aquestas sortijas tomo.

PIERRES. Mirad que tienen valor,  
que son las piedras rubís.

ALBERTO. Antes en mano tan noble  
valdrán las piedras al doble.

EUFRASIA. Por cierto, bien lo decís.

ALBERTO. ¿Aún no veremos la mano?  
Mostrad; ¿por qué la escondéis?  
¿Qué buena mano tenéis!

TEODORA. ¿Dame ferias, borrachuelo,  
si acaso vengo contigo!

ISIDRO. ¿Qué digo, monsiur, qué digo?  
¿Tiene acaso un morteruelo?

EUFRASIA. (Tápate bien.

TEODORA. Bien estoy.

Calle, que están deslumbrados.)

ALBERTO. ¿Tenéis guantes?

PIERRES. Extremados.

TEODORA. Dame ferias.

ISIDRO. No, me voy.

(Sale EUGENIA, dama, y ESTACIO, paje.)

EUGENIA. ¿Dónde tu amo quedaba?

PAJE. Calzando una bota justa,  
y que te acompañe gusta.

EUGENIA. (¿Qué bien ocupado estaba!)  
¿Y mandó que no saliera  
si tú no venías conmigo?

PAJE. Más se guarda siendo amigo  
que si tu marido fuera.  
Témese de la ocasión,  
que hoy es día de juicio.

EUGENIA. ¡Mal me conoce Patricio.

PAJE. Es hombre y tiene afición.  
Una feria suele hacer  
en diversos corazones  
mil cartas de obligaciones.

EUGENIA. Antes las suele romper.

PAJE. Esa razón lo confirma;  
que, porque se rompe allí,

se viene a firmar aquí.  
 EUGENIA. ¡Con buena pluma lo firma!  
 ¡Todo lo vence interés!  
 Ahora bien: si alguien saliere  
 y buenas ferias me diere,  
 ¿dirásseló tú después?  
 PAJE. Dirélo sin falta alguna:  
 soy fiel a mi señor.  
 EUGENIA. De esa lealtad y temor  
 nace tu pobre fortuna.  
 ¿Y si la mitad te doy  
 de lo que alguno me diere?  
 PAJE. Resistiré si pudiere.  
 EUGENIA. ¿Y si no?  
 PAJE. Perdido soy.

(Salen LUCRECIO, ADRIÁN, y ROBERTO, y CLAUDIO.)

CLAUDIO. En efecto, no parece.  
 ROBERTO. Todo la gente lo encubre.  
 LUCRECIO. ¡Qué buen lance se descubre!  
 ADRIÁN. ¡No es peor el que se ofrece!  
 CLAUDIO. Hacia las tiendas se llega;  
 cojámosla en medio, pues.  
 ROBERTO. ¿Es Fabia?  
 ADRIÁN. Sí, Fabia es.  
 LUCRECIO. ¡No es, por Dios!  
 ROBERTO. Claudio se pega.  
 ADRIÁN. Bien hace; tiene dinero.  
 EUFRASIA. Aqueste espejo me agrada;  
 hace la toca delgada;  
 es señal que es verdadero.  
 ALBERTO. ¿Que no os he de ver la cara?  
 ¡Ello va en desgracia mía!  
 ISIDRO. ¿Llamaste Juana o Lucía?  
 TEODORA. No me llamo sino Clara.  
 ISIDRO. Pues Clara, no andes a oscuras;  
 las cintas te pagaré  
 como te agrade mi fe.  
 TEODORA. Tarde engañarme procuras.  
 (¡Que no nos han conocido!)  
 CLAUDIO. ¡Ea, aquesta dama es mía!  
 EUGENIA. ¿Vuestra? ¿Cómo?  
 CLAUDIO. Por un día.  
 ADRIÁN. (¡Buena elección ha tenido!)  
 LUCRECIO. Dama, habéis sido hechicera.  
 EUGENIA. ¿Cómo?  
 LUCRECIO. Muy bien escogistes,  
 porque la bolsa le vistes.  
 ADRIÁN. Y que no lo mismo fuera;  
 al fin, entre todos vió  
 al que tenía dineros.

ALBERTO. ¿Que, al fin, no tengo de veros,  
 mi vida?

EUFRASIA. Digo que no;  
 pero seguidme y sabréis  
 mi casa.

ALBERTO. ¿Estáis bien pagado?

PIERRES. Sí, mi señor, y obligado  
 a la merced que me hacéis.

ALBERTO. Pues vamos, señora mía.

EUFRASIA. Venid conmigo.

ISIDRO. ¡Ea, boba,  
 mándame como a tu escoba,  
 que eres más clara que el día!

(Vanse ALBERTO y EUFRASIA, y TEODORA y el LACAYO.)

CLAUDIO. ¿Este espejo os contentó?

EUGENIA. Paréceme bien.

CLAUDIO. Tomalde.—  
 ¿En cuánto?

GUILL. En doce, es de balde;  
 un escudo me costó.

¡Estoy para hacer dineros!

CLAUDIO. ¿Hay sortijas?

GUILL. ¡Y qué tales!  
 Estas son a veinte reales.

CLAUDIO. ¿Queréisnos dejar en cueros?

ROBERTO. ¿Qué más valieran de oro?

GUILL. De oro no valen tanto.

CLAUDIO. Ello es feria; no me espanto.  
 (¡Echemos la capa al toro!)

LUCRECIO. (A la del niño echo el ojo.

EUGENIA. ¡Qué gracioso está el muchacho!

ADRIÁN. Entretenedme el gabacho  
 mientras que cuatro le cojo.)

ROBERTO. Hareos pala si partís.

EUGENIA. Esta del fénix me agrada.

CLAUDIO. Debéis de andar abrasada.

EUGENIA. ¿Esto es ámbar?

GUILL. Ambar gris.

EUGENIA. ¡Buena sarta! Al fin me agrada.

(Sale un LADRÓN.)

LADRÓN. ¡Mal me va con esta feria!

El mayor lance es miseria:

ni hurto, ni medro nada.

En el hábito villano

suelo en otras hacer robos;

pero en la Corte no hay bobos:

anda el dinero en la mano,

y si anda en la faldriquera,

es al lado de la espada,



adonde está más guardada  
que si mil llaves trajera.  
No hay invención de provecho;  
de hambre muere el hurtar  
después que han dado en usar  
aquestos golpes del pecho.  
Llegar quiero a aquella tienda.)

CLAUDIO. Veros tengo, pues yo soy  
el que estas ferias os doy.

EUGENIA. Sea que nadie lo entienda.  
Mirad que no soy, a fe,  
muy fea. ¿Parézcóos mal?

CLAUDIO. No sois, a fe, sino tal  
como yo os imaginé.

LUCRECIO. ¿Qué quiere, señor galán?

LADRÓN. Mirar, señor.

ADRIÁN. Mire, amigo.

CLAUDIO. Roberto, mirad que os digo,  
;vive Dios!, que es un caimán.  
No sé qué tengo de hacer;  
de mal se me hace pagar,  
que éstos me pueden gritar  
si la acertasen a ver.  
Es un demonio.

ROBERTO. ; Por Dios,  
que me habéis hecho reír!

LADRÓN. (Yo hice mi lance: a huir.) (1)

(Vase.)

LUCRECIO. (¿Qué están hablando los dos?

ADRIÁN. Pedirále algún dinero.)

ROBERTO. (Dos remedios serán buenos.  
Decilde que echastes menos  
la bolsa...

CLAUDIO. Tomo el primero,  
que sin falta es el mejor.  
Tomá, que os la quiero dar;  
que vos la podéis guardar,  
no nos entiendan la flor;  
porque yo sacaré el lienzo  
y haré que me la han hurtado.

ROBERTO. Mostrad.

CLAUDIO. Si está en este lado,  
haced cuenta que comienzo.  
Pero esperad, ; por Dios vivo,  
que no parece!

ROBERTO. ¿Qué, qué?

CLAUDIO. Aquí la metí, y no sé...

ROBERTO. Cosa que os suceda al vivo...

CLAUDIO. ; Por Nuestro Señor, Roberto,  
que ha sido al pie de la letra!

LUCRECIO. (1) Mucho el gabacho penetra;  
que os ha de ver, estoy cierto.

[CLAUD.] ¿No es bueno, señor Lucrecio,  
que en este punto me han dado  
golpe a la bolsa y sacado  
dinero y cosas de precio?

LUCRECIO. ¿Cómo, cómo?

CLAUDIO. Treinta escudos  
y dos sortijas me lleva.

EUGENIA. (Apostaré que me prueba.)

ADRIÁN. Habéisnos dejado mudos;  
aunque, si digo verdad,  
pienso que os arrepentistes  
de las ferias que le distes.

CLAUDIO. ; Qué graciosa necesidad!  
Juro a Dios solenemente  
que me llevan lo que digo.

ROBERTO. Ahora, estando conmigo.

LUCRECIO. ; Roberto estaba presente!—  
; Alto!, esto es hecho; reíos.  
; Veís que me estoy yo ahorcando  
y estáis riendo y burlando!  
; No fueran dineros míos!  
Siempre tuve aquesta dicha.  
; Ah, pesia...!

ADRIÁN. ; Tened, por Dios,  
que aquí quedamos los dos  
a suplir vuestra desdicha!  
No digo a dar el dinero,  
sino a pagar lo comprado.

CLAUDIO. (Quedaré, ; por Dios!, medrado;  
yo soy lindo majadero.)

ADRIÁN. Ahora bien, porque esta dama  
desconsolada no vuelva,  
uno de dos se resuelva.

LUCRECIO. (Apostaré que me llama.)  
; Decíslo, Adrián, por mí?

ADRIÁN. Pues ¿por quién?

LUCRECIO. No tengo blanca.

ADRIÁN. La dama me queda franca.

¿Pagaré por Claudio?

LUCRECIO. Sí.

ADRIÁN. ¿Qué monta lo que ha tomado?

CLAUDIO. Cinco escudos.

ADRIÁN. Esos son.—

Tomaré la posesión.

LUCRECIO. Tomadla, si habéis pagado.

(1) En el texto dice "ayer", que no rima ni hace sentido.

(1) Así en el texto; pero más propias son de ROBERTO estas palabras.

ADRIÁN. ¿Sabré de vuesa merced  
la casa, con su licencia?

EUGENIA. No os puedo hacer resistencia.

ADRIÁN. Recibirélo en merced.—  
Aguárdenme por ahí,  
que vuelvo al punto.

ROBERTO. En buen hora.

EUGENIA. ¿No vamos?

ADRIÁN. Vamos, señora.  
¿Por adónde?

EUGENIA. Por aquí.

ADRIÁN. ¿Es vuestro este gentil hombre?

EUGENIA. Mío es; no tengáis pena.

ADRIÁN. Vamos muy enhorabuena.

PAJE. En merced os tengo el nombre.

CLAUDIO. ¡Bueno he quedado, por Dios,  
sin dineros y sin dama!

LUCRECIO. De pícaro tenéis fama;  
esto para entre los dos.  
Por no pagar lo fingistes.

CLAUDIO. ¡Oh, pesía tal!

LUCRECIO. No os matéis.

CLAUDIO. ¿Decís que no lo creéis  
y juraré que lo vistes?

*(Entran tres VILLANOS con sombreros hiltanados,  
y dos MUCHACHOS con palos.)*

VILL. 1.º ¡El diablo es este Madril!  
¡Voto al sol, que hay mala gente!

VILL. 2.º Desde que entré por la puente,  
ha andado el diablo sutil.  
Guarda bien las faldriqueras,  
que hay ladrones de ventaja.

VILL. 3.º Compadre, ¿compraste raja?

VILL. 1.º Sí.

VILL. 3.º ¿De cuál?

VILL. 1.º De las primeras.

VILL. 2.º La de las Navas, verdosa.

VILL. 3.º ¡Es muy bonita mezcilla!

VILL. 2.º ¡Por Dios, Cosme, la pardilla  
me pareció milagrosa!

MUCH. 1.º (Llegad vos por aquel lado.)

MUCH. 2.º Pues, compadres, ¿cómo va?  
¿Habemos feriado ya?

VILL. 3.º Pardiez, poco se ha feriado.  
¡Oh, pésete mi linaje!—  
¿Quién me dió?

CLAUDIO. (Quedo, ¿no veis?)

LADRÓN. ¡Paso, no lo alborotéis!

ROBERTO. ¡Buena es la intención del paje!

VILL. 2.º ¡Qué palo me han sacudido!

MUCH. 2.º ¿A cómo van los sombreros?

¿Bravo casco!

VILL. 1.º Son groseros.  
(Las espaldas me han rompido.)

MUCH. 1.º ¿No compraste boleados  
de la horma segoviana?

VILL. 3.º ¡Compré el diablo!

MUCH. 2.º Es fina lana,  
y los negros extremados;  
pero máchanse en lloviendo.  
Los contrahechos me agradan.

VILL. 2.º Y a mí los palos me enfadan,  
que esté callando y sufriendo.  
¿Vos veis aqueste embeleco?

CLAUDIO. (¡Oh, cómo el paje es picaño!  
¡Bien disimula!)

VILL. 1.º Es de hogaño.  
¿Veis quién nos da?

VILL. 3.º Siento el eco.

ROBERTO. (¡De risa estoy reventando!)

MUCH. 2.º ¡Bonica está la faldilla!  
¿Cuánto cuestan?

VILL. 3.º Con toquilla,  
catorce. ¿Estánse burlando?  
¿Son ellos, diga?

MUCH. 1.º ¿Y son malos?

VILL. 2.º Los que el sombrero os vendimos.

VILL. 3.º (¿No son de quien recibimos  
aquesta limosna en palos?)  
Lorenzo, vamos de aquí.

VILL. 1.º Lleguemos a aquella tienda.

VILL. 3.º ¡Verá que el diablo lo entienda!  
(¿Son duendes?)

VILL. 1.º Creo que sí.)

LUCRECIO. (¡Qué primor tiene el bellaco!  
¡Bravamente les sacude!)

ROBERTO. ¡Cómo a responderle acude!)

VILL. 3.º ¿Tenéis cintas?

GUILL. Ya las saco.

*(Sale ADRIÁN.)*

ADRIÁN. ¡Buen lance habemos echado!—  
Claudio, consolaos conmigo.

LUCRECIO. (Contento viene el amigo:  
debe de haber negociado.)

ADRIÁN. ¡Ah, mujeres embaidoras,  
lleve el diablo quien se fía  
de vuestra...

ROBERTO. ¡Paso!

LUCRECIO. Estaría  
hecha Lucrecia seis horas.  
¿Es por aquesto el enojo?

ADRIÁN. ¿Por aquesto había de ser?

Hame echado la mujer  
el agraz dentro del ojo.

CLAUDIO. ¿Cómo así? ¿Salió muy fea?

ADRIÁN. Ya sólo en eso parara,  
que nunca la nueva es cara,  
por desollada que sea.

ROBERTO. Pues ¿qué? ¿Topóla el marido?

ADRIÁN. Vuelas mercedes querrán  
fisgarme.

LUCRECIO. ¿Vióla el galán?

¿Han por ventura reñido?

CLAUDIO. ¿Hablaréis para otro año?

ADRIÁN. Dejemos aparte enojos;  
aunque me fisguen los ojos,  
les he de contar mi daño.  
¿Desde cuándo acá la casa  
de enfrente de San Ginés  
tiene dos puertas?

LUCRECIO. ¿No es  
la que a nuestra calle pasa?

ADRIÁN. La propia.

LUCRECIO. Pues bien...

ADRIÁN. Pues bien,  
no ha sido sino muy mal.  
Entramos en el portal,  
y el gentil hombre también.  
Díjome: "Señor galán,  
yo subo a ver una amiga;  
cuanto una palabra diga,  
me esperad en el zaguán."  
Yo, como de la salida,  
la entrada no había sabido,  
quedéme allí divertido,  
paseando la comida.  
Como tardaban, a un hombre  
de casa le pregunté  
por la que arriba no fué  
y por el buen gentil hombre.  
Dijéronme: "No pararon,  
que así como aquí vinieron,  
por esa puerta salieron  
y a esotra calle pasaron;  
y aun a fe que iban burlando,  
y ella dijo al escudero:  
"¡Bueno queda el majadero!"  
Y, al fin, quedéme majando.

CLAUDIO. ¡No puedo sufrir la risa!

LUCRECIO. ¡Bueno ha sido, vive Dios!

CLAUDIO. (Esto para entre los dos:  
¿cuánto os lleva?

ADRIÁN. ¡Aprisa, aprisa  
matadme! ¿Qué puedo hacer?)

LUCRECIO. ¡Salido habéis con la empresa!

ADRIÁN. Del dinero no me pesa;  
mas ¡que me burle mujer!...

CLAUDIO. "Ahora bien: porque esa dama  
desconsolada no vuelva,  
uno de dos se resuelva."  
¿Qué buena ocasión se llama!  
"La dama me queda franca;  
¿pagaré por Claudio? —Sí."

ADRIÁN. ¡Vengado os habéis de mí!

CLAUDIO. Al uso de Salamanca;  
pero buena gravedad  
tuvistes en viendo al hombre:  
"¿Es vuestro ese gentil hombre?  
Vuestra casa me enseñad.—  
¿Qué monta? Pagallo quiero."  
"Cinco escudos." "Estos son.  
Tomaré la posesión."

LUCRECIO. ¡Mejor tomara el dinero!

ROBERTO. Ahora, lo que es importante,  
es que la dama busquemos.

LUCRECIO. ¡Sí, por Dios!

CLAUDIO. ¿Por dónde iremos?

LUCRECIO. Por esa plaza adelante.

(Vanse los cuatro.)

VILL. 2.º Un alfiler me han metido  
de estos de dos a la blanca.  
¿Esto llaman feria franca?

VILL. 3.º Su alcabala se ha tenido;  
no vengamos a Madrid  
hasta...

VILL. 1.º Sí, que bueno vais.

MUCH. 2.º ¿No miraréis como vais?

VILL. 2.º El engaño está sutil.

MUCH. 2.º ¿Habéis de matar un hombre?  
Debéis de venir borracho.

GUILL. Vos no le...

MUCH. 1.º ¿Qué habla el gabacho?

GUILL. ¿Y el gallego?

MUCH. 2.º Ese es mi nombre.  
¡Estése en su tienda y calle!

VILL. 2.º Ahora bien, vamos de aquí.

GUILL. Y ellos se guarden de mí,  
que tienen bellaco talle.  
¡Yo les echaré un alano  
que me los ponga a la sombra!

(Vanse los LABRADORES, y los MUCHACHOS, y sale  
VIOLANTE, dama, vestida de labradora, y LEANDRO con ella.)

LEANDRO. Quien de ese nombre se nombra,  
no tiene el pecho villano.

Labradora de mi vida,  
decid qué campos labráis,  
y decidme si os llamáis  
labradora o homicida.  
¿Dónde queréis que se corte  
el paño de esa librea?  
Pues hacéis la Corte aldea,  
cielo será vuestra corte.  
¡Ojos bellos, labradores,  
puede ser que allá labréis,  
pero acá, no lo dudéis,  
que matáis almas de amores!

VIOLANTE. ¡Qué de lisonjas al viento!

LEANDRO. ¿Lisonjero me llamáis?  
Mal hacéis, pues me afrentáis,  
y yo bien, pues no me afrento.  
¡El alma os da lo que debe!

VIOLANTE. Yo os lo agradezco sin ella.

LEANDRO. ¿Cómo os criastes tan bella,  
opuesta al sol y a la nieve?  
Que sois milagro asegura  
ver que criase en el suelo  
la nieve ese sol del Cielo  
y el sol esa nieve pura;  
mas ¿quién duda que los dos,  
aunque envidiosos de veros,  
no pudieron ofenderos  
de enamorados de vos?  
Y ofreciendo sus despojos  
en esa alegre figura,  
la nieve os dió su blancura  
y el sol la luz de los ojos.

VIOLANTE. Por cierto, señor, que os debe  
mucho una toca embozada:  
heme aquí, helada y quemada,  
compuesta de sol y nieve.  
Ya puedo, si algún villano  
toma mi padre por yerno,  
darle calor en invierno  
y helado fresco en verano.

LEANDRO. ¡Quién fuera aquel labrador,  
tan bueno entre muchos buenos,  
pues ya siento, por lo menos,  
juntos el frío y calor!

VIOLANTE. Pues no os lleguéis, ¡por mi vida!,  
pues tal peligro corréis  
de que os heléis o queméis,  
y el uno al otro se impida  
y muráis de dos contrarios.

LEANDRO. Tanto me quema (1) el amor

como me hiela el temor:  
remedios son necesarios.

VIOLANTE. No los pidáis en aldea  
como aquésta, sin virtud,  
que no hay doctor, ni salud,  
ni cosa que buena sea;  
que si alguno desatina  
de esta enfermedad de amar,  
del uno al otro lugar  
solemos llevar la orina.  
Y en cuanto vos divertido  
y yo necia y poco diestra,  
podré, por llevar la vuestra,  
llevar la de mi marido.  
Y cuando ese mal me duela,  
si va la vuestra, señor,  
conocerá el doctor  
y dirásele a mi abuela.

LEANDRO. ¡Por Dios, que burla de mí!  
Es discreta cuanto bella.  
Algún misterio hay en ella.)  
¿Casada sois?

VIOLANTE. Señor, sí.

LEANDRO. ¿Y tenéis abuela?

VIOLANTE. ¿Es mucho?  
También yo soy.

LEANDRO. No sois vieja;  
que si el rebozo no deja  
veros, vuestra habla escucho;  
que si es tan regalada  
la voz, tan sutil y tierna,  
que muestra bien que os gobierna  
la flor de la edad dorada.

VIOLANTE. No debéis de hablar de veras;  
mas no os lo quiero negar:  
sabed que vengo a cerrar  
para las hierbas primeras.

LEANDRO. Mostrad, veamos la boca.

VIOLANTE. ¿Sabéis de esto?

LEANDRO. ¡Sí, por Dios!

[VIOL.] Aunque se parece en vos,  
que me toquéis no me toca. (1)  
¿Veis esta sarta de perlas  
y aquestos rojos corales?  
Labios y dientes son tales.

LEANDRO. Dejadme verlos y verlas,  
que sois testigo pariente  
y no daréis buena fe.

VIOLANTE. Ni aun falsa, no la daré  
por todo el oro de Oriente.

(1) En el original, "envidia".

(1) Verso sin sentido.



LEANDRO. Esa es mala cristiandad; debéisme un próximo amor.

VIOLANTE. Vos también me sois deudor en próxima voluntad.

LEANDRO. ¿Yo deudor? Creer podéis que os adoro.

VIOLANTE. ¡Gran locura!  
¿Y manda Dios, por ventura, que al próximo le adoréis?  
¿Veis cómo os falta, señor, la próxima voluntad?

LEANDRO. A fe que dices verdad; pero sóbrame el amor.

VIOLANTE. A cuantas tiendas me llego...

LEANDRO. Probarme quieres sin falta.

VIOLANTE. ¿Cómo voluntad tan alta tiembla llegándose al fuego? Sabed que es la fragua el dar donde se apura el amor.

LEANDRO. Si es el dinero el calor, poco tengo que apurar. Ahora bien: vos, mi señora, tenéis rico entendimiento y más noble pensamiento que pecho de labradora; mirad para entre los dos lo que un pobre puede dar, y aqueso podéis tomar, que eso pagaré por vos.

VIOLANTE. Vuestra llaneza me agrada, y esa humilde confesión me obliga a la absolución de que no me compréis nada; mas, con todo, será bien que alguna deuda me quede.

LEANDRO. Mirad lo que un pobre puede, y eso de la tienda os den. ¿Pensáis que me vuelvo atrás?

VIOLANTE. Si vos dais lo que podéis, lo mismo que un duque hacéis; no estáis obligado a más.— Buen hombre, de ahí me corte seis varas de voluntad.

PIERRES. Esa no tengo, en verdad, que no se vende en la Corte. ¡Extraña cosa me manda que le corte! ¿Piensa, acaso, que la voluntad es raso, lienzo, rajeta o holanda?

LEANDRO. Ella la sintió al revés, y ese modo de pedir es querer darme a sentir

que nunca supo lo que es.

PIERRES. Quizá no nació con ella.

LEANDRO. ¿Tan nueva os halláis, señora, que pedís un corte agora? ¿Queréis hacer faldas de ella? ¿Y no es mala para ahí, o tan ancha la tenéis que por varas la daréis?

VIOLANTE. Estoy por decir que sí; pero vos ¿no me dijistes que sólo aquello os pidiese que un pobre darme pudiese, y esa confesión hicistes?

LEANDRO. Aqueso os dije, es verdad.

VIOLANTE. Pues eso sólo he tomado, que un pobre (1) no está obligado a dar más que voluntad: o es amor, o es interés. ¡Malhaya la que pidiera al pobre, si al pobre quiere, lo que esta prenda no es!

LEANDRO. ¿Hay más bien que desear? ¡Oh, noble! ¡Oh, virtuoso pecho! En esa razón sospecho que no sois de este lugar, cuyas mujeres, que el velo de vergüenza estiman poco, al pobre llaman el loco y al rico el otavo cielo. Digo entre las que profesan poca virtud, porque hay llenas esas plazas de mil buenas, que en esto no se atraviesan; pero, porque no digáis que no os doy alguna cosa, pedid, labradora hermosa, cuanto en la tienda veáis, que tendré un ánimo en daros tanto mayor que la tienda, cuanto es mayor el hacienda que la gloria de obligaros.

VIOLANTE. ¿Cómo os llamáis?

LEANDRO. Yo, señora, Leandro.

VIOLANTE. Pues es forzoso que seáis muy animoso.

LEANDRO. Deseo mostrarlo agora. ¡Ofrézcase mi remedio y en medio se ponga un mar!

(1) En el texto, "hombre"; pero debe de ser errata.

VIOLANTE. Menos tenéis que pasar:  
sola esta tienda hay en medio.

LEANDRO. Pues tráigase un pregonero  
y véndanme por esclavo,  
que, desde este al otro cabo,  
comprarla y dáros la quiero.  
Mi señora, ¿en qué dudáis?  
Ya Leandro se desnuda.

VIOLANTE. Perdiéndome voy, sin duda.

LEANDRO. Apuesto que me ganáis.

VIOLANTE. ¡Traviesa lengua tenéis!

LEANDRO. Es fuego, que no hay sufrillo.

VIOLANTE. ¿Cuánto vale este abanillo?

LEANDRO. ¿Agora viento queréis?  
Por estas ferias ya pasa;  
un regalillo es mejor.

VIOLANTE. Es para templar, señor,  
ese fuego que os abrasa.

LEANDRO. La mano podrá sin él...

VIOLANTE. Daros algún bofetón,  
y será de condición  
que os acordéis siempre de él;  
tengo pesada la mano.

LEANDRO. (¡Ya me quebrase la boca:  
pero si en ella me toca,  
quedaráme el pecho sano!)

VIOLANTE. ¿Son estas cajas de antojos?

PIERRES. Sí, señora.

VIOLANTE. Mostrá, a ver.

LEANDRO. (¿Qué antojos ha menester  
quien tiene tan bellos ojos?)

PIERRES. ¡Qué buenas lunas, qué tiesos!

VIOLANTE. ¿Para qué tantos sacáis?

LEANDRO. Por uno que me cumpláis  
os compraré todos esos.

VIOLANTE. Estoy de otros tantos llena,  
que nunca se satisfacen.  
¡Qué buena mano que hacen,  
si es verdad que larga es buena!  
Así llamaba los celos  
el otro antiguo poeta.

LEANDRO. (Es curiosa y es discreta.)

VIOLANTE. No son celos, sino cielos;  
celos diz que son antojos  
que hacen grande la letra.

LEANDRO. Antes fuego que penetra  
el alma desde los ojos.

VIOLANTE. Ya me los quito enojada,  
que aquesta definición  
muestra que en otra prisión  
tenéis el alma prendada;  
si lo que es celos sabéis,

querido habéis, por mi fe.

LEANDRO. ¿Luego yo también diré  
que habéis querido o queréis,  
pues sabéis su inquietud?

VIOLANTE. No, no; vámonos despacio.  
Leílo en un cartapacio,  
¡así Dios me dé salud!,  
y por una amiga mía  
sé milagros de este mal.

LEANDRO. ¿Quién ha visto gracia igual?

VIOLANTE. ¿Tenéis una escribanía?

PIERRES. Y la mejor que hay, en suma.

VIOLANTE. No importa: sea cualquiera.

PIERRES. Con tintero y salvadera  
y lugar para la pluma.

VIOLANTE. Pagad ésa a aqueste hombre,  
que aquésta quiero y no más.

LEANDRO. ¿Cuánto vale?

PIERRES. Dos y as.

¿Cinco queréis que los nombre?

LEANDRO. Tomad y volvedme tres.

PIERRES. Este es dos y éste es sencillo.

(Sale un ALGUACIL, que trae preso al LADRÓN.)

ALGUACIL. ¿Qué mal pensaba encubrillo  
ni escaparse por los pies!  
¡Quite el capote, ladrón;  
desvalije lo que tiene!

VIOLANTE. Señor, mucha gente viene;  
yo me voy.

LEANDRO. Tenéis razón.

¿Queréis hacerme un placer  
de pasaros por mi casa?

VIOLANTE. ¿Dónde es?

LEANDRO. Poca gente pasa;  
podéis entrar a beber,  
que tengo alcorz as de boca.  
con una caja no mala.

VIOLANTE. En el portal, no; en la sala.

LEANDRO. Sólo agradaros me toca.

VIOLANTE. Aquesta humildad me vence.

(Vanse los dos.)

ALGUACIL. ¡Ea, bellaco, comience!

LADRÓN. Que me trate mal no es justo;  
mire que soy hombre honrado.

ALGUACIL. ¿Qué oficio tiene?

LADRÓN. Soy sastre;  
sino que, por un desastre,  
oficio y tienda he dejado.

ALGUACIL. Muestre las manos a ver.

¡Miren qué callos aquéstos!

¡Estas son de guantes puestos,  
y no manos de coser!

¡Venga conmigo el picaño!

LADRÓN. No me maltrate, le digo.

(Salen ALBERTO, EUFRASIA, ISIDRO, y TEODORA.)

ALBERTO. Mirad que venís conmigo;  
no receléis vuestro daño.  
¿Qué cosa podéis temer?

EUFRASIA. Decíme que sois casado  
y habéisme agora obligado  
a temer vuestra mujer.  
No me llevéis a su casa.

ALBERTO. Ella debe de andar fuera.

ALGUACIL. Irá de aquesta manera.

(Vase el ALGUACIL y el LADRÓN.)

ALBERTO. Retiraos, que gente pasa.

EUFRASIA. Señor, un hombre casado,  
¿para qué me quiere a mí?

ALBERTO. ¿Qué importa? Aquello está allí  
como en el arca guardado.  
¡Siempre es sabroso lo ajeno!

EUFRASIA. ¡Callad, hombre sin razón,  
que no hay puerta al corazón:  
todo está de guardas lleno!  
Dadme que la mujer quiera,  
que el guardalla es imposible.

ALBERTO. Es una santa.

EUFRASIA. ¿Es posible?

ALBERTO. A lo menos, por de fuera.  
Pero, al fin, ella me enfada;  
creed que verla no puedo;  
donde estoy la tengo miedo;  
es muy necia y porfiada;  
razonable talle tiene,  
pero es muy soberbia y loca.

GUILL. Cerrar las tiendas nos toca,  
Pierres, que la noche viene.

PIERRES. Ya bien nos podemos ir.

EUFRASIA. ¿Tan mala es vuestra mujer?

ALBERTO. Es mala para querer  
y buena para vivir,  
es honrada y no es muy bella.

EUFRASIA. ¡Por Dios, sufrillo no puedo!  
¡Descúbrome!

ALBERTO. ¡Paso, quedo!  
¡Juraré que estoy con ella!  
Mujer, ¿sois vos?

TEODORA. Yo también.

ISIDRO. ¿Eres tú Teodora?

TEODORA. Sí.

ISIDRO. Que nunca te conocí.

EUFRASIA. Buen hombre, ¿paréceos bien?

ALBERTO. Digo que sois el demonio.

EUFRASIA. Ahora bien: no me ha pesado  
de tener marido honrado,  
tan bastante testimonio.  
“¿Qué importa? Aquello está allí  
como en el arca guardado.  
Siempre es sabroso lo hurtado.”

ALBERTO. Bueno, ¿hacéis burla de mí?

EUFRASIA. “Es una santa, y me enfada;  
creed que vella no puedo;  
donde estoy la tengo miedo;  
es muy necia y porfiada;  
razonable talle tiene,  
pero es muy soberbia (1) y loca.”  
Vos tenéis vergüenza poca,  
y que calle ya os conviene.

Ahora bien: no más que estáis  
algo corrido y turbado.

¡Buenas ferias me habéis dado,  
y algo corrido os quedáis!—  
Vente conmigo, Teodora.

TEODORA. ¿Qué le parece al picaño?  
Bien hemos feriado hogaño.

ISIDRO. Agradécelo a señora;  
que de aquesas carnes puras  
lo que te di te sacara.

TEODORA. ¿Cómo te llamas?

ISIDRO. ¿Yo? Clara.

[TEOD.] Bellaco, quédate a oscuras.

(Vanse las dos.)

ALBERTO. ¡Qué buenos hemos quedado!

ISIDRO. Mis dineros me cuesta. (2)

ALBERTO. También me alcanza la fiesta.  
Mis dineros me ha costado.  
Hogaño, aunque no he querido,  
di ferias a mi mujer.  
Bien me ha sabido coger.  
Con extremo estoy corrido.  
¡Que haya dado ferias yo  
a la que más aborrezco!  
Cualquiera pena merezco.  
Ella hablará y callo yo.

(1) El texto dice “necia”; pero el verso es corto y además ya usó este calificativo dos versos atrás y el de “soberbia” es el que se pone antes en las frases reproducidas.

(2) Verso corto si no se dan tres sílabas a “cuesta”.

ISIDRO. ¡Que yo diese a Teodorilla cuanto he ganado este mes!

(Sale LEANDRO.)

LEANDRO. (Imposible pienso que es; pero intentaré seguilla.)  
Señor Alberto, a buen tiempo.  
¿Sabe que un lance me pasa tal, que me ha dado en mi casa un rato de pasatiempo?  
Que entre estas ferias y tiendas anda este niño rapaz;  
creo que es, en un disfraz, una mujer de hartas prendas.  
He estado hablando con ella, que me ha quitado el juicio.  
No penséis que habla de vicio; quedo sin habla por ella.  
Pidióme que yo la diese un anillo que tenía y otro me dió que traía.

ALBERTO. ¡Por Dios, que es bueno si es ése!  
¡Extremado es el diamante!

LEANDRO. No reparemos en esto, que va lejos de este puesto, y hame de ser importante que vuestro Isidro la siga, porque ella, al fin, me mandó que no la siguiese yo, que a tanto el amor me obliga.

ALBERTO. Pues ¡sus! decidle quién es y sabrá la calle y casa, y si el amor os abraza solicitadla después.

LEANDRO. ¡Oh, Amor, hazle que acorte el paso.

ALBERTO. ¿Por dónde iba?

LEANDRO. Por aquesa calle arriba a las Audiencias de Corte. Ya llegará a Santa Cruz.

ALBERTO. Ya anochece; caminemos.

LEANDRO. No importa, que la veremos con los rayos de su luz.

ISIDRO. ¿Es cometa?

LEANDRO. Sí, y estrella, y el mismo sol, y es el día, y es fuego, y es lumbre mía; yo la vi y muero por ella.

ISIDRO. ¿Qué graciosos epitecics!  
¿Qué de bolina y maraña!  
Y será alguna picaña de aquestas que engañan necios.

## JORNADA SEGUNDA

(Sale ADRIÁN, LUCRECIO y LEANDRO, en hábito de noche.)

ADRIÁN.

¿A qué parte decís iba la ronda?

LUCRECIO.

De aquella parte de San Luis arriba.

ADRIÁN.

No hay secreto lugar que se le esconda.

LUCRECIO.

Subiendo por la calle de la Oliva columbré las linternas, y, de un vuelo, bajéme al Carmen, y hacia el Carmen iba.

Los pies aprieto sin tocar el suelo, a la puerta del Sol llego, y adonde henchí de colación el pañuelo.

Llamé a Leandro, y como ya se esconde de unos días acá del trato nuestro, al cabo de dos horas me responde.

Al fin salió, y al aposento vuestro venimos ambos, que sin vos no hay gusto.

ADRIÁN.

En todo os reconozco por maestro.

¿Cómo calla Leandro?

LUCRECIO.

Algún disgusto le debe de apretar más que el colete, aunque le viste por extremo justo.

ADRIÁN.

¿Qué tienes, Durandarte?

LEANDRO.

Un mal secreto.

LUCRECIO.

Por el francés lo dice el pobre mozo.

LEANDRO.

Eso será.

ADRIÁN.

¿Confíeslo, en efeto?

LUCRECIO.

Toca esos huesos; quítate el rebozo.

LEANDRO.

Déjame; bueno estoy.

LUCRECIO.

Ni aun medio bueno.

¡Vive Dios, que le echemos en un pozo!



LEANDRO.

Duéleme un lado; oféndeme el sereno.

ADRIÁN.

¿Hará que hasta el jubón le desabroche?

LEANDRO.

Veráse el pecho de cenizas lleno.

LUCRECIO.

No te melancolices, que esta noche ha de haber zarabanda hasta la cinta, al són de bamboleo y carricoche.

Tres somos; esta tercia hagamos quinta. Llamemos al buen Claudio y a Roberto.

ADRIÁN.

¿Quién duda que estarán de presa y pinta?

LUCRECIO.

Y si hubiera guitarra, que más cierto salieran al són.

ADRIÁN.

Pues eso de las gayambas. (1)

LUCRECIO.

Es bravo zarabando al descubierto.

Dobla muy bien el cuerpo y los pies zambos; con buen compás y con mejor donaire.

ADRIÁN.

Huélgome de eso.

LUCRECIO.

Pues haréislo entrambos.

ADRIÁN.

Leandro ayudará, que así al desgaire (2) danza cualquiera cosa con buen aire.

ADRIÁN.

¿Qué nos estás mirando, estatua muda?

LEANDRO.

Que no os burléis de manos, que me enfado.

LUCRECIO.

Haré sin falta que al reclamo acuda.

Esta es la reja.

ADRIÁN.

Espera, que embozado quiero esperalle, y en saliendo cierro con un espaldarazo por el lado.

[LEANDRO.]

Sea en hora buena; mas sabed que es yerro hacer con el amigo pruebas tales, que en burlas suele entrarse tanto hierro.

En burlas suelen suceder mil males, y si le acobardáis correrse tiene, y es afrentar los hombres principales.

ADRIÁN.

Paso; callad, que sale.

LUCRECIO.

Hablando viene.

(Salen CLAUDIO y ROBERTO.)

CLAUDIO.

Dadme aqese broquel.

ROBERTO.

No vais cargado.

CLAUDIO.

Dejadme vos; llevarle me conviene.

¡Oh, pesia tal! La puerta me han tomado. (Danle.)

LUCRECIO.

Paso, que amigos somos.

CLAUDIO.

¿Quién?

LUCRECIO.

Lucrecio,

Leandro y Adrián.

CLAUDIO.

Es excusado.

Esos son amigos, y un desprecio cual éste no me hicieran mis amigos.

ADRIÁN.

Dejad las armas ya, que sois un necio.

CLAUDIO.

Querríanme probar. Sonme testigos aquestos brazos, que en cualquier[a] tiempo acostumbro [a] esperar los enemigos.

LUCRECIO.

Es fuerte como un Cid.

LEANDRO.

Venís a tiempo.

ROBERTO.

¿Adónde iremos a tener un rato?

Donde se gaste en gusto y pasatiempo.

(1) Así el texto, pero no rima ni ajusta el verso. Quizá deba leerse "los gambos".

(2) Falta un verso después de éste. Lo diría con el que sigue otro personaje; por eso vuelve a hablar ADRIÁN.

ADRIÁN.

Brisena vive allí.

ROBERTO.

¿La del retrato,  
por quien acuchillaron al amigo?

CLAUDIO.

Téngola por mujer de hidalgo trato.  
Leandro, ¿cómo callas?

LEANDRO.

Voy conmigo  
tomando ciertas cuentas al deseo.

CLAUDIO.

Dejemos eso mientras voy contigo.  
¿Habémonos de holgar?

LEANDRO.

Eso deseo, (1)  
como servirte siempre.

CLAUDIO.

Dios te guarde.

ROBERTO.

Hagamos media noche.

LUCRECIO.

Así lo creo.

Pero primero haremos un alarde  
de las cosas de gusto.

ADRIÁN.

Leandro, vamos  
en casa de Rufina.

LEANDRO.

Ahora es tarde.

Habrás ya acostado. Cerca estamos  
de aquella nuestra amiga.

ADRIÁN.

¿La embaidora?

LEANDRO.

Donde el espejo la otra noche hurtamos.

ADRIÁN.

Yo tengo miedo que le pida agora.  
Mejor será que vamos a esta esquina.

ROBERTO.

¿Quién se ha pasado aquí?

ADRIÁN.

Vive Leonora.

ROBERTO.

Pues ¿no vivía aquí doña Agustina?

ADRIÁN.

Ya se pasó a la calle de la Espada.

LUCRECIO.

¿Cuál de todos conoce a Felicina?

ROBERTO.

Yo la conozco; mas está enojada  
conmigo sobre un negro cabestrillo,  
y nunca suele abrir a camarada.

LEANDRO.

¿Quién es una ojinegra, de amarillo,  
que suele entrar en misa en la Vitoria?

ADRIÁN.

¡Ta, ta! No la nombréis, tiemblo en oído.  
Servíla un tiempo.

LEANDRO.

¿Y hubo más?

ADRIÁN.

Fué historia.

Es mujer que del mismo pensamiento  
quiere hacer ensalada y pepitoria.

ROBERTO.

¿De qué manera?

ADRIÁN.

Servían ya de asiento. (1)

Habéisla de servir para mil años;  
y como conoció mi mal intento  
cerró la voluntad a mis engaños,  
y en aquella casilla, a la malicia,  
ventana y puerta, a fuerza de mis daños.

Pensé vengarme, vino a su noticia,  
recatóseme mucho, pero en vano,  
que vine a entrar llevando la justicia.

ROBERTO.

Aquí vive Teofila.

CLAUDIO.

Tengo mano  
con esa dama. Llamaré sin falta.

(1) En el texto, "Aqueso digo", que no rima ni hace sentido.

(1) Así en el texto; pero sin duda está errado el pasaje.

Llamad.

LUCRECIO.

CLAUDIO.

¿Duermes, mis ojos?

(*Asómase la FREGONA a la ventana.*)

FREGONA.

¿No es temprano?

CLAUDIO.

Hablan en la ventana.

LUCRECIO.

En la más alta. (1)

FREGONA.

¿A tal hora nos llama y sobresalta?

CLAUDIO.

¿Duerme tu ama?

FREGONA.

¿Quién le pide cuenta al muy bellaco si mi ama duerme?

CLAUDIO.

Oyete, sota, y ábrenos la venta.

¿Querrá decir agora que ha de verme la cara ochenta veces con la lumbre?

FREGONA.

Basta que piensan pesadumbre hacerme, pues recojan allá la pesadumbre.

LEANDRO.

¡Guardad de abajo!

LUCRECIO.

¡Oh, pesia mi linaje!

ADRIÁN.

¿Es agua de fregar o servidumbre?

ROBERTO.

Romperéle la puerta, haré que baje por donde el agua vino. Espere un poco.

ADRIÁN.

No derribéis la puerta.

ROBERTO.

De coraje

estoy...

CLAUDIO.

Hecho un estiércol.

ROBERTO.

Estoy loco.

¿Hay una piedra acaso? No parece.

Todo es blandura cuanto piso y toco.

¡Que no ha de haber alguna en que tropiece!

LEANDRO.

Venid acá, señor; ¿queréis vengaros?

ROBERTO.

¿Eso decís?

LEANDRO.

Pues esto me parece.

Que vais por Tristanejo, que enterraros puede, con su guitarra, esta fregona, y el aire que os dará podrá enjugaros.

ROBERTO.

No me parece mal. Voy en persona.

¿Vive en cas del doctor?

LEANDRO.

De la otra parte.

ROBERTO.

A fe que ha de cantalle lo que Antona.

Voy a buscarle.

LEANDRO.

En esta misma parte nos hallaréis.

CLAUDIO.

¡Qué buen donaire tiene!

LUCRECIO.

Como una bala de escopeta parte.

ADRIÁN.

Sentémonos aquí mientras que viene.

CLAUDIO.

Tiendo mi capa.

LUCRECIO.

Tiendo yo la mía.

¿Qué mal la media noche se entretiene!

ADRIÁN.

¿Quién sabe alguna historia?

LEANDRO.

Yo podría contar alguna.

LUCRECIO.

Cuéntala.

(1) Falta un verso después de éste.

LEANDRO.

No puedo,  
que tengo miedo al venidero día.

CLAUDIO.

¿Hanlo de descubrir? Por todos quedo  
como fiador que se me encubra y calle.

LEANDRO.

Déjalo estar, que no me deja el miedo.

LUCRECIO.

Digamos mal.

ADRIÁN.

Escúchanos la calle.

CLAUDIO.

Digamos de Roberto, que está ausente.

ADRIÁN.

¿Qué hay que decir? Es ruin y de mal talle.

LUCRECIO.

Diez años más la vida se te aumente.

CLAUDIO.

Decidme agora: ¿de qué trae Raimundo  
tanto vestido, mesa, casa y gente?

LEANDRO.

De los milagros que sustenta el mundo.

LUCRECIO.

¿Esa historia os parece milagrosa?  
¿Mirastes hoy la calza de Facundo?

CLAUDIO.

¡Extremada, por Dios, que es muy costosa,  
y aquel gurbión es de invención gallarda,  
y el entorchado, peregrina cosa!

LEANDRO.

Mejor parece la de Alberto parda,  
y es de aquella labor.

LUCRECIO.

Dadle de mano,  
aunque la limpia, la compone y guarda.

Colores en el hombre cortesano  
lo mismo son que en el soldado el negro.  
El vestido de corte es negro y llano.

ADRIÁN.

Y la bayeta por el primo o suegro  
cuando se ofrece que dineros falten.

LEANDRO.

Yo siempre viendo la color me alegro.

ADRIÁN.

Pues ¿quién puede dudar que no se salten  
de la frente los ojos tras la raja,  
que mil pestañas de color esmalten?

LEANDRO.

¿Y sois de parecer que sea tan baja  
la calza como aquella de Leonido?

ADRIÁN.

A todas las demás hace ventaja.

La calza larga fué gentil vestido  
para cubrir la pierna o zamba o flaca;  
sin fieltro el muslo ha de caer tendido.

LEANDRO.

Tenéis razón, que la cintura saca  
con más donaire, y a la que esto falta  
es a lo viejo y le darán matraca.

Cuando se usaba tan redonda y alta,  
como toda la pierna descubría,  
echábase de ver cualquiera falta.

El que no era bien hecho no podía  
parecer entre gentes ni vestilla,  
y esotro por extremo parecía.

Agora un muslo flaco y la rodilla  
salida afuera, que es gran falta encubre (1)  
cualquiera calza.

CLAUDIO.

Es nueva maravilla.

ADRIÁN.

¡Qué bien el cuerpo, Claudio, se descubre  
con un colete largo por la falda!  
Casi lo mismo la rodilla cubre.

Ha de tener, a modo de guirnalda  
cualquier colete, un cerco de abanillos.

LEANDRO.

Doblado el cuello, saca bien la espalda.

ADRIÁN.

Usábanse unos cortos brahoncillos  
que daban poca gracia.

LUCRECIO.

Pasó el plazo.  
No sé, ¡por Dios!, quién puede ya sufrillos.  
Cuando es grande el brahón, sácase el brazo  
con linda gala, y cuando no, parece  
que está pegado allí como un pedazo.

(1) En el texto, por errata, "en hombre".



CLAUDIO.

Agora que a propósito se ofrece,  
quiero saber por qué habéis siempre usado,  
pues en la corte a todos se guarnece,  
traer por el talón desaforrado  
el zapato que os calzan.

LUCRECIO.

Porque llega  
con menos puntos y mejor calzado,  
y sin aforro al pie se pega;  
que cuando le dejáis viene más justo.

LEANDRO.

Muy bien, ¡por Dios!, de su derecho alega.

ADRIÁN.

¿Y esto de los sombreros?

LUCRECIO.

Eso es justo;  
unos le traen bajo y otros alto.

CLAUDIO.

Esos extremos con el medio ajusto.

LUCRECIO.

Este largo de falda y aquél falto,  
unos con trencellín y otros toquilla.

CLAUDIO.

¿Queréis que demos un notable salto?

ADRIÁN.

No; cortemos primero una ropilla,  
a lo menos calzones o greguesco.

LEANDRO.

Ese primor le saben en Sevilla.  
¡Qué bien le cortan! ¡Qué galán y fresco!  
Que, al fin, es traje de verano.

LUCRECIO.

Y malo:  
honrada es una calza a lo tudesco.

ADRIÁN.

¿Es aquella linterna?

CLAUDIO.

Con su palo.

LEANDRO.

¿Huiremos?

LUCRECIO.

Paso, no huyamos. (1)

(1) Verso corto.

LEANDRO.

Yo por aquesta calle me resbalo.

CLAUDIO.

Volved acá, de dos en dos nos vamos.  
¿Qué nos pueden hacer?

LUCRECIO.

Sólo es un hombre.  
Sin qué ni para qué nos levantamos.

(Pasa un HOMBRE embozado, con una linterna.)

LEANDRO.

Caso es aqueste que a una piedra asombre.  
¡Ah, libertad preciosa de la corte!  
Bien me permitiréis que así la nombre.

¡Que un hombre no se espante ni reporte  
de ver cuatro que estamos a esta esquina  
y no preguntare lo que le importe! (1)  
Que pase por el medio ¿no es mohina?

CLAUDIO.

A mí más me amohina la linterna.  
Los ojos me encandila y desatina.

El que la lleva así, como dicierna  
alguna gente, tápela en mal hora.

ADRIÁN.

Quebralle quiero ¡vive Dios! la pierna.  
¿No habrá en el mundo alguna piedra agora?

LUCRECIO.

Dejalde, vaya.

CLAUDIO.

De hambre estoy muriendo.

ADRIÁN.

Todos lo estamos.

LUCRECIO.

Aquí un hombre mora  
que hace tortas y las va vendiendo  
a mediodía por la calle.

CLAUDIO.

Bueno.

¿Abrirá si llamamos?

LUCRECIO.

En oyendo.

LEANDRO.

Llamad más recio.

(1) En otro texto dice: "yo no preguntare". De todos modos el sentido está confuso.

LUCRECIO.

¿Ah, señor Moreno?

MORENO.

¿Quién llama a tales horas?

LUCRECIO.

Cuatro amigos  
que aquesta noche andamos al sereno.

¿Tiene algo que nos dar?

MORENO.

Muy buenos higos  
y un agua como nieve.

CLAUDIO.

Qué, ¿es morisco?  
Aquí de su bautismo habrá testigos.

MORENO.

¿Son ya las dos?

CLAUDIO.

Sí.

MORENO.

¡Qué buen aprisco!  
Sepan que porque es víspera, lo digo,  
del seráfico padre San Francisco.

LUCRECIO.

Lucrecio soy.

MORENO.

Pues lléguese al postigo.

CLAUDIO.

Hablara yo para mañana.

MORENO.

Tengo  
buen manjar blanco.

LEANDRO.

Bueno, abrid, amigo.

CLAUDIO.

¿Hay pan?

MORENO.

Y vino añejo.

CLAUDIO.

Aquí me vengo;  
cada tres horas soy vuestro cofrade, (1)  
que en tales estaciones me entretengo.

LUCRECIO.

Roberto tarda.

CLAUDIO.

¡Oh, cuerpo de mi madre!  
Come por seis. Dejalde, que es un loco.

MORENO.

Entre en hora buena.

ADRIÁN.

Abrid, compadre.

CLAUDIO.

¿Viene Leandro?

LEANDRO.

Voy, que aguardo un poco.

(*Vanse los tres, queda LEANDRO solo.*)

Ellos quedan ocupados.  
Mientras están de contento  
pedir quiero al pensamiento  
relación de los cuidados.  
¿Cómo estamos, di, deseo?  
Responderá que es mortal  
y de esperanza muy mal.  
Casi a la muerte me veo.  
¡Ay, hermosa labradora!  
¿Por qué a matarme veniste  
con el traje que encubriste  
lo que descubres agora?  
¡Oh, nunca yo te siguiera,  
ni hasta tu casa llegara,  
ni tu calle paseara,  
ni a tu ventana te viera!  
¡Oh, ferias donde te vi  
para mil penas y injurias,  
y no ferias, sino furias,  
o demonios para mí!  
¿Con qué nueva discreción  
se puso aquellos antojos  
para dejar en mis ojos  
antojos de corazón!  
¿Qué habrá querido decir,  
de cuantas cosas había,  
llevar una escribanía?  
Sin falta sabe escribir.  
Que no es el menor consuelo  
de los que tiene mi mal,  
porque en esta ocasión tal  
sólo le espera del Cielo.  
Esta es su casa. ¡Oh, ventana,  
quién te viera abrir agora!

(1) Así en el texto. Se decía indistintamente "cofrade" o "cofadre". La rima pide esta última forma.

¡Viera yo mi labradora  
y la noche su mañana!—  
¡Pesía tal! Un embozado  
se viene llegando al puesto.  
Quiérome embozar de presto,  
que viene determinado.

(Sale PATRICIO, marido de VIOLANTE.)

PATRICIO. Paréceme que en mi puerta  
estaba un hombre, y si estaba,  
sin falta alguna acechaba  
si está mi gente despierta.  
Arrimóse a la pared;  
hacia allá quiero llegar.—  
Galán, ¿podemos pasar?

LEANDRO. Bien puede vuesa merced.

PATRICIO. (¿Qué quiere aquéste en mi casa?  
No quiero entrar, sino ver  
si tiene en ella que hacer  
o si de largo se pasa.)

LEANDRO. (Este pasea la calle;  
téngolo a mala señal.)

PATRICIO. (No se muda, ¡oh, pesía tal!)

LEANDRO. (¡Por Dios, que tiene buen talle!  
Ya tengo competidor,  
y apenas mi amor entablo.)

PATRICIO. (¿Eres hombre o eres diablo?  
Entrar me será mejor;  
pero no, que no podré  
dormir sosegado sueño.)

LEANDRO. (Acá se llega este leño.

¡Pues llegue, que no me irá!)

PATRICIO. (Yo me quiero hacer galán  
de aquellas damas de enfrente,  
por que éste seguramente  
piense que pena me dan;  
y si en mi casa tiene algo,  
llegará sin falta a ella.)

LEANDRO. (El sirve a alguna doncella.  
¡Buena cosa, a fe de hidalgo!  
Huélgome, que me ha dejado  
ya de mis celos seguro.)

PATRICIO. (Todo el portal está oscuro;  
sin duda se han acostado;  
llegar quiero a la pared.  
Mas ¿qué me quiere aquel hombre?  
Hablar quiero.) ¿Ah, gentil hombre?

LEANDRO. ¿Qué manda vuesa merced?

PATRICIO. Llegue, que de paz estoy  
y ya me quito el rebozo.

LEANDRO. Yo también me desembozo.

¿Quién es?

PATRICIO. Un hidalgo soy  
que aquí tengo que hacer,  
y quiérole suplicar  
me dé un poco de lugar.

LEANDRO. Ese mismo he menester;  
mas, pues que en la calle andamos  
y con un mismo ejercicio,  
no hay para qué hablar de vicio,  
pues diferentes estamos.  
Vuesa merced sirve allí  
y yo sirvo en esta parte;  
vuesa merced hable aparte  
y déjeme hablar a mí.

PATRICIO. Vuestra nobleza me vence,  
y el hidalgo proceder  
me obligan a pretender  
que nuestra amistad comience.  
Pues nos hemos declarado,  
tenedme por vuestro amigo.

LEANDRO. La fe con la mano obligo.

PATRICIO. Con ella quedo obligado.  
¿Cómo os llamáis?

LEANDRO. Yo, Leandro.

PATRICIO. ¡Tenéis amoroso nombre!

LEANDRO. ¿Y el vuestro?

PATRICIO. Mayor que el hombre.

LEANDRO. ¿Cómo os llamáis?

PATRICIO. Alejandro.

LEANDRO. En todo le parecéis.

PATRICIO. Como vos al vuestro en todo.

LEANDRO. No me obliguéis de ese modo.

PATRICIO. Para que vos me obliguéis;  
pero el tiempo no se gaste  
sólo en este cumplimento:  
direos mi pensamiento,  
y para decillo baste  
ver esa hidalga presencia.

LEANDRO. Recibirélo en merced.

PATRICIO. Pues sepa vuesa merced  
que yo vine de Palencia,  
habrá tres meses o más,  
a cierto pleito a la Corte,  
y para que de esto acorte,  
dejo negocios atrás,  
que ya sabéis pretensiones  
que suelen ir muy despacio.

LEANDRO. Ya he paseado a Palacio,  
que tengo mis ocasiones.

PATRICIO. Pues, señor, en esta calle,  
luego en allegando aquí,  
dos mozas hermosas vi,

y la mayor de buen talle;  
desde entonces bebo el viento,  
que sólo he llegado a hablar,  
y no sé en qué ha de parar,  
que dicen que es casamiento.

LEANDRO. Trabajo, señor, tenéis  
viviendo en tanto recato.

PATRICIO. Son mujeres de buen trato,  
y no hay más de lo que veis.

LEANDRO. Ordinario suele ser  
venir a aqueste lugar  
a un negocio y negociar  
de llevar una mujer.

PATRICIO. Aun eso no es mucha risa;  
mejor es del majadero  
que gasta mal su dinero  
para volver en camisa.

LEANDRO. Están llenas las posadas  
de aquesos hombres perdidos,  
hasta vender los vestidos  
para dejallas pagadas.  
Mas, pues me habéis obligado  
con decirme vuestra historia,  
perdóneme la memoria,  
que habéis de quedar pagado,  
y a la mía estad atento.

PATRICIO. (Temblando estoy si ha de ser  
historia de mi mujer.

¡Dios ponga en tu lengua tiento!)

LEANDRO. La feria de San Mateo  
que en Madrid se suele hacer,  
salí después de comer,  
bien descuidado el deseo  
de más de ocupallo en ver;  
iba al hilo de la gente,  
tan libre como inocente,  
buscando una y otra dama,  
y más lejos de su llama  
que el hielo, que no la siente.  
También guardaba el decoro  
a los vestidos, si en ellos  
vía esparcirse el tesoro  
como a los ojos más bellos,  
como a los cabellos de oro.  
Hasta que vi una aldeana,  
como el sol por la mañana,  
tan dorada y espaciosa;  
villana, pero hermosa;  
hermosa, pero villana.  
Cual suele el campo en abril  
con una y otra color  
levantar realces mil,

y de la venda de amor  
tocar un velo sutil,  
ésta los ojos mostraba,  
cuyo color afrentaba  
el azul que el cielo alegra,  
y en arco, una ceja negra,  
que a la de Amor imitaba.  
Al fin, la delgada toca  
de la mejilla rosada  
mostraba, aunque parte poca,  
la toca que vi mojada  
del respirar de la boca;  
Dióme calentura el vella,  
y viendo el agua en la red,  
acudió el alma a bebella,  
y hallóse tan lejos de ella,  
que habrá de morir de sed.  
Pedíle con humildad  
que, vista mi calidad,  
iguales ferias tomase,  
y pidió que le sacase  
seis varas de voluntad;  
dice que es pedir en vano  
al pobre que en otro corte  
tienda la desnuda mano,  
lenguaje tosco y villano;  
mas no lo entiende la Corte.  
Vencida de mi porfía,  
una sola escribanía  
de todo vino a pedir,  
que ella debe de escribir,  
y espero el dichoso día.  
Llévela a mi casa, en fin,  
donde, estando en su jardín,  
el rebozo desenlaza  
con que fué villana en plaza  
y en el campo serafín.  
Fuése el cielo de la tierra,  
el sol hermoso del día;  
seguíla, y vi que vivía  
en esta calle, que encierra  
la de vida y la de vía.  
Dos papeles la escribí,  
y aquesta noche entendí  
que me quiere responder,  
y sólo quisiera ver  
solas dos letras de un "sí".  
La hora, sin falta, es ya,  
señor, y sabéis mi pecho;  
en el secreto me va  
la vida; estoy satisfecho  
que en el propio olvido está.



Retiraos, porque he sentido  
en la ventana ruido.

PATRICIO. Pues, señor, aquí estaré.  
(¡Pesia tal, si, callaré!  
Creo que soy su marido.)

LEANDRO. Guardá la calle, que dudo  
que hablando alguno me halle.

PATRICIO. (¡Pesia mí! ¡Baste que calle!  
¿No basta ser el cornudo,  
sino que guarde la calle?)

(*Asómase VIOLANTE a la ventana.*)

VIOLANTE. ¡Ce, Leandro! ¿Es él?

LEANDRO. Yo soy  
vuestro Leandro animoso,  
y aqese "ce" glorioso  
es la luz por quien ya voy  
al puerto de mi reposo.

VIOLANTE. ¿Estáis solo?

LEANDRO. ¡No, por Dios,  
que, aunque animoso Leandro,  
aseguréme con dos!

Detrás tengo un Alejandro  
y delante os tengo a vos.

PATRICIO. (¡Por Dios, gran yerro hiciera  
si mi nombre le dijera,  
porque, en nombrando Patricio,  
todo el trabado artificio  
se quebrara y deshiciera!  
Callar me cumple y saber  
en lo que viene a parar  
aquesta infame mujer.  
Mejor me pienso vengar:  
juntos los pienso coger.)

VIOLANTE. ¿Cómo, Leandro atrevido,  
amigos habéis traído  
para llegar a la mar?

LEANDRO. Si fuera para pasar,  
desnudárame el vestido;  
pero advertid que podéis  
de aqese amigo fiaros.  
Habladme, no lo dudéis.

PATRICIO. (¡Serélo para mataros!)

LEANDRO. Violante, ¿no respondéis?

VIOLANTE. Está mi marido fuera,  
que es hombre que no le agrada  
lo que tiene.

LEANDRO. ¡Ah, traidor! ¡Muera  
de alguna fiera estocada!

PATRICIO. (¡Bueno voy de esa manera!)

VIOLANTE. Dad una vuelta a la calle.

LEANDRO. Todá se descubre exenta.

Alejandro, tened cuenta.

PATRICIO. ¿Paréceos que estoy de talle  
que he de dormirme en la calle?  
(¡Vengaréme, vive el Cielo!  
¡Ah, mujer!)

LEANDRO. No hayas recelo:  
todo calla y nada suena.

PATRICIO. (El que tiene mujer buena,  
donde pisa, adore el suelo.  
¡Ah, traidora!)

VIOLANTE. El viento manso  
me da miedo.

LEANDRO. ¡Gran decoro,  
Alejandro!

PATRICIO. No descanso;  
más velo que grulla o ganso;  
dijera mejor que un toro.

VIOLANTE. Ya de nada me aseguro;  
tomá ese papel, que os juro  
que el escribillo me cuesta  
saber que, por la respuesta,  
daros el alma procuro.  
¡Gran peligro tengo aquí!  
Adiós, que en ese papel  
sabréis más nuevas de mí  
que pensé escribir en él  
ni que cupieran en mí.  
¡Adiós, adiós!

LEANDRO. El os guarde.  
Cerró la ventana el cielo.

PATRICIO. (¡Cólera me abrasa y arde!)

LEANDRO. ¿Tiene ya más dicha el suelo?

PATRICIO. (¿Tiene hombre más cobarde?)

LEANDRO. ¡Oh, Alejandro, qué papel!

PATRICIO. Milagros vendrán en él.  
¡Tiene ingenio, por mi fe!

LEANDRO. ¿Conocéisla?

PATRICIO. (Mal hablé.)  
Por fama que tengo de él.

LEANDRO. El deseo tiene a raya  
esa merced que me hacéis;  
mas permitid que me vaya,  
que volveré, si queréis,  
luego que leído le haya,  
que no lo puedo sufrir.

PATRICIO. ¡Jesús!, bien os podéis ir;  
no tengo qué hacer aquí,  
que ya es tarde para mí.

LEANDRO. No me acierto a despedir.

PATRICIO. Vamos; quiero acompañaros.

LEANDRO. Téngolo en merced, señor,  
y me la haréis en quedaros.

PATRICIO. Reciba yo este favor.

LEANDRO. A fe que habéis de tornaros.

PATRICIO. Deseo veros de día.

LEANDRO. Yo vivo a Santa María;  
pero mañana os veré,  
porque a San Francisco iré,  
que acude gran bazaría.

PATRICIO. Tenéis razón, que es su fiesta.

LEANDRO. Adiós.

PATRICIO. Adiós.—¡ Ah, Fortuna!,  
¿qué dura venganza es ésta,  
a cuyos pies, importuna,  
está nuestra vida puesta?  
Esto he querido saber  
por andarme a mi placer.  
¡ Yo tengo mi merecido,  
que, pues no soy buen marido,  
que tenga mala mujer!  
Aborrecíla doncella,  
y casada, cuando menos,  
no hago vida con ella  
por quien vale menos que ella  
y por quien me quiere menos.  
¡ Pero mi desasosiego  
en mi deshonor! ¡ Ah, ciego!,  
¿cómo en mi casa entraré?  
¿Qué palabras la diré?  
¡ Todo es hielo, todo es fuego!  
¡ Ay, Amor, vencedme vos!  
¡ Mataré la que me infama!  
¡ Pero no lo quiera Dios  
hasta que bañe la cama  
con la sangre de los dos!  
La luz comienza a salir  
y el alba quiere reír  
cuando comienzo a llorar.  
Ya es hora de levantar  
y tarde para dormir.

(Salen LUCRECIO y ADRIÁN [y CLAUDIO].)

CLAUDIO.

¿Hémonos de acostar?

LUCRECIO.

Será por fuerza,  
que son más de las tres.

ADRIÁN.

Voy desvelado;  
páreceme imposible que ya duerma.

CLAUDIO.

Basta que se nos hizo perdedizo  
el buen Leandro.

PATRICIO.

(¿Qué canalla es ésta?

Bueno será llamar y entrarme en casa.  
La puerta se abre: Dios me dé paciencia,  
que importa a su servicio para mi alma.)

(Vase PATRICIO.)

CLAUDIO.

Mirad cómo abre aqueste pastelero.

ADRIÁN.

¡ Abre aquí, pastelero de los diablos!

LUCRECIO.

Aún es temprano, que calienta el horno.

ADRIÁN.

Aqueste tiene un enfadoso perro.  
Tuve, pared y medio de su casa,  
en estas rejas altas, un requiebro,  
y con el ronco aullido, en veinte noches  
no le pude entender una palabra,  
y entrambos nos quebramos las cabezas.

CLAUDIO.

Pagáramelo él, por vida mía,  
que yo se lo pusiera perdigado,  
para que hiciera de él pasteles grandes.

ADRIÁN.

No le viniera mal, que ha habido alguno  
que echaba humana carne en los pasteles.

LUCRECIO.

¿ Adónde beberemos, que me abrasa  
la cazuela moji del otro viejo?

CLAUDIO.

Bien cerca de mi casa, en una reja,  
ponen dos cantarillas al sereno;  
podéis dalles un golpe con la espada  
y beberéis de la corriente fresca.

LUCRECIO.

Ya no las ponen por amor de Eufemio,  
que no salimos noche que no quiebra  
cántaros, barro, tiestos, encerados,  
marcos y celosías, cuanto topa.

ADRIÁN.

¡ Oh, pesia tal! ¿ Por qué decís de tiestos,  
que me ha pedido Celia uno de zavida (1)  
y pudiera buscarse aquesta noche?

(1) En el texto dice "zauida". El *Diccionario* trae la voz *zabida* o *Zabi'a*, como significación de *áloc*.

CLAUDIO.

Dejalde para otra, que me ofrezco mostraros dónde está, que sin ayuda le alcanzaréis, y es el mejor del pueblo; que el otro día fui por una penca, y a fe que viven dos mozuelas tales, que se les puede hacer cualquier servicio.

LUCRECIO.

¡Ta, ta! Ya las conozco. ¿No hacen randas? Son por extremo bellas y discretas; la una canta.

ADRIÁN.

Sí, por Dios, en arpa.  
Pero ésa es boba; esotra me contenta.

*(Sale un MUCHACHO con letuario y aguardiente.)*

MUCHACHO.

¡Al letuario y aguardiente!

CLAUDIO.

Bueno;  
¡a lindo tiempo, vive Dios, él vuelve sin letuario y aun peor, por dicha!

MUCHACHO.

¡Al letuario y aguardiente!

LUCRECIO.

Muestra.

MUCHACHO.

¿Llama vuesa merced?

LUCRECIO.

Y estos señores.

MUCHACHO.

¡Oh qué rica aguardiente y letuario!

CLAUDIO.

Este agua es una cosa aprobadísima; Libimno Lenio escribe mil secretos; mas puédese tomar de tal manera que estrague mucho el cuerpo y queme el hígado; poca y a tiempo, anima y restituye el perdido color. [do;

LUCRECIO.

Tres he comido;  
coman vuestas mercedes.

CLAUDIO.

Yo no miro  
en tres ni en cuatro, que estudié las artes en Alcalá, donde el primero curso

me costó de aguardiente y letuario más que tiene argumentos Aristóteles.

ADRIÁN.

Estáte quedo, diablo, que te alteras.  
¡No ha de quedarte miel en todo el plato!  
Mal conoces la gente.

MUCHACHO.

Aqueso os pido;  
mas, calle, que me dicen que no tienen voluntad de pagarme el letuario la liberalidad con que lo comen.

CLAUDIO.

¡Brava agudeza!

ADRIÁN.

Son demonios éstos;  
saben un punto más, pueden venderos.

LUCRECIO.

¿Qué aguardas, niño?

MUCHACHO.

Aguardo que me paguen.

CLAUDIO.

Pues nosotros vivimos hacia el Rastro; pregunta en las Audiencias por nosotros, que en la Puerta del Sol hay una vieja que te dirá que somos de Toledo y que vivimos de engañar bellacos.

MUCHACHO.

¡Páguenme el letuario!

LUCRECIO.

¿A quién lo pides?  
¡Suelta la capa o quiebro la redoma!

*(Vanse los tres, y queda el MUCHACHO.)*

MUCHACHO.

Con estos lances medrará mi amo;  
no me han dejado siete cascos solos;  
callé para llevar sanos los míos.  
Mas yo conoceré la buena gente.

*(Sale el ESCUDERO de EUFRASIA.)*

ESCUDERO. ¿Tan de mañana recados?  
Medraremos con la fiesta,  
pues ya dormiréis la siesta en comiendo dos bocados.  
Daca la negra visita  
y el saber si ha de venir,  
o si allá habemos de ir,  
que aun la capa no se quita.

Pues si de la ijada digo,  
perezco cada momento,  
pues el costado no siento;  
ofrézcole al enemigo.  
Un dotor de gran virtud  
me mandó quitar el vino,  
¡qué gracioso desatino!  
¡Dios te quite la salud!—  
Muchacho, ¿qué fruta es ésa?

MUCH. Letuario y aguardiente.

ESCUDERO. ¡Justicia que tal consiente  
que aceituna cordobesa  
que el vino en agua transforma!  
¡No está mala la malicia!  
¡Que no pese a la justicia  
cuando de aquesto le informa!

MUCH. ¿Agora se pone antojos?  
¡Váyase con Dios, cuatro ojos!  
Por cierto, de espacio estamos.

ESCUDERO. (Cortar la cólera quiero.)  
Ven acá; ¿por qué te vas?

MUCH. ¡Váyase con Barrabás  
el flemático escudero!

(Vase.)

ESCUDERO. ¡Oh hideputa, picaño,  
volved, aguardad un poco!  
Basta, que tienen por loco  
un hombre escudero hogaño.  
Yo os prometo, picarillo  
sucio, que, a falta de un palo,  
yo os diera un pasagonzalo  
con la propia del perrillo.  
¡Ah tiempos, cuánta mudanza  
cabe en vuestra ligereza!  
Ya la infamia y la nobleza  
se mide en una balanza.  
¡Qué confuso barbarismo  
que una vara de un engaño  
mida el brocado y el paño,  
pues la muerte hará lo mismo!  
Quiero hacer a lo que vengo.—  
¡Ah de casa!—Ruido suena  
de grita y de voces llena.  
¡Bonito recado tengo!  
De mañana han madrugado,  
aun bien que habrá que almorzar.

(Sale VIOLANTE.)

VIOLANTE. ¿Así me habéis de tratar?  
¿Adónde me habéis hallado?  
Tras venir de vuestro gusto,

amancebamiento y vicio  
toda la noche, Patricio,  
me recebís con disgusto,  
¿esa cara me mostráis?  
Y porque me llego a vos,  
con un repujón y dos,  
sobre el estrado me echáis.  
Padre tengo, vivo es;  
todo lo pienso decir.

PATRICIO. ¿En la calle os han de oír?

VIOLANTE. Sí, y en el Cielo después.

PATRICIO. Entrad adentro. ¿Estáis loca?

VIOLANTE. Bien loca debo de estar,  
que el alma me ha de costar  
un “sí” que dijo la boca.

PATRICIO. Yo haré que la vida os cueste.

VIOLANTE. La muerte deseo más  
que la vida que me das.  
(¡Ay Dios!, ¿qué hombre es aqués-  
Casi conocerle quiero.) [te?

ESCUDERO. (¡Por Dios, que llego a buen hora!)  
Juan Francisco soy, señora,  
de doña Eufrasia escudero;  
la cual me envía a besar  
las manos de su merced.  
y si ha de ir a la Merced,  
que la mandase avisar,  
porque irán juntas a misa,  
que tiene de hablar de instancia  
muchas cosas de importancia,  
y adiós, que estoy muy de prisa.

VIOLANTE. Aguardad, buen hombre, un poco;  
¿así os vais, sin la respuesta?

ESCUDERO. (Anda de celos la fiesta  
y su marido es un loco:  
temo que parte me alcance.)

VIOLANTE. ¡A buen tiempo os envió!

ESCUDERO. (Por malo le tengo yo  
hasta salir de este trance.)

VIOLANTE. Entrad y pedid mi manto  
a la primera criada.  
¿Está Eufrasia levantada?

ESCUDERO. No creo madruga tanto.  
(¡El diablo me trujo aquí!)  
Su marido, ¿dónde está?

VIOLANTE. Allá en la cuadra estará.

ESCUDERO. ¿Acostado?

VIOLANTE. Creo que sí.

ESCUDERO. No esté detrás de esta puerta,  
y, creyendo que ella es,  
me dé dos palos o tres.

VIOLANTE. (¡Temo que me deje muerta!)



¡Entrad, grosero!

ESCUADERO. ¿Grosero?

Grosero fuera ese tal  
que no previniera el mal  
para guardarse primero.  
¿Y el perro?

VIOLANTE. ¡Que está allá abajo!

ESCUADERO. Dígolo porque en la sala  
me rompió la martingala,  
y a vueltas tanto zancajo...

(*Vase.*)

VIOLANTE. ¡Jesús, qué prolija bestia!  
Pero ha venido a ocasión  
para que mi corazón  
descanse tanta molestia.  
Eufrasia es, de mis amigas,  
de quien me puedo fiar:  
podréle comunicar  
la mayor de mis fatigas.

(*Torna a salir el ESCUDERO con el manto.*)

ESCUADERO. ¡Sal aquí! ¡Válgate el diablo  
y a quien te da de comer!  
¡Juro a Dios que he de traer  
para otra vez un venablo!

VIOLANTE. Mostrad ya, que sois pesado.  
¿Viene largo por detrás?

ESCUADERO. Un poco levante más  
y otro poco de aquel lado.

VIOLANTE. ¡Ea, comenzad a andar!

ESCUADERO. ¿Por aquí?

VIOLANTE. Por donde quiera.

ESCUADERO. Hay un coche en esa acera  
y no podremos pasar.

(*Vanse, y sale LEANDRO, y ROBERTO de negro.*)

LEANDRO. ¿Cuándo pensabas venir  
con el músico, Roberto?

ROBERTO. Estaba de sueño muerto;  
quise quedarme a dormir.

LEANDRO. ¡Qué galán habéis salido!  
¡Buena es la calza, por Dios!

ROBERTO. Eso quede para vos,  
porque siempre lo habéis sido.

LEANDRO. ¿Adónde iremos a misa?

ROBERTO. A nuestro sitio ordinario.

LEANDRO. Pues ¿no érades trinitario?

ROBERTO. ¡Que fué negocio de risa!

LEANDRO. Antes se tuvo sospecha  
de vuestra profesión firme.

ROBERTO. Sí, pero pude salirme  
para orden más estrecha.

(*Salen CLAUDIO, y ADRIÁN, muy galanos.*)

CLAUDIO. Tan mala noche pasé,  
que, a no ser día de fiesta,  
hiciera en la cama siesta.

ADRIÁN. ¿Y pensáis que me acosté?  
Mientras que mudé camisa  
tuve un sueño bien ligero.

CLAUDIO. Vamos.

ADRIÁN. A Lucrecio espero:  
juntos iremos a misa.

CLAUDIO. Galanes hay en el puesto.

ADRIÁN. Leandro y Roberto son.

CLAUDIO. Adrián, donde hay pasión,  
el sueño sabe a molesto.

ADRIÁN. Dios guarde a vuestas mercedes.

LEANDRO. Beso a vuesarced las manos.

CLAUDIO. ¡Galanes y cortesanos!

ROBERTO. Decirlo han las paredes.

LEANDRO. Por mi fe que es mucha gala  
para pasar mala noche.

ADRIÁN. Siempre que ronde y trasnoche,  
Claudio, me salga tan mala.  
¡Bravo de calzas estáis!

¿Qué dice la cinta atada  
en el puño de la espada?

LEANDRO. Lo mismo que preguntáis.  
Es una ordinaria flor.

Cuando el puño se desata,  
aquesta cinta se ata,  
y decimos que es favor.

CLAUDIO. ¡Qué cuatro mozos aquéstos!

LEANDRO. ¡Haced piernas, pesia tal!

ROBERTO. ¿Hallaréis cuatrinca igual?  
¡Qué galanes, qué dispuestos!  
¡Malhayan cuatro banderas!

LEANDRO. ¡Paso, señor, pesia mí,  
que alguno nos oye aquí  
que nos echará a galeras!

(*Sale LUCRECIO, muy galán.*)

LUCRECIO. ¡Qué bizarra está Ginebra!  
Galanes, ¿puedo llegar?

LEANDRO. Que es llegar y atropellar.

LUCRECIO. ¿Qué se trata o se celebra?  
No es justo por mí se deje.

ROBERTO. Por vos fuera caso injusto;  
queremos vuestro buen gusto.

LUCRECIO. Corrido haréis que me aleje,  
que ha sido desconcertar

cuatro tan justos y tales,  
pues entre pares iguales  
he sido número impar.

LEANDRO. Es un número muy bueno  
entre los más escogidos,  
que son cinco los sentidos.

CLAUDIO. De todos estoy ajeno.

LEANDRO. Apliquemos cada uno  
algo agora entre vosotros.

ROBERTO. Habían de juzgar otros.

LEANDRO. Ya vos estáis importuno.  
Tomad cualquiera y callad.  
Ahora bien, sea Roberto  
el gusto.

ROBERTO. Téngole muerto;  
matóle mi voluntad.  
A Leandro le daréis  
y a mí daréisme el oído,  
por donde siempre he sentido  
los desdenes que sabéis.

LEANDRO. ¿Pues a mí me dais el gusto?

ROBERTO. Sí, que le tenéis en todo.

LEANDRO. Vos lo sentís de ese modo,  
pero márame el disgusto.

LUCRECIO. A Adrián le cabe el ver,  
que sabe todo el lugar.

ADRIÁN. Mas porque en sólo mirar  
me dejan entretener.

LEANDRO. ¿Y el tacto?

LUCRECIO. A Claudio se quede,  
que cuanto topa y no topa...

CLAUDIO. Topo no más de la ropa.

LEANDRO. Cuando otra cosa no puede.

LUCRECIO. Los cuatro habéis escogido;  
ya no tengo qué escoger:  
a mí me cabe el oler,  
¡por Dios, bellaco sentido!,  
si por la noche, a las diez,  
va a la calle de Santiago.

CLAUDIO. Hame llovido su estrago,  
Lucrecio, más de una vez.  
De trabajos semejantes  
es de noche peligrosa;  
pero de día olorosa  
porque allí se adoban guantes.

LUCRECIO. Parece esa calle tal,  
Leandro, [a] algunas damas bellas,  
que huelen bien lejos de ellas  
y de cerca huelen mal.

Bien creo que me entendéis.

CLAUDIO. Reír me habéis hecho un rato.

LUCRECIO. Al fin, me queda el olfato.

LEANDRO. Muy buen sentido tenéis;  
que con esa nariz diestra  
rastreáis, cuando se encubre,  
como [a]sí veis que descubre,  
la caza el perro de muestra.

CLAUDIO. Cinco, al fin, somos agora.

ROBERTO. Y sentidos sin por qué.

LEANDRO. Buenos estamos, a fe,  
para el reto de Zamora.

CLAUDIO. Triste de aquél que tuviera,  
Leandro, tales sentidos.

LEANDRO. A fe que son escogidos  
para una devanadera.

CLAUDIO. Si nos había de juntar,  
trabajo había de tener.

ADRIÁN. Yo nunca quisiera ver.

ROBERTO. Ni yo oír.

CLAUDIO. Ni yo tocar.

LUCRECIO. Ea, señores sentidos,  
aquí vienen dos extremos  
donde ocuparnos podremos.

ROBERTO. Quiérole dar mis oídos.

ADRIÁN. Yo el ver.

LEANDRO. Yo aplico mi olfato,  
si hay ámbar.

CLAUDIO. Faltamos dos.

LEANDRO. Tened; cayeron, por Dios.  
Yo aplico el gusto.

CLAUDIO. Yo el tacto.

ROBERTO. Buenos sentidos tenéis.

ADRIÁN. Por Dios, que me llamo a engaño,  
que estoy yo mirando un año  
para que vos lo gocéis.

ROBERTO. Y que yo con todos vengo  
sólo para ser oído,  
no quiero aqueste sentido;  
más quiero el poco que tengo.

(Entra PATRICIO.)

PATRICIO. ¿Si a dicha aquel mi enemigo  
está en aqueste lugar?

Hele allí. Quiérole hablar  
con paz de fingido amigo.)  
Con gusto de estos señores,  
a este hidalgo me conviene  
hablar.

CLAUDIO. Vuesa merced tiene  
licencia.

ROBERTO. (¿Es cosa de amores?)

LUCRECIO. ¿Quién es aqueste galán?

ADRIÁN. No le conozco, por Dios.  
Mirándose están los dos;

- mas ya conocido se han.)
- LEANDRO. (¿Es mi señor Alejandro?)
- PATRICIO. Es quien desea serviros.
- LEANDRO. ¡Ah! Que tengo que deciros.  
A Ero rindió Leandro.
- PATRICIO. Mucho es eso, ¡pesía tal!  
Pero dijisteslo en poco.  
(De celos me vuelvo loco.  
¡Ah, celos, rabia mortal!)
- LEANDRO. Apartémonos de aquí  
que el corrillo es malicioso.
- PATRICIO. Dicen que es vicio gustoso,  
que en Madrid se usa así.  
¿Qué hubo de aquel papel?
- LEANDRO. Milagros de enternecido  
y quejas de un mal nacido  
—¡Mal fuego se enciende en él!—,  
que diz que es un hombre bajo,  
y si vos me queréis bien  
ayudad con un amén.
- PATRICIO. Dejadle con su trabajo,  
no le corráis con espuelas;  
si de él mal decís, no dudo  
de que es hacelle cornudo  
hasta matar las candelas.
- LEANDRO. Pues ¿qué he de hacer de un traidor  
que, con ser un ángel tal,  
dicen que la trata mal  
y que no la tiene amor?
- PATRICIO. Que, señor, no lo creáis,  
que es un achaque ordinario.
- LEANDRO. Tendreos por mi contrario  
si a ese infame disculpáis.
- PATRICIO. Que digo que es un bellaco.
- LEANDRO. Por aquí pasó y calló;  
dile la mano y me dió,  
esperad, que ya le saco,  
este papel.
- PATRICIO. ¡Bravo enredo!
- LEANDRO. Es por extremo discreta.
- PATRICIO. Aunque no es parte secreta,  
leamos.
- LEANDRO. Leerle puedo.  
Leed vos.
- PATRICIO. ¡Qué buena letra!
- LEANDRO. Y el estilo cortesano.
- PATRICIO. (¡Cortada! vea la mano!)  
El corazón me penetra.  
“Esta negra sujeción  
de mi marido, enfadosa...”
- LEANDRO. ¡Ah, traidor! ¡Rayo furioso  
te atraviese el corazón!
- PATRICIO. “Hoy me salí de su casa;  
tanto su rigor me obliga,  
y estoy en cas de una amiga...”
- LEANDRO. ¿Es posible que tal pasa?  
Y todo por un ruin hombre  
que no estima lo que tiene.
- PATRICIO. ¡Por Dios, mucha razón tiene!  
“Es doña Eufrasia su nombre.  
Hoy iré a (1) casa con ella.  
Seguidla, así Dios me guarde,  
porque volveré esta tarde,  
después de comer, a vella;  
que estaremos, si queréis,  
juntos, donde hablar podremos...”
- LEANDRO. Quisiera hacer mil extremos.  
Señor, apriesa leéis;  
parad, por mi vida, un poco,  
y ayudadme a celebrar.  
Solos habemos de estar.  
¡Por Dios, que me vuelvo loco!
- PATRICIO. (Y yo también, por mi vida,  
por la parte que me cabe.)
- LEANDRO. Leed más.
- PATRICIO. “Eufrasia sabe  
que por vos estoy perdida.  
Mi honra de vos se fía;  
mirad cómo la tratáis.  
No más, por que no digáis  
que os gasto la escribanía.”
- LEANDRO. ¡Qué bien! ¡Qué donaire tiene!  
Esto es hecho.
- PATRICIO. (Aún falta más.  
Camine, pues, que detrás  
la muerte en mis manos viene.)  
Leandro, ¿están en la iglesia?
- LEANDRO. Habrá media hora que entraron.
- PATRICIO. (¿Que de verse concertaron?  
¡Ah, mundo! ¡Ah, reniego! ¡Ah,  
Yo no lo puedo sufrir. [pesía!  
Este me ha de conocer.)  
Leandro, tengo que hacer.
- LEANDRO. Pues muy bien os podéis ir;  
que yo tengo de ir siguiendo  
aquesta dama que pasa,  
porque he de saber su casa  
para buscalla, en comiendo.
- PATRICIO. ¿Adónde os tengo de hallar?
- LEANDRO. Sin falta ninguna aquí.
- PATRICIO. Adiós.

(1) En el texto, “Hoy iré a *mi* casa”, que hace el verso largo.

LEANDRO. Adiós.  
 PATRICIO. (¡Ay de mí!)  
 LEANDRO. ¿No me queréis perdonar?  
 Buen rato os habéis reído.  
 No me pude despedir.  
 ¿Cortándome de vestir  
 os habéis entretenido?  
 ROBERTO. ¿Era amigo aquel galán  
 en la ocasión secreta?  
 LEANDRO. ¡Dadle al diablo! Es un poeta  
 que se llama Radrián,  
 para que oyera un soneto  
 que allí me ha estado leyendo,  
 que, por Dios, yo no lo entiendo.  
 ADRIÁN. Y enténdolo yo, en efeto.  
 Negras coplas os leí,  
 que ya me las dais en cara.  
 LUCRECIO. Aquella dama se pára.  
 ¿A quién conoce?  
 CLAUDIO. No a mí.  
 ADRIÁN. ¡Qué larga va de la saya!  
 LUCRECIO. ¿Qué ha de haber que no tachéis?  
 LEANDRO. ¿Licencia no me daréis  
 para que tras ella vaya?  
 Que me ha parecido bien.  
 CLAUDIO. Llevad todos los sentidos.  
 LEANDRO. No no; volverán perdidos.  
 (Vase.)  
 CLAUDIO. Debéislo de ir vos también.—  
 Sin el gusto hemos quedado.  
 ADRIÁN. Hase ido tras el suyo.  
 LUCRECIO. Pues ¿ha menester el tuyo?  
 Quizá le tiene sobrado.  
 ROBERTO. Si va a decir la verdad,  
 quisierame despedir;  
 pero no me atrevo a ir.  
 LUCRECIO. Hacísnos poca amistad.  
 ¿Teméis que murmuraremos?  
 ROBERTO. Pues ¿no, de los más amigos?  
 CLAUDIO. Seguro estáis de enemigos.  
 Buenas ausencias tenemos.  
 LUCRECIO. ¡Por Dios, que se huella bien!  
 ADRIÁN. Si me han de mirar también,  
 aquí por siempre me estoy.  
 Querríame entrar de prisa.  
 CLAUDIO. Pues vos, Adrián, ¿teméis?  
 ADRIÁN. Pues ¿a quién perdonaréis  
 un apodo, mote y risa?  
 Pero encomiéndome a Dios.

(Vase.)

LUCRECIO. ¡Gentil hombre es Adrián!  
 CLAUDIO. Y muy hombre.  
 LUCRECIO. Y muy galán.  
 Solos quedamos los dos.  
 Huélgome que si me voy,  
 Claudio, no tenéis con quién  
 decir de mí mal ni bien.  
 CLAUDIO. Qué, ¿tan sospechoso soy?  
 Mas podemos dar un corte.  
 LUCRECIO. Y ¿cuál?  
 CLAUDIO. Que nos vamos juntos.  
 Ea, no miréis en puntos.  
 LUCRECIO. ¿Qué queréis? Vivo en la corte.

## JORNADA TERCERA

(Salen EUFRASIA, y VIOLANTE, y TEODORA, y el  
 ESCUDERO, acabando de comer.)

EUFRASIA. Como amiga os he tratado:  
 harto mal habéis comido.  
 ESCUDERO. Todo ha estado muy cumplido.  
 Mi trabajo me ha costado.  
 EUFRASIA. ¿Quién os mete a vos aquí?  
 VIOLANTE. Si verdad queréis que os diga,  
 no me tratáis como amiga.  
 EUFRASIA. Ni vos en tratarme así.  
 VIOLANTE. De vos me quejo, en verdad,  
 que ha sido mucha extrañeza  
 mostrar tan poca llaneza  
 adonde hay tanta amistad.  
 EUFRASIA. Antes os podéis quejar  
 que ya que el año se pasa  
 un día que estáis en casa  
 no os acierto a regalar.  
 VIOLANTE. No haya más, por vida mía.  
 Cumplimientos excusemos.  
 EUFRASIA. Traigan en que nos sentemos,  
 y emendaráse otro día.—  
 ¿Oíslo?  
 ESCUDERO. (¿Qué estás mirando?  
 ¿Mujer que vende turrón?  
 ¿Oyes aquella razón  
 y quedaste suspirando?  
 Entra por aquel estrado.  
 TEODORA. Pues, señor Nuño Rasura,  
 ¿hurtélo yo, por ventura?  
 Su caballo desollado  
 ¿no tiene buenas espaldas?  
 ESCUDERO. Si en ti se pudiera hallar  
 un vergonzoso lugar,  
 yo te cortara las faldas.



¿Por qué no me diste arroz,  
cara de gato goloso?

TEODORA. De miedo de que es potroso  
no le respondo una coz.)

EUFRASIA. Juan Francisco, sacad vos  
dos sillas altas aquí.

TEODORA. (Tome, y ríase de mí.

ESCUADERO. Ahora bien vamos los dos.)

(*Vanse el ESCUDERO y TEODORA.*)

VIOLANTE. Al fin, como os dije, hermana,  
tiene un rico entendimiento,  
tiene un noble pensamiento  
y la condición humana.  
De sólo que le veáis  
tan rendida quedaréis,  
que más celos me daréis  
que reprehensiones me dais.  
Habla con una viveza  
y un fervor de corazón,  
que mueve a amor y atención,  
y tiene rara agudeza.  
Un responder tan exento,  
con un color de humildad,  
que parece libertad,  
y causa extraño contento.  
El día que aquestos nuevos  
pensamientos admití,  
no deshonesto le vi  
en corrillos de mancebos,  
sino con un rostro grave  
y una modesta tristeza,  
sosegada la cabeza  
y el mirar dulce y suave;  
por la plaza paseando,  
tan señor de los demás,  
que los que dejaba atrás  
se lo quedaban mirando.

(*Sale el ESCUDERO, y TEODORA, con almohadas.*)

ESCUADERO. (Bien medro de las costillas.

TEODORA. Diréis que son muy pesadas.

ESCUADERO. Pues que saco las almohadas,  
mire que saque las sillas.

TEODORA. Tiende ahí, diablo monazo.

ESCUADERO. ¿Qué te entonas, bodegón?

TEODORA. Pasa allí, hermano Juan Pron.

ESCUADERO. Todo por darme un abrazo.  
¡Quien no te las entendiese!

EUFRASIA. Muy poca conversación.  
Traigan sillas.

TEODORA. Estas son,  
que hizo que las trujese.

EUFRASIA. Ea, salgan allá fuera,  
y ninguno éntre después  
que no sepa yo quién es.

TEODORA. Haráse de esa manera.

(*Vanse el ESCUDERO y TEODORA.*)

EUFRASIA. Siéntate, hermana Violante,  
y dime más de tu historia,  
que regalo la memoria  
en las prendas de tu amante,  
que ya sé de estos enojos.

VIOLANTE. ¡Ay, Eufrasia! ¿Qué diré,  
si tú le adoras por fe,  
yo que le vi por mis ojos?

EUFRASIA. ¿Tiene calidad alguna?

VIOLANTE. No es más de un hidalgo pobre.

EUFRASIA. Dame tú que amor le sobre,  
y envidiaré tu fortuna.

VIOLANTE. Es hombre limpio, aseado,  
cortesano por extremo.

EUFRASIA. Por mi vida, que le temo  
de velle tan acabado.

VIOLANTE. ¡Con qué donaire trató  
mil conceptos de mi traje  
diciendo que el villanaje  
nunca tal corte crió!  
Sin otros conceptos mil  
en que su buen natural  
mostró divino caudal  
y pensamiento sutil.

(*Entra TEODORA.*)

TEODORA. Señora, un hombre está aquí,  
galán, mancebo y pulido,  
que dice que es de Abido.

VIOLANTE. Sin duda me busca a mí.  
Eufrasia mía, ¿entrará?

EUFRASIA. Pues ¿qué estamos aguardando?—  
Corre, di que éntre volando.

VIOLANTE. Entre, que a la puerta está.

(*Entra LEANDRO.*)

LEANDRO. ¿Está seguro este puesto?

VIOLANTE. El sea muy bien venido.  
Entre el amador de Abido.

LEANDRO. Que viene a buscar a Sesto.

VIOLANTE. ¿Qué os parece?

EUFRASIA. Es extremado.)  
Tome una de las sillas.

LEANDRO. Mejor estoy de rodillas.

EUFRASIA. Es grande para criado.—  
Mandad que se alce, Violante.

LEANDRO. No me mandéis levantar;  
de rodillas he de estar,  
que tengo imagen delante.

VIOLANTE. No; levántese.

LEANDRO. Obedezco.

VIOLANTE. Cúbrase.

LEANDRO. Cuanto me mande.  
Ya, señora, me hacéis grande;  
por humildad lo merezco.  
Quien merece aquesta silla  
no ha de envidiar la del rey;  
que ésta es de Amor, cuya ley  
los altos reyes humilla.

VIOLANTE. (¿Qué me dices? ¿Soy muy loca?)

LEANDRO. Vuestra merced ¿en qué piensa?

VIOLANTE. Callad, que me estoy suspensa  
y colgada de su boca.

LEANDRO. Ya del traje habéis mudado.

VIOLANTE. ¿Parézcoos mejor ahora?

LEANDRO. Bien en ferias labradora  
y bien dama en un estrado;  
no sé que haya diferencia.

VIOLANTE. Adondequiera soy vuestra.

EUFRASIA. ¿Qué bien su nobleza muestra,  
su buena lengua y presencia.

VIOLANTE. ¿Puédesele dar la palma?

EUFRASIA. Muy bien se le puede dar,  
que a veces el buen hablar  
es el crédito del alma.

LEANDRO. Téngale con vos la mía  
de que es vuestra.

EUFRASIA. Una de dos,  
Violante; abrazadle vos,  
o yo abrazarle querría;  
escoged lo que ha de ser.

LEANDRO. Mucho tengo que pagar.

VIOLANTE. Al fin, le quiero abrazar,  
pues que me dais a escoger.

(*Entra el ESCUDERO.*)

EUFRASIA. ¿Qué queréis aquí?

ESCUDERO. Adverta  
vuestra merced que ha venido...

EUFRASIA. ¿Quién?

ESCUDERO. El señor, su marido,  
que aguardando está a la puerta.

EUFRASIA. Miren la flema del hombre.—  
¿El mío o de Violante?

ESCUDERO. Si es el negocio importante,  
irle he a preguntar el nombre.

VIOLANTE. ¡Maldita sea tal flema!

EUFRASIA. Hacé una cosa discreta  
en esa cuadra secreta,  
pues anda con esa tema,  
no le cause algunos celos.

VIOLANTE. ¿Y cómo si los tendrá!  
Celoso en extremo está.

EUFRASIA. Excúsense.

VIOLANTE. Excusarélos.

¿No hay allí una falsa puerta?  
Pues váyase mientras pasa,  
y a las diez la de mi casa  
le tendrá una moza abierta.

LEANDRO. Pues, señora, Dios os guarde,  
que mal suceso he tenido.

(*Vase LEANDRO, y entra PATRICIO.*)

PATRICIO. Dios guarde a vuesa merced.

EUFRASIA. Con bien a esta casa venga  
Patricio, y su dueño tenga  
este regalo y merced.

PATRICIO. Siempre de vos la recibo.

EUFRASIA. Debéis afición, a fe.

PATRICIO. Y de ella me acordaré  
mientras estuviere vivo.

EUFRASIA. ¿Qué tenéis? ¿Cómo no estáis  
en la silla sosegado?

Debéis de estar mal sentado.  
¿Cómo esotra no tomáis?  
Sospecho es más ancha y alta.—  
Sacá otra silla aquí fuera.

PATRICIO. Todas son de una manera;  
del corazón es la falta.

EUFRASIA. ¿No le tenéis asentado?

VIOLANTE. ¿Cómo le sabrá asentar  
quien sabe tan bien estar  
tres años amancebado?

EUFRASIA. Antes es sobra de asiento.

PATRICIO. ¿En eso estamos ahora?

VIOLANTE. ¿No? Dígalo la señora,  
vuestro regalo y contento;  
esa vuestra amada prenda,  
la que tanto habéis querido,  
que a mí me quita el marido  
y a vuestros hijos la hacienda

PATRICIO. Por dondequiera que voy  
me tenéis de deshonnar.

VIOLANTE. Como vos atormentar  
adondequiera que estoy.

EUFRASIA. Ea, no más, mi Violante;  
no lloréis, por vida mía.  
Pensé tener mejor día.—

Vuesa merced se levante y le limpie aquesos ojos.

PATRICIO. Harélo para agradaros.—  
Presto sabéis enojaros,  
todo para darme enojos.  
Alzad, volved a mirar;  
mirad que sois mi regalo.

VIOLANTE. Cualquiera bien del que es malo  
dicen que se ha de estimar.

PATRICIO. Abrazadme, mi querida.

VIOLANTE. (¿Qué ha de servir, como digo,  
dar brazos a mi enemigo?)

PATRICIO. (Yo te quitaré la vida.)

EUFRASIA. ¿Hechas son las amistades?  
Huélgame que aquí se han hecho.

PATRICIO. (Con qué oro cubre el pecho  
sus traiciones y maldades.)  
Eufrasia, ¿se ha de enojar  
de lo que quiero decir?  
Licencia quiero pedir  
para a Violante llevar,  
que quiero vaya conmigo.

VIOLANTE. Que no lo mandéis, señora.

EUFRASIA. Sí, sí, y llévase a Teodora,  
a Isidro y al Escudero.—  
¿Hola?

TEODORA. ¿Señora?

EUFRASIA. Tu manto  
trae y el de aquesta dama,  
y al Escudero me llama.

VIOLANTE. No lo solicites tanto.

EUFRASIA. Ea, tórnense a abrazar.

PATRICIO. Por cierto, de buena gana.

VIOLANTE. Mirad que pienso mañana  
que me vais a visitar.

TEODORA. Ea, cúbrete, señora.

EUFRASIA. Muriendo estás de placer.

VIOLANTE. Allá me pienso tener  
aquesta noche a Teodora.

EUFRASIA. Sea muy en hora buena.—  
Ea, vos pasá adelante,  
dadle la mano a Violante.

VIOLANTE. La de mi marido es buena.  
Adiós.

EUFRASIA. Y lo vais los dos.

PATRICIO. Quede con vuestra merced.

EUFRASIA. ¿Hola, Isidro? Recoged.

ISIDRO. Dios vaya, señor, con vos.—  
No ha estado la fiesta mala.  
Sepa que me toma el diablo,  
que de mozo del establo  
me hagan paje de sala.

(*Vanse todos, y sale* CLAUDIO, LUCRECIO, ADRIÁN, y ROBERTO.)

CLAUDIO.

¡Gentil, por Dios, señores, va la calle  
de San Francisco! ¡Qué de hermosa moza!  
¡Cuánto galán se huella (1) de buen talle!

LUCRECIO.

Las que vimos ayer en la carroza  
me parecen aquellas embozadas.

ADRIÁN.

Basta que nuestra Estela se reboza.

¿Vistes cómo llevaba enalmagradas  
las dos mejillas de violeta o lirio,  
ya de jazmín y rosa matizadas?

¡Cuánto vale la mudanza y el martirio!  
Basta que por la tarde son claveles  
y a la mañana de amarillo cirio.

CLAUDIO.

¿Pareciéronos bien las Isabeles?

LUCRECIO.

¡Jesús! Esas muchachas han crecido  
más que inútiles mirabeles. (2)

ADRIÁN.

Medrada está de casa y de vestido  
después que usa el estilo picaresco  
la mayor de las dos.

LUCRECIO.

Discreta ha sido.

Guineo se ha de hablar y hablar tudesco,  
como dice la madre Zarabanda,  
y todo por coger dinero fresco.

CLAUDIO.

Aún ésa no tan libre se desmanda  
como la Cristaneja y Armelinda,  
y las demás vecinas de su banda.

ROBERTO.

Y aquella alcahuetaza, como guinda,  
colorados los ojos y narices,  
que aun agora se precia de muy linda,  
¿es viva todavía?

CLAUDIO.

¿Por quién dices?

¿Por la que le cogí de la ventana  
la pierna de carnero y las perdices?

(1) Quiza "la huella" (la calle).

(2) Así en el texto. Faltan dos sílabas.

Está más alta y ancha que una alfana,  
con un polvillo y más otro polvillo.

LUCRECIO.

Perdida tiene aquella pobre hermana,

Y veráse primero Peralbillo  
sin palos y ladrones que les falte,  
lo que fué de sus honras el cuchillo.

Dadme que venga el otro gerifalte  
y que el sustento y lo demás provea,  
que no ha de quedar perro que no salte.

Como suele la gente de Guinea  
dejarse cautivar de zarandajas,  
puesto que para galas bueno sea,

así se dejan ir por prendas bajas,  
sortijas, escritorios y chapines,  
confites, diacitrón, conservas, cajas.

Y quieren, siendo públicas mujeres, (1)  
que las alabe el otro que las topa  
por la calle después de los maitines,  
o piensen que es de carne o que es de estopa.

ADRIÁN.

Quizá os pondrán del Festión el sello  
para que San Martín parta su ropa.

CLAUDIO.

Si se alaba la ruin, no dudo en ello,  
sino que hace ofensa a la que es buena.

ADRIÁN.

Todo lo malo piso y atropello.

Ni su fiero ni fuerza me da pena.  
Conozco el bien, soy hijo de la villa  
y estimo a cada cual en lo que suena.

Bueno es que la que sufre albarda o silla  
quiera que diga yo que es Santa Clara,  
no lo estando ni en medio ni a la orilla.

ROBERTO.

Hipócrita veréis volver la cara  
cuando de una mujer, sea cualquiera,  
la deshonesta vida se declara.

Y dice, si justicia alguna hubiera,  
de aquéste fuera bien estar quemada  
la estatua sola cuando el cuerpo quiera.

Y no contempla que la que es honrada  
y vive entre paredes recogida,  
sorda al dinero y más que nieve helada,

(1) Así en el texto: pero "mujeres" no rima con "chapines" y "maitines". Quizá deba leerse "ruines". Seis versos después se emplea este calificativo para tales mujeres.

se afrenta, con mil causas ofendida,  
de que se diga bien de la que es mala  
y, por ventura, a serlo se convida.

ADRIÁN.

¿Qué premio daréis, Claudio, a la que iguala  
a la casta Penélope y desecha  
al que la solicita y la regala?

¿Qué premio le daréis a la que se echa  
con cuatro niños, sin cenar, por dicha,  
contenta en pobre cama y satisfecha  
si se ha de celebrar la sobredicha,  
tan amiga de sobre y que le sobre (1)  
y a su costa remedía su desdicha?

CLAUDIO.

Diga yo bien de la doncella pobre  
que se confiesa y vive honestamente,  
ni sabe si el real es plata o cobre.

Y de aquella casada que no siente  
el papel amoroso y al regalo  
más sorda que al encanto la serpiente,  
y que al paje del otro con un palo  
hace bajar rodando, y sólo viste  
lo que le da el marido, bueno o malo.

Y diga bien de la viuda triste  
que a la oración cerró ventana y puerta,  
y al mundo y carne y diablo se resiste,  
y que si a media noche la despierta  
el otro que tañó la zarabanda,  
las manos cruza y queda [medio] (2) muerta.

Y que en la cama el buen temor nos manda  
que imaginemos que es la sepultura,  
dura en la muerte y en la vida blanda.

Y si el otro bellaco se apresura  
en el son cosquilloso, hace mil cruces,  
y con ninguna llega a la cintura.

Y luego de mañana, entre dos luces,  
se va a su misa y a sus randas vuelve,  
haciendo de las cuentas arcaduces,  
y así acabar la vida se resuelve.  
Y si con ira dijo ¡zape! al gato  
se va a la iglesia y del rancor se absuelve.

Y no calle mi boca sólo un rato  
diciendo mal del malo y bien del bueno.

ADRIÁN.

Eso es de noble y virtuoso trato.

Mas no se diga más, aunque está lleno  
Madrid de aqueste vivo maldiciente.

(1) Este verso está alterado.

(2) El texto dice: "y se queda muerta"; pero al verso le faltan dos sílabas.



CLAUDIO.

Mal guardo las verdades en el seno.

Es en verano fresco y es caliente  
el decir mal y en el invierno frío.

(Entra LEANDRO.)

LEANDRO.

A consolarme vengo entre la gente.

Tal es la fuerza del tormento mío,  
que andar solo conmigo no me atrevo.

CLAUDIO.

Leandro es éste, pero no su brío.

LEANDRO.

Vivo de suspirar, el viento bebo,  
abraso el aire y sólo se me esconde  
tierra, que el agua basta la que llevo.

ADRIÁN.

¿Dónde, Leandro?

LEANDRO.

¡Oh, mis señores! ¿Dónde?

LUCRECIO.

¿A ver por esas calles?

LEANDRO.

Y a ser vistos.

ROBERTO.

Eso mejor a tu valor responde.

LEANDRO.

¿Andan las lenguas o los ojos listos?

ROBERTO.

No, no; muy bien se habla, por mi vida;  
queremos ser en el lugar bienquistos.

CLAUDIO.

¿Queréis saber lo que hay de Roselinda? (1)  
Que aquesta misma noche se desposa.

LEANDRO.

¡Por Dios!

CLAUDIO.

Es esta cosa muy sabida.

LEANDRO.

Ha sido para mí tan nueva cosa,  
que no he sabido ni con quién ni cómo;  
y es una dama por extremo hermosa.

CLAUDIO.

Casóse con Estráfilo.

LEANDRO.

Es un plomo.

¿Este galán escoge?

CLAUDIO.

Es muy honrado.

Danle diez mil ducados.

LEANDRO.

Esos tomo.

¡Ah, tiempos diferentes del pasado!  
Con mil maravedís una marquesa  
casaba la heredera de su estado.

¿Y habemos de ir allá?

CLAUDIO.

Y aun, si no pesa  
al señor desposado, se concierta  
una máscara buena, aunque de priesa.

LEANDRO.

¿Qué aprovecha, si ponen a la puerta  
guarda y alcaide?

CLAUDIO.

Que no importa nada;  
será para las máscaras abierta.

LEANDRO.

¿Cómo tan presto ha sido concertada?

CLAUDIO.

¿Cómo? Sólo nos falta vuestra ayuda.

LEANDRO.

Tenedla aquesta vez por excusada.

ROBERTO.

¿Tendréis alguna novedad?

LEANDRO.

Sin duda.

LUCRECIO.

Pésame, a fe, que yo con vos querría  
excusarme de entrar.

LEANDRO.

Muy bien ayuda.

LUCRECIO.

Mejor os guarde Dios; lo que sabía  
se me ha olvidado todo.

ADRIÁN.

¿Habláis de vicio?

(1) No es consonante de "vida" ni de "sabida".

LUCRECIO.

No, sino con razón, por vida mía.

Ya sabéis que el danzar es ejercicio:  
desde el año pasado no le tengo.

ADRIÁN.

No importa, no.

LUCRECIO.

Sacáisme de juicio.

Ello es de noche; desde aquí prevengo  
lo necesario. Vamos en un vuelo.  
Casi por fuerza en vuestro intento vengo.

ROBERTO.

Por lo menos sabréis del saltarélo  
el paseo siquiera.

LUCRECIO.

Y dos mudanzas.

LEANDRO.

Adiós, señores.

CLAUDIO.

Favorezca el Cielo,  
Leandro, vuestras ricas esperanzas.

*(Vanse los cuatro, y queda LEANDRO solo.)*

LEANDRO. ¡Ah, qué contento lleváis  
y en qué libertad vivís!  
¡Qué vanaglorias decís!  
¡Qué pensamientos gozáis!  
¡Triste yo, que vivo muerto,  
navegando por un mar  
donde me vine a anegar  
cuando ya llegaba al puerto!  
¡Qué cerca vi mi esperanza  
de conseguir su vitoria!  
Mudóse en pena la gloria,  
trocó la mar la bonanza,  
porque ya puedo decir  
que, si no vencí esta vez,  
aquesta noche a las diez  
he de vencer o morir.

*(Entra PATRICIO.)*

PATRICIO. (Este es Leandro, sin duda,  
y a mi casa va derecho.  
Ya me sobresalta el pecho  
y la color se me muda.)  
Pues, ¿señor Leandro?

LEANDRO.

¡Oh, rey!

PATRICIO. ¿Al anochecer aquí?

LEANDRO. Como vivo tan sin mí,  
ni tengo razón ni ley;  
como vivo ciego tanto  
con la luz de mi señora,  
tan de mañana es agora  
como cuando me levanto.

PATRICIO. ¿Qué hubo de nuevo esta tarde?

LEANDRO. Una muy nueva desdicha.

PATRICIO. ¿Cómo así?

LEANDRO. Ya de mi dicha  
no es justo que más me acuerde.  
Entré a cumplir mi concierto,  
y apenas sentado fui  
cuando mi esperanza vi  
dar al través en el puerto.  
Levantábase a abrazarme  
aquel ángel amoroso,  
queriendo su rostro hermoso  
con su vergüenza abrasarme.  
Y ya que, juntos los dos,  
estaba el brazo tendido,  
llegó su negro marido.  
¡Negra Pascua le dé Dios!  
Quedóse Violante muerta,  
y yo no menos mortal.  
Si entré por la principal,  
salí por la falsa puerta.

PATRICIO. ¡Brava ventura perdida!  
Mal quiero ese hombre, por Dios.

LEANDRO. Maldigámosle los dos  
mientras Dios me diere vida.

PATRICIO. Que no; más vale matalle.

LEANDRO. Podrá ser alguna vez.  
Aquesta noche a las diez  
me dice que ande en su calle,  
que su marido está fuera  
y entraré a conversación.

PATRICIO. (No es esta mala ocasión  
para que a mis manos muera.)

LEANDRO. A la calle hemos llegado,  
y, aunque es muy temprano ahora,  
quiero ver si mi señora  
tiene de mí buen cuidado,  
que podrá estar por aquí.  
Quedaos, así os guarde Dios,  
porque si me ve con vos  
le pesará.

PATRICIO. Sea así.

A aquella esquina me voy.

LEANDRO. ¡Ah, noche, y cuánto te tardas!  
Reloj de las diez, ¿qué aguardas,  
que en diez mil penas estoy?

(*Asómase a la ventana VIOLANTE, y TEODORA.*)

TEODORA. Señora, ¿no es aquel hombre el galán de aquesta tarde?

VIOLANTE. El mismo, así Dios me guarde. Llámale.

TEODORA. ¿Cómo es su nombre?

VIOLANTE. Leandro.

TEODORA. ¿Ah, señor Leandro?

LEANDRO. ¿Sois vos, mi vida?

VIOLANTE. Yo soy.  
¿Estáis solo?

LEANDRO. Solo estoy.  
(Escondeos, Alejandro.)

PATRICIO. Ya me escondo, pesia tal.)

VIOLANTE. En la calle no podéis estar. Entrad, si queréis, por que no parezca mal.

LEANDRO. ¿Eso decís? ¿Está abierto?

VIOLANTE. Aquésta bajará a abrir.

LEANDRO. (Agora puedo decir, Alejandro, que soy muerto.

PATRICIO. Pues no lo digáis burlando. Sin duda que moriréis cuando en sus brazos estéis.

LEANDRO. Tal muerte estoy deseando. Ya han abierto. Tened cuenta, y si alguien viene, avisad.)

TEODORA. Entrad, señor, y cerrad.

PATRICIO. Dejadlo vos a mi cuenta.—  
¿Quedaré el cerrojo roto y aquesta puerta quebrada?  
¿Echaré mano a la espada?  
¿Entraré con alboroto?  
No, que es negocio de honra, y hasta que esté satisfecho el hablar es sin provecho y causa de mi deshonra. Quiero entrar disimulado.—  
¿Hola? ¿Hola? Abran aquí.

TEODORA. Señora, ¡triste de mí!, señor viene.

PATRICIO. Es excusado. Ya es tarde, ingrata; temprano para que llegue tu muerte.

VIOLANTE. Abrid, ¿qué hacéis de esa suerte todos mano sobre mano?

(*Entra PATRICIO, y sale LEANDRO.*)

TEODORA. Vengas, señor, en buen hora.  
(¡Oh, qué bien que me escapé!  
Mire que a las diez esté en la calle.

LEANDRO. Adiós, Teodora.)

¿Alejandro? ¿Hola, Alejandro?  
¿De esta manera avisáis?

¡Por Dios, descuidado andáis, que anda por la mar Leandro! No parece. Habráse ido.

¡Buen amigo hacéis, por Dios! Pudiera, fiado en vos, dar en manos del marido.

¡Ah, qué de azares me siguen! Todo el mundo me hace guerra.

Parece que cielo y tierra, conjurados, me persiguen.

Dos veces me desbarata aquéste la gloria mia, y dos veces en un día; a la tercera me mata.

Vanas esperanzas mías, ¿qué posesión pretendéis, pues en un punto perdéis lo que ganáis en un día?

Pero pues que porfiar me manda Amor otra vez, aunque me mate a las diez, a las diez tengo de entrar, que, al fin, Leandro es mi nombre.

(*Salc PATRICIO.*)

PATRICIO. (Caso es aqueste que asombra. Ni parece hombre ni sombra. ¡Válgate el diablo por hombre! ¿Por adónde habrá salido? Pero veo allí a Leandro.)

LEANDRO. ¡Por Dios, señor Alejandro, buen cuidado habéis tenido! ¿Pesia tal!, ¿dejeos aquí y vaisos de aquesa suerte? Señal que he visto la muerte.

PATRICIO. ¿Cómo?

LEANDRO. A su marido vi. Apenas tomo una silla, cuando vele aquí al marido mejor que si hubiera sido llamado con campanilla.

PATRICIO. ¿Y entró?

LEANDRO. Pues ¿no había de entrar? ¡Buenas espaldas hicistes!

PATRICIO. Y vos, ¿por dónde salistes?

LEANDRO. Por ese propio lugar.

PATRICIO. ¿Cómo?

LEANDRO. Fué gran encubierta. Al tiempo que el hombre entró,

por su lado salí yo  
del encaje de la puerta,  
que estaba metido allí.

PATRICIO. ¡Bravo suceso, por Dios!

LEANDRO. Todo por fiarme en vos.

PATRICIO. ¡Sí, por Dios, culpado fui!  
Aunque el amor me disculpa,  
que, así como entraste, vieron  
mis ojos a los que fueron  
de una desgracia la culpa.  
Mientras a veros llegué,  
como yo iba tan ciego,  
pudo sucederos luego  
lo que yo jamás pensé;  
y a fe que si lo pensara,  
y atento al caso estuviera,  
otra cosa sucediera,  
que mi honra disculpara.

LEANDRO. No por eso la perdéis,  
y bien estáis disculpado;  
si no me habéis ayudado,  
ahora me ayudaréis.

A las diez me manda entrar,  
que ésta es hora muy segura;  
aquella fué coyuntura  
que no se puede excusar.

Yo tengo muchos amigos;  
mas no fio mi secreto  
de ninguno, que os prometo  
que tengo muchos testigos.

A vos, que sois forastero  
y tan hidalgo, está bien  
daros cuenta de mi bien:  
¿tenéis algún compañero  
que se viniese con vos  
para esta noche siguiente,  
que esta casa tiene gente  
y sois menester los dos?

PATRICIO. ¡Bien decís! Digo que sí;  
un amigo os quiero dar,  
de quien os podéis fiar,  
y tan bien como de mí.

LEANDRO. Pues quede aquí concertado  
que aquí juntos me aguardéis  
a las diez, donde estaréis  
con el amigo tratado,  
y sea un silbo la señal.

PATRICIO. ¡Que me place! En todo estoy.

LEANDRO. A mudar de traje voy.

PATRICIO. El Cielo os guarde de mal.

LEANDRO. Beso, señor, vuestras manos.

(Vase.)

PATRICIO. Yo las de vuesa merced.  
Que estaré a punto creed.—  
¡El se me viene a las manos!  
Ya no me puedo ofender  
de este hombre de ningún modo,  
pues me da cuenta de todo,  
sin poderme conocer.  
El amigo que traeré  
para caso semejante  
será el padre de Violante,  
a quien la historia diré.  
Que si él conmigo viene,  
con sus ojos ha de ver  
la que me dió por mujer  
y la que por hija tiene.  
¿Qué hago? Voile a llamar  
para que venga conmigo,  
que éste ha de ser el amigo  
que me le ayude a matar.

(Vanse, y entran ROBERTO, CLAUDIO y ADRIÁN, y  
LUCRECIO, vestidos de indio, y de moro, y de  
pastor, y de botarga.)

CLAUDIO.

Quitarme quiero aquesta negra máscara  
que me calienta el rostro.

[ADRIÁN.] (1)

Bien podremos  
hasta que entremos de la puerta adentro.

ROBERTO.

¡Qué bueno va Lucrecio de morisco!  
¡Parece el mismo Muza desterrado!

LUCRECIO.

Y vos, de indio, el mismo Atabaliba.  
¡Galán salís, a fe de caballero!

ADRIÁN.

De mí ¿no lo diréis con el botarga,  
a quien llaman Chuzón en las comedias?  
Por puntos, corazón de zanahoria.

CLAUDIO.

Antes habéis querido que en buen talle  
la proporción y gracia de los miembros  
se vea y juzgue en ese desnudico,  
bien propio, al mismo cuerpo diferente.  
Mas yo, ¿no voy galán con el pellico?

ROBERTO.

Vais por extremo, y rico, sobre todo.

(1) En el texto dice "Claudio", que es el que  
habló antes.



CLAUDIO.

Comuniquemos, Adrián, las letras, que no es razón que tan secretas vayan, pues somos todos una misma cosa; porque si alguna hubiere malsonante, podamos emendalla o no decilla.

ADRIÁN.

Decís muy bien. Mi cédula se mire acomodada al hábito y la barba de aquel viejo marido de mi dama, que ya, como sabéis, es rico y viejo.

(Letra:)

“Lo que en el gusto amoroso mi dama no satisfago, con las galas se lo pago.”

CLAUDIO.

¡Extremada!; ¡por Dios, que le picastes! Sólo falta que esté en el desposorio.— Diga Lucrecio.

LUCRECIO.

Dice de esta suerte, acomodada al traje de morisco:

(Letra:)

“Por vos soy de aquesta ley, que daros el alma a vos no lo manda la de Dios.”

ROBERTO.

Es atrevida; pero pase, vaya. Oíd la mía, que en el traje indiano imito aquel galán de mi señora que atropelló mis años de servicio por el oro divino y poderoso.

(Letra:)

“No por mí, sino por vos, tierra donde yo nací, no por vos, sino por mí.”

LUCRECIO.

¡Por Dios, que no la entiendo!

ADRIÁN.

Yo tampoco.

ROBERTO.

Oíd, que es un coloquio extremadísimo. Habla el indio primero con la tierra diciendo que le quiere su señora por la tierra, donde hay tanta riqueza; y luego el oro responde a la tierra que no por ella fué querido el indio, sino por el que al fin lo vence todo.

CLAUDIO.

Doctores hay; entre ellos se argumenta y vos os entendéis, que es lo que importa. Oíd y pagaréisos en la mía. Yo me finjo un pastor que fué querido y que por pobre me dejó mi dama, o, por mejor decir, por otro rico.

ADRIÁN.

Todos sabemos esa historia, vaya.

(Letra:)

“Dejas un pobre muy rico y un rico muy pobre escoges; si te ofendo no te enojés.”

ROBERTO.

¿Agora sale Claudio con aquesto?

ADRIÁN.

Vuélvala, por mi fe, al otro romance de la estrella de Venus traqueado, por todos los lacayos de la corte, aguadores, picaños y fregonas, y harán mejor que no fisgar las letras.

CLAUDIO.

Pues ¿es malo aplicar aquellos versos si el poeta los liizo por los mismos?

(Entra un ALGUACIL y dos CRIADOS.)

ALGUACIL.

¿Qué gente? ¿Quién va allá? Todos se tengan a la justicia.

CLAUDIO.

Pues tenidos somos.

ALGUACIL.

¿Quién son?

ADRIÁN.

Cuatro de máscara y dos hachas.

ALGUACIL.

¿No saben que no pueden en la corte andar enmascarados por la calle? Vuestas mercedes vengán a la cárcel.

ROBERTO.

¿Tan pronto desconoce a los amigos?

ALGUACIL.

¡Oh, Roberto! ¿Y adónde?

ROBERTO.

A un desposorio, y nos hará merced de acompañarnos.

ALGUACIL.

Eso haré, por serviros, con buen gusto.  
Vayan las hachas, que seguros vamos.

CLAUDIO.

Bien nos ha sucedido. Da la vuelta  
por esa calle, que las diez son dadas.

ROBERTO.

Hay colación y damas rebozadas.

*(Entranse todos y sale PATRICIO con BELARDO, viejo, su suegro.)*

BELARDO.

Si tal fuese verdad, desde aquí digo,  
Patricio, que al fin eres mozo vano,  
que ejecutor seré de su castigo  
como verdugo fiero e inhumano.  
No padre quiero ser, sino enemigo,  
que de su sangre la paterna mano  
bañaré más contento que aquel día  
que la casé para desdicha mía.

Mira que eres mancebo y es posible  
que alguna sospechilla, o el demonio,  
con esa condición tuya insufrible,  
enemigo mortal del matrimonio,  
patente y claro te mostró visible  
lo que será por dicha testimonio.  
No ofendas a Violante noble y casta,  
que para serlo ser mi hija basta.

PATRICIO.

Si no queréis creer, señor Belardo,  
todo lo que os he dicho de Violante,  
en este mismo tiempo al hombre aguardo,  
seguro de este caso semejante;  
que no será tan perezoso y tardo  
como vanaglorioso y loco amante,  
que nos cuente en el punto lo que pasa,  
y más que le veréis que entra en mi casa.

BELARDO.

¿Tal tengo de creer de una doncella  
criada en un perpetuo encerramiento,  
que el sol entraba por milagro a vella  
y de él se recataba el aposento?  
¡Ah, Patricio, Patricio! Que con ella  
hiciste aqueste indigno casamiento  
enamorado y loco por tu amiga,  
que, por ventura, a tal maldad te obliga.

*(Entra LEANDRO, de noche.)*

PATRICIO. Callad, Belardo, por Dios,  
y disimulad, que viene.

LEANDRO. (Veré si cuidado tiene.  
Allí se pasean dos.  
¿Si son ellos? Silbar quiero.)  
¡Su! ¡Su! ¡Su!...

PATRICIO. (Señal es ésta.)  
¡Su! ¡Su!

LEANDRO. (Señal es aquésta  
del amigo forastero.  
Quiérome un poco llegar.)  
¿Es Alejandro?

PATRICIO. Yo soy.

LEANDRO. ¿Y quién más?

PATRICIO. Quien dije hoy  
que me viene a acompañar.

BELARDO. Vuesa merced se asegure  
y se confíe de mí.

[LEANDR.] Y vuesa merced a mí  
siempre mandarme procure;  
que cuando esta obligación  
a esto no me obligara,  
la de Alejandro bastara,  
que es mi medio corazón.

BELARDO. El me ha dicho, mi señor,  
vuestras prendas e hidalguía,  
y así, como a él, querría  
me tengáis por servidor.  
Fuera de eso y de este caso  
me avisó, y quiero advertiros  
que el primer paso en serviros  
será guardar este paso.

LEANDRO. A todo quedo obligado;  
el secreto es importante.

BELARDO. La dama, al fin, ¿no es Violante?

LEANDRO. La misma que habéis nombrado.

BELARDO. Cuando estuvistes allá  
¿por poco os viera el marido?

LEANDRO. Sí, por Dios; "abrí al marido";  
entiendo que cerca está,  
que es un demonio celoso.  
La puerta se abre; esperad.

BELARDO. Pues alto, señor, entrad,  
y Dios os haga dichoso.

*(Entrase LEANDRO.)*

Esto es hecho. ¡Ah, triste viejo!  
Desventurado, ¿qué aguardo?

PATRICIO. ¿Es verdad, señor Belardo?

BELARDO. Hijo, en tus manos lo dejo.  
Eres cristiano y discreto.

PATRICIO. Hasta agora no hay maldad;  
pero quien da voluntad  
lo mismo da que el efecto.

¡Vive Dios, que ha de morir!

BELARDO. Hijo, vuelve aquesa espada a aquesta vejez cansada, tan harta ya de vivir.

No quiero rogar por ella.

PATRICIO. De eso de rogar no trates.

BELARDO. No digo que no la mates; mas que a mí también con ella.

Aquesa espada me acabe;

que pues soy el padre yo

que tu deshonra engendró,

no poca culpa me cabe.

Dos hierros tengo delante:

uno y otro me destruya:

ese de la espada tuya

y el que comete Violante.

(*Asómase TEODORA a la ventana.*)

TEODORA. ¡Ay, triste! Que es mi señor.

De todo voy a avisar.

PATRICIO. ¿Quiéresme hacer dejar

la espada con el honor?

¿De rodillas te me pones

con tus canas venerables,

cuando es menester que hables

graves y honestas razones?

Los padres viejos romanos,

por la patria o el honor,

los hijos, con más furor,

degollaban con sus manos.

¿Qué gloria, qué honor te traen

más clara que estas dos muertes

esas lágrimas que viertes

que por la barba te caen?

¡Oh, infame!, que así lo digo;

¿tú eres el que decías

que de tu hija serías,

no padre, sino enemigo?

¿Tú, que tomar esta espada

debieras de aquestas manos,

imitando a los romanos,

dejarla en sangre bañada,

estás temblando, amarillo,

cuando ves que un brazo de honra

a la rama de deshonra

quiere poner el cuchillo?

¡Buen tronco! Y de tronco tal

tal rama, y de ella tal fruto.

BELARDO. Si humedece el rostro enjuto,

Patricio, amor filial,

no te espantes, que soy hombre;

mas por que veas quién soy,

quiero dejar desde hoy fama eterna de mi nombre.

Con esa espada, que tiene,

como cuchillo de esposo,

filo agudo y poderoso,

a ti matarle conviene.

Anda, no tengas temor;

ninguna pena te aflija,

tú matarás a mi hija

y yo mataré al traidor.

PATRICIO. Alto; mira que te advierto

que lo haré si no lo haces.

BELARDO. ¡Oh, espada, que al fin deshaces

un adúltero concierto!

Mas muera quien hoy deshonra

hija, suegros, padre y madre.

Aqueste es hecho de padre

que sabe de amor y honra.

(*Dale una estocada y cae.*)

PATRICIO. ¡Ay, muerto soy!

BELARDO. Eso, sí;

que en ti mi deshonra muere.

Padre soy; quien padre fuere,

ponga los ojos en mí.

Si yo a mi hija mataba

como adúltera y lasciva,

dejaba deshonra viva

que para siempre duraba.

El honor ha de vivir.

Es mujer, y pudo errar;

y yo padre, y perdonar;

y éste mortal, y morir.

Elirme será mejor;

quien me culpare, él se afiija;

que yo, sin matar mi hija,

he defendido mi honor.

(*Vanse, y salen dando voces, acuchillándose de dentro, y dice CLAUDIO:*)

CLAUDIO.

¿Esto se usa en este desposorio?

¿Cuándo se vuelven a su casa?

DENTRO.

¡Afuera!

¿Bueno es que vengan a afrentar los hombres con sátiras envueltas en letrillas?

CLAUDIO.

Huyamos, pesia tal, que es un ejército.

ROBERTO.

El uno he conocido.

ADRIÁN.

Son docientos.

*(Vanse, y sale un ALGUACIL, y gente, y tropieza el ALGUACIL en el muerto, y en algunas máscaras.)*

ALGUACIL.

¡Ténganse aquí! ¡Favor a la justicia!  
¡Cuerpo de tal! Sin falta es hombre muerto.

CRIADO.

¡Ah de esta casa! Gente suena. Lumbre,  
que queda en esta calle muerto un hombre.

*(Sale TEODORA con un candil, y el ESCUDERO con linterna, y unos antojos.)*

TEODORA.

Paso, señor. ¿Qué voces son aquéstras?

ESCUDERO.

¡Ay, triste! Yo conózcole sin falta.  
¿Aquéste no es Patricio?

TEODORA.

¡Ay, santo Cielo!—  
¡Ah, señora, señora, tu marido!

ALGUACIL.

¡Pobre de mí, que el buen Patricio es muerto!  
Alumbrad esa luz. ¿Qué es esto? ¿Máscaras?

ESCUDERO.

Oigan, que enmascarados le mataron.

ALGUACIL.

No quiero yo, por Dios, mejor indicio.  
Meted aquea cuerpo sin ruido.  
Iré a dar parte de esto a quien al punto  
venga a tomar información del caso.

*(Vase el ALGUACIL y CRIADOS.)*

TEODORA.

Tenle de aquea parte, que Violante  
debe de estar, sin duda, desmayada.

ESCUDERO.

El era de la esgrima principiante.  
Por la nalga le dieron la estocada.

TEODORA.

Entra, ¡pobre de mí!

ESCUDERO.

Ve tú delante.

*(Meten el cuerpo, y sale VIOLANTE.)*

VIOLANTE.

¿Qué salida es aquesta acelerada,  
¡triste de mí!, que apenas he salido  
cuando me traen muerto a mi marido?

*(Sale LEANDRO.)*

LEANDRO. ¿Qué es aquesto, mi señora?

VIOLANTE. No sé, ¡triste!, que estoy muerta.  
En el umbral de esa puerta  
mi marido han muerto agora.

LEANDRO. ¡Vuestro marido! ¿Es posible?  
¿No me diréis de qué suerte?

VIOLANTE. Una mujer fué su muerte  
y un amor incorregible.  
Por una Eugenia, su amiga,  
habrá algún competidor  
acabado con su amor  
por su celosa fatiga.  
Aunque nunca con él tuve  
una hora de paz conmigo,  
y harto más por enemigo  
que por marido le tuve,  
debo llorar con razón,  
que al fin fué mi compañía.

LEANDRO. Pues aquí tendréis la mía  
y un abierto corazón.  
Esa mano hermosa pido,  
y no penséis que os engaño;  
dejemos pasar el año,  
que seré vuestro marido.

VIOLANTE. Ya que aquesta desventura  
me ha querido enviar el Cielo,  
con vos, señor, me consuelo,  
y esa mano me asegura.

LEANDRO. Dadme aquea y convertid  
hoy en gloria su tragedia.—  
Aquí acaba la comedia  
de *Las Férias de Madrid*.

FIN



## COMEDIA FAMOSA

DE

# LA FIRMEZA EN LA DESDICHA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

El REY DE SICILIA.  
LEONARDO, *general*.  
El CONDE OTAVIO.  
TEODORA, *hermana del general*.  
ROSELA, *criada*.  
FABIO, *labrador*.  
BATO.

Dos NIÑOS, *hijos del*  
CONDE. (1)  
RICARDO.  
EVANDRO.  
CAPITÁN *de la guarda*. (2)  
Dos CIUDADANOS.  
Un CRIADO.  
FLORO.

RISELO.  
TIBURCIO.  
Un SOLDADO.  
CARDENIO.  
FULGENCIO.  
FLORA, *duquesa de Calabria*.  
PRUDENCIO.  
FENICIO.

SILVIO, (3) *villanos*.  
ALBANIA, (3) *[Un ESCUDERO.*  
SOLDADOS.  
Un FAJE.  
Otro CAPITÁN [CINTIO.]  
CABALLEROS.  
CRIADOS.]

### ACTO PRIMERO

(*Salen el REY, OTAVIO y LEONARDO.*)

REY. Hoy partirás de Mecina  
con esta armada, Leonardo.  
LEONARDO. Sola tu licencia aguardo.  
REY. A la conquista camina  
del libre y rebelde Sardo,  
que mi palabra te doy  
de premiarte como es justo.  
LEONARDO. Premiado, señor, estoy,  
pues de honrarme tienes gusto  
donde el más humilde soy;  
tanto, que a Sicilia espanta  
ver que tu amor me adelanta  
a tantos nobles a quien  
generosa envidia den  
tanto honor y merced tanta;  
que no habiendo preferido  
los servicios que ellos tienen,  
hazaña de amor ha sido.  
REY. Si ellos a servirme vienen,  
tú me has, Leonardo, servido;  
que si del antecesor  
heredan los sucesores  
los servicios y el valor,  
la virtud de tus mayores  
me ha obligado a hacerte honor.  
Lleva mi bastón real

con nombre de general,  
tan bien empleado en ti,  
que, pues hoy te igualo a mí,  
ninguno ha sido tu igual.

LEONARDO. Mil veces pongo la boca  
en el suelo que esas plantas  
tocan.

REY. Alzarte me toca.

LEONARDO. Si a ti mismo me levantas,  
tu mismo ser me provoca.  
¡Seré en la conquista griego,  
seré en Troya Agamenón!

REY. Que mires mi honor te ruego.

OTAVIO. (La venta de esta ocasión (1)  
mira mi gloria y sosiego.  
Es Leonardo, a quien ha dado  
el Rey su bastón real  
sin saberlo, mi cuñado,  
que Amor, con secreto igual,  
con su hermana me ha casado.

(*En tanto hablan el REY y LEONARDO en secreto.*)

Mas como por tantos años  
ha durado nuestro amor,  
y el tiempo es descubridor  
de los mayores engaños,  
y más en cosas de honor,  
anda Leonardo advertido,  
quiero decir sospechoso  
de que está de mí ofendido,  
estorbando receloso  
el bien que tengo adquirido.

(1) Les llama en la obra LUDOVICO y LIDORO.  
(2) Después le llama CELIO.  
(3) El texto, por errata, dice ALBANO.

(1) Así en el original.

Fué mi error también traer  
dos hijos que de este amor  
tuve, a su casa, que ayer  
los miró con tal rigor,  
que sus celos dió a entender.  
Díjole su hermana que eran  
expósitos; mas tenían  
tales señas, que pudieran  
descubrir lo que encubrían  
a cuantos su rostro vieran.  
Ello fué notable error;  
pero pintan ciego a Amor.  
Mas ya el Rey lo ha remediado  
con haberle levantado  
a tantos grados de honor.  
Partirás a la conquista  
de Cerdeña, rebelada,  
y, perdiéndonos de vista,  
no habrá temor no habrá espada  
que nuestra gloria resista;  
gozaré en paz de mi esposa  
y de mis hijos queridos  
hasta la sazón dichosa  
que truequen los ofendidos  
la guerra en paz amorosa;  
que los bandos sicilianos  
que nuestros padres y hermanos  
han tenido, causa ha sido  
de no habérsela pedido  
y dádole en paz las manos.)

REY. No tengo más que advertir,  
que a quien tan bien sabe hacer  
cánsale el largo decir.

LEONARDO. Es del buen obedecer  
mucho obrar y poco oír.

Desde aquí, con tu licencia,  
me voy, señor, a embarcar.

REY. Cuidado me da tu ausencia.

LEONARDO. ¡Tú verás en tierra y mar  
mi amor y mi diligencia!

(*Toquen cajas, y vase LEONARDO.*)

OTAVIO. Pensé del notable amor  
que hoy a Leonardo has mostrado  
que hubieras acompañado  
su persona al mar, señor,  
y hasta dejarle embarcado.  
Nuevo a tu corte parece,  
puesto que mucho merece  
Leonardo el ver de qué modo,  
a vista del reino todo,  
en él tu amor resplandece.

REY.

¡Ay, Conde, no te espantes,  
que todas estas cosas por momentos  
suceden entre amantes!  
Amando están en paz los elementos,  
y aquel su peso grave  
sostiene Amor para que no se acabe.

La celeste armonía  
con amor se conserva y corresponde;  
el sol engendra, y cría  
la tierra el grano; el mar la perla esconde;  
ama la piedra al centro,  
que no sé qué de amor se tiene dentro.

Amor halló las artes,  
Amor es la mayor filosofía:  
es Dios que en todas partes  
tiene su altar, su cetro y monarquía.  
Las industrias nacieron  
de Amor, que antes de Amor nunca se vieron.

Industria, Conde, ha sido,  
y nacida de Amor, haberle dado,  
sin haber preferido  
servicios, a Leonardo el cargo honrado  
con que mi armada lleva,  
y ya para embarcarse toca a leva.

Amo y amor me enseña  
a quitar los estorbos al deseo.

OTAVIO.

No es la fuerza pequeña,  
pues que te pone en el rigor que veo.  
Mas, ¿es posible que ama  
dama Leonardo de tan alta fama?

¿Puedo saber el nombre,  
ya que tu pensamiento me declaras?

REY.

Puedes, porque te asombre  
la gentileza de sus partes raras;  
mas no es su dama, Otavio,  
que, a ser su dama, no se hiciera agravio.

OTAVIO.

(¡Mísero yo!, ¿qué escucho?  
¿Cosa que amase el Rey mi dulce esposa?)

REY.

Conde, si obliga mucho  
la fe jurada y la lealtad forzosa,  
tenme secreto y mira  
que has de ayudar tu Rey.

OTAVIO.

Tu amor me admira.

REY.

Amo a Teodora, hermana  
de Leonardo; auséntele de la corte  
para dejar más llana  
la puerta de su casa a cuanto importe  
a mi amoroso intento.

Otavio, ¡ayuda tú mi pensamiento!

¡Entra en su casa, Otavio!

¡Conde, dile mi amor! Di que no tema  
de mi grandeza agravio;  
rinde a sus pies la majestad suprema,  
ofrece montes de oro,  
di que las puertas de su casa adoro.

Mas ¿qué te persuado?

Eres mancebo y querrás bien, pues quieres;  
de tu mismo cuidado,  
cuando a tu dama, Otavio, le refieres,  
saca el cuidado mío  
y mira que mi honor de ti confío.

OTAVIO.

¿Dónde a Teodora viste,  
o qué ocasión para quererla tanto  
como dices tuviste?

REY.

Que me preguntes la ocasión me espanto:  
Amor es rayo y pasa;  
desde la vista el corazón abrasa.

OTAVIO.

A fe que ella sería  
quien te diese la causa.

REY.

No lo creas;

yo vi a Teodora el día...  
Mas no preguntes ni molesto seas;  
vamos donde Teodora:  
sepa, Otavio, de ti que el Rey la adora.

Que sirvas sólo quiero  
de sumiller de la cortina roja  
a mi temor primero;  
del velo vergonzoso me despoja,  
que, descubierto luego,  
también le sabré yo decir mi fuego.

OTAVIO.

(¿A quién ha sucedido  
desdicha semejante?)

REY.

Aquí me aguarda  
y mudaré vestido.

OTAVIO.

¿Qué miedo, qué vergüenza me acobarda  
de decirle que es mía  
la hermosa prenda que gozar confía?

Pero quien ha quitado  
por estorbo a su hermano de su gusto,  
si le digo el cuidado  
con que su pretensión me da disgusto,  
¿quién duda que me envíe,  
adonde para siempre me desvíe?

Pues sufrille que intente  
una violencia, es daño irreparable;  
que Teodora se ausente,  
o que se esconda, es medio saludable;  
pero salir no puedo.

¡Todo es confusa noche y todo es miedo!

El Rey se habrá mudado.

¡Pluguiera a Dios de pensamiento fuera!  
Quiero entrar sosegado;  
pero cuando el dolor el alma altera,  
¿quién hallará sosiego?,  
que de ella, por los ojos, sale el fuego.

¡Animo, pecho mío!

Hasta ver el suceso, no perdamos  
el generoso brío  
que de buenos pasados heredamos.  
Mas ¡ojalá los Cielos  
me mataran de amor y no de celos!

(*Vanse, y sale TEODORA, dama; ROSELA, criada; FABIO, labrador, con dos NIÑOS.*)

TEODORA. Pues el hábito han mudado  
mis hijos, también es justo  
que mudes tú por mi gusto,  
Fabio, el hábito heredado,  
pues no se han de hacer sin ti  
ni has de volver al aldea;  
bien es que el hábito sea  
como de quien vive aquí.  
Ya se fué, Fabio, mi hermano  
de la manera que ves;  
el Conde gusta que estés  
en hábito cortesano,  
porque para acompañar  
mis hijos no es bien que sea  
como de monte y aldea.

FABIO. Los dos lo podéis mandar;  
mas dificultosamente  
a obedeceros me atrevo,  
tanto por el traje nuevo  
como por la nueva gente.  
Yo no estoy doecho a las galas

de corte ni a su estrechez;  
 la propia naturaleza  
 las juzga y tiene por malas.  
 Si ha de bajar el sustento  
 por la boca a la garganta,  
 la dificultad es tanta  
 que antes le causa tormento,  
 porque, con cuello apretado  
 de lechuguilla o jubón,  
 baja con mala sazón  
 al estómago el bocado,  
 y aun se lo estorba en el pecho  
 la pretina que prosiga  
 la entrada de la barriga,  
 porque le éntre en mal provecho.  
 Hizo la naturaleza  
 pies y manos con primor  
 para expeler el humor,  
 y aun por la misma cabeza.  
 Y apretando el cortesano,  
 como en sus galas se ve,  
 con zapato estrecho el pie  
 y con el guante en la mano,  
 todo en el cuerpo se encierra.  
 ¡Oh, bien haya el labrador  
 que, de la tierra el sudor,  
 le vuelve a la misma tierra!  
 El jubón desabrochado  
 deja pasar el sustento  
 el ancho cinto a contento,  
 a la barriga el bocado;  
 ¡a mano suelta, sin freno,  
 el pie en abarca o en zapato  
 tan ancho, que puede un pato  
 criar en cualquiera seno.  
 No le calientan colchones  
 la sangre, ni la comida  
 varia le acaba la vida  
 con tantas indigestiones.  
 ¿Cuándo se ha visto villano  
 que muera de apoplejía,  
 ni por la empanada fría,  
 ni cantimplora en verano?  
 ¡Ay, dulces sombras, adonde  
 es el pan seco maná,  
 donde más gustos me da  
 que tiene en su mesa el Conde!  
 Pues en llegando a dormir  
 sin cuidado y pretensión,  
 sin envidia ni ambición,  
 sin rogar y sin servir,  
 ¿qué cama de seda y oro

tiene el Rey más regalada?

TEODORA. ¿Esa vileza te agrada?

FABIO. Esta quiero y ésta adoro,  
 pues en llegando a tratar  
 con aquesta buena gente,  
 así es ello. ¿Qué serpiente  
 como la que oí contar  
 que era de siete cabezas,  
 les hará comparación?  
 Sierpes de soberbia son,  
 vestidas de vanas piezas.  
 Ya pasa el otro arrogante,  
 ya el otro avaro y cruel,  
 ya el otro humano Luzbel,  
 en la ambición semejante.  
 Ya veréis uno preciado  
 de divino entendimiento,  
 fondo en raso de jumento  
 y por de fuera brocado;  
 ya veréis un sacristán  
 metido a ser Cicerón,  
 y otro, en calzas y jubón,  
 a Rodamonte y Roldán.  
 Todos caminan, en fin,  
 a opiniones singulares,  
 pues, en llegando a pesares,  
 no ha dado tantos Pasquín.  
 Ahora bien: mucho he de hacer  
 en mudar naturaleza:  
 quien vida tan nueva empieza,  
 de nuevo vuelve a nacer.  
 Mas ¿de qué podré servir  
 en tu casa, toco y rudo,  
 ignorante, ciego y mudo?

TEODORA. De callar, Fabio, y de oír.

FABIO. Echarme quiero a tus pies  
 por la cosa más bien dicha  
 que está escrita, que desdicha  
 de los cortesanos es  
 no guardar esa sentencia  
 del oír y del callar.  
 Ahora bien, quiero mudar  
 el traje y tener paciencia.  
 Voy a ponerme galán  
 al uso de estos divinos,  
 con calzas de desatinos  
 y capa de charlatán.  
 Haréme luego hablador,  
 mentiroso y lisonjero,  
 con humos de caballero  
 y desprecio de señor;  
 cercenaré cortesías,



y seré muy miserable,  
y hablaré mal, cuando hable,  
hasta de las cosas mías.

(Vase.)

TEODORA. ¿Qué te parece, Rosela,  
del humor del labrador?

ROSELA. Que será el ayo mejor  
y la más discreta escuela  
que a tus hijos puedes dar.

TEODORA. Si costumbres es saber,  
no tienen más que aprender  
que éste les pueda enseñar.—  
¿Hoy qué hicistes, Ludovico?

LUDOVICO. Señora, un rato jugué  
las armas.

TEODORA. ¿Vos? ¿Para qué?

LUDOVICO. Más a las armas me aplico.

TEODORA. ¿Y vos?

LIDORO. Un rato he leído.

TEODORA. Pacífico parecéis.

LIDORO. Tengo lo que vos queréis,  
que es el vivir recogido.

(Sale un ESCUDERO.)

ESCUDERO. Aquí ha llegado Ricardo,  
de parte del Rey, a hablarte.

TEODORA. Y bastaba de su parte.

ESCUDERO. ¿Qué le diré?

TEODORA. Que le aguardo.—  
Lleva, Rosela, de aquí  
estos muchachos.

ROSELA. Yo voy.

TEODORA. ¿Ricardo? Confusa estoy;  
pero trazarálo así  
para hablarme en su locura;  
porque, ignorante que a Otavio  
adoro, intenta su agravio.

(Sale RICARDO.)

RICARDO. Pienso que estarás segura  
de mi embajada.

TEODORA. Sí estoy.

RICARDO. ¿Pensarás que a hablarte vengo  
en los intentos que tengo,  
después que tan suyo soy?

TEODORA. No pienso tal.

RICARDO. Haces bien.  
El Rey está aquí y el conde  
Otavio.

TEODORA. Que entren responde.

RICARDO. ¿Y Otavio?

TEODORA. Otavio también.  
Como se partió mi hermano,  
quiere el Rey hacerme honor.

(Salen el REY y OTAVIO.)

OTAVIO. Aquí está el Rey, mi señor.  
(¡Bien dijera mi tirano!)

TEODORA. (¿Qué tristeza, Conde, es ésa?

OTAVIO. No te puedo responder.)

TEODORA. ¿Vuestra alteza viene a ver  
su esclava? Mucho me pesa  
de no estar muy prevenida.

REY. Alzaos del suelo, Teodora.

TEODORA. Yo estoy bien.

REY. Alzaos, señora;  
bien está, si sois servida.

TEODORA. No digo que os asentéis,  
que el Rey dondequiera es dueño.

OTAVIO. (¡Cielos, parece que sueño  
el daño en que me ponéis!)

REY. Vos os sentad junto a mí.

TEODORA. No lo mandéis.

REY. Es mi gusto.

TEODORA. Señor...

REY. Si es mi gusto, ¿es justo?

TEODORA. Sí, señor.

REY. (¡Qué dulce sí!

¡Ay, si a mi amor le dijeras!)

RICARDO. (¿A qué viene el Rey, Otavio?

OTAVIO. No lo sé. Si tú eres sabio,  
con poca paciencia esperas.)

REY. Teodora, tu hermano es ido  
a conquistar a Cerdeña.

Enviéle porque tengo  
de su virtud experiencia;  
acordéme que mi padre,  
para la paz y la guerra,  
se valió siempre del suyo.

TEODORA. Leonardo, señor, hereda  
los deseos de servirte,  
que es la más perfecta herencia  
en hijos de nobles padres,  
a reyes que tan bien premian.

REY. A la partida me dijo  
que, por ser tu madre muerta,  
sola te dejaba, y yo  
conocí luego las señas;  
vi que me obligaba a ser  
tu amparo, y quiero que sepas  
que en mí te queda tu hermano.  
(¡Qué mal un amante acierta  
a decir su pretensión!

¡Qué turbado Amor comienza!  
En esto veo que es vicio,  
Amor, tu fin cuando llega  
a delcete, pues, en fin,  
se ha de perder la vergüenza.)

TEODORA. Señor, para que mi hermano  
como es razón te sirviera,  
bastaba la obligación  
de nuestra naturaleza,  
sin que le añadieras tantas,  
con venir de esta manera,  
humillando a estas paredes  
los pasos de tu grandeza.  
Beso los pies en su nombre,  
y pues tu amparo me queda,  
conviértase en alegría  
la tristeza de su ausencia.

REY. Levántate a hablar al Conde,  
que de ciertas cosas nuevas  
que quiero tratar contigo,  
tiene cartas de creencia.

TEODORA. Pues, con tu licencia, voy.  
(*Levántese TEODORA.*)

REY. Oye bien lo que te ruega.—  
¿Ricardo?

RICARDO. ¿Señor?

REY. Escucha,  
mientras que los dos conciertan  
cierta cosa de mi gusto.

RICARDO. Si es tuyo, para bien sea.  
(*Hablan en secreto el REY y RICARDO.*)

TEODORA. El Rey manda que te hable,  
Conde, que pienso que piensa  
casarme porque mi hermano  
premio desde luego tenga;  
si es contigo, dime aprisa  
cómo fué cosa tan nueva:  
si se lo dijiste tú  
o si él nuestro amor sospecha.  
De aquí se fueron tus hijos.  
¡Oh, quiera Dios que ya puedan  
llamarte en público padre!  
¡Mucho tardas, mucho esperas!  
¡No es posible que el silencio  
me prometa cosa buena,  
que callar tanto quien ama  
es señal de malas nuevas!  
¿De qué te has descolorido?  
¿Qué me miras? ¿Cómo tiembblas?  
Mira que lo advierte el Rey;  
mueve los labios siquiera;  
haz que hablas y no hables,

señor mío, hasta que puedas,  
que si ve que yo te hablo,  
aumentará su sospecha.

OTAVIO. ¡Ay, Teodora!

TEODORA. ¿No prosigues?

¿Con mi nombre te contentas?

OTAVIO. ¿¡Ay! no dije?

TEODORA. Sí.

OTAVIO. Pues, ¡ay!,  
dice que hay terribles penas;  
de suerte que, en “¡Ay, Teodora!”,  
he dicho cuanto me ruegas,  
pues hay penas, y tu nombre  
es que eres la causa de ellas.

TEODORA. ¿Es que Ricardo me pide  
al Rey, y que el Rey concierta  
que nos conciertes y cases?

OTAVIO. De que Ricardo te quiera,  
de que te pida Ricardo,  
nunca, mi bien, tuve pena;  
mas de que te quiera el Rey  
es muy forzoso tenella.

TEODORA. ¿El Rey me quiere?

OTAVIO. Esto pasa.

TEODORA. Pues ¿qué quiere?

OTAVIO. Que le quieras  
y que te lo ruegue yo,  
que esto no sé cómo sea.

TEODORA. ¿No pudieras avisarme?

OTAVIO. No, que, en fortuna deshecha,  
primero matan los rayos  
que sepa un hombre que truena.

TEODORA. ¿Qué piensas hacer?

OTAVIO. No sé.

TEODORA. ¡Bien me animas!

OTAVIO. ¡Bien quisiera!

TEODORA. Algún medio has de elegir,  
que a los extremos es fuerza  
el caminar por un medio. (1)

OTAVIO. ¡Ojalá que le supiera!

TEODORA. ¿Quieres que llame a mi hermano  
y que de esto le dé cuenta?

OTAVIO. Cuando violencia te hiciere,  
es la mejor resistencia.  
Mas ¿qué le diré de ti,  
que, como sabes, espera,  
y cuando espera el poder,  
quiere muy breve la vuelta?

TEODORA. Dile que estamos casados.

(1) Este pasaje, que parece obscuro, está así en el original.

OTAVIO. Al principio, bueno fuera.  
 TEODORA. ¿Por qué no se lo dijiste?  
 OTAVIO. Porque si tu hermano ausenta  
 para que nadie le estorbe  
 la conquista de tus puertas,  
 yo, que estoy en las del alma,  
 si por mi causa no entra,  
 ¿qué seguridad tendré?  
 TEODORA. Pues éste el remedio sea:  
 que yo le diga que estoy  
 casada, ¡extraña quimera!,  
 con Ricardo; que él dirá,  
 como tanto lo desea,  
 que es verdad, y mientras pasan  
 las forzosas diligencias,  
 vendrá mi hermano, y entonces,  
 o me llevará a otra tierra,  
 o dirá al Rey la verdad,  
 que entonces no habrá violencia,  
 porque mi honor, si la hubiere,  
 ha de correr por su cuenta.  
 OTAVIO. Despacha luego un criado,  
 y el viento le favorezca,  
 para que diga a tu hermano  
 en el peligro que quedas.  
 TEODORA. Dile al Rey que quiero hablarle;  
 pero mejor es que sea  
 en presencia de Ricardo.  
 OTAVIO. Bien dices. ¡Animo y llega!

TEODORA.

Señor, al Conde atentamente he oído  
 tu voluntad resuelta.

REY.

Habla secreto.

TEODORA.

Así conviene hablar, si eres servido.

El Conde sabe tu amoroso efeto;  
 Ricardo ha de saberle, que le importa,  
 por ser de estos agravios el sujeto.

REY.

Espera un poco y el hablar reporta.

TEODORA.

No puede ser, porque es, señor, Ricardo  
 mi esposo, en fin, y su opinión me exhorta.

El me ha solicitado, y de Ricardo (1)  
 tengo yo el sí, que sola tu licencia  
 para la ejecución debida aguardo.

(1) En el texto "Leonardo".

REY.

Ricardo, ¿es esto así?

RICARDO.

La diligencia  
 de mi amor te confieso, aunque ignoraba,  
 por ver a tanto amor tal resistencia,  
 que Teodora me amaba y estimaba  
 para su esposo, y pues a lo forzoso  
 confiesa aquello que encubierto estaba,  
 digo que soy mil veces venturoso  
 y que te pido que padrino seas  
 de nuestras bodas, aunque estés celoso.

REY.

¿Conde?

OTAVIO.

¿Señor?

REY.

¿Qué dices?

OTAVIO.

Que lo creas  
 y que mudes de intento y que los cases,  
 que entonces amas cuanto bien deseas.

REY.

Querría que con ella concertases,  
 ya que se ha de casar.

OTAVIO.

No lo prosigas  
 ni a tal bajeza el pensamiento pases.

REY.

Pues esto quiero, Conde, que le digas.

OTAVIO.

Yo lo diré, mas déjame con ella.

REY.

Si lo alcanzas, Otavio, un Rey obligas.

OTAVIO.

Lleva a Ricardo allá, que lejos de ella  
 no te dará los celos que es forzoso  
 que tengas de él y de Teodora bella.

REY.

Ricardo, ven conmigo.

RICARDO.

¿Estás quejoso  
 de este mi amor? Que si lo estás, no quiero  
 ser de Teodora, aunque ella quiere, esposo.

REY.

Yo gusto que en tan noble caballero  
se emplee dama de valor tan grave.  
Ricardo, honrarte quiero.

RICARDO.

Así lo espero,  
pues tu grandeza mi servicio sabe.

(*Vanse los dos.*)

OTAVIO. Ya me pesa de lo hecho.

TEODORA. ¿Por qué?

OTAVIO. Por haber tratado  
engaño al Rey; que, engañado,  
tiene al castigo derecho.  
¿Qué haremos?

TEODORA. Hacer buen pecho,  
y si fuere necesario  
morir.

OTAVIO. Suceso tan vario  
¿qué remedio ha de tener?  
Que el amor en el poder  
es el más fuerte contrario.

TEODORA. ¿Ha de ser éste Tarquino?

OTAVIO. Podrá ser.

TEODORA. Pues ser Lucrecia,  
que una firmeza desprecia  
el más fuerte desatino.

OTAVIO. Cuando a declararse vino  
ya vino determinado.  
¿Sabes lo que ha concertado?

TEODORA. Di qué.

OTAVIO. Que en siendo casada  
la fe a Ricardo jurada  
rompas.

TEODORA. ¿Qué injusto cuidado!

OTAVIO. ¿Por qué?

TEODORA. Porque no ha de ser  
mi esposo.

OTAVIO. Será forzoso  
que a quien ha de ser tu esposo  
eso venga a suceder.  
Si lo soy, bien es temer,  
no de ti, mas de su fuerza.

TEODORA. No hayas miedo que me tuerza  
ni su poder ni su furia,  
que nunca el amor injuria  
si la causa no le esfuerza.

OTAVIO. A decírtelo quedé;  
por eso advertida vive.

TEODORA. En el agua, Otavio, escribe  
todo lo que no es tu fe.

OTAVIO. Teodora, ¿qué le diré?

TEODORA. Que me case, pues es gala  
que me entregue a quien me iguala,  
y luego hablaré en su pena,  
porque aun antes de ser buena  
no he de prometer ser mala.

Dile que si me desea  
es cosa muy excusada  
servirme como a casada  
antes que casada sea,  
que deje que me posea  
a quien me quiere quitar.

OTAVIO. Mi bien, yo le voy a hablar,  
aunque este engaño y estilo  
pienso que es piedra del filo  
del cuchillo de mi muerte,  
que es Laberinto de suerte  
que no ha de valernos hilo.

(*Vase OTAVIO.*)

TEODORA.

Desdicha extraña amar, pues aunque sea  
la mayor voluntad correspondida,  
de la vida o del tiempo resistida,  
toda la vida sin cesar pelea.

Cuando en amár un alto bien se emplea  
mayor ventura goza aborrecida,  
que no le cansa el mal ni el bien la olvida  
a quien jamás gozó lo que desea.

Amé, pagóme amor, fuí prenda cara  
del alma de mi dueño. Mejor fuera,  
para perder el bien, que no le hallara.

Que a no le tener yo no le perdiera  
y sólo el esperalle me bastara,  
que más se goza el bien cuando se espera.

(*Sale RICARDO.*)

RICARDO. A darte mil gracias vengo,  
luego que el Rey me dejó,  
de que te merezca yo,  
pues ya tan cerca te tengo.  
¿Es posible que llegada  
la ocasión de amor forzosa  
te confesaste mi esposa  
y de mi amor obligada?  
¿Es posible que dijiste  
al Rey que estamos casados  
y que entre tantos llamados  
al más humilde escogiste?  
Hablen mis cinco sentidos  
en tu alabanza, Teodora;  
digan que el alma te adora,



los ojos y los oídos.  
También lo digan las manos  
tocándote, pues ya puedo;  
que adonde Amor quita el miedo  
ya son los respetos vanos.  
¿Puedo besarte las tuyas?  
¿Puedo abrazarte?

TEODORA. Desvía.

RICARDO. Pues ¿qué es esto, esposa mía?  
Pensó el alma que eran tuyas.  
Perdona, que a ti lo oí.  
Tuyo fué el atrevimiento  
y mío el consentimiento  
de tu regalado "sí".  
O soy tuyo o no lo soy.  
¿Por qué hablas de este modo?

TEODORA. Porque fué violencia todo,  
y libre del Rey estoy.  
¿No entendiste que lo hice  
para defender mi honor?  
Pues del Rey al loco amor  
con tu opinión satisface.  
¡Ay, Ricardo! Está contento  
de que como noble hiciste,  
pues que mi honor defendiste  
a voz de tu casamiento.  
Ponme en tanta obligación,  
así te dé Dios ventura;  
viva a tu sombra segura  
la fama de mi opinión.  
Mira que eres caballero,  
cuya profesión mayor  
es defender nuestro honor,  
como de tu amor lo espero.  
En esto le mostrarás.  
Finge, di al Rey que soy tuya,  
aunque ni tuya ni suya  
me verá el mundo jamás.  
Basta declararme así  
y que, cuando ser pudiera,  
más que del Rey tuya fuera,  
y no sepas más de mí.

(Vasc.)

RICARDO. Menos quisiera saber.—  
Fuése. Cayó por el suelo  
el edificio que al cielo,  
soberbio, quise oponer.  
¡Qué poco duró mi engaño!  
Mas bien fué que fuese poco,  
por que no me vuelva loco  
la pena del desengaño.

Altamente me burló.  
Ingenio, en fin, de mujer.  
Pero en lo que da a entender  
el dueño conozco yo.  
Sin duda que el Conde y ella  
esta disculpa trazaron,  
con que del Rey se libraron,  
que es fuerte y adora en ella.  
Por capa me ha echado al toro  
con que de la muerte escapa,  
basta que serví de capa,  
confiada en que la adoro.  
Pues no gozaré sus brazos;  
y impórtame a toda ley,  
porque siendo el toro un Rey  
hará la capa pedazos.  
Arrójame libremente  
y el cuerpo que adora esconde.  
¡Bueno es que se escape el Conde  
y que yo muera inocente!  
¡Oh, qué engaño se me ofrece  
para prueba de este engaño,  
que un daño con otro daño  
la satisfacción merece!  
El hombre que viene aquí  
es de esta casa criado.  
Quien ama desengañado  
bien es que proceda así.

(Sale FABIO, villano, ya vestido de escudero gracioso.)

FABIO.

(Apenas creo que soy yo aquel mismo  
que en traje tan diverso del que traigo  
llevé mis vacas por las verdes selvas  
y mis ovejas por los altos montes.  
¿Adónde está mi sayo descansado  
que a mi medida la inocencia hizo?  
¿Adónde mis abarcas, enseñadas  
a pisar las espinas y las peñas,  
tan lejos de azulejos y de alfombras?  
Calzas me han dicho que se llaman éstas.  
Extraña y prodigiosa arquitectura.  
Aun en éstos se ve que son enredos  
cuantos fabrican los que aquí traen.  
¡Oh, hele allí de los que al Rey trajeron,  
el no menos gallardo cortesano!  
Pardiez, apenas comencé a ponerme  
estas que llaman calzas, cuando escucho  
que viene el Rey, y de temor, corriendo,  
con ellas en las piernas como grillos,  
me escondí en un pajar. ¿Si éste me ha visto?

Yo me caigo difunto. Ya me mira.  
Pienso que quiere hablarme.)

RICARDO.

¿Sois, acaso,  
gentil hombre, escudero de Teodora?

FABIO.

¿Acaso? Y bien acaso, gentil hombre.  
Soy de Teodora un escudero nuevo;  
tan nuevo, que aun lo soy en los vestidos.

RICARDO.

(La fortuna le ofrece a mi propósito.)  
¿Sabéis a lo que el Rey vino a su casa?

FABIO.

No me puse en lugar que lo supiese;  
que soy tan nuevo en cosas del palacio,  
que aun no supe acechar ni estar atento  
a lo que se trataba, codicioso  
de llevarlo por nuevas a otra parte.

RICARDO.

Teodora se ha casado con el Conde,  
y el Rey vino a tratarlo.

FABIO.

Bien ha hecho  
en tanto que su hermano ausente vive,  
que por antiguos bandos de sus casas  
no viniera su hermano en los conciertos.  
Agora sí descansarán entrambos  
y gozarán sus hijos, que era lástima  
verlos andar a sombras de la noche  
para poderse hablar.

RICARDO.

Pues ¿tienen hijos?

FABIO.

¿Luego vos no sabéis que los tenían?

RICARDO.

Hijas, pensaba yo.

FABIO.

Que no son hijas,  
sino dos zagalejos como un oro;  
que yo, puesto que en traje de palacio  
soy labrador enjerto en escudero,  
y los crié en la falda de ese monte  
altivo, padre de una pobre aldea  
que le besa los pies agradecida.

RICARDO.

¡Ah, sí, tenéis razón! Que el Rey me dijo  
que eran hijos los dos y se llamaban  
Celio pienso que el uno...

FABIO.

Erráis el nombre.

Lidoro el uno, el otro Ludovico;  
muchachos que a la fe que en estos montes  
mataron algún oso a pura piedra.  
Trújolos a la corte el conde Otavio;  
y a la fe que su hermano lo sospecha.  
Mas ya que el Rey los casa, no habrá celos.

RICARDO.

(¡Oh, cómo han sido en mi favor los Cielos!  
Sabrálo todo el Rey.) Venid conmigo;  
traeréis para la boda ciertas cosas.

FABIO.

Perdonadme, señor, si sois servido,  
que no sé andar en calzas atacadas,  
y hasta enseñarme no podré seguiros.

RICARDO.

Pues proceded en esto cuerdamente,  
porque se ha de tratar con gran secreto.

FABIO.

Vos echaréis de ver si soy discreto.—

(Vase RICARDO.)

Pasa el invierno perezoso y frío  
y el labrador, que con el corvo arado  
rompió los verdes céspedes al prado,  
mira la parva en el dorado estío.

Corta las ondas del salado río  
el diestro navegante, y, olvidado  
de las tormentas y el rigor pasado,  
vuelve a la nave con valiente brío.

No de otra suerte al conde Otavio veo  
la guerra de su historia reducida  
a las paces del yugo de Himeneo.

Ya no hay memoria que su gusto impida;  
que amor, si llega al puerto del deseo,  
de cuanta pena le costó se olvida.

(Vase, y salen el REY, y FULGENCIO, viejo, su go-  
bernador.)

FULGENCIO. Algunos están quejosos  
de que le hayas preferido  
a mil hombres belicosos  
que dicen que te han servido  
en cargos de Marte honrosos,

y que Leonardo es mancebo  
y en su disciplina nuevo,  
y que eligieras más bien  
algún capitán a quien  
corona el árbol de Febo,  
y he sido de parecer  
que has hecho buena elección.  
Roma quiso deponer,  
por mancebo, a Cipión,  
y le vió después vencer.  
Sicilia verá que ha sido  
Leonardo bien elegido.

REY. Mucho me pesa de oír  
que no pueda al Rey servir  
sino quien le haya servido.  
Cuando el Rey, Gobernador,  
conoce el valor de un hombre,  
¿cuál experiencia mayor?  
Luego bien es que le nombre  
para probar su valor.  
Leonardo es valiente y sabio.

(Sale RICARDO.)

RICARDO. (Yo vengo a mala ocasión,  
que con el padre de Otavio  
habla el Rey.)

FULGENCIO. Envidias son.

REY. Nunca de envidias me agravio.

RICARDO. (Hacer quiero algún ruido.)

REY. ¿Qué hay, Ricardo?

RICARDO. Hablarte quiero  
a solas, si eres servido.

FULGENCIO. Aparte, señor, espero.

REY. Ricardo, seas bien venido.  
(Quiérole lisonjear,  
que le deseo agradar  
para engañarle.)

RICARDO. (¿Qué aguardo?  
Hablar quiero.)

REY. Pues, Ricardo,  
¿cuándo te quieres casar?  
¿Estás muy enamorado?  
¿Quieres a Teodora mucho?

RICARDO. Antes estoy tan cansado,  
que la aborrezco.

REY. ¿Qué escucho?  
¿Cansado apenas casado?

RICARDO. Señor, no soy yo el marido,  
que a serlo no me cansara.

REY. ¿Cómo así?

RICARDO. La sombra he sido  
con que Teodora repara

tu amor y mi injusto olvido.  
Aquello que dijo allí  
fué por concierto de Otavio.

REY. Pues ¿Otavio contra mí?

RICARDO. Habla bajo y como sabio,  
que aún está su padre aquí.  
Ya no es tiempo de cansarte  
con rodeos. El la adora  
y ella pretende engañarte.

REY. ¿Luego quíerele Teodora?

RICARDO. Claramente quiero hablarte.  
Cuando en palacio vivía  
este amor se concertó;  
salió, y aquel mismo día,  
por venganza, ejecutó  
Otavio su alevosía.  
Que sin duda fué venganza  
de su hermano, pues le alcanza  
de los bandos tanta parte.

REY. ¿He de creerte o matarte?

RICARDO. ¿Aún te engaña la esperanza?  
Pues no la tengas, señor,  
que está su amor confirmado  
con altas prendas de amor.

REY. Si al fin de amor ha llegado,  
¿cuál otra prenda mayor?

RICARDO. Tener dos hijos.

REY. ¿Qué dices?

RICARDO. Lo que escuchas.

REY. ¡Vive Dios!...

RICARDO. Quedo, no te escandalices.

REY. Que hoy han de dar fin los dos  
a sus años infelices.  
Pues ¿cómo en esa ficción  
el Conde mi engaño funda  
y su loca pretensión?  
Más estimo la segunda  
que la primera traición.  
Vete y llama al Capitán  
de la guarda y diez soldados  
de los que hoy de guarda están.

RICARDO. Favores mal empleados  
todos la culpa te dan.  
A lo menos bien has visto  
mi lealtad.

REY. Ve presto.

RICARDO. Voy.

(Vase RICARDO.)

REY. ¿Cómo el enojo resisto?  
No más amor desde hoy.  
De mi esperanza desisto.—

¿Fulgencio?

FULGENCIO.

¿En qué te sirvo?

REY.

Hame contado

Ricardo una traición de un hombre injusto, con que estoy enojado sumamente.

FULGENCIO.

Si puedes castigar y en el castigo poner ejemplo y escarmiento a otros, castiga y no te aflijas.

REY.

Bien has dicho.

No en balde yo te he puesto en el gobierno del reino por cabeza y presidente; mas quiero tu consejo.

FULGENCIO.

Di el delito.

REY.

¿Qué mereciera un hombre que a un vasallo de los más nobles que en Sicilia tengo ofendiera el honor y de su hermana tuviera ya dos hijos de secreto, y que queriendo el Rey la mujer misma fingiera, por librilla de sus manos, que estaba desposada con otro hombre aborrecido de ella con extremo y prometiendo al Rey que el casamiento sería puerta de su honor y gusto, de su vida y salud en grave daño, y entre los dos hicieran este engaño?

FULGENCIO.

Por cualquiera delito, siendo cierto, es reo de la muerte, y aunque fuera mi hijo Otavio, que en extremo adoro, lo mismo te dijera que te digo.

REY.

¿Luego puedo prenderle y castigarle?

FULGENCIO.

Préndele, y si le pruebas el delito, si no es que con la parte se concierte, seguro puedes condenalle a muerte.

REY.

Haz una provisión y vuelve luego.

FULGENCIO.

¿Qué nombre?

REY.

El nombre en blanco.

FULGENCIO.

¿El hombre es título?

REY.

Pues que con provisión mando prenderle, sin duda que es lo bueno de Sicilia.

FULGENCIO.

Yo voy.

(Vase FULGENCIO.)

REY.

Vuelve al instante.—¡Extraño engaño! ¡A un rey, a mí! Pues ¿cómo así me paga Otavio las mercedes recibidas? ¡Haber puesto a su padre en el supremo lugar de mi justicia! ¡Ah, mozo ingrato, cómo castiga el Cielo tu malicia, pues de tu mano hiciste la justicia!

(Salen RICARDO, y el CAPITÁN de la guarda, y SOLDADOS.)

RICARDO. Aquí viene el Capitán.

CAPITÁN. Ya los soldados están puestos a la ejecución.

¿Dónde ha de ser la prisión?

REY. Los papeles lo dirán.—

¡Oh, Ricardo, quién creyera que el Conde con este engaño burla de mi amor hiciera!

RICARDO. A no ser yo desengaño, notable tu daño fuera.

¡Ah, señor, cuán pocos son los que viven con lealtad!

REY. ¿Qué bien paga mi afición el Conde!

RICARDO. Ya no hay verdad.

Todo es mentira y ficción.

REY. No se habrá visto venganza como se ha de ver en él.

RICARDO. Amor te pondrá templanza.

REY. Antes me ha de hacer cruel la burla de mi esperanza.

RICARDO. La mayor culpa que tiene es el haberte burlado. Pienso que a tu honor conviene, y a la razón de tu estado, vengarte.

REY. Su padre viene.



(Sale FULGENCIO con un papel escrito, y un PAJE, con pluma, y el tintero.)

FULGENCIO. Aquí está la provisión,  
y el nombre en blanco dejé.

REY. El autor de la traición  
escribe.

FULGENCIO. Dime quién fué  
y irán a hacer la prisión.

REY. Pon el nombre.

FULGENCIO. Ya le espero.

REY. Di el conde Otavio.

FULGENCIO. ¿Qué Otavio?

REY. Tu hijo.

FULGENCIO. ¡Señor!

REY. No quiero  
disculpas.

FULGENCIO. ¿Tan grande agravio  
a su Rey un caballero?

REY. Escribe.

FULGENCIO. Yo escribiré.

REY. ¿De qué te tiembla la mano?  
Tuya la sentencia fué.

FULGENCIO. Es verdad, que no pensé  
que le engendraba villano.  
Cuando la sentencia di  
lejos de mi sangre estaba,  
porque nunca presumí  
que con mi sangre engendraba  
lo que te ofendiese a ti.  
Mas agora no te espantes  
que tiemblen mis manos frías  
de hacer letras semejantes,  
porque las entrañas mías  
no son moldes de diamantes.  
Si lo ha hecho firmaré  
su muerte, que su prisión  
no es mucho; pero tendré  
por dudosa información  
la que de enemigos fué.  
Pongo a Otavio, aunque cruel,  
pues por más que me refieras  
que ponga el cuchillo en él,  
pluguiera a Dios que quisieras  
que me pusiera por él.  
(Arroja la pluma.)

REY. ¿Cómo delante de mí  
la pluma arrojas así?

FULGENCIO. Perdona la mano airada,  
que no puedo ver la espada  
con que la muerte le di.

(Vase FULGENCIO.)

REY. ¿Puso "Otavio"?

RICARDO. Sí, señor;  
"Otavio" en lo blanco puso.

REY. Pues prendelde, y con rigor.

RICARDO. Vamos, Celio.

CELIO. Estoy confuso.

¿El Conde ha sido traidor?

RICARDO. ¿No lo estás mirando agora?

REY. Teodora en Otavio adora;  
mas para vengar mi agravio  
bastará matar a Otavio,  
que eso es matar a Teodora.

(Vanse, y salen el CONDE OTAVIO, TEODORA y RO-  
SELA.)

OTAVIO. Prevéngase en el jardín,  
si te parece, la cena.

TEODORA. Lo que quisieres, mis ojos,  
es la ley de mi obediencia.

OTAVIO. Parece que en verdes plantas  
el tierno amor se deleita.  
Flores, amantes y campos  
son lienzos de primavera;  
amor enseñan las vides  
cuando a los olmos se enredan,  
amor enseñan las aguas  
cuando las flores refrescan,  
amor enseñan las aves  
cuando sus quejas lamentan,  
las zarzas cuando se abrazan  
y por los árboles trepan;  
el aire, con dulces silbos,  
entre las flores se queja,  
que es el que más se enamora,  
porque todo lo penetra.  
No vengan, Teodora mía,  
mis pajes ni tus doncellas,  
que Amor en las soledades  
tiene mayores licencias.  
Estoy con gusto de ver  
que ya tu hermano nos deja  
aquestas paredes libres,  
que por muchos años sea.  
Ve por nuestros hijos luego;  
díselo a Fabio, Rosela,  
que no hay mesa sin los hijos  
ni bocado que bien sepa.—  
Paréceme que te ríes.

TEODORA. Es, Otavio, que celebra  
el alma tus alegrías,  
de tus contentos contenta.  
No cabe en el corazón

la risa de ver que llegas  
a decir que no hay sin hijos,  
mi bien, regalada mesa.  
¿Nunca has visto aquellos quicios  
en que se mueven las puertas?  
Así se mueven las almas  
de los dos que las engendran.  
Ya no temo tiempo ingrato,  
ya no temo suerte adversa,  
durmiendo está la fortuna,  
hurtóle el Amor la rueda.  
Ya no te puedo perder,  
todos mis temores cesan;  
pero escucha, por mi vida...  
Conde, ¿qué voces son éstas?

(Sale RICARDO, CAPITÁN y SOLDADOS.)

RICARDO. ¿Tú las puertas me resistes?  
OTAVIO. ¡Hola! ¿Quién abre las puertas?  
RICARDO. ¡Yo soy! ¿De qué te alborotas?  
¡Ten, Conde, la espada queda!  
OTAVIO. ¿Tú con gente en esta casa?  
CAPITÁN. El Rey manda que te prenda  
con aquesta provisión.  
OTAVIO. ¿A mí?  
CAPITÁN. ¿Que lo dudas?  
OTAVIO. Muestra.  
CAPITÁN. ¿Conoces aquesta firma?  
OTAVIO. Letra de mi padre es ésta.  
TEODORA. Caballeros, ¿por qué prende  
a Otavio el Rey?  
CAPITÁN. Cuando llegan  
a tales puntos las cosas,  
que falta razón no creas.  
TEODORA. Ricardo, ¿eres tú el autor?  
RICARDO. Si te consta tu inocencia  
y la del Conde, Teodora,  
¿qué temes? ¿de qué te quejas?  
OTAVIO. Esta espada, Capitán,  
me guarda, para que sea  
castigo de algún traidor.  
RICARDO. Habla bien, porque no mientas.  
OTAVIO. Vuélveme, Celio, la espada.  
CAPITÁN. ¡Ea, que es mucha soberbia!  
TEODORA. ¿Quieres tú, Ricardo infame,  
que yo el mentís te defienda?  
RICARDO. Vete, Teodora, por Dios,  
que eres mujer, y no buena.  
TEODORA. Mientes.  
RICARDO. De mujer no importa.  
OTAVIO. Tú has dado justa sentencia.  
Desmentísteme, Ricardo;

pero como tú aconsejas,  
no importa, que eres mujer.

CAPITÁN. ¿Esto sufres?  
RICARDO. No te ofendas  
de soberbias de hombres presos.  
OTAVIO. Yo te cortaré la lengua.  
CAPITÁN. Camina.  
TEODORA. A sombras del bien  
está la fortuna adversa.

ACTO SEGUNDO

DE *La Firmeza en la desdicha.*

(Salen cajas, SOLDADOS, bandera, LEONARDO, general.)

LEONARDO. Para haber desembarcado  
nuestra vitoriosa armada  
poco nos han celebrado.

(Sale un CAPITÁN.)

CAPITÁN. Está la ciudad turbada  
y todo el vulgo alterado.  
LEONARDO. ¿Qué puede haber sucedido?  
CAPITÁN. ¿Si por ventura han venido  
como a corte falsas nuevas,  
o ya las envidias pruebas  
de haber, Leonardo, vencido?  
LEONARDO. Cuando vencido volviera,  
roto, perdido y deshecho,  
menos alboroto hubiera.  
Mayor mal, Cintio, sospecho.  
Alguna traición me espera.  
No sé si paséis de aquí.  
CAPITÁN. ¿Luego no quieres que entremos  
en la ciudad?  
LEONARDO. Siempre fui  
de parecer que esperemos  
cuando el mal se viene así.

(Salen dos CIUDADANOS.)

PRIMERO. Llega y tomemos lugar  
donde todo lo veamos.  
LEONARDO. Haz esos hombres parar.  
Cintio, para que sepamos  
la ocasión antes de entrar.  
CAPITÁN. Hidalgos, tened.  
SEGUNDO. ¿Quién llama?  
CAPITÁN. De esta armada el general,  
si no os lo ha dicho la fama.

PRIMERO. Tu nombre y bastón real  
toda esta ciudad aclama;  
pero si valiente y sabio  
te celebra el mar remoto,  
muéstralo en aqueste agravio.

LEONARDO. Pues ¿de qué es el alboroto?

PRIMERO. Degüellan al conde Otavio.

LEONARDO. ¡Válgame el Cielo!

PRIMERO. Esto pasa.

LEONARDO. Dime presto la ocasión.

PRIMERO. Por deshonor de tu casa.

LEONARDO. ¿Pues el Conde a mí traición?

PRIMERO. Ya con tu hermana se casa;  
pero el Rey no da lugar,  
antes la mandó prender  
y la quiere castigar.

LEONARDO. ¡Oh, cómo el fin del placer  
es principio del pesar!

PRIMERO. Sus hijos tiene en prisión,  
con ser niños y ignorantes  
de esto que llama traición.

LEONARDO. ¿Hay sucesos semejantes?  
Pues los niños ¿cúyos son?

PRIMERO. Del conde Otavio y tu hermana.

LEONARDO. (No fué vana mi sospecha.  
Pero la guarda fué vana,  
que ningún muro aprovecha  
cuando es la mujer liviana.)  
Id con Dios.

SEGUNDO. Guárdete el Cielo.

LEONARDO. No en balde tuve recelo  
de que algún mal me aguardaba,  
no en balde el alma temblaba  
de pisar el patrio suelo;  
pero si conoce un ave  
del tiempo la variedad  
y un delfín muestra que sabe  
de la mar la tempestad  
y está avisando a la nave,  
¿qué mucho que pronostique  
el alma de un hombre el daño  
y por potencias aplique  
al temor el desengaño  
y por venir le publique?  
¡Ay de mi ventura corta!  
¿Qué me importa haber vencido,  
ni volver vivo qué importa  
cuando soy tan mal venido  
que el deshonor me reporta?  
¡Ah, falsa hermana Teodora!  
¿Con mi enemigo?—No más,  
no más, gente vencedora;

volved las cajas atrás,  
cese la trompa sonora,  
vuelva a tragarnos la mar,  
no salgamos a la tierra;  
el bastón quiero arrojar  
si una mujer infamar  
puede el honor de la guerra.  
¡Tan larga infamia y secreta!  
¡Hijos de Otavio en mi casa!  
¡La suya a mi sangre aceta!  
Aún no creo lo que pasa,  
tanto el honor me sujeta.  
Bien muestra el Rey compasión  
de mi honor y calidad  
en castigar su traición.

(Sale FULGENCIO padre de OTAVIO.)

FULGENCIO. (Cuando sepa la verdad  
ayudará mi razón.)  
¡Oh!, generoso Leonardo,  
que la noble frente adornas  
del árbol de las batallas,  
que tiene inmortales hojas;  
nuevo generoso Aquiles,  
que a tu patria ingrata y loca  
ilustras con más trofeos  
que el griego sacó de Troya,  
no te asombre mi presencia,  
si la fama te alborota,  
que del hombre más airado  
merecen las canas honra.  
Habrán te dicho que el Rey  
a mi hijo Otavio corta  
la cabeza por tu agravio  
y justa venganza toma;  
tendrás enojo, y es bien,  
que el agravio presto enoja;  
pero nunca los prudentes  
juzgan primero que oigan.  
Oye, pues, aunque no sea  
porque a tu remedio importa,  
mas porque te habla un viejo,  
que tienen verdad de historia.  
El Rey de Sicilia, el Rey,  
mozo al fin, que la edad moza  
admite mozos consejos  
y a los deleites se arroja,  
puso en tu hermana los ojos;  
y, porque tu honor le estorba,  
a la conquista te envía  
de la gente sarda y corza,  
de suerte que fué el bastón

coluna de tu deshonra,  
 basa de su amor injusto,  
 nube del sol de tus glorias.  
 Con esto al Conde, mi hijo,  
 luego que tu armada azota  
 la blanca espuma del mar  
 y le obedecen las olas,  
 manda que a Teodora diga  
 sus amorosas congojas.  
 Otavio, al fin su marido,  
 aunque enemigo le nombras,  
 con lágrimas y palabras  
 dice el peligro a su esposa.  
 Ella concierta decirle,  
 hablando a Ricardo a solas,  
 que con Ricardo se casa,  
 por ver si el Rey se reporta;  
 pero queriendo Ricardo,  
 con deslealtad afrentosa,  
 hacer de las burlas veras  
 y atreverse a su persona,  
 ella le desprecia y dice  
 que a Otavio, su esposo, adora.  
 Ricardo lo cuenta al Rey,  
 el Rey a Otavio aprisiona,  
 haciéndome a mí firmar  
 la sentencia rigurosa.  
 Leonardo, Otavio es mi hijo,  
 no te espantes que me ponga  
 delante del filo airado.  
 Padre soy, el nombre sobra.  
 Por vuestros bandos Otavio  
 no te ha dicho que interpongas  
 tu autoridad con el Rey  
 y que le des a Teodora.  
 Mal hizo, yo lo confieso;  
 ya es hecho. Aquí no perdonas  
 a Otavio, sino a tu hermana;  
 y, cuando con ella rompas,  
 con tus dos sobrinos debes  
 mostrar entrañas piadosas,  
 pues la culpa de sus padres  
 en su inocencia se abona.  
 ¿Qué fiero león de Albania,  
 qué tigre hircana furiosa  
 no perdona la inocencia  
 cuando a sus pies se la arrojan?  
 Leonardo, cuando tu patria  
 fuera la frígida zona,  
 cuando en los montes nacieras  
 por donde sale el aurora,

no es posible que pusieras (1)  
 esas manos generosas  
 en dos niños inculpables,  
 vasos de tu sangre propia.  
 Por ellos mis blancas canas  
 a tus nobles pies se postran,  
 no por Teodora y Otavio,  
 si el agravio te apasiona;  
 mas mira que el mejor padre,  
 cuando el hijo humilde torna,  
 hace fiestas al perdido,  
 alegre de que le cobra.  
 Tus hermanos y mis hijos  
 están en peligro ahora;  
 pide al Rey, pues eres parte,  
 que su castigo interrompa;  
 que Otavio será su esposo,  
 y, en haciéndose las bodas,  
 quedas con honra y sobrinos  
 que celebren tus vitorias.  
 Si Otavio fuera culpado  
 no diera a Torcato Roma  
 la gloria que a mí Sicilia;  
 pero la verdad me consta.  
 Volvamos los dos al Rey;  
 que si el decreto deroga,  
 será paz de nuestros bandos  
 y fin de nuestra discordia.

LEONARDO. Bien creerás que habrá crecido  
 mi agravio en tu relación  
 y que está por el oído,  
 Fulgencio, tu información  
 dando tormento al sentido.  
 Bien creerás cuánto dolor  
 dará mi perdido honor  
 a quien como yo le adora,  
 y bien creerás que Teodora  
 me habrá incitado a rigor.  
 Bien creerás que se ha movido  
 mi sangre a justa venganza...  
 pues créeme que no ha sido  
 como el dolor que me alcanza  
 de ver que el Rey me ha ofendido.  
 De aquí más pena me viene  
 y satisfacción conviene,  
 que la ofensa del señor  
 tiene todo aquel valor  
 que la confianza tiene.  
 ¿A mí el bastón y el oficio  
 de General por que diese

(1) En el original "preferas".



lugar a tan torpe vicio?  
 ¿Que por mí no mereciese  
 de este cargo el ejercicio?  
 ¿Que voy en cuenta de aquellos  
 que por mujeres o hermanas  
 cubren diamantes sus cuellos  
 y entre oficios y honras vanas  
 el vulgo murmura de ellos?  
 Tenedme, lengua, en los labios,  
 que es lealtad santa ley,  
 y por consejo de sabios  
 no se han de atrever al Rey  
 las quejas ni los agravios.  
 Si lo ha hecho está en razón  
 sufrirlo por justas leyes.  
 Es mozo, los años son,  
 y el amor y la ambición  
 dan mal consejo a los reyes.  
 Vamos, amigo Fulgencio.

FULGENCIO. De ningún fuerte romano  
 tu prudencia diferencio.

LEONARDO. Pon en la boca la mano  
 que el mal se rinde al silencio.

(Salen el REY, y TEODORA, y RICARDO.)

REY. ¿Para qué quieres entrar  
 a malograr tu prudencia?

TEODORA. Dame siquiera licencia  
 para que le pueda hablar.

REY. En tu mano está, Teodora,  
 que muera Otavio o que viva.  
 Tú de loca, tú de altiva,  
 le darás la muerte agora.  
 ¿Pierdes algo en que yo sea  
 primer dueño de tu honor?

TEODORA. Pues ¿puedo yo hacer, señor,  
 cosa más injusta y fea?  
 Soy casada, como ves,  
 ¿no es ofensa de mi estado?

REY. Otavio no se ha casado,  
 la ofensa fuera después;  
 cuando casado se vea  
 habrá pasado el agravio,  
 que no está a cuenta de Otavio  
 hasta que tu esposo sea.  
 ¿Ves cómo es tema, Teodora,  
 y no el honor que defiendes?

TEODORA. En fin, ¿matarle pretendes?

REY. Tú lo verás.

TEODORA. ¿Cuándo?

REY. Agora.

TEODORA. ¿Agora?

REY. Sí.

TEODORA. ¿Qué razón  
 das para matarle?

REY. Es llano:  
 el agravio de tu hermano.

TEODORA. ¿Los casamientos lo son?

REY. No lo fuera si supiera  
 Leonardo vuestra amistad  
 y diera su voluntad,  
 porque entonces justo fuera.  
 Esta es fuerza que te ha hecho  
 Otavio.

TEODORA. No ha sido tal,  
 que no fuerza ni hace mal  
 a quien dan puertas y pecho.  
 Cuando una mujer rendida  
 da lugar a un hombre, aquello  
 no es fuerza.

REY. No puede hacello  
 si hay término que lo impida.

TEODORA. No lo ha impedido el tercero.

REY. Fué porque no lo sabía,  
 y así a la justicia mía  
 toca el agravio primero.

TEODORA. No es justicia la que es parte.

REY. ¿Yo soy parte?

TEODORA. Pues ¿quién más,  
 y aun el todo, pues que das  
 en que de Otavio me aparte?

REY. Yo soy Rey y soy juez.

TEODORA. Con pasión ninguno es bueno.

REY. Por su padre le condeno,  
 que él lo ha firmado esta vez.

TEODORA. La prisión, no la sentencia;  
 y si sentencia firmó  
 sería porque pensó  
 que obligaba tu clemencia.

REY. Muy cansada estás, Teodora,  
 y más libre que casada.

TEODORA. De sufrirte estoy cansada.

REY. Pensarás que me enamora  
 ese ignorante desdén.

TEODORA. Mal sabes mi pensamiento,  
 porque tu aborrecimiento  
 voy conquistando también.

(Sale FULGENCIO.)

FULGENCIO.

Bien puede entrar un padre sin licencia,  
 alegre de la vida de su hijo,  
 a pedirte las manos.

REY.

¿Qué es aquesto?

FULGENCIO.

¿No me conoces ya?

REY.

Bien te conozco,  
que sólo las razones desconozco.

FULGENCIO.

¿Por qué das muerte a Otavio?

REY.

Por la fuerza  
que ha hecho Otavio en casa de Leonardo;  
porque al partirse a sosegar las islas  
me encomendó su casa, y pues me sirve,  
su honor, Fulgencio, por mi cuenta corre.

FULGENCIO.

Dices muy bien y como justo Príncipe;  
pero si el agraviado perdonase,  
¿es bien que el ofensor se castigase?

REY.

Aunque perdone el ofendido, queda  
del Rey la ofensa.

FULGENCIO.

Siempre el Rey perdona  
que la parte ofendida esté contenta.

REY.

Y ¿dónde está el perdón?

FULGENCIO.

Si yo le traigo  
¿perdonarás a Otavio y a Teodora?

REY.

Digo que los perdono desde agora.

FULGENCIO.

Entra, Leonardo.

(Sale LEONARDO.)

LEONARDO.

Aquí, señor, me tienes  
a tu servicio.

REY.

¡Válgame los Cielos!  
¿Cómo dejaste la conquista? ¿Cómo  
la armada y el ejército?

LEONARDO.

Volviendo

con vitoria, con honra y con tu armada,  
y esforzando en las islas los presidios.

REY.

¿Tú has vencido?

LEONARDO.

Señor, tus pensamientos  
en cosas diferentes ocupados,  
no miran en el tiempo, que, ligero,  
lleva su curso por los verdes años  
mezclado en blando sueño y dulce olvido.  
Y como me enviaste sin propósito  
de verme vitorioso en tu servicio,  
ayudóme corrida la fortuna,  
que huye de quien ruega e importuna.

REY.

¿Sabes lo que ha pasado?

LEONARDO.

Y te suplico  
me des a Otavio libre, que es mi hermano.

REY.

¿Tu hermano?

LEONARDO.

Al que es marido de Teodora  
así puedo llamarle desde agora.

REY.

No está casado Otavio.

LEONARDO.

Yo le quiero  
casar, con tu licencia, y le perdono  
cualquier agravio de mi sangre y casa,  
porque no queda agravio si se casa.

REY.

¿Ricardo?

RICARDO.

¿Gran señor?

REY.

Saquen a Otavio  
de prisión.—Pero no doy licencia  
que se case en la corte.

LEONARDO.

¿Dónde mandas?

REY.

Sea en cualquiera aldea de la costa;  
y advertid que no vuelvan a la corte  
Leonardo, Otavio ni Fulgencio.

LEONARDO.

Creo

que te ha causado enojo mi vitoria,  
pues la quieres premiar con tal destierro.

REY.

No estéis aquí.

LEONARDO.

Perdona.

REY.

¡Buen soldado!

Ponelde por bastón la rueca al lado.

RICARDO.

¡La infamia que perdona!

FULGENCIO.

Vamos, hijos,  
que siempre, agradeciendo los agravios,  
logran su pretensión los hombres sabios.

LEONARDO.

¿Ricardo?

RICARDO.

¿Qué me quieres?

LEONARDO.

No perdono

infamias yo de Otavio, sino tuyas,  
pues por tener respeto al Rey...

TEODORA.

¿Qué haces?

¿No ves que éstos son lobos?

LEONARDO.

¡Y qué fieros!

TEODORA.

Pleito quieren buscar con los corderos.

(Vanse los tres.)

RICARDO. Tu prudencia y discreción  
pasó la humana medida.

REY. No tuve en toda mi vida  
mayor desesperación.

RICARDO. A notable tiempo vino.  
Ya se la dió por mujer.

REY. Para poderme tener  
de hacer algún desatino  
y sosegar mi persona,  
tomé el cetro por bordón,  
y para ver mi razón  
por espejo la corona.

RICARDO. ¿Quiéreste de éstos vengar?

REY. Si estos que ves se van fuera  
de mi tierra, en la extranjería  
me han de hacer algún pesar.

RICARDO. No digo que los destierres  
ni que ensangrientes la espada.

REY. Hazlo sin decirme nada;  
yerra por ti cuando yerres.

(Vase el REY.)

RICARDO.

Hermosa ingrata, yo juré que había,  
aunque te defendiesen tus desdenes,  
y más rigor a más amor previenes,  
de vencer tu desdén con mi porfía.

Sobre las aras del Amor un día,  
viendo que con mis daños te entretienes,  
juré a mis males de seguir tus bienes  
y ver el fin de la esperanza mía.

Juré, ya voy cumpliendo el juramento,  
más de tus celos que mi amor vencido  
y loco en tu desprecio el sufrimiento.

Tú verás lo que puedo aborrecido,  
que obliga a un descortés atrevimiento  
pagar tan largo amor con tanto olvido.

(Salen el CAPITÁN CINTIO y guarda.)

CAPITÁN. Dos cosas, cuando salió,  
mandó el Rey, señor Ricardo.

RICARDO. La que a mí me toca aguardo.

CAPITÁN. Al Alcaide le mandó  
diése a Otavio libertad,  
que ya de la fortaleza  
sale a templar la tristeza  
de la confusa ciudad.  
El vulgo, que le esperaba  
muerto, le da el parabién  
de la vida.

RICARDO. Hicieron bien.  
Gran príncipe les faltaba.

CAPITÁN. A mí luego me mandó  
lo que mandáis venga a ver  
con mi gente.

RICARDO. Hoy has de hacer,  
Cintio, lo que hiciere yo,  
que cuanto el Rey te ha mandado  
sólo se resuelve en esto.

CAPITÁN. A servirle estoy dispuesto;  
vos conocéis mi cuidado.

RICARDO. Cincuenta soldados junta  
con jacos y con pistolas.

CAPITÁN. ¿No más armas?

RICARDO. Estas solas.

CAPITÁN. ¿Fuera curiosa pregunta  
querer saber para quién?

RICARDO. Allá, Cintio, lo sabrás;  
y no quieras saber más  
de que son para un desdén.

*(Salen el Conde OTAVIO, y FULGENCIO, su padre,  
y CABALLEROS de acompañamiento.)*

OTAVIO. Vuélvanse todos, señores;  
ninguno pasé de aquí,  
no se queje el Rey de mí  
si me hacéis tantos favores;  
no quiero darle sospecha.

CAB. 1.º Conde, a vuestra libertad  
hace fiesta la ciudad  
de la verdad satisfecha;  
y como nos ha pesado,  
agora nos da placer,  
con justa razón, el ver  
la libertad que os han dado.

OTAVIO. Libertad con tal destierro,  
que hoy salgo de la ciudad.  
es esclava libertad,  
pues al fin lleva este yerro.  
¡Plega a Dios que no lo sea  
esta sinrazón del Rey!

FULGENCIO. Hijo, ya sabéis la ley,  
sin que de nuevo os la lea,  
a que nacéis obligado.—  
Vuélvanse estos caballeros.

CAB. 2.º A todos nos pesa el veros,  
Conde, en tan humilde estado.  
¡Plega al Cielo que os veamos  
presto al vuestro reducido!

*(Váyanse todos los que acompañaban, con reverencias.)*

OTAVIO. Fortuna deshecha ha sido.

FULGENCIO. Llorando van.

OTAVIO. ¿Qué esperamos,  
que me dicen que Teodora  
va caminando hacia el mar?

FULGENCIO. Yo la hice adelantar  
con Rosela y con Leonora  
para que estemos seguros  
si el Rey de intento mudase.

OTAVIO. Justo fué que se alejase,  
padre y señor, de estos muros,  
porque no hay seguridad  
en fe de ningún amante,  
que amor es tan inconstante

que hace sol con tempestad.—  
Leonardo ¿adónde quedó?

FULGENCIO. Fué a dar cuenta de la armada  
para que quede entregada  
a quien el Rey se la dió.

OTAVIO. Como caballero ha hecho.  
Mucho le estoy obligado.

FULGENCIO. Siempre estuve confiado  
del gran valor de su pecho.

OTAVIO. ¡Qué buen premio del servicio  
que ha hecho en esta ocasión!  
Pero fundóse en traición,  
que es el más falso edificio.  
¡Buenos vamos desterrados  
a montes y a labradores!  
¡Buenos quedan los traidores  
agradecidos y honrados!  
Por decir estoy...

FULGENCIO. No digas,  
hijo, cosa en deshonor  
de tu natural señor,  
que al Cielo a venganza obligas.

OTAVIO. ¿Qué importa, pues está ausente  
y todo mi bien me quita?

FULGENCIO. El Rey, como a Dios imita,  
dondequiera está presente.  
No se puede murmurar  
del que es supremo en valor,  
que el respeto del señor  
asiste en todo lugar.  
Nunca me vi tan perdido  
que a la suprema cabeza  
se atreviese mi tristeza.

OTAVIO. ¿Quién pondrá, padre, en olvido  
tan notables sinrazones?

FULGENCIO. El freno de la razón.

OTAVIO. Quiero seguir tu opinión  
en tantas contradicciones;  
quiero esforzarme a sufrir  
y venerar la corona,  
que el callar y obrar abona  
y infama sólo el decir.  
Vamos, señor, desterrados,  
que donde te llevo a ti  
no es destierro para mí.  
Tú consuelas mis cuidados,  
tú enriqueces mi pobreza,  
y entre fieras y montañas  
mi soledad acompañas  
de prudencia y fortaleza.  
Mis bienes llevo conmigo,  
como aquel sabio decía,



pues los libros que traía  
no se han de igualar contigo.  
Contigo llevo a Platón  
y a Aristóteles también,  
pues tú aconsejas más bien  
cuanto diferentes son  
las letras o la voz viva;  
y fuera de ti mi esposa  
es compañía dichosa  
y que en paz del alma estriba.  
Adiós, soberbios palacios  
del alto Rey de Sicilia,  
dura ambiciosa familia  
que le ocupáis los espacios,  
tan parecidos a abejas  
en los que tiene el panal,  
pues vivís de trato igual  
susurrando a las orejas.  
¡Oh! ¿Cómo vivir podéis  
pagando dulce tributo?  
Pero siempre dais el fruto  
como las flores coméis.  
Adiós, confusa ciudad,  
que yo voy adonde sea  
mi corte una tosca aldea,  
mi trato la soledad.  
Para siempre me despidó  
de vuestros altos lugares;  
vuestros gustos son pesares  
y vuestra memoria olvido.  
No más para no ser menos,  
ni menos que sufrir más,  
por no salir del compás.  
en que se encierran los buenos.

*(Váyanse, y salgan TEODORA con capotillo y sombrero; ROSELA, y FABIO.)*

TEODORA. Tarda el Conde; estoy con pena;  
no he de pasar adelante.

ROSELA. El salir fuera importante  
de aquesta mojada arena,  
que, al fin, es playa del mar.  
Vuelve al coche, por tu vida.

FABIO. No hay cosa que más impida  
que el pararse al esperar.

TEODORA. Antes al revés sucede,  
que el que camina se aleja  
del bien que espera y que deja,  
pues alcanzalle no puede.  
Mejor fué parar aquí  
para que me alcance Otavio,  
que el que desea no es sabio

FABIO. si del bien se aleja así.  
Que llegaras al aldea  
tuviera por acertado,  
que ya el sol verse bañado  
en el ancho mar desea  
y es la orilla peligrosa.

TEODORA. Si de una y otra atalaya  
está cubierta la playa,  
¿de qué he de estar recelosa?  
¡Ay, si viniese mi bien!

ROSELA. Dos hombres bajan allí.

TEODORA. ¿Buen traje?

ROSELA. Señora, sí.

TEODORA. ¿Buenos caballos?

ROSELA. También.

FABIO. Ya se apean por llegar  
donde estás.

TEODORA. ¿Qué mejor seña?

FABIO. No los deja aquesta peña  
con los caballos entrar.

*(Salen OTAVIO y FULGENCIO.)*

OTAVIO. ¡Esposa mía!

TEODORA. ¡Mi bien!

OTAVIO. ¿Cómo habéis aquí parado?

TEODORA. Por no os dar tanto cuidado  
y perderle yo también;  
con esto más presto os vi.

FULGENCIO. Hija, dadme vuestros brazos,  
si es que os han quedado abrazos  
de estas vistas para mí.

TEODORA. No he dado tantos a Otavio  
que no tenga para vos  
reservados estos dos.

FULGENCIO. ¿Dos no más? Mucho me agravio.

TEODORA. El uno es de obligación  
y el otro de amor; más quedo  
cierta que añadirles puedo  
mil ceros de mi afición,  
con que de estos dos se harán  
dos mil y dos mil millones.

FULGENCIO. Todos son de obligaciones.

OTAVIO. Y mis hijos, ¿dónde están?

TEODORA. ¿Luego vos no los traéis?

OTAVIO. Yo no, pensando que vos.

TEODORA. Y yo por vos.

OTAVIO. ¡Bien, por Dios!

Gran pesar dado me habéis.

FULGENCIO. No os aflijáis, hijos míos,  
que yo volveré por ellos;  
para dos ángeles bellos  
bien tendrán mis brazos bríos.

OTAVIO. No, señor, que os cansaréis.  
FULGENCIO. Hijo, queda con tu esposa.

(*Vase.*)

OTAVIO. ¿No es ya, Cielos, justa cosa  
que en mi venganza paréis?  
¡Oh, patria, qué mal salí  
del fuego en que ya te veas!  
¡No fui en la piedad Eneas;  
en las desdichas lo fui!  
Mi padre anciano saqué,  
aunque no en hombros piadosos,  
de los muros generosos  
que en otro incendio dejé.  
Saqué mi esposa querida  
de entre la furia de Marte;  
mas dejé la mayor parte  
de mi sangre y de mi vida.  
¡Hijos de mi corazón,  
no culpéis la piedad mía,  
que pensé yo que os traía  
vuestra mayor afición!  
Mi padre os vuelve a buscar,  
hijos, con amor de abuelo;  
pero no permite el Cielo  
que en duda os pueda esperar.—  
Voy tras él, que ser podría  
que se los negase el Rey.

(*Vase OTAVIO.*)

TEODORA. ¡Otavio, Otavio! ¡Esa ley  
ni es amor ni es cortesía!  
Pues yo los dejé por vos,  
¡dejaldos, mi bien, por mí,  
no me dejéis sola aquí!

ROSELA. Ya se van juntos los dos;  
no te canses en dar voces.

TEODORA. Fabio, corre tras Otavio.

FABIO. Yo voy.

(*Vase FABIO.*)

TEODORA. Y tú sigue a Fabio,  
si su ignorancia conoces.  
¡Dile a mi bien que se vuelva!

ROSELA. Voy, aunque temo que Amor,  
a buscarlos con rigor,  
su pensamiento resuelva.

(*Vase ROSELA.*)

TEODORA.

¡Peñascos altos, [de] la mar batidos,  
de nubes coronadas las cabezas,

donde se rompen en diversas piezas;  
cristales espumosos resistidos,  
constantes a sus rígidos bramidos,  
como mi corazón a sus tristezas,  
por lo que parecí a vuestras firmezas,  
prestad a mi dolor tiernos oídos!

¿Cuál peña, si le cansa el resistirse,  
quiere trocar conmigo el ser que tiene  
y de su fundamento desasirse?

Mas ninguna querrá, ni le conviene,  
que no podrá sufrirle sin rendirse,  
el mar de llanto que a mis ojos viene.

(*Salen RICARDO, y el CAPITÁN CINTIO, y SOLDADOS,  
todos de turcos, con pistolas y rebozos.*)

RICARDO.

Cercalda, y si, atrevido, alguno llega  
a su defensa, ¡muera!

TEODORA.

¿Qué es aquesto?

CAPITÁN.

Las manos al cordel, cristiana, entrega.

TEODORA.

No en balde mi temor pensaba en esto.

RICARDO.

Los pies, las manos y la voz sosiega.

TEODORA.

En lo postrero del rigor me ha puesto  
la misera fortuna; ya ninguna  
puede ser para mí mayor fortuna.

CAPITÁN.

¿Cómo veniste sola a la ribera  
del mar, tan sospechoso de cosarios?

TEODORA.

Acompañada vine, aunque no fuera  
defensa en tanta copia de contrarios.

RICARDO.

¿A nadie aguardas? ¿Nadie a ti te espera?

TEODORA.

No pienso que serán tan temerarios  
los que pueden venir. Llevadme a solas,  
o en mi pecho probad vuestras pistolas.

RICARDO.

¡Hola! Subid por ese monte arriba.

TEODORA.

¿No me lleváis al mar?

RICARDO.

Entra en el monte,  
que luego irás al mar si quedas viva.—  
Tú apércibe una lancha, Floramonte.

TEODORA.

¡Otavio, Otavio, ya que voy cautiva,  
ponte a mirar desde esas peñas, ponte  
desde esos riscos a mirar mi muerte!

RICARDO.

(¡Oh, qué bien sucedió!)

CAPITÁN.

(¡Famosa suerte!)

(*Llévenla, y salgan el REY y EVANDRO, caballero.*)

REY.

¡No he visto yo mayor atrevimiento!  
¡Nunca mayor maldad!

EVANDRO.

Traición ha sido  
que excede las industrias de los griegos.  
Yo fuí, señor, con el traidor Leonardo,  
como mandaste, a recibir la gente;  
tomó una lancha que a la orilla estaba,  
y dejándome en ella, entró en la nave,  
donde, después de poco tiempo, vimos  
arrojar las banderas de tus armas  
a las saladas aguas y en los árboles  
alzar pendones de color de guerra.  
Tocaron cajas y trompetas luego,  
y alargándose al mar dos o tres veces,  
las piezas principales dispararon.  
En fin, se declaró por enemigo,  
y con tu armada y con la misma gente,  
que le cobró afición de esta jornada,  
o será Coriolano de esta Roma  
o pirata del mar, o, por ventura,  
querrá servir a príncipe extranjero.

REY.

¿Con mis armas, Evandro, y con mi gente,  
con mis naves y fuerte artillería?

EVANDRO.

Venganza dicen que es, aunque es injusto,  
de haber querido tú, que no lo creo,  
forzar su hermana y alejarle de ella  
para poder mejor.

REY.

Dirálo el vulgo.

No prosigas en eso, que me ofendo.  
Leonardo fué traidor, no tiene excusa.

(*Sale un CRIADO.*)

CRIADO.

Aquí viene, señor, el conde Otavio  
y Fulgencio, su padre.

REY.

Diles que entren.

OTAVIO.

Antes de mi destierro, invicto Príncipe,  
quise besar tus manos con mi padre  
por la merced que de ellas recibimos  
y suplicarte que cumplida sea.  
Mis hijos dicen que en prisiones tienes:  
¿qué libertad me das si me los quitas?  
No tengo libertad si no los llevo.  
Pedílos al alcaide, y él responde  
que no me los dará sin tu licencia,  
y así, señor, los pido a tu clemencia.

REY. ¿Sabéis cómo con mi armada  
Leonardo se levantó  
y al ancho mar se volvió?  
¿Sabéis que la infame espada  
contra su señor volvió?  
¿Sabéis que tendré razón  
de tenellos en prisión  
mientras que Leonardo huye  
y a su reino restituye  
las naves que suyas son?  
Yo no quiero ser cruel,  
sino asegurarme de él.  
Los hijos os quiero dar;  
pero, ¿quién ha de quedar  
o por ellos o por él?

FULGENCIO. ¿Qué prenda, señor, querrás?

REY. Uno de vosotros dos.

FULGENCIO. Bien dices; piadoso estás.—

Hijo, volveréisos vos,  
que importáis a todos más.  
Yo no puedo ser marido  
de vuestra esposa ni padre  
de vuestros hijos; ya he sido  
vuestro; no hay medio que os cuadre  
sino el que os tengo ofrecido:  
yo quedaré por resguardo  
mientras que vuelve Leonardo;  
id vos con vuestra mujer,  
que toda será saber.  
Leonardo, que yo le aguardo,

él vendrá, que no querrá  
que pague un anciano viejo  
su cólera y mal consejo,  
que, aunque está lejos, está  
su honor mirando en mi espejo.  
A vuestros hijos llevad  
con mi buena bendición,  
y a vuestra esposa gozad;  
si es el bien la sucesión,  
la vuestra importa a mi edad.  
Ea, ¿qué miráis así?

OTAVIO. ¿No queréis que me enternezca  
que esto me digáis a mí,  
y que tan piedra os parezca  
como algunas que hay aquí?  
¡No, padre, no quiera Dios,  
ya que mis desdichas pueden  
dividirnos a los dos,  
que mis hijos libres queden  
y quedéis en prisión vos!  
Id con mis hijos a ser  
su padre y de mi mujer  
marido, que la mejora  
de esposo y padre, a Teodora  
y a ellos dará placer.  
Yo quedaré, que es razón,  
mientras que vuelve Leonardo,  
que no es Alfonso el león  
Rogerio, ni yo Bernardo,  
que lloro vuestra prisión.  
Si la romana mujer  
los pechos daba a su padre,  
y, por piedad, vino a ser  
de su mismo padre madre,  
dándole preso a comer,  
mejor su prisión tomara  
y a su padre libertara.  
Luego, ¿no será razón  
que vos quedéis en prisión  
y yo en infamia tan clara?—  
Señor, a mi padre dad  
sus nietos, que desde aquí  
os rindo mi voluntad.

REY. Si no hubiera sangre en mí,  
fuera notable amistad.  
Más grande fuera el amor,  
aunque licencia le prestes,  
fama antigua a su valor,  
que de Pilades y Orestes,  
que de Pólux y Castor.  
Yo, viendo tanta amistad,  
por no ser tercero aquí,

retiro la majestad,  
porque si lo juzgo así,  
es contra mí la piedad.  
Prender a un viejo no fuera  
licito en parte que hubiera  
un mozo, ni un padre adonde  
un hijo, ni dar al Conde  
libres los hijos que espera;  
que el camino de cobrar  
un rebelde que intentar  
pudo iguales desatinos,  
es tener a sus sobrinos  
en tan seguro lugar.  
Tú, con esto, desde agora,  
serás solícito padre,  
y como madre Teodora,  
pues llorará como madre  
presos los hijos que adora.  
Sea, pues, resolución  
que hasta que Leonardo venga  
a darme satisfacción,  
tus hijos Evandro tenga,  
para resguardo, en prisión.  
No quiero que con mi gente  
y naves sirva a extranjero  
que contra mí guerra intente.  
¡Señor, escucha!

OTAVIO.

REY.

Esto quiero,  
y esto mando expresamente.

FULGENCIO. ¡Evandro, Evandro!

EVANDRO.

No puedo  
replicar a sus enojos,  
que a más daño tengo miedo.

(*Vanse el REY y EVANDRO.*)

OTAVIO.

Bien pueden llorar mis ojos  
en las desdichas que quedo.  
¡Ay, hijos del alma mía,  
cual tigrè tras cazador  
corrí con tanta porfía,  
que pudiera hacer mi amor  
mayor estrago este día!  
Mas débeme detener  
respeto a mi Rey debido.  
¡Triste!, ¿qué tengo de hacer,  
pues por los hijos he sido  
tan tirano a mi mujer?  
Serélo agora con ellos  
por ella y iré a buscalla,  
que quedó sin mí y sin ellos.  
¿O podrá el amor dejalla,  
de pura lástima de ellos?



No podrá, que no es razón  
que ellos en esta prisión  
están seguros de daño,  
y ella no de algún engaño  
nacido de esta traición.—  
Padre, la Fortuna corre  
sin rienda. Tus caros nietos  
están en aquesta torre;  
de tu causa son efectos:  
tú los anima y socorre.  
No te me quites de aquí  
mientras que voy por mi esposa.

FULGENCIO. ¿Volveré a hablar al Rey?

OTAVIO. Sí.

FULGENCIO. Tú, en viéndola, te desposa;  
mira que te importa así,  
no ponga por objeción  
el Rey que no estás casado,  
ni piense que es dilación  
el no hacerlo tu cuñado  
para tratarte traición.

Yo voy al Rey, y seré  
piedra de la torre, Otavio,  
que a su puerta firme esté.

OTAVIO. Representale mi agravio:  
di que mis hijos te dé.

FULGENCIO. El lo hará, que es generoso,  
viendo mis canas y viendo  
mi llanto, que, riguroso,  
irá por ellas corriendo  
hasta su pecho piadoso.  
Ve tú, que importa que estéis  
juntos.

OTAVIO. ¡Adiós, noble padre!

FULGENCIO. ¡Qué lágrimas me debéis!

OTAVIO. ¡Ay, hijos, no os espantéis  
que os deje por vuestra madre!

(Váyanse, y salgan cinco o seis villanos, BATO,  
FLORO, RISELO, TIBURCIO.)

BATO. Pues que digo que los vi,  
non tenéis que replicar.

FLORO. ¿Y tan cerca del lugar  
has vido los moros?

BATO. Sí.

No están lejos de este valle;  
dar quieren sobre el aldea.

RISELO. Non quiera Dios que tal sea;  
ponerle fuego y quemalle.

TIBURCIO. ¿Eran muchos?

BATO. Muchos son;  
pero como el pueblo acuda,

a puro piedra menuda  
se irán con la maldición.

FLORO. Vamos a tomar lanzones.

BATO. Son armas de cera y solas,  
y para contra pistolas  
a gran peligro nos pones.  
No ha hecho el hombre defensa  
como la piedra en la honda.

RISELO. El gigante te remponda,  
a cuya estatura inmensa  
el pastorcillo David  
dió con un canto en el suelo.  
Coged piedras, que recelo  
que no están lejos.

TIBURCIO. Oíd.

BATO. ¡Voto a mí, que son aquellos  
que bajan del encinar!

TIBURCIO. Si se vuelven a la mar.

FLORO. Si vuelven, demos sobre ellos.

RISELO. ¡Dadme, arroyo, piedras vos!

BATO. Esta tojo la primera.

TIBURCIO. ¡Oh, quién con ésta le diera!

¡Qué buenas son estas dos!

FLORO. ¡Esta sí que es bien redonda!

RISELO. Calaos entre aquestos cerros.

BATO. ¡No hay cosa que teman perros  
como estallidos de honda!

(Escóndanse, y salgan el CAPITÁN y RICARDO, de  
moros, y otros CRIADOS, y TEODORA.)

CAPITÁN. ¿Qué es lo que piensas hacer?

RICARDO. Llevarla al Rey con engaño;  
pero aqueste desengaño  
con más secreto ha de ser.  
Prevén el coche aquí cerca,  
mientras le digo quién soy.

CAPITÁN. Con los soldados me voy;  
hacia el camino te acerca.

RICARDO. No te alejes, por que estés  
a la mira del suceso.

CAPITÁN. Aunque es este monte espeso,  
basta una voz que me des.

(Vase el CAPITÁN con la gente.)

RICARDO. Ea, cristiana, ya estás  
sola.

TEODORA. Pues, moro, ¿qué quieres?

RICARDO. ¿No me conoces?

TEODORA. No esperes  
que te conozca jamás.

RICARDO. Ricardo soy.

TEODORA. ¿Quién?

RICARDO. Ricardo.  
 TEODORA. ¿No eres moro?  
 RICARDO. ¿No lo ves?  
 TEODORA. Pésame.  
 RICARDO. ¡Que aun aquí estés tan libre!  
 TEODORA. Más daño aguardo.  
 Ya pensé que la Fortuna no tenía más caudal, y veo que aun en el mal no tiene firmeza alguna. De un mal en otro me lleva, siempre al mayor.  
 RICARDO. Cuanto ves, del Rey es industria, y es de mi amor eterna prueba. ¿Cuál quieres más: ir a ser Lucrecia suya, o aquí tener lástima de mí, y dejaréte volver?  
 TEODORA. ¡Oh, infame! ¿Tales razones salen de tu boca fiera?  
 RICARDO. Deja esa vana quimera, que en más peligro te pones.  
 TEODORA. ¡Daré voces a los Cielos!  
 RICARDO. Ya es en vano.  
 TEODORA. Cielos santos, que habéis socorrido a tantos en menores desconsuelos, ¿cómo os olvidáis de mí?  
 RICARDO. ¡Calla, que te he de matar!  
 TEODORA. ¡Cielos, venidme a ayudar!  
*(Sale el CAPITÁN y gente.)*  
 CAPITÁN. ¿Que le ayuden dijo?  
 SOLDADO. Sí.  
 CAPITÁN. ¿Qué es esto?  
 RICARDO. Yo no os llamaba.  
 CAPITÁN. Pues ¿quién dió voces?  
 RICARDO. Teodora.  
*(Salen los PASTORES.)*  
 BATO. Salgamos todos ahora.  
 TEODORA. (¿Nunca mi dolor se acaba?)  
 FLORO. ¡Estallen las hondas bien! ¡Ea, perros, que un lugar entero os viene a matar!  
 CAPITÁN. ¿Qué es esto?  
 BATO. ¿Ya no lo ven?  
 CAPITÁN. ¡Pues villanos!...  
 RICARDO. ¿No tenéis pistola alguna cargada?  
*(Todo esto sea con las hondas y mucho estallido.)*

CAPITÁN. A éstos basta una espada.  
 TIBURCIO. ¿Espada? ¡Ya lo veréis!  
 SOLDADO. ¡Ay, que me han muerto!  
 TEODORA. *(Entre tanto, quiero buscar una cueva donde me esconda.)*  
*(Vase TEODORA.)*  
 CAPITÁN. ¿Qué nueva guerra!  
 RICARDO. ¡Del furor me espanto!  
 CAPITÁN. ¡Soldados, a retirar, que piedras es arma fuerte!  
*(Asga BATO a RICARDO.)*  
 BATO. ¡Date, o daréte la muerte!  
 RICARDO. ¿A ti me tengo de dar?  
 FLORO. ¡Ya los demás han huído!— ¡Ten ese perro muy bien!  
 BATO. Tente, o haré que te den mil palos.  
 RICARDO. *(¡Yo soy perdido!)*  
 TIBURCIO. ¡No hay para qué los seguir! ¡Bien descalabrados van!  
 RISELO. ¿Eres Zaide o Solimán?  
 RICARDO. ¿Eres alcaide o visir?  
 RICARDO. Hermanos, yo soy cristiano; ¡no me atéis!  
 BATO. ¡Oh, perro infiel!— ¡Da vueltas a ese cordel hasta quebralle la mano, que estos renegados perros son los que nos hacen mal!  
 RICARDO. ¡Mirad que soy principal!  
 FLORO. Cepos, cadenas y hierros os han de echar a los pies. Dadnos luego la cautiva.  
 RICARDO. Ya sube ese monte arriba.  
 BATO. Y la cautiva, ¿quién es?  
 TIBURCIO. Llévemosle a tu cabaña, y ande esta noche moxinga. ¿Mas que el mayoral le pringa?  
 RICARDO. No me subáis la montaña, sino bajadme al aldea, y allí el cura me llamad.  
 BATO. Está ahora en la ciudad.  
 RICARDO. ¡Que tal mi desdicha sea! Pues decir quién soy es yerro.)  
 RISELO. Camine.  
 RICARDO. ¡Escúchame!  
 FLORO. Vamos.

BATO. ¡Esta noche le quemamos,  
por renegado y por perro!

(*Vanse, y salgan FABIO y OTAVIO.*)

OTAVIO. ¿Qué dices, Fabio?

FABIO. ¿Qué quieres,

triste señor, que te diga?

Moros llevan a Teodora.

OTAVIO. ¿Teodora, Fabio, cautiva?

FABIO. Teodora cautiva, Otavio;

que al tiempo que yo volvía

vi que del monte bajaban

retumbando sus encinas

el eco de sus pistolas,

que disparando venían.

Su favor les dió la mar,

porque, con las aguas vivas,

en alguna cala entraron

las fragatas que traían.

Confieso que me escondí

de la confusa morisma,

/ pues mi muerte no pudiera

dar a Teodora la vida.

Ya por el golfo del mar

la llevarán, donde sirva

a un fiero moro.

OTAVIO. ¡Ay de mí!

Tente, Fabio, no prosigas;

¡no prosigas, que me matas!

¡Oh, mar soberbia y altiva!

¿cómo aplacaste las ondas

con que a los Cielos te empinas?

¿Cómo, fieros montes de agua,

pudo pasar por encima

de vuestras saladas peñas

tan fragata enemiga?

¡Maldígote el Cielo, amén,

y plega a Dios que te embistan,

fiero cosario, los vientos

que los dos polos desquician!

¡Vayabo por rumbo contrario

de la derrota que sigas,

a parar donde no piensas!

Mas ¡qué locura la mía!

Llévasme el alma misma,

¿y maldígote yo? ¡Qué gran desdicha!

FABIO. Señor, no des ocasión,

con la furia de las voces,

a que tus cuerdos sentidos

se confundan y alboroten.

OTAVIO. ¡Oh, Fabio! Pues ¿no es mejor

que a quien la fortuna pone

en semejante desdicha

ningún sentido le informe?

¿Para qué quiero sentir,

pues ha de crecer al doble

el sentimiento, la pena,

que hace las cosas mayores?

Fabio, ya no tengo seso.

Ven acá: di al Rey que el Conde

aquí dejó los sentidos;

que más venganza no tome

en mis inocentes hijos,

que le llamarán Herodes.

Y, ¡vive Dios!, si no vas

a decir estas razones,

¡que he de quitarte la vida!

FABIO. ¡Oh, qué bien! ¡Mal me conoces!

Iré y le diré palabras

que le confundan y asombren.

(¡Esto va todo perdido!)

OTAVIO. Entra, Fabio, por la corte

y di que le desafío

a pie, a caballo, en coche,

en tierra, en mar, aire y fuego,

desnudo y con armas dobles.

Di que le espero en la China,

en Africa, en los Japones,

entre valientes franceses

y entre fuertes españoles.

De cuerpo a cuerpo si quiere,

o con fuertes escuadrones,

en las Indias o en Noruega,

donde hay seis meses de noche.

FABIO. Yo voy.

OTAVIO. No vayas a pie;

lleva un caballo que trote

a quince leguas por hora.

¡Pica! ¿Qué aguardas? ¿No corres?

FABIO. (Si le dejo, ha de matarse.)

OTAVIO. ¿Hay mayores sinrazones:

mis hijos entre cristianos

y entre moros mis amores?

¿Cómo pudisteis sufrirlo,

altos y soberbios montes,

pudiendo tan fácilmente

matar ese moro entonces?

¡Nunca lleguéis a ser canos

ni blanca nieve os adorne!

¡Mal pastor con cierzo abrase

vuestras sabinas y robles!

¡Esos limpios arroyuelos,

que al mar tributarios corren,

jamás bajen a los prados!

Mas ¿cómo doy maldiciones  
a quien ni ve ni oye?  
¡El Conde soy! Ninguno me respon-  
[de.]  
¿Quién está aquí?

FABIO. Yo, señor.

OTAVIO. ¿Ya de la corte volviste?

FABIO. Sí, señor.

OTAVIO. ¿Qué dijo el Rey?

FABIO. Que saldrá como tú dices.

OTAVIO. ¿A pie o a caballo?

FABIO. A pie.

OTAVIO. ¿Qué días de plazo?

FABIO. Quince.

OTAVIO. Muchos son; bastan catorce.

FABIO. En uno no más no mires.

OTAVIO. Alto, prevenirme quiero.

FABIO. ¿Cómo quieres prevenirte?

OTAVIO. Armarme contra ese Rey  
que dos ángeles persigue.  
Haz cuenta que tú lo eres.  
Ea, la espada te ciñe  
que habemos de pelear.

FABIO. (El diablo se le resiste,  
pues yo no pienso esperarle.)

OTAVIO. ¿De esa suerte apercibes?

Aguarda, espera, villano.

¡Vitoria! Ya quedan libres  
mis hijos. ¡Oh, dulces prendas  
que de mis entrañas fuistes!

¿A cuál besaré primero?

Al mayor; sí, muy bien dices.

Venga Ludovico agora.

¡Qué mozo! Parece un cisne.

¿Es nave aquélla, por dicha?

Que es nave y quiere partirse.

Las velas izan y el viento

refresca. Esperadme, oídme.

Hola, pilotos, echadme

por lastre y por piedra firme,

que no se hundirá la nave,

por que nunca muera un triste.

Mar, en ti me recibe

y muera en agua quien en fuego vive.

### ACTO TERCERO

(Salen FLORA, Duquesa de Calabria; PRUDENCIO y  
FENICIO, criados.)

FLORA. ¿Luego no podré embarcarme?

PRUDENC. Ya te he dicho la ocasión,  
y que acabo de informarme.

FLORA. ¿Tan breve navegación  
puede un pirata estorbarme?

FENICIO. De Calabria, gran Duquesa,  
a Sicilia se atraviesa  
sólo un pedazo de mar,  
ya fácil de navegar  
y ya difícil empresa.  
Era tierra, y el mar fiero  
la dividió, que primero  
Sicilia y Calabria estaban  
juntas.

FLORA. La paz que gozaban  
que la tendrán presto espero.  
Para vernos en la mar  
el Rey de Sicilia y yo  
he dado, amigos, lugar;  
así el concierto quedó,  
pero no puedo pasar,  
que ese Leonardo o quien es  
dicen que no pasa nave  
que no prenda o dé al través.  
¿Este es noble, es hombre grave?  
Que le aborrezco después  
que me impide mi viaje.

FENICIO. Hoy ha llegado un pataje  
que se escapó de sus manos.

FLORA. ¿Y son todos sicilianos?

FENICIO. El de más honesto traje,  
y éste informarte podría.

FLORA. ¿Dónde está?

FENICIO. A hablarte venía.

FLORA. Llamalde.

(Sale el CONDE OTAVIO y CRIADOS.)

OTAVIO. Dame tus pies.

FLORA. ¿Sabes, amigo, quién es  
éste que mi bien desvía,  
este cosario crui  
que a Sicilia el paso impide,  
pues que no pasa por él  
este mar que nos divide,  
si vienes huyendo de él?  
Que estoy, cual ves, en la playa  
detenida a causa suya;  
que aunque el Rey quiere que vaya  
donde aquesto se concluya,  
justo temor me desmaya,  
y aun pienso que no podrá  
venir el Rey al concierto.

OTAVIO. Sin gente y naves está,  
y sospecho que del puerto  
de ningún modo saldrá.



Bien puedes, mientras que tiene  
Leonardo este justo enojo,  
volvete.

FLORA.

Así me conviene,  
no quiero ser su despojo;  
deténgase el Rey si viene.  
Mas ¿quién es este Leonardo  
que a su propio Rey se atreve?  
Un caballero gallardo.

OTAVIO.

FLORA.

¿La causa?

OTAVIO.

Diréla en breve.

FLORA

Ya con atención te aguardo.

OTAVIO.

Sabe, ilustrísima Flora,  
gran duquesa de Calabria,  
que yo soy el conde Otavio,  
tan conocido por fama.  
Fuí un tiempo el alma del Rey,  
el Rey que casarse trata  
contigo; no sé si aciertas,  
dirálo el tiempo, esto basta;  
que un noble padre que tengo,  
que a Sicilia gobernaba,  
me enseñó a hablar de los reyes  
con veneración tan alta,  
que su ausencia y su presencia  
a un mismo respeto iguala;  
porque dice que los reyes,  
de Dios imágenes sacras,  
todos son pecho, señora,  
y que no tienen espaldas;  
y así tienen, aunque ausentes,  
en cualquier lugar la cara.  
El Rey siciliano, en fin,  
a este Leonardo que infamas,  
que es el mejor caballero  
que en el mundo ciñe espada,  
a sujetar envió  
ciertas islas rebeladas,  
con nombre de General.  
Dile yo por él las gracias,  
y díjome que no había  
dado a Leonardo su armada  
porque le tuviese amor  
ni en su valor confianza,  
mas porque en ausencia suya  
pudiese gozar su hermana.  
No era Leonardo mi amigo  
por bandos que en nuestra patria  
tuvieron nuestros mayores,  
que no fué por otra causa,  
y con esto de secreto  
conmigo estaba casada,

confirmando aqueste amor  
dos hijos prendas del alma.  
Sentimos esto los dos  
y, con invenciones varias,  
resistimos sus violencias;  
mas no fueron de importancia,  
que, desengañado el Rey  
de que Teodora me amaba,  
a los dos puso en prisión,  
y haciéndome a mí probanza  
de traidor a un noble y dando  
por razón que él le amparaba,  
hizo a mi padre firmar  
mi muerte, ¡crueldad extraña!  
Quiso Dios que el mismo día  
que me aguardaba en la plaza  
el cadahalso y cuchillo  
la felicísima armada  
de Leonardo entró en el puerto  
con mil banderas contrarias.  
Perdonóme y dijo al Rey  
que me entregase a su hermana.  
No pudiendo castigarme  
desterrónos de su patria;  
quitó a mi padre el gobierno,  
quitó a Leonardo las armas;  
salimos mi padre y yo,  
porque Teodora aguardaba.  
No hallé mis hijos con ella;  
volví, dejéla en la playa,  
cautivóla un fiero moro;  
y como Leonardo estaba  
tan agraviado del Rey,  
cuando dió vuelta a la armada  
alargóse al mar con ella,  
quitó sus banderas blancas  
y puso las suyas rojas  
con doce lises de Francia.  
Yo volví, no hallé mi esposa,  
perdí el seso y, por buscarla,  
tomé el pataje en que vine;  
y entre Sicilia y Calabria  
salió su armada a nosotros,  
y aunque mil voces le daba  
que amainasen, no quisieron  
dar crédito a mis palabras.  
Trajéronme aquí por fuerza;  
que si yo en su armada entrara,  
yo le dijera el estado  
en que mis hijos quedaban,  
para que, por sus sobrinos,  
restituyera el armada

al Rey, que, siendo inocentes,  
toma en su prisión venganza.  
Yo, triste, en estas desdichas,  
si vuelvo a mi esposa amada,  
veo que mis hijos dejo,  
que las entrañas me rasgan;  
y si a ellos volver quiero  
veo que en el mar se alargan  
las fragatas que me llevan  
mi esposa y su madre cara.  
Esto te he dicho, señora,  
por que sepas mi desgracia,  
no por decir mal del Rey,  
a quien loco amor engaña,  
y por que a Leonardo estimes,  
que en la dicha de las armas  
es un Héctor de Sicilia  
y un Alejandro de Italia;  
es un mozo generoso,  
que ojalá tus esperanzas  
pusieras en su virtud  
para amparo de tu patria.  
Tú das a un Rey esta tierra  
y de ti la desamparas.  
¡Cuánto es mejor hacer Duque  
a un hombre de prendas tantas!  
Serás Duquesa en tu tierra,  
serás señora en tu casa,  
haciendo un hombre que en ella  
te sirva sin arrogancia,  
a lo menos si le quieres  
con su gente y con su armada,  
para que ampare tu tierra  
entre tanto que te casas,  
y ningún Rey con violencia  
quiera usurparte a Calabria.  
Dame el pataje en que vine  
y verás que no te engañan  
mis palabras ni su rostro,  
ejecutoria del alma.

FLORA. Admirada, y justamente,  
me tiene tu relación,  
Otavio noble y valiente.  
¡Oh, como del Cielo son  
consejos de hombre prudente!  
¿Que el Rey amando tu esposa  
mi casamiento trataba?  
Siempre estuve sospechosa  
de que al interés miraba  
su voluntad codiciosa.  
Por Calabria me quería,  
que no por el grande amor

que en sus cartas me fingía.  
¡Ay, Conde, con qué valor  
diste a la ignorancia mía  
luz, con que pueda tener  
dueño esta tierra, sin ser  
sujeto el que es natural  
de quien para tanto mal  
viniera a ser su mujer!—  
Prudencio, Fenicio amigo,  
¿quién me mete a mí en casarme  
con poderoso enemigo  
que mi tierra ha de quitarme  
y aborrecerme en castigo?  
¿Cuánto es mejor que tengáis  
Duque en vuestra propia tierra  
a quien habléis y sirváis  
y de la extranjera guerra  
con su amparo os defendáis,  
que un Rey cruel en la extraña  
que, ciego de sus antojos,  
las manos de sangre baña  
en inocentes despojos,  
que no en la marcial campaña?  
¿Qué me decís? ¿No es mejor  
que tengáis aquí señor  
que no yo tirano allá  
y que vosotros acá  
un cruel gobernador?  
¿Será bien, mientras intento  
acertado casamiento,  
ampararme de Leonardo?

FENICIO. Cuanto en hablar me acobardo  
por saber tu pensamiento,  
ahora, con osadía,  
digo que aciertas, señora.

PRUDENC. Nadie te contradecía;  
mas viendo que llega agora  
de tu desengaño el día,  
no habrá quien de aquel engaño  
no te diga el ciego error,  
pues nos das en reino extraño  
señor extraño, y señor  
en tu ofensa y nuestro daño.

FLORA. Pues digo que desde aquí  
soy de Rogerio enemiga,  
pues me despreciaba así,  
y que Leonardo prosiga  
esta venganza por mí.  
Daréle gente y favor  
para que sus hijos cobre  
Otavio y por que el valor  
juntamente diga y obre,

que es el verdadero amor.  
 Con él al armada iré  
 y a Mecina cercaré  
 con la suya y con mi gente.  
 OTAVIO. ¡Oh, Teucra fuerte y valiente,  
 digna de poner el pie  
 sobre cuantas han tenido,  
 aunque entren Lesbia y Camila,  
 fama que vence el olvido!  
 FLORA. La espada el agravio afila  
 de la venganza que pido.  
 Ven conmigo y contra él,  
 y verás al Rey cruel  
 cómo a tus plantas le tienes  
 y de Leonardo las sienes  
 llenas de palma y laurel.

(*Vanse, y salgan dos villanos, SILVIO y CARDENIO.*)

SILVIO. ¿Que de esa manera estás?  
 CARDENIO. Que me tenga en pie me espanto.  
 SILVIO. ¿Que la quieres tanto?  
 CARDENIO. Tanto.  
 SILVIO. ¿Y lloras?  
 CARDENIO. Non puedo más.  
 SILVIO. ¡Válate por amorío  
 y qué modorra que causa!  
 CARDENIO. Si tú sopieses la causa  
 dirías que es gloria el mío.  
 SILVIO. Pues si es gloria, ¿cómo es pena,  
 que es contrario desigual?  
 CARDENIO. Porque es agrio y dulce el mal  
 que a tanto mal me condena.  
 ¿No has visto los cortesanos  
 comer membrillos en miel?  
 Tal pintan a Amor cruel  
 lo dulce y agrio en las manos.  
 SILVIO. ¿Cómo fué tu perdición?  
 CARDENIO. Halló Darinto, mi amo,  
 buscando un nido en un ramo  
 la causa de mi afición,  
 que fué una bella mujer  
 en una cueva escondida  
 de aquellos moros huída  
 que en la cárcel visté ayer.  
 Llevóla a nuestra cabaña,  
 donde el vestido dejó  
 y el de villana tomó  
 para abrasar la montaña.  
 Mientras tenía el vestido  
 de señora no la amé,  
 que a la seda, en fin, guardé,  
 Silvio, el respleuto debido;

pero apenas de villana,  
 carillo, la vi vestida,  
 cuando, con lengua atrevida  
 y osadía cortesana,  
 la dije un pensado amor  
 de esto que llaman resqueibro,  
 que aún le tengo en el celebro.

SILVIO. A verle.

CARDENIO. Escucha el primor.

No sale de las puntas del cogollo  
 antes que el sol la manutisa fresca,  
 ni su páldia rosa gigantesca,  
 ni con más laberintos el repollo.

No parece más bien por Pascua el bollo  
 con mil huevos por una y otra muesca,  
 ni por Carnestolendas soldadesca  
 para matar los gallos con rey pollo.

No juegan por la tarde los cabritos,  
 ni es tan blanco un lechón cuando se pela,  
 ni los peces de plata en los garlitos  
 como tú me pareces, dulce Estela,  
 con esos ojos como huevos fritos  
 y bien guisados hongos en cazuela.

SILVIO. ¡Pardiez, Cardenio! No hubiera  
 Vergillos, ni Salmerón,  
 ni el romano Cencerrón  
 que tal resqueibro dijera.  
 ¡Hideputa y qué bien puesto!  
 ¿Quedó enternecida?

CARDENIO. Mucho.

SILVIO. ¿Y respondió?

CARDENIO. Sí.

SILVIO. Ya escucho.

CARDENIO. Oye.

SILVIO. Dilo.

CARDENIO. "Lindo cesto..."

SILVIO. Quedo, que vienen aquí  
 ella y Albania.

CARDENIO. ¿La hija  
 de nuesamo?

SILVIO. No te aflija,  
 que yo la hablaré por ti.

(*Salen ALBANIA y TEODORA, ya de labradora.*)

TEODORA. Esta merced me has de hacer.

ALBANIA. ¿A la ciudad quieres ir?

CARDENIO. (¡Quién se atreviera a decir  
 lo que se atreve a querer!)

TEODORA. Impórtame, Albania mía,  
 ir contigo a la ciudad.  
 Si me tienes voluntad

llévame en tu compañía,  
que también sabré ayudarte  
a vender el pan que llevas.

ALBANIA. Tienes las manos muy nuevas,  
y pienso que has de enfadarte  
de dar y tomar dineros,  
y pones en ocasión  
brazos que tan buenos son  
en dedos de majaderos.  
Quédate, mi Estela, aquí,  
que está cargado el pollino.

TEODORA. No has de hacer este camino,  
Albania amiga, sin mí.

ALBANIA. Ahora bien, por algo vas;  
no te quiero detener.

TEODORA. Tengo allí prendas que ver;  
no puedo decirte más.  
(¡ Ay, hijos del alma mía,  
si os viese en este disfraz  
para que tuviesen paz  
mi esperanza y mi porfía!)

CARDENIO. (¿ Llegaré?

SILVIO. Llega, cobarde.)

CARDENIO. Dios te guarda, Estela bella.

ALBANIA. ¿ Qué quiere el asno con ella?  
Que la guarde o no la guarde,  
váyase a buscar sus bueyes.

CARDENIO. Albania, ya estoy cansado  
de guardarlos en el prado.  
Yo guardo de amor las leyes.  
No me seas enemiga,  
que estoy enfermo de amor.

ALBANIA. Pues vaya y busque un dotor  
que el mal que tiene le diga.

TEODORA. Anda acá, Albania.

CARDENIO. Mi Estela,  
oye tres cosas no más.

TEODORA. ¿ Tres no más?

CARDENIO. Tres, y verás  
algo que mi mal te duela.  
Yo tengo de ser la una,  
tú la otra y el Amor  
la otra; mas, en rigor,  
ya las dije; dime alguna.

TEODORA. ¿ Tres yo, tú y el Amor?

CARDENIO. Sí;  
yo te amo. ¿ No son tres  
yo, tú y Amor?

TEODORA. Así es.  
Oyeme otras tres a mí.  
Seremos las dos tú y yo  
y otra que no es Amor.

CARDENIO. Di.

TEODORA. ¿ Dijiste “yo te amo”?

CARDENIO. Sí.

TEODORA. Pues respondo: “Yo a ti no.”

CARDENIO. Eso es crueldad.

SILVIO. Ya se fueron.

CARDENIO. Tras ellas tengo de ir  
y aquel dulce “no” seguir  
que aquellos labios dijeron.

SILVIO. ¿ Diciendo no?

CARDENIO. Sí, que así  
de las mujeres sé yo  
que empiezan todas por “no”  
y acaban todas por “sí”.

(*Vanse, y salgan el REY y EVANDRO y acompañamiento.*)

REY.

¿ Cómo podré embarcarme si Leonardo  
tiene ocupado el paso?

EVANDRO.

¿ Luego temes  
que te fuese traidor siendo tan noble?

REY.

Si con mi armada y con mi propia gente  
roba las naves de su misma patria  
y se muestra rebelde y enemigo,  
¿ por qué no lo será también conmigo?  
Temo que la Duquesa de Calabria,  
si no sabe del pirata el suceso,  
ha de embarcarse a los conciertos nuestros  
y dar en manos de Leonardo.

EVANDRO.

Entonces  
bien mostrará Leonardo el ser nacido  
de padres tan ilustres.

REY.

Mucho vuelves,  
por un traidor, Evandro.

EVANDRO.

Mi deseo  
habla por tu consuelo y no en su abono.

(*Sale un CRIADO.*)

CRIADO.

Si quiere vuestra alteza, invicto Príncipe,  
en tanto que se embarca entretenerse,  
sepa que los villanos de este monte  
prendieron un arráez de Biserta



entre los moros que a robar salieron  
de unas fragatas, y le llevan juntos  
a ahorcar de estas encinas, que en su aldea  
le han sentenciado a muerte sus alcaldes.

REY.

Gracioso caso y digno de ser visto.

CRIADO.

Ya llegan cerca.

REY.

Válganle las leyes  
de los que ven el rostro de los reyes.

*(Salen los VILLANOS con RICARDO, atada una soga al  
cuello, y tirándole de ella.)*

BATO.

Señor Mahoma, pues que a voces dice  
que fué cristiano, arrepentido muera.

FLORO.

Mirad que está aquí el Rey; echad a un lado.

TIBURCIO.

Antes será mejor que el Rey lo vea,  
por que entienda que somos gente honrada  
y mos haga merced.

BATO.

Muy bien ha dicho.

RICARDO.

¿Gente hay aquí del Rey? ¡Oh, gran ventura!  
Llebadme, amigos, a que el Rey me vea,  
porque tengo que darle cierto aviso  
que le importa la vida.

BATO.

Vaya luego.

FLORO.

Sopremo Rey, aqueste moro estaba  
en las espesas faldas de este monte  
cautivando la gente que pasaba.  
Salimos los villanos de esta aldea  
y con hondas herimos muchos de ellos,  
haciéndolos volver a las fregatas, -  
y éste prendimos, que a colgar llevamos  
de una sabina de éstas, porque el cura  
y todos los demás le han sentenciado  
a muerte por cristiano renegado.

RICARDO.

Dame licencia para hablarte aparte.  
¿No me conoces?

REY.

¡Ricardo!

RICARDO.

El mismo.

REY.

Ricardo, ¿qué es aquesto?—¡Oh, gente infame!,  
¿a Ricardo matáis de esta manera?

BATO.

Señor, mire su alteza que es un moro  
y le quiere engañar como a nosotros.

REY.

¡Vive el cielo, villanos, que si un punto  
estáis en mi presencia, que estos árboles  
por fruta os lleven de sus altas ramas!

BATO.

¡Oxte, puto!

TIBURCIO.

¡Huye, Bato!

FLORO.

¡Huye, Tiburcio!

BATO.

El moro era cristiano.

REY.

¿Hay tal locura?

BATO.

Perdón, señor; la culpa tiene el cura.

REY.

¿Qué es, esto, di, Ricardo?

RICARDO.

Los deseos

de tu servicio.

REY.

¿Cómo?

RICARDO.

En este traje

Cintio, su escuadra y yo a robar salimos  
a Teodora con ánimo de dártela,  
sin que jamás el robo se supiera;  
y cuando ya robada la teníamos  
salieron con sus hondas, de manera  
que a Cintio hirieron, dos o tres mataron  
y a mí me asieron, donde, aunque mil veces  
les dije que era lo que soy, no pude  
persuadir sus villanos pensamientos.

REY.

Villanos, en efeto.

(Sale un SOLDADO.)

SOLDADO.

Ya no puedes  
embarcarte, señor, de ningún modo;  
antes tienes aquí grande peligro.

REY.

¿Cómo?

SOLDADO.

Leonardo con el conde Otavio  
y la Duquesa de Calabria juntos  
entran de guerra en el vecino puerto  
a cercar la ciudad y a destruirla.

REY.

¿La Duquesa con ellos? ¿De qué suerte?

SOLDADO.

No viene por cautiva la Duquesa,  
pues que vienen banderas de sus armas  
en penoles y gaviás tremolando,  
y muchos calabreses libremente  
desembarcan las armas, y formando  
con los demás un escuadrón famoso,  
ayudan al ejército rebelde.

REY.

¿La Duquesa que ayer me llamó esposo  
hoy vuelve contra mí las fieras armas?

EVANDRO.

Señor, por eso pintan la fortuna  
en forma de mujer. No te detengas,  
que importa defender la ciudad.

REY.

Vamos

por que de este rigor la defendamos.  
¡Y mal haya quien pone su esperanza  
en la imagen del tiempo y su mudanza!

(Váyanse, y salgan LEONARDO y OTAVIO y la DU-  
QUESA, de corta, con bastón y espada.)

LEONARDO. ¿No resistieron el puerto?

FLORA. ¿Qué resistencia ha de hacer  
un Príncipe sin poder?

OTAVIO. La ciudad se ha descubierto.  
No pase el campo de aquí.  
Hagan alto en este puesto.

FLORA. Tomaré venganza presto,  
y toda, Otavio, por tí.  
No dudes de que te vuelva  
tus hijos el Rey cruel.

OTAVIO. No quiero venganza de él

ni que tu amor se resuelva  
a cosa que a sangre llegue,  
que, en fin, es mi Rey y soy  
su vasallo.

LEONARDO. (Ciego estoy;  
mas no es mucho que me ciegue  
el valor de tal mujer,  
pues que ninguna la iguala  
en donaire, gracia y gala.)

FLORA. (Hoy me comienzo a perder. (Ap.)  
Gracia y talle de Leonardo  
me han puesto en obligación  
de rendille el corazón.)

LEONARDO. ¡Qué sin razón me acobardo  
viendo en los ojos de Flora  
a mi amor la puerta abierta!

OTAVIO. (En tanto que amor concierta (Ap.)  
a la Duquesa, que adora,  
si no lo he mirado mal,  
a Leonardo, mi cuñado,  
quiero aliviar mi cuidado,  
si puede un dolor mortal.  
Ya que no sé de mi esposa  
de mis hijos será bien,  
que son las prendas en quien  
asiste el alma quejosa.  
Y si no supiere de ellos  
sabré de mi padre amado,  
más que a mí propio estimado,  
pues le estimo más que a ellos.  
¿A cuál hombre le faltaron  
juntos padre, hijos y esposa,  
que en pena tan rigurosa  
vida y seso le dejaron?  
El seso cerca le vi  
de perdido, y si la vida  
no quedó también perdida,  
al dolor lo agradecí,  
que cuando es tan grande y trata  
mata de golpe al que ofende,  
de tal manera suspende,  
que ni da vida ni mata.  
En hábito disfrazado  
quiero en la ciudad entrar,  
con ánimo de buscar  
mis hijos y padre amado,  
que, Flora y Leonardo aquí,  
de mí se olvidan también,  
porque los que quieren bien,  
aun no se acuerdan de sí.

(Vase OTAVIO.)

LEONARDO. Mi cobarde pensamiento  
no se atreve, hermosa Flora,  
puesto que el alma os adora,  
a deciros lo que siento;  
mil veces hablar intento,  
tantas la voz me detiene;  
pero si en los ojos viene  
del alma la mayor parte,  
que ellos hablen es el arte  
más noble que el amor tiene.

Hablen ellos y la lengua  
enmudezca cuando os mire;  
el pecho sólo suspire  
si piensa que el fuego amengua,  
si de hablar resulta mengua,  
y habla quien calla y mira  
y, enmudeciendo, suspira,  
ya te constan mis enojos  
porque son lenguas los ojos  
que nunca dicen mentira.

FLORA. Leonardo, ya no quisiera,  
viendo que te has declarado,  
que te hubieran alentado  
mis ojos de esta manera,  
que sin ellos no se viera  
tan declarado el rigor  
de mi amor contra mi honor,  
no te hubieras atrevido;  
mas ¿cuándo cuerdos han sido  
ojos que enloquece amor?

Yo te admití por amparo  
de mi tierra, honor y gente  
contra todo pretendiente;  
mas ya que tu amor es claro,  
y yo también me declaro,  
digo que seré...

LEONARDO. Prosigue.

FLORA. Mas no es razón que me obligue  
una ocasión poderosa  
a decir que a ser tu esposa  
y que el honor me castigue.

LEONARDO. ¡Con qué gracia y discreción  
me dices lo que me encubres!  
¿Qué bien, mi bien, me descubres  
tu amorosa pretensión!  
Ya no sabe mi afición  
qué agradecimiento dar.  
La tierra quiero besar  
adonde estampas los pies.

FLORA. Detente, porque no des  
ocasión de murmurar.  
El campo todo nos mira;

cóbrese el honor del Conde,  
que si tu amor corresponde,  
y no es, como el Rey, mentira,  
aunque su desprecio admira,  
mi dueño solo serás.

LEONARDO. ¿Cumpliráslo?

FLORA. ¡Necio estás!  
Ven, que el ejército espera;  
que para la vez primera  
no es justo apretarme más.

*(Vanse, y salen SOLDADOS y EVANDRO y el REY detrás, con bastón.)*

REY. De lucida gente has hecho,  
Evandro, vistoso alarde.

EVANDRO. Llegar el aviso tarde  
y darles paso el estrecho,  
nos ha puesto en confusión;  
pero, en fin, puedo decir  
que hay gente para salir  
y para hacer escuadrón.

REY. En tanto que vuelvo a ver  
la gente que he puesto al muro,  
con que pienso estar seguro  
de todo humano poder,  
forma, Evandro, con la tuya  
un escuadrón, porque creo  
que hoy se ha de ver mi deseo  
en la resistencia suya.  
Yo saldré, como quien soy,  
a dar castigo a traidores.

*(Vase el REY.)*

EVANDRO. Dios te guarde.—¡Ea, señores,  
el valor mostremos hoy!  
Esta es gallarda ocasión  
de obligar a nuestro Rey,  
fuera de ser justa ley  
y precisa obligación.  
Pienso que se os hace agravio  
en animaros. Mirad  
que contra vuestra ciudad  
vienen Leonardo y Otavio.

*(Salen TEODORA, de villana, y ALBANIA.)*

TEODORA. Tomados están los pasos;  
no hallo modo para ver  
lo que busco.

ALBANIA. Una mujer,  
en más difíciles casos,  
halla camino a su intento.

TEODORA. Aquí las guardas están.

ALBANIA. Llega, y vendamos el pan.  
 TEODORA. Dios libre mi atrevimiento.  
 SOLD. 1.º Vuesa merced no se enoje,  
 así la dé Dios placer  
 de que me atreva a escoger.  
 TEODORA. Mire bien cómo descoge,  
 que por eso traigo aquí  
 la vara de mi pollino.

*(Sale el CONDE OTAVIO con un gabán de estos de botones por delante, un leño y un sombrero de villano.)*

OTAVIO. (Entre enemigos camino,  
 y llevo el mayor en mí.  
 ¿Cómo podré preguntar  
 por mis hijos y mi padre,  
 ya que de su triste madre  
 no me da el tiempo lugar?  
 Evandro forma escuadrón.  
 El ser conocido temo.)

SOLD. 2.º La labradora es extremo...

TEODORA. Extremo de necios son.

ALBANIA. ¿No saben lo que han de hacer?  
 Hablar desde afuera, o crean  
 que haré que cortesés sean.

SOLD. 1.º ¿Queréisme hacer un placer?

TEODORA. Diga, y sin jugar la mano.

OTAVIO. (¿Labradoras hay aquí?  
 Más seguro puedo allí  
 buscar a mi padre anciano  
 y de mis hijos saber.)

SOLD. 2.º ¡Hola, Ergasto! La gallarda  
 villana viene con guarda.

SOLD. 1.º Su cuyo debe de ser.

OTAVIO. Miren, señores soldados,  
 que traten como es razón  
 estas villanas, que son  
 de dueños nobles y honrados.  
 (A lo que les digo aquí  
 la necesidad me obliga,  
 porque, cuando verdad diga,  
 ni aun en mi vida las vi.)

SOLD. 1.º ¿Quién le mete en defender  
 las labradoras, soldado?

OTAVIO. Aunque no he sido quebrado,  
 soldado pudiera ser;  
 mas obligame a defensa  
 de esta gente el mismo traje,  
 que no es bien hacer ultraje  
 a quien nunca os hizo ofensa.

ALBANIA. (Huye, Teodora, que quieren  
 por nuestra ocasión reñir.)

TEODORA. (Por no poder resistir,  
 no digo a mis pies que esperen,  
 que del labrador el talle  
 parece tanto a mi esposo,  
 que va el corazón quejoso  
 de no esperalle y guardalle.)

*(Vanse TEODORA y ALBANIA.)*

OTAVIO. Si lo que agora miré  
 antes hubiera mirado,  
 mejor hablara, soldado,  
 en lo que primero hablé.  
 Pero dejadme seguir  
 esta mujer, que sospecho  
 que tiene más de mi pecho  
 de lo que os puedo decir.

SOLD. 1.º Antes no se ha de mover  
 del lugar adonde está,  
 porque sospechamos ya  
 que espía debe de ser.  
 Dese a prisión.

OTAVIO. Caballeros,  
 yo soy pobre labrador:  
 para defensas de honor,  
 hay en los troncos aceros.  
 Esa pienso que es mi esposa:  
 ¡dejadme pasar!

SOLD. 1.º ¡Detente!

OTAVIO. El mundo no tiene gente  
 para una fuerza amorosa.  
 Dejadme pasar, a ver  
 si es mi esposa.

SOLD. 2.º Date preso.

OTAVIO. Quien amando pierde el seso,  
 ¿qué tiene ya que perder?  
 ¿Estáis ya determinados  
 a no me dejar pasar?

SOLD. 1.º ¡Ríndete!

OTAVIO. (No hay qué esperar.)  
 ¡Caballero soy, soldados!

*(Quite al gabán los botones y échele en el suelo y quede con un peto espaldar y tonelete sobre sus calzas de color y bastón.)*

SOLD. 1.º ¡Aquí del real! ¡Aquí!

EVANDRO. ¿Qué alboroto es éste?

OTAVIO. ¡Afuera!

SOLD. 1.º ¡Muera el villano!

EVANDRO. No muera.

SOLD. 2.º Pues ¿tú le defiendes?

EVANDRO. Sí;

que más importa saber  
 la ocasión con que ha venido.



(Sale el REY.)

REY. ¿El campo en arma? ¿Qué ha sido?

OTAVIO. ¿Quién sino yo puede ser?

REY. ¿Quién eres?

EVANDRO. Con toscos traje,  
era espía disfrazada.

REY. ¿Quién eres?

OTAVIO. Ya no soy nada,  
pues no hay puesto a que me abaje  
más miserable la suerte.

REY. ¿Es Otavio?

OTAVIO. El mismo soy.

REY. ¿Dónde vas?

OTAVIO. A buscar voy  
a mis hijos o mi muerte.REY. Pues ¿no te basta, villano,  
venir contra tu señor,  
confiado en el favor  
de una mujer y un hermano,  
sino que entres de secreto  
a rebelarme la gente  
que está a mi imperio obediente?  
¡Traidora sangre, en efeto!OTAVIO. Engaño notable ha sido  
el que imaginas, señor,  
que en mi vida fui traidor,  
ni de traidores nacido.  
No he venido a rebelar  
tu gente, ni puede ser;  
a mis hijos vengo a ver,  
a mi padre vengo a hablar.  
Estas prendas tengo aquí:  
por éstas vengo, señor.  
Por que entiendas el valor,  
villano, que vive en mí,  
y que ni temo a Leonardo  
ni a la mudable Duquesa  
que ayudan tu loca empresa,  
y a quien castigar aguardo,  
no quiero vengarme en ti.  
Libre has de volver, villano,  
que en el campo, y por mi mano,  
los tres le tendréis de mí;  
pero quiero castigarte  
en parte más dolorosa,  
pues su pena rigurosa  
podrá, sin matar, matarte.  
Tus hijos y padre tengo:  
escoge a quién de los dos  
quieres que dé muerte.OTAVIO. ¡Ah, Dios,  
a cuántas miserias vengo!Cuando pienso que no pueden  
pasar del punto en que están  
a las penas que se van,  
otras que vienen exceden.  
¡Miserio de mí!, ¿qué haré?)  
¡Señor!

REY. ¡Escoge, villano!

OTAVIO. ¿Qué debe mi padre anciano,  
Rey, a lo que yo pequé,  
o mis hijos inocentes?  
¡Ay, Dios!, ¿qué puedo decir?  
Mas ¿por qué me dejas ir,  
Rey, sin que matarme intentes?  
¡Mátame, que allá podría,  
cuando aquí matar los mandes,  
hacer crueldades tan grandes,  
que te pesase algún día!

REY. Pues eso quiero yo ver.

¡Escoge y vete, traidor!

OTAVIO. ¡Grande es del padre el amor!  
Ya me siento enternecer;  
mas con hijos semejante,  
el de los hijos es más,  
porque en padre vuelve atrás  
y en hijos pasa adelante.  
Mas ¿quién ha de permitir  
que maten a quien le dió  
el ser que tiene? ¡Eso no!  
¡Mi buen padre ha de vivir;  
mas mis hijos guardar debo!  
¡Ay, ángeles, tal castigo...!  
¡Muera mi padre! ¿Esto digo?  
¿Cómo a sus canas me atrevo?  
¡Dura sentencia! ¡Inhumanas  
leyes cortarán los cielos  
de aquellos rubios cabellos  
o de aquellas blancas canas!  
¡No sé qué diga! ¡Ay, de mí!

REY. Acaba de resolvete.

OTAVIO. Den a mí... padre la muerte.  
Bien me quedaba en "a mí".

REY. ¿A tu padre?

OTAVIO. ¡No, señor;  
a mis hijos!

REY. Mira bien.

¿A quién quieres que la den?

OTAVIO. Duda en la sentencia amor;  
mas en rigor tan terrible,  
yo me vengo a resolver  
que hijos podré tener,  
pero padre es imposible.  
¡Degüéllalos a los dos

y viva mi padre viejo!  
Pues dos ángeles te dejo  
¡que pidan su muerte a Dios!

REY. Vamos, Evandro, de aquí,  
y entienda el traidor Otavio  
que no he temido el agravio  
que puede hacer contra mí,  
pues que le doy libertad.

EVANDRO. Nunca replico a tu gusto.

REY. El me pagará el disgusto,  
y Flora su liviandad.

(*Váyanse el REY, EVANDRO y gente*)

OTAVIO. Si me queda en tantos malos  
alguna luz de consuelo,  
pues que ya mi confusión  
compite con el infierno,  
es ver que ni la fortuna,  
ni las desgracias, ni el tiempo  
pueden darme, aunque se junten,  
mayor mal del que padezco.  
¡Piedad, airados Cielos,

pues os pido la muerte por consuelos!

Lo que sustenta mi vida  
es ser tantos los tormentos  
que se encuentran en el alma,  
y el dolor tienen suspenso.  
Páreceme que me han dado  
todos juntos mil venenos,  
que, peleando entre sí,  
no ponen fin al sujeto.  
¡Piedad, airados Cielos,

pues os pido la muerte por consuelos!

(*Sale FULGENCIO, viejo, su padre.*)

FULGENCIO. ¿Eres tú el hijo cruel  
que, por dar vida a este viejo,  
has mandado degollar  
a tus hijos y a mis nietos?  
¿Eres tú aquel que ochenta años,  
que están de morir un dedo,  
truecas por doce y por trece,  
o eres algún indio fiero?  
¿Eres algún Bracamano?  
¿Eres algún monstruo horrendo?  
¿Tus hijos das al cuchillo  
por que viva un hombre muerto?  
Mañana me he de morir,  
y aun cuando lo estoy diciendo,  
¿cómo me estimas cruel?  
¿quién te dió tan mal consejo?  
¡Más viviera si estas canas

ensangrentara el acero,  
porque, teñidas de rojo,  
era volverme mancebo!  
¡Revoca, revoca, digo,  
la dura sentencia presto!  
¡Vivan tus hijos!

OTAVIO. Ya, padre,  
habrán pasado sus cuellos.  
Yo hice lo que debía;  
más que a mis hijos os debo,  
que ellos me deben a mí,  
y así, os lo pago con ellos.  
Dirán que soy cruel padre;  
mas no dirán, a lo menos,  
que no soy piadoso hijo.

FULGENCIO. Espera, espera.

OTAVIO. No puedo,  
que voy a hablar a Leonardo  
para que levante luego  
el cerco de esta ciudad.  
Vos me habéis dado el consejo,  
y así, sufro; y a mi Rey,  
cuando más agravios tengo,  
le sirvo, pues decís vos  
que así lo han de hacer los buenos.

(*Vase.*)

FULGENCIO. ¿Para qué guardo la vida  
en tantos trabajos puesto?

(*Sale TEODORA.*)

TEODORA. Como ciega mariposa,  
voy dando vueltas al fuego.  
Aquí está un viejo. ¿Qué dudo?  
Aunque me conozcan, llevo.—  
¿Sabéis por dicha, señor,  
si tienen a Otavio preso?  
¿Qué se dice en la ciudad?

FULGENCIO. ¡Ay, Dios! ¿Qué miro? ¿Qué  
¿Es Teodora? [veo?]

TEODORA. Y vos, señor,  
¿sois Fulgencio?

FULGENCIO. Soy Fulgencio.

TEODORA. ¿Qué hay del Conde, vuestro hijo?

FULGENCIO. Que va a matarse dispuesto  
porque el Rey mata a sus hijos.

TEODORA. ¿Mis hijos? ¡Airados Cielos!  
Pero no se pierda todo:  
¡id tras él, seguidle, os ruego!

FULGENCIO. ¡Oh, cuánto quisiera hablarte!  
Mas, por seguirle, te dejo.

(*Vase FULGENCIO.*)

TEODORA. ¡Ya se vengó la Fortuna,  
ya dió con todo en el suelo!  
¡Muerta soy, que este dolor  
dará fin al sufrimiento!—  
Este parece Ricardo.

(*Salen RICARDO y el CAPITÁN CINTIO.*)

RICARDO. Ya digo que indicios llevo  
de que es una labradora.

CAPITÁN. ¡Sí es ésta!

RICARDO. Lo mismo pienso.—

Ya no tienes que guardarte  
del sol de tus ojos bellos;  
quita el rebozo, Teodora,  
aparta el nublado negro.

TEODORA. ¿Que aún vives (1) para mi muerte?

¿Que la muerte no te dieron  
los pastores de aquel monte?

RICARDO. No se cumplió tu deseo,  
que he quedado para ser,  
Teodora, cuchillo fiero  
de tus hijos, pues el Rey  
me manda cortar sus cuellos.

TEODORA. ¿Que tú los tienes?

RICARDO. Yo soy.  
Pero hagamos un concierto:  
que te rindas a mi gusto,  
pues sabes que lo merezco,  
y que yo te lo entrego.

TEODORA. Villano, de infamias lleno,  
por que veas que mi honor  
estimo por mayor premio  
que los hijos y la sangre,  
si no tienes instrumento  
con que quitarles las vidas,  
toma y córtales los cuellos  
con esa daga y tendré  
honra viva y hijos muertos.

(*Arrójale una daga, y váyase.*)

RICARDO. ¡Extraña fuerza de honor!  
¿Qué Evadnes a Capaneo,  
qué Penélopes a Ulises,  
qué Julia al magno Pompeyo  
mostraron tan grande amor?

CINTIO. Pudiera servir de ejemplo  
para los siglos futuros  
y de milagro a los nuestros.

RICARDO.

El Rey viene.

(*Salen el REY y EVANDRO.*)

REY.

Yo haré que se suspenda  
la ejecución.

EVANDRO.

Aquí a Ricardo tienes.

REY.

Pues bien será que la ocasión entienda.—

¿Ricardo?

RICARDO.

¿Gran señor?

REY.

Si ya previenes  
la muerte de los hijos de Teodora...

RICARDO.

Apostaré que arrepentido vienes.

REY.

Del puerto escribe la duquesa Flora  
que viene a verme y a tratar de paces  
tan brevemente que la espero agora.

RICARDO.

Señor, en perdonar ofensas haces  
el acto más real y a Dios imitas,  
como es el castigar los pertinaces.

Fama por todo el mundo solicitas  
con el nombre de Príncipe piadoso  
si de sus cuellos el cuchillo quitas.

REY.

Ejecutar el golpe riguroso  
nunca fué mi intención; mas poner miedo  
por llegar a concierto provechoso.

EVANDRO.

La Duquesa se acerca.

REY.

Salir puedo,  
aunque estoy enojado, a recebilla  
por no mostrar que de su fe lo quedo.

(*Sale la DUQUESA, y detrás, como criados, con capas de rebozo, LEONARDO, OTAVIO, FULGENCIO, TEODORA y ALBANIA.*)

FLORA.

Supuesto que te cause maravilla,  
dejando nuestras naves en el puerto  
y tanta gente en la confusa orilla,  
venir sola a tratar de este concierto,  
yo espero más de tu real nobleza  
que tú de mis deseos estás cierto.

(1) En el original "vienes", por errata.

REY.

A no saber que la Naturaleza  
a la mujer formó de la mudanza  
y al hombre trasladó de la firmeza,  
pudiera mi engañada confianza  
quejarse de la tuya; mas dejemos  
de hablar de amor ya muerta la esperanza.

Sois en amar y aborrecer extremos;  
ya trataste que fuese tu marido  
y ya enemigos, sin razón, nos vemos.  
Mas dime: ¿a qué has venido?

FLORA.

Yo he venido  
a entregarte las naves y la gente.

REY.

Daréles el castigo merecido.

FLORA.

Cuando castigo tu rigor intente,  
sólo con que no sea en cosa mía,  
te volveré las naves llanamente.

Pero si no es haciéndome este día  
de esta verdad solene juramento,  
volveréme a la mar y a quien me envía.

REY.

No es mucho lo que pides; soy contento.

FLORA. Pues hazme pleito homenaje  
que ni a mí ni a cosa mía  
harás para siempre agravio.

REY. Antes en eso me obligas,  
que yo pensé que pidieras  
por los traidores que hacían  
guerra a su propio señor;  
y cuando tú no me pidas  
que ni a ti ni a cosa tuya  
ofenda es tanta justicia,  
que por mi gusto lo hiciera;  
y así juro que en mi vida  
a cosa tuya ni a ti,  
como de ti no reciba  
nuevo agravio, los perdono,  
pena de que el mundo diga  
que fuí traidor y villano;  
y ruego al Cielo que el día  
que esta palabra quebrase  
muera a manos de la envidia.

FLORA. Esto basta.—Llegad todos  
a los pies del Rey.

(Echense todos a sus pies y descúbranse.)

LEONARDO.

Si obligan

juramentos en los reyes,  
tú de ti mismo nos libra.

REY.

¿Qué es esto, Flora? ¿No son  
los que el perdón solicitan  
mis enemigos mayores?

FLORA.

Leonardo es éste que miras.

REY.

Pues bien, ¿qué mayor le quieres?

FLORA.

¿No dices que a cosa mía  
no harás mal?

REY.

Eso es verdad.

FLORA.

Pues ¿qué mayor le querías  
que mi marido, ya Duque  
de Calabria?

REY.

No prosigas,  
que haré...

FLORA.

¿Qué puedes hacer  
si a mi marido me quitas?

REY.

Con industria me engañaste.

FLORA.

Soy mujer.

REY.

Pues cuando digas  
que es tu marido Leonardo,  
¿qué disculpa a Otavio aplicas?

FLORA.

Ser cuñado de mi esposo,  
que también es cosa mía.

REY.

¿Y a Teodora?

FLORA.

Que es su hermana.

EVANDRO.

(¡ Brava industria!

RICARDO.

¡ Peregrina!)

REY.

¿Y a Fulgencio?

FLORA.

Que es su padre.

REY.

No prosigas; pero mira  
que tengo de castigar  
la gente que le seguía,  
pues fué rebelde a su Rey.

FLORA.

Antes esa gente misma  
es cosa mía también,  
pues por mi cuenta se alista,  
que yo les he dado sueldo,  
y ellos todos te suplican  
que castigues a Ricardo,  
que, amando a Teodora, hacía  
todas estas invenciones  
solicitando tus iras;  
que de todos cuantos hombres  
te han ofendido en Sicilia  
y en el mundo, solamente  
Ricardo no es cosa mía.

REY.

¿Tú amaste a Teodora?

RICARDO.

¿Yo?

TEODORA.

Tú, villano, que fingías,  
para forzarme, que el Rey



mandaba cosas indignas,  
como era el hacerte moro  
para robarme a la orilla  
del mar cuando los pastores  
me libraron.

REY.                               ¿Pues tenías  
amor, Ricardo, a Teodora  
y con palabras fingidas  
mi gusto solicitabas?

OTAVIO.                   ¿Quieres, gran Rey de Sicilia,  
darme licencia?

REY.                               Detente.—  
Salte luego de la isla,  
Ricardo infame, y no vengas  
a tierra suya en tu vida.

RICARDO. (Yo tengo mi justo pago.)

REY.                   Flora, las pasadas iras  
trueco en paz. Goza a Leonardo,  
que Rogerio te apadrina  
y Otavio a Teodora.

LEONARDO.                               Aquí  
tendrás quien siempre te sirva.

REY.                   Abrazadme vos, Fulgencio.

FULGENCIO. Ya mi larga edad codicia  
la muerte tras tanto bien.

Tú, señor, mil años vivas.

REY.                   Y tú de tus nietos goces,  
dando fin nuestra alegría  
al *agraviado* *lcal*  
y *firmeza en la desdicha*.

FIN DE LA COMEDIA

DE *La Firmeza en la desdicha*.

# LA FRANCESILLA

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA AL

LICENCIADO JUAN PEREZ

EN LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Así aumentó mi afición el ingenio de v. m. el día que en el Real Monasterio de las Descalzas de Madrid, fundación de su alteza la serenísima princesa de Portugal doña Juana de Austria, defendió aquellas conclusiones y respondió a los argumentos de tan insignes varones con tanta valentía, que si antes amaba a v. m. por las obligaciones que reconozco a su padre, ahora le amo a él por v. m. Bienaventurado llamó Eurípides al que lo era en los hijos. Ninguna cosa dijo Cicerón que dió la Naturaleza a los hombres más dulce, y por la misma razón de mayor precio, ni que con mayor cuidado deba solicitarse a que le tenga; por eso Plutarco reprende los hombres que, procurando hacienda con tanta diligencia, no cuidan de que sean buenos los hijos a quien han de dejarla. Platón, en el libro primero de sus leyes, resumió su número dichoso a los casados en varón y hembra, que tales pudieran ser en v. m. y la señora sor Petronila Madalena, cuyas virtudes y divino entendimiento no encarezco porque en la profesión de su hábito las alabanzas son sayal, y los sayales, perlas. Finalmente, es un ángel en quien, como espejo lucidísimo, justamente se miran sus padres, y que v. m. debe tener presente para la compostura de sus años, y si las cartas que escribe no son presencia, mírese en ellos, que no habrá menester más eficaz ejemplo. Bien me perdonará v. m. esta lisonja, pues habrá visto en San Cipriano *Qui parentes laudat, filios provocat*, cuya materia en el capítulo tercero del *Eclesiastés* hallará v. m. difusamente. Tres beneficios dijo Aristóteles que debían los hijos a los padres: la causa del ser, engendrándolos; la del vivir, criándolos, y la del aprender, informándolos. La primera es de la naturaleza, la segunda del amor y la tercera de la honra. Esta bien se prueba, pues las otras no tienen necesidad, en la que solicitan los de v. m. con sus estudios en esa insigne Universidad de Alcalá, madre ilustrísima de tan generosos hijos que han ilustrado a España, y como raros fénix en las Ciencias admirado el mundo. Las Artes se llamaron liberales porque convienen al hombre libre, por opinión de Séneca. *Hoc est* —dice el filósofo— *sapientem, sublimem, fortem, magnanimum coctera pusilla, et puerilia sunt*; pero v. m. nos da tales esperanzas, que se puede entender de su natural virtud y de sus pocos años lo que dijo San Agustín: que *Juventus, et senium simul esse possunt in animo*, y por eso dijo también Ausonio que aquella juventud es grave que se parece a la vejez: algún ejemplo tiene esta comedia, que presento a v. m., de las pérdidas de los mozos y del cuidado de los

padres por verlos ocupados en el amor o el juego, cuyos daños podrá v. m. advertir en su discurso, pues Dios le dotó de tal virtud y entendimiento, y repare de paso en que fué la primera en que se introdujo la figura del donaire, que desde entonces dió tanta ocasión a las presentes. Hízola Ríos, único en todas y digno de esta memoria. V. m. la lea por nueva, pues cuando yo la escribí no había nacido. Corregila lo mejor que pude. Dichoso yo si tantas como me han impreso hubiera corregido, y las faltas que hallare divida por mitad en el autor y el tiempo, y alargue Dios el de su vida, como merece y yo deseo, para que gocen sus padres el fruto de sus estudios.—*Capellán de v. m.*, LOPE DE VEGA CARPIO.

## FIGURAS DE LA COMEDIA

|            |                 |
|------------|-----------------|
| ALBERTO.   | ROSARDO.        |
| FELICIANO. | ELISA.          |
| CLAVELA.   | Dos ALGUACILES. |
| TEODORO.   | Un ESCRIBANO.   |
| OCTAVIO.   | [LEONIDA.       |
| FILIBERTO. | POSTILLÓN.      |
| LEONARDO.  | HOSTELERO.      |
| DORISTA.   | PAJE.           |
| TRISTÁN.   | JUANA o JULIA.] |
| LISENO.    |                 |

Representóla el famoso Ríos.

## ACTO PRIMERO

(*Salen primero ALBERTO, vicjo, padre de FELICIANO, y LISENO, su amigo.*)

ALBERTO. ¿Eso ha hecho?

LISENO. Como amigo de Feliciano y de vos, os cuento el caso.

ALBERTO. Por Dios, que es digno de gran castigo. ¡Oh, padres, todo es cuidado de tener hijos que amar y después todo es pesar de habellos imaginado!

LISENO. Caro Alberto, no te espante; que, comoquiera que sea, Naturaleza desea engendrar su semejante.

ALBERTO. ¡Pluguiera a Dios no supiera filosofía tan clara!  
Si semejante engendrara,  
en algo me pareciera  
y no en darme pesadumbre.

LISENO. También cuando mozo fuiste  
de esas locuras hiciste,  
y fué tu antigua costumbre.

ALBERTO. Pues qué, ¿fuí yo jugador?  
¿Fuí desvanecido amante?

LISENO. Eso, Alberto, no te espante,  
que antes habilita Amor.  
Es mozo, y su inclinación  
es juego y amor.

ALBERTO. No nombres  
inclinación en los hombres,  
su deshonor y perdición.

LISENO. Pues ¿qué ha de hacer un mancebo  
discreto, galán y en corte?

ALBERTO. Seguir de su padre el norte  
por la estrella que le llevo.

LISENO. No es mucho que sea liviano  
y gaste en amor y juego.

ALBERTO. De tales consejos ciego,  
¿qué no ha de hacer Feliciano?  
¿Ganástele tú el dinero  
por ventura?

LISENO. ¡Bueno! ¿Yo?  
A los trucos lo perdí.

ALBERTO. ¿Y no los juegas?

LISENO. Ni quiero.  
Que de estar allí me pesa  
todo el día sin memoria,  
hecho un jumento de noria  
alrededor de una mesa.  
Y más ahora en Madrid  
puesto está en razón jugar,  
que no es tiempo de buscar  
los infanzones de Cid.

ALBERTO. Pues ¿no hay muchos virtuosos  
que traten de honra y papeles?

LISENO. Esto es, por que te consueles  
de algunos que son viciosos;  
y de éstos el más perdido  
pasa y vive bien aquí.

ALBERTO. Ese perdido, ¡ay de mí!,  
sólo Feliciano ha sido.  
Pero no lo será más;  
que hoy ha de ser de importancia  
partir a la guerra a Francia.

LISENO. ¿Que en esa locura das?

ALBERTO. ¿Locura? Cordura ha sido;  
que un hombre que no ha dejado  
su patria, aunque viva honrado,  
en efeto es en su nido.  
Vaya mi hijo a la guerra,  
deje la infame acogida,  
que no es hombre el que en su vida  
no ha salido de su tierra.  
¿Qué hace un mozo en esta madre  
de vicios, Circe que encanta,  
que a las doce se levanta  
a la mesa de su padre?  
Si es fiesta, a la una a misa  
de iglesia en iglesia va,  
y si la halla en ella está  
parlando con mucha risa.  
Y murmura sin provecho  
en corros de marquesotes,  
engomados los bigotes  
y la daga sobre el pecho.  
¿Qué sirve que le anochezca  
armándose a lo cruel  
y que traiga en el broquel  
pasteles cuando amanezca?  
¿Que juegue dos mil reales,  
como Feliciano a mí,  
que no los juegan así  
muchos hombres principales?  
¿Que escriba a aquella señora  
y dé papeles discretos,  
que esgrima y eche más retos  
que Ordóñez sobre Zamora?  
¿Y que cuando está delante  
de gente que a honor se inclina  
diga que hay guerra en la China,  
Bruselas, Mástrique y Gante?  
¡Qué bien dicho de éstos fué,  
ya que se precian de fieros,  
que son como los corderos,  
que no dicen más de "be"! Vaya  
mi hijo a la guerra;  
hable entre hombres que lo son.

LISENO. Digo que tenéis razón;  
no es hombre el que está en su tierra.  
Mas él es quien viene aquí.

(*Entren FELICIANO, con una carta, y TRISTÁN.*)

TRISTÁN. Su criada me le dió.

FELICIANO. A buen tiempo le escribí.  
¿Y preguntóte por mí?

TRISTÁN. ¡Con qué melindre le tomas,

y el sombrero muy de tema!  
Abre más quedo la nema,  
si no es que el papel te comas.

(Trae TRISTÁN otra carta en el sombrero, de su moza,  
y todo lo escucha el padre de FELICIANO y (1)  
LISENO.)

FELICIANO. Hiciéralo a ser veneno.

TRISTÁN. Esperad albricias de él.

LISENO. (Leyendo viene un papel.)

FELICIANO. "Señor de mi vida..." ¡Bueno!

TRISTÁN. ¿Dice con tilde "señor"?

FELICIANO. ¿Por qué lo dices ahora?

TRISTÁN. Porque ya cualquier señora  
no escribe sino "senor".

FELICIANO. Ya este borracho comienza.

TRISTÁN. Dicen que tilde en sazón  
es perniabrir la razón,  
y se tiene a desvergüenza.

(Lea.)

[FELIC.] "Hoy, cuando a beber pediste,  
mandé un búcaro bajar..."

[TRISTÁN.] No sabe esa dueña hablar.

FELICIANO. Y tú ¿dónde lo aprendiste?

TRISTÁN. Si mujer de punto fuera,  
"búcaro" escribir tenía.

FELICIANO. Y pícaro, en cortesía,  
si a vos el papel viniera.

(Lea.)

"Y ¡a que el agua llevaba  
este recado traía..."

TRISTÁN. ¿Que no era mujer?

FELICIANO. Porfía.

TRISTÁN. No sabe escribir.

FELICIANO. Acaba.

(Señala al sombrero, que tiene un papel allí.)

TRISTÁN. ¿Ves el que traigo en la banda  
del sombrero? Pues a fe  
que es de alguna que...

FELICIANO. Oye.

TRISTÁN. ¿Qué  
quieres? (2)

FELICIANO. Vete de aquí, anda.

(Va leyendo.)

"Son mis padres tan sutiles,  
que siempre traigo conmigo  
espías."

(Lec también TRISTÁN su billete.)

TRISTÁN. "Tristán amigo,  
flor de amantes lacáiles..."

FELICIANO. Lee quedo, bestia.

TRISTÁN. "Hoy,  
después de barrer la sala..."

FELICIANO. Lee quedo, enhoramala.

(Lea TRISTÁN.)

TRISTÁN. "Para ti labrando estoy  
un bravo cuello y camisa..."

FELICIANO. ¿Caballeriza no hubiera  
donde ese papel leñera?  
(Va leyendo.)

TRISTÁN. "Y con él irás a misa."

FELICIANO. Quiero leer. "Y si esperas  
a la ocasión y se escapa..."

(Lea TRISTÁN.)

TRISTÁN. "¡Ah, quién fuera tu gualdrapa,  
por que a limpiarme vinieras!"

FELICIANO. Lleve el diablo tu linaje.  
¿Hete de esperar yo a ti?

(Va leyendo.)

TRISTÁN. "No tengas celos de mí,  
que hoy se ha despedido el paje."  
¡Bravo favor! ¡Brava cosa!  
¡Oh, bien escrito papel!

ALBERTO. (¿No llegaremos a él?)

FELICIANO. (¡Es mi padre!)

TRISTÁN. (¡Ay, Juana hermosa!)

FELICIANO. Dame, mi señor, la mano.

ALBERTO. Alzate luego del suelo.

Ya cubres tarde el anzuelo  
de tu soberbia, villano.

FELICIANO. ¿Qué es esto?

ALBERTO. La justa paga,  
necio, de tu loco error.

(De rodillas.)

FELICIANO. Dame la mano, señor.

ALBERTO. ¿La mano? Con una daga.  
No me preguntes por qué.  
Las cartas están aquí.

ALBERTO. Hoy a Francia has de partir.

FELICIANO. Pues di,  
¿qué he hecho?

ALBERTO. ¿Qué?

FELICIANO. No lo sé.

ALBERTO. Hoy a Francia has de partir.  
Quítate calza y coletó.

FELICIANO. Señor, la partida aceto.

ALBERTO. Dalde luego de vestir.

FELICIANO. ¿Hoy? Pues ¿cómo?

ALBERTO. Por la posta.

(1) En el original, "y el de LISENO".

(2) En el texto este pasaje está así:

"FELICIANO. Oyete.  
TRISTÁN. Quieres."



FELICIANO. ¿Con qué galas de soldado?  
 ¿He de llevar, cual letrado,  
 calza larga y cuera angosta?  
 De aquí a un mes me podré ir.

ALBERTO. ¿De aquí a un mes? Hoy, luego.

FELICIANO. ¿Cómo?

ALBERTO. Eso a mi cargo lo tomo.

FELICIANO. ¿No me han de hacer de vestir?

ALBERTO. ¿Con qué de noche salías?

FELICIANO. De noche son galas locas.

ALBERTO. Si son locas, no son pocas.  
 Allá las harás.

FELICIANO. ¿Porfías?

ALBERTO. Llama, Tristán, a su hermana,  
 y tráele luego a la puerta  
 dos postas.

TRISTÁN. (Jornada es cierta.)

FELICIANO. ¡Señor!

ALBERTO. Tu plegaria es vana;  
 que es de revista sentencia  
 donde no hay suplicación.

(Vase TRISTÁN.)

FELICIANO. Eres juez con pasión.  
 (Liseno, ¿es cierta mi ausencia?  
 ¿Es de veras?)

LISENO. Es, sin duda.

FELICIANO. ¿Sobre qué fué?

LISENO. Sobre el juego.)

FELICIANO. Señor, que me escuches ruego.

ALBERTO. Ruegas a una estatua muda.

FELICIANO. Cuando ese nombre te cuadre,  
 como en efeto es verdad,  
 usa conmigo piedad  
 y haránte estatua de padre.  
 (¿Quién, Liseno, lo contó?  
 ¿Quién se lo ha dicho, Jesús?)

ALBERTO. ¿Dos mil reales juegas tú?  
 ¿Ansí los ganaba yo?

(Entre LEONIDA, su hermana.)

LEONIDA. ¿Qué es, señor, lo que me mandas?

ALBERTO. Toma esta llave, Leonida.

LEONIDA. La color tienes perdida.—  
 Hermano, ¿en qué pasos andas?

FELICIANO. (A Francia me envía.

LEONIDA. ¿Qué dices?

FELICIANO. Ruégale que...)

ALBERTO. Toma ya;  
 del escritorio que está

entre aquellos dos tapices,  
 saca un pequeño talego.

LEONIDA. ¿Para qué?

ALBERTO. Parte.

LEONIDA. Ya voy.

ALBERTO. Abrevia.

FELICIANO. (Temblando estoy.)

ALBERTO. Entra y desnúdate luego.

FELICIANO. Tiempo habrá, o iréme ansí;  
 solas botas me pondré.

ALBERTO. ¿Tienes espuelas?

FELICIANO. No sé;  
 basta las que llevo en ti.

(Entra TRISTÁN, lacayo.)

TRISTÁN. Ya las postas se ensillaban.  
 Pero ¿para qué son dos?

ALBERTO. Porque habéis de ir con él vos.  
 ¿Cómo tardan? ¿En qué estaban?

TRISTÁN. Yo boca abajo las vi.  
 No sé, por Dios, en qué están.  
 Pero ¿qué te ha hecho Tristán  
 que le destierras ansí?  
 ¿Yo a Francia? ¿Tengo yo acaso  
 lamparones o otro mal?

ALBERTO. Vaya el igual con su igual.

TRISTÁN. ¿Yo su igual?

ALBERTO. Espera.

TRISTÁN. Paso.

ALBERTO. Déjame leer el papel  
 del sombrero.

TRISTÁN. ¿A qué intención?

ALBERTO. Cédula de confesión  
 debe de ser.

FELICIANO. (¡Ah, cruel!—  
 Guarda este papel, Liseno,  
 no le halle acaso en mí.)

ALBERTO. Y él diga qué trae aquí;  
 a ver, descúbrase el seno.

FELICIANO. Señor, que no traigo nada.

(Vale sacando.)

ALBERTO. Cordón de çabellos, bien;  
 cinticas también...

LISENO. También  
 es tu cólera extremada.

ALBERTO. Tu retrato.

FELICIANO. (Mil desmayos  
 me cubren.)

ALBERTO. Vive sin ley.  
 Ved qué gentil *Agnusdei*  
 para tempestad de rayos.

No, no; vos iréis adonde  
el peto fuerte os le cubra,  
para que el valor descubra  
que a vuestra sangre responde.

(*Entra LEONIDA con un talego.*)

LEONIDA. El dinero traigo aquí,  
y unas postas han llegado.

ALBERTO. Mil escudos he juntado  
hoy en oro para ti.  
Toma, pródigo, que impetras  
la porción de tu substancia.  
Parte a Francia, que allá, a Francia,  
te enviaré cartas y letras.  
Pleg. al Cielo que no vuelvas  
de la (1) manera que partes,  
de donde apenas te hartes  
de bellotas por las selvas;  
que si a la patria tu madre,  
vuelves de tan vil manera,  
no pienso matar ternera,  
sino negar que soy padre.—  
Entra, Leonida, y harás  
que su ropa blanca toda  
se le junte, y acomoda  
alguna nueva demás.

(*Llora LEONIDA.*)

¿De qué lloras? ¡Vive el Cielo  
que te...!

LEONIDA. ¡Ay, mi hermano!

ALBERTO. Liseno,  
ven conmigo, que voy lleno  
de cólera.

LISENO. Escucha.

ALBERTO. Bueno.

(*Vanse todos. Queda FELICIANO y TRISTÁN, su la-  
cayo.*)

FELICIANO. Ya no digo que les hables,  
sino que a Arminda le cuentes...  
¿Qué estás hablando entre dientes?

TRISTÁN. ¡Succesos, por Dios, notables!

FELICIANO. ¿De qué te ríes?

TRISTÁN. De verte  
con mil escudos en oro.

FELICIANO. Pues yo, Tristán, eso lloro;  
son vísperas de mi muerte.

TRISTÁN. Métete en cas de un figón

y comamos como grandes,  
que no habrá Francia ni Flandes  
de mayor recreación,  
y estemos en caponera  
con aquestos mil escudos.

FELICIANO. Sí, que en Madrid andan mudos  
los cuervos de su ribera,  
que acusan más que demonios.  
En mi vida vi lugar  
más sujeto a murmurar  
y a levantar testimonios.  
No hay sino prestar paciencia.  
TRISTÁN. Sobre esa prenda bien creo  
que la busque tu deseo.

(*Entre el POSTILLÓN de caballos.*)

POSTILLÓN. ¿Partiremos?

FELICIANO. ¡Brava ausencia!  
Adiós, Madrid generoso,  
corazón de España noble,  
de donde reciben vida  
los demás miembros conformes.  
Adiós, alcázar del Rey,  
más famoso entre los hombres  
por las águilas del César,  
que al mundo *plus ultra* pone.  
Adiós, patios paseados  
de pretendientes disformes,  
losas que son sepulturas  
de imposibles pretensiones.  
Adiós, templos y edificios,  
casas, plazas, calles, torres  
ocupados de hombres, damas,  
confusión, caballos, coches,  
virtudes, hipocresías,  
amistades y traiciones,  
trazas, quimeras, deseos,  
verdades, mentiras, voces;  
castas Lucrecias, Tarquinos,  
Sol, Venus, Martes, Adonis,  
Celestinas y Calistos,  
Parmenos, Sempronios dobles;  
armas, plumas, galas, sedas,  
músicas, pincel, colores,  
fiestas mal vistas, paseos  
de diferentes naciones;  
poetas quejosos siempre  
de la fe de los señores,  
porque es ya desdicha suya  
ser envidiosos y pobres.  
Adiós, famosas Audiencias,

(1) En el original, "de otra", por errata.

donde Dios juzga y Dios oye  
 por tan famosos ministros  
 como Alciato compone.  
 Adiós, fuentes; adiós, ríos,  
 alamedas, prados, bosques,  
 tardes del sol en invierno  
 y del verano las noches;  
 casas de moneda y gusto  
 adonde se bate el cobre,  
 mar adonde tantos viven  
 y que tantas naves sorbe.  
 Adiós, caudalosos juegos,  
 por quien mi padre, de bronce,  
 hasta Francia me destierra  
 de los pechos de la corte.  
 Adiós, Arminda; adiós, celos,  
 papeles, gustos, amores,  
 que sólo un taco de trucos  
 ha dado conmigo en Londres.  
 Adiós, amigos fingidos,  
 moneda que ahora corre,  
 y si verdadero alguno  
 mi destierro sienta y lllore.—  
 Postas, camarada, vamos.

(Vase FELICIANO.)

TRISTÁN. Adiós, tabernas de corte,  
 galera en que yo solía  
 fundar mis estanteroles;  
 lavaderos y pilares,  
 baratillo y herradores.  
 Adiós, Juana, que sin duda  
 me has pegado lamparones,  
 pues voy a curarme a Francia  
 en un rocín matalote.—  
 ¿Cómo os llamáis vos, hermano?

POSTILLÓN. Yo, Tristán, llámome Gómez.

TRISTÁN. Vamos, y vaya conmigo  
 el alano de San Roque.

(Vanse. Entra CLAVELA y DORISTA, dueña.)

CLAVELA. Mientras está aquí Teodoro,  
 Dorista, no me hables nada,  
 que está la puerta cerrada  
 a billetes y a tesoro.  
 No quiero que de mi fama  
 alguna flaqueza sienta.

DORISTA. Y ¿cuándo partirse intenta?

CLAVELA. Cuando quisiere su dama,  
 que ella le detiene aquí.

DORISTA. A París dice que va.

CLAVELA. Sí va.

DORISTA. Y ¿cuándo volverá?

CLAVELA. Eso no me ha dicho a mí.

DORISTA. Bien puedes ahora hablar,  
 pues esta es buena ocasión.

CLAVELA. Mientras él está en León,  
 ¿cómo te puedo escuchar?

DORISTA. Seis papeles te traía  
 de seis hombres, cuando menos,  
 de mil necesidades llenos.

CLAVELA. Buen libro, por vida mía,  
 si fuera de devoción.

DORISTA. No sé qué esperan tus años,  
 porque el tiempo y sus engaños  
 Mercurio y sus alas son.  
 Goza del oro que llueve  
 átomos del sol brillantes  
 sobre tus marfiles antes  
 que le vuelva el tiempo en nieve.  
 Goza esas rosas que enjugas  
 sin afeitados martirios,  
 antes que las vuelvan lirios  
 los años y las arrugas;  
 y esa boca, mientras deja  
 que rojo coral la adorne,  
 antes que la edad la torne  
 como faltriquera vieja.  
 Los dientes, que perlas son  
 en nácar, antes que sean  
 tales, que cuando los vean  
 parezcan corcho o carbón;  
 y ese cuello, y ese pecho,  
 y esas manos, y ese todo,  
 antes que...

CLAVELA. Tú hablas de modo  
 que ya en tu edad me sospecho.  
 Dorista, ¿qué puedo hacer  
 si es descuido de mi hermano?

DORISTA. ¿Que él te ha de casar?

CLAVELA. Es llano,  
 que ya estoy en su poder;  
 no tengo otro padre yo.

DORISTA. ¡Ay, Clavela! A Dios rogando,  
 pero con el mazo dando.  
 Ayúdate tú.

CLAVELA. Eso no,  
 que no es de mi calidad.

DORISTA. ¡Qué inútil es la belleza  
 empleada en tal tibieza!

CLAVELA. ¿Soy muy tibia?

DORISTA. Sí, en verdad.

¡Ay de doncellas que veo  
que hacen mil estaciones,  
ayunos y devociones  
con este justo deseo!  
Si aguardas a que tu hermano,  
que, enamorado de Elisa,  
le da tu hacienda, él te avisa  
que tú le aguardas en vano.  
Sé tú como alguna loca  
que aguarda, por lo encogido,  
que le metan el marido  
con la cuchara en la boca.  
Descúidase el padre, amiga;  
pasa en flor sin pasar plaza,  
y queda la calabaza  
la simiente en la barriga.  
No lo ha de hacer todo un padre,  
no ha de ser todo concierto,  
no es muy malo Filiberto,  
¡por el siglo de mi madre!  
Que aun hoy le he visto llorar  
porque no le quieres bien.

CLAVELA. No le muestro yo desdén;  
pero no le puedo hablar.

DORISTA. No hay en Francia tal mancebo,  
tan rico ni gentil hombre,  
y tú huyes de su nombre  
por lo que le quiero y debo.  
¡Qué donaire y discreción!  
¡Qué gala y qué bazarria!

CLAVELA. Debe de ser que soy fría  
y helada de condición.

DORISTA. Créeme que me ha obligado,  
y esto de darme interés  
vuelve un monte del revés.  
Ya es enojarte excusado,  
pues Filiberto está aquí,  
que por el jardín entró.

CLAVELA. Y ¿quién le ha metido?

DORISTA. Yo.

CLAVELA. ¿Qué dices?

DORISTA. Entra.

CLAVELA. ¡Ay de mí!

(Entra FILIBERTO, galán francés.)

FILIBERTO. De tan grande atrevimiento  
doy, señora, por disculpa  
ser vos la causa y la culpa  
de este honrado pensamiento.  
Ansí, que si él es culpado  
de haberos dado disgusto,

pensamiento que es tan justo  
no puede ser castigado.

Y si a eso me condena  
ese rostro, que me obliga,  
cuando mi pena castiga  
volverá la gloria en pena.

CLAVELA. De este vuestro atrevimiento  
que parece que os disculpa  
ser yo la causa, es la culpa  
de tan loco pensamiento.  
Ansí, que si él es culpado  
de haberme dado disgusto,  
lo que no puede ser justo  
merezca ser castigado.  
Porque mal podrá guardaros  
quien se ha de guardar de vos,  
y hay distancia entré los dos  
de aborrecederos y amaros.

FILIBERTO. Quien de amor tiene experiencia,  
de tu firmeza y mudanza  
suele tener confianza  
y en sus trabajos paciencia.

DORISTA. ¡Qué perfiladas locuras  
y qué almíbar de razones!  
¡Qué confitadas pasiones!  
¡Qué sabrosas confituras!  
Nunca pude ver, por Dios,  
estos amantes de fama.  
Todos dicen a su dama:  
“Ojos, decíselo vos.”

¿Razones por alambique  
me vas ahora sacando  
cuando el brazo está aguardando  
a que el barbero le pique?  
De algunos de éstos presumo  
que, por que el amor encarne,  
quieren tanto asar la carne  
que se les va todo en humo.

FILIBERTO. Pues ¿qué haré yo, madre amada?  
¿Cómo podré eternecella?

DORISTA. ¿Piensas que es una doncella  
como una mujer taimada?  
Cuántas primerizas veo,  
hasta que amor se confirme,  
tienen la lengua muy firme,  
pero muy flaco el deseo.  
Oye, espera, que hay mujer  
de estas que alargan los plazos,  
que quieren venir a brazos  
para dejarse vencer.  
Llega y tómale un abrazo.)



(Va a ella.)

FILIBERTO. Señora, no sé si acierto...

CLAVELA. ¿Qué es aquesto, Filiberto?

FILIBERTO. Amor, señora.

DORISTA. (¡Ay, asnazo!)

CLAVELA. ¿Qué tienes?

FILIBERTO. Amor, señora.

CLAVELA. ¿Qué haces?

FILIBERTO. Señora, amor.

CLAVELA. ¿Conmigo?

FILIBERTO. Amor y temor  
fuerzan el alma que adora.

CLAVELA. Déjame.

FILIBERTO. Mi amor te iguala.

CLAVELA. ¿Fuérzame?

FILIBERTO. Amor y mi fe.

DORISTA. (Estáte siempre en la be,  
como el cordero que bala.  
Amor, amor, en rigor,  
es obras, obras es ya.FILIBERTO. La primera letra es A  
del a, be, ce del Amor.  
Mientras de aquí no me apartes  
no diré más, ni lo creas.DORISTA. Pues si siempre deletreas,  
nunca juntarás las partes.)

FILIBERTO. Señora, dadme una mano.

CLAVELA. ¿Con qué fe?

FILIBERTO. La de marido.

CLAVELA. ¿Será cierto?

FILIBERTO. Así la pido.

DORISTA. ¿Clavela?

CLAVELA. ¿Quién es?

DORISTA. Tu hermano.

CLAVELA. ¡Ay de mí! ¿Qué haremos?

DORISTA. Corre,  
escóndete allí.

FILIBERTO. Sí hare.

(Fase FILIBERTO. Sale LEONARDO.)

LEONARDO. Hasta tus pies llegaré,  
si tanto Amor me socorre.

DORISTA. No es tu hermano.

CLAVELA. Pues ¿quién es?

DORISTA. Leonardo.

CLAVELA. ¿Cómo has entrado?

LEONARDO. Trayendo el cuerpo el cuidado,  
y el alma y Amor, los pies.CLAVELA. ¿Ha sido tuyo este enredo,  
Dorista?

DORISTA.

Porque le hablé,  
di más que mi enredo fué.CLAVELA. Basta, obligada te quedo.  
Poco a poco, si te agrada,  
irás trayendo el lugar.DORISTA. ¿No es mejor que no buscar  
ser una mujer buscada?  
¿No sabes tú que el ratón,  
cuando tiene un agujero,  
nunca goza el año entero  
segura la posesión?  
Cuando en cas de un mercader  
algo pretendes comprar  
¿no le obligas a sacar  
diferencias para ver?  
Pues ¿qué enredos hay aquí  
para que agora los nombres  
si has de escoger de mil hombres  
uno que te agrade a ti?

LEONARDO. ¿Tanto en subir te he ofendido?

CLAVELA. ¿Puede ser mayor locura?

LEONARDO. Eres tú mi lumbre pura;  
loca mariposa he sido.

CLAVELA. Yo te quemaré las alas.

LEONARDO. Como las del corazón.

DORISTA. (Ya con la comparación  
al otro necio te igualas.  
¡Ah, buen siglo haya mi edad,  
que el requiebro más sabido  
era un ¡ay! interrompido  
y una sencilla verdad!  
Que es ver un amante ahora  
hecho un costal de traiciones,  
andar por comparaciones  
del Sol, del Febo y la Aurora.  
Decir con la voz muy flaca:  
“No cómo sino tormento”,  
y de una legua su aliento  
huele a salpicón de vaca.)LEONARDO. Que no hablan de esa dureza  
y ese rigor inhumano.

DORISTA. Gente suena.

CLAVELA. ¿Si es mi hermano?

DORISTA. Escóndete en esa pieza.

(Fase a esconder LEONARDO.)

CLAVELA. ¿Parécete bien, Dorista?

¿Ansí a mi honra te atreves?

DORISTA. Guárdate tú como debes,  
que poco importa la vista.

(*Entran OCTAVIO y TEODORO.*)

TEODORO.

Puesto, Clavela, que hasta agora ha sido, como de mi descuido habrás pensado, para solicitarte igual marido en alguna manera descuidado, es el mayor cuidado que he tenido ver de mis hombros el rigor quitado de tu remedio como prenda mía llegando de su efeto el cierto día.

La ausencia que a París hago no tiene otra ocasión, porque este hidalgo honrado, que conmigo a besar tus manos viene, es a quien darte la palabra he dado; y porque hablar sus padres nos conviene, que tienen en París igual estado, a la partida quiero que le veas, firmando aquí lo que en volviendo seas.

OCTAVIO.

Si como forastero en León no ha sido Octavio, que en París buen nombre tiene, de vos y vuestros deudos conocido, por ellos a besar vuestros pies viene; éstos, humilde, como esclavo, os pido, aunque su gloria mi humildad detiene.

CLAVELA.

Paso, señor; no hagáis tan grande exceso.

OCTAVIO.

Pues la tierra en que están adoro y beso.

Dichoso el día que os vi, que el mismo día Amor me prometió ventura tanta, no porque de mis méritos confía, mas porque mi esperanza me levanta. Decid con solo un "sí" que seréis mía antes que vuelva de León la planta, que no me partiré sin que el concierto quede por vos y vuestro hermano cierto.

CLAVELA.

La elección de Teodoro tal ha sido, según vuestra presencia y honra muestra, que sólo del temor interrumpido no os doy el justo "sí" de que soy vuestra.

OCTAVIO.

Pues ése, humilde, como esclavo, os pido.

TEODORO.

Pues si queréis firmar la hermandad nuestra, haya testigos.

OCTAVIO.

Llamen dos amigos.

DORISTA.

Yo llamaré, señora, a dos testigos.

(*Qué gentil ocasión la que se ofrece (Ap.) para sacar de casa a estos dos hombres, que en mí, y aun en Clavela, el temor crece.*)

CLAVELA.

(¿Dorista?)

DORISTA.

Que ya entiendo, no los nombres.)

(*Vase DORISTA.*)

OCTAVIO.

¿Que mi ventura tanto bien merece?

TEODORO.

(De la nuestra es muy justo que te asombres. ¿No te agrada su talle?)

CLAVELA.

Si es tu gusto, esto es razón que me parezca justo.)

(*Entra DORISTA con LEONARDO y FILIBERTO.*)

DORISTA.

A estos dos caballeros he llamado.

FILIBERTO.

(Cielos, ¿qué veo? ¿No es aquel Teodoro?)

LEONARDO.

(¿Este no es el hermano de Clavela?)

TEODORO.

¡Oh, caballeros! Huelgo que sean tales los que de tales bodas son testigos.

FILIBERTO.

Esta dueña, señor, nos ha llamado, aunque la causa no nos dijo.

OCTAVIO.

Es ésta:

que yo a Clavela doy y ella da a Octavio la mano con solene juramento que será mi mujer y yo su esposo.— Decid que sí, que yo lo mismo digo.

CLAVELA.

Digo que sí.

FILIBERTO.

Y yo que soy testigo.

LEONARDO.

También yo lo seré. (¡ Suceso extraño !)

TEODORO.

Vuestras mercedes vayan en buena hora.

FILIBERTO.

En la misma quedéis. (Cielos, ¿ qué es esto ?  
¿ Que a ver mi muerte vine ?)

LEONARDO.

(¡ Ay, Cielo airado !

¿ Que aquesto vino a ver mi atrevimiento ?)

FILIBERTO.

(Si no fuera casándose Clavela,  
propósito tenía de mataros  
cuando os hallé cerrado en mi aposento.

LEONARDO.

Y yo, cuando os hallé, ¡ por Dios !, le tuve;  
pero la igual desdicha me parece  
que igualmente nos puede hacer amigos.

FILIBERTO.

Vamos.)

DORISTA.

(¡ Qué buenos van los dos testigos !)

TEODORO.

Con esto, pues, a desnudarnos vamos  
mientras que los caballos prevengamos.

OCTAVIO.

Dame un abrazo, esposa mía querida.  
(*Abrácese.*)

CLAVELA.

¿ Habéisme de olvidar ?

OCTAVIO.

Vos sois mi vida.

TEODORO.

Vamos, que es tarde.

DORISTA.

(¡ Casamiento extraño !)

CLAVELA.

(Dorista, bien lo has hecho.

DORISTA.

¡ Bravo engaño !)

(*Vanse todos; quedan ellas, y salen por otra puerta  
FELICIANO, muy galán, de camino, y TRISTÁN, su  
lacayo.*)

FELICIANO. ¡ Brava ciudad es León !

TRISTÁN. De las mejores de Francia.

FELICIANO. ¿ No bebiste ?

TRISTÁN. Estaba rancia

la brizna de aquel jamón.

¡ Oh, perniles de la Mancha

y vino de San Martín,

cuándo en vos mi bergantín

echará en tierra la plancha !

¿ Dónde habemos de ir de aquí ?

FELICIANO. A Saluces.

TRISTÁN. ¿ A Saluces ?

FELICIANO. Pues bien, ¿ de qué son las cruces ?

TRISTÁN. Pues ¿ vas al Piamonte ?

FELICIANO. Sí,  
y luego habemos de entrar  
en los Alpes.

TRISTÁN. ¡ Bravos son !

Por allí pasó Borbón

cuando a Roma fué a cercar ;

pero pasólos con nieve.

FELICIANO. Tú los pasarás con vino.

TRISTÁN. Cansado estoy del camino.

FELICIANO. Bien se anda.

TRISTÁN. Poco se bebe.

FELICIANO. ¿ Qué hará ahora el buen Madrid ?

TRISTÁN. Digo yo que estará quedo.

FELICIANO. ¿ Y Arminda ?

TRISTÁN. Decirte puedo  
que la engañó un lindo ardid.

FELICIANO. Si se está quedo el lugar,  
también Arminda.

TRISTÁN. No sé ;  
por él te aseguraré  
que así le habemos de hallar.  
¡ Qué comparación tan breve :  
caldero y pozo !

FELICIANO. ¡ Y qué baja !

TRISTÁN. El caldero sube y baja ;  
pero el pozo no se mueve.  
Así será Madrid y ella :  
él quedo y ella mudable.

FELICIANO. No hay cosa que el necio hable  
que no me mate con ella.  
Esto es lo que yo temía.

Y Madrid, en fin, ¿ qué hará ?

TRISTÁN. Hará sol y lloverá,  
como otras veces solía.  
A un niño puede igualarse.

FELICIANO. Pues ¿ cómo a un niño un lugar ?

TRISTÁN. Que acabado de limpiar  
vuelve otra vez a ensuciarse.

FELICIANO. ¡ Ah, Prado mío!

TRISTÁN. Bien haces;  
como jumento recuerdas.

FELICIANO. ¿ Cómo así?

TRISTÁN. Porque te acuerdas  
del lugar adonde paces.

FELICIANO. Muy de aguador enojoso  
me comparastes, señor;  
mas vos no sois aguador.

TRISTÁN. Pues ¿ qué soy?

FELICIANO. Hombre vinoso.

TRISTÁN. Eso sí, ¡ pese a mi sayo!  
Niega lo de Perpiñán.

FELICIANO. ¿ Qué tuve allí, ganapán?

TRISTÁN. Borracho, ¡ por San Pelayo!,  
pues dijiste que era coche  
de un albañal el ruido,  
y en tu vida no has tenido  
más honra que aquella noche.

FELICIANO. Calla, necio.

TRISTÁN. Eso se calle.

FELICIANO. ¡ Qué dos mujeres se ofrecen!  
¡ Qué bien sin mantos parecen  
las francesas por la calle!

TRISTÁN. Para la corte española  
eran buenas.

FELICIANO. ¿ Ah, madama,  
queréis...?

TRISTÁN. Madama la llama.

FELICIANO. Oírme, pues que vais sola.

CLAVELA. Dejadme, señor.

TRISTÁN. Y vos,  
*¿ volete dona onorata  
que vi done qualche pata,  
digo, mano?*

DORISTA. Andá con Dios.

TRISTÁN. ¡ Señora!

DORISTA. Dejadme, hermano.  
¡ Jesús, qué pesado es!

TRISTÁN. (¿ Quién me mandó hablar francés,  
que llaman pata a la mano?)

FELICIANO. (Tristán, a mil hermosuras  
pone este ángel tasa y mengua.

TRISTÁN. Enamórate en tu lengua  
y déjate de locuras.)

DORISTA. (Este mozo es español.  
Pues tu hermano no está aquí,  
hazle una burla.

CLAVELA. Sea así.)

FELICIANO. (Esta no es mujer, es sol.

TRISTÁN. Sea de invierno, porque pasa  
presto aunque tarde amanece.

FELICIANO. Más de verano parece

en lo que de presto abrasa.  
Sangre me ha dado.

TRISTÁN. ¿ En qué modo?

FELICIANO. En que la sangre me ha helado.)

CLAVELA. Español, diga, ¿ es soldado?

TRISTÁN. El es soldado y yo y todo.

FELICIANO. ¿ Quién te mete en eso a ti?  
¿ No sabré yo responder?

TRISTÁN. Es porque ya la mujer  
se va aficionando a mí.

FELICIANO. Señora, soldado soy;  
mas yo tan herido quedo,  
que apenas deciros puedo  
que agora soldado estoy.

TRISTÁN. (Necio has andado y curioso  
en decir que estás soldado.

FELICIANO. ¿ Por qué?

TRISTÁN. Porque habrá pensado  
que estás quebrado o potroso.)

CLAVELA. Y ¿ dónde vais?

FELICIANO. A la guerra  
del General Condestable.

CLAVELA. (Talle tiene razonable.  
Quien los alaba no yerra.  
¡ Oh, español!)

DORISTA. (¿ Qué dices?

CLAVELA. Digo  
que es galán y gentil hombre.)  
¿ Cómo es, señor, vuestro nombre?

TRISTÁN. Tristán me llamo.

FELICIANO. Enemigo,  
¿ no ves que me habla a mí?—  
Feliciano me he llamado,  
que hasta ahora no he pensado  
que tal nombre merecí.  
Ahora que puedo veros  
más que Feliciano soy.  
(¡ Cielos, perdiéndome voy!)

CLAVELA. No son los soldados fieros.  
Bravos los imaginé;  
pero vos sois tierno y blando.

FELICIANO. Es que me voy regalando,  
cual cera, al sol que miré.

CLAVELA. (¡ Ay, Amor! ¿ Qué siento en mí  
cuando aqueste español veo?)

FELICIANO. ¿ Queréis cumplirme un deseo?

CLAVELA. ¿ Hablaréis honesto?

FELICIANO. Sí.  
¿ De dónde venís?

CLAVELA. De ver  
partir un hombre a París.

FELICIANO. ¿ Era muy vuestro?

(*Hablan aparte FELICIANO y CLAVELA.*)



TRISTÁN. Amadís  
se comienza a enternecer.  
Hablemos vos y yo, dona,  
si no es que, por dicha, os pesa,  
que pues sois dueña francesa  
debéis de sèr quintañona.

DORISTA. ¿Sois vos Lanzarote acaso?

TRISTÁN. Soy camarada y amigo  
de este hidalgo, criado digo,  
que siempre adelante paso.  
Digo que él viene tras mí,  
él a caballo y yo a pie.

DORISTA. Lacayo diréis.

TRISTÁN. No sé.  
Su dinero traigo aquí.  
Allá en mi tierra hay pelones,  
que es grande usanza . Castilla  
un criado ser malilla  
en todas las ocasiones.  
Y yo así ya con él como  
y luego le ensillo el bayo,  
porque a veces soy lacayo  
y a veces soy mayordomo.

DORISTA. ¿Es bien nacido?

TRISTÁN. Y qué tanto;  
entero, cual ves, nació.

DORISTA. ¿Es caballero?

TRISTÁN. ¿Yo? No.

DORISTA. El digo.

TRISTÁN. De vos me espanto.  
¿No lo veis en los aceros?  
Sangre apurada en crisoles.

DORISTA. Que todos los españoles  
decís que sois caballeros.  
¿Lleva gran dinero?

TRISTÁN. ¡Madre!  
Mil escudos lleva en oro,  
y han de enviarle un tesoro,  
que tiene un tesoro el padre.  
Y yo os daré a vos...

DORISTA. ¿Qué es vos?

TRISTÁN. ¿No me queréis vos, mi luz?

DORISTA. Desvíate allá, avestruz.

TRISTÁN. No quiero ollaza de arroz.

DORISTA. (Hablar quiero a mi señora.—  
Clavela, escucha.

CLAVELA. ¿Qué quieres?)

FELICIANO. (¿Tristán?

TRISTÁN. Aquestas mujeres  
nos detienen aquí ahora.

FELICIANO. ¡Ay, Tristán, que estoy sin mí!

TRISTÁN. ¡Oh, pesia a quien me parió!  
Resiste.

FELICIANO. No puedo.

TRISTÁN. ¿No?  
Mañana te irás de aquí.)  
(Han estado hablando las dos solas.)

DORISTA. (¿No será la burla buena,  
pues que no está aquí tu hermano?

CLAVELA. ¡Extremada!—Ya es en vano  
querer encubrir mi pena.  
Por el hombre estoy perdida.)

DORISTA. Señor, ¿qué es vuestra intención?

FELICIANO. Yo estoy de paso a León  
y en el alma de partida,  
y porque aquesto es mañana,  
si está noche...

DORISTA. Ya os entiendo.  
Mas la dama que estáis viendo  
es de un caballero hermana,  
y si acaso os ha de ver  
mil escudos de oro es poco.

FELICIANO. (Hoy hago un hecho de loco  
por tan gallarda mujer.)  
Tristán, muestra ese dinero.

TRISTÁN. Veslo aquí.

FELICIANO. Aquí hay mil escudos  
y dos hombres que son mudos.

DORISTA. Basta ser vos forastero  
y ser español. Venid  
por que la casa sepáis  
y anochecido vengáis.

TRISTÁN. (¿Díselo?

FELICIANO. Diera a Madrid.)

DORISTA. (Ya tengo los mil.

CLAVELA. ¡Ay, triste,  
que tú le quieres burlar  
y yo el alma le he de dar!)

TRISTÁN. (¡Qué gentil locura hiciste!  
¿Con qué has de irte?

FELICIANO. Ya me pesa.  
El caballo venderemos.)

DORISTA. ¿Vamos?

FELICIANO. Siguiéndoos iremos.

CLAVELA. (¡Ay, español!)

FELICIANO. (¡Ay, francesa!)

TRISTÁN. (¡Ay, engaños!)

DORISTA. (¡Ay, ganancia!)

TRISTÁN. (¡Ay, escudos!)

FELICIANO. (¡Ay, vivir!)

TRISTÁN. (Ojos que los vieron ir,  
no los verán más en Francia.)

ACTO SEGUNDO

DE *La Francesilla.*

(Sale FELICIANO y TRISTÁN.)

FELICIANO. No me entristezcas, Tristán;  
mi desventura me baste.

TRISTÁN. ¡Qué Circe, señor, topaste  
que tales formas nos dan!  
Tras cogernos el dinero  
como pájaros burlados,  
vamos los dos transformados,  
yo en sátiro, tú en carnero.

FELICIANO. Boecio pinta muy clara  
aquesta transformación.  
¿De qué casa de Milón  
tan baja forma sacara?

TRISTÁN. ¿Qué diablos me estás diciendo  
inútiles bernardinas  
en tiempo que a pie caminas  
y de hambre vas muriendo?  
¡Ah, vieja de Satanás,  
pescador con piel de cabra!

FELICIANO. No me hables más palabra.

TRISTÁN. Manda menos y anda más.

FELICIANO. ¡Ah, villano!

TRISTÁN. Y labrador,  
que a un jumento a andar enseña  
que va cargado de leña  
y descargado de honor.

FELICIANO. ¿No hizo el César romano  
más indignos desatinos?

TRISTÁN. No iba a pie por los caminos  
las espuelas en la mano.  
No la dieras los quinientos  
y ahorraras de zapatos,  
y compraras más baratos  
estos arrepentimientos.  
¿Dónde habemos de ir así?

FELICIANO. A mi padre escribiré  
que me robaron.

TRISTÁN. No sé  
si te ha de creer.

FELICIANO. Yo sí.

TRISTÁN. ¡Que dos hembras y un deseo  
te quitan cuanto tenías!

FELICIANO. Así hicieron las arpías  
los manjares de Fineo.

TRISTÁN. Historias.

FELICIANO. Este es lugar.  
Buscaré un jumento en él,  
que en lo de a pie soy novel  
y no puedo caminar,

y aun aquí descansaré  
mientras lo que digo hallo.

TRISTÁN. ¡Que una noche de a caballo  
cueste mil años de a pie!

FELICIANO. Este parece mesón.

Las botas limpiarme quiero.

TRISTÁN. Aquí sale el Hostelero.

FELICIANO. Tristán, disimulación.

(Sale el HOSTELERO.)

HOSTELERO.

Mil veces vengan norabuena, príncipes,  
que esta es posada de famosos Césares.  
No pasen adelante, que en el término  
no la podrán hallar más a propósito.  
¿Qué es del caballo? ¿Es posta? ¿Es corcel de  
[Africa?

¿De Frisia o Grecia? ¿O es bridón de Nápoles?  
¿Tordillo, overo, rucio, blanco, rígido,  
manso, feroz, hidalgo, noble o zaino?  
¿Queréis cebada, cardos, zanahorias,  
paja, alcacel, alfalfa?

FELICIANO.

¡Bravo estrépito!

TRISTÁN.

¿Así son por aquí todos los huéspedes?  
Señor, no andéis ahora tan solícito,  
que no hay caballo aquí, freno, ni jáquima;  
mas pues baja la noche melancólica,  
apercibid la cama y la bucólica;  
haya sustento honrado y limpias sábanas.

HOSTELERO.

¿Sustento? ¡Pesía tal!

TRISTÁN.

Pues ¿qué hay?

HOSTELERO.

Diez cónsules

pueden comer, porque hay manteles cándidos,  
varias toallas de un famoso artífice,  
con clavellinas, alhelíes y tréboles,  
orejones en Rhin, manteca esguízara,  
almendras y melones como azúcares,  
uvas, ciruelas con panales vírgines,  
tocino lampreado, pastel, tórtolas,  
gallina y perdigón con limas ásperas,  
macarrones, arroz, sopas con ánades,  
chorizos, longanizas y cillérueadas,  
tortadas, manjar blanco y almojábanas,  
truchas, salmón y róballo con sáballo,

aunque pescado y carne niega el médico;  
para postre, con vinos odoríferos,  
malvasía y cerveza y pomas de ámbares,  
queso de España, olivas con su orégano,  
toallas, mondadientes y agua de ángeles.

FELICIANO.

La relación me ahita.

HOSTELERO.

Entrad.

TRISTÁN.

¿Hay rábanos?

HOSTELERO.

Hay rábanos, hay cardos y hay peruétanos,  
chirivías, hinojo, anís, espárragos  
y para Venus hay ostión marítimo;  
pues para la bebida más espléndida  
oro, plata, cristal, metal y nácares,  
porcelanas japónicas y chínicas.

FELICIANO.

Vamos, porque le ha dado la tarántula  
y dirá que [en] enebro tiene albérchigos.

HOSTELERO.

¿Qué digo?

TRISTÁN.

¿Qué queréis?

HOSTELERO.

Un poco pálido

viene este caballero.

TRISTÁN.

Desde el miércoles  
le dió cierta señora vino estíptico,  
y, como amante enfermo del estómago,  
anda el pobrete con aquellos báguídos  
mirando al cielo, que parece astrólogo.

HOSTELERO.

Dalle quiero a beber con unos dátiles.

TRISTÁN.

Y a mí con un jamón, y sea purísimo,  
que me tiene el amor acabadísimo.

(Vanse todos; salen OCTAVIO y TEODORO, de camino.)

TEODORO. ¡Buena jornada hemos hecho!

OCTAVIO. ¡Hola! Esas postas pasea.

TEODORO. Todo ha sido sin provecho.

OCTAVIO. Yo me huelgo que así sea,  
para sosegar el pecho.

TEODORO. ¡Que olvidase los papeles!

OCTAVIO. Anda, no te desconsueles,  
veré otra vez a mi esposa.

TEODORO. ¿Holgaráste?

OCTAVIO. Es justa cosa,  
y tú más de lo que sueles.

TEODORO. ¿Por qué?

OCTAVIO. Por ver a tu Elisa.

TEODORO. ¿Qué dirá cuando nos vea  
de vuelta con tanta prisa?

OCTAVIO. El alma, que la desea,  
me parece que la avisa.

TEODORO. ¡Qué tierno me despedí!

OCTAVIO. ¿Ha mucho que la pretendes?

TEODORO. Dos años ha que la vi.

OCTAVIO. ¿Casarte con ella emprendes?

TEODORO. Pretendo, Octavio, que sí.—  
¡Oh, huésped!

(Sale el HOSTELERO.)

HOSTEL. Señores míos,  
¿dónde volvéis?

TEODORO. A León.

HOSTEL. Partiendo con tantos bríos  
¿volvéis en esta ocasión?

TEODORO. Suceden mil desvarios.  
Un papel que me olvidé  
me hace volver; mas no importa,  
mañana volver podré;  
la jornada es algo corta.  
¿Hay que comer?

HOSTEL. Bien, a fe.

TEODORO. Pues venga, mientras se ensilla.  
¿Hay algún huésped acaso  
que nos ocupe una silla,  
si no es que va tan de paso  
que no coma hasta la villa?—  
Porque no me sabe bien  
lo que como, si camino,  
menos que a la mesa estén  
cuantos halló en el camino.

OCTAVIO. Bien decís, y a mí también.

HOSTEL. Todos, por mi fe, se han ido.

OCTAVIO. Quizá por miedo del sol.

TEODORO. Qué, ¿no hay nadie?

HOSTEL. Aquí ha venido  
un gentil hombre español  
de buen talle y bien vestido.

TEODORO. ¿Español?

OCTAVIO. ¿Español?

HOSTEL. Sí,

aunque con tristeza extraña.

TEODORO. ¿Español? Llamalde aquí,  
sabríamos cosas de España.

HOSTEL. No es hombre que saldrá así,  
fuera de que es gran tristeza  
la que trae en la cabeza.

OCTAVIO. Mas cortesano ha de ser.  
Convidémosle a comer.

TEODORO. Y ¿adónde está?

HOSTEL. En esa pieza.

TEODORO. ¿Ah, señor español?

TRISTÁN. ¿Quién  
llama a mi señor?

OCTAVIO. Decid  
que dos hombres.

TRISTÁN. Está bien.

FELICIANO. ¿Son acaso de Madrid?

TRISTÁN. ¡Oh, que mal Madrid te den!  
Franceses son de León.  
Bien es que hablallos procures,  
que, al fin, caballeros son.  
Llega.

OCTAVIO. ¿Español?

FELICIANO. ¡Oh, monseurs!

OCTAVIO. ¿Soldado?

FELICIANO. En la profesión.

TEODORO. Triste dicen que venís.  
Alegraos, por vida mía,  
que este es alegre país.

OCTAVIO. ¡Buen talle, por vida mía!

FELICIANO. Si de veras lo decís,  
recibo merced.

TEODORO. Hacer-  
nosla podéis en comer  
hoy, español, con los dos.

TRISTÁN. (Brindalle quieren, ¡por Dios!  
El se ha de echar a perder.)

FELICIANO. Es gran merced para mí.

TEODORO. ¿Qué hay de España?

FELICIANO. Nada allí  
que sea nuevo ni se escriba.  
Partió el Archiduque.

TEODORO. El viva  
mil años.

FELICIANO. Dios lo haga así.

TEODORO. ¿El Rey?

FELICIANO. Bueno, Dios le guarde  
con el sucesor divino,  
águila que emprende alarde  
contra el neblí sarracino  
y el azor de Asia cobarde.

TEODORO. ¿Vais al Piamonte?

FELICIANO. Allá voy.

TEODORO. ¿De qué estáis tan triste?

FELICIANO. Estoy  
triste desde ese lugar.

OCTAVIO. ¿Queréis la ocasión contar?  
Perdonad si enojo doy.

FELICIANO. No es nada.

TEODORO. Decid lo que es,  
porque si tiene remedio  
con vida o con interés...  
no estáis del Africa en medio,  
sino del reino francés.  
Amigos, dineros, vida  
desde aquí os queda ofrecida.

FELICIANO. Mientras que ponen la mesa  
os quiero contar mi empresa.

TEODORO. Será con piedad oída.

FELICIANO. Del rigor de un padre airado  
partí por fuerza a la guerra,  
con mil escudos en oro  
mientras que llegaban letras.  
Llegué a la gran Zaragoza,  
en edificios soberbia:  
a Perpiñán y a Tolosa  
y a la francesa Provenza.  
Por Lenguadoc pasé a Francia,  
y entré en León una fiesta,  
donde, a la puerta famosa,  
vi dos mujeres francesas.  
Una moza, ángel en todo,  
otra en todo diablo y vieja,  
que de ver partir un hombre  
a París daban la vuelta.  
Saludélas muy cortés,  
saludáronme y paguélas  
por dos veces las saludes  
para que de rabia mueran.  
Enamoróme la dama  
y engañóme la sirena;  
aquella me lleva el alma  
y ésta la bolsa me lleva.  
Yo, que no tengo del todo  
cerrada bien la mollera,  
con lucidos intervalos  
y lucida gentileza  
di el alma al ángel que digo  
y la bolsa a la tercera,  
alma de oro en los escudos,  
porque eran el alma de ella.  
Supe la casa, y en viendo  
llegar la noche a su puerta,  
llamé con señas, y abrieron  
en conociendo las señas.  
Quisieran que me quedara;  
mas la taimada hechicera  
me la traspuso otro día,  
que nunca más supe de ella.



Resfrióseme el amor  
echando menos la prenda,  
o echando menos el oro,  
que era la nieve más cerca.  
Vendí un frisón que tenía,  
y, tomando a pie la senda  
de este lugar, vengo agora  
haciendo a mi bolsa endechas.  
Esta es mi historia, señores;  
si queréis saber más nuevas,  
la dueña llaman Dorista,  
y la señora, Clavela.

TEODORO. (No me ha quedado color.

OCTAVIO. Disimula.

TEODORO. Así conviene.

OCTAVIO. Si esto es verdad, morir tiene.

TEODORO. ¡Ah, Cielos!

OCTAVIO. ¡Notable amor!

TEODORO. Dejadme con él a mí,  
que a León le he de llevar.)  
¿A pie habéis de caminar?

FELICIANO. (No puedo más.) Señor, sí.

TEODORO. Eso no, que un caballero  
cual vos merece favor.  
¿Qué me daréis vos, señor,  
por otro tanto dinero?

FELICIANO. No tengo seguridad  
sino mi persona y Dios.

TEODORO. Yo quiero fiar de vos.  
A vuestro padre avisad  
que me los remita aquí  
en letras, o a Bisanzón;  
pero volved a León  
conmigo, porque está allí.

FELICIANO. Echarme quiero a esos pies,  
que vos me echáis en prisiones.

TEODORO. Estas son obligaciones  
de un gentilhombre francés.—  
¿Comeremos?

HOSTEL. Ya está a punto.

TEODORO. Pues vamos alegremente.  
Buen huésped, venga esa gente.  
(¿Qué hay, Octavio?

OCTAVIO. Estoy difunto.

TEODORO. ¡Vive el Cielo, que es mi hermana!

OCTAVIO. ¡Vive el Cielo, que es mi esposa!

TEODORO. Morirás muerte afrentosa.

OCTAVIO. Morirás muerte inhumana.)

FELICIANO. (Tristán, no estamos desnudos.

TRISTÁN. ¿Cómo así?

FELICIANO. ¡Bravos consuelos!

¡Oh, franceses de los cielos!

TRISTÁN. Pues ¿qué hay?

FELICIANO.

Danme mil escudos.)

(*Vanse todos. Entra DORISTA y CLAVELA.*)

DORISTA. Alza, Clavela, los ojos,  
no tengas de esto vergüenza.

CLAVELA. A perseguirme comienza  
y a darme, Dorista, enojos.  
¿Tuya la culpa no fué?

DORISTA. Pues ¿qué es lo que agora tienes?

CLAVELA. Con gentil descuido vienes.

DORISTA. ¿Descuido? ¡Bien, por mi fe!  
¿De mil escudos en oro  
que tienes soy yo culpada?

CLAVELA. Eso no me importa nada.

DORISTA. Pues ¿qué falta?

CLAVELA. Al hombre adoro.

DORISTA. ¿Que le adoras? Anda ya,  
que es frenesí y accidente.

CLAVELA. ¿Accidente en hombre ausente?  
En obligación me está.

DORISTA. ¿Obligación? Eso aclara.  
¿Burlando no le metí?

CLAVELA. Pues él se burló de mí.

DORISTA. ¿Qué?

CLAVELA. Burlóme.

DORISTA. ¡Tarara!

¿Llevóte joya o cadena  
o otra cosa?

CLAVELA. Sí llevó.

DORISTA. ¿Qué joya?

CLAVELA. ¿Quieres que yo  
te lo diga a boca llena?

DORISTA. ¡Ay de mí! Cómo, traidora,  
¿así infamas tu opinión?

CLAVELA. ¿Disteme tú la ocasión  
y estásme riñendo agora?  
Pon junto a la estopa el fuego  
y dile que no se arda.

DORISTA. Al hecho el remedio tarda;  
pon a tus penas sosiego,  
que es extranjero y ausente.  
En lo demás de tu esposo  
habrá remedio forzoso,  
quiero decir conveniente,  
que en manos está el pandero...  
Vuélveme ese rostro acá,  
que más firme te pondrá  
que suele estar el acero.  
Soy maestra enjerta en bruja.  
Pues que hay cierta confacción,  
o hierba pie de león,  
no temas seda y aguja.

CLAVELA. No, madre; monja he de ser.  
El español o no más.

DORISTA. Bien a tu hermano darás  
que sospechar y que hacer.

CLAVELA. ¡No supiera yo un conjuro  
para que este hombre volviera!

DORISTA. No hables de esa manera.

CLAVELA. Velle, adoralle procuro.  
¿Dónde están unos que enseñan  
en un espejo a quien quieren?

DORISTA. ¿Qué dirán los que te oyeren  
lo que tus deseos sueñan?  
No porque eso es mucha empresa  
para mi ciencia, señora,  
que haré un jardín en un hora,  
de berros, en una artesa.

CLAVELA. ¡Ay, Dorista, véale yo!

DORISTA. ¿Que así el español te mata?

CLAVELA. De esta manera me trata.

DORISTA. ¡Pesar de quien me parió!  
¡No lo hubiera yo sabido!  
Tomara cinta o cabellos,  
que yo le hiciera con ellos  
despertar de tanto olvido.

CLAVELA. ¿Sin ellos no? Ciencia escasa.

DORISTA. ¡Ah, Cielos, quién los tuviera,  
que aquesta noche viniera  
por los aires a tu casa!

(*Entra un PAJE.*)

PAJE. Por la posta llegó agora  
tu hermano, señora, aquí.

CLAVELA. ¿Mi hermano?

PAJE. Señora, sí.

CLAVELA. Y ¿quién con él?

PAJE. Viene Otavio  
y un caballero extranjero.

CLAVELA. ¿Extranjero y caballero?  
Calla, no muevas el labio.

(*Entran TEODORO, OCTAVIO, FELICIANO, TRISTÁN.*)

CLAVELA. ¡Hermano mío!

TEODORO. ¡Mi hermana!

FELICIANO. (¿Qué es lo que mis ojos ven?)

CLAVELA. ¡Oh, mi señor!

OCTAVIO. ¡Oh, mi bien!  
(¿Que ésta fué infame y liviana?)

FELICIANO. (Tristán, yo vengo vendido.  
Este es de Clavela hermano.)

TRISTÁN. Disimula, Feliciano.

FELICIANO. Yo soy muerto.

TRISTÁN. Yo perdido.)

CLAVELA. ¿Cómo tan presto venís?

TEODORO. Olvidéme unos papeles.

CLAVELA. Son los descuidos que sueles.

OCTAVIO. Llegara muerto a París  
si a veros hoy no volviera.  
(¡Ah, infame, si esto es verdad  
hoy verás mi voluntad  
convertida en rabia fiera!)

TEODORO. (Octavio, muy descuidado  
está el español.

OCTAVIO. Yo creo  
que alguna, con mal desseo,  
le puede haber engañado,  
y, por quitalle el dinero,  
fingió de tu hermana el nombre.)

CLAVELA. (Cielos, ¿quién es aquel hombre? (*Ap.*)

DORISTA. ¡Ay, señora, el extranjero!)

FELICIANO. (Si yo no doy a entender  
a Clavela este suceso,  
que soy perdido confieso  
y que ella se ha de perder.)  
Señora, si no os he hablado  
perdonad la cortesía,  
porque desde cierto día  
os estoy desobligado,  
digo a todas las mujeres:  
porque es este vulgar (1)  
sólo me pudo burlar  
mujer.

OCTAVIO. ¿Qué dices?

FELICIANO. Que esperes.  
Esto le conté a tu hermano;  
que, por no ser caso honesto,  
a encubrillo estoy dispuesto  
por no parecer villano.  
Y él es tan buen caballero  
que a su casa me ha traído,  
porque prestarme ha ofrecido,  
para el camino, dinero.  
Yo, del suceso ignorante,  
me vine con él aquí,  
por que como de él a mí  
me mandéis de aquí adelante.

CLAVELA. Ya, señor, os he entendido  
que decís que os han burlado.  
Aquí seréis regalado  
y de esta casa servido;  
que lo que gusta mi hermano  
es sola mi voluntad.

FELICIANO. Según esto, en la ciudad  
puedo andar de paso llano

(1) Así en el original. Quizá deba leerse "porque en aqueste lugar".

por no malograr el fruto  
de la merced de esta casa.

CLAVELA. ¿Has caído en lo que pasa?

(Sale DORISTA.)

DORISTA. ¡Oh, como español, astuto!

CLAVELA. ¿Cómo os llamáis?

FELICIANO. Feliciano.

¿Y vos?

CLAVELA. Clavela es mi nombre.

FELICIANO. Bésoos los pies.

TRISTÁN. (Mata el hombre.

Por mi fe que el cuento es vano.)

FELICIANO. Señores, aquí en León

mucho se debe de usar

a las mujeres llamar

Clavelas.

TEODORO. ¿Por qué razón?

FELICIANO. Aqueste nombre tenía  
aquella que me engañó.

TEODORO. ¿Y Dorista se llamó  
la dueña?

FELICIANO. Así se decía.

OCTAVIO. (Sin duda le han engañado  
y ofendiendo su opinión,  
hicieron esta invención  
con el nombre disfrazado. (1)

TEODORO. ¿Quién duda? Porque una dama  
cual mi hermana no podía  
hacer tal bellaquería.

OCTAVIO. ¡Que pude ofender su fama!  
Al Cielo perdón le pido.

TEODORO. Aún no estoy asegurado.)  
La dama que te ha engañado  
¿vive en lugar conocido?

FELICIANO. Vamos, y os la enseñaré. (2)

OCTAVIO. (Sin duda dice verdad.)

TEODORO. Vamos a ver la ciudad;  
luego, hermana, volveré.

CLAVELA. Id, mi señor, en buen hora.

FELICIANO. Clavela, quedá con Dios;  
que por lo que toca a vos  
no digo nada, señora,  
que bien negocia Tristán.

TRISTÁN. ¿Quién dices que es la mujer?

FELICIANO. ¡Ay, mi bien!

TRISTÁN. ¿Eso has de hacer?  
Camina, que te verán.)

(Vanse, y quedan las dos solas.)

CLAVELA. ¡Notable suceso!

DORISTA. ¡Grave!

CLAVELA. ¡Ah, Feliciano discreto!

DORISTA. Ya yo le quiero.

CLAVELA. En efeto,  
es español.

DORISTA. Mucho sabe.

Bien ha remediado el caso.

CLAVELA. ¿Quién a contárselo vino?

DORISTA. Es muy propio del camino  
cuando se encuentran acaso.  
Y este volver de tu hermano  
y el que ha de ser tu marido,  
por certificarse ha sido,  
y que lo procura es llano.  
Y plegue a Dios que no vayan  
a que enseñen la mujer.

CLAVELA. Dorista, ¿qué puedo hacer?,  
que mil cosas me desmayan.

DORISTA. Dalle aviso en un papel  
del peligro y del remedio.

CLAVELA. De tanta desdicha en medio,  
¿qué remedio he de poner?  
Pero, con todo, confío  
que el juicio de este español,  
claro y sutil como el sol,  
será su remedio y mío.

(Entran FILIBERTO y LEONARDO.)

FILIBERTO. En ausencia de su hermano  
pienso aliviar mi tormento,  
ya di mi esperanza al viento  
y mi pensamiento vano.  
En efeto, fué a París.

CLAVELA. ¿Quién sube, Dorista?

FILIBERTO. Amigos.

DORISTA. ¿Cómo así?

FILIBERTO. Los dos testigos.

CLAVELA. Pues ahora ¿a qué venís?

FILIBERTO. A ver si hay en qué servir  
sobre el negocio pasado.

DORISTA. ¿Fué negocio tan cerrado  
que le queremos abrir?

FILIBERTO. Clavela, en quien satisfizo  
su poder Naturaleza,  
que lo que es mortal belleza  
de cuatro elementos hizo;  
y así mi disculpa alcanza  
tu perdón, Clavela hermosa,  
pues es cosa en ti forzosa,  
siendo viento, hacer mudanza.

(1) En el texto, "disforzado".

(2) En el texto original, "engañara", por errata.

Notable mudanza has hecho  
dentro de un hora conmigo:  
ya fui esposo, ya testigo  
del que ya vive en tu pecho.  
Ya que matarme querías,  
¿por qué ha sido de una vez?  
que el más tirano jüez  
da término de tres días.

CLAVELA. Si en presencia de Teodoro  
y de mi marido Octavio  
te atreves hacerme agravio  
contra mi honor y decoro,  
a Leonardo contra ti  
me quejo de este mal trato.

LEONARDO. Adoro tu pecho ingrato;  
pero ¿qué quieres de mí?  
¿Quieres que vuelva la espada  
contra un hombre que aborreces?

CLAVELA. No quiero la que me ofreces,  
que otra espero tan honrada.

LEONARDO. Aquí está Teodoro.

FILIBERTO. ¿Aquí?

CLAVELA. Y que el camino dejó.

FILIBERTO. ¿A qué efeto se volvió?  
La causa, Clavela, di.

CLAVELA. (De éstos quiero aprovecharme,  
Dorista, por cuya mano  
se librará Feliciano.)

FILIBERTO. ¿A qué ha venido?

CLAVELA. A llevarme.

LEONARDO. ¿Cómo!, ¿a París?

CLAVELA. Eso intenta  
Teodoro por dar contento  
a Otavio.

FILIBERTO. ¿Y el casamiento?  
¿Estás, Clavela, contenta  
perdiendo tu patria así?

CLAVELA. (Oye aparte un gran secreto.  
¿Prometes callar?)

FILIBERTO. Prometo,  
a fe de hidalgo.

CLAVELA. Oye.

FILIBERTO. Di.

CLAVELA. Yo caso contra mi gusto,  
y, sintiendo aqueste agravio,  
quiero hacer matar a Otavio,  
o sea justo o injusto.

FILIBERTO. ¿Cómo lo podrás hacer?

CLAVELA. Tengo a un español hablado  
para aquesto concertado,  
y aun pagado podría ser.  
Ve y hazle dar un caballo  
para que luego se huya.

FILIBERTO. Confiado en la fe tuya  
iré yo propio a buscarlo.)

(Vase.)

LEONARDO. ¿Fuése Filiberto?

CLAVELA. Fuése.

LEONARDO. ¿Pues sin hablar?

CLAVELA. ¡Ah, Leonardo,  
de ti mi remedio aguardo!

LEONARDO. ¡Ay, quién servirme pudiese!

CLAVELA. A Otavio me va a matar.

LEONARDO. ¿Por qué?

CLAVELA. De invidia.

LEONARDO. ¿Qué haré?

CLAVELA. Avisarle.

LEONARDO. ¿Si podré,  
Clavela, a Teodoro hablar?  
¿No van juntos?

CLAVELA. Juntos van,  
y un español va con ellos.

LEONARDO. Pues ¿cómo podrá ofendellos?

CLAVELA. Muy bien, si al descuido están  
y lleva gente consigo;  
mas si le avisas yo creo  
que engendrará su deseo  
de matar a su enemigo.  
Mejor es no hablar con él,  
sino dalle [a] aquel soldado,  
Leonardo, un papel cerrado.

LEONARDO. Pues alto, escribe un papel.

CLAVELA. Yo voy; aguardame aquí.

LEONARDO. Pues en toda la ciudad  
le buscaré.

CLAVELA. Voluntad  
me debes.

(Vase CLAVELA.)

LEONARDO. Tú el alma a mí.—  
No lo acierta Filiberto,  
Dorista, en matar a Otavio.

DORISTA. ¿Cómo matar? ¿Por qué agravio?

LEONARDO. De invidia de aquel concierto.

DORISTA. ¿Hase visto tal maldad?

LEONARDO. Y yo pienso, hasta hallalle,  
no dejar, para buscallo,  
calle en toda la ciudad.  
Mas di: ¿quién es el soldado  
que dice que va con él,  
a quien daré este papel?

DORISTA. (Sin duda que le ha engañado; (Ap.)  
que todo aquesto es a efeto  
de avisar a Feliciano.)  
Es el que va con su hermano.



LEONARDO. ¿Ese, pues?

DORISTA. (Medio discreto.)

Es un español gallardo,  
que es huésped de mi señor.

LEONARDO. Debe de tener valor.

DORISTA. Valor y talle, Leonardo.

(Sale CLAVELA con la carta.)

CLAVELA. Como carta la he cerrado.  
Decid que de Madrid es,  
que el ordinario francés  
en este punto ha llegado,  
y decid que sois amigo  
de su padre, y que en la vuestra  
os le encomienda.

DORISTA. (1) (¡Y qué diestra  
invención!)

LEONARDO. Esto y más digo.

CLAVELA. Parte.

LEONARDO. No seas escasa  
ni me hagas más desprecios.

(Vase.)

CLAVELA. Bien engañé a los dos necios.  
Ven, y sabrás lo que pasa.

(Vanse. Entran TEODORO y OCTAVIO.)

TEODORO. Mucho siento haber sacado  
del cambio aqueste dinero.

OCTAVIO. Eso y más pagaros quiero  
por quedar asegurado.

¿Dístele los mil escudos?

TEODORO. Con su firma se los di.

OCTAVIO. ¿Y él que te ha de dar a ti?  
Que andamos necios y mudos.

TEODORO. Daráme otras tantas higas  
cuando se vuelva a su tierra.

OCTAVIO. Tal vez por honor se yerra.  
¿Con sola firma le obligas?

TEODORO. Haremos una escritura  
esta noche tras la cena.

OCTAVIO. Cualquiera pérdida es buena  
donde hacienda se aventura.  
Librete Dios del honor  
que no se puede cobrar.

TEODORO. Valió quererlo enmendar  
mil escudos.

OCTAVIO. ¿No es error?

TEODORO. ¡Por qué camino ha sacado  
el español su dinero!  
Cosa que yo, majadero,

lo haya lastado y pagado.

¡Que de ejemplo y experiencia  
bien pudiera yo sacar  
que aquéste me quiere dar  
sobre cuernos penitencia!

OCTAVIO. Callad, que es necio temor,  
y me toca ese desprecio.

TEODORO. Ya yo veo que soy necio;  
pero es discreto el honor.  
Hasta el postrer desengaño  
no he de salir de esta duda.

(Entran FELICIANO y TRISTÁN.)

FELICIANO. (Todo el color se me muda.  
Cuanto tratan es mi daño.  
¿Qué haré, Tristán?

TRISTÁN. Solicita,  
señor, el postrer remedio,  
porque te tienen en medio  
la cruz y el agua bendita.  
Este es extraño país.  
Si no huyes, ten por cierto  
que no escapas de ser muerto.)

FELICIANO. Pues, señores, ¿qué decis?

TEODORO. ¡Oh, español! Hablando estamos  
de esta tu ingrata mujer,  
que la deseamos ver,  
y vengarte deseamos.

FELICIANO. Aunque es bajeza en un noble,  
hoy os la pienso mostrar  
sólo porque quiso usar  
conmigo aquel trato doble.

OCTAVIO. (Sin duda dice verdad.  
¿Qué temes?

TEODORO. Cuando le escucho,  
Octavio, consuelo mucho  
mi miedo y dificultad.)  
Poco a poco hemos llegado  
hacia la puerta de Elisa.

OCTAVIO. Sin duda tu amor la avisa.

(Sale ELISA, dama francesa.)

ELISA. ¿Tan presto la vuelta has dado?  
¿Qué es esto, Teodoro mío?

TEODORO. Que bien tus brazos merezco  
por el alma que te ofrezco  
y entre suspiros te envío.

ELISA. ¿Cómo has vuelto?

TEODORO. Sólo a ver  
esos ojos, cuya ausencia  
así tratan mi paciencia,  
que me fué fuerza volver.

(1) El original dice "Leo", por errata.

ELISA. En obligación te estoy.  
¿Quién son los que están contigo?

TEODORO. Mi cuñado y un amigo.

ELISA. Mi señor, muy vuestra soy.  
Tenedme en ese lugar,  
porque Clavela es en quien  
tengo lo más de mi bien.

OCTAVIO. A los dos podéis mandar.

TEODORO. Pues, Feliciano, ¿es hermosa  
esa dama? ¿Qué la miras?  
¿Qué te suspendes y admiras?  
¿No es toda maravillosa?  
¿No te da el verla contento?

FELICIANO. ¿Qué contento he de tener  
si es aquesta la mujer  
con quien me pasó este cuento?

TEODORO. ¿Qué? ¿Qué?

FELICIANO. La verdad te digo.

TEODORO. ¿Conócesla bien?

FELICIANO. Pues ¿no?  
Quemada la vea yo.

TEODORO. ¿Que es ella?

FELICIANO. Sí.

TEODORO. (Octavio amigo.)

OCTAVIO. ¿Qué quieres?

TEODORO. Peor está  
este negocio.

OCTAVIO. ¿En qué modo?

TEODORO. Llévalo el diablo todo,  
y nunca volviera aquí. (1)  
Toda mi vida lo oí  
que procurar desengaño  
siempre resulta en más daño.

OCTAVIO. ¿Pues dice que es ésa?

TEODORO. Sí.  
¡Pluguiera a Dios que ya fuera  
mi hermana!

OCTAVIO. No plegue a Dios,  
que mejor os está a vos  
llevar esa delantera.

TEODORO. ¿Por qué?

OCTAVIO. Porque no es mujer  
tu hermana para galán.  
Una puerta abierto os han  
que no tenéis que romper.  
Desapasionaos un poco.

TEODORO. ¿Que aquí cayó? ¡Suerte fiera!  
¡Ojalá mi hermana fuera!

OCTAVIO. Calla, Teodoro, ¿estás loco?

TEODORO. ¿Con matar este villano

no quedaba mi honor vivo  
del agravio que recibo?  
¿Cómo habrá remedio humano?)

TRISTÁN. (Peor el negocio está.  
Tú te has echado a perder.

FELICIANO. Luego ¿es ésta su mujer?

TRISTÁN. Las muestras lo dicen ya.

FELICIANO. Señores, ¿quién me ha metido  
en tan diabólico enredo,  
que ni remediallo puedo  
ni deshacer lo que ha sido?  
¿Cómo le diré que no?

TRISTÁN. Eso no tiene remedio.

FELICIANO. ¿Quién me sacará de en medio  
de estos dos?

TRISTÁN. El Cielo y yo.  
Bueno fuera haber callado  
y no tener que llorar,  
que el ganso, por el graznar,  
muere a manos del soldado.)

ELISA. ¿Por qué no me habláis, Teodoro?

TEODORO. ¿Conoces a este español?

ELISA. ¡Qué buen talle!

TEODORO. (No es el sol  
más claro. Mi afrenta lloro.)

ELISA. Por cierto que su presencia  
merece cualquier favor.  
Mandalde que entre, señor,  
y daréisme a mí licencia  
para hacerle algún regalo,  
pues vos le hacéis amistad.

TEODORO. (Cuanto ha contado es verdad.  
Al mismo Anteón me igualo.  
Octavio, ¿qué aguardo aquí?)

ELISA. Seáis, señor, bien venido.

TEODORO. ¿Ves que no le ha respondido  
con el enojo?

OCTAVIO. Es así.)

ELISA. No me debe de entender.

FELICIANO. ¡Ah, ingrata! ¿Así me has tratado  
y llámame bien llegado?

ELISA. ¿Qué dices?

FELICIANO. Al fin, mujer.

TEODORO. (¿Qué más claro es el deseo?  
Mira el enojo que muestra.)

ELISA. (No entiende la lengua nuestra.)

FELICIANO. (¿Qué me dices?

TRISTÁN. Ya lo veo.)  
(¡Lindamente los engaña!)

(Entra LEONARDO con la carta.)

LEONARDO. (Hablarle será mejor.)

(1) En el original, "acá".

¿Sois vos acaso, señor,  
un gentilhombre de España  
cuyo padre está en su corte?

FELICIANO. Yo soy.

LEONARDO. Pues hame encargado,  
en un pliego que me ha dado,  
que mire lo que os importe  
y que aquesta carta os dé.  
Si quisiéredes dinero  
o otra cosa, caballero,  
hablad y serviros he.

FELICIANO. (Carta de Madrid, Tristán.

TRISTÁN. Déjame besar el sello.

FELICIANO. Confuso he quedado en vello.  
Tristes sospechas me dan.  
Letra española imitada  
y medio francesa es.

TRISTÁN. Lee, español o francés.

FELICIANO. Clavela firma. No es nada.

TRISTÁN. Antes sí, que es el aviso.  
Lee y disimula bien.

FELICIANO. Bien dices; oye también.

(*Los dos aparte a leer la carta.*)

“Sal de León de improviso  
que te va en ello la vida,  
que Teodoro y mi marido  
son a quien has referido  
tu amor y mi honra perdida.  
De la ciudad en la puerta  
un caballo a punto tienes.  
Vivirás si luego vienes,  
y si no, mi honra es muerta.”  
¿Que ésta me salva la vida?  
Sin duda me tiene amor.

TRISTÁN. Vámonos de aquí, señor.)

FELICIANO. La carta tengo entendida,  
y con vos me quiero ir  
a saber vuestra posada.

LEONARDO. Será merced extremada.

FELICIANO. Soy quien os ha de servir.—  
Monsiur, con vuestra licencia  
voy con este caballero.

TEODORO. A cenar, señor, espero.

FELICIANO. Yo vendré.

LEONARDO. Vamos.

FELICIANO. Paciencia.

(*Vanse LEONARDO y FELICIANO y TRISTÁN.*)

TEODORO. No puedo tomar venganza.

OCTAVIO. Habla a Elisa.

TEODORO. Ingrata fiera,  
¿quién si no tú hacer pudiera

tal bajeza y tal mudanza  
la noche que me partí?  
¿Por mil escudos hiciste  
tal bajeza...

ELISA. ¿Qué dijiste?

TEODORO. Con el que se va de aquí?

ELISA. ¿Qué es esto?

TEODORO. ¿Con un soldado?  
¿Con un español?

OCTAVIO. ¡Ah, Cielos!

ELISA. (Sin duda le engañan celos  
del español alabado.)

¿Es porque alabé su talle?

TEODORO. Más; porque, al fin, te gozó.

ELISA. ¿Aquí, agora?

TEODORO. Agora no.

ELISA. Pues ¿cuándo yo pude hablalle?  
¿Vile otra vez en mi vida?

TEODORO. Niega, que te está muy bien.

¡Ah, mala lanzada den

a mujer tan fementida!

¿Y es lo bueno fingir vos  
ser mi hermana?

OCTAVIO. Di, tirana,  
¿a mi mujer?

TEODORO. ¿A mi hermana?

ELISA. (Borrachos están los dos.)

TEODORO. Si mil escudos querías,  
¿no te los diera yo a ti?

ELISA. ¿Qué escudos, triste de mí?

TEODORO. ¿Que ser mi mujer fingías?

¡Vive Dios que a estar casado  
mil puñaladas te diera!

ELISA. (Este negocio es tronera.  
Voime, que algo les han dado.  
No fué sin causa el volver.)  
Adiós, Teodoro y Octavio.

(*Vase.*)

TEODORO. No satisfago mi agravio  
porque, al fin, eres mujer;  
mas no esperes que en tu vida  
me volverás a ver más,  
y en el español verás

que vengo mi honra perdida.

OCTAVIO. ¡Qué mejor ha sido así!

TEODORO. ¿Mejor? Mas él morirá.

OCTAVIO. ¿El en qué culpado está?

TEODORO. Tu yerro venciste aquí.

OCTAVIO. ¿Cuándo el oro no venció?

TEODORO. Vencerá la misma muerte.

Eso llamaremos suerte,  
que el oro no oyó ni vió.

OCTAVIO. Vamos, y en la calle calla,  
que es mejor fingirnos mudos.  
TEODORO. ¿Qué no podrán mil escudos?  
Casi estoy por perdonalla.

(*Vanse, y sale FELICIANO.*)

FELICIANO.

Despédime del hombre a toda prisa,  
y con mayor de la ciudad saliendo,  
a Tristán he enviado por el campo  
por ver si del caballo encuentra señas.  
Con él y mil escudos, ¡Cielo santo!,  
daré conmigo en los helados Alpes  
por ver si entre su hielo el fuego mío  
puede hallar la templanza que deseo.  
¡Oh! Necio el hombre que por tierra extraña  
pone los ojos en mujer ninguna,  
que si cuesta la vida en tierra propia,  
donde es todo enemigos, ¿qué se espera?

(*Entra TRISTÁN.*)

TRISTÁN.

Basta, señor, que la verdad ha dicho.  
Un gallardo caballo relinchando,  
que parece que llama tu descuido,  
está en lo alto de esa excelsa cuesta.  
Tiénele de la rienda un lacayuelo  
de estos que a veces llevan los soldados  
de Francia, Italia o Flandes a la corte,  
con muchas cintas de colores varias,  
y un mozo está con él, aunque más lejos.

FELICIANO.

Llámale, por tu vida, y tenga el mozo  
el caballo entre tanto que me calzo.

TRISTÁN.

Ya viene, porque debe de ser tarde.

(*Entre CLAVELA, de lacayuelo muy galán, con capote y cintas.*)

CLAVELA. ¿Ah, señor, no nos iremos?

FELICIANO. Ya me calzo, buen francés.—  
Cielos, ¿Clavela no es?

CLAVELA. Detente, no hagas extremos.  
Yo soy, a quien tanto debes.  
Contigo me has de llevar  
o aquí me verás matar.

(*Echa mano a la daga.*)

FELICIANO. ¿Qué me dices?

TRISTÁN. Que la lleves.

FELICIANO. Envaina la daga y ven.—

Y tú a las ancas la pon.  
¿Podrás seguir el frisón?

TRISTÁN. Podré hasta Jerusalén.

FELICIANO. Mi alma se maravilla  
de tu ánimo.

CLAVELA. Español,  
tú eres mi luz.

FELICIANO. Tú mi sol.

TRISTÁN. ¡Qué graciosa francesilla!

## ACTO TERCERO

DE *La Francesilla.*

(*Salen ALBERTO, padre de FELICIANO, y LISENO.*)

ALBERTO. ¿Eso, en efeto, te escriben  
Alférez y Capitán?

LISENO. Aquestas nuevas me dan.  
No sé si mueren o viven.

ALBERTO. Mi hijo es muerto, sospecho.  
¿Vióse desventura igual?

¡Ah, cólera paternal  
y cuánto daño me has hecho!

¿Qué animal criado hubiera  
que así apartara de mí?

¿Qué fiera tratara así  
sangre que su sangre fuera?

Cuéntase del pez polipo  
que ninguna sangre tiene.

Ese nombre me conviene;  
de ninguna participo.

Su padre sin sangre soy,  
aunque agora bien lo siento

en el tierno movimiento  
que en la que me falta doy.

Si acaso no fué por tierra  
a Francia, ¿cómo podía?

LISENO. Si le han cautivado, iría  
a parar a Ingalaterra.

ALBERTO. Si se embarcó en Vinarrós  
de duda es bien que me saques,  
que, por dicha, en los Alfaques  
fué cautivo.

LISENO. ¡Bien, por Dios!  
Júzgale agora cautivo.

ALBERTO. Pues ha un año que partió  
y nunca más escribió,  
está cautivo o no es vivo.

Ya, si cautivo estuviera  
entre bárbaros contrarios,  
con los Padres Mercenarios,  
Liseno, escrito me hubiera.



Sin duda que muerto ha sido,  
sino que quieres decir  
que me pueda persuadir  
que está en Madrid escondido  
gastando los mil escudos.

LISENO. ¡Pluguiera a Dios que eso fuera!

ALBERTO. Pero ¿qué amigos tuviera  
que pudieran ser tan mudos?  
¡No me escribir en un año!  
¡Paciencia! ¡Mi hijo es muerto!

LISENO. Tu pensamiento es incierto.  
Por cierto, que estás extraño.  
No tengas desconfianza,  
que ha de venir presto aquí.

ALBERTO. Eso, Liseno, eso sí  
me puede dar esperanza;  
con eso es bien que me aplaques.

(Entra JUANA.)

JUANA. Un peregrino francés  
te pide que algo le des  
por el amor de San Jaques. [to;

ALBERTO. ¿Francés? Pues di que entre al pun-  
que aunque es pensamiento vano,  
pienso que de Feliciano  
sabré si es vivo o difunto.

JUANA. Hermanos, entren.

(Salgan OCTAVIO y TEODORO.)

TEODORO. El Cielo,  
señor, os prospere y guarde.

ALBERTO. (Ya la sangre en llamas arde  
que fué primero de hielo.)

TEODORO. Después de largos caminos  
de tierra y mar, fiero estrago,  
vamos los dos a Santiago,  
noble señor, peregrinos.  
Marsella, Roma, Loreto,  
Pie de Gruta, Gaeta y otros  
lugares santos nosotros  
visitamos, en efeto.

Pero aquesta devoción  
de los franceses es ya,  
desde Carlomagno acá,  
la más devota estación,  
que él allanó los caminos  
de moros y salteadores.

ALBERTO. (En Francia muchos señores,  
Liseno, van peregrinos.  
Sin falta que éstos lo son.

LISENO. El talle es de noble gente.)

ALBERTO. Holgado me he extrañamente

de que en aquesta ocasión  
a mi casa hayáis venido,  
y os suplico la aceptéis,  
que en ella descansaréis  
del trabajo referido;  
que lo que veo en los dos,  
y el ser la nación amiga,  
a ofrecéroslo me obliga.

OCTAVIO. Mi señor, págueoslo Dios;  
que, en fin, aunque sólo un día  
nos podamos detener,  
queremos la corte ver,  
su grandeza y gallardía.

ALBERTO. Más quiero que os detengáis,  
si mi servicio os agrada.

TEODORO. En merced tan extremada  
de vuestro valor usáis.  
Un Abraham parecéis,  
que a los caminos salía  
y los huéspedes traía,  
como agora vos lo hacéis.

ALBERTO. Si el ángel es, bien se muestra,  
que indicios de reyes dáis,  
porque no diferenciáis  
de su grandeza la vuestra;  
y así, muy contento estoy,  
porque nunca España cesa  
de amar la nación francesa.  
¿De dónde sois?

TEODORO. De vos soy;  
que el serlo es tanta ganancia,  
que otro príncipe no quiero;  
mas cuanto a ser caballero,  
soy, señor, de León de Francia,  
y este hidalgo, de París.  
El peregrinar fué voto  
que hicimos, el mástil roto  
el galeón *San Dionís*  
en el golfo de las Yeguas;  
y digo, en una palabra,  
que hasta llegar a una zabra  
nadamos cuarenta leguas.

ALBERTO. Tales huéspedes podrán  
honrar mi casa algún mes,  
porque con esto después  
más descansados irán.  
Y entre las muchas razones  
de haceros esta acogida,  
es una traer perdida  
mi vida en varias naciones,  
por que lo que hago aquí  
con mi hijo allá se haga.

TEODORO. Será, señor, justa paga.  
¿Hijo ausente tenéis?

ALBERTO. Sí,  
y aun en Francia, si está vivo,  
que es adonde yo le envié;  
pero ya ha un año que fué,  
o es muerto o será cautivo.

TEODORO. ¿Iba otro alguno con él?

ALBERTO. Un criado de esta tierra.

TEODORO. Y ¿dónde iban?

ALBERTO. A la guerra,  
y nunca más supe de él;  
que, por dicha, por roballe  
mil escudos que le di  
cuando le aparté de mí,  
alguien debió de matarle.

TEODORO. ¿Llamábase Feliciano  
y su criado Tristán?

ALBERTO. Cielos, sospechas me dan  
que está mi bien salvo y sano.  
Sin falta le han conocido.

TEODORO. Habrá un año que a León  
llegó de aquesta nación  
un soldado bien vestido  
y de buen talle y presencia...

ALBERTO. ¿Con este nombre y criado?

TEODORO. Y en mi casa fué hospedado.  
Porque es de mi padre herencia  
que por gentileza sola  
esto mismo hacer solía,  
y porque afición tenía  
a la nación española.  
Y los escudos perdidos  
al juego, otros mil le di,  
que enviarme juró allí,  
o a Bizanzón remitidos;  
y si vuestro hijo es  
esta firma os lo dirá.

ALBERTO. Mostrad. Mas ¿qué dudo ya?  
Yo os creo, señor francés.—  
¡Ah, firma de aquella mano,  
mil besos os quiero dar!

TEODORO. (¡Que viniésemos a hallar  
al padre de Feliciano!  
¡Viven los Cielos, Octavio,  
que a España no ha vuelto más!

OCTAVIO. Aun creo que aquí podrás  
vengar parte de tu agravio,  
puesto que es venganza impropia  
siendo tal la cortesía.)

ALBERTO. Señor, esta firma es mía  
y esta letra mi alma propia.

La mano que aquesto pinta  
es la que en mí conocéis,  
y estas letras que aquí veis  
mi sangre son, que no tinta.  
Mil escudos os daré  
muerto o vivo Feliciano,  
que él lo escribió con su mano  
y aquesta la estampa fué.  
No en balde yo os hospedaba,  
pues lo mismo habíades hecho  
con el alma de mi pecho,  
que esta deuda imaginaba.  
Mil abrazos quiero daros.

(Entren LEONIDA y JUANA, criada.)

LEONIDA. Nuevas, Juana, de mi hermano.—  
Señor, ¿qué hay de Feliciano?

ALBERTO. Bien podéis, hija, alegraros.  
Ved su firma.

LEONIDA. ¿Qué recelo?

ALBERTO. Abrazad a estos señores,  
que son los exploradores  
de esta promisión del Cielo.

LEONIDA. ¿Cuánto ha que a mi hermano vis-

TEODORO. Luego que de aquí partió; [tes?  
que no os traigo nuevas yo.

LEONIDA. Pues ¿cómo a casa venistes?

TEODORO. Ibamos en romería  
y acaso entramos aquí.

ALBERTO. Desde que mi bien perdí  
no he tenido tan buen día.  
Liseno, estoy como loco.

LISENO. Con mucha razón, por cierto.

ALBERTO. Ya no creo que haya muerto  
ni que esté en Argel tampoco.

TEODORO. (Octavio, la vista guarda.  
¡Qué mujer hermosa y bella!

OCTAVIO. Bien puedes encarecella.

TEODORO. ¡Bella española!

OCTAVIO. ¡Gallarda!  
Si no fuera intención vana  
aquí vengara mi agravio.

TEODORO. Y yo la quisiera, Octavio,  
por el trueco de mi hermana,  
pues no fuistes su marido,  
y no habiendo posesión  
no os corre la obligación  
que a mí, que su hermano he sido.

OCTAVIO. Buena cuenta habemos dado;  
peregrinos y extranjeros.)

ALBERTO. (Sin duda son caballeros.

LISENO. El traje nos lo ha mostrado,

fuera de que su presencia,  
Alberto, lo da a entender.)

TEODORO. (Pediréla por mujer,  
Octavio, con tu licencia.

OCTAVIO. De mala gana os la doy.)

TEODORO. Señor, aquí aparte oíd.

ALBERTO. Si hay de que os sirváis, decid,  
que bien obligado estoy.

TEODORO.

El amor que he tenido a Feliciano,  
sin otra obligación y amistad mía,  
fuera de este papel, que está muy llano,  
supuesto que encubrirme pretendía  
a decir que soy noble, me ha obligado,  
y por vuestro valor y cortesía;

y pues ya mi fortuna, estrella y hado  
me trajo a vuestra casa, donde creo  
que el Cielo mis venturas ha criado,  
sabed que en mí se engendra un gran deseo  
de quedar por esclavo de esta dama,  
que lo seré si tanto bien poseo.

Y cuando aquí en España de mi fama  
no pudiera informaros, como puedo,  
del apellido que León me llama,  
traigo en el pecho, sin diez mil que heredo  
y en ricas joyas, treinta mil ducados,  
sin las raíces en que a alguno excedo.

Si estando de mis prendas informados  
mereciere esta dama por esposa,  
desde hoy los dos quedamos desposados.

No [os] parezca el pedilla nueva cosa;  
con lo que Feliciano me decía,  
pintándola discreta, honesta, hermosa,  
ausente hizo que en el alma mía  
se me representase, para amalla,  
lo que he visto en mis ojos este día.

Si esto no os agrada ni el casalla,  
los mil escudos que ese papel dice  
podéis, señor, para alfileres dalla.

ALBERTO.

Para que mi deseo solenice  
esa resolución en mi provecho,  
el ser quien sois, hidalgo, contradice  
lo que vos me decís, lo que habéis hecho  
y el amistad de Feliciano estimo,  
y os doy de hijo aqueste brazo estrecho.

Pero aunque en veros a este bien me animo,  
justo será el hacer informaciones.

TEODORO.

Mostraros quiero en esta corte un primo,

que es hombre que con solas dos razones  
creo que basta acreditarle.

ALBERTO.

En todo  
lo muestran bien el talle y las razones.

Entraos a descansar, que de otro modo  
lo podemos tratar. (Oh, buen Liseno,  
hoy mi remedio emprendo y acomodo.

LISENO.

Aunque cres cuerdo, de cualquiera es bueno  
el buen consejo. Mira lo que haces,  
que a veces el antídoto es veneno.

¿Tan presto de quien son te satisfaces?

ALBERTO.

Que yo me informaré.)—Leonida, advierte:  
bien es que de éstos el regalo traces,  
y haráslo, mi Leonida, de esta suerte,  
como si fuera para tu marido.

LEONIDA.

Haré tu gusto.

LISENO.

(Y yo seré tu muerte.)

ALBERTO.

Entrad, señor Liseno.

LISENO.

(¡Ay, triste suerte!) (1)

Entrad, que como veis voy ocupado.

(Vase.)

TEODORO.

(Muy bien se ha hecho.

OCTAVIO.

Extraño enredo ha sido.)

LISENO.

(¿Hay hombre como yo tan desdichado  
que ha un año que a pedilla por esposa  
aún no he podido estar determinado

y que venga un extraño, ¡extraña cosa!,  
que en un punto la pida, alcance y goce?  
¡Ah, bajeza de Alberto codiciosa!

Pero pues que su sangre desconoce  
y lleva tan fingido pensamiento, (2)  
para que su codicia se reboce

(1) "Suerte" no rima, como debía, con "sido".

(2) Tampoco rima "pensamientó" con "presto" y "esto".

pienso ir a la justicia y decir presto  
que espías son y que los tiene en casa  
por cien doblones que le dan por esto.  
Disculparáme Amor, si Amor me abrasa.)

(*Vase, y entra FELICIANO y TRISTÁN y CLAVELA, de lacayuelo.*)

FELICIANO. Esta, Clavela, es la puerta  
puerto de nuestras desgracias.

CLAVELA. ¿Esta, señor?

FELICIANO. Esta.—¡ Oh, gracias  
al Cielo que estás abierta!

TRISTÁN. ¡ Oh, venturosas paredes!  
Mil besos las quiero dar.

FELICIANO. Tras tantas tierras y mar  
¿ callas, Tristán? ¿ Callar puedes?

TRISTÁN. Quiero tornar a besarte  
y al Cielo mil gracias dar.  
Por acá quiero besar.  
Mal huele por esta parte.

FELICIANO. ¿ Qué es eso, Tristán?

TRISTÁN. No sé;  
olor es, y no ámbar gris.  
Besé al uso de París.  
¡ Oh, falsa paz!

FELICIANO. Guerra fué.

TRISTÁN. ¡ Oh, quicios, que tantos días  
permitistes que os untasen  
para que no rechinasen  
porque de casa salías!  
¿ Posible es, santo Madrid,  
que ya mis ojos te ven?

FELICIANO. Y nos dan el parabién  
hasta las piedras, oíd.  
¡ Oh, Prado! ¡ Oh, calle Mayor!  
¿ Que en efeto vuelvo a veros?

TRISTÁN. ¿ Qué os vuelvo a ver, taberneros?  
¿ Que ya siento vuestro olor,  
bodegones donde vía  
tierna vaca y ensalada  
que, con cebolla picada,  
verde jardín parecía?  
¡ Vive Cribas, que estoy loco  
de ver que me acerco a veros,  
brindis vestido y en cueros!

CLAVELA. Vete, Tristán, poco a poco.

FELICIANO. Di ya disparates vanos.  
Que tienes juicio dudo.

TRISTÁN. Estos quiero, éstos saludo,  
que son mis padres y hermanos.

FELICIANO. Clavela, ¿ qué te parece?  
¿ No es Madrid bello lugar?

CLAVELA. No hay más bien que desear

del que su grandeza ofrece.  
Lugar donde tú naciste,  
¿ qué me puede parecer?

FELICIANO. Aquí serás mi mujer,  
volviendo a ser lo que fuiste.  
Pero por que la alegría  
del golpe no los encuentre,  
Tristán, ¿ oyes?

TRISTÁN. ¿ Dices que entre?

Ya voy.—¡ Ay, cocina mía!  
¿ Qué hará Juana? ¿ Qué dirá?  
¿ Si se acordará de mí?  
Aquí fué Troya; aquí fuí  
aquel que vuelvo a ser ya.  
Si fregare en vos, cocina,  
al tiempo que yo llegare,  
¡ ay del plato que fregare  
aunque sea de la China!  
¡ Oh, caballeriza en quien  
cantaba almohazando el bayo!

FELICIANO. Tú harás, necio, algún ensayo.  
Ven acá.

TRISTÁN. Déjame.

FELICIANO. Ven,  
que Clavela irá mejor.—  
Dale esta carta a mi hermana.

CLAVELA. Voy.—¡ Ah, de casa!

TRISTÁN. ¡ Ah, mi Juana!  
¿ Friegas o tiénesme amor?

(*Entra JUANA.*)

JUANA. ¿ Quién llama?

CLAVELA. Di que está aquí  
un lacayuelo francés.

JUANA. ¿ Eres tú?

CLAVELA. Yo soy.

TRISTÁN. (Ella es.

¿ Llegaré?

FELICIANO. Calla.

TRISTÁN. ¡ Ay de mí!

CLAVELA. De Feliciano a Leonida  
traigo cartas.

JUANA. (Yo me rindo.  
¡ Qué francesillo tan lindo!)  
Entra, amores.

CLAVELA. Voy, mi vida.  
¿ Está obscura?

JUANA. No.

CLAVELA. ¡ Oh, mal haya!  
que te quería abrazar.

JUANA. Aquí me le puedes dar.

TRISTÁN. ¿ Besóla?

FELICIANO. Sí.



TRISTÁN. Bueno, vaya,  
la paz de Francia le dió  
pensando que era mancebo.  
Picó mi Juana (1) en el cebo.  
Lo extranjero la engañó.  
¡Ah, bellaca, vive Dios,  
que no se acuerda de mí!

FELICIANO. ¿Arminda no lo hará así?

TRISTÁN. Más la han besado de dos.

FELICIANO. ¿De dos?

TRISTÁN. Pues ¿qué te pensabas,  
que en saliendo de los muros  
hacia por ti conjuros  
y echaba suertes con habas?  
No hay mujer ausente un hombre,  
aunque sea un serafín,  
que de él se le dé un cuatrín  
ni se acuerde de su nombre.

FELICIANO. ¿A mí qué se me da de eso?  
¿No amo a Clavela yo?

TRISTÁN. ¿Y no es ella a quien besó?  
Pues ¿qué me ha pegado el beso?

(Sale CLAVELA, alterada.)

CLAVELA. Sin entendimiento salgo.

FELICIANO. ¿Cómo sin entendimiento?  
¿Qué has visto?

CLAVELA. Mi perdimiento  
y el mayor mal.

FELICIANO. Dinos algo.  
¿Es muerto mi padre?

CLAVELA. No.

FELICIANO. ¿Mi hermana?

CLAVELA. Tampoco.

FELICIANO. Pues  
¿qué puede ser? Di lo que es.

CLAVELA. No sé qué diga.

FELICIANO. Ni yo.

TRISTÁN. Sin duda que el diablo fué,  
que ella viene endemoniada.

FELICIANO. Habla, pues, Clavela amada.

CLAVELA. ¡Ay, mi bien!, ¿cómo podré?

TRISTÁN. ¿Si le ha dado mal de madre?

FELICIANO. Tristes sospechas me dan.

CLAVELA. Octavio y Teodoro están...

FELICIANO. ¿Qué?

CLAVELA. Cenando con tu padre.

FELICIANO. ¿Octavio y Teodoro?

CLAVELA. Sí;  
mi hermano y el que quería  
ser mi esposo.

FELICIANO. Esposa mía,  
¿qué me dices? Vuelve en ti.  
Los ojos te han engañado.

CLAVELA. Vestidos de peregrinos  
los he visto.

FELICIANO. ¡Desatinos!

CLAVELA. Yo los he visto y hablado,  
y me hablaron en francés  
y en francés les respondí.

FELICIANO. ¿Conociéronte?

CLAVELA. No y sí;  
ellos lo dirán después.

FELICIANO. ¿Hay más mal que desear,  
que en mi casa, aunque sin daño,  
venga yo al cabo de un año  
y no puedo en ella entrar?

CLAVELA. Mira que saldrán tras ti  
y has de verlos y han de verte.  
Sin duda es cierta mi muerte.

FELICIANO. Segura estarás aquí.

CLAVELA. Pregunté a Julia quién eran,  
y dijo que se casaba  
con tu hermana el que me hablaba.

FELICIANO. Ojalá que ellos quisieran.—  
Tristán, ¿me irá o entraré?

TRISTÁN. Entra en tu casa, señor.

FELICIANO. Alto, yo pierdo el temor.  
Ya en el umbral pongo el pie.  
Tú disimula, y veamos  
quién los ha traído aquí.

CLAVELA. Y yo ¿entraré?

FELICIANO. Ven tras mí.

TRISTÁN. ¿De qué tienes miedo? Vamos.

(*Entranse, y salen dos ALGUACILES y un ESCRIBANO.*)

ALGUACIL 1.º

Hanme dado este aviso en un billete,  
puesto que firma y nombre no tenía.

ESCRIBANO.

¿Y que en casa de Alberto se recogen?

ALGUACIL 2.º

Yo no creo que Alberto los conozca,  
ni aun orden traigo de prender a Alberto.

ESCRIBANO.

Y en efeto ¿creéis que son espías?

ALGUACIL 1.º

Y dicen que en el pecho del más noble  
hallaréis joyas de oro y ricas prendas  
que valen más de treinta mil ducados.

(1) En el texto, "Julia".

ESCRIBANO.

¿Pues peregrinos y tan gran tesoro?  
Eso sólo nos basta por indicio.  
O son ladrones o embozados príncipes.

ALGUACIL 1.º

Entrad y guardaremos esta puerta.

(Vase.)

ALGUACIL 2.º

Voy, que sin duda es la prisión notable.

ESCRIBANO.

Huélgome que a la mano nos viniese  
tan buena causa. ¿Sospecháis, por dicha,  
quién es el dueño de este aviso?

ALGUACIL 2.º

Bueno,  
quien esto escribe disfracó la letra.

ESCRIBANO.

Entrad, que me parece que hay ruido  
y, en fin, importará vuestra persona.

(Salen los PEREGRINOS, FELICIANO y ALBERTO.)

TEODORO.

¿Que aquestas joyas no pueden ser mías  
sabiendo Feliciano que yo puedo  
tener en Francia mucha más riqueza?

FELICIANO.

Yo, señor, le conozco, y en su casa  
he sido huésped, y es un hombre ilustre.

ALBERTO.

Y yo le fío en treinta mil ducados.

ALGUACIL 1.º

Yo no puedo exceder de aquesta orden.  
Mañana puede remediarse todo.

TEODORO.

Pues vamos, que no importa. Sólo quiero  
que entendáis que por vos, señor, me pesa,  
que tenía que hablar con vos mil cosas.

FELICIANO.

Mi padre irá mañana, iremos juntos  
adonde vuestra libertad se trate.

ALBERTO.

¡Que así la bienvenida de mi hijo  
aguase una desdicha como aquésta!

TEODORO.

No la tengáis, Alberto, por desdicha.—  
Vamos, señor.

ALGUACIL 1.º

Caminen, pues, alerta,  
y no se me descuide hasta la puerta.

(Llévanlos.)

ALBERTO. ¿Hay desdicha semejante?

¿Que, al fin, caballeros son?

FELICIANO. Son muy nobles en León,  
y de lo más importante.

ALBERTO. ¿Los mil escudos refieres  
que se los debes?

FELICIANO. ¡ También.

ALBERTO. Quiere a Leonida los den.

FELICIANO. ¿Para qué?

ALBERTO. Para alfileres,  
y aun me ha pedido a Leonida.

FELICIANO. Muy bien se la puedes dar.  
(Este se quiere vengar  
de la ofensa recibida.)

ALBERTO. ¿Quién habrá hecho este enredo?

FELICIANO. Nunca falta en Madrid quién.

ALBERTO. Dime si casarla es bien  
y darle a tu hermana puedo.

FELICIANO. Hay mucho en eso que hablar.

ALBERTO. Dilo.

FELICIANO. Sabráslo después.

(Entra CLAVELA.)

CLAVELA. ¡ Ah, nuestro amo!

ALBERTO. ¿Qué hay, francés?

CLAVELA. No me agrada este lugar.  
Si a éstos prenden por espías,  
¿mañana qué harán de mí?

ALBERTO. Buen lacayo traes aquí.  
Bien habla.

FELICIANO. Supo en dos días.

ALBERTO. A ser mujer, era hermosa.

CLAVELA. (¿Cosa que al viejo alborote?)

ALBERTO. ¿Cómo te llamas?

CLAVELA. Perote.

ALBERTO. ¿De dónde eres?

CLAVELA. De Tolosa.

ALBERTO. Y ¿qué sabes?

CLAVELA. Caminar.

ALBERTO. ¿Cómo?

CLAVELA. A caballo y a pie.

ALBERTO. ¡ Gran bellaco!

CLAVELA. Soilo a fe.

ALBERTO. Haceros quiero azotar.

CLAVELA. ¿De qué ha de ser el azote?

ALBERTO. De un vestido que os daré.

FELICIANO. Bésale los pies.

CLAVELA. Sí haré.

(A sus pies.)

ALBERTO. Alzaos del suelo, Perote.

CLAVELA. Bien estoy así.

FELICIANO. Leonida  
sale a verme.

ALBERTO. Yo me voy.—

(Sale LEONIDA.)

Pedro, vuestro amigo soy.

CLAVELA. Yo esclavo toda mi vida.

ALBERTO. Un padre tenéis en mí  
como el mismo Feliciano.

CLAVELA. Eso, señor, es muy llano,  
y que yo lo creo así.

ALBERTO. Denle de cenar muy bien.—  
Y tú, Leonida, hazle dar  
buena cama en buen lugar.

(Vase.)

LEONIDA. Y aun en mi alma también.  
(Que no sé qué gracia encierra,  
pues en tan breve distancia  
no me dió la paz de Francia,  
sino de España la guerra.  
¿Qué he de hacer, triste de mí,  
pues un muchacho rapaz  
me ha sacado de mi paz  
después que mi paz le di?)  
Pues, hermano, ¿cómo ha ido?  
Buen enojo ha sido.

FELICIANO. Extraño.

LEONIDA. No escribimos en un año  
extraño rigor ha sido.

FELICIANO. En la guerra está excusada  
la voluntad, porque, en suma,  
poco ejercita la pluma  
quien sólo atiende a la espada.

LEONIDA. Esa no es buena disculpa.

CLAVELA. Tuvimos mucho que hacer,  
y en la guerra no hay poner  
a quien se disculpa culpa.

LEONIDA. ¿Y eres tú también soldado?

CLAVELA. Porque una vez me quebré  
con mi dueño me quedé;  
pero nunca me ha soldado.

LEONIDA. Para telas y damascos  
más que para pelear  
eres tú.

CLAVELA. Bien sé llevar  
el arcabuz y los frascos.

Mucho he querido a mi amo.  
No ha habido guerra cruel  
en que yo me aparte de él.

FELICIANO. Y yo por eso te amo,  
que eres un leal francés.

LEONIDA. Mucho te quiere mi hermano.

CLAVELA. Tanto, que invierno y verano  
me acuesto siempre a sus pies.  
Pero en faltando jueces  
tan bellaco vengo a ser,  
que me suele amanecer,  
ya me entiendes, muchas veces.

LEONIDA. Cuanta merced le habrás hecho  
la tiene bien merecida.

FELICIANO. Yo te prometo, Leonida,  
que es el alma de mi pecho.

CLAVELA. Apuréme en tu crisol  
y este valor tuyo es,  
que en este cuerpo francés  
hay espíritu español.

LEONIDA. ¡Qué gracioso francesillo!

FELICIANO. Un abrazo quiero darte  
por darme en ti tanta parte.

CLAVELA. Testigos hay si es sencillo,  
y aun temo que le hay en mí,  
más que espíritu, testigo  
de que soy tu fiel amigo.

FELICIANO. ¿Sábeslo de cierto?

CLAVELA. Sí.

FELICIANO. A mi padre voy a ver.  
Tú, Leonida, haz de manera  
que conmigo duerma.

LEONIDA. Espera,  
que diferencia ha de haber.  
¿Para qué es tanta estrechura  
habiendo camas en qué?

CLAVELA. Que bien con él dormiré.  
Una para dos procura.

FELICIANO. Pedro, venme a descalzar.

CLAVELA. Señor amo, luego voy.  
(Alegre esta noche estoy.  
¡Por Dios, que os he de brindar!)  
Ven acá, ¿tienes deseo  
de casarte?

LEONIDA. Sí, contigo.

CLAVELA. ¿Conmigo? Dios me es testigo  
que soy capón.

LEONIDA. No lo creo.

CLAVELA. Algún día lo veréis.

LEONIDA. Y ¿cuándo será ese día?

CLAVELA. El que os hallaréis más fría  
que imaginaros podréis.

LEONIDA. No te finjas tan helado.

CLAVELA. Y os quiero desengañar  
que soy sirena del mar,  
de medio abajo pescado.

LEONIDA. ¿Búrlaste, por vida mía?  
No hagas donaire de mí.

(Sale JULIA.) (1)

JULIA. Mi señor te llama.

LEONIDA. ¿A mí?

JULIA. A ti, señora, decía  
mi señor y Feliciano.

LEONIDA. Voy por que no se alborote.

(Vase.)

CLAVELA. Aquí está vuestro Perote.

LEONIDA. ¡Ay, mi Pedro!

JULIA. ¿Qué hay, hermano?

¿Anda bueno con mi ama?

¿Ya se le olvida del beso?

CLAVELA. Téngole en el alma impreso.  
Tú serás, Julia, mi dama.

JULIA. Juntos hemos de dormir.

CLAVELA. Duermo yo con mi señor.

JULIA. Conmigo será mejor.

CLAVELA. ¡Oh, quién pudiera decir  
que le quiero cuanto puedo!  
Mira que me has de enseñar  
luego a tañer y cantar  
en español.

JULIA. Habla quedo.

CLAVELA. Y esto de la zarabanda,  
"que un pícaro como yo  
sin gracia nunca medró".

(Sale TRISTÁN, lacayo.)

TRISTÁN. (Bueno anda todo, bueno anda.)

JULIA. Yo te enseñaré mil cosas;  
pero en premio has de abrazarme.

CLAVELA. Que me place.

JULIA. Y has de darme  
mil paces con esas rosas.

TRISTÁN. (Buena está la borrachera.  
Perote con mi fregona.)

JULIA. Visto nos han.

TRISTÁN. Y ella, mona,  
anda buena virotera.  
Entrese allá, noramala.

CLAVELA. ¿La paz de Francia te enoja?

JULIA. ¿Han visto cómo me arroja?

(1) Es la misma que antes llamó "Juana" y vuelve luego a nombrar así.

CLAVELA. ¿Y mi amo?

TRISTÁN. Está en la sala.

CLAVELA. Adiós, Julia.

JULIA. Adiós, mi alma.

CLAVELA. ¿Pésate?

TRISTÁN. De esto no más.

¿Ya yo no sé que tú estás  
tan llano como la palma?

(Vanse, y entran LISENO y ROSARDO, galanes.)

ROSARDO.

No se sintió otra cosa.

LISENO.

¿Y es posible,

Rosardo, que ha venido Feliciano?

ROSARDO.

Digo que quien le ha visto me lo ha dicho.

LISENO.

¿Aceros ha tenido de soldado?

ROSARDO.

No ha querido más padre que la guerra  
ni más regalo, para usar las armas.

LISENO.

Dicen que viene un valeroso mozo.

ROSARDO.

Y no pobre de galas y servicios.  
Basta para un bisoño sólo un año.

LISENO.

Ser más no pudo la desdicha mía;  
que, cuando tuve a los franceses presos,  
viniese Feliciano a hacellos libres.

ROSARDO.

¿Y es, Liseno, verdad que se ha tratado  
entre ellos y ese viejo codicioso  
dalle al mayor a tu Leonida?

LISENO.

Cierto,  
que en cenando firmó las escrituras;  
y de mis vanos pensamientos locos  
y el tiempo de mi vida mal perdido.

ROSARDO.

Yo tengo por sin duda que si Alberto  
sabe vuestra intención os la daría  
mejor que al extranjero, pues sois propio  
de este lugar y de su hijo amigo,  
nacido en esta calle y en su casa.

LISENO.

Y ¿cómo podré yo intentallo?



ROSARDO.

¿Cómo?

¿Queréis que le hable yo?

LISENO.

Por eso muero.

Rosardo, si este bien de mi esperanza llegase a posesión, vuestra es mi hacienda y cuanto yo tuviere será vuestro.

ROSARDO.

El viejo está en la fábula. Déjame, que quiero dar un tiento a la fortuna.

LISENO.

Y yo morir sin esperanza alguna.

(Sale ALBERTO, viejo.)

ALBERTO.

Dile que acabe de vestirse presto para que vamos juntos a la cárcel; que aunque era justo descansar un día, con los amigos piérdese el descanso.

ROSARDO.

Goces mil años de tu noble hijo, ilustre Alberto.

ALBERTO.

Bien venido seas, que nadie como yo lo deseaba. Daros quiero mis brazos como amigos de Feliciano, y en su nombre.

LISENO.

¿Qué hace?

ALBERTO.

Cansado viene, aunque de salud bueno.

LISENO.

¿Viene muy gran soldado?

ALBERTO.

Bueno es eso.

¿En un año de ausencia gran soldado?

LISENO.

¿Cómo va de los huéspedes?

ALBERTO.

Ha sido, Liseno amigo, una desdicha extraña.

LISENO.

¿De qué manera?

ALBERTO.

Viólos la justicia y halos llevado, por espías, presos.

ROSARDO.

¿Quién te mete con hombres extranjeros? Que a veces daña tanta cortesía. Y es lo bueno que ahora, no sabiendo de su prisión la causa, te quería dar parabién de lo que muchos dicen, que será perdición tuya si entregas lo mejor de tu casa, que es tu hija.

ALBERTO.

¿No ves que ya se intenta la probanza y Feliciano dice que son nobles y los más ricos de León de Francia?

ROSARDO.

De ti me río. Un hombre de tus prendas, que puede con su igual casar su hija, ¿quiere darla a un extraño?

ALBERTO.

¿Y no es cordura siendo el extraño de valor más propio? Un diamante no nace aquí en España y por eso en España es de más precio. Al fin, todo lo que es de más estima es lo que viene de extranjeras tierras.

ROSARDO.

No me parece, Alberto, buen propósito. Tres cosas se requieren al que es noble para la calidad del casamiento: igual, del mismo pueblo y bien nacido.

ALBERTO.

¿Y esas piensas que se hallan en la calle?

ROSARDO.

Bien lo puedes decir, pues en la tuya sé yo quien te viniera más a cuento.

ALBERTO.

¿Cómo en la mía?

ROSARDO.

¿Aquí no está Liseno, noble, rico, mancebo y gentil hombre, tu igual, y tu vecino, y conocido, que por tu hijo le has tenido siempre y aun dice que de pila le sacaste?

ALBERTO.

Llámale acá.

ROSARDO.

Liseno, ya está hecho.

LISENO.

Bésoos, señor, las manos como hijo por la merced de darme a vuestra hija, que en mí no tendréis yerno, sino esclavo.

ALBERTO.

Pues ¿quién te ha dicho a ti que te la daba?

LISENO.

Rosardo dijo que esto estaba hecho.

ROSARDO.

Yo te quise decir que estaba dicho.

ALBERTO.

Pues hay del dicho al hecho muchas leguas. Tu voluntad estimo en lo que es justo; pero, en efeto, he dado mi palabra. Si de ésta escapo cumpliré la tuya.

LISENO.

De esa misma manera lo agradezco, y permitan los Cielos...

(Sale FELICIANO.)

FELICIANO.

¿Amigos dices?—

¡Oh, Liseno, Rosardo!

ROSARDO.

¡Feliciano!

Qué deseado que habéis sido.

FELICIANO.

Creo

que mi deseo mereció esa paga.

ROSARDO.

¿Cómo venís?

FELICIANO.

Con gusto y salud vengo.

LISENO.

¿No fuera bueno descansar?

FELICIANO.

Sí fuera; (1)

mas tengo unos amigos en la cárcel; y pues habéis venido a tan buen tiempo, que quede mi señor y los tres vamos, iréis oyendo parte de mi vida.

(1) En el texto, "si quisiera".

ALBERTO.

Pues, alto; por si fuere de importancia erviad un recado.

FELICIANO.

No presumo que será menester.—¿Estáis muy bucnos?

ROSARDO.

Buenos, y en veros de contento llenos.

(Vanse los tres, y queda ALBERTO solo.)

ALBERTO.

Hame contado tantas maravillas de la nobleza del francés Teodoro Feliciano, mi hijo, y han podido tanto las joyas con mis manos y ojos, que se determinó mi pensamiento de darle mi Leonida en casamiento.

(Entra JUANA, alborotada.)

JUANA. En tu busca, señor, vengo.

ALBERTO. ¿A qué efeto?

JUANA. En mi lealtad conocerás la verdad...

ALBERTO. Satisfacción, Juana, tengo.

JUANA. Aunque el decillo me aflija.

ALBERTO. No te turbes, di lo que es.

JUANA. El lacayuelo francés queda abrazando a tu hija.

ALBERTO. ¿Perote?

JUANA. El mismo.

ALBERTO. ¿Qué aguardo?

¿Con un rapaz extranjero?

¡Mataréla! Voy. ¿Qué espero?

JUANA. Esto es, sin duda.

ALBERTO. ¡Oh, bastardo!

(Vase ALBERTO.)

JUANA. Esto han podido mis celos, del alma fuego y azote. Hoy a la muerte Perote le han sentenciado los Cielos. Que aunque te hallas disculpado con escoger lo mejor, por eso pintan a Amor muchacho ciego y vendado.

(ALBERTO dice dentro:)

ALBERTO. Deténle, amigo Tristán.

JUANA. No quiero hallarme a su muerte. Voime, traidor, por no verte.

TRISTÁN. ¡Tente!

ALBERTO. Suelta, ganapán.  
(*Anda el viejo ALBERTO con una daga desnuda tras ella, y ella huye.*)

TRISTÁN. Dame, señor, muerte a mí  
y deja a Pedro, señor.

ALBERTO. ¿Vos con Leonida, traidor?  
¿A mí deshonrarme así?

TRISTÁN. Han de oírte los vecinos.

ALBERTO. Estoy loco.

TRISTÁN. ¡Ten, por Dios!

ALBERTO. ¿Queréis que os mate a los dos?

TRISTÁN. ¡Ay, muerto soy!

ALBERTO. ¡Desatinos!

¡Pluguiera a Dios que te diera!

TRISTÁN. ¿Fué más de que la abrazó?

En su tierra lo aprendió,  
que se usa de esa manera.

ALBERTO. El francés ha de morir.

TRISTÁN. ¿Está ya determinado?

ALBERTO. O a lo menos azotado.—  
Pringado a Francia habéis de ir.

CLAVELA. ¿Pringado? ¿Soy negro yo?

TRISTÁN. Pues, señor, por él me pringa,  
que aunque Perote respinga  
jamás a yegua ofendió.

CLAVELA. Señor, ¿qué quieres hacer?

Que no me castigues pido  
por cosa que no he comido  
ni menos puedo comer.  
Mira que soy caponcillo.

TRISTÁN. Sí, señor, de entrambos lados.

ALBERTO. ¿Vístelo?

TRISTÁN. Los días pasados.

ALBERTO. Aun es infamia sufrillo

o sea o no sea así.

Dame una rienda o azote.

TRISTÁN. ¡Oh, pobre de ti, Perote!

CLAVELA. ¡Ah, Tristán, pobre de mí!

TRISTÁN. (Señor, oye aparte.

ALBERTO. Acaba.

TRISTÁN. Oye.

ALBERTO. Di.

TRISTÁN. ¿Que esto ha de ser?

ALBERTO. Sí.

TRISTÁN. Pues sepa que es mujer.

ALBERTO. ¡Jesús! Ya lo imaginaba.

TRISTÁN. Mujer es, y es mía, que un día  
de Tolosa la saqué.

ALBERTO. ¡Ah, Tristán! Yo te daré  
mi hacienda si la haces mía.

TRISTÁN. Que no. Venga ya el azote;  
despiénnala y martiriza.

ALBERTO. Fuego soy, ya soy ceniza.  
Dame esos brazos, Perote.

TRISTÁN. Paso, no le digas nada.  
Finge que no la conoces  
y trataré que la goces  
esta noche.

ALBERTO. ¡Ay, prenda amada!  
¿Que gozaré sus estrellas?  
Tuya es mi hacienda, Tristán.)

TRISTÁN. (Que ya no te azotarán,  
no llores.)

ALBERTO. (¡Lágrimas bellas!

¡Por Dios, que siempre pensé  
lo que agora claro veo!

TRISTÁN. Vete, señor, porque creo  
que hablalla agora podré.)

ALBERTO. Pedro, vuestro amigo soy.  
No importa, hablada a Leonida.

CLAVELA. No pienso hablalla en mi vida,  
señor, si disgusto os doy.

ALBERTO. (¡Muerto me ha la francesilla!)

CLAVELA. ¿Cómo se hizo esta amistad?

TRISTÁN. Hele dicho la verdad.

CLAVELA. ¡Ay!

TRISTÁN. ¿Eso te maravilla?

¿Fuera mejor que lo viera  
si los calzones bajara?

CLAVELA. ¿Fué toda la verdad clara?

TRISTÁN. Que eras mía dije, espera,  
y que esta noche quería  
que tú durmieses con él.  
Pero reirémonos de él.

CLAVELA. Discreto, por vida mía.

¿Adónde está Feliciano?

TRISTÁN. A la cárcel habrá ido.

CLAVELA. ¿Ya no dice que ha tenido  
buena información mi hermano?

TRISTÁN. La prisión ha sido injusta,  
y todos vienen aquí.  
Escóndete.

CLAVELA. Harélo así.

(*Entre los tres y los dos franceses.*)

FELICIANO. Señor, si mi padre gusta,  
yo de todo soy contento,  
ya que tenéis libertad.

TEODORO. Corresponde a mi verdad  
ese hidalgo pensamiento.

LISENO. (No estoy para ver mi muerte.  
Rosardo, ¿qué aguardo aquí?

ROSARDO. Si esto se concierta así,  
mi vida se desconcierte.

LISENO. Acabe el discurso de ella.  
No viva más mi desdicha.

ROSARDO. ¿Hate de faltar, por dicha,  
otra más noble y más bella?  
Vámonos.)

LISENO. Pues que ya estáis,  
señores, libres, adiós.

ROSARDO. ¿Qué nos mandáis a los dos?

FELICIANO. Que con Dios, señores, vais,  
y esta noche nos veamos,  
que quiero ver el lugar.

ROSARDO. Pues yo os vendré a acompañar.

FELICIANO. Y yo iré a servirlos.

LISENO. Vamos.

*(Vanse los dos.)*

TEODORO. Pues solos hemos quedado,  
Feliciano, tiempo es ya  
de hablaros por lo que está  
mi honor al vuestro obligado.  
Ya sabéis que me robastes  
con Clavela aquel honor  
que, de un noble antecesor  
heredado, disfamastes.  
Octavio y yo por el mundo  
un año os hemos buscado  
y, cual veis, peregrinado  
tanta tierra y mar profundo.  
Dadme a Clavela mi hermana,  
que a Octavio no hay que le deis,  
que vos su esposo seréis  
o aquí vuestra muerte es llana.

*(Echan mano a los bordones y sacan de ellos espadas.)*

FELICIANO. Paso, que es gran sinrazón  
la que me pedís a mí,  
que ni yo a Clavela vi  
ni fuí autor de su traición.  
Que no merece la vuestra  
la hermana que os he ofrecido,  
ni el haberos pretendido  
dar la mejor prenda nuestra.

TEODORO. ¿Cómo que no la robastes?

FELICIANO. Antes estoy ofendido,  
que me trujistes vendido  
y que matarme intentastes.

TEODORO. Pues, traidor, cuando fingías  
que Elisa mi dama fué  
y a cenar te convidé,  
¿cómo a cenar no volvías?

FELICIANO. Porque entendí vuestro trato  
y era solo y extranjero.

TEODORO. ¿Tú eres noble y caballero?  
Eres villano e ingrato.  
Tú la sacaste y, cansado,  
la debiste de matar.

OCTAVIO. Gente suena. Otro lugar  
busca de hacerte vengado.  
Vamos, Teodoro.

TEODORO. ¡Ay, Octavio,  
no te asegure el ser corte,  
porque no hay donde no corte  
la espada con el agravio!  
Tiraréle un arcabuz  
en medio de aquella calle.

FELICIANO. Y yo, después de tiralle,  
ésta o otra hasta la cruz.

TEODORO. Mira que me has engañado,  
español bravo, insolente,  
y no hay cosa que no intente  
un hombre determinado.

*(Vanse los dos PEREGRINOS; sale TRISTÁN.)*

FELICIANO. Suspenso he quedado y mudo.  
Tristán, ¿qué digo?

TRISTÁN. ¿Qué quieres?

FELICIANO. ¡Ay de mí!

TRISTÁN. ¿Qué hay?

FELICIANO. No te alteres.  
¿Que esto sucederme pudo?

TRISTÁN. ¿Qué fué?

FELICIANO. Que Octavio y Teodoro  
quisieron matarme aquí.

TRISTÁN. Pues ¿están ya libres?

FELICIANO. Sí,  
Mas pues a Clavela adoro,  
quiero casarme con ella.

TRISTÁN. No te arrepientas después.

FELICIANO. Si la adoro, y mi bien es,  
¿puedo dejar de querella?

TRISTÁN. Podrás con la posesión  
cuando la veas tu esposa;  
aunque, por Dios, que es forzosa  
y justa la obligación.  
¿No has oído el refrancete  
del sacristán de San Pablo  
que de tratar el retablo  
no le quitaba el bonete?

FELICIANO. Clavela me ha de obligar  
siempre por más que la trate.  
Su obligación me combate.  
Con ella me he de casar.

TRISTÁN. Basta. ¿Llamaréla?



FELICIANO. No;  
di que mude de vestido.

TRISTÁN. Voy.

FELICIANO. Presto.

(Vase TRISTÁN. Salen ALBERTO y los PEREGRINOS hablando.)

ALBERTO. Pues si eso ha sido  
podré remediallo yo.  
No os desesperéis así.—  
¿Qué es esto, vil Feliciano?

(V'ale a dar.)

TEODORO. No pongáis en él la mano.

FELICIANO. ¡ Señor!

ALBERTO. Mataréte aquí.—  
¿Qué es de Clavela, una hermana  
de este noble caballero?

FELICIANO. ¡ Señor!

ALBERTO. No te turbes.

FELICIANO. Quiero  
saber a lo que se allana  
primero que se la dé.

TEODORO. Como tú a ser su marido  
ninguna cosa te pido.

OCTAVIO. Ni yo, como viva esté.

FELICIANO. Ella, señor, está viva,  
y en tu casa. Entrá por ella.

TEODORO. Venga Leonida con ella  
y de ti merced reciba  
que por mujer me la des.

ALBERTO. Hoy es de mi gloria el día.

(V'a por ella ALBERTO.)

TEODORO. ¿Qué es viva la hermana mía?  
Echarme quiero a tus pies.

FELICIANO. Y yo a los tuyos, que son  
los que yo quiero y adoro.

(Sale ALBERTO, CLAVELA de mujer y LEONIDA, bien puestas; JUANA y TRISTÁN.)

CLAVELA. A tus pies pido, Teodoro,  
de mis desdichas perdón.

TEODORO. Mis brazos te quiero dar,  
y éstos a Leonida.

LEONIDA. Soy  
esclava vuestra desde hoy;  
tenedme en ese lugar.

TEODORO. Sois mi esposa.

CLAVELA. Dama hermosa,  
¿hay algo que os alborote?

ALBERTO. Tristán, ¿no es este Perote?

TRISTÁN. Sí, mi señor.

ALBERTO. ¿Hay tal cosa?  
Dame esos brazos.

TRISTÁN. Y a mí  
¿a Juana no me darán?

FELICIANO. Desde hoy es tuya, Tristán.

ALBERTO. Si Octavio se queda aquí,  
mi sobrina y mil ducados  
de renta le quiero dar.

OCTAVIO. Con Teodoro he de quedar.

TEODORO. Cuatro quedamos casados.

TRISTÁN. ¿Son pares de palominos?

CLAVELA. ¡ Oh! Que tengo que contarte,  
hermano Teodoro, aparte  
de nuestros largos caminos.

LEONIDA. A Juana hay bien que reñilla.

ALBERTO. Ya todo está perdonado.

FELICIANO. Y con el vuestro, senado,  
dar fin a *La Francesilla*.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE *La Francesilla*.

# ERRATAS, ADICIONES Y ENMIENDAS

PÁG. COL. LÍN.

- 3 2 7 Quizá deba este verso leerse así:  
"Sabina viene conmigo".
- 4 2 27 Este verso estaría mejor de este modo:  
"que con mi amo fingiendo".
- 5 2 3 Dice "él puede celebrar"; pero mejor estaría "le pueden celebrar".
- 7 2 33 Es probable que Lope escribiese: "tan desdichado", y no "tan desechado". Y lo mismo creemos que sucederá con el verso 21 de la pág. 9, col. 2, en que vuelve a usarse el participio "desechado".
- 21 1 3 Estaría mejor este verso:  
"(El diablo, por ser [tan] viejo".
- 22 2 antep. Pudiera completarse este verso leyendo:  
"En el último [solo] dice, ¡ay, Cielo!:".
- 38 2 12 Este verso diría mejor:  
"no está del hombre segura".
- 39 1 16 Dice "ato"; léase "alto".
- 39 2 40 Este verso debe completarse así:  
"a tu grandeza pues [es]".
- 41 2 13 Dice "Bajar"; pero, de seguro, será "Bajaré".
- 59 2 25 Dice "aqueste"; será "aquesto".
- 77 1 26 Así en el original; pero mejor diría:  
"¡Ah, papel, que en *verte* rabio".
- 77 2 35 Dice "Manchará"; corrija-se "Mancharé".
- 79 1 30 Dice "Podrás"; el sentido pide "Podrías".
- 82 1 42 Este verso estaría mejor dicho por LELIO.
- 82 1 44 a 50 Estos parecen propios del SENADOR.
- 82 2 6 Verso de obscuro sentido; pero no fácil de enmendar.
- 87 1 34 Dice "no lo había"; léase "no la había".
- 87 1 36 Faltan tres versos a esta quintilla.
- 87 2 14 Falta un verso, antes o después de éste, para la quintilla.
- 96 1 32 Parece deba leerse "su venida", y no "tu venida".
- 96 2 3 La palabra "borrico" parece impropia; pero así está en el texto original.
- 101 2 32 y 33 Parece que el primer hemistiquio de este verso debiera decirlo LELIO y el segundo VITELIO.

PÁG. COL. LÍN.

- 113 2 42 y 43 Deben llevar estos versos signos de admiración, y no interrogativos.
- 123 1 42 También pudiera leerse así:  
"blasfemarás, diciendo muera o pesia".
- 124 1 40 y 41 Sobra el paréntesis, pues Lavinio quiere que oiga su hermano lo que dice.
- 124 2 8 y 9 Este verso, largo en el original, puede quedar bueno suprimiendo el "¿Fues qué?".
- 132 2 antep. Debe leerse:  
"¡Quién viviera, ah, mi señora!"
- 134 1 8 Dice "aunque"; léase "aun".
- 155 1 21, 22, 27 y 38 En lugar de FERNANDO debería decir HONORIO.
- 155 2 4, 13 y 17 En lugar de FERNANDO debería leerse HONORIO, pues así lo pide el sentido, aunque en el original esté como se ha impreso en el texto.
- 166 2 20 a 24 Creemos que estos versos estarían mejor así:  
"ISABEL. Los esclavos quiero ver,  
ELVIRA. ¿Y si tu padre se enoja?  
ISABEL. No lo sabrá,  
ELVIRA. Aquéstos son:  
la tahona es su prisión."
- 189 1 34 También pudiera leerse este pasaje así:  
"se escondió quien fué la causa  
que tu clausura se inquiete".
- 189 2 18 Dice "anime" en el original, que no rima. Quizá deba leerse "asiente".
- 202 2 26 Dice "crees"; deberá leerse "eres".
- 203 1 18 Dice "escondidos"; léase "escondido".
- 255 1 27 Dice "Don Filipe"; léase "Don Felipe".
- 295 1 pen. La nota (2) debe empezar así: "En A, "Huír es remedio aquí."
- 300 1 8 Después de este verso debe ir este otro:  
"dos a dos y cuatro a cuatro".
- 300 2 32 Dice "defendi"; debe ser, "defendía".
- 321 1 22 Este verso estará mejor así:  
"¡Oh, qué bien [que] se conoce".
- 327 2 22 Dice "Caribe". Quizá deba ser "Cambises".
- 329 2 42 Dice "que quedo"; mejor será "que quede".

## PÁG. COL. LÍN.

- 333 1 27 Este verso y los tres siguientes parece más propio que los diga MULEY.
- 344 2 31 Aunque el texto dice "yerros", deberá entenderse "hierros".
- 346 2 38 "que le dieron" dice el original; pero debe ser "que te dieron".
- 355 2 24 "Ya Constantinopla" dice; léase "Y a Constantinopla".
- 366 2 úit. Sobre el "os".
- 371 2 4 Dice "espanta"; léase "espantas".
- 375 1 15 Este verso así en el original; pero quizá deba entenderse:  
"o burla o vengóse, entiendo.)"
- 380 2 10 En el original dice este verso:  
"¿Es el galguillo de casa?"  
Pero creemos deba escribirse así:  
"¿Eres, galguillo, de casa?"
- 381 2 17 Está en el original así este verso; pero mejor sentido hace:  
"Para mi gusto es la paga".
- 383 2 31 a 36 Este pasaje deberá leerse así, pues está más claro:  
"quiero que le gocemos más despacio.  
Entre vuesa merced.  
LUCIANO.  
Tengo un negocio para esta tarde de importancia mucha: vuesa merced perdone, que en su puesto otro día supliré [aquí] esta falta."
- 384 2 26 Este verso estaría mejor:  
"[que] sé de lo que he estudiado".
- 387 1 antep. Mejor estaría este verso:  
"y atreve [a] esta liviandad".

## PÁG. COL. LÍN.

- 390 1 22 Verso largo. Sobra el "en".
- 394 1 32 Dice "Alberto"; léase "Huberto".
- 412 1 17 Dice "suele" el original. El sentido exige "suelen".
- 427 1 pen. Dice "CELIO"; léase CELIA".
- 431 1 11 Dice "ingenisa"; es "ingeniosa".
- 455 2 2 Los textos dicen "quite"; pero es evidente que debe leerse "quise".
- 463 2 32 En lugar de "ocasiones", quizá sea mejor "oraciones".
- 480 2 1 Este verso nos parece que estaría mejor así:  
"y el que a estas islas abraza".
- 536 2 34 Este verso podría completarse así:  
"Los hados que, al fin [son] inevitables".
- 536 2 36 Como este verso resulta largo, de fijo que Lope lo escribiría de este modo:  
"en medio el pecho dos estrellas de oro".
- 540 2 38 En lugar de "padre", deberá leerse "Rey".
- 542 2 16 Dice "Primanto". Corrijase "Erimanto".
- 571 2 44 Quizá deba leerse "ecos", en lugar del errado "picos".
- 585 2 27 Dice "los dos", en lugar de "las dos".
- 586 2 40 El sentido pide que en lugar de "se guarda" haya de leerse "te guarda".
- 599 2 24 Sobra el "es" en este verso, enmendado ya el "hombre" por "encubre".
- 618 1 antep. Parece que este verso deba decirlo LEANDRO y el siguiente TEODORA.
- 648 2 9 Como hablan aldeanos, no es seguro que deba enmendarse el "remponda" por "responda".











PQ  
6438  
A1  
1916  
t. 5

Vega Carpio, Lope Félix de  
Obras. Nueva ed.

Erindale  
College

